LIBRO TERCERO.

EL MILAGRO EN APARIENCIA



CAPÍTULO I.

ACCIÓN DEL DEMONIO EN EL MUNDO.

ARTÍCULO I.

Orden de la divina providencia en las cosas criadas.—Doble voluntad de Dios en el gobierno del mundo.—Mayormente respecto de los seres inteligentes.—El origen del mal moral.—Ángeles buenos, ángeles malos.—Luzbel.—Su oficio en el mundo es hacer guerra á Dios y propagar el mal.—Es enemigo del hombre.—Diferencia entre la libertad del demonio y la del hombre.—Su ocupación es tentarnos.—Qué parte tiene Dios en el oficio del demonio.—Causa al hombre males temporales.—Cautelas necesarias.—Los luciferianos.

Hay providencia en el mundo. En sacando Dios las cosas de la nada, no las entregó al voleo de la ciega fortuna. Trazó su eterna sabiduría un plan, á que debieran conformar los seres sus tendencias: en desenvolverle hasta el cabo tiene empleado su soberano poder, y en seguirle puntualmente está librada la buena andanza de todas las criaturas. De ellas las unas carecen de propia determinación, las otras poseen en sí el principio de sus libres movimientos; las primeras son movidas, las segundas se mueven á sí propias; aquéllas obran automáticamente y por necesidad, éstas obran voluntariamente y con entera deliberación. El Concilio Vaticano decretó que «Dios con su providencia rige y gobierna todas las cosas criadas.» [1] Esta es la doctrina de los Santos. Mucho pudiera el discurso alargarse en esta materia, si no quedase dado á entender en el libro primero lo bastante para esclarecerla.

En el gobernar Dios las dos clases de agentes que van dichos, usa de dos maneras de administración: ó quiere, ó permite; ó quiere eficazmente á todo trance, sea ejecutando por sí lo dispuesto, sea mandando ejecutar sus disposiciones incontrastablemente sin resistencia; ó sino, usa de permisión, no sujetando físicamente, ni haciendo fuerza á la voluntad del sér libre. A las causas necesarias ayúdalas á ejecutar sus actos espontáneos y naturales, según las tendencias de su condición, dirigiéndolos él ordenadamente al cumplimiento de sus soberanos consejos; á los seres que crió dueños de sí ayúdalos á ser libres en el ejercicio de su libertad, pero los deja responsables del orden ó desorden que en el plan divino introduzcan. Por esto fuerza es que haya en el mundo cosas permitidas y no intentadas por Dios, entre las positiva y eficazmente queridas, y que á éstas reduzca su sabiduría y poder con suavidad y fortaleza los desconciertos de los agentes libres.

El hombre y el ángel son los privilegiados que en este mundo gozan de libertad en sus actos. Dios permite, y no puede menos, sus determinaciones, pues señores quiso criarlos, dejando en manos de su consejo el bien y el mal: el libre albedrío es la ejecutoria de nuestra más preciada nobleza. «La libertad, bien prestantísimo de la naturaleza y propio únicamente de los seres que usan de inteligencia ó de razón, concede al hombre la prerogativa de quedar en manos de su consejo, y de obtener dominio de sus acciones.» [1] El ser hombre implica ser racional, y el ser racional arguye libertad, y la libertad establece el bien moral, da valor á los actos humanos, califica la virtud y el vicio, sella la ley con carácter de tal, reconoce á Dios por verdadero gobernador y

---

[1] Universa quæ condidit Deus, providentia sua tuetur et gubernat.—*De Fide*, cap. 1.

[1] Libertas, præstantissimum naturæ donum idemque intelligentia aut ratione utentium naturarum unice proprium, hanc tribuit homini dignitatem, ut sit in manu consilii sui, obtineatque actionum suarum potestatem.—LEON XIII, Encíclica *Libertas*, 20 Junio 1888.

juez supremo de las obras, y demuestra el delicadísimo y suavísimo cuidado que Dios usa en su soberano gobierno.

Existe el mal moral en el mundo: no hay manera de negarlo. ¿Cuál es su origen? La filosofía ilustrada por la fe es la sola escuela capaz de resolver tan intrincada cuestión. Los racionalistas hacen el mal necesario al hombre, derivándole de su limitado sér; el mal es la contraposición de lo finito á lo infinito, la antítesis de lo imperfecto á lo perfecto. [1] Los progresistas, que ponen el orden del mundo en un continuo adelantar, siempre de bien en mejor, llaman mal la carencia de infinidad actual, la no perfección infinita del mundo y de sus cosas. [2] Los panteistas niegan la realidad del mal, y le cifran en la aparente oposición con el bien; es, en su opinión, el mal una ley azarosa, según la que se desenvuelve el absoluto en los fenómenos mundanales; y ora Schopenhauer llama al mundo efecto de una voluntad ciega y desvariada; ora Hartmann, obra de un Dios sin conciencia. Otros, entre ellos Mamiani, [3] son de parecer que el mal consiste en la necesidad de vivir el alma sujeta al cuerpo y á sus órganos materiales, esclava y no señora, arrastrando cadena y no llevando cetro y corona. Otros en fin establecen dos principios absolutos y eternos, contrarios entre sí, el uno fuente del bien, el otro origen del mal: tales fueron los maniqueos y tales son los modernos que profesan sus doctrinas.

La verdadera es que la oposición entre el bien y el mal, ni es eterna, ni absoluta, ni aparente, ni necesaria, sino temporal, verdadera, accidental, originada de seres inteligentes y libres. Santo Tomás, que en el capillo de su muceta doctoral puede encerrar y envolver á todos los modernos *sabios y filósofos* de más nombradía, enseñó que el mal está en la privación del bien, [4] en la falta de una perfección debida al sér según su propia condición. Y lo tenían ya enseñado los Santos. [5] La privación puede estar ó en la naturaleza de las cosas, en cuanto las desposee de algo tocante á su integridad; ó en la facultad, en cuanto ésta no se aplica, ó se aplica contra su tendencia natural. De aquí el mal físico, y el mal moral. El mal moral tiene su razón de ser en la culpa, ó en el abuso que la criatura libre hace de su libertad, porque el ser un hombre bueno ó malo nace del acto voluntario y libre, y no de la facultad ni del acto involuntario. La voluntad que tiene por objeto el bien universal y abraza con su tendencia todo el ámbito de bienes particulares á donde van encaminadas las otras potencias, las dirige á sus bienes propios, y en el dirigirlas sin que se estorben las unas á las otras está puesto el oficio de la voluntad, así como el mal consiste en el abuso de esta jurisdicción que la voluntad sobre las potencias ejerce. El bien, según esto, es eterno; el mal temporal, por cuanto no siendo eterna la criatura ni eterna su libre determinación, Dios, autor del bien, eternamente le concibe y saca á luz, y no puede producir el mal, que tiene su principio en el sér finito. En el demonio está la raíz del mal, la fuente de todos los vicios. El ángel bueno tornóse malo por haberse alzado á mayores con la libertad que el eterno Criador le dió.

Los ángeles, que fieles á la gracia quedaron confirmados en ella y gozaron los resplandores de la divina claridad, fueron deputados por el Señor del universo para ejercitar con los hombres ministerios de altísima importancia, siendo enviados, en calidad de espíritus administradores, á emplear su solicitud en beneficio de los que habían de recibir por herencia la salvación. [1] En sus manos vieron puesto el gobierno del mundo, según la disposición y mandamiento de Dios, [2] y desde entonces con celosa vigilancia le conservan, guardan y protegen formando un escuadrón de defensa que es nuestro amparo y honra. [3]

Los oficios y beneficios de los ángeles en el trato con los hombres es imposible reducirlos á suma por ser sin cuento. Consultados los divinos oráculos de ambos Testamentos, pueden señalarse entre los

---

1 MOHELER, *La simbolica*, lib. I, app. a § 7, 8, 9.
2 GIOBERTI, *Saggio*, 10.
3 *La religione dell' avvenire*, libro I, § IV.
4 *Contra Gentes*, lib. III, cap. VI.
5 S. BASILIO, *Hom. quod Deus non est auctor mali*.—S. JUSTINO, *Adv. Gentes*, q. LXXIII.—S. AGUSTÍN, Quæst. VII.—S. JUAN DAMASCENO, *De fide orthod.*, lib. IV, cap. II.

1 Hebr. I, 14. 2 S. CIRILO, lib. I, in Isai.
3 EUSEBIO, *Præp. Evang.*, lib. VII.—S. GREGORIO NAZIANZENO, carm. VI.—TEODORETO, q. LXXXII, *in Gen.*—S. JERÓNIMO, lib. XXII, *in epist. ad Galat.*—S. AGUSTÍN, lib. LXXXIII, q. LXXIX.—S. CRISÓSTOMO, *Sermo de Ascens.*—S. AMBROSIO, in ps. XLIII.—LACTANCIO, lib. II Instit. cap. XIV.

más principales los siguientes: incitan á lo bueno alumbrando el entendimiento y aficionando la voluntad, ofrecen á Dios nuestras oraciones juntamente con las suyas, desvían los peligros espirituales y corporales, atan el poder del demonio para que no tiente con tanta violencia, reprenden los pecados cometidos, destilan en las almas el bálsamo del consuelo, nos guían de noche y de día en todo lugar y camino, mitigan la fuerza de las tentaciones, salen á nuestra defensa en forma visible alguna vez, nos sacan de gravísimos aprietos, exhortan á todo género de virtudes, castigan como amorosos maestros para reducir los hombres á la enmienda de los vicios. [1] Siendo tan útil y glorioso su ministerio, no es mucho que los veneremos como á nobilísimos ciudadanos de la celeste Jerusalén, como á privados y ministros de Dios, como á tutores, ayos y compañeros nuestros, y como á enemigos de los rebeldes espíritus que dejaron vacíos los asientos que algún día los mortales, con la divina gracia, habremos de ocupar.

No perdieron los ángeles malos, al caer de aquella cumbre, cortadas las alas, su natural condición y excelencia: que la felicidad de los Santos no se cifra en la alteza del entendimiento criado ni en la robustez del poder, sino en la unión con Dios por amor casto y fuerte, y el que de Dios se aparta no ha menester para castigo que le muden la condición, bastando para aguarle la dicha y que se le trueque el gozo en quebranto, dejarle con sus facultades nativas entregado totalmente al amor de sí propio. Una batalla campal [2] se trabó en el cielo. Luzbel pagado de su beldad, lleno de soberbia, atronaba las bóvedas celestes con aquella infausta voz: «subiré y seré semejante al Altísimo, sobre las estrellas de Dios tengo de poner mi silla.» [3] En medio de estas voces cogióle su caída, y no paró hasta dar consigo en las mazmorras eternas, [4] sin quedar huella de su sér en las moradas del cielo. ¡Justicia de Dios! Lucifer privado de la amistad de Dios, se precipitó con los atavíos de sus preciosos dones, en un abismo sin suelo. El que se alzaba rutilante por la mañana y blasonaba en su corazón que haría y acontecería, el que publicando la grandeza de sus privilegios se prometía largos años de prosperidad, vino de un golpe á pagar por su soberbia, suma de todos los pecados, [1] la rebeldía y el escándalo de su desapoderada ambición.

A eternos suplicios en el calabozo del infierno fué condenado Luzbel con todos los ángeles seguidores de su ominoso bando: allí reciben todos el condigno castigo. No están encerrados ni aherrojados con cadena; ni lo estarán hasta que llegue la plenitud de los tiempos. [2] Por la tierra vagan muchos espíritus malvados, los aires hinchen llevando consigo por torcedores los tormentos de llamas vengadoras, como dice el Venerable Beda. [3] Los antiguos teólogos [4] de común acuerdo creían que no todos los demonios andan volando por la tierra, si bien es grande la muchedumbre de los que moran entre los hombres. [5] San Pedro [6] nos amonesta que andemos sobre aviso porque «el demonio anda como león dando vueltas en torno nuestro buscando á quien devorar.» San Pablo declara á los Efesios, [7] que «tenemos lucha en campo abierto con las potestades espirituales que moran en este aire de que estamos cercados.» El Santo Evangelio nos pone ejemplos que no dejan lugar á duda. [8]

¿Qué hace el demonio en el mundo? Desde aquel día aciago en que cayendo de la privanza y amistad de Dios vino á ser su enemigo, tomó por empresa el mal, y la guerra al Sumo Bien: cifra todos sus intentos en causar á los hombres todo el daño que puede, por el mero hecho de amarlos Dios y de tenerlos destinados á las sillas que él y sus compañeros perdieron. Este doble carácter de enemigo de Dios y enemigo del hombre califica á Lucifer adecuada y perfectamente.

---

1 Gen. III, XVI, XVIII, XIX, XXI, XXIII, XXVIII, XXXI, XXXII. — Exod. XIV, XXIII. — Num. XIV.— Jud. II, XII.—II. Reg. XXIV.—III Reg. XIX.—IV Reg. XIX.—Tob. V.— Judith, XIII. — Dan. III, V. VI, X, XI, XIII, XIV.—Zach. I.—Matth. I, IV, XXVIII.—Jo. V.—Luc. I, II, XXII.—Act. V, XII, XXVII. — Apoc. I. —S. BUENAVENTURA, II Dist. XI, n. 30. —SANTO TOMÁS, I p. q. CXIII, a. 3.—DREXELIO, *Horolog. auxiliar. tutelaris angeli.*—ALÁPIDE, in Exod. XXIII. — BLASCO DE LANUZA, *Beneficios del ángel custodio*, lib. I, cap. XXV.

2 Apoc. XII, 7. 3 Is XIV, 14. 4 Apoc. XII, 8.

1 SANTO TOMÁS, I, p. q. LXIII, a. 2, ad. 3.

2 Apoc. XX. 3 In cap. III, Epist. Jacobi.

4 ATENÁGORAS, *Legat. pro christian.*—TERTULIANO, *Apologet.* cap. XXII.— SAN AGUSTÍN, *de Genes. ad litt.* lib. III, cap. X.—CASIANO, *Collat.* VIII, cap. XII.—SAN JERÓNIMO, *ad Ephes.* cap. VI.— ORÍGENES, *hom.* VIII *in Exod.*— SAN GREGORIO, *Mor.* IV, cap. X.

5 PETAVÍO, *De Angelis*, lib. III, cap. IV.

6 I ep. V, 8. 7 VI, 12.

8 Matth. XII, 43.—Luc. VIII, 31.

El principal designio del demonio es tenérselas tiesas con Dios tirando á sacar de los bienes males, como Dios según su amable providencia saca de los males bienes. Con este fin el perverso adversario las cosas naturales y buenas convierte en daño y en argumento de vicios. Decíalo con voz enfática el apologista Taciano: [1] «los demonios por su estulticia tornáronse vanos, y rompiendo la coyunda hiciéronse ladrones de la divinidad (λησταὶ θεότητος).» —Lo mismo expresaba Porfirio en su libro *De rerum animatarum abstinentia* declarando «ser propiedad de los malos demonios el mentir, porque todos quieren ser dioses y su principal virtud afecta la opinión del Sumo Dios.» [2] —El gran Tertuliano lo confirma en su *Apologético* diciendo: «los demonios echando ciertas suertes de tiempos y razones se arrogan la deidad mientras roban la facultad de adivinar.» [3] Muy al revés de Cristo Señor nuestro, que «no tuvo por linaje de robo hacerse igual á Dios.» [4]

Demás de ser enemigo de Dios, es enemigo del hombre. «Después que el demonio de ángel bueno, por el pecado, se hizo malo y enemigo de Dios, concibió grande odio contra Dios; y no pudiendo ejecutar este odio contra el mismo Dios, convirtió toda la rabia contra el hombre por ser hechura de Dios, y acometiólo por la parte más flaca, tentando la mujer, y por medio de ella al varón: hízolos pecar, y sujetólos á su dominio, y teníalos debajo de su poder y tiranía como presos y cautivos, por este título de haberlos vencido.» [5] Por ser espíritu puro muy poco tendría que ver con este mundo corpóreo, no hecho para él directamente, ni necesario, como nos es á nosotros, para alcanzar el fin de la creación. Mas Dios, criador del mundo visible, pudo disponer, como dispuso, que el demonio tuviese en él su lugar y ministerio, y anduviese mezclado en los asuntos humanos, para llevar á término las trazas de la divina providencia. Con todo, la acción del demonio en este mundo material es una acción extraña y accesoria, sólo utilizada por causas altísimas, y por eso limitada al plan que el Señor dispuso cuando contaba con él.

Las criaturas libres y de naturaleza independiente son el ángel y el hombre. La libertad les viene de su misma condición, la independencia constituye el timbre de su sér y el distintivo de su grandeza. El ángel bueno es libre sólo para el bien, porque la posesión de la bienaventuranza no le permite apetecer el mal. El ángel malo es libre sólo para el mal, porque su estado de precito no le da lugar para otra suerte de determinaciones. El hombre que goza de la divina presencia en el cielo, llegado al término tampoco puede ejercitar su libertad en cosa mala, porque la clara visión le fuerza á deleitarse solamente en el Bien Sumo. El hombre viador, que camina á su fin por las tinieblas de este destierro, puede elegir lo bueno y lo malo, pudiendo, porque es racional, usar de su libertad, y porque es defectible é imperfecto, inclinarse hacia lo malo, no sin quedar sujeto á la ley, como quiera que si obra bien merecerá galardón, si mal, pena de eterno castigo.

Gran diferencia va entre la libertad que tiene el demonio para el mal y la que al hombre se concede, según es diferente la índole de entrambos. El demonio es espíritu sin rastro de materia, el hombre compuesto de materia y espíritu. Por ser el demonio espíritu puro, posee facultades más excelentes que las nuestras, entendimiento más penetrante, más vasto, más profundo; voluntad más eficaz, más ilustrada, más ejecutiva; poder más universal, incontrastable y espantoso. Mirada en sí su acción, ninguna relación tendría con el mundo corpóreo, que no es su propio elemento, como decíamos, al revés del hombre que ha menester las cosas sensibles para encaminarse á su fin; pero habiendo el eterno Criador ordenado que la acción del demonio entrase á la parte en el desenvolvimiento de la vida humana y cooperase á los designios de la actual providencia, la libertad del demonio está trabada por altas disposiciones del cielo.

Otra diferencia hay entre la libertad del demonio y la nuestra; y es que el demonio por haber perdido con su caída la rectitud de voluntad y el apetito del bien,

---

1 *Orat. advers Græcos*, n. 12.

2 τὸ γὰρ ψεῦδος τούτοις οἰκεῖον· βούλονται γὰρ εἶναι θεοὶ, καὶ ἡ προεστῶσα αὐτῶν δύναμις δοκεῖ θεὸς εἶναι ὁ μέγιστος — EUSEBIO, *Præparat. Evang*, lib. IV, cap. XXII.

3 Sumentes quasdam temporum sortes, furantur divinitatem dum furantur divinationem.—Cap. XXII.

4 Philipp. II, 6.

5 P. FRANCISCO ARIAS S. J. *Libro de la imitación de Cristo*, tratado III, cap. XX.

no puede poner su afición y amor en la verdad, ni tener gusto en cosa honesta: su propensión le arrebata á odiar la verdad, á perseguir de muerte la virtud, á promover el triunfo del vicio, á procurar el mal con incansable furia, como si en este loco apetito tuviese librada la satisfacción de su crecida soberbia. El hombre posee libertad para querer y dejar de querer en un punto, y anda con sus veces de quiero y no quiero, sin linaje de servidumbre y sin predeterminación que le impela más á una parte que á otra

Esta doble diferencia pone de manifiesto el lugar que ocupa el demonio en la tierra y qué acción tiene en las cosas humanas. No siendo el ámbito del mundo sensible el distrito natural del demonio, como lo es del hombre, la condición de entrambos exigía dominios distintos y apartados. El demonio según la actualidad de su estado sólo posee los bienes de naturaleza: [1] si pone el pie en este mundo, y en él obra y ejercita su poder, débeselo al hombre y á Dios. Al hombre, porque habiéndole sido fiado á éste el cetro de las cosas sensibles, y disfrutando de omnímoda libertad en bien y en mal, esle dado abrir al demonio la puerta y convidarle con sus malignos intentos; á Dios, que al conceder al hombre el uso de su libertad, no estorba el abuso y la entrada que con él al demonio da.

Al cabo, porque la perversa voluntad del hombre de nada serviría si Dios no diese larga mano al demonio, su enemigo, resulta que de Dios depende otorgar ó negar la intervención solicitada por el hombre, y á la divina disposición pertenece aprovechar la obra del demonio en las trazas de su providencia, ora haciéndole instrumento de sus venganzas, ora valiéndose de sus astucias para apartar al hombre de malos pasos y enderezarle por el camino de la verdad. De diversa providencia usa Dios en el bien y en el mal que al demonio tolera. El mal es directamente y por sí apetecido del demonio, el bien indirectamente y por razón del mal. Si en algún caso parece procurar al hombre bienes, y por amor del bien es requerido del hombre, ese bien es aparente, caduco, engañoso, mezclado con multitud de males que delatan al autor que los causó; más son los lances de desgracias é infortunios procurados por el demonio, que los de salud recobrada, de riquezas adquiridas, de honras y deleites sensibles; el mal moral y físico es el sueldo con que paga el demonio á sus esclavos. Y con todo eso, Dios, áun cuando deja libertad al hombre para abatirse á la humillación de servir y adorar al demonio, embaraza los excesos del infernal poder, que serían desastrosos si no le atajase los pasos.

[1] Il est toujours ce qu'il était en vertu de droits de la nature, mais rien de plus, Il n'entre donc dans le monde matériel que sous le bon plaisir du tenancier et du seigneur de ce vaste domaine, de l'homme et de Dieu.—P. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 90.

Veamos, pues, dentro de qué límites encerró Dios la acción del demonio en el mundo. La principal ocupación que le permite, es tentar á los hombres procurándoles todo el mal moral posible. En el principio del linaje humano, cuando indujo á pecar á nuestros primeros padres, [1] causó ruina y muerte espiritual en todos los descendientes de la primera pareja; que por esta causa el Salvador del mundo le llamó homicida desde el principio; [2] y es llamado Satán (השטן) ó el adversario y tentador por antonomasia, [3] como si tuviera por oficio seducir á los hombres, ejecutarlos y acosarlos por sí ó por medio de otros hombres satélites y porquerones suyos.

En un círculo de breves palabras dejó el apóstol San Pedro puesto á la vergüenza el poder diabólico, señalando ocho motivos que tenemos de recelar sus emboscadas. [4] El es nuestro adversario, enemigo inveterado y feroz calumniador; su fuerza es como de león bravísimo y truculento; el hambre irritada le estimula á fieros bramidos; sin parar anda cercando á los incautos para hacer en ellos présa; busca astuto cómo echar redes y cadenas; su sevicia á nadie perdona, con ninguno guarda respeto; su crueldad no para hasta devorar y consumir sin linaje de compasión. Pintura es esta acabadísima de la pujanza diabólica.

No es maravilla que «el príncipe de este mundo,» [5] «el poder de las tinieblas» [6] posea tan incomparable facultad para da-

[1] Gen., III, 4. [2] Jo., VIII, 44.
[3] Matth., IV, 3.—I Thessal. III, 5.—I Petr., V, 8.—Apoc. XII, 9.—Job, I, 6.— Ps. XXXVIII, 21; LXXI, 13.—Zach., III, 1.—I Reg., V, 18.
[4] Sobrii estote et vigilate: quia adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens circuit, quærens quem devoret.—I Petr. V.
[5] Jo., XII, 31.—XIV, 30.—XV, 11.
[6] Luc., XXII, 53.

ñar. Sin embargo, «no tiene poder absoluto en el mundo visible ni en la materia criada: sólo á Dios pertenece la totalidad de dominio.» [1] No pone manos en cosa que no vaya registrada por la divina permisión. Lo propio y peculiar del demonio es el odio; indúcele á destruir al hombre, á borrar en él la imagen de Dios, á substituir tinieblas por luz, mentira por verdad, vicio por virtud. Se le recrece el aborrecimiento contra el linaje humano, cuando entiende que aquella Mujer que le magulló la cabeza es la madre espiritual de los hijos de Dios, y cuando ve coronado de gloria al que él no quiso adorar. Al principio del mundo dijo Dios á la serpiente: «Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu descendencia y la suya, y ella, por la simiente y fruto que producirá, te ha de quebrantar la cabeza, y tú acecharás á su carcañal.» [2] La incesante victoria del Rey eterno y de todos los escogidos, contra quienes no puede prevalecer ni salir con su intento, enciende su enojo con furia tan desesperada, que no se da manos á tentar.

Los Santos Padres reconocieron en él este infausto ministerio. Escribiendo San Ignacio, mártir, á los fieles de Esmirna, llama á los herejes «descendientes de aquel espíritu inventor de todo mal, que hizo prevaricar á Adán por medio de la mujer, que mató á Abel por Caín, que persiguió á Job, levantó á los judíos contra el Señor, y ahora emplea su poderío con los hijos de la desobediencia.» Pasemos por alto otros testimonios, [3] y notemos los tres motivos que dicen los Santos impelen al demonio á encruelecerse contra los hombres, á saber: la envidia que les tiene, la ambición de ser estimado por rey, el odio contra Dios que no le deja sosegar. De los Santos Padres, unos [4] pintan la envidia que le carcome, y los lazos que al hombre arma en todos sus pasos; otros, [5] ponderan la dominación que pretende alcanzar sobre los mortales; otros, [1] describen principalmente la rabiosa guerra que hace contra Dios y contra su imagen esculpida en el hombre.

Lo que más importa saber es qué parte le toca al Altísimo en la acción del Bajísimo. La potestad de tentar puede entenderse en sentido ontológico, respecto de la entidad que en sí encierra, acomodada al intento de provocar á los hombres para el mal; entidad, que comprende entendimiento pronto, vasto, sutil; voluntad activísima, fuerte, ilustrada, porfiada; poder extenso, espantoso, incontrastable: estas armas las tiene de Dios el demonio, y son nativas y propias de su condición, porque le quedó íntegro después del pecado todo el caudal de bienes naturales. En otro sentido puede entenderse la facultad de tentar, á saber en cuanto se ordena á dañar al hombre y á guerrear contra Dios. En este sentido podemos considerarla positiva y negativa: positiva es, en cuanto va enderezada á poner tropiezos para el mal; negativa, en cuanto no es impedido el mal intento que pretende. Dios no suelta al demonio la rienda con el fin de que procure derribar al hombre, porque no puede Dios consentir ni querer en el demonio tan cruel maldad; pero puede permitirle y no impedir que haga suertes, eche lazos y juegue de sus ardides batiendo la constancia de los justos y solicitando el sosiego de los pecadores. La facultad moral de experimentar á los hombres, aunque positivamente no dimane de Dios, dimana negativamente. Esto va de buenos á malos ángeles: los buenos quiere Dios y ordena que guarden á los hombres y empeñen todo el tesoro de su amor en serles fieles tutores; á los malos sólo concede que tienten permitiendo pongan celadas y muevan guerra á los hombres, pero les limita de suerte el tiempo, lugar, personas y condiciones, que no sean los demonios dueños de multiplicar las tiranías que quieran, sino las que Dios á su malicia consienta.

Sólo en este sentido atribuyen á Dios los Santos el poder moral del demonio, y no en sentido absoluto. San Agustín dice: «El diablo á nadie daña, si no recibe po-

[1] S. Agustín, *De Trinit.*, lib. III, cap. VIII.— *De Civitate Dei*, lib. XVIII, cap. XVIII. [2] Gen., III, 15.

[3] S. Cirilo Jerosolimitano, *Catech.*, II, VI. — San Crisóstomo, *Hom. XXXI in Genes.* — S. Damasceno, lib. II, *De orthod. fide.*, cap. IV. — Tertuliano, *Apol.*, cap. XXII. — S. Ireneo, *Advers. hæres.*, lib. IV, cap. XXIII.

[4] Clemente Alejandrino, *Stromat.*, lib. II.—Eusebio, *Præp. Evang.*, lib. IV, cap. IX. — S. Agustín, *Contra Priscil.*, cap. V.—S. León, *Serm. IV, Colent.*

[5] S. Ireneo, lib. IV, cap. XXIV. — S. Agustín, *De Civit. Dei*, lib. IX, cap. XXXIII. — Eusebio, *Præp. Evang.*, lib. III, cap. V.

[1] S. Cirilo, *Contra Julian.*, lib. IV, VI. —Teodoreto, *De Græc. aff.*, lib. III. — S. Gregorio Nazianzeno, *Orat. XXXIX* —S. Crisóstomo, Hom. I *De Lazaro.*— S. Ambrosio, *Epist. ad Demetr.*

testad de Dios.»[1] «El diablo tiene cierto poder, á veces quiere dañar, y no puede porque su poder depende de otro poder.»[2] —San Cipriano: «Nada puede en nosotros el enemigo, si Dios primero no se lo permite.»[3]—S. Bernardo: «Si el diablo no recibe licencia de Dios, no puede hacer lo que quiere.»[4]—San Damasceno: «Ninguna fuerza ni poder tienen los demonios contra nadie si no se les otorga por consejo y dispensación de Dios.»[5] A juicio de los Santos dar suelta Dios á los demonios es otorgamiento que pertenece á la divina providencia, no para que carguen la mano con beneplácito de Dios, pero sí no reprimiendo su furia por entonces en aquella sazón. No manda Dios, ni quiere, ni deja hacer positivamente; pero permite, ni puede el demonio más de lo que le es permitido por Dios: y porque Dios tan justo es en lo que permite como en lo que manda, así como el demonio es injusto en intentar el mal, Dios es justo en dejar que le ejecute.[6]

Con haber sido la voluntad del demonio siempre tan depravada y por extremo perversa, la potestad ha sido mayor ó menor en diversas circunstancias según la permisión que se le dió: limitación, que pertenece única y exclusivamente á la libre voluntad de Dios, ni hay en esta parte estados, ni personas que gocen de exención. Entre fieles y entre infieles trama el demonio los engaños que Dios le deja tramar, y ejercita su crueldad hasta el punto otorgado, ora afligiendo á los Santos, ora vejando á los pecadores, ya oprimiendo á bautizados, ya molestando á los que no lo son, á todos y en todos tiempos tienta según la tasa prescrita, si bien no sobre las fuerzas espirituales del tentado. No está ahora el poder satánico tan aherrojado, que no descargue sobre los cristianos incomparable montón de penalidades cuando Dios le afloja los frenos. «Sin embargo, es verdad que por lo común no se le permite vejar con tanta libertad á los convertidos como lo hace con los infieles que retiene en su potestad.»[1] Si algunos Santos dijeron que estaba el demonio atado como perro á la cadena, después de la redención, han de entenderse á causa de los auxilios más copiosos que nos asisten para vencerle, y en razón de los remedios que la Iglesia posee para contrastar sus acometimientos, y á causa de la más limitada jurisdicción que se le concede. Por el contrario, los Santos que escribieron ser imposible resistir al demonio, lo entendieron en el caso que desplegase todo su poder, y el hombre se hallase desprovisto de auxilios sobrenaturales para la lucha.

Además del oficio de tentador, se ocupa en afligir á los hombres con daños temporales y espirituales; y esta facultad también la actúa conforme al registro de Dios, no por divina ordenanza. A veces castiga Dios á los malos sirviéndole de verdugos los demonios, y les tolera maravillas aparentes, con que se cieguen los malvados y se obstinen en su dureza y ceguedad, como vemos en la Escritura,[2] en donde los Santos entienden los demonios. Mas no crea nadie que por caer un hombre en pecado se haga de tal manera esclavo del demonio, que adquiera éste derecho de tratarle con crueldad, porque el pecado hace agravio á Dios y no al demonio, y á Dios toca tomar entera satisfacción, como lo hace, sea en la otra vida con tormentos, sea en ésta encargando al demonio el castigo, ó deputando los ángeles buenos, ó también desatando contra el pecador la virtud de los agentes naturales.

Ahora que cuando se vale Dios del demonio para volver por sí y por su honra, lo haga permitiendo, ó mandando, no hay cosa cierta. Puede sin duda ordenar al demonio que haga de verdugo y ponga su cólera en ejecución para que los vicios obtengan la reputación que merecen; pero que siempre lo disponga así, no hay razón bastante para aseverarlo. Más: enseña Suárez, que si las penas temporales van encaminadas á enmendar ó á defender á los hombres, á los ángeles custodios pertenece aplicarlas cuando tienen razón de medicina, y si tienen razón de venganza suele Dios entregar la vara de su ira en las manos del demonio;[3] porque

[1] In ps. C.
[2] Potestas ista sub potestate est, ps. LXI.
[3] Nihil contra nos adversarius potest, nisi Deus ante permisserit.—*De orat. domin.*
[4] Si a Deo potestatem non accipit, non potest implere quod quærit.—*De modo bene vivendi*, cap. LXVII.
[5] Nullam adversus quemquam vim ac potestatem habent, nisi ea ipsis Dei consilio ac dispensatione concedatur.—*De orthod. fide*, lib. II, cap. IV.
[6] Satanæ voluntas semper iniqua est, sed nunquam potestas injusta; quia voluntatem habet, sed á Domino potestatem.—S. GREGORIO, *Moral.*, lib. IV, cap. VI.

[1] SUÁREZ, *De Angelis*, lib. VIII, cap. XVIII.
[2] III Reg. XXII.—I Cor. V.—I Tim. I.—Isai. XIII.
[3] *De Angelis*, lib. V, cap. XIX, n. 8.

las primeras nacen de la misericordia, las segundas de justicia vindicativa. Este es el curso ordinario. Sin embargo, á las veces emplea Dios la intervención de los ángeles buenos para poner fin á los desacatos de los rebeldes, como lo declaran muchos casos de las sagradas páginas; [1] y áun penas medicinales aplica Dios por mano de Satanás, como en Job y Tobías: la regla en esta parte es el consejo secretísimo de la divina voluntad.

Autores hay que todas las adversidades llovidas sobre los pecadores en este mundo, las adjudican al demonio, como si no hubiese otra fuente manantial de calamidades. Algunos Santos Padres parecen hablar en esto absolutamente, enseñando que de cualquier mal, azote, injuria, calumnia, menoscabo en la hacienda, honra y salud, el demonio es el autor; [2] pero la doctrina arriba indicada es la común en teología, siendo imposible rastrear por los acaecimientos bíblicos la ley de la divina voluntad. Cierto está que no todos los tiros le vienen al hombre de parte del demonio, como lo prueba agudamente el P. Arriaga; [3] porque no pudiendo él atinar con todos nuestros pensamientos, antes que lo advierta somos dueños de abrazar el mal, y de hecho le abrazamos deliberadamente. Viene esto bien con lo que dicen San Gregorio [4] y San Bernardo, [5] á saber, que al demonio lo que más dentera y ojeriza le da es la caridad y unión de los buenos, y contra este baluarte dispara sus envenenadas flechas. La abstinencia, castidad y otras virtudes, como no le acosan tanto á él, echa menos de ver el bien que hay en su ejercicio, y sólo por experiencia ajena le colige. Fuera del espíritu divino y el diabólico reina en nosotros el espíritu humano, que impele á codiciar cosas agradables y sensibles, procedente del desconcierto que en los hombres causó el pecado original. El espíritu humano nace de nuestra naturaleza estragada; es ligero en tomar y dejar, muévese por causa natural, y más bien la interior y orgánica disposición del hombre es quien le induce ó contraresta. El espíritu diabólico sugiere de improviso por de fuera y con pertinacia malos intentos, es arrebatado y feroz, y ceba pasiones indómitas hasta arrojarlas á desmedidas maldades; el espíritu humano busca la comodidad y estimación propia, ama el descanso y solaz, se perece por gustillos y golosinas, se va tras la ganancia temporal, se paga de la vana reputación, y lo peor es que solapa estas aficiones con motivos virtuosos disfrazándose con capa de santidad.

Mas no es dudable que en ciertos tiempos se ven cosas en el mundo, que muestran claro ser su autor el demonio. Lo que última y principalmente anhela es nuestra perdición y eterna ruina: á ella encara sus esfuerzos, á ella endereza sus baterías, á ella va encaminada su astucia y violencia, perfidia y seducción. Ya que no pueda perdernos, procura perjudicarnos en lo temporal, poniendo en acción causas físicas y morales, excitando pasiones, sembrando discordias, levantando sediciones, encendiendo guerras, gozándose en ponerlo todo á sangre y fuego. «El homicida desde el principio,» [1] aconseja sacrificios humanos, persuade atentados horribles, inmola víctimas á su furor. ¿Quién sino el demonio hizo creer á los hombres que alcanzarían perdón del cielo por el derramamiento de sangre humana? «Creedlo, dice San Hilario, semejantes maldades no tienen por autor al que las perpetró: la ejecución viene del hombre, la sugestión es de la malicia del diablo.» [2] «El paganismo es obra infame y abominable del príncipe de las tinieblas.» [3] «El diablo reina solo fuera del cristianismo.» [4] La persecución de los tres primeros siglos no tiene explicación sin una rabia infernal soplada en tiranos y verdugos, sin una paciencia divina en las víctimas cristianas. El demonio, enemigo mortal nuestro, con su soplo atiza y enciende las brasas de las pasiones humanas para que pasen la línea de la templanza. [5] La parte sensitiva, flaca y desprovista, es su parcial y fautora, y por este portillo procura forzar la entrada y saquear la paz de las almas.

En ciertas épocas se han visto en el mundo empresas tan fuera del orden común, que no parece hayan podido caber

1 Gen. XIX.—II Reg. cap. XXIV.—Is. XXXVII.
2 BEDA, quæst. IX.—S. ISIDORO, lib. II, sent. cap. X.—S. EUQUERIO, lib. I, Reg. — TERTULIANO, *Apolog.* cap. XII.—S CIPRIANO, *De idolor. vanit.* I.—LACTANCIO, *Instit.*, lib. II, cap. XV.—S. AGUSTIN, *Contra Julian.*, lib. III, cap. X.—S. HILARIO. In psal. CXVIII.
3 *De Angelis*, disp. XXVII, sect 1.
4 Super Ezechiel.
5 *De modo bene vivendi*, cap XLI.

1 Jo., VIII, 44.
2 In psal. CXXXVIII.
3 BAYLE. *Pens. div.*, t. II.
4 *Id. Dictionnaire*, art. *Xenophanes*.
5 Job, 41.

en humano pensamiento, ni en humano corazón, por depravados que se supongan; no hay otra manera razonable de explicarlas sino mirándolas como soplos del infierno. El Padre Ráulica llamó *posesión espiritual* el estado de los hombres malvados en cuyas almas hizo asiento el enemigo común. «Satanás, dice, cuando se apodera del hombre impío, pervierte todas sus potencias, corrompe todas sus aficiones y llega á formar de él un hombre endiablado... No lo dudemos, todos los grandes perseguidores de la Iglesia, todos los grandes heresiarcas, todos los grandes impostores, todos los grandes opresores de la humanidad, todos los impíos del pasado siglo que tenían por blasón *aplastar al infame y á la superstición*, todos los llamados filósofos de nuestro siglo que fomentan en secreto el mismo coraje infernal contra todo lo que es cristiano, y conspiran por todos los medios posibles á verificar la misma voz; todos los hombres profundamente malvados, que llegan con su desenvoltura hasta los extremos de la crueldad, que caminan por la avaricia al suicidio, por la ambición á la tiranía; todos los facinerosos, monstruos que parece apetecen el crimen en el crimen, y cuyo refinado cinismo y maldad causan asombro y horror áun en los pueblos más corrompidos; sí, todas estas almas perversas, estas naturalezas espantables, cuyo odio sistemático, implacable, encarnizado contra la verdad, contra la virtud, contra Dios, contra Jesucristo, contra el hombre, contra la Iglesia, es un misterio inexplicable que no halla razón de ser en la satisfacción de las pasiones humanas, obedecen, sin echarlo de ver, á las sugestiones del mal espíritu, del huésped infernal, del obsceno tirano, que aposentado en su corazón dispone de ellos como de sus propios hijos, los constituye instrumentos de sus deseos, satélites de su dominación, ministros de sus voluntades, como el Salvador lo dijo: *Vos ex patre diabolo estis, desideria ejus vultis perficere.*» [1]

¿Quién no ha oido á Proudhon bramando contra Dios y recreándose en los brazos del demonio con la erótica borrachez del enamorado? «Ven, Satanás, ven, calumniado de curas y reyes, deja que te estreche con mis brazos y te apriete contra mi pecho... Tú ennobleces la riqueza y echas el sello á la virtud... Yo á tu servicio pongo mi pluma y hago voto de no soltarla hasta ver amanecidos los días cantados por el poeta.» [1]

El nudo ciego y estrecho que con los brazos del demonio hacían los de Proudhon, le ha confirmado Michelet cuando cantaba «los triunfos de Satanás sobre Jesucristo;» Quinet, cuando llamaba á Lucifer «principio que ha de tener asidos y presos todos los corazones;» Renan, cuando escribía «Satanás es sin disputa el que más provecho sacó de las luces y universal civilización;» Montanelli, cuando en su poema *La Tentazione* aspiró á plantar en Italia el trono de Luzbel; Huysmans, cuando describió los robos sacrílegos de formas consagradas, tan frecuentes en Francia, Italia y Bélgica; [2] en fin el Paladismo de los francmasones luciferianos que viven y duermen reclinadas las cabezas entre los pechos cabrunos del infernal tentador. Viólos de cerca azotando frenéticos las calles de Roma la Santidad de León XIII, y con suspiros y lágrimas deploraba la acción satánica diciendo: «Roma ha visto invadidos sus muros por turbas allegadas de todas partes, y en sus calles cortejos infames que ostentaban banderas cínicamente hostiles á la religión, y lo que es más horrible, pintada en alguna de ellas la figura del espíritu maligno, que negó obediencia al Todopoderoso Dios, y es el príncipe de todos los turbulentos y el caudillo de todos los rebeldes.» [3]

ARTÍCULO II.

La verdadera noción del demonio es propia de la Biblia.—Los griegos lo hacían enemigo del hombre.—Los persas le creían enemigo y rival de Dios.—Los críticos modernos destierran la noción del demonio.—Importa reconocer su existencia.—Cristo lo venció.—Qué libertad le queda después de Cristo.

La noción completa y verdadera sobre el demonio es hija de las Santas Escrituras. El Antiguo Testamento le representa enemigo de Dios y del hombre. Al principio da traspié á la inocencia de nuestros primeros padres y los arrastra á la

---

[1] *La razón filosófica*, t. II, parte 1.ª

[1] *La Justice dans la Révolution et dans l'Église*, 1858.

[2] Julio Bois, *Le Satanisme et la Magie*, 1894; *Préface*.

[3] *Alocución en el Consistorio extraordinario*, 30 de Junio de 1889.

maldad, asestando el golpe contra la disposición del Criador; [1] este atentado se refleja en varias Escrituras, [2] y en ellas se declara que induce al hombre al pecado, [3] que le acusa y calumnia, [4] que le acarrea males físicos. [5] En calidad de adversario de Dios le muestran Isaías [6] y Ezequiel, [7] según la interpretación de los teólogos. No puede ser más falsa la opinión de aquellos protestantes [8] que enseñan haber los judíos adquirido noticia del demonio, después del cautiverio de Babilonia en el trato con los persas.

Con más claridad expone el Nuevo Testamento la condición del demonio. San Pedro dice que el demonio pecó; [9] San Judas, que depravó su naturaleza; [10] San Juan, que mintió; [11] San Mateo, que es caudillo de una gran legión; [12] San Pablo, que es príncipe de este mundo y dios de este siglo; [13] San Lucas, que compone un reino contrario al reino de Dios. [14] La evidencia de estos pasajes demuestra cuán vanamente discurren los críticos, [15] que llaman al demonio sér incomprensible, inútil, ficticio, imaginario. El calvinista Vossio [16] solía decir, por cosa averiguada, que los que negaban la operación del demonio, ó hacían poco caso de las Santas Escrituras, ó las habían leido muy de corrida. La Iglesia católica cree que el diablo es un sér real, criatura enemiga de Dios y de los hombres, mala por propia elección. [17] Así que la definición cabal del demonio es peculiar y original de las Santas Escrituras, y de ninguna religión pudo tomarla prestada el cristianismo. El demonio es una criatura dependiente de Dios, enemiga de Dios, enemiga del hombre: estas tres notas definen al demonio y comprenden toda su condición. ¿Qué punto tiene de semejanza con ella la noción que de los demonios alcanzaron los pueblos antiguos? Las Sagradas Letras en ningún lugar apellidan bueno al demonio; á todos los notan de malos, separándolos de los espíritus buenos, que se llaman ángeles comunmente, y no dioses ni genios como solía la antigüedad: por el mismo caso presentan las Escrituras al demonio cobarde y temeroso, y causador de terrible espanto.

Los griegos por el contrario constituían en los demonios un tercer género de seres después del Sumo Dios y de los dioses subalternos. Porfirio, que al decir de Eusebio [1] «trató familiarmente con los demonios, y volvió por ellos después que tuvo bien conocida su condición», asienta que se gozan con los sacrificios de animales; y estribando en el testimonio de Teofrasto arguye que, sacrificios llenos de impiedad, de horror y de crueldad no cuadran bien con los dioses, á quienes se han de ofrecer oraciones y cosas santas. [2] Pero los demonios, en opinión de los griegos, los unos eran buenos, los otros malos; [3] buenos los que traían provecho al hombre, malos los que le causaban daño. Lo mismo afirma Apuleyo, en su libro *De las Metamórfosis*, donde enseña haber en el mundo deidades intermedias, que ni son dioses supremos, ni almas humanas; llámanse *demonios* y tienen á cargo presidir los encantamentos de los magos, dirigir el vuelo y el canto de las aves, inspirar á los adivinos, dictar versos á las sibilas, pronunciar oráculos y adivinar cosas futuras. Concuerdan con estos dos Proclo, Jamblico, Hermes y otros. Pero Eusebio [4] acumula autoridades de escritores griegos y de otras naciones antiguas, en prueba de que todos comunmente tenían por firme la costumbre universal de aplacar á los demonios y lograr de ellos algún bien temporal con la inmolación de sacrificios humanos; y concluye que erradamente se tenía en concepto de buenos á los demonios que provocaban á excesos de tanta crueldad é injusticia: y esta fué la razón por qué Porfirio aconsejaba que «el varón justo y prudente deberá abstenerse de semejante género de sacrificios, con que negociar la gracia de los malos demonios.» [5]

---

1 Gen. III.
2 Sap. II, 24. —II Cor., XI, 3.—Apoc., XII, 9; XX, 2.
3 I Paral., XXI, 1.—IV Reg., XIX, 22. —Matth., XVI, 23.
4 Job, II—Zach., III, 1.—Apoc., XII, 10.
5 Tob., III, 8; VI, 14.
6 XIV, 12.
7 XXVIII, 17.
8 WINER, *Lexic. bibl.*
9 II Petri, II, 4.
10 Jud., V, 9.
11 Jo., VIII, 44.
12 Matth., XXV, 41.
13 II Cor., IV, 4, Ephes., II, 2.
14 Luc., XXII, 3, VIII, 13.
15 SCHLEIERMACHER, *La foi chrétienne*, § 44.— STRAUSS, *Doctrine chrétienne*, II, 15.
16 Epist., *de Pythonissa Saulis.*
17 Concil. Later., IV, can. 1. — Concil. Trident., sess. V, c. I, sess. VI, c. 1.—Concil. Braccar. 1, can. VII.—San León, epist. XV, ad Thurib.

1 *Præp. Evang.* lib. IV, cap. VI.
2 EUSEB. ibid cap. XIV.
3 Ibid. cap. XV.
4 *Præp. Evang.* lib. IV, cap. XVI.
5 Ibid. cap. XVIII.

Si subimos á los persas, de quienes creen torcidamente los racionalistas haber tomado los judíos la noción del demonio, como va dicho en otro lugar (pág. 412), hallamos que hacían de su Arimán, no una criatura dependiente de Dios, sino un dios en lucha con Aura-Mazda (Ormuzd), como se ve en el Avesta. [1] Arimán y Ormuzd son eternos, iguales en poder, criadores ámbos, aquél de males y éste de bienes, antagonistas el uno del otro. Por manera que el demonio bíblico es criatura, el mazdeita Criador; el bíblico no es autor de males sino sólo su ejecutor por licencia de Dios, el mazdeita es autor á despecho del dios bueno; la Biblia complica la causa original de las desgracias humanas con la voluntad divina, el Zend-Avesta la hace depender solamente del mal genio que es Arimán; en la Biblia la serpiente es criatura de Dios aunque simbolice al demonio, en el Avesta es hechura propia de Arimán. [2] Este doble principio del bien y del mal es el distintivo de la doctrina mazdeita declarada en los escritos más antiguos del Avesta. Aun el *Asmodeo* del libro de Tobías, vocablo que podía parecer tomado del persa, no significa en la lengua parsi el demonio de la lujuria, como en la Biblia, sino el genio de la violencia, y áun puédese decir que las dos voces *Aesmo-deva* (que quieren equivalgan á *Asmodeo*) nunca se hallan juntas en el Avesta, y es un conjunto fantástico: Aesmo, el deva ó genio de la ira, no es persona, sino atributo de persona. [3] En mal hora pretendió M. Miguel Breal [4] que el demonio bíblico proviene del demonio avéstico, como en otro lugar declaramos. Dió muy lejos de la verdad D. Emilio Castelar cuando escribió: «la idea del demonio y de su combate con Dios es una idea persa.» [5]

Estas tres nociones, criatura, enemiga de Dios, enemiga de los hombres constituyen el concepto esencial del demonio. Las falsas religiones en todo tiempo le adulteraron y pervirtieron, ora contemplando al demonio como enemigo del hombre, ora como enemigo de Dios, ora también como dios, y corrompiendo las tres nociones á la vez. Solamente los hebreos trasmitieron la genuina figura del demonio. Por esta razón sostenía Eusebio que «los hebreos, sabedores de las astucias de los demonios, por haber profetizado ser demonios todos los dioses de los gentiles, eran los únicos hombres del mundo que de tiempo inmemorial huían de su trato y conversación.» [1]

El intento de los hombres sin fe es borrar del pensamiento humano la estampa del demonio, obscurecer y debilitar su acción, cubrir con sombras sus estratagemas y deslumbrar este punto importantísimo de la doctrina católica, sin el cual sería inexplicable el motivo de la Encarnación, porque «para esto vino el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.» [2] «La creencia en el diablo se ha debilitado mucho entre nosotros de dos siglos á esta parte: en el día de hoy ningún cura, sino es en algún villorrio, osaría hablar claramente del demonio.» Esto decía un enemigo de la doctrina católica en 1853. [3] Los modernos *sabios* tratan de hacer prevalecer esta creencia: el demonio es el coco de los pueblos niños, fantasma de imaginaciones desbaratadas, símbolo abstracto de ideas mal concebidas: el diablo significaba en la antigüedad el mal, el desorden; no hay más diablo que el hombre desdichado que abusa de su libertad. Así discurren los enemigos de la religión cristiana. Mienten descarados si han abierto un libro de historia. Mienten, porque todos los pueblos, en todos los siglos, en todos los puntos del globo, han conocido el mal físico y el mal moral; y sin embargo, fuera de esos males profesaron la creencia de un sér malvado, poderoso y cruel, causador de espantosos males. Todas las naciones tuvieron noticia de este agente malhechor; y lo que es más, por un trastorno de ideas erróneas, al que concibieron poderoso para ejecutar males, diéronle cetro y corona, y le adoraron como á una deidad. Esto juzgaron los egipcios, caldeos, sirios, asirios, cananeos, persas, griegos, romanos, indios, mejicanos, germanos: todos se postraron ante el funesto enemigo; sin la verdad de esta creencia es imposible explicar las fies-

[1] *Vendidad*, XXII. [2] *Vendidad* I. 8.
[3] *Dictionnaire apologétique*, V. *Ahriman*.—*La Bible et l'Avesta.*
[4] *Mélanges de linguistique et de mythologie comparée*, p. 123, etc.
[5] *La revolución religiosa*, 1880, t. I, lib. I, cap. I, pág. 4.

[1] μόνοις Ἑβραίοις ἄνωθεν ἐξ αἰῶνος φευγεῖν αὐτῶν τὰς ἀπάτας ἐσπουδιάζετο — *Præp. Evangel.*, lib. VII, cap. XVI.
[2] In hoc apparuit Filius Dei, ut dissolvat opera diaboli.—I Jo., III, 8.
[3] *Journal du magnétisme*, n. 172.

tas profanísimas, el culto desvergonzado, los misterios tenebrosos, las prácticas supersticiosas, los actos enormísimos que ejecutaron para ablandar las entrañas del mal genio.

Los hombres de este siglo creen que hay Dios, y no creen que haya diablo enemigo de Dios y de los hombres. La destreza cavilosa de Lucifer ha llegado á persuadir á los hombres que no existe; tápales los ojos, embriágalos con el vino del orgullo, mofa de ellos, y luego simula que no es él quien los trae al retortero. Con esta traza se apodera de los ingenios y los desatina, enseña el arte de calumniar y calla, infunde odio á la verdad y se esconde, hace poderosos á los flacos y fíngese muerto, en los públicos espectáculos lleva la batuta y hace del inocente, pide y recibe adoraciones y oculta su cola serpentina; esto es echar el resto de sus habilidades. Sin embargo, si hay hombre que haga alarde de haber tratado con el diablo, es Dupotet. Suyas son estas declaraciones: «No hay cosa más cierta que la existencia de este agente del mal.—Si hubiéramos de publicar la lista de los hombres que creyeron á Satanás, y que le vieron, quedaríamos asombrados de hallar escritos los nombres de los más excelentes ingenios.» [1] Donde á Dupotet le apretaba el calzado, aún sentía particular dolor. Cuánta verdad sea lo que dice este teurgo moderno, confírmalo lo que leemos en el *Catecismo* del abate Guillois (1864), donde consta que hace treinta años en Francia, la voz *diablo* llegó á ser tan ridícula, que los predicadores carecían de valor para pronunciarla en los púlpitos, ni osaban hablar del poder de Satanás sobre los cuerpos, ni de su acción en los seres materiales. De aquí que la ignorancia pactando con la malicia, se atrevió á calumniar descaradamente nuestros dogmas, pareciendo á los incrédulos que admitir la intervención del demonio en las cosas humanas era reproducir y autorizar los desvaríos del maniqueísmo. «¡Dios se reparte el mando con Satanás! ¡El diablo luchando á brazo partido con Dios! ¡Gobernando y disponiendo de bienes y males, de vidas y salud! ¡Mandando á vivos y muertos! ¡Llenando un oficio inmenso! ¡Suspendiendo á su talante la aplicación de las leyes naturales!» Con estas lástimas se quejaba M. Agenor de Gasparin, [1] escandalizado de ver la creencia del demonio celebrada en la Iglesia de Dios. Ya hace un siglo descubría Euler la misma llaga en los filósofos de su tiempo. «Los *espíritus fuertes* se burlan cuando oyen hablar de demonios; pero como los hombres no pueden pretender ser los mejores entre los seres dotados de inteligencia, tampoco los podemos acusar de ser los peores. Hay, sin duda, seres mucho más perversos que los perversísimos hombres; tales son los diablos.» [2]

Para remedio de tanto mal decía el impío Bayle á los cristianos: «Demostrad á vuestros enemigos la existencia de los malignos espíritus, y los forzaréis á concederos todos los dogmas.» [3] Sin embargo no sin razón se quejaba el P. Faber [4] de la exageración de aquellos escritores católicos que sin fijar bien los linderos de la sana teología, echan á demonio multitud de efectos que son debidos al mundo y á la carne. Hacen del hombre una suerte de sér automático, que constando de sentidos y de razón, es adestrado por la astucia del demonio y da lugar á que en su pecho peleen Dios y Luzbel reñida pelea. Este linaje de maniqueismo, que reina en ciertos libros de ascética y mística antigua, es perniciosísimo cuanto insensato; porque hace del demonio el enemigo principal y casi único del hombre, siendo así que tiene tres, á cual más encarnizados, como luego se dirá.

Lutero nos dejó descritas sus comunicaciones con Satanás. Las nocturnas reyertas que con él tenía sobre la misa rezada [5] le dejaban el ánimo exacerbado y le hacían enojosa la vida, [6] porque no ati-

---

[1] Rien n'est plus certain que l'existence de cet agent du mal.—Si nous voulions publier la liste des hommes qui crurent à Satan, et qui le virent, on serait étonné d'y trouver inscrits les noms des plus grands génies.

[1] *Tables tournantes*, II. 424. Al hablar así el conde pretendía establecer su teoría sobre el agente físico (flúido, fuerza) para explicar los fenómenos del espiritismo, presuponiendo que la intervención diabólica era una grandísima necedad, como diremos en otro lugar.

[2] Les esprits forts se moquent quand ils entendent parler des diables; mais comme les hommes ne sauraient prétendre être les meilleurs de tous les êtres raisonnables, on ne pourrait non plus les accuser d'être les plus méchants. Il y a sans doute des êtres beaucoup plus méchants que les hommes qui le sont le plus, et ce sont les diables. — *Lettres*, 96, *à une princesse d'Allemagne*, § 15.

[3] *Dictionnaire*, V. *Plotin*.

[4] *Progreso del alma*, cap. XII.

[5] *De unct. et miss. priv.—De abrog. miss. priv.*

[6] Multas noctes mihi satis amarulentas et acerbas reddere ille novit.

naba á probar al demonio que un hombre impío pudiese consagrar. En otra ocasión decía: «Estamos todos nosotros bajo el poder del diablo, y somos huéspedes de un mundo donde él es el príncipe y el dios; por lo cual el pan que comemos, el agua que bebemos, los vestidos que usamos, el aire y todo cuanto nos ayuda á vivir en carne, está puesto debajo de su imperio.» [1]

Conviene pues advertir cuidadosamente con cuánta cautela, en el tratar del demonio, deben evitarse los dos escollos dichos, de suerte que ni por deprimir sobre manera sus fuerzas se disminuya la aprensión de sus ocultas asechanzas, y se ponga al hombre en peligrosa seguridad; ni por autorizar demasiadamente su poder, se le atribuyan todos los sucesos adversos, no sea que confirmados los hombres en su ilimitada pujanza, den á la malignidad diabólica las culpas nacidas de la humana libertad.

El poder del demonio, con ser sin duda formidable, tiene tasada la jurisdicción, después que Cristo le desarmó destruyendo su reino y arrojándole del trono. El privilegio de los cristianos no consiste solamente en haberles crecido las fuerzas espirituales, por efecto de la redención de Cristo y con el favor de los Sacramentos, mas también en haberse marchitado el vigor de nuestro adversario, que no tiene ya en el mundo la gran mano que antes tenía. «En otro tiempo los demonios traían engañados á los hombres con variedad de espectros, y morando en fuentes y ríos, en árboles y piedras tenían embaucados con artificios á los necios de los mortales. Pero después de la venida del Verbo eterno, se desvanecieron estos embaimientos.» [2] En esta aseveración de San Atanasio se contiene haber sido efecto de la Encarnación desterrar las ilusiones que antes el demonio hacía para tener cautivos á los mortales. Por esta causa decía San Agustín que el demonio después de Cristo «no daña obligando, sino convidando, ni nos arrebata el consentimiento sino que le solicita y pide.» [1]

Cuán bárbaros desafueros ejecutase en la gentilidad parece significarlo San Pablo llamándole «príncipe de este ambiente que nos rodea„ [2] y «dios de este siglo.» [3] Desde que Cristo le venció, se ha vuelto como avecilla desdichada, buena sólo para el entretenimiento, como le llamaba San Antonio según que lo refiere San Atanasio en su vida. [4] En verdad Cristo le humilló y desbarató, siendo gloria de su pasión haber desmembrado su república dando con su trono en tierra y atrayendo á sí las naciones que le adoraban. [5] El ser arrojado de este mundo consiste en estar ahora abierta la puerta del cielo, antes cerrada, y en tener el cristiano más fuerza y defensa para triunfar de los diabólicos ardides. «Como hazaña de gran gloria hemos de considerar, que cuando por primera vez resplandeció en el mundo la luz de la doctrina evangélica se disipó la niebla de mágicos embustes. Juntamente se introducía la fe de Cristo, y se desvanecía la fuerza de los artificios, oráculos, vaticinios y embelecos del demonio.» Esta fué la verdad de los hechos y la apoyaba en el testimonio de sus ojos el esclarecido Lactancio diciendo: «Hacen mal los demonios á los que los reverencian, á los que no gozan de la divina protección, á los apartados del sacramento de verdad; mas á los justos y siervos de Dios más bien los temen, y conjurados en nombre de Cristo no pudiendo pasar en los cuerpos los abandonan, cual si las palabras conjuratorias les fueran azotes que los pusiesen en afrentosa fuga. [6]

---

[1] Sumus nos omnes subjecti diabolo, et hospites sumus in mundo cujus ipse princeps et deus est: ideo panis quem edimus, potus quem bibimus, vestes quibus utimur, immo aer et totum quo vivimus in carne, sub ipsius imperio est. — *In Comment. in Epist ad Galat.* lib. III.

[2] Olim dæmones variis spectris hominum mentes decipiebant, fontibusque et fluviis, lignis aut lapidibus insidentes, stultos mortales præstigiis percellebant. Nunc vero post divinum Verbi adventum, evanuerunt hujusmodi fallaciæ. — S. ATANASIO, *De Incarnat.*, cap. XLVII.

[1] Non cogendo, sed suadendo nocet: nec extorquet á nobis consensum, sed petit. Serm. 197, *De Tempore.*

[2] Principem potestatis aeris hujus. — Ephes. II, 2.

[3] Hujus sæculi deum. — II. Cor. IV, 4.

[4] Nunc miserabilis ut passer ad illudendum irretitus á Christo est, calcaneo Christianorum substratus gemit ille, qui maria á se absorta plaudebat; ille qui manu sua terrarum orbem teneri gloriabatur ecce a nobis vincitur.

[5] Nunc princeps hujus mundi ejicietur foras, et ego... omnia traham ad me ipsum. — Jo. XII, 31.

[6] Cæterum illud hoc loco magno nostro gaudio ingentisque gloria Christianæ religionis considerandum est, cum primum Evangelicæ doctrinæ lux mundo affulsit, omnium magicarum fraudum caliginem fuisse discussam atque disipatam. Simul cum fides Christi prædicata et recepta mundo fuit, omnis magicarum artium, oraculorum, vaticiniorum, cæterarumque diabolicarum fraudum vis concidit, defecit, evanuit. — P. PEREIRA, *De magia*, cap. XIII. — TANNER, *Theol. t. I disp. de Angelis*, V. q. 6. dub. 7. n. 6, 7. — LACTANCIO: Nocent illi quidem, sed iis á quibus timentur, quos manus Dei potens et excelsa non protegit, qui profani á sacramento sunt veritatis;

ARTÍCULO III.

Pintura que hace San Ignacio del demonio.—Caracteres del mal espíritu.—Su poder es dependiente de la divina disposición.—Dos cualidades le hacen superior al hombre. — La extensión de su poder depende de dos causas.—De la voluntad de Dios.—El demonio no puede hacer milagros. — Señales características de sus prodigios.—Depende su poder de la voluntad del hombre.—Estrago que hace en el mundo.

De los Santos que han escrito sobre el poder de Luzbel, ninguno ha pintado tan al vivo y en tan breves palabras su índole característica, como San Ignacio de Loyola nuestro Padre. La estampa que nos dejó en la Meditación de las *Dos Banderas*, punto primero, es el verdadero retrato de los pies á la cabeza muy parecido al original. [1] Las palabras con que le dibuja San Ignacio son éstas: «El primer punto es imaginar así como si se asentase el caudillo de todos los enemigos en aquel gran campo de Babilonia, como en una gran cátedra de fuego y de humo, en figura horrible y espantosa.»

El *gran campo* donde asienta sus reales el *caudillo*, representa la vasta llanura, el camino ancho y espacioso por donde anda suelto el espíritu del mal; y es de *Babilonia*, porque en todo cuanto trama reina desorden y confusión grande, dado que con apariencias de orden y hermosura. La *cátedra* en que está *como sentado* significa la desapoderada soberbia que señorea sus intentos; y es de *fuego*, porque atiza pasiones, enciende codicias, causando inquietud, inconstancia, ligereza, volubilidad, antojo y devaneo. Viene luego el *humo* á expresar la obscuridad sin rastro de luz, la funesta ceguedad y la mal disimulada turbación de los errores y vicios por donde lleva á los mortales. Finalmente el aspecto de Lucifer es *horrible y espantoso*: horrible porque con encaminar las tramas á encubrir su indómita soberbia y con empeñar todo el caudal de su astucia en promesas, al fin la perversidad de sus designios salta á los ojos, hace temblar las carnes, estremece los labios, y asombra el corazón; y por ser *espantosa* su figura, tras de causar horror en el ánimo, angustia y aprieta, abate y exalta, y atruena y enloquece á los que coge bajo su jurisdicción; su malicia y ferocidad no pueden dar otro fruto sino espanto y desesperación.

Las arterías diabólicas que con diversidad de comparaciones declararon los Santos, [1] en dos figuras las resume San Ignacio cuando pone ante los ojos su doblez y malicia. «El enemigo se hace como mujer en ser flaco por fuerza, y fuerte de grado.»—«Así mismo se ha como un caudillo para vencer y robar lo que desea: porque así como un capitán y caudillo del campo, asentado su real y mirando las fuerzas ó disposición de un castillo, le combate por la parte más flaca; de la misma manera el enemigo de natura humana, rodeando mira en torno, y por donde nos halla más flacos y más necesitados... por allí nos bate y procura tomarnos.» [2] Pero el artificio principal que usa es *transfigurarse en ángel de luz*, como se saca de San Pablo, y aparentar ser enviado de Dios para guiar y enseñar á los hombres. Con este engaño echó grandes lances en todos los siglos, especialmente en la gentilidad, donde llegó á cegar con sus maquinamientos y á dementar á hombres de ingenio aventajado. Este fué el principio de las herejías y el despeñadero por donde vinieron muchos á sumirse en torpísimos errores, atizando el enemigo el fuego de la presunción y soberbia. Como logre Lucifer penetrar con el falso resplandor de su claridad en las potencias del humano ingenio, no hay desatino que no aconseje ni maldad que no facilite.

Las señales de espíritu diabólico son éstas tocante al entendimiento: inspirar y aconsejar cosas falsas, anublar el juicio y la razón, revolver las especies de la fantasía con extrañas conmociones, dejar en la mente tinieblas ó falsa luz, causar protervia y rebeldía contra la autoridad y santidad, incitar á excesos enormes sin orden ni prudencia, ingerir devaneos y designios soberbios. De parte de la voluntad produce notable turbación, ilusoria humildad y grande orgullo, desconfianza ó loca presunción, endurecimiento y terquedad, des-

justos autem, id est, cultores Dei, metuunt; cujus nomine adjurati de corporibus excedunt, quorum verbis, tanquam flagris verberari non modo Dæmonas se esse confiteantur, sed etiam nomina sua edunt. *Divinar. Instit.* lib. II, cap. XVI.

[1] C'est un portrait d' après nature, ressemblant a l'original, comme un autre lui-même. — P. PONLEVOY, *Comment. sur les Exerc. spirit.*, 1888, p. 129.

[1] S. CIPRIANO, *De zelo et livore*.— S. LEÓN, *Serm. VII. De Nativ.* —S. GREGORIO, *Moral*, lib. cap. XII.— S. AGUSTIN, *Serm. XX, De Divers.*, cap. II.

[2] *Ejercicios. Reglas de discreción de espíritus:* primera semana, Regla 12 y 14.

esperación en los trabajos, desconcierto en las pasiones, infames embustes, persecución desaforada contra todo lo santo y divino.

Lo dicho se ha de entender de la facultad que posee el demonio en su condición natural, sin poner de por medio la libre voluntad de Dios; facultad, que llega al extremo de «no haber en la tierra potestad que se le compare, porque está hecha para no temer á nadie.» [1] Ni áun después del cristianismo está abolida su espantable fuerza: puede ahora lo que antes podía, pero Dios le tiene sujeto á su dominio sin que pueda exentarse de su imperio. Ejecutores de la divina voluntad son los ángeles buenos y sirven para castigar ó para favorecer: [2] no son los demonios los ministros natos de sus iras y venganzas, y poco ha lo decíamos. La acción de Dios en los demonios está, no en mandar, sino en impedir que ejecuten su furor y rebeldía. Así lo enseña San Agustín. «Los buenos ángeles no obran sino es en cuanto Dios *manda*, y los malos no obran injustamente sino en cuanto Dios justamente les permite.» [3] Lo mismo dice en la *Ciudad de Dios*. [4] Dios, que quiere el bien y permite el mal, á los buenos ángeles manda, á los malos no siempre veda. Nunca el demonio hará cosa que Dios no se la permita, pero para hacerla ha menester expreso mandamiento de Dios, siquiera indirecto, y supuesta la divina permisión obra el demonio libre y absolutamente dentro de los límites señalados. En este sentido dijo San Pablo: «no hay poder que no venga de Dios.» [5] Y Jeremías: «los ídolos no pueden hacer ni bien ni mal.» [6] Y el profeta Amós: «no hay calamidad que no venga de Dios.» [7] Balaam respondió á Balac: «¿cómo tengo de maldecir al que Dios no maldijo?» [8] Por esta causa los textos escriturales donde parece que Dios ordena y manda, [9] contienen permisión de Dios, no mandato ni ordenación. «No les son permitidas todas las cosas que pueden y quieren, sino las que la divina providencia les concede, porque tienen su potestad natural restringida y en cierta manera atada por Dios.» [1] ¿Qué sería del hombre, qué de las cosas mundanas si le aflojase Dios la rienda y le quitase todo freno? El Asmodeo que mató á los siete maridos de Sara, [2] el Satán que tentó á Job, [3] los demonios del Evangelio [4] dan bien á entender cuánta fuerza tienen para perturbar el orden de las cosas visibles, como lo significan San Pedro y San Pablo con los apodos de león y de rector de las tinieblas.

Dos causas multiplican su poderío. La primera es valerse Dios, en calidad de Juez, de sus armas para quebrantar la insolencia de los mortales y tener á raya los abusos de su libertad. Es doctrina recibida [5] que para experimentar á los hombres emplea Dios á veces los ángeles malos, y áun hace por su medio cosas prodigiosas con que más resplandezca la grandeza de su justicia y poder. En este caso toma el demonio oficio de verdugo, y tira rayos vengadores que Dios por sus ángeles no quiere disparar. Convertir en ministros de las divinas venganzas á sus más encarnizados enemigos es justísima y terrible humillación. Aquí pueden armar tempestades, contaminar con pestes, revolver tierras con aguaduchos violentos, causar ruinas en los edificios sin dejar estaca en pared, maltratar mieses, arder grandezas, desmenuzar las ruedas de muchas fortunas, aplicando causas naturales, que Dios para estos efectos dispuso. El común de los Doctores sigue en esto á Santo Tomás; [6] y basta por toda razón la tragedia que leemos en Job del rayo que hirió de muerte ganados y ganaderos, del torbellino que asaltó la casa cogiendo debajo á los hijos del Santo, y de los desastres que acabaron con su salud, hacienda y familia, todo procurado por arte del demonio, permitiéndoselo Dios.

---

1 Job, XLI, 24.
2 IV Reg. XIX, 35.—I Paralip. XXI, 15.
3 Nec boni angeli hæc nisi quantum Deus jubet, nec mali hæc injuste faciunt nisi quantum juste ipse permittit.—*De Trinit.*, lib.III, cap. VIII.
4 Lib. XII, cap. XXIV.
5 Non est potestas nisi a Deo.—Rom., XIII, 1.
6 Nec male possunt facere, nec bene—X.
7 Si erit malum in civitate, quod Dominus non fecerit?—III, 6.
8 Quomodo maledicam ei cui non maledixit Deus?—Num. XXIII, 8.
9 Exod. VII, 3.—Is., VI, 10.—Rom. I, 28.

1 P. Pereira. Non quæcumque possunt facere, licet eis, et quando volunt, et quantum volunt facere, sed tantum quantum eis per Dei providentiam concessum est; habent enim naturalem suam potestatem restrictam et quasi ligatam a Deo.—In cap. VII, Exod, disp. IV.
2 Tob. III. 3 Job, I. 4 Math. VIII
5 S. Agustin. *In psalm.* LXXVII.—S. Jerónimo, *In Isaiam*, cap. XXIV.—Gerson, *Super Evang.*, dom. XIX *post Pentec.*—Estio, In II sent. dist. VII, § 20.—Silvio, In II, 2ae q. CCLXXVIII, art. 2.—Tostado, *In Exod.* cap. XII y otros doctores.
6 I p. q. CX, art. 4.

Lo dicho abre camino á la inquisición si puede el demonio hacer verdaderos milagros, que tocamos en otra parte, y conviene aquí aclarar un poco más. Estamos lejos de alcanzar perfecta noticia de las energías naturales atesoradas en toda la creación, y cuando vemos un fenómeno producido por fuerza á nosotros desconocida, en un orden que ignoramos, podemos conceptuarle milagro *quoad nos*. Tales cosas corresponden bien al demonio. Según esto «cosa cierta es, que los demonios pueden producir muchas cosas que sobrepujan las fuerzas humanas. Pueden correr la tierra con una ligereza que vence toda ligereza, pues leemos en el libro de Job que Satanás profirió un día esta palabra: yo he recorrido la tierra. Pueden agitar los vientos y mover tempestades, pues vemos en Job que habiendo Dios permitido al demonio ejecutar en este varón santo su poder, prohibiéndole que no atentase contra su vida, el mal espíritu levantó del desierto un huracán impetuoso, que desencajó de su lugar los cuatro ángulos de la casa del justo. Pueden herir el cuerpo humano con enfermedades y llagas, pues vemos en el mismo libro cómo cubrieron el cuerpo de Job con úlceras pestilentes.

»Pueden resolver el cielo en fuego y rayos, y la historia de Job, que vió sus ganados consumidos con las llamas encendidas por los demonios, es prueba de esta verdad. Pueden cegar á los hombres y despeñarlos con furia en obras funestas, como los sabeos que agitados de los demonios, arremetieron á los siervos de Job y les quitaron la vida. Pueden causar en el aire ciertas vibraciones y hacer resonar palabras y voces, como lo hizo Satanás cuando tentó á la primera mujer en el paraíso y á Cristo en el desierto. Pueden tomar formas varias y aparecer á los hombres en figura visible, como Satanás al Hijo de Dios para pedirle adoración. Pueden mover los cuerpos y trasladarlos por los aires de un lugar á otro. Pueden producir claridad en lugar obscuro, hacer ruido de diferentes maneras y dejar oir sones diversos, como la historia nos lo atestigua con sucesos varios debidos á los espíritus de maldad.» [1]

De estas operaciones podría alguno pensar que son verdaderos milagros. Refresquemos las cosas dichas en el libro primero. San Agustín así los intituló cuando dijo: «Job perdió todo cuanto tenía, hijos y salud corporal, y lo perdió con gran caudal de milagros visibles.» [1] En otra parte dice: «De una manera hacen *milagros* los hechiceros, de otra los buenos cristianos, de otra los malos.» [2] Santo Tomás exponiendo estas palabras de San Agustín concede que las dichas obras del demonio y de los magos son *milagros quoad nos*. [3] Considerando San Agustín el supremo poder de los ángeles, encoge las alas de su entendimiento y exclama: «De qué manera hagan estas maravillas los ángeles, ó Dios por ellos, y qué cosas quiera también Dios hacer por medio de los demonios, ya dejándoles obrar, ya forzándolos... ni lo alcanzo yo ni lo puedo comprender.» [4]

Para responder á estas dificultades se ha de presuponer el fundamento antedicho, á saber, que no le asiste al demonio facultad para seguir como quiera el rumbo de su redomada malicia, si Dios no da licencia para ello. Dícelo con claridad San Agustín hablando de las adversidades causadas por los demonios al Santo Job: «No hemos de pensar que esta universidad de cosas visibles sirve al plácito y antojo de los demonios; á Dios sirve, de quien dimana el poder de ellos según lo tiene por bien.» [5] En otra parte dice: «El diablo nada puede sin permiso, y se le dan ó para castigarnos ó para probarnos.» [6] En esto convienen los Santos y Doctores sin discrepancia, ni hay para qué detener más la pluma en ello. [7]

Si esto es así, como tantas veces decimos, cuando Dios se aprovecha del demonio para maravillas asombrosas, enderézalas al fin altísimo de su arcana providencia, pero el demonio lejos de cooperar al intento de la divina gloria, como los santos ángeles, sólo sigue los instintos de su orgullosa malignidad, y arrebatado de odio perverso concurre á remolque y por violencia al fin especial de la obra. Hace en verdad una cosa superior á las fuerzas

---

1 THIBOUDET, *Des esprits et de leurs rapports avec le monde visible d'après la tradition*, p. 223.

1 Non parva visibilium miraculorum potentia.—*De Trinit.*, lib. III, cap. VII.
2 Lib. LXXX quaest., q. LXXIX.
3 I p. q. CX, a. 4.
4 *De Trinit.* cap. X.
5 *De Trinit.*, lib. III, cap. VII.
6 *Enarrat.* II, in psalm. XXVI, 5.
7 S. CIPRIANO, lib. III, *Ad Quirin.* cap. LXXX.—S. JERÓNIMO, *In Isai.*, cap. XLVI.—SANTO TOMÁS, III p. q. XLIV, a. 1.—GUILLERMO DE PARIS, *De Universo*, II p.—SUÁREZ, *De Angelis*, lib. IV, cap. XXVII.

sensibles y corpóreas, que podríamos llamar *milagro* impropiamente en cierto sentido [1] con Santo Tomás, en cuanto el hecho excede el ámbito de las facultades humanas; mas porque no traspasaría el orden de toda la naturaleza criada, ni concurriría el maligno á la intención de la obra, que se cifra en glorificar á Dios, sino únicamente á satisfacer su rabiosa sed de dañar, por eso nunca merecerá la acción diabólica el timbre honroso de milagro. Si en algún caso llegase á demostrarse que se valió Dios del demonio para hacer un milagro formal y verdadero, superior á toda virtud criada, en tal caso el demonio sería causa instrumental eficiente del milagro; no por eso podría decirse que el demonio hizo instrumentalmente este milagro; no porque faltase fundamento para ello, sino porque el uso común ha vinculado á la voz *milagro* el concepto de cosa santa y grandiosísima obrada con santísimo fin, y tal modo de obrar repugna á la condición del demonio. A lo más diremos que la parte sobrenatural contenida en el efecto es propiedad de Dios, la parte natural y ruín pertenece al demonio: conviene á saber, á Dios tocan las apariciones, hablas, operaciones sensibles que el demonio ejercita por dispensación divina; al demonio deben referirse la maldad, blasfemia, torpeza, engaño, superstición que en el hecho extraordinario intervienen. [2]

De este principio general se derivan las señales que marcan las maravillas diabólicas y las distinguen de las obras divinas. La primera señal se halla en la condición de las mismas obras. Grande es el poder espiritual, tanto mayor cuanto menos atado á la materia, pero dista mil leguas del divino poder. Santo Tomás, y se dijo en las págs. 143, 220, trata esta materia y resuelve cinco puntos: [3] primero, que algunas cosas no hallan cabida en el poder del demonio, y son las que superan la facultad de su naturaleza, ni les da para ellas potestad el Criador (*eis a Deo nulla datur potestas*); segundo, que solamente está en su posibilidad poner en planta aquellos efectos para los que hallan en los cuerpos algunas aptitudes naturales, y pueden aplicarlas con presteza sacando de ellas alguna maravilla natural; tercero, que son poderosos para impresionar la imaginación del hombre conmoviendo el órgano de la fantasía; cuarto, que la divina providencia tiene al demonio trabado el poder nativo para que no haga lo que por sí podría naturalmente hacer; quinto, que cuando le concede Dios licencia, su poder llega en suma á causar movimiento local en los cuerpos ó á conmover los órganos de los sentidos representando en ellos alguna ilusión. Mas éstas no son operaciones milagrosas, sino artificiosas, según enseña Santo Tomás.

De estos principios nace el criterio para distinguir las maravillas divinas de las diabólicas. Donde se le acaban al demonio las fuerzas, allí empieza á extenderse el brazo de Dios, resucitando cadáveres, organizando partes atrofiadas, sanando de repente sin aplicación de remedios, suspendiendo leyes cualesquiera, transelementando substancias, dando de nuevo el sér, y haciendo cosas tanto más admirables cuanto más avecinan á la índole de la creación. El demonio vanamente se fatiga en esta demanda. Si le dan permiso seràle posible traer de muy lejos un cuerpo y ponerle con gran ligereza á la vista, apoderarse de un miembro paralizado y por movimiento muscular hacer que se agite y parezca vivir, embotar la sensibilidad encadenando el sistema nervioso, juntar moléculas y formar espectros que con su vistosa figura asombren á los ignorantes. Cuando más, todas estas operaciones se reducen á obras de arte, y son tasadas y acomodadas á la licencia que para ellas le otorgan. Como quiera, no saca de las causas naturales más de lo en ellas contenido. Cuando parece sanar de repente enfermos desahuciados, ó resucitar muertos, ó cosas tales, resulta no ser reales dichos efectos sino aparentes. ¿De dónde proviene la apariencia? «De dos causas, responde Santo Tomás; ó porque el ángel altera la imaginativa del hombre y también los sentidos corporales, de suerte que la cosa sea vista de otra manera que es; ó porque el ángel toma cuerpo visible dándole la forma que quiere y presenta las cosas rodeadas de aquel aparente bulto.» [1]

---

[1] Miraculum large.—I p. q. CXIV, a. 4.

[2] El demonio no hace milagros porque no puede inducir formas nuevas en materia no apercibida, y porque sus obras llevan por blanco engañar á los hombres; estas dos razones esfuerza el erudito Tytz en su *Lexicon Theolog.*, art. *Miraculum*.

[3] *De Pot.*, q. VI., art. V.

[1] I q. CXIV, art. 4, ad. 2.

El número de sus prodigios es muy limitado. El taumaturgo divino con sólo hacer un signo y orar, el milagro se multiplica sin distinción de categorías. En cada siglo de la Iglesia vemos diversas manifestaciones, en grande abundancia, hechas sin dificultad. El demonio señala su valentía con escasos prodigios, contrarios unos de otros, unos claros, otros disimulados, que al fin muestran cuán pobre de medios es su autor. En la manera de obrarlos hay también gran diferencia. Los de Dios proceden por lo común de hombres santos, sencillos, llenos de fe y de amor divino; los de Satanás provienen de hombres sospechosos, vanos, soberbios, de virtud aparente y de doctrina tenebrosa. Y cuando el demonio les ayuda en sus operaciones, lo hace á medias, mintiendo el rostro, disimulando su flaqueza, arrebolándose de bien público, representándose ángel y engañando los sentidos humanos. El P. Benito Pereira opinó que ya que los demonios tengan potestad para fabricar y tomar cuerpo semejante al del hombre cuanto á la mole, figura, color, voz, movimiento, no la tienen para fraguarle de tal manera que represente aquella solidez de carnes, huesos, tejidos, nervios y venas que en nuestros cuerpos experimentamos.[1] La ilusión podrá caer en la vista, no en el tacto, que discierne el calor vital procedente del alma, y no puede reemplazarse de un modo constante y conforme. Si, pues, el hombre llegase á tocar el cuerpo fantástico de un demonio, notará luego no ser aquel cuerpo de hombre vivo, porque no sentirá el templado calor, ni la blandura de carnes que del contacto resulta.

De dos maneras, dijimos con Santo Tomás, puede el demonio aparentar que hace milagros:[2] la una haciendo impresión en el interior de la fantasía y en los sentidos internos; la otra tomando cuerpo y apareciendo en forma sensible. Cuando esto sucede, á la blandura de la divina providencia toca supeditar indicios con que conocer el fraude y la ilusión.[3] Acaece ilusión en los sentidos cuando muda, según las apariencias, hombres en brutos, cuando produce animales, cuando menea cadáveres, cuando evoca las almas de los difuntos, cuando saca á relucir trasgos y duendes. Estas obras, aunque en alguna manera puedan parecer verdaderas, son meros embelecos del enemigo común, con que pretende autorizar sus embustes ocultando la verdad. Generalmente hablando todas las operaciones que no se hacen por mero movimiento local dejan burlados los artificios del demonio, muy al revés de los taumaturgos divinos.

Si se atiende al fin inmediato de los milagros verdaderos, mirar por el bien del prójimo es intento principal, al paso que los prodigios van enderezados por el demonio á mostrar odio y malicia. Muchos bienes resultan de las obras demoniacas, no intentados por Lucifer, conocimiento de los espíritus, cumplimiento de la providencia, noticia de la inmortalidad, distinción entre mentira y verdad, odio al mal espíritu, confesión del divino poder; bienes muy ajenos de la intención malvada de nuestro enemigo, cuyas trazas corrige Dios por encontrado camino, porque «el demonio anhela tener cautivas las almas, Dios desea libertarlas; aquél predica idolos, éste noticia de un solo Dios; aquél arrastra á vicios, éste llama á virtudes», dice gravemente San Jerónimo.[1]

Mirados en su sobrehaz los portentos del demonio se encaminan á cebar la curiosidad con ruidos, espectros, espectáculos, juegos de manos, trastrueques teatrales, visiones fantásticas, que despiertan estúpido pasmo en los fatuos, desdén y menosprecio en los doctos. Considerado el fin ulterior, asi como los milagros divinos afianzan una doctrina sobrenatural y garantizan la verdad y la virtud, los diabólicos apoyan el error y el vicio, combaten la verdad revelada y apartan al hombre del verdadero fin, que es Dios. Podrá suceder á veces que un prodigio diabólico concurra á confirmar una determinada verdad; mas de ahí no se infiere que los demonios hagan milagros, porque aquel hace milagros que obra con intento de confirmar una verdad, ó comprobar la santidad, y el demonio no obra por tales res-

1 *Comment. in Genes.*, lib. VIII, disp. III.

2 Uno modo ab interiori, secundum quod dæmon potest mutare phantasiam hominis et etiam sensus corporeos ut aliquid videatur aliter quam sit... Alio modo ab exteriori, cum enim ipse possit formare corpus ex aere cujuscumque formæ et figuræ ut illud assumens, in eo visibiliter appareat, potest etiam eadem ratione circumponere cuicumque rei quamcumque formam corpoream, ut in ejus specie videatur. I p. q. CXIV, a. 4.

3 SANTO TOMÁS, II, *Dist.* VII q. III, a. 1. Uno modo per veram corporis transmutationem; alio modo per quandam illusionem sensuum ex aliqua immutatione imaginationis. *De Pot.* q. VI, a. 5.

1 In Matth. cap. XII.

petos. Cuando Dios usa de su industria en orden á la confirmación de una verdad, él es quien hace maravillas sobre las fuerzas naturales obligando al demonio á cooperar á la empresa, y el demonio coopera entonces por fuerza y repugnando como quien no desea ni busca la gloria de Dios, que en los milagros resplandece. Siempre que este caso sucede, el demonio es causa instrumental del milagro, Dios la causa principal. En la línea de instrumentos entran los demonios, y también los hombres malos. Mas cuando tales instrumentos aplica Dios, no es confirmación de falsa doctrina ni para dar cubierta al vicio. «Yo llamo por testigo á vuestra conciencia, decía el P. Monsabré, para que me digáis si puede Satanás mandarnos adorar al Dios que él aborrece, si puede infundirnos esperanza del bien que él perdió, si puede darnos amor á la virtud que él abandonó. Os pregunto si Dios puede deshonrarse, envilecerse, afearse á sí propio patrocinando todos los errores y todos los vicios.» [1]

Con esto queda respondido á la cuestión de si es capaz de hacer milagros el enemigo de nuestro bien; y por la misma respuesta se convence cuánto acrecentamiento recibe la pujanza del demonio cuando Dios la aplica, según sus adorables consejos, en llevar adelante el designio de su providencia.

La otra causa, que acrecienta y saca de madre el satánico poder, es la voluntad del hombre, cuando le abre la puerta y le facilita la entrada. ¿Qué han de hacer los espíritus malignos si los convidan con la posesión, sino arrojarse, entrar á saco la morada del hombre, y andar hechos unos lobos poniendo á fuego y á sangre su salud, bienes, paz, con incomportable estrago? Y mayor fuera el daño, si Dios, que con querer al hombre libre, quiere florezca en el mundo orden y hermosura, no domase su natural fiereza, poniendo ley á su exorbitante perversidad. Sin embargo de la raya que le señala, entre dos efectos que podría el demonio ocasionar con su dañada intención, bueno el uno y el otro malo, nunca le permite Dios que el bien físico procurado tal vez á los hombres con sus trapazas y engaños, le dé nombre de bienhechor y aumente en ellos la confianza; al revés, dispone que los bienes procurados sean muy vacíos y de corta duración, comparados con la gravedad de los males hechos á los que le abren camino con su ganosa voluntad. Así lo traza el Señor para que nadie se llame á engaño, si rinde al demonio vasallaje, cuando esperó las comodidades que de su amistad se prometía. Los bienes aparentes que da, se reducen á ilusiones, mentiras, engaños, vanidades y cosa baladí; los males son reales, aflicción, tristeza, desengaño, desesperación, suma desdicha. No sale sino muy malparado el hombre que se rinde al servicio del demonio, ó se complace en su amistad, pues nunca queda por su enemigo el causarle mayor desventura: agradezca a la divina bondad si no sale peor librado de las uñas de Lucifer.

Cuando no halla entrada franca en la humana voluntad, pugna por abrirse camino dando al hombre, con la permisión de Dios, fuertes tientos y esperando á que le abran. Inclinado al mal con desapoderada furia, usa de muchas trazas para insinuarle en la morada interna del hombre, en sus sentidos y pasiones, en su imaginación y pensamiento. Campo dilatado abren á sus tentativas las inclinaciones del hombre. Por ser el alma humana espiritual, y él espíritu, sabe influir en el cuerpo para trabar con el alma malhadada correspondencia. No le es lícito ofuscar directamente nuestro entendimiento, ni malear nuestra voluntad; pero esle fácil penetrando por los sentidos y fantasía, revolver los humores del cuerpo, encender llamas de pasiones, y apoderado de la parte inferior entrarse con sus armas por la superior, hacer presa en sus bienes, escalar los potencias y dilatar su señorío por todas ellas con insolente tiranía. Por este medio logra un hombre á fuerza de perversidad concebir proyectos ingeniosos y mostrar capacidad que aturde y deja atónitos á los que antes le conocían. Dicen por lo común que los malos poseen grande ingenio; áun siendo lerdos y zafios, ingenio tiene por ellos y arte para revelarles sus tretas el enemigo de todo bien; prestado es y villanamente adquirido lo que parece propio y natural.

Cuando vemos que hombres desalmados unen sus armas contra los poderes de la tierra; cuando leemos obras de raro mérito, en que no sabéis qué admirar con

[1] *Confér. du couvent de Saint Thomas d'Aquin, Introd. au dogme catholique.— Du discernement des miracles: prestiges diaboliques.*

preferencia, si la agudeza del ingenio ó la refinada impiedad; cuando salen al teatro del público monstruos en traje humano que apadrinan todos los vicios y combaten toda virtud con incalificable audacia; cuando en ciertas ocasiones alzan bandera doctrinas detestables y asoladoras, y con gran crédito y estima son llevadas en triunfo por gentes al parecer sensatas; cuando esto vemos, y se sabe que hay hombres que sólo viven de tramar en las tinieblas crímenes públicos, de corromper la moral, la justicia y la verdad, de fomentar con escritos infames las pasiones viles y las perversas inclinaciones, y que las leyes de amistad, el oro, el favor, el poder, la ciencia, todo, todo se mancomuna para coronar la iniquidad y mofar de la virtud; cuando esto sucede, y el único blanco á donde la maldad asesta sus tiros es la doctrina de Cristo y la Esposa inmaculada del Cordero, la Iglesia santa; entonces hemos de entender que el agente que trae tan endiablado el mundo, y que atiza tan fieros instintos, y enciende tan mortales odios, y embravece tantas voluntades, y enloquece tantos entendimientos, y contamina tantos corazones, es el espíritu satánico, que logró enturbiar la razón, afeminar el ánimo, embrutecer las almas y hacer asiento en los enemigos de la verdad y del bien común. Entonces toma Dios á su enemigo como azote en la mano para descargar su justo furor en la humana sociedad.

ARTÍCULO IV.

Ayudan á ejercitar su poder la fiereza y la astucia.—Finge y remeda las obras de Dios.—A dónde no alcanza su fiereza.—A dónde alcanza —No conoce los futuros libres. — Barrunta por indicios los movimientos del alma.—No puede profetizar.—Sus oráculos son inciertos.—Qué bienes procura.—Males que acarrea.—Pacto del hombre con el demonio.—Condiciones que tiene.

Declarada ya la ocupación del mal espíritu, y visto cómo toda se reduce á hacer gran riza en los hombres por la enemistad que tiene con Dios, síguese cómo llega al término su perversidad, supuesta la licencia divina. Dos condiciones principales reconoce en él San Agustín, de león y de sierpe: [1] como león arremete con fiereza, como sierpe pone mañosas celadas; ora clara y descubiertamente cobra desvergonzada osadía, ora á la sombra escondido urde engaños y tala el campo de los hijos de Dios. Sírvele la versucia para dar color de divinas á las obras que son del todo suyas, y las que no pueden ser imputadas vístelas con ropajes tan vistosos, que parezcan hechuras propias. Sírvele la fuerza para contrahacer los milagros y honestar con nombre de sobrenaturales y divinas las operaciones que no pasan los términos naturales. Juntando la astucia con la fuerza, en todo mete la garra, cual si fuera poderoso para hacer estallar las columnas del orden sobrenatural.

En primer lugar, el que no es capaz de obras divinas, cuida de grandes apariencias para deslumbrar y entontecer. Porque á gran cantidad de obras no alcanzan los demonios con todo su poderío. Sentencia católica es, que no conocen cierta é infaliblemente las cosas futuras que dependen de causas libres: ningún ángel está lleno de tanto saber, si Dios no se lo comunica. Porque aunque los ángeles tengan perfecta ciencia de las causas naturales y leyes físicas, y sepan dar razón del orden maravilloso del universo, y descubran secretos encubiertos á la gente sabia, y no ignoren qué causas opuestas deberán, en circunstancias determinadas, concurrir y emparejarse, y en este sentido puedan ellos naturalmente antever y pronosticar muchos efectos y trastornos físicos; mas porque les son ocultas las libres disposiciones con que la divina voluntad podría estorbar el curso natural de las cosas, por esto la sabiduría que sobre la acción de las leyes poseen, no es absoluta ni infalible, como gravemente lo enseña Suárez. [1] Predecir podrán los demonios lo que ellos harán en cosas sujetas á su disposición; [2] pero pronóstico es incierto, no tanto por ser ellos libres en mudar de voluntad, cuanto por serlo más que ellos Dios en atajar sus depravados intentos áun después de concedida licencia. Por deducción conjetural y con alguna probabilidad, tal vez barrunten los sucesos de otras causas libres, en especial de los hombres, sea por el conocimiento teórico que tienen de sus inclinaciones y temperamentos, sea por la larga experiencia de tantos siglos en el trato con la humanidad.

---

[1] Leo aperte sævit, draco occulte insidiatur, utramque vim et potestatem habet diabolus.— *Enarratio in psal. XC*, serm. 2.

[1] *De religione.*, tract. III, lib. II, cap. VIII.
[2] S. AGUSTÍN, lib. de *divin. dæm.*, cap. V.

De igual manera hemos de filosofar en los íntimos pensamientos del hombre. Solamente los rastrean por indicios del mismo hombre significados, ó por efectos sensibles que salgan al exterior, hablando ú obrando: de éstos adquirirán los demonios noticia cierta, de aquéllos sólo conjetura y probabilidad. Puesto en planta un acto externo, predecirán las resultas que ha de tener en el orden natural, y las anunciarán con suma velocidad en un lugar muy lejano. En las cosas pasadas que les fueron secretas cuando acontecían, palpan tinieblas ahora y sólo por sospechas las coligen ó columbran. En fin, el conocimiento infalible de cosas ocultas y reservadas á la sabiduría divina, no está en la capacidad de los demonios, y mal podrá dar el que no tiene, ni enseñar el que no sabe. Si á las veces viendo puesto el principio de una acción, van luego á denunciar el progreso y el fin, «ladrones son, dice San Atanasio, si se quedan con la gloria de adivinos.» [1]

Una de las más cavilosas industrias del demonio consiste en tomar la delantera, y hablar al hombre informándole interiormente de cosas que se le esconden, y que no podría alcanzar por sus propias fuerzas. En estas hablas secretas se aventaja por extremo la maña del tentador. A la manera que Dios infunde á menudo á las almas palabras íntimas y vitales, y comunica con ellas la soberanía de sus vivísimas luces, también el demonio suele descubrir al hombre algún buen pensamiento con intención de traerle más embaucado y para apartarle más al seguro de otro más excelente bien. [2] Quien conceda al cruel tirano un palmo de tierra, experimentará después cuán costoso le ha ha de ser recobrar el terreno perdido. Creer todo cuanto el demonio diga, enseñe, insinúe, es gravísima temeridad y enorme superstición, porque es reconocer por numen infalible y veraz al padre de la mentira, é idolatrar á Dios en su más fiero enemigo. «Las potestades aéreas soberbias y mentirosas, aunque alguna vez han dicho por sus adivinos cosas verdaderas acerca de la ciudad de los santos y del divino medianero, lo hicieron para con este cebo atraer, si pudieran, los fieles á tener por verdades sus falsedades y mentiras», dice San Agustín. [1] Lo mismo enseña en otros muchos lugares. [2]

Síguese de esto que la profecía, prenda de divinidad, es arrogancia desmedida en los labios del demonio, que en orden á abonar su poderío vende conjeturas por vaticinios, mentiras por verdades. Hace el demonio ventaja á los hombres de grande ingenio en viveza y profunda comprensión, especialmente considerando las causas y preparativos de los sucesos. Anuncia con tiempo la llegada de un peregrino, porque vió cómo se encaminaba á tal ciudad; adivina la conversación tenida en lugar remoto, porque oyó la entrevista y razonamiento; predice los vientos, lluvias y sequías futuras, porque las antevé en sus naturales causas; áun puede vaticinar la muerte de una persona coligiéndola de síntomas y señales, por la noticia perfectísima que posee del cuerpo humano.

Fuera de los efectos contenidos en causas naturales conocidas, se jacta de poseer la ciencia de los oráculos; pero los oráculos que profiere son respuestas enigmáticas y embolismos equívocos, ocasionados á cualquiera interpretación, faltos de precisión y claridad. No es esto decir que el espíritu de mentira nunca exprese verdad en sus predicciones; por el contrario, veces hay que el profeta de lo falso es inspirado por el espíritu de verdad. [3] Y da el Angélico Doctor dos razones: la una es, porque así la verdad saliendo de labios enemigos se hace menos sospechosa; la otra, porque los hombres que esto oyen, son más encaminados á la verdad. Mas en tal caso, cuando Dios permite ó dispone que su adversario enuncie verdaderas profecías, suministra sin falta industrias para descubrir y hacer patente el autor de toda la verdad. Fuera del caso raro en que Dios obligue al padre de la mentira á publicar la verdad, sus profecías son expresiones aventuradas y llenas de confusión.

---

1 Non enim ea quæ nondum fieri cœpta sunt referunt, quia Deus solus consciens est futurorum, sed quorum conspiciunt in actu initium, eorum sibi tanquam fures apud ignaros vindicant notionem.—*In vita Sti. Musonii*, cap. VII.

2 DES MOUSSEAUX, *Mœurs et pratique des démons*, chap. VI.

1 Potestates aereæ superbæ atque mendaces, etiamsi quædam vera per suos vates de societate et civitate Sanctorum et vero mediatore dixisse reperiuntur, id egerunt ut per hæc aliena vera etiam fideles Dei, si possent, ad sua falsa traducerent. Lib. IV, *De Trinitat.* cap. XVII.

2 *De Genes. ad litt.*, lib. II, cap. XVII.—S. CIPRIANO, lib. *de Idolor. vanit.*—ORIGENES, homil XVI, *In Numer.*

3 Propheta falsitatis quandoque etiam inspiratus a Spiritu veritatis. SANTO TOMÁS 2.ª 2.ae q. CLXXII, art. 6.

Según refiere Plutarco en la vida de Julio César, el mismo día en que el ejército de César se afrontó con el de Pompeyo en los campos de Tesalia, el augur Cayo Cornelio tuvo en Padua una visión, y estando arrebatado describió la batalla campal, como si se hallase presente, y vaticinó la victoria de César. Aulo Gelio [1] y Lucano en su *Farsalia* dan cuenta del vaticinio. El cual no fué predicción de cosa ausente y secreta para el demonio, que presenció la pelea de los dos ejércitos enemigos, y para retener al pueblo en su perversísimo culto descubrió en Padua al augur Cornelio y le puso en los labios el trance y el remate de la batalla que en Tesalia se estaba dando. De igual modo cuando San Agustín dice que el demonio notificó de antemano á los gentiles la ruina de sus ídolos, significa la sagacidad diábolica alcanzada con la experiencia de tantos siglos por conjetura, y no con total certeza, de lo que había de suceder, así como en el día podemos fundadamente conjeturar, y casi aseverar la ruina del protestantismo; especialmente que los profetas hebreos tenían ya asegurada con infalibles vaticinios la destrucción de la idolatría, como lo dice San Agustín.

Ningún oráculo de la gentilidad se acerca á la grandeza de la profecía. O dejan la mente perpleja y mal segura del sentido, ó sólo indican barruntos y sospechas, ó publican sueños y desvaríos, ó si quitan la duda es en cosas accesibles al espíritu maligno. A Creso cuando fué á consultar el éxito de la guerra, le dijeron: «un gran reino destruirás,» dejándole atormentado con la confusión si le hablaban de su reino ó del de Ciro. A Pirro le respondió el oráculo: «Digo que puedes vencer á los romanos;» nueva ambigüedad, y mayor aún en el texto que no define quién á quién podía vencer. Los más de los oráculos emitidos por Júpiter en Dodona, por Apolo en Delfos y Delos, por Latona en Egipto y por otros muchos demonios en infinitos lugares, eran semejantes á los dichos en la expresión y en el intento; al fin frutos de la ignorancia ó malicia de Satanás, como más abajo se dirá.

De estos oráculos del gentilismo dice Eusebio que si alguna respuesta daban acertada, «no había lugar donde no se pregonase,» [1] pero las que salían fallidas «se sepultaban en el silencio.» [2] Cita el historiador en el mismo libro cap. III la autoridad de Diogeniano para demostrar cómo las predicciones de los adivinos eran mentirosas por lo común, inútiles y vanas ciertamente. Más adelante ocupa todo el libro XV, y gran parte del XVI, en patentizar los desastres causados por muchos oráculos de la Grecia, y sus embustes y causas de su silencio, confirmándolo todo con autoridades, que podrá ver el lector deseoso de entender esta importante materia, que más adelante se tratará.

En verdad, que los oráculos de los paganos se redujeran á sentencias sueltas, sin trabazón ni enlace, que expresaban noticia de cosas fáciles de prever, y por lo común ambiguas, obscuras y á veces no inteligibles, testifícalo Cicerón hablando así con el oráculo de Delfos: [3] «Con tus oráculos llenó Crisipo todo un libro; parte son falsos, creo yo, parte por acaso verdaderos, como en todo discurso acontece las más veces, unos son obscuros y tan turbios que el intérprete necesita de intérprete, y hay que echar suertes sobre la suerte, otros tan ambiguos que sea menester dialéctica para desembrollarlos.»

Considerada la suma de bienes que procura el demonio á los que le sirven y adoran, y á que se reduce aquel *omnia tibi dabo si cadens adoraveris me*, [4] comenzando por las riquezas que se llevan tanto los ojos de los hombres, fácil es al demonio proponer galardones y encarecer promesas, y áun también ofrecer cosas, trasportando oro y plata con prontitud á donde quiera, como enseña Suárez con los teólogos comunmente: [5] para ello de las entrañas de la tierra no le falta arte para lograr metales preciosos, ni destreza para substraer alhajas de las cómodas y armarios de los ricos, ni habilidad para hacer presa en las arcas de los banqueros, ni presteza para colocar en un tris tanta fortuna en las manos de sus míseros adora-

---

1 *Noct. Atticæ*, lib. XV, cap. XVII.

---

1 ἄνω καὶ κάτω περιφέροντας Præp. lib. IV, cap. II.

2 μηδαμῆ μηδενός ἐθελόντες, ibid.

3 Tuis oraculis Chrysippus totum volumen implevit, partim falsis, ut ego opinor, partim casu veris, ut fit in omni oratione sæpissime, partim flexiloquis et obscuris, ut interpres egeat interprete, et sors ipsa ad sortes referenda sit, partim ambiguis et quæ ad dialecticam deferenda sint. — *De Divinatione*, lib. II, 56.

4 Matth. IV, 9.

5 *De superstitione*, cap. XVII.

dores; y efectivamente opina Suárez que «á veces los hombres enriquecen de súbito por arte mágica.» [1] Mas aunque no le falte maña para el oficio de ladrón, noconsiente Dios le ponga por obra, ni baraje los caudales de los hombres á su talante, porque sería origen de gran ruina y confusión; y así hemos de tener por más cierto que cuando el Señor le alarga la mano, lo ordinario es hacer ilusión en los sentidos y dar riquezas soñadas y fantásticas que desparecen como el humo, por vía de encantamiento.

El mismo discurso debe hacerse acerca de la salud corporal. El maligno es gran doctor en medicina y en ciencias naturales, y posee más caudal de medicamentos que los sabios que se pelaron en su estudio las cejas; mas con todo, ficción es y embeleco toda su arte de curar. El ardid que suele emplear es éste: perturba con maleficios las funciones orgánicas, introduciendo desorden en la economía animal con los humores que revuelve; el desorden origina enfermedades y molestias dolorosas hasta el punto de poner al hombre en trance de gravedad; mas al mejor tiempo, cuando parece que la vida se acaba y que el lazo del alma y del cuerpo se suelta, suspende el maleficio, ó dicta remedios naturales que la experiencia de los siglos le enseñó, y luego cesando la perturbación, los órganos recobran su primer estado, y el hombre entra otra vez en posesión de la vida artificiosamente amenazada. De esta suerte cura enfermedades fraguadas por su perversa malicia. [2] «Hacen primero daño; después mandan remedios milagrosamente nuevos, ó contrarios, luego dejan de dañar, y cree el mundo que han curado.» [3] Así se explicaba Tertuliano. [4] Y Plutarco no otra cosa quiso expresar cuando decía de los demonios que «meten á los hombres sueños, señales, enfermedades y salud; y no sólo á hombres, mas también á ganados y jumentos.» [5]

---

1 Ibid. cap. XVI, n. 21.

2 SUAREZ, *De superstitione*, cap. XVI. — BINSFILD, *De Confess. malef. Præelud.* VI.

3 Lædunt enim primo, dehinc remedia præcipiunt ad miraculum nova, sive contraria, post quæ desinunt lædere, et curasse creduntur.

4 *Apolog.* cap. XXII.

5 Ὑπὸ τούτων πέμπεσθαι ἀνθρώποις τούς τε ὀνείρους καὶ τα σημεῖα, νόσους τε καὶ ὑγιείας· καὶ οὐ μόνον ἀνθρώποις ἀλλὰ καὶ προβάτοις καὶ τοῖς ἄλλοις κτήνεσι — DIOG. LAERT. *Vita.*

Al fin, qué bienes acarrea al hombre que se pone á su servicio, no es dificultoso rastrearlo, conociendo que si el hombre busca dicha y satisfacción de sus apetitos, él anhela satisfacer su odio y rabia desesperada: ¿qué bienes pueden nacer de esta alianza? Digan los que han experimentado su trato, ¿cuántos rayos de luz científica les amanecieron del espíritu de tinieblas? ¿qué secretos descubrieron los griegos con la frecuencia de sus oráculos? ¿qué adelantamientos hicieron los romanos en las artes y ciencias, prácticas y especulativas, con el uso de tantos adoratorios de falsos dioses? desde que el demonio se entretiene con los hombres ¿cuántas verdades les ha enseñado? Si las veces que acierta es para engañar, [1] pocas serán las verdades científicas que proponga, pues poco le valen para causar ilusión. ¿Cuándo y á quién enseñó el arte de curar, con ser gran conocedor de las propiedades de vegetales y minerales? y si no le faltan conocimientos terapéuticos, ¿por qué no los comunica, sino porque es dañador y causador de males y enemigo del humano bien?

Los males que el demonio procura son sin comparación más verdaderos que los bienes que promete. Grandes crímenes demanda ó sugiere á los suyos antes de tomar de ellos posesión, y pequeños á veces los que induce á cometer cuando se apoderó del hombre desalmado. Lo que pretende es que se le arrodillen los mortales y le reconozcan por amo; en logrando el sacrilegio poco le importa lo demás. Así se explica cómo hombres que se entregaron á su servicio, no cometan maldades á cada hora, favorecidos por el poder satánico.

Descendamos al acto de la humana voluntad que abre puerta al demonio, permitiéndolo así Dios. Libre el hombre de precipitarse en la más horrenda maldad, puede caer en la tentación y consentir en el criminal intento de invocar al demonio y de pactar con él poniéndose en sus tiránicas manos. La cesión carecerá de efecto real si no hay aceptación de parte; juntamente con la voluntad del hombre ha de concurrir la voluntad de su enemigo, el demonio. Cuando ambos quereres concuerdan ciérrase el pacto diabó-

---

1 SANTO TOMÁS, I p. q. LXIV, a. 2.

lico. Mas antes se asientan las cláusulas del concierto. El hombre se ofrece á ciertos actos, con tal que el demonio le prometa todo favor y le llene las medidas del deseo en determinada especie de cosas; el demonio empeña su palabra si le son ventajosas las condiciones. Estas se reducen, de parte del hombre, á venerar á su enemigo, renegar de Dios y de la providencia; de parte de Satanás, á ofrecer riquezas, honras, placeres, ciencia oculta, poder extraordinario. «Todo esto será tuyo, si postrado me adoras:» [1] tal fué la fórmula del contrato propuesto por el diablo á Cristo Señor nuestro. Si, por imposible, Cristo le hubiera hincado la rodilla, habría tenido asiento el pacto diabólico y se habría convertido el Hijo de Dios en hijo de Adán prevaricador, consumando la unión del mal con el humano linaje. El contrato con el demonio es ilusorio y nulo, por cuanto el demonio ofrece lo que no es suyo, y el hombre se compromete á lo que no puede donar.

Expreso ó tácito puede ser el contrato: expreso, si el hombre invoca al demonio con ánimo de concertarse con él; tácito, si sólo mira á los efectos que de su trato resultan. La invocación del demonio que se incluye en el pacto expreso, tiene manifiesta malicia, por la gravísima injuria hecha á Dios, y por la insolencia supuesta en el hombre. La convención implícita cuando es deliberada y conocida, constituye asímismo pecado grave, y si va acompañada de resultados extrahumanos, procedentes de operación diabólica, equivale á consentimiento formal. [2] En el explícito consentimiento tiene el hombre conciencia de lo que hace y pretende, está en la cuenta de la empeñada palabra, y sabe con quién trata y estipula; el demonio toma entonces la licencia que le dan, si le conviene, y cumple por su parte, ó deja de cumplir, lo que el hombre apeteció, según que á su maligna inclinación cuadra, conforme la larga mano que obtiene de Dios. En el pacto implícito, donde no interviene invocación directa del demonio, y solamente posición de la causa productora de las intentadas maravillas, aunque se contiene una cierta ignorancia acerca del agente principal, pero el efecto es apetecido y procurado con deliberada intención, y á los ojos de cualquiera debe saltar la desproporción de una causa natural con aquellos efectos extraordinarios que se pretenden, aunque tal vez el hombre no ponga entonces atención á tan extraña desigualdad. La forma del pacto implícito es querer el hombre el efecto, sea cual fuera la causa; si le conviene al demonio aceptar el convenio, se asienta luego por entrambas partes el funesto compromiso.

«La evocación indirecta parece juego inocente, cuando más, un antojo de curiosidad cuya malicia no se ve; creen no hacer mal, aún muchos piensan que obran bien siguiendo semejante capricho, y están los hombres sin defensa contra la seducción. Por otra parte, esta suerte de evocación, según lo demuestra la experiencia, es más fácilmente eficaz, porque el espíritu evocado no ganaría nada en hacerse de rogar. De aquí una serie de semi-concesiones, de semi-resistencias, de manifestaciones en que la verdad anda mezclada con la mentira, y el bien con el mal: la curiosidad, satisfecha á medias, se irrita, entretiene un comercio de que espera sacar lo que busca; y con todo, el mal espíritu tiende sus mangas, prepara las redes con tanta destreza, que el hombre hállase cogido en los lazos del error y en el pecado sin sentirlo, y llega á perder el concepto de su deplorable situación.» [1]

Digna de consideración es esta otra advertencia del P. Bonniot: «La invocación virtual puede hallarse en la substancia de una plegaria, que en la forma y en la intención parece enderezarse á Dios. La plegaria está entonces viciada por un error culpable.» [2] El concepto de Dios y el de maldad no pueden convenir en uno: quien los reduce á la unidad, culpablemente yerra. El sabio y el ignorante, el vulgo y la gente de letras, todos han tenido siempre luz bastante para entender que á la divinidad no se ajustaba la infamia de los vicios. El teurgo Porfirio lo enseñaba muy á las claras. «Dios, decía, por su naturaleza es superior á todas las cosas en justicia y equidad: de lo contrario no sería Dios. Por esta causa tales maneras de maldad debemos apartarlas de los beneficios y bondades de los dioses. Porque el daño por fuerza pugna con el beneficio, y es imposible que dos cosas repugnantes y

[1] Matth. IV, 9.
[2] Suárez, *De superstitione*, cap. XIV.

[1] P. Bonniot, *La Controverse*, 1882, t. IV, pág. 551.
[2] Ibid. pág. 547.

contrarias quepan en un mismo sér.» [1] ¿Cómo pues podían los gentiles invocar á sus dioses y ofrecerles sacrificios, sin estar convencidos de que pedían favor á seres malvados y enemigos del bien? Culpable era su error, porque nacía de ignorancia crasa, supina y muy grosera. El culto que á los dioses tributaban, al demonio iba enderezado, Satanás era quien reinaba con imperio absoluto en las tinieblas de la gentilidad. ¿Qué mucho que tuviera embelesadas las gentes con el aparato de tantas maravillas, y que con su vista echase polvo á los ojos de los que querían ser voluntariamente ciegos? Culpables eran ellos en su ceguera. ¿Y qué habría sido del mundo pagano, si Dios no hubiese enfrenado el poder diabólico, y si le hubiera permitido cuanto él ansiaba dañar?

Cuando los hombres llaman en su favor, ora formal y expresadamente, ora implícita y virtualmente el poder de Satanás, cometen un crimen digno de grave reprensión, hacen lo que hacían los paganos y los herejes, por más que socapa de bien tengan puesta la mira en otros intentos. La gravedad del mal es proporcionada á la intención, y juntamente al grado de conocimiento que el que así obra tiene. La invocación indirecta, por andar mezclada con ignorancia y regida por curiosidad, no es menos peligrosa y funesta. Decía San Agustín: «Los demonios para dejarse atraer de los hombres, primero los engañan astuta y cautelosamente, ó inspirándoles en los corazones el veneno oculto, ó apercibiéndoseles con engañosas amistades. Y de éstos hacen algunos pocos discípulos, doctores y maestros de otros muchos. Porque no se pudo saber, sino enseñándolo ellos primero, qué es lo que cada uno de ellos apetece, qué aborrezca, con qué nombre se le atrae, con qué se le haga fuerza; de aquí vinieron á nacer las artes mágicas y sus maestros y artífices. Pero con esto poseen los corazones de los hombres, de lo cual ellos principalmente se glorían cuando se transforman en ángeles de luz.» [2]

De estas palabras se sigue que los demonios no son tan esclavos del hombre, que á cualquier señal de su voluntad se le rindan y presten servicio: muy al revés, nunca el demonio desempeña su promesa por complacer al hombre; si parece conformarse con lo pactado, es porque el amor del mal y el odio de los hombres, le estimulan á mantener la alianza con que hacerlos cautivos y rendidos á su mandar. Algunos antiguos creyeron que el demonio se abajaba á poca costa, cual si tuviera vergüenza de ser tan soberbio, y que era fácil reducirle á un estrecho recinto. No es así. Santo Tomás dice: «Augustino enseña que los demonios se dejan atraer de varios linajes de piedras, yerbas, maderas, animales, versos, ritos, no como los animales con los manjares, sino como los espíritus con signos, es decir, en cuanto estas cosas se les proponen como señales de honra divina, de que ellos andan tan codiciosos.» [1] Honores divinos ambicionan los demonios, ser como dioses, honrados y adorados en calidad de tales: á este blanco dirigen todos sus tiros con todo el ímpetu de su rabiosa codicia.

Para alcanzar este honor ¡cuántos crímenes no aconsejan! ¡Cuántas pasiones no encienden! ¡Cuántas voluntades no inflaman! Y pensarán los esclavos que el amo se hace de rogar para otorgarles el cumplimiento de sus deseos; y no entienden, ciegos, que su profesión es llevarlos á ellos á lo sumo de la maldad por el odio que á Dios tiene y por la envidia que nos tiene á nosotros. ¿Quién contará las iniquidades, sacrilegios, profanaciones nefandas y crímenes execrables que exige, antes de cumplir las condiciones del pacto? ¿Y cuántas veces deja burlados á los estipulantes, contento con haber conseguido de ellos abominables pecados?

¡Qué sacrílega se nos presenta la gentilidad bajo este punto de vista! ¡Cuán colmada de perversidad! No es de este lugar ni hace á nuestro propósito describir en particular las obras detestables que son fruto del trato del hombre con Lucifer. Los neo-sabios del presente siglo, tomando por norma la despreocupación de un Debreyne y semejantes, cuentan estas aborrecibles torpezas entre las consejas de la Edad Media, pero son tantos y tan graves los escritores, antiguos y modernos, que deponen de su realidad, que «parece

---

[1] *De abstinentia*, lib. II.
[2] *De Civit.*, lib. XXI, cap. VI.

[1] Sicut Augustinus dicit (21, *De Civit. Dei.* cap. VI), Dæmones alliciuntur per varia genera lapidum, herbarum, lignorum, animalium, carminum, rituum, non ut animalia cibis, sed ut spiritus signis, in quantum, scilicet, hæc eis exhibentur in signum divini honoris, cujus sunt ipsi cupidi.—I p. q. CXV art. 5 ad 3.

imprudencia negarla» en frase de San Agustín.[1]

¿Qué diremos de la edad presente? El Pontífice León XIII, ocupado en celar el bien de las almas y en proveer solícito á las necesidades de la cristiana grey, á vista del estrago hecho por los lobos infernales que madrugan á la presa y al pillaje, esforzó el grito de pastor vigilante y mandó en Mayo de 1890 á la Sagrada Congregación *de Propaganda Fide*, pusiese en noticia de todos los obispos católicos un *Exorcismo*, pintura tristísima de las principales manifestaciones diabólicas, para que todos los fieles devotamente le rezasen, y pudiesen ganar por cada vez 300 días de indulgencia y por todo un mes indulgencia plenaria con las debidas condiciones. De tan importante documento extractemos un párrafo que muestra como en dibujo la índole del demonio, en esta forma: «El antiguo enemigo y homicida, transfigurado en ángel de luz, en compañía de toda la caterva de espíritus malignos, rodea é invade toda la tierra con intento de exterminar de ella el nombre de Dios y de su Cristo, y de robar, matar y perder con sempiterna ruina las almas destinadas á la corona de la eterna felicidad. El dragón maléfico derrama en los hombres de perverso entendimiento y corrompido corazón la ponzoña de su maldad, á par de inmundísimo río, el espíritu de mentira, impiedad y blasfemia, y el hálito mortífero de la lujuria y juntamente de todos los vicios y maldades. Los cruelísimos adversarios han llenado de amargas hieles el corazón de la Iglesia, Esposa del Cordero inmaculado, poniendo las manos sacrílegas en sus más preciados tesoros. Donde para iluminación de las gentes se levanta la silla del beatísimo Pedro y la cátedra de la verdad, allí han asentado el trono de la impiedad, presumiendo que herido el Pastor les será fácil dispersar todo el rebaño.» Con estas demostraciones de firmeza y de dolor se lamenta el valeroso Pontífice, y quiere que todos los católicos nos lamentemos, poniendo por intercesor al arcángel San Miguel en la causa de la paz é incolumidad de la Iglesia. Los anatemas fulminados contra el demonio y sus satélites, al paso que muestran el corazón apesarado de nuestro Padre común, significan con vergonzosa claridad la acción del demonio en el mundo.

1 *De Civit. Dei.* lib. XV, cap. XXIII.

CAPITULO II.

LA MAGIA.

ARTÍCULO I.

Qué es la magia.—En qué sentido se dice intervenir en ella el demonio.—Ritos mágicos.—Tesis: la magia es un hecho real.—Razón tomada de las Escrituras.—Lugar de Oseas.—Prohibiciones escriturales.—Argumento de los escritores paganos.—Autores griegos.—Los delirios de Tesalia.—Autores latinos.—Autores neoplatónicos.—Antigüedad de la magia.—Los oráculos eran obra de magia.—Los ídolos y los apologistas.—Autores judíos.

La voz *magia* se adoptó en su primitiva significación para expresar ciencia y conocimiento de cosas ocultas al común de los mortales, y llamóse *mago* al que estaba en comunicación con los genios (δαίμονες) y poseía el secreto de cosas naturales ó divinas. En el día de hoy, y en lenguaje eclesiástico, llámase *magia* la operación de prodigios por intervención del demonio: el profesor de esta industria recibe el nombre de *mago*.

En la magia interviene una cierta convención entre el hombre y su enemigo, aquél solicitando cosas puestas sobre las fuerzas humanas, éste ofreciendo llenarle al hombre y cumplirle los deseos. El pacto, como decíamos, es explícito, cuando el hombre invoca al demonio pidiéndole favor, de palabra ó por escrito; implícito, cuando el hombre pone obras que equivalen á invocación y significan voluntad de invocarle. No es necesaria para el pacto la presencia de Satanás, bastan sus emisarios y delegados para constituir el pacto expreso: así en los conventículos diábólicos son iniciados los adeptos en los infames misterios sin que concurra el demonio en persona. Lo principal en este negocio es que el hombre con algún signo se entregue al servicio del demonio, y que el demonio ofrezca su favor á la voluntad del hombre. No siempre acude el demonio cuando es invocado, así como tampoco da siempre lo que prometió: la mano de Dios anda de por medio ocultamente, como dice Suárez, [1] y á la medida que suelta los frenos al enemigo del hombre, á ese paso cumple el demonio sus depravadas estipulaciones; porque si miramos á su nativo odio, llevaría á efecto sin reparo las que se enderezan á la ruina de las almas. El mal es para el hombre, que ni adquiere acción contra Satanás, como dice el P. Delrío, ni se ve libre de sus cadenas, ni alcanza las más de las veces lo que acaso imaginó. [2]

La evocación del demonio se hace por medio de abominables y ridículas ceremonias, que ninguna virtud tienen de suyo para solicitar la presencia del maligno espíritu, pero á veces basta un signo supersticioso, á veces un acto de voluntad, á veces grande aparato de ritos apenas es suficiente. Porque presumir que los demonios se sujeten á las condiciones designadas por los hombres, pensar que dependan ellos de fórmulas y conjuros, cual si las voces humanas fueran más poderosas que la voluntad diabólica, es inepcia que raya en impiedad; no hay palabras que obliguen á los que libres sólo para el mal no pueden cuanto quieren, ni tampoco hay crimen determinado que los fuerce, ni círculos, ni varas, ni ritos, ni cantos que tengan sobre ellos segura influencia. Sólo pueden lo que Dios tiene por bien permitirles. Sin embargo, cada mago posee su formulario y ceremonial, en cuya determinación más parte tiene el hombre que el demonio, y en su ejecución también, por más que los hechiceros en sus

1 *De superstit.* cap. VIII.
2 *Disquisition. magic.* lib. II, q. IV.

maniobras parezcan ofrecer los caracteres de una espiritual posesión. Es propio de la magia vincular la evocación á ciertas condiciones de lugar, tiempo, persona, conjuros, pues es cierto que los espíritus diabólicos no responden á quienquiera ni como quiera, ni se dan por entendidos con cualesquiera ceremonias, porque es especial artificio suyo encubrirse y vender cara su presencia, y si afectan elección de circunstancias es para más al seguro perder á los hombres imprudentes. El más ordinario camino que sugiere á los magos es la evocación de las almas de ultra-tumba, como ellos impíamente apellidan, y para conseguirlo les enseña un aparato de fórmulas cabalísticas, de velos y telas, de olores y ungüentos, de sazones y horas, de sueños y delirios, que constituyen una fantasmagoria pesada, costosa, ridícula, vanísima, cuyo remate es la aparición, no de almas de finados, sino del espíritu infernal, depravador de la naturaleza humana.

Dejemos aparte las divisiones usadas por los Doctores teólogos, que hacen poco á nuestro intento: descendamos á tratar de la existencia de esta profesión infernal. ¿La magia diabólica es un hecho real y positivo, ó es pura ilusión? No faltó un Reginaldo Scoto, un Cristiano Tomás, un Cornelio Leosco, un Mayer, un Meiners, que lo negaron y pusieron en disputa, y sabido es cuánta turbulencia excitaron con sus escritos. Queremos, pues, demostrar que la magia ha existido en el mundo; el hombre ha obrado prodigios por operación diabólica.

Tomemos el primer argumento de los Sagrados Libros. Refiérense de ella las maravillas obradas por los magos de Egipto, [1] por la pitonisa de Endor, [2] por Simón mago, [3] por Elimas, [4] y fueron presenciadas por muchos testigos y parecieron ser cosa real; y porque no todo en ellas era fraude ni industria humana, ni tampoco intervención divina, según lo malas y reprobables que la Escritura nos las pinta, fuerza es admitir la intervención sobrehumana y diabólica. Por esta causa la legislación mosáica, que media la pena con la culpa, multaba por mandato de Dios los hechiceros, adivinos, magos, pitónicos, con pena capital, y juntamente

[1] Exod., VII, VIII.
[2] I Reg., XXVIII.
[3] Act., VIII.
[4] Act., XIII.

los que á semejantes consultaban. [1] El Levítico en particular decretaba: «El hombre ó la mujer que esté poseído de Pitón, ó del espíritu de divinación, muera.» El *poseído de Pitón* no es aquí demente ni histérico, como soñó un falso doctor, [2] sino el que obraba por concurso del demonio. [3] Los alegados testimonios convencen que el oficio de mago era crimen contra Dios, profesión de politeísmo, superstición execrable.

El profeta Oseas, expuesta la impiedad y depravación moral de las diez tribus israelíticas, vaticina el azote divino que amagaba sus cabezas por haber menospreciado la ley santa de Dios. Al describir [4] los excesos de idolatría en que iban á caer por la gravedad de sus culpas, entre otras cosas dice en nombre de Dios: «Mi pueblo se entretuvo haciendo preguntas á un madero, y el palo dióles respuesta, porque el espíritu de la fornicación los engañó y se prostituyeron lejos de Dios.» En este lugar los expositores Alápide, Menochio, Reuss, Schegg, Scholz, entienden por *madero* la vara divinatoria usada por los gentiles, para conocer las cosas ocultas y venideras; pero más claramente se refieren á la vara las palabras: *El palo dióles respuesta*, que baldonan directamente la rabdomancia, como dice San Jerónimo.

Los hechiceros idólatras valíanse de un bastón «encorvado y ligeramente retorcido en su parte superior», [5] y también de otras formas de varas, y por el movimiento é inclinación que les daban, conforme lo dispuesto por el ritual divinatorio, inferían la verdad del porvenir ó de las cosas que deseaban saber. San Cirilo Alejandrino expresadamente lo dice: «Esta es otra manera de embuste, la rabdomancia, invención tal vez de la caldaica curiosidad. Así adivinaba Nabucodonosor, como sabemos del profeta Ezequiel. Ponían dos varas en pie, y después de encantarlas con voces misteriosas para que se inclinasen á la operación del demonio (ταῖς τῶν δαιμονίων ἐνεργείαις) miraban con atención á qué mano caían, si á diestra ó á siniestra; y por la inclinación venían á entender lo que intentaban averiguar.» [6] Añade el Santo:

[1] Exod., XXII.—Deuter., XVIII.—Levit., XX, 27.
[2] *Revue Scientifique*, avril, 1882.
[3] *The great dictionnary of the Bible* by W. Smith, t. I, p. 443.
[4] Cap. IV.
[5] CICERON, *De divinat.*, lib. I.
[6] In Os. IV, vers. 12, § XLIV.

«Los que así obraban decían estar llenos de dios, y no echaban de ver que el corazón de los seducidos era cueva y morada de los impuros demonios.» Claramente se convence haber sido el demonio autor de estos engaños, porque el profeta dice luego que el espíritu fornicario, el ardor de la pasión, el ímpetu pecaminoso, tan propio de la idolatría, los arrojaba desatinadamente tras su deseo á todas las demasías, cuyo instigador principal era el demonio; y pinta el profeta los arrebatos frenéticos diciendo así: «Sacrificaban en las cumbres de los montes, quemaban incienso en los collados y debajo de las encinas, de los álamos, de los terebintos, porque les era agradable su sombra, se abandonaban á todo linaje de excesos.» Rota la amistad de Dios, los hijos de Israél hiciéronla con el demonio, y este feroz enemigo al darles la mano sacólos de tino y corrompió sus corazones. [1]

Más evidentemente constará el sentido de las Escrituras, observando cómo califican el culto del paganismo. Por una parte representan al demonio como dios del siglo, príncipe y director de las mundanales tinieblas; [2] por otra, todos los ídolos cuentan por demonios, [3] y á los demonios hacen autores de los sacrificios de la gentilidad. San Pablo anunciaba la venida de la chusma de hechiceros al fin del mundo «cuya llegada será según la operación de Satanás, [4] entre manifestaciones de poder, con señales y prodigios mentirosos.» [5] El Salvador había dicho ya de los falsos Cristos y de los falsos profetas, que «harían grandes señales y prodigios, suficientes para despeñar en error áun á los escogidos, si posible fuera.» [6] Resulta pues «no caber duda en que es doctrina de las Escrituras, por misteriosa que sea, que en la idolatría la acción del demonio era real, y que Dios la permitía dentro de ciertos límites. [7]

Ahora que la magia estuviese íntimamente enlazada con el culto pagano, y que fuese una de sus principales manifestaciones, es cosa cierta. «Cuando entres en la tierra que Dios te dará, avisa el Deuteronomio, no imites las abominaciones

1 Knabenbauer, *In Os.* IV.—Trochon, *In Os.* IV.
2 II Cor. IV, 4.—Ephes. II. 2.—ib. VI, 12.
3 Ps. XCV, 6.—Deut. XXXII, 17.—Ps. CV.
4 Secundum operationem Satanæ.
5 II Thessal. II, 9.
6 Matth., XXIV, 24.
7 Smith, *Diction. of. the Bible, Demon.*

de los pueblos. No se halle en ti quien pase por el fuego hijo ó hija, ni quien consulte á los adivinos, ó escudriñe sueños y augurios, ó practique el arte de los maleficios y encantamentos, ni acuda á los pitones, ó busque la verdad por los cadáveres. Cosas son éstas abominables á los ojos del Señor, y por estas maldades destruirá Dios los pueblos en tu presencia.» [1] Así describen las sagradas páginas los horrorosos sacrificios de Moloc, [2] y las torpezas que los acompañaban; [3] cosas de que hacen cargo al demonio. San Pablo [4] clamaba: «los sacrificios que ofrecen los gentiles, á los demonios los ofrecen, no á Dios.» Esta misma acusación ponían Minucio Felix, [5] San Justino, [6] Taciano, [7] Lactancio, [8] Arnobio, [9] Atenágoras, [10] Orígenes, [11] estimando el culto de los ídolos por culto de los falsos dioses y por adoraciones de demonios. Por donde resulta falsa la opinión de los modernos Hume, [12] Meiners, Pfleiderer, Hegel, Schelling, que pensaron haber sido el paganismo un estado de transición, que por vueltas naturales había de engendrar, como el árbol su fruto, la grandeza del cristianismo. [13]

La segunda prueba de la realidad de la magia sácase de las creencias paganas. Los griegos contaban á Zoroastro por inventor de la magia; pero Amiano Marcelino [14] asegura que Zoroastro la tomó de los caldeos. Compónese bien con esto lo que San Epifanio escribió: «Los griegos llaman Zoroastro á Nembrot, que penetrando en el corazón del Oriente fundó la Bactriana. Las malas artes, astrología y magia, fueron inventadas por Zoroastro, y se atribuyen por algunos á Nembrot, aunque poca diferencia de tiempo va entre los dos.» [15] No tomemos en consideración que los escritores antiguos introducían la existencia de varios Zoroastros en diversos tiempos, pero nadie duda ya que la magia se usase por los caldeos; el libro de Daniel los llama adivinos, magos, intérpretes

1 XVIII, 9.
2 Deut. XXXII, 27.—Psalm. CXV, 37.—Bar. IV, 7.
3 Levit. XVII, 7.
4 I Cor. X, 20.
5 Octav. cap. XXIII.
6 *Apol.* I, 5.
7 *Advers. græc*, cap. VIII.
8 *De div. instit.* lib. II, cap. II.
9 *Contra gentes.* I, 39.
10 *Legat.* cap. XXIII.
11 *Contra Cels.* III.
12 *Natural history of religion*, vol. IV.
13 Hettinger, *Tratado de teología element.* t. 1, 1883, pag. 419.
14 Lib. XXVI, cap. VI.
15 *Advers. hæres.*, lib. 1, *hæres.* I.

de sueños: de tanto contemplar los astros vinieron á convertir la astrología en ciencia adivinatoria. También el antiguo Egipto es celebrado por el uso del arte mágica. [1] El Indostan abunda en fórmulas conjuratorias, expresadas en el libro de Manu. Famosas fueron la Gran Bretaña y la Galia por sus aficiones á las ciencias ocultas, [2] cuyo origen ha de conceptuarse no procedente de griegos y romanos, sino del Egipto ó de la Caldea, la cual ha sido siempre tenida por cuna de la magia goética. Y en esto no les cabe duda á los modernos asiriólogos. [3]

Vengan ahora los griegos y latinos á mostrarnos sus creencias tradicionales. Admitían sin duda la existencia de la magia los poetas cuando presentaban en la escena operaciones de hechicería, fuesen ó no realmente acaecidas. Así, por ejemplo, Homero cuenta que Circe con la vara y con la suavidad del canto transformó en bestias los compañeros de Ulises: [4] el apellidar absurda é increible tal transformación, así la calificó justamente S. Agustín, [5] no desvirtúa la fuerza del argumento. De igual suerte, ¿qué hace sino revelar los misterios de la magia y esparcir rayos de su indubitable influencia un Píndaro refiriendo los hechizos de Medea, [6] un Esquilo concediendo á la troyana Casandra espíritu de adivinación, un Sófocles pregonando al ciego Tiresias por poseedor de la ciencia universal en su *Edipo Tirano*, un Eurípides juntando en la encantadora Medea la pasión de los celos y el maleficio de la hechicería, un Teócrito sacando en público la hada Simeta y el filtro que tenía preparado para hechizar á Delfis, [7] un Lucano describiendo el aparato y ceremonial de otra maga, un Aquiles Tacio poetizando los encantamentos de Melite, [8] un Aristóteles, en fin, reconociendo en la magia la virtud de cautivar y pegar cariño con arte? [1] La llaneza de los griegos en el tratar de la magia, demuestra que no les ponía espanto su existencia ni les merecía descrédito ó sospecha.

Estremécense las carnes leyendo el ceremonial de Tesalia. Sexto Pompeyo fué á consultar á Erichto, famosa hechicera que llamaba á los muertos y daba por ellos respuesta á los vivos. Oída la consulta dispónese á la obra. Encerrada en obscurísima caverna tiene delante de sí el cadáver de un soldado romano que acaba de espirar en el campo de batalla. Desatando la sierpe que recogía sus cabellos y dejándolos flotantes y esparcidos, se viste el traje propio de su ministerio. Toma luego un puñado de sangre, que mana de la herida en el cuello del cadáver, y la mezcla con ingredientes tóxicos, babas de perro rabioso, entrañas de lince, huesos de hiena, ojos de dragón, carne de sierpe alada, hierbas venenosas, y con lo más pestífero que naturaleza en su laboratorio almacena.

Preparado el ominoso hechizo comienza á musitar y á decir entre dientes un conjuro, que subiendo por grados llega su intensidad á voz, á grito, á bramido, á tan espantoso clamor, que se juntan en él y suenan el ladrido del perro, el aullar del lobo, el lamentar del búho, el silbar de la serpiente, el graznar del cuervo, el mugido del mar, el fragor del trueno, terminando por el cantar mágico y clamoroso de Tesalia. Aquí llamando á las Euménides, al Caos, á Plutón, á la Muerte, á Perséfone, á Hécate, al Cerbero, á las Parcas les dirige esta horrible plegaria: «Si mis labios son inmundos y execrables cuando os invocan, si nunca faltaron á mis cantos carnes humanas, si os ofrecí muchas veces entrañas llenas lavándolas con sesos calientes, si á veces he puesto en vuestras balanzas cabeza y entrañas de un niño que había de vivir: oid ahora y atended á mi plegaria.» [2]

A la relación de tantos crímenes preséntase la sombra evocada; pero rehusa entrar en el cadáver para responder á la consulta. La maga, fuera de sí de coraje,

---

1 JUSTINO, lib. XXXVI, cap. II.
2 PLINIO, *Hist.*, lib. XVI, cap. XIV.—Lib. XXV, cap. IX.—Lib. XXX, cap. I.
3 Los sacerdotes caldeos se ocupaban en obras de encantamento con purificaciones y sacrificios. Acerca de sus ceremonias se conserva en el Museo Británico parte de un Ritual, enriquecido de fórmulas, exorcismos contra los demonios, conjuros contra enfermedades, himnos para implorar el favor de los dioses. En sus operaciones mágicas usaban talismanes, amuletos de barro ó de madera, estatuitas de genios, cintas y dijes.—MASPERO, *Hist. ancienne des peuples de l'Orient*, p. 145.
4 *Odisea*, lib. X.
5 *De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XVIII.
6 Od. 4 Pyth. 7 Od. 2. 8 Lib. VI.

1 Lib. II, *Hist. animal.*, cap. XIV.
2 Si vos satis ore nefando,
Pollutoque voco, si numquam hæc carmina fibris
Humanis jejuna cano, si pectora plena
Sæpe dedi et lavi calido prosecto cerebro.
Si quis, qui vestris caput extaque lancibus infans
Imposuit, victurus erat, parete precanti. *Phars.* VI.

azota el cadáver con una sierpe viva, y prosigue amenazando á voces á los habitantes del infierno, á Tesífone, á Hécate, á Perséfone, y en fin habla con la misma sombra impulsándola á tomar posesión de aquel cuerpo. Entra: y los miembros exánimes comienzan á moverse, el cadáver parece revivir: hácele preguntas la hechicera, y recibe por respuesta el desastre de Pompeyo. Hecho esto, el muerto pide á la maga que le deje volver á la región de las sombras, y ella con nuevos ritos entrega el cuerpo á las llamas. No es nuestro ánimo dar por histórico este suceso; pudo ser mera ficción de Lucano, y fingidos podrán ser los análogos hechos que van apuntados según en los poetas los hallamos descritos; pero si la ficción es hija de algo real, debemos ver, y todos los Padres efectivamente vieron, en los libros de los poetas señales claras de mágica.

Mencionemos algunos otros. Virgilio en sus Bucólicas [1] describe las operaciones de una hechicera perdida de amores por Dafnis, y ocupada en preparar agua caliente, cintas, yerbas, incienso: después de los preparativos entona versos para hechizar al amante. En el libro VII de la Eneida hace menuda relación de los ritos empleados por Latino para consultar á la sibila de Tibur: ofrece el sacerdote sacrificios al dios, y duérmese sobre las pieles de las víctimas; durante la noche aparecen sombras en torno suyo, oye sus voces, hablando con ellas comunica con el dios Fauno y recibe las respuestas que ansía saber. En el libro VI del mismo poema relata Virgilio las promesas de otra maga en esta forma: [2] «Esta con sus encantamentos se promete ligar y desligar las voluntades que quiera, detener las corrientes de los ríos, trastornar los cursos de los astros; despertará las sombras nocturnas de los manes; verás cómo brama la tierra debajo de los pies y bajan de los montes los fresnos.»

Los cantos de los magos eran poderosos para hechizar á los hombres. De versos usaban, creyendo que áun la luna podían con ellos traer á la tierra. Así lo

[1] Ecloga VIII, 64.
[2] Hæc se carminibus promittit solvere mentes
Quas velit: ast aliis duras immittere curas,
Sistere aquam fluviis et vertere sidera retro,
Nocturnosque ciet manes, mugire videbis
Sub pedibus terram et descendere montibus ornos.

ponderan los poetas diciendo: *Carmina vel cœlo possunt deducere lunam.* El parar las hechiceras el caudal de un rio y el curso de la luna era dicho común entre poetas y prosistas latinos, [1] los cuales pintan á diversas magas enfrenando ó extinguiendo con sus voces los astros, y suspendiendo ó torciendo la corriente de las aguas fluviales. A este poder aludiendo Arnobio, decía que Cristo sin versos, sin yerbas, sin sucos, había obrado milagros. [2]

La maga de Petronio en una de sus sátiras se jacta de tener á su obediencia «los ríos, los tigres de Hircania, los leones, y áun el disco de la luna».—Horacio refiere parecidas habilidades de la hechicera Canidia [3].—Apuleyo habla de Pánfila de Tesalia y la denomina más poderosa que Circe. [4]—Ovidio celebra á Micale y á la vieja Dipsas. [5] — Lucilio menciona á Marso. [6]—Tácito narra los maleficios de las hadas. [7]—Propercio, [8] Tibulo, [9] Séneca, [10] Macrobio. [11] Estacio [12] hacen la misma relación. Plinio [13] refiere de Ostanes, que con su arte mágica levantó grandes olas de rabioso furor en los pueblos de la Grecia. [14] ¿Quién no ve en estos ejemplos la fama de los magos, hechiceros y adivinos en la gentilidad?

Una historia debemos á Amiano [15] muy á propósito de lo que vamos tratando. Unos hechiceros se proponían adivinar quién sería el emperador que había de suceder á Valente. Cogidos en la superstición y forzados por el tribunal á declarar lo hecho, confesaron su maniobra de la manera siguiente: «Magníficos jueces, tomando por modelo la trípode de Delfos quisimos fabricar, mediante fatales auspicios, de varas de laurel esta mesita infausta, que veis aquí delante, y consagrándola con imprecaciones de secretos cantares según los ritos, y añadiendo muchos

[1] VIRGILIO, lib. IV, *Eneid.*—TIBULO, lib. I, *eleg.* VIII.—HORACIO, lib. V.— NEMESIANO, *Eclog.* IV.— LUCANO, *Pharsal.* VI.—SÉNECA, *Hercules*, act. II. —CLAUDIANO, lib. I, in Rufin.—LUCIANO, *Philopseud. de chaldeo.*—DIONISIO HALICARN. lib. VII.
[2] Sine ulla vi carminum, sine herbarum et graminum succis.—Lib. I.
[3] Lib. V, Oda V.
[4] *De Asino*, lib I.—*De Pamphile*, lib. II.
[5] *Metam.* XIV.—*Fastor.* II.
[6] Lib. XX. *Satyr.*
[7] Annal. II.
[8] Lib. II, Ecl. 27.
[9] Lib. I, Eleg. 2.
[10] *Med.* act. IV.
[11] *Saturnal.* lib. III, cap. IX.
[12] *Thebaid.* lib. IV.
[13] *Hist.* lib XXX, cap. II.
[14] Ad rabiem non aviditatem modo scientiæ ejus, græcorum populos egit.
[15] Lib. XXIX, cap. I.

y repetidos ensayos, al fin logramos moverla; porque la intención era que se moviese cada vez que se hicieran preguntas de cosas arcanas. Colocábamos la mesa en medio del salón purificado con aromas de Arabia, encima de ella poníamos un plato labrado de varios metales, en cuyo borde estaban impresas las veinticuatro letras del alfabeto separadas entre sí por espacios bien medidos. En esta mesa restriba un sujeto vestido de lienzo, calzado también de lienzo, con zuecos de lienzo, rodeada la cabeza con una cinta, llevando en la mano verbenas del árbol dichoso; mas antes que se siente, se hacen los obsequios con versos al Numen, autor de los conocimientos ocultos, con ciencia ceremonial. El sujeto hace que oscile una sortija pendiente de un calderillo, cosida con hilo delgadísimo de la hierba carpato, y consagrada con místicas ceremonias, y que caiga saltando en las letras separadas por intervalos; entre tanto la persona hace versos que consuenen con las preguntas y tengan la medida justa, como los de los píticos, ó los de los oráculos de los Bránquidas. Entonces al preguntar nosotros quién sucederá al actual emperador, porque se decía que sería fino y cabal por todo extremo, saltó la sortija y cogió las dos sílabas ΘΕΟ con adición de la tercera Δ. En esto uno de los presentes exclamó, que Teodoro era el personaje que salía allí por fatal necesidad. No hicimos más averiguaciones en el caso, porque harto sabían todos que éste era el que se pedía.»

El gnóstico Jamblico en sus *Misterios* egipcios escribe estas significantes palabras: «Las acciones que hacen no son de hombre; porque pasan por todas partes sin ser vistos, vaticinan el porvenir, y son agitados diversamente según el dios que los inspira. Unos mueven con rapidez algunos miembros y áun todo el cuerpo... Los hay que son vistos trasportados por los aires, y en seguida caen... Su alma parece descansar y que un dios entra en lugar suyo.» Y en otra parte dice: «Los dioses, los ángeles y los demonios aparecen, así como las almas, por medio de evocaciones. Los malos demonios se muestran rodeados de bestias fieras, y procuran darnos la muerte. En las operaciones de la teurgia y en el ejercicio de las funciones sacerdotales no creas que sean deidades bienhechoras las que acuden á tu voz; son las malas en traje de buenas.»

Porfirio, filósofo neo-platónico, que trabajó largos años en amontonar cuantos sofismas pudo contra la religión cristiana, explicaba de la manera siguiente la magia goética: «Los demonios simulando semblante de espíritus buenos, y solicitando con blandura los hombres al goce de los deleites, se venden por dioses supremos y pretenden adoraciones de tales. Su astucia ha sido tan exorbitante, que lograron engañar á los más sabios griegos, filósofos y poetas, y por ahí han venido á pervertir la muchedumbre del vulgo. Ellos establecieron reglas y formularios de magia, (ἐξ αὐτῶν γοητεία συνέστη), de ellos vino el diluvio de atractivos deleitables, y ellos son los que con ser tan perversos (δαίμονες ὄντες φαῦλοι) usurpan los honores y culto de la divinidad.»—«Las almas que no dominan al espíritu que se les adhiere, y se dejan dominar de él cuando las enciende con ardores de codicias, suelen ser agitadas por miserable manera. Estas almas con razón se podrían llamar demonios malhechores (δαίμονες μὲ καὶ αὗται κακοεργοὶ δ᾽ ἂν εἰκότως λέγοιντο). Sin embargo, nuestros sentidos no pueden percibir los demonios, porque á pesar de las formas y especies que toman, carecen de cuerpo. Aparecen y desaparecen, según señales conocidas, mudan de figura y de aspecto á su antojo.»—Más adelante añade Porfirio: «Cuando nos sentamos á la mesa se acercan los demonios y áun se adhieren y pegan á nuestro cuerpo (προσίασι καὶ προσιζάνουσι τῷ σώματι); por esto suelen emplearse purificaciones para expelerlos de nosotros» (ἵνα οὗτοι ἀποστῶσι). En esto que dice Porfirio, citado por Eusebio, [1] parece claro que admite la asistencia de los demonios en el interior de las personas, de que más abajo se dirá. Al menos es indudable la obsesión diabólica en lo extractado de Porfirio.

El gran teurgo moderno, Dupotet, confirma la aseveración del mago Porfirio, diciendo: «Estoy convencido que hay fuera de nosotros agentes poderosos que pueden entrar dentro de nosotros y mover nuestros órganos y oprimirnos. Esta fué la creencia de nuestros padres y de toda la antigüedad. Todas las religiones admiten la realidad de los agentes espirituales.» [2] Así habla un periódico anticatólico. No menos claro es el testimonio del mago

1 *Præp. Evang.*, lib. IV, cap. XXI, XXII, XXIII.
2 *Journal du magnétisme*, n. 177-1853.

Elifas Levi: «Existió, dice, y existe aún una magia poderosa y real: todo cuanto las leyendas han dicho de ella es la pura verdad: y áun las exageraciones populares se quedaron cortas. [1]

Cuán antigua fuese la magia, consta en el Exodo, [2] porque ya en tiempo de Moisés formaba escuela y profesión pública. Testifícalo Hermes Trimegisto, de remotísima antigüedad, por estas formales palabras citadas por San Agustín: «Porque nuestros antepasados andaban muy errados é incrédulos acerca de la razón de los dioses y no miraban por su culto y religión, hallaron traza y manera cómo hacer dioses, y porque no podían hacer almas, invocando y evocándolas de los demonios con santos y divinos misteterios, las hicieron entrar dentro de las imágenes, por las cuales los ídolos pudiesen tener fuerza y virtud para hacer bien y mal.» Esto dice San Agustín citando á Hermes; [3] y en otra parte añade por boca de Hermes: «Estatuas que saben las cosas futuras, y que adivinan y dicen en muchos y diferentes casos lo que ignora quizá cualquier adivino, que causan enfermedades en los hombres y las curan, y los hacen tristes y alegres, conforme lo mereciesen.» [4] Esta doctrina que aquí exponen los libros herméticos, está en un todo conforme con los monumentos egipcios descubiertos por nuestros egiptólogos, según que Champollion Figeac declaró á mediados de este siglo. [5]

Confirman lo expuesto, Celso [6] al decir que muchos habían enseñado el arte de mostrar figuras de demonios, de echar enfermedades, de deshacer encantamentos por virtud de ciertos nombres bárbaros con que los magos llamaban á los demonios y hacían maravillas; Dion Crisóstomo, [7] repitiendo lo mismo que Celso; Porfirio, declarando que los demonios son los autores de la magia; [8] Josefo, confesando que las fórmulas dadas por Salomón atan y detienen á los demonios, [9] y otros muchos gentiles, al dar por cosa indubitable que los prodigios del paganismo no se reducían á solas fábulas ó imposturas, sino que tenían mucho de real y objetivo, pues era el demonio su autor. Tertuliano [1] testifica que «por la asistencia de los demonios solían las cabras y mesas pronosticar cosas ocultas.» [2]

Poderoso argumento de la existencia de la magia son los oráculos de los ídolos paganos. Porfirio escribió un libro (περὶ τῆς ἐκ λογίων φιλοσοφίας) *de la filosofía por los oráculos*, [3] donde enseña de qué manera ha de disponerse el alma para conversar familiarmente con los demonios. Un oráculo de Apolo describe por estas palabras la inspiración de los adivinos: «Un flúido (ρεῦμα) salido de Febo, descendido de lo alto, traido por la leve brisa y el aire puro, mediando palabras arcanas y canto melodioso, se vino á posar sobre la cabeza del profeta, atravesó las membranas delgadas, penetró en la túnica sudada, y agitando en su pecho movimientos contrarios, se transformó en voz grata saliendo de la garganta de un mortal.» [4] Al oráculo añade Porfirio este comentario. «No hay cosa más clara, ni más divina, ni más conforme á naturaleza que estos oráculos. Un soplo venido de arriba, una partecilla del poder celeste lánzase en un cuerpo dotado de sus facultades sirviéndole el alma de asiento, y profiere voces por el cuerpo como por medio de instrumento.» San Agustín [5] copia de Porfirio un oráculo y la receta que daba para apartar á un cristiano de su religión. El Santo Doctor condena á Porfirio por teurgo y por maestro de magia diabólica; otro tanto sintieron Teodoreto, [6] Julio Fírmico Materno, [7] y Eunapio. [8]

La Escritura [9] refiere que los falsos profetas del rey Acab fueron inspirados por el *espíritu de mentira*, permitiéndolo así Dios, «con que nos da á entender, que los profetas y profetisas de los paganos que proferían oráculos en Delfos, Claros, Dodona, recibían también la inspiración del mismo espíritu de mentira, conviene á saber, del demonio, porque entre éstos y

---

1 Au dessous de la verité.—*Dogm. et rit. de la magie*, vol. I.
2 VIII, 19. 3 *De Civit. Dei.*, lib. VIII, cap. XXIV.
4 Ibid., cap. XXIII.
5 *Egypte ancienne*, 1847, p. 139.
6 ORIGENES, *Contra Cels.*, lib. VI, 39.
7 *Panegyr. isthm.*, VIII. 8 *De abstin.*, lib. II.
9 *Antiquit.*, lib. VIII, cap. II.

1 *Apolog.*, cap. XXIII.
2 Per dæmones assistentes capras et mensas divinare consuevisse.
3 EUSEB., *Præpar. Evang.*, lib IV, cap. VII.
4 EUSEB., *Præp. Evang*, lib. V, cap. VIII.
5 *De Civit. Dei*, lib. XIX, cap. XXIII.
6 Lib. de *Græc. affet. serm. de Orac.*
7 *De errore profan. relig.*, cap. XIV.
8 *Vita Porphyrii*. 9 III Reg. XXII, 22, 23.

aquéllos no va ninguna diferencia.» [1] El oráculo de Beelzebú, venerado en Acaron, á quien mandó consultar el rey Ocozías, [2] no era de diversa condición que los demás oráculos, y es cierto que Beelzebú era un príncipe de los demonios. [3] De manera que la Escritura nos certifica que quien profería oráculos en el paganismo era el demonio, enemigo de todo bien.

No vale argumentar que estas maravillas se debían á la astucia y artificio de los sacerdotes. Si en muchos casos entraba el juego de los impostores, sería temerario pensar que los hombres en general se dejaron engañar tan á costa suya y con sacrificios de tantas víctimas por embelecos de gente ladina. En especial es esto menos creible cuando se les trocó á los magos el viento próspero, con el advenimiento de la religión cristiana, y los oráculos enmudecían avergonzados en presencia de un cristiano cualquiera. Lucano, [4] Juvenal, [5] Estrabon, [6] Ciceron, [7] están contestes en afirmar el silencio de muchos oráculos, y Plutarco hubo de escribir un libro sobre este asunto notable, buscando las causas de haber enmudecido tantos oratorios de la gentilidad; señal evidente de no ser todos los oráculos efectos de superchería ó impostura. [8] En ningún tiempo los Padres y apologistas, que referían á los demonios las obras de magia, fueron convencidos por los paganos de ser patrañas de hombres todos los oráculos y prodigios de la gentilidad. [9]

No eran los ídolos quienes pronunciaban oráculos; los ídolos estaban mudos, como quienes teniendo boca no hablaban, [10] pero hablaban en vez de ellos los sacerdotes inspirados por el demonio. Esta verdad teníanla por averiguada los Santos Padres y apologistas cristianos en sus disputas con los gentiles. «Los demonios, dice Teodoreto, que por los ídolos seducían á los gentiles y les daban falsos oráculos, no se los daban por las estatuas inanimadas, sino por los hombres capaces de razón y por otros medios; por esto David dice que los ídolos no hablan, porque son estatuas insensibles é inanimadas.» [1] Este es el dictamen de todos los Padres, todos pensaron que no nacían de los ídolos los pronósticos, sino de los sacerdotes, quienes no vaticinaban lo futuro á la manera de los profetas de Dios, sino por conjeturas, obscuramente y con palabras vagas en cosas contingentes y libres, y en cosas necesarias descubrían solamente lo que al maligno espíritu interesaba: según la doctrina de San Agustín [2] y de Santo Tomás. [3] No todos los oráculos eran fraudulentas marañas de los sacerdotes; si en muchísimos casos tuvieron gran parte la codicia y la maldad, el inspirador de las respuestas era el demonio: apoderábase del sacerdote ó sacerdotisa y poniéndolos furiosos y entusiasmados vomitaba por su boca entre otros los dichos referidos por Eusebio, que pueden reducirse á seis capítulos. Primero, persuadían á los hombres y demandaban sacrificios de víctimas humanas, [4] y de ello dan fe Pausanias, [5] Eliano, [6] Plutarco, [7] Virgilio, [8] Macrobio; [9] segundo, encomendaban escandalosas torpezas; [10] tercero, enseñaban el arte de los maleficios; [11] cuarto, aconsejaban guerras, homicidios, tumultos; [12] quinto, alababan á los malvados é impíos; [13] sexto, predicaban la faltalidad de las cosas y la negación de la divina providencia. [14]

Los oráculos de los paganos, artificios de Lucifer, nacían de su indómita malignidad ó de total ignorancia. Dejados aparte los fraudes de gente astuta, amiga de embaucar al vulgo vendiéndole por sentencias de los dioses sus propias y engañosas respuestas, las que el demonio en persona emitía, ó leíalas claramente con la

---

1 BALTUS, *Réponse à l'Hist. des oracles*, I.e p. chap. XI.
2 IV Reg. I, 2, 16.
3 Matth. XII, 24, 27.
4 Delphica sedes silet.—*Pharsal.*, lib. V.
5 Delphis miracula silent.—*Satyr.*, VI.
6 Oraculum Hammonis pene desertum est, quod antea honorabatur.—*Geogr.*, lib. XI.
7 *De divinatione*, lib. II.
8 Prudencio dice:

Delphica damnatis tacuerunt sortibus antra,
Non tripodas cortina regit, non spumat anhelus
Fata sibyllinis fanaticus edita libris;
Perdidit insanos mendax Dodona vapores,
Mortua jam mutæ lugent oracula Cumæ,
Nec responsa refert libycis in syrtibus Ammon.
Apotheosis, v. 438.

9 EUSEBIO, *Præpar. Evangel.* lib. IV, cap. I, II, III; lib. V, cap. I, II, IV, XII, XIII, XXI.
10 Psalm. CXIII, 5.—CXXXIV, 16.

1 In Psalm. CXIII.
2 *De divin. dæmon.*, cap. V.
3 I. p. q. LVII, a. 3.
4 *Præp. Evangel.*, lib. IV, cap. XV.
5 Lib. VI, cap. VI.
6 VAR. *Hist.*, lib. XII, cap. XXVIII.
7 *In Parallel.*
8 *Eneid.*, lib. II.
9 *Saturn.*, lib. I, cap. VII.
10 *Præp. Evangel.*, lib. IV, cap. XVI.
11 *Ibid.*, lib. V, cap VIII, etc.
12 *Ibid.*, lib. V, cap. XX, etc.
13 *Ibid.*, cap. XXXIII, etc.
14 *Ibid.*, lib. XI, cap. VI.

agudeza de su nativo ingenio en las causas necesarias y naturales, ó trazaba llevarlas á efecto con los ardides de su poder, y así era maliciosa burla hacer del profeta y rebosar en són de vaticinios los que eran soplos de fuego infernal, como sería burlador maligno quien contase á gran valentía el pronosticar el incendio de una ciudad á que él propio intentase prender fuego, ó un eclipse de sol previsto ya en sus propios cálculos. «Los demonios, dice San Agustín, no contemplan en la sabiduría de Dios las causas eternas de los tiempos, pero ven por experiencia de muchas señales mayor muchedumbre de cosas futuras que los hombres.» [1]

La ignorancia del demonio se echaba de ver en los oráculos cuando interrogado sobre los actos libres de los hombres, ó decía que no podía responder, ó usaba de voces ambiguas y tan intrincadas que nadie pudiera argüirle de mentira ó de engaño. Notorio es el dicho de Cicerón en esta forma: «Yo soy de opinión que ninguna fe se debe á los oráculos de Marte ni de Apolo, que ó por fingidos ó por temerarios no merecen la aprobación de un hombre ordinario, cuánto menos de un varón prudente.» [2] En otra parte veremos cómo sentía el orador romano de los oráculos gentílicos.

No es la historia de los oráculos una relación hermoseada con fenomenales mentiras, ni un tejido de maldades compuesto con artificiosa destreza; en no pocas coyunturas fueron las respuestas dictadas por el espíritu infernal, obras de verdadera magia, constando como prueba perentoria que á vista de los fieles cristianos, al contacto de una reliquia, á la señal de la cruz confesaban los oráculos su maligna perversidad, como Tertuliano, [3] Minucio Félix, [4] Lactancio, [5] lo declaran. En este crimen nefando, condenado por las Escrituras, [6] cayeron también los judíos

[1] Dæmones non æternas temporum causas in Dei sapientia contemplantur, sed quorumdan signorum nobis occultorum majore experientia multo plura quam homines futura prospiciunt.—*De Civit. Dei*, lib. IX, capitulo XXII.—Sciendum est dæmones ea plerumque denuntiare, quæ ipsi facturi sunt; accipiunt enim sæpe potestatem et morbos immittere, et ipsum aerem vitiando morbidum reddere, et perversis malefacta suadere, de quorum moribus certi sunt, quod sint eis talia suadentibus consensuri.—*De divin. dæm.*, cap. V.
[2] *De divinat.*, lib. II, n. 113.
[3] *Apolog.*, cap. XXIII.
[4] *In Octavio.*
[5] *Divin. Instit.*, lib. IV, cap. XXVII.
[6] Deut. XVIII, 10, 11.—I Reg. XXVIII, 17.—Jo. VIII, 19.

consultando las pitonisas, [1] que al fin eran mujeres como las de Delfos y Dodona, que sentadas en su trípode y arrebatadas por el demonio predecían cosas futuras, como dicen San Crisóstomo [2] y Orígenes. [3] El protestante Van Dale escribió un libro, [4] con la pretensión entre otras, de que el demonio ninguna parte había tenido en los oráculos de la gentilidad, y que todos ellos eran imposturas ó artificios de los malvados sacerdotes. M. de Fontenelle [5] tomó bajo su amparo las tesis del médico anabaptista, é Isaac Jaquelot [6] les dió su aprobación, queriéndolas ambos á dos defender con la copia de sus eruditos ingenios. Pero el P. Baltus [7] poniéndose con Fontenelle á razones, le estrechó con tanto vigor, que le obligó al silencio, y solamente le dió lugar á esta humilde confesión: «el diablo ha ganado la partida;» esto dijo y calló.

Digna es de consideración una carta del misionero P. Bouchet al citado P. Baltus [8] en prueba de la intervención diabólica en los oráculos emitidos por los sacerdotes idólatras. Dos cosas notables señala el Padre misionero del Maduré; á saber, que los demonios no hablan por los ídolos ó estatuas sino por boca de los sacerdotes, y que la fe cristiana impone silencio á los oráculos gentílicos. Ambas cosas son tan ciertas como extraordinarias en la India, según información de testigos presenciales.

Podemos ya concluir que el ángel caído, que en la niñez del humano linaje se apoderó de la serpiente para seducir al hombre por su parte más flaca, no cesó de cautivar á los mortales atrayéndolos á la perversidad de sus intentos. El que desde el principio por la lengua de la serpiente escupió mortal veneno y contaminó la voluntad humana con la afición de la honra divina, en el transcurso de las edades propagó la pestilencia de su malignidad valiéndose de *medios* naturales, de muebles, trípodes, mesas, cintas, filtros, talismanes, versos, y también de *medios* humanos, magos, pitonisas, hechiceras, con que avasallar la humana curiosidad y traerla á perdición y ruina. Monstruosísima pa-

[1] Act. XVI, 16.
[2] In. cap. XII, I ad. Cor. 19.
[3] *Contra Cels.*, lib. VII, cap. I.
[4] *De orac. vel. ethnic.*
[5] *Hist. des oracles.*
[6] *Existence de Dieu,* dis. IV, chap. VIII.
[7] *Réponse à l'Hist. des oracles.*
[8] *Cartas edificantes*, t. V, p. 262.

rece la gentilidad sembrada de adivinos: ¡qué repugnancia causa el horror de sus diabólicos antros! La Caldea fué tenida por cuna de la magia goética, el Egipto la ejercitó y propagó. Los libros talmúdicos atribuyen los milagros de Cristo á la magia aprendida en Egipto, cuando al salir llevó escritas en la piel de su cuerpo las fórmulas mágicas, que no hubiera podido llevar de otra manera sopena de ser registrado y castigado. [1] Calumnia, que vemos repetida y ponderada por Celso, Porfirio, Hierocles, Juliano, Eunomio, como va expuesto arriba (pág. 474), y confirma bien lo dicho, según arguye San Jerónimo escribiendo á Vigilancio: «A menos que según la manera de los gentiles y de los profanos, de Porfirio y de Eunomio, no pretendas que los milagros de Cristo son juegos de demonios.» [2] Eusebio, refutando á los que tenían á Cristo por mago, dice: «Preguntaré á los adversarios, si han conocido hechiceros y magos que fascinaban el pueblo sin hacer libaciones ó sacrificios, y sin invocar los demonios é implorar su favor?... Si un hombre se entrega á la magia y á todas las acciones ilícitas que hemos indicado, ¿no mostrará por ventura en sus acciones los vicios de su alma, sus crímenes, sus torpezas, sus impiedades, su injusticia y su irreligión?...¿no renegará de Dios, de su providencia, y juicio? ¿no se mofará de la virtud y de la inmortalidad del alma?» [3]

La magia, aunque severamente prohibida á los israelistas, se practicaba por los rabinos, como se colige de los libros talmúdicos, de diferentes maneras. El conjurador de los muertos [4] sacaba sonidos de los brazos y otros miembros del difunto, y el difunto levantaba los pies; por otros medios mágicos un cráneo daba respuestas, operación permitida aún en sábado; [5] otros pronunciaban oráculos metiéndose un hueso en la boca; otros indicaban qué días serían felices ó desdichados; otros quedaban atados á las sepulturas para comunicar con los espíritus malignos. [6] En el ejercicio de la magia entraban hechizos por medio del dedo pulgar, del cuchillo con mango negro, de la copa de vidrio; [7] tenían gran cuenta los magos con el riesgo que corrían y con el daño que les podía venir de parte del demonio. [1] Usaban los rabinos de amuletos compuestos de pergamino con palabras mágicas, [2] ó de manojos de hierbas, en donde se expresaban con claridad los nombres y número de diablos cuyo poder querían contrarestar.

Notemos aquí de paso, cómo estando los libros en la época de Cristo llenos de supersticiones mágicas, los libros del Nuevo Testamento y de los Padres apostólicos fueron los únicos que se conservaron exentos del contagio; cosa que no nos causa tanto pasmo, porque no nos actuamos ni vivimos en aquella atmósfera de groseros errores. Una sola carta de Cicerón contiene más supersticiones que todas las obras juntas de los primeros Padres. Cotéjese la eruditísima obra de San Epifanio *sobre las Herejías* con las doctrinas evangélicas, y claramente se notará cuán infinita es la distancia entre la torpeza de aquéllas y la pureza de éstas. En ninguna página de los santos Escritores se vislumbra asomo de entusiasmo divinatorio, en ningún capítulo se divisa aquel entonamiento de los teurgos paganos, en ninguna circunstancia aparecen las ridículas ceremonias de los magos; y ¿cómo podía esto ser si el Evangelio, dando lado á las opiniones y costumbres usadas á la sazón, oponía á la magia antigua la verdadera taumaturgia, á la mentira diabólica la divina verdad, á la necedad la sabiduría, á la corrupción la santidad?

ARTÍCULO II.

Simón Mago y sus hechicerías.—El hechicero Marcos.—Autoridad de los Santos Padres.—Autoridad de los teólogos. — Autoridad de los Códigos civiles.—Concilios.—La magia española.—Sumos Pontífices. — Ocúrrese á una dificultad.

Cuando los apóstoles empezaron á predicar el Evangelio, el paganismo se levantó contra ellos con furiosa y extraña guerra. Mas ¿cómo? ¿Acaso negando los milagros de Jesús ó la aparición de la divinidad? Así respondían los necios: los sabios usaban de otro arbitrio. No negaban los hechos, pero pretendían que aquellas manifestaciones no eran efectos religiosos, sino frutos de la humanidad. La gnosis,

---

1 Sahabb. 4e—104. 2 *Contra Vigil.*
3 *Præp. evang.* lib. III. cap. VI.
4 Baal Obh. 5 Sanh. 65.
6 Sanh. 66. 7 Sanh. 67.—Baba Mez. 29.

1 Sanh. 101. 2 Sanh. 78.

decían, la ciencia superior y oculta se comunica á quien Dios quiere; y el que la ha recibido puede hacer profecías y milagros, y comunicar con el mundo de los espíritus.

Tal fué la obra de Lucifer, engañar á los hombres con esta brillante mentira. El primero que cayó en la red fué Simón Mago; el primero que le descubrió los embustes fué Simón Pedro. No fué Simón Mago un embaucador como quiera, fué un verdadero gnóstico, el gran heresiarca con sistema propio y enseñanza completa, el primer anillo de la cadena de hechos y doctrinas diabólicas que se han perpetuado hasta nuestros días. [1] Menandro, Saturnino, Basílides, Valentín, Marción, Bardesanes, Carpócrates y otros, reformaron, modificaron, completaron el sistema de Simón; pero fundaron todos su doctrina sobre la gnosis y sobre el culto del demonio. No sin particular providencia de Dios, esta herejía, que ha sido sementera de tantas otras, fué sofocada en la cuna por el apóstol San Pedro.

El libro que lleva por título *Philosophumena*, obra de los primeros siglos, nos da de Simón Mago esta noticia: «Después que Simón hubo reducido á muchos samaritanos, fué condenado por los apóstoles, como consta en los Actos. Apostató y vino á Roma para ejercitar su arte mágica, y aquí tuvo contra sí el poder de los apóstoles. Mas con todo, muchos cayeron en sus lazos y fueron por sus artificios y prestigios víctimas del engaño. Pedro tuvo ocasión de pelear con él muchas veces; la última pelea fué en el campo romano. Estaba Simón sentado debajo de un álamo enseñando al pueblo. El Apóstol le estrechaba con razones, y le redujo al silencio; pero él, para evitar disputas, anunció que si le enterraban vivo resucitaría al tercer día. Mandó á sus discípulos que cavasen una hoya y le envolviesen con un sudario. Se le dió sepultura, y en ella permanece hasta el día de hoy; porque Simón no era el Mesías.» [2]

Las Constituciones Apostólicas refieren de Simón, que á los diez años antes de morir tuvo lugar su ascensión pública. Cuéntala San Pedro por estas palabras: «Encontré á Simón en Cesarea, y en una disputa pública le obligué á darse por vencido. Partió entonces para Italia. Llegado á Roma empezó á mover guerra á la Iglesia, y á enervar la fe y corromper á los paganos con su arte mágica. Un día invitó al público al anfiteatro, y me llevó á mí también, prometiendo que volaría por el aire. Todos los ojos estaban fijos en él. Yo oraba en lo íntimo de mi corazón. Tómanle los demonios y le levantan arriba.—Yo subo al cielo, decía, y desde allí derramaré sobre vosotros bendiciones y gracias.—La muchedumbre aplaudía y le festejaba como á una deidad. Yo, con el corazón y las manos alzadas al cielo, suplicaba á Dios por los méritos de Jesucristo, abatiese los humos de aquel impostor, quebrantase el poder de los demonios que pervertían á los hombres, derrocase al impío con caida afrentosa y le rompiese los miembros, sin privarle de la vida. Hecha esta oración, exclamé mirando á Simón: Si yo soy realmente el verdadero apóstol de Jesucristo, y el maestro de la sincera piedad, y no un impostor como tú, miserable Simón, mando á las potestades malignas, cómplices de tu impiedad, que te suelten de las manos y caigas de esas alturas, y vengas á recoger el premio de tus embustes.—No bien hube hablado, Simón, abandonado de los demonios, vino á tierra con estruendo encima del anfiteatro. Quebróse un muslo, y se desencajó los dedos de los pies. La turba exclamó: El Dios que Pedro predica es el verdadero Dios. Muchos abandonaron á Simón y se convirtieron; otros perseveraron en esa ignominiosa secta.» [1] Más adelante veremos qué concepto merecen estas autoridades respecto de Simón Mago. Plinio [2] y Dion [3] muestran cuán aficionado era Nerón á los juegos y entretenimientos de la magia. Anastasio Sinaita [4] cuenta cosas de Simón y Juliano, que deben considerarse por obras de magia goética.

Otras hechicerías narra San Ireneo del mago Marcos en esta forma: «Fingiendo que consagraba un cáliz de vino mezclado con agua, extiende las palabras de la consagración y hace que parezca colorado y encarnado el cáliz, para que piensen los que lo ven que allí está su propia sangre de ellos y deseen probarla. Luego da á las mujeres cálices mezclados y manda que los consagren; toma él otro cáliz mayor, y di-

[1] DARRAS, *Hist. de l'Église*, t. VII, chap. I.
[2] Lib. VI, § 20.—ὁ δὲ ἀπέμαινε ἕως νῦν.

[1] *Constit. apost.*, lib. VI, cap. IX.
[2] *Hist. nat.*, lib. XXX, cap. II.
[3] *De Pulchrit. orat.*
[4] Quæst. XX.

ciendo unas palabras mete el contenido del pequeño de la mujer en el suyo grande y pone á la mujer en frenesí y locura, y hace aparecer el cáliz grande que rebose con lo contenido en el pequeño. Otras cosas parecidas hace con que seduce á muchos y los lleva tras de sí.»

«Da á entender que tiene consigo un demonio asistente, por cuyo medio parece profetiza y hace profetizar á las mujeres que cree dignas de su gracia.» Va prosiguiendo el Santo las artes infames de que usaba el mago para engañar y corromper la inocencia de las mujeres.[1] Así mismo leemos en el libro *Philosophumena* que «secretamente metía en el cáliz una substancia que le diese aquel color de púrpura y rojo, y barbotaba palabras hasta que el líquido hubiese consumido la substancia y dado color á la mezcla.» Estas astucias imitan los modernos sectarios según que las leemos[2] por estas palabras: «Aparecen cálices vacíos y súbitamente se llenan de vino, y al caer del vino donde da aparecen manchas de sangre: los iniciados creen oir músicas deliciosas y respirar aromas desconocidos.»

Vengamos á los Padres y Escritores eclesiásticos, que desde la aurora del cristianismo, con la agudeza de sus ingenios, con la experiencia del trato, y fundados en las santas Escrituras, dejaron en sus escritos con tanta viveza figuradas las astucias de Lucifer, que no parece pudieran levantar con más lúgubres colores las obras de la magia goética.

Tertuliano, después de afirmar que era dicho común entre los magos, que evocaban de los infiernos las almas de los difuntos, añade: «¿Qué es pues la magia? lo que todos dicen: engaño. Pero la razón del engaño se nos alcanza á los cristianos, que conocemos á los espíritus de maldad, no por conciencia cómplice, sino por ciencia enemiga, y los tratamos no con obras de comedimiento, sino con imperio y batería: es la magia una ciencia que fabrica multitud de pestilentes errores y devasta la salud de las almas; al cabo es una segunda idolatría, en que los demonios se fingen muertos, como en la otra se fingen dioses. ¿Qué mucho, siendo dioses realmente muertos?... Preséntase el fantasma, fíngese un cuerpo, y no es maravilla que les tenga cautivos los sentidos externos aquel que con tanta facilidad les cegó la vista del entendimiento.»[1]

En su Apologético[2] dice así: «Si los magos sacan á luz fantasmas y evocan almas de difuntos mentirosamente, si con la fuerza de sus oráculos marchitan y sofocan á los muchachos, si juegan á milagros con prestigios ridículos, si también meten sueños poseyendo en estos casos la potestad y asistencia de los ángeles y de los demonios, por los cuales las cabras y las mesas suelen adivinar; ¿cuánto más ese poder se empleará en obrar en provecho propio lo que obra en provecho ajeno?»[3]—Concuerda con Tertuliano el grande Orígenes: «Los magos que tratan con los espíritus y los evocan según las leyes del arte mágica para sujetarlos á sus quereres, ven cumplidos sus deseos, con tal que el nombre y poder de Dios ó una fuerza superior á la suya no se ponga de por medio. Cuando los demonios toman parte

---

1 *Advers. hæres.*, cap. IX.

2 *Histoire de la Magie*, par Eliphas Levi, p. 483.

1 *De Anima*, cap. LVII. — ¿Quid ergo dicemus magiam? quod omnes pene: fallaciam. Sed ratio fallaciæ solos non fugit christianos, qui spiritalia nequitiæ, non quidem socia conscientia, sed inimica scientia novimus, nec invitatoria operatione, sed expugnatoria dominatione, tractamus: multiformem lucem mentis humanæ, totius erroris artificem, salutis pariter animæque vastatricem scientiam magiæ, secundæ scilicet idolatriæ in qua se dæmones perinde mortuos fingunt quemadmodum in illa deos. ¿Quidni? Cum et dii mortui? Itaque invocantur quidem aori et biæothanati (qui immatura morte pereunt — qui violenta) sub illo fidei argumento, quod credibile videatur eas potissimum animas ad vim et injuriam facere, quas per vim et sævus et immaturus finis extorsit quasi ad vicem offensæ. Sed dæmones operantur sub obtentu earum; et hi vel maxime, qui in ipsis tunc fuerunt cum adviverent, quique illas in hujusmodi impegerunt exitus. Nam et suggessimus nullum pœne hominem carere dæmonio, et pluribus notum est dæmoniorum quoque opera et immaturas et atroces effici mortes quas incursibus deputant. Hanc quoque fallaciam spiritus nequam sub personis defunctorum delitescentis, nisi fallor, etiam rebus probamus cum in exorcismis interdum aliquem se ex parentibus hominem suis affirmat, interdum gladiatorem, vel bestiarium, sicut et alibi deum: nihil magis curans quam hoc ipsum excludere quod prædicamus, ne facile credamus animas universas ad inferos redigi ut et judicii et resurrectionis fidem turbet. Et tamen ille dæmon postquam circunstantes circumvenire tentavit, instantia divinæ gratiæ victus, id quod in vero est, invitus confitetur. Sic et in illa alia specie magiæ, quæ jam quiescentes animas evellere ab inferis creditur et conspectui exhibere, non alia fallaciæ vis est operatior. Plane quia et phantasma præstatur quia et corpus affingitur: nec magnum illi exteriores oculos circumscribere, cui interiorem mentis aciem excæcare perfacile est.

2 Cap. XXIII.

3 Porro si et magi phantasmata edunt, et jam defunctorum infamant animas; si pueros in eloquium oraculi elidunt; si et somnia immittunt, habentes semel invitatorum angelorum et dæmonum assistentem potestatem, per quos et capræ et mensæ divinare consueverunt: ¡quanto magis illa potestas de suo arbitrio et pro suo negotio studeat totis viribus operari, quod alienæ præstat negotiationi?

en los actos mágicos, emplean su poderío en causar hambre, en producir grandes calores, en esterilizar los campos, en corromper y emponzoñar el aire y en estragar hombres y animales.» [1]

San Cipriano: «Los demonios se introducen dentro de las estatuas y en las imágenes que el hombre adora, animan las fibras de las víctimas, inspiran el corazón de los adivinos, y dan voz á los oráculos. Son engañadores y engañados, y toman á destajo meter turbación en la vida, penetrar nuestros cuerpos, amedrentar nuestro ánimo, dañar la salud, atormentar los miembros. Con esto confían alcanzar de nosotros culto y adoración, y que solicitemos la cura de estos males, y los curan cesando de producirlos. Su principal intento es apartarnos del servicio de Dios.» [2]

San Gregorio Nazianzeno [3] refiere que el apóstata Juliano bajó un día á una cueva, donde se oía estruendo y se dejaban ver horribles fantasmas. Acosado de los espantosos espectros empezó á santiguarse invocando á Cristo contra la invasión de las visiones. Los demonios retroceden y le dejan libre. Segunda vez toma alientos, y con la señal de la cruz desbarata las subterráneas figuras. Mas como el jerofante que acompañaba al apóstata le sugiriese que aquella huída no era señal de derrota sino menosprecio de la cruz, con que mostraban que el vencedor (Cristo) era peor que los huídos, el apóstata dejóse persuadir del mago, y cerrando los ojos á todos se engolfó en el más profundo de estos misterios. «Desde aquél día, añade el Santo, los espíritus infernales dominaron sobre su corazón.»

San Crisóstomo: [4] «Me veo en la necesidad de manifestaros una gran sorpresa que sería mejor callar, pero para que la infamia de estas cosas se descubra, conviene señalarlas y que veáis la locura de los que acuden á los oráculos. Una pitonisa (así la llaman) siéntase en la trípode de Apolo desenvueltamente; un espíritu malo enviado del infierno le entra por el cuerpo, llénala de furor, y ella se torna bacante, los cabellos esparcidos, la boca espumosa y se pone á cortar palabras de furia. Propio del demonio es producir alboroto, furor, obscuridad; y esta es la primera señal del mago. La segunda es que no puede pronunciar el nombre de Jesús; si véis á uno que no diga este nombre, y que blasfeme de él, es un mal espíritu, es un adivino.»

San Jerónimo: [1] «Veía cómo los demonios bramaban con varios tormentos, y cómo delante de los sepulcros de los fieles aullaban los hombres á manera de lobos, ladraban con voces de perros, rugían como leones, silbaban como serpientes, mugían como toros.» [2]

San Agustín: «No podrían saber los hombres, si los demonios primero no se lo hubieran enseñado, qué cosa ellos más apetecen, qué cosa aborrecen, qué nombre más los atrae, cuál los obliga: luego de aquí existieron las artes mágicas y los profesores de ellas.» [3] Y más arriba habiendo el Santo Doctor ponderado cómo las leyes de hebreos y gentiles condenaban la hechicería, exclama: «¿Por qué con tanta gravedad son estas obras escarmentadas por el rigor de las leyes, sino porque semejantes maleficios son sin duda alguna perniciosos al humano linaje?» [4]

No es menester llamar en favor de esta tesis á los escritores eclesiásticos [5] que alegan hechos y razones palpables en persuasión de que hubo magia en el mundo, y que el cristianismo poderosamente la contrarestó y venció. Pero no es para dejado en silencio el dictamen de los autores que vivieron en los siglos medios. San Isidoro arzobispo de Sevilla, después de describir varios géneros de magos dice: «en todos ellos se ve que el arte de los demonios nació de una pestilente comunicación de hombres y ángeles malos.» [6]

---

1 *Contra Cels.*, lib. I.—Lib. VIII, cap. XXXI.
2 *De vanit.*, lib. I.
3 Or. IV, cap. LIV.
4 Hom. XXIX, In I Cor.

1 *In Epitaphio Paulæ.*
2 Cernebat variis dæmones rugire cruciatibus, et ante sepulchra Sanctorum ululare homines more luporum, vocibus latrare canum, fremere leonum, sibilare serpentum, mugire taurorum.
3 Neque enim potuit, nisi primum ipsis (dæmonibus) docentibus, disci quid quisque illorum appetat, quid exhorreat, quo invitetur nomine, quo cogatur: unde magicæ artes, earumque artifices extiterunt.—*De Civit. Dei*, lib. XXI, cap. VI.
4 Cur tam graviter ista plectuntur severitate legum secundum quem alium sensum nisi quod hæc maleficia generi humano perniciosa esse non dubium est?—Ibid. lib. VIII, cap. XIX.
5 S. Teófilo, *Ad Autolyc.* II, 10, 98.—Lactancio, *De morte persecut.* cap. X.—Eusebio, *Præpar. Evang.* lib. IV. cap. IX.—Taciano, *Græc.* 12. 18.—S. Crisóstomo, *Orat. de S. Babyl. de S. Paulo.*—Sozomeno, *Hist. eccles.* V, 18.—Minucio Felix, *Octavio*, 22.—Atenágoras, *leg.* XXVI.—Clemente Alejandrino, *Cohort.* 2.
6 In quibus omnibus ars dæmonum est ex quadam pestifera societate hominum et angelorum malorum exorta.—*Etymol.* lib. VIII, cap. IX.

—San Ibón Carnotense escribe también: «Todas estas suertes de artes, ora de frívola, ora de nociva superstición, nacidas de pestífera sociedad entre hombres y demonios, como pactos de infiel y engañosa amistad deben ser rechazadas y abominadas del hombre cristiano.» [1]—Juan de Salisbury discurre sobre las artes mágicas y cita hechos sin número. [2] —Rabano Mauro describiendo las habilidades de los magos, dice: «Llamando á los demonios se atreven á discurrir cómo cada cual dará muerte con malas artes á sus enemigos.»[3] —Casiodoro manda que Basilio y Pretextato, acusados de magia, sean juzgados y castigados según la calidad de su delito, y entre otras cosas añade: «No es lícito dedicarse á las artes mágicas en los siglos cristianos.» [4] —Finalmente Santo Tomás [5] enseña que «otra causa que echó el sello á la idolatría y la llevó á su colmo, proviene de los demonios. Ambicionaron la adoración de los hombres, dando respuestas por medio de ídolos, y obrando ciertas cosas que semejaban prodigios. Por esta causa el salmista exclamó: todos los dioses de la gentilidad son demonios.»

Los teólogos de común acuerdo han enseñado ser la magia obra diabólica y detestable, [6] y teníanla por tan sin duda, y por tan cierta miraban la existencia de prodigios obrados por hombres con el favor del demonio, que el eximio Suárez asentaba que sin error en la fe no podía negarse esta aserción. [7] Traer aquí el parecer de los autores posteriores á Suárez hasta los más recientes de nuestro siglo, sería tarea interminable. [1] Del cúmulo de estas autoridades resulta necesariamente que la existencia de la magia no es un mito, ni cosa de fábula, sino palpable verdad, en que solamente la ignorancia ó petulancia de nuestro siglo pudo poner dolo y mancilla.

Añádase la autoridad de los códigos antiguos, castigadores de los magos con penas terribles. Platón no se contentaba con menos que con la cabeza de los hechiceros [2]. Los romanos igual castigo imponían á los magos [3]. La ley Cornelia quería que los que por arte mágica llaman á los demonios y agitan los elementos, y los que pretenden matar por figuras de cera á los ausentes, sean condenados á pena capital. Por igual causa Augusto mandó quemar un gran montón de libros de magia, [4] y durante el reinado de Tiberio fueron arrojados de Roma muchos magos y astrólogos. [5] Justiniano [6] los trataba con no menor severidad. Fundado en el texto de las leyes civiles apretaba San Agustín á los paganos con estas elocuentes razones: «¿A qué propósito se castigan estas cosas tan severamente con el rigor de las leyes si son obras de los dioses á quienes se debe respeto y veneración? ¿Por ventura hicieron los cristianos estas leyes, con que se procede contra las artes mágicas?... ¿Y Cicerón, no refiere que en las Doce Tablas, esto es, en las antiquísimas leyes de los romanos hay pena de muerte contra el que usare de ellas? Y finalmente al mismo Apuleyo pregunto si fueron acusados delante de los jueces los cristianos por las artes mágicas? Las cuales sin duda, pues que se las pusieron por capítulo, si él sabía que eran divinas y religiosas, no sólo debía confesarlas, sino también profesarlas...» [7].

---

[1] Omnes igitur artes hujus modi, vel nugatoriæ, vel noxiæ superstitionis ex quadam pestifera societate hominum et dæmonum, quasi pacta infidelis et dolosæ amicitiæ constituta, penitus sunt repudianda et fugienda christiano.—*Decret.* part. XI *De Incantation.* cap. XIII.

[2] *De Nugis curialium.*

[3] Dæmonibus accitis audent ventilare ut quisque suos perimat malis artibus inimicos.—*De magicis artibus.*

[4] Ep. XXII, XXIII.

[5] 1 p. q. XCIV, a. 4.

[6] San Buenaventura, In IV Dist. XXXIV.—Hugo de San Víctor, *Erudit. didasc* lib. IV, cap. XV.—Guillermo Parisiense, *De legibus*, cap XXIV, XXVII —Gerson, *Tract. de errorib. circa artem magicam.*—Simon Mayolo, *Dies caniculares*, colloq. III.—Gabriel II D VIII, q. II, a. 4 —San Antonino, 2 part. tit. XII. —Victoria, *Ration. de Mag.* q. 1.—Alonso de Castro, *De Justa hær. punit.* lib. I. cap. XIV.—Gaspar Schott, *Physica curiosa*, lib. I. cap. XXXII.— Benito Pereira, *Exod* VII, disp. II.—Salmerón, *De miraculis*, Tract. IV.—Schmalzgrueber, *Ins.* p. II, tit. XXI.—Reiffenstuel. tit. *de Sortileg.*

[7] Hæc assertio est tam certa, ut sine errore in fide negari non possit.—*De superstitione*, lib. II, cap. XIX, n. 7.

[1] Azor, p. I, lib. IX, cap. XII. — Valencia, D. VII, q. XII, p. I.—Lessio, *De Just. lib.* II, cap. XLIII.—Sanchez. lib. II *Mor.* cap. XXXVIII —Layman. lib. IV, Tr. X, cap. III.—Palao, Tr. XVII, D. I. p. III.—Ferraris, V, I.—Schram, *Theolog. mystica* —Lenormant, *La magie chez les Chaldéens*, chap. I.—Bizouard, *Rapports de l'homme avec les démons*, livre I, chap. VI.—Görres, *Mystique*, livre VIII, chap. XXXVI. —Alfredo Maury, *la magie et l'astrologie*, I partie, chap. I —Mirville, *Des Esprits*, IV. p. chap. XI.—Gougenot des Mousseaux, *Les hauts phenom. de la magie.* chap. V.—Bonniot, *Les possédées de Verzegnis*, 1880.—Ribet, *La mystique divine*, t III, chap. XIV, 1883.

[2] *De legib.*, lib. XXXIV, dial. XII

[3] Ley de las Doce Tablas, art. LV, LXVIII, LXIX.

[4] Suetonio, *Vita Augusti*, cap. XXXI.

[5] Dion Casio, XLI, LII.—Tácito, lib. II, capítulo XXXII.

[6] Lib. IV, tít. 18.

[7] *De Civit. Dei*, lib. VIII, cap. XIX.

Reforcemos la tesis con las resoluciones de los Concilios. El de Laodicea decreta que: «no es lícito á los consagrados ó clérigos el ser magos, ó encantadores, ó el hacer amuletos.» [1]—El concilio de Cartago IV: «El que se ocupe en augurios ó encantamientos debe estar separado del gremio de la iglesia.» [2]—El concilio Agatense: «Es cosa muy pestilencial á la fe de la religión católica el que algunos usen de augurios y profesen la ciencia de la divinación.» [3]—El concilio de Orleans I: «Si alguno cree que debe observar la divinación ó los augurios, sea arrojado de la comunión de la Iglesia.» [4]—El concilio Toledano XII y el XVI condenan y excomulgan á los veneradores de piedras, á los que encienden hachas, á los que honran fuentes sagradas, á los que auguran y encantan.» [5]—El concilio Quinisexto de Constantinopla estatuye que «los echadores de nubes y encantadores, y los que presentan amuletos y se llaman adivinos, sean lanzados de la iglesia, como los sagrados Cánones mandan.» [6]— El concilio de Tours III: «Avisen los sacerdotes á los pueblos fieles que las artes mágicas y los encantamientos son lazos y asechanzas del antiguo enemigo.» [7]—El concilio de París VI: «Existen otros males que han quedado del rito gentílico, como son hechiceros, agoreros, sortílegos, maléficos, adivinos, encantadores. No hay duda que como á muchos es notorio, de tal manera se inficionan los entendimientos con ciertos prestigios y diabólicas ilusiones, que son juzgados volverse locos.» [8]—El concilio de Ancira I: «Los que andan en busca de adivinaciones, ó introducen en sus casas á semejantes hombres con ánimo de averiguar algo con arte maléfica, estén sujetos á la regla de los cinco años.» [1]

España no se libró del contagio que infestaba á griegos y romanos. Los montañeses del Pirineo frecuentaban la magia y toda suerte de supersticiones, como puede verse en Menéndez Pelayo. [2] El concilio de Elvira en los Cánones VI, XXXIV, XXXV, LXII, condenó las malas artes é invocaciones idolátricas, que en el siglo IV duraban y oponían resistencia á la propagación de la fe. Ayudó poderosamente á extirparlas el emperador Teodosio con prescripciones inexorables dignas de tan fervoroso príncipe. [3] Más adelante el Concilio Narbonense en tiempo de Recaredo, reprimió con severidad varios crímenes de magia. En el siglo siguiente (633) el cuarto Concilio de Toledo en su canon XXIX decretó: «Si algún obispo, presbítero ó clérigo consulta á magos, arúspices, ariolos, augures, sortílegos, ó á cualquiera que profese artes ilícitas, sea depuesto de su dignidad y condenado á perpetua penitencia en un monasterio.» [4] Después que el Concilio Toledano V, canon IV, anatematizó á los adivinos, las leyes del Fuero-Juzgo [5] cortaban el contagio de las artes mágicas con rigor de ajustadas penas. [6] Mas la pestilencia del escándalo no se desvanecía, como lo indican los Concilios Toledanos XII, XVI y XVII, que hubieron de castigar con el rigor de los cánones á los adoradores de ídolos, veneradores de piedras, consagradores de fuentes y árboles, encendedores de antorchas, augures, encantadores y fabricadores de amuletos, filacterios y ligaduras.

Los Romanos Pontífices hablaron en alta voz contra la práctica de los magos y hechiceros. El Papa Juan XXII en su

---

1 Canon XXXVI. Non oportet eos qui sunt sacrati vel clerici esse magos, vel incantatores, vel facere ea quæ dicuntur amuleta.

2 Can. LXXXIX. Auguriis vel incantationibus servientem á conventu ecclesiæ separandum.

3 Can. XLII. Maxime fidem catholicæ religionis infestat quod aliquanti student auguriis et divinationis scientiam profitentur.

4 Can. XXX. Siquis divinationem vel auguria crediderit observanda, ab ecclesiæ communione pellatur.

5 Veneratores lapidum, accensores facularum, excolentes sacra fontium, auguratores seu præcantores. Capítulo II.

6 Cap. LI. eos qui nubium expulsores et incantatores, et amuletorum præbitores et vates apellantur ecclesia omnino exturbandos decernimus, sicut et sacri Canones dicunt.

7 Can. XLII. Admoneant sacerdotes fideles populos ut noverint magicas artes, incantationesque... esse laqueos et insidias antiqui hostis.

8 Cap. II. Extant et alia perniciosissima mala quæ ex ritu gentilium remansisse dubium non est, ut sunt magi, arioli, sortilegi, venefici, divini, incantatores. Dubium non est sicut multis est notum quod á quibusdam præstigiis et diabolicis illusionibus ita mentes inficiantur ut in insaniam versi judicentur.

1 Tit. XXIII. Qui divinationes expetunt, aut in domos suas, hujusmodi homines introducunt exquirendi aliquid arte malefica, sub regula quinquennii jaceant.

2 *Hist. de los heterodoxos españoles*, t. I, cap. IV.

3 *Cod. Theodos.*, lib. XVI, tit. X, ley VII, IX.

4 Si quilibet ex ordine clericorum magos, aut aruspices, ariolos, aut certe augures vel sortilegos... consulere fuerit deprehensus, ab honore dignitatis suæ depositus monasterii pœnam excipiat, ibique perpetuæ pœnitentiæ deditus scelus sacrilegii admissum luat.

5 Lib. VI, tit. II, ley I, III, IV.

6 D. José A. de los Ríos, *Historia crítica*, 1870, t. I. —Menendez Pelayo, *Historia de los heterodoxos, esp.* t. I, p. 262.

Bula *Super illius specula*, se queja de que «semejante peste, propagándose ahora por el mundo más de lo acostumbrado, va inficionando con más gravedad la grey de Cristo.» [1]—Inocencio VIII en la Bula *Summis desiderantes affectibus* deplora que en algunas partes de Alemania la Alta muchas personas de ambos sexos vivan dedicadas al trato y comercio con el demonio, y con lágrimas en los ojos describe los desastres de la magia. Lo mismo leemos en la Bula *Honestis petentium votis* de León X, en la *Dudum* de Adriano VI, en la Constitución *Cœli et terræ* de Sixto V; en los cuales documentos, fuera de confesar los Papas los grandes engaños y embustes que saben fingir los hipócritas y malévolos, señalan y declaran los efectos notorios é indubitables de la magia diabólica. Finalmente, la realidad de la hechicería consta por testimonio de los misioneros católicos. No en todas partes han hallado hechiceros, así como no en todas partes han descubierto adoradores de ídolos; pero en el antiguo y en el nuevo mundo no faltan países donde la magia diabólica tuviese alumnos que hicieron gran resistencia á la introducción del Santo Evangelio. [2]

De las expuestas premisas podemos concluir este invencible argumento. La historia sagrada y profana, los paganos y los cristianos, los Concilios, Papas, Santos Padres, Escritores eclesiásticos, Doctores Teólogos, Juristas, leyes humanas y divinas dan por asentado sin duda alguna el trato y conversación del hombre con el demonio, principio malo y enemigo de todo bien; todas estas autoridades testifican que si el hombre invocó el poder de Satanás, si trató de estipular con él, no pocas veces Satanás se dió por entendido y acudió con prestigios y maravillas á desempeñar su promesa. ¿Es posible que tantas voces que esto proclaman padecieran error? ¿es verosímil que se fundasen en solas imaginaciones? Nó; no pudo ser. La magia no es alucinación de mentes enfermas, es una tristísima realidad.

Dirán, tal vez, ser imposible el trato con el demonio.—R. ¿Por qué lo ha de ser? ¿No quería, acaso, el demonio, pactar con Cristo, nuestro Salvador, cuando le decía: todo esto que ves será tuyo, si postrado me adoras? [1] ¿Faltan, por ventura, á Satanás maneras de comunicar y de entenderse con el hombre, ó facultad para hacer maravillas que le llenen las medidas del deseo? ¿O dirán que las maravillas que se hacen por arte mágica han de refundirse en Dios? ¡Abominable blasfemia! Rebosan inmundicia é impiedad. ¿O porfiarán qus son obra de almas de difuntos? ¿Qué difuntos? ¿Gloriosos ó precitos? Si condenados, ¿por qué nó de demonios? Si gloriosos, ¿cómo pueden aconsejar el mal? ¿Qué tienen que ver las almas de los difuntos con los mortales? En verdad, no le es al demonio permitido entrar por sí en comercio con el hombre; ni el odio satánico basta, ni el antojo del hombre lo exige, ni la honra de Dios lo sufre, ni el oficio de tentador lo demanda; mas todas estas razones no prueban que el demonio no tuviese en algún tiempo permisión de Dios para inspirar á los hombres estos vanísimos medios, ni que á ellos no respondiese en algún caso para tentar á los buenos, extraviar á los malvados y cegar y perder á los pecadores. El oficio de tentador, presupuesta la licencia divina, á la magia goética puede en alguna manera alcanzar. Concluyamos, en fin, de lo hasta aquí considerado, pensar, que todo lo que nos cuenta la historia sobre cosas de magia son ficciones ó imposturas, y que todo es negocio de fraude humana, fuera discurrir sin fundamento y echar por tierra el testimonio humano, que es el campo histórico más valedero.

Artificioso es el estudio que hace Salverte para dar luz, sin auxilio de la magia, á los fenómenos raros de la antigüedad. Imagina que los *hechiceros* sabían tanto de procedimientos químicos y físicos, cuanto apenas alcanzan los modernos sabios. A juicio de Salverte, las ciencias ocultas eran ciencias naturales, sólo patentes á ciertos hombres privilegiados, encubiertas al vulgo, y al vulgo pertenecían Plinio, Porfirio, Jamblico, y los más de los sacerdotes de aquel culto á cuya honra se encaminaban las maravillas. «Las fórmulas, dice, consistían en recetas de física, que cada templo conservaba, redac-

[1] Hujusmodi morbus pestifer nunc per mundum solito amplius convalescens successive gravius inficit Christi gregem.

[2] JUAN FELIPE DE MARINI, *Delle Missioni della Prov. del Giappone*, 1663, lib. I, capo. XI.—JUAN PEDRO MAFFEI, *Historiar. indicar.*, 1600, lib. XV.—NICOLÁS TRIGAULT, *De christiana expeditione apud Sinas*, 1611, lib. I, cap. IX.—FRANCISCO COMBÉS, *Historia de las Islas de Mindanao*, 1667, lib. I, cap. XII.

[1] Matth., IV, 9.

tadas en su idioma sagrado. Los sacerdotes egipcios operaban un milagro por un procedimiento ignorado de los sacerdotes persas.»[1] Para hacer creible el naufragio y la ruina total de las ciencias ocultas, divierte el autor el ánimo del lector con digresiones y consideraciones pueriles é impertinentes,[2] que más bien sirven para esforzar la necesidad de la magia goética en la explicación de las acciones maravillosas del gentilismo. El secreto de aquellos magos era el comercio diabólico. Vanamente se empeña Salverte en combatir la existencia de la magia diabólica con el silencio misterioso de los adivinos,[3] y dando por averiguado que todas aquellas operaciones eran frutos naturales de la sabiduría sacerdotal. «En los escritos de los antiguos, dice, no se encuentra la indicación positiva de que todos estos conocimientos se poseyesen teóricamente; pero los efectos hablan y nos obligan á admitir la existencia de las causas. Lo repetimos, es más acertado convenir en ellos que argüir de falsedad gratuitamente contra tantas narraciones, cuya parte maravillosa y cuya imposibilidad han desaparecido ante el progreso de las ciencias.»[4] Padece ilusión Salverte, cuando de la realidad de los efectos físicos arguye que la causa estaba en la ciencia natural de los magos. Los fenómenos peregrinos de la antigüedad gentílica presuponen conocimientos de mecánica, de acústica, óptica, hidrostática, química, medicina, electricidad, y otros, cuya explicación apenas cabe en la amplitud de las teorías modernas. Dar á los sacerdotes paganos ojos lucidísimos que viesen todos los escondrijos de la ciencia, y capacidad tan universal para adivinar todos los secretos, es levantar sus ingenios al cetro y grandeza de los mayores ingenios; es usar de un ardid que podía parecer bobería si no trajese dañado pensamiento. «Interpretar los hechos históricos por una hipótesis que ponga todos nuestros conocimientos teóricos en manos de la antigüedad, sería negar una de las condiciones más ciertas de la historia.»[5] Con este rigor censuraba el positivista Littré el sistema del taumatófobo Salverte. El demonio es causa bastante, sin él no se explica todo.

---

1 *Las ciencias ocultas*, p. 90.
2 Ibid., cap. VIII.
3 Ibid., cap. IX.
4 *Las ciencias ocultas*, cap. XI, p. 157.
5 Ibid., p. 434.

ARTICULO III.

Ejemplos de magos convertidos á la fe.—Magdalena de la Cruz.—La pitonisa de los Actos.—Confesión de los teurgos modernos.—Influencia de Lutero.—Autores enemigos del pacto.—Concilianse las opiniones.—Por qué razón permitió Dios la magia.—La evocación de los muertos fué creencia universal de los gentiles.—Testimonios de autores profanos.—Refutación de esta creencia.—La pitonisa de Endor.—Refútase la opinión de los que juzgan fábulas ó imposturas los hechos de magia.

Pero aún queremos esforzar argumentos experimentales y presentar confesiones hechas por boca de los mismos magos, para convencer la existencia de la magia. Ejemplos esclarecidos son los santos mártires Luciano y Marciano, patronos de Vich, cuyas reliquias se veneran en la iglesia de la Piedad. Siendo gentiles tenían trato con el demonio, y persiguieron con filtros y artes maléficas á una doncella cristiana, cuya virtud pretendían derrocar. Como les saliesen vanos los conjuros é invocaciones se quejaron al demonio, y éste les respondió: Fácil cosa me es ayudaros cuando acudís á mí para pervertir almas que no conocen al Dios del cielo, pero ahora que tratáis de combatir la constancia de una virgen castísima, por más que procuro no os puedo valer, porque tiene de su parte y la ampara y rebate mis tiros Jesucristo, Dios y Señor de todas las cosas, á quien ella consagró su virginidad.—Espantados los dos hechiceros cayeron en tierra como amortecidos. Vueltos en sí, comparando poder con poder, se despidieron del demonio, arrojaron al fuego sus libros de nigromancia, confesaron sus culpas, abrazaron la religión cristiana y dieron sus vidas por la confesión de la fe.[1]

El mago Cipriano, al ver cuán mal le iba en su arte, hízose cristiano. Porque queriendo seducir con hechicerías á una doncella cristiana, «consultó al demonio de qué manera podría conseguirlo. El demonio le respondió, que ningún artificio podía valer contra los verdaderos adoradores de Cristo.» Confuso y avergonzado el mago recibió la fe de Cristo después de hecha condigna penitencia: luego fué azotado, echado en la cárcel, metido en una sartén de pez, grasa y cera, y al fin murió por Cristo juntamente con la doncella á quien antes había querido tentar. De su

---

1 FLOREZ, *Esp. sagrada*, t. XXVIII, p. 209.

martirio hace conmemoración la Iglesia á 26 de Septiembre. [1] *El Mágico Prodigioso* de Calderón es la representación al vivo de la historia del mártir antioqueno San Cipriano: asqueroso es en su comparación el fantástico poema de *Faust*, otro nigromante famoso del siglo XV ó XVI, compuesto por el fatalista y lúbrico Goëthe.

San Teófilo, que tenía á su cargo una iglesia de Cilicia, fué privado del oficio á consecuencia de siniestras informaciones que de su conducta llegaron á oidos de su obispo. Viéndose calumniado dió entrada á pensamientos de tristeza, y vencido de ellos solicitó el favor de un judío, mago famoso, para que le alcanzase del demonio venganza y restauración de su honra perdida. Llevóle el judío á un conventículo presidido por Lucifer, y en él profirió nuestro Teófilo horribles blasfemias ofreciéndose á la merced de Satanás. Por vías inesperadas acaeció que en breve el obispo le mandó llamar y le restituyó á su antiguo cargo con pública satisfacción y enmienda de la calumniosa mancha. Recobrada así la honra entróle remordimiento sin hora de reposo, hasta que Dios le puso en el corazón que acudiese á su divina Madre, como lo hizo, con suspiros y amargo llanto, y por este medio vino á total mudanza de vida y á retractar públicamente su apostasía, quemando delante de todos la cédula del pacto diabólico. Desfallecido de dolor, perdidas las fuerzas, murió en la paz de Dios en brazos de la Virgen María. Su gloriosa memoria se celebra á 4 de Febrero. [2]

También fué mago el Beato Gil de Vaozel. La codicia de saber le puso en el precipicio y dió con él en la sima de la magia. Por instigación de un personaje desconocido pasó á Toledo, donde se afilió á una impía secta de hechiceros, obligándose con nefando juramento al servicio del demonio por el tiempo de siete años, y recibió por respuesta que sería famoso entre los sabios por su habilidad y saber. En verdad puso en admiración á los doctores de la Sorbona. Mas Dios que le quería para sí, le cautivó con milagros, y pudo más con las fuerzas de su gracia que Luzbel con las habilidades de sus encantamientos. [3] Entró en la sagrada religión de Santo Domingo, y por intercesión de la Virgen Sacratísima recobró la escritura de juramento que firmada con su sangre había puesto en manos de Satanás.

Fr. Jerónimo de San José en el *Dibujo del Beato varón Fr. Juan de la Cruz* cuenta en el año 1572 lo siguiente: «Entre las demás buenas obras que el beato P. Fray Juan de la Cruz, con celo y pecho apostólico hizo en este tiempo en beneficio de las almas, fué sobre manera extrordinaria la que ejercitó con una religiosa de cierto monasterio en aquella tierra (Avila), de la cual sacó muchas legiones de demonios, á quien ella desde su tierna edad se había entregado por cédula, escrita con su sangre, por cuyo pacto hacía demostraciones raras con que tenía engañada á mucha gente docta. Conoció el beato Padre el mal espíritu, conjuróle, vencióle, expelióle, é hízole, como otro Basilio, volver la cédula de entrega, la cual quemada y el pacto deshecho, dejó la religiosa libre y reducida.»

Otro hecho memorable había acaecido en España á mediados del siglo XVI. Magdalena de la Cruz, monja de Santa Clara en el convento de Santa Isabel de los Angeles en Córdoba, alcanzó gran fama de santidad dentro y fuera de su religión. Por treinta y ocho años continuos la tuvieron en veneración de santa grandes personajes, el Inquisidor general D. Alonso Manrique, la Emperatriz, el Cardenal Quiñones, el Nuncio del Papa, todos los confesores del convento, y los provinciales de la Orden. Contábanse de ella éxtasis, visiones, profecías, llagas y grandes maravillas. Por mandato de los confesores escribió su vida y las gracias sobrenaturales que había alcanzado. Tal era en apariencia Sor Magdalena de la Cruz. En hecho de verdad á 1.º de Enero de 1544 fué puesta en la cárcel del Santo Oficio de Córdoba. A 3 de Mayo de 1546 ante los inquisidores de Córdoba y Jaen declaró lo siguiente: que siendo todavía niña de cinco años, el demonio le apareció en forma de ángel y le anunció que estaba llamada á insigne santidad; que desde entonces comenzaron á ser frecuentes estas apariciones; que á los siete años Satanás en figura de Nuestro Señor se desposó con ella, y le estigmatizó los dedos de la mano; que á los doce hizo pacto con el demonio, que se le mostró en traje de mancebo y se llamaba Balban é iba

1 *Brev. rom.—Metaphrast. Vit.*
2 Boland., t IV, 4 febr. p. 489.
3 Boland. 1 Maji, t. XVI, p. 404.

acompañado de otro por nombre Pitonio; que el maligno espíritu le hacía muchas visitas vestido de Santo Domingo, de San Francisco, de San Jerónimo, de San Antonio, y le notificaba cosas futuras por contentar su vanidad; que en la comunión afectaba caer en éxtasis, y simulaba visiones y excesos mentales; que en la celda muchas veces se abrió llagas en manos, pies y costado; y otras cosas parecidas que pueden verse en Llorente [1] y en el *Proceso* publicado por Campan, [2] y de ellas hablan Mayolo, [3] Cardenal Bona, [4] Görres, [5] Menéndez Pelayo [6] y otros muchos autores. Tal es la suma del hecho. A la confesión de la monja siguióse la abjuración solemne ante un lucido concurso, después de cumplir la debida penitencia.

Estos sucesos históricos corroboran el que leemos en los Actos de los Apóstoles [7] de aquella criada, de quien el demonio había tomado posesión, y que servía á sus amos más con hechicerías que con faenas de casa. El espíritu de Pitón la había tomado por *medio* para sus satánicas empresas. El apóstol San Pablo, que lanzó el demonio del cuerpo de la joven, tuvo que arrostrar delante de los tribunales el enojo de los codiciosos dueños, quienes nunca le perdonaron que los hubiese privado de aquella ingeniosa ganancia.

Para que se entienda cómo Satanás ha tenido en todo tiempo iguales mañas, será del caso presentar á la consideración sucesos de magia más recientes y modernos. San Francisco de Sales, acusado de hechicero porque lanzaba los demonios que infestaban la comarca de Chablais, hubo de componer un tratado sobre *Demonomanía*, con que poner en claro la existencia y los ardides de nuestro infernal enemigo. [8] Según el testimonio de M. Brugnière, en Siam están en boga los sortilegios, hechizos, maleficios, filtros, evocaciones y demás secretos de la nigromancia. [9] Otro misionero de la India declara que en el Tibet se ven prodigios que únicamente pueden achacarse á intervención diabólica. [1] Bonduel, misionero de los Estados Unidos, cuenta las ceremonias endiabladas que presenció entre la gente bárbara que evangelizaba, y tuvo en sus manos los instrumentos mágicos, lazos, estatuas y raros objetos de aquellos salvajes. [2]

1 *Historia crítica de la Inquisición*, t. II, p. 35—51.
2 *Memorias de Francisco de Encinas*, t. II, 1863.
3 *Dies canicul. de Sagis*, t. II.
4 *Discr. spirit.* cap. XIX.
5 *La Mystique*, III^e p. chap. XI.
6 *Heterodoxos*, t. II, p. 528. 7 Cap. XVI, 16.
8 *Vie de Saint Fr. de Sales*, par M. L'ABBÉ HAMON, 1854, vol. I, livre II.
9 *Anales de la Propag. de la fe*, vol. V.

Para dejar esta materia del todo asentada y fuera de contienda invoquemos el testimonio de los modernos teurgos, y veamos en qué concepto tienen sus operaciones mágicas. «La magia y el magnetismo son dos voces que han de tener para nosotros un sentido y significación.» Así el magnetista Dr. Teste, citado por Des Mousseaux. [3]—«Quien á mí me enseñó fué la naturaleza, produciendo á mi vista, sin que yo lo pretendiese al principio, hechos indubitables de hechicería y de magia.» Así habla Dupotet, [4] quien más adelante confiesa que «las ceremonias de los antiguos magos y nigrománticos, sus sacrificios, voces y círculos, eran cosas secundarias.» [5] En otro lugar describiendo Dupotet lo que por su interior pasaba cuando se entretenía en operaciones de magnetismo, se expresa de la manera siguiente: «El nudo estaba hecho, el pacto consumado; un poder oculto me había prestado su concurso, y se había unido á la fuerza mía propia y me permitía ver la luz... El ejercicio de la magia pide almas fuertes y determinación inquebrantable. No se hicieron para los cobardes semejantes operaciones; tan sólo luchando con este agente desconocido puede el hombre llegar á algún efecto. Para esto preciso es romper trabas y dominar la propia carne, para que la fuerza que nos anima pase al través de la carne y sangre, y extienda su esfera de actividad. En este nuevo medio el alma encuentra con su enemigo, y halla también las nuevas afinidades que le dan el poder. Todo lo que así se hace, tiene un carácter sobrenatural, y en hecho de verdad lo es.» [6]—Otro magnetizador, M. Arnette, no es tan franco ni tan explícito como Dupotet. «Henos aquí en el dominio de la magia, dice, la iniciación empieza; pero no me es lícito relatar los misterios que encierra.» [7]—M. Cahagnet confiesa que por medio del magnetismo es dable tener en

1 MIRVILLE, *Des esprits*.
2 DES MOUSSEAUX, *La magie au XIX siècle*, chap. III.
3 *Moeurs et pratiques des démons, préface.*
4 *Magie dévoilée*, p. 50.
5 Ibid., p. 216. 6 *Magie dévoilée*, pág. 152.
7 *Journal du magnétisme*, 1853, m. 165.

suspensión las cosas materiales, comunicar con los muertos, evocar animales, y rendir á nuestra disposición los espíritus exentos de cuerpo.[1]—Elifas Levi dice: «El agente del magnetismo es una fuerza ya conocida de los antiguos, que debe su dirección inmediata al grande arcano de la magia trascendental. Este agente se descubre muy poco en los pases de los discípulos de Mesmer.» [2] Con esta claridad sacan en público los modernos teurgos las lindezas del magnetismo lúcido, que más adelante se acabará de discutir.

También hablaremos de la Masonería luciferiana, pero no podemos irnos á la mano sin dejar indicadas las obras de magia que en ella se practican. «El ocultismo reciente, dice el Dr. Bataille, es la cábala, ayudada de la magia, que nunca ha dejado de tener sus adeptos más ó menos aficionados.» [3] Entre los secretos publicados por el Dr. Bataille figuran las obras mágicas de las hechiceras Sofía Walder, insigne medium del masonismo luciferino; de Mahmah, sacerdotisa india de Lucifer; de Sundirun, devadasi oriental; de Indra, devadasi magnetizada por Walder; las cuales pueden competir con las Medeas y Canidias de la antigüedad, y áun pueden serles maestras en materia de diablismo. [4] Léanse los capítulos citados, y las cosas narradas por el escritor pseudónimo, testigo de vista; que si son ciertas, ponen fuera de toda controversia la tesis asentada. Satanismo como el de la China sólo se conoce en el Paladismo masónico. Esto prueban las escenas del Sanho-hoei, descritas por el Dr. Bataille; [5] entre otras un esqueleto humano se mueve por sí, acosa, abofetea, maltrata á los presentes, cual si fuese el demonio en persona. A ser ciertas las relaciones del doctor, un odio infernal contra Cristo y nuestra santísima religión trae dementados aquellos luciferinos adoradores.

Va dicho ya en qué opinión tenía Lutero al demonio. Solía decir: «El diablo en cuanto halla un corazón limpio y blando se apodera de él, le mancilla y corrompe. Mejor trato me ha dado á mí el diablo que los hombres, y prefiero morir á manos de Satanás que á manos del emperador; siquiera dejaría la vida en manos de un gran personaje. Es el diablo un espíritu melancólico, que sólo cuida de molestar, y le mortifica mucho la alegría. La música le desazona, no bien oye cantares espirituales toma las de villadiego.» [1] Otras muchas consideraciones le dictaba á Lutero su propia experiencia. La doctrina del Satanismo hizo gran riza en la secta luterana y en los herejes alemanes. «En el apogeo de las artes y letras, entre las delicias de la civilización, en Italia y en otros reinos, las ciencias ocultas tomaron gran desarrollo: cosa que pocos han tenido en cuenta.» [2] Pomponazzi, Campanella, Melancton, Fracastoro, Zabarella, Montagnana fueron astrólogos de mala ralea; Ponzetti, Trevisano eran cabalistas; Agripa, Paracelso, Cardano tenían fama de alquimistas: estos profesores de la magia blanca ennegrecieron sus escritos y los afearon con talismanes, círculos, filtros, pronósticos, que dieron harto qué pensar á los críticos sobre si fueron meras supercherías las suyas, ó más bien obras muy vecinas de la nigromancia.

Sea de esto lo que fuere, queda concluido hasta aquí con Bergier, que «era constante en el paganismo que un hombre podía tener comercio con los genios ó demonios adorados por dioses, lograr de ellos conocimientos superiores, obrar por ellos cosas prodigiosas y sobrehumanas. Los filósofos tenían igual persuasión que el pueblo.» [3] Estas declaraciones contrastan singularmente con las simplezas de algunos católicos escritores, que, ó por benignidad de espíritu, ó por no saber en qué siglo viven, tratan de cuentos de vieja los fenómenos diabólicos que han hormigueado en el mundo. Los espiritistas crecen endiabladamente, las sesiones mágicas menudean, el demonio hace infinitas diabluras y trae embaucada á la gente vana y profana; y los buenos no temen, se están brazos cruzados, pensando que es todo farsa y truhanería. No sin extrañeza léese en un libro católico lo que sigue: «Negamos resueltamente que pueda el hombre celebrar pactos con el diablo, pues la misma Escritura nos enseña que el espíritu infernal nada puede sin permiso del Om-

1 *Magie magnétique*, p. 25.
2 *Dogmes et rites*, vol. I, p. 23.
3 *Le Diable au XIX siècle*. 1892, chap. I, p. 29.
4 BATAILLE, *Le Diable au XIX siècle*, chap. III, chap. VIII, chap. IX.
5 *Le Diable au XIX siècle*, chap. XIV.

1 *Hist. de Lutero* por AUDIN, t. III, p. 219.
2 CÉSAR CANTÚ, *Les hérétiques d'Italie*, t. III, p. 107.
3 *Dictionn. Théol.* art. *Magicien*.

nipotente, de donde se deduce que es imposible su comercio y relación con los mortales; y una prueba de la divinidad de Jesucristo y misterio de nuestra redención es que entre los cristianos rara vez han vuelto á presentarse verdaderos energúmenos, pues sólo merecen desprecio algunas supercherías ó alucinaciones.» [1] Este sentir parece haber abrazado el docto Aberle; ya que no se exprese con claridad, emite esta opinión, contraria á lo antes asentado: «admitir un comercio directo con el demonio, á manera del señor con su criado, es una opinión tan grosera que no hay para qué detener en ella la pluma.» [2] Igualmente refractario se muestra el abate Lecanu, [3] así como el marqués Escipion Maffei [4] y algunos otros, pretendiendo que la evocación del demonio por medios mágicos viene á ser quimera. No es nuestro ánimo notar á estos autores católicos; la divergencia de opinión más bien parece consistir en las palabras que en las razones y hechos. Compónese fácilmente la discordancia de opiniones, admitida diferencia, con el Padre Hurter, entre el hecho y el arte, á saber, entre los efectos mágicos y la manera regular de ejecutarlos. La realidad de las cosas estupendas hechas con ayuda del demonio no puede prudentemente ponerse en cuestión, sin dar por necios los autores gravísimos que las testifican; pero puédese negar, y niegan con razón los antedichos escritores que fuesen producidas con artificio particular y constante, de suerte que á ciertas señales y operaciones humanas correspondiese el demonio puntualmente con admirables efectos. Así explicada «el arte mágica no parece deba admitirse,» dice el Padre Hurter: [5] porque siendo al demonio imposible hacer cosas semejantes sin la venia de Dios, es dificultoso de probar que el Señor le haya de permitir que dañe á los hombres siempre que á su perversa voluntad agrade, y que obedezca á todos los intentos de los hombres cada y cuando que á los hechiceros plazca usar determinados signos; fuera de que, el arte mágica supondría en los demonios una suerte de omnipresencia, libérrimo señorío en todas las cosas criadas y fidelidad en dar cumplimiento á las promesas: «cosas, añade Hurter, que gratis se podrían suponer, pero son muy recias de probar.» No hay duda sino que los amuletos, encantamentos, filacterios, filtros, brebajes, ligaduras, carecen de virtud para mudar los corazones, y son en sí inofensivos, á no ser que por accidente causen algún mal en la salud. Esto defienden [1] muchos teólogos, contra algunos que concedían á los dichos adminículos poder para dañar por malicia del demonio.

En este sentido castigó Plinio la magia con los apodos de vana, inane, maléfica y poseedora de alguna sombra de verdad; [2] y San Cipriano, [3] Tertuliano, [4] Arnobio [5] la tienen por cosa llena de fraudes y mentiras, sin que por eso pretendan negar que hay en ella parte de verdad funestísima y endiablada. El protestante Cudworth tenía por averiguado que aquellos que niegan la magia de los gentiles son impíos con Dios y sospechosos de ateismo. [6] Por esta causa «sin nota de temeridad no puede ponerse en duda la sentencia que enseña darse comercio con el demonio fundado en pacto expreso ó tácito.» [7] No obstante, convendrá leer con cautela ciertos libros, como *El Satanismo y la Magia* de Julio Bois, en donde sin regla de crítica y por arrebato de fantasía se achacan á diablismo cosas meramente naturales, ó debidas á humano artificio, ó históricamente falsas. En asuntos tan graves no es lícito novelar.

Si alguno preguntare por qué razón Dios, que en todo tiempo ha mirado por la salvación de los gentiles, los entregó por esclavos al infernal enemigo, no es dificultosa la respuesta. El Señor permitió la infamia de tan vil servidumbre por altísimas y secretísimas razones. Cierto es que sin su licencia no hubiera el demonio logrado tan íntimo trato. Los gentiles hallaban paz, la paz de los malos, en las hechicerías, oráculos y secretos diabólicos; hallaban paz en el gobierno tiránico de un enemigo que aplaudía y aconsejaba desór-

---

1 D. FRANCISCO JAVIER G. RODRIGO, *Historia verdadera de la Inquisición*, 1877, t. I, Introduc., cap. II, p. 113.
2 *Dictionn. encyclop. de la théol. catholique*, art. *Magie*.
3 *Dictionnaire des miracles*, art. *Magie*, p. 136.
4 *Arte magica annichilata*, 1754.
5 Tract. VI, de *Deo Creatore*, *Thes.*, CXXXI, n. 313.

1 SANTO TOMAS, 2.ª 2.æ, q. XCVI, a. 2.—SUAREZ, *De superstit.*, lib. II.—CIRUELO, *De superst.*, p. III, cap. II.—TORREBLANCA, *Epit. delict.*, lib. II, cap. XXXVII.—MEDINA, *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.
2 *Hist.*, lib. XXX.
3 *De vanit. idol.*
4 *De Anima.*
5 *Advers. gent.*, lib. I.
6 *Systema mundi intellect.* cap. V, § 82.
7 PERRONE, *Tract. de Deo Creatore*, p. I, cap. V. n. 122.

denes, con un dueño que les exigía servicios á bajísimo precio, con un maestro que les enseñaba errores descomunales, con un rebelde que favorecía los instintos de las perversas inclinaciones, con el demonio, que promoviendo el mal moral, los apartaba del verdadero culto. No les faltó en ningún tiempo la luz de la recta razón, que tan indignos tratos reprobase. La culpa más capital estaba en los mismos magos, que eran los más ilustrados y más corrompidos. Dios obraba con ellos como el padre de un hijo pródigo y desnaturalizado. Siquiera la magia sostenía en su vigor la doctrina del mundo espiritual, y estorbaba que los entendimientos humanos se embruteciesen del todo, como están embrutecidos por sistemática doctrina los modernos materialistas. Pero al fin la culpa más la tenían los doctos que el pobre pueblo. «El pueblo será juzgado á la medida de su ignorancia y de su buena voluntad. Mas los poderosos, los sabios, los literatos, los mandarines, los bramanes, los bonzos, éstos son los amigos de Satanás y sus personificaciones en el imperio. Y ¡cosa extraña! en todas partes sucede lo mismo. El Occidente tiene también sus mandarines, sus bramanes, sus bonzos, con esta diferencia, que en Oriente cierran la puerta á Dios y retienen á Satanás; en el Occidente abren la puerta á Satanás y quieren echar de casa á Dios. En Oriente los sabios y letrados patrocinan los milagros de Satanás; en el Occidente los sabios y letrados menosprecian los milagros de Dios y quisieran sepultarlos en el olvido.» [1]

Común era en toda la antigüedad pagana la creencia en la aparición de los muertos, y tan divulgada como ella fué la práctica de evocarlos. La pitonisa de Endor se empleaba en este funesto oficio. Josefo [2] y Filón [3] así lo definieron. No quiere esto significar que, cuando Saúl la apremió á que llamase del otro mundo al profeta Samuel, apareciese el augusto varón verdadera y propiamente; [4] de esto tratamos en seguida, pero el mismo intento del rey Saúl supone cuán antigua fué la creencia en la reaparición de los muertos, pues los judíos la tenían por posible y hacedera. El libro de la Sabiduría [1] nos informa que este fué el abuso sacrílego de los cananeos y antiguos moradores de la Palestina. Por lo cual no se cansaba Dios de mandar á los judíos que no comiesen junto á la hoya de las víctimas, ni en lo alto de los montes donde se ofrecían sacrificios; [2] que esto suena aquel *non comedetis cum sanguine*, y viene á significar que se abstuviesen de asistir á las evocaciones detestables de los gentiles.

Subiendo á los tiempos homéricos, hallamos al poeta griego poniendo en boca de Ulises [3] la historia de la hechicera Circe, y la crueldad de los sacrificios que hacía para llamar del abismo tenebroso las almas al rededor de la fosa. Porque desde muy antiguo, áun antes de Homero, prevaleció la fatal opinión que las almas de los muertos pedían á voces sangre de víctimas, se cebaban de vapores sangrientos, acudían al olor de la carne sacrificada, y entre cuchillos y libaciones constituían su bienestar y descanso. Circe, cuchilla en mano, aventaba las almas de mujeres y ancianos, de doncellas y guerreros que se agolpaban al rededor de la hoya con espantosos bramidos, haciendo lugar á la sombra del ciego Tiresias, que harto de sangre predice á Ulises la vuelta á Itaca.

Porfirio lo dijo muy á las claras: «Vemos, escribe, las almas buscar ávidas despojos de cadáveres y sangre fresca, y con ella paréceles que recobran algunas facultades vitales. Los hechiceros se aprovechan de esta noticia en el ejercicio de su arte: ninguno de ellos hay que no sepa evocarlas, ora por medio de miembros que ellas amaron, ora apellidándolas sobre vapores de sangre,» [4] Horacio dice también: «Cruor vertían las hechiceras dentro del hoyo, para despertar las almas y que respondiesen á sus preguntas.» [5]

Tan universal fué el error que en el paganismo reinó desde la más remota antigüedad. Las almas dan gritos apellidando sangre, la sangre apaga sus clamores: esta era la voz común de todos los pueblos. A los tiempos modernos llegó la voz de aquella inhumana creencia. Cornelio Agripa, gran maestro de magia natural del siglo XVI, en el libro que escribió *De*

---

1 P. Monsabré, *Confér. du Couvent. de St. Thomas d'Aquin. Introd. au dogme catholique. Confér. sur les miracles.*
2 *Hist.*, lib. IV, cap. XV.
3 *Bibl. antiq. lib.*
4 I Reg., XXIII, 12.

1 XII, 4, 5.
2 Levit., XIX, 26.
3 *Odisea*, canto XI.
4 *De sacrif.*
5 Cruor in fossam confusus,
ut inde manes elicerent animas responsa daturas.
Lib. I, *Satyr. VIII.*

occulta philosophia, enseña que la evocación de las almas, que separadas de los cuerpos andan errantes y dando vueltas en torno de ellos, se hace por medio de vapores y flúidos que les son gratos, y con ceremonias y ritos especiales. Ni otra cosa significa el moderno Dupotet: [1] tomando por principio que la muerte es una especie de sonambulismo, y que las almas no desamparan del todo los cuerpos, declara que evocarlas es violar las leyes naturales; pero ya que este insigne mago no requiera la sangre para aplacar los manes, los entretiene con frívolas escenas por acallar su insaciable apetito.

Pero volviendo á los antiguos, citemos sus dichos.—Virgilio: «muchas veces las almas salen de los hondos sepulcros» [2]—Tibulo: «Esta con el canto hiende la tierra y saca los manes de las sepulturas.» [3]—Platón: «dicen que los muertos vuelven á la vida» (τούς τεθνεότας φασκοντες ψυγαγωγεῖν).—Cicerón [4] dice que Apio amigo suyo consultaba los muertos, y que del lago Averno se hacía salir las sombras de los muertos ensangrentados.—Periandro quiere consultar el alma de su mujer á quien mandó degollar. [5]—Pausanias llama el alma de una joven. [6] —Los magistrados de Esparta evocan el alma de Pausanias.—Apión evoca la sombra de Homero. [7] —Lactancio nos da la clave diciendo: «Júntense los que saben invocar las almas de los infiernos. Invoquen á Júpiter, Vulcano, Mercurio, Apolo, Saturno: todos obedecerán, y preguntados hablarán y declararán lo que convenga saber. Manden á Cristo que se presente y no se presentará, no parecerá.» [8]

Tertuliano entre las obras mágicas de los hechiceros pone la evocación. *Phantasma edunt*, despiertan fantasmas; *defunctorum infamant animas*, dan á entender que los fantasmas son almas de difuntos; *pueros in eloquium oraculi elidunt*, causan en los niños crisis para sacar de sus bocas oráculos; *somnia immittunt*, tienen artificio para enviar sueños y adormecer; *habentes semel invitatorum dæmonum assistentem sibi potestatem*, tienen poder de los demonios con sólo evocarlos una vez; *per quos capræ et mensæ divinare consueverunt*, y con ese poder sacan adivinaciones de las cabras y de las mesas. Lo principal es aquí el *poder del demonio que asistía á los magos*. [1]

Este rumor de los gentiles sobre las almas ds los difuntos fué baldonado por los Padres, en cuyo nombre Santo Tomás hablaba cuando escribía: «Así como dijo Agustín y el Crisóstomo, los demonios fingen á veces ser almas de muertos para confirmar el error de los gentiles que eso creían.» [2] San Agustín en efecto rebate el error, diciendo: «No deja el demonio figura que no tome, persiguiendo á las almas unas veces como enemigo, otras ayudándolas á parecer como astuto, y ofendiéndolas en todas maneras con lo uno y con lo otro.» [3] En el capítulo siguiente extendiendo más este punto, añade, que los demonios fingen ser dioses y ánimas de difuntos, y no fingen lo que es ser demonios, como Porfirio dice, sino que realmente lo son. [4]

Podría alguno argumentar del primer libro de los Reyes, [5] en que refiere el escritor sagrado cómo Saúl llamó á las puertas de la pitonisa de Endor para que mandase parecer ante sí el alma del profeta Samuel. Ella dándose mucha maña, dijo luego al rey que había visto un venerable anciano cubierto con regio manto, y entendió Saúl que era el santo profeta. Acerca de si la pitonisa vió el alma de Samuel y de qué manera la vió, hay contienda entre los comentadores de este pasaje. Los Padres más antiguos interpretando las palabras bíblicas, que son obscurísimas, decían que la mujer vió no el alma, sino un espectro ó figura fraguada por arte diabólico. [6]

---

1 *Magique dévoilée*, p. 202.
2 Sæpe animas imis exire sepulchris.—*Eclog*. VIII.
3 Hæc cantu finditque solum manesque sepulchris elicit.—Lib. I, *Eleg*. II.
4 *Tusculan*. I. 16.
5 *Herod*. V, 92.
6 PLUTARCO, *Vida de Cimón*.
7 PLINIO, XXX, 6.
8 *Divin. Instit*. lib. IV, 21.

1 *Apol*. cap. XIII.
2 Sicut dixit Augustinus et Chrisostomus, frecuenter dæmones simulant se esse animas mortuorum ad confirmandum gentilium errorem qui hoc credebant.—I. p. q. CXVII, a. 4. ad 2.
3 Formas se vertit in omnes, hostiliter insequens, fallaciter subveniens, utrobique nocens. — *De Civit. Dei*, lib. X, cap. X.
4 Simulant deos et animas defunctorum, dæmones autem non, ut ait ipse Porphyrius, simulant, sed plane sunt.—Ibid. cap. XI.
5 Cap. XXVIII.
6 Así lo entendieron TERTULIANO, *De Anima*, *Contra Marcion*., lib. III.—S. BASILIO, *In. Is*., cap. VIII, § 218.—S. GREGORIO NISENO, *De Pythonissa*.—EUSTACIO, *Dissert. De engastr. Contra Origen*, I.—S. FILASTRIO. *De hæres*. cap. XXVI.—S. JERÓNIMO, *In Ezequiel*. XIII.—S. CIRILO ALEJANDRINO, *De adorat*., lib. VII, § 228.—BEDA, *Quæst. in lib. Reg*., cap. XVIII.

Otros [1] no quisieron definir qué suerte de aparición fué aquella. Orígenes indicó [2] que la pitonisa había evocado el alma de Samuel permitiéndoselo Dios al demonio; pero en las anotaciones que más adelante puso á su comentario, resuelve con toda claridad que había sido imposible al demonio traer del otro mundo el alma del profeta. San Justino fué tal vez el único que afirmó con alguna claridad haber el demonio hecho que Samuel en persona apareciese, [3] si bien en el libro de las *Cuestiones*, [4] que no parece suyo, asienta que no fué Samuel quien se dejó ver de la pitonisa. De manera que la opinión general y casi única de toda la antigüedad hasta el siglo XVI, sentenciaba que la pitonisa vió un fantasma de Samuel por arte del demonio. Santo Tomás [5] pensó qne el aparecido y hablante fué el demonio en traje y figura de Samuel.

San Agustín sintió primero que el alma de Samuel había aparecido por divina virtud. [6] Después mirándolo mejor afirmó que no fué el alma sino «algún fantasma ó ilusión imaginaria hecha por modo diabólico, que se llama en las Escrituras con el nombre de Samuel, según la costumbre que tienen de nombrar con el nombre de las cosas las imágenes que las representan.» Sin embargo, al fin volvió San Agustín al aparecimiento del alma por divina intervención.

Los expositores todos, después de los Santos Padres, siguieron este comentario de San Agustín, [7] teniendo por más segura la aparición del alma de Samuel á la pitonisa por divina virtud (y no por intervención diabólica), que fué la opinión menos improbable en concepto de San Agustín. Esta conclusión fué llamada por el P. Sánchez verdadera y casi común, y defendíala con ardor el P. Diego de Quadros. [1]

Finalmente Reginaldo Scot en el siglo XVII introdujo una tercera opinión, indicando cómo todo el asunto de la aparición fué fraude y embeleco mujeril, y que ni Saúl divisó cosa alguna, lo cual consta en la Biblia, ni tampoco la pitonisa, sino que se sacó de la cabeza y fingió todo cuanto quiso decir al rey Saúl. Así discurrían algunos autores del siglo pasado. [2] A este dictamen subscriben algunos intérpretes modernos. «No hay necesidad de acudir á intervención diabólica en este punto: puédense explicar las cosas por trapaza de la mujer. Los hechiceros son muy ladinos. Fácil fué á la adivina enredar en lazos de palabras al rey supersticioso y tímido que todo se lo creía. A la hembra incitábala el apetito de venganza, por haber Saúl echado bando de exterminio contra los magos. Las profecías de Saúl y de David andaban en las lenguas del vulgo, y de las circunstancias podía barruntarse el probable suceso de la guerra.» [3]

De estas tres opiniones, la postrera pone contradicción en los textos bíblicos, en vez de conciliarlos [4], ni tiene otro apoyo que el antojo de su inventor Scot, protestante inglés, en un libro quemado por sus naturales. De las otras dos la primera que atribuye la visión de la pitonisa endórica á traza del demonio, parece la más plausible. [5]

Tal es el estado de la presente cuestión. Fuera de San Justino á ningún Padre, expositor ó teólogo se le ocurrió que las almas de los difuntos se mostrasen á los vivos si no es por dispensación y obra de nuestro soberano Dios. Sea cual fuere la opinión que se escoja de las tres, resulta á lo sumo en la primera (si bien la segunda parece más digna de consideración y más acomodada á los lugares paralelos), que el demonio tiene en semejantes apariciones su parte sustentando la imagen de los muertos y mostrándose

[1] S. ZENON, lib. I, tract. XVI, § IV.—SULPICIO SEVERO, *Hist. sacra*, lib. 1, § XXXVI.—RABANO, *Comment.*, lib. X, cap. XI.
[2] *In lib. Reg.*, hom. 2.
[3] *Dialog. cum Triphone*, § 104.
[4] Quæst. LII. [5] II, II.ae q. CLXXIV, a, 5, ad 4.
[6] *Ad Simplician.*, lib. II, q. III.—*De Cura pro mortuis*, cap. XV.
[7] El TOSTADO, *In I Reg.*, cap. XXVIII, quæst. XXVIII, LIRANO, el CARTUJANO, CAYETANO, SÁNCHEZ, SERARIO, ESTIO, MALVENDA, MENOCHÍO, TIRINO, MARIANA, ALÁPIDE, CLAIR, comentando este lugar; y PEREIRA, *In Exod*, cap. VII: SUÁREZ, *De superstitione*, lib. II, cap. XVI, n. 15; SOTO, *De justa hæret. punit.*, lib. VIII, cap. XIV; DELRIO, *Disquis. magic.*, lib. IV, cap. II, q. VI, XXVI; BELARMINO, *De Christo*, lib. IV, cap. X.—*De Purgator.*, lib. II, cap. VI.—GORDONI, *De religion.* lib. VI.—GALATINO, *Contra Judæos*, lib. VI, cap. X.—CALMET, *Dissert. de Samuel.*

[1] *Palæstra biblica*, t. I, *Decas* II, q. X.
[2] SCKEUCHZER, *Physica sacra*, t. II, tab. 402.—HEIDEGGER, *Dissert. de Pseudo-Samuele.*—ROTHARD, *Samuel redivivus.*—HAHN, *De Spectro Endoreo*, 1722.
[3] HUMMELAUER, *Curs. Sacræ Scrip. Comment. in libros Samuelis*, 1886, t. I, Reg. cap. XXVIII, p. 252.
[4] *Eccli.*, XLVI, 23.
[5] Quia Saul bene non intellexit, contra Scripturam aerium adoravit, quem dominum et putans Samuelem adoravit diabolum, ut fructum fallaciæ suæ haberet Satanas.—BURCARDO, obispo de Worms en el siglo XI, *Decretor.* lib. X, cap. XLIV.

otro de lo que es; con sus mentidas figuras deja á los hombres burlados. En ocurriendo cosas de magia, no á las almas humanas sino al demonio deben ahijarse con toda seguridad.

Bodin, enemigo de los católicos, está conforme con la tradición en este punto: «El diablo, dice, se lamenta á voces cual si padeciera grandes dolores, y declara ser el alma de zutano ó de mengano, á fin de tener á los hombres enredados en el error. Hay de ello hartas historias.» [1] Lancre siente lo mismo: «si un alma dice ser de un condenado, creamos que es demonio; pues raras veces salen las almas de los condenados.» [2] Juan Wier, enemigo de brujerías, opina que es fácil al demonio simular el aspecto de los finados, con intento de inducir en error ó en pecado. [3]

Podría sospechar alguno si las abominaciones narradas por los gentiles eran tretas y engaños de los sacerdotes y de fingidos hechiceros. Este reparo tiene contra sí graves razones. No es el humano ingenio tan fácil de contentar, que sustente patrañas á costa de tan graves sacrificios, como los que los gentiles hacían á sus dioses de reses y áun de niños y doncellas. Estos sacrificios demandábanlos con señales prodigiosas los oráculos, por interpretación de los sacerdotes; los oráculos perdieron luego la voz al asomar el cristianismo, y cesó la cruel exigencia de los dioses; los dioses eran demonios, y no ángeles buenos. Esta fué la cuestión capital ventilada por los Santos Padres en el espacio de tres siglos en sus reyertas con los paganos; cuestión reñidísima, á que daban por solución los filósofos paganos más ingeniosos callar, hurtar el cuerpo, buscar efugios, inventar sofismas, por no venir á caer derribados á los pies de la conclusión cristiana. Eusebio en su *Preparación Evangélica* entra de lleno en esta controversia con los más acreditados filósofos, y resuelve que «los demonios moradores del aire, visto que los hombres

[1] *Demonol.*, p. 300. [2] *Inconstance*, p. 370.
[3] *Imposture des diables*, lib. V, 23.

habían consagrado las sepulturas de muertos y carecían de sacrificios, se habían deslizado en ellas, dando movimiento á las estatuas dedicadas á honra de los difuntos, y habían engañado á los hombres, y para tenerlos más asidos al engañoso cebo curaban enfermedades que ellos propios habían causado en los cuerpos.» [1] Tal era el tema perpetuo de las disputas entre cristianos y paganos, cuya sola posición desbarata la dificultad propuesta, sin que sea menester por ahora amontonar más razones.

En verdad inventaron aquellos filósofos la distinción entre magia goética y magia teúrgica, cual si ésta fuese honrosa, aquélla abominable. Teurgos fueron los más neo-platónicos enemigos del nombre cristiano; paliando su idolatría se preciaban de que los prodigios, hechos con ritos públicos y legales y en beneficio de la muchedumbre, provenían de los dioses y santos genios, pero los privados que redundaban en perjuicio de los hombres eran obra de los malos demonios. Contra esta diferencia levantaban la voz los Santos Padres mostrando cuán falsa era y llena de contradicción. San Agustín entre otros escribía: «Llaman mágica el arte de su nefaria curiosidad, tal vez goecia con detestable nombre, tal vez teurgia con apellido más honroso. Los que al parecer procuran distinguir estas cosas, quieren dar á entender que los entregados á las artes ilícitas unos son reprensibles, como los que el vulgo denomina maléficos ó hechiceros, porque éstos dicen que pertenecen á la goética; y otros son loables á quienes atribuyen la teurgia. Pero la verdad es que los unos y los otros están sujetos y dedicados á los falsos y engañosos ritos de los demonios debajo del nombre de ángeles.» [2] Y prosigue el glorioso Doctor un discurso muy instructivo, en que combate á Porfirio, que se amparaba con la dicha distinción, y le prueba que la teurgia es tan diabólica y abominable como la goética. [3]

[1] Lib. V, cap. II.
[2] *De Civit. Dei*, lib. X, cap. XI.
[3] M. PRAT, *Hist. de l'éclectisme alexandrin.*

CAPÍTULO III.

LA MÍSTICA DIABÓLICA.

ARTÍCULO I.

Aparición del demonio en las evocaciones mágicas.—Los signos y maleficios no poseen virtud propia.—Los aparecidos no son lo que parecen ser.—Bienes aparentes que el demonio promete.—Ciencia infusa no puede darla.—Visionarias diabólicas.—Enfermedades y curaciones diabólicas.—Conversiones fabulosas.—Apariciones demoníacas.—Extasis y arrobamientos.—Resurrecciones.—Llagas.—Abstinencia.—Vuelos.—Invisibilidad é invulnerabilidad por arte diabólico.

El comercio entablado por la magia entre el hombre y el demonio da lugar á apariciones frecuentes, en que el maligno se muestra á los ojos en figura de hombre ó de bruto, y habla y ejecuta algún efecto sensible. Que á las invocaciones é invitaciones de los magos acudan los espíritus infernales, demasiado lo demuestran los autores alegados en el capítulo anterior, patentizando cuán recibida fué en la antigüedad la evocación de los espíritus mediante la magia; y de ella las Escrituras nos ofrecen también ilustres ejemplos.

El Piton (πύθων), de que hacen memoria el Levítico y otros libros, [1] significa el espíritu de adivinación: y se saca bien del hebreo אוֹב, plural אובות (obot), *odres*, por cuanto los adivinos al proferir oráculos abultaban el vientre y se ponían hinchados como toneles, y por eso los llamaban ventrílocos (ἐγγαστριμύθους καὶ ἐγγαστριμαντέας), según puede verse en los autores. [2] Era el espíritu de Piton, no el histerismo, como pretenden algunos modernos críticos, sino la nigromancia usada por los hechiceros para pronosticar el porvenir y saber cosas ocultas y asombrosas. Con erudita observación advierte Lorino, [1] que así como la Escritura son pocas las mujeres que cuenta haber profetizado, comparadas con los muchos varones; por el contrario las hembras que en el paganismo fueron celebradas por pitonisas son innumerables y poquísimos los hombres.

El demonio, que es la mona de Dios, remeda sus sacramentos y misterios por extraña manera. Dios para enriquecer á los hombres con los dones de su gracia y divina adopción, instituyó signos y fórmulas devotísimas; también la magia usa de señales sensibles y de palabras misteriosas con que convida al demonio á que se corresponda con el hombre malvado que le quiere servir. Consisten las señales en licores, ungüentos, cédulas, varas, cintas, á que se juntan aves, reptiles, hígados, hieles, y otras cosas repugnantes y asquerosas; ó en su lugar se emplean olores, tocamientos, cantares, miradas, huelgos, palabras cabalísticas, exóticas y bárbaras; las cuales cosas, ó cada una de por sí, ó mezcladas y combinadas, dan materia á los endiablados hechizos, y lugar á torpísimas y abominables maldades. Porque aunque en la intención del hombre sirvan estos específicos para conseguir un bien pasajero y deleitable, van encaminados, según el intento de Satanás, á un mal cierto y pernicioso, no porque en sí consideradas tales drogas posean alguna virtud, pero son reclamos que aficionan al demo-

---

[1] Deuter. XVIII, 11.—IV Reg. XXI, 6.—Isa. VIII, 19.—XX, 3.—XXIX, 4.—Act. XVI, 16.

[2] ORÍGENES. *Contra Cels.* VII.—TERTULIANO. *Contra Marcion.* lib. IV, cap. XXV.—SAN CRISÓSTOMO, *hom.* in I, Cor. XII.—ECUMENIO, *In Act* XVI.

[1] *Comment. in Levit.*, cap. XX, 27.

nio á realizar la promesa hecha en el pacto que con el hombre estipuló. Los filacterios, filtros, amuletos, ensalmos, talismanes, conjuros son otros tantos signos supersticiosos y mágicos, que inducen al demonio á poner de su parte la cooperación que le es permitida en las cosas humanas y á obrar prestigios falsos y males verdaderos. [1]

Cuánto á los espectros que aparecen no son, como va dicho, sino ruines demonios. Almas santas no pueden ser, pues ni el diablo ejerce en ellas jurisdicción, ni Dios puede mandarlas para ministerio tan inmoral, ni ellas por sí presentarse sin la venia de Dios. Condenados tampoco, los cuales las veces que se muestran es para causar en los hombres saludable temor, y por este respeto dispensa la divina bondad en dejarlos salir de sus lóbregos abismos, pero en ningún trance le es dado al demonio desencarcelar almas de condenado para un menester cualquiera. Cuando, pues, se pone á la vista un sér corpóreo, y habla y pide alguna ejecución maligna, siquiera tome color y haga del justo, demonio seguro es, que se presenta al hombre perverso, y no alma del otro mundo. La gentilidad ponía en los bosques y lagos Sátiros, Faunos, Hipocentauros, Sirenas, Ninfas; y de los espectros silvestres hacen memoria las Santas Escrituras; [2] ni en las vidas de los santos escasean estas apariciones, que en la de San Antonio abad «iban acompañadas de

[1] En nuestro aciago siglo es conocida ya de todos la iniciación que se efectúa en las logias de la francmasonería. No asiste el demonio en persona á todas las ceremonias y conventículos; no tiene necesidad, las fórmulas y ritos execrables que los presidentes imponen á los adeptos prometiendo mil bienes y goces temporales, muestran á las claras quién es el autor de tantas infamias. Es cosa muy de notar con qué puntualidad lo que San Ireneo dijo de los gnósticos conviene con lo que León Taxil escribe de nuestros francmasones. Decía San Ireneo: «La señal que se dan es esta: extienden la mano para saludarse mutuamente, debajo de la palma dan algunos golpecitos, y con esta señal se reconocen los que son de la misma cofradía (σημεῖον ἔστι .... εν τῷ ἐκτείνειν τὴν χεῖρα δῆθεν εἰς ἀσπασμόν ὑποκάτωθεν τῆς παλάμης ψηλάφησιν τίνα γαργαλισμοῦ ἐμποιεῖν, διὰ τούτου ὑποφαίνοντες ὡς τῆς αὐτῶν θρησκείας ἔστιν ὁ παραγενόμενος. *Adv. hæres.* lib. I, haer XXVI).—Dice León Taxil: «El toque particular de los aprendices es éste: toman los cuatro dedos de la mano del Hermano á quien quieren darse á conocer, y le rozan ligeramente la uña del pulgar en la primera falange del índice. Los Masones que dependen del Gran Oriente francés usan la misma señal, pero con el pulgar se dan mutuamente tres golpecitos en la primera falange del índice.» *Les Mystères de la Franc-maçonnerie*, 1e. p. chap. V, p. 177.

[2] Is. XXXIV, 14.—Luc., XI, 23.

ruido, voces y tumulto.» [1] Algunos autores han gastado mucho tiempo en demostrar que ciertos demonios viven así desterrados en desiertos y soledades incultas, para que no dañen á los mortales con la violencia de su braveza, como parece insinuarlo la valentía del arcángel S. Rafaél cuando sujetó al demonio en el desierto de Egipto; [2] pero sea como fuere, [3] lo indubitable es que el demonio tiene ancho campo donde explayar su incomparable poder, si Dios le diere licencia.

En estas entrevistas enseña al hombre los secretos que bien le parecen, y le habilita para extraordinarias nuevas, excitando el sistema nervioso y conmoviendo su sensibilidad. Montes de oro, grandes imposibles prometen los demonios á sus magos, [4] pero engañan y se engañan, y en vez de oro aura vana ofrecen. San Agustín hablando de Apuleyo [5] dice que siendo de familia ilustre, con su magia ni siquiera logró ser magistrado en la república. Ciencia infusa no puede darla, pero puede en brevísimo tiempo descubrir cosas naturales y verdades que él alcanza, y hacer al hombre adivino de sucesos que naturalmente pueden conocerse. En un convento de Carmelitas descalzas de Francia vivía una monja llamada Nicole, con gran fama de santidad; declaraba lugares obscuros de las Escrituras, tenía visiones, raptos, revelaciones, avisaba á los moribundos los pecados callados, consultábanla con grande acatamiento, predicaba penitencia, encarecía las procesiones, y con solo el parecer de la monja recibían los fieles los sacramentos con toda tranquilidad. Esto á fines del siglo XVI. En breve le sacaron del pecho la ficción y falsedad: perdido el renombre de santa, hízose calvinista, y paró en humo aquella brillantez de santería, quedándose la pobre Nicole en la ignorancia y rudeza de antes. Al fin se convirtió y tornó al gremio de la religión católica, donde primero había sido juguete del demonio. [6] «Entre las señales de obsesión diabólica notorio es que no

[1] S. ATANASIO, *V. de S. Antonio*, cap. XXXVIII.
[2] Tob. VIII, 3., [3] THYRÉE, *De locis infestis*, cap. II.
[4] VIRGILIO, *Eclog.* VIII; *Eneida*, lib. IV —OVIDIO, *Metamorfos.* lib. IV.—VALERIO FLACO, lib. VI —PROPERCIO, lib. I, *Eleg.* 1.—TIBULO, lib. I, Eleg. 2.ª.—PETRONIO, *Append. Virgil.*—SÉNECA, *In Med.* Act. 4.—*Hercul.* oet. act. 2.—APULEYO, lib. I, II.
[5] Epist. V.
[6] *Vie de la B. Marie de l'Incarnation*, par. J. B. BOUCHER, 1800.

hay otra más segura que si una mujer ó un rústico é ignorante disputa de los misterios de teología que ignoraba antes de la obsesión, ó habla en griego, latin, hebreo ó cualquier otro lenguaje exótico.» [1]

Otra suerte de visionarias tiene la mística diabólica. La *vidente* de Prévorst, que llenó la Alemania con la fama de sus visiones, gozaba cuando joven de perfecta salud, y el día en que cedió á las operaciones mágicas fué su vida un verdadero infortunio para toda la familia. Un *Espíritu* la magnetizó por espacio de siete días seguidos; desde entonces no cesaron las apariciones, estruendos de muebles, desgracias continuas, raras enfermedades, impetuosos arrebatos, sin quedarle momento de quietud. [2] Ni eran otros los efectos que en Isabel de Weinsberg, otra visionaria, se notaron; aspecto de fantasmas, vista de luces, aparecimientos de personas ausentes, congojas mortales, perpetua desdicha. ¿Quién leida la relación de estos fenómenos, no queda cabalmente enterado de que el espíritu satánico fué autor y causador? [3] ¡Qué diferencia de las cosas de Dios á las de su enemigo! Los Santos pasaban los días haciendo bien á los prójimos y sufriendo por amor de Dios, ¿quién de los visionarios diabólicos igualó su fama y virtudes? Los Santos vivían alegres y edificativos; ¿qué *vidente* gozó de alegría y esparció rayos de contento? Los Santos no perdían en sus visiones el uso del libre albedrío ni la memoria de las cosas experimentadas; ¿qué *vidente* de éstos no malbarató sus potencias y salud? y eso porque aquéllos eran regidos por el espíritu de luz, éstos por el de tinieblas.

Poderoso es el demonio para ocasionar con sus maleficios enfermedades internas y desorden orgánico en los cuerpos, y fuera de ellos trastornos y revueltas terrestres, como leemos en Job, siendo propiedad de su perverso ingenio no perdonar medio alguno en orden á causar daños notables á los hombres, supuesta siempre la libre dispensación de la divina voluntad. Basta leer el Ritual romano *sobre las Bendiciones*, para entender cuánta solicitud emplea la Iglesia católica en prevenir los males que de tan feroz enemigo se nos pueden seguir. Los demonólogos y los historiadores refieren no pocos sucesos causados por fuerzas extraordinarias, puestas fuera del orden regular y humano, [1] y aunque de algunos podía ponerse en duda su realidad, en otros no cabe la desconfianza. Sin embargo en muchos de los casos citados el artificio de Satanás consistió en perturbar la fantasía y los sentidos internos de los hombres con tales representaciones, que creyeran real y efectivamente haber sucedido lo que en sus ojos parecía.

De gran ponderación es la autoridad de San Agustín en esta parte. Hablando de los prestigios exteriores con que el demonio embelesa la humana curiosidad, dice así: «En ningún caso creeré que los demonios puedan convertir en realidad de verdad con ningún arte ó potestad no sólo el alma, pero ni áun el cuerpo humano en miembros ó formas de bestias; mas lo fantástico del hombre, lo que se varía también imaginando ó soñando por innumerables diferencias de cosas, y aún lo que no es cuerpo, con toda maravillosa presteza recibe unas formas semejantes á los cuerpos, estando dormidos ú oprimidos los sentidos corpóreos del hombre, y se puede hacer que llegue no sé con qué inefable modo, y se represente con figura corpórea al sentido de los otros estando los mismos cuerpos de los hombres tendidos en alguna parte y con más eficacia que si tuvieran los sentidos cargados de sueño; y que aquello fantástico, como si fuera corpóreo se aparezca y represente en figura de algún animal á los sentidos de los otros, y que á sí propio le parezca al hombre que es tal así como le pudiera suceder y parecer en sueños, y que le parezca que trae á cuestas algunas cargas; las cuales cargas, si son verdaderos cuerpos las traen los demonios para embelecar y engañar los hombres, viendo por una parte los verdaderos cuerpos de las cargas, y por otra los falsos cuerpos de los jumentos.» Todo esto dice San Agustín, y otras cosas muy sabrosas y dignas de ser leídas en dicho capítulo. [2]

Pertrechado el demonio de mil indus-

---

1 Bened. XIV. *De serv. Dei beatif.* t. III, p. 728.
2 *Revue des Deux Mondes*, 15 juillet, 1842.
3 Des Mousseaux, *la Magie au XIX siecle*, chap. XVI.

1 Sprenger, *Malleus maleficar.* q. X.—Schott, *Physica curiosa*, lib, I, cap. XXVI.—Bodin, *Traité de la démonomanie*, livre II, chap. VI.—Görres, *Mystique*, livre VIII, chap. XXXV.—Mirville, *Des Esprits*, 4.e p. chap. XI.—Lenormant, *La magie chez les chaldéens*, chap. I.—Bizouard, *Rapports de l'homme avec le démon*, liv. VI, chap. IV.
2 *De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XVIII.

trias toma formas diversas, encubriendo con antifaz ilustre los artificios de su perfidia. ¿Qué santo hay que no haya luchado en batalla campal con este enemigo de Dios? ¡y cuántos vinieron á manos con él y probaron los ardides de su ingenio! Desde que se ofreció á la primera mujer en traje de serpiente, no ha dejado de mudar figuras y de vestir formas con que seducir á mansalva. Verdaderamente cuando se transfigura en ángel de luz es un hechizo de modestia, un encanto de amenidad, un panal de miel, una gloria de santidad. Particularmente al ponerse máscara de santo, de la Virgen María, de Nuestro Señor, es más peligroso el ardid, porque cuando se le ve, en semblante asqueroso, fácil es descubrir y repeler el engaño; mas ¿quién discernirá luego sus tretas cuando tan artificiosamente las solapa y sobredora? ¿Qué diremos si al aspecto junta palabras de cielo, y escondiendo la cola serpentina promete divinidades, y da ánimo para seguir adelante en el camino de la ilusión? ¿Cuán fácil no es caer en sus redes? Tertuliano hacía burla del genio asistente de Sócrates, porque en vez de encaminarle al bien, le apartaba del buen sendero; [1] y Lactancio sentía lo mismo hablando en general. [2] No por eso debe negarse que los infieles tuvieran sus ángeles buenos que los guardasen, pues que los Santos Padres en esta parte no distinguen fieles de infieles. [3]

Lo dicho de los varios rostros con que disimula el demonio su natural condición, pintándola con hermosura postiza, no sólo á los pecadores, sino también á los Santos, debe entenderse con cierta limitación. Porque el haberse presentado en figuras apacibles y devotas á San Oswaldo, á la Beata Catalina de Bolonia, al mártir San Potito, á San Martín, fueron casos rarísimos; lo más ordinario, como lo experimentaron San Antonio, San Gutlaco, Santo Tomás de Aquino, Santa Margarita de Cortona es representar formas disformes y de aspecto horrible, con que espanta á los siervos de Dios y pone temor en los malos y pecadores. [1] Otro de sus artificios consiste en sacar al hombre de sí arrebatándole el sentido, y poniéndole tan enajenado que parezca poseer espíritu de profecía. Los adivinos del paganismo padecían raptos del espíritu diabólico. El furor del entusiasmo era la causa y el principio de los oráculos que anunciaban. Así lo entendieron los escritores paganos. Platón [2] hablando de la inspiración que roba las almas, pone cuatro maneras de furor; la una es propia de los oráculos, su autor es Apolo, así como Baco lo es del que trasporta á las bacantes en los misterios. Igualmente Cicerón, dividida la adivinación en natural y artificial, coloca la natural en el furor divino, [3] que pronuncia los oráculos. En lo mismo estaba Aristóteles, pero quería que el entusiasmo divinatorio fuese efecto natural. [4] Porfirio dijo que los sacerdotes de Apolo en Claros entraban en furor y arrebato bebiendo agua de una fuente, y las sacerdotisas de Delfos sentándose en la boca del antro y recibiendo los vapores del agua. [5] Confirma Jamblico el dicho de Porfirio, y añade que todos los los oráculos se daban de igual conformidad, con que pretende tenían virtud los vapores para atraer á los demonios. [6] No sin motivo los Santos Padres, considerando que el furor frenético embriaga al hombre, y le pone con el entusiasmo fuera de todo razonable discurso y le induce á mil dislates y cegueras, condenaron por diabólicos los oráculos, y por inspirados del demonio á los que los daban, como vemos lo declaran San Crisóstomo [7] y Orígenes [8] en particular. Este sí que es misticismo infernal, «que no es razón, ni amor divino, y excluye la conciencia, y no deja lugar á memoria ni á reflexión.» [9] Calumnias que Cousin y sus discípulos han levantado al misticismo cristiano, confundiendo el divino con el diabólico con perversísima ignorancia.

No es capaz el demonio del éxtasis místico, según va descrito en su lugar. [10] Los éxtasis diabólicos son unos arrebata-

---

[1] Si dæmonium adhæsisse á pueritia dicitur, dehortatorium plane á bono.—*Apolog.*, cap. XXII.

[2] Cum ipsi sint perditores hominum, custodes tamen se videri volunt, ut ipsi colantur, et Deus non colatur.—*Div. Instit.*, lib. I, cap. XIV.

[3] EUSEBIO, *Præpar. Evang.*, lib. XIII.—S. JERÓNIMO, in cap. XVIII, Matth.—S. BERNARDO, lib. V, *De Consider.*

[1] ALVAREZ DE PAZ, lib. V, p. III, cap. XI.

[2] *In Phædro.*

[3] Furore divino incitatus animus. — *De divinatione*, lib. II.

[4] Problem. XXX. [5] *Epist. ad Anebon. Egypt.*

[6] *Myst.*, III, cap. XI.

[7] Hom. XXIX, *in I ad Cor.*, cap. I, in psalm. XLIV.

[8] *Contra Celsum*, lib. VII.

[9] COUSIN, *Du vrai, du beau et du bien*, leçon V.

[10] Lib. II, cap. XV.

mientos que absorben y entorpecen las potencias sin dejarlas obrar con espontaneidad. «El demonio causa éxtasis ligando los sentidos y embotando la acción del cerebro. Tales creyó San Agustín fueron los éxtasis de Plotino y de los otros platónicos de su tiempo. Los éxtasis de Montano y de las mujercillas que le seguían no tiene duda que procedían de mal espíritu.» [1] No falta al demonio destreza para poner al hombre fuera de sí, embarazando los órganos, aletargando las potencias sensitivas, parando la acción del sistema nervioso, con que entorpecida la sensibilidad quede el cuerpo como muerto y la imaginación vuele desatinada por el campo de los ensueños. Tertuliano, que cayó, por desgracia, en el montanismo, píntanos los caracteres de estos nuevos profetas. Profesaban que el Espíritu Santo inspira á cada cristiano y le revela nuevas verdades. La revelación era, según ellos, no un hecho acabado ya en los apóstoles, sino un derecho y una ley común á todos los fieles. El Paracleto enriquecía con continuas revelaciones el tesoro de la Iglesia. Establecer el derecho de profetizar era abrir la puerta á todos los delirios. La revelación se recibía en el éxtasis. «El éxtasis se apodera del hombre, y la virtud del Espíritu Santo engendra la profecía.» [2] El éxtasis de los montanistas era un frenesí enviado por Dios, que rebosaba espíritu, de manera que arrebatadas las potencias con la grandeza del deleite, el hombre dormía y el Paracleto velaba. Las mujeres, más impresionables y tiernas, eran las personas más capaces de la revelación. Priscila anunciaba que Jesucristo la había visitado en traje mujeril; [3] Perpetua gozó de otra visión extática semejante. «Tenemos aquí una hermana dotada del carisma de la revelación. El domingo pasado en pública reunión fué asaltada del éxtasis; habla con los ángeles, y muchas veces con el Señor. Lee á veces en los corazones, y señala remedios á los que se los piden.» [4]

Reprobando todas estas proposiciones doctrinales de los montanistas, dice muy á nuestro intento el protestante De Pressensé: «La pitonisa montanista, á causa de la excitación nerviosa y moral, corría tanto riesgo de ser ilusa como la sacerdotisa de Apolo cuando ebria de entusiasmo daba oráculos en su trípode de Delfos. Oráculos ambiguos y mentirosos no es mucho que fueran substituídos á las prescripciones claras y determinantes de los sagrados libros.» [1] El éxtasis diabólico dista del divino como la mentira de la verdad, es engaño del demonio. [2]

En los éxtasis diabólicos suele haber dulzuras incomparables y ardores desusados, tanto más temibles y sospechosos cuanto son menos directamente procurados, con cuyas blanduras sabe el maligno enternecer los corazones más de diamante. Suma cautela, sin embargo, es menester en el fallar sobre tan raros efectos. El Padre Delrío atribuye á demonio los éxtasis de Restituto referidos por San Agustín; [3] el santo Doctor no los miraba así: ¿qué señal diabólica era en el presbítero Restituto arrebatarse en oyendo gemidos y lloros? Montaigne cuenta de uno que quedaba yerto sin respirar ni mostrar sentimiento. [4] Cardano cuenta de sí otro tanto. [5] ¿No vemos acaso hombres que de solo oir rechinar la sierra, limar un hierro, ladrar un perro, caen luego desmayados y se les embebe el sentido, así como los hay que al ver sangre humana, en oyendo hablar de heridas, no pueden consigo y quedan con las fuerzas por el suelo? ¿Por qué no había de ser natural el desmayo de Restituto, cuando oía voces de lamentos? El demonio remeda los éxtasis divinos, adormeciendo el cuerpo y engendrando una manera de rapto, que al cabo es mera burlería, y si el hombre fomenta el juego, tórnase burla pesadísima y de graves consecuencias; mas no todo rapto, en no siendo divino, debe reputarse diabólico, según que más adelante se dirá.

Aquí viene bien ponderar cómo el demonio es inhábil para resucitar muertos. Fingir sabe, y en cadáveres despertar movimientos mecánicos, mas no orgánicos ni espontáneos. Conocedor es de las leyes del humano organismo, cuya noticia le da capacidad para causar letargo semejante á muerte. En todas partes, y más en particular entre paganos, tiene echadas sus

---

1 CARDENAL BONA, *De discr. spirit.*, cap. XIV.
2 TERTULIANO, *De Anima*, XI.
3 S. EPIFANIO, *Hæres.*, XLIX.
4 TERTULIANO, *De Anima*, IX.

1 *Hist. des trois premiers siècles*, t. IV, p. 145.
2 SIMÓN MAYOLO, *Dies caniculares*, colloq. III.
3 *De Civit. Dei*, lib. XIV, cap. XXIV.
4 *Essáis*, livre I, chap. XX.
5 *De ver. variet.*, lib. VIII, cap. XLIII.

redes, como en turbio lodazal, y logra buenos lances con su acostumbrada malignidad. Otros casos ha simulado que parecieron verdaderas resurrecciones, y sólo eran juegos de velocísima actividad, porque suspendiendo las funciones vitales con un maleficio y luego quitando el estorbo, deja libre la vida, pareciendo recobrarla el que en hecho de verdad no la había perdido. Por lince que sea en anatomía y fisiología, no acierta á fabricar tejidos y partes organizadas, ni sabe contener el estrago cuando un órgano esencial se arruina y muere; ¿cuánto menos está en su mano rehacer y dar nuevos bríos á membranas y músculos del todo deshechos é inhábiles para la vida? Fáltanle fuerzas para tanto. En aparentes curaciones puede emplear la eficacia de su industria, con que anublar los ojos de los espectadores, mas no en sanar enfermedades orgánicas con presteza y satisfacción.

Si algunos casos se narran de hombres vueltos á la vida por arbitrio del demonio, fueron resurrecciones de burlas, porque las verdaderas y divinas son instantáneas y fáciles de averiguar, las diabólicas de ardua averiguación; las divinas son duraderas, las diabólicas momentáneas; las divinas sobrepujan los alcances de la más empinada ciencia, las diabólicas á cualquiera se le alcanzan; las divinas dan prendas de muerte indubitable y de vida manifiesta, las diabólicas por ambos lados flaquean y muestran la mala lista del que tejió el embuste. Dice el P. Suárez: «El demonio, para ganar crédito, finge resurrecciones, ó simula hombres muertos, que no son tales; porque puede hacer ilusión en los sentidos, y que aparezca la cabeza cortada y la sangre chorreando, sin que haya tal. O si el hombre, en efecto, murió, entra en el cadaver, ó forma en el aire un bulto que semeje cadáver, y en él habla de modo que crean que el muerto revive. Y ésto lo hace á veces para darse fama de resucitador de muertos, ó para persuadir á los hombres que después de la muerte las almas se tornan demonios, como dice Santo Tomás.» [1]

Síguense las llagas, impresas en los cuerpos, con que dora su perfidia y crueldad. Buen testimonio sería la historia de los jansenistas, si fuese verdad lo que cuenta Carré de Montgeron [1] de aquellos extáticos, que pasado buen rato de agonía mortal y de agudísimos dolores, tornaban en sí «con las palmas llagadas y enrojecidas en los puntos mismos en que Jesucristo había tenido las suyas taladradas con clavos.» Más celebradas fueron en España las llagas de Magdalena de la Cruz, antes mencionada. Algunos escritores han confundido á la hembra disoluta é infame con María de la Visitación, llamada comunmente la *monja de Portugal*. Esta no pasó de ser una solemnísima trapacera que tuvo, si no engañada como la otra, suspensa y admirada á España por mucho tiempo. Deseosa de pasar plaza de santa fingía llagas y publicaba visiones, elevaciones y éxtasis. Pero examinada por seis varones calificados del Santo Oficio, y visto que todo era travesura de mujer, confesó de plano, á 15 de Octubre de 1588, «que sola su industria y deseo de ser tenida por santa, sin que en esto interviniese pacto con el demonio, había sido quien le había hecho hacer tantas apariencias y demostraciones, picándose ella la cabeza al rededor con la punta de un cuchillo muy aguda, y pintándose las llagas con tinta colorada y negra, continuando lo uno y lo otro muchas veces, sacándose sangre algunas para poner en los pañicos que muchas personas devotas le pedían.» [2] Sin razón el Padre García [3] dice que la Santa Inquisición la castigó por el trato que tenía con el demonio. El Padre Rivadeneyra oyendo tanto alabar sus llagas, decía: «Yo no quiero condenar las llagas de esta monja; pero veo que las manosean de manera y tratan con tan poco respeto que merece que se las quite su Divina Majestad.» [4] Y más adelante añade: «Cierto es maravilla que en un mismo tiempo hayan salido tantas mujeres llagadas y engañadas en diversas partes, que parece que algún espíritu de ilusión anda suelto y desencadenado, y que en la gente hay mucho aparejo para ser engañada é ilusa.» Y en el cap. XVII dice: «Ha sido cosa lastimosa la muchedumbre de mujercillas engañadas que se han visto en nuestros días en muchas y de las más ilustres ciudades de España, las cuales con

[1] *De superstitione*, lib. II, cap. XVI, n. 13.

[1] *La vérité des miracles opérés par l' intercession de M. Paris*, t. II, p. 25.
[2] Dr. Luis de Bavia, *Tercera parte de la Historia pontifical y católica*, 1652, cap. LVI, p. 373.
[3] *Vida de San Ignacio*, lib. V, cap. XXI.
[4] *Tratado de la tribulacion*, p. II, cap. XV: Nota.

sus arrobamientos, revelaciones y llagas de tal manera tenían movida y embaucada la gente que trataban de oración y cosas de espíritu, que parecía que no tenía ninguno la que no se arrobaba y tenía estos dones extraordinarios, que decían ser de Dios, y que á la medida de lo uno había de ir lo otro, y que andan al mismo paso espíritu y revelaciones de Dios.» Aunque este discretísimo autor parezca hacer mofa de tales gracias y tenerlas por marañas, pero si no todas eran hijas de ilusión, algunas eran embustes de Satanás, que con las tales llagas y arrobos traía las cabezas revueltas y trastornadas.

Volviendo á Magdalena de la Cruz, es de saber «que el año de 1541, el Padre Martín de Santa Cruz, que entonces era novicio de la Compañía, y después fué rector del colegio de Coimbra, y murió santamente en Roma el año de 1557, hablando con nuestro P. Ignacio, estando yo presente, vino á tratar de Magdalena de la Cruz, la que vivió en Córdoba tan conocida en estos reinos, y á contar algunas maravillas de esta mujer, y á decir que él la había hablado, y que le había parecido una de las más santas y prudentes mujeres del mundo, y otras cosas á este tono. Ignacio le dió entonces una muy buena reprensión, diciéndole, que hombre de la Compañía no había de sentir ni tratar de tal mujer de aquella manera, ni medir ni estimar la santidad por aquellas cosas que él la media. Y vióse bien ser verdad lo que decía Ignacio, por lo que pocos años después se descubrió en España de esta mujer, que con ser tenida por muy santa y de muchas revelaciones, fué presa y castigada por el Santo Oficio de la Inquisición, por el trato que tenía con el demonio.» [1] Este resumen de todo el suceso confirma puntualmente lo dicho.

«Así lo experimentamos los años pasados, no sin grande ofensa de la virtud y religión cristiana, en los alumbrados de Extremadura y en sus discípulos, que se arrobaban y sentían gustos tan excesivos, que se enflaquecían y debilitaban, y les faltaban las fuerzas corporales, y quedaban muchas veces yertos, y los miembros inmóviles y helados, y ellos sin ningún sentido; aunque yo para mí tengo, que no eran obras estas de sola naturaleza, sino

[1] Rivadeneyra, *Vida de San Ignacio*, lib.V, cap. X.

que obraba juntamente el demonio, el cual les revolvía y meneaba la sangre con tanto gusto, que hacía salir de sí, ó que pareciese que salían aquellas desventuradas almas, soberbias y sensuales y que sólo se buscaban á sí mismas.» Así era la verdad. Esto escribía á fines del siglo XVI Fr. Juan de los Angeles, [1] provincial que fué de los Menores descalzos. Habla de los alumbrados de Llerena, gente soéz y abominable, que dió no poco que entender, y hartas prendas de intervención diabólica. [2]

Otra de las trazas del demonio es mantener el cuerpo humano en prolongada abstinencia sin pasar alimento. Diestro es en ramos de fisiología é histología, y sabe qué medios emplear para lograr el intento. Sienten los naturalistas modernos, que el hombre puede pasar días y meses sin probar bocado; [3] no por eso deja de ser cierto que cabe lugar á ilusión y superchería en tan raras abstinencias. En el día de hoy no está destituida de probabilidad la opinión de aquellos fisiólogos, que juzgan que cuando las partes del cuerpo humano han acabado de crecer no se asimilan partes nuevas, ni pierden punto las moléculas de los órganos principales, por manera que las materias expelidas vienen á ser las mismas en cantidad y calidad que las introducidas en la economía animal. [4] Así que bien puede el ángel procurar al cuerpo aquella substancia combustible que repara los tejidos, y proveer de alimento á la sangre gastada. Los animales invernantes (marmota, erizo, murciélago) pasan meses en sueño letárgico sin probar alimento, viviendo á expensas de la grasa contenida en sus cuerpos. ¿Fáltanle al angel artificios con que amodorrar al hombre y enervar su sistema sensitivo, sustentándole con secretos alimentos que suplan los comestibles? Cuenta un grave autor, cómo por los años de 434 vivía una mozuela que por haber mirado deshonesta y livianamente, fué arrebatada del demonio, y duró más de dos meses sin pasar al estómago comida ni bebida. Colocada en un monasterio estu-

[1] *Diálogos de la Conquista del reino de Dios*, Dial.º cuarto.
[2] Barrantes, *Aparato bibliográfico*, 1877, t. II, art. *Llerena*.
[3] Zacchías, *Quæst. medico-legal.* lib. IV, t. 1. q. VII.
[4] Milne-Edwards, *Leçons sur la physiologie et l'anatomie comparée*, vol. VII.

vo dos semanas en ayunas, hasta que mediante la comunión del Cuerpo de Cristo le cesó el maleficio. Este hecho fué de pública notoriedad. Declaró después la muchacha que á media noche recibía visita de una cierta ave que le metía en la boca substancia, con que se conservaba lozana y reluciente. [1]

Así mismo sabe el demonio poner á la vista figuras de cosas lejanas avivando en los sentidos sensaciones de objetos al parecer presentes. En virtud del comercio diabólico volar podrían los magos sin tener alas, llevados en las del espíritu maligno, si Dios se lo diera. Simón Mago, parécele á Baronio, es indudable que estuvo suspenso en el aire hasta que la oración de San Pedro le derribó lastimosamente quebrándosele las piernas; [2] y lo confirman las Constituciones Apostólicas, [3] Arnobio, [4] Sulpicio Severo [5] y otros, de que más adelante se tratará. Estos vuelos no son instantáneos por más veloces que parezcan, porque el demonio está sujeto á las leyes de la extensión del espacio. Milagro sería trasportar cosas lejanas en un instante, operación propia de solo Dios. El célebre *medium* Home fué visto levantado del suelo doce pulgadas, temblando de pies á cabeza, y exaltado á la vez de espanto y de gozo. Llegó á subirse al techo, según que en su vida se cuenta. [6] La causa estaba, decía Home, en la copia de electricidad acumulada en sus pies. En su cabeza, el demonio, residía la habilidad.

No logra Lucifer impedir que un objeto presente impresione los sentidos bien dispuestos en las debidas circunstancias, pero es capaz de interponer un cuerpo ó bulto que embarace la impresión, y áun de trastornar de arte las cosas que no parezcan lo que son. Interponiendo obstáculos consigue hacer los cuerpos invisibles é invulnerables. Los golpes no causan daño cuando el demonio detiene el ímpetu y con estorbos improvisados desvía las puntas ó embota los filos de las espadas. Este ardid no es imposible les valga á los magos para no quemarse en el fuego, ni ser heridos por cuchillos, ni lastimados por varas, ni oprimidos por pesos enormes, como en otro lugar se verá. Los amuletos, con que se previene el hechicero para andar seguro en los caminos, no le hacen impasible sino en cuanto el demonio ponga de por medio un estorbo tal, que ni las armas causen herida ni los elementos daño. En lo cual vemos mezcla de verdad y de mentira. Verdad es, que no hay lesión; mentira, que venga del amuleto la invulnerabilidad, no viniendo sino del demonio, como lo expone Suárez. [1]

De todo lo cual concluimos que estas obras no saltan la raya de lo natural, aunque pasen la de lo humano; por raras que parezcan caen dentro del poder criado y pertenecen al orden de las cosas físicas, al cual los demonios deben ajustarse sin que les sea dable derogar una sola ley. No así los milagros verdaderos, suspensiones de las leyes establecidas y efectos superiores á las fuerzas criadas. [2] De todo lo cual se verán más adelante casos muy significativos.

ARTÍCULO II.

Trátase la cuestión de las *brujas*.—Estado de esta inquisición.—Posibilidad y existencia.—Pruébase que no existieron las *brujas* de la Edad Media.—En la historia antigua no hay rastro de tales congresos.—Hasta el siglo XIV ningún doctor los admitió.—La fama creció en el siglo XV.—Procesos y ejecuciones.—Actitud de los teólogos y canonistas.—El Santo Oficio.—Circunstancias graves.—Qué prueba el ejemplo de Cristo en el desierto.—Otras circunstancias dignas de consideración.—Contradicciones de las procesadas.

Gran desatino es ver demonios donde quiera y diabluras en todos los ángulos del globo; vanísima presunción, achacar á demonio las enfermedades extraordinarias, pestes y males públicos, sucesos privados y tristes. Ingenios hay tan apocados, que áun después que Nuestro Divino Redentor pisó la soberbia de Luzbel, y con la virtud de su muerte derrocó por el suelo su bandera y trono, recuecen en sus pechos mil antojos pregonando por tramas diabólicas las cosas raras que llevan consigo alguna señal de maldad. En sus bocas parece el mundo entregado al gobierno de dos principios, bueno y malo, de igual poder, enemigos entre sí, como lo profesaron los persas y maniqueos.

Corrió en los siglos medios la opinión de que se daban gavillas de demonios

[1] *De promissionibus et prædictionibus Dei*, p. IV. cap. VI.
[2] *Annal. eccles. anno* 68: de re quæ in confesso est apud omnes nefas est amplius dubitare.
[3] Lib. VI.
[4] *Advers. gentes*, lib. II.
[5] *Hist.* lib. II, cap. XXVIII.
[6] Dr. Hallock, *Vie de M. Home*, p. 37.

[1] *De superst.*, lib. II, cap. XVI.
[2] Suárez, *De Angelis*, lib. IV, cap. XXXIX.

ocupados en llevar infinitas personas á caballo por los aires, á una gran jira, donde acabado un espléndido banquete adoraban á Lucifer y ejecutaban excesos desaforados de inauditas liviandades. Estas caballerías endiabladas tenían fama en el vulgo, y áun teólogos de mucho seso las autorizaban y honraban con el calor de la disputa. La existencia de las *brujas*, de sus viajes en brazos de demonios, de sus ranchos y convites en apartadas tierras, fué controversia sostenida con gran porfía en el siglo XVI, y aunque la opinión de muchos decretaba que las más veces eran los vuelos imaginados é increibles, no faltaban quienes diesen por averiguadas las apariciones y viajes. Grande era el poder de las brujas. Una bruja «congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba volvía sereno el más turbado cielo: traía los hombres en un instante de lejas tierras: por Diciembre tenía rosas frescas en su jardín, y por Enero segaba trigo: esto de hacer nacer berros en una artesa era lo menos que ella hacía, ni el hacer ver en un espejo ó en la uña de una criatura los vivos ó los muertos que le pedían que mostrase: tuvo fama que convertía los hombres en animales.» [1]

En el asunto que queremos tratar, dos cuestiones se han de distinguir con gran cuidado: la primera pertenece á la posibilidad y al hecho considerado en el orden especulativo; la otra contempla las cosas en el terreno práctico inquiriendo su realidad histórica. Cuanto á la primera cuestión, que fuese posible en algún punto de Alemania, Francia, Italia, España, juntarse mujeres á dar culto á Satanás, nadie podrá prudentemente negarlo si sabe lo que pasa en los antros de la masonería. De lo hasta aquí discurrido sobre la existencia de la magia, debe colegirse la posibilidad de las adoraciones sacrílegas. Mas no parando la atención en si reinó en algún punto de Europa el culto satánico, lo que importa averiguar es si verdaderamente existió en la Edad Media aquel cúmulo de enormidades, descritas minuciosamente en los libros, como ser llevadas por demonios á largas distancias con violenta celeridad centenares de mujeres, hacer en aquellos parajes juramentos de

1 CERVANTES, *Coloquio de los Perros.*

fidelidad, adoraciones nefandas, bailes infames, orgías profanísimas, y tornar á casa con arrebatado vuelo, todo puntualmente según los escritores de aquel tiempo lo narran y especifican.

En primer lugar, la relación de las brujas es invención de nuevo cuño. No hay rastro de ella en todo el Viejo Testamento; el (לילית) *Lilith* de Isaías, [1] que la Vulgata vierte *Lamia*, significa *ave nocturna*. Los griegos tampoco tuvieron noticia de cosa parecida á nuestras brujas. Daban el nombre de *Lamias* á mujeres fabulosas que devoraban los niños, pero ningún autor escribió que entrasen en cercos con una legión de demonios, ni que fuesen allá por los aires. Diodoro Sículo [2] y Pausanias [3] ocuparon sus ocios en el cuento de las Lamias; Nicéforo Calixto les echa pullas haciendo mofa de la fábula. [4] Entre los latinos llamábase *Strix* un ave que decían volaba á las cunas de los niños y les sorbía la sangre. Ovidio gastó el buen humor en describirlas [5], y Plinio se rió de la invención. [6]

Presto de animales se trasmitió la habilidad á mujeres; las cuales, decía Ausonio, [7] transformadas en animales vuelan á las cunas de los infantes, y por eso llamaba *scelus muliebre* el chuparles á los pequeños la sangre. Esta casta de mujeres vinieron á llamarse *Striges* y *Sagas*, y de ellas dice Apuleyo que se convertían en aves, perros, ratones, moscas. [8] Creció el crédito de la fábula, llegando el vulgo á propalar que las arpías se comían niños y también hombres; credulidad, que hizo perder los estribos al emperador Carlo Magno y amenazar con pena capital á los que la abrazasen y obrasen conforme á ella. [9]

En el siglo X el abad Regino se indignó también contra los que vulgarizaban el cuento de las hembras que, seducidas por ilusiones diabólicas, viajaban con Diana cabalgando en brutos y se juntaban á larga distancia para servir y honrar á la diosa. «¿Quién será, dice, tan estúpido que crea ser corporales estas cosas, pues

1 Cap. XXXIV, 14. 2 *Hist.*, lib. XX.
3 *In Phocicis.* 4 *Hist. Eccles.*, lib. XVIII, cap. IX.
5 *Fastor.* lib. VI, V. 131. 6 Lib. II, cap. XXXIX.
7 *Edyll* 12 *de Histor.* 8 *Metamorph.* lib. II.
9 Si quis a diabolo deceptus crediderit secundum morem paganorum virum aliquem aut feminam strigam esse et homines comedere, et propter hoc ipsam incenderit... capitis sententia puniatur.—*Capitularia an.* 782. *De partibus Saxoniæ*, cap. VI.—MIGNE, t. XCVII, p. 145.

sólo pasan por el pensamiento?» [1], y manda al clero que predique ser todo ello cosa de imaginación. En el mismo siglo el obispo Raterio hacía cargo al demonio de figurar en la fantasía de las gentes tan indignos antojos, de los cuales condenaba á los hombres por más censurables que á las mujeres. [2] En el siglo XI Burcardo obispo de Worms imponía castigo de expulsión vergonzosa al que diese oidos á la perniciosa fábula. [3] Cargaba la mano sobre la necia credulidad el prudente prelado, después de poner por introducción del libro el decreto de Regino, que es parte del canon *Episcopi*, de que se dirá más adelante. Y con ser así que Burcardo consume sesenta y nueve capítulos en describir todos los géneros de superstición y magia, sólo de éste se burla y tiene por tonto al que le cree. San Ibón, del mismo siglo, reproduciendo los decretos de dos concilios, insiste en lo mandado por Regino y Burcardo, [4] y condena de ilusión demoniaca la opinión de que hubiese mujeres que trasnochaban con la diosa Diana ó con espíritus infernales. En el siglo XII Juan de Salisbury junta el congreso de brujas con la matanza de niños, y todo lo echa á ilusión del demonio estimada realidad. «¿Quién es tan ciego que no vea, dice, que semejantes cosas son efectos de la malicia del demonio amigo de burlerías? El remedio eficaz de esa peste es cerrar los oidos á tales mentiras y no hacer caso de las vanidades é insanias falsas.» [5] Por esta causa el Angélico Doctor puso tanto cuidado en referir á pura fantasía las conversiones de hombres en brutos, [1] y en atribuir al demonio la facultad de impresionar los sentidos internos del hombre haciéndole creer real y exterior lo fantástico y meramente interior. Ni es menester citar más autoridades, en prueba de que hasta el siglo XIV la opinión recibida entre los doctos graduaba de fantasía la junta, convite y cabalgata de las brujas, como vemos en Guillermo parisiense. [2]

En el siglo XIII creíase por algunos que había mujeres ocupadas en parecer de noche en figura de gatos y perros, en colarse por tinajas, ollas, cestos, en robar criaturas y jugar con luces, como lo acreditan los *Ocios imperiales*; [3] necedades reídas muy á su sabor por Guillermo de París, en el lugar apuntado. Pero en el siglo XIV empezamos á leer una cosa inaudita: pena capital impuesta á las brujas. Lo hasta aquí conceptuado ilusión es contado realidad y castigado por hechicería y crimen de magia negra. Los procesos dan principio en el siglo XIV, según consta de Bernardo de Como en su obra *De Strigibus*, donde el autor declara que la *secta* de las brujas contaba en su tiempo ciento cincuenta años de existencia.

Mayores fuerzas tomaron en el siglo XV las denuncias y ejecuciones. Las denuncias daban de los aquelarres las nuevas siguientes. El sitio de la reunión es desierto, generalmente en cimas de escarpados montes, en bosques sombríos, en antros profundos. [4] Torreblanca, [5] Castro [6] y los Salmanticenses [7] señalan la villa de Barahona, provincia de Soria, en la llanura que ha conservado el mote de *Campo de*

---

1 Quædam sceleratæ mulieres, retro post Satanam conversæ, dæmonum illusionibus et phantasmatibus seductæ, credunt et profitentur nocturnis horis cum Diana paganorum Dea et innumera multitudine mulierum equitare super quasdam bestias et multa terrarum spatia intempestæ noctis silentio pertransire, ejusque jussionibus velut dominæ obedire, et certis noctibus ad ejus servitium evocari..... Quapropter sacerdotes per ecclesias sibi commissas populo cum omni instantia prædicare debent, ut noverint hæc omnimodis falsa esse, et nonnisi a maligno spiritu talia phantasmata mentibus infidelium irrogari. Quis vero tam stultus et hebes sit qui hæc omnia quæ in solo spiritu fiunt, etiam in corpore accidere arbitretur? Omnibus itaque annuntiandum est quod qui talia et his similia credit, fidem perdidit.— *De ecclesiast. discipl.* lib. II, cap. CCCLXIV. — MIGNE, *Patr. lat.* t. CXXXII, p. 352.

2 Cum potius sint dæmones talibus præstigiis infelices mulieres, hisque multum vituperabiliores viros quia perditissimos, decipientes.— *Præloquium*, lib. I, tit. IV, n. 10.—MIGNE, t. CXXXVI, pag. 157.

3 Si qua mulier est quæ se dicat cum dæmonum turba, in similitudinem mulierum transformata, certis noctibus equitare super quasdam bestias et in eorum consortio adnumeratam esse, hæc talis omnibus scopis correpta ex parochia ejiciatur.—*Decret.* lib. X, cap, XXIX.

4 *Panormia*, lib. VIII, cap. LXXV.

5 Quod in spiritu patiuntur miserrime et mendacissime credunt in corporibus evenire. Quale est quod nocticulam quamdam vel Herodiadem vel præsidem noctis dominam concilia et conventus de nocte asserunt convocare, varia celebrari convivia, ministeriorum species diversis occupationibus excerceri, et nunc istos ad pœnam trahi pro meritis, nunc illos ad gloríam sublimari. Præterea infantes exponi lamiis, et nunc frustratim discerptos, edaci ingluvie in ventrem trajectos congeri, nunc præsidentis miseratione rejectos in cunas reponi. Quis vel cæcus hoc ludificantium dæmonum non videat esse nequitiam? ... Hujus autem pestis cura efficacissima est, ut fidem quis amplexus, his mendaciis subtrahat mentis auditum, et nequaquam respiciat ad hujusmodi vanitates et insanias falsas.— *Polycraticus*, lib. II, cap. XVII.—MIGNE, t. CXCIX, pag. 436.

1 I p. q. CXIV, a. 4 ad 2.

2 *De universo*, lib. III, p. III, dist. XXXVII.

3 N. 85.—120.

4 LANCRE, *De l'inconstance du démon*, livre. I, d. II.

5 Lib. XI, cap. VIII.

6 *De justa hæretic. punitione*, cap. XVI.

7 *Theol. mor. tract.* XXI, cap. XI, n. 178.

las Brujas; [1] en otras naciones determinan los suyos Eneas Silvio [2] y Spina. [3] El tiempo, á media noche, en día de jueves, lunes ó sábado; [4] en especial durante la cuaresma, y muy en particular en la Semana Santa, [5] cuando las cabezas están más debilitadas por el ayuno. El modo ordinario de ir es montadas en machos cabríos, en palos de escoba, en mangos de rueca; la carrera, volando con más rapidez que las aves. Antes de emprenderla, hay que darse con untos ó polvos en ciertas partes del cuerpo: el menjurje compónese de sangre de niños degollados, dicen los Salmanticenses, si bien á veces viajan las brujas sin necesidad de ungüentos. [6]

En llegando, Lucifer preside la comparsa en figura de toro, de cabrío, de gigante con cuernos y garras. Siéntase en lugar eminente, á su lado la reina que es la más fea y asquerosa de todas las presentes damas; [7] porque casi todas son mujeres, de lo cual da sus razones Sprenger; [8] y van tapujadas con máscaras, y también á cara descubierta. [9] Las novicias, que por vez primera asisten, han de hacer al demonio juramento de fidelidad. La principal ceremonia de las allí reunidas es la adoración de Satanás, figurado en forma repugnante, con actos y gestos nefandos. Después se confiesan, y la confesión versa sobre maleficios y abominaciones doliéndose de haberse quedado cortas en el número y calidad de sus fechorías, y aún más de haber hecho alguna obra buena. [10] En seguida se parodia por el demonio la misa: en el ofertorio ofrécense dones; al fin hay sermón lleno de imprecaciones y blasfemias: todo con ritos detestables. Síguese el banquete; en él se sirven platos delicadísimos, ó al revés insípidos y estomagantes, aderezados con carnes de niños ó de cadáveres exhumados; [11] pero el hecho es que el hartazgo de imaginados deleites las deja á todas con hambre canina. [1]

A la postre viene la danza; en ella van al traste las leyes de la honestidad y decencia; son bailes bestiales, extravagantes y dignos del maestro que los dirige. [2] El canto del gallo pone fin al jolgorio mujeril, y cada bruja torna á casa de la manera que fué con el favor del diablo. Mas como en este valle de lágrimas no hay contento sin jarrete y contrapeso, así en los aquelarres ocurren casos de grandísimo susto. Al mejor tiempo cuando alcanza el placer al placer, un acto de religión basta, una palabra devota, la señal de la cruz, el sonido de una campana, un Jesús-María, para dispersar la asamblea de repente con universal confusión y desvanecerse como el humo. «Cítanse muchos casos de infelices soltadas en el acto por los demonios que las llevaban á cuestas, al oir en el camino la campana de las Avemarías.» [3] En llegando á sus casas encuéntranse las pobres molidas y quebrantadas, á pesar de haberles parecido un momento las largas horas que allí pasaron. [4]

Según la gravedad de las informaciones entabláronse procesos, á los procesos siguiéronse ruidosas ejecuciones. [5] Pedro Crepet afirma que en el reinado de Francisco I fueron condenadas cien mil brujas. [6] En Ginebra, lo dice Lamberto Daneau, autor que vivía á fines del siglo XVI, en tres meses fueron ejecutadas más de quinientas por sentencia de los jueces. [7] En Como durante un solo año más de mil. [8] Arrojaba el incendio de Alemania llamas horrorosas. En Norlingen (Baviera), ciudad protestante de seis mil almas, en cuatro años, de 1590 á 1594, consumió el fuego al pie de treinta y cinco brujas. En Rosswein, en Bamberga, en el ducado de Lorena perecieron á cientos las brujas á manos de los tribunales en el término de breves años.

Que desenvainó la justicia la espada de su rigor, no tiene duda; que cargase tanto la mano, como los cómputos dichos supo-

1 MADOZ, *Diccionario Geográfico*, t. II, pag. 372.
2 Epist. XLVI.
3 *De Strigibus*, cap. XX.
4 DELRIO, *Disquisit.*, lib. II, quæst. XVI.—CASTRO, *De justa hæret. punit.*, lib. I, cap. XVI.
5 SALMANTICENSES, Ibid.
6 DELRIO, *Disquisit.* lib. II, quæst. XVI.
7 LANCRE, *De l'inconstance du démon*, livre, II, d. I; livre III, d. V.
8 *Malleus maleficar.* q. VI.—CASTRO, *De justa heretic. punit.*, lib. I, cap. XVI.
9 SALMANTICENSES, tract. XXI, cap. XI, n. 179.
10 BODIN, *Démon.* 1580, livre II, chap. IV.—BOGUET, *Disc. des sorciers.*, chap. XXI.—GÖRRES, *La Mystique*, livre VIII, chap. XXI.
11 LANCRE, Ib., livre III, d. III.

1 MAYOLO, *Dies canicul. Colloq.* III, t. II.
2 LANCRE, ibid. livre III, disc. IV. — BODIN, ibid. livre VIII, chap. XIX.
3 RIBET, *La Mystique divine*, t. III, p. 388.
4 LANCRE, ibid. livre III, d. V.
5 Sæpe hoc est judicialiter punitum. TOSTADO, *In Matth.* IV, *quæst.* XLVII.
6 *De odio Satanæ*, lib. I, disc. III.
7 DELRIO, *Prolog. ad Disquisit. magic.*
8 SPINA, *De Strigibus*, cap. XIII.

nen, se podría cuestionar. El abate Nonnotte disminuye la suma considerablemente. [1] El crédito de los relatores no es garantía segura, su facilidad en dar por cosa cierta todo lo tocante al brujismo previene el ánimo contra los asertos. Sin embargo, el pueblo más de una vez se amotinó contra las procesadas é hízose verdugo de ellas hiriéndolas de muerte sin aguardar la orden del tribunal; abuso tan frecuente, que un arzobispo francés hubo de elevar querella al papa León VII, quien ordenó á los príncipes y obispos de Francia, Alemania y Baviera usasen de gran moderación con las acusadas. [2]

Sobre el rigor de los tribunales y sobre los excesos de la plebe murmuraban doctos é indoctos sin poder templar el sentimiento á vista de tanta crueldad. Los españoles Francisco Samuel, Martín de Arlés, Navarro; los italianos Ponzinibio, Porta, Alciati, Albizzi; los franceses Erodio, Duareno, Montaigne; los alemanes Ulrico Molitor, Vair, y otros muchos canonistas y teólogos soltando el clamor á las quejas, acusaban y deploraban el apasionamiento, arrojo, perversidad, injusticia con que se cerraban los procesos contra las hadas. Siguiéronse los escándalos. Juan Ponzinibio, vistos los desafueros que en Placencia se cometían, escribió un libro demostrando que la jira nocturna era ilusión diabólica; salióle al encuentro Bartolomé Spina [3] notándole de fautor de herejías. Un ministro Provincial de la Orden de Santo Domingo (1503) por haberse mostrado contrario á la persecución de las hadas, quedó sin vida tendido en el suelo. [4] Otro católico holandés porque escribió un libro *De vera et falsa magia* dando á sueños y quimeras las relaciones de las brujas, fué metido en el cepo, obligado á retractarse y á salvarse á uña de caballo. [5]

Entre tantas desventuras los teólogos y canonistas, destinados á dirigir la conciencia pública, se dividían en bandos contrarios. En España, Castro, Ciruelo, Simancas, el Tostado, Torreblanca; en Italia, Grillandi, Albertini, Silvestro, Spina; en Francia, Jacquier, Michel, Crêpet; en Alemania, Sprenger, Nider, Müller; en Lorena, Remi, Gregory; en Tréveris,

[1] *Erreurs de Voltaire*, t. I, chap. XXXV.
[2] Constit. *Si instituta.* [3] *Apologiæ tres*, cap. III.
[4] *Summa Sylvestr. in V hæres.*, cap. III, q. VIII.
[5] Binsfeld, 1598. *De Confess. malefic.*, præl. VI. — Delrio, *Disquisit. mag.*, lib. V, append. I.

Binsfeld, historiaban hazañas portentosas y daban á los teólogos escolásticos materia de discusión. Estos, fundados en las noticias de aquéllos, mantenían á rostro firme resoluciones contrarias. Pecan, decía Delrío, los que no lo creen; pecan, clamaba Navarro, los que eso creen. [1] ¿Qué aconsejaba Suárez? en caso de duda, ha de presumirse el hecho, y como tal se debe castigar; y aunque fuese ilusión, no dejaría de ser pecado mortal, digno de semejante castigo. [2] ¿Qué juzgaba Binsfeld? la deposición de dos ó tres contra una basta para hacer juicio y castigar á la delatada. [3] Este dictamen seguían Lanfranc, [4] Gómez, [5] Lessio, [6] fundados en que nunca permitía Dios que en los procesos anduviesen envueltos inocentes con culpables; [7] y de ahí concluían que la sola denunciación era suficiente, sin más indicios, para enviar á la hoguera las personas denunciadas, aunque gozasen de buena reputación. Contra esta desaforada sentencia levantó la voz el teólogo Tanner con otros canonistas, y defendía que sin el favor de otros indicios y probanzas no era lícito proceder á la tortura contra personas de buena fama por acusación de complicidad. Extendíase en su dictamen á prudentísimos consejos en orden á reprimir la arbitrariedad de los jueces y tribunales. [8]

¿Cómo procedía el Santo Oficio? Establecía reglas de sanísima prudencia. En la primera mandaba á los jueces que no hiciesen particular detenimiento en las

[1] Qui hæc asserunt somnia esse et ludibria, peccant contra reverentiam Ecclesiæ matri debitam. Delrio, *Disquisit. magic.*, lib. II, quæst. XVI. —Peccat mortaliter qui credit striges corporaliter per aera vehi ad diversa loca. Navarro, *Manuale confess.*, cap. XI, n. 38.
[2] In dubio autem, et quandiu aliud satis non probatur, præsumendum videtur quod vere factum sit, et ita esse puniendum. Quamvis etiamsi per illusionem interdum fiat, tunc etiam gravissimum peccatum committitur, et eodem fere supplicio dignum propter pactum cum dæmone et conatum ad totum illud delictum vere et realiter præstandum. Suarez, *De superstitione*, lib. II, cap. XVI, n. 26.
[3] *De confess. malefic. conclus.* VI, § 2.
[4] *Praxis*, cap. VIII, n. 72.
[5] *Variar. resolut.*, t. III.—*De probat. delict.* n. 18.
[6] *De justitia*, lib. II, cap. XXX.
[7] Vix unquam permissum reperias, innocentes nominari. Quod si nominati, mox eorum innocentia Deo sic disponente, palam fit.— Delrio, *Disquisit. magic.* lib. V, appendice II, quæst. I.
[8] Mihi vero hac de re plane persuasum est, optandum esse et summis magistratibus ad quos hæc pertinent curandum, ut quod fieri potest ea quæ ad hunc pertinent processum adeo necessarium et frequentatum, certis legibus definiantur et quam paucissima judicis arbitrio permittantur.—Tanner, *De justitia*, q. V. dub. III, n. 74.

disputas de los teólogos. En la segunda declaraba que cuando una bruja delata á otras, no hay razón suficiente para proceder contra ellas. En la tercera disponía que aunque las brujas confiesen haber asistido á las jiras, y señalen cómplices, no se las dé por culpadas. [1] La aplicación de estas reglas producía entre otros, el fruto señalado por Spedalieri en este aserto: «En Roma no fué quemada una sola mujer por causa de brujería, como sucedió muchas veces en Francia.» [2] Al revés, de los tribunales civiles en los siglos XVI y XVII, habla así M. Poullet: [3] «En los procedimientos reinaba doquier la diversidad, la incertidumbre, la arbitrariedad. El acusado se veía privado de la garantía de la publicidad en los debates, el juez podía á su gusto rehusar defensor al acriminado, éste no podía asistir á la declaración de los testigos. La pena de muerte iba acompañada de crueldades repugnantes... Fuera de la pena capital había penas corporales ignominiosas.» [4]

Entremos á examinar las circunstancias que acompañan el suceso de las hadas. Del trasportamiento por los aires á partes remotísimas escribe un autor, que en cuatro ó cinco horas corren doscientas leguas de ida y vuelta; [5] otro, que en dos horas van de Italia á Palestina; [6] otro,

1 Ut facilius judices possint se abstinere a quacumque suggestione, quando mulieres incipiunt fateri talem apostasiam, forsan melius esset, ut tunc judices obliviscantur eorum quæ dicunt Doctores in ista materia, quia sæpe visum est quod judices in ordine ad ea quæ perlegunt apud Doctores multa præjudicia faciunt his mulieribus.—CESAR CARENA, inquisidor, *Instructio pro formandis processibus in causa Strigum.*—De officio Sanctissimæ Inquisitionis, § 14.

2 *Analisi dell'esame critico del Freret,*, cap. X, § 5.—BERGIER, *Dictionn. théol.* art. *Inquisition.*

3 *Hist. de droit pénal dans le duché de Brabant.*

4 En orden á esto no podemos subscribir á lo asentado en el *Diccionario Apologético* de Jaugey que dice: «Aun suponiendo en la Iglesia católica grande error de conducta acerca de esta materia, su autoridad doctrinal queda intacta.» (Art. *Démon*). No podemos admitir la suposición: es resabio de galicanismo introducir á la Iglesia por doquier, y hacerla responsable de los yerros cometidos por jueces eclesiásticos y civiles. Si el Santo Oficio no condenó al fuego á una sola bruja en la ciudad de Roma, ¿cuántas condenaría en otras ciudades de Italia y España donde tuvo tan saludable influencia? Si desmanes se cometieron por apasionados inquisidores, ¿no salían luego los decretos de San Pío V y de otros Papas á llamarlos á la senda de la moderación con avisos y amenazas? ¿Podía la Sede Apostólica precaver con más solicitud los excesos, que removiendo, como removió más de una vez, de su oficio á los inquisidores? Fuera de que la ingerencia de la Inquisición en este linaje de causas limitábase á recibir abjuraciones y á patrocinar inocentes: lo demás corría á cargo del tribunal civil.

5 ALONSO ESPINA, *Fortalit. Fidei*, lib. V.

6 JUAN PICO DE LA MIRÁNDULA, *De ludific. dæmon.* lib. II.

que se trasladan en un abrir y cerrar de ojos; [1] otro, que vuelan más ligeras que una paloma. [2] Parando en dichas cuentas no parece creible correr una persona por los aires espacio de tantas leguas en tan breve término, sin que padezca molestia y trastorno la economía animal al impulso de tan violenta carrera. No está la dificultad en el movimiento local, sino en la extraordinaria celeridad incompatible con la resistencia orgánica del cuerpo mujeril, pues es constante entre los narradores de brujas que no quedaban resentidas de sus repetidos viajes. Ni vale porfiar que un ángel asió de los cabellos al profeta Habacuc y le traspuso de Judea á Babilonia, [3] como deciamos en la página 837, porque no fue traza del demonio sino del ángel santo, á quien Dios cometió aquel vuelo, y obrando por orden de Dios, del mismo Dios recibió poder y facultad, así como el profeta recibió de Dios vigor para no desvanecerse en el camino. Fuera de que no dice el texto sagrado que el ángel le trasportó por los aires volando en una hora ni dos. Si este fué verdadero milagro, como tienen muchos teólogos, no le pudo hacer el ángel por sí; mucho menos le hará el demonio, por lo dicho en el libro primero capítulo quinto.

Tampoco favorece á los brujófilos el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, en que Suárez hace fuerza particular. [4] Los que piensan fué Cristo llevado á Jerusalén y puesto en lo más alto del templo por arte del demonio, han de advertir que Benedicto XIV, en medio de otorgar que la traslación fué local y no imaginaria, pues por verdadera la hemos de tener, [5] juzgaba que «sin embargo, es incierto si fué el Salvador llevado por los aires ó acompañado á pie, al pináculo del templo:» [6] lo mismo siente de la ida al monte. Que Cristo subió á la cima del templo

1 VIGNATI, *De Hæresi, quæst.* XII.

2 COSPI, *Giudice criminalista*, capo XXXIX.

3 Dan. XIV, 35.

4 Denique ratio unica et prudentialis potius quam speculativa est, quia potestas non deest dæmoni ut hoc vere faciat, ut jam constat, nec est cur Deus id non permittat, ut etiam per se notum est, cum permisserit dæmonem transferre ipsum Christi corpus ab uno loco in alium.—Lib. II, *De superstit.*, cap. XVI, n. 24.

5 SANTO TOMÁS, III, p. q. XLI, art. 4. — BARONIO. Ad an. XXXI, n. 20.—ALÁPIDE, In cap. IV Luc.—NATAL ALEJANDRO, In cap. IV Matth.

6 Incertum nihilominus est, num Christus Dominus fuerit, per aera translatus an ductus, ad pinnaculum templi.—*De servor. Dei Beatif.*, lib. IV, p. I, cap. III, n. 10.

por sus propios pasos, y no en brazos del demonio, fué opinión de muchos intérpretes, [1] en especial del P. Maldonado, [2] y áun del propio P. Delrío, [3] aunque otros sintieran lo contrario, [4] con ser el principal defensor de la realidad brujeril. El Angel de las Escuelas se ladeó á una y á otra opinión. [5] Los expositores del siglo XVI y XVII seguían generalmente la sentencia de la traslación diabólica, como puede verse en Diego de Quadros [6] y en Siuri, [7] cuyo sentir conservan algunos modernos. [8] Mas siempre quedará indeterminable y en rueda versátil la resolución de esta controversia, amén del silencio que guarda el Evangelista sobre la celeridad del movimiento. Cuanto al modo de mostrar el demonio á Jesucristo los reinos y ciudades en la cumbre del monte, es muy acepta la exposición de Eutimio [9] abrazada por otros intérpretes, [10] á saber, que formando el habla humana, de viva voz y señalando con el dedo los puntos del horizonte hacia donde caían los reinos y principales ciudades del globo, se las describió con sus glorias y blasones.

Suelen los brujógrafos ponderar ciertas relaciones de cosas parecidas á las brujerías, para concluir la verosimilitud de su interpretación. Cuenta Jamblico [11] que Pitágoras en un mismo día fué trasportado á Italia desde Grecia, á verse con sus discípulos, que moraban en dicho reino. Ninguna buena razón nos precisa á tener por histórica la visita del filósofo; puede explicarse bien por sueño, éxtasis, alucinación mental suya: áun si fuera verdad, no se dice que fuese montado en mango de escoba, en lomos de cabrío, ni que hiciese las ridículas momerías de nuestras brujas. Si de Simón Mago se refieren altos vuelos, y de la monja Magdalena de la Cruz los cita Torreblanca, [1] no se puede sacar de su relato el partido que pretenden los defensores de la brujería, como más abajo se verá.

De lo dicho manifiestamente se sigue que este raro fenómeno carece de ejemplar justificativo en la historia, sagrada ó profana, y no deja de parecer extraño que una tan exorbitante novedad, que para ser cierta exigiría pruebas evidenciadas de la permisión y firma de Dios, la funden sus defensores en argumentos tan fútiles como los que acabamos de discutir, y los vemos presentados por indiscutibles en los Salmanticenses, [2] en Suárez [3] y otros teólogos. [4] En verdad, Ciruelo [5] y Simancas [6] tantean explicaciones para dar razón de cuándo son llevadas las brujas fantásticamente y cuándo van en realidad á los juegos infernales; pero de sus discursos resulta que la confesión de las procesadas es el único argumento que los induce á inventarlos.

Y puestos en llevar adelante su tema, no reparan en asentar rotundamente que las brujas entraban en las casas á puerta cerrada, penetrando por la chimenea, ó colándose por el ojo de la llave ó por rendijas estrechas; que al efecto se convertían en ratones, gatos, langostas y otros animalejos tales como los describen Nicolás Remi, [7] Vignati, [8] Bernardo de Como, [9] Juan Pico, [10] aunque no falte quien tache las transformaciones de delirios mujeriles. [11] Pero los muchos autores que las contaron por reales é internas ¿en qué filosofía estribaban para conceder al demonio facultad de rendir á su talante la extensión de los cuerpos? Mayores milagros habría hecho con las brujas que los más famosos taumaturgos. ¿Hay fantasía tan descabellada como la referida por Spina é impresa en los procesos, [12] á saber, que las brujas

---

[1] ORÍGENES, Com. XXXI in Luc. — EUTIMIO, In Matth., IV.—CAYETANO, In I p. q. XLI, art. 4.—S. ANSELMO, In Matth., IV. — ESTIO, In Luc., IV—JANSENIO, In Matth., IV.
[2] *Comment.* in cap. IV Matth.
[3] *Disquisit. magic.*, lib. II, q. XVI.
[4] S. JERÓNIMO, In Matth., IV. — S. GREGORIO, Hom. XVI in Evangel.—BEDA, in Luc., IV.—S. HILARIO, in Psalm. LXVIII.—S. BUENAVENTURA, *Medit. Vitæ Christi*, cap. XVII.
[5] In Matth., IV.—III p. q. XLI, art. 4 ad 7.
[6] *Palæstra biblica*, t. III, Decas. II, quæst. VIII.
[7] *Tract. Evangelic.*, t. I, tract. XXV, cap. VI, n. 82.
[8] STEENKISTE, *Comment. in Matth.*, q. LXXXVIII. —GLAIRE, *Les livres saints vengés*.
[9] In IV Matth.
[10] MALDONADO, In Matth. IV.—CALMET, Ib.—BULLET, *Reponses critiques*, t. II, p. 368.
[11] *De vita Pythagoræ*, cap. XXVIII.

[1] *De Magic.*, lib, II, cap. X.
[2] Tract. XXI, cap. VI, n. 171.
[3] *De superstit.*, lib. II, cap. XVI, n. 24.
[4] SPRENGER, *Malleus malefic.*, II p. q. I, cap. III.—DELRÍO, *Disquisit. magic.*, lib. II, quæst. XVI. — SÁNCHEZ, *Decalog.*, lib. II, cap. XL, n. 6.—AZOR, t. I, lib. IX.—FAGUNDEZ, lib. I, cap. XLVII, n. 8.—LESSIO, *De justitia*, lib. II, cap. XLIV, dub. III.
[5] *De superstit.*, cap. IV.
[6] *De catholicis instit.*, tít. XXVII, n. 12.
[7] *Dæmonolatria*, lib. II, cap. IV.
[8] *De hæresi*, quæst. XII. [9] *De Strigibus*, cap. I.
[10] *De ludific. dæmon.*, lib. II.
[11] Hæc deliria sunt omnia et illusoria. — DELRÍO, *Disquisit.*, lib. II. quæst. XVII.
[12] *De Strigibus*, cap. I, cap. XIX.

iban en compañía de su reina volando por la región del aire hasta la Tierra Santa, para que su majestad tocase el agua del Jordán, y que en llegando, el río súbitamente se secó, y que sobresaltada la reina por aquella novedad, perdió los estribos y llena de coraje hasta los ojos se los quería sacar á todas? ¿Hay profanación más indigna de escritor ascético, que, para enaltecer los méritos de la cruz de Jesucristo, estampar palabras como estas: «El que tiene familiar, asido á un palo suele andar en una hora quinientas leguas y mil. Y así fue un doctor desde Toledo á ver el saco de Roma, dejando atrás los Alpes y Pirineos y los anchísimos mares, á la ida y á la vuelta; se halló á la mañana en su casa?» [1] Sin duda alude el Padre Fonseca, al Dr. Eugenio Torralba, de quien D. Quijote subido en las ancas de Clavileño, contó aquellas graciosas visiones que andaban en boca del vulgo: siempre negó el Dr. Torralba que tuviese pacto con el demonio, [2] aunque le hayan juzgado algunos por nigromante docto.

Pero ¿quién divisó brujas en los aires, á la ida ó á la vuelta? Nadie. [3] Concedmaos que el demonio ensanchó el cañón de la chimenea ó las rendijas para que á puerta cerrada penetrase la bruja; ¿quién presenció la operación? ¿quién vió la bruja parecer de repente? Nadie: los testigos guardan silencio. Hemos de fiarlo todo á los oídos, nada á los ojos. No siempre que volvían de viaje las hijas ó las madres, estarían las criadas ó los maridos en brazos del sueño; ¿quién las vió entrar? Nadie. Era de noche; y la luz de la luna en ningún caso bastó á ostentarlas visibles. ¿Quién descubrió coros de brujas en la atmósfera yendo ó viniendo? Nadie. Y sin embargo lo excepcional fué la ilusión, lo regular y ordinario era la realidad de los paseos aéreos: tal es la tesis de Suárez. [1]

¿Qué diremos de los banquetes celebrados en aquellas orgías, de donde tornaban á casa muertas de hambre, cansadas y doloridas por los palos recibidos en las juntas? ¿Quién no ve en esta circunstancia señales claras de imaginación? La justicia que se desvivía en armar procesos, nunca siguió la pista de los conventículos, ni dió con el rastro de las fiestas profanas, ni cogió á las delincuentes en flagrante delito; nunca un curioso viajero las sorprendió en las bacanales sacrílegas; ningún presidente de tribunal pretendió ni logró satisfacer los ojos ni amargar la lengua con un plato servido en el rancho brujeril; nadie tuvo nuevas de un solo palo de escoba olvidado en los festines: lo natural parecía, para vadearse los celosos magistrados fácil y generosamente, no sosegar hasta haber á las manos los cuerpos de delito tan atroz; por desgracia, desoyendo las exigencias de los ojos, del paladar, del olfato, del tacto, á los oidos solamente dieron autoridad para ventilar un negocio de importancia, cosas expuestas á los ojos de tantos no tuvieron más testigos que los propios actores. Cuando Habacuc llevó á Daniel la comida de los segadores, el santo profeta alabó á Dios por ello, y con efecto comió. [2] Las apariciones acompañadas de efectos exteriores, ofrecen prendas de ser reales. Las de las brujas que no dan señal ninguna de efecto real, serían como las del profeta Ezequiel llevado en visión á Jerusalén á contemplar las grandes abominaciones del santuario; [3] con la diferencia, que éstas eran efectuadas por el espíritu de Dios, aquéllas lo serían por el espíritu del demonio, si ya no eran obra de pura fantasía; mas ni éstas ni aquéllas eran reales y corpóreas, como lo entendió

---

[1] P. Fr. CRISTÓBAL DE FONSECA, de la Orden de San Agustín, *Vida de Cristo*, 1598, parte primera, cap. XXVII.

[2] MENENDEZ PELAYO, *Heterodoxos*, t. II, pág. 660.

[3] Oyó Delrío contar al deán de Malinas que yendo de paseo un hombre armado reparó en unos cuervos posados en un árbol junto al camino; dispara el arcabuz, y pareciéndole que había acertado el tiro, va y halla en el suelo una llave. Vuelto á la ciudad pregunta á un amigo suyo si reconoce la llave. Responde el amigo que sí, que es de la casa vecina. Acuden á la casa, hállanla cerrada, aplican la dicha llave, entran y ¿qué ven? al ama de la casa en un rincón herida de un pistoletazo: hete aquí la bruja, que antes parecía cuervo. Como si el demonio no hubiera podido herirla en su habitación. ¿Y por qué esta mujer ha de ser aquel bulto de cuervo herido por el tirador, si es verdad que le hirió?—Otra historia extiende el P. Delrío de dos hombres que vieron una nube negruzca, y parecióles oir en ella gran ruido de voces. El más audaz de los dos apunta á la nube, y zás, suéltase de la nube una mujer borracha, desnuda, rechoncha, de mediana edad, con dos heridas en el muslo. Estos dos casos ridículos por demás, son para Delrío tan elocuentes y demostrativos de la tesis, que le ponen como arrebatado de frenesí contra los incrédulos y reacios. — Quid ad hæc, qui negant transferri? negabunt credere sese. Maneant increduli, quia hæc oculati quos possem plurimos adducere credent. Non credent: cur? quia nec viderunt nec audiverunt, et quosdam interrogaverunt qui se nihil scire responderunt.—Ib., lib V, sect. III.

[1] *De Superstitione*, lib. II, cap. XVI, n. 25.

[2] Et ait Daniel: Recordatus, es mei, Deus, et non dereliquisti diligentes te. Surgensque Daniel comedit.—*Dan*. XIV. 36.

[3] Ezech. VIII, 3.

Regino, arriba citado. [1] Los Salmanticenses añaden á esto, que todas se desparecían menos las que decían Jesús, y estas no se ausentaban de la junta sin llevar del demonio furiosa mano de azotes. ¿Qué médicos visitaron á las descalabradas? ninguno. ¿Qué se hizo de la vajilla y utensilios del festín? lo ignoramos. [2] Si las visiones eran reales ¿cómo no les valía el artificio del demonio para romper los cepos donde la justicia las metía después de encausadas? ¿cómo no las libraba de la cárcel? ¿Por qué se olvidan los brujófilos de aquellas conversiones de brujas en gatos, lechuzas y otros animales para ir á chupar á mansalva la sangre de los niños? [3] Al fin, si una sola vez las hubiera el demonio sacado de las uñas de los jueces, algún asidero tendrían; pero lo recio del caso es que algunas declaraban haber asistido á las danzas, mientras mismo las tenía presas y á buen recaudo el tribunal, sin perderlas de vista los carceleros, así como confesando ellas que de noche cogían alto vuelo y se hallaban en aquellas fiestas, ni una sola vez, de tantas como iban, lo notaron los maridos ó parientes, ni se quejaron de las nocturnas ausencias. Los demonógrafos que esta causa defienden, reponen que el diablo suplía la falta ó dejando en su lugar musarañas de carne y hueso, ó echando á los dormidos en profundísimo letargo; [4] que á no ser así por fuerza las criadas, maridos y alcaides habían de andar quejosos y sobresaltados. ¿Qué hombres eran aquellos que no echaban de ver el engaño?

Otras circunstancias son de notar. Los que frecuentaban las juntas sabáticas eran universalmente mujeres pobres y sencillas, y á veces niños de uno y otro sexo. [5] No podían los brujistas dichos excogitar cosa más á propósito para decirnos con la introducción de semejantes personas que era juego de fantasía la fábrica de aquellas asambleas. En las cuales quién asegura que adoraban al demonio sin verle la cara; quién, que las danzas se ejecutaban vueltos de espaldas unos á otros los danzantes; quién, que el diablo en forma de enano les hablaba con la cabeza baja; quién, que se acercaban á tributarle obsequio de adoración á gatas como cangrejos; quién, que en las mesas de todo había menos sal: [1] de la conveniencia de tan peregrinas ridiculeces procuraban dar explicación los amigos de la brujería. [2]

Ademas, ¿hay aserto más chocante que decir con Bodin: las brujas sólo pueden echar tres lágrimas del ojo derecho? [3] con Sprenger, que cuando comulgan, reciben la sagrada Forma debajo de la lengua y por esta causa es imposible su conversión? [4] con Grillandi, que dan señales ciertas de penitencia si cuando las atormentan no derraman lágrimas aunque suspiren y sollozen? [5] Más inconcebible cosa es aún el no haberse jamás oido decir que hubiere muerto una sola bruja en el rancho nocturno, con ser allí frecuentes y opíparos los convites. Hembras serían de fabuloso rejo. Y pasa la raya de lo desaforado haber depuesto ellas, y no pocas veces, que habían intervenido y adorado al demonio juntamente sacerdotes, religiosos, monjas que se hallaban ciertamente á la sazón en sus casas ó en el coro rezando. ¿Cómo no ha de bastar la fantasía para dar salida á todas estas exorbitancias?

Otra es, que las brujas si bien generalmente venían á confesar los mismos hechos en España, Italia, Francia, Alemania, no siempre andaban contestes sus declaraciones; y si convenían, debíase á los carceleros, jueces, verdugos, que con la repetición de las mismas preguntas les abrían camino á la identidad de respuestas. Mas ¿cómo, dirá alguno, no distinguían ellas el sueño de la realidad? Cervantes en su *Coloquio de los Perros* introduce una bruja diciendo así: «Hay opinión que no

[1] Delrio dice que acabada la ceremonia desvanecíase el coro de brujas, y que desvanecerse luego significa dejábanse de ver. —*Desierunt videri*, lib. II, quæst. XVI.

[2] Omnia evanescere exceptis sagis quæ nomen Jesu invocarunt: istæ enim solent permanere, et magno itineris labore domum redire postea coguntur, et interdum prius á dæmone ob non servatam disciplinam diabolicam durissime cæduntur et flagellantur. — *Tract.* XXI, cap. XI, n. 173.

[3] Delrio, lib. V, sect. XVI.

[4] Salmanticenses, Tr. XXI, cap. XI, n. 178.

[5] Pueri utriusque sexus — Binsfeld, *De malefic. Comment. in tit.*

[1] «La sal falta en estos saraos, porque es símbolo de la inmortalidad, odiado del demonio.» —Boguet, *Disc. des sorciers*, chap. XXI.

[2] Alonso de Castro, *De sortileg. malefic. et lamiar. hæresi*, cap. IV. —Grillandi, *De Sortilegiis*, cap. VII. —Remi, lib. I, cap. VII, VIII, XVII.

[3] *Dæmonom.* lib. IV, cap. IV.

[4] *Malleus maleficar.* p. II, q. I, cap. V.

[5] Censent Grillandus et socii: si saga lacrymetur, vere illam pœnitere ex animo; si non lacrymetur, fingere pœnitentiam. — Delrio, *Disquisit.*, lib. VI, cap. I, sect. III. —De esto hace burla Delrío como de señal vana é incierta. Ib. lib. V, sect. IV.

vamos á estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas que después contamos que nos han sucedido; otros dicen que nó, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima, y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una ú de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente, que no hay diferenciarlo de cuándo vamos real y verdaderamente: algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo.»

Este atrevido dictamen ponía Cervantes en los labios de la *Camacha*, no sin recelo y prudencia, cuidando de avisar que la bruja era una *burladora falsa*, y sus cosas *mentiras y apariencias del demonio.* Así con el vigor de la parodia ridiculizaba Cervantes el fantástico demonismo de aquella edad. Por el mismo estilo tomaron por asunto de broma la brujería nuestros dramáticos, como lo muestran *La inocencia castigada* de D.ª M.ª de Zayas, *La cueva de Salamanca* y *La prueba de las promesas* de Alarcon, *El astrólogo fingido* y *La Dama duende* de Calderón, *La segunda Celestina* de Aguilar, *El soldado de Píndaro* de Céspedes, *El infamador* de Cueva, *La Cornelia* de Timoneda y otros, que en sus ingeniosas representaciones venían á llamar tontos á los aficionados á brujas.

Pero ni la mofa ni el escarnio, sazonanados con sabroso donaire en las tablas, eran parte para vencer la corriente de la pública opinión. Hay un hecho confirmado por la deposición de graves autores, [1] y es, que mujeres tras de confesar que se habían hallado presentes á los sábados profanos. fueron convencidas de haber estado durmiendo en casa sin sacar de ella el pie. Estas autoridades hacían poca mella en los abogados de las hadas, porque respondían, unos, que el alma puede pasearse fuera del cuerpo y tornar á él sin menoscabo de la vida; otros, que el diablo con sus ardides procuraba persuadir á los presentes que las mujeres no se habían movido de sus casas, y otras necedades de este jaéz; pero las proferían serenos, antes que admitir, como era la verdad, que aquellas unturas confeccionadas por las brujas y tomadas al acostarse, eran verdaderos narcóticos que les excitaban los nervios y les turbaban la cabeza, teniéndolas en continuo letargo y en perpetuo sonambulismo. [1]

---

[1] MALEBRANCHE, *De inquirenda veritate*, lib. II. p. III, cap. ult.—EL CARD. CAYETANO, In 2.am 2.ea q. XCV, art. 3.—JUAN PORTA, *Magia naturale*, lib. II, cap. XXVI.—PABLO GRILLANDI, *De sortilegiis*, cap. II.—PABLO MINUCCI, *Note al Malmantile*, cant. IV, stanza 78. —EL TOSTADO, *in Genes*. cap. XIII, quæst. 355.—NICOLÁS REMI, lib. I, cap. XIV.

[1] Entre los casos de brujería que tiene por dignos de crédito el P. Delrio, (*Disquisit. magicar.* lib. II, q. XVI.) trasladamos los siguientes. La relación es de Pablo Grillandi (*De Strigibus*, lib. II, quæst. VII), y la trae con las mismas palabras el continuador de Baronio (RAYNALDO, t. XII, año 1523, § LXXXVIII, p. 437). «Antonius Leo Carbonarius Ferrariæ habitator cum suspectam haberet uxorem suam ex relatione multorum, quod iret ad cursum (conventum Sagarum) quando ipse nocte dormiret, finxit se quadam nocte profunde nimis dormire. Quod ubi percepit uxor, surgens de lecto inunxit se unguento ex vasculo prius abscondito, et statim nusquam comparuit. Stupens autem vir suus, et quadam curiositate ductus, de lecto surgens idem fecit quod uxor, et statim per caminum (ut sibi videbatur) per quem etiam sibi visum fuerat ascendisse uxorem, delatus, in quamdam cujusdam nobilis Comitis cellam vinariam deportatus est, quo loci etiam uxorem suam cum aliis pluribus reperit. Eo autem viso, uxor ejus statim cum aliis quodam signo facto discessit, eodem viro suo in illo loco relicto. Qui mane a famulis domus inventus, et cum clamoribus quasi latro captus, et ante Comitem constitutus, accepto loquendi spatio, cum robore factum narravit, et ex hoc accusata uxor illius apud Inquisitorem, et tandem confessa, pœnam dedit suis dignam sceleribus.»—«Joannem ab Henbach vix dum ab ephebis egressum venefica mater secum ad nocturnos dæmonum conventus deduxerat, ac quod tibiis sciret, iis illum canere jusserat, atque in proximam arborem quo clarius exaudiretur inscendere. Quod dum facit ac saltantium choreas ociosus oculis collustrat, forte insolentia admiratus (nam præpostera ridiculaque ibi erant omnia), Deus bone, inquit, unde isthæc nobis tam stulta amensque turba? Vixque hoc dixerat, cum in terram prolapsus altero humero debilitatum se ac, cum astantium opem imploraret, solum reperit. Quod dum palam prædicasset, et varie de eo sentiretur, aliis visum, aliis rem gestam esse contendentibus, secuta est postmodum, quæ eam dubitationem tolleret occasio. Nam CatherinaPrævotia in Fressem 4 Non. Sept, 1599 earum una quæ choros illos agitaverant, ob sortilegii suspicionem non multo post comprehensa, rem omnem uti supra memorata est, adhuc ejus rumoris quem Henbachius seminaverat, ignara, et nulla interrogatione præeunte fassa fuit.»—«In Mendrino oppido Comensi contigit, jam fere annis quinquaginta elapsis, ut... una die ipsa Potestas, quadam curiositate ductus, volens experiri, an vere et corporaliter strigiæ irent ad ludum, facta conventione, accessit quodam die jovis sero cum notario suo et quodam alio, extra oppidum ad quemdam locum, sicut illi strigia prædixerat. Et dum prope ibi essent illi tres, viderunt ibi plures personas congregatas coram quodam (qui erat Diabolus in forma hirci) ad modum cujusdam magni Domini sedente. Et ecce subito omnes illæ personæ ibidem congregatæ, jussu Diaboli, adeo illum oficialem et omnes ejus socios, Deo ob eorum curiositatem permittente, baculis percusserunt, quod et talibus percussionibus, ille officialis et notarius et tertius ille alius infra quindecim dies mortui sunt.»

Del P. Delrio y de los escritores que extracta dijo muy á este propósito el P. Perrone: «Delrio nunc cum pluribus aliis ejusdem argumenti scriptis jacet» (*De Deo Creat*, p. I, cap. V, prop. II, n. 123).

ARTÍCULO III.

Las brujas y el misterio de la Encarnación.—El concilio de Ancira.—Interpretación de los teólogos.—Benedicto XIV.—Carácter negativo de la brujería.—Respuesta al proceder de los teólogos, de los jurisconsultos, de los papas.—La brujería acrecentó la superstición.—Qué parte fueron los libros de caballerías para divulgar la fama de la brujería.—Cervantes la aniquiló en España.—Autores que negaron la existencia de las brujas.

En el asunto de las brujas la parte más deplorable es el agravio que infiere á la Encarnación del Hijo de Dios. En este libro va dicho [1] cómo ha quedado el poder de Satanás después de la Redención, cuán abatido y diferente del que tenía en la gentilidad. Aseverar que las brujas se contaban á millares en la Europa cristiana, y que el demonio tomaba con ellas libertades nunca vistas entre gentiles, y que cometían crímenes desacostumbrados y nuevos en la historia de la religión, y que por dos docenas de hechiceras celebradas en el paganismo formaban las brujas cristianas compañías de Circes y Medéas, y que todas las semanas en diversos lugares de Europa infinita gente bautizada concurría con legiones de demonios á dar culto á un macho cabrío representante de Lucifer, poblándose los aires de escuadrones embrujados que iban y venían sin parar; es la aseveración más gratuita, más inverosímil, más inconcebible, más absurda. Las escenas del espiritismo y masonismo no son nuevas; hallan confirmación en la historia sagrada y profana, [2] son casos de magia negra; pero en ningún siglo desde que hay hombres leemos hechos históricos semejantes á los de la brujería; inventados parecen para escarnio de la humanidad y afrenta de la verdadera religión. No que las perseguidas por capítulo de magia fueran todas inocentes, no que las condenadas por hechiceras anduvieran todas exentas de culpabilidad, no que el demonio dejase de meter la cola en el grabar especies infames y sospechas calumniosas en la fantasía de acusados y acusadores; pero si fueran ciertos los hechos que llevaron á las llamas tanta gente por nota de nigromancia, hemos de confesarlo, ni entre gentiles y herejes, ni entre espiritistas y masones habría hecho Lucifer una demostración tan extremada, ni tan ignominiosa al cristianismo. «Lo que se llamaba el *Sábado*, no era, según parece, una verdadera reunión de brujas que acudían por el aire montadas en una escoba, como creía la superstición popular; pero no hay inconveniente alguno en admitir que aquellas gentes, que habían llegado al estado de sobreexcitación diabólica de que acabamos de hablar, se hubiesen reunido en alguna ocasión en orgías sacrílegas, y luego se representasen en su imaginación aquellas escenas, durante su estado de sueño mágico.» [1] Después de la solemnísima victoria alcanzada por el Divino Redentor en el Calvario, [2] carece el demonio de aquella tiránica libertad que antes tenía, y ha menester ahora expresa licencia de Dios para dañar á los mortales; licencia, que en nuestro caso debería constar de más firmes argumentos para hacerse presumible.

Cargando la consideración en este principal motivo, interpuso su autoridad un Concilio (Ancirano ó Romano), y en el canon *Episcopi*, que se atribuye á San Dámaso papa, [3] estatuye penas contra las mujeres que «creyesen y profesasen que por la noche son llevadas en volandas cabalgando en bestias y corriendo largos espacios de tierra con Diana diosa de los paganos, ó con Herodías y muchedumbres de mujeres, y que en ciertas noches son llamadas á servirla: las cuales cosas son falsas, dice el Concilio, y sólo sugeridas por el mal espíritu.»

---

[1] Págs. 869, 875

[2] Act. XIII, 8; XVI, 16.—II Thessal. II.—I Reg. XVIII. 3.—III Reg. XXII, 6.—Is. XLVII, 12.—Eusebio, *Præp. evangel.* lib. V, cap. VIII, IX. X.

[1] Perujo, *Diccionario de ciencias eclesiásticas*, 1885, t. II. art. *Bruja*.

[2] Apoc. XX.—San Agustin, *De Civit. Dei*, lib. XX, cap. VIII.

[3] Baronio, *Annal. eccles: an.* 314: an. 323.

Illud etiam non est omittendum quod quædam sceleratæ mulieres, retro post Satanam conversæ, dæmonum illusionibus et phantasmatibus seductæ, credunt et profitentur, se nocturnis horis cum Diana Dea Paganorum vel cum Herodiade et innumera multitudine mulierum, equitare super quasdam bestias, et multarum terrarum spatia intempestæ noctis silentio pertransire, ejusque jussionibus obedire velut dominæ, et certis noctibus ad ejus servitium vocari... Innumera multitudo hac falsa opinione decepta, hæc vera esse credunt, et credendo á recta fide deviant, et errore paganorum involvuntur, cum aliquid divinitatis aut numinis extra unum Deum arbitrantur. Qua propter Sacerdotes per Ecclesias sibi commissas, populo Dei omni instantia prædicare debent, ut noverint, hæc omnino falsa esse, et non á divino sed á maligno spiritu talia phantasmata mentibus fidelium irrogari. Si quidem ipse Satanas, qui transfigurat se in angelum lucis, cum mentem cujuscumque mulierculæ ceperit, et hanc per infidelitatem sibi sub-

En la interpretación de este canon sudaban los brujistas. Unos, como Valencia, [1] Vazquez, [2] Suarez, [3] entendían la traslación de un caso raro; Alonso de Castro [4] tomó por mujeres las del siglo IV; Delrio [5] negó la autenticidad del canon; Granado [6] y Arriaga [7] juzgaron que el Concilio no es de fe en la parte de las cabalgatas mujeriles, y que el haber añadido cosa menos cierta no deroga á la verdad de la definición; Tanner, [8] Cardenal Toledo, [9] Torquemada, Silvestre y el Tostado pensaron que el canon se refería al modo de ser llevado aquel mujerío, á saber, no por el demonio, sino por Diana ó Herodías; en fin, en tanto que gran parte de canonistas y jurisconsultos [10] se apoyaron en la claridad de las palabras para desechar estas carreras á volapié, los teólogos tomaban las armas unos contra otros, y asían todos del canon como del yelmo de Belona, procurando torcerle á su bando y opinión.

Mejor les fuera haber seguido las pisadas de Carlomagno, de Regino, de Raterio, de Burcardo, de Salisbury, de San Ibón, de Graciano, que fundados en el canon *Episcopi* negaron los oidos, como antes dijimos, y mandaron á los fieles que los cerrasen á tales habladurías como á cosas fantásticas y no reales; de esta manera habrían concluido que las hazañas flamantes y nunca oidas no se compadecían bien con lo dispuesto y creido por la grave antigüedad. No lo hicieron, no osaron atenerse á una tan obvia semejanza.

El Papa Benedicto XIV, versadísimo, como es notorio, en la lectura y meditación de las obras teológicas, cuando expone los ardides del demonio en seducir á los hombres, coloca en primer término, siguiendo á Santo Tomás, las ilusiones de los sentidos y las representaciones que suele imprimir en la imaginativa la astucia diabólica. «A esta clase, dice, pueden reducirse, parece, las cosas que se cuentan de las brujas llevadas por los demonios á los conventículos, según que se dice en el canon *Episcopi* (copia aquí el canon precedente), por más que no falten católicos escritores que piensan haber sido verdaderos dichos viajes alguna vez, y que se hacían por arte del demonio.» [1] De gran fuerza es en esta materia la autoridad de Benedicto XIV, sin embargo de tener á la vista el texto del canon anciano.

Señala el doctisímo Cardenal Lambertini dos clases de autores opinantes en la presente cuestión: los católicos escritores adheridos á la opinión de ser corpóreas y diabólicas las traslaciones de las brujas; los católicos escritores que las creían ilusorias y fantásticas. En la primera opinión figuraban casi todos los teólogos y canonistas del siglo XVI y muchos del XVII, quienes no ponían duda en llamarla verdadera y corriente; [2] á la segunda se inclinaban otros católicos escritores negando por entero la verdad histórica de tales deportaciones, siquiera no decidiesen contra la posibilidad en absoluto. De las dos propuestas sentencias, sin tildar con nota la primera, siéntese el sapientísimo varón inclinado á la segunda, y da ejemplo á quienquiera para abrazarla sin reparo.

Tal es nuestra posición. Tratando con toda reverencia á los esclarecidos adversarios, parécenos haber sido ilusión de sentidos y de fantasía la historia de las brujas, sin por eso pretender negar que en casos excepcionales tuviera entrada el de-

---

jugaverit, illico transformat se in diversas species personarum, atque similitudines, et mentem, quam captivam tenet, in somniis deludens, modo læta, modo tristia, modo cognitas, modo incognitas personas ostendens, per devia quoque deducit; et cum spiritus solus hoc patitur, infidelis mens hoc non in animo sed in corpore evenire opinatur... ¿Quis vero tam hebes et stultus sit, qui hæc omnia quæ in solo spiritu fiunt, etiam in corpore accidere arbitretur?... Qui talia et his similia credit, fidem perdit.

1 *De Angelis*, disp. IV, q. II, p. 2.

2 *Disp.* 184, cap. III.

3 *De superst.* cap. XVI.

4 Lib. I *de punit. hæret.* cap. XVI.

5 *Disquisit. mag.*, lib. V, sect. XVI.

6 *De Angelis*, tract. IX, disp. II.

7 *De Angelis*, disp. XVIII, sect. III, subsect. I.

8 *De Angelis*, q. V, dub. III.

9 *In* I, p. *D. Thomæ*. q. LI, art. II.

10 Ponzinibio, Porta, Alciato, Duareno, Erodio, Montano, Samuel, Martín de Arlés, Camerario, Ulrico Molitor, Leonardo Vair y otros del siglo XVI y XVII.

1 Per illusionem sensuum tam internorum quam externorum facta sunt ea, de quibus in can. *Nec mirum*..... Ad hanc eamdem classem referri posse videntur ea quæ de strigibus narrantur ad conventicula a dæmone deportatis juxta alium textum, in can. *Episcopi*...; quamvis non desint catholici scriptores qui hasce deportationes aliquando vere factas fuisse et fieri dæmonum potestate putant.—*De servor. Dei beatif.* lib. IV, p. I, cap. III, n. 3.

2 Vera et communis Doctorum sententia. Los SALMANTICENSES, Trat. XXI, cap. XI, n. 171.—Hæc est sententia communis theologorum et juristarum. PEÑA, *Director. comment.* LXVIII.—Non potest sine impudentia negari. EL TOSTADO, In IV. Matth. quæst. XLVII.—Interdum totum hoc fit per illusionem phantasiæ, sæpius autem vere et realiter fiunt: et hoc videtur esse regulare, aliud autem veluti per exceptionem. SUAREZ, *De superstit.* lib. II, cap. XVI, n. 25.

monio. No hay en el ámbito de la historia universal acaecimiento tan enigmático y obscuro como el proceso de las brujas. En aquellos siglos de tanta confusión brujas pululaban por doquier, y brujas eran llamadas todas las personas sospechosas de algún siniestro, y todas las brujas eran tenidas por hechiceras. Bruja era la mujer que hacía mal á otra, bruja la que mostraba intento dañino, bruja la que miraba de reojo, bruja la que salía de noche, bruja la que cabeceaba de día, bruja la que andaba triste, bruja la que reía con exceso, bruja la disipada, bruja la devota, bruja la espantadiza, bruja la valerosa y grave, bruja la que confesaba, bruja la que se defendía; por fas ó por nefas brujas llovían en los tribunales, brujas en los cepos, brujas en las hogueras, por doquier pactos diabólicos, sortilegios, hechizos, demonios. [1] «Tratad á los obispos, á los jueces, á mí mismo, tratadnos como á esas desgraciadas, ponednos en el potro, echadnos en el caballete, y á buen seguro que nos halléis culpables de hechicería.» [2] Con este denuedo representaba desafío el valeroso Padre Federico Spee á los jueces y magistrados, cuando la evidencia de las cosas le puso en el trance de salir al palenque contra las vejaciones de la arbitrariedad.

Lo repetimos, en toda la corrupción del paganismo apenas hallamos tanto colmo de torpeza, audacia y maldad, ni la milésima parte de las hazañas facinerosas que á las brujas se achacaban. Ni los gnósticos infames, ni los depravados albigenses, ni los lúbricos alumbrados, ni los impíos francmasones llegaron á presenciar escenas tan horribles como las descritas por los brujógrafos. Si se dice de los masones que profanan la sagrada hostia, y que visita Satanás sus logias en forma sensible, es hazaña que pertenece á los de pendón y no á los masones de medio pelo; en la brujería no hay distinción, ni grado, ni secreto, ni rito, ni ley de ningún género. Los gnósticos y francmasones, los albigenses y espiritistas han sido cuerpos con cabeza, asociaciones con sus principios, medios y fines, sociedades funestas que constan de jefes y miembros unidos entre sí con los vínculos de una misma profesión. Aquí, en la brujería, nunca hubo hereje ni cismático, ni anticristo que acaudillase el popular mujerío; nunca formaron las brujas cuerpo de doctrina ni de prácticas, carecían de ceremonial, de traje común, de vínculo externo que las uniese; todo era personal, interno, misterioso, extravagante; cantidad de mujercillas destartaladas que peregrinaban por las nubes, al decir de los procesos, á puntos remotísimos en volandas, sin leyes, sin principios, sin profesión, sin obligaciones, sin premios ni castigos; una algarabía de mujerzuelas que rezaban, oían misa, comulgaban, vivían en paz con sus maridos, pero tenían la flaqueza de andar en sueños á la briba. El que se figure conventículo mujeril de estas circunstancias, y le dé por hecho y verdadero, sabe cortar el nudo más intrincado que presenta la historia humana. [1] Cuando en el ocaso del siglo XIX oímos á un escritor como Julio Bois, acatólico indiferente, exclamar entusiasmado: «*Le sabbat fut en somme le premier des clubs féministes. On y proclama la victoire prophétique de l' éternelle opprimée;*» [2] á tan insensatas voces cobramos mayor esfuerzo y nos sentimos más seguros de la expresada sentencia.

Mas de aquí nace una dificultad de monta. Vistas las cosas de cerca, ¿quién dirá que tantos varones graves y doctos, tantos tribunales respetables, tantos jueces integérrimos, tantos canonistas experimentados, tantos teólogos eminentes, en una causa fácil de averiguar, hayan procedido á la ligera y padecido ilusión creyendo verdad la más patente mentira? «Si pues el *sabbat* es un sueño, fuerza es concluir que la Iglesia trabajaba en el vacío, que perseguía sombras, y que hería y escarmentaba inocentes y alucinados. Piense así quien quiera; no emplearán nuestros labios semejante lenguaje.» [3]

Respondamos por partes. Por lo que toca á los teólogos, baste citar uno solo El P. Suárez, admitida la posibilidad de los trasportes, cuando viene á fundar en razones positivas su realidad y existencia, sólo trae la autoridad del *se dice (dicitur, experimento cognitum esse)*; y por toda razón afirma haber acontecido en aque-

---

[1] *Dictionnaire encyclopéd.*, t. XXII art. *Procès de sorcellerie.*

[2] *Cautio criminalis circa processus contra sagas*, Dub. VIII.

[1] LECANU, *Hist. de Satan*, chap. XIX.

[2] *Le Satanisme et la magie*, p. 196.

[3] RIBET, *La Mystique*, t. III, chap. XVIII.

llos congresos que algunas mujeres, aterradas de lo que veían, invocaron el nombre de Jesús, ó se santiguaron, y al punto se disolvió la reunión, y todos desaparecieron, huyendo los demonios y quedando solitas las que se habían santiguado, teniendo que irse por sus pies, y no en volandas, con harto trabajo á sus casas, y no pocas veces antes de irse hubieron de llevar una tunda de azotes de mano del demonio por haber violado el ceremonial y estorbado el jolgorio. *De qua re*, añade, *varia exempla referuntur in libro de confess. maleficarum*. Igual credulidad imitaban los Salmanticenses, Arriaga, Sánchez, Valencia, Leandro, Pereira, Villalobos, Trullench y demás doctores.

Por lo común los del siglo XVII se remitían á las *Disquisiciones mágicas*, donde el P. Martín Delrío había recogido cuantos casos raros de hechicería y brujería halló escritos. Sin bastante motivo fiaron tanto los teólogos de un autor, crédulo y preocupado, así le llama el P. Feijóo, [1] que dió á ciertos escritores más fe de la que merecían; de un autor que admitió por verdaderos, casos cuyas circunstancias los hacen del todo increíbles; de un autor que imputó al abad Tritemio la mágica superstición de su *Steganografía*, que no es tal, sino obra de puro ingenio; á Maltessio la adivinación circunstanciada de pensamientos ajenos, cosa imposible al demonio; de un autor, en fin, á quien el Padre Feijóo nota otras menguas, en particular la de haber tomado noticias de Juan Bodin, «hombre indiciado en materia de religión,» [2] y escritor de muchos embustes.

Especialmente á los teólogos españoles veníanles de luengas tierras las noticias. En España apenas se tenía memoria de semejantes aventuras, si no las traían de fuera. En todo el siglo XIV sólo tenemos al médico Torralba, que al estilo de Paracelso, Cornelio Agripa, Cardano, Escalígero, no pasó de ser un hombre alocado, y pagó con unos años de cárcel las sospechas que de sus hechicerías corrieron; más adelante á los procesados por auto de Logroño (1610), de los cuales sólo entregó la Inquisición al brazo seglar á María Zuzaya, que no feneció en las llamas, [3] si es auténtico y válido el proceso; al cura de Bargota, de quien se contaban vuelos aéreos; á las brujas de Navarra, que en 1527, examinadas en número de cincuenta por los Oidores del Consejo, pagaron con azotes y cárcel el rumor de sus hechicerías; [1] á Román Ramírez, de quien era fama había hecho pacto con el demonio y galopaba por los aires; [2] á la Camacha de Mantilla, que convirtió en caballo á D. Alonso de Aguilar, y alguno que otro proceso. «En adelante se formaron pocas causas de brujería, y de ninguna importancia; no se relajó á casi nadie por este crimen, no hubo autos contra él... A fines del siglo XVII no era más que un temeroso recuerdo.» [3] De suerte que en esta materia los teólogos españoles digladiaban en el campo teórico y especulativo; si algunos bajaban á hechos particulares, presuponían la verdad de los alegados testimonios, sin responder de su autenticidad concreta y singular. Poco trabajo les habría costado hacer un viaje á la provincia de Soria, para cerciorarse del espectáculo brujeril que se daba á las altas horas de la noche en el *Campo de las Brujas*, como era fama. No lo hicieron; no lo tenían ellos á cargo, corría por cuenta de magistrados y jueces.

A los tribunales tocaba la minuciosa averiguación de los hechos. Juan Bodin (1530-1596), abogado en el Departamento de París, compendió en su *Tratado de la demonomanía*, los procesos que llegaron á sus oídos; Nicolás Remi, procurador criminal de Lorena, resumió en tres libros sobre la *Demonolatría* (1555) las causas de novecientas personas acusadas de hechicería; Enrique Boguet, juez del Franco-Condado, publicó por el mismo tiempo los *Discursos sobre los hechiceros*, y juntamente una instrucción para uso de los jueces en esta materia; Pedro de Lancre, encargado por Enrique IV de remediar los desórdenes de la hechicería (1609), dejó escritos los procedimientos judiciales en su *Cuadro acerca de la inconstancia de los malos ángeles y demonios*. Otros autores acumularon en grandes volúmenes relatos de brujerías. Sin embargo, el P. Spee declara que á ninguna bruja acompañó al suplicio que pudiera llamarse rea; y nota

1 *Teatro crítico*, t. II, disc. V, § VIII.
2 Ibid., n. 49.
3 Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, lib. V.

1 Sandoval, *Historia del Emperador*, lib. XVI, § 15.
2 Delrío, *Disquisit.*, lib. II, quæst. XXIV.
3 Menéndez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, p. 669.

los abusos de los jueces, [1] la corrupción de los magistrados, la falta de formalidad en los procesos, [2] las exorbitantes injusticias de los tribunales. Layman [3] y Tanner [4] delatan el desorden de los procesos, y juzgan que poquísimas cosas debían dejarse al arbitrio de los magistrados en estas causas, contra lo que opinaba Delrío y sus secuaces, [5] como va dicho.

Atento á la incuria de los tribunales exponía el P. Feijóo [6] su opinión en esta forma: «Hubo en los tiempos y territorios en que reinó esta plaga, mucha credulidad en los que recibían las informaciones; mucha necedad en los delatores y testigos; mucha fatuidad en los mismos que eran tratados como delincuentes; los delatores y testigos eran por lo común gente rústica... El nimio ardor de los procedimientos y frecuencia de los suplicios trastornaban el seso de muchos miserables, de modo que luego que se veían acusados, buenamente creían que eran brujos ó hechiceros, y creían y confesaban los hechos que les eran imputados, aunque enteramente falsos.» Lo mismo sintió Soldan [7] echando á los tribunales la culpa de todo. Los jueces tenían asentada en sus ánimos la realidad de las brujerías, y no soltaban de la mano á las acusadas hasta que hubiesen declarado en conformidad con la convicción que á ellos les bullía en la cabeza. Es cierto que millares confesaron hechicerías sólo por miedo á los tormentos; una conducta más blanda habría evitado muchas muertes, como en Roma aconteció por virtud del Santo Oficio. [8]

Esta explicación nos parece suficiente para dar razón de las Actas inquisitoriales de tan largos procesos. El sabio Aberlé constituye la causa verdadera en el estado de perturbación social introducido por la Reforma. La brujería no fué una realidad, fué enfermedad mental, según Aberlé, ocasionada por las violencias de los luteranos en Alemania, donde más inundó la peste de las brujas y había estragado ya los ánimos en el siglo XV. Añade el citado autor que las ideas de la brujería tienen grande analogía con las tradiciones de la antigua mitología germánica constante de fantasmas, sombras, espíritus de tinieblas y visiones aterradoras. Tres cosas son de notar en estos procesos, la manía de volar, la aplicación de los ungüentos, y la casi uniformidad de testimonios: la disposición al estado visionario, la perturbación de los ánimos, y el contagio de los achaques nerviosos bastan para explicar los tres efectos dichos que predominan en los procesos. «Estas imaginaciones tenían para las brujas el valor de una realidad, y sólo eran sueños de alma enferma.» [1]

Los Romanos Pontífices expidieron Bulas contra magos, adivinos, astrólogos, supersticiosos. Si hablan de brujas es para prohibir que se les dé crédito. La Bula de Inocencio VIII á los inquisidores de Alemania, no prueba que existiesen brujas; ni las menciona ni alude á sus conciliábulos nocturnos. Nótese, de camino, la ligereza del calumniador Eugenio Pelletan. «El hechicero, dice, tenía el dón de matar con una palabra en voz baja al niño recién nacido, como á la manada de un ganado, de asolar las mieses, de quemar con granizo las viñas, de trastornar las cerraduras y de cerrar el ojo de las agujas. Y fué un papa, fué Inocencio VIII quien lo afirmó ex cátedra en una bula, revestido, por supuesto, del carácter de infalible.» [2] No viene á nuestro propósito señalar todas las falsas imputaciones acumuladas por este enemigo de la Iglesia á la memoria de Inocencio VIII; basta poner los ojos en el documento pontificio para entender cuán lejos anda Pelletan de la verdad. Inocencio VIII en su Bula [3] *no afirma ex cathedra*, solamente dice que llegó á sus oidos lo afirmado por otros; [4] y lo afirmado y referido se reducía á maleficios, sortilegios, hechicerías y otras obras de magia, contra las cuales previene el Romano Pontífice á los inquisidores que cumplan con su oficio libre y resueltamente, reprimiendo los excesos de la herética pravedad. Ni siquiera supo el incrédulo Pelletan disimular su mal intento con ornato de palabras.

El Papa León X [5] insiste en la misma

---

1 *Cautio criminalis*, dub. VIII, IX, XVI.
2 Dub. II.
3 *Theol. mor.*, lib. III, tract. IV, cap. V, § I
4 *Theol. Schol.*, t. III, disp. IV, q. V, dub. III.
5 *Disquisit. mag.*, lib. V, append. 2, q. I.
6 Carta XX, n. 63. 7 *Hist. des Procès de sorcellerie.*
8 ABERLÉ, *Dictionnaire encyclopédique*, t. XIV, art. *Magie.*

1 Ibid.
2 *¿Ha muerto Dios?* Trad. de Agramonte, 1888. p. 22.
3 *Summis desiderantes*, 1484.
4 Nuper ad nostrum non sine ingenti molestia pervenit auditum, quod in nonnullis partibus Alemaniæ superioris, etc., etc.
5 *Honestis petentium votis*, 1521.

empresa, decretando que á los inquisidores sea libre la jurisdicción en las causas de los maléficos, sortílegos y apóstatas. Siempre los romanos Pontífices procedieron con la sonda en la mano acerca de la condenación de la magia. Mas ninguno de ellos, cuyas bulas citamos en el artículo segundo del capítulo anterior, hace memoria de volaterías reales, de reuniones sabáticas, de unturas para volar, de brujas ni de cosa que á ellas pertenezca: cautela digna de consideración. El Papa Adriano VI, con tener los oidos llenos de hablillas populares, excusa la más remota mención del brujismo, cuando las circunstancias parecían obligarle á puntualizar sus excesos y crímenes. [1] En aquellos tiempos en que la fama de la brujería volaba por todas partes, los Papas, callando los vuelos y escenas sabáticas cuasi de industria, clamaban y dictaban leyes contra la hechicería y verdadera superstición, como si quisieran avisar con su magistral prudencia cuán fácil era se hallasen entre las notadas de brujas algunas personas seducidas por el demonio, expuestas á perder la fe ó miserablemente extraviadas, cuyos extravíos tocaba al pastor de toda la grey prevenir y atajar con amorosos silbidos.

Porque no podemos negar que entre las llamadas brujas se ocultasen hechiceras dignas de ejemplar castigo, y también mujeres ilusas, embusteras y malvadas merecedoras de riguroso escarmiento. «Que haya tantos hechiceros, tantas brujas, que sean frecuentes esas transmigraciones por el aire; *que Dios dé tanta libertad al demonio, especialmente después que con su venida al mundo le destronizó de su imperio, sólo cabe en la credulidad del vulgo;* pero ponerlo todo en paraje que todo es, ó casi todo ilusión, es otro extremo vicioso y mucho más arriesgado.» [2] Sin ningún fundamento razonable se puede negar que al demonio sea posible, permitiéndoselo Dios, trasportar cuerpos humanos á partes remotas para sus perversos fines. Si alguna vez lo hizo, las circunstancias del relato lo dirán con claridad al recto y prudente juez. La madurez con que procedían los tribunales del Santo Oficio obliga á pensar que no sin razón condenaban á los encausados por crimen de magia, de sodomía, de sacrilegio.

Dirán: las brujas depusieron haber levantado tempestades, asolado casas, dado muerte á niños con sus conjuros.—R. Si eso confesaban, y era fundada su confesión, al cuerpo de hechiceras pertenecían, relación tenían con el demonio. Si eso confesaban, y por otra parte eran personas timoratas, observantes de la divina ley, enemigas de los herejes, aborrecedoras del pacto diabólico, no hay motivo para creer verdaderas sus declaraciones. Pueden haber tenido causa en la perturbación de la fantasía. La verdad es que ciertas mujeres por su carácter y temperamento, de todo eso reciben aprensiones, y engaño ó ilusión, ora el diablo se lo sugiera, ora ellas se lo figuren así, á la manera que después de embadurnarse el cuerpo se trasformaban en lobos: el hecho es que se durmieron vencidas del sueño, y eso soñaron; ni porque lo afirmen y juren, merecen crédito. Infinitos males nacerían de darle á semejantes quimeras.

Es la humana fantasía facultad muy artificiosa. Cosas una vez vistas, con tal viveza las representa, y tan galanas formas les da, como si entrasen de nuevo por los ojos. A veces la misma imaginación, informada de conceptos incoherentes y varios, cuando en ellos se ceba con afán y de continuo, acumula tan vívidos fantasmas, que cree el hombre ver y oir lo que ni oye ni ve, ni por semejas. Así se explican aquellas transformaciones de hombres en bestias que leemos en los antiguos: Circe trocando en brutos los compañeros de Ulises, los Arcades tomando figuras bestiales con sólo recibir parte del sacrificio ofrecido á su dios Liceo, Ifigenia convertida en corza, Argos en pavo real, Acteon en ciervo, Calixto en osa, Licaon en lobo, Aretusa en fuente, las Híadas en estrellas, y otras parecidas metamórfosis, de las cuales dice San Agustín que «sucedían por imaginario juego del sentido.» [1] Enseña Santo Tomás que sabe el demonio causar ilusión en la parte sen-

---

[1] In nonnullis Lombardiæ partibus et præsertim in locis in quibus Georgius inquisitor deputatus erat, repertæ fuerunt quamplures utriusque sexus personæ... certam sectam facientes, diabolum in suum dominum et patronum assumentes, eique obedientiam et reverentiam exhibentes, et suis incantationibus, carminibus, sortilegiis, aliisque nefandis superstitionibus, jumenta et fructus terræ multipliciter lædentes, aliaque quamplurima nefanda, excessus et crimina, eodem diabolo instigante committentes et perpetrantes in animarum suarum periculum... etc.

[2] P. Feijóo, *Teatro crit.*, t. II, disc V, n 64.

[1] *De Civit.*, lib. X, cap. XVI.

sitiva con especies y fantasmas de cosas no puestas en parte alguna, ó del todo ausentes, y avivar su aprensión de modo que parezca al hombre tenerlas delante con toda realidad.[1] Si hemos de admitir aquí en la brujería intervención diabólica, tal vez ésta fué la principal, revolver las cabezas, impresionar los cerebros, exaltar las imaginaciones, imprimir especies en las facultades humanas, con que mujeres y hombres pensasen ver realmente lo que de ningún modo tenía cuerpo. Los infelices procesados eran víctimas de diabólica ilusión: así podría explicarse el fenómeno de las brujas.

El Padre Tanner lo confiesa con ingenuidad, aunque no lo dice de todos, por estas palabras: «Cosa cierta es, que las brujas no pocas veces son engañadas en sueños por el demonio, cuando creen ser trasportadas á este ó á aquel lugar y tratar con tales ó cuales personas; más diré, muy creible es que semejantes traslaciones las más de las veces sean solamente fantásticas, no verdaderas y reales, como en otra parte enseñé. Siendo pues tan fácil y tan frecuente el peligro de ilusión, que ni las mismas pacientes, sea por simpleza, sea por vigor de fantasía, sea por astucia del demonio, no puedan á veces distinguir bastante las verdaderas de las falsas traslaciones y operaciones, ¿cómo sus testimonios pueden ser tenidos por claras probanzas cuales para la tortura se requieren?»[2] Así argumentaba Tanner contra Delrío y otros doctores que creían suficiente el dicho de las brujas para hacer proceso contra ellas. Cita el Padre Tanner el caso de un tribunal de Ingolstad, que habiendo mandado leer públicamente la confesión de unas mujeres condenadas por brujas, entre cuyos crímenes se contaban asesinatos y maleficios inferidos á personas determinadas, las mismas personas halladas allí presentes sanas y salvas redarguyeron de falsedad la leida confesión.

Por estos motivos, grave sospecha hay para creer que el asunto de las brujas fué casi todo cosa de ilusión mujeril, tal vez causada por el demonio, tal vez nacida del espíritu supersticioso fomentado por los verdaderos magos. Ello es que con el achaque de las brujerías tomó en Europa la superstición increible acrecentamiento.

1 I p. q. CXIV, a. 4.
2 *De justitia*, quæst. V, dub. II, n. 43.

El que no podía tolerar el azufre, era señal de estar endemoniado;[1] la mujer que sea bruja, no podrá verter lágrimas porque el demonio la tiene abrasada con su calor infernal y le chupa todo el humor;[2] para librar del demonio á las brujas, es conveniente rebautizarlas;[3] para curar brujas pónganseles los remedios en las espaldas.[4] La superstición entre los católicos había superado las supersticiones paganas;[5] casi todos los restos de la idolatría reverdecieron al impulso de tanta fatuidad.[6] Otras supersticiones pueden verse en la obra de Jerónimo Tartarotti, terrible enemigo de las brujas.[7] A este propósito dice el protestante Menzel: «En ninguna parte los procesos de brujería y las torturas y suplicios de mujeres condenadas á las llamas por haber tenido comercio secreto con el diablo, fueron más numerosos que en tierras de protestantes; y esto prueba que la superstición había venido á ser más grosera y brutal con el favor de la libertad de creencias... Más brujas fueron quemadas en Alemania que herejes en España, durante siglo y medio.»[8] Al mismo propósito viene la observación de Ellis, citado por Cullerre.[9] Más frecuentes son, dice, los casos de locura religiosa entre los protestantes que entre los católicos, porque el libre examen de los protestantes da pábulo á las exageraciones de las cabezas fanáticas y desconcertadas.

Los protestantes se aprovecharon de los procesos para inquietar y dar pena á los Padres jesuítas. Eran éstos, al decir de sus émulos, no solamente atizadores de los procesos, y enfadosos perseguidores de los procesados, á quienes no perdonaban hasta hacerlos cantar en el tormento, sino también tenían gran parte en las escenas infernales de brujería llevando á término atentados espantosos é inauditos. Estas voces esparcían en el siglo XVI por Munich, Dilinga, Francfort, Hildesheim,

1 COSPI, *Giudice criminalista*, capo 43.
2 SPRENGER, *Malleus malefic.*, p. III, q. XV.
3 NICOLÁS REMI, lib. III, cap. VI.
4 MENGHI, lib. III, cap. VIII.
5 Non est admirandum, apud nostrates tam magnam portam dæmonibus apertam esse, ut pene gentilium superstitionibus superent.—BINSFELD, *Comment. in Tit. c. de Malefic.*, lege 4, quæst. V.
6 Ad nudum dicam, pene omnes reliquias idololatriæ restituit et renovavit ista fatuitas.—GUILLERMO PARISIENSE, *De universo*, lib. II, cap. XXII.
7 *Del Congreso notturno delle Lammie*, 1749, libro III, capo II.
8 *Hist des Allem.* § 364
9 *Traité pratique des maladies mentales*, p. 117.

Strasburgo los protestantes Rulick, Geibert, Lantz, Waldschmitt, Leonhard, contra la Compañía de Jesús, como lo ha demostrado Monseñor Janssen en su disertación presentada al Congreso internacional católico de París. [1] Ninguna falta hace demostrar la falsedad de tales imputaciones, como de tantas otras levantadas á los jesuítas. El P. Federico Spee, valeroso defensor de la inocencia ultrajada, quejábase agriamente doliéndose de que los jueces laicos no dejasen libertad á los sacerdotes para comunicar con las procesadas, por temor de que no descubriesen la inculpabilidad de los presuntos reos. [2] Los dos esclarecidos teólogos Laymann y Tanner por haber interpuesto enérgicas protestas, á nombre de la justicia, contra los desafueros y abusos de los tribunales, despertaron contra sí las iras de sus adversarios.

Como era de prever, gran descrédito se le siguió á la magia del crédito de la brujería. Confundiendo muchos autores una cosa con otra, y viendo cuán falsas é imposibles eran las bellaquerías imputadas á las brujas, vinieron á pensar otro tanto de las magas. Atentos á corregir un yerro con otro contaron la magia entre los sueños de la fantasía. No es esto negar que hubiesen reinado en el decurso de la Edad Media restos de las orgías gentílicas, celebradas á honra del dios Baco, según las describe Estrabon. [3] De los vascos y navarros se describen escenas de esta índole, si bien el proceso del auto celebrado en Logroño (18 Nov. de 1610) no parece digno de estima por lo inverosímil del impreso relato. [4] Pero cuando en aquellos siglos los ánimos se solazaban en oir hazañas y reencuentros de demonios con brujas, en que se amplificaban sin tiento y se engrandecían hiperbólicamente las fuerzas del enemigo infernal, á vueltas de tan nimio encarecimiento quedaba impreso en el pueblo cristiano un terror pueril, que venía á menguar el debido temor al diablo. Impórtale mucho á Satanás que ciertas creencias supersticiosas prevalezcan y echen raíces, para que las doctrinas reveladas pierdan crédito y autoridad. Al compás de las creencias populares que de las hadas se promovían, cundieron en la masa de aquella sociedad estilos de obrar llenos de ignorancia y malicia.

¿Qué eran los libros de caballerías? A poder de fatigar su fantasía, los poetas de la Edad Media habían esparcido por Europa «libros mentirosos, llenos de disparates y devaneos», [1] con cuya compostura fantástica se regalaba y entontecía la imaginación de la gente ociosa: libros legendarios, que, tomando pie del hechicero Merlin, «cuya verdad histórica sería trabajo excusado querer entresacarla de las figuras con que la envolvieron los poetas,» [2] como quiera que sea «la más asombrosa y original de las consejas,» [3] corrieron sin freno por Inglaterra y Francia, y llegaron algo tarde á España, donde publicado *El Baladro del sabio Merlin, con sus profecías* (en Burgos 1498, en Sevilla 1500), recibieron tal vida y acrecentamiento por la inventiva del genio español, que los fraguó flamantes y más deleitosos y los impuso á su vez á la Europa entera. «Ficciones sorprendentes y maravillosas, monstruos y dragones, sabios encantadores y maléficas hadas constituyen, por decirlo así, la maquinaria de los libros de caballerías.» [4]

No es maravilla. Penetrado que hubo la religión cristiana en las entrañas del paganismo europeo, dió en tierra con los ensueños de aquella mitología grotesca y sublime. Convertíanse los pueblos del Norte, y soplando Lucifer el fuego transformaban en hechiceras á sus sacerdotisas, á sus profetisas en brujas, á sus dioses en diablos, á su Walhalla en infierno, conservando así arreboladas de religión las creencias profanas. Decía D. Juan Valera: «En aquella edad, si bajo el yugo de los normandos se abate la raza anglosajona, y pierde su brío la temprana cultura que produjera á un Beda, á un Alcuino, á un Alfredo el Grande; la raza celta se diría que renace en cambio á nueva vida, y satisfecha de ver humillados á los anglos, sus vencedores y dominadores, hace revivir á Telesino, á Iseo, á Lanza-

1 *Compte rendu*, 1891, *Sciences historiques*, t. II.—*Les Jésuites et les procès de sorcellerie*, p. 195.

2 Nihil enim quidem æque formidant quam ne quomodo tale quippiam se forte prodat, quo captarum innocentia in lucem prosiliat.— *Cautio criminalis*, 1632, página 444.

3 *Geograph.*, lib. XXII, cap. I.

4 Cerquand, *Légendes et Récits populaires du Pays Basque*, 1876.

1 Cervantes, *Quijote*, p. 1.ª, cap. XXV.

2 Gams, *Dictionn. de Théolog.*, art. *Merlin.*

3 Schlegel, ibid.

4 Gayangos, *Disc. prelim. Bibl. de Aut. Esp.* edic. de Rivadeneyra, *Libros de Caballerías.*

rote, á Merlin y á Ginebra, evoca de la encantada isla de Avalon á su Mesías nacional, el rey Arturo, ilumina y dora con la luz de la religión cristiana á todos estos fantasmas gentílicos, y da nacimiento al ciclo épico de los caballeros de la Tabla redonda, y á los amores, aventuras, encantamientos y hazañas de los libros de caballería.» [1] Lo que aquí apunta este literato sobre que «la raza celta doraba con la luz de la religión cristiana á todos estos fantasmas gentílicos,» pone patente á los ojos de todos lo que en su pecho se oculta. En ningún tiempo la luz de la religión cristiana ha cooperado á dorar ni á patrocinar con disimulación los vicios de la gentilidad. Hacer al cristianismo encubridor de aquellos ridículos excesos es sentenciar contra la pureza de sus dogmas y costumbres.

¿Quién ignora que este género de literatura fué origen manantial de costumbres bárbaras, de falsísimas nociones, de creencias absurdas, de donde sacó el demonio no escaso lucro, y que sólo podían merecer el anatema de filósofos y moralistas? Pero gracias sean dadas á nuestro inmortal Cervantes, por lo que á España toca. En el *Coloquio de los Perros* censuró y ridiculizó, en el encanto de Dulcinea parodió y puso de manifiesto, á los pies del caballo Clavileño sujetó y humilló, en la Cueva de Montesinos empozó y hundió por siempre entre cuervos y murciélagos, los *Lanzarotes del Lago*, los *Amadises de Gaula*, los *Lisuartes de Grecia*, las *Sergas de Esplandian*, los *Palmerines de Oliva*, los *Belianises de Grecia*, los *Cirongilios de Tracia*, los *Tablantes de Ricamonte;* y no tanto derribó por tierra los monstruos, dragones, grifos, jayanes, silfos, enanos, gigantes, endriagos con caballos y caballeros, hadas con sus filtros amorosos, con sus anillos mágicos, con sus amuletos, talismanes, conjuros, cuanto (y es gloria en que han reparado poco los encomiadores de Cervantes) deshizo y desterró la chusma de Merlines, Malambrunos, brujas, vuelos, transformaciones, extravagancias y locuras de brujería, hasta tal punto que soltar Cervantes la pluma y acabarse en España todo este mundo encantado de superstición fantasmagórica, fué una sola y misma cosa.

Por las razones indicadas y por otros inconvenientes que no son de este lugar, muchos teólogos, filósofos, médicos, jurisconsultos de todas naciones nunca quisieron rendirse á la real existencia de las brujas, [1] contentos con otorgar su posibilidad y las muchísimas ilusiones á que está expuesta, sin que sea necesario llamar en su seguimiento á los muchos neotéricos, [2] que abrazan este sentir por más fundado en razón. Salvo mejor parecer.

ARTÍCULO IV.

Obsesión diabólica. — Interna y externa. — Reglas para discernirla. — Cómo la combaten los críticos. — Obsesión de Cristo en el desierto. — Irrupciones padecidas por los Santos.—Achaque de los escritores de vidas.—Señales para fallar con acierto, si la vejación es corpórea ó imaginaria.—La obsesión no es milagro.

No contento el demonio con remedar las obras de la mística sobrenatural por doloso artificio, procura ahondar la mina penetrando hasta los últimos secretos; para hacerse dueño del hombre, unas veces le cerca y bate por de fuera, otras le ocupa y señorea por dentro. Tales son las dos formas de guerra que usa con los mortales: posesión y obsesión. Con la posesión toma asiento en el interior del cuerpo humano, con la obsesión le sitia y molesta de lejos; con la posesión echa sus uñas fortísimas al cuerpo del hombre y se entroniza en él á título de déspota, con la obsesión pugna por entrar y por apoderarse del alma tirando á pervertirla. Digamos primeramente de la obsesión, batería diabólica asestada contra los bienes del hombre.

Poner en cuento de hablillas la reali-

---

[1] *Discurso de recepción en la Real Academia Española.*

[1] Ulrico Molitor, *De Pythonisis mulieribus*, cap. VIII. —Juan Ponzinibio, *De Lamiis*.—Andrés Alciati, *Parergon Juris*, lib. VIII, cap. XXII.—Francisco Duareno, *In tit. ad Cornel. de Sicariis*.—Navarro, *Manuale Confess.*, cap. XI.—Pedro de Valencia, *Discurso sobre las brujas y cosas tocantes á magia*.—Miguel Montaigne, *Essais.*, livre III, chap. XI.—Pedro Erodio, *Rerum judicat.*, lib. VIII, tit. VII, cap. XIV.—Leonardo Vair, *De fascino*. lib. II, cap. XIII.—Juan della Porta, *Magia naturalis*, lib. II, cap. XXVI.—Card. Lambertini, *De servor. Dei beatific.*, lib. IV, p. I, cap. III.—Federico Spee, *Cautio criminalis circa processus contra sagas*.—Nicolás Malebranche, *De inquir. veritate*, t. I, lib. II, cap. VI.—Concina, *Theol.*, t. III, lib. III, dissert. II, cap. XII; diss. VIII, cap. II.—Francisco Mengotti, *Il Colbertismo*, cap. IX.—Bergier, *Dictionn.* art. *Sorcellerie*.—Calmet, *Diction.* art. *Lamia*.—Zacchias, *Quæst medico-legal.*, lib. II, tit. I, quæst. XVIII; tit. III, quæst. IX.—Tartarotti, *Del Congresso notturno delle Lammie*.—Escipion Maffei, *Arte magica dileguata*.—*Arte magica anichilata*.—Perrone, *De Deo Creatore*, p. I, cap. V, prop. II.

[2] Francisco Rodrigo, *Historia verdadera de la Inquisición*, t. I, p. 119.—Menendez Pelayo, *Heterodoxos*, t. II, lib. V, cap. IV.—Perujo, *Diccionario de Ciencias eclesiásticas*, art. *Bruja*.

dad de los cercos satánicos argüiría suma ignorancia de la historia eclesiástica, ó supondría terquedad grande y maliciosa rudeza. La vida de los Santos basta para sacar de tinieblas la verdad de las obsesiones. Son á veces internas sin asaltos exteriores. Levanta el demonio en la imaginativa, permitiéndolo así Dios, bullicios de fantasmas que conturban las potencias espirituales y traen el alma como al retortero, revuelta y alterada. Alborota el sentido interno con vivísimas representaciones, que atizando los apetitos encienden llamas de concupiscencia en la parte inferior. A los asaltos de la fantasía y del sentido bullen y se azoran las pasiones, descompónese la ira furiosa, bufa el odio, cobardea el temor, carcómese la envidia, muere de tedio la pereza, muestra ceño la desesperación; al contrario, toma alientos la esperanza, huelga el amor, suelta la risa el liviano gozo, bulle en el pecho el hervor de la vanidad, y sale de madre el tumulto de nunca sentidos movimientos. El hombre agitado por obsesión diabólica, siendo sesudo, parece sin seso.

Mas aquí vamos despacio. El Angel de las Escuelas propone una objeción en esta forma: todo lo bueno que hacemos proviene de la sugestión de los ángeles, ¿por qué todo lo malo que ejecutamos no ha de proceder de la sugestión del demonio? Hácese cargo el santo Doctor de la dificultad, y antes de responder, asienta la doctrina siguiente. Todos los pecados de los hombres los causa *indirectamente* el demonio, *directamente* la libertad del humano albedrío. [1] Dice *indirectamente*, en cuanto el demonio instigó al primer hombre á pecar, de cuya culpa siguióse en el humano linaje propensión á todos los pecados; pero *directamente* no causa el demonio todo acto pecaminoso, porque no todos se cometen por instigación suya, pues nacen algunos de la libertad y corrupción humana. De esta suerte no es preciso que todos los pecados tengan origen de sugestión diabólica. El asentado discurso autoriza al santo Doctor para cortar el nudo de la dificultad, en esta forma. Por sí propio puede el hombre caer en pecado, mas no puede levantarse á actos meritorios sin el divino favor, y éste se le ofrece por ministerio de los ángeles. A todas las obras buenas cooperan los ángeles santos, pero no todos los pecados nacen de diabólica sugestión. Sin embargo, ningún género de pecados hay que no provenga, á las veces, de sugestión del demonio. [1]

Al resplandor de la doctrina angélica podemos romper los velos de la imaginada obsesión. Nadie crea que cuando siente en el pecho el torbellino de violentas pasiones que inquietan con ruines deseos y levantan grandes alaridos, deba dar lo repentino del temeroso turbión á traza diabólica; hartas veces el ardor del temperamento, la viveza de la fantasía, el bullicio de los sucesos, un siniestro no enfrenado, son agentes poderosos á sacar al hombre de sus quicios y á desvanecerle la cabeza; efecto, que en personas de exquisita sensibilidad falsamente se daría á obsesión, siendo cosa muy natural, si ya no fingimiento ó impostura. Nótanse ciertas excentricidades en gente de índole nerviosa, que, bien examinadas, son achaques de enfermedad ó principios de locura. No sin razón aconsejan los moralistas que se proceda con gran cautela y con consejo de los médicos, hasta tener claros indicios de la diabólica obsesión. [2] «No negamos, dice un autor, que son posibles las obsesiones del demonio, ni tampoco queremos decir que algunas almas no las padecen, lo que queremos decir, y conviene saber, es que muchas cosas pueden equivocarse por obsesiones, y no ser sino fragilidades ó enfermedades naturales... Lo fuerte del peligro consiste en atribuirle al diablo lo que puede ser de nuestra fragilísima miseria,» (y lo prueba con varias experiencias y autoridades). Prueba lo segundo, conviene á saber, que otras cosas que se atribuyen á obsesiones diabólicas, pueden también proceder de algunas causas naturales que son particulares enfermedades, «con ejemplos de melancolía profunda, de hipocondría confirmada, de exceso bilioso, de histerismo, de ninfomanía.» Así se explica

---

1 Omnia hominum peccata a dæmone indirecte causantur, directe autem ex arbitrii libertate. — I p. q. CXIV, art. 3.

1 Homo potest per seipsum ruere in peccatum, sed ad meritum proficere non potest nisi auxilio divino, quod homini exhibetur mediante ministerio angelorum. Et ideo ad omnia bona nostra cooperantur angeli; non tamen omnia peccata nostra procedunt ex dæmonum suggestione; quamvis nullum genus peccati sit, quod non interdum ex dæmonum suggestione proveniat.—Ib. ad 3.

2 S. LIGORIO, *Praxis Confess.*, n. 120.—SCRHAM, *Theol. myst.*, t. I, § 228.

Fr. Antonio Arbiol en sus *Desengaños místicos*. [1]

En conformidad con los escritores de mística, el P. Manuel de la Reguera pone tres reglas para distinguir cuándo los acometimientos provienen de causa natural ó de ímpetu diabólico. Helas aquí:—«I.ª Muchísimas veces las que se estiman obsesiones demoniacas, no son sino enfermedades naturales, ó imaginaciones naturales, ó ramos de locura incoada ó perfecta. Porque se dan dolencias, como la epilepsia, melancolía, histérico, que suelen causar raros efectos, y basta tener la imaginación muy viva para pensar uno que ve, oye, y toca, y siente cosas que no existen. En estos casos el médico espiritual debe contar con la industria del médico corporal, y no calificar la obsesión diabólica sin que le conste que no intervino causa natural.»—«II.ª Lo que decimos de las enfermedades debe también entenderse de los tormentos corpóreos; los cuales no han de achacarse á demonio sin más ni más, pues á veces la ficción de la fantasía es la única que en ellos juega. Las señales que disciernen la verdad consisten en que vistos los efectos no puedan atribuirse prudentemente á causa natural: que si pueden atribuirse, ya no tendrá parte el demonio.»—«III.ª También las infestaciones del oido y vista, y á veces del olfato y gusto, pueden ser ficciones imaginarias; así como podrían ser obra del demonio, y no pocas veces se han oido voces, ruidos, aullidos, y visto figuras apacibles y horrendas, fraguadas por arte diabólico.» [2]—Estas tres reglas de acertada discreción indican con qué cuidado se andaban los escritores místicos en el clasificar los fenómenos extraordinarios.

Otros asaltos medita el enemigo común, que pertenecen á la obsesión exterior. Ejemplo esclarecido son las tentaciones; con ellas solicitó al Salvador del mundo retirado en el desierto. Los *críticos* no hallan en estas obsesiones evangélicas sino sueños, ó parábolas. Los que las han tenido por sueños demuestran no haberles aun amanecido el sol. ¿Qué voces de los evangelistas dan margen á contarlas por cosa soñada? que si fué sueño lo que pasó á Cristo con el demonio, será cosa de duende todo cuanto los Evangelios relatan. Los que juzgan estas tentaciones por parábolas, deberían decirnos qué expresiones de San Mateo ó de San Lucas dan prendas de sus asertos. Las parábolas del Evangelio revisten un carácter peculiar, que las da á conocer por tales y descubren su sentido figurativo. Eichhorn inventó otra solución: en su sentir las tentaciones de Cristo eran puramente internas y nacidas de malos pensamientos, pero se refieren á traza diabólica según la costumbre de los judíos, que veían demonio en toda mala tentación. Brutal impiedad, repugnante á la santidad del Dios-hombre que estuvo muy ajeno de tentaciones interiores, còmo declaran los Santos. [1]

A Rosenmüller se le figuró que el demonio del desierto fué un judío, que acertó á pasar por allí. No reparó el *crítico* que *el diablo* (ὁ διάβολος) expresa en ambos Testamentos la persona de Satanás sin excepción, conforme lo notó Bretschneider: [2] y si alguna vez tiene significación de *perverso, ruin* [3] figuradamente, carece de artículo; circunstancia que comprueba lo dicho á maravilla. [4] San Justino dice que el demonio fué llamado *Satanás* por Cristo, con nombre que pusiese en evidencia la maldad perpetrada. «Porque *Sata*, añade, en lengua hebrea y siriaca vale tanto como desertor y apóstata (ἀποστάτης ἐστὶ); y la terminación *nas*, según el hebreo, suena serpiente; y de entrambas voces se compone el nombre Satanás.» [5] No parando en la conveniencia de esta exposición etimológica, lo más ajustado á nuestro propósito es lo que consecutivamente pone el santo escritor: «como el diablo tentase á Cristo y le demandase adoración, Cristo le respondió: anda, vete de ahí, Satanás: á tu Señor Dios adorarás y servirás.» [6] En opinión de San Justino quién tentó á Cristo fué el enemigo de Dios y de los hombres, y *diablo* y *Satanás*, según el Evangelio, otra cosa no significan. Por manera que en las tentaciones del desierto el Redentor del mundo quiso de su grado sujetarse á la obsesión diabólica, y dar á los tentados ejemplo y esfuerzo para vencer las suyas.

---

1 Lib. III, cap. XXII.
2 *Praxis Theol. myst.* vol. I, lib. III, q. V.

---

1 S. Gregorio. Hom. XVI *In Evangelia*.
2 *Lexicon manuale. græco-latin. in libros Novi Testam.*
3 Jo, VI, 70.
4 Glaire, *Les Livres Saints vengés*, t. III, 2.e p. chap. I, art. IV.
5 *Dialog. cum Triphone*, n. 103. 6 Matth., IV, 10

Terribles fueron las que sufrió un San Antonio abad cercado de ejércitos infernales, un S. Hilarión apretado de malignos espíritus, una Santa Magdalena de Pazzis morando cinco años en un lago de leones, una Santa Angela de Foligno sitiada mucho tiempo por los enemigos de Dios, un S. Alonso Rodríguez acosado furiosamente, una Santa Teresa molestada con espectros visibles, una Santa Hildegardis, Santa Coleta, la Beata Tomás sensiblemente atormentadas, y otros siervos de Dios sin número, que dieron en sus luchas con Lucifer pruebas de heróica paciencia. En estas acometidas pone el tentador en planta todos los artificios de su poder para derrocar á los flacos, deslumbrando los ojos con figuras halagüeñas ó con vistas espantables, llenando los oidos de músicas suavísimas ó de infames blasfemias, impresionando el olfato con fragantes aromas ó con hedor insoportable, regalando el gusto con deliciosos manjares ó estragándole con amarguísimas hieles, excitando en el cuerpo sensaciones voluptuosas ó vivísimos dolores; y llega á ser tan larga la mano que en ocasiones Dios á los demonios da, que abofetean á los Santos con espantosas afrentas, y ponen las manos en sus castísimos cuerpos, y las almas á riesgo de perder el tesoro de su virtud. Cuando los enemigos sienten que se les va de las uñas la presa, con furia desatinada baten el cuerpo empeñados en acabar con él, ni dejan de hacer suertes atentando contra la vida del héroe. Homicida es Lucifer, y cuando no puede con las almas, atrévese á los cuerpos, y los martiriza tirando á hacerlos pedazos, si pudiera; de que hay en la vida de los Santos esclarecidos ejemplos.

Pero es mucho de advertir, que la crueldad de estos estragos no todas veces es real, en muchas ocasiones pasa en solo el campo de la imaginativa, como de las obsesiones internas se dijo. Halla en esta parte la humana curiosidad tanto cebo, que toda cautela es insuficiente para bien calificar un hecho de obsesión externa. El que escribe la vida de un siervo de Dios, cumple mal con su oficio, cuando sólo procura realzar la grandeza de su héroe, sin acordarse de las circunstancias sociales, topográficas, históricas que le rodeaban. Si á un héroe le sorprende la tormenta en la mar, el demonio se la levantó; si por el camino le cae encima un aguacero, el demonio se le disparó; si le acometió una súbita enfermedad, el demonio se la había jurado; si algún acaecimiento imprevisto pone estorbo á sus apostólicas empresas, el demonio le tuvo envidia; si se le malogran los intentos, el demonio es quien por ojeriza no le dejó sosegar. ¿Qué, si una pesadilla nocturna, ó ingrata aprensión se apoderó de su ánimo? demonio seguro. En fin, en perturbaciones físicas ó morales, propias ó ajenas, ni la humana fantasía, ni el temperamento, ni la impostura, ni el ingenio, ni otra causa natural tuvo parte alguna; el autor, el tramador, el desdichado ejecutor fué sola y exclusivamente el demonio. De forma que en concepto de los escritores poco informados de las operaciones místicas, la obsesión con sus continuas arremetidas habría sido el estado ordinario en que vivió el héroe cuyos hechos se proponen relatar.

Por otro estilo juzgan los autores de mística estas obsesiones. Unos asientan que real y verdaderamente los instrumentos, fuego, heridas, dolores, vejaciones son cosas corpóreas, y lo prueban con argumentos eficaces; otros creen que los instrumentos son imaginados y reales las heridas, y también lo apoyan en razones; otros piensan que únicamente es físico y sensible el dolor, y que lo demás se siente en la imaginación; otros en fin definen que los golpes, heridas, dolores se padecen en la fantasía con la viva aprensión de las cosas representadas por artificio diabólico.

Para fallar con debido acierto la realidad exterior de la obsesión, ha de haber señales manifiestas y sensibles, como de las observaciones y reglas antedichas del P. La Reguera se puede colegir. El dicho de personas, testigos oculares de la sevicia y vejación, demuestra su indubitable realidad. Cuando los golpes y heridas dejan marcado el cuerpo con llagas, cicatrices ú otros indicios, pasó de imaginaria la obsesión, pues que la ponen de manifiesto los efectos sensibles; mas de ahí no se saca argumento bastante para deducir la realidad de los instrumentos, que pudieron ser imaginados. Cuando de un siervo de Dios se cuenta que padeció en el cuerpo cruel carnicería de los demonios, y tajos y quemaduras en las carnes, quedando en un punto sin dolor ni señal alguna, no hay razón bastante para pensar que hubiese cosa física y material; si padecía,

en la fantasía padecía; sino digamos que la aflicción del espíritu, represada en la imaginación, influyó en todo el organismo con efectos corporales, según más arriba se tocó.

Dirá por ventura alguno: los pacientes eran santos, y testificaron que real y sensiblemente eran vejados por el demonio.—R. No pretendemos aquí poner mácula en la fidelidad de los testimonios, sino sólo en su competencia. San Pablo no se halló con bastante autoridad para decidir si sus raptos habían sido en el cuerpo ó sólo en la mente, [1] y se remitió al juicio de Dios. No basta el dicho de un Santo cualquiera para fallar puntos controvertidos, mayormente cuanto al modo de sus padecimientos; competencia y crédito tendrán cuando aseveren que verdaderamente sintieron dolores agudísimos, mas si la obsesión experimentada fué diabólica ó nó, interna ó externa, por otras vías se debe rastrear, como dicho va.

Finalmente, las cosas de Dios son perfectas. Cuando Lucifer marca un cuerpo con sus crueldades, no le basta toda su facultad para deshacer en un soplo lo hecho, en especial si descompuso tejidos, desgarró entrañas, quebrantó huesos, destrozó miembros, destruyó partes organizadas; ni tampoco hay suficiencia en él para restituir en un torcer de ojos la entereza y lozanía al organismo que con su furiosa rabia echó á perder; milagro de Dios es necesario. Y ¿quién creerá que Dios compone luego lo desbaratado por su enemigo, sin que conste por vista de ojos la obra de su divino poder? ¿Con qué fundamento aclamaríamos por vencedor el brazo de Dios y por triunfadora la fortaleza de su nombre, si no nos constase por señales evidentes la humillación de sus enemigos? Cuando faltan cicatrices ó resultas sensibles de la saña diabólica, entendamos que no pasó tan adelante, como parece, la crueldad de Lucifer, y concluyamos que se limitó á despedazar el ánimo con aflicciones internas de la parte inferior.

El enemigo del linaje humano se vale de la obsesión para contrahacer las maravillas de Dios, ya representando fantasmas ilusorios, ya excitando el organismo y formando imágenes vivas, ya impresionando el cuerpo de mil diferentes maneras, con que se transfigura en ángel de luz. Uno de sus artificios más ocultos consiste en causar enfermedades, como los Padres notaron y va dicho más arriba, y después alzando la mano y quitando el maleficio da á entender que curó el desorden por él introducido. En la posesión ocurren análogas astucias, y por eso no son señales de posesión manifiesta, pues que la obsesión, sin constituir morada en el hombre, las podrá causar. Por la acción que puede ejercer sobre el humano organismo, son posibles algunas maravillosas abstinencias, que no viniendo de Dios provienen de artificio diabólico, si bien podrían ser naturales, por ser cosa averiguada, y lo defiende Zacchias [1] con los modernos, que es capaz el hombre de soportar ayunos de largos días y áun meses sin menoscabo de la vida. Pero no le faltan al demonio arbitrios para sustentar la de un hombre por largo tiempo sin desfallecer. Otras muchas operaciones de obsesión van señaladas al principio de este capítulo, y es por demás reproducirlas aquí. En ellas y otras de este jaéz no hay cosa que no sea natural y conforme á las leyes establecidas, á cuyas exigencias el demonio está obligado á someter sus artificios. El campo de su acción se reduce á los estrechos cotos del orden natural. La cortedad de estos límites pone una diferencia característica entre los milagros de Dios y los prodigios del demonio, conviene á saber, Dios en esta suerte de milagros suspende las leyes naturales obrando como señor absoluto, en tanto que el demonio por ser vasallo dependiente ha de conformarse con la regularidad del curso natural, sin que le sea dable salir de su órbita en ninguna circunstancia. Y lo dicho del ángel malo se deja entender del ángel bueno, según la doctrina de Santo Tomás: [2] ámbos á dos, fuera del caso que el Criador los emplee á título de instrumentos, obran sus prodigios ajustándose en un todo al rigor de las leyes establecidas, y entonces para definir si el prodigio proviene del ángel bueno ó del malo, será fuerza acudir á las señales extrínsecas, manifestadoras de la causa que le produjo, como en otra parte va dicho.

---

[1] II. Cor. XII, 3.

[1] *Quæst. medico-legal*, lib. IV, q. VIII.
[2] I p. q. CX, art. 4.

CAPÍTULO IV.

LA POSESIÓN DIABÓLICA.

ARTÍCULO I.

Diferencia entre la posesión y la magia.—Origen de la posesión.—Realidad de la posesión atestiguada por los Santos Padres.—Respuesta á varias objeciones.—Otros hechos recientes en prueba de verdadera posesión.—Autoridades modernas.—Los seres que invaden á los abrepticios no son ángeles buenos, ni almas de difuntos.—Sentencia de Santo Tomás.—Defiéndese la doctrina de San Justino.—Razones que prueban ser demonios.

Autor del mal es el demonio. Él le introdujo en este mundo visible, el hombre le abrió la puerta. Desde aquel infausto día la tierra se divide en dos bandos, el de luz y el de tinieblas, el de la virtud y del vicio. El pecado engendró la idolatría; la idolatría guerreó contra el verdadero Dios, y viéndose mal pagada de las infinitas deidades celestes que para el público bienestar se había forjado, acogióse á las deidades infernales que patrocinasen sus más infames delitos. De aquí nació la magia; la magia teúrgica que alcanzaba de los dioses benéficos maravillas útiles y decentes al parecer; la mágica goética que mendigaba con furor sacrílego armas ruines con que procurar el mal. Ambas á dos tenían por inspirador al demonio, la una solapadamente, la otra muy á las claras. La magia alistaba á los hombres en el bando enemigo de Dios, cuya cabeza es Lucifer, y tiraba á perpetuar la profunda división entre el cielo y la tierra, á propagar el reino del vicio. Pero el mal puede venir al hombre de dentro, ó de fuera: de dentro, por su libre determinación; de fuera, por determinación de otro: en el primer caso es el hombre víctima del mal activamente, en el segundo caso lo es pasivamente contra su voluntad. La magia y la posesión diabólica son dos grandes males que pueden al hombre sobrevenir de más consideración. La magia se origina de la humana voluntad, la posesión de la voluntad diabólica; por la magia se sujeta el hombre libremente á Lucifer, por la posesión Lucifer sujeta al hombre á pesar suyo y le hace su esclavo; la magia produce mal moral, la posesión mal físico; ambas componen las dos partes de la primera caída, ambas son dos grandes teatros de acciones maravillosas. Los que se obstinan en negar la verdad de la una, niegan la verdad de la otra; los que aceptan la existencia del demonio, no pueden menos de aceptar la existencia de las dos en el mundo. La Iglesia católica que condena la una, posee el remedio de la otra, porque la que es fuente de todo bien resiste á la fuente de todo mal y enfrena al enemigo de Dios y del hombre.

El demonio recibía adoración en el mundo pagano, y se había levantado villanamente con el culto debido al verdadero Dios, con hacer que se le erigiesen templos y altares, y le diesen renombres pomposos de héroes y personajes ilustres. Vino el Hijo de Dios á destruir las obras del demonio. [1] El demonio había ocasionado en el mundo el pecado, y el pecado la muerte, y la muerte la enfermedad su aposentadora; y era muy puesto en razón que Cristo, en prenda de ser el prometido Libertador y derrocador del demonio, le arrojase de los cuerpos, curase enfermedades, resucitase muertos, é hiciese sentir la fuerza de su poderoso brazo en el cielo, tierra y mar, y en aquellas criaturas que el demonio como príncipe del mundo tenía avasalladas y rendidas.

Para lograrlo no sólo Dios permitió

[1] Hebr. II, 14.—Os. 13, 14.—I Cor. XV, 34.

que los malos espíritus tuviesen por morada templos y adoratorios, mas también que entrasen á saco los cuerpos humanos y los atormentasen y vejasen con señaladas muestras de crueldad; licencia, que «dándoles ocasión de imitar en alguna manera, dice el jansenista Duguet, [1] la divina Encarnación, los había de coger en la red que ellos habían tendido á los hombres.» De esta suerte quedaban fáciles de conocer el rey legítimo y el alevoso usurpador, Cristo y Satanás; el uno haciendo al hombre el bien posible, el otro el daño posible; el uno mandando con imperio y expeliendo á su rival, el otro condenado en público y forzado á volver el rostro; el uno ostentando soberanía irresistible, el otro rabiando de verse tan flaco y precisado á desamparar su morada; el uno juzgando y sentenciando á su enemigo, el otro reconociendo vasallaje al supremo Juez; el uno con autoridad de obras divinas mostrando su incomparable grandeza, el otro con humillante confesión y obras malignas declarando la divinidad de aquel que así le tenía puesto el yugo sobre la altiva cerviz.

De esta suerte los rasgos de beneficencia y caridad que acompañaron los milagros de Cristo, señalaban especial diferencia entre el rey verdadero y el intruso, entre la verdad y la mentira, entre el bien y el mal, y anunciaban que el intento de venir el Hijo de Dios al mundo era deshacer las trazas del demonio. [2] Con singular refulgencia brillaron estos caracteres en los energúmenos, libres de opresión por el nombre de Jesús. Para que la gentilidad abriese los ojos y entendiese á qué deidades servía, y en qué manos tenía librada su seguridad y ventura, permitió el Señor que las posesiones se continuasen en el primero y segundo siglo, y presenciasen todos los hombres espantados cuán poderoso era el nombre de Jesús pronunciado por apóstoles y discípulos, para arrancar á los demonios confesiones humillantísimas, siendo forzados, al desamparar los cuerpos, á dar por constante en muchos casos que ellos mismos eran espíritus malos, que se habían alzado con nombres de dioses falsos y pretendían adoraciones, al Hijo de Dios exclusivamente debidas.

[1] *Principes de la foi chrétienne*, 1720, III p. chap. XXI, art. VII.
[2] I. Jo., III, 8.

Haymon de Halberstat [1] no reparó en sostener que las victorias del demonio se volvieron derrotas, así que la fe se propagó por el mundo, después de haberle tenido tiranizado con cruelísimas cadenas.

Los Padres afirman contestes que la posesión diabólica y la súbita curación de ella eran hechos tan comunes en su tiempo, como en el siglo apostólico; cuyos testimonios, apuntados arriba, [2] ponen fuera de controversia la realidad de la posesión. Pero los modernos enemigos del milagro se han propuesto desnaturalizar todos los hechos en que la verdad resplandece. Dice M. Maury: «el terror excesivo, inspirado por el demonio, multiplicaba la locura demoniaca.»—R. No hace bien el adversario la composición de lugar. Los posesos no eran los cristianos, como imagina Maury, eran los gentiles, los apóstatas, los malvados; los cristianos eran los domadores de la posesión y contraminaban su diabólica influencia. Esto resulta de los textos arriba citados, y no admiten réplica en la verdad que se cuestiona. Y para expeler los cristianos á los demonios alojados en los cuerpos paganos, no les era menester aquel aparato de ritos complicadísimos, usados por los teurgos gentiles; la señal de la cruz, la invocación del nombre de Jesús, la presencia de una reliquia, el aspecto de un bautizado ahuyentaba al demonio y dejaba curado al poseso. Nunca las gentes habían visto que en vez de sahumerios, ensalmos y fórmulas, dejase en libertad á los energúmenos una señal hecha en el aire con la mano derecha. No repliquen los adversarios que las curaciones eran hijas de la imaginación aterrada por las voces; porque cuando un judío conjuraba demonios en nombre de Jehová, no surtía efecto el conjuro, [3] y siempre hacía su oficio el nombre de Jesús.

Reponen. Los Padres erraron estimando posesiones las simples neuropatías.—R. No erraron; demás de ver ellos por vista de ojos casos frecuentes, [4] retaban á los gentiles, á los jueces, á los emperado-

[1] Homilia I, *De Tempore*.—Infirmata est virtus dæmoniorum, mox ut fide Christi per prædicationem apostolorum patuit, in tantum ut illorum manibus idola destruerentur, quorum sumptu et labore fuerant ædificata.
[2] Lib. II, cap. XI, art. II.
[3] S. Justino, *Dial. cum Triphone*, cap. XXXV.
[4] Eusebio, *Advers. Hierocl.* IV.—Tertuliano, *Ad Scap.*, cap. III.—S. Cipriano, *De idol. vanit.*, VII.—S. Gregorio Nazianzeno, *Carmin.*, lib. II.—S. Ambrosio epist. XXII.—S. Atanasio, *De Incarnat. Verbi*, XLVIII.

res á que hiciesen la prueba, y miradas y remiradas las cosas formasen juicio de la verdad, castigando ó absolviendo.

Eso no basta, interrumpen; eran neurosis y no posesiones, la palabra oida hería la imaginación y favorecía la conmoción del sistema nervioso, «lo mismo que una madre sosiega los dolores del niño, fingiendo reprender al perro que supone molesta á la criatura.» [1]—R. Sea en buen hora; eran *demonopatías*, neurosis, epilepsia, histérico, locura: ¿qué tenemos con eso? ¿que eran casos de enfermedad incurable, como la neurosis en las más formas? Así lo decreta la medicina. Pues enfermedades que en rarísimos casos se curan, quedaban en todos los trances infalible y totalmente sanadas, y por espacio de cuatro siglos fué su remediador el nombre de Jesús, ó una señal pacífica y sencillísima. Si esto no es milagro, si es cosa natural que una voz cure en el acto, de raíz, males tenidos en concepto de irremediables por los médicos, ¿cómo no se arman los adversarios de un nombre terrible con que espantar y hacer impresión en la fantasía de sus clientes? ¿Cómo no reproducen iguales maravillas, pues tan á mano tienen el arbitrio?

No les vale la porfía. ¿Qué calificativo dan á aquel hecho tantas veces repetido, cuando los demonios soltaban de contado los cuerpos al ponerse delante de ellos un cristiano entre la turba de gentiles, lo mismo que cuando los sacrificios paganos se atropellaban, y los oráculos tenían extraño silencio por hallarse presente un bautizado que rompía el concierto de la ceremonia con sola su presencia? No hay estremecimiento nervioso, ni neurosis que les sirva de razonable efugio á nuestros adversarios. El nombre de un crucificado, entre tantos crucificados como entonces se conocían, tiene virtud para que un hombre afligido de horrible vejación y de tormentos incomportables por años continuos, oyéndole pronunciar, quede sereno y sin resabios de aflicción por toda la vida: ¿es esto natural?

En los siglos modernos tampoco faltan lances de posesión. Siendo el demonio el agente que pone al hombre en tan lastimoso estado, no es maravilla, antes debe parecer obvio, que en cada poseso se vean

1 *Encyclop. Didot*, art. *Démoniaques*.

nuevas y extrañas manifestaciones. Cuando el P. Mateo Ricci acometió la empresa de evangelizar el imperio de la China, encontróse con varios casos de posesión diabólica. «En cierto pueblo andaba un mancebo de noche por los sepulcros endemoniado. Hicieron grandes diligencias sus parientes con los sacerdotes de los ídolos, y ellos grandes exorcismos que usan muy supersticiosos, sin aprovechar nada.» [1] Describe el historiador la algazara de los exorcistas gentiles para espantar al demonio, y cómo con solo aplicar al mancebo las santas reliquias quedó sosegado y libre por siempre de la posesión.—«Fernel, médico de Enrique II y el célebre protestante Ambrosio Paré, mencionan un poseso que hablaba en latín y griego sin haberle aprendido.» [2]—Otros casos de posesión moderna pueden verse en Feller, [3] Roger, [4] Leriche, [5] Bosroger, [6] Monnin [7] y en obras recientes que de esta materia tratan. Solamente le queda osadía para dudar de la posesión diabólica al que obstinado se cierra á todo testimonio histórico, antiguo y moderno. Esta incredulidad, que en el día de hoy va difundiéndose espantosamente, es una de las pruebas más claras de las artes de Satanás. «Para despeñar á los hombres en el error, les ha persuadido el demonio que él es un sér imaginario; con esto los tiene adormecidos en una falsa seguridad, y les mete dudas sobre premios y penas eternas y áun sobre la inmortalidad del alma.» Así hablaba el médico inglés Tomás Brown. [8] Un hombre perito en el arte mágica escribe: «Los hombres más calificados de la antigüedad no tan sólo admitían estas cosas como posibles, pero tenían por seres bajos á los que las ponían en duda. Si entrase yo á particularizar, veríamos que tal vez existe en torno nuestro y dentro de nosotros un sér misterioso que tiene poder y forma, que entra y sale á su talante á pesar de estar las puertas cerradas. [9]

1 *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*, segunda edición. 1889.—Tomo II, pág. 37.
2 BERGIER, *Diccionario*, art. *Demoniacos*.
3 *Catecismo filosófico*, tomo III, lib. IV, cap. III, art. I.
4 *Histoire de Nicole de Vervins*.
5 *Études sur les possessions*, 1859.
6 *La Piété affligée*.
7 *Le curé d'Ars*, livre III, chap. II.
8 *Errores populares*, t. I.
9 Les plus grands hommes de l'antiquité non seulement admettaient ces choses comme possibles, mais ils regardaient comme des êtres inferieurs ceux qui les mettaient en doute. Si j'entrais dans de plus grands détails,

Aquí podríamos añadir que muchos accesos de demencia y graves enfermedades, suicidios, trastornos mentales provienen de sevicia demoniaca. «¿Cómo explicar, que en Gheel (Bélgica) donde se tiene cuidado de los locos colonizados, á los que están furiosos se les cura por medio de los exorcismos? El sabio M. Moureau en la visita que hizo á este establecimiento, reconoció este efecto, y no puede ponerse en duda. ¿El demonio tendrá algo que ver con ciertas demencias? ¿Conocemos perfectamente todos los misterios que traemos entre manos?» Así hablaba M. Collin de Plancy, [1] que hizo befa de la posesión diabólica hasta que la evidencia de los hechos le forzó á retractar su opinión. [2] Muy en lo justo se pone este escritor. La Iglesia santa emplea exorcismos y posee en su jerarquía el orden de los exorcistas encargados, por ministerio, de expeler los demonios. Ya que no sea prudente apellidar posesión diabólica donde quiera se apliquen los exorcismos eclesiásticos, sería temeridad mayor desconocer en la institución de los exorcismos la existencia y realidad de verdaderos abrepticios. ¿Quién será tan mal aconsejado que piense que la Iglesia se engaña y engaña á los fieles, cuando con tanta gravedad contrarresta con ritos y preces las irrupciones tiránicas de nuestro infernal enemigo? ¿Y cuántas veces no las venció? Léanse las causas de beatificación y canonización de San Felipe Neri, de San Carlos Borromeo, de Santa María Magdalena de Pazzis, y se verá plenamente justificada por el proceder de la Iglesia la realidad de estos fenómenos.

Verificada queda la tesis sobre la existencia de la posesión. Pero se obstinan los adversarios, sutilizando que bien podían ser ángeles buenos ó almas de difuntos los espíritus que hacen morada en los cuerpos de los energúmenos. La respuesta es fácil. ¿Tenemos ó no tenemos argumentos concluyentes para juzgar que son demonios los tiranos que avasallan á los posesos? ¿En qué fundamento descansa la hipótesis de los espíritus buenos ó de las almas del otro mundo? En la posibilidad escasamente. Hasta el día de hoy ningún ejemplar se ha ofrecido entre tantas posesiones, que pruebe ser los ángeles del cielo los enviados por Dios á ejercer tan feas crueldades. Cuando las obras de los endemoniados rebosasen devoción, honestidad, cordura, no serían argumento favorable á los contrarios, por ser incalificable la astucia de Satanás y su propensión á despojarse de lo que es, y transformarse en lo que no puede ser; pero á la corta ó á la larga quita el antifaz á lo fingido su misma cola serpentina.

Lo dicho de los ángeles santos extiéndese con mayor razón á las almas de los difuntos. Para cuya declaración recordemos la doctrina de Santo Tomás, indicada más arriba. [1] Principio fundamental de su filosofía es que las almas separadas carecen de virtud para mover los cuerpos humanos, y consiguientemente no pueden introducirse en ellos de suerte que los posean, rijan y manejen al modo que lo hacen los demonios. Esto enseña el Angélico Doctor, [2] estribando en que el alma humana sólo es capaz de mover el cuerpo que informa. Los autores tomistas trataron siempre con gran respeto esta sentencia de su Maestro y la tuvieron por muy digna de recomendación. El P. Suárez enseñaba ser probable que las almas separadas por virtud natural no obran cosa alguna en los cuerpos. [3]—Los escotistas por el contrario fueron de parecer que las almas de los difuntos pueden tomar cuerpos extraños, moverlos y causar en ellos las mismas cosas que suelen los ángeles malos cuando los habitan. Fuera de Escoto [4] y de sus numerosos discípulos siguieron otros este sentir. [5]

on comprendrait qu'il pourrait bien exister autour de nous comme en nous mémes un être mysterieux, ayant une puissance et forme entrant et sortant á volonté, malgré les portes bien fermées.— Dupotet, *Magie dévoilée*, p. 200.

[1] *Dicctionnaire infernal*, p. 407.

[2] Comment expliquer ce fait, qu' á Gheel, en Belgique, où l'on traite les fous colonnisés, on guérit les fous furieux en les exorcisant? Le savant Dr. Moureau, dans la visite qu'il a faite á Gheel en 1842, et qu'il a publiée, a reconnu ce fait, qui ne peut être contesté. ¿Le diable serait-il pour quelque chose dans certaines folies? Et connaissons nous bien tous les mystères au milieu desquels nous vivons?

[1] Lib. III, cap. II, a. III.

[2] I p. q. CX, a. 3, ad. 3.—I p. q. CXVII, a. 4.

[3] Probabile est animas separatas sua virtute naturali circa corpora nihil operari.—*De superstitione*, cap. XIV.

[4] In IV. dist. X, q. VII.—Dist. XLIX, q. XIV.

[5] Alonso de Mendoza, *Quod. lib.*, q. V, schol. n. 14.—Los Conimbricenses, *Tract. de anima separata*, disp. VI, a. 2.—Gaspar Sánchez, In 1 Reg. XXVIII, n. 38.—Arriaga, *Theol.*, t. 2, disp. XVIII, sect. 2.—Francisco de Mendoza, *Viridarium.*, lib. IV, problema XXIX.—Quirós, *Philos.*, disp. LXXX, sect. 5.—Santacruz, *In III de anima*, n. 901.—Caramuel, *Philos. critica*, n. 809.—Siuri, *De novissimis*, tract. VII, cap. II, cap. VII.—Antonio de Fuentelapeña, *El ente dilucidado*, n. 566.

Esta escuela sostiene ser posible que las almas de los muertos posean y gobiernen los cuerpos vivos al estilo de los demonios, y concluyentemente afirma no poderse rastrear por los efectos de la posesión la presencial morada del demonio. En esto convienen algunos otros. [1] La razón es, porque si el alma separada de su propio cuerpo puede hacerse presente y morar en lo íntimo de otro, no hay duda sino que podrá agitar sus miembros, menear su lengua y hacer que hable y ejecute las acciones de los energúmenos, puesto caso que Dios se lo dispense y permita; tampoco es dudoso, en tal supuesto, que puedan las almas de los condenados salir del infierno, con la divina permisión, y ocupando el cuerpo de un hombre proferir en él blasfemias, mentiras y errores, engañar y seducir á los mortales, como lo hacen los demonios en los posesos. [2]

Si así fuese, si pudiéramos fundadamente sospechar que Dios da suelta á las almas separadas para que se apoderen de los cuerpos humanos, no podríamos seguramente colegir de los yerros, blasfemias, maldades y violencias de un poseso, que el espíritu poseedor fuese el demonio, á menos que constara que Dios solamente le permite á él la sevicia de la posesión; con todo, colegiríamos ciertamente que el tal posesor no es alma del cielo, ni del purgatorio, ni del limbo, á las cuales repugna maltratar con palabras y acciones furiosas y rabiosas á los mortales.

Con sus razones pelean las dos escuelas en el terreno especulativo, cuanto al derecho y posibilidad. Pero si bajamos al terreno práctico, cuanto al hecho y realidad, apenas hay autor que presuma defender que Dios en la actual providencia dé libertad á las almas de los difuntos para entrar en posesión de cuerpos humanos. El mismo Siuri, acérrimo propugnador de la opinión escotista, confiesa que no hay un solo hecho histórico en abono de la real posesión, [3] ni se tienen señales que denoten cuándo el alma humana veja y oprime al poseso. A veces los espíritus atormentadores dicen que son almas del purgatorio, y piden sufragios para verse libres de sus penas; pero hacen traición con disimulada malicia, como lo dice S. Bernardino de Sena por estas palabras: «De gente fatua es creer que un alma cualquiera pueda entrar en algún cuerpo; cuando ves á un energúmeno acosado por un espíritu que dice ser el alma de fulano, búrlate de lo que dice, no hagas caso, porque es el demonio que le molesta.» [1]—S. Crisostómo no se cansaba de repetir el mismo engaño. «Los energúmenos dicen: yo soy el alma de zutano. Pero es fraude y embuste diabólico. No es alma de un muerto quien eso clama; el demonio es quien con semejantes ficciones pretende engañar á los presentes.» [2]—Tertuliano estimó lo mismo. [3]

No es menester reunir otras autoridades. La razón general es porque las almas santas no instigarían á las acciones indignas, ridículas y nefandas que en los espiritados vemos; las del purgatorio harto hacen con sufrir las penas debidas á sus culpas; las de los condenados, aunque poseyeran ciencia y habilidad para tales maravillas, tendrían necesidad de estar deputadas expresamente por Dios para obrarlas, y eso no consta. [4] Un solo caso cita Palafox en su libro *Luz á los vivos*, página 65, y le traslada Siuri [5] en prueba de que las almas del purgatorio han señoreado alguna vez un cuerpo humano. Esto más es huir la dificultad que salvarla; ni hay motivo para afirmar que aquel aparecido y poseedor fuese alma de difunto, ni la verdad histórica del suceso carece de sospecha, ni es verosímil ni creible que Dios con el fin de mandar sufragios por el alma de un cura párroco, de cuya salvación no tenemos pruebas, permitiera cosas tan extraordinarias como las allí propuestas. Vista la poca consistencia de la opinión contraria, señalamos con preferente adhesión la de Santo Tomás por más válida y

---

1 BECANO, *De angelis*, cap. I, q. I.—TEÓFILO RAYNAUD, *Theolog. natural*, dist. II, q. I, a. 1.—RODES, *Tract.* II theol. disp. q. sect. I § I.—HERINCX, *Summa theol.* p. I, tract. III, disp. II, q. 1.—COMPTON, *Curs. theol.*, disp. LXVII, sect. 1.—ORTEGA, *De Deo*, controv. VIII, disp. I, q. 1.—PLATELLI, *Synopsis curs. theol.*, I p. cap. VI.—HERRERA, *De angelis*, q. 1, sect. 2.

2 PALMIERI, *Pneumatologia*, cap. III, thes. XIV.

3 Nullam inveni historiam de homine obsesso ab anima damnata. *De novissimis*, tract. VII, cap. IV, n. 47.

1 Numquam facias illud quod dicit, quia est diabolus vexans illum.—Sermo LXIV, p. I.

2 Hom. XXVIII, in Matth.

3 Hanc fallaciam spiritus nequam sub personis defunctorum delitescentis, nisi fallor, etiam rebus probamus, cum in exorcismis interdum aliquem se ex parentibus hominem suis affirmat, interdum gladiatorem vel bestiarium, sicut et alibi deum, nihil magis curans quam hoc ipsum excludere quod prædicamus, ne facile credamus animas universas ad inferos redigi ut et judicii et resurrectionis fidem turbet.—*De anima*, cap. LVII.

4 SCHOTT, *Physica curiosa*, lib. IV, cap. III.

5 *De novissimis*, ibid., n. 49.

mucho más probable, en concepto de Calatayud.[1]

Contra esta doctrina común á los grandes teólogos, podría oponerse, que las cosas de los energúmenos no prueban la sevicia del demonio de una manera apodíctica, pues la razón natural no acaba de demostrar que no puedan ser atribuidos á la justicia de Dios aquellos extremos de braveza y habilidad. Causas justísimas ciertamente no le faltan á Dios para cargar su mano pesada sobre el hombre miserable y darle triste y desventurada vida, por sí mismo, sin cooperación del demonio, en castigo de sus maldades, ó por secretísimos y santos fines. Al Padre Arriaga no le pareció inconveniente concederlo, mirada la posibilidad.[2] Sin embargo las blasfemias, improperios, cosas nefandas y gravísimos daños, que en los energúmenos se observan, no pueden tener á Dios por ejecutor; son más de enemigo que de amigo, más odio de tirano revelan que amor de padre y bienhechor. El proceder de la Iglesia y su sagrada autoridad debieran bastar para hacer salva á la tesis que sostenemos.

Algunos escritores menos prudentes han querido envolver á San Justino en la corriente de la opinión contraria, cargándole que enseñó ser las almas de los difuntos las moradoras de los energúmenos, como si los Padres posteriores hubieran puesto correctivo á la novedad de su doctrina, y así tratan de fundarla en una extraña noción sobre el poder satánico según la cual afirmaba que «las almas de los profetas cayeron bajo el poder del demonio, según parece.»[3] La respuesta no puede ser más clara examinado el contexto del santo escritor. Porque dice:[4] «los que son arrebatados y poseídos por las almas de los fallecidos, á los cuales todos llaman demoniacos y energúmenos.» Al expresarse así San Justino, muestra bien que habla en el concepto de los gentiles, y no por cuenta propia; y los gentiles, sabido es, tenian por cosa corriente que las almas de los muertos obraban los prestigios de las operaciones mágicas. Hace el santo apologista este argumento á sus adversarios: si vosotros tenéis por verdaderas las evocaciones (κλήσεις) de las almas humanas, y las apellidáis por eso espíritus asistentes (πάρεδροι), si creéis que las almas de los muertos se apoderan de los cuerpos y por eso los llamáis demoniacos (δαιμονιολήπτους), si dais fe á los oráculos de Anfíloco, de Dodona, de Pitia y semejantes, si celebráis la metempsícosis de vuestros grandes filósofos, y la hoya de Homero, y el descendimiento de Ulises; debéis aplaudir siquiera con igual aprobación nuestro dictamen, cuando, creyendo á Dios más que ellos, aseguramos que nuestros cuerpos, después de muertos y enterrados, resucitarán á nueva vida, pues decimos que á Dios nada le es imposible.

En este discurso San Justino, como claramente se ve, lejos de afirmar de su propia cosecha el concurso de las almas humanas en la obra de la posesión, tomábale de la boca de sus adversarios, para de ahí concluirles la posibilidad de la resurrección de la carne, que era lo que intentaba probar. No es verdad, como han querido algunos modernos, sino falso, que San Justino «atribuya las posesiones á las almas de los difuntos.»[1] Confírmase la doctrina de San Justino con la de su discípulo Taciano al decir: «los demonios que imperan á los hombres no son las almas humanas,[2] porque los demonios según su depravación embisten á los hombres y pervierten sus almas con varias y falaces artes, por si logran desviarlas del buen camino.»

Por aquí se entenderá que San Justino con el antedicho argumento *ad hominem*, quería oponerse animoso á la incredulidad de los paganos, y persuadirles la resurrección de los cuerpos, y el galardón debido á las buenas obras. La doctrina de que se le hace capítulo, se compone mal con la enseñada por él sobre que las almas de los difuntos no emigran á otros cuerpos.[3] Si en el mismo *Diálogo* dice que «todas las almas de los justos y profetas cayeron bajo el poder del demonio,

[1] *Longe probabiliorem*, t. III, Dissert. II, a. I, § IX, n. 117.

[2] *De Angelis*, disp. I, sect. I, n. 3.

[3] *Dialog. cum Triphone*, § 104.

[4] οἱ ψυχαῖς ἀποθανόντων λαμβανόμενοι καὶ ῥιπτομένοι ἄνθρωποι, οὓς δαιμονιολήπτους καὶ μαινομένους καλοῦσι πάντες... καὶ ὅσα ἄλλα τοιαῦτα ἐστί. —*Apolog.* I, n. 18.

[1] M. J. Ribet, *La mystique divine*, t. III, chap. X, p. 202.

[2] Δαίμονες οἱ τοῖς ἀνθρώποις ἐπιτάττοντες οὐκ εἰσὶν αἱ σων ἀνθρώπων ψυχαί. *Adv. Graec.* n. 16.

[3] οὔτε μεταμείβουσιν εἰς ἕτερα σώματα. — *Dial. cum Triphone*, n. 4.

excepto la de Cristo,» alude al imperio de Lucifer en el mundo antes de la Encarnación, pero no significa que las almas entrasen á señorear los energúmenos. Sobre la Pitonisa de Saúl fué de parecer, como dijimos, que evocó el alma del profeta Samuel por operación del demonio, porque donde quiera que trata de las artes mágicas, á solo el demonio las remite como autor principal. El P. Suárez, que desaprueba la sentencia seguida por el Santo acerca de la evocación de Samuel, solamente juzga que, en sentir de San Justino, el demonio tenía potestad general sobre las almas de los muertos antes de Cristo: áun eso fuera mucho conceder, y no dan licencia para tanto las palabras ni el contexto del santo apologista. [1]

Añadamos algunas razones en prueba de que el alma del difunto no puede vivir en compañía del poseso. La primera, porque el alma de un difunto tendría menos señorío en el cuerpo que si le estuviese unida, y el espíritu que entra en el distrito de un poseso muestra mayor potestad que su propia alma, pues habla y obra á despecho y contra la voluntad del mismo poseso. La segunda, porque los energúmenos dicen á veces cosas altas y escondidas, ignoradas por el alma cuando estaba conjunta, y por ningún camino aprendidas en las mazmorras del infierno. La tercera, porque estos espíritus de los condenados carecen de potestad para hacerse verdugos, maestros, señores internos y cohabitantes de otros sujetos, dado que á veces puedan tener licencia para aparecer en cuerpos extraños. La cuarta, porque Cristo siempre apellidó demonios á los espíritus cuando los echaba de los cuerpos, y el mismo lenguaje usaron los evangelistas y los Santos. La quinta, porque el energúmeno grita, blasfema, aulla, se enfurece contra la disposición de su voluntad, sin que basten fuerzas humanas á enfrenar sus osadías; indicio evidente de que alguien manda hecho tirano, más poderoso que la propia alma, presa, y rendida al dominio de fuerza superior. La sexta razón es, porque los energúmenos usan y entienden lenguas peregrinas, anuncian cosas ocultas, oyen ruidos desde muy lejos, poseen ciencia desconocida y sobrehumana; habilidades que las almas del infierno ignoran, pues sólo saben lo que antes sabían y lo que la experiencia de aquel fuego les enseñó. La séptima razón es, que las almas de los muertos en vez de dar tormento, le reciben, y lejos de ejecutar en los vivos inhumanas vejaciones por no ser ese su oficio, si les fuese permitido entrar en posesión de los cuerpos, procurarían mostrarse tan humanas y compasivas, como significó la del rico epulón. [1] El demonio por consiguiente es quien asienta su silla en el interior del poseso, y desde allí anuncia noticias secretas y peregrinas, fingiendo ser el alma de un finado, y armando mil embustes, con que induce á error y lleva á cabo sus intentos, cifrados en hacer mal, y pervertir á los hombres. Estas razones esforzaba el Tostado, [2] y resumíalas el P. Salmeron [3] grave y eruditamente.

«Es imposible que el demoniaco por sí mismo, ausente el demonio, haga mal á nadie; si daña y molesta, la presencia del demonio es la causa del mal; [4] echado él, no queda rastro de su maldad; porque aquella virtud invisible que le arrojó, le pone miedo y le prohibe que otra vez se acerque al que fué curado.» [5] Así dice un autor cristiano de venerable antigüedad, que algunos con Labbé pensaron ser San Justino. [6]

1 *De superstitione*, cap, XVI, n. 15, 17.

ARTÍCULO II.

Declárase la índole de la posesión.—Dos condiciones.—Respuesta á una dificultad.—Causas que dan lugar á la posesión.—Causas directas.—Causas indirectas.—Un hecho de San Agustín.—Las ursulinas de Loudun.—Otras convulsiones epidémicas.—Secretos de Dios en las posesiones.—Embustes y supercherías atribuidas al demonio

Aclarada la existencia y realidad de la posesión diabólica, síguese la naturaleza de la unión efectuada por el espíritu satánico con el cuerpo humano; con el cuerpo digo, porque no se hace con la substancia del alma. Según la doctrina común, tomada de Santo Tomás, «en el alma no entra sino el que la hizo, Dios Criador;» [7] es el solo capaz de embeberse y hacer asien-

1 Luc., XVI. 2 q. CXXIV in cap. VIII Matth.
3 *De miraculis*, Tract. XIII.
4 ὅσα γὰρ ποιεῖ τῇ παρουσίᾳ παρόντος τοῦ δαιμονίου ποιεῖ, οὗ ἀποχωρήσαντος οὐδὲ τὰ ἴχνη αὐτοῦ πάρεστιν.
5 *Quæst. et respons. ad orthodoxos*, quæst. XL.
6 *Script. eccles.* p. 669.
7 In ipsam animam non intrat nisi ille qui dat esse, scilicet, Deus creator.—In II Sent. Dist. VIII, q. 1, articulo 5.

to en sus facultades espirituales, y de infundir en ellas pensamientos y mociones, dejándola dueña de su libertad y de sus actos.

Dos condiciones requiere la posesión: que el demonio habite dentro del cuerpo, que ejerza en él un poder extraordinario y preternatural. Entra primero en él lanzándose en su interior, pues su naturaleza espiritual y sutilísima le facilita la entrada. La posesión consiste en residir interiormente en los límites del hombre, como dice Santo Tomás, [1] «usando del hombre políticamente á pesar suyo, y haciendo que cumpla cosas extrañas y padezca tormentos corporales. Así se une al hombre por una infusión especial, con imperio absoluto sobre el cuerpo.» [2] El alma se une al cuerpo, y la unión es substancial, porque hace de dos substancias una sin confundirlas; el demonio se une por la obsesión sin ocupar el cuerpo, disparando desde su cerco sugestiones, ilusiones, violencias, males físicos, es unión accidental; el demonio por la posesión se une al cuerpo internamente *quasi ab intra* llegando de cabo á cabo, si Dios no le regatea la licencia, y al mover el cuerpo mueve también indirectamente el alma con mil géneros de artificios. [3] «No creemos que la acción del demonio sobre el poseso influya substancialmente en el alma, influye en ella por oposición y opresión.» [4]

Los Salmanticenses [5] señalan á la posesión tres actos: que el demonio se apodere del cuerpo, que veje al hombre por sí y no por mera enfermedad, que se quede en el cuerpo como en propio domicilio. Siendo la posesión un desorden psicológico, y por ningún concepto forma de neurosis, ni perturbación orgánica, ni enajenación mental, ni enfermedad del cerebro, claro está que su remedio no depende de la medicina. Con esto no se dice que no vaya acompañada de verdaderas enfermedades, parálisis, epilepsia, sordera, mudez; antes residiendo el mal de la posesión en las potencias sensitivas (imaginación, sentidos), sin abolición de la humana personalidad, aunque con menoscabo de la libertad, siquiera por algún tiempo, el trastorno moral podrá á veces ocasionar trastornos físicos y morbosos, al modo que los desórdenes orgánicos pueden causar desórdenes psíquicos. [1]

En segundo lugar, la posesión abre camino á demostraciones de fuerza preternatural. El demonio adherido al cuerpo, no le da vida, ni sentido, ni otra suerte de actos vitales, porque no constituye juntamente con él ni con el alma un principio total é hipostático. La unión diabólica es tan superficial, que apenas merece el nombre de unión; redúcese, dice Santo Tomás, á la que tiene el marinero con su barca, [2] que consiste en mover el cuerpo dándole alguna dirección material y mecánica, sin tomar parte en la personalidad humana. Procura, sí, con esfuerzo retraer el cuerpo, y que rompa con el servicio debido al alma, á la razón y á la libertad; con tales lazos le traba la sensibilidad, con tales imágenes turba la fantasía, tales estragos hace en los órganos de los sentidos, con tal violencia tiraniza los miembros del paciente, que el hombre parece otro, pierde la memoria de lo pasado, no atiende á lo presente, olvida todo rastro de cordura y miramiento, de donde los posesos unos ciegan, otros ensordecen, otros enferman, otros entontecen, otros enloquecen, otros quedan privados del uso de sus miembros y como pierden del todo la vida. [3]

No en todos hace el enemigo tan desastrosos efectos. Su despótica crueldad á veces le aconseja plazos de sosiego, treguas de blandura aparente; lo esencial de la posesión está en que el maligno fije en el hombre su habitación por algún espacio de tiempo, y meta contra él la mano, ora terrible, ora blanda. [4] A la manera que el barquero, según la comparación de Santo Tomás, se sitúa en aquel punto del esquife donde pueda gobernar mejor el rumbo, y averiguarse con los movimientos contrarios, así el demonio toma asiento en este ó en aquel miembro (cuando Dios no le pone términos), y luego pasa á otro, y acomete por aquí, y suelta acullá, según convenga á sus perversos intentos y á la vejación que pretende dar al poseso, con-

[1] In II. Sent. dist. VIII, art. 5.
[2] *Dictionnaire d'ascétisme*, édit. Migne, art. *Possession*.
[3] Thyrée, *De dæmoniacis*, lib. I, cap. II.
[4] Gennadio, *L. de Eccles. dogmat.*, cap. LXXXIII.
[5] *Cursus theolog. tract.* XXII, cap. 1, p. V, § I.

[1] P. Didon, *Jésus-Christ*, 1891, livre III, chap. II.
[2] In II Sent. Dist. VIII, q. 1, art. 2.
[3] Luc. XI, 14; XIII, 11.
[4] Bérulle, *Traité des énergum*, chap. VI.

forme á la disposición y venia de la divina bondad. [1]

Dejen de escandalizarse los críticos modernos y los deistas insensatos, y no clamen que de admitir la posesión diabólica, se seguiría un doble principio en el mismo individuo, y opuesto el uno al otro, y por consiguiente un trastorno incomprensible en la humanidad.—R. No se escandalicen; el demonio en los energúmenos no es principio interno y personal, sino solamente exterior y adherente, con poder limitado á mover las partes del cuerpo humano, á influir en los órganos, á revolver los líquidos, á maniobrar en las fibras nerviosas, á alterar la economía animal, sin tocar en el alma, y á la medida que le fuere concedido por la bondad y justicia de Dios. [2] De Pressensé pone en esto dificultad. «Que los demonios hayan entrado, así como suena, en el cuerpo de los cerdos, es imposible admitirlo; una inteligencia superior (*développée*) no puede encerrarse en un organismo inferior. No olvidemos que la posesión nos traslada á una esfera anormal, es un caso de locura bajo la influencia demoniaca.» [3] A esta dificultad va ya respondido que la posesión no es tal como los accidentes en la substancia, ni como las partes en el todo, ni como dos naturalezas que se reciben en una persona; sino que siendo dos substancias perfectas el demonio y el hombre, se apodera aquél de éste como un motor del móvil, sin imprimir cualidad alguna al cuerpo, ni darle ningún nuevo ser, ni constituir una cosa con el hombre poseido. Sólo que el demonio ejerce potestad sobre el cuerpo humano, y ésa determinada, no absoluta, mucho menos la ejerce en el alma, pues solamente tiene el poder sobre entrámbos que Dios le tasa y define. [4] A esta manera han discurrido los protestantes Kerner y Schenmayer en la *Historia de los posesos de los tiempos recientes*, donde muestran con buenos argumentos la posibilidad y realidad de las posesiones y deshacen los argumentos en contra.

Las causas que originan la posesión pueden ser varias. Si miramos al poder del demonio, «ninguno hay en la tierra que se le pueda comparar.» [1] El que apetece el mal sin tasa y al mal se siente furiosamente arrastrado, no dejaría rueda con rueda en el edificio social, si Dios no le hiciese una raya de donde no pudiera salir. El pecado, su más poderoso reclamo, por haber tenido el cetro con más pujanza en la gentilidad, dió lugar á gran número de posesiones, permitiendo el Señor con más facilidad que á la invitación del hombre acudiese el enemigo á morar en su compañía, así como con él concertaba para lograr efectos mágicos. El hombre que abra la puerta al demonio y se le haga familiar, indudablemente podrá tenerle á su lado y estará muy dispuesto á arrastrar cadena en servicio del maldito huésped. Por el contrario, «después que Cristo vino al mundo, el señorío del demonio ha sido mucho menor,» dice San Cirilo. [2] A la verdad testigos han sido en todo tiempo los varones apostólicos de lo mucho que disminuyeron los casos de posesión en los pueblos idólatras, desde que abrazaron la fe. [3]

De algunas almas se lee, que con intento de padecer algo por Dios se entregaron imprudentes y apetecieron la compañía del demonio. [4] Otras por vía de estipulación se humillaron á su consorcio. Pero el pecado es la causa más directa y común de la posesión. San Cipriano [5] cuenta que muchos apóstatas de su tiempo se volvían energúmenos, y que otros por solo haber comulgado en pecado mortal, caían bajo el poder de Satanás. Tertuliano refiere el caso de una dama cristiana «que fué al teatro, y volvió á su casa con el demonio en el cuerpo; el cual preguntado en los exorcismos por qué había osado entrar en aquella mujer, siempre respondía: con razón lo hice, porque en mi casa la encontré.» [6] Hechos semejantes leemos en otros escritores graves y prudentes. [7] San Agustín dice: «Los demonios no pueden poseer sino á los que con

[1] THYRÉE, *De dæmoniacis*, p. I, cap. X, XI.
[2] BENEDICTO XIV. *De serv. Dei canoniz.* lib. IV, cap. IX.
[3] *Jésus-Christ.* 1884, p. 465, nota.
[4] THYRÉE, *De Dæmoniacis*, p. I, cap. II.

[1] Job., XLI.
[2] *Contra Julian.*, lib. VI.
[3] DELRÍO, *Disquisit.*, lib. VI, cap. II.
[4] SULPICIO SEVERO, *Dialog.* I, cap. XX.
[5] *Serm. de lapsis.*
[6] Quæ theatrum adiit, et inde cum dæmonio rediit. Itaque in exorcismo cum oneraretur immundus spiritus quod ausus esset fidelem adgredi, constanter et justissime quidem, inquit, feci; in meo eam inveni. *De spectaculis*, cap. XXVI.
[7] *Lib. de promission. et prædiction.* p. IV, cap. VI. —CASIANO, *Collat.* VII, cap. XXVII.—SAN GREGORIO, *Dialog.*, lib. I, cap. IV.—BOLANDISTAS, XIII septemb.

sus cautelas han engañado.» [1] «La aérea potestad no vence ó sujeta á nadie si no es con la compañía del pecado.» [2]

Pero el pecado no es fuerza que le cometa el mismo poseido. Tal vez la posesión proviene de culpas ajenas por vía de castigo y penalidad, porque siendo separables la culpa y la pena, acontecerá que el inocente pague por el pecador y experimente este linaje de miserable comunicación. ¿Cuántas veces han acaecido invasiones satánicas á consecuencia de blasfemias, maldiciones ó costumbres depravadas de otros? El demonólogo Thyrée, [3] entre doce suertes de pecados que pueden servir al demonio de lazos para cautivar á un hombre y ponerle en tan dura servidumbre, señala el despecho y la maldición de los superiores contra sus súbditos. En la vida de San Nicolás de Tolentino se narra que por haber una joven echado maldiciones, con ocasión de haberle cortado los cabellos, entró el demonio en su cuerpo, y luego fué curada por el Santo. [4] Otro hecho parecido leemos en la vida de San Ibón. [5] Ejemplos se han visto de endemoniados hechos tales por maldiciones de otros á cuya obediencia estaban. Raras son las veces que Dios esto permite sin que intervenga por alguna parte la voluntad, ora del mismo poseso, ora de otro que le tiene á su legítima obediencia.

No será fuera de propósito hablar aquí de ciertos casos que parecen posesiones y no lo son. Por ser de notable edificación pongamos el referido por San Agustín y pasado ante sus ojos. «Uno ha sucedido aquí entre nosotros, que aunque no es mayor que los dichos, con todo, el milagro es tan claro, é ilustre, que pienso no hay ninguno de los hiponenses que no le haya visto ó entendido, y ninguno que le haya podido olvidar. Hubo diez hermanos (siete varones, y tres hembras) naturales de la ciudad de Cesarea de Capadocia, no de gente baja entre sus ciudadanos. Sobrevínoles el castigo del cielo por una maldición que les echó su madre recién viuda y desamparada con la muerte de su esposo, muy sentida por una injuria que los hijos la hicieron. El mal era de suerte que todos padecían un horrible temblor de miembros, y no pudiendo sufrir el verse así tan abominables en la presencia de sus vecinos, por donde á cada uno se le antojó se fueron peregrinando por casi todo el imperio romano. De ellos acertaron á venir aquí dos, hermano y hermana, Paulo y Paladia, conocidos ya en otros muchos lugares por la publicidad de su miseria. Llegaron á esta ciudad casi quince días antes de la Pascua; acudían cada día á la iglesia, y en ella á la Memoria del gloriosísimo San Esteban, suplicando á Dios que los perdonase y les volviese su salud perdida. Allí y adonde quiera que iban se llevaban los ojos de toda la ciudad, y algunos que los habían visto en otras partes, y sabían la causa de su temblor, se lo contaban á otros como podían. Vino la Pascua, y el mismo domingo por la mañana habiendo acudido ya gran muchedumbre del pueblo, estando asido á las rejas del santo lugar, donde estaba la Memoria del Mártir, haciendo su oración el dicho mancebo, de repente cayó prosternado en tierra, y estuvo así muy como quien duerme, aunque no temblando como solía, aun cuando dormía. Maravillados los que estaban presentes, y unos temiendo, y otros doliéndose, quisieron algunos levantarle, y otros se lo prohibieron, diciendo que mejor era aguardar en qué paraba. Y en esto se levantó, y no temblaba, porque estaba ya sano, y miraba á los que le miraban. ¿Quién de los que miraban dejó de alabar á Dios? Llenóse toda la iglesia de las voces de los que clamaban, y bendecían á Dios. De allí acuden á mí corriendo á donde estaba sentado para salir. Vienen atropellándose unos tras otros, contando el postrero, como cosa nueva, lo que había referido ya otro primero. Y estando yo muy contento, y entre mí dando gracias á Dios, entró también él mismo con otros muchos, inclinóse á mis rodillas, y levantóse para recibir mi paz. Salimos al pueblo; estaba llena la iglesia, y resonaba con las voces de la alegría de los que de aquí y de allí clamaban, sin que callase nadie, á Dios gracias, á Dios alabanzas. Saludé al pueblo y tornaban á clamar lo mismo con más fervor, y más alto. En fin, sosegados y estando ya en silencio, leyéronse las solemnidades de la divina Escritura. Y en llegando al lugar de mi sermón, hablé muy poco del suceso, y de aquella presente alegría. Porque

[1] *De Civit. Dei*, lib. IV, cap. XXXII.
[2] *Ibid.* lib. X, cap. XXII.
[3] *De dæmoniacis*, p. II, cap. XXX.
[4] Boland., X septemb.
[5] Boland., XIX maji.

antes quise dejarlos á que ellos en aquella divina obra gustasen de una cierta elocuencia del cielo, no oyéndola sino considerándola. Comió conmigo el hombre, y me contó particularmente toda la historia, común calamidad suya, de su madre y de sus hermanos. El día siguiente después de acabado el sermón prometí que otro día se recitaría al pueblo el memorial de aquel hecho. Como esto se hiciese al tercer día de Pascua en las gradas del coro donde desde mi asiento hablaba al pueblo, hice que estuviesen allí entrambos hermanos en pie, mientras se leía el memorial. Estábalos mirando el pueblo todo, hombres y mujeres, y veían al uno sin aquel terrible y disforme movimiento, y á la otra temblando con todos los miembros. Y los que le habían visto á él, echaban de ver lo que había obrado en él la divina misericordia, porque veían lo que en él debían agradecer á Dios, y lo que por su hermana le debían pedir. En esto habiéndose leído su memorial, mandé que se quitasen de allí adelante del pueblo, y comencé á tratar algo más particularmente sobre aquel caso, cuando estando yo en esto, oímos otras voces de nuevas gratulaciones de la parte de la Memoria del bienaventurado Mártir. Volvieron hacia allá los que me estaban oyendo y comenzaron á correr. Porque la hermana en bajando de las gradas, donde había estado, se había ido á encomendar al santo Mártir. Y luego que tocó las rejas, cayendo asimismo como en un sueño, se levantó sana. Y estando yo preguntando, qué era lo que había sucedido, y la causa de aquel alegre rumor, entraron con ella en la iglesia donde estábamos, trayéndola sana de la capilla del Mártir. Levantóse entonces tan grande clamor y admiración de hombres y mujeres, que parecía que las voces y las lágrimas nunca habían de acabar. Trajéronla al mismo puesto donde poco antes había estado temblando. Holgábanse de verla vuelta semejante á su hermano, los que se habían condolido antes de verla quedar tan desemejante. Y aunque no habían aún hecho oración por ella, con todo veían ya cómo tan presto había oido Dios su previa y anticipada voluntad. Oíanse las voces alegres en alabanza de Dios sin decir palabra con tanto ruido, que apenas lo podíamos sufrir según nos aturdían. ¿Qué habría en los corazones de los que así se regocijaban, sinó la fe de Cristo, por la cual se derramó la sangre de Esteban?» [1]

Görres cita éste como caso de posesión: [2] San Agustín, que le describió tan circunstanciadamente, ni media palabra dice que á eso suene. Ya que no fuese posesión, la cura repentina de este mal fué evidentísimo milagro. «La forma de epilepsia que proviene de espanto, es esencialmente incurable.» [3]

De las Ursulinas de Loudun (1632-1639), dícese que por maleficio quedaron poseídas del demonio. De ellas cuéntase que hablaban lenguas, que anunciaban cosas naturalmente desconocidas, que hacían extremos de braveza superiores á la condición mujeril. Otros lo niegan todo, y dan á impostura lo más, á verdad poquito, á demonio nada. Leído todo cuanto exponen los unos, [4] y cotejado con las consideraciones hechas por otros, [5] después de examinar los procesos originales, como lo ha hecho Legué, [6] queda en pie la sentencia del docto Calmet, que dice así: «Yo no cuento entre los casos de real posesión diabólica las monjas de Loudun: de ella se han emitido juicios diversos, su realidad fué puesta en duda en aquella sazón, y áun en nuestros días es muy problemática.» [7] Ello es que de ningún modo se prueba que las dichas monjas tuviesen conocimiento ó uso de lenguas peregrinas, ni que alcanzasen noticia de cosas secretas. El contagio de la alucinación puede dar razón de todas las escenas presenciadas. [8] El hecho indiscutible en esta tragedia fué la ejecución del infeliz presbítero Gran-

---

1 S. AGUSTÍN, *De Civit. Dei.*, lib. XXII, cap. VIII.

2 *La Mystique*, lib. VIII. chap X.

3 MARSHALL HALL, *Practical observations in medicine*, 1845, p. 39.

4 MIRVILLE, *Des esprits*, 1834, p. III.—GÖRRES, *La Mystique*, III p., livre VIII, chap. XLIV. — RIBET, *Mystique divine*, t. III, chap. X.—FÈVRE, *Hist. de l'Eglise*, t. XXXVII, p. 213, etc.—P. BONNIOT, *Le miracle et ses contrefaçons*, chap. VII. — WAFFELAERT, *Dictionn. apolog.*, art. *Loudun*.

5 LECANU, *Dictionn. des prophéties et des miracles*, art. *Possession*.—JAY, *Hist. du Cardenal de Richelieu*.—GAYOT DE PITAVAL, *Causes célèbres*, t. III.—El P. FEIJÓO, *Teatro critico*, t. VIII, disc. VI. — *La Civiltà Cattolica*, 1888-1890.

6 *Urbain Grandier*, 1888.

7 *Sobre las apariciones de los espiritus*, 1751, n. 219.

8 Le cose, insomma, nell' affare di Loudun sono tutt' altro che limpide, almeno nei singoli particolari, giacchè non lo rendono certamente tale nè le convulsioni, nè le posture acrobatiche e neppure le sconcezze e le bestemmie, che a deliranti per la idea d' essere o di voler comparire indemoniate, non occorre un demonio à suggerirle. Ci son ben altri casi in cui l' azione sua è manifesta. —P. FR. SALIS-SEEWIS, *Visioni e allucinazioni*, 1892, p. 185.

dier, que causó desesperación y muerte espantosa á su cirujano Mannouri.[1]

Por el mismo nivel se han de nivelar las enfermedades contagiosas que dominaron en el siglo XVI por Europa, en conventos de monjas, que se ponían convulsas y fuera de sí, á manera de bacantes, de que fueron testigos la Sajonia, Holanda, Brandeburgo.[2] En Roma un centenar de mujeres recogidas en un convento (1555), á causa de sus convulsiones y pasmarotas, fueron capituladas por posesas.[3] En Amsterdam (1566) setenta huérfanos de ambos sexos, moradores de un establecimiento, experimentaron parecidos trastornos,[4] y corrían como frenéticos por las calles. Otro tanto pasó en 1673 en la casa de huérfanos de Horn.[5] En este mismo siglo XVII un monasterio de Lion en Francia se vió asaltado por la epidemia de las convulsiones, espectros, terrores.[6] Del convento de Louviers (1623) se narraban también tragedias escandalosas,[7] y en el de Auxona diezioocho personas fueron asaltadas de raros accesos.[8] Si todas estas eran posesiones, será menester confesar que en ningún tiempo anduvo el diablo tan suelto, ni áun en medio de la gentilidad pasó tan adelante su destemplado frenesí.

No es maravilla que un escritor tan crédulo como Des Mousseaux escriba lo siguiente: «Pocos hechos históricos ofrecen un carácter más notable que las pestes demoniacas de otro género que procedieron ó acompañaron á las vejaciones diabólicas ó posesiones. Hablo de las epidemias de brujas que de pronto pululaban por no sé qué infernales emanaciones en aquel paraje; este azote producía otros mil efectos en los cuerpos y en las almas. El tratado de Ulrico Molitor *sobre Lamias y Pitonisas* merece consulta en este particular.»[1] Refiere el propio Des Mousseaux una cosa, y dice habérsela oido á persona fidedigna, y es que en tiempo de la revolución francesa de hace un siglo, gran número de labriegos á vista de los crímenes ejecutados en aquel sangriento drama, fueron acometidos de unos cólicos muy extraños que les rompían las entrañas sin hallar alivio en el arte de curar, hasta que pidiendo uno de ellos los exorcismos de la Iglesia, encontró remedio, sosiego y entera libertad.[2] No es de maravillar que así hable este autor. Más asombro causa leer en un libro moderno de grande autoridad el dictamen siguiente acerca de las enfermedades contagiosas arriba mencionadas: «Esta epidemia se extendió por todos los conventos de mujeres de Alemania, sobre todo por los estados de Holanda, Sajonia y Brandeburgo. Todos los milagros de los convulsionarios y del magnetismo animal eran familiares á estas monjas, á las cuales se las tenía en concepto de posesas. Predecían, saltaban, trepaban por las paredes y hablaban lenguas peregrinas.»[3] Así barajan los incrédulos las mentiras y verdades.

El último recurso para dar cuenta de estos sucesos extraños ha de ser la posesión, cuando no haya manera de explicarlos por superchería, enfermedad, magia, obsesión ó invención humana. Leidas las historias y examinadas atentamente las relaciones, no hay razón bastante para hacer al demonio autor de tan súbitos efectos. El contagio se apodera fácilmente de personas en quienes predomine el sistema nervioso. La exaltación de muchas imaginaciones atizadas por el ejemplo de individuos predispuestos á una cierta y determinada alucinación, causa los accesos colectivos. Así como las convulsiones epilépticas de un sujeto nervioso despiertan, por imitación, síntomas análogos en los circunstantes, igual contagio produce el ejemplo de las alucinaciones una vez dado el impulso y señalado el objeto á la fantasía de los presentes. El ejemplo y la sugestión son las dos causas que dan origen á las alucinaciones colectivas, que los sobredichos autores achacaron á operación diabólica.

En nuestro siglo no han faltado ma-

---

1 No nos opongan la autoridad del P. Surin, confesor del monasterio. El día que salgan á luz pública sus manuscritos en toda su integridad (lo deseamos, mas no saldrán), quedará solemnemente comprobada la rectitud de nuestra opinión.

2 SIMÓN GOULART, *Trésor d'hist. admir.*, t. I.

3 BODIN, *Dæmonomania.*— GUYON, *Divers. leçons*, t. II, livre III.

4 HOOST, *Hist. des Pays-Bas.*, an. 1566.—BRAUT, *Hist. de la Reforma.*—DESPINE, *De l'imitation*, 1871.

5 BONNAIRE, *Examen critique des caract. divers. des possessions.*— BOUCHUT, *De la contagion nerveuse*, 1862.

6 LECANU, *Dictionnaire des Miracles*, t. II, p. 613.

7 *Mémoires de la possession de Louviers*, par le P. DESMARETS, de l'Oratoire, 1647.

8 MIRBEL, *Palais des songes*, chap. IV.

1 *Mœurs et pratiques des démons*, chap. VIII.

2 Ibid., chap. XI.

3 *Dictionnaire des Sciences médicales*, art. *Convulsion.*

nías epidémicas de este jaéz. Testigos la de Morzine en 1861, la de Verzigny en 1880, la de Pledran en 1881. Morzine, pueblo de Saboya, en el año 1854 dió el espectáculo de convulsiones asombrosas y otros síntomas morbosos de que fueron víctimas en particular mujeres y niños. El escritor Mirville [1] carga el cuadro con tan negros colores y realza las figuras de aquellos campesinos con tales monstruosidades de clarovidencia, divinación, lenguas, fuerzas extranaturales, que cualquiera las tomaría por indicios claros de posesión diabólica, si no constase la habitual exageración del autor y la resistencia opuesta por el obispo de Annecy á la aplicación de los exorcismos en el pueblo de Saboya. [2]

Célebres son las epidemias convulsionarias de la corea, llamada baile de San Vito, baile de San Modesto, salto de San Vito, danza de San Guy, baile de San Juan, orquestomanía, epilepsia saltatoria, que se mostró por vez primera en el valle del Rhin á mediados del siglo XIV y cundió por los Países Bajos hasta Holanda, cesando en el siglo XV. Durante la peste de Strasburgo, en 1418, los invadidos por la manía del baile, que en plazas y calles saltaban sin parar día y noche, eran conducidos á centenares por orden del magistrado á la capilla de San Vito en Saberna, y allí con misas, procesiones y otros actos religiosos lograban calmar su coréico furor. Poco hace al caso saber si el baile de San Vito es enfermedad, como lo creyeron Schäffer y Thilenius, [3] ó si es manifestación de verdadera psicosis como opina Ziemssen [4] que trata difusamente la materia; pero baste indicar cómo hay manías pandémicas que se propagan por vía de alucinación y presuponen una afección cerebral determinada y circunstancias especiales que causan y difunden la invasión colectiva, sin que sea menester ni convenga echar mano de la posesión demoniaca para dar cuenta de los fenómenos descomunales relatados por la historia.

Sin embargo, no podemos dudar que ha habido posesiones en el mundo, fuera de los casos escritos en el Evangelio. En última instancia, á la adorable providencia de nuestro Señor, hemos de acogernos para no extrañar los arrebatos diabólicos, pasmosos y extraordinarios. ¿Quién no lee con asombro aquellas palabras del máximo Doctor San Jerónimo: «¿Qué causa hay para que á veces niños de dos y tres años, y áun infantes que maman, sean arrebatados del demonio?» [1] ¿Quién no se estremece oyendo decir á San Agustín: «Contra los acometimientos de los demonios, ¿qué inocencia está segura? Porque para que no fiemos en ella, también se encruelecen á veces contra los niños bautizados.» [2] ¿Quién no se espanta leyendo los tres libros que San Crisóstomo escribió al monje Estagirio, poseido extrañamente del demonio, con ser ángel en las costumbres y ejemplo de observancia? [3]

El espectáculo de las tiranías satánicas, mientras que demuestra el coraje, la envidia y la soberbia desenfrenada de nuestro enemigo, ostensiblemente patentiza la bondad y misericordia de Dios; sus excesos espantosos exaltan la divinidad de la Iglesia, proclaman los merecimientos de los Santos, y son argumento demostrativo de la soberana virtud del nombre de Jesús, en cuyo poder son lanzados los demonios y quedan libres los cuerpos y las almas. Son maravillas en que resplandece con singulares fulgores la traza de la divina voluntad.

Pero no es cosa nueva en el mundo, sino muy común y acostumbrada, el correr en traje de operación diabólica el artificio de la impostura, deslumbrando al vulgo con mentirosas invenciones. San Jerónimo [4] avisa que en su tiempo no faltaban embaucadores que fingían peleas con los demonios, por parecer hombres milagrosos á los ojos de los ignorantes. A uno se le asentó que había de ser Anticristo, y tentado de darse la muerte por librar al pueblo cristiano de tanta calamidad, por la misericordia de Dios escapó de estos

---

[1] *Des esprits*. t. II, chap. IV.

[2] P. Salis Seewis, *Visioni e allucinazioni*, 1892 p. 46.—D. J. Call, *Higiene del alma*, 1888, p. 102.

[3] *Salzburger, med. chir. Zestug*, 1793, IV, p. 248. —*Med. chir. Bemerkungen*, t. II. p. 4, 1814.

[4] *Corea, Tratado enciclopédico de Patologia médica y terapéutica*, t. VIII, 1888, p. 593.

[1] Quid causæ est, ut sæpe bimuli trimulique, et ubera materna lactentes, a dæmonio corripiantur?—Epist XXXIX, ad Paulam.

[2] Contra multiformes dæmonum incursus quis innocentia suà fidit? Quandoquidem ne quis fideret, etiam parvulos baptizatos... aliquando vexant? — *De Civitate Dei*, lib. XXII, cap. XXII.

[3] *Oratio adhortatoria* ad Stagyrium, ascetam a dæmonio vexatum.

[4] *Epist. ad Rusticum*.

engaños, y dejólos escritos para escarmiento de otros. El P. Rivadeneyra cuenta que doce falsos apóstoles andaban en su tiempo por España predicando y enseñando que Dios les revelaba los pecados de los hombres; descubierto el embuste fueron echados á galeras. [1] En el mismo capítulo dice que estando él en Italia, una religiosa, tenida por santa, mostraba las llagas de la Pasión del Señor en sus manos, pies y costado, y la sangre que le goteaba de la cabeza, y que al fin se halló que todo era burla y engaño. Y añade: «Estando yo en Loreto, una doncella recogida y honesta, engañada de otro, se hizo ella misma llagas en sus pies y manos, fingiendo que las había recibido del cielo... La cual, descubierto el artificio y engaño, fué castigada.» El docto médico Zacchias [2] escribe haber visto á una siciliana, cuyas marañas y ruindades conocía, cómo en la iglesia fingía quedar arrobada una hora entera, los brazos en cruz, sin pestañear, mudando colores á placer, con asombro y grande opinión de los circunstantes.

Otros muchos artificios se dejan en silencio, que en cada siglo han tomado máscara de santidad. No es esto decir que el demonio, enemigo de todo bien, no tire sus gajes en parecidos engaños. Podrá suceder que sea él su instigador, ó en gran parte concurra, ó dé pábulo metiendo al hombre en malos pasos; pero el hombre es quien por lo común se enreda en viles supercherías con intento de dar satisfacción á sus desenfrenadas pasiones. La soberbia, la ambición, la codicia, la envidia, la sensualidad son causas frecuentes que aconsejan la hipocresía y la impostura. A veces se mancomunan la astucia y la ilusión, el embuste y la falsa persuasión, la terquedad y la trapacería; mas los frutos que de ahí nacen, fuera de la superstición del pueblo, son grandes crímenes y enormes maldades.

San Agobardo, obispo de Lion, (814-841) escribió á Bartolomé, obispo de Narbona, dándole respuesta acerca de las cosas que ocurrían en el sepulcro de San Fermín. Al principio daban algunos consigo en tierra y quedaban sin sentido, á manera de epilépticos y energúmenos, en la ciudad de Uzés; después sentíanse en los cuerpos señales de quemaduras cual si ardiese azufre en aquel lugar, con otros sobresaltos que cogían desapercibidos á los fieles y los cercaban de peligro y miedo. Aterrados ofrecían donativos según su posibilidad, aconsejados por el temor. Sobre esto carga la mano el santo obispo llamando necedad el proceder de los fieles (*nobis multum stulte fieri videtur*), porque no parecía en aquellas señales indicio de favor celestial, y aquellas heridas no podían ser sino permisiones de Dios ejecutadas por los ángeles; y si eran éstos buenos ó malos, lo pone en duda ni quiere resolverlo. Pero advierte con discreta prudencia que el demonio tanto puede con los hombres para golpearlos como para engañarlos. En fin da claramente á entender que la avaricia y el interés de algunos andaba de por medio en estas escenas, y así aconseja que, pues vencidos de un terror nimio y faltos de consejo, dan dineros, mejor fuera que los diesen á los pobres y á los peregrinos (*melius facerent si sua pauperibus et hospitibus erogarent*).

Amolon, obispo de Lion (841-852), escribio á Teobaldo obispo de Langres una carta, conservada en la Patrología de Migne, [1] dándole el consejo que le pedía sobre ciertas reliquias cuya autenticidad no constaba, ni el nombre del sujeto cuyas eran, ni su procedencia y origen. El caso fué que habiendo colocado aquellos huesos junto al sepulcro del mártir de Cristo San Benigno en la iglesia de Dijón, comenzaron á notarse ciertos prodigios (*non sanitatum et curationum quibus ulla indicia divinæ miserationis, et propitiationis ostenderetur*) de golpes y arrebatamientos, de que eran víctimas ciertas mujercillas en la misma iglesia, sin que les quedase lesión ni herida en parte alguna del cuerpo. Llegó el número de las convulsionarias á cuatrocientas entre niñas, casadas y de edad madura: no podían moverse del templo, y en retirándose á sus casas eran tan maltratadas, que sin estar en su mano corrían otra vez á la parroquia. Este contagio se extendió á otras iglesias de la misma ciudad.

La respuesta dada por el obispo de Lion al de Langres, fué que aquellos huesos que carecían de autenticidad fuesen retirados y enterrados en lugar secreto

[1] *Tratado de la tribulación*, lib. II, cap. XV.
[2] *Quæst. medico-legal*, lib. III, tit. II, q. VI.

[1] P. L. t. CXVI, col. 77.—Dr. Despine, *De la contagion morale*, 1870.

y lejano, para quitar al pueblo toda ocasión de yerro y de superstición. «Porque el omnipotente Señor quiere que en sus cosas andemos cautos y discretos, según el precepto del Apóstol.» Esto decía el santo prelado, y confirmaba su dictamen con el ejemplo de otros obispos. En el discurso de la epístola se inclina á pensar que la codicia de los hombres malvados se interesaba en fomentar y procurar convulsiones en las mujeres flacas y curiosas, y refiere en prueba de esto lo ocurrido en Uzés junto al sepulcro de San Fermín, por arte de los codiciosos que buscaban las bolsas de los devotos y en recibiendo dinero, paraban los acometimientos; y así manda que á la fuerza sean constreñidas las que se muestren obstinadas, á confesar la verdad de las cosas.

Grande es la prudencia de la Iglesia en los casos extraordinarios. Antes de conceder al demonio la burla, observa rectitud y entereza en averiguar la verdad, y pesadas las razones que por una y otra parte militan, atropella con todo vano respeto por no faltar al divino.

Ayuda grandemente á los engaños dichos la condición del temperamento natural: que no todo ha de achacarse á malicia de la voluntad ni á astucia diabólica. Los autores que dan reglas para discernir los espíritus, hacen gran caudal de los temperamentos, y advierten lo peligroso que es juzgar luego por sobrenaturales los efectos, sin tener cuenta con las causas naturales que pudieron producirlos. Los que son melancólicos y meditabundos corren más riesgo de fijar la atención en cosas imaginadas, y de tenerlas por visiones reales. Los enfermizos y biliosos tal vez áun en vigilia sueñan, y creen ver y sentir cosas muy puestas fuera de la acción de los sentidos. Los nerviosos y de exquisita sensibilidad se exaltan á veces con tanta viveza, que piensan ver á cada paso cosas del otro mundo. Los sanguíneos y amorosos están muy expuestos á juzgar por regalos místicos las que son meras dulzuras del amor propio. En general las señales que distinguen estos efectos naturales de los sobrenaturales son: que los naturales cansan y agotan las fuerzas, los sobrenaturales dan mayores bríos y fortaleza; los naturales van haciéndose por sus pasos contados, los sobrenaturales son súbitos sin causa precedente; aquéllos no atan del todo los sentidos, éstos abstraen del todo las potencias sensitivas; aquéllos se borran fácilmente de la memoria, éstos quedan grabados íntimamente por mucho tiempo; aquéllos más bien embotan y enfrían el corazón, éstos le inflaman y transforman. [1]

De aquí se originan falsas aprensiones, maravillas fantásticas, milagros supuestos y multitud de embelecos que áun á los directores más expertos deslumbran y extravían. No es nuestro ánimo decir que tales complexiones estén condenadas á la privación de los dones de Dios, porque la gracia divina, que se acomoda á la naturaleza y no la destruye, se allana á toda condición y temperamento, según la disposición de Dios, único autor y dispensador de los bienes celestiales; pero ya que el alma no obre sin el concurso del cuerpo, la constitución física, la fuerza de la sensibilidad, la vehemencia de la fantasía no dejan de ser fuentes de grandísimas ilusiones. Por esta causa la complexión mujeril, que es más delicada, tierna, nerviosa, sensible, flaca, inconstante y tornadiza, está más expuesta á error que la del hombre, hablando en general, y así como dirigida por el espíritu de Dios viene á ser la admiración del cielo y de la tierra, llevada del espíritu de ilusión sobrepuja al hombre en ruindad y vileza. La vanidad, la hipocresía, la sensualidad son despeñaderos por donde baja al profundo de la maldad quien no tiene bien gobernada la rienda de sus impresiones y sentimientos. Así se forman las quimeras que tantas extravagancias causan en hombres de cordura y talento. (*Magna magnorum doctorum deliramenta*) «Enormes delirios de grandes doctores,» las llamaba San Agustín. En levantar castillos de aire trabajan las pasiones humanas bajo el imperio del amor propio, mas ¿quién dudará que la fantasía dirige la maniobra y embellece su airosa fábrica? Decía Santa Teresa: «Téngase aviso que la flaqueza natural es muy flaca, en especial en las mujeres: y en este camino de oración se muestra más: y ansí es menester que á cada cosita que se nos antoje, no pensemos luego es cosa de visión, porque crean que cuando lo es, que se da bien á entender. A donde hay algo de melancolía es menester mucho más aviso, porque cosas han venido á mí des-

1 SCARAMELLI, *Discern. de los esp.*—RAMBOSSON, *L'éducation maternelle.*

tos antojos, que me han espantado cómo es posible que tan verdaderamente les parezca que ven lo que no ven. Una vez vino á mí un confesor muy admirado; que confesaba una persona y decíale que venía muchos días Nuestra Señora y se sentaba sobre su cama y estaba hablando más de una hora, y diciendo cosas por venir y otras muchas: entre tantos desatinos acertaba alguno; y con esto teníase todo por cierto. Yo entendí luego lo que era, aunque no lo osé decir, porque estamos en un mundo que es menester pensar lo que pueden pensar de nosotros para que hayan efecto nuestras palabras... En fin venido á entender, era todo desatino.»

Gran cuenta debe tenerse con la imaginación mujeril. Cuenta Muratori que en San Martin de Venecia y en la metropolitana de Milán cuando, en su tiempo, se enseñaban algunas reliquias, levantaban aullidos, vocería y alboroto las mujeres plebeyas tenidas por espiritadas, con contorsiones de cuerpos y travesuras de ojos: todo el gran ruido cesaba en cubriendo la reliquia, y no había más espiritadas ni pataletas. «En otras muchas ciudades no se nota eso, y ¿por qué? porque no es costumbre: la fantasía alterada de una sola mujer lleva tras sí á otras ciento.» [1] El mismo autor refiere que Francisco Bayle, médico de Tolosa, examinó por orden de los magistrados cuidadosamente los síntomas de muchas mujeres tenidas por energúmenas, y atribuyó la causa á su fantasía dañada y á su temperamento histérico, hipocondriaco, epiléptico.

ARTÍCULO III.

Señales de posesión verdadera.—Explícase la primera señal.—Cautelas que se han de usar.—Segunda señal.—Cautelas y engaños.—Tercera señal, vuelo aéreo.—Invulnerabilidad.—No es señal la insensibilidad.—Compárase la posesión con la enfermedad neuropática.—Cuándo la tercera señal tendrá valor.—En qué casos la alteración de las fuerzas motrices será indicio de posesión —Señales equívocas.—No hay substancia material que influya en el demonio.—Poder de la Iglesia para conjurar.—De él carecen los herejes.

De grande importancia es en esta materia estudiar las señales que denotan verdadera posesión. Caben aquí fraudes y embustes sin cuento. Blasfemias, convulsiones, aspavientos, aullidos, rigidez y pasmo de miembros, ademanes bestiales, horror á cosas santas, prurito de ahorcarse y de echarse en un pozo, podrán ser principios ó síntomas de locura, pero son indicios mal seguros de diabólica posesión. En esta parte dista mucho la Iglesia de Dios de ser tan crédula, como los modernos *sabios* imaginan. ¿Qué había de reportar ella de desfigurar la índole de las cosas sino su descrédito y ruina? Muy digno de consideración es el juicio del Papa Benedicto XIV, varón de consumada prudencia y erudición. «Muchos, dice, llevan nombre de posesos, y no lo son. Los unos, porque lo fingen; de ellos decreta el Concilio Trulano, en el canon LX, lo siguiente: Aquellos que fingen estar poseídos del demonio, y que con la perversidad de sus costumbres osan remedar el aspecto y las actitudes de los posesos, deben ser castigados de todas maneras. Los otros, porque los médicos dan nombre de posesos á los que no lo son, como lo advierte con razón Vallés donde habla en estos términos: De lo dicho parece muy verosímil, que muchos de los que so pretexto de energúmenos se someten á los conjuros, no tienen demonio, pero adolecen de alguna de las enfermedades arriba mencionadas, y faltos de remedios, agotados los esfuerzos, se presentan á los exorcismos para pretender curación.—Trata esta materia largamente J. B. Selvático *Acerca del modo de conocer á los que fingen enfermedades* cap. XVII, y muestra que las señales que tienen algunos para conocer la posesión, son señales de humor melancólico. Por esto los teólogos y médicos más sensatos avisan que se han de pesar y examinar con atención las señales, antes de pronunciar que uno sea poseído del demonio, como lo enseña Zacchías reuniendo sus testimonios. Puede leerse también la disertación de un doctor de medicina, agregado al Colegio de Médicos de Lion, publicada en París en 1737, t. IV del suplemento á la *Historia de las supersticiones* por el P. Le Brun, p. 203.» Todo esto es del Papa Benedicto XIV. [1]

Las señales que han de hacer la guía con más certeza, son las puestas por el Ritual Romano, donde se trata de los exorcismos. Avisa primero al exorcista que «no crea fácilmente estar uno poseído del demonio, antes tenga bien conocidas las señales que distinguen al poseso de

[1] *Fuerza de la fantasía*, cap. X.

[1] *De servor. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XXIX.

los que adolecen de una enfermedad cualquiera.» Aviso de suma importancia. Podrá á veces acontecer que los exorcistas y conjuradores de presunción, acepten por diabluras exquisitas ciertos entremeses que saben perfectamente representar los conjurados, y luego impongan al público con mal fundadas testificaciones, por el interés que tienen de hacer más lucroso su ministerio, ó más patente su vanidad, de que hay en el mundo un sinnúmero de ejemplos. Si los testimonios no vienen de exorcistas respetables por su doctrina, virtud y discreción, poco ó ningún valor tendrá su dicho para guiar sin yerro al conocimiento deseado.

Las señales expresadas por el Ritual Romano son éstas: «Hablar idioma desconocido, con muchas palabras, ó entender al que le habla; manifestar cosas distantes y ocultas; mostrar fuerzas superiores á las naturales, según la edad ó condición; y otras tales; las cuales, cuanto son en mayor cantidad, mayor indicio dan.» [1] Más particularmente explicó las señales del Ritual en estos términos el Cardenal Bona: «Cuando uno habla una lengua peregrina, que nunca aprendió; cuando lee y escribe, pinta ó canta artificiosamente uno que es idiota en letras y artes; cuando razona sobre cosas altas que nunca saludó; cuando sabe las cosas pasadas, presentes ó por venir, que de ninguna manera pueden saberse; cuando declara en un punto las cosas que pasan en remotos lugares; cuando se mantiene sin apoyo y sin caer en los aires suspenso; cuando anda cabeza abajo puestos los pies en una bóveda ó techo; cuando vuela á larga distancia. [2]

La primera señal es, «hablar lenguas desconocidas.» Distingue muy de propósito el Ritual estas dos cosas: hablar lenguas y entender al que las habla, porque de entrambos casos hay ejemplos notables en la historia. San Jerónimo [3] relata de un joven que, conducido á San Hilarión, explicó las causas de su mal en griego y siriaco, que nunca había cultivado. Psellus cuenta que una mujer posesa hablaba armenio. [1] Santo Tomás de Villanueva [2] curó á una joven que respondía en latín agitada de graves tormentos, y era una zafia que no sabía palabra de latín. Otras veces se han visto personas que usando de su idioma, entendían bien otros nunca estudiados.

A esta señal se reduce el canto, como lo demuestra entre otros el suceso de Fray Fernando, que se desenvolvía con gran despejo y gracia de unas antífonas de canto llano, nunca oído en tiempo de San Bernardo, como lo refiere Manrique en sus *Anales del Cister*, año 1186. Dígase otro tanto del leer de repente, escribir, pintar sin haber tenido maestro, disertar sobre artes ó ciencias, como Thyrée lo especifica. [3] Evidente cosa es que no está desprovisto el demonio de ingenio y posibilidad para mover las cuerdas vocales y menear la lengua, de modo que suenen voces articuladas de idiomas y asuntos desconocidos. Esta es una de las más ciertas señales de posesión.

Para que la acredite no basta pronunciar una breve clausulilla en el idioma extraño, han de ser muchas palabras seguidas, *pluribus verbis*. La persona que rompa en gestos desusados al levantarse la sagrada hostia, ó responda al *quomodo vocaris*, ó alce las manos al *leva manus*, ó articule un breve latinajo de los que andan en manos de todos, ó conteste con un *Kyrie eleison* á sujeto determinado, ó cometa solecismos garrafales, no podrá por el mero hecho ser estimada posesa. Ni se ha de admitir por excusa el que á veces la rusticidad del órgano vocal no es á propósito, y que el demoniaco no acierta á pronunciar correctamente el latín ó griego: en esto vemos á Görres harto enmarañado; [4] porque la más rústica lengua es hábil para formar cualesquiera dicciones y disponerlas muy á propósito y con elegancia, cuando la mueve el demonio, que áun en la boca de la serpiente sabe poner lenguaje correcto y claro.

Pedro de Albano [5] cuenta que una mujer rústica estando enferma decía palabras de elegante latín, y al levantarse de la cama perdió la gracia. De otra refiere Pomponazzi que usaba diversos idiomas

---

1 Signa autem obsidentis dæmonis sunt: ignota lingua loqui pluribus verbis, vel loquentem intelligere; distantia et occulta patefacere; vires supra ætatis seu conditionis naturam ostendere; et id genus alia; quæ cum plurima occurrunt, majora sunt indicia.—*De exorcismis*.

2 Bona. *De discret. spir.*, cap. XI.

3 *Vita Sti. Hilarion.*

1 *De operat. dæmon.*, p. 101. 2 Boland., 18 sept.

3 *De dæmoniacis.*, p. II, cap. XXIV.

4 *La Mystique*, t. IV, livre VII, chap. XXIV.

5 *Probl.* XXX, selecta, probl. I.

por enfermedad. Muy á bulto van narrados estos dos hechos, por ajena relación, sin testigos idóneos. Pomponazzi refiere el suyo así: «Soy testigo de que Galgerando, médico famoso de nuestros días, curó del todo á la mujer de un tal Francisco Magret, zapatero, enferma de atrabilis, que hablaba según diversas lenguas.» [1] No expresa Pomponazzi de qué provenía la enfermedad, con qué corrección manifestaba la mujer sus pensamientos, ni qué idiomas eran los suyos, ni si se reducían sus expresiones á voces sueltas ó á frases enteras, ni de qué manera se curó; cosas que eran necesarias para el mérito de su testimonio. [2]

La otra parte de esta primera señal está en que el energúmeno entienda al que le habla en idioma extraño *(vel loquentem intelligere)*. La inteligencia de una lengua no se ha de ceñir á voces vulgares y comunes, ha de extenderse también á frases poco usadas; ni las frases han de ser solamente las que poco difieran de la lengua vulgar, sino áun las complicadas y de más dificultosa construcción; ni ha de haber podido aprenderlas de otro, ni confabuládose con el que habla, sino que se ha de proceder en todo con llaneza y con deseo de aclarar la verdad en el examen; ni el que examina ha de ser hombre que chapurrée la lengua exótica, sino que ha de poseerla con alguna perfección para pesquisar y apear al demonio con acierto. Todo esto se comprende en la regla dada por el Ritual Romano.

Para cuya inteligencia es de notar, que el demonio no tiene mano para ingerir conocimientos intelectuales por sí mismo; hácelo por el conducto de los sentidos, ó agitando el cerebro, órgano de la fantasía. Cosa hacedera le es producir en el poseso voces y sonidos articulados, ora moviendo el órgano vocal, ora emitiéndolos por los labios del hombre; y pues no se le esconde el conocimiento de las lenguas, procurará que su poseso rebose por la boca las usadas en las regiones circunvecinas, y áun las del todo desusadas y muertas. El comunicar inteligencia de otras lenguas no está en su facultad, pero sí, cuando no forma voces en el poseso, el dictarle secretamente la significación de las expresiones que oye y no entiende, ó el modificar el cerebro de aquella suerte que se modifica cuando el hombre oye palabras en su propia lengua: de esto resultará que el poseso entienda una lengua no aprendida sin hablarla. Que esta operación sea debida exclusivamente á una inteligencia superior, es por demás claro, y no necesita demostración. Y aunque en virtud de una obsesión pasajera podría en todo caso obrar así el demonio, mas cuando el hablar y entender lenguas es habilidad que dura por algún tiempo, y sobre todo si concurren algunas otras señales, será argumento bastante cierto de posesión.

Bien será notar aquí que, cuando se diera el caso, no imposible, de una posesión hecha por un alma condenada y no por arte del demonio, como antes se dijo, los ministros de la Iglesia deberían ahuyentarla con exorcismos y plegarias, lo mismo que si fuese demonio, porque poco va en discernir las almas de los demonios, mientras conste ser mal espíritu el que impugna ó veja los cuerpos, con iguales armas se han de fugar y arrojar, con iguales remedios se ha de proceder contra su maligna infestación. [1]

La segunda señal es, conocer cosas ocultas. En Sena una niña de ocho años hablaba en latín, respondía á preguntas muy abstrusas, descubría los más secretos pecados de otros, como se refiere en la vida de Santa Catalina, que fué quien la remedió. [2] Ejemplos semejantes traen los Bolandistas (5 Junio, 31 Julio). Son dignas de advertirse cuatro cautelas, de cuyo descuido podrá ser que se declare por energúmeno á un sujeto lejano de eso. La primera, mírese con diligencia si hay personas interesadas que hayan descubierto las cosas secretas al imaginado poseso, y si éste pudo coger al vuelo la noticia. La segunda, atiéndase si cayó en la cuenta de la cosa, ó si por presentimiento, ó fuerza imaginativa la barruntó. La tercera, si poseía indicios de verosimilitud por donde argüir la verdad de lo escondido. La cuarta, adviértase que las paredes oyen, y nunca faltan confidentes que den parte de las cosas por caminos muy casuales: el que de estos medios se valga para atinar con lo verdadero, no ha menester demonios que se lo cuenten.

[1] *De incant.*, cap. X.
[2] PERRONE, *Tract. de Deo Creatore*, p. I, cap. V, número 112.

[1] SIURI, *De novissimis*, tract. VII, cap. IV n. 46.
[2] Lib. II, cap. XIII.

Los maestros del hipnotismo hablan de doble vista, de clara visión, de acción á distancia, de lucidez mental, estados que parecen destrabar las almas de las ataduras de los sentidos y darles penetración intuitiva fuera del espacio y del tiempo. No falta quien lo dé todo á demonio, como en su lugar se dirá. A la verdad, no es menester posesión para que un sujeto pronuncie en sueños discursos elocuentes, y sea más sublime en la cama que en el púlpito. El éxtasis natural, la cercanía de la muerte, el sonambulismo ofrecen casos análogos de presentimientos en cosas futuras. Notáronlo ya los antiguos Platón, [1] Aristóteles [2] Plutarco, [3] Cicerón; [4] y Santo Tomás, [5] Pedro de Aylly, [6] Gerson [7] habían caido en la cuenta, y los modernos [8] lo confirman y encarecen. Mas esto es hablar al aire. Si en los posesos no se descubriese otra habilidad, imposible sería dar éste por argumento de posesión. En los verdaderos posesos concurren otras cosas, determinadas y bien concretas, y en ellas fenómenos tales, que esparcidos en varios sujetos podrían ser naturales, pero juntos en uno, indican carácter especial de acción sobrehumana.

Asegurado este punto, falta lo más principal, y es no ser Dios ni el ángel bueno el autor de aquella oculta noticia: y si las circunstancias concluyen origen diabólico, debe averiguarse si podía derivarse la noticia de pacto ó arte mágica. Por esta causa Thyrée añade estas dos notas: primera, cuando los que revelan cosas ocultas no tienen trato con el demonio; segunda, cuando se muestran otros indicios, dolores internos, gestos desordenados, atentados contra la propia vida, que no parezcan naturales. [9] La revelación de cosas ocultas, si ha de ser señal cierta de posesión, debe acompañarse de otras circunstancias, y cuantas más haya, más en claro pondrán la posesión. [10]

Tras las dos primeras señales, hablar lenguas y anunciar secretos, pone el Ritual otra que descubre la gran prudencia de la Iglesia romana y consiste en «mostrar fuerzas sobre la naturaleza de la edad ó condición»; [1] circunstancia, que con ser general é indeterminada, diferencia bien los efectos naturales de los preternaturales que en los energúmenos se ven. En esta nota se comprenden los vuelos corpóreos contrarios á la ley de la gravedad, que levantan al hombre del suelo y le tienen suspenso en el aire sin arrimo por algún tiempo. En las vidas de los Santos Teodoro, [2] Ursmaro, [3] Nicolás de Tolentino, [4] Genoveva, [5] Clara [6] se describen ejemplos notables de energúmenos, que parecían dotados de ligereza específica para lanzarse por los aires y cernerse como plumas leves, subiendo y bajando en todas direcciones con increible facilidad. San Paulino, en la vida de San Félix de Nola, testifica haber visto un poseso andar por la bóveda de la iglesia cabeza abajo, sin que se le descompusieran los vestidos, y dice que este hombre fué curado en el sepulcro de San Félix. «Yo he visto, dice Sulpicio Severo, á un energúmeno levantado por los aires, los brazos extendidos, al acercarse á las reliquias de San Martín.» [7]—«En un exorcismo que hice, mandé al demonio, en latín, que trasportase al poseso al techo de la iglesia, pies arriba y cabeza abajo. Púsose rígido el cuerpo, y fué así arrastrado á una columna, de allí los pies juntos y el dorso pegado á ella sin ayudarse de las manos se levantó súbitamente, y con violencia fué llevado hasta lo más alto del techo. Allí suspenso en el aire con la cabeza abajo, mandé al demonio que confesase la falsedad de la religión pagana. Más de media hora le tuve arriba, y al mandarle bajar sin daño, dió con el cuerpo en el suelo como un saco de ropa sucia, sin molestarle.» Este hecho citado por el Dr. Calmeil [8] es atribuido por él á monomanía religiosa, á caso de delirio. Pero contra toda razón y justicia. Porque la mecánica, la psicología, la fisiología, todo buen discurso prueba que un trastorno del cerebro es incapaz de levantar y tener en los aires un cuerpo boca abajo por media

---

1 *In Timeo.*
2 *De somnis.*
3 *De oraculis Pyth.*
4 *De divinatione.*
5 2.ª 2.ae q. CLXXI, art. 5.
6 *De fals. prophet.* t. II.
7 Lib. I.
8 Deleuze, *Hist. critic. du magnét.*—P. Le Brun, *Traité des superstitions.*—*Dictionnaire des Sciences médic.* art. *Imagination.*
9 *De dæmoniacis*, p. II, cap. XXIII.
10 Feijóo, *Teatro crítico*, t. III, disc. VI.—Waffelaert, *Dictionn. apolog.*, art. *Possession.*

1 Vires supra ætatis seu conditionis naturam ostendere.
2 Boland, 22 apr.
3 Ib. 18 apr.
4 Ib. 10, sept.
5 Ib. 3 j.
6 Ib. 12 aug.
7 Diálog. III.
8 *De la folie*, 1846, t. II, p. 417.

hora. No es caso de patología, sino de verdadero demonismo.

De gran cautela se ha de usar en esta clase de indicios para concluir posesión. El vuelo puede proceder de Dios, de magia, de obsesión y de posesión, y para definirle caso de posesión ha de constar que no provino de magia diabólica, ni de obsesión externa, ni de ángel bueno. En los casos dichos y en los presentados por la Iglesia en las causas de los Santos compruébase la posesión por las circunstancias concomitantes, significativas de que, al moverse la persona de un modo tan contra las leyes humanas, tiene por autor al demonio aposentado en el cuerpo del energúmeno. Decimos contra las leyes humanas, porque el volar un hombre á lo alto con el favor del demonio es operación natural, nó al hombre, sí al demonio, el cual con la fuerza que le es propia sustenta en el aire el cuerpo humano á pesar de la atracción terrestre, con igual facilidad que un hombre arroja á las nubes un dardo venciendo la acción de la gravedad con un impulso mayor. Pero mientras no haya otra señal que el vuelo, es imposible determinar la posesión. Por esto añade el Ritual que, cuánto las señales son más en número, más ciertas prendas de posesión habrá.

Otro tanto debe decirse de la invulnerabilidad. No la entendemos de ciertas manchas á par de quemaduras, á veces notadas en personas histéricas, é insensibles al contacto del fuego. [1] A muchos demonógrafos parecían éstas señales ciertas de brujería, sin suficiente razón. Tratamos aquí de la invulnerabilidad absoluta en cualesquiera partes del cuerpo. Ser golpeado con palos, oprimido con enorme peso, herido con cuchillo afilado, apretado con puntas aceradas, expuesto á fuego vivo, y demás de mostrarse exento de sensibilidad, quedar ileso y sin mella en sus tejidos; este efecto no puede ser natural; si consta ser verdadero, y si va junto con otras indicaciones revelará diabólica posesión. Una cosa es la insensibilidad, otra la invulnerabilidad: ambas tendrán principio del demonio, pero la anestesia, ó ausencia de sensación, podría en alguna ocasión provenir de causa natural, de exaltación de la sensibilidad, por ejemplo, como pretenden Charcot [1] y Calmeil. [2] Demos que sea así. Pero la invulnerabilidad no tiene similitud con la insensibilidad; todo el punto de ésta consiste en el sistema nervioso, aquélla depende de la resistencia física de los tejidos. Si el impulso exterior es más intenso de lo que el tejido celular consiente, la membrana cederá y experimentará ruptura, quemazón, herida, señal en fin de la fuerza que se le hizo. Podrá el alma extática recibir con ojos serenos el tormento de las brasas, pero la adustión hará su oficio dejando impresa en el cuerpo su huella á pesar de la insensibilidad. Es una ley física, que no padece alteración por el estado psicológico ó patológico del doliente.

Todas las razones amontonadas por Figuier [3] para demostrar lo contrario, sólo prueban que el paroxismo de una pasión ó la exaltación moral, como la del soldado que en el fragor del combate prosigue luchando á despecho de la sangre que de las heridas le corre, embota el sentimiento y quita al ánimo la congojosa pena, pero no prueban que el cuerpo sea de bronce. La invulnerabilidad sólo reconoce por causa una resistencia igual y contraria al ímpetu de la acción externa: resistencia, que no es indefinida, sino muy limitada, en el cuerpo humano, y que sin embargo es muy conforme al vigor de los ángeles. Si pues se juntan indicios que excluyan la presencia del ángel bueno, deberá contarse la incombustibilidad ó invulnerabilidad por nota de posesión, cuando no intervino pacto con el espíritu infernal, como va dicho más arriba. [4] No significa esto que deba un poseso quedar insensible y como muerto á las impresiones dolorosas. Casos de insensibilidad constan en las vidas de los Santos. [5] Al demonio le sobran ardides para alterar profundamente el sistema nervioso y volver insensible al hombre; pero muchas otras señales habrán de concurrir para certificar la posesión en el caso de insensibilidad que en el de invulnerabilidad, pues ésta sólo el ángel puede causarla, y la única diligencia, cuando la cause, habrá de ponerse en determinar si procedió por vía de posesión, por obsesión,

[1] Bazin, *del arte mágica*, prop. XI, corol.—*Dictionn. des sciences médicales*, art. *Imagination*.

[1] *Leçons sur les maladies de système nerveux*, XI leçon.
[2] *De la folie*, t. II.
[3] *Hist. du merveilleux*, t. I, p. 440.
[4] Lib. I, cap. V, art. III.
[5] Boland., 28 jul., 5 jun.

ó por magia, según las señales antedichas.

Conviene considerar si son demostraciones de posesión los fenómenos mórbidos que en ciertas personas se presentan. Los enemigos de las posesiones se obstinan en conceptuarlas achaques de enfermedad natural; cotejan los síntomas de entrambos estados, y les dan la misma causa, pues hallan parecidos efectos. Cierto está que el histerismo ofrece escenas de convulsiones horripilantes; el paciente monta en cólera, bulle con amenazas y blasfemias, levanta grandes alaridos, regaña los dientes, se retuerce como culebra, da en excentricidades propias de la locura; á estas osadías añádense las violencias de la epilepsia, agitando el cuerpo rápida y sacudidamente hasta echar espumarajos por la boca; tras la espantable agitación viene la calma, la insensibilidad, el embotamiento, la somnolencia, la modorra; al fin de todo el paciente despierta, se aviva, torna en sí recobrando la primera serenidad; convulsión, pasmo, adormecimiento, son las tres fases ordinarias y conocidas de la epilepsia.

Síguese la corea con sus descompuestas contorsiones. El tronco se revuelve y gira sobre sí mismo, los miembros extremos gesticulan muy aprisa sin parar, la cara hace visajes, la boca se abre y tuerce, los ojos se rebullen en sus cuencas sin concierto, arrúgase la nariz, frúncese la frente; en tal estado es imposible al enfermo valerse de las manos para llevar á la boca el alimento, apenas puede articular palabra con tino, el descanso es excusado, no responde ni áun por gestos, ni da muestras de entender lo que le dicen. No siempre la corea ocupa toda la persona; á veces embarga un solo miembro, boca, laringe, pierna, ojo, brazo, con contracciones espasmódicas y sobresaltos vivísimos que indican la presencia del mal.

Estos desórdenes de la mísera humanidad, al parecer semejables á los de la posesión, han sido estimados por los médicos racionalistas como frutos de una raíz, de suerte que mientras en los tiempos de ignorancia, dicen, la corea, el histérico, la epilepsia se creían falsamente accesos de posesión diabólica; así ahora por el contrario los casos de verdadera posesión son calificados en general por casos particulares de enfermedad natural. «Los síntomas son puntualmente idénticos: basta leer la descripción del asalto demoniaco de los antiguos, para reconocer que es del todo igual al acceso histero-epiléptico de nuestros dias.» [1]

No es esto todo. Otros fenómenos mentales ha descubierto M. Charcot en el llamado *ataque demoniaco*, producidos por el histerismo en su más alto grado de exaltación. [2] Redúcelos á alucinación, delirio, éxtasis; más son embotamientos que ejercicios de las potencias mentales, obsérvanse en los histéricos de la Salpêtrière, y los exponen menudamente Richer, [3] Bourneville y Regnard [4] y otros discípulos de Charcot. Ofrece también á los expectadores el hipnotismo, mediando la sugestión, extraños efectos de letargia, catalepsia, sonambulismo, que más adelante se contarán. De estas baterías se aprovechan los enemigos del catolicismo para salir en campaña contra las posesiones, como si no hubiera en éstas más que ver que lo contemplado en los histéricos por los ojos de los clínicos.

En fin el Dr. Calmeil en una obra que escribió [5] condena las operaciones místicas, epilogadas en otro lugar, [6] por teomanías, demonolatrías, demonopatías, hasta el punto de motejar de locos á San Pedro, á Santa Catalina de Sena; [7] y demás de poner en el catálogo de los dementes los energúmenos de los tres últimos siglos, hace burla de los exorcismos de la Iglesia tachándolos de ceremonias estultamente aplicadas, y echa sobre los teólogos toda la responsabilidad de los males que oprimieron á los locos en los siglos de la ignorancia.

Tal es el resumen de cargos. El descargo no es posible darle por entero en este lugar, pero importa satisfacer al artículo contra las posesiones. Acabamos de oir las prescripciones de la Iglesia Romana, única verdadera. En su Ritual establece tres notas ó indicios de posesión diabóli-

---

1 Les symptômes sont tout-á-fait les mêmes: il suffit de lire la description de l' attaque démoniaque d' autrefois. pour reconnaître qu' elle est absolument identique à l'accès hystéro-épileptique d' aujourd'hui.—Dr. CARLOS RICHET, *Revue des Deux Mondes*, 15 janv. 1880, p. 356.

2 *Les démoniaques dans l'art*. p. 92, etc.

3 *Etudes cliniques de la grande hystérie.*

4 *L'iconographie de la Salpêtriere.—Lecciones sobre las enfermedades del sistema nervioso, dadas en la Salpêtriere por J. M. Charcot, coleccionadas y publicadas por Bourneville, traducidas por D. Manuel Flores y Pla*, 1882, t. II.

5 *De la folie*, 1845.

6 Lib. II. cap. XV.

7 Livre II, chap. II, livre I, p. 10.

ca, el uso de lenguas no aprendidas, la manifestación de secretos, el ejercicio de fuerzas superiores á la naturaleza, á la edad ó condición del sujeto, y entre éstas pueden colocarse el vuelo, la invulnerabilidad; pero según el Ritual, cuando son en mayor número, más claros indicios dan de verdadera posesión. Tal es la voz de la Iglesia romana. Llamamos ahora á M. Charcot, á todos los clínicos de la Salpêtrière, á todos los hipnotistas, á todos los médicos y practicantes de ambos mundos, á que den razón de sus observaciones médicas. Dígannos, en obsequio de la verdad y de la causa que sustentan, dónde, cuándo han visto en histéricos ó en otros enfermos neuropáticos, en su más alto punto de paroxismo, que hablen corrientemente idiomas extraños, que descubran cosas arcanas, que suban por la región del aire, que reciban heridas sin lesión, que ostenten fuerzas superiores á la naturaleza de su enfermedad, estado, edad y condición. Abran á nuestra vista este campo de maravillas. No las enseñarán, porque nunca las experimentaron, porque ni en la Salpêtrière ni en otras cualesquiera clínicas las vieron, ni las oyeron contar por realmente acaecidas. Las más estupendas que han presenciado se reducen á alucinaciones mentales, incoherencias de pensamientos, contradicciones entre impresiones y palabras, ilusiones de sentidos, antojos pueriles, desmanes de pasiones, bravezas musculares, notándose encontrados afectos en un mismo sujeto en el espacio de pocas horas. Claro está que éstos ó parecidos excesos no requieren intervención de ninguna virtud sobrehumana ó diabólica, como requieren los de la posesión; y por esta causa, pues las señales de la corea, epilepsia, histérico y demás neuropatías sin un poder superior y dañino se explican perfectamente, otras diversas han exigido los teólogos y los ministros de la Iglesia en todo tiempo para notar á un hombre de poseso.

El demonólogo Thyrée, los más de los síntomas por M. Charcot observados, teníalos bien conocidos y tomábalos en consideración hace tres siglos. Léase el capítulo XXV de *Los Demoniacos*, y se verá que, sin embargo de conocerlos, juzgábalos señales inciertas y equívocas de verdadera posesión. En su opinión la certeza de estos síntomas requiere dos cosas: que no provengan de enfermedad natural, y que anden en la compañía de las señales expresadamente indicadas por el Ritual romano. Siendo esto así, ¿con qué sombra de razón apellidó Charcot *demoniacos* los síntomas del histerismo, anunciando que representaban el distintivo especial de los energúmenos que la Iglesia tiene por tales? Los *demoniacos* de Charcot son enfermos, los de la Iglesia son otra cosa muy diferente. Los energúmenos no son epilépticos ni histéricos, ni dementes. La posesión no es enfermedad natural, no es monomanía religiosa. Hay posesión sin enfermedad, hay enfermedad sin posesión; ámbas á dos distan como la tierra y el infierno. El demonio podrá ingerirse en el interior de un cuerpo, produciendo en él manifestaciones de epilepsia, histérico, corea, demencia, y otros infinitos desórdenes, y áun la misma muerte, pero los *demoniacos* de Charcot quedan tan lejos de los demoniacos de la Iglesia como los agentes naturales de los preternaturales, y no menos difieren en la substancia y en los accidentes los fenómenos místicos de los contemplativos y los fenómenos neuropáticos, como á su tiempo se verá.

Según esto, ¿qué juicio hemos de formar de Julio Bois, cuando después de hacer de los exorcismos toda la maligna irrisión que le sugiere su espíritu anticatólico, en són de triunfo exclama: «el energúmeno, Charcot nos le resucitó.» [1]—«La Iglesia, en nuestra época de incredulidad áun entre los católicos que practican, fluctúa en avasallar á los demonios, con gusto confía á la ducha y á la hipnosis los sujetos que en otros tiempos habría flagelado con el azote verbal de las abjuraciones.» [2] Escritores que novelan, tan sin reparo y sin estar enterados de la verdad, las cosas del catolicismo, descubren el abominable intento que les pone en la mano la pluma.

¿La alteración extraordinaria de las potencias motrices será caso de posesión? No disputemos si al demonio le es dado acrecentar y centuplicar la energía del humano organismo. Se han visto personas arrebatadas de furor ciego arañarse las carnes, tirar y redoblar golpes, dar con el cuerpo contra las paredes, pujar la ira

---

[1] Charcot nous l'a ressuscité.—*Le Satanisme et la magie*, 1895, p. 370.
[2] Ibid., p. 377.

hasta arrojarse sobre los presentes, arrollar muebles, y con movimientos bruscos y brutales oponer resistencia á cuanto tienen delante, en tales términos, que rompen cordeles, quebrantan cadenas, muerden á los vecinos, llenan de espanto la comarca, sin que sean poderosos hombres robustos para reprimir sus demasías. Y son tal vez personas de corta edad, de sexo débil, de raquítica condición las que se embotijan dando coces y corcovos y sacando á luz mil asquerosos ó incontrastables movimientos. No pocos trances de éstos ofrecen las vidas de los Santos. [1]

Tan violentos desmanes parecen indicar fuerzas superiores á las propias del sistema motor. La medicina no ha definido hasta el presente los límites de la energía muscular. Si la organización del sujeto y las condiciones en que se halla, dan suficiente razón de las turbulencias dichas, no hay para qué presumir diablismo. En caso de duda, más vale sentenciar en favor de causa natural, sin desamparar con todo eso la sospecha.[2] Pero ya que unas tan ilimitadas demostraciones de energía deban reputarse extraordinarias, todavía no hay motivo bastante para argüir posesión, pues pudieran deberse á mera obsesión, cuando no á magia ó á concurso divino. Si con estas señales se juntan otras de las especificadas por el Ritual romano, poderoso motivo habrá para aceptar la posesión. Como quiera que sea, «yo no me opondría, dice Feijóo, á que se exorcizase á los furiosos que llegan á las extremidades de echarse en los ríos, arrojarse á las llamas, descolgarse por los precipicios. Aun en caso de proceder de enfermedad natural, ¿qué inconveniente se seguiría del error de atribuirlo al demonio? Ninguno, ó muy leve; ya porque un furor tan rematado en rarísimos casos se ve; ya porque como éstos no obran con malicia, no se siguen de reputarlos por energúmenos, los graves inconvenientes que, como hemos ponderado al principio de este Discurso, se pueden ocasionar de tratar como tales á los que maliciosa y fraudulentamente se representan energúmenos.» [3] San Ligorio se arrimó después á este parecer. [4]

[1] S. Jerónimo, *Vida de San Hilarión*.—Bolandistas, 1 febr., 20 febr., 20 marzo, 5 abr., 18 abr., 25 mayo, 12 Agosto.
[2] Ribet, *La Mystique*, t. III, p. 623.
[3] *Teatro crítico*, t. III, disc. V, § XX.
[4] *Praxis. confess.*, n. 113.

Estas son las notas auténticas dadas por la Iglesia Romana para guiarnos en el calificar los energúmenos y distinguirlos de los fingidos ó imaginados tales. Muchas veces acaeció que olvidadas las reglas del Ritual romano, se confundiese la posesión con la perturbación orgánica. A este engaño ayudaron ciertos libros de demonología compuestos por hombres poco diestros en la materia, amigos de proponer señales no aceptadas por el Ritual. Benito Remigio en su *Práctica de los exorcistas* anunciaba por seña indefectible de diablo el imitar con alguna perfección el canto de los pájaros; otros decían poseso al que exorcizado se conmovía á los humarazos de la ruda; otros señalaban el estremecerse y huir en presencia de la cruz, reliquia, palabra santa; otros en viendo que el exorcizado se arrojaba al suelo, se contorcía como culebra, se mordía las manos, se echaba al agua, le decretaban endiablado; otros tenían por norma la hinchazón del rostro, insensibilidad, inmovilidad, ruidos del vientre, terribilidad de la mirada, picaduras de lanceta sin efusión de sangre, respuesta en romance á palabras latinas. Contra estos abusos, que por España corrieron con agravio del Ritual romano, levantó la voz Francisco Valles [1] reprimiendo la avilantez y haciendo burla de sus autores. El fingimiento, la enfermedad, la industria humana son poderosas á todo eso, sin que sea menester demonio que tales diabluras enseñe.

Toda precaución es poca para alejar el engaño en esta materia. En el sagrado Evangelio hallamos haber sido mayor el número de los endemoniados que el de endemoniadas. Lo contrario sucede por lo común entre pueblos cristianos; más son las mujeres que pretenden tener demonio, que los hombres. El temperamento de éstos no ha dado más vueltas que el de aquéllas, y para el demonio no hay temperamento que facilite ó dificulte la entrada, á ella le abre puerta la divina disposición. El P. Feijóo cayendo en la cuenta, resuelve para sí que los endemoniados son ahora por la mayor y máxima parte fingidos ó imaginados, y para la posesión fingida ó imaginada están dotadas las mujeres de más habilidad y disposición; y concluye que el haber muchas

[1] *Philosophia sacra*, cap. XXVIII.

energúmenas y rarísimo energúmeno funda una fuertísima conjetura de que las más son hechizas ó imaginadas posesiones. [1] «Entre quinientos que hacen papel de energúmenos, apenas se hallarán veinte ó treinta que verdaderamente lo sean.» [2]—El obispo de Soissons, Monseñor Languet, decía: «¿Qué obispo hay que si ha gobernado varios años no haya rechazado una cantidad de falsas posesiones, de milagros dudosos, de visiones equívocas, mucho mayor que la que ha censurado la malignidad de los críticos?» [3]—«De diez posesos apenas hay uno que lo sea de verdad.» [4] —«Más son los caracteres equívocos en las posesiones, que los reales, y éstos menos de lo que la gente se figura.» [5] Estas autoridades indican de cuánta importancia sea insistir en las reglas suministradas por el Ritual en asunto tan resbaladizo.

El quitar al demonio el lugar que en el cuerpo humano ocupa, es negocio de fuerza superior á la natural, es obra de solo Dios, á cuya voluntad queda tomar por instrumentos á sus ángeles santos para este ministerio. Pero ningún remedio hay en el mundo sensible, que le saque al diablo de las garras la presa. Algunos autores dieron en pensar que había manera de ponerle en fuga, y substancias materiales idóneas para combatir la posesión; trataron de reducir á arte la expulsión de demonios. Los que esto presumieron caían en el yerro de los platónicos, que conceptuaban corpóreas las substancias angélicas. Desde que el Concilio cuarto de Letrán decretó que son substancias espirituales, es cierta la sentencia contraria. [6]

Los que superado este reventón tomaron otras veredas, decían que Dios sujeta los demonios á cosas materiales, y que por ellas molestados desamparan su morada. Alegaban por pruebas los ejemplos de Saúl y de Tobías. David tocando el arpa ahuyentaba el mal espíritu, que agitaba al rey Saúl, [7] con la suavidad de la música. No es de necesidad para verificar el sentido literal de este pasaje, inducir posesión. Muchos autores (Cayetano, Genebrardo, Delrío, Feijóo, Ribet) juzgan que Saúl padecía, no demonio, sino negra melancolía nacida de humor atrabiliario, para cuyo alivio es excelente remedio la música melodiosa. En el segundo ejemplo del hígado del pez, muchos teólogos (Alápide, Calmet, Thyrée, Ribet) son de sentir que no fué la fumigación la que tuvo eficacia sobre el demonio Asmodeo, sino las oraciones de Sara y Tobías.

El espíritu angélico así como no ha menester previa disposición en el cuerpo humano para hacer en él asiento, tampoco hay sahumerios ni fetideces que logren inquietarle y expelerle. Dios podría haber sometido su fiereza á cortesía de substancias corpóreas, por su soberana disposición; no hay razón para afirmar que lo haya hecho. Este es el común sentir de los autores. Trata el P. Nieremberg la controversia, y trae autoridades y razones en pro y en contra, que dificultan en su juicio la resolución de este punto. Al fin se resuelve en que los instrumentos usados por la Iglesia no tienen virtud peculiar para desposeer espíritus, sino es moral y adquirida por la acción de la Iglesia. Tal vez se vale ella de humarazos y sahumerios para afrentar la soberbia é hinchazón de nuestro adversario, como quien da de palos á un hombre con una rueca; pero no será natural ni inmediata, sino moral é instrumental la virtud de las cosas sensibles por la Iglesia empleadas. Añade Nieremberg: «No tengo yo por limpio y seguro el uso de cualquiera cosa sensible contra los espiritus, áun acompañada con palabras santas y rogativas, si no es en las cosas que permite la Iglesia.» [1]

Recibió ella de Cristo, su Fundador, la potestad de conjurar los demonios y expulsarlos de los cuerpos, [2] en su santísimo Nombre. Uno de los grados de la jerarquía se consagra á este ministerio. Los exorcismos no siempre son eficaces, y á veces habrán de repetirse en un mismo energúmeno, hasta que el enemigo se destrabe de él. No obran *ex opere operato*, como los sacramentos, [3] sino como los sacramentales; el agua bendita posee fuerza especial para ello según lo experimentaba Sta. Teresa [4] y lo enseña el Ritual: otro tanto se entiende del Nombre de Je-

[1] *Teatro crítico*, t. VIII, disc. VI, § XXV.
[2] Ibid. § II, n. 5
[3] *Vida de la Bta. Alacoque*, *Pref.*
[4] CARD. D'OSSAT, *Lettre* CCXX, t. III.
[5] CALMET, *De obsident. et possident. dæmonib.*, t. II.
[6] SUÁREZ, *De Angelis*, lib. I, cap. VI.
[7] I Reg. XVI, 23.

[1] *Curiosa filosofía*, lib. I, cap. LIV.
[2] Marc., XVI, 17.
[3] SCARAMELLI, *Dirett.*, p. 2, lib. I, capo I, a. I, § I.
[4] *Vida*, cap. XXXI.

sús, de la cruz, de las reliquias, que en todos tiempos han sido armas, en manos de la Iglesia, para derribar de su silla al entronizado enemigo.

Privilegio es éste exclusivamente reservado á la Iglesia católica, y ajeno de herejes y cismáticos, porque carecen de la verdadera fe, en que está vinculada esta noble facultad. Unos exorcistas judíos se empeñaron en lanzar un demonio invocando el nombre de Jesús predicado por San Pablo, pero fueron maltratados con gran insolencia por el poseso, [1] y vencidos los usurpadores que blasonaban vencer. Echar grillos al demonio solamente se les facilita á los fieles en nombre de Cristo y de su Iglesia. Si algún hereje acertó á ello fué en nombre de la doctrina católica, y no en nombre de sus insanos errores. [1] Tentativas han hecho los herejes, de que diremos luego, pero les fueron mal contadas. Cuanto á la práctica que en este linaje de operaciones se ha de seguir, véase Mengo, [2] San Ligorio, [3] Schram, [4] Ribet [5] y otros.

1 Act. XIX. 15, 16.

1 S. Epifanio, *Hæres.*, lib. II, cap. VI.—S. Gregorio Nazianzeno, orat. I, *Adv. Julian.* — San Agustín, lib. LXXXIII, *Quæst.*, q. LXXIX.
2 *Flagell. dæmon.*
3 *Theol. mor.*, lib. III, Tract. II, app. de *Adjuratione.*
4 *Theol. myst.*, § 225.
5 *La mystique.*, t. III, p. 263.

CAPÍTULO V.

MARAVILLAS DEL GENTILISMO.

ARTÍCULO I.

Importa examinar los milagros que se atribuyen á los gentiles.—Los magos de Faraón: cuatro sentencias sobre sus maravillas.—Fueron hechas por arte del demonio y no por obra natural.—Qué diferencias y semejanzas tuvieron con las de Moisés.—El budismo carece de milagros.—Juicio de los racionalistas.—Quién fué Buda.—Su doctrina.—Su vida real.—Maravillas que se le atribuyen.—Son imposibles y fantásticas.—Zoroastro no hizo milagros ni profecías.—Sus maravillas son legendarias y de invención moderna.—Laotzé tampoco hizo ningún milagro.

«Los que dan fe á los milagros referidos en la Biblia y se la niegan á los que los griegos, egipcios, mahometanos, indios atribuyen á sus dioses ó á sus profetas, una de dos: ó tendrán que reirse de sí propios, ó no pueden reirse de nadie. Yo no veo por qué un milagro ha de ser más absurdo en la Meca, en Roma, en Atenas, en Menfis, que en Jerusalén, ni por qué razón los milagros de la Biblia han de ser los únicos que tengan rescripto de autenticidad.» [1] Importa, pues, examinar la razón que afectan ignorar los enemigos de nuestros milagros, y demostrarles que fuera de la verdadera Iglesia no los ha habido merecedores del renombre de auténticos y legítimos. Los más asombrosos fuera del catolicismo, ó son legendarios, ó supuestos, ó imaginados, ó diabólicos, pero de ningún modo divinos ni hechos en confirmación de culto no católico. Recorramos los más importantes, dando principio por los acaecidos en las religiones paganas. Habiendo visto en los capítulos antecedentes la amplitud y esfera del satánico poder, nivelaremos con prudente ajustamiento la obra de que es capaz, siquiera debamos repetir cosas ya tratadas en el libro primero.

Las primeras maravillas que en el gentilismo se ofrecen, y tal vez las más auténticas, son las ejecutadas por los magos de Faraón en competencia con los milagros de Moisés. Aarón arroja en tierra la vara de Moisés, y al punto se transforma en serpiente; vienen los magos, arrojan sus varas, y aparecen transformadas en serpientes, pero la serpiente de Moisés tragó las serpientes de los magos. [1] Igualmente al par de Moisés los magos convirtieron en lago de sangre las ondas del río. [2] En fin, á la voz de los magos, como á la voz de Moisés, brotaron del suelo ranas y cubrieron la tierra de Egipto. [3] Mas al llegar al milagro de los mosquitos quedaron abarrancados, agotada la virtud mágica no pudieron imitar las proezas de Moisés. [4] En éstas se resumen las maravillas ejecutadas por los jerofantes de Merienptah; de ellos dice la Escritura que las hicieron *per incantationes ægyptiacas et arcana quædam*. [5]

Primeramente hemos de presuponer que fueron verdaderas las serpientes de los hechiceros. Dijeron que no lo eran Tertuliano, [6] S. Gregorio Niseno [7] y Ruperto. [8] El demonio, según ellos, impresionando los ojos de los circunstantes, les hizo ver lo que no tenían á la vista, y que se les antojasen sierpes las que eran varas de acacia, según solían ser las de los magos. [9] Esta opinión no parece conforme á verdad bíblica, aunque sea capaz el demonio de causar semejantes impresiones,

---

1 LAROUSSE, *Dictionnaire*, art. *Miracle*.

1 *Exod.*, VII, 10-12.
2 *Exod.*, VII, 20-22.
3 *Exod.*, VIII, 6. 7.
4 *Exod.*, VIII, 19.
5 *Ib.*, VII, 11.
6 *De Anima*, cap. LVII.
7 *In Vita Mosis*.
8 *Comment. in Exod.*, lib. I.
9 VIGOUROUX, *La Bible*, t. II, p. 254.

como lo demuestra el P. Pereira; [1] y si las causó no sería notable gracia de los hechiceros.

Cuatro opiniones se han propuesto para dar razón de estos prodigios. Divídense en dos bandos: dos de ellas admiten intervención diabólica, las otras dos descubren causa natural. La primera sentencia [2] dice que hubo real y verdadera conversión de varas en serpientes. Como quiera que la expliquen, cierto está que no fué verdadero milagro, pues buscan razones naturales en que apoyarla, y el demonio no alcanza con toda la grandeza de su virtud á trocar vegetales en animales. Mudanzas de menor cuantía, no substanciales conversiones, pudiera hacer; así y todo no sería milagro suyo. «Es dueño el demonio, dice Suárez, de obrar con verdad, y no de solas apariencias, algunos efectos que por movimiento local y por aplicación de elementos naturalmente pueden surgir, como ranas, ratones, moscas y semejantes.» Reinaba entre los Escolásticos acerca de ciertos animales pequeños, la creencia que nacían naturalmente por generación espontánea de cosas putrefactas, sin concurso de sexos, mediante el influjo de los astros. De la conversión de las varas en serpientes dice Santo Tomás: «Esto lo hicieron los demonios por algunas semillas recogidas que tenían virtud de pudrir las varas y de convertirlas en serpientes.» [3] «Y si nó pudieron sacar mosquitos, fué cosa de divino consejo, para que constase que habían obrado por intervención del demonio, y no de Dios, el cual no siempre le permite cuanto puede.» [4] En el caso presente, de opinión de los autores alegados, el demonio usó de su facultad buscando y apretando los elementos de cuya putrefacción nacieran por vía ordinaria las serpientes. Fué obra del demonio la conversión, y prodigio á los ojos del vulgo, pero no es verdadero milagro, por cuanto para lo que hizo le fué necesaria licencia de Dios, y por fuerza y repugnando sirvió al fin de los milagros, que era mostrar la gloria divina, como en su lugar se dijo. Sea como fuere, «el demonio todas las cosas puede hacer que provengan de movimiento local de los cuerpos, á menos que Dios se lo impida.» Esto dice Santo Tomás, [1] y lo mismo enseñó San Agustín. [2]

La segunda sentencia pone que la habilidad de los magos fué cosa de magia goética, y que en virtud de su diabólica intervención el demonio no mudó en sierpes las varas, pero fascinó los ojos de los presentes, hurtando las varas con gran presteza y substituyéndolas por sierpes traídas de otra parte con singular agilidad. Esta exposición acariciaron muchos comentadores y teólogos. [3] Algunos de ellos no definen si el arte del demonio consistió en trasportar con gran prontitud las culebras y ponerlas en vez de las varas, ó en impresionar los ojos de modo que viesen lo que no era. Los rabinos Aben-ezra, Abarbanel, Maimónides á este segundo prestigio reducen la obra del demonio. Pero hemos dicho arriba que las culebras fueron verdaderos reptiles y no de mera impresión, y parece lo más conforme á todo el contexto. Que hubo intervención diabólica dedúcese bien de las palabras textuales que dicen así: «Llamó Faraón á los sabios y maléficos, y ellos hicieron semejantemente por medio de sus encantamientos egipciacos y por ciertos secretos.» [4] En estas palabras lejos de ponderarse la destreza de los prestidigitadores, se determina á la operación maravillosa otra causa, á saber, los conjuros y fórmulas usadas en Egipto, y ciertos arcanos desconocidos del vulgo; y por tanto reconoce el escritor sagrado en Jannés y en Mambré, [5] que serían de los principales jerofantes, un poder preternatural y diabólico. Adviértase que solían los hechiceros usar de bastones ó varas en sus

1 *Selectæ. Disput. In Exod.*, disp. X in cap. VII.
2 Filon, *In vita Mos.*, lib. I.— Orígenes, *Hom. XIII in Num.*— Teodoreto, *Quæst.*, XVIII *in Exod.* — San Agustin, *De Trinit.*, lib III, cap. VII. — *Quæst.* LXXXIII, q. LXXIX.—Santo Tomás, I p. q. CXIV, a. 4. —*In Matth.*, cap. XXIV.—*De Pot.*, a. V.—Cayetano, *In Exod.*, cap. VII.—Sa, *In Exod.*, cap. VII, 12.—Suárez, *De superstit.*, cap. XVI.
3 *De Pot.*, q. VI, a. V, ad 8.
4 Suárez, *De Superstit.*, cap. XVI, n. 7.

1 II.ª 2.ªᵉ q. LXXX a. 2.
2 *De Civit. Dei.*, lib. II, cap. XXIII.—Lib. XVIII, cap. XVIII.
3 Teodoreto, *In Exod.* VII.—Lirano, *Comment. in Exod.*—Tostado, Alápide, Brugense, Estio, Malvenda, Diego de Quadros, Gordoni, Menochio, Tirino, Pereira, *Selectæ Disp.* t. I. *Disp.* X in cap. VII *Exodi.*—Mariana, *in Exod.* VII.—Ribet, *La mystique.* t. III, p. 110. —Calmet, *Dissert. De veris fictisque prodigiis.*—Chelier, *L'Exode*, chap. VII, 12.—Allioli, *Comment.* t. I, p. 286.
4 Et fecerunt etiam ipsi per incantationes ægyptiacas et arcana quædam similiter.—*Exod.* VII, 11.
5 II. ad Timoth. III, 8.

evocaciones. Virgilio [1] dice de Mercurio:

Tum virgam capit, hac animas ille evocat orco.

Y en el lib. VII menciona la vara de Circe, que el caballo

Aurea percussum virga, versumque venenis
Fecit Circe, sparsitque coloribus alas.

La tercera sentencia es de algunos modernos que para excluir toda sombra de concurso diabólico, explican por vía natural los prodigios de las varas. En verdad algunos de estos autores no han visto inconveniente en dar á presteza de dedos la mudanza de las serpientes. Los *sapientes* del texto serán, según ellos, los que se dedicaban á las ciencias ocultas, tomadas en mala parte; los *maléficos*, los que por vía de hechizos hacían habilidades curiosas. Aquí se ven significados dos grupos, los hechiceros y los prestidigitadores, los magos y los psilos, los que usaban de arte diabólica y los que usaban de arte natural. Ambos á dos géneros de hombres hicieron el prodigio de las varillas-sierpes.

Pasan otros más adelante, pareciéndoles fué todo embeleco y juego de varas aparentes, pero que en realidad de verdad fueron aquéllas sierpes antes y después. Es muy notorio el arte de hechizar las serpientes ó de curarse de sus mordeduras. Los indios le ejercitaban con gran destreza. [2] Los Marsos en Italia y los Ofiógenes en Chipre poseían el secreto de encantar las serpientes y de evitar sus mordiscos; secreto que no era dón hereditario, ni privilegio de familia, sino artificio particular, fundado en una materia olorosa con que se frotaban el cuerpo, según los antiguos historiadores. Los psilos, ó encantadores egipcios, celebrados en toda la antigüedad, de que dan fe los autores, [3] y conocidos aún en nuestros días como lo testifican Laborde, [4] Fillion, [5] Vigouroux, [6] con singular maestría aojando las culebras las manejan á su gusto, las ponen tiesas como palos, las domestican y adormecen. A estos artificios y habilidades aluden las sagradas Páginas. [1] Schubert [2] cuenta que trató con psilos diestros en el arte de fascinar las serpientes sacándolas de sus madrigueras. Lo mismo refiere Bruce. [3] De forma que en esta opinión los antagonistas de Moisés soltaron una serpiente encantada, tiesa como un bastón, y en tocando al suelo dió señales de lo que era. Patronos son de este parecer Glaire, [4] Vigouroux [5] y algunos otros.

La cuarta opinión es de los que pensaron haber sido todo un puro juego de manos. Los juglares llevan una varilla en la mano, arrójanla en tierra, y serpentea; toman otra vez la sierpe, y sólo se les ve en las manos la varilla de antes. Consiste el artificio en tener ellos preparado un hilo de alambre grueso, que por la elasticidad se retuerce en el suelo á manera de sierpe. No cabe aquí más poder taumatúrgico que el empleado por Richard y Delion en sus juegos recreativos, pájaro resucitado, cacerola infernal [6] y otros por el estilo. En nuestro caso no es decente introducir tan pueril explicación; ni hubo lugar á disponer el juego, ni Moisés, ni Faraón, ni los presentes eran tan torpes, que no echasen luego de ver la maula, ni era sazón de entretenimientos, sino de un asunto muy serio, pues se trataba de probar que el Dios de los hebreos era más poderoso que el de los egipcios. [7]

En la confusión de tantos pareceres, más digna es de ser seguida la segunda opinión que admite intervención diabólica; no se explican bien estas tres maravillas, hechas sin preparativos, sin aviso, en breves instantes, con tanta perfección, si hemos de acudir á solas causas naturales. Los egipcios, á pesar de no haber profesado en lo antiguo la creencia de demonios invisibles, como los sombríos caldeos, daban entrada en su mitología á un poder maléfico, á quien invocaban con amuletos y fórmulas de magia para conjurar sus influencias. [8] Si pensó Merien-

---

[1] *Eneida*, lib. IV. [2] Terry, *East India*, sec. IX.
[3] Plinio, *Hist.* lib. VII, cap. II.—Lib. VIII, cap. XXXVIII.— Eliano, *De nat. animal.* lib. I, cap LVII; lib. XVI, cap. XXVII; lib. XIII, cap. XXXIX.—Estrabon, XII, XVII.—Lucano, *Pharsal.* IX, vers. 891.—Luciano, *Philopseudes*, cap. XXXIV.— Dion Casio, XLI, 14.—Aulo Gelio, *Noct. Attic.* lib. IX, cap. XII; lib. XVI, cap. XI.— Silio Itálico, lib. V, vers. 351.
[4] *Comment. geograph.* p. 22.
[5] *La Sainte Bible*, t. I, p. 209.
[6] *La Bible*, t. II, p. 256.

---

[1] Psalm. LVIII, 5.—Eccles. X, 11.—Jerem., VIII, 12.
[2] *Reise das Morgenland*, t. II, p. 115.
[3] *Travels to discover the source of the Nile*, t. V, p. 208.
[4] *Les livres saints vengés*, t. II, chap. II, art. I.
[5] *La Bible*, t. II, p. 256.
[6] *El mago de los Salones*, 1886, pag. 307, 326.
[7] Exod. VII, 9. — V, 2.— IV, 1, 10— VII, 5. —XIV, 4.
[8] Maspero, *Papyrus Harris*, 1879, p. 28.

ptah que Moisés y Aaron tenían en su favor la asistencia de potestades maléficas, era muy según la costumbre nacional emplear la magia goética para conjurarlas. Ello es que «en ningún pais fué menos adorado el Dios desconocido que en Egipto, donde el panteismo, el animismo, el naturismo reinaban en todo su esplendor.» [1] Los protestantes Le Clerc, [2] Clarke, [3] Rosenmüller [4] sostienen que los magos ejecutaron sus prodigios por operación diabólica. [5]

Aunque expresamente no lo diga la Escritura, las palabras del texto significan no haber habido traza meramente humana. Ni de esto se infiere que las obras de Moisés no fueron *verdaderos* milagros, pues el convertir las varas en sierpes no sólo fué insigne prodigio respecto de los circunstantes, mas también respecto del demonio fué humillación pública y milagro insigne, por cuanto la sierpe de Moisés devoró y pasó dentro de sus entrañas las otras sierpes, y además no fué posible á los magos levantarse á la imitación perfecta de las obras que Moisés hacía. « En los prodigios de los magos dificultosa cosa es ver tan solamente habilidad de juglares, é ilusiones producidas en los espectadores por destreza suya sin intervención del demonio. Puesta la intervención diabólica no hay cosa que deba sorprender. Si tan raras maravillas se cuentan de los psilos y encantadores modernos, ¿quién dirá, como advierte Keil, á qué punto llegaría el poder de los antiguos, cuando el demonio reinaba con tanta pujanza en el mundo pagano? [6]

La divina majestad estos remedos permitía á la sagacidad del demonio, para sojuzgar la soberbia de Faraón y sacar ufana la autoridad de su siervo con rara victoria. «Porque no pudo la virtud diabólica volver en bien el mal que del bien había sacado. Pudo de la vara hacer serpiente; no pudo tornar la serpiente vara. Pero la virtud divina restituyó á la vara su naturaleza, para que confesase al Señor de la naturaleza. Hicieron los encantadores egipcios que el agua se mudara en sangre; no lograron hacer de la sangre agua, y la divina virtud, no el agua como quiera, sino todo el río convirtió en sangre, y luego otra vez por la oración de Moisés la sangre se trocó en agua natural y cristalina.» Todo esto es de Orígenes. [1] De igual modo discurren San Agustín, [2] Teodoreto [3] y Santo Tomás, [4] con que prueban cuánto difieren los prodigios de los magos de los milagros de los Santos en eficacia, duración, utilidad, modo y fin.

Para que esto mejor se conozca, nótense las muchas y específicas diferencias entre las maravillas de los magos y los milagros de Moisés. Comprendiólas el apóstol San Pablo en aquellas breves palabras: «fué manifiesta á todos la insipiencia de los magos.» [5] Si tan evidente pareció á todos los circunstantes la estulticia de los magos, hubo de verse en las obras opuestas á las de Moisés respecto de la cualidad, cantidad y modo. Respecto de la cualidad: la sierpe de Aarón abriendo la boca engulló y traspasó á sus entrañas los reptiles de los magos, que no fué pequeña maravilla. La vara de Moisés trocó en sangre el agua del Nilo, de los arroyos, lagos y charcas todas; las aguas ensangrentadas por los hechiceros no pudieron ser muchas, sino sólo las contenidas en los esteros de Gesen ó en lo profundo de los pozos. [6] Las ranas producidas por la vara de Moisés ocuparon la tierra de Egipto con su enojosa numerosidad; las producidas por los magos no dice la Escritura qué lugares hinchieron, y es de maravillar pensase Brancati [7] que se explayaran en grandísima abundancia por toda la comarca egipcia, antes parece que ninguna rana producirían los hechiceros, sino que sacarían fuera del agua algunas de las sobrantes en las lagunas, pues va mucha diferencia entre «las ranas cubrieron la tierra» y «sacaron ranas sobre la tierra.» [8] En la cantidad no menos difieren los milagros de Moisés y las hechicerías de los magos. A los tres esfuerzos llegó la habilidad de éstos, al cuarto quedóles desfallecida y sin vigor la virtud, los cínifes les dieron en

1 De Pressencé, *L'ancien monde*, 1889, p. 126.
2 *Comment. in Exod.*
3 *Défense de la religion*, p. 396. 4 *Scholia in Exod.*
5 Perrone, *De Deo Creatore*, p. 1, cap. V, n. 123.—Laharpe, *Apologie de la religion*, chap. III.
6 Crelier, *L'Exode*, 1886, p. 57.

1 Hom. XIII, in lib. *Numer.*
2 In LXXXIII *quæst.* libro, q. LXXX.
3 In lib. *Exod.* q. XVIII.
4 I p. q. CX, a. 4.—In II, *Sent. dist.* VII. q. III. a. I.
5 Insipientia illorum manifesta erit omnibus, sicut et illorum fuit.—2 Timoth., III. 9.
6 Exod., VII, 24. 7 *De miraculis*, n. 216.
8 Ranæ operuerunt terram.—Eduxerunt ranas supra terram.—Exod., VIII, 6, 7.

rostro con su poquedad, en tanto que Moisés sin desmayar en lo comenzado empuñando la vara anduvo como á palos con ellos y llovió sobre sus cuerpos úlceras, dolores y azotes de otras diversas plagas. En el modo es señalada la diferencia. Los magos invocaron al demonio por medio de encantamentos, Moisés puesta la confianza en Dios cumplió su mandato cada vez después de notificarle á Faraón para tiempo determinado con autoridad de profeta; los magos usaron de artificios y del tiempo necesario para ellos, Moisés de contado dió cuenta de sí con solo alzar la vara; los magos fueron tenidos en concepto de Faraón por malhechores y por de ninguna eficacia para deshacer lo hecho, Moisés fué venerado de Faraón por tan amigo de Dios y por tan superior á los magos, que á él y no á ellos, acudió implorando su favor para que rogase á Dios cesaran aquellos crueles azotes. [1]

Baste haber indicado estas diferencias entre las obras divinas y las operaciones diabólicas. Los hombres audaces que no tuvieron reparo en apostárselas con Moisés, temidos por el pueblo egipcio, abroquelados con el poder de la magia, protegidos para salir con la apuesta por el favor de Satanás, después de agotada la virtud de sus conjuros, se ven de repente oprimidos por la mano del taumaturgo, humillados por la verdad de sus predicciones, necesitados á confesar la evidencia de la propia incapacidad, la grandeza no comparable del Dios de Israél, y cuán infinita era la distancia que corría entre los enemigos y los amigos de Jehová. «El dedo de Dios anda aquí, este es el dedo de Dios,» [2] exclamaron los hechiceros afrentados y corridos de ver, á la tercera maravilla, burladas sus esperanzas, obscurecida su gloria y puesta en aventajado lugar la de Moisés, cuyo poderoso brazo quedaba infinitamente superior.

Dios, cuando cumple á la alteza de su inescrutable providencia, aprovéchase del demonio y concede á los hechiceros larga mano para espantar al mundo con portentos; mas siempre subordina los prestigios diabólicos al triunfo de la verdad y á la gloria de su santísimo nombre, dejándonos clarísimos destellos de luz por donde rastrear el menguado poder del enemigo á quien tomó por instrumento de sus insondables trazas. La vara de Moisés á vista de las de los magos mereció renombre aparte, pues dejó postradas y muy bajas las fuerzas, leyes y fueros de la naturaleza toda.

[1] Spagni, *De Miraculis*, pars III, prop. II, art. III.
[2] *Digitus Dei est hic.* Exod. VIII, 18, 19.

Contra lo hasta aquí asentado podría tal vez alegarse el comentario de Glaire. [1] Discurre este autor que los tres primeros prodigios, mudanza de vara en sierpe, del agua en líquido de color sanguíneo, producción de ranas, fueron acciones meramente naturales en Aarón y en los magos, pero no así las otras plagas de parte de Moisés. El primero se hizo por encantamento de sierpes, el segundo por aplicación de substancias químicas, el tercero por razones zoológicas. Esta exposición no parece conforme al sentido de la Biblia. De la vara de Moisés no podemos dudar sino que no era sierpe encantada, pues fué la misma que Dios le dió para con ella obrar milagros, y todos los comentadores [2] prueban que era siempre idéntica, y que si la soltó de las manos fué para confiarla á las de su hermano Aarón. Que los magos empleasen medios artificiales para producir los tres prodigios dichos, lo defienden algunos modernos, como va apuntado; pero de ninguna manera podemos conceder que Moisés obrase al estilo de ellos, pues tenía en su poder una vara recibida del cielo para sellar la autenticidad de su misión y la verdad de su palabra. Todos los comentadores repiten de Moisés lo que dijo Santo Tomás: «convirtió la vara en culebra sin operación de virtud natural.» [3]

Al decir la divina Escritura los magos hicieron *similiter*, no significa que hiciesen lo mismo, ni otro tanto que Moisés y Aarón, sino algo parecido, es á saber, tanto cuanto «por los encantamentos egipcios y por ciertos arcanos» les era dado representar. Y lo que remedaron respecto del agua, no se entiende de todo el río, sino de alguna vasija ó en puntos donde se infiltrase el agua sanguinolenta. En la ya filtrada ensayaron el intento. O según San Agustín, se la procuraron de los israelitas que tenían la suya limpia y cristalina. Iguales hazañerías hicieron sacando afuera ranas en pequeña cantidad;

[1] *Les livres saints vengés*, t. II, chap. II, a. I.
[2] Estio, In Exod. VII, 10 — Malvenda, In Exod. VII, 9.—Brugense, In Exod. VII.
[3] Absque omnis naturalis virtutis operatione. — *De Pot.*, q. VI, a. V. ad. 8.

pero hubo Faraón de implorar el favor de Moisés, sin que le valiera el de sus magos para desembarazar la tierra de aquella importuna invasión. Y como el artificio del demonio no acertase á criar mosquitos, cerrada la puerta á todas las dudas, convencióse el monarca de su humillante derrota. Porque si las varas, aguas y polvo se convirtieron en culebras, sangre, ranas, hubo verdadero milagro. ¿De parte de quién? No del demonio, que áun habida licencia de Dios, no cooperó al intento del milagro, antes sin reparar en la gran caida que le esperaba, no amainando en su furia, puso todas las mañas é ingenio en eclipsar la gloria de la divina Majestad. Sin embargo de las posibles diligencias, hubo de quedar atónito y confuso cuando se vió á los pies de aquel Señor cuyo poder quería emular. Ni á los ojos de los ángeles buenos, ni en la opinión de los malos, fueron milagros las obras de los hechiceros; quedaron en concepto de operaciones triviales, indignas de competir con las hazañas de Moisés. Si la invención era del demonio, y del demonio el enojo que la trazaba, de Dios fué la licencia, de Dios el principal intento, de Dios el glorioso remate, que tan espléndidamente ayudó al triunfo de su causa.

Muy fuera de razón anduvieron Heetwood, [1] Schukfort, [2] Jacquelot, [3] cuando pensaron que Dios había sido el autor de las hechicerías mágicas. No lo fué, pues los magos mismos echaron claramente de ver la mano de Dios en las obras de Moisés, no por lo que ellos hicieron, sino por lo que no pudieron hacer. Su humillación no puede ser más patente, como en otra parte va dicho (pág. 439). En presencia de dos bandos contrarios, politeista y monoteista, los dioses egipcios, encogidos y asombrados, concurrieron á proclamar la verdad contra su propia mentira. ¿A quién había de creer Faraón? Aarón golpea las aguas y conviértelas en río de sangre, varea el Nilo otra vez y brotan del fondo legiones de ranas, sacude el polvo de la tierra y se levantan nubes de insectos; á estos tres golpes divinos responden los magos con tres golpes teatrales, que muestran la mano del enemigo de Dios y cubren de vergüenza á sus detractores. ¿Qué será cuando empuñe Moisés la vara, y obrando por sí azote á Faraón con las plagas restantes? [1]

El segundo lugar toca á los milagros del budismo. La verdad tiene sus puntos fijos é invariables, la falsedad anda siempre á la redonda sin parar, hoy hace y mañana deshace la tela de sus marañas. Los incrédulos, ó barren del mundo los milagros, ó llenan el mundo con su muchedumbre. «¿Quién ignora que hasta aquí todas las religiones han querido apoyarse de igual manera en los milagros?» Esta sentencia estampada en un libro del deista Patricio Larroque, [2] comprende en una común reprobación todas las religiones y todos los milagros. Por otra parte, M. Alfredo Maury dice: «Los milagros no son menores en número entre los bramanes, budistas y musulmanes; pero fuera de que ellos no tuvieron tanto cuidado en recogerlos como nuestros antepasados, conocemos menor cantidad de ellos. El budismo tuvo, como el cristianismo, sus milagros y profecías.» [3] «El medio que empleó Zakia para convertir el pueblo á su doctrina, fuera de la superioridad de su enseñanza, fué el resplandor de los milagros.» Así razona Eugenio Burnouf, célebre indianista.

Lo primero se ha de averiguar si Buda es personaje histórico ó un sér fantástico forjado por la fanática imaginación de los indios. Según los modernos orientalistas, existió un hombre llamado Zakia-Muni, que tomó sobre sí la empresa de acabar con el bramanismo, antigua religión de la India, fundando una secta que en el día de hoy se extiende por Ceilán, Tibet, Japón, Indo-China. El favor que daba al pueblo predicando la igualdad de las castas, y el apoyo que halló en varios príncipes, dieron al budismo grande acrecentamiento en el Indostán y en la China. El común sentir de los doctos concede á Buda existencia personal é histórica. Pero ya que se la concedan, ignoran en qué tiempo vino al mundo, porque unos le colocan en el año 560, otros en 660, otros en 860, otros en 360, antes de Cristo. «La muerte

---

1 *Disc. on miracles.*
2 *Harm. script. sacræ et prof.*
3 *Exist. de Dieu*, diss. IV. — *Conform. de la foi*, p. II.

1 Para du Phanjas, *Philosophie de la religion*, n. 207.
2 *Examen critique des dogmes de la religion chrétienne.*
3 *Encyclopédie Didot*, art. *Bouddhisme.*

de Zakia-Muni, último Buda, es el hecho capital que sirve de base á todo el desenvolvimiento histórico del budismo; pero la tradición y los textos nos dejan á obscuras sobre la fecha real de este acontecimiento. En vez de un punto fijo, la tradición sólo nos ofrece porción de fechas que difieren unas de otras en muchos siglos, sin que ninguna de ellas haya tenido el asentimiento de los budistas de todas las escuelas.» [1] Así Burnouf, empeñado en desembrollar la infinita confusión que en los principios de esta secta siempre ha reinado.

Si tan densas son las nieblas que cubren la persona del fundador, ¿qué diremos de sus hazañas? ¿qué será de sus milagros? ¿de qué autenticidad gozarán?

Puestos primeramente los ojos en su doctrina, si acierta á salir falsa y menguada, ¿qué tales serán los milagros que la demuestren y apoyen? Buda no intentó enseñar doctrina determinada, su propósito se limitó á divulgar las honestas costumbres conforme el discurso natural se las representaba. Hablando con propiedad, no instituyó religión, contentóse con adiestrar á los hombres á vivir en comunidad y á practicar las virtudes naturales. En religión era ateo y nihilista: ninguna mención hizo de Dios en sus discursos, por mortal se tenía á sí propio y por mortales á los seres que le rodeaban; pero decía que él y los demás hombres juntamente se transformaban muriendo, y seguían trámites varios de transmigración hasta llegar á su total aniquilamiento, de arte que el *nirvana*, ó anonadamiento final es el remate de las infinitas metamórfosis por donde los hombres pasan feneciendo tantas veces. Así como el principio budista es la carencia de Dios, la independencia, la negación del Criador; todo el conjunto de la institución se resume en impiedad, ateismo, soberbia, destrucción, nada, [2] como va indicado en la pág. 674.

Pasando á su vida real, descartada la parte mitológica y legendaria, parece reducirse á esta substancia. Zakia-Muni, príncipe de sangre real, gozado que hubo en el palacio de su padre las delicias del reposo, á los veintinueve años encuentra por acaso con un enfermo, con un anciano, con un muerto. La vista de estas tres miserias acibara su corazón. Huye al desierto, y vive allí seis años en penitencia y contemplación buscando remedio á los males de la vida. A los treinta y cinco años el espíritu del mal le tienta, y vence la tentación. Así purificado, el entendimiento absoluto le infunde clara noticia de la verdad; ilapso, que consituyéndole infalible é impecable, mas no humilde, indúcele á pregonar por doquier sus personales prerogativas, y las apoya con juegos de manos que pasan por milagros insignes. Comunica al mundo su dichosa transformación, enseñando que el nacimiento humano y los renacimientos de los bramanes son la causa única de todas las miserias, y que el remedio infalible es la virtud y menosprecio del mundo. Por espacio de cuarenta y cinco años predica la filantropía, la igualdad de castas, el ejercicio de la virtud, sin empacharse de Dios y sin soñar que le haya. Muchos discípulos le siguen. A los ochenta años se cree llegado al *Nirvana*, al descanso total, al colmo de la felicidad, á la absorción eterna. En este momento solemne un discípulo suyo le honra con su mesa, y le administra por última cena un plato de cerdo y de arroz. Traspasa á su vientre el plato, hácele mal provecho, y muere de indigestión. Esta prosaica muerte pone término á su vida real, y da principio á su vida legendaria, compuesta por sus discípulos; pero la obra fenece del todo á vueltas de las infinitas manos que la transformaron despojándola de su antigua sencillez y verdad. Cuatro fueron las principales formas: la primitiva, dada por él, fué por entero laica; la segunda, introducida por sus discípulos, monacal y ascética; la tercera, procurada por el favor de los monarcas, política en odio del bramanismo; la cuarta, el lamaísmo y otras sectas, ruinas del arbol muerto: las tres últimas son tan ajenas del verdadero budismo como la mentira de la verdad. Tal es en resumen lo que se saca de [1] los orientalistas modernos.

Los milagros de Buda son al par de la doctrina. El P. Bonniot tuvo la paciencia de resumirlos, entresacándolos de fuentes

---

[1] *Introduction à l'histoire du Bouddhisme*, p. 523.

[2] HETTINGER. *Tratado de teolog. fundam.* t. I, 1883, p. 407.

[1] BURNOUF, *Lotus et la bonne loi*, 1855.—MAX MULLER, *Essai sur l'hist. des religions*.—FOUCAUX, *Lalita Vistara*, 1884.—SPENCE HARDY, *Manuel of Buddhism*. 1860.—DE PRESSENSÉ, *Le Monde Ancien*, 1889.—DESGODINS, *Revue des Religions*, 1890.—Véanse otros autores citados en la pág. 674.

seguras, en la forma siguiente. «Zakia-Muni, en la opinión de los Indios, existía antes de nacer en la isla de Ganges. Llegada la hora de tomar naturaleza de hombre montó en un elefante blanco que tenía seis colmillos, y entró en las entrañas de su madre en forma de rayo de cinco colores. Su madre Maia le dió á luz debajo de un árbol. Al nacer cayó el niño en tierra y dió siete pasos. El cielo y la tierra temblaron en su presencia. Indra, Brama, los cuatro reyes del cielo con todo su cortejo, y los dioses que les están rendidos, dragones, demonios, genios, acudieron á ganar las albricias regalando al recién nacido. Dos reyes esparcían agua tibia á mano izquierda, y agua fresca á mano derecha. Zakia-Muni fué llevado al palacio de su padre en carroza tirada de dragones, quinientos tesoros se le franquearon, y un océano de buenas acciones se mostró á la vista. Los dioses hicieron en su obsequio treinta y dos prodigios; los principales son éstos: las calles y los caminos quedaron por sí limpios, y los lugares hediondos despidieron suavísima fragancia, las tierras sin agua produjeron enormes lotus como ruedas de carro; el sol, la luna, las estrellas y planetas detuvieron su camino; quinientos elefantes blancos, que espontáneamente habían caido en los lazos, le recibieron corteses delante del palacio; quinientos leones blancos saliendo de los montes nevados concurrieron con singular mansedumbre á la puerta de la ciudad; las doncellas de los reyes formaron círculo en torno del palacio; diez mil vírgenes celestes se dejaron ver en las murallas del palacio llevando en las manos colas de pavo real; el amor trocó en un punto los corazones fieros de cazadores y pescadores; todas las mujeres del reino que estaban en cinta dieron á luz niños varones.» [1]

Lo extravagante del relato muestra cuán hijos son de la fantasía estos prodigios. Excusada tarea demostrar lo descabellado de los milagros búdicos y los muchos lunares que tienen, principalmente inverosimilitud, imposibilidad y devaneo de imaginación; argumento claro que los pasos de su infancia fueron convertidos, por la lisonja de sus admiradores y por la fantasía de los poetas, en figuras mitológicas, en maravillas sin sentido moral, cuyo fondo es la fuerza bruta ó el desapoderado orgullo.

No es menester conmemorar otros portentos increibles, como arrancarse Buda el cutis para apagar con su sangre el apetito de un hambriento lobo, levantarse por los aires, subirse á los rayos del sol, y echar desde allí de su cuerpo luces azules, amarillas, blancas, rojas, de su cabeza chorros de agua fría, de sus pies llamas de fuego; ni es para mencionado su puchero, que hacía mil vueltas en peregrinación por diversas provincias costándole cada viaje once siglos; ni hay para qué recordar su féretro, que se levantó á los cielos, y entraba y salía, y tornaba á entrar y salir por las puertas de la ciudad, aclamando á *Buda*, y llorando á mares las gentes. Dejemos estas monstruosidades llenas de incoherencia, desproporción, desorden, y absurdo, y véalas quien quisiere en Abel Rémusat [1] y en Eugenio Burnouf. [2] «La leyenda de Buda se compone de dos partes distintas: 1.° Sus 550 vidas anteriores, relatadas por él ó fingidas por sus discípulos, son, como los cuentos de *Mil y una noches*, un cuadro ingenioso que resume la pintura de las ideas filosóficas, teológicas y morales de aquellos tiempos, pero carecen de valor histórico. 2.° La segunda parte contiene la fábula de la postrera vida de Zakia-Muni.» Esto dice Desgodins, provicario del Tibet, conocedor de aquellas sectas. [3]

Lo que debe causar asombro es cómo en tan enfadosa relación no hay prodigio que sea provechoso al prójimo, todos al contrario se encaminan á la ostentación y apoteosis de Buda; exceso tanto más extraño cuanto que Zakia-Muni empleó parte de su vida real en servicio de la humanidad y en instruir á los demás mortales. No es necesaria más consideración para evidenciar que nacieron de loca fantasía y son sueños desbaratados prodigios tan ajenos de razón y sólo propios para entretener la curiosidad de los niños y gente ociosa. Si se propuso Buda hacer favores á los hombres, ¿cómo no curó un solo enfermo? ¿cómo no remedió á un indigente por vía extraordinaria? ¿para qué tendría el dón de milagros quien no se aprovechó de él cuando más falta le hacía? [4]

---

1 *Les faux miracles de Bouddha*, *La Controverse*, t. I, p. 849.—*Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 137.

1 *Foe Kone Ki.* 2 *Introd. à l'hist. du Bouddhisme.*

3 *Revue des religions*, 1890. N. 7, p. 195.

4 Sin ningún fundamento se han arrojado los racionalistas á exaltar los milagros de Buda, y sin sombra de

«El budismo de la China y del Japón, á causa de las prácticas religiosas de estos países, no ha conservado ningún rastro de la religión de Buda.» [1] «¿Qué diremos, añade el citado Harlez, de la comparación que han querido poner entre el cristianismo y el budismo, levantando á éste á igual si no á mayor altura que aquél? ¿Será menester probar lo fútil de la comparación? El budismo posee unos cuantos preceptos morales; y ahí está todo. Su metafísica es absurda y en nada difiere del materialismo. De sus conceptos antropológicos y cosmogónicos dígase otro tanto. Su moral tiene por base el concepto descabellado de la metempsícosis.»

Sin embargo, en el día de hoy el budismo va ganando terreno en nuestra pobre Europa. M. Papus, propagador del budismo en Francia, lo dice en estos términos: «Se nota en Europa un movimiento budista muy señalado, pero ceñido exclusivamente á los hombres ilustres de cada país. Puedo citaros entre los budistas más célebres en Francia á Burnouf, León de Rosny, Benito Macon; en Inglaterra al filósofo Max Müller; en Alemania, á Carlos du Prel, Hartmann filósofo pesimista. Podemos afirmar que toda la escuela filosófica alemana actual es budista hace tiempo; Ricardo Wagner era un fervoroso budista... El budismo es, á mi parecer, superior al cristianismo sin género de disputa... Para nosotros, los misterios fundamentales del cristianismo no son más que tradiciones de la religión de los antiguos Hindus... El movimiento budista es una suerte de corolario del movimiento antisemita... Así que, como veis, hemos tomado del budismo su doctrina: puédese decir que ninguno de nosotros la practica; cítanse con todo algunos budistas que observan ciertos ritos, pero se contentan con ser *vegetarios*. Estamos reunidos en un grupo, la *Iniciación.*» [1] Si el budismo no fuese ateo materialista, pocos secuaces tendría la escuela neo-búdica de Europa.

A Zoroastro han querido los modernos comparar con Moisés, y áun ha procedido su audacia á divulgar que la fama de Moisés nació de contemplar y juntar en uno los milagros, profecías y proezas del reformador persa. Cuán falsa y calumniosa sea esta ficción, es fácil ponerlo en evidencia.

En primer lugar, Zoroastro es de los personajes antiguos el más misterioso que hay. La fecha de su vida anda entre seiscientos y seis mil años antes de Jesucristo. [2] Hácenle rey, sacerdote, demoledor de ídolos, fundador del dualismo, inventor del monoteismo mazdeita, sabio, hechicero, profeta, taumaturgo, judío, medo, persa, caldeo; y el caso es que apenas hay dos autores antiguos ó modernos que estén concordes en lo que á este personaje concierne: razón bastante para dejarle en silencio, si no nos importase averiguar qué mérito tienen los milagros con que se le adorna. Ignoramos cuándo nació, dónde, cómo, de qué padres, cuándo y dónde murió; una cosa consta y es que el Norte de Persia y el Mediodía de Tartaria padecieron en lo antiguo una cierta transformación religiosa que acabó con sus antiguas creencias. Los autores de estos trastornos fueron los Magos de la Media, á lo que parece más cierto. Siendo así, déjase fácilmente entender que los Magos hicieron autor de esta alteración á uno de ellos, que se llamaría *Zoroastro*, ó inventarían ese nombre, que en el Avesta es sinónimo de sacerdote ó de cuerpo sacerdotal, para hacer más recomendable la institución del nuevo culto. De aquí se origina la creencia de los escritores griegos y de muchos Santos Padres, que tienen á Zoroastro por fundador de la magia.

---

justicia ni verdad han dicho que sus milagros le granjearon altísimo concepto y seguidores sin número. De aquí se entenderá qué sentido deba darse á los cómputos hechos acerca de los profesores del budismo. Rhys-David cuenta quinientos millones en la religión budista (*Buddhisme*, 1886); y en sola la China 414 millones. En el *Atlas Geográfico universal* publicado bajo la dirección del Dr. D. Juan Vilanova y Piera leemos esta cuenta sacada por Otto Neussel: bramas y budistas, 750 millones; católicos, 194 millones; protestantes, 114 millones; mahometanos, 173 millones.—Notables mentiras: porque los católicos ascienden por buena cuenta á 200 millones, los protestantes á 80 millones, los mahometanos nunca pasaron de 157 millones y han ido en decadencia, los bramanes y budistas juntos no llegan á 290 millones; (HETTINGER, *Tratado de teologia fundam.*, 1885, t. II, p. 98). Los que tienden los ojos por el Celeste Imperio y le imaginan cuajado de budistas, se ciegan en lo que les parece ver. Los chinos han venerado en todo tiempo á los antiguos con el respeto que á héroes se debe; á Buda le tienen en posesión de hombre ilustre, y no más; pero son muy pocos los que profesan su religión. «Bien sabemos qué significan esas cifras, dice Harlez. Hay en la China una población inmensa que á veces tiene á Buda por un objeto de su culto, pero muy poco se le da de sus principios y enseñanzas: ningún chino dirá: yo soy budista.» (*Dictionnaire apologétique*, 1889, art. *Bouddhisme*)

[1] GUERIN, *Dictionnaire des dictionnaires*, art. *Bouddhisme*.

[1] *Le Matin*, 9 mars, 1890. Véase pág. 675.

Entendida así la figura de Zoroastro, se compone parte de realidad, parte de leyenda. La leyenda es moderna, la realidad es antigua. Heródoto, Ctesias y Jenofonte, al tratar de los Medos y de los Persas, no hacen mención de Zoroastro, ni en otro autor griego hallamos memoria, á no ser en los más recientes Plinio, Plutarco, Dión Crisóstomo. El Avesta no menciona sus excelentes prerogativas; sólo en un cántico de los Gathas, de fecha más reciente, se hace alusión á una especie de profetismo muy dudoso, pero no á obras maravillosas dignas de un taumaturgo, como lo notó Harlez. [1] Antes por el contrario, en todo el Avesta se presenta Zoroastro en calidad de sacerdote vulgar, y áun se le pinta como hombre *azura,* villano y sin poder, [2] sin que se cuente de él cosa extraordinaria y digna de admiración.

En segundo lugar, así como los historiadores más antiguos, que primero hablaron de él, no le describen con resplandores de taumaturgo ni de profeta, y sólo dicen que era *mago*, descubridor de la sabiduría; por el contrario cuando nos acercamos á Plinio, [3] á Plutarco, [4] á Dión Crisóstomo, queda el ánimo atónito viendo con qué ligereza amontonan en su vida rasgos asombrosos, como que al nacer saltó el mundo de gozo y temblaron de pavor los demonios, que más adelante recibió del cielo revelaciones, que vivió en el desierto manteniéndose de leche y miel, que tuvo frecuentes hablas con Dios, que resistió al mal espíritu con la oración, que un rey persa yendo su camino vió una zarza ardiendo, y que Zoroastro, encerrado dentro sin quemarse, le mandó no se acercase; y otras cosas á este tono, las cuales y la profesión de los dos principios, que después sirvieron á los maniqueos para confeccionar su herejía, parecen indicar que todas las grandezas zoroástricas son transformaciones míticas tomadas de la Biblia por los persas, atentos á representar en el mito de Zoroastro el personaje histórico de Moisés.

Según esto, ¿en qué estriba la autoridad de estos escritores? ¿en qué se funda la autenticidad de estos prodigios? En la antigüedad ciertamente que nó. Legendarios son y de ningún crédito. Los persas y medos por el trato que tenían con los judíos se dieron á remedar sus ideas, hechos y costumbres. De aquí nació el cúmulo de fábulas, reminiscencias de los hechos bíblicos, mucho más modernas que el Pentateuco, fraguadas pocos siglos antes de Cristo. [1] Y no será por demás apuntar aquí lo que notó Harlez: [2] «Un escritor persa escribe: Zoroastro era natural de Palestina, y fué siervo de alguno de los profetas hebreos.»—Quién le hace discípulo de Oséas, quién de Elías, quién de Jeremías: «la idea reinante en Oriente, concluye Harlez, era que el zoroastrismo procedía del judaísmo.»

Laotzé (603 A. C.), algo más antiguo que Confucio, más filósofo que él, más conocido por las invenciones de sus discípulos que por los documentos de la historia, tuvo fama de haber hecho grandes proezas en la China, la primera el haber sido concebido por vía sobrenatural, y bajado del cielo con el pelo cano después que fué arrebatado y vivió allá arriba por espacio de ochenta años. Los discípulos, los Taoistas, depravaron con supersticiones inauditas, la doctrina filosófica del maestro, que era ininteligible, como vimos en la pág 671. Dedicados al culto de los espíritus usaban de sortilegios y de prestigios con que divulgar el poderío de Laotzé. Si fué blanca ó negra esta magia no consta, pero la fama era que se ejercitaban en pasar por el fuego, en tragar armas, en evocar figuras artificiales, en mudar estaciones, en transformarse en aves, en volar sin acordarse de su humana existencia. Y como la vida sencilla del fundador no decía con aquel desbaratamiento de necedades, «la llenaron de leyendas y prodigios, viniendo á convertir á Laotzé en un sér sobrenatural, inmortal, no ya hombre sino encarnación del Tao, de esencia sobrehumana, favorecido con raras apariciones.» [3] Tiempo malgastado sería ocupar papel y tinta en deshacer tan rateras ficciones, ni esperemos otras de la corrompida gentilidad.

1 *Les prétendues origines persannes ou indoues de la Religion révélée: le prophetisme.*
2 Yazna XXIX, estrofa 9.
3 *Hist. nat.*, lib. VII, cap. XVI.
4 *Quæst. sympos.*, lib. IV, cap. I.

1 Harlez, *Dictionnaire apolog.* art. *Zoroastre*, *Bible et l'Avesta.*—Spiegel, *Eran. Alterthums-Kunde*, t. II.
2 *La controverse* 1881, t. II, p. 460.
3 Harlez, *Diction. apolog.*, art. *Laotzé.*

ARTÍCULO II.

Curaciones atribuidas á Esculapio y á Serapis.—Autores que las abonan.—No todas eran hijas de fantasía.—Tampoco eran hechos naturales ni divinos.—Testimonios de los apologistas.—La resurrección de Aristeas es patraña.—Otras resurrecciones falsas.—Expónese la narrada por Platón.—Respuesta fundamental á estos hechos.—Otros sucesos extraños.—Apariciones.—Curaciones atribuídas al Emperador Vespasiano.

Tejer la historia de los milagros gentílicos es cosa poco menos que imposible por la poesía, fábula, leyenda, mito que andan en todas las cosas del paganismo. A no dudarlo, estaban los paganos persuadidos á que, como vivía el supremo Dios ocioso y descuidado, los dioses subalternos ponían frecuentemente su ocupación en el orden de los sucesos públicos y particulares. Calificar de ridícula esta persuasión, sería acaso más ridiculo aún y digno de afrenta. Mucha verdad hay en los prodigios celebrados por los gentiles, no todo era patraña, ni todo exageración. Los incrédulos que hacen guerra á los milagros gentílicos, atienden á despojar los nuestros de toda vislumbre sobrenatural.

Demos el primer lugar á las hazañas de Esculapio y de Serapis. Esculapio era el dios de la medicina; áun hoy día no se desdeñan los médicos de ostentar la serpiente por emblema de su profesión. Varios Esculapios hubo; cuéntanse cuatro y áun más, tenidos por hijos de Apolo. Los lugares más famosos donde se les rendía culto fueron Epidauro, Pérgamo, isla de Cos, isla del Tíber. A Serapis, dios egipcio, porque le erigieron una estatua en su templo y acaecieron curaciones extrañas, el vulgo publicó grandezas de su virtud, y le adjudicó renombre de benévolo curador.

Iba en aumento la voz de los enfermos que el dios Esculapio sanaba, y las apariciones hechas á sus devotos se recibían con encarecidos elogios, no del vulgo solo, mas también de los sabios que las pusieron por escrito. Y al par de Esculapio ganó gran reputación el dios Serapis. Estrabón dice: «las personas más principales y calificadas tienen puesta la confianza en el poder de Serapis, vanse á dormir en el templo para escuchar los remedios de sus achaques; algunos escriben por menudo las curaciones.» [1]—Eliano resume tres hechas por Serapis. [2]—Pausanias cuenta iguales mercedes obradas por Esculapio en Epidauro no lejos de Argos. [1]—A Celso parecíanle cortas las expresiones para ponderar que Esculapio sanaba enfermos, predecía cosas futuras y concedía grandes favores; [2] tomando de estas maravillas argumento, mandaba á los paganos tuviesen buen ánimo, pues hartas pruebas daba de ser buena y verdadera una religión que producía tan extraordinarias curaciones, oráculos y profecías. [3]—Cecilio hacía una pintura de tanta gandeza diciendo: «Llenos del dios y comunicando con él los vates anuncian lo por venir, dan favor á los que peligran, remedios á los enfermos, confianza á los afligidos, auxilio á los miserables, consuelo en las desgracias, en los trabajos alivio. Aun durante el sueño se nos dejan ver los dioses, los oimos, los reconocemos. No puede sufrirse que haya hombres tan audaces, que esta religión tan antigua, tan provechosa, tan salutífera, pretendan desterrarla ó enflaquecerla.» [4] — Jamblico asegura que Esculapio se aparecía en sueños, curaba enfermedades y hacía cosas tales y tan raras, que exceden á todo encarecimiento. [5]

Marco Aurelio oponía esta objeción al apologista Atenágoras: Si los que veneramos en los simulacros no son dioses, ¿de dónde les viene tan gran poder? ¿es verosímil que estatuas inanimadas puedan por sí tanto como vemos? [6]—Los paganos argüían igualmente al denodado Arnobio: No tienes por qué blasonar de tu Cristo, que muchas veces nuestros dioses á muchos enfermos socorrieron y curaron. [7]—Máximo deTiro testifica que á todo el mundo constaba cuánto favorecían los dioses á los mortales, que por esta razón les habían levantado monumentos según la grandeza de los beneficios alcanzados. [8]—Juliano apóstata declara que Esculapio había restituido la salud á muchos enfermos, y á él propio más de una vez. [9]—Libanio escribe que Apolo en el templo de Dafne remediaba toda suerte de males. [10] Dando el pláceme á Juliano por los singulares

---

[1] Lib. XVII, cap. I.
Hist. anim., lib. II, cap. XXXIV.

[1] Lib. II, cap. XXVII.
[2] ORIGENES, *Contra Celsum.*, lib. III, 7.
[3] Ibid., lib. VIII, 14. [4] MINUCIO FELIX, *Octav.*
[5] *De Myster.*, sect. III, cap. III.
[6] *Apolog.* 23. [7] *Advers. gentil*, lib. VII.
[8] Dissert. XXXVIII.
[9] S. CIRILO, *Contra Julian.*, lib. VII.
[10] *Lament. de inc. templ. Daphn.*, t. II.

favores que de los dioses recibía, le dice: «Por manera que podéis con seguridad decir: ahora me habla Minerva, ahora Júpiter, ahora Apolo, ahora Hércules, Pan, todos los dioses y diosas.» [1] Y llega al exceso de la lisonja cuando escribe, que muerto Juliano fué puesto por los pueblos en la categoría de los dioses, y concedió una gracia á una persona que se la pedía. [2]

Tales son las deposiciones hechas por los escritores paganos. No han faltado graves autores que echaron á patrañas y mentiras las curaciones de Esculapio y de Serapis. [3] No llamemos á juicio las razones que para desmentirlas tuvieron. Pero si los antiguos apologistas, en el campo de la lucha, lejos de condenarlas por embustes, ratificaron su autenticidad sin sospecha de malicia, no vemos por qué motivo deban apellidarse mentirosas y fingidas. Sin embargo, nadie será tan candoroso que aclame verdad cuanto narran los antedichos escritores, constando que Aristófanes [4] introduce en la escena un esclavo, por nombre Carión, para anunciar cómo los sacerdotes de Esculapio compraban con dinero á los infelices del pueblo que simulasen achaques y mintiesen curaciones del dios. Ya que no todo fuese verdad, tampoco es lícito darlo todo á engaño y mentira. Tertuliano confesaba que los ídolos hacían algunas maravillas, algunos prodigios, algunas predicciones, y cita tres curaciones efectuadas por Esculapio en personas cuyos nombres señala; [5] Minucio Félix también las otorga; [6] Orígenes no las refuta, antes las compara con las de Cristo, y de la comparación infiere la suma desemejanza; [7] de igual conformidad proceden San Cipriano, Eusebio, Lactancio, Atenágoras, San Cirilo, y no recelan conceder que en ciertas poblaciones se obraban maravillas en nombre de aquellos dioses. Siendo esto así, ¿por qué no hemos de consentir que Esculapio y Serapis sanasen á muchos enfermos, y dando por verdaderas y auténticas sus curaciones, averiguar quién las hacía y si pasaban los términos de lo natural y común?

Esculapio y Serapis usaban de liberalidad sin distinción ni competencia. Y era así: los enfermos consultaban al dios en su templo, éste significaba los remedios á los sacerdotes cuando dormían, aplicados los remedios seguíase la salud. Virgilio [1] refiere los ritos acostumbrados en las consultas del dios. En la isla del Tiber, donde Esculapio tenía templo, se hallaron cuatro inscripciones griegas, grabadas en mármol, relativas á cuatro curaciones y á sus remedios [2] en esta forma: un ciego recobró la vista aplicando á los ojos los dedos después de tocar con ellos el altar; otro, aquejado de pleuresía, con tomar del altar ceniza, y echar en ella vino, y untarse con el amasijo el costado, sanó luego; otro molestado de hemorragia, al comer ceniza del altar, amasada con miel tres dias seguidos, hallóse bueno; otro ciego, con sangre de pollo blanco y miel dándose en los ojos, quedó perfectamente iluminado. Galeno, que no pecaba de crédulo, cita otras curaciones acaecidas en Pérgamo. También Tácito [3] trae milagros de Serapis hechos por Vespasiano con orden del dios, como luego diremos. A su vez Arístides con el vientre hinchado, las extremidades arrecidas, la respiración fatigosa, dolores en oidos y muelas, estaba dando la última boqueada, cuando con lociones, dietas, vomitivos, sangrías y mucho ejercicio, curó del todo á las órdenes de Esculapio.

Estas mudanzas no eran antojos de imaginación, como á Maury [4] le pareció. No basta la fantasía para dar cabo á todo, aunque podía tener su parte, pues nadie ignora cuánto puede la confianza en los enfermos, alentada por el entusiasmo de la concurrencia. [5] Donde hay estrago orgánico, poco presta la imaginativa para el remedio; donde no le hay, es más fácil que ella influya, porque en ciertas dolencias, como epilepsia, parálisis, manía, histerismo, el mal depende en gran parte

1 *Carta de Libanio á Juliano*, t. II.
2 *Oratio Julian.*, t. II.
3 Esto sintieron HUET, *Demonstr. évangel.*, thes. IX. —BARONIO, Ad an. 71; ad an. 139. — BELARMINO, *De notis Ecclesiæ*, lib. IV, cap. XIV. — BENEDICTO XIV, *De servor. Dei Beatif.*, lib. IV, p. I.—FEIJÓO, *Teatro crítico*, t. III, disc. VI, § VI.—HERMANN, *De miraculis Vesp.*, t. III, lib. II.—CLERC, *Hist. eccles. prim. duor. sæcul.*, —SERCÉS, *Tract. de mirac.*, y otros en el siglo pasado, sin contar ahora los del siglo presente.
4 *Plutus*, act. III.
5 Alia die morituris vitæ subministrator Esculapius. *Apologet.* XXIII.
6 *In Octav.*
7 *Contra Cels.*, lib. III, 7; lib. VIII, 14.

1 *Eneida*, lib. VII.
2 GRUTER, *Inscription*. t. I.—JUAN POTENUS, *Supplém. au trésor des antiq. grecques et romaines*; t. III, p. 426.
3 *Hist.* IV, 81.
4 *Encyclop. Didot*; art. *miracle*.
5 DR. J. GALL, *Higiene del alma*, p. 187.

del sistema nervioso, cuyos desórdenes á veces corrige la fuerza de la fantasía. [1]

En los prodigios de Esculapio no se ve claro qué suerte de enfermos recibian salud. El fragmento griego citado por Gruter, [2] de la tabla marmórea colgada en el templo de Esculapio donde se resume la curación del ciego, ofrece muchas dudas y dificultades, pues no consta qué clase de ceguera fuese, ni cuánto tiempo le duró, ni si en el altar había algún colirio puesto por los sacerdotes, ni de qué manera se le aplicó el remedio, ni si la curación fué repentina y permanente. Mientras no den los arqueólogos noticias más puntuales de aquellas dolencias, nadie nos podrá forzar á ponerlas en la lista de las enfermedades orgánicas, graves é incurables. Por el mismo estilo se han de juzgar los otros tres casos; á los eruditos incumbe esclarecerlos, si pretenden para el dios de la medicina un despacho honroso. [3]

No obstante, no dejaban de ser donosas y raras las curaciones encarecidas. Unas veces el medicamento era ineficaz y desproporcionado al achaque, como carne de burro para la tisis, carne de cerdo para hemorragia, carne de víbora para la lepra; y con todo, dicen se lograba la salud aplicando ese remedio. Otras veces las medicinas eran contrarias á la salud, como baños fríos á un hombre exhausto de sangre, ejercicio de correr sobre hielo para una úlcera; y no obstante desaparecía el mal súbitamente. Era Esculapio un dios estrafalario y ridículo. Á uno mandaba comer yeso, á otro beber cicuta, á otro recetaba dietas y purgas sin fin, á otro que apenas podía respirar le ordenaba que hablase y escribiese á destajo. Con ser curandero tan extravagante, el caso es que daba salud con remedios y sin remedios, con medicamentos contrarios y mortíferos, y sanaba como por entretenimiento á hombres, á bestias, de cualquier enfermedad. No todas veces mejoraban los enfermos, pero muchas mejoras recaían en gente desahuciada de los médicos ordinarios, quienes se quejaban á grandes voces contra las prescripciones mortales del dios. Los remedios se recetaban siempre en sueños, y en sueños se anunciaba el curso de la curación. No bastaba, cierto, la sola imaginativa para dar remate á las curas; otro agente era menester, que supliese las negligencias y atajase las complicaciones de remedios inútiles, contrarios, ineficaces, nulos. ¿Quién osará poner estos prodigios al lado de los milagros evangélicos?

Para explicarlos resta un solo camino: no siendo naturales muchas de las curaciones dichas, ni siendo tampoco divinas, como forzosamente se ha de suponer, no podían menos de tener al demonio por autor; y al demonio no le queda capacidad para milagros, verdaderamente talés. El demonio era en la gentilidad el príncipe que la gobernaba, porque Dios le había permitido el gobierno según la disposición de su adorable providencia. En la idolatría la acción del demonio es real y cierta por la mucha parte que en los idólatras tiene. La idolatría no era una religión como quiera falsa, sin pies, sin cabeza, sin jefe ni plan; el arte mágica, que por vía natural se enlazaba con el culto de los falsos dioses, llevaba por blanco remedar las maravillas de Dios y robarle adoradores. [1] El demonio disponía en el gentilismo de instrumentos ciegos, rendidos á sus perversas trazas, y á vueltas de ellas nacían cada día nuevas causas de errores y vicios.

Esta respuesta daban los apologistas á las curaciones alegadas por los paganos. Repitamos aquí lo dicho y redicho en otro

---

1 Marmise, *Merv. évangél.* p. 330.

2 *Inscription.* t. I, p. 21.

3 A Salverte parecióle natural y muy explicable todo lo que de Esculapio cuentan. De algunos casos dice así: «La suspensión de una hemoptisis, obtenida por medio de piñones y miel, no tiene nada de asombroso, ni áun el oráculo que la predijo. Cuando el dios prescribe que se combata un dolor de costado aplicando un tópico, cuya base ha de ser la ceniza recogida en el ara de su templo, se puede conjeturar que los sacerdotes mezclaban á dicha ceniza alguna droga menos insignificante. Si un colirio en que se pone miel y sangre de *gallo blanco*, produce buenos resultados, es permitido creer que el color del gallo sirve para dar á la composición del remedio un tinte misterioso. Después de algunas genuflexiones un ciego extiende su mano sobre el ara, la aplica luego á los ojos y en seguida recobra la vista:... debemos creer que nunca la había perdido, y que ejecutaba esta momería en el momento crítico en que importaba realzar la reputación de Esculapio y de su templo.» (*Las ciencias ocultas*, cap. XX).—Hasta aquí Salverte. De varios autores consta que los sacerdotes de Esculapio eran médicos que aplicaban medicamentos. Así lo deponen Luciano (*Philopseudes: Æsculapius ejusque posteri salutaria pharmaca admoventes ægrotos curabant*), el autor de las Clementinas (*Hom.* IX, § 17), Arnobio (*Advers. gentes*, lib. I), confesando que no todos los rogadores lograban la pretendida salud. Fraudes hubo á no dudarlo, y los echaban en rostro los cristianos á los sacerdotes, como es de ver en Orígenes (*Contra Celsum*, lib. III) y en la citada Clementina, en prueba de que daban poca importancia á tales maravillas.

1 William Smisth, *Dictionary of the Bible*, art. *Idolatry*.

lugar. Tertuliano los argüía diciendo: «¿Por qué si vuestros dioses lo son en verdad, dicen con mentira que son demonios? Y si son verdaderos demonios, ¿por qué en otras partes se venden por dioses?» [1] Y hecho hincapié en la confesión de sus adversarios, demuestra el artificio diabólico diciendo así: «Los demonios dañan primero, después mandan remedios, nuevos á maravilla, ó también contrarios, en fin dejan de dañar y cree la gente que de ellos les viene la salud.» [2] —San Cipriano: «Quebrantan la salud, provocan enfermedades para obligar á que les den culto..., y para que después de aflojar en sus maleficios parezca que dieron salud. El remedio consiste en cesar del maleficio.» [3] —Lactancio: «Metidos en las entrañas vician la salud, despiertan achaques, aterran los ánimos con sueños, agitan las mentes con furores, á fin de precisar á los hombres á valerse de su favor. Los que experimentan esta manera de falacias las ignoran del todo, y piensan que les aprovecha el demonio cuando deja de dañar, puesto que para otra cosa no vale». [4] —Eusebio explica todo el misterio satánico por estas palabras: «El emperador Constantino mandó asolar el templo de Esculapio de Cilicia. Este monumento famosísimo y admirado por los mayores filósofos, fué demolido por un pelotón de soldados, y juntamente con él fué expulsado el que estaba en él oculto, que no era dios ni genio (οὐ δαίμων, οὐδὲ γε θεός, πλάνος δε τίς ψυχῶν), sino el burlador de las almas que por tanto tiempo había seducido á los hombres. Y el que prometía curar á todos de sus males, no pudo hallar remedio á su ruina ni preservarse á sí del fatal golpe.» [5] A estos artificios reducíanse todas las gracias de Esculapio y de Serapis, según el dictamen de aquellos varones sapientísimos que juzgaban las cosas á ojos vistas.

No eran milagros, porque sólo propio de Dios es hacerlos, como en su lugar se dijo; [1] eran sí novedades semejables á portentos para los que las presenciaban, ora por efecto de alucinación, ora porque los espantaba la aplicación de cosas desproporcionadas á enfermedades infligidas por su malicia satánica, ora también porque se curaban dolencias por arte natural según las leyes de la terapéutica. El demonio tenía cegados los ojos de los gentiles á piedra y lodo y hechizados con grande astucia, y avivando más la sutileza de su malicia cuanto más se aproximaba el advenimiento de Cristo, hacía que acogiesen por grande lo ratero y vil, que al cabo se reducía á ejecutar con presteza lo que Charcot y Bernheim acostumbran obrar en los histéricos é hipnotizados. Un milagro verdadero, que sobrepuje á toda virtud criada, una resurrección, una curación instantánea de enfermedad peligrosa, no se lee de Esculapio ni de Serapis. Los racionalistas, luego lo veremos, porfían que hubo verdaderas resurrecciones: es vanísima pretensión; pero si no pudo resucitar, pudo el demonio simular y contrahacer resurrecciones, agitando nervios, moviendo músculos, y ensayando otros movimientos en apariencia vitales; volver un difunto á la vida y animar restos fríos, ni lo pudo ni lo podrá jamás. Fácil cosa es divulgar prodigios, dificultosa el hacerlos.

De Valerio Máximo sabemos que vista por los sacerdotes romanos la mortandad causada de una infección pestífera, que se había derramado con increíbles ardores por la ciudad, para proveer á tanta desventura consultaron los libros de las sibilas, y hallaron por su cuenta que no había otro remedio sino llamar de Epidauro la serpiente de Esculapio. Hiciéronlo así, «y con su llegada ahuyentó la calamidad para cuyo remedio la habían buscado.» [2] Nótese el artificio de los sacerdotes: ¿qué relación tenía la peste de Roma con los libros sibilinos, que nadie de los presentes había visto porque el fuego los había devorado? Además, no dice Valerio si la peste cesó en el acto, ó si fué bajando por

1 Apol. XXIII.
2 Lædunt primo, dehinc remedia præcipiunt, ad miraculum nova seu contraria, post quæ desinunt lædere, et curasse creduntur.
3 Valetudinem frangunt, morbos lacessunt ut ad cultum sui cogant...., remissis quæ contrinxerant, curasse videantur. Hæc est de illis medela cum ipsorum cessat injuria.—*De Vanit. idolor.*
4 In visceribus operti valetudinem vitiant, morbos citant, somniis animos terrent, mentes furoribus quatiunt, ut homines his malis cogant ad eorum auxilia decurrere. Quarum omnium fallaciarum expertibus ratio obscura est. Prodesse enim eos putant cum nocere desinunt, qui nihil aliud possunt quam nocere. — *De div. Instit.* lib XV, cap. XV.
5 ***Vita Constant.*** lib. III, cap. LVI.

1 Lib. I, cap. V.
2 Adventuque suo tempestatem cui remedio quæsitus erat, dispulit.—Lib. I, cap. VIII.

grados, y era natural cesase después de hacer estrago por tres años en la gente romana. El mostrarse la serpiente mansa y tratable debióse á lo bien que la cebaron, y no á que prefiriese los aires y grandezas de Roma, como Valerio, Ovidio [1] y Virgilio [2] quisieron decir.

En fin, concluyamos, las maravillas de Esculapio y de Serapis serán ciertas en cuanto hechos históricos, y sobrepujarán la esfera del humano poder; mas no salen de los términos naturales en que puede el demonio obrar, y por pasmosas que sean no llegan á la dignidad de milagros. En vez de rebajar, engrandecen y levantan sobre los cielos los milagros del cristianismo. Promulgado el Evangelio se fué extinguiendo aquel postizo resplandor, las maravillas cesaron, los oráculos callaron, acabáronse los remedios diabólicos, y descubrióse con incomparable lucimiento la virtud de Cristo en reducir á mudez y flaqueza la apariencia taumatúrgica de su enemigo.

De Aristeas cuentan Plinio [3] y Heródoto [4] que pasó de muerte á vida. Orígenes [5] demostró cuán indigna patraña fuese ésta. Basta oir á los que de Aristeas hablaron, para convencerse de la falsedad de su resurrección: Suidas le cree contemporáneo de Creso, Estrabon [6] y Eustacio [7] le hacen maestro de Homero, Diodoro Sículo [8] le da por dios de Sicilia, Píndaro [9] le llama Apolo, Máximo de Tiro [10] cuenta que no acabó de morir, Jamblico [11] le trata de fullero y dice que fué fingida su muerte. ¿Qué crédito merece la resurrección de un sér que da tan mal seguras prendas de haber existido? ¿Y qué diremos de Bodin, que ve en la resurrección de Aristeas [12] la reproducción de vida nueva por efecto de una verdadera vuelta del alma al cuerpo difunto? A platonismo repugnante huele tal manera de discurrir.

Gran fama de varón extraordinario obtuvo el griego Epiménides, que vivía en tiempo de Solón. Entre otras hazañas cuentan de él que siendo muchacho se metió en una cueva, y con tanta fuerza le cerró el sueño los ojos que pasó durmiendo cuarenta y siete años, dice Eudemo; cincuenta y siete, dice Plinio; sesenta y siete dice, Pausanias, y otros quitan y ponen. No ha faltado quien juzgase artificio del demonio el sueño de Epiménides. [1] El Padre Fray Antonio de Fuentelapeña, sin embargo de estimarle por figmento de los gentiles, se entretuvo en refutar las razones de su imposibilidad. [2] La sóla razón de creerle es la deposición del mismo Epiménides: no es menester alambicar tanto el juicio, como hace el dicho autor, demostrando ser increíble que en tan largo espacio de tiempo no llegase á la cueva algún animal feroz que se merendase al durmiente, ó que no fuese hallado por persona humana que le despertase del sueño; ¿no basta que Plinio repute por fábula el caso de Epiménides, ó que ni por sueño le crea verosímil?

Igual calificación merecen los desperezos de Cleomedes, Hermótimo, el hijo de Harmonio; por fábulas y consejas juzgan estas resurrecciones Diógenes Laercio, [3] Luciano, [4] Plutarco, [5] San Agustín [6] y otros. Eneas de Gaza en su *Teofrasto* añadió al catálogo de resucitados á Glauco, á Hipólito, á Alcestes; y Plinio celebró otros más. Con ellos daba en rostro Celso á los cristianos cuando quería desdorar la Resurrección de Cristo. [7] Negocio muy molesto fuera acumular razones con que poner en seguro la verdad de los relatados hechos. Acuda quien quisiere á los autores [8] que se han esforzado en desenmarañar la madeja de los sobredichos relatos. No negamos que en alguna ocasión se hayan dado resurrecciones aparentes, originadas de muerte incierta ó fingida. Las diferencias entre éstas y las verdaderas está en que las verdaderas duran firmes en su sér, las aparentes son momentáneas y pasajeras; las unas son fáciles de verificar por su carácter determinado, las

---

1 *Metamorphos.*, V, 725.
2 *Æneid.*, XI, 154.
3 Lib. VII. cap. LII.
4 Lib. IV, cap. XIV.
5 *Contra Celsum*, lib. III.
6 Lib. XIV.
7 In Homer. Iliad.
8 Lib. IV.
9 *Pyth.*, od. 7.
10 *Dissert.*, XXVIII.
11 *In Vita Pyth.*, cap. XXVIII.
12 *Dæmon.*, lib. II, cap. III.

1 Delrio, *Disquisit. magic.*, lib. II, quæst. XXI.
2 *Ente dilucidado*, n. 1328.
3 *In Epimenid.*
4 *Enc. musc.*
5 Lib. IX, cap. V.
6 *De civit. Dei*, lib. XXII, cap. XXVIII.
7 Orígenes, *Contra Cels.*, lib III.
8 Huet, *Demonstr. Evangel.*, prop. IX, n. VI, X. — Abelly, *Enchirid. past. sollicit.*, p. 236. — Zacchias, *Quæst. medico-legal.*, lib. IV, tit. I, q. XI. — Delrio, *Disquis. mag.*, lib. II.—Pignatelli, Consult. LX.

otras por ser equívocas cuesta trabajo comprobarlas; las unas van precedidas de golpes y heridas mortales, de llagas profundas, de descomposición de tejidos, y síguese á la muerte perfecta salud, desaparición de heridas y cicatrices, entero uso de los miembros; en las resurrecciones hechizas faltan por lo común todos estos ó los más principales indicios. Lucano pinta en su *Farsalia* [1] la animación instantánea del cadáver de un soldado romano alcanzada por las hechicerías de Ericto: el que con ánimo reposado leyere juzgará no ser resurrección aquélla, sino movimiento mecánico procurado del demonio por la evocación de la maga, como en su lugar se notó. [2]

Conviene mencionar al resucitado Ero, hijo de Harmonio. Platón en su *República*, libro X, refiere el suceso del modo siguiente. «Un soldado armenio falleció en una batalla (τελευτήσας ἐν πόλεμῳ): entre los cadáveres recogidos al cabo de diez días, fué hallado el suyo incorrupto; y como quisieran enterrarle colocáronle en la pira á los doce días, y revivió (δωδεκαταῖος ἐπὶ τῇ πυρᾷ κείμενος ἀνεβίω): después refirió todo lo que había visto.» Cuenta Platón largamente las visiones del soldado vuelto á la vida, que leerá con gusto el amigo de pasatiempos. Pero tocante al suceso histórico, Platón mismo llama fábula (μῦθον) y apólogo (ἀπόλογον) su relato. Macrobio [3] insinúa que á Platón le pareció muerto el que en hecho de verdad no lo era. San Agustín dice: «Tulio en los libros *de República* da á entender que dijo aquello Platón más por vía de fábula, que porque lo estimase verdad. Porque introduce que revivió un cierto hombre, y narró cosas que cuadraban á la doctrina de Platón.» [4] Plutarco la llama fábula, [5] inventada para significar, según quería Platón, que las almas se unen con los cuerpos accidentalmente, y se apartan y vuelan por los aires para juntarse de nuevo y purificarse otra vez de sus groseros errores. San Justino piensa que Platón tomó de los libros judáicos la idea de la resurrección, y que empeñado en persuadir á los griegos cómo después de esta vida queda premio y castigo, fingió el caso de Ero. Estas varias interpretaciones desatan el nudo de la dificultad que de Platón podría nacer. «Estas resurrecciones, ó son fabulosas, lo cual siempre entre los sabios de la gentilidad fué notorio, ó no son verdaderas y que supongan verdadera separación de alma y cuerpo.» Dice Medina. [1]

Casi á priori podríamos dar de esto una buena razón. Los estóicos, epicúreos y demás sectas griegas y romanas tuvieron por charlatán y por loco á San Pablo porque les anunciaba la resurrección de los muertos, [2] pues no creían posible tornar los huesos fríos á tener calor y nueva vida, Aun los judíos saduceos, con leer en las Escrituras claramente el dogma de la resurrección, [3] henchían los aires de clamores contra el Salvador que se la predicaba, y desplegaron después todas las velas de su fanatismo, juntamente con los fariseos y sacerdotes del templo para estorbar á los apóstoles la predicación de esta verdad; [4] ¿qué mucho que los gentiles abundasen en su sentido y mostrasen más contumacia en desechar la posibilidad de una tan extraña reflorecencia?

Para que esto mejor se entienda, y quede más firmemente asentada la doctrina de la resurrección, expuesta en el libro primero, [5] hagamos pausa por breves instantes tomando el agua de más arriba. Era creencia vulgar de los antiguos egipcios, que muerto el hombre su alma anda errante y peregrinando por esos espacios. En el *Libro de los muertos* descríbese el viaje que hace conducida en la barca de Osiris para parecer ante su tribunal. [6] Si el juicio es adverso, le toca por cárcel un cuerpo extraño que sea el verdugo de sus suplicios; si sale bien de los cargos, hará otra vez presa en su propio cuerpo tornando á reanudar la pasada vida. [7] Cómo los egipcios componían esta limitada metempsícosis con el embalsamamiento de los cadáveres, es cosa que con dificultad se entiende si hemos de atenernos á lo testificado por Eneas de Gaza en su *Theo-*

---

1 Lib. VI, V, 589.
2 Pág. 892. Véase tambien págs. 228, 237, 613.
3 Lib. I, *in Somn. Scip.*, cap. 1.
4 *De Civit. Dei.*, lib. XXII, cap. XVIII.
5 *Sympos.* lib. IX, cap. V.

---

1 *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.
2 Act. XVII, 18.—Ib. XVII, 32.—I Cor. XV, 12.—Act. XXVI, 24.—II Timoth. II.
3 Job, XIX, 25.—Os., XIII, 14.—Ezech., XXXVII, 5.—Is. XXVI, 19.—Ib. XLV, 20.—Dan., XII, 2.—Eccli. XXVII, 9.—II Machab. VII, 9, 14, 23.
4 Art. IV. 5 Cap. VIII, a. 3. 6 Cap. XXV.
7 Maspero, *Études sur quelques peintures*, p. 141.—De Pressensé, *Histoire de l'Eglise chrétienne*, t. I.

phrastus y por Heródoto, [1] á saber, que según los egipcios no da fondo el alma en el puerto de la inmortalidad sino después de peregrinar por varios cuerpos y hacer escala en diferentes moradas. Pero ora digamos que los egipcios creían no poder las almas vivir sin alguna suerte de cuerpo, ora juzguemos que las dos creencias pertenecen á fases diversas de la religión egipcia, [2] no parece dudoso que si admitían el proceso judicial entablado en el trance de la muerte, el embalsamar los cadáveres y tratarlos con tanta reverencia, cual ninguna otra nación antigua, fué secuela perentoria de sus dogmas tradicionales.

Donde más furiosa y más desatinada reinó la metempsícosis, fué en la India. El Rig-Veda [3] atestigua que las almas de los muertos emprenden larga jornada y no se detienen hasta llegar al sol, y de allí viajan y discurren por los tres mundos, bajando luego á la tierra á morar en sus descendientes. A esta transmigración precede el juicio, como en la religión egipcia; por donde se colige que en la más antigua tradición de la India no era total ni absoluta la metempsícosis, porque ésta de suyo prescinde y va separada del juicio. Más adelante, cuando se redujo á sistema la creencia de las encarnaciones bramánicas, referidas por extenso en el grandioso poema *Mahabárata*, las almas empezaron á tomar posesión de muchos cuerpos, quedando expuestas al torbellino de transformaciones llenas de mágicas extravagancias. Diferenciáronse los bramanes de los egipcios, en que éstos conservaban al cuerpo y al alma su entidad individual y distinta, al paso que los bramanes los lanzaban y refundían ámbos en el Gran Todo, en la substancia única é impersonal. No es mucho que creencia tan popularizada se extendiese por el Tonkín y pasase los aledaños del Celeste Imperio, donde la descubrió el P. Juan Felipe de Marini [4] con sus propios caracteres.

El budismo abrazó de buena gana la metempsícosis bramánica, y la ordenó y reglamentó por sus grados. Seis son los principales que el alma de cada hombre ha de recorrer para llegar al Nirvana, término de las reencarnaciones; conviene á saber, debe morar primero en un habitante del infierno, después en un animal para luego convertirse en demonio famélico, en genio, en hombre, y finalmente en deva ó dios. Por estas vueltas de transmigraciones en escala ascendente ó descendente, según el mérito ó demérito de sus acciones, tienen que pasar las almas de todos los hombres, según la ley del budismo. El Nirvana es el colmo de la suma beatitud, el remate de los pasos sucesivos, el absoluto quietismo, debido al hombre que logró alcanzar el estado de Buda. [1]

La transmigración de las almas fué poco usada entre los antiguos persas. Ignoraban la reviviscencia de los muertos. Si los libros del Avesta [2] hablan de restauración final, entiéndenla del mundo por el triunfo de los justos. La idea de la resurrección llegó al Eran por conducto de los semitas: [3] la metempsícosis apenas fué por ellos conocida.

Los griegos más de los indios que de los egipcios y persas la heredaron, al par de otras muchas creencias. Y era natural á los griegos, grandes encomiadores del humanismo, abrirse camino por ella á su soñado encumbramiento. Pitágoras, á trueque de granjear nombre, llevó á muchos engañosamente á esta novedad, sin escrupulizar en tejer descomunales mentiras, como fué asegurar á sus discípulos que su alma había sido en siglos antecedentes propiedad de famosos personajes. La diferencia entre Pitágoras y Platón estuvo en limitar éste la transmigración de las almas á los hombres solamente, pero Pitágoras puso que viajaban por cuerpos de hombres y de animales. Los neoplatónicos Celso, Plotino, Jamblico prefirieron seguir las huellas de Platón, y no se amoldaron á los devaneos de Pitágoras. Las almas, según la doctrina platónica, en desamparando los cuerpos, vuelan llevadas por Mercurio á un lugar subterráneo; las que obraron bien, entran á beber raudales de gozo en los Campos Elíseos, las malas á gemir dolorosamente en la lobreguez del Tártaro; pero tanto las unas como las otras, trascurrido espa-

1 Lib. II, cap. CXXIII.
2 Vörter, *Dictionnaire de téhologie*, art. *Métempsicose*.
3 X, 14, 16.
4 *Missione della provincia del Giappone*, 1663, lib. I, capo X.

1 Migne, *Les livres saints des païens*, II, p. 478.
2 Yazna, XLVIII.—escht XIX.
3 Harlez, *Dictionnaire apolog.*, art. *La Bible et l'Avesta*.

cio de tiempo, tornan á este mundo á proseguir la vida en otros cuerpos. Y aunque autores de esta opinión parecen haber sido los egipcios, es indubitable que en el emanatismo metió la mano Platón para segar y trasplantar á su terreno filosófico aquella su lozanía de ideas que envuelven un panteismo fatal y mal encubierto. Sea lo que fuere, en la India, en Egipto, en Grecia, y también en Caldea si creemos á Teopompo (Diógenes Laercio, Proem.), no prevaleció la metempsícosis sino después de haberse marchitado y adulterado la sencillez del antiguo culto. No poco ayudó á su celebridad entre griegos y romanos la cuenta que hacían de la gloria nacional, los griegos estimándose los hombres más privilegiados del orbe, los romanos teniéndose por la nación más floreciente, unos y otros torciendo el rostro con el desdeñoso apodo de bárbaros á las gentes extranjeras. [1]

La doctrina de la metempsícosis platónica lanzó su ponzoña y contaminó á los rabinos, como es de ver en Josefo, [2] en Filón, [3] y en algunos lugares del Talmud. Los fariseos en particular creían que las almas de los buenos eran libres en volver á animar otros cuerpos humanos dando en ellos principio á vida nueva, [4] coligiendo de ahí que en el advenimiento del Mesías los israelitas piadosos resucitarían felices con otros cuerpos extraños. [5] A diferencia de los saduceos, los fariseos opinaron que Jesús era el Bautista, ó Elías, ó Jeremías, ó algún otro Profeta, [6] y Herodes al oir los milagros de Cristo dió en pensar que el mismo Juan á quien acababa de quitar la vida, había vuelto á tomarla en la persona de Jesús, [7] porque dogma rabínico es que un hombre puede albergar dos y tres almas, y que ocupado por una, tal vez viene otra á purgar alguna maldad ó á granjear alguna perfección. [8]

La Sagrada Escritura es el único libro que lleva esculpida la verdadera y auténtica enseñanza de la resurrección, los libros orientales y pitagóricos enseñan una resurrección bastarda, imperfecta y falsa por entero. Lo confesaron tácitamente los sabios de Atenas cuando al oir á San Pablo disertar sobre la resurrección de Jesucristo, [1] los unos se echaron á reir, los otros buscaron largas al discurso, y todos en la estóica acogida mostraron cuán hartos estaban de leer resurrecciones increibles y absurdas en los libros de sus historiadores. Con mucha razón Lactancio llamó la metempsícosis de los paganos sentencia de hombres delirantes, ridícula y digna de burla, indigna de refutación. [2] Los modernos espiritistas han vuelto á despertar el sepultado error de la metempsícosis gentílica. Lessing la quiso también restaurar, [3] Reynaud en su libro *Ciel et Terre* trató de vestirla con follaje galán, pero doctrina tan fantástica é incoherente sólo sirve de tapadera para encubrir enormes ruindades y demostrar la fullería ó el candor de sus defensores.

Cuando, pues, leemos en los escritores paganos relaciones, como las indicadas en el libro primero, [4] y las que poco ha se han mencionado; cuando Flegon en sus *Mirabiles historiæ* refiere de un tal Buplago que *cayó peleando en la batalla* (*prælians ceciderat*), y que al recoger los romanos los despojos, levantóse de entre los muertos (*é mortuis surrexit*) en la mitad del día con doce heridas en el cuerpo, y que amenazó á los capitanes romanos enemigos suyos, con las iras de Júpiter; cuando Plinio narra que otro militar herida la cerviz (*incisa cervice*) estuvo todo el día tendido en el suelo, y que al caer de la tarde mandó llamar á Pompeyo porque tenía que comunicarle cosas de importancia aprendidas en los infiernos; cuando el mismo Plinio escribe que el gramático Apión con yerbas que dió á Homero le resucitó de muerte á vida; [5] cuando Valerio Máximo afirma seriamente que Acilio Aviola y Lamia revivieron al ser puestos en la hoguera; [6] cuando Luciano en su *Philopseudes* entreteje historias de sucesos parecidos que semejan estupendos milagros, y en su confirmación amontonan los adversarios historias de durmientes que

[1] San Agustín, *De Civit. Dei*, lib. XIV, cap. XIX, lib. XXII, cap. XIII.
[2] *De bello judaico*, lib. III, cap. XIV.
[3] *De gigant.*, *De confus. linguar.*
[4] *De bello judaico*, lib. II, cap. VIII, lib. III, cap. VIII. —*Antiquit.*, lib. XVIII, cap. I.
[5] Eisenmenger, *Le judaïsme dévoilé*, p. II, chap. XVI. —*Dictionnaire de théolog.*, art. *Pharisiens.*
[6] Matth., XIV, 14.
[7] Matth., XIV, 2.—Act. apost. XXIII, 8.—Matth. XXII, 23.
[8] *Dictionnaire des Religions.* Migne, t. III, art. *Metempsicose.*

[1] Act. XVII, 31.
[2] *Instit divin.* lib. VII, cap. XII.
[3] *Education de l'humanité*, § 91.
[4] Cap. VIII, art. III. [5] Lib. XXX, cap. II.
[6] Lib. I, cap. VIII.—Plinio, lib. VII, cap. LII.

vivieron años olvidados de sí y del mundo, como puede verse en Pablo Zacchías y en los autores por él alegados; [1] cuando todas estas cosas se ven estampadas en libros, no hay necesidad de acudir, para dar de ellas entera razón, á influencia de artificio diabólico, ni á representación de figuras fantásticas, ni á ilusión de sentidos, en las cuales explicaciones vemos á varios autores muy afanados, [2] porque basta ver en ellas representada la creencia de la metempsícosis, y significada una falsa resurrección, no precedida de muerte real, ó imaginado cuento de cosas encarecidas por el escritor.

¿Estas sorprendentes aventuras, ya que no se echen á fábula, por qué no se han de mirar como casos de apoplejía, de epilepsia, de síncope, de lipotimia, de éxtasis natural, de asfixia, catalepsia, ahogamiento, letargo, sofocación, sueño prolongado en fin, como el de los animales invernantes; achaques que, con apariencias de muerte, muestran vivo á los dos ó tres días, cuando más, al que parecía difunto? A los apopléticos, sincopizados, sofocados no se les nota, veces hay, respiración ni circulación; no que vivan sin pulso y sin respirar, que sería estar muertos del todo, pero por no echárseles de ver la falta de vida con entera claridad, y por no divisarse tampoco en el semblante alteración notable, ni en los tejidos descomposición, ni rastro de putrefacción evidente, ni en la disposición orgánica aquella mudanza que naturalmente debería originar el alejamiento del alma, ¿con qué linaje de justicia se podrá decir que intervino resurrección, cuando ni siquiera consta la evidencia de la muerte real? A los historiadores tocaba examinar las señales precursoras de la muerte, advertidas en los casos que pretenden narrar, antes de proceder á calificar con el pomposo nombre de resurrección la reanimación de un cuerpo herido y maltrecho. Solamente la autoridad excepcional del relator y su testimonial competencia en el caso que describe, podría atajar dudas acerca de la verdad histórica; pero teniendo contra sí los autores dichos tantas razones que dejan muy malparada su fidedignidad, como hasta aquí hemos visto, torpeza grande sería dar peso á sus narraciones, cual si entrañasen una grave dificultad contra la asentada doctrina.

En una palabra, la reviviscencia del soldado armenio, hallado en el campo entre cadáveres vivo al décimo día, aunque Bodin [1] la estime propia resurrección, conforme al dictamen de Ficino [2] que pensaba que en el éxtasis natural el alma desampara al cuerpo y torna á él cuando baja del éxtasis, fué resurrección de burlas, la imaginación la confeccionó, la manía de autorizar enseñanzas singulares la dió á luz. La separación del alma induce en el cuerpo muerte real y definitiva, como sienten San Agustín [3] y Tertuliano. [4] Al pensar lo contrario Ficino, dejóse llevar de su exagerada pasión al platonismo. Luego el suceso de Ero no hace al caso: ó fué pasmo el achaque y no muerte, ó invención platónica su reviviscencia. Ningún motivo hay para adjudicarle á milagro, aunque fuese verdad lo acaecido en la pira, como le adjudica Schram siguiendo al P. La Reguera, en prueba de la inmortalidad del alma, [5] porque basta, si el hecho no es fabuloso, para dar buena explicación, un acceso de letargia, de apoplejía, de epilepsia y semejantes.

Narran Tito Livio, [6] Valerio Máximo, [7] Suetonio, [8] Ovidio [9] que como no fuesen bastantes fuerzas é industrias humanas para mover la nave en que iba el simulacro de la diosa Cibeles, Claudia vestal romana, en testimonio de su castidad ató á él su cinturon y la llevó fácilmente tras sí. Herodiano [10] y otros [11] conmemoran el suceso. También refieren [12] de otra vestal por nombre Tucia, sobre cuya virginidad había gran pleito, que demostró su inocencia sacando agua del río Tíber en un harnero y llevándola al templo sin

[1] *Quæst. medico-legal.*, lib. IV, tit. I, quæst. XI.
[2] Delrio, *Disquisit. magic.*, lib. II, quæst. XVIII, quæst. XXII. — Luis Vives, *De Civit. Dei*, lib. X, cap. XVI. — Malvenda, *De Antichristo*, lib. VIII, cap. XXVIII.

[1] *Dæmon.*, lib. II, cap. III.
[2] *De inmortalit. animæ*, lib. III, cap. II.
[3] *De Civit. Dei.*, lib. XVIII, cap. XVIII.—*Epist. ad Evod.*, CI.
[4] *De anima*, cap. XLIV.—*De Resurrectione*, cap. VII.
[5] *Inst. Theol. mysticæ.*, t. II, § 577.—*Praxis theol. mysticæ*, lib X, quæst. VIII, n. 949.
[6] *Hist.*, lib. XXIX, cap. XIV.
[7] Lib. I, cap. VIII.—Lib. VIII, cap. I.
[8] *Tiber.*, cap. II.
[9] *Fastor.*, lib. IV.
[10] Lib. I.
[11] Aurelio Victor, *De viris illustrib.*, cap. XLVI.—Ciceron, *Oratio de haruspic. resp*
[12] Valerio Maximo, lib. VIII, cap. I. — Plinio, *Hist. nat.*, lib. VIII, cap. II.—Dionisio de Halicarnaso, lib. II.

derramar gota. De ambos hechos hacen memoria Tertuliano [1] y Minucio Félix, [2] y no los desechan. Quedan citados más arriba con otros parecidos, y juntamente con el juicio de los autores que los narran. [3]

El Angélico Doctor [4] no acaba de resolver si fué obra del ángel bueno ó del malo la proeza de las vestales. Según decíamos en el libro primero (cap. V) no repugna que Dios haya hecho milagros en testimonio de que hay en el universo una deidad verdadera que le rige; tampoco repugna que en los tales hechos se entremetiese el demonio para sus malvados fines. Autores hay que los ponen en la cuenta de las fábulas, otros en la de los supersticiosos y dignos de reprobación. La verdad sea, que ni lo ejecutado por la una vestal con su pretina, ni lo hecho por la otra con su criba excede la virtud angélica. [5] Como quiera, no llevaban intento las dos maravillas de probar la verdad de la religión pagana. «¿Qué mucho, dice el P. Segneri, que la Providencia, á quien es acepta la honestidad, hubiese pretendido honrarla con aquel doble milagro, que por una parte no se ordenaba á comprobar el sacrílego culto de los vanos dioses, y por otra servía para realzar y coronar la perseguida inocencia?» [6] A Dios en todo caso han de referirse las cosas de los paganos donde no se atraviesa indicio de maldad. [7] San Ligorio, dado por verdadero el suceso, no pone dificultad en reconocerle por milagro de Dios en defensa de la castidad y virginidad. [8] Pero fué superstición tentar á Dios en esta parte, y precisarle á un tan raro prodigio. ¡De cuán diferente manera hacían milagros los taumaturgos verdaderos!

Otro prodigio conviene examinar, y es el efectuado por Apolo délfico en beneficio de los griegos contra los galos. Justino [9] narra que en el acto de estar los galos devastando la campiña de Delfos, dejóse ver en los aires el dios Apolo en compañía de Diana y Minerva, con cuya vista alentados los griegos cayeron de repente sobre los galos y dividieron sus fuerzas haciendo en ellos espantoso estrago. Pausanias al dar cuenta del prodigio, atribuye la rota de los galos á las imágenes de los héroes Hipéroco, Laódoco, Pirro y Filaco, que súbitamente aparecieron y dispersaron las tropas galas. En la explicación del fenómeno divídense los autores: quién le achaca á los ardides de los sacerdotes, quién á intervención de los dioses, quién niega la autenticidad del acaecimiento. El acierto en esta materia depende de la verdad histórica. En la verdad histórica no convienen los historiadores. Justino es el primero que, apenas acaba de exponer la derrota de los galos, muéstranoslos victoriosos [1] por todo el Oriente; y Pausanias en otro lugar, [2] sin acordarse de apariciones, describe la valentía de los galos y los prodigios de destreza que hicieron en tan ignominioso descalabro. Por otra parte Diodoro de Sicilia, [3] Calímaco [4] y Polibio, [5] al mencionar esta acción, lejos de celebrar la intervención de los dioses, reservan toda la gloria del triunfo al arrojo de los griegos. La sana crítica no consiente demos crédito á relatos que contienen tan repugnantes circunstancias. Con este criterio se han de censurar otras análogas relaciones de escritores gentiles.

Así Cicerón [6] discurre largamente sobre las apariciones de los dioses; San Agustín cita á Varrón, en cuyo sentir Numa y Pitágoras divisaban en el agua las imágenes de los dioses; [7] Pausanias [8] y Plinio [9] confirman la frecuencia de estas representaciones; Homero hace gallardas pinturas de entrevistas celestes. [10] ¿Eran las visiones paganas hijas de la evocación? El arte de evocar estuvo en boga entre los gentiles: [11] que muchas apariciones fueran casos de superchería, de destreza, de ciencia natural, no lo dudemos; mas en vano pretende Salverte demostrar que todas lo

---

1 *Apolog.*, cap. XXII.
2 *In Octavio.*
3 Pág. 221—224.
4 *De Potentia*, q. VI, art. 5.
5 P. JUAN FERNÁNDEZ, *Demostraciones Católicas*, libro III, *Disc.* V, § 7.—TOSTADO, *in Exod.* VII, quæst. XIII.
6 *L'incredulo senza scusa*, p. II, capo IV, n. 7.
7 MEDINA, *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.
8 *Verità della fede*, 1781, capo VI.
9 Lib. XXIV, cap. VI, VII, VIII.

---

1 Lib. XXV.
2 *Phocid.*, cap. XX.
3 Lib. XXII.
4 *Hymn. in Delm.*
5 Lib. IX.
6 *De natura deor.* lib. II.
7 *De Civit. Dei*, lib. VII, cap. XXXVI.
8 *Bœotic.* cap. XXX.
9 *Hist.* lib. XXVII, cap. X.
10 Odis. lib. XI.—Iliad. lib XVI.
11 PAUSANIAS, *Laconic.* cap. XVII.—PLUTARCO, *De sera numinum vindicta.*—CICERON, *Tusculan. quæst.* lib. I. 42.—XIFILINO, *In Caracalla.*—DION, lib. LXXVII.—S. JUSTINO, *Apolog.* II.—LACTANCIO, *Divin. instit.* lib. VII, cap. XIII.

fueron. [1] Al cabo, en las preternaturales tuvo parte principal la soberana dispensación de nuestro Dios y Señor, como en otro lugar se dijo. [2]

Finalmente se han celebrado los milagros hechos por el emperador Vespasiano. Suetonio en la vida que escribió de este monarca, refiere tres curas portentosas. Entrado que hubo el Emperador en el templo de Serapis, un cierto Basílides, tullido de sus miembros, hallóse repentinamente sano. En otra ocasión llegaron á su trono imperial un ciego y un cojo, participando á Vespasiano que el dios Serapis los remitía á su majestad para que les otorgase el beneficio de la salud. Al uno mojóle con saliva los ojos, al otro le tocó con el pie la parte impedida, y ambos á dos quedaron al punto sanos. ¿Son históricos estos hechos? Caso de serlo, ¿quién hizo la cura?

Dejemos en silencio el primero, en que Tácito [3] y Suetonio [4] andan tan desavenidos, que el comentador Baumgarten no repara en exclamar: «¿Quién dirá cuál de los dos escritores tiene razón, cuando quedamos perplejos cuanto á la verdad de ambas relaciones?» [5] Digamos de los otros dos. Tácito los pone en claro diciendo: «Los médicos anduvieron discordes, juzgando unos que el ciego no había perdido

1 *Las ciencias ocultas*, cap. XIII.

2 La estatua de Memnón, en Tebas, despedía sonidos armoniosos á la salida del sol. Del hecho son fiadores, entre otros, Plinio (*Hist.* lib. XXXV, cap. V), Tácito (*Annal*, lib. II), Luciano (*Toxaris.* — *Philopseudes*). El P. Atanasio Kircher discurrió una explicación natural, sobre la posibilidad del caso, en esta forma. Los rayos del sol al dar en la cara del pedestal, en que estribaba la estatua, calentaban el aire interior, y dilatado éste subía por un tubo á mover una ruedecilla dentada que pulsaba unas cuerdas vibrantes; la resonancia comunicábase á la boca de la estatua. Con este artificio construyó el propio Kircher una estatua cantante, como en el mismo lugar lo confiesa (*Oedipus Ægyptiacus*, classis VIII, cap. III, § 1). Ignoramos de qué manera estaba compuesto el interior del monumento egipcio; pero al P. Kircher no le pareció suficiente su artefacto para satisfacer á la relación de los historiadores. El Sr. Guimaran renovó este año la memoria del *Milagro pagano* (*La Correspondencia de España*, 21 Agosto 1895), y reprodujo la exposición de Letronne. Mas si hemos de estar á lo dicho por Filocles, que oyó á la estatua de Memnón *un oráculo en siete versos* (ἐν ἔπεσιν ἑπτὰ.—Luciano, *Philopseudes*), no basta la teoría *científica* de Letronne para calmar las ansias de la curiosidad. El Sr. Guimaran saca de ahí una *moraleja* muy embrollada. La nuestra es, que cuando los gacetilleros escriben con pluma de ganso, corren peligro de garabatear chapucerías que den ratos de solaz á los lectores.

3 IV, 82. 4 *Vespas.* VII.

5 *Commentar. Suelon.* 1828, vol. II, p. 342.

la vista, otros que la recobraría si se quitaban los obstáculos; y del cojo (ó manco) testificaron que tenía los miembros dislocados, y que empleando medicamentos se restituirían á su lugar.» [1] Suetonio [2] se deja entender con más claridad. [3] De sus palabras tres cosas se coligen: primera, que Vespasiano ignoraba que residiese en su persona la facultad milagrosa; segunda, que carecía de confianza y no osaba exponerse á un fracaso; tercera, que al intentarlo dió resultas su osadía: pero cuáles fueron ellas, si la curación fué perfecta, imperfecta ó nula, en el ciego ó en el cojo, lo calla ó disimula el historiador romano.

En estos casos, antes de emprender Vespasiano la cura, no era menester fuerza superior para llevarla á cabo; especialmente que, según los apologistas observaron, y va notado arriba, á veces acontece poner el demonio maleficio en el cuerpo humano, y quitado por él recobrar luego los miembros la primera agilidad.

Demos, pues, que el medio aplicado por el emperador careciese de proporción, y que en efecto tuviese lugar la mejoría; lo constante es que Dios no entró á la parte en ella, porque no podía Dios con un milagro acreditar la idolatría, entonces mismo cuando Cristo con su venida la había postrado y confundido. Fué ardid del demonio, interesado en autorizar el paganismo que se le huía de las manos, y por consiguiente no fueron verdaderos milagros, como se echa de ver examinadas las circunstancias en que andan encontrados Suetonio y Tácito. Fuera de esto, á los historiadores gentiles su ojeriza contra la nueva religión de Cristo les bastaba para mentir prodigios con que exornar la grandeza de sus deidades. [4]

1 Medici varia disserere; huic non exeram vim luminis, et reddituram si pellantur obstantia; illi elapsos in pravum artus; si salutis vis adhibeatur, posse integrari.

2 *Vespasianus*, VII.

3 E plebe quidam luminibus orbatus, item alius debili crure, sedentem pro tribunali pariter adierunt, orantes opem valetudini, demonstratam a Serapide per quietem; restituturum oculos si inspexisset, confirmaturum si dignaretur calce constringere. Quum vix fides esset rem ullo modo sucessuram, ideoque ne experiri quidem auderet, extremo hortantibus amicis, palam pro concione utrumque tentavit nec eventus defuit.

4 P. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, II partie, chap. II.

ARTÍCULO III.

Por qué hubo en el paganismo conatos de milagros.—Sentencia de Cicerón y burla que hacía de los milagros paganos.—Oráculos y sueños: cómo los juzgaba.—Apolonio Tianeo.— Milagros que de él se cuentan.—Valor histórico de esta relación y de su héroe.—Plotino y otros neoplatónicos.—Milagro de los rabinos: son embustes y ultrajes.

Los portentos del paganismo en lugar de enflaquecer la fuerza divina del cristianismo, la realzan y confirman con nuevo esplendor. La mayor locura que podía caer en los *sabios* modernos era el propósito de trazar la *ciencia de las religiones*, intentando con su rebuscada comparación explicar la *evolución* religiosa y moral de la humanidad. El materialista Herberto Spencer [1] enseñaba que la religión no debe poseer ningún conocimiento superior al humano, y que si los profesa, contradice á sus propias enseñanzas y se condena á sí misma por irreligiosa; pero confiaba que andando el tiempo y ayudando la *crítica* vendrá la religión á adoptar el conocimiento del *Incognoscible*.

Este fatal empeño de los racionalistas los ha sumido en una desastrosa confusión. Entre todas las religiones una goza el privilegio de verdadera, las restantes son falsas y erróneas; Dios es el autor de la primera, las demás tienen al demonio por inventor, el cual procura remedar las obras de Dios valiéndose de instrumentos humanos para hacerse adorar. No sin razón es llamado «príncipe de este mundo,»[2] «dios de este siglo;»[3] no monarca pintado y sin alma, sino tan imperioso y ejecutivo, que á no tenerle Dios atadas las manos, mayores calamidades hubieran llovido sobre la gentilidad y mayores embustes se habrían introducido y propalado. Pero justamente por ser el milagro distintivo de la verdadera religión, convenía que en las falsas hubiese remedos y conatos de maravillas tales, que por una parte demostrasen la limitada capacidad de su autor y por otra hiciesen honra á la infinita santidad de Dios, autor de la religión verdadera.

1 *Les premiers principes*, p. 88.
2 Jo. XII, 31.—XIV, 30.—XVI. 11.
3 Ephes. II, 2.

El orador romano en sus dos libros *de la Adivinación*, con poderosos argumentos se declara contra los milagros gentílicos, quitándoles el esplendente barniz con que parecían lucir á los ojos del vulgo. «No hay tales milagros» exclamaba. [1] A la verdad, los prodigios del gentilismo, eran cosas muy naturales, bien que raras á veces, como lo demuestran las que menciona Cicerón llamándolas *cuentos de vieja*. «Se dió noticia al Senado que había llovido sangre, que el río Atrato se había ensangrentado, que las estatuas de los dioses habían sudado: ¿piensas acaso que Tales ó Anaxágoras ó un físico cualquiera habría dado crédito á estas nuevas? [2]

Además son muy dignas de advertir estas gravísimas palabras, sobre los oráculos, del mismo Cicerón: [3] «Pero, y esto es esencial, ¿por qué no se pronuncian hoy tales oráculos (de Apolo) en Delfos, y desde hace mucho tiempo cesaron, de suerte que no hay cosa más despreciada? Cuando os estrechan sobre este punto, respondéis que la virtud brotada de la tierra y destinada á excitar la mente de la pitonisa, se desvaneció; pero ¿cómo se desvaneció?... ¿acaso desde que los hombres comenzaron á ser menos crédulos?» Grande es la autoridad de este filósofo, por más que, á fuer de Académico, en todo pusiese duda y apenas hiciera pie en cosa cierta; pero sus razones son de peso y muy idóneas para probar el intento.

Lo que dice Tulio del oráculo de Delfos, no significa que hubiesen enmudecido los de Dodona, Sínope, Crisópolis y otros en su tiempo; así como de la impostura de los sacerdotes gentílicos no se colige, comunmente hablando, que el demonio no intimase sentencias por boca de los oráculos. El interés de los sacerdotes y la política de los príncipes eran dos causas que mantenían en su vigor el embuste y el engaño de la plebe, pero si en unos templos los oráculos eran motivados por la superchería, en otros eran obra de Satanás; y si en general podemos fundadamente pensar que las voces de los simulacros eran hu-

1 *De Divinatione*, lib. II, cap. XXVIII.
2 Sanguinem pluisse Senatui nuntiatum est, Atratum flumen fluxisse sanguine, deorum sudasse simulacra: ¿num cernes his nuntiis Thalem aut Anaxagoram aut quemquam physicum crediturum fuisse? *De Divinatione*, lib. II, cap. XXVII.
3 «Sed quod caput est ¿cur isto modo jam oracula Delphis non eduntur, non modo nostra ætate, sed jamdiu, jam ut nihil possit esse contemptius?» Ibid. cap. LVII.

manas y contrahechas, otras veces eran del padre de la mentira que tenía enfrascados los pueblos en los lazos de la idolatría.

Lo llevamos dicho más arriba, [1] la astucia humana no excluye la malicia diabólica. Entre los germanos las mujeres *sagradas* aplicando el oido al fragor de los torrentes, y contemplando, fijos los ojos, los torbellinos de las ondas en los precipitados raudales, prorumpían en furiosos alaridos anunciando con grandes admiraciones y espantos el advenimiento de cosas futuras; los oráculos de Claros procedían de las fauces sacerdotales preparadas al efecto con bebida del agua depositada en la gruta de Apolo; [2] la pitia de Delfos expuesta á las exhalaciones del vapor que el antro despedía, vaticinaba con voz poderosa entre las bascas de un agudo paroxismo; [3] los sacerdotes del oráculo de los bránquidas antes de pronosticar, aspiraban el vapor emanado de la fuente sagrada. [4] En todos estos accesos concurrían vértigos, frenesí, furor, charlatanería, embriaguez, sueño delirante, estilo figurado, bellaquería, trapacería: causas tan accesibles á la humana investigación poco espanto habrían producido. Cuando les llegó á los oráculos su fin y fueron enmudeciendo hasta perderse del todo, no fué porque las lecciones de filosofía penetrasen en las clases ilustradas, ni porque la verdad cediése al examen curioso, como asegura Salverte. [5] El nombre de Jesucristo y su Santo Evangelio redujo á silencio vergonzoso los oráculos de la gentilidad.

Prosiguiendo Marco Tulio Cicerón la guerra contra los oráculos y probando cuán necia era la creencia en las curaciones hechas por los dioses, decía: «¿Quién sostendrá que el enfermo debe pedir la curación al intérprete de sueños antes que al médico? Si Esculapio y Serapis pueden prescribirnos en sueño remedios propios para nuestras dolencias, ¿no puede Neptuno hacer un buen piloto de la misma manera? Y si Minerva puede curarnos sin médico, ¿no podrán las musas enseñarnos en sueños á escribir, leer y todas las demás artes? Si en sueños se pudiese curar la enfermedad, posible sería tambien todo lo que acabo de decir. Es así que no es posible: luego tampoco la medicina.» [1] Y reforzaba el argumento haciendo una tristísima pintura de la reinante superstición en esta forma: «Destruir la superstición no es destruir la religión. [2] Propio del sabio es respetar las instituciones religiosas y ceremonias de nuestros mayores...: la superstición nos amenaza, nos estrecha y nos persigue por todos lados: las palabras de un adivino, un presagio, una víctima inmolada, un ave que vuela, un trueno, un objeto herido por un rayo, un fenómeno que tenga algo de prodigioso, cosas todas que deben ocurrir con frecuencia, nos inquietan y perturban nuestro reposo. Hasta el sueño, en donde habíamos de hallar olvido de las fatigas y cuidados de la vida, se nos convierte en manantial de terrores... A decir verdad, la superstición, difundida universalmente, ha subyugado todos los ánimos y dominado por todas partes la humana debilidad.» [3]

Esta manera de filosofar nace de la confusión y dudas que turbaban el ánimo de Cicerón. Empeñado en menear las armas contra los dos partidos filosóficos, epicúreo y estóico, y no sabiendo desentenderse de su sistema académico, en todo descubría dificultades. Para juzgar á Cicerón sería preciso saber cómo definía el milagro, y si los creía factibles. «Según él no entendemos cómo sea posible la providencia de los dioses; porque, dice, hay mucho que oponer á los que opinan que los dioses lo han ordenado todo y llevan puestos los ojos en el hombre de continuo. Los que así discurren dan razones, pero deberían saber qué fatal regalo nos hacían. Aun el estóico no osa afirmar que todo, por pequeñas que sean las cosas, revela la voluntad de Dios. ¿Qué inconveniente hay en que los dioses cuiden de lo grande y hagan ningún caso de lo pequeño?» [4] El racionalismo de Cicerón hacía que creyese impracticables los milagros; los que en su tiempo se contaban le merecían muy poca fe, visto el ningun valor que tenían.

---

[1] Lib. III, cap. II, art. I.
[2] Plinio, *Hist.*, lib. II, cap. CV.—Jamblico, *De myster.*, cap. XXV.
[3] Plutarco, *De orac.*—Píndaro, *Olymp.* VI.
[4] Jamblico, *De myster.*, cap. XXV.
[5] *Las ciencias ocultas*, cap. VIII, § III.

---

[1] At si curatio daretur valetudinis, hæc quoque, quæ dixi darentur, quæ quoniam non dantur, medicina non datur, qua sublata tollitur omnis auctoritas somniorum. *De Divinatione*, lib. II, cap. LIX.
[2] Nec vero superstitione tollenda religio tollitur.
[3] *De Divinatione*, lib. II, cap. LXXII.
[4] Ritter, *Histoire de la philos. ancienne*, livre XII, chap. II.

La *Vida* de Apolonio es una sarta de cuentos merecedores de la rechifla universal. Los Santos Padres y escritores eclesiásticos [1] contaron las historias de Filóstrato entre las consejas indignas de fe, llamándolas supercherías fabulosas y mentirosísimas ficciones. El fundamento de toda la relación es el dicho de Filóstrato: él fué quien ideó toda la trama de la novela y la adornó con los atavíos de su pluma, empeñado en parodiar la vida y milagros de Jesucristo nuestro divino Salvador, cuyas santas doctrinas intentaba eclipsar para infundir un nuevo soplo de vida á la filosofía pagana. La razón de esto es porque Suetonio, que describe las vidas de los emperadores contemporáneos del imaginado héroe, no se muestra enterado de su existencia, cuando debió de ser cortesano de Domiciano ó de Nerón, según parece; tampoco suena su nombre en los Anales de Tácito ni en escritos de los historiadores griegos: ¿y es verosímil que un protagonista tan afamado, cual pinta Filóstrato á su Apolonio, despertador de los recelos de Nerón, oráculo de Vespasiano, domador del feroz Domiciano, confidente de Trajano, no hubiese dejado rastro de sí en la memoria de los escritores del primer siglo, en que dicen vivió? ¿es creible que los griegos, tan aficionados á lo maravilloso, venerasen con el silencio aquellas famosas correrías por Egea, Atenas, Efeso, y las maravillas que por Roma, Grecia y Asia esparcía Apolonio con tanta profusión? Una *Vida* tan admirable, escrita al cabo de siglo y medio, sin firma ni memoria de historiador precedente, es más que sospechosa, es falsa en todo concepto y de ningún modo creible.

¿Quién, veamos, la garantiza? Damis nó. El Damis de Apolonio es engendro del novelista. Cuando Filóstrato pondera que Damis recogió las muchas cartas de Apolonio, y que de ellas entresacó varias reseñas y apuntaciones, sepultadas en el olvido, dice, en Babilonia hasta que un curioso las descubrió, y se las remitió á la emperatriz Julia Domna, miente y nos engaña con destreza y artificio. Ni hubo en el mundo cartas, ni memorias, ni Damis, ni cosa tal. El Damis de Apolonio es un paje, necesario para el interés del enredo, tan imbécil, tan memo y sin alma, así le representa Filóstrato, que luego al darle retentiva prodigiosa con que recuerde todas las cosas vistas y oidas, y fidelidad incomparable en apuntarlas menudamente, no echa de ver la ridícula contradicción en que le pone.

Que Julia Domna, mujer del emperador Severo, tuviese parte en el embuste, no parecerá extraño á quien conoce la ambición filosófica de la mala hembra, su vanidad y pedantería, y la facilidad con que servía de manta á designios facinerosos. ¿Y por qué no nos alargamos á pensar que él y ella y con ambos otros ruines lisonjeros, tan descarados como los filósofos del pasado siglo, forjaron de común acuerdo la malhadada invención? El único escritor que hace mención de Apolonio, antes de Filóstrato, es Luciano en su *Pseudomantis*, para decirnos que un tal Alejandro fué discípulo de Apolonio y aprendió en su escuela insignes bellaquerías. Falta saber si Luciano y Filóstrato se concertaron para poner por escrito el uno las proezas del discípulo, el otro las del maestro. Al erudito Guillermo Filander, en su comentario á Vitruvio, le pareció que el autor de la *Vida* de Apolonio era Luciano y no Filóstrato; aunque Gilberto Cognato tuvo por mejor opinar que la invención de las fabulosas escenas se debe á los enemigos de la fe cristiana. [1] La verdad es que si Alejandro parece en la pluma de Luciano un filósofo, modelo en el arte de seducir, Apolonio en la de Filóstrato se ostenta varón divino en el arte de admirar. ¿Por qué leyendo Filóstrato el *Pseudomante* de Luciano no había de sentir la espuela de la emulación que le alentase á sacar á la luz del mundo á su flamante Apolonio?

No hace contra lo dicho la cita de Apuleyo. Este escritor conmemora á un tal Apolonio sin que conste fuese el tia-

---

[1] ARNOBIO, *Adversus Gentes*, lib. I.—LACTANCIO, libro V, cap. II.—EUSEBIO, *Adversus Hieroclem.*—*In chronico*, n. 2111.—S. AMBROSIO, *Tract. in Symbol. Apostol.* cap. XXIX.—S. JERÓNIMO, *Epist. II ad Pammach.*—*Epist. CIII ad Paulinum.*—S. CRISÓSTOMO, *Oratio II in Judæos.*—S. AGUSTÍN, *Epist. V ad Marcellinum.*—Epist. XL, quæst. VI.—NICÉFORO CALIXTO, *Historia*, lib III, cap. XI.—HESIQUIO, *De viris illustrib.*—PABLO DIÁCONO, *Miscellæ*, lib. VIII, cap. IX.—PSEUDO-JUSTINO, *Ad orthodoxos*, quæst. XXIV.—ANASTASIO NICENO, Quæst. XXIII.—ENEAS DE GAZA, *Dialog. Theophrast.*; á quienes acompañan Focio, *Bibliotheca*, n. 44.—CELIO RODIGINO, *Lectionum antiq.*, lib. XVII, capítulo XIII.—SUIDAS, *In Apollonio et in Timasione.*

[1] *Adnotationes ad Pseudomant. Luciani.*

neo, y fuera de la inclinación de este neoplatónico á fingir fábulas, como lo indica su *Asno de oro*, el no insertar nombres ni hechos históricos en su relación, persuade que también sería de burlas y hechizo el Apolonio que menciona. A corroborar nuestro aserto y á demostrar que el Apolonio de Filóstrato es un ente imaginario, concurren los escritores profanos, [1] los cuales todo lo que escriben de Apolonio lo relatan como un se dice, tomándolo de segunda mano, y refiriéndose á los ocho libros de Filóstrato como á fuente original.

Es verdad, muchos de los Padres y escritores eclesiásticos arriba citados, tuvieron á Apolonio por personaje histórico, y á este sentir se han remitido literatos como Luis Vives, Escalígero, Vossio, Casaubon, Nonnote, Menéndez Pelayo y otros modernos; pero fuera de que Fleury, Dupiñ, Lecanu y otros reducen á ficción ratera y maliciosa de Filóstrato no menos el héroe que sus proezas, tampoco faltan Padres entre los susodichos que estimen á Apolonio por personaje legendario y por fabulosa mentira la narración de sus hazañas. El eruditísimo Focio muestra dar poco crédito á la existencia de Apolonio cuando declara que en ninguna parte se halla rastro de su sepulcro, y que su muerte fué tan obscura y variamente narrada como su vida. [2] Sólo al deista Blount podía habérsele antojado poner en inglés y adornar con notas la novela de Filóstrato, perpetuando así su infamia con el desapoderado amor á la mentira. En verdad, ocupar el tiempo en los milagros de Apolonio es gastarle sin provecho y sin conciencia. No hablemos de los que han querido comparar la *Vida* de Apolonio con la *Vida* de D. Quijote. Respecto de la verdad histórica pueden ser ciertamente comparadas. En cuanto á la ficción, el héroe de Cervantes no puede entrar en cotejo con el desdichado héroe de Filóstrato, ni el inmortal Sancho Panza con el mentecato Damis, ni la una empresa con la otra; por esto la caballería andante quedó por siempre apeada por la pluma de Cervantes, y la filosofía neoplatónica no logró dejar burlados los milagros del cristianismo.

Los enemigos de la religión han abusado de este libro para mofar de nuestra fe, como lo hizo el impío Voltaire osando comparar á Apolonio con nuestro adorable Redentor; [1] pero el intento principal de Filóstrato fué acomodar maliciosamente á Apolonio por ficción poética las cosas contadas de Cristo por los evangelistas, «para que los gentiles nada tuviesen que envidiar á los cristianos,» [2] y á fin de sustentar las ruinas del paganismo que se venía al suelo á toda prisa. Los incrédulos modernos que de todas armas echan mano para mover guerra al cristianismo, han explotado la leyenda de Apolonio para amenazarnos con aquellos prodigios. «No hay para que hablar aquí de los milagros apostólicos. Quédense misterios tales á la fe de cada cual, pero contemos los prodigios que les salieron al encuentro. En esta sazón los magos de todos los paises se dieron cita en Roma. Los más célebres fueron Simón de Samaría y Apolonio de Tiana.» Esto escribe Figuier, [3] y después de embelesar así la atención del lector dispara esta furibunda salva: «Es cierto que la física moderna proporciona medios hoy en día para reproducir los milagros de los antiguos.» [4]

Acatamiento merece el dictamen del Cardenal Gonzalez, [5] del Padre Bonniot, [6] del Padre Mariana, [7] de Monseñor Freppel, [8] de Tillemont, [9] y otros autores modernos; mas con todo, parécenos fuera de controversia que el fullero fué Filóstrato, quien esparciendo ambicioso follaje de exornación poética y sembrando su novela con flores cultas de galano estilo, mintió á más no poder y amontonó un centón de delirios que no ilustraron al andante capadocio con la fama por los autores pretendida.

Algunos pensaron que Plotino hizo milagros también. San Agustín [10] pone en

---

1 Dion Casio, *Historia Romana*, lib. LXVII.—Zonaras, *Annal. Domitiani*, t. II.—Elio Lampridio, *De Alexandro Severo*, cap. XXIX.—Flavio Vopisco, *Aureliano*, cap. XXI.—Porfirio, *De Sacrificiis*, lib. III.—Amiano Marcelino, lib. XXIII, cap. XIX.—Eunapio, *De vitis Philosophor præfat.*, y algunos otros

2 *Biblioth. Cod.* XLIV—CCXLI.

1 *Essai sur les mœurs.*

2 Huet, *Demonstr. évangel.*, prop. IX, 147.

3 *Histoire du merveilleux dans les temps modernes*, 1860, p. 19

4 Ibid. p. 21

5 *Historia de la Filosofía*, 1878, t. I, § 23.

6 *Le miracle et ses contrefaçons*, II partie, chap. III.

7 *Historia de España*, lib. IV, cap. III.

8 *Les apologistes chrétiens, au second siécle*, p. 107.

9 *Hist. des empereurs*, t. II, p. 131.

10 *Contra Academic.* lib. III, cap. XIX.

las nubes á este preclaro ingenio, llamándole Platón resucitado; y si bien después retractó los excesivos loores dados á los platónicos y á otros filósofos de la Academia, [1] y dice que algunos discípulos del neoplatonismo se dejaron llevar por sus aficiones á la magia, de ninguna manera tacha á Plotino de mago, de milagrero, de visionario, como Rorhbacher supone [2] Quién trastornó la *Vida* de Plotino fué Porfirio, tan hostil al cristianismo cuán afamado por sus diabólicos discursos. Escribió la vida de Plotino mucho después de su muerte: píntale dado á la magia, [3] teurgo consumado, favorecido con teofanías gloriosas; pero en verdad desfiguró los hechos por acreditar con tan ilustre renombre su neoplatonismo idolátrico y su odio al cristianismo que Plotino no había profesado. Los teurgos y magos eran Porfirio y Jamblico, discípulos de Plotino, aferrados á sus novedades neoplatónicas, contrarias á las cristianas enseñanzas.

Narra San Anastasio [4] que Apuleyo, Apolonio y Juliano, en tiempo del emperador Domiciano, hicieron esta hazaña cuya memoria duraba en el siglo VI. Vióse Roma asaltada de peste tan terrible, que morían un sin número de personas. Acudió el emperador á estos adivinos. Apuleyo le dijo: Dentro de quince días yo libraré de la peste una tercera parte de la ciudad. Apolonio dijo: Yo en diez días dejaré libre otra tercera parte. Juliano, el más famoso y más amigo del diablo, dijo: Yo desde ahora doy por libre la tercera parte que me toca; pero os hago saber que dentro de quince días perecerá toda la ciudad, sin que le valga vuestro favor. Cesó la peste en la tercera parte; y rogando el emperador á Juliano que librase también á las otras dos, al punto ahuyentó la pestilencia. Estas operaciones el autor que las describe pónelas en la lista de las diabólicas. El introducir al neoplatónico Apuleyo juntamente con Apolonio y Juliano no significa que fuese hechicero de verdad: Luis Vives [5] le capituló por tal, Feijóo [6] le purga de tan fea nota; como quiera, las cosas que de él se narran no entran en la esfera de los milagros. Nótese con todo: la escuela neoplatónica, nacida juntamente con el cristianismo, fué la que con más furiosa audacia apoyó el gnosticismo, y el gnosticismo era la escuela de la magia goética.

Cerremos los libros rabínicos, donde la superstición de los judíos junta increíbles monstruosidades, con la pretensión de echarlas á generosidad de la divina Omnipotencia: si fuéramos á concederles crédito, tendríamos que dar por hechos en el Templo y en la solemnidad de los sacrificios una multitud de graciosos sucesos, más para soñados que para puestos por escrito. [1] Ello es la verdad que el milagro de la piscina, commemorado por San Juan, [2] en la destrucción de Jerusalén terminó: en todo el curso de la era cristiana no hallamos un solo milagro que favorezca á los judíos. El Padre Pinamonti escribió en 1754 un libro rotulado *La Sinagoga disingannata*, para demostrar á los rabinos modernos la falsedad de su religión. En el capítulo de los milagros prueba este silogismo: la verdadera ley de Dios debe contar con el testimonio de los milagros; la de los rabinos no cuenta con ellos; luego no es la verdadera ley de Dios. [3]

En confirmación de este raciocinio, es de importancia el caso siguiente acaecido en España el año 1295. Fatigados andaban los hebreos españoles con la carga de tantos desastres, cuando en el reino de Castilla amanecieron dos rabinos con ínfulas de profetas, que exhortaban al pueblo judío á esperar la redención, y para alentar su esperanza fijaron el día último de Abril como término de sus desdichas, prometiendo entre otras señales un patente milagro del cielo. Entregáronse los fanáticos á toda suerte de obras piadosas, prepararónse con ayunos, oraciones, limosnas y penitencias. El día 30 de Abril acuden todos á la sinagoga envueltos en sábanas blancas y preciosas, conforme solían en días de expiación. De repente los lienzos de todos los circunstantes quedan marcados con la señal de la cruz, y no sólo aquellas sábanas, mas también todas las telas, vestidos y prendas que se guardaban en las casas viéronse pintadas con cruces, en señal de haber llegado siglos

---

1 *Retract.* lib. I, cap. I.—Epist. CXVIII.
2 *Hist. univers. de l'Eglise cathol.* t. V.
3 *Plotini Vita*, cap. XXII.
4 Quæst. XX.
5 In lib. XVIII. *De Civit. Dei.* cap. XVIII.
6 *Teatro*, t. VI, disc. II.

1 Feijóo, *Teatro crítico*, t. III, disc. VI, § VIII.
2 V, 4.
3 Cap. XV, n. 147.

hacía la redención para gentiles y judíos. Indescriptible confusión causaron las negras cruces en los ánimos de los judíos: unos pocos se convirtieron á la fe, los más achacaron á arte diabólico la rara aparición, otros quedaron perplejos.

Así lo refieren Alonso Spina en su *Fortalitium fidei*, [1] y lo toma de un judío que se halló presente y escribió después un libro contra sus correligionarios. También Pablo de Santa María, convertido de rabino en cristiano, obispo que fué de Burgos, en su *Examen de las Escrituras* escrito hacia el 1430, testifica con juramento haber oido contar á los hebreos ancianos el suceso de las cruces, sin que nadie lo pusiese en duda. [2] Enrique Spondano continuador de Baronio habla de él compendiosamente. [3]

Lejos de hacer los judíos milagros por su cuenta se convertían á vista de los nuestros, como sucedió con las reliquias de San Esteban en la isla de Menorca, y va dicho arriba, [4] y en la Galia el año 1213 con un esplendente milagro de la Eucaristía, contra la cual en todo tiempo se han ensañado los judíos con horrendas blasfemias y con sacrílegas acciones. [5]

Milagro permanente son ellos, milagro de impiedad, milagro de obcecación. Inglaterra los expulsó en 1290, Francia los expatrió por siempre en 1321, Germania los persiguió de muerte en 1282, España no los trató con más blandura, los Papas los marcaron con carácter distintivo en 1344, en todo el orbe se han hecho aborrecibles, y siempre por causa de religión; ni la piedad los ablanda, ni el respeto los mueve, su fortaleza es el desafuero, siempre caminan haciendo cara, nunca dan su brazo á torcer, á todo se atreven, por todo atropellan con su odio al cristianismo: las naciones que los hospedan y tratan hoy con regalo, mañana los extrañarán de sí como indignos de la sociedad europea.

1 1460, lib. III, consid. X, mirab. X.
2 P. II. Dist. VI, cap. X. 3 Ad an. 1295, n. XVII.
4 Lib. II, cap. XIII, art. II.
5 SPONDANO, ad an. 1213, n. XXV.

ARTÍCULO IV.

El milagro de la Legión Fulminante no se debió á los dioses gentílicos.—Autores paganos y autores cristianos que le mencionan.—Los Faquires.—Los Lamas.—Consecuencias que de los gentiles se sacan contra los enemigos del milagro.

Finalmente viene aquí muy á propósito el milagro de *Legión Fulminante*, acaecido en la guerra que Marco Aurelio movió contra los bárbaros del Danubio, en 174 de nuestra era, en la comarca de los Cuados. Según cuenta Dión Casio, [1] habiendo salido en campaña los romanos contra un muy crecido ejército de bárbaros, viéronse puestos en grande aprieto, en un desfiladero sin salida, devorados por la sed, abrasados por los rayos del sol, y érales forzoso perecer á manos de sus enemigos, si de repente por voluntad de los dioses, no hubieran roto las nubes en copiosísima lluvia. «Dicen, añade Dión, que un mago egipcio Arnufis, y un caldeo Juliano, con sus hechizos y arte mágica arrancaron el agua del cielo.» La lluvia inesperada fué la salvación del ejército romano, por cuanto la que era agua refrigerante para las tropas de Marco Aurelio, convirtióse en lluvia de fuego para el ejército enemigo, que se ardía y moría abrasado de los rayos celestes, en tanto que los romanos se vieron libres y rehechos y prontos á vencer, como en verdad vencieron.

Este extraordinario suceso es atribuido por los críticos modernos á la intervención de los dioses paganos. Le Clerc, [2] Basnage, [3] Moyle [4] por no honrar con él á los cristianos ni á los paganos, han impugnado su histórica verdad.

Los escritores paganos exponen diversamente la causa del milagro. Julio Capitolino le refiere á las oraciones del emperador. [5] Claudiano [6] anduvo dudoso en si cifraría la causa en las virtudes de Marco Aurelio, ó en las hechicerías de los caldeos. Suidas da la gloria del milagro á un mago de Caldea. [7] Temistio, aunque confunde el nombre del emperador, señala por autora la plegaria imperial. [8] De estos historiadores paganos, antecedentes al si-

1 Lib. LXXI, 8. 2 *Hist. des deux prem. siècles.*
3 *Ann. polit. ecles.*
4 *Examen de mirac. leg. fulmin.*
5 *Antonin. Philosoph.*, XXIV.
6 *Panegyr. VI Honorii consulat.*, poem. XXIII.
7 Julian. II.
8 TILLEMONT, *Hist. des Emp.* t. II, p. 369.

glo IV, unos atribuyen el suceso á magia, otros á Júpiter, otros á las plegarias de Marco Aurelio. En un bajo relieve de la columna Antonina se ostenta la divinidad con los brazos extendidos diluviando agua y rayos.

Los escritores cristianos, ya que convengan con los paganos en descubrir en el acaecimiento la divina intervención, reconocen el origen principal en los soldados cristianos que militaban en las filas de Marco Aurelio. Eusebio [1] trae el testimonio de San Apolinar, contemporáneo de Marco Aurelio, cuyo contenido es que los soldados cristianos al verse en tal apretura se hincaron de hinojos, y puestos en oración imploraron el auxilio de Dios. Tertuliano [2] está conforme en que «las oraciones de los soldados cristianos hechas á Dios, alcanzaron aquel aguacero.» [3] Añádese la autoridad de San Gregorio Niseno, [4] de San Jerónimo, [5] de Orosio, [6] y de Xifilino [7] compendiador de Dión Casio.

Entre todos estos testimonios ninguno hay de tanta autoridad ni que resuelva el punto controvertido con tanta evidencia, como la carta escrita por el mismo emperador Marco Aurelio al senado romano en que le participa la victoria. En este importantísimo documento declaraba el emperador cómo el milagro del agua llovida sobre los suyos y del granizo de fuego que abrazó á los enemigos, era fruto de las oraciones hechas á Dios por los soldados cristianos que tenía en su campamento. Esta carta por desgracia se perdió: en el siglo V no quedaba de ella sino la memoria. La que, después se fabricó, y consta en la Patrología de Migne [8] á continuación de las obras de San Justino, es apócrifa y de ninguna autoridad. Sin embargo, Tertuliano, que escribió su *Apologético* veintiseis años después de esta jornada, dice así: «Las cartas de Marco Aurelio certifican que las tropas romanas, muertas de sed en la Germania, hallaron refrigerio en una lluvia alcanzada con el favor de las oraciones de soldados cristianos.» [9] Palabras que significan haber tenido Tertuliano á la vista la relación del emperador. Cuando Eusebio, Orosio y San Jerónimo citan á Tertuliano, aseguran que la carta existía á la sazón en el siglo quinto.

¿Cuál de los dos tiene razón, Dión ó Eusebio, los autores profanos ó los nuestros? Lo primero, ni Dión, ni Claudiano, ni Julio, ni Temistio, ni Suidas determinan la causa del prodigio, todos andan discordes y desavenidos: ¿cómo á un hecho tan público y notorio reconocen con uniformidad la existencia visible, y cuanto á la causa no menos sensible escriben con tanta desconformidad, contradicción, incoherencia? Sea enhorabuena lícito á los paganos desconocer la intervención del Dios de los cristianos, ¿por qué no señalan causa competente, ó por qué no callan del todo?

Lo segundo, la autoridad de Tertuliano vale por todas las otras juntas. Tertuliano contaba catorce años cuando el milagro acaeció; Tertuliano cuando de este suceso escribió había oido, leido y confrontado los auténticos instrumentos; Tertuliano al tiempo que el hecho narra manda á los senadores consulten la carta de Marco Aurelio [1]; Tertuliano ratifica lo propio en otra obra escrita al gobernador Escápula; [2] el testimonio de Tertuliano merece entero crédito por otras infinitas razones.

Este discurso viene á demostrar que la carta del emperador existió sin duda alguna; ni otra cosa prueba la carta apócrifa, inventada en el siglo VI. El añadir Tertuliano aquel *forte*, que parece poner incierta la intervención del Dios de los cristianos, fué muestra de cobardía en Marco Aurelio, idólatra y tirano, y reserva propia de un hombre soberbio, como discurre Martigny. [3] Tampoco es inconveniente ver representado en el sobredicho bajo relieve, á Júpiter y no á Cristo; la obra no es de Marco Aurelio, sino de Cómodo, y de creer es que Marco Aurelio no habría osado figurar así el hecho, á menos que el temor le acabase de vencer.

Resulta, pues, que profanos y cristianos, los escritores todos están conformes en la causa de la sobredicha lluvia. Ora

[1] *Hist. eccles.*, lib. V, cap. V.
[2] *Apolog. V. Ad Scapulam. IV.*
[3] Christianorum forte militum orationibus ad Deum factis imbrem insiti illa Marcus Aurelius impetravit.
[4] *Orat II In XL martyr.*
[5] *In Euseb. Chronic.* ad an 174.
[6] *Hist. adv. pagan.* VII, 15.
[7] LXXI, q. 10.
[8] *Patr. græc.* t. VI.
[9] Christianorum forte militum præcationibus impetrato imbri.—*Apol.*, cap. V.

[1] Litteræ Marci Aurelii quærantur, quibus illam Germanicam sitim, christianorum forte militum præcationibus impetrato imbri discursam, contestatur.—*Apologet.*
[2] *Ad Scapulam*, cap. IV.
[3] *Dictionnaire*, p. 420.

se atribuya el milagro á la devoción del emperador, ora á las mañas de este ó aquel hechicero, es negocio asentado haberse de atribuir el prodigio á las oraciones de los cristianos, á quienes los gentiles tiznaban con el apodo de hechiceros, [1] y á quienes acudiría el emperador encomendando á sus plegarias la gravedad del caso: por consiguiente, ó los escritores profanos hablaron á lo gentil, si ignoraron la verdadera causa; ó si la supieron, ocultaron la verdad con maliciosas apariencias, negando á Cristo la gloria del raro portento, y tributándosela, aunque tímidamente, á los dioses del imperio.

Dejen los críticos católicos de temblar, concedan de mil amores haber sido ésta grandísima maravilla, esplendorosa, pública, y no vacilen en asentar que fué hecha por la asistencia de Cristo nuestro Señor y no por la intervención de falsas deidades. Las consecuencias que tuvo este acontecimiento fueron, amainar la persecución, ser castigados los acusadores, perdonados los acusados, favorecidos los fieles, [2] alentados los cristianos por el mismo emperador mientras le duraron en las manos las riendas del sumo poder. [3]

Los faquires son unos pobres mendigos de la religión bramánica que andan por calles y plazas, y cruzan también los caminos y campos, ya juntos, ya separados, vestidos los unos, desnudos los otros, ejercitando por doquier prodigios de habilidad. Consumen el día apoyados en un pie como grullas sin bullirse, estánse en cuclillas agachados estribando en los talones y puestas las manos en la cabeza por espacio de días y meses enteros, gastan años á la sombra de un árbol en pie, no sentados ni acostados, teniendo por apoyo una cuerda suspendida en el árbol cuando el sueño los molesta, con otras demostraciones que serían increíbles si no las contasen sujetos graves que las han presenciado.

En ellas no se descubre fuerza sobrehumana ni concurso especial de la divinidad; suficiente es la monomanía, la exaltación de un fanatismo arrogante y estúpido, la codicia del interés, la disposición de un temperamento nervioso, para explicar los curiosos espectáculos, que ganosos ofrecen los faquires á los transeuntes, á trueque de despertar en ellos piedad y arrancarles una limosna. No hay casa de locos en Europa, donde no se presencien análogas rarezas.

Más famosas son las *resurrecciones* de estos discípulos de Brama. He aquí un caso particular, tal como le hallamos referido: «Después de ciertos preparativos que duraron algún tiempo y que sería molesto especificar, el faquir dijo que estaba dispuesto á la prueba. El Marahajá, jefe de los Sikes y el general Ventura se llegaron junto á la fosa, construída de intento para recibir su cuerpo. El faquir cerró con cera todos los puntos del cuerpo por donde pudiera penetrar el aire, dejando libre la boca; luego que se quitó los vestidos, envolviéronle en un saco de tela, y quiso que le revolviesen la lengua hacia atrás de suerte que le quedase cerrada la garganta. Hecha esta operación, cayó en una especie de letargo. Ataron bien el saco que le contenía, y el Marahajá le marcó con un sello. Colocado el saco en una caja de madera candada y sellada, fué metido en la sepultura; sobre ella echaron tierra en gran cantidad, apisonándola con los piés y sembrándola de cebada; en fin al rededor del paraje pusiéronse guardas encargados de hacer centinela día y noche. Sin embargo de tantos apercibimientos, el Marahajá estaba perplejo. En el espacio de diez meses, en que el faquir estuvo enterrado, fué dos veces, y mandando abrir la tumba le encontró en el saco, frío, exámine, tal en fin como le habían dejado.

«Pasado el término de los diez meses, hízose la exhumación definitiva del faquir. A entrambas operaciones nos hallamos presentes. Abrieron la cerradura, rompieron los sellos, y extraída la caja de la sepultura sacaron al enterrado. No se le notaban latidos del corazón, no respiraba, sólo en la coronilla de la cabeza le había quedado calor sensible, que diera indicios de estar vivo. Entonces uno de los presentes le introdujo muy despacio el dedo en la boca, y destrabando la lengua púsola en su lu-

[1] *Acta S. Bonos. ap. Ruinart*, p. 665.
[2] Euseb., *Hist. ecclesiast.*, lib. IV, cap. XXVI.
[3] Tillemont, *Mem. pour servir à l'hist. des empereurs. Marc-Aurele.* — Natal Alejandro, *Hist. sæc. II*, cap. V. — Witz, *Diatr. de leg. fulmin.* — Mamachi, *Orig. e antiq. crist.*, t. I, l. II, c. VII.—Palma, *Præl. eccles. hist.*, t. I, p. I, cap. XIV.—Wouters, *Dissert.*, t. I, diss. XXXIII.

gar. Después le frotaron todo el cuerpo y le echaron agua caliente. Poco á poco volvió en sí, tornóle la respiración, restablecióse el pulso, y el antes medio muerto se levantó y echó á andar con la sonrisa en los labios. Díjonos que en los meses de enterramiento había pasado sueños deliciosos, pero que el despertar era muy penoso. Antes de recobrar el conocimiento había tenido vértigos, según decía.

«Este hombre tiene 30 años. Su aspecto es repugnante y da señales de astucia. Conversó largamente con nosotros, y dió palabra de volver á un segundo enterramiento en nuestra presencia. Aceptamos el ofrecimiento, y le dimos cita para Lahore. Después que tuvimos sitio á propósito, mandamos fabricar sepultura de cal y canto y caja muy sólida asegurada con sus cerraduras y llaves; dimos aviso al faquir, el cual no se hizo esperar declarándonos cuán vivamente deseaba demostrarnos que no era impostor ni trapacero, pero si queríamos ver la prueba convenía antes resolver qué paga se le había de dar. Prometímosle 1500 roupies (sobre 10 reales) y un sueldo de 2000 anuales, que procuraríamos alcanzar del rey. Aceptadas las condiciones preguntó qué precauciones habíamos de tomar, y le enseñamos las cerraduras y llaves, advirtiéndole que se nombrarían soldados ingleses que tuviesen á su cargo guardar por una semana entera la fosa. No quiso venir en ello, y pidió que se enviasen á sus correligionarios llaves dobles y que el cuidado de la sepultura quedase por cuenta de los suyos. Los oficiales no quisieron conformarse con esta condición, y se despidió diciendo que querían atentar contra su vida. Poco después mandó un jefe Sikes, para que nos notificase cómo el Marahajá le había amenazado con su enojo si no cumplía la palabra empeñada á los ingleses, y que consentía en ponerse á prueba, aunque estaba convencido que el intento de los oficiales era quitarle la vida, y que no saldría vivo de la tumba.

»Dímosle por respuesta que en eso postrero que decía éramos de su parecer, y que porque no nos imputase su muerte le dábamos por libre de su promesa.» [1]

A este tenor son otros hechos que los ingleses han descrito. No queremos despertar dudas sobre su verdad histórica. La relación es incompleta; no describe la hechura del saco, ni la disposición de la caja, ni con qué artificio estaba construida la sepultura, ni qué precauciones tomó el faquir antes de encerrarse, ni qué tratos hizo con los suyos; lo positivo es que no quiso avenirse á las condiciones propuestas por los ingleses. Siendo incompleta y dejando mucho que desear la narración del suceso, es imposible determinar la naturaleza de esta maravilla; pero son de notar varias cosas que excluyen el milagro.

La primera es, que el faquir no murió, y así no resucitó: no murió antes del entierro, no salió muerto de la fosa, como lo indicaba el calor vital conservado en la cabeza, no murió en las entrañas de la tierra como él propio lo declaró cuando dijo haber estado soñando cosas de grandísimo deleite. El éxtasis natural y la concentración del pensamiento pudo ayudar al letargo. Braid y Carpenter, estudiado el suceso, son de parecer que la prolongada suspensión de la actividad vital en los faquires proviene del esfuerzo hecho para fijar la atención en un pensamiento, como hacía el Restituto de San Agustín, de que luego diremos, y como acontece á los hipnotizados y á los extáticos naturales. El faquir no muere en su tumba, porque se adelantan los amigos y acuden con oportunidad á sustentar su vida no consintiendo que se le acabe. Cómo dura tanto tiempo en ayunas, no lo sabemos, si ya no es debido á la condición especial del temperamento, pues notoria cosa es que algunos enfermos viven aletargados y profundamente dormidos por largos meses. Lo que consta es que tomó antes sus precauciones, hizo sus preparativos, y la experiencia repetida le enseñó hasta dónde puede llegar la letargia provocada. [1] Tampoco

---

[1] Dr. Mac Gregor, *Revue Britannique*, t. XXVII, p. 368.—*Dictionn. Larousse*, art. *Faquir*.

[1] Encerrados en celdas subterráneas de escasa luz y faltas de aire, sentados en extraña postura se esfuerzan en contener los movimientos respiratorios de la forma siguiente. Los del primer grado interponen 324 segundos entre la inspiración y la espiración; los del segundo grado 648, los del tercero 1296, los del cuarto 2592, los del quinto 5184 duplicando los segundos. Estos son los faquires ó yoguis perfectos. Por espacio de tres meses se dedican cuatro veces al día por 48 minutos á espirar por solo uno de los conductos nasales. Así van acostumbrándose á vivir con muy poco aire hasta que llegan á la abstinencia total. Con anticipación logran con incisiones en el frenillo de la lengua dar á este órgano la longitud y flexibilidad suficiente para replegarse hacia atrás y cerrar

se sujeta á cualesquiera condiciones. El entenderse entre sí aquellos infieles, y no fiarse de los europeos, muestra que el fenómeno tiene mucho de natural. «Los médicos del ejército inglés discutían unos el caso reconociendo en parte su ignorancia, mientras que otros, y eran los más, proponían que se ahorcase al faquir á ver si le llegaba la habilidad á escapar de la horca.» Esto refiere Osborn citado por Mirville. [1] Estas hazañas, es más claro que el sol, no exigen la asistencia de la divinidad. No así resucitan los muertos, no así mueren los resucitados. Si alguien prefiere, como Ribet, [2] que un sér extraño tome cartas en la demanda, no será cierto el ángel bueno. [3]

El Dr. Bataille habla del faquir en esta forma: «El faquir de la India es en verdad un personaje enigmático que viola al parecer todas las leyes de la naturaleza. Su condición es no hacer lo que hace el común de los mortales; ni come, ni bebe, ni duerme, su vida consiste en una perpetua contemplación, en una constante absorción: la medicina lo declara, pero no sabe explicarlo. Entre el bramán y el faquir hay esta diferencia capital, que el bramán es el sacerdote de la religión india, el faquir es de algún modo el monje de una religión secreta. Los autores que han explorado el Oriente apenas alcanzaron á saber qué casta de hombre es un faquir. Unos le estiman religioso mahometano que vive de limosna, porque en ciertos parajes donde el islamismo domina, los faquires parece por algunas prácticas pertenecen á la religión de Mahoma; otros creen que el faquirismo es una secta especial afiliada al bramanismo, porque en los paises indios gran cantidad de faquires hace demostración de venerar á Brama. Estos escritores se dejaron engañar por las apariencias. El faquirismo, lo repito convencido, constituye una sociedad secreta religiosa, es una variedad del satanismo, es el gnosticismo oriental.» [1]

En confirmación de que los faquires son verdaderos iniciados ocultistas, hablando el citado Doctor de los de Pondichery refiere los suplicios horribles á que en vida se condenan. Cuenta haber visto por sus propios ojos en un santuario luciferiano varios faquires tan extrañamente empotrados en la pared, que no se podían mover, ni encogerse, ni valerse de sus manos, pues la forma angosta é incómoda de los nichos no les consentía movimiento. «Lo más extraño es, añade, que el uno estaba así hacía diez años, el otro veinticinco años, y me dijeron que semejantes horrores son comunes en la India, y que las mujeres dedicadas al culto de Brama Lucif se quemaban á fuego lento miembro á miembro con varios meses de intervalo, y que los hombres igualmente se emparedaban, se mutilaban ó se dejaban pudrir. A estas gentes se les daba de comer y beber cada día por medio de palos largos, y la cantidad necesaria para que no pereciesen de hambre.» [2]

Además, cita Bataille [3] la publicación *Independent*, 1881, de Enrique Tessier, en conformidad con los fenómenos curiosos de insensibilidad y de abiosis, arriba narrados, en esta forma: «La santidad de estos faquires resultaba de su inhumación por espacio de treinta, cuarenta, setenta, ochenta días, en cuyo tiempo habían permanecido sin comer, en una sepultura cerrada.» Trae á mayor abundamiento el caso de un faquir que estuvo enterrado durante cien días, y al cabo abierta la sepultura con grandes precauciones, fué restituído á la vida, según consta en los anales de la *India Company*. Ni el hipnotismo, ni la catalepsis basta á dar salida á la rareza de tales fenómenos. No hay sino el satanismo que facilite, dice Bataille, la aspereza de tantas dificultades. Quede al arbitrio del lector sentenciar esta resolución extrema; en semejantes materias podrá parecer insuficiente el consejo medio. Como quiera, si en camino lúbrico y resbaladizo como éste no osamos venir á uno de los extremos, cierto está que la operación de la divinidad no tiene parte alguna en la historia de los faquires.

---

la glotis. Así perdida poco á poco la sensibilidad y la conciencia de sí, caen en profundo letargo, parecido al de los animales invernantes, y pueden bajar á la fosa y vivir allí semanas con apariencia de muertos.—*La Independencia Médica*, de Méjico, 1881, y *El Siglo Médico*, 1881, p. 30, ofrecen estas noticias.

[1] *Des Esprits*, I vol. append. p. 66.

[2] *La Mystique*, t. III, p. 112.

[3] P. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 172.—*Dictionn. apolog.*, art. *Miracle*, p. 2093.—*Dictionnaire des sciences occultes*, art. *Faquir*.—Mirville, *Des Esprits*., vol. I.—Hack Tuke, *Le corps et l'esprit*, p. 300.

---

[1] *Le Diable au XIX siècle*, chap. V, p. 102.

[2] *Le Diable au XIX siècle*, chap. IV, p. 80.

[3] Ibid., p. 140.

Los Lamas son sectarios del budismo, moradores del Tibet, pueblo esencialmente budista. Forman comunidades ó ranchos esparramados por las poblaciones. La corrupción en que viven, la insaciable codicia y la rematada inmoralidad los hacen aborrecibles y temidos. De esta gente perversa cuéntanse las cosas siguientes: al tiempo que rezan ciertas plegarias encienden pedazos de hierro y los lamen con la lengua sin recibir daño, hácense heridas en el cuerpo sin que les quede rastro de cisura, llenan vasos de agua según su voluntad con sólo decir una oración, ábrense el vientre con un cuchillo y sacadas las entrañas y vueltas á su lugar, con sólo pasar la mano por la herida se cura todo de contado, ni les queda más rastro que cansancio de algunos días. Esto han testificado los lazaristas franceses M. Huc y M. Gabet. [1]

Algunos autores que estas hazañas ponderan, las tienen por cosas de magia y de pacto con el demonio. Así opina el Dr. Bataille [2] reduciendo al culto infernal las evocaciones y sortilegios de estos fanáticos. No sería de maravillar que sectarios como los Lamas que usan amuletos, talismanes, fórmulas mágicas, y supersticiones indignas, argumentos de sus infames costumbres, hubiesen llegado á tal exceso de maldad. [3] Miradas las cosas con más atenta consideración y visto el dictamen de personas acostumbradas al trato de aquellas gentes, es más seguro negar la verdad de las referidas historias. Oigamos el juicio del abate Desgodins. «Añado que me han hablado muchas veces de Lamas que se abren el vientre, sácanse las entrañas y se curan en un instante. Por más que he preguntado, nunca hallé quien hubiese sido testigo ocular. A la manera de muchas consejas, los hechos que me contaban habían pasado lejos, en otro tiempo, pero las gentes son contestes en afirmar que solamente los Lamas malos pueden hacer semejantes prodigios. La creencia en aparecidos y fantasmas, el oir ruidos y gritos lúgubres es frecuente, pero tampoco he visto á ningún testigo ocular, y cuanto á los gritos lúgubres hemos notado á veces que eran preludio de alguna fechoría preparada en el villorrio de los Lamas.» [1] Tal vez haya dado ocasión á esparcir por el mundo estos rumores la costumbre que tienen de representar comedias de ángeles buenos y ángeles malos con peleas entre sí, los unos por defender, los otros por dañar á los hombres deputados á su vigilancia, y entre los juegos de farsa que se presentan harán fingidamente las cosas que los europeos creen verdaderas y usuales. [2]

De igual manera se ha de discurrir acerca de los renacimientos puestos de moda entre los Lamas budistas. Hay en el Tibet tanta multitud de Budas vivientes, que apenas se hallará monasterio ó rancho budista que no tenga el suyo ó varios. El modo de conocer si un niño que entró en el mundo es Buda encarnado, consiste en ciertos milagros que se le ven hacer en su temprana edad, y los especifica M. Huc, arriba citado, pero este religioso deja en silencio lo más principal, y es que la ambición, la política, la codicia de los Lamas se vale de mil ardides para encarecer señales milagrosas en la elección del nuevo Budita, por la ganancia y lustre que les ha de acarrear. Los niños Budas, que llaman *Tchrelku*, son tan flacos, rudos, imbéciles y miserables como el resto de los mortales. «Nunca oí decir que hiciesen milagros. Los que traté me parecieron seres muy vulgares; uno de ellos de alguna edad era un canalla, truhán y borracho de cuenta.» Así se expresa Desgodins, persona de gran competencia [3] en esta parte.

Tales son las más famosas maravillas, antiguas y modernas, que ha producido la gentilidad en el trascurso de los tiempos. Sus autores han sido el demonio, la naturaleza, la impostura, la imaginación: ninguno de ellos merece el glorioso timbre de taumaturgo.

A vista de las cosas en el presente capítulo declaradas, se cae de su peso una importantísima consecuencia contra el racionalismo actual, y es, que mientras los gentiles pusieron todo el esfuerzo en conservar los restos de su religión y culto patrio, los racionalistas consumen al revés las potencias en desterrar del mundo todo rastro de culto positivo. Los paganos,

---

[1] *Souvenirs*, t. I, p. 324.— *Missions catholiques*, juillet 1881.
[2] *Le Diable au XIX siècle*, chap. XI, p. 240.
[3] *Dictionnaire apolog.* Art. *Miracle.* p. 2095.

[1] *Le Bouddhisme Thibétain*, *Revue des religions*, Novembre-Décembre, 1890, p. 499.
[2] Monier Williams, *Modern India*, 1879.
[3] *Revue des réligions*, *Mai-Juin* 1890, p. 213.

privados de las comunicaciones hechas por Dios á los patriarcas y profetas, de solo contemplar las cosas criadas y acatar las tradiciones de los mayores, que eran reliquias degeneradas de la primitiva revelación, columbraron con el discurso natural y abrazaron tenazmente con el afecto de la voluntad las misteriosas relaciones entre Dios y los hombres, teniendo por averiguado que el cielo comunicaba con la tierra por medios extraordinarios y asombrosos. No fué el padre de la mentira quien les persuadió la creencia de los milagros, de más alto manantial les vino tan noble persuasión. La razón, aparte y por sí sola, era muy flaca para acertar con la realidad de las divinas comunicaciones; pero presupuesto el hecho de una enseñanza primitiva, y establecida la traza de un plan religioso y sobrenatural, era suficiente el discurso de los gentiles para admitir como divinos los efectos maravillosos que de cuando en cuando se les ponían delante. Errar pudieron, y erraron, en la calificación de los hechos y de sus causas; atinaron, y no erraron, en abrazar la posibilidad y también la realidad de los milagros. Porque al considerar y sentir en sí la necesidad del divino favor, forzados á implorarle con plegarias y sacrificios, ¿qué mucho que la creencia religiosa los inclinase á ver rayos de divinas comunicaciones allí donde se les ofrecían cosas admirables cuyas raíces no les era dado rastrear? Por esto la razón de los gentiles estribando no en sí propia, sino en los restos de una revelación mutilada, dió crédito á los milagros y creyó verlos donde quiera; y los que desvariaron en el camino, no en el instinto que los movía, llegaron á cegarse torpemente tomando por verdadero lo falso, y teniendo por título honroso contar obras que reputaban divinas y eran embustes del enemigo de Dios y del hombre.

Los racionalistas andan hoy más fuera de juicio que los gentiles. Su malhadada crítica les es la única fuente de verdades religiosas, y pues la crítica les dicta la imposibilidad de los milagros, no los sufren con paciencia y los desechan con ciega obstinación. Conceder á la razón humana tanta autoridad, que por sí sola baste á fabricar un sistema de verdades religiosas sin resbalar un solo paso, es divinizarla y sublimarla al par de Dios, es sembrar por el mundo un desalmado panteismo. Y tan errados andan como ellos, y tan panteistas son, los que toman la fe por único principio de todo conocimiento teológico, porque cayendo en un racionalismo negativo deplorable, quitan al hombre el medio de poseer seguramente la verdadera religión. [1] «Entrambos géneros de hombres yerran, tanto los que todo se lo dan á la fe, no dejando lugar á la razón, como los que se lo dan todo á la razón, no dejando lugar á la fe.» Porque el racionalismo, oriundo de Kant, es el sistema de la sinrazón, tanto como puede serlo el tradicionalismo propugnado por Lamennais. La filosofía racionalista, el día que rompió con la teología y salióse afuera de los dogmas revelados, levantó alboroto en su propia casa y en sí misma puso las manos, porque quedándole incapacidad natural de fraguar por sí sola un sistema religioso que ofreciera seguridad, condenóse á ensayar sistemas vacíos de realidad objetiva, caos de confusiones, incomparables quimeras, la negación absoluta.

Cuánto más sesudos se mostraron los paganos. Ellos sin profesar el dogma de la creación, contentos con la existencia de un sér absoluto, admitían que la divinidad conservaba algún trato y comercio con los hombres y les había enseñado la manera de darle culto; los racionalistas, admitida la creación y la existencia de Dios, repugnan conceder que enseñe Dios á los hombres y haga alianzas con ellos. Más razonables fueron los paganos, cercados de tantas tinieblas, que los racionalistas iluminados por tan fantásticas luces. Aquéllos recibían con aplauso el concurso de los dioses en las cosas humanas, éstos le estiman inútil, improbable, imposible; aquéllos confiaban que los dioses atendían á sus oraciones y aceptaban sus sacrificios, éstos celebran un Dios impersonal, ciego, sordo, mudo, muerto del todo; aquéllos discurrían como buenos lógicos en solemnizar los milagros por prendas de honrosa distinción, la lógica de éstos consiste en rifar con los milagros como con absurdos y necedades; aquéllos, en fin, fueron siquiera teistas; éstos son ateos, panteistas y politeistas en realidad de verdad.

---

[1] Utrique errant, decía Gregorio XVI, et ii qui omnia tribaunt fidei, rationi nihil relinquentes, et ii qui omnia vindicant rationi, fidei nihil reliquum facientes.

CAPÍTULO VI.

MILAGROS DE LOS HEREJES.

ARTICULO I.

El demonio, padre de las herejías.—Mahoma, su enseñanza.—No la confirmó con milagros.—La propagación del islamismo en qué sentido puede llamarse milagro.—Extendióse al revés del cristianismo.—Extravagancias de los dervises.—Simón mago.—Si voló por los aires.—Otros herejes de los primeros siglos.—Los gnósticos y maniqueos qué milagros hicieron.

La historia de los herejes es la historia del error voluntario, formal y porfiado. El error cuando se obstina en prevalecer contra la verdad, como no busca su propia ignominia ha de hacer extremos por justificarse á los ojos del vulgo; la justificación consiste en forjar timbres colorados que deslumbren á los ignorantes. Los timbres del error son señales maravillosas que simulen acreditar la asistencia sobrenatural que el cielo le negó; mas no pudiendo éstas ser verdaderas búscalas aparentes y llenas de hipocresía, y en la substancia mentirosas y falsas. El padre de la mentira, Lucifer, será el amparador de todos los herejes como fué su inspirador. Dotado de caudal ejecutivo en el mundo sensible, y de capacidad para hacer por movimiento local cosas muy raras, en el campo de las herejías acrecentará diligencias, y entre las ficciones é imposturas humanas intercalará las novedades que estén en su mano para ver de sofocar la verdad y procurar el triunfo de la mentira. Este campo vamos á explorar; entremos sin miedo, porque ningun milagro nos saldrá al encuentro que deba turbar nuestro reposo. A milagros de apariencia se reducirán todas las tentativas de los herejes. Antes de exponerlas paremos la atención en la secta mahometana, y veamos qué resguardos nos da de sus leyes y doctrinas.

Fruto natural del arrianismo fué la religión de Mahoma, ó mejor, resumen de todas las herejías precedentes. El islamismo se fundó sin el resplandor de los milagros, su fundador declara en el Alcorán haberle Dios negado el precioso dón; por esta causa el mahometismo es religión cimentada en la arena. Presumió Mahoma darle un sello superior y sobrenatural, pero ni podía mostrar que de Dios había recibido la aprobación de sus leyes, ni que le asistiesen argumentos y motivos en cuya solidez se quebrasen las olas de la turbulenta razón. Vilísima y ultrajante fué la conducta de Mahoma.

No se contentó con establecer la adoración de un solo Dios, Criador y Conservador del universo. Si hubiera venido al mundo para predicar el culto de un solo Dios, y con razones naturales hubiera llamado tras sí los idólatras de la Arabia, no eran menester milagros que sancionasen la pretensión de su embajada, por cuanto la unidad de Dios no traspasa los términos de la lumbre natural, y es suficiente por sí propia para fundar los deberes morales y religiosos que estrechan á todos los hombres en común. No fué esa la pretensión de Mahoma. Al presentarse á los árabes con el Corán en la mano, quiso darles á entender que aquel libro era bajado del cielo, emanación de la divinidad, traslado hecho por San Gabriel, tesoro de revelación sobrenatural, compendio en fin de verdades altísimamente encumbradas, dictado por el arcángel en el curso de treinta y tres años.

Estas verdades, según traza de Mahoma, venían á completar la ley mosaica y la ley evangélica, con acrecentamiento de

nuevas revelaciones, de nuevas Escrituras, componiendo un todo con ellas acabado y perfectísimo. [1] Por manera que aquellos artículos que salen de los límites de la humana razón, la resurrección de la carne, el juicio final, el purgatorio, el cielo, el infierno, para darles cabal complemento, los emparamenta Mahoma y los engalana con tantas lindezas y circunstancias de lugar, tiempo, personas, y los ennoblece con tan ricas comunicaciones, que el entendimiento humano queda fuera de sí, no atinando cómo un hombre mortal pudo arrojarse á tan grave empresa sin proporcionar argumentos de la verdad que predicaba. Ni sólo predicaba revelaciones, mas también imponía preceptos, daba consejos, intimaba cargas, prescribía reglas sobre la oración, limosna, peregrinaciones, deberes particulares, descendiendo á determinar cosas que la ley natural dejó reservadas al arbitrio de cada cual: prescripciones, que requieren autoridad legítima, credenciales auténticas, sello indubitable y seguro. [2]

¿Cómo hace Mahoma creíbles cosas colocadas tan sobre el humano discurso? ¿con qué razones persuade las obligaciones que impone? ¿con qué argumentos acredita su misión divina y sobrenatural? Siquiera hiciese demostración de poder extraordinario con milagros ruidosos. Pero Mahoma con ningún testimonio, dice San Juan Damasceno, acertó á probar su ley. [3] Nunca acreditó con milagros su ministerio de fundador. Confesábalo lisamente, declarando que á Cristo había sido conferido el dón de milagros para propagar la verdad, á él la espada para defenderla. Entre los milagros que reconocía haber hecho nuestro divino Jesús contaba la subida á los cielos, [4] pero él se gloriaba de carecer de tal privilegio. Con todo, se atreve á narrar que en cierta ocasión hizo en la luna un milagro, y fué, según sus expositores, partir la luna en dos pedazos, y cogiéndola en las manos y juntando las dos porciones remitirla al cielo otra vez. Esta proeza careció de testigo ocular. Fatigábase M. de Prades por defender que «las religiones de los gentiles, de Mahoma, de los judíos y cristianos hacen ostentación de sus milagros, oráculos y mártires,» y se ratificaba en ello cuando volvió por sus condenados errores. [1] El Arzobispo de París, Monseñor D'Auxerre, [2] le dejó sin palabra con solo preguntarle: ¿Dónde están los milagros de Mahoma, dónde sus mártires, dónde sus profecias, con qué argumentos se demuestran esos testimonios de la verdad que el mahometismo se arroga?— Con razón censuró la Sorbona la cuarta proposición de Prades, y el arzobispo de París la refutó y deshizo, como lo prueba Duhamel docta y eruditamente. [3]

Mahoma era visionario. En sus sueños pensó haber tenido revelación de su altísimo cargo. El ángel Gabriel se le puso delante en sueños con un libro, mandándole que leyese en él. Resistió el durmiente por tres veces hasta que al fin leyó, y al despertar notó que tenía estampado en su corazón un libro, el Alcorán. Turbóse, entregóse al despecho, bascas de muerte no le dejaban sosegar, se le trastornó el juicio, en fin, creyóse poseído del demonio, y cuando iba desde un peñasco á dar con el infierno de sus pesadumbres abajo para acabar de una vez, oyó un ángel del cielo que le dijo: Mahoma, tú eres el enviado por Dios; yo soy el ángel Gabriel. En esta febril agitación se puso á escribir el Corán, que demuestra el estado nervioso y turbulento del autor. El Corán es un caos de espiritismo, un fárrago de imágenes orientales, un horno de pasiones vivísimas y desenfrenadas.

Dicen los hijos de Islam que el éxito es prueba bastante de la verdad musulmana. ¿La propagación de esta secta es un prodigio? Sí, un insigne prodigio; que una religión, inventada para cuerpos, ó puercos, haya vagueado por tantas regiones, siendo tan contraria á los dictámenes de la recta razón, puesto que sea muy conforme á la corrupción de la naturaleza estragada, es un insigne prodigio. El prodigio de prodigios en la religión cristiana está en haber echado raíces en el mundo por medios totalmente contrarios á su propagación, sin fuerza de armas, sin apoyo de autoridad humana, sin el favor de la elocuencia, con la locura de la cruz, con el sambenito de la ignominia, con el estigma de la universal reprobación. El

1 Forster, *Mahometanism Unveiled.*, vol. II, p. 14.
2 Carlos de Rotteck, *Hist. gener.*, t. II. — M. de Broglie, *Les origines de l'Islamisme. Revue des Religions*, 1889.
3 Lib. *de centum hæres.*
4 P. Diessbach, *Le chrétien catholique*, 1797, chap. V.

1 *Apologie*, III partie., p. 99.
2 *Instr. past.*, p. 236.
3 Lettre XXVIII.

milagro todo lo suplió. Parándonos á contemplar los bienes por el islamismo acarreados, podemos, con Hergenröether, reducirlos á los siguientes: fué un castigo para los cristianos degenerados, abrió camino á la cultura de los pueblos salvajes, sirvió de vallado espiritual al despotismo de los imperios orientales, sacó á los occidentales de su postración y tibieza, proporcionó á la Iglesia un nuevo triunfo, haciendo que ésta, con cetro invencible, derrocase por el suelo el monstruo de su abominable institución. [1]

¿Cómo podía propagarse el islamismo sin milagros? Ensanchando derechos y circunscribiendo deberes; al revés del cristianismo. Con sólo cercenar un mandamiento del Decálogo, sólo abriendo la puerta á los deseos de la carne, contó Mahoma á millaradas sus secuaces, sin reparar mucho en abatir y humillar la condición de la mujer. Este era el alfange conquistador, éste el poderío de su malhadada elocuencia. Tal siempre fué y siempre será la causa de brotar y crecer las sectas enemigas de la religión católica. ¿Qué milagros, qué poderes, qué divinidades eran aquí menester? Bastó soltar la rienda á los derechos, y echar prisiones á los deberes; extender aquéllos, amenguar éstos, sin exigir heroicidad de fe en las verdades, y el mundo se transforma naturalmente en brevísimo tiempo.

«Todo hombre puede lograr lo que Mahoma logró, pues ni hizo milagros ni profecías... Mahoma fundó matando, Jesucristo muriendo él y los suyos. En fin, son los dos tan opuestos, que si Mahoma tomó la traza de vencer humanamente, Cristo tomó la de ser humanamente vencido... Fuerza es, pues, decir, que si Mahoma triunfó, el cristianismo hubo de perecer, á no haber sido sustentado por una fuerza del todo divina.» [2] La diferencia entre el cristianismo y el mahometismo no puede ser más patente. El cristianismo apoya su fe en la evidencia de los milagros, el mahometismo en su credulidad estúpida sin fundamento; el cristianismo prueba tener, de parte de Dios, testimonios fehacientes, el mahometismo confiesa que carece de ellos; aquél camina con los ojos abiertos, y cree con su cuenta y razón, éste anda á ciegas, y torpemente se adhiere á dogmas no acreditados; aquélla es religión de veras, ésta religión de burlas; aquélla divina, ésta humana. El solo despropósito de considerar los milagros como innecesarios para establecer una religión que se precia de sobrenatural, muestra cuán bajo intento tenía Mahoma y con cuánta avilantez se reía de la credulidad de los pueblos; neciamente han discurrido los que quisieron carear la religión de Mahoma con la cristiana, con quien no tiene punto de comparación. Rousseau no titubeó en cotejar á Mahoma con Cristo, nuestro Redentor, cuanto á la doctrina y revelación. Statler respondió al imprudente como su imprudencia merecía. [1]

Las extravagancias de la secta muslímica pasan la raya de lo ridículo. Lo más asombroso es cómo un hombre que en su Alcorán [2] confiesa no haber sido honrado por Dios con la gracia de los milagros, sea tenido en opinión de los suyos por tan insigne taumaturgo, que se los prohijen á miles y tan desaforados como éstos, á saber, que los camellos iban delante de él á querellarse de los malos tratamientos de sus amos, que los troncos y peñascos se conmovían cuando él pasaba haciéndole salvas y dándole vítores, que en un viaje á la Meca salían las piedras y montes á saludarle diciendo: salve, profeta de Dios. De este jaéz, fabulosos cuanto extravagantes, son los tres mil milagros que los moslemos, ó doctores islamitas, cuentan de su gran profeta.

El historiador Andrade dice que estando enfermo un rey moro de Mindanao, el famoso Corralat, hizo voto á Mahoma de, si le daba salud, procurar extinguir la fe cristiana, y sacrificarle los predicadores de la isla. «Aunque el voto fué tan execrable, añade el historiador, Dios por sus ocultos juicios le dió salud.» [3] Cumplió el mahometano su voto dando orden que á todos los sacerdotes de Cristo los hiciesen mil pedazos. El Padre Juan del Carpio S. J. fué la primera víctima de su desapoderada furia (13 diciembre de 1634). Este suceso, que no es milagroso ni prodigioso, entra, como muchos otros, en los secretos de la divina providencia, pero

---

1 *Hist. de la Iglesia*, t. III, tercer período, n. 109.
2 PASCAL, *Pensées*, p. II, art. XIII.

1 *Certitudo religionis revelatæ*, cap. VI, art. II.
2 Sura VI, XIII.
3 *Varones ilustres de la Compañía de Jesús*. 2.ª edición, 1889, t. III, p. 163.

no puede admitirse en confirmación del poder musulmán.

Cosas refieren de sus dervises ó santones los mahometanos parecidas á las dichas de los faquires y lamas. Rotaciones violentas del cuerpo, hechas á compás rápidamente por mucho tiempo; ayunos prolongados y austerísimos sin probar alimento; insensibilidad é invulnerabilidad á la acción del hierro y del fuego en sus lenguas, gargantas, cabezas y otros miembros cual si dieran en un peñasco ó tuvieran el alma de piedra; fecundidad de las mujeres devotas sin obra de varón por influjo sobrenatural. Estas hazañas ejecutan los dervises estando arrebatados en sus danzas extáticas y convulsivas.

Cuanto á la verdad de estas valentías, el Padre dominico Ricardo Septemcastrense, [1] que vivió años entre turcos, apunta estos y semejantes prodigios, como cosas usadas en su tiempo entre los moros. En nuestro siglo no faltan testigos que dicen haberlas presenciado. Görres cita dos documentos publicados en 1828 [2] y 1838 [3] escritos por dos ingleses. [4] El Padre Feijóo, [5] conocido el demasiado candor del Padre Ricardo, no llegaba á concebir al demonio autor de tales proezas. Distingamos en ellas la insensibilidad y la impasibilidad ó invulnerabilidad. No hay motivo para poner duda en la verdad de cosas relatadas por tantos testigos, cuando se reducen á embotamiento ó á excitación de la sensibilidad. Los venenos, arsénicos, zumo del cactus, haschich, y otras bebidas irritantes, que toman los dervises para caer en éxtasis y ejecutar sus danzas y convulsiones, dan cabal razón de la insensibilidad que experimentan. Cuanto á ser impasibles é invulnerables sus carnes, no puede acaecer sin intervención diabólica; pero como carecemos de testigos abonados que hayan examinado con detención los cortes y sangrientas heridas, preferible cosa es darlas á superchería y á travesura de los musulmanes, con que tratan de enaltecer á los ojos de los europeos su brutal religión. M. Guérin en su *Diccionario de los Diccionarios* [6] sólo menciona los monjes *volteadores* y *aulladores*, cuyas habilidades reduce á convulsiones y volteretas durante el éxtasis provocado. [1]

---

1 *Turciæ spurcitiæ*. cap. XIV.
2 *Le Globe*, n. 134-137: n. 206—207.
3 *The united service*, n. 116.
4 *La Mystique*, t. IV. chap. IV.
5 *Teatro crítico*, t. III. disc. VI.
6 Art. *Derviches* por G. D.

Vengamos á las herejías. Ninguna hubo en la Iglesia de Dios, que no abriese la puerta y diese licencia para algún vicio y áun para muchos con agravio de la santidad infinita de Nuestro Señor. No había la divina Majestad de autorizar con el sello de los milagros la torpeza de hombres indisciplinados, que llevaban el mundo á perdición, y contrariaban los designios de la soberana voluntad. Sin embargo, casi todos los heresiarcas se picaron de milagreros gloriándose vanamente de tener á Dios en su favor. Aquí los aloja el Padre Fray Juan Fernández, y abate y postra su enorme presunción con este invictísimo argumento. «Por más que los desatinados enemigos de la religión cristiana nieguen con sus sucias y descomedidas lenguas que los milagros son claro

---

1 El Padre Francisco Combés en su *Historia de las islas de Mindanao* (1667, lib. I, cap XII) refiere los milagros de los moros filipinos por estas palabras: «Lo general de estas islas es el gentilismo. Desde Sangil á Samboangan los playeros siguen la secta de Mahoma: en las islas de Basilan y Joló, que es la metrópoli de la falsa religión y la Meca deste archipiélago, porque allí tienen el entierro de su primer maestro, del cual los caciques para crédito de sus engaños han ido entablando mil fábulas, que se han hecho tradición mentirosa en este siglo, como que vino del paraiso con otros tres, de los cuales el uno fué al Aljava, el otro á Burney, y los dos dieron en Joló, y de allí el uno pasó á Mindanao. El de Mindanao fué mal recibido, y él, así de eso, como por haber naufragado en la mar, dando en una peña, enfadadose fué á ser ermitaño de una isla, paso á paso sobre el agua; pero el que en navío se perdió, mal se tendría en el agua. Esta es la condición de las mentiras, que unas saltan á la cara á las otras. El matalotaje que llevó, fué una red, y con ella dicen que cogía en el monte pescado, arrojándola en el suelo; pero si en el monte hallaba pescado, de sobra llevaba la red, pues no se le podía escapar, sino es que todo fuese peje volador. Cuando sus secuaces lo fueron á buscar, ya se lo había llevado Satanás y solamente hallaron la red, y esa tendida, que la habría puesto á enjugar; y de ahí tomaron ocasión para discurrir tan descuadernados dislates como hemos referido. Con esto el que quedaba en Joló, se alzó con la cátedra de la maldad, y acreditándolo con no menores embustes, pudo calificar con los bárbaros su persona y su doctrina; porque también daba á entender que sacaba agua dulce de la mar, y sabía navegar por tierra, y fundar como el otro pesquerías en los montes; y el valimiento de estos errores dió autoridad para que el vulgo inventara otros, creyendo que aún dura la embarcación encantada, que jamás vieron ni le conocieron surgidero. El respeto que le ganaron sus embustes en vida, se hizo ignorante é infame adoración en su muerte, erigiéndole un sepulcro; que fuese el mausoleo de la memoria y la meca de sus embustes» (Lib. I, cap. XII.) Otras cosas va contando el autor y deshaciendo con los alfilerazos de su fina burla, que es la mejor respuesta á tan increibles patrañas, aunque las hechicerías de Corralat y otros moros merecen más atenta consideración.

y evidente argumento é irrefragable testimonio de la verdad evangélica, lo testifican y confiesan, quieran ó nó, con sus obras, pues para acreditarse con los hombres, y hacer creibles sus errores y desatinos, se han favorecido de prodigios aparentes, fingidos y falsos, ayudándose de la industria del demonio, ó de la astucia humana para hacer algunas maravillas que ven en parecer de verdaderos milagros. Pregúntoles yo á los tales. O tenéis á los milagros por testimonio evidente de la doctrina, ó nó? Si pensáis que con ellos no se testifica la verdad de la doctrina, ¿para qué la quereís autorizar con ellos? para qué los fingís? Nadie por cierto se aprovecha para acreditar su verdad del testimonio que tiene por falso, ó que á lo menos no lo tiene por cierto. Si os parece que con milagros se gana reputación y autoridad en la persona y en la doctrina, ¿por qué no lo confesáis? ¿por qué no concedéis que son manifiestos testimonios de la verdadera fe y religión? Y pues procuráis con suma solicitud para autorizaros y hacer creibles vuestras mentiras, engañar á los hombres con falsos milagros, luego ya tenéis por averiguado que son infalible testimonio de la verdad. Porque no parezca que hablamos de gracia, mostremos la manera cómo los enemigos de nuestra fe, herejes é infieles, confiesan el milagro verdadero ser manifiesto argumento de la verdadera é inefable doctrina.» Con esta vigorosa introducción abría disputa el Padre franciscano con herejes y gentiles hace ya trescientos años en sus *Demostraciones católicas*. [1]

Simón mago, patriarca de todos los herejes, en concepto de San Ireneo; [2] maestro y fuente de todas las herejías, según San Epifanio; [3] caudillo de los gnósticos, saturnilianos, menandrianos, como demuestran San Justino [4] y Clemente Alejandrino, [5] ocupábase en maravillas llenas de grandes astucias y de mágicas operaciones, sin poder dar vista á un solo ciego; [6] de que hicimos arriba mención. [7] Allí dimos cuenta del vuelo por los aires de Simón en brazos de demonios. Este famoso hecho y la estatua erigida en memoria de sus hechicerías se han puesto en tela de juicio por los modernos críticos. Del vuelo habló primero Arnobio, [1] cuya relación aceptaron otros [2] y la defienden Baronio, Natal Alejandro, Berti, Tillemont, Calmet [3] y otros modernos. De los Padres apostólicos y escritores del segundo siglo ninguno hay que mencione estos sucesos tan ruidosos, fuera de San Justino, que sólo refiere la dedicación de la estatua á Simon mago, y calla el vuelo y la caida.

Por esta causa Enrique Valles, [4] Lecanu [5] y otros autores dudan si voló en efecto por los aires, y piensan que la tradición recogida por Arnobio significaba alegóricamente el triunfo de Simón Pedro sobre Simón mago, pero no contenía la verdad real é histórica del vuelo. Y las Clementinas que le narran, adornaron considerablemente con figuras simbólicas la historia tradicional. [6] Sin embargo decía Tillemont con gran énfasis: «Sin razón ni fundamento algunos dudan acerca de esto...; pero yo prefiero engañarme juntamente con Arnobio, Cirilo Jerosolimitano, los legados de Liberio, Ambrosio, Agustín, Isidoro Pelusiota, Teodoreto y otros Padres, que echarles nota de crédulos.» [7] Cuanto á la estatua, de que hablan San Justino [8] y Tertuliano, [9] erigida *á Simón Dios Santo*, [10] piensan algunos que fué equivocada con la puesta á *Semón Sanco* [11] dios de los Sabinos. [12] No falta quien defienda á San Justino y á Tertuliano en esta parte, [13] siguiendo á Baronio, Foggini, Thirbly, Tillemont, Brann, Stenglein. No nos toca decidir esta contienda, ni abogar por los vuelos de Simón. Mago fué, contaba con el favor del demonio. Sus milagros fueron cuales de las fuerzas diabólicas se pueden esperar. Esta es la sola conclusión que aquí y más

---

1 Parte primera, 1593, lib. III, Discurso V, § 5.
2 *Advers hæres.* lib. III, Præf.
3 *Advers. hæres.* lib. I. *hæres.*, XXI.
4 *Apol.* II. 5 *Stromat.* II.
6 S. Ireneo, lib. II, cap. XXXI.
7 Lib. III, cap. II. a. I.

---

1 *Advers gentes.* lib. III.
2 S. Cirilo, *Catech.* VI.—Eusebio, *Hist. eccles.* lib. II, cap. XII.—S. Epifanio, *Hæres.* XXI.—S. Agustin, *lib. de hæres.*—Teodoreto, *Hæret. fabul.* lib. I, cap. I.—Sulpicio Severo, *Hist. sacr.* lib. II.—Anastasio Sinaita, *Quæst.* XX.
3 *Dissert. de Simone Mago.*
4 *Annot.* ad cap. XV lib. II *Hist. Eusebii cæsar.*
5 *Dictionnaire des Miracles.* art. *Simon le Magicien.*
6 Fouard, *S. Pierre.* app. V.
7 T. I. p. II.a *In Vita S. Petri.* art. XXXIV.
8 *Apol.* I. 10 *Simoni deo Sancto.*
9 *Apolog.* cap. XIII. 11 *Semoni sanco.*
12 Wouters, *Dissert.* t. I, *dissert.* XXVI. — Palma, *Prælect.* t. I, p. 49.
13 Lecanu, *Dictionn. des miracles*, art. *Simon.*—Hergenroether, *Hist. de la Iglesia*, t. I, Prim. época, n. 108.

arriba pretendemos establecer. Sea cual fuere la verdad de los vuelos y de la estatua, no hizo Simón una sola proeza que merezca el nombre de milagro. Por este rasero se han de nivelar las cosas de Marcos que van apuntadas en otra parte de este libro. [1]

También San Epifanio habla de Menandro, [2] de Saturnino, [3] de los Carpocracianos, [4] y va describiendo los artificios que usaban para pervertir la fe católica y hacer estragos en los fieles. Iguales hechicerías empleaban los Basilidianos, Nicolaitas, Valentinianos, Ebionitas, Ofitas, para conciliar autoridad á sus novedades, por medio de la magia, con que suspender la admiración de los pueblos. Entre tanta disidencia de cristianos que se ufanaban de tener en su favor los santos Evangelios y por cabeza á Cristo Señor nuestro, solamente los católicos fieles á la tradición poseían el dón de milagros, y los hacían con frecuencia confundiendo los errores de los libertinos con tan patentes demostraciones de virtud, que en cuanto un cristiano se apartaba del gremio de la Iglesia católica, quedábase despojado del preciado carisma, cual rama seca sin jugo ni lozanía. Pongamos algunos ejemplos de los prodigios que solían hacer los herejes.

De los gnósticos notoria cosa es que fueron los padres de la masonería, como le declaraba Weishaupt, en su *grado de Caballero escocés*, diciendo: «por el estudio de los gnósticos y maniqueos podrán hacerse notables descubrimientos sobre la índole de la francmasonería.» [5] Ragon, [6] Clavel, [7] Redarés [8] y otros masones no hacen escrúpulo de confesarlo: la obra de M. Matter [9] pone de manifiesto que la gnosis es la base de la institución masónica. Sabidos son sus milagros.

Andaba Manés bebiendo los vientos por dar fama á su perversa doctrina, cuando oyendo decir que el hijo del rey de Persia estaba gravemente enfermo, quiso ir allá fiado en los libros del mago Escitiano que consigo llevaba. Entra en palacio, y promete al rey la curación del hijo enfermo. Empieza á revolver sus formularios, y á recetar medicamentos; pero tuvo tan mala estrella, que el mancebo en vez de mejorar se le quedó en las manos, mostrando al mundo cuán facineroso impostor era Manés. Por mandado del Rey echáronle en el cepo, de donde escapó la vida entrando en los términos del imperio romano. [1]

Un milagro refiere Sócrates, [2] que lejos de confirmar la doctrina de los herejes, fué loa y exaltación de los santos sacramentos. Un judío acudió á Pablo obispo novaciano, pidiendo ser bautizado, con intento de hacer mofa en su interior del santo bautismo: en el acto el agua de la fuente bautismal se evaporó y desvaneció. No quiso Dios que á este mofador le saliese bien la burla que de los católicos hacía; y pues había sido ya bautizado por un obispo católico, como Sócrates dice haberse averiguado después, dispuso la divina providencia aquel milagro para que no se reiterase el sacramento con irrisión del rito católico. Nótese de camino que Sócrates y Sozomeno eran herejes novacianos, parte interesada en la ponderación de las hereticales maravillas.

ARTÍCULO II.

Los montanistas, su doctrina y sus operaciones místicas.—Los macedonianos.—Los monotelitas.—Los eunomianos.—Los arrianos.—Sus reyertas con los católicos á propósito de los milagros.—El hereje Cirolas.—Desafíos entre herejes y católicos sobre quién haría un milagro.—Los donatistas.—Los cismáticos.

El hereje Montano, creido por algunos sacerdote de la diosa Cibeles antes de hacerse cristiano, [3] era de temperamento muy nervioso y dispuesto á convulsiones extraordinarias. Imaginó que en sus arrebatos le cubría con sus alas la virtud del Espíritu Santo, y le inspiraba la empresa de perfeccionar la religión de Cristo. Siguiéronle Priscila y Maximila en los éxtasis y convulsiones. Dábanse renombre de profetisas, y creíanse llamadas por Dios á perpetuar en la Iglesia el espíritu de profecía, ciñéndose al efecto á rigorosa penitencia. El valeroso Tertuliano en varias obras [4] demostró estar apasionado por estas visionarias, como en otra parte diji-

---

1 Cap. II, art. I.
2 Lib. I, hæres. XXII.
3 Lib. I, hæres. XXIII.
4 Ib. hæres. XXVIII.
5 IV parte del *Código iluminado*.—Barruel, *Mem*.
6 *Cours. d'initiation*, p. 130.
7 *Histoire*, p. 342.
8 *Études historiques*, p. 72.
9 *Histoire du gnoticisme*.

1 San Epifanio, *Advers. hæres.*, lib. II, hær. LXVI.
2 *Hist.*, lib. VII, cap. XVIII.
3 Gieseler, *Hist. de la Iglesia*, I, 163.
4 Lib. *de Exhortatione castit.*—*De Monogamia.*—*De Pudicitia.*—*De Jejuniis.*—*De Anima.*

mos, [1] y se declaró por la nueva reforma: el espíritu de nimia severidad y el menosprecio del matrimonio hiciéronle montanista.

El principio de estos herejes provino de las visiones proféticas sobre el próximo fin del mundo. En extática visión pronunciaban sus dogmas, aceptándolos por voluntades divinas. Sus éxtasis eran de muy otra condición que los del Antiguo y Nuevo Testamento. Al caer Montano en éxtasis olvidábase de sí y dejábase llevar de un furor ciego é involuntario, [2] en que eclipsada la personalidad humana, Dios manifestaba por los labios del profeta enseñanzas opuestas á las tradiciones de la Iglesia. Este apasionamiento del éxtasis era, de opinión de Tertuliano, [3] cualidad necesaria y expresiva de muy alta contemplación. Engolfado en el inmenso mar del éxtasis blasonaba Montano de ser el Dios Padre, Maximila el Verbo, y todos los montanistas inspirados por el Paracleto, el cual no habiendo rebosado tan á llena mano los tesoros de sus gracias por boca de los apóstoles, los constituía á ellos en los puestos más eminentes de la Iglesia, con el título de espirituales, que ellos se tomaban, designando á los otros fieles con el denigrante apodo de *animales* ó *psíquicos*. [4]

En estas operaciones místicas había mucha mezcla de elementos extraños: deseo de ser algo, ambición de singularizarse, celo ponderativo, imaginación fogosa, accesos frecuentes de delirio, exageración fanática de ciertas tendencias, influencia del culto frigio y siriaco, orgullo espiritual que los llevaba á componer ellos por sí la aristocracia cristiana. De esto nacía que unos tuvieran á Montano por loco, otros por falso profeta, otros por varón extraordinario, otros por hechicero, otros por hombre de corrompidas costumbres: hasta ha llegado el doctor tubingiano Schwegler [5] á negar la existencia histórica de Montano y de sus dos profetisas; manera de juzgar á lo Strauss, que ha sido rebatida por escritores de nota.

No es de nuestro propósito definir el éxtasis de los montanistas. Tertuliano descubría en él los arrebatos de la demencia y los desvaríos de la razón, como claramente lo testifica en el libro *De Anima* [1] y *Contra Marcion*. [2] Varios obispos católicos del Asia Menor, observando en los montanistas un misticismo diabólico, trataron de exorcizarlos; Sotas obispo de Tracia quiso conjurar á Priscila, pero ella no lo consintió. [3] Maximila se alababa de cerrar el catálogo de los profetas y anunciaba para luego el último día del mundo: [4] en esto mostró la humareda de su altivez y carecer del divino carisma, porque ni con ella vino el mundo á su fin, ni el dón de profecía dejó de perpetuarse en el cuerpo de la Iglesia.

Mentirosos eran los deliquios de los montanistas. Si en los que atravesaban á cada palabra sus glorias y se prohijaban cosas increibles, había algo que no fuese natural, era sin género de duda ramo de soberbia diabólica. El demonio posee el arte de embarazar el sistema nervioso y de suspender los sentidos, como los médicos con sus drogas y anestésicos, y por esta vía causa desmayos, embebecimientos, desvanecimientos, que parecen raptos místicos por de fuera, y sólo son adormecimientos corporales con desvaríos y devaneos de la imaginación. La operación del demonio se limita al organismo, no penetra en el santuario del alma, con ella no puede comunicar, de donde resulta que después del éxtasis hállase la persona tan ignorante como primero. [5] Mas, ora pongamos los enajenamientos de los montanistas entre las operaciones diabólicas, como más arriba se dijo, [6] ora se computen por cosa natural, como algunos juzgan con menos probabilidad, lo cierto es que el misticismo heretical no tiene punto de contacto con el misticismo católico, pues tanto distan entre sí como la locura y la cordura, el desconcierto de la razón y el señorío apacible y ordenado. [7]

Pasando á los macedonianos, un milagro dejó escrito Anastasio Sinaita, de un obis-

[1] Lib. III, cap. III, art. 1.
[2] EUSEBIO, *Hist.*, lib. V, cap. XVII.
[3] *Advers. Marcion.* lib. IV, cap. XXII.
[4] EUSEBIO, *Hist.*, lib. V, cap. XVI, XIX.—S. EPIFANIO, *Hæres.*, XLVIII.—TEODORETO, *Hæres., fabul.* libro III, cap. II.—S. FILASTRIO, *De Hæres*, cap. XLIX.
[5] *El montanismo y la Iglesia cristiana del segundo siglo*, 1841.

[1] Cap. XLV.
[2] Lib. IV.
[3] EUSEBIO, *Hist. eccles.*, lib. V, cap. XVIII.
[4] S. EPIFANIO, *Hæres.*, XLVIII.
[5] P. BONNIOT. *Les miracles des hérétiques. La Controverse*, 1882, t. III, p. 74.—*Le Miracle et ses contrefaçons.* 8, II.e p. chap. IV.—HEFELÉ, *Dictionn. de théol.* art. *Montan.*
[6] Lib. III, cap. III, art. I
[7] S. JERÓNIMO, *In Habacuc.*—*In Nahum.*

po hereje de la secta, en esta forma. Un usurero molestaba á una mujer viuda, y la apremiaba para que le pagase una deuda de su difunto marido, que acababa de espirar. Su codicia le impulsaba á exigirla mucho más de lo justo. Súpolo el obispo macedoniano, y cuando llevaban el cadáver del marido á enterrar, mandó detener las andas, y al muerto que dijese, como dijo, cuánto debía á su acreedor. De este obispo hereje testifica San Anastasio, que le conoció, y que después de muerto viéronse en su sepultura espectros y maravillas (φαντασίαι καὶ σημεῖα). Claramente consta que éste no fué verdadero milagro, por cuanto el demonio, y es explicación dada por el mismo historiador, [1] entrando en un cadáver y moviéndole, procura persuadir que resucitó, por las preces de algún impostor, y dentro del muerto habla con el hombre á quien quiere engañar, de las cosas que le preguntan, y anuncia sucesos ocultos á la noticia del vulgo; pero él bien lo sabía por haberlos oído y halládose presente cuando se trataban. El relato del historiador no facilita indicios de resurrección verdadera, no significa ninguna suerte de actos vitales, ni expresa acciones que no puedan proceder por movimiento local.

De los milagros efectuados por los herejes monotelitas, tenemos un hermoso ejemplo en lo acaecido en el Concilio tercero de Constantinopla, como en su acción XV se cuenta, y es lo que sigue. Policronio, presbítero y monje, obstinado en defender una sola voluntad en Cristo, y firme en su porfía á causa de una aparición que decía haber tenido, en que un hombre terrible, vestido de blanco, le había persuadido no era cristiano quien no profesase una sola voluntad en el Verbo de Dios humanado, presentóse en el sagrado Concilio ofreciendo poner su profesión de fe sobre un cadáver, y confiando que Dios por ella le devolvería á la vida. Hízose así. Salen todos los Padres del lugar del Concilio á la plaza pública, y á vista de inmenso golpe de gente, mandan á Policronio que ponga la cédula de su creencia encima de un cadáver preparado al efecto. Allí se quedó el papel horas enteras; entre tanto el hereje soplaba y susurraba al difunto con gran fervor y devoción sin salir con la demanda, hasta que hubo de venir á confesar que carecía de poder para resucitar muertos. Entran los Padres otra vez en el lugar del Concilio, requieren á Policronio sobre su fe, ínstanle si admite en Cristo dos voluntades y dos operaciones; pero perseverando él en su terquedad, le condenaron por blasfemo, engañador, perturbador y hereje manifiesto, y como á tal le degradaron de su oficio y dignidad. [1]

Un caso semejante cuenta Casiano, acaecido con un hereje seguidor de las enseñanzas de Eunomio, que andaba pervirtiendo con artificios retóricos y falacias de lenguaje la sinceridad de los fieles, y traía perdidos á muchos que le oían embelesados. El gran Macario, sintiendo vivamente que los católicos de Egipto dieran al través con su fe, quiso hallarse presente á los discursos del hereje, el cual, en viendo al santo Abad, no reparó en acometerle con sofismas y agudezas, pretendiendo concluirle con falaces silogismos. «El reino de Dios, respondió San Macario, no consiste en palabras, sino en obras; vamos al cementerio, invoquemos sobre cualquier muerto el nombre de Dios, y el muerto dará razón al que de entrambos la tuviere.» Consternóse el eunomiano á la propuesta; no sabiendo qué responder al argumento, prometió que irían al día siguiente; mas mirándolo mejor, huyó y se desterró de aquel país. Aguardóle San Macario hasta las tres de la tarde, y como no pareciese, y la muchedumbre desease ver en qué paraba aquella contienda, delante de todos mandó á un cadáver que se levantase y respondiese la verdad del caso. El muerto dió señales de vivo, y testificó la falsa religión del hereje. [2] El mismo suceso traen Sozomeno, [3] Nicéforo, [4] Paladio, [5] Rufino, [6] aunque con circunstancias diferentes.

En las reyertas de los arrianos con los católicos desplegó la hermosura de sus rayos la religión verdadera con clarísimas y estupendas maravillas. Acontecían frecuentes milagros en favor de los católicos. Notoria fué la desastrada muerte de Arrio,

---

1 *Quæst.* XX.

---

1 Labbe, t. VI, p. 996.
2 *Collat.* XV, cap III.
3 Lib. III, cap. XIII.
4 Lib. IX, cap. XIV.
5 *Lausiac.* XIX.
6 *In Vitis Patrum*, lib. II, cap. XXVIII.

que echó los intestinos casi de improviso, como cuentan Rufino, [1] Gaudencio, [2] Epifanio, [3] Atanasio [4] y otros. Perseguía Lucio, obispo arriano, á los católicos, y los monjes hacían milagros «en nombre de Jesús á quien Lucio persigue,» escribía Rufino. [5] San Hilario desterrado por los arrianos libró la isla de serpientes dañinas y resucitó un muerto, como dice Fortunato en su vida. San Martín, escribe Sulpicio, azotado públicamente por los arrianos y echado de su patria, brillaba con grandes milagros. San Basilio desafió á los arrianos quién abriría una iglesia cuya posesión le disputaban, cada cual según su fe, y abrióla de par en par estando cerrada con fuertes cerrojos, cosa que no lograron los arrianos: escríbelo Anfiloquio en su vida. Azotados por los arrianos muchos católicos hasta vérseles los huesos, amanecían sin lesión, como refiere Víctor. [6]

La herejía arriana en razón de competir con la religión católica, hizo el postrer esfuerzo, pero mostró cuán ajeno era de sus secuaces el dón de hacer milagros. Encontróse el hereje Cirolas, que se intitulaba obispo, con un obispo católico, por nombre Eugenio. Cirolas, acérrimo propagador del arrianismo, quiso denunciar á Eugenio delante del rey Hunerico, que ocupaba el Africa. Acompañaban á Eugenio otros dos obispos católicos, Vindemial y Longino, aventajados en santidad y dones de Dios, y los tres obradores de grandes milagros. Metióse Cirolas en disputa con Eugenio sobre el misterio de la augusta Trinidad, y á las primeras levadas se le trocó la ufanía en quebranto. Llevó muy mal el arriano la derrota; ciego por la pasión, llama á un hombre secretamente, dale dinero, y concierta con él que se sentaría en la plaza, y en pasando él alzaría la voz pidiendo salud y restitución de la vista. Hízolo así el hombre. A la hora señalada el hereje Cirolas, que para ufanarse de su triunfo había tomado por compañeros á los tres obispos católicos, se deja caer en la plaza, y al verlos el fingido ciego comienza á vociferar, diciendo: óyeme, beatísimo Cirolas, óyeme, santísimo sacerdote de Dios; atiende á mi ceguera y dígnate comunicarme el bien que otros ciegos de ti recibieron, y que los leprosos y también los muertos experimentaron. Por la virtud que posees te suplico restituyas á mis ojos la vista que perdí.

El arriano, apartándose de los tres que iban con él, trasportado de vanidad y pisando con gallardía, va y pone la mano sobre los ojos del desdichado, diciendo: por la fe que profesamos séante abiertos los ojos. A estas palabras tornóse la burla en llanto y mostróse en público el embuste del impostor; sobrevínole al fingido ciego un tan acerbo dolor en los ojos, que no pudiendo resistir, se descompuso con el hereje, le arrojó allí el dinero, descubrió toda la trama, y rogó á los obispos católicos que tuviesen á bien compadecerse de su incomportable necesidad. Aquí la caridad despertó entre los tres una santa competencia sobre cuál de ellos le curaría. Los dos, Vindemial y Longino le pusieron las manos en la cabeza, Eugenio le hizo la señal de la cruz en los ojos en nombre de la Santísima Trinidad, y en aquel punto quedó el desgraciado libre del dolor y enteramente sano. Esto refiere San Gregorio Turonense. [1]

Altercaban entre sí un hereje y un católico sobre las divinas Escrituras. Cansado el católico de esforzar razones, vuélvese al arriano y le dice: si no te rindes á las palabras divinas, vengamos á las obras. Y diciendo y haciendo echa en un brasero una sortija de oro que llevaba en el dedo, y viéndola hecha ascua provocaba al hereje á que, si era verdadera su doctrina, sacase la sortija del fuego. No tuvo el hereje valor. El católico invocando la beatísima Trinidad sacó del fuego la sortija y túvola en la mano largo tiempo, sin padecer daño, con gran confusión de los herejes. [2]

A este propósito viene otra religiosa contienda. Un presbítero arriano argumentando con un diácono católico sobre las divinas personas, vino con él á la prueba. Encendióse un gran fuego, y dispuesta sobre él una caldera, arrojaron en el agua hirviendo un anillo pequeño, apostando á quién le arrebataría sin lesión. Rehusaba el hereje tocar el agua. El diácono, que por flaqueza en la fe había perdido el fervor y confianza de antes, previnose con unturas y aceites; notó luego el hereje cómo el ca-

1 *Hist.* lib. X, cap. XIII.
2 *Epist. ad Paul.*
3 *Hæres.*, LXIX.
4 *Orat. I contra Arian.*
5 *Hist.*, lib. XI, cap. IV.
6 Lib. I *de persecut. vandal.*

1 *Historia Francorum*, lib. II, cap. III.
2 S. Gregorio de Tours, *De gloria Confessorum*, cap. XIV.

tólico traía el brazo pertrechado de defensivos, y alzando la voz denunció en són de triunfo aquel aparato de cobardía. En esto acertó á pasar por allí otro diácono, llamado Jacinto, que venía de Ravena: informado del caso desnúdase al punto el brazo, éntrale en la caldera, la cual como era honda y capaz, y el anillo liviano, y con el revolver del agua corría de un cabo al otro, tardó una hora entera en dar con él, sin que dejasen de añadir más leña al fuego; no por eso el valeroso diácono sintió dolor ni lesión en su brazo. Intentó el hereje hacer la prueba, introdujo la mano en la caldera fiado en su fe; al momento toda la carne hasta los artejos de los dedos se le deshizo y derritió como cera. [1] Pierde aquí su fuerza la instancia de los modernos libres pensadores, que alegan casos de insensibilidad en los dementes cuando en el paroxismo del delirio son insensibles á las quemaduras y amputaciones. Una cosa es no sentir dolor, otra no recibir daño. Las carnes quemadas se descomponen por la acción del fuego, y pasado el delirio, el dolor despedaza con quebranto. De estos casos cuentan muchos Morel [2] y Esquirol, [3] pero nunca se ha visto que por su natural acción el fuego deje de maltratar y desflorar los tejidos.

Muchas de estas tragedias en España traían suspenso el ánimo del rey Leovigildo. «Preguntó á cierto obispo arriano, ¿por qué causa los arrianos no ilustran su secta con semejantes obras, ni hacían milagros como los católicos, tales y tan grandes? A esta pregunta el obispo: A muchos, dice, oh Rey (si es lícito decir la verdad y blasonar á la manera de los contrarios de nuestras cosas) que eran sordos hice que oyesen, y áun abrí los ojos de los ciegos para que pudiesen ver. Pero las cosas que hasta aquí por huir ostentación se han hecho sin testigos, quiero hacellas públicamente y probar con las obras la verdad de lo que digo. —No paró en palabras, sino que se vino á la prueba. Pasaba el rey poco después de esto por una calle: cierto arriano, que á persuasión del obispo fingió estar ciego, á grandes voces pedía que le fuese por él restituida la vista: representaba la comedia delante del mismo que la inventaba; tendía las manos, hacía otros ademanes en que mostraba esperaba con humildad la sanidad por los ruegos y santidad del obispo. Estaban todos suspensos, y esperaban ver alguna maravilla; y fué así, pero al revés lo que cuidaban, porque el engañador malvado luego que el obispo le tocó los ojos con sus manos, quedó de todo punto ciego y perdió la vista que antes tenía. Conoció el miserable su daño y vencido del dolor, que pudo más que la vergüenza, confesó luego la verdad, y descubrió á la hora el engaño y toda la trama.» Así lo cuenta Mariana, [1] tomándolo de San Gregorio de Tours. [2] Con el caso de este nuevo Cirolas y otros semejantes «la secta arriana, como era razón, comenzó en grande manera á ir de caida, y el ánimo del rey á enajenarse poco á poco,» [3] hasta que se fué reduciendo al cristianismo, si bien no abjuró públicamente, como debiera, la herejía.

No podemos proseguir sin trasladar aquí por entero una página de San Gregorio, obispo de Tours, que contiene una de nuestras más preciadas glorias. Dice así: «El Rey Recaredo, compungido por la divina misericordia, llamó á los obispos de su religión y les dijo: ¿por qué causa entre vosotros y los que se dicen católicos, ha de haber tanto escándalo? y ¿cómo es que haciendo ellos tantos milagros por virtud de su fe, vosotros ninguno hacéis? Juntaos, os ruego, con ellos, y discutidas por ambas partes las dificultades, sepamos dónde está la verdad, y entonces ó crean ellos lo que vosotros decís, ó abrazad vosotros lo que ellos predican. Hízose lo que el rey aconsejaba: reunidos los obispos católicos y arrianos, propusieron éstos las razones que hemos escrito tantas veces; á las cuales los nuestros dieron las respuestas que van arriba demostradas. Pero principalmente como el rey porfiase en que ningún milagro se contaba hecho por los obispos herejes sobre los enfermos, y él trajese á la memoria cómo en vida de su padre un obispo, que se preciaba de dar vista á los ciegos por la virtud de su creencia, tocando á uno que fingía estarlo, le condenó á perpetua ceguera con grandísima confusión suya, como en el libro de los milagros copiosamente declaramos,

1 *De Gloria Martyrum*, cap. LXXXI.
2 *Traité des maladies mentales*, 1860, p. 325.
3 *Des maladies mentales*, 1838.

1 *Hist. de España*, lib. V, cap. XIII.
2 *Gloria Confessor.*, cap. XIII. — *Hist.*, lib. IX, cap. XV.
3 MARIANA, ibid.

llamó aparte á los sacerdotes de Dios, y bien informado de ellos conoció que honraban á Dios uno con distinción de tres personas, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, y que el Espíritu Santo no es menor que el Padre y el Hijo, ni éste que el Padre y Espíritu Santo, sino que confesaban esta Trinidad en una perfecta igualdad y omnipotencia. Lo cual entendiendo Recaredo, dejada aparte toda altercación se sometió á la católica ley, y recibido el sello de la bienaventurada cruz con la unción del Crisma, creyó en Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, igual al Padre con el Espíritu Santo, que reina por siglos de siglos. Amén. Después envió embajadores á la provincia narbonense, para que oyendo el pueblo lo que él había hecho le siguiese en la misma creencia.» [1] El edificio del catolicismo español descansa, como en sólido fundamento, en la estabilidad de los milagros, zanjada por justa y legítima contienda.

De la planta en que estriba el catolicismo francés podemos discurrir en igual conformidad. El obispo de Tréveris San Nicecio, escribiendo á la reina Clodosinda, mujer de Alboino, la exhorta á que emplee toda la industria de su piedad y devoción en convertir á su marido. La razón principal que le ofrece es la firmeza de los milagros hechos á la sazón por los obispos católicos, cuando ninguno hacían los obispos herejes. «Qué diré, añade, de los obispos Germán, Hilario, Lupo, en cuyas iglesias tantas maravillas se ven, cuantas no puedo con palabras explicar? donde los *tribulantes, id est, dæmonia habentes*, suspensos en el aire son atormentados y confiesan que estos varones son cuales dije. ¿Por ventura ellos los godos hacen cosas tales en sus iglesias? No las hacen porque experimentan que Dios y sus santos siervos no moran entre ellos: el demonio no conjura al demonio. Porque donde están los santos, el demonio no anda suelto, y por esta causa se muestra claro dónde está Dios. ¿Qué diré del Sr. Remigio, y del Sr. Medardo, obispos, á quienes tú creo que has visto? No es posible referir las maravillas que Dios por ellos hace. Ya oiste decir á tu abuela Clotilde de buena memoria cómo convirtió al Sr. Clodoveo á la ley católica, y él que era muy listo (*homo astutissimus*) no quiso someterse antes de entender la verdad; mas así que la vió bajó la cabeza y se dejó bautizar.» [1]

Confirmación esclarecida de este suceso es lo pasado con Gundebaldo, que reinaba en el sudeste de Francia. Casi todos los pueblos estaban infestados por la peste arriana. Delante de él tuvo San Avito una contención acalorada, que remató en cerrar la boca á los herejes, probándoles que los católicos no adoraban muchos dioses, como el rey pretendía. A las razones de San Avito, respondía Bonifacio con denuestos y voces que le pusieron ronco y casi le dejaron ahogado. Viendo San Avito cuán mal les iba á los adversarios con sus contundentes réplicas, y que no querían doblar la cerviz, dijo al Rey: «Si nuestras razones no los convencen, no dudo que Dios confirmará con milagros nuestra fe. Mande Vuestra Alteza que ellos y nosotros acudamos al sepulcro del varón de Dios Justo, é interroguémosle sobre nuestra fe, y pregúntele Bonifacio sobre la suya, y el Señor pronunciará, por boca de su siervo, quiénes son los que le agradan.» [2] El Rey pareció venir en ello, pero los arrianos protestaron con gritos que no querían imitar á Saúl, ni ser malditos como él, ni acudir á hechicerías, que harto tenían con las Escrituras, más poderosas que los encantamientos. No osando ellos consentir en lo que San Avito proponía, el rey le tomó á él y á Esteban de la mano, y entrándolos en su habitación, los abrazó amigablemente y les encomendó que rogasen por él. [3]

A este resultado han venido siempre á parar los milagros de los herejes, á confundir con mayor ignominia sus yerros, y á abrillantar con nuevas luces los dogmas de la católica verdad. San Optato de Milevo, historiando los desmanes de los donatistas, dice que como no quisieran consentir que los ortodoxos consagrasen la Santísima Eucaristía según el rito apostólico, y con execrable pertinacia mandasen echarla á los perros, por justo juicio

[1] *Histor. Francor.*, lib. IX, cap. XV.

[1] MIGNE, *Patrol. lat.*, tomo LXXI, p. 1166.

[2] Si rationes nostræ non possunt illos convincere, non dubito quin Deus fidem nostram miraculo confirmet. Jubeat sublimitas vestra ut tam illi quam nos eamus ad sepulchrum hominis Dei Justi, et interrogemus illum de nostra fide; similiter et Bonifacius de sua, et Dominus pronuntiabit per os servi sui in quibus complaceat.

[3] MIGNE, *Patrol.* t. LXXI, p. 1156.

de Dios los animales, encendidos de rabia y furor, dieron contra sus amos y los despedazaron como á ladrones enemigos. El mismo santo escritor añade, que lanzando los herejes una redoma con el Santo Oleo por una ventana, no se quebró ni se melló, salvándose entre la dureza de los peñascos. [1]

Lo dicho de los herejes tiene su lugar en los cismáticos. La iglesia griega ¿qué milagros puede ostentar en demostración de su santidad? Cuando hizo divorcio con la Iglesia romana, al paso que ésta continuaba centelleando vivas luces y resplandeciendo como en los siglos antecedentes, con carismas de santidad, ella se obscureció con manto de tinieblas tan negro, que ni Focio (siglo IX), ni Miguel Cerulario (siglo XI), ni los varones posteriores han logrado romper el velo con un rayo de claridad que pudiera serles auténtico testimonio de la voluntad divina. Eclipsado el sol, los destellos de las gracias se volvieron amarillos sin luz ni calor, y los que procedían prósperamente con las llamas clarísimas de estos dones, vieron seca la flor de su dicha y perdieron la belleza y frescor que antes, unidos con la Cabeza apostólica, sosegadamente gozaban. En su tanto lo mismo les pasa á los coptos, jacobitas, eutiquianos, nestorianos; al fin, ó han parado en protestantes, ó viven sumidos en las sombras de la estupidez, ó embrutecidos en la torpeza de la superstición.

ARTÍCULO III.

Los albigenses.—Artificios que usaban.—Por qué causa no hacen milagros los herejes.—Pueden simularlos.—Facilidad de discernirlos.—Deberían hacerlos verdaderos.—Lutero intentó hacer milagros.—Dos milagros supuestos.—Calvino.—Los Valdenses.

Los albigenses, secta infame, derivación del gnosticismo y maniqueísmo, ponían por Criador del universo sensible al Dios de las tinieblas, á Lucifer príncipe de este mundo, enseñando que las almas de gran parte de los hombres eran ángeles caidos; para éstos el Dios de la luz envió para rescatarlos á Jesús, ángel fiel, encargado de plantar la afición á lo bueno y exhortar al menosprecio de las cosas terrenas. Los albigenses tenían suspensos los ánimos con el pasmo de las maravillas que de ellos se divulgaban, como caminar sobre las aguas y no hundirse, hasta que por la virtud del Santísimo Sacramento se iban á pique y se ahogaban. Cesáreo de Heisterbach, hombre muy crédulo, recogió gran cantidad de estos prodigios, [1] no es mucho que los profesores de los dos principios y enemigos del bueno, hallasen acogimiento y gracia en el demonio, aborrecedor de todo bien. «Los clérigos están tocados de esta herejía, las iglesias desiertas, los sacramentos profanados... Sólo la espada que hiere los cuerpos dará á este mal saludable remedio.» Con estos lamentos desahogaba su corazón el Conde de Tolosa Raimundo V escribiendo al abad del Cister Enrique, y lo confirma Michelet [2] con una tristísima pintura de los males que estos herejes causaban.

El protestante Hurter [3] comparando los francmasones con los albigenses, los juzga por sucesores suyos. Por otra parte Douais [4] saca de los maniqueos la cepa de los albigenses. Aun el masón Michelet [5] deriva la secta de Albi de los gnósticos y maniqueos; y que de ellos provengan los masones modernos lo prueba Eduardo Haus. [6] Lo cierto es que «se les probó jurídicamente que adoraban al demonio, hechizaban los alimentos, se valían de pitonisas, usaban de maleficios horribles y evocaban los muertos.» [7] Véase el estudio hecho por Lecanu [8] fundado en documentos históricos, y se convencerá el más incrédulo de la parte que cabía al demonio en las maravillas de los albigenses.

Y no era todo demonio. «Don Lucas de Tuy publicó una larga disputa contra todos estos errores, dice el P. Mariana, en que como testigo de vista relata lo que pasó en León, ciudad muy conocida en España y cabeza de aquel reino; cuyas palabras será bien poner aquí para mejor claridad, y para que mejor se entienda la condición de los herejes, y sus invenciones y trazas.—«Después de la muerte del Reverendo D. Rodrigo Obispo de León no se conformaron los votos del clero en la elec-

[1] *De schismate Donati*, lib. II, cap. XIX.

[1] *Dialogi miraculorum*, lib. IX, cap. XII.
[2] *Hist. de France*, t. II, p. 469.
[3] *Hist. du Pape Innocent III et de son siècle*, 1840.
[4] *Les Albigeois, leurs origines*, 1879.
[5] *Hist. de France*, t. II, p. 404.
[6] *Les leçons de l'histoire, le gnosticisme et la francmaçonnerie*, 1876.
[7] P. Bonniot, *Les miracles des hérètiques*; *La Controverse*, t. III, p. 76.
[8] *Hist. de Satan*, p. 234.

ción del sucesor: ocasión que tomaron los herejes, enemigos de la verdad y que gustan de semejantes discordias, para entrar en aquella ciudad que se hallaba sin pastor, y acometer las ovejas de Cristo. Para salir con esto se armaron como suelen de invenciones. Publicaron que en cierto lugar muy sucio, y que servía de muladar, se hacían milagros y señales. Estaban allí sepultados dos hombres facinerosos, uno hereje, otro que por la muerte que dió alevosamente á un tío suyo le mandaron enterrar vivo. Manaba también en aquel lugar una fuente, que los herejes ensuciaron con sangre, con propósito que las gentes tuviesen aquella conversión por milagro. Corrió la fama, como suele por ligeras ocasiones; acudían gentes de muchas partes, tenían algunos sobornados de secreto con dinero que les daban, para que se fingiesen ciegos, cojos, endemoniados y trabajados de diversas enfermedades, y que bebida aquella agua, publicasen que quedaban sanos. De estos principios pasó el embuste á que desenterraron los huesos de aquel hereje, que se llamaba Arnaldo y había diez y seis años que le habían enterrado en aquel lugar, y decían y publicaban que eran de un santísimo mártir. Muchos de los clérigos simples con color de devoción ayudaban en esto á la gente seglar. Llegó la invención á levantar sobre la fuente una muy fuerte casa, y querer colocar los huesos del traidor homicida, en lugar alto para que el pueblo los acatase, con voz que había sido un abad, en su tiempo muy santo. No fué menester más; los herejes después que pusieron las cosas en estos términos, entre los suyos declaraban la invención y por ella burlaban de la Iglesia, como si los demás milagros que en ella se hacen por virtud de los cuerpos santos, fueran semejantes invenciones; y áun no faltaba quien en esto diese crédito á sus palabras, y se apartase de la verdadera creencia. Finalmente el embuste vino á noticia de los frailes de la religión de Santo Domingo, y en sus sermones procuraban desengañar al pueblo. Acudieron á lo mismo los frailes Menores y los clérigos que no se dejaron engañar ni enredar en aquella sucia adoración. Pero los ánimos del pueblo tanto más se encendían para llevar adelante aquel culto del demonio, hasta llamar herejes á los frailes Predicadores y Menores porque los contradecían y les iban á la mano. Gozábanse los enemigos de la verdad y triunfaban: decían públicamente que los milagros que en aquel lodo se hacían, eran más ciertos que todos los que en lo restante de la Iglesia hacen los cuerpos santos que veneran los cristianos. Los Obispos comarcanos publicaban cartas de descomunión contra los que acudían á aquella veneración maldita: no aprovechaba su diligencia por estar apoderado el demonio de los corazones de muchos, y tener aprisionados los hijos de desobediencia. Un diácono que aborrecía mucho la herejía en Roma donde estaba, supo lo que pasaba en León, de que tuvo gran sentimiento, y se resolvió con presteza de dar la vuelta á su tierra para hacer rostro á aquella maldad tan grave. Llegado á León se informó más enteramente del caso, y como fuera de sí comenzó en público y en secreto á afear negocio tan malo: reprehendía á sus ciudadanos, cargábalos de ser fautores de herejes. No se podía ir á la mano, dado que sus amigos le avisaban se templase, por parecerle que aquella ciudad se apartaba de la ley de Dios. Entró en el Ayuntamiento, díjoles que aquel caso tenía afrentada á toda España; que de donde salían en otro tiempo leyes justas por ser cabeza del reino, allí se forjaban herejías y maldades nunca oidas. Avisóles que no les daría Dios agua, ni les acudiría con los frutos de la tierra hasta tanto que echasen por el suelo aquella iglesia, y aquellos huesos que honraban, los arrojasen. Era así que desde el tiempo que se dió principio á aquel embuste y veneración, por espacio de diez meses nunca llovió, y todos los campos estaban secos. Preguntó el juez al dicho diácono en presencia de todos: Derribada la iglesia ¿nos aseguráis que lloverá y nos dará Dios agua? El diácono lleno de fe: Dadme, dijo, licencia para abatir por tierra aquella casa, que yo prometo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo so pena de la vida y perdimiento de bienes que dentro de ocho días acudirá nuestro Señor con el agua necesaria y abundante. Dieron los presentes crédito á sus palabras: acudió con gente que le dieron y auxilio de muchos ciudadanos; allanó prestamente la iglesia, y echó por los muladares aquellos huesos. Acaeció con grande maravilla de todos que al tiempo que derribaban la iglesia, entre la madera se oyó un sonido

como de trompeta para muestra de que el demonio desamparaba aquel lugar. El día siguiente se quemó una gran parte de la ciudad á causa que el fuego por el gran viento que hacía, no se pudo atajar que no se extendiese mucho. Alteróse el pueblo, acudieron á buscar al diácono para matarle; decían que en lugar del agua fué causa de aquel fuego tan grande. Acudían los herejes, que se burlaban de los clérigos, y decían que el diácono merecía la muerte, y que no se cumpliría lo que prometió; mas el Señor todopoderoso se apiadó de su pueblo, porque á los ocho días señalados envió agua muy abundante, de tal suerte que los frutos se remediaron, y la cosecha de aquel año fué aventajada. Animado con esto el diácono pasó adelante en perseguir á los herejes, hasta que los hizo desembarazar la ciudad.—Hasta aquí son palabras de este autor; por las cuales se entiende que la pestilencia de esta herejía cundió por España, si bien la mayor fuerza de este mal cargó sobre la ciudad de Tolosa de que le resultaron graves daños, y al Rey de Aragón que la quiso ayudar, la desastrada muerte, como luego se dirá.» Hasta aquí el Padre Mariana. [1] El diácono cuyo nombre calla D. Lucas de Tuy, es el propio narrador, en concepto de Mariana, de Florez [2] y de Risco. [3]

El por qué carecen de milagros las sectas es muy fácil de entender. Primeramente, hacer llano el camino del cielo desembarazándole de tropiezos que cuestan sudores y sacrificios, proponer al entendimiento enseñanzas rastreras y á la voluntad regalos y soltura de costumbres, mandar, como mandan los herejes, doctrinas y prácticas aceptables á nuestra flaca condición, y más humanas que divinas, mengua sería que Dios las recomendase con el privilegio de las más augustas expresiones. Por el contrario, las cosas de la fe son altísimas, eminentes sobre lo ratero de nuestra comprensión, proporcionadas á la sabiduría infinita, arduas de creer, recias de practicar, muy cuesta arriba á nuestra mísera voluntad; y era muy justo que Dios acudiese con las firmas de sus milagros á ilustrar nuestros entendimientos, á espolear nuestras almas cautivándolas al servicio de su santísima autoridad. El Señor, que tiene á su disposición el curso de las leyes naturales las dispensa, revoca, altera, según le place, en orden á confirmar las verdades reveladas, y no dispensa, ni toca, ni mueve un dedo en orden á recomendar cosas que no reveló, para que vistos los portentos divinos despidamos de los ojos las nubes engendradas por las herejías, y poseamos en paz perfecta, y gocemos tranquilos el inmortal tesoro que nos ha tocado por suerte sin haberle merecido.

Cuando levanta su cabeza una herejía, ó cuando reina el tumulto del cisma en la Iglesia de Dios, es imposible que los hijos desnaturalizados remedien su justísimo llanto con el consuelo de los milagros, y que los hijos legítimos no tengan vinculada en ellos su filial confianza, porque no es posible que el error halle amparo en los halagos de Dios y la verdad experimente los desvíos de su generosa mano. Si por ambas partes hay prodigios, los efectos dirán á las claras quién los hacía verdaderos. El tiempo enseñará que Dios está siempre por la verdad, y que allí donde relumbra, la esmaltan y ponen galana las llamas de los milagros. Es pensamiento del jansenista Pascal. [1]

No hagamos cuestión sobre si puede un hereje de buena fe y de honrada conducta, acompañar con un milagro la señal de la cruz, por ejemplo; no es este el punto de la dificultad; lo incontrovertible es, que las sectas no gozan el *dón* de milagros ni otro carisma cualquiera de los que Cristo regaló á su Esposa la Iglesia santa. Ellas, destituidas de la verdadera fe, base de la vida sobrenatural, son cadáveres informes, existen sin unidad de principio vital, viven sin cabeza y sin unión de miembros, fáltales la práctica de los consejos evangélicos, normas de perfecta santidad; y faltas de vida celestial, ofuscadas por la ignorancia, rebosando torpezas de vicios ¿diremos que está en su mano la llave dorada de la privanza divina? Erasmo dijo un día de los luteranos: «ninguno de ellos ha sido para curar un jaco cojo.» [2] Lutero le respondió: «A nosotros, que negamos el libre albedrío,

[1] *Hist. de España*, lib. XII. cap. 1.
[2] *España sagrada*, t. XIII.
[3] t. XXXV.

[1] *Pensées*, 2.ª p. chap. II.
[2] Nullus illorum adhuc existit qui vel equum claudum sanare potuerit.—*Diatribe de lib. arbitr.*

no nos han de pedir milagros.»[1] Calvino no le iba en zaga á su compadre cuando saltó diciendo: «Mal hacen en pedirnos milagros.»[2] Y no solo desvían de sí la prerogativa de hacer milagros, sino que insultan y abofetean á los santos canonizados porque los hicieron, y áun los mismos milagros reciben con gesto torcido y fiero.

Pueden, eso sí, pretender los herejes habilidad en simularlos dando á los fingidos color de verdaderos. San Agustín hacía burla de ellos como de «ficciones mentirosas de hombres ó portentos de espíritus falaces.»[3] Y San Cipriano en un tratado, que con el mismo título escribió, vino á decir que «aunque hicieran milagros y echasen demonios los herejes en nombre de Cristo, de nada les valdría para su salvación.»

Si acontece que una secta se glorie de que no nació para ella el espanto, poca cautela bastará para descubrir la vanísima presunción. Aquel prodigio que un Patriarca cismático de Jerusalén propaló como notorio y aprobado por cristianos é infieles, que acontecía cada año, una hora antes de ponerse el sol, el Sábado Santo, en el sepulcro de Cristo, de una luz que resplandecía por sí vivísimamente, fué descubierto no hace muchos años haber sido patraña y fraude de los griegos cismáticos, que con una mixtura de fósforo embelesaban al público.[4] «Esto supe, dice el P. Perrone, de boca del mismo que en Jerusalén desarrebozó el engaño, delante de ingleses, franceses, italianos y gran concurso de gentes en 1833, el cual vive actualmente en Roma, y con harta ventura escapó la muerte que los cismáticos intentaban por ello darle.»[5]

Casi *a priori* se demuestra que los herejes no pueden gloriarse de tener milagros. Y sin embargo casi *a priori* se demuestra que deberían tenerlos, como en su lugar se declaró. Quince siglos había vivido la Iglesia romana enriquecida de muchos milagros que confirmaban su legítima procedencia, y la ostentaban á la veneración de los pueblos con el timbre de apostólica y esposa verdadera de Cristo. Alza bandera Lutero, y con audacia inaudita anuncia á públicos pregones que él era el enviado del cielo para reformar á la que intitulaba la *adúltera Babilonia*. No nos detengamos en mencionar las setenta y ocho sectas en que se partió la de Lutero, ni las ciento que se derivaron de la de Calvino,[1] ni las infinitas que hormiguean en los Estados-Unidos, ramas del tronco plantado en la Iglesia romana, desgajadas en el decurso de pocos siglos á impulsos del vicio y del error, ramas, que no pudiendo tenerse tiesas, han de ladearse al fin y convertirse al deismo, positivismo, panteismo, ateismo, y desde lo alto de su aparente lozanía varean y azotan la autenticidad de los milagros católicos, que antes constituían la más noble gala de su vida espiritual.

Cerremos los ojos á este frenético furor; pero si Lutero hubo de nacer para llamar á la Iglesia á la verdadera vida, ¿dónde está la patente de su embajada? ¿dónde las letras credenciales? El Evangelio nos avisa que habrá falsos profetas que se jacten de ser enviados de Dios y con apariencias de corderos sean verdaderos lobos;[2] y es de importancia suma al pueblo cristiano saber si Lutero, Calvino, Zwinglio, Carlostadio, Melancton, son apóstoles de Cristo, ó son lobos de la manada de Cristo; y máximamente hace falta que muestren sus letras misivas, cuando los vemos opuestos los unos á los otros, y que á título de maestros enseñan contrarías doctrinas, y apenas aciertan á convenir en ninguna. Antes de apellidarse reformadores, toda buena razón demanda que nos muestren la firma de Dios, sin la cual no es posible que los pueblos asientan á sus embajadas. Para alterar los sacramentos, deshacer los sacrificios, menospreciar los ritos y ceremonias, burlarse del purgatorio, abrogar el celibato, negar á los santos el culto, á las indulgencias el valor, al Papa la autoridad, revolver de alto abajo todo el sistema cristiano, sin respeto á la antigüedad, sin acatar los Evangelios, para llevar al cabo tan colosal empresa en nombre de Dios, menester es que se presenten como Moisés, Josué, Gedeón, Elías, Eliseo, con los memoriales refrendados;

1 A nobis qui negamus liberum arbitrium, miracula exigi non debent.—*Lib. De servo arbitr.*
2 Improbe faciunt quod miracula á nobis poscunt.—*Instit. relig. christianæ: Præf.*
3 *De unit. Ecclesiæ*, cap. XIX.
4 *Confutatio Imperii Papæ.*, 1702.
5 *De Locis*, pars I, cap. III, n. 278; nota 6.

1 NATAL ALEJANDRO, *Hist. eccles.*, XV, XVI, cap. II, art. XVII.—LINDANO, *Epist. Rozaam. in Luth.*
2 Math., XXIV.—Marc., XIII.—I Timoth., IV.—II Timoth., III.

los que pretenden cargo y mando en el gobierno espiritual fuerza es que con señales exteriores y sensibles, extraordinarias y persuasivas procuren mostrar que son embajadores del Altísimo, y lo muestren no con solas palabras, sino con obras que desempeñen las palabras. En vano vocean que no vienen á espantar con ruidosos efectos, no hace al caso que se irriten contra el que se los demanda, nada significa que rehusen la honra de taumaturgos. ¿No quieren ser falsos profetas? ¿no son mentirosísimos apóstoles? ¿son ministros del Evangelio? Milagros son menester. Grotius, Paley, Abbadie, Watson y otros muchos protestantes, defensores de la revelación, concuerdan en que los milagros son el criterio de la verdad religiosa.

Empezando por el archihereje Lutero, los discípulos de Calvino decían: «Los que dan á Lutero lugar entre los profetas... se exponen á sí y á sus iglesias á la burla y á los insultos de sus adversarios.» [1] Y la iglesia de Zurich añadía: «Lutero, que dice que el pecho de los zwinglianosest á satanizado, sobresatanizado, persatanizado... ha escrito sus libros por impulso y á la voz del demonio, con quien tuvo trato, y que en las reyertas tenidas con él, le postró y derribó con concluyentes argumentos.» [2] Tan ajeno se creía Lutero de milagros, que á los anabaptistas, arrojados á extremos de doctrinas y prácticas, hubo de intimarles probasen con milagros la autoridad que para tales excesos presumían tener. Nunca se la pudieron probar. Y preguntado él una vez con qué autoridad había alterado el dogma é introducido tantas mudanzas, respondió: «Hemos convenido el Señor y yo, que no me enviaría visiones, ni sueños, ni ángeles.» [3] Sin embargo, en otra ocasión pagado Lutero de sus visiones decía: «También yo he sido arrebatado en espíritu. Si tengo de gloriarme de mis cosas, más espíritus he visto yo, que no verán en un año los sacramentarios.» [4]

Pero cuando le exigían las credenciales de su extraordinaria misión, alegaba el estruendo de los milagros, y milagros eran, en su concepto, los asombrosos frutos de su predicación, la mudanza de su propio estado, la absolución de los votos religiosos, su valentía en atropellar al Papa, su denuedo en contrastar á los *diablos*, «siquiera fuesen tantos como tejas hay en las casas,» [1] el ardor que le movía á propagar su evangelio, el asolamiento de casi todos los monasterios logrado por su boca y pluma. Tales eran las proezas de Lutero, que él y los suyos graduaban por milagros, [2] como decíamos en la página 275.

Con todo eso, parece que el heresiarca intentó hacer borrones de taumaturgo, pero le salieron al revés. Aquí es muy de considerar el artificio usado por Gordon en narrar los milagros de Lutero. «Le presentaron, escribe, una muchacha que decían estaba endemoniada. Lutero le puso las manos en la cabeza, recitando la promesa del Señor: El que en mí creyere hará las obras que yo hago, y mayores que éstas hará. Después suplicó á Dios con los demás ministros de la iglesia, que por reverencia de Cristo arrojase al demonio de aquella joven.» Lo hasta aquí dicho tómalo Gordon de Seckendorf, [3] y á continuación añade, reventando de alegría: «La perfecta liberación se ve clara en este caso y en otros muchos en que Lutero rogó por los enfermos.» [4] Pero hé aquí en qué términos refiere lo acaecido en esta ocasión Federico Stafilo, testigo de vista y casi actor, empeñado á la sazón en los errores de la Reforma: «Yo me acuerdo que en el año 1545 trajeron de Misnia á Wittemberg una muchacha endemoniada, para que Lutero, como un tercer Elías, la librase del demonio. Mandó que la llevasen á la sacristía de la iglesia parroquial, y en presencia de muchos doctores y varones eruditos (entre los cuales me hallaba presente yo, que era entonces maestro joven), empezó á conjurar y exorcizar al demonio, pero á su manera, y no en la forma recibida y usada por los católicos. Pero por más que trabajó con sus conjuros, el demonio no se dió por entendido, y puso á Lutero tan ciscado de miedo, que no veía la hora de escaparse de la sacristía. Mas al intentarlo, el demonio le cerró la puerta, y queriendo descolgarse por la ventana, hallóse atajado

---

1 *Admon. de lib. Concord.*, cap. V.
2 *Contra la Confer. de Lutero*, p. 61.
3 *Manlius in Loc. Commun.* — BRIESLEY, *Apolog.*, p. 448.
4 *Ad sen. civ. German.*

1 *Ep. ad Frider. Sax. Ducem, apud Chytr.*, lib. X.
2 BOSSUET, *Hist. des variations*, t. I, livre I, chap. XXIX.
3 *History of Lutheranism*, B. III, p. 133.
4 *The ministry of healing*, p. 111.

por los barrotes de hierro. En fin, hubimos de procurarnos una hacha, y yo que era el mas joven y robusto, abrí con ella un boquerón en la puerta, y por él pudimos escapar.» [1] «Sabía Lutero, añade Enrique Spondano, que no hay milagros fuera de la Iglesia católica, ó sino en confirmación de la doctrina católica, y acometía con temor una empresa que no ignoraba le había de salir mal; pero esperando excusarse con la falta de fe en la niña, al poner en ella las manos sintió sobre sí el juicio de aquel Dios omnipotente de cuya santidad blasfemaba.» [2] En esto consistió todo el milagro de Lutero, tan encomiado por Gordon.

El cual cuenta otra gracia hecha por Lutero á su amigo Melancton, de quien dijo Schlussenberg: «Melancton, herido del cielo por un espíritu de ceguera y de vértigo, no hacía sino caer rodando de error en error hasta llegar á no creerse á sí propio.» [3] Escribe Gordon: «Llegó Lutero y halló á Felipe Melancton casi en el artículo de la muerte. Tenía los ojos fijos, faltábale el conocimiento, ni hablaba ni oía, el semblante caído, no conocía á nadie, ya no tomaba ni sólido ni líquido. A este espectáculo cayó Lutero en gran consternación, y vuelto á los compañeros, dijo: Bendito Señor, ¿cómo el diablo me arrebata este instrumento? Entonces, mirando hacia la ventana, invocó á Dios con más devoción... Y después, tomando á Felipe de la mano, y conociendo perfectamente cuál era la congoja de su corazón y conciencia, le dice: Ten buen ánimo, Felipe, no te mueres de ésta, aunque no le falta á Dios motivo para matarte, no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva. Con todo, no dés lugar al espíritu de tristeza, ni seas matador de ti mismo, cree en el Señor, que es poderoso para matar y vivificar. Mientras estas palabras Lutero pronunciaba, Felipe empezó á revivir, á respirar, y por grados fué cobrando fuerza, hasta la completa salud.» Hasta aquí el relato de Gordon en el lugar citado. Para darle más ilustre confirmación, trae los testimonios de Melancton y de Lutero. Decía Melancton: «Yo debía haber espirado y fuí llamado de muerte á vida por la presencia de Lutero.» —Y Lutero escribía á sus amigos: «Felipe lo pasa muy bien después de su enfermedad, porque ésta fué más grave de lo que yo imaginaba. Yo le encontré muerto, pero por un evidente milagro de Dios, vive.» Y á los de la Dieta aseguraba: «Aunque ninguna cosa me ha salido bien, sin embargo, saqué á Felipe de los infiernos, y fué restituido á la vida arrancado de la sepultura.» [1]

Con estas galas adornan los milagros de Lutero los protestantes. En el presente ni Melancton, ni Lutero, ni Gordon señalan qué linaje de enfermedad aquejaba á Felipe, ni parece médico en toda la relación, ni se ve qué parte tuvo el heresiarca en sacar del infierno á su inseparable amigo; y así ni expresa la verdad Melancton cuando testifica que salió de las garras de la muerte, ni la expresa Lutero cuando pregona su poder taumatúrgico, ni la expresa Gordon cuando atribuye al *Gran Reformador* esta *escandalosa farsa*, que por tal la tendremos mientras no se presenten documentos auténticos, desinteresados y fidedignos.

De Myconio, sucesor de Ecolampadio, luterano acérrimo, cuenta Luthardt lo siguiente: «Myconio, venerado superintendente de Gotha, estaba en su último período de consunción, y ya sin habla. Lutero le escribió que no moriría.—Estaba yo después espantado, dice Myconio, cuando leía lo que el buen hombre había escrito, y parecíame como si oyera á Cristo que me decía: Lázaro, sal afuera. —Desde aquel punto Myconio fué arrebatado de la sepultara por el poder y oraciones de Lutero, y murió después de él.» [2] En comprobación de este milagro cita Gordon el testimonio de Myconio en esta forma: «Resucité de la muerte el año 1541, por el mandato, oraciones y carta del Reverendo Padre Lutero.» Otra vez nos falta saber de los médicos qué enfermedad padecía Myconio, cuál era su gravedad, cuánto tiempo tardó en restablecerse, y esto legalizado por testigos fidedignos. Ningún católico se atrevería á proponer semejantes curaciones, no ya á la Sagrada Congregación de Ritos, mas ni áun al vicario de la parroquia. Lutero no logró hacer milagros, ni gracia tuvo para curar á nadie, como se lo echaba en rostro

[1] PRODRO. *Apol.*, 2.—GENEBR. lib. IV, *in Paul*, III.—SUR. *in Commentar.*—SPONDAN., ad ann. 1545.
[2] *Annal. Eccles.* t. II, p. 490. [3] Carta II.

[1] Ibid, p. 113.
[2] *Moral Truths of Christianity*, p. 298.

Erasmo. Lo que tuvo fué coloquios frecuentes con dos demonios llamados por él *non vulgares sed magni dæmones, imo doctores theologiæ inter diabolos*, como lo cuenta el protestante Lingard, [1] por más que ladren los luteranos y anglicanos. Adviértase con atención; ni áun le valieron á Lutero los demonios para facilitarle milagros fingidos y cosas extraordinarias que en otros herejes vemos. Tenía el demonio licencia de Dios para disputar y conversar con él, pero no para ayudarle á parecer lo que no era. Del demonio sólo aprendió á maldecir, á renegar, á insolentarse, á calumniar, á decir tales indecencias, burlas y blasfemias, cuales de ningún hereje se ha sabido hasta el día de hoy.

De un ministro protestante refieren varios autores [2] que en 1558 habiendo prometido dar la vida á un tal Mateo, á quien había persuadido que se fingiese muerto, en hecho de verdad bien muerto le dejó.

Otra semejante maravilla se cuenta de Calvino. Con gran secreto aconsejó á un pobre Bruleo que se diese por difunto, y le ayudase en la ceremonia que con su cuerpo pensaba hacer. Corre la noticia del fallecimiento de Bruleo; llega á oidos de Calvino, vase allá con sus amigos, entra en casa del presunto muerto entre los alaridos y llantos de la mujer, póstrase con todos los presentes, y después de rogar á Dios que mostrase la grandeza de su poder restituyendo al muerto la vida y autorizando el evangelio que en orden á la reforma de la Iglesia predicaba, acércase al cuerpo tendido, tómale de la mano, y á grandes voces gritó: «Bruleo, en nombre de Jesucristo, levántate,» repitiendo el mandato con voces de imperio cada vez más recias. El mortecino ni oía, ni hablaba, ni se movía; por justo juicio de Dios el difunto de burlas quedóse difunto de veras, sin habla, frío cadáver. Aquí la mujer, rompiendo en verdadero llanto y en baldones é injurias contra Calvino, llamóle impostor, desalmado, homicida, ladrón, fullero, y publicó la desdichada tragedia por todo el vecindario. Así lo cuenta Jerónimo Bolzech. [3] La verdad de esta historia defiéndela el Cardenal Gotti contra las razones de los herejes. [1] «No solamente Bolzech y Lainge [2] describieron el hecho con circunstancias y testimonios comprobativos, mas también otros católicos y los mismos luteranos no cesaron de dar con él en rostro á Calvino y á sus discípulos.» [3]

No porfíen los protestantes que el no poseer ellos milagros viene de seguir la doctrina antigua y apostólica, harto sancionada y esmaltada con los muchos de los primeros siglos; no les vale la excusa, porque fuera de ser su doctrina no vieja ni tradicional, sino nueva, varia, y opuesta á la antigua, no se cumple en ellos la promesa del Salvador cuando anunció que los suyos harían grandes milagros, y mayores aún que los que él hacía, con cuya claridad se distinguirían los predicadores de su Evangelio.

A los Valdenses, herejes nacidos en el siglo XII, ofreciéronles Escolampadio y Bucero un formulario de fe, que ellos aceptaron de buena gana, mirando á dar nueva vida á su secta con el favor de la Reforma. Desterraban el culto y los sacramentos, pero cuanto á la Extrema-Unción la creían provechosa al cuerpo. «Si un sacerdote que posea la gracia de curar, ha ungido á los enfermos y ellos han experimentado alivio, exhortamos á todos á que cuando estén realmente enfermos no dejen de recibir esta ordenación de sus manos, ni la tengan en poco.» Este consejo daba Juan Lukawitz; [4] y en él sin más añadidura quiere ver Gordon significado el dón de milagrosas curaciones. [5] Absurda manera de ver.

ARTÍCULO IV.

Los camisardos.—Sus maravillas prodigiosas.—A qué deben atribuirse.—Gordon y Voltaire se contradicen en esta parte.—Los quákeros, sus temblores.—Los anabaptistas.—Los moravos.—Los confederados.—Los metodistas.

Después que Luis XIV, agotados los medios de blandura y moderación para reducir á los hugonotes, hubo revocado el *edicto de Nantes* (1685), los herejes forzados á convertirse ó á emigrar de Francia, se rebelaron contra las tropas reales con-

---

1 *Remarques sur une brochure.—Démonstr. évangél.*, t. XVII, p. 123.
2 ALANO COP. lib. IV *Dialog.* — FELIC. NINCUARD, *Contra Ann. Burg-Lindan. in Dubit.*
3 *Vita Calvini*, cap. XI.

1 *De eccles.*, t. I, cap. II, § 6.
2 *Calvini Vita*, cap. XIII.
3 SPONDANO, *Annal. eccles.*, t. II, p. 550, ad an. 1553.
4 *Valdensis Confessio*, 1431.
5 *The Ministry of Healing*, p. 79.

citando motines sangrientos y refugiándose á las provincias montuosas. El encono de los ánimos, el amor de libertad, la fiereza de la opresión despertó un entusiasmo fanático en los hugonotes, que como enfermedad contagiosa inficionó rápidamente el Languedoc, turbando las cabezas de suerte, que por doquier (1702) se levantaban profetas y profetisas que decían mil despechos y baldones contra la Iglesia católica. [1]

Un arrebatamiento especial los sobresaltaba con frecuencia, que por lo común tenía sus grados. Bostezos, desvanecimientos, ilusiones preparaban la crisis; llegado el momento hinchábase el vientre, el pecho se abultaba, la garganta se embargaba; duraba el éxtasis horas, á veces un día entero, y más: el extático predicaba, gesticulaba, braceaba, sin conciencia de lo que en torno suyo ocurría, y sin que hierro, ni fuego, ni golpes, ni tirones le volviesen en su acuerdo. Pasada la crisis, sentía el extático desfallecidas las fuerzas y copioso sudor en todo el cuerpo. Al cabo de todo, no le quedaba memoria de lo pasado. Así describe el P. Bonniot los rasgos más notables de estos arrobos. [2] Otro autor dice de los camisardos: «Juntábanse en selvas, desiertos y montes, en tropas de tres ó cuatro mil. Allí esperaban el espíritu de arriba... El profeta soplaba sobre los iniciados, diciendo: recibid el Espíritu Santo, y empezaban á profetizar, á temblar, á revolcarse, á echar espumarajos... Saqueaban, incendiaban iglesias, pasaban á cuchillo sacerdotes, unos cuatro mil católicos y ochenta sacerdotes fueron degollados en 1704.» [3] No eran defensores de su violada libertad, sino invasores de la ajena, profanadores de lo más santo y sagrado, salteadores de honras y vidas, foragidos desalmados que todo lo llevaban á sangre y fuego. Un abonado testigo de vista refiere así los desaforados atropellos. [4] «Había entre ellos algunos hombres infatuados que les comunicaban las ordenanzas del espíritu y les notificaban cuándo y dónde habían de ejecutar sus violencias. Un viajero que súbitamente se hubiera hallado en estas crueldades, habría pensado morar entre demonios. Los que suponen que las facultades de los extáticos eran puntualmenmente hijas de pasiones exaltadas, van muy lejos de la verdad.» [1] «Todos los inspirados, dice el Dr. Calmeil, estaban persuadidos á que el Espíritu Santo se apoderaba de sus pechos, y en aquel instante sentíanse arrebatados por un poder que los forzaba á profetizar.» [2] Con muy diferente criterio juzgan estos acaecimientos los escritores según el punto de vista en que se colocan.

Pero las operaciones de los camisardos no pertenecen á la mística divina. No nacían del espíritu de Dios, que respeta siempre la humana dignidad, y no se vale del hombre como de instrumento inerte. No eran milagros las obras de estos fanáticos, y con todo eran asombrosas. Unos, que sólo hablaban su patuá, pronunciaban discursos en elegante francés; [3] otros recibían cuchilladas y balazos en el pecho, sin el menor perjuicio; [4] otros declaraban no estar en su mano lo que decían y sentían; [5] otros pasaron por la prueba del fuego, y sepultados en las llamas hasta consumirse la leña, no experimentaron mal alguno; [6] otros oían músicas melodiosas en el aire; [7] otros desataban las lenguas en blasfemias contra la misa y contra Roma; y todos la Biblia en una mano y en la otra un puñal amenazaban con grandes alaridos la destrucción y asolamiento de Babilonia. [8] El Padre Bonniot [9] cree que el niño de trece á catorce meses que habló en francés en alta é inteligible voz, como lo cuenta Juan Bernet, y que después calló y volvió á su estado ordinario, lo hacía por vía extranatural. Pero el Doctor Huarte [10] cita hechos varios de niños, que en naciendo hablaron palabras expresas y después tornaron á callar, y alega á Aristóteles en su favor, á quien «nunca le cupo en el pensamiento que fuese invención del demonio ni efecto sobrenatural, como piensan los ingenios vulgares.»

---

1 *Hist. du soulèvement des Cevennes*, par FRIED. HOFFMANN, 1837.
2 *Les miracles des hérétiques*, *La Controverse*, t. III, p. 78.—*Le miracle et ses contrefaçons*, p. 249.
3 GREGOIRE, *Histoire des sectes religieuses*, t. II, p. 117.
4 LOUVRELENIL, *Le fanatisme renouvelé*, 1704.

1 *Revue indépendente*, mars, 1844.
2 *La folie*, t. II, p. 228.
3 M. A. BOST, *Les prophètes protestants*, p. 44.
4 Ib., p. 65.
5 P. 71.
6 P. 117.
7 P. 175.
8 *Revue indépendente*, avril, 1844.—PEYRAT, *Hist. des pasteurs du désert.* — E. ARNAUD, *Dictionnaire des sciences religieuses*, art. *Camisards.*—A. VACANT, *Dictionnaire apologét.*, art. *Miracle.* — CLARIS, *Dictionnaire des hérésies*, art. *Camisars.*
9 *Le miracle et les sciences médicales*, p. 81.
10 *Examen de los ingenios*, cap. VII.

¿Cuál sería la causa de tan raros efectos? No era entusiasmo religioso, ni celo apostólico el que sacaba á los temblones de Cevennes fuera de sí y los hacía aullar como lobos, bramar como toros, retorcerse como sierpes con espantosas convulsiones; no era enfermedad histérica, ni epiléptica la que les soltaba las lenguas contra lo más santo y divino; no era neurosis la que trastornaba las mentes y corazones de estos hombres desalmados; no era locura la que dejaba sin seso ni discreción á estos profetas de la mentira en el momento solo de atropellar las leyes de la justicia y santidad. Todos los médicos que los trataron vieron algo más que neuropatías en los accesos de los camisardos. Otro, muy otro era el agente. ¿Cuándo en la Iglesia de Dios se han visto santos que se arrojasen á tantos desafueros sin cuenta y sin medida, por padecer tan desconcertados achaques? Tales son los milagros de la Reforma.

Aquí ataja el discurso el anglicano Gordon y se pone á encomiar á los camisardos con estas palabras: «En la historia de sus padecimientos y obediencia á la fe en los montes de Cevennes, á donde se guarecieron huyendo de sus perseguidores por causa de la revocación del edicto de Nantes, oimos mencionar constantemente el uso de dones milagrosos. Allí hubo divinas curaciones y extraordinarios actos del Espíritu en vivificación é inspiración. Los que durante su destierro trajeron sus artes é invenciones mecánicas á Inglaterra para bien de la nación, trajeron también consigo el abolido arte de sobrenaturales curaciones para asombro de la Iglesia de Cristo.» [1] Cuenta Voltaire á este propósito que cuando en 1707 dos protestantes Duillier y Dandé llegaron á Inglaterra de las montañas del Delfinado con dos ó trescientos profetas en nombre del Señor, como ellos decían, se les preguntó con qué prodigios querían abonar su misión. Ellos respondieron que estaban dispuestos á resucitar un muerto. Dióseles á escoger el cadáver que mejor les pareciese. La resurrección se había de efectuar en la plaza pública, delante de los comisarios de la reina Ana y á vista de un inmenso gentío. El resultado fué sacar á la vergüenza á los pretensos resucitadores. [1] Con esto queda respondido á las exorbitancias de Gordon, y probado que ningún camisardo hizo verdaderos milagros.

Vengamos á los quákeros. Profesan que las Escrituras no son regla esencial y primaria de fe y costumbres, sino secundaria, subordinada al espíritu; que el testimonio del espíritu es el único criterio de la revelación; que el verdadero culto nace del impulso interno é inmediato del espíritu privado. Estas doctrinas les achaca Roberto Barclay en su *Apología*. [2] De ellas había de originarse un cúmulo de extrañezas, como andarse los quákeros desnudos por calles y plazas, tutear á las gentes, no respetar á chico ni á grande, y otras cosas de este jaéz que llamaban inspiraciones del cielo. Cuando Fox, subiendo de remendón á fundador, andaba en pensamientos de establecer su secta, tuvo visiones, éxtasis, revelaciones, con que entendió ser llamado por Dios para enseñar á los hombres el camino de la salvación, y convertido en apóstol y profeta predicaba la filantropía y la pureza del culto espiritual arremetiendo furioso al culto externo y á los sacramentos. «Alentado con los primeros triunfos quiso hacer milagros y pretendía haberlos hecho. Sus discípulos los publicaron y los dieron por prendas de la verdad de su doctrina. Pero luego, abandonado este argumento, dijeron que, como Fox no anunciaba una religión nueva, sino el ejercicio de la antigua, no era menester que hiciese milagros.» [3]

El misticismo del maestro fué la norma de los discípulos. En sus juntas entraban en profunda contemplación, y al mejor tiempo turbaban de repente el silencio con voces como de espiritados. Al calor del predicante encendíanse los oyentes, y poníase cada cual tembloroso y demudado rompiendo el cielo á gritos con la intensidad y duración posible. También en las plazas públicas labradores y magistrados, militares y artesanos, casadas y donce-

[1] Carried here and there the lost arts of supernatural healing to the wonder of the Church of Christ.—*The Ministry of Healing*, p. 93.—*Morning Watch*, B. IV, p. 383.

[1] Le resultat fut de mettre les prétendus ressusciteurs au pilori On devrait ainsi en user à l'égard de tous ceux qui s'élèvent contre l'autorité de l'Eglise, qui n'a pu être établie que par miracles, et dont l'existence seule est un miracle.—*Œuvres de Voltaire*, edit. de Kehl. t. XLII, p. 184.

[2] Prop. II, III, XI.

[3] CLARIS, *Dictionnaire des hérésies*, art. 2 na Kers.

llas temblaban, profetizaban, daban voces contra la iglesia anglicana, insultaban á los ministros, declamaban contra la corrupción de todos los estados, y entrando en los templos revolvían la gente, alborotaban el sosiego de las funciones y no dejaban protestante que no maltratasen y vejasen. Creíanse inspirados de Dios, templos del Espíritu Santo, miembros de familia divina; y por eso Jorge Fox, su fundador, escribió á todos los monarcas del orbe, áun al Gran Sultán, intimándoles de parte de Dios que recibiesen su doctrina.

En cuya confirmación traslada Gordon algunos de los milagros que Fox hacía é iba recogiendo en su *Diario*. «Había en Lincolnshire un hombre principal que estaba emfermo tiempo hacía y desahuciado de los médicos; varios amigos de la ciudad desearon que yo fuese á visitarle, y fuí, entré en su aposento, le hablé la palabra de vida, y me sentí movido á rogar por él, y el Señor fué rogado y le restituyó la salud.» [1] «Una mujer enferma, prosigue Fox, no era ya de este mundo... Yo, movido de Dios la hablé, y el Señor la hizo revivir con espanto de la ciudad y comarca.» [2] Añade Gordon. «Este libro está lleno de semejantes ejemplos, narrados sin ostentación y sin amplificaciones, pero casi por doquier se apuntan milagros.» [3] Esta es la lástima, que no dén Fox ni Gordon los necesarios pormenores sobre la índole de cada enfermedad, y sobre la instantánea y radical curación, porque sin eso tan poco crédito merecen los milagros como las perversas doctrinas de los quákeros. Y cierto, desde que Barclay reformó el quakerismo, quedaron los milagros en el sepulcro del olvido.

Los anabaptistas fueron otra plaga de langostas, que á las órdenes de Carlostadio y Muncer asolaron los restos del culto católico que Lutero en Alemania había dejado en pie. Entre ellos y los luteranos ardía guerra feroz. Corrieron por la Suiza, Frisia, Países-Bajos, Inglaterra, Holanda haciendo tala en el campo de la fe; pero como llevaban la peor parte hubieron de amainar en su fanatismo, y formaron la sociedad de los Hermanos de

1 *Journal*, B. I, p. 111.
2 *Journal*, B. I. p. 281. 3 *The Ministry*, p. 95.

Moravia, que también experimentaron adversa fortuna, y hubieron de huir, viniendo los unos casi á perecer del todo, los otros á convertirse en anabaptistas pacíficos, y después de subsistir unidos en Holanda se dividieron en catorce y más sectas. [1]

También á éstos regala milagros el anglicano Gordon. «Powell, astro matutino de los anabaptistas de Gales, hacía oración, y por ella muchas personas se sentían libres de peligrosas enfermedades.» Esto escribe copiándolo de Irving. [2] Muy fácil es de contentar el hereje Gordon cuando tan breves indicaciones le llenan las medidas. Para definir la calidad de un taumaturgo otras condiciones exigimos los católicos, que no se cumplieron en los anabaptistas. Mejor que Gordon entendió Lutero las travesuras de estos herejes. «No me digáis, escribía, que revelaciones particulares os dan razón. ¿Cómo podría Dios confirmar con prodigios el robo, el asesinato, el estrago y la usurpación del derecho de los magistrados?» [3]

Los moravos, rama luterana del siglo pasado, enseñan estos principios: basta para salvarse la fe interna, la ley moral contenida en las Escrituras no es regla de vida para los creyentes, aquel carece de fe que no abomina de los sacramentos, tantos hombres van al infierno por el camino de la oración como por el camino del robo y asesinato, el que busca la salvación por las obras en vano la busca. [4] El traductor de Mosheim tacha á este historiador de benigno con los moravos, y los pinta licenciosos y fanáticos. El obispo protestante de Glocester los acusa de grandes abominaciones que honran poco á los luteranos. [5] Sin embargo Gordon cuenta de ellos esclarecidos milagros. Copiando al fundador Zinzendorf dice: «Tenemos indubitables pruebas en curaciones de enfermedades incurables, como cáncer, tisis, que á los pacientes aquejaban en la agonía de la muerte. Todas las remedió la oración ó una sola palabra.»—«En esta conyuntura (1730) varios dones sobrena-

1 *Dictionnaire des hérésies*, art. *Anabaptistes*.
2 *Hist. of the Baptists*., p. 333.
3 Catron, *Hist. del fanatismo*, t. I.
4 Maclaine, *Hist*. t. VI.—Warburton, *Doctrina de la gracia*.
5 Claris, *Dictionn. des hérésies*, art. *Herhunters*.

turales se han manifestado en la iglesia, y milagros y prodigios se han obrado.» [1] A continuación narra Gordon el siguiente «hermosísimo destello.» Tenía Juan de Watteville una hermana gravemente enferma en Hernhut. El médico quedaba sin esperanza y el marido andaba lleno de congoja. Watteville mandó que los músicos cantasen con instrumentos al pie de su ventana un himno á la Cruz. La enferma alentó la confianza oyendo el canto, se incorporó, y se halló del todo bien, alargando la vida á treinta y cinco años. [2] Es de esperar que determine Gordon quién fué el taumaturgo de las curaciones alegadas, y sobre qué suertes de dolencias recayeron, y qué medios se emplearon hasta la total convalecencia, porque sin éstos y los otros requisitos demandados por Benedicto XIV, es pueril necedad hacer demostraciones de triunfo.

Añade Gordon dos milagros de los confederados escoceses *(Scotch Covenanters)*, cuyas proezas especifica el libro *The Scots Worthies*, escrito por Horvie con gran miedo como quien acumula razones para hacerle creible. Gordon no sabe disimular la desconfianza que le infunde su verdad histórica, sin embargo entra en el relato de una resurrección milagrosa, obrada por Juan Welch diciendo así: «Púsose éste á hacer oración junto al cadáver de un joven, que tras de larga y penosa enfermedad había cerrado los ojos y espirado en opinión de los presentes. A pesar de la resistencia que ellos hacían, permaneció Welch orando tres, doce, veinticinco, treinta y seis, cuarenta y ocho horas, y cuando ya habían logrado los amigos sacarle el cadáver de las manos para llevarle á enterrar, pidió Juan una hora más; y terminada reunió á sus amigos y les mostró al mancebo lleno de vida con grande admiración y espanto de todos.» [3] ¿Y no se le cayó la pluma de vergüenza al escritor Gordon cuando hacía el borrón de un tan imbécil taumaturgo? No quiso decir el hereje si los ratos empleados por Welch en rezar fueron sucesivos. Si lo fueron, compondrían seis buenos días; si no lo fueron, gastó dos en resucitar al joven «muerto según la aprensión de los espectadores.» Los taumaturgos romanos resucitan cadáveres con menos flema. ¿Y en esos dos ó seis días ningún remedio se suministró al imaginado cadaver? ¿Cómo no explica Gordon en qué consistía aquella *(A long wasting sickness)* tan terrible dolencia que acabó al paciente? No sin su cuenta añade Gordon, que varias de las curaciones descritas en el libro *Scots Worthies* se retocaron en las últimas ediciones. Repugnaban al sentido común de los que las habían inventado.

Júntense á los dichos los milagros de los metodistas. Enseñan estos principios: «El espíritu de Dios baja de improviso en las almas de ciertas personas y las persuade su justificación y salvación; los pecados que después cometan no pueden serles de daño, Dios no los mira; las buenas obras hechas antes de la fe, no valen; después llegan tarde, porque el que las hace está ya justificado.» [1] A estos descomunales errores quiere Gordon dar por firma y sobresello el milagro.

La secta de los metodistas nació de la anglicana en el siglo pasado, y extendióse por los Estados-Unidos con predicación de vida áspera y penitente. Su más notable solemnidad es la *asamblea de campo*, que celebran cada año por otoño. El ministro hace un sermón al anochecer, y dada la orden los jóvenes de ambos sexos entran en un cercado, se echan en la paja prevenida para ello, y entre cantos, gritos y convulsiones, dan pábulo á la viveza de sus fantasías. [2] Fuera de estos *milagros* describe Gordon el siguiente. Una mujer estaba coja y no había dado un paso tiempo hacía. «Mi querida hija, dice Beuson, quedó sin el uso de uno de sus miembros y sin el menor rastro de sensibilidad, ó capacidad de andar ó de cargar peso en él; por espacio de doce meses estuvo sin poderse valer. Yo me afligía mucho porque el tendón se había contraido y temía que perdiese el uso de la pierna por siempre.» Pusiéronse en oración. «Ana, después de dar el pecho á su criatura, hizo señas al ama que se la tomase, y al instante se levantó y dijo: Yo puedo andar, yo siento que puedo,» y salió á la sala por sus pies

---

[1] Bost. I. p. 111.
[2] *The Ministry of Healing*, p. 83.
[3] *The Ministry*, p. 87.

[1] Wesley, *Appel.* p. III.—*Obras de Fletcher*, t. III.—Dauern. *Las cartas metodistas*.
[2] Claris, *Hist. des hérésies*. p. 1004.

y la recorrió tres veces. Este hecho que se publicó en el *Methodist Magazine*, fué tenido por pasmo de la divina omnipotencia.

Con argumentos tales como estos demuestra Gordon la conclusión que asentó, según dijimos en el libro anterior, [1] conviene á saber: «Valdenses, Moravos, Hugonotes, Confederados, Baptistas, Metodistas, todos ellos poseen milagros en sus Anales.» [2] Pero una cosa es que los posean en sus Anales, y otra que los posean en realidad; y una cosa es que el hecho esté escrito, y otra que lo escrito esté hecho. Al católico más condescendiente se le ofrecerá proponer á Gordon las siguientes preguntas acerca de las curaciones dichas, dando de barato que la relación sea exacta y digna de fe, que no es poco otorgar. ¿Las enfermedades eran considerables, peligrosas, orgánicas, inveteradas, de imposible, ó siquiera, de dificultosa curación? ¿Estaban en vía de mejorar? ¿No se adoptó en la cura remedio alguno ordinario, fuera de la oración? ¿La convalecencia fué súbita é instantánea? ¿Cesaron los dolores de repente sin molestia ni dificultad? ¿Fué la curación entera y perfecta? ¿Coincidió crisis sensible capaz de causar mejoría? ¿Fué constante y permanente la salud recobrada, de suerte que la recaida no sobreviniese luego? ¿Era la enfermedad de tal índole que amenazase con muerte irremediable? ¿Pudo tener influencia en la cura la imaginación ó el estado moral del enfermo? ¿Qué dictamen dieron los médicos y cirujanos á todas estas preguntas?—Gordon en la relación de los milagros antedichos no satisface á ninguna de dichas condiciones, que son en substancia las que la Iglesia Romana propone y quiere ver legalmente cumplidas, sopena de contar por nulas todas las relaciones de milagros.

Cuando Gordon haya dado la justa satisfacción al interrogatorio propuesto, quedan otras dificultades por resolver. Por ejemplo, quién da, quién recibe entre los protestantes las testificaciones de sus milagros; á qué trámites, á qué condiciones, á qué juramentos se someten los deponentes; qué tribunal entiende en el examen de las deposiciones; qué criterio siguen en la averiguación de la verdad histórica de los hechos; qué criterio en calificar la verdad filosófica; quién es el juez en última instancia; dónde vive la curia ocupada en estimar ó desestimar las informaciones; quién es el promotor de la fe protestante, encargado de proponer todas las objeciones posibles contra las dichas curaciones para que de su solución resulte mejor la verdad de los milagros; cuáles son los aprobados, cuáles los reprobados por la legítima autoridad. Porque en la Iglesia Romana, que es en boca de ellos la impura Babilonia, á todas estas prescripciones está sujeto un milagro, y el que por ellas no pasó ningun crédito merece de los católicos, como va dicho al fin del libro primero. Siendo esto así, ó respondan los protestantes á estos cargos, ó ténganse por convencidos de no haber presenciado un solo milagro de curación, por más que los estampen á miles en sus Anales. Tienen los anglicanos una teología muy original. Sectas contrarias y enemigas, que apenas tienen de común artículo alguno, sino es la interpretación privada de las Escrituras, quieren que Dios ponga colmo á sus torpísimos errores con realzadas firmas de su omnipotencia. O ignoran la historia de su casa, ó no saben lo que es un milagro, ó se forman de Dios un concepto tan absurdo como ellas mismas son.

ARTÍCULO V.

Los jansenistas.—El diácono Páris.—No hizo milagros.—Los convulsionarios de San Medardo.—Hechos notables.—O naturales ó diabólicos.—El demonio da razón de todo.—Los mormones no hicieron milagros.—Los apóstoles españoles.—Resumen: ningún hereje hizo verdaderos milagros.—Consecuencia práctica que resulta de comparar las sectas disidentes con el catolicismo.—Por qué aborrecen los milagros católicos.

El jansenismo ha sido la herejía más endiablada, sutil y peligrosa que fraguó el padre de la mentira. Eran herejes los jansenistas, y no querían parecerlo, siempre protestaron veneración á la Iglesia, y al declararse rendidos á sus decisiones, sustentaban, por reputación, con sutilezas los mismos errores. Los sectarios protestantes veían en el Pontífice romano un enemigo; ellos se vendían por sus adoradores (papílatras). Port-Royal fué la fragua del jansenismo. Puras como ángeles, soberbias como demonios eran las *Madres de la Iglesia* que moraban en aquel monasterio; no menos soberbios eran los ministros, magistrados, sabios, Pascal, Arnaldo, Nicole, Hamon, Sacy, Racine, Conti, Tillemont, Berulle, La Bruyère, Lancelot y

[1] Cap. XI, art. I.
[2] *The Ministry of Healing*, p. 78.

otros tales, que formando una suerte de club teológico, sentina de errores, escuela de aparentes virtudes, tenían levantado un torreón de defensa contra la Sede Apostólica, sin que fuera parte la autoridad de la Sorbona, de los obispos, del Papa, de la Iglesia universal para poner freno á la arrogancia de aquellas vírgenes locas, ni á la hinchazón de aquellos orgullosos ingenios. Fué menester un castigo ejemplar para poner en razón la insolente rebelión de los jansenistas.

Francisco de Páris, hombre terco en sus manías, consumido por las austeridades muere á la edad de treinta y siete años, muere despechado y furioso contra la Bula *Unigenitus* del Papa Clemente XI. Los jansenistas le veneraron con el renombre de taumaturgo; enterráronle en el cementerio de San Medardo. Aquí hubo prodigios sin cuento. Dióse á la estampa su vida en varias ciudades. Volúmenes enteros salieron á pública luz henchidos de milagros, alcanzados, decían, por invocación del diácono difunto. En el *Dictionnaire des Jansénistes* publicado por Migne, 1847, se mencionan con sus títulos cincuenta libros, impresos en aquella época, para celebrar estos prodigios y favorecer la causa del jansenismo. Los amigos y paniaguados de la secta elevaron súplicas al arzobispo de París, rogándole tuviese por bien de abrir el proceso de los milagros, y con razones procuraban ponderar que aquellas curaciones excedían la raya de lo natural, insistiendo en que la devoción particular al diácono tributada no se podía impedir.

Tomaron la mano en esta causa los varones más esclarecidos entre los católicos del reino. Los médicos demostraron que parte de los milagros eran supositicios é imaginados, y parte cosas puramente naturales. Los teólogos probaron lo mismo con invencibles argumentos. El rey cristianísimo informado de los médicos mandó cerrar el cementerio de San Medardo (edicto 27 Enero 1752—17 Febrero 1733). El arzobispo de París y otros Prelados insignes prescribieron á los apelantes los requisitos que habían de tener las curaciones para estimarse milagrosas, y mostraron cuán ajenas estaban las presentadas de llenar las condiciones. En fin, el Papa Clemente XII proscribió la *Vida* del diácono Páris, porque contenía proposiciones falsas, ofensivas, malsonantes, escandalosas, injuriosas, temerarias, impías, erróneas, cismáticas, heréticas y llenas de espíritu heretical. [1]

Tenemos pues que los prodigios recogidos en la tumba de Páris, después de riguroso examen, fueron ya desde el principio declarados falsos é ilusorios. «Los milagros del santo jansenista fueron condenados por Pastorales de Obispos, anatematizados en los púlpitos y mofados en los teatros... En una palabra, la leyenda de los milagros del abate Páris no ha encontrado hasta el presente más crédito que en el partido jansenista, á pesar de las demostraciones que los convulsionarios y sus defensores han dado de su autenticidad.» [2]

Así las cosas, sale al teatro Carré de Montgeron, trocado de deista en jansenista, con la mira de poner por las nubes la verdad de los milagros y presentar las convulsiones como señales de divina intervención. Publicó su libro en 1737. [3] Tomó la voz el protestante Littleton contra el francés en *La religión cristiana demostrada por la conversión y el apostolado de San Pablo*, en 1747. Asentadas dos cosas que concurren al crédito de los falsos milagros, la disposición de los ánimos vulgares fácilmente propensos á engañarse, y el afán de los doctos en seducir al vulgo y en autorizar el engaño, «ambas cosas, dice, hemos visto reunidas en los famosos milagros hechos, como se pretende, en el sepulcro del abate Páris... La gente sabia, mancomunada para celebrarlos, sostenía que se obraban en favor de su partido, y los falsos devotos que les daban crédito estaban dispuestos á esa credulidad. Sin embargo de estas ventajas, ¡con qué facilidad se vino á poner término á la fama de los prodigios! Bastó tapiar el sitio en que estaba el sepulcro del *santo* que obraba, según decían, tales maravillas. Al punto no faltó quien se apresurase á poner en el muro del cementerio los dos versos siguientes:

De par le roi, défense á Dieu
De faire miracle en ce lieu.

«El pasquín era ingenioso, pero el suceso hizo que cayese en ridículo el partido

[1] *Litter. Apost.*, 19 Junio 1734.
[2] Bern. Picart., *Cerémonies et coutumes religieuses*, 1736, t. IV, p. 182.
[3] *La vérité des miracles de Pàris.* 3 vol. in. 4."

que le había fraguado. Si hubiera Dios hecho en realidad algunos milagros, ¿cómo una tan visible prohibición habría tenido su efecto? ¿Cómo el designio de Dios habría venido abajo con la construcción de la pared? Cuando metieron en la cárcel á todos los apóstoles para apagar el ruido causado por sus milagros, el ángel del Señor les abrió las puertas y los puso en libertad. Pero el poder del abate Páris ni fué bastante para derribar la pared que cerraba la entrada á sus devotos, ni para obrar milagros á pesar de aquel estorbo. ¡Tales son los milagros que los incrédulos sin empacho comparan y oponen con frecuencia á los de Jesucristo y de sus apóstoles! La fuerza de la razón me ha dado aliento para hablar así.» Y hablando así, persuade el anglicano con argumentos que las curaciones de Páris más se debían á la sagacidad de los sabios que á la credulidad de los ignorantes.

Esta exposición convence que los prodigios narrados por Montgeron no revelan especial asistencia de Dios. En esta parte vemos á muchos escritores franceses inclinados más de lo justo á realzar la importancia de las imaginadas curaciones. El P. Bonniot emplea mucho esfuerzo en demostrar cómo los ocho prodigios, descritos por Montgeron, no pasan de naturales ó diabólicos. Vano empeño. Ante todo debería poner fuera de cuestión la verdad histórica, y luego probar la falsedad filosófica de los milagros. La verdad histórica de las curaciones de ninguna manera es cierta, como va dicho. Tiempo perdido es el ocupado por el P. Bonniot [1] en discutir cosas cuya existencia no consta. El docto benedictino La Taste [2] respondiendo á la propuesta sobre si las cosas merecían consideración, declaró que por una parte los testimonios eran falsos ó gravemente sospechosos, y por otra, que las razones alegadas distaban infinito de probar la realidad y verdad del milagro. [3] Para demostrar que las maravillas del diácono jansenista fueron ficciones ó patrañas, debería bastar la autoridad de Benedicto XIV que vivía en aquella sazón. [4]

Las convulsiones van por otro camino. A los principios hubo mucho embuste, pero después no es posible negar que acaeciesen cosas notables, mayormente cuando la autoridad eclesiástica hubo vedado aglomeración de gente en el cementerio. Veamos cómo las cuentan. «Basta echar en el agua polvos del sepulcro de Páris para sentir agitaciones convulsivas. Los convulsos á los pocos días llegaron á ochocientos: habíalos en la calle, en las casas, en las tabernas.» [1] Unos brincaban hasta el techo articulando voces desconocidas, otros bramaban como fieras, otros volteaban sobre un pie sin parar más de una hora y sin poder contenerse, á otros les duraba meses la convulsión renovándose en ciertas horas del día, otros quedaban amortecidos por dos y tres días enteros, otros rompían de repente en discursos contra la Bula *Unigenitus* con gran claridad y tino, otros rezaban, puestos en alto los pies, salmos con gran devoción y afecto, otros cantaban á Dios alabanzas con visajes horribles y haciendo volteretas, otros hablaban cual si una fuerza superior los apremiase y les diese hechas las palabras.

No paraban ahí las maravillas, otras más raras y repugnantes se echaron de ver. Quién se hizo colgar de un palo con cordeles, quién coser con clavos manos y pies, quién sufrió agujereamiento de la lengua y desgarramiento de las carnes. [2] A más de quinientas mujeres pasaron por las llamas, prensaron la cabeza entre dos tablas, descargaron golpes en el vientre, pecho y demás partes del cuerpo con puntillazos, piedras, barras de hierro, gozándose en la crueldad de estos tormentos con desusado placer. El autor que defiende la autenticidad de estos fenómenos es el doctor Montègre [3] copiándolos del magistrado Carré de Montgeron, hombre crédulo, materialista, testigo ocular que mereció loores del impío Diderot. [4] Si los dos campos enemigos, sobrenaturalistas y antisobrenaturalistas, no se hubieran declarado con tanta concordia por la verdad de las convulsiones, las podríamos tener por sospechosas; si bien cabe alguna duda en ciertos particulares, poco hace á nuestro intento su crítica averiguación.

Una joven de veintidos años, arrima-

1 *Le miracle et ses contrefaçons*, p. 225.
2 *Lettres théologiques*, 1739.
3 *Lettre* XXI.
4 *De servor. Dei beatific.* lib. IV, p. I, cap. VII n. 20. —Henrion, *Hist. de l'Eglise, livre* LXXXVII.—D. Emilio Moreno Cebada, *Hist. de la Iglesia*, siglo XVIII, cap. IV.

1 Dr. Calmeil, *La folie*, t. II, p. 325.
2 Dulaure, t. VII, p. 436.
3 *Dictionnaire des sciences médicales*, art. *Convulsion.*
4 *Pensées philosophiques.*

da contra la pared, recibió en el vientre más de cien golpes de manos de un hombre robusto armado con un morillo de una arroba; la convulsionaria mostraba sentimiento y se quejaba de que fuesen tan blandos los palos que le magullaban las carnes; menudeáronlos con más fuerza hasta penetrar las entrañas, y entonces mostró bañarse en agua de ángeles por la dulzura que sentía. Otra prueba hicieron con ella. Tendida en tierra, cargaban sobre su cuerpo una tabla con veinte personas encima; y aún le parecía liviano peso. Después desplomaban sobre su pecho una piedra que pesaba veintidós libras, por cien veces seguidas; cada vez retemblaba el suelo con la fuerte sacudida, pero ella impasible y sin recibir daño en el cuerpo se regalaba en su interior. Otro, asiendo de un hierro puntiagudo, se le hundió en el vientre con toda la posible fuerza: tanta crueldad, que estremecía de horror á los presentes, á ella le era raudal de inefable consuelo, sin que se notase en su piel la menor señal de rasguño.

Otras muchas cosas se pasan en silencio, de no menor admiración. La joven *Salamandra*, cercada de fuego, descansaba como en lecho de rosas sin cuidado ni mal; á otra le hincaban una espada, y aunque el cuero cedía, nunca lograron penetrar con la punta dentro de la carne viva; un taladro hecho á otra en la palma de la mano con un clavo, cerróse al punto y se cicatrizó. Temeridad parece poner duda en hechos tan notorios, que tienen en su abono magistrados, eclesiásticos, médicos y toda suerte de testigos, como consta en los procesos verbales.

Toca ahora inquirir la causa de estas maravillas. En primer lugar, fácil cosa es entrever el misterio de lo ocurrido en San Medardo. Un diácono muerto y enterrado atrae la atención del vulgo, y con la tierra de su sepultura óbranse tan grandes novedades cuales apenas se vieron en sepulcro de santo cononizado; quinientas mujeres caían en excesos de fanatismo y en convulsiones inexplicables. En tan gran número de fanáticas suponer estado mórbido, alucinación, demencia, es enredarse en laberintos sin salida. Pretende el Dr. Calmeil que «eran solamente fenómenos musculares, parecidos á los histéricos; locura mística, estado mórbido de los agentes de inervación, de alucinación.» Pero ¿qué diremos de la *Salamandra*, que duraba en las brasas sin quemarse? ¿qué, de aquella resistencia de los tejidos á los espetones y espichones? ¿qué, de los cuatro mil palos recibidos de brazos robustos en delicadas doncellas? ¿qué, de los cien golpes asentados en el cuerpo de lo alto con una piedra de medio quintal? ¿qué, del atenaceamiento de la piel? ¿y todo esto sin heridas, sin sangre, sin dolor, con increible deleite? No cabe en esto alucinación, ni son musculares estos fenómenos. Dirán los adversarios que «muchos de estos fanáticos estaban ilusos y se creían invulnerables, porque veinte veces se averiguó que muchos de ellos ofrecían, á consecuencia de las crueldades que solicitaban, largas enquimosis en los tegumentos, é innumerables contusiones en las superficies que habían padecido furiosos asaltos.» [1] Aún dando por cierto que la anestesia no les dejaba sentir pena, y que se complicaba con trastornos del sistema locomotor y con un estado de rigidez de los músculos; en este caso, si los hechos son reales, y si hubo enquimosis, contusiones, congestiones, ¿dónde están los brazos rotos, las entrañas destrozadas, las cabezas descalabradas, los miembros estropeados que naturalmente habían de notarse? ¿las congestiones y contusiones no prueban por ventura lo maravilloso de estos accidentes?

Además, ¿cómo la viuda Thevenet, bárbaramente atormentada mientras era jansenista, se halló del todo sana el día que se hizo católica, y echó de sí el retrato del diácono Páris? ¿Cómo se explica, por vía natural, que otro convertido de católico en jansenista, leido que hubo un capítulo del P. Quesnel, se viese forzado á hacer volteretas seis meses continuos sin poder ser dueño de sí? La sola imaginación no era causa bastante de tan raros efectos. ¿Cómo sentenciaremos á los que hablaban lenguas desconocidas? ¿Cómo definiremos á los que confesaban sentir en sí una fuerza imperiosa que obraba en su interior, y les movía lengua, labios y garganta, y los forzaba á decir cosas que nunca jamás habían oído ni pensado? ¿Es acaso poderosa la sobreexcitación cerebral, *la locura mística*, la alucinación, la imaginativa delirante, para poner en su punto la novedad de estas maravillas?

---

[1] CALMEIL, *De la folie*, t. II, p. 386.

Sin duda acudió la malicia á exagerar los sucesos, muchos eran naturales, muchos imaginados, muchos fingidos, muchos mal definidos. [1] Pero si es verdad, como La Taste lo refiere, [2] que la viuda Thevenet «se elevaba á veces á siete ú ocho pies de altura, y áun hasta el techo, llevando consigo á dos personas que hacían presión con todas sus fuerzas, y mientras se levantaba, los vestidos se le replegaban en la cabeza espontáneamente,» éstos y parecidos fenómenos de ningún modo obedecen á causa natural. [3]

Castigo fué muy merecido, para humillar la desapoderada soberbia de los jansenistas, dar Dios licencia al demonio, y burlar con sus trazas las trazas de sus burladores. «Si las grandes lumbreras de Port-Royal hubieran podido antever los saltos de San Medardo y las horribles escenas de los apaleadores, habrían muerto de vergüenza y de pesar.» Esto dice el conde de Maistre. [4] De lo que él dice, y de lo que refieren los autores contemporáneos, sólo pretendemos sacar en conclusión que los jansenistas no hicieron milagros. Porque examinadas con atención las curaciones, vemos claramente, que aunque los jansenistas puedan vanagloriarse de haber sido los herejes más ricos en cosas maravillosas, no las tuvieron milagrosas, como dicho va, y lo demuestran Lafiteau, [5] Bergier, [6] La Taste, [7] Feller, [8] los cuales tienen estas curaciones por puras patrañas, tanto de parte de la enfermedad, como de la salud, como de los testigos, como de todo junto; y áun los mismos protestantes hacen burla de ellas, [9] y es muy de advertir que el historiador era, á fuer de jansenista, interesado y de sospechosa autoridad.

Mas, en fin, las convulsiones, arrebatamientos de sentidos, transportes de imaginación, alucinaciones mentales y demás perturbaciones del sistema nervioso, cosecha son ordinaria y propiedad de los herejes, mayormente en las mujeres. Y el demonio, que sabe sacar provecho de este arbitrio, en daño de las almas, aplica para explotarle los medios que más cuadran con su malicia y astucia. ¿Qué le cuesta al maligno exaltar los nervios de manera que el dolor se torne gozo, y se hagan los cuerpos insensibles y como de bronce? ¿Qué le cuesta con vigorosa resistencia hacerlos impasibles, invulnerables, incombustibles, cual si fueran de diamante? Queda expuesto ya en las págs. 134, 135, 879. Dios, cuando permite una herejía, permite que los herejes se desbaraten, no sólo trastornándoles el juicio, mas también el orden regular del organismo. Apenas hubo herejía en cuyos secuaces no tuviera mano la destreza del diablo. Las crisis nerviosas sírvenle á propósito, habida licencia de Dios, para acreditar por algún tiempo la tenacidad del error, cebar vicios, atropellar leyes, doblar pecados y arrojar á ruindades contra la sana moral.

No son, pues, fábulas ó supercherías todas las cosas de los herejes; ni, porque no alcancemos la causa de un prodigio, nos asiste razón para negar la realidad del hecho. Es pernicioso dictamen juzgar que los herejes no han de presenciar en su secta obras maravillosas. Casi es fuerza que las vean, porque tienen al demonio de su parte. Rechacen la verdad de las maravillas hereticales los que destierran al demonio del mundo. No es prudencia negarlo todo sin reparo, como hacen los excesivamente medrosos, pensando que los prodigios de los herejes han de poner la verdad de la católica religión á dos dedos de su ruina. Aunque no poseyésemos en el catolicismo otro milagro más que la resurrección de un muerto, podríamos entrar en campo con toda la turba de herejes y mostrarles con evidencia la verdad de la católica religión.

Finalmente los Mormones hacen gala de milagros. Julio Remy, [1] entre los centenares que dice leyó, cuenta dos del tenor siguiente. Alston Marsden, sordo-mudo de nacimiento, fué bautizado á 28 de Marzo

---

1 *El Siglo Médico*, (t. XXVIII, p. 584), trae una carta del Dr. José Reig y Gascó, fecha Julio de 1881, en donde se hace una descripción maravillosa de los enfermos que suelen juntarse en Jaca todos los años á 25 de Junio para festejar á su patrona Santa Orosia. Son verdaderamente convulsionarios; llámanse *endemoniados* por mote; pero su mal es nervioso, los accesos catalépticos, epilépticos, demonopáticos, son de lo más raro que se conoce. «Los individuos cuyo estudio estamos haciendo, no son otra cosa que verdaderos enfermos afectados de desorden nervioso conocido con el nombre de *histerismo*.» (Ibid, p. 586.)—Algo más que eso tenemos en nuestro caso.

2 *Lettres théologiques*, t. II.

3 Waffelaert, *Dictionn. apolog.*, art. *Convulsionnaires*.

4 *De l'Eglise Gallicane*, p. 34.

5 *Hist. de la Constit. Unigenitus*, liv. VI, 1731.

6 *Confut. de l'Examen*, p. 1, chap. VI.

7 *Epist. Theolog.*

8 *Catecismo filosóf.*, lib. IV, cap. III.

9 Campbell, *Dissert. of miracles*, p. I, sect. V.

1 *Voyage au pays des Mormons*.

de 1854 á la edad de 18 años. El día siguiente recibió la confirmación de mano de los Elders (ancianos). Casi en el acto percibió sonidos, y pronto articuló las palabras papá, mamá, que nunca había oído. Después aprendió á hablar. La curación la testifican veinte testigos. Una mujer llamada Crawell tenía en la cabeza un cáncer que le había devorado parte del cráneo. Estaba á punto de espirar cuando el anciano Benjamín Brown la frotó con aceite. El domingo siguiente fué á la iglesia sin rastro de cáncer y la cabeza cubierta de piel muy sana.

Estos dos casos son poco circunstanciados para sacar de ellos lo que se pretende. El mormonismo desde su origen es un tejido de embustes y artificios. «Que un poder sobrehumano presidió á la fundación de la iglesia de los mormones, dice el doctor Brownson, nadie podrá dudarlo, ni podrá un hombre sensato negar que ese poder no es divino: el mormonismo es á la letra la sinagoga de Satanás.» [1] José Smith, profeta de los mormones, era un visionario, ignorante, de malas costumbres. De tal árbol tales frutos se podían esperar. El día 21 de Septiembre de 1823 recibió Smith revelaciones de un ángel, y encargo de buscar en las entrañas de la tierra unas tablas que contenían la suma de estas comunicaciones. Dió con ellas Smith, y su contenido constituye el libro sacro de los mormones, que es para ellos inspirado como la Biblia.

Esta fanática secta nació en 1827 en el Norte de América para hacer guerra al protestantismo dividido en mil pedazos. El fin principal de su autor fué restablecer la vida espiritual de los pueblos y la comunicación de los dones divinos, que el anglicanismo ha contaminado y corrompido. Para resucitar el espíritu de vida en la sociedad cristiana, profesan haberles venido del cielo la facultad de continuar los milagros de la primitiva Iglesia. Hasta el presente, con haberse extendido por los Estados Unidos, por las Indias orientales, por Inglaterra y Dinamarca, no han podido probar uno que es uno de todos cuantos encarecen. [2] Sin embargo Julio Rémy en la obra antes citada escribió las siguientes bravatas: «La iglesia mormona se atribuye el poder de obrar milagros reales, que los teólogos explican sencillamente y sin admitir que las leyes de la naturaleza hayan por eso padecido alteración. Todos los milagros históricos, y lo mismo digamos de los verificados por los mormones, son obra del Espíritu Santo cuya virtud se derrama en millones de partículas que le hacen presente en mil lugares á la vez sin turbar el orden y armonía eterna de los mundos.» Si fuéramos á poner en su propia desnudez las mentirosas afirmaciones escritas en loor de esta extravagante secta, sería perder el tiempo y el trabajo. La verdad, profesan los mormones comunidad de bienes, pluralidad de mujeres, anuncian el advenimiento del reino de Dios y arróganse el título de Santos del postrer día. Sus desmanes han dado no poco qué hacer á los gobiernos de los Estados Unidos. [1] «La mentira, dice el Padre Bonniot, se ostenta en la aurora del mormonismo, esto es lo seguro y lo que vicia y corrompe todo lo demás. ¿Qué importa que nos ponderen los milagros de esa religión fundada en falsedad y mentira?» [2]

Algo se parece á ella la secta de los *apóstoles*, que corre en el día por España escandalizando las capitales de Madrid, Sevilla, Valencia y otros pueblos del Mediodía. Son los *apóstoles* una suerte de iluminados que vienen á regenerar el mundo por la comunicación del Espíritu Consolador. [3] Como los apóstoles *primitivos*, predican los nuevos la paz y dan la salud (pág. 316), con esta diferencia: aquéllos evangelizaron determinadas regiones del globo, éstos son llamados á alumbrar al orbe entero. [4] Los doce apóstoles llámanse *primitivos* porque eran los doce patriarcas nacidos de Abrahán (pág. 335), y actúan de continuo en la tierra comunicando sus espíritus á los *apóstoles* nuevos, [5] á fin de restituir al cristianismo su primitiva pureza (pág. 378).

Las enfermedades humanas provienen

---

1 *L'esprit frappeur*, chap. XII.

2 HERGENROETHER, *Dicctionnaire encyclopédique*, art. *Mormons*, t. XV.

1 GUÉRIN, *Dictionnaire des dictionnaires*, art. *Mormons*.

2 *Les miracles des hérétiques. La Controverse*, t. III, p. 160.

3 *Los Apóstoles, estudio metafísico-histórico, por* RAFAEL ROCAFULL, *con una explicación esmeradísima sobre los misterios del Evangelio. Segunda venida de Jesús, ó las Cinco de la tarde*; Valencia, 1887, p. 307.

4 Cap. XXX. 5 Cap. XXXIII.

de los espíritus, las epidemias son espirituales, los enfermos están poseídos de espíritus; y los *apóstoles* que ven á Satanás en el interior de los enfermos, le expelen con la oración, y los cuerpos quedan sanos. [1] El modo de curar es éste. Dicen al enfermo: «Pon tu pensamiento en Dios, espera en él, y fíjate en mi vista.» [2] Los medios para alcanzar la curación son agua y rezo. «Entran un cántaro de agua. Reza sobre ella el apóstol y dice: aquí están todas las medicinas; comer lo que haya, estar tranquila y beber de esa agua, y cada vez que la use, ya sabe, rezar el Padre nuestro; yo volveré mañana: medicina ninguna, sino rogar.» (Pag. 21). Después del agua y de la oración dice el *apóstol:* «Creo que Jesucristo la ha puesto á usted buena, pero es necesario visitarla algunas veces, porque los enfermos son pocos los que se curan á la primera vez.» (Pág. 90). Los *apóstoles* hácense escrupulosos de conceder á personas ricas el bien de la salud, porque en los ricos hallan poca confianza en Dios. Ejemplos de curaciones *apostólicas.* «Fueron llegando enfermos del estómago, de dolores, é indistintamente fueron curados por el discípulo. Vino una con aire de perlesía, y dijo Manuel: estos son los malos.—Sentóse, mandóla andar, y estaba buena.» (Pág. 223).—«Un hombre tenía un pulmón menos, y el otro tan sumamente dañado que es imposible que viva.—Te vas á curar hoy mismo, duérmete.—Entran á verle, y estaba bueno.» (Pág. 98, 99). Por este estilo se refieren y se hacen las curaciones *apostólicas.*

Los *apóstoles* reconocen, al parecer, la divinidad de Jesucristo, si bien le igualan con Melquisedec. [3] En sus discursos enhilan textos del Evangelio y de San Pablo con libre y desatinada interpretación, y ora declaman contra los protestantes porque no se dedican, como ellos, á obras de caridad; ora se enfurecen contra los médicos porque, ignorando que los espíritus sean los causantes de las enfermedades, no saben curarlas y entre tanto perciben honorarios, y ellos siendo los únicos sabios curan por amor de Dios sin pegárseles nada á las manos; ora, en fin, revientan de enojo contra la Iglesia, llamándola *secta romana,* que debe ser combatida con las palabras del Evangelio (pág. 349), cuyo sentido profundo solos ellos entienden perfectamente. Las que se hacen escuchar con más aplauso son las profetisas, cuya desenvoltura no reconoce freno cuando sueltan el torrente de verbosidad altanera y empiezan á gritar, como Felipa: «A los hombres como Salmerón, Martos, Castelar, etc., los enseñaré diciendo no era más que vanidad lo que sabíais, y os tengo que enseñar.» (Pág. 293). Otra profetisa echando á perder la racionalidad y pavoneándose con altivez y presunción dice: «Yo vuelo por el aire y me hago invisible valiéndome de los obsesores de todos, siendo criados mios por superioridad en ellos; nada es eso, sólo es grande el que obra la obra de Dios.» (Pág. 199). A los delirios del orgullo júntase la vileza de la lubricidad que se muestra en el libro de Rocafull con todo su asqueroso libertinaje como lo indica la máxima *apostólica* «la mujer está bajo del marido porque para ella hay leyes; él es libre.» (Pág. 293).

Tal es la secta de los *apóstoles* que trae en nuestros días embobado el pueblo meridional de España. Las curaciones de los flamantes alumbrados son tan milagrosas como verdaderas las doctrinas que propalan, embustes, imposturas, embaucamientos, según puede colegirse del modo de curar arriba indicado. Estos maestros de la vanidad y presunción no las tienen todas cabales, y cuando se ven perdidos, con un difunto en las manos á quien pretendían salvar y no pudieron, hinchados y llenos de sí decretan que aquel muerto es uno de los durmientes mencionados por San Pablo, [1] y que su muerte es prenda de pronta resurrección. [2] Así entontecen al pueblo haciendo suya una misión increíble, vendiendo espíritu y devoción por doquier y dando por prendas de su *apostolado* cosas que están al alcance de cualquier hombre vulgar. Contra los *apóstoles* levantó la voz el Dr. Bejarano, «procedentes de un centro espiritista de Sevilla.» [3]

Lo hasta el presente considerado induce á concluir que en las sectas contrarias á la religión católica se han visto en el transcurso de los siglos grandes maravillas, reducidas todas á imposturas, á fábulas, á operaciones naturales, á presti-

[1] Cap. IV, VIII, X.
[2] Cap. X, p. 90.
[3] Cap. XXXV.

[1] I Cor. XV, 53.
[2] *Los apóstoles*, cap. XXXIV.
[3] Dr. J. Call, *Higiene del alma*, p. 144.

gios diabólicos. Pensar que hicieron milagros, sobre ser contra la verdad, es error perjudicial. Pasando adelante conviene liquidar con la debida atención la suma de los prodigios hereticales. Milagros de primer orden nunca salieron de sus manos. La Iglesia católica cuenta un buen número de resurrecciones conseguidas por sus taumaturgos; nada de eso han logrado los herejes: la Iglesia católica ofrece casos de partes corporales radicalmente regeneradas por la intervención de los Santos, estando antes totalmente destruidas; nada de eso han logrado los herejes: la Iglesia católica presenta largo catálogo de hazañas de sus héroes, en que se mostraban señores y ministros de la naturaleza visible é invisible; nada de eso han logrado los herejes. En este asunto podemos apostárselas con toda seguridad, nunca lograron los herejes un milagro de primer orden.

En los de orden inferior, que requieren poder superior al humano, mas no absoluto igual al divino, debemos convenir que no faltan en la historia de las herejías. Pocos son en verdad, escaso es el número de los que cuentan las sectas; los hay ciertamente, negarlo sería ridícula pretensión. Estos efectos se reducen casi todos á curaciones, más ó menos súbitas, de enfermedades más ó menos graves. Si casos se presentan de males incurables, remediados por los herejes, deben entenderse de incurabilidad relativa, y no absoluta, en cuanto, á saber, los facultativos no poseían en aquella sazón maneras de atajar la dolencia, mas no que fuese de todo punto imposible ayudar á la naturaleza enferma para que mejorase y sanase con el auxilio de un agente extraordinario dentro del orden criado y natural. Los milagros que decimos, han tenido lugar en el sistema nervioso por lo común, y sabemos que el sistema nervioso es como un palacio encantado, en que se descubren cosas muy peregrinas, vistas sorprendentes é inopinadas, extravagantes, increibles, inauditas. Las maravillas que en este campo se han obrado por los herejes nunca han argüido incapacidad radical de la naturaleza, han consistido, cuando más, en cicatrizar con tiempo tejidos, en quitar estorbos, en remover impedimentos, en revolver humores; jamás en engendrar órganos enteros, en reorganizar miembros muertos, en fabricar de nuevo membranas, en reparar tejidos deshechos.

Mas cada vez que ha sucedido obrarse por los herejes las maravillas de orden inferior apuntadas, nunca ha faltado al asombro de los ignorantes la vara de medir con que regular la índole de las maravillas. Al lado de estos prodigios poníanse de manifiesto las costumbres y prácticas de los que se decían sus autores, indicando por su inmoralidad, crueldad, vanidad y superstición que el que tales cosas hacía, no contaba con el beneplácito del cielo, ni mucho menos con la omnipotencia de Dios. Aunque á primer aspecto los fenómenos presentasen indicios de sobrenaturalidad, vistas las consecuencias y los frutos la prudencia aconsejaba que se apellidase malo el árbol que los producía. ¿Por qué motivo ningún hereje hasta ahora ha porfiado en demostrar, como no tiene reparo el católico, que sus prodigios eran verdaderos milagros? Combatir los nuestros, eso sí; apenas hay protestante que no tome á punto de honra entrar en este palenque; pero los suyos á ningún escritor anglicano se le ocurre ponderarlos, porque no se les oculta la parte vulnerable que descubren. Conjurarse contra los milagros de la Iglesia romana, romper lanzas contra ellos, hacer á la verdad violencia sacándola de sus quicios y torciéndola á engaño, en una palabra, fingir en nuestros milagros lunares y defectos por salir ellos con honra, eso saben, eso hacen, para eso son más animosos que prudentes; pero empeñarse del todo en defender uno suyo, ni lo hacen ni lo pretenden, porque ven que al primer Santiago damos con ellos de espaldas y los dejamos aturdidos y tontos. Los tienen, pero no les valen. «Nuestro Señor nos enseña que los emisarios de Satanás harán grandes milagros, *signa magna et prodigia*. Esta es la verdad, no la busquemos en otra parte. El demonio continúa gobernando real y físicamente la ciudad del mal, que en este mundo anda mezclada con la ciudad de Dios. Ha hecho brillar prodigios, simulando según su capacidad las obras de la Omnipotencia. Es armadijo suyo. Para evitarle, es preciso conocerle: ocultar el lazo ó desterrar su noticia, es casi despeñar en él á los hombres, es exponerse uno á dejarse enredar.» Esto dice el P. Bonniot. [1]

[1] *Les miracles des hérétiques. La Controv.*, t. III, p. 165.

De aquí se entenderá cuánta fuerza tiene el milagro para persuadir al hombre que está perplejo sobre una doctrina, y carece de balanza para inclinarse á la parte de los herejes ó á la parte de los católicos, ni acierta á escoger entre Buda y Cristo, ó entre nuestra religión y otra cualquiera. Para él y para la casi totalidad de los hombres no hay otro camino que la autoridad fundada en razón, especialmente que Dios no obliga al hombre á envejecer en el estudio de la teología, ni á rastrear por las Escrituras y por la ciencia de las Religiones quién tiene razón ó carece de ella. Ahora bien, la autoridad consta de dones naturales y de dones sobrenaturales, y cuanto posea más una religión de estos dones, de más autoridad gozará. Los bienes naturales son el ingenio, la sabiduría, la antigüedad, la rectitud, la sinceridad, la hombría de bien y semejantes; los sobrenaturales son muy en particular los milagros sensibles y ciertos, hechos en abono de una religión. Cuanto á los dones naturales no puede razonablemente sostenerse que los católicos sean inferiores á los ministros de las sectas en instrucción, ingenio, firmeza de convicción, copia de razones, solidez de estudio, apoyo de la antigüedad, en particular que los católicos contamos con los escritos y enseñanzas de los Santos Padres y Doctores teólogos que lucharon con los sectarios y acatólicos en todo tiempo, y los vencieron en Asia, Africa, Europa con gran loa de la religión, siendo fuerza confesar que los católicos somos siquiera iguales, ya que no superiores, á los acatólicos en prendas naturales y humanas. Cuanto á los dones sobrenaturales y sellados por la mano de Dios, la comparación es muy desigual. De ningún hereje consta con evidencia que haya hecho un solo milagro bien averiguado, con que probase la verdad de la doctrina en su secta predicada y le acarrease entero crédito. Al revés, de muchos católicos consta con plena seguridad que resplandecieron con verdaderos milagros dignos de toda fe. Con que si los doctores sectarios no caminan delante á los doctores católicos en dones naturales ni en la hermosura y bondad de su doctrina, y les quedan muy atrás sin comparación en dones sobrenaturales y en firmas y aprobaciones claras de Dios, síguese que la autoridad de éstos hace desmesurado exceso y pesa mucho más que la de aquéllos en la balanza del buen criterio, y en consecuencia entre las contrarias opiniones que unos y otros sustentan más prepondera la doctrina de los católicos que la de los sectarios para tranquilizar y asegurar las conciencias de los ignorantes que son los más. [1]

A la verdad, si los hombres indoctos y vulgares no descubren en los varones, que se llaman enviados de Dios, señalada preeminencia, no es posible acepten por razonables sus enseñanzas ni se adhieran con plena fe á las cosas que les proponen. Los ministros que carezcan de estos timbres, y sean por otra parte hombres adocenados y no superiores á los demás, no darán pruebas suficientes de misión extraordinaria y divina. Respondía Calvino escribiendo al rey de Francia, como vimos en la pág. 273: milagros nuestros son los que hicieron los apóstoles, y nuestra doctrina es la suya: ¿qué falta nos hacen milagros?—Inepta solución, buena sólo para necios. Porque otro tanto decimos los católicos, y justamente la suma capital de esta contienda está en quién tiene derecho de llamar suya la doctrina de los apóstoles, y por tanto sus milagros que sellaron aquella doctrina. Por esto no les es lícito á los protestantes alzarse con los milagros apostólicos: otros arbitrios han de buscar para recibir por suya la doctrina evangélica, puesto que entre nosotros y ellos de eso mismo se trata, y no raciocina como buen lógico el que intenta probar su causa con argumentos que son la materia de la disputa. Nosotros les damos por razones milagros, bien discutidos y comprobados, examinados por competente tribunal, no inferiores á los que hicieron los apóstoles en conformidad con las promesas de Cristo. Ellos los sectarios ¿qué dan? milagros nó, ni tan siquiera los prometen como Cristo los prometió.

Queda uno lleno de asombro al oir estas palabras de Gordon: [2] «piensan que Satanás ha hecho más para edificar su reino, mediante los monjiles-milagros papales, imaginados obras del divino poder, que mediante los infieles negadores de milagros que los combatieron;» y con todo cuidan muy poco de probar la indisputable verdad histórica, filosófica y demostrativa de los que ellos presentan.

---

1 P. Valencia, *De fide*. disp. I, q. I, p. VII.
2 *The Ministry of Healing*. p. 161.

Cualquiera que les oye condenar por *espurios* y fingidos los *milagros romanos*, [1] esperará con ansia ver los documentos auténticos en que ellos fundan los suyos, las discusiones serias con que los examinan, las reglas críticas á que los someten, las pruebas y contrapruebas con que los acrisolan, los testigos fidedignos con que los asientan, la solidez de respuestas con que previenen las dificultades y réplicas. Pero nó; los protestantes presumen que todo el mundo crea cómo Dios favorece todas sus infinitas sectas con demostraciones milagrosas, y no se tienen por obligados á dar de ellas razón, ni á sujetarlas al grave crisol de la crítica. Los católicos somos más formales. Ellos no dan lo que prometen, nosotros les damos más de lo que prometemos, porque con nosotros está Dios que todo lo puede, y de nosotros nada podemos. Y de aquí venimos á concluir que ni ellos prometen ni pueden prometer, por cuanto los milagros que los católicos ofrecemos prueban bastantemente que estamos en posesión de la verdad, pues contamos con el cumplimiento de las promesas hechas por Cristo á los que tuviesen la verdadera fe. A ellos no les resta otro efugio sino la apariencia de los milagros, la imaginación, la superchería, la magia, la ficción, la farsa, es decir, las fuerzas naturales y las fuerzas diabólicas, para parecer lo que no son y granjear el crédito que sus obras no merecen. Callen, pues, los protestantes, y no nos hablen de milagros. El día que alguno de ellos acabe la vida en paz, y por su intervención se efectúe un milagro que de verdad lo sea, aquel día podremos descender á esta arena para examinar quién posee la verdadera fe. Mas «nunca jamás se oyó decir que un hereje ántes ni después de la muerte obrase milagros,» escribe San Buenaventura, [2]

Cuatro razones podemos indicar de la aversión protestante á los milagros eclesiásticos. La primera y principal, porque son enemigos declarados de la Iglesia Romana, cuyas glorias quisieran ellos obscurecer, pues no las pueden emular. Decíalo de los seguidores de Berengario el arzobispo Witmundo por estas palabras: «En el desechar los milagros muéstranse adversarios de la Iglesia, la cual á poder de milagros, muy en particular, se propagó y creció.» [1] La segunda razón es la envidia: al verse en tanta necesidad y en tan suma pobreza, indúcelos el mortal desabrimiento á lamentarse contra los milagros católicos, y á roerlos con diente rabioso, cual si fueran burlerías y ficciones, sin cesar de disfamarlos con el mote de apócrifos por la sola causa de no ser gratos á su estragado paladar. [2] La tercera razón es su enojosa liviandad: llévalos tras sí cualquier historia de maravillas relatadas por escritores paganos, y fáltanles vocablos con que expresar su admiración, sin por eso detenerse á considerar autoridad de relator, competencia de testigos, índole de relatos; pero en cuanto les pongáis á la vista el testimonio de un Santo Padre, Doctor de la Iglesia, escritor eclesiástico, arrugan la frente, arquean las cejas, tuercen el rostro, y dando mil palmadas, escandalizados los tratan de crédulos, de bobos ó de falsarios. En fin, la pertinacia en los errores echa el sello al aborrecimiento. ¡Qué casta de milagros, claman, podemos esperar de los papistas que son idólatras! Y cuando en todo lo demás el disentimiento los perturba y confunde, en esto solo se entienden y comunican á maravilla, en su animosidad contra los milagros de la Iglesia católica, pues se les antoja cosa de ninguna importancia, como á los judíos, torcer las palabras y deslustrar los hechos con tal de ahogar con sonorosas voces la elocuente fuerza de la verdad.

Mas ¡qué voces, Dios santo! El calvinista Lithe, atento á echar un borrón sobre los milagros eclesiásticos, rodea de vistosas luces las maravillas narradas por Eunapio, á saber, que Porfirio estando enfermo en Sicilia, á la sola llegada de Plotino resucitó de muerte á vida, que el propio Porfirio ahuyentó al demonio de un cierto paraje, que Edesio fué visto en los aires llevado entre gloriosos resplandores. De semejantes historias hacen gran caudal los herejes, y las abrazan con ambas manos, sin reparar en su menguado criterio. Y

[1] *The Ministry of Healing*. p. 161. [2] Serm. IX.

[1] Si miracula non recipiunt, hostes Ecclesiæ se declarant. Ecclesia enim miraculis quam maxime et propagata est et adulta. Quid denique est aliud miracula cassare, nisi Ecclesiam quantum in se est auferre? Quapropter Ecclesiæ hostes sese, et non filios, adstruunt, si ejus miracula accipere nolunt.—*Contra Berengar. De Corporis et Sanguinis Christi veritate in Eucharistia*, lib. III.—MIGNE, t. CXLIX, p. 1479.

[2] Tantum, quia non placent eis apocryphos dicunt.—WITMUNDO, ibid.

cuando de los mismos herejes compañeros de su rebeldía describen las vidas, tienen cara, y no se les avergüenza, para dar título de maravillas á nonadas insignificantes. Véase que bobería la de Lithe. «El reloj que tenía Pencer, en el mismo instante en que este varón santísimo falleció, emitió un sonido, siendo así que por espacio de dos años había estado inmóvil y afónico, ἄφωνον, para decirlo con Apuleyo, y dos días antes de morir le había su mujer colocado en la caja para guardarle; al dar el último són, es decir el onceno, Pencer exhaló el alma con grande admiración de los presentes, que nada sabían del tal reloj.» El Padre Gretser que apunta este cuento en sus *Apologías*, [1] le trata como se merece, y áun se digna burlarse de él.

1 Apolog. III, lib. I, cap. IV.

CAPÍTULO VII.

PODER DE LA FANTASÍA.

ARTÍCULO I.

Opiniones de los antiguos y modernos sobre el poder de la fantasía.—Principio fundamental: la fantasía no produce nada de nuevo.—La fantasía necesita el freno de la razón.—Refútase la hipótesis imaginacionista. —Doctrina de Santo Tomás.—El aojo.—Doctrina de los Escolásticos.—El P. Raynaud, martillo de los imaginacionistas.—Razones del P. Medina.—Otras razones.—Conclúyese que ningún poder tiene la fantasía sobre el mundo exterior.—Qué influjo tiene en el útero materno.

Grande por todo extremo es el señorío que tiene la imaginativa del hombre. El moro Avicena (980), en sus *Preceptos de medicina*, enseñó que nuestra alma, haciendo un esfuerzo de fantasía, y por un intenso afecto, era poderosa para alterar hasta tal punto los cuerpos de otros hombres, que produjese en los sanos enfermedad, en los enfermos salud, y pasando más adelante asentó que con una imaginación podía un hombre despeñar del cielo granizo, lluvias, nevascas, turbonadas, vientos, y también enfrenarlos á su plácito y voluntad. El fundamento general era que las almas humanas son iguales y de una misma naturaleza con los espíritus angélicos; fundamento ruinoso y vano, por cuanto los ángeles, demás de llevarles suma ventaja en el orden y condición, no están destinados á informar cuerpos ni participan de facultades sensitivas y vegetativas.

Alkendi, filósofo árabe del siglo IX, en su *Teoría del arte mágica*, parece que abrió á Avicena la puerta de esta doctrina. Tras él fueron Algazel del siglo XII, moro también, en su *Destructio philosophiæ*; Avicebrón, judío español, en su *Fuente de vida*: más adelante Paracelso médico y alquimista, [1] Tritemio en su *Steganographia*, Ficino en su *Teología platónica*, Montano en su *Medicina universa*, todos éstos fueron notados en el siglo XV de darse á las artes ocultas, y de profesar, so pretexto de aristotélicos, enseñanzas condenables. El fundamento es platónico: el alma no forma con el cuerpo una sola substancia, solamente está ordenada á gobernarle, y llega, veces hay, á tanto su poder, que traspasando los límites corpóreos tiene acción en los elementos extraños.

Pero quien cogió más gusto á los principios de los moros, fué el mantuano Pomponazzi; en su libro *De Incantationibus* (1462), se ostentó materialista, ateo, impío, todo menos filósofo cristiano: hombre de mucho ingenio, cuan pequeño de cuerpo, molió á muchos con sus novedades, y apercibió armas á los que niegan la existencia é intervención de los malos espíritus, esforzándose en explicarlo todo por virtudes naturales, siquiera de las estrellas. Juzgaba este novador que la fantasía de un hombre tenía virtud para derribar á otro de un caballo y arrojarle en un pozo, para armar grandes torbellinos y terremotos, para despertar dolencias en el propio cuerpo y restituirle con solo querer, la salud, para quedar uno herido de muerte de solo imaginar, para desformar la madre el feto que lleva en el vientre, para causar monstruosidades en la criatura, en fin, para hacer cosas fuera del orden común, con la sola fantasía, como traspasar mieses de un campo á otro, restañar sangre que mana, producir plantas

1 *Études sur Paracelse*, Dr. Cruveilhier, 1857.

sin semilla, y otros extraños portentos. La impiedad de Pomponazzi llegó al extremo de enseñar que los milagros obrados por las reliquias de los santos eran partos de la imaginación y aprensiones de los enfermos. [1]

Aquella mala sementera, baldonada y deshecha por los doctores teólogos, ha dado en el campo de los modernos racionalistas perniciosísimo fruto. Citemos algunos ejemplos. «Hé aquí unas palabras de un autor antiguo, muy adelantado á su siglo, que conocía con evidencia el oficio de la imaginación en las curaciones atribuidas á la influencia de las sagradas reliquias. Este autor es Pedro Pomponazzi, de Milán (?), que vivía en el siglo XVI. Dice: «Fácilmente se conciben los efectos maravillosos que pueden producir la confianza y la imaginación, principalmente cuando son recíprocas entre los enfermos y el que en ellos obra. Las curaciones atribuidas á ciertas reliquias son hijas de esa imaginación y confianza. Los truhanes y los filósofos saben que, si en vez de los huesos de un santo, se pusieran los de otro cualquier esqueleto, los enfermos recibirían de igual forma la salud, si creyeran que tocan verdaderas reliquias.» [2]—¡Ah! desde Pomponazzi acá, ¡qué lento ha sido el progreso de las ideas exactas sobre el poder sutil y asombroso de la imaginación!» [3]

A la opinión de los antiguos puede reducirse la de los modernos defensores del espiritismo. «Existe, dice W. Cox, una fuerza, que emana del sistema nervioso, capaz de dar movimiento á los cuerpos sólidos contenidos en su esfera de acción. He observado que dicha fuerza se actuaba en los instrumentos con pulsaciones trémulas, y no en forma de presión continua y estable. Yo propondría que á esta fuerza se le diese el nombre de *fuerza psíquica*, y de *psiquismo* á la ciencia que se dedica á los fenómenos que produce.» [4]—El espiritista Cookes dice también: «En el cuerpo de ciertas personas dotadas de organización nerviosa especial se nota una fuerza, que sin contacto muscular ni de otra suerte, ejercita acciones á distancia, moviendo cuerpos pesados y produciendo sonidos de calidad variadísima.» [1]—Thury, profesor de la Universidad de Ginebra: «Ninguno está autorizado para negar la posibilidad de una acción de la voluntad sobre los seres materiales en general, colocados en determinadas condiciones.» [2]—Barety: «Yo creo que el asiento y origen de la fuerza néurica es el sistema nervioso, sin por eso asegurar que permanezca toda encarcelada en él; al contrario, parte de ella se desprende del cuerpo humano para irradiar en el espacio; por eso la llamo yo *radiante*, para distinguirla de la otra porción que probablemente circula á lo largo de los filetes nerviosos.» [3]—Dal Pozzo, profesor de Perugia: «La voluntad, como todo acto mental, es un movimiento; no queda éste localizado en el cerebro; antes se propaga á todo el organismo, y éste le transmite al medio ambiente, y al universo entero, transformándose y produciendo una onda tanto más intensa cuanto más enérgico sea el acto psíquico... Este principio sirve para explicar fisiológicamente muchos fenómenos que han parecido maravillosos y áun imposibles; me refiero á aquellas manifestaciones que vulgarmente se designan con el nombre de *psiquismo, espiritualismo, espiritismo.*» [4]—El doctor Otero Acevedo: «¿Hay imposibilidad en que el pensamiento que es un movimiento ó está caracterizado por tal, se transforme ó cambie como cualquiera otro en luz, calor, actos mecánicos, etc., etc.; modalidades de movimiento en último término? Si la electricidad, que es un movimiento de forma determinada, puede cambiarse en luz, en calor, en magnetismo, ¿por qué el pensamiento á impulsos de la voluntad no ha de ser susceptible de estos mismos cambios, ya que las leyes de la Naturaleza rigen para todo lo que en ella existe? ¿Por qué ha de exceptuarse el pensamiento de la ley general de la transformación y conservación de la energía?» [5]

Suspendamos el trabajo de cita. No

---

[1] El médico Van Helmont decía: «Posee el hombre una energía tal, que mediante la voluntad y la imaginación, puede obrar fuera de sí, y ejercitar en seres apartados una virtud é influencia permanente... El alma está dotada de fuerza plástica, y cuando produjo fuera del cuerpo una substancia, le da movimiento y dirección por medio de la voluntad.» (*De magnetica vulnerum curatione*, cap. *De sympatheticis medicis*.) En Lafontaine (*Analogie du fluide magnétique animal*, cap. IV), puede verse la teórica y práctica exposición de esta sentencia.

[2] Tomo VI, p. 84.

[3] Hack Tuke, *Le corps et l'esprit*, 1886, p. 325.

[4] Cookes, *Nouvelles expériences sur la force psychique*, p. 18.

[1] Ibid., p. 101.

[2] *Les tables tournantes*, 1855.

[3] *Le magnétisme animal, ou force neurique rayonnante*, 1887, p. 6.

[4] *Un capitolo di psico-fisiologia*. 1885, p. 309, p. 325.

[5] *Lombroso y el espiritismo*, 1895, p. 66.

hay ciencia tan antipática á los médicos como la metafísica, y con todo no hay mediquillo que no muestre pujos de filósofo, sin haber saludado un libro de psicología. Los autores citados vienen á confesar que ignoran la ciencia del alma, elemento principal del compuesto humano: de tan lastimosa ignorancia no pueden resultar sino hipótesis y teorías disparatadísimas. Mientras los alumnos de medicina no funden sus estudios facultativos en un tratado previo de psicología racional, la familia de Esculapio será casa de orates, digna de mofa y de lástima. La manía de borrar toda apariencia de cosa preternatural y extraordinaria dicta á los médicos incrédulos furiosas aserciones, tales como éstas.— «En el día de hoy el milagro feneció, la ley pareció. La imaginación es el teatro de los milagros. Cada día nacen milagros en la imaginación de los que creen en ellos. El milagro repugna á la razón, porque la razón sólo ve la ley, y fuera de la ley no hay para ella punto de verdad.» [1]—«Todos los milagros y prodigios que abundan no sólo en la leyenda cristiana, mas también en la historia de todas las religiones, que se atribuyen á Dios, ó al diablo ó á los hechiceros, se explican naturalmente por fenómenos nerviosos y cerebrales que antes no sabían explicar ni áun los mismos que los hacían.» [2]

Los principios de Avicena han llevado á muchos engañosamente á peligrosas consecuencias. En la cátedra de la pseudociencia es muy frecuente hoy en día achacar á la fantasía los hechos místicos de los Santos, los milagros y curaciones divinas. Imaginación: este es el teatro de los hechos extraordinarios, según el sentir de muchos médicos y hombres científicos. Este estado de cosas nos fuerza á determinar á la luz de la sana filosofía los límites de la imaginación en cuanto facultad humana, y qué efectos caben y qué otros no caben en su jurisdicción.

Ante todo, establezcamos un principio fundamental en esta materia, y es que la imaginativa no produce nada nuevo, su oficio es reproducir y componer, mas no hacer de primera mano. El ciego no entiende de colores, el sordo tampoco sabe de sonidos; si estos achacosos lo son desde el seno de su madre, nunca llegarán á imaginar en qué consiste el objeto de los sentidos que les faltan, porque la imaginación aplica su actividad á las sensaciones experimentadas por los sentidos. Esencial es la diferencia entre sentidos é imaginación: [1] los sentidos versan sobre objetos que actualmente hacen impresión, la imaginación sobre objetos percibidos de antemano. Podrá la imaginación vestir de tanto resplandor cosas mucho antes percibidas, que espante á los espectadores y la crean inventora y autora de novedades; con efecto carece de límites la fantasía en esta parte, que por eso dámosle título de creadora, y llámanse creaciones las obras de los artistas, manera de lisonja fundada en la facultad que tienen de representar con gran viveza tipos admirables que no existen en el mundo real, pero cuyos elementos se comunican por los sentidos. En el ámbito de la naturaleza física y moral hallan poetas y pintores imágenes esparcidas, y con darles orden, coherencia y realce forman figuras que parecen del todo nuevas.

Dice á este propósito el P. Fr. Juan de Santo Tomás: «Los sentidos internos no fraguan entes de razón *formalmente* hablando, aunque *materialmente* puedan figurar cosas á cuya semejanza se componga un ser fingido: y esto es formar *materialmente* entes de razón... La imaginativa puede forjar un monte de oro, y un animal compuesto de cabra, león y serpiente; es una quimera, pero en estas cosas sólo atiende á lo sensible y representable según el sentido. El que lo representado con colores sensibles se oponga á la realidad, no toca al sentido interno juzgarlo; él conoce una cosa que en sí es fingida, mas no percibe la ficción.» [2] Santo Tomás exponiendo hasta dónde llega la facultad del demonio en la imaginación humana, aclara el punto por estas palabras: «Nueva se dice una cosa en dos sentidos. El primero es, totalmente nueva según su sér y principios; y conforme á esto no puede el demonio mostrar al hombre cosa nueva por visión imaginaria, porque no puede hacer que un ciego de nacimiento imagine colores, ó que un sordo de nacimiento imagine sonido. De otra manera se dice

---

[1] Delfur, *Emancipation; La Controverse* 1881; t. I, p. 2.
[2] Skepto, *L'hypnotisme et les religions*, p. 12.

[1] P. Mendive, *Elementos de psicología*, 1883, p. 91.—Sanseverino, *Dynamilogia, Pars. specialis*, cap. IV.
[2] *Cursus philosophicus*, t. I, *Logica, secunda pars*, q. II, art. IV.

nueva una cosa, según la especie del todo, como el imaginar montes de oro nunca vistos, pero porque se vió oro y monte puede naturalmente imaginarse el fantasma de monte de oro; y esto puede el demonio ofrecerlo á la fantasía del hombre según las varias composiciones de movimientos é imágenes.» [1]

Para que la novedad de las reproducciones imaginarias tenga concierto y hermosura, ha de ordenarlas el discurso de la razón; cuanto más razonada sea la ficción, más provechosa y artística resultará, y por falta de conveniencia desgraciará un escultor su producción y merecerá la censura de los hombres cuerdos. La imaginación que corre sin freno, engendrará extravagancias, indignas de las bellas artes, como las reprendidas por Horacio en su Carta á los Pisones, como los monstruos forjados por los soñadores, como los grotescos fantasmas vistos por los que excitan el cerebro con narcóticos y bebidas espiritosas. «Mi cerebro, decía Fenelon, es una suerte de libro donde están dispuestas y ordenadas infinidad de imágenes y letras con su orden y disposición, que yo no dí ni tampoco la casualidad.» Gran maravilla es esta: hay otra no menor, y es «cómo mi alma lee con tanta facilidad todo cuanto le place en este libro interior. Lee caracteres que no conoce.» [2] Pero acontece que turbadas las funciones del organismo, ó cuando la razón no adiestra la fantasía, las imágenes son como hojas sueltas de libro descuadernado, volando al antojo del viento y vagando desparramadas sin orden ni trabazón. Este desconcierto es manantial de infinitos errores, no porque las imágenes representen falsedad, sino porque el hombre poco considerado toma tal vez por real lo imaginario, por manifestaciones del cielo cosas que son desvaríos, y culpando á la imaginación debería culparse á sí, que es loco y sin juicio cuando afirma lo que no hay, ó da cuerpo á lo que no le tiene.

Al cabo una fantasía á quien la razón suelta la rienda, sigue el movimiento del cerebro, cuyas conmociones dependen de la circulación sanguínea, de las alteraciones orgánicas, de las impresiones internas, que siendo varias de suyo é inconexas no pueden sino producir tipos desbaratados y devaneos sin lindeza. El hombre que de esta suerte delira muestra claro no ser dueño de sí, su sistema nervioso anda fuera de camino. Por el contrario, el fantasma que representa un objeto regular y ordenado no puede ser mera ilusión, y cuando sin preceder experiencia de los sentidos se retrata en la fantasía una figura totalmente desconocida, con perfiles singulares, con colores bien definidos, la visión imaginaria no es natural, sino fraguada por agente superior. En todo caso será siempre verdad que la imaginación no crea ni forma cosas nuevas, reforma y reproduce las antiguas, las combina y figura con novedad relativa, pero atina ó desatina, acierta ó desvaría según que la razón la gobierne ó la deje volar á sus anchuras por el campo de los fantasmas.

Todos los sentidos pagan tributo á esta facultad y están á su disposición, no sólo en sueño, mas también en vigilia, ó directa ó indirectamente. Mas con ser la fantasía potencia sensitiva, suministra al entendimiento fantasmas sensibles, representativos de cosas corpóreas, para que abstraiga la mente con su virtud espiritual, y despojando las representaciones singulares de sus notas individuantes suba al primor de las nociones universales hasta llegar á lo sumo de los más delicados conceptos. [1] «Es la imaginación uno como espejo en que se refleja la inteligencia y en que los conceptos de la mente toman una como forma corpórea.» [2]

La fantasía tiene en el cerebro su órgano propio, sin él no podría obrar, al paso de su constitución andará el orden ó desorden de la fantasía. Según sea la disposición del cuerpo, será la acción de esta facultad, y tanta viveza podrán tener sus fantasmas, que parezca crear imposibles. Mas toda su virtud se limita á excitar imágenes, ni se extiende á otros efectos externos. Punto capitalísimo. Vengamos á las razones que muestran la repugnancia de la hipótesis imaginacionista.

Expúsolas admirablemente el Doctor Angélico. Avicena en su Tratado *De Anima* (lib. VI, cap. II) advirtió la fuerza que tiene en el cuerpo propio la fantasía y aprensión humana para causar á veces en-

---

[1] *De malo*, quæst. XVI, a. XII, ad 9.
[2] *Traité de l'existence de Dieu*, I p. chap. II.

[1] SANTO TOMÁS, I p. q. LXXXV, a. III.—Q. LXXXVI, a. 1.
[2] LIBERATORE, *Metaphys. specialis*, *Psychol.*, cap. I, art. III.

fermedad, y presuponiendo que las substancias espirituales en su estado de separación obtienen más influencia en la materia que los mismos agentes naturales, discurrió que si el alma conjunta es muy pura y exenta de pasiones y fuerte en su aprensión, llegará el caso que con solo imaginar podrá dar salud á los enfermos y hacer cosas de milagro. Contra este discurso del médico musulmán revuelve el santo Doctor las armas de su privilegiado ingenio, y le combate con poderosas pruebas. No niega el Santo que pueda mucho la fantasía, pero enseña que «la mudanza del cuerpo no proviene de la aprensión de la imaginativa si á la aprensión no va unido algún afecto de gozo, temor, deseo, ó de otra pasión, los cuales traen consigo algún determinado movimiento del corazón; y de este movimiento nace la mudanza de todo el cuerpo, ya sea según movimiento local, ya según alguna alteración, y de aquí se infiere que la aprensión de la fantasía no altera el cuerpo sino mediante el movimiento local.» [1] Si pues la imaginación no es bastante por sí misma para trastornar el propio cuerpo, sin que ayude á eso la pasión y la emoción, ¿cuánto menos podrá una fantasía causar trastorno en el cuerpo extraño?

Hácese luego cargo de la fascinación, alegada por Avicena para probar que los ojos de un hombre malévolo bastan para poner enfermos á los niños y gente flaca. Responde Santo Tomás, que no sucede eso porque la aprensión del hombre altere el cuerpo del niño, sino porque la vista de un hombre malvado impresiona la imaginación del niño, y ésta impresionada es capaz de alterar sus funciones corporales. La misma enseñanza leemos en su comentario sobre la epístola de San Pablo á los Gálatas. [2] Y aunque el quedar hechizado el niño parécele al Santo que proviene de los espíritus animales, y que éstos inficionan los ojos, y éstos á su vez trasmiten la infección á los que los miran; [1] pero el trastorno de la salud proviene en los aojados de la impresión recibida como de causa, y de la imaginación propia como de condición, [2] según se infiere de la sentencia del santo Doctor en muchos lugares. Porque de la impresión recibida ha de resultar lo que en otra parte dice, conviene á saber, «de la aprensión del alma se trastorna el cuerpo con alteración de calor y de frío, y á veces le viene salud, enfermedad y áun la muerte, porque á veces de gozo ó de tristeza, ó de amor acaece morirse uno..... Porque el alma unida al cuerpo imita sus complexiones según la locura ó la docilidad y cosas semejantes. Y también las fuerzas superiores redundan en las inferiores, como cuando de una intensa emoción de la voluntad síguese pasión en el apetito sensitivo, ó de intensa contemplación se impiden las fuerzas animales en sus actos, y viceversa las fuerzas inferiores influyen en las superiores, como cuando de vehemente pasión en el apetito sensual la razón se entenebrece y desvaría.» Así discurre el Santo en las *Cuestiones disputadas*. [3]

Por ser este lugar oportuno, insistamos sobre el aojo ó fascinación, conocida de los antiguos [4] y celebrada por sus mágicos efectos. Mucha consideración merece el Doctor Angélico por la causa que le atribuyó. [5] Varios médicos y filósofos, como Vair, Cristóbal de Vega, Francisco de Valles, se reían del aojo juzgándole fábula y entrenimiento de viejas. Santo Tomás le estimó cosa real, dependiente de la fantasía. Por efecto de una fuerte imaginación, escribía el santo Doctor como está dicho, inmútanse los espíritus del cuerpo propio; alteración que se hace principalmente en los ojos, y éstos alterados alteran é inficionan el aire continuo hasta determinado espacio. Conmovida el alma fuertemente por alguna pasión, la mirada viene á ser dañosa, en especial á personas de complexión tierna y más dis-

---

[1] Non enim ex apprehensione sequitur aliqua immutatio corporis, nisi aprehensioni adjuncta fuerit affectio aliqua, ut gaudii vel timoris vel concupiscentiæ aut alterius passionis: hujusmodi autem passiones accidunt cum aliquo determinato motu cordis, ex quo sequitur ulterius immutatio totius corporis, vel secundum motum localem, vel secundum alterationen aliquam; unde adhuc remanet quod apprehensio spiritualis non alterat corpus nisi mediante motu locali.—*Contra gentes*, lib., cap. CIII.

[2] Cap. III. lectio I.

[1] Immutatio spirituum maxime inficit oculos, qui infecti, semper aspectum inficiunt..... unde quia caro pueri mollis est, ad invidum aspectum inficitur et fascinatur.

[2] Et maxime pueris, qui habent corpus tenerum et de facili receptivum impressionis.—I p. q. CXVII, a. 3. ad 2.

[3] *De passionibus animæ.* quæst. XXVI, a. 10.

[4] Virgilio, *Ecloga* III, 102.

[5] I p. q. CXVII, a. 3 ad 2.—*Contra gentes*, lib. III, cap. CIII.—In cap. III ad Galat.

puestas á cualesquiera impresiones. De esta suerte defendía y explicaba el Angélico Doctor y con él otros doctores, [1] el aojo natural. El P. Nieremberg [2] admitía en su abono ciertos efluvios, ó vapores, ó cualidades malignas, que saliendo por los ojos y por la boca van á impresionar el sentido y causan daño en los demás. Y poniendo la cuestión si puede uno aojarse á sí mismo, después de citar á Santo Tomás, resuelve «que con alguna pesadumbre, ó miedo, ó afecto, ó imaginación se pueden descomponer los humores de una persona ya viciada, ó viciarse de nuevo, que le causen graves dolencias y semejantes al aojo, y que le ocasionen la muerte, si bien en rigor no es este aojo, porque aojar suena daño que se hace á otro, no á sí mismo. [3]

Tal era la virtud natural que estos escritores atribuían á la disposición de la fantasía mediante los sentidos. Otros más allegados á la doctrina de Avicena y Pomponazzi, exageraron tanto la virtud del aojo, que sin miedo ni consideración daban á la vista del hombre potestad para causar muerte repentina á un brioso caballo, partir una piedra preciosa, hacer pedazos una pieza de azabache, quebrar vajilla de porcelana, como en el citado lugar se contiene.

De la doctrina escolástica colígense las tres proposiciones siguientes: 1.ª Una viva imaginación tiene poderoso efecto en el humano organismo, por medio de los espíritus animales, ó según el lenguaje moderno, por el influjo nervioso. 2.ª El organismo alterado de esta suerte, puede alterar otro organismo á impulso de la acción física transmitida por el conducto del aire. 3.ª Las personas de temperamento más delicado y sensible, en particular los niños, se someten más fácilmente á la acción del aojo ó fascinación.

A estas tres proposiciones, admitidas por los escolásticos, han hecho honrosa acogida muchos hipnotistas modernos. Que las complexiones delicadas sean más hipnotizables, es cosa corriente en el día de hoy, Beaunis lo asegura, [4] así como los más refractarios á la hipnosis son los más adelantados en edad y de complexión menos nerviosa. Que la comunicación de afectos se facilite por la vibración del aire y del éter, lo admiten Rochas [1] y Ochorowicz. [2] Que la hipnosis sea en gran parte debida á las vibraciones cerebrales, lo concede el Dr. Liebault. [3]

Pero sobre los modernos tienen los antiguos, con no ser tan *sabios*, estas notables ventajas: las vibraciones cerebrales son absurdas, [4] nunca las admitieron los escolásticos; el éter es medio problemático, y los efluvios de los ojos no son absurdos, comunicados por el aire que es medio cierto. Esto baste para evidenciar que los Doctores escolásticos «rechazaron toda acción directa de una voluntad en otra ó en el mundo exterior, pero en principio admitieron una influencia física de las disposiciones del alma, transmitida al exterior hasta lo interior de un organismo extraño, por el conducto del ambiente intermedio.» [5] Justifique ahora el discreto y lea con aplauso estas palabras del P. Fr. Juan Vila, teólogo dominico, aunque impugnador del hipnotismo. «Los hipnotistas, y muchos médicos modernos ríense á mandíbula batiente de la teoría sostenida por Santo Tomás y por todos sus discípulos, y que á decir verdad, explica aún físicamente, mejor la fascinación y sus virtudes maléficas, que la inventada por ellos para darnos cuenta de los efectos del hipnotismo.» [6]

Al revés, á la luz de estas nociones examinemos la ley inventada por Rambosson, contenida en la fórmula siguiente: «Un movimiento cerebral ó psíquico puede, atravesando diversos medios, hacerse puramente fisiológico, después físico, y en fin cerebral ó psíquico, sin desnaturalizarse, es decir, conservando el poder de reproducir todos los fenómenos que están bajo su dependencia.» [7] Fundado en esta ley pretende el autor que un movimiento sensitivo puede trasmitirse á distancia y reverberar en otras personas, de ellas volver atrás y terminar en la persona primera. Así como el solo enunciado de la ley expresa un desorden anticientí-

1 Tostado, In cap. XXI Num. — Mediavilla, *Quodlibet.* fol. 96.
2 *Oculta filosofía*, lib. I, cap. XXXII, XXXVIII, XL.
3 Ibid. cap. XLV.
4 *Revue philosoph.* mai 1891.

1 *Cosmos*, 16 janvier 1892, p. p. 180.
2 *La suggestion mentale*, 1887. p. 381.
3 *Etudes sur le zoomagnétisme*, 1883
4 Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*. 1887, p. 287.
5 P. Poatalié, *Etudes religieuses*, avril, 1892, p. 587.
6 *El espiritismo y el hipnotismo*, 1888, p. 70.
7 *Phénomènes nerveux, intellectuels et moraux*, 1883, p. 187.

fico, así la prueba de ella [1] es un continuado sofisma. Indiquemos algunos puntos flacos. El autor comprende bajo una denominación toda suerte de movimiento, sin diferenciar el mecánico del orgánico, el orgánico del sensitivo, que son tres movimientos, ocurrentes en la percepción sensible, totalmente distintos, y no sólo no los diferencia, como era razón, sino que los confunde é identifica, y de tal manera los identifica que los transforma unos en otros sin por eso despojarlos de su nativa condición. Filosofía absurda y propia de indios cimarrones. El movimiento psíquico no se transforma, ni se trasmite; el movimiento orgánico tampoco se convierte en mecánico, ni hay manera de probar esa mudanza y conversión; y mucho menos el movimiento mecánico de un sujeto se transforma en fisiológico y psíquico de otro sujeto. Todo ese hatajo de transformaciones es materialismo brutal, contrario á toda ley. La única verdad que reluce en toda la exposición del autor es ésta: La fantasía (y no la voluntad) no puede funcionar sin cooperación del cerebro: impresionado el cerebro mediante los objetos externos, despiértanse movimientos orgánicos en el sistema nervioso, los movimientos del sistema nervioso excitan con los gestos, vista, palabra movimientos físicos en el aire; éstos á su vez impresionan los sentidos de los presentes, los cuales reciben (ó no reciben) en sus cerebros la acción que mueve la fantasía á obrar. Mas en este orden de movimientos no cabe ni es posible transformación, sólo cabe sucesión más ó menos regular. El autor emplea el ejemplo del bostezo; no podía traer otro más á propósito para ridiculizar su famosa ley, porque ningún lector hay tan pacienzudo, que no bostece sin remedio oyéndole discursos tan livianos y caprichosos. Todas las aplicaciones que hace de su ley, son efectos de humana fantasía, y no de transformación psíquica.

No va mucha diferencia entre la ley de Rambosson y la práctica del Dr. Luys. Escribe muy serio el novelista Julio Bois, complacido de la cita: «El Dr. Luys en la Salpêtrière, mediante una corona de hierro imantado trasladaba la sensibilidad de un enfermo al organismo de otro enfermo. Este último teniendo la corona en la cabeza repetía luego y como suyas las crisis del primero. La traslación ó posibilidad de almacenar y de trasplantar las vibraciones nerviosas de un sujeto ha venido á ser al presente cosa científica.» [1] Lo que ha llegado á ser patrimonio de los *científicos* es el arrojo de los asertos, la nulidad de las pruebas y la gravedad con que se ríen del sentido común.

Al contrario, la doctrina solidísima y hermosísima de los escolásticos demuestra que la imaginación no es capaz de inducir por sí mudanza en el cuerpo propio, y mucho menos en el extraño; pero es poderosa para despertar una pasión en el cuerpo propio, y mediante la conmoción pasional inmutar las funciones orgánicas propias, y así mismo excitando la imaginación ajena con acciones exteriores puede ser causa ocasional de que se exciten pasiones en otros y causen estrago en sus cuerpos. Mas siempre queda que no está en mano de la fantasía originar efecto alguno corpóreo á no ser mediata é indirectamente.

La opinión de Avicena fué condenada en 1276 por el obispo de París, Esteban Tempier, como consta en la *Collectio judiciorum* hecha por D'Argentré. [2] La proposición proscrita es la 112, en esta forma: «Las inteligencias superiores obran sobre las inferiores como un alma intelectual obra sobre otra alma humana ó simplemente sensitiva; y por semejante acción un hechizador puede á su voluntad con solo una mirada precipitar un camello en un hoyo.» Sin embargo, Ricardo de Mediavilla, que vivía en aquel tiempo y fué uno de los más temibles adversarios del moro persa, sostenía la doctrina de Santo Tomás y la confirmaba con su propia experiencia. «Una persona, decía, experimenta á vista de otra una violenta emoción, esta emoción hace efecto en todo el organismo. La impresión será sensible mayormente en los ojos, que son de substancia más blanda, de estructura más fina, de nervios más inmediatos al cerebro, órgano de la fantasía. La ojeada modificará el aire, y el aire á su vez será el vehículo que traspase la turbación en el organismo de la persona así mirada. Por esto los que tienen los ojos enfermos co-

[1] Ib. chap. VIII.

[1] *Le Satanisme et la magie*, 1894. p. 311.
[2] T. I., p. 180.

munican fácilmente su mal á los que los miran: la maligna influencia es ayudada por la imaginación del que viendo un ojo enfermo cree luego que el mal se le pegará. Yo mismo tengo hecha en mí la experiencia, y varias veces no pude tener fijos los ojos en los de persona enferma.» [1] De esta doctrina haremos uso al tratar del hipnotismo.

Es, en efecto, doctrina común que para obrar un agente en la materia, ha de estar unido con ella. Dios omnipotente ejercita su virtud en los cuerpos y concurre á sus operaciones por su soberana presencia, y esta es la razón que muestra su inmensidad. Los ángeles «no pueden inmutar la materia corpórea por su natural virtud, á no ser aplicando agentes corpóreos á la producción de los efectos. Mucho menos puede el alma por su propia virtud inmutar la material corporal sino es mediante algunos cuerpos.» [2] Esta misma doctrina expuso el Angélico en la cuestión XI *De Veritate* (a. 3) y en la *De Malo* (q. XVI, a. 11).

Tratan los teólogos si los ángeles cuando iluminan la mente humana, le imprimen fantasmas nuevos, ó si mueven solamente los espíritus (sistema nervioso) cuya alteración estimule la fantasía, y ésta excitada se siga la moción del entendimiento. La sentencia comunísima es que no alumbran los ángeles á los hombres moviendo la fantasía directamente, sino aplicando *activa passivis*, es decir, turbando los espíritus del organismo, sus nervios y centros nerviosos y los puntos encefálicos en que está localizada la fantasía, y por este medio la precisan á la reproducción de los fantasmas convenientes para la iluminación del entendimiento. Esta es la doctrina de Santo Tomás. Hablando del demonio, que obra siempre conforme á la naturaleza de las cosas y no sobre ella ni contra ella, enseña que no puede revolver la potencia sensitiva ni la imaginativa sino respecto del movimiento local, por motivo de que no le es dado imprimir especies nuevas; y estas alteraciones las hace agitando los espíritus y humores. [3] Todo esto conforme á la doctrina de San Agustín [1] y de San Damasceno. [2]

La enseñanza del Doctor aquinatense, fué recibida con agrado por los tomistas, por todos los comentadores, [3] por San Buenaventura, [4] por Durando, Argentina, Ricardo, Escoto, Egidio, y en general por todos los doctores teólogos. La razón fundamental es, que los ángeles sólo poseen virtud natural para ejecutar movimientos locales, y aquella alteración corpórea que suele hacerse en los sueños sin orden y sin trabazón, pueden efectuarla con tal disposición que concurra á la labor de fantasmas aptos para servir á la obra del entendimiento, como quiera que el magisterio angélico aventaja en destreza á la humana razón. Y porque «la representación en sueños se efectúa en nosotros por movimientos locales y por incursiones de espíritus animales y humores que hay en los cuerpos, y como la alteración de la fantasía proviene de la varia disposición del cerebro, ó de la disposición del medio, ó de la diversidad de los fantasmas...; supuesto que los ángeles conocen la condición del órgano, de los humores, espíritus y fantasmas, pueden, con toda facilidad, mediante la maniobra de estos auxilios, ó ayudándose de otras causas, despertar aquel pensamiento y representación que pretenden, y con este arbitrio iluminan á los hombres valiéndose de la fantasía.» [5] Estos fantasmas no pueden trasladarse por virtud angélica de un cerebro á otro, porque el alma es quien los anima, y separados de ella se desvanecen y cesan del todo; y «aunque no los animase, tal es su disposición, que separados del cuerpo la pierden sin remedio.» [6] ¿Quién no ve en la exposición de esta preciosa doctrina, derrocados por tierra los principios de los antiguos y modernos imaginacionistas, y hechos añicos sus pueriles argumentos?

Siguiendo por estos pasos, refutaron los desvaríos de Pomponnazzi y de sus predecesores muchos doctos varones, [7] y

---

1 QUODLIBETA, *Quæstiones quæ respiciunt vim animalem*, fol. 96.

2 Multo igitur minus anima sua virtute naturali potest immutare materiam corporalem, sed mediantibus aliquibus corporibus. I p. q. CXI, a. 3.

3 Quia non potest de se imprimere novas species, ut dictum est.—*De malo*, q. XVI, art. 11 ad 9.

1 *Quæst.*, LXXXIII; q. XII.—*De Genes. ad litt.*, lib. II, cap. XII.

2 *De orthod. fide*, lib. I, cap. XVII; lib. II, cap. III.

3 In I p., q. CXI, art. 3.

4 In II, Dist. VIII, q. I.

5 SUÁREZ, *De Angelis*, lib. VII, cap. XVI, n. 15.

6 SUÁREZ, Ibid., n. 19.

7 MERCATI, t. I, lib. II, clav. III, quæst. CLXVIII.—TOMÁS FIENO, *De viribus imaginationis*, quæst. XII.—MARTÍN DELRIO, *Disquisit. mag.*, lib. I, q. III.—MEDINA, *De recta in Deum fide*, lib. II.—DONATO, *De Med.*

tratahan de necios á los defensores de tales desvaríos, pues no supieron valerse de su pujante imaginativa para llegar á la cumbre de la prosperidad, y cuando tenían la rueda de la fortuna en sus manos no acertaron á clavarla, consintiendo en ser infelices y pobres. Sin embargo, no es de maravillar que los encomiadores de la fantasía diesen tanto crédito á los extraordinarios efectos de que la hacían autora, si fueron hombres, los más, dedicados al arte mágica, como era fama común. Contra ellos arremetía el P. Teófilo Raynaud con esta justísima y mordaz invectiva: «El azote ó la horca son argumentos que deberían emplearse contra esos charlatanes que dan á la imaginación la exorbitante facultad de hechizar, de curar de lejos, de mover cosas apartadas, de disparar rayos, de llamar vientos y tempestades. Estos filósofos, que tienen el corazón de calabaza *(quibus pepo pro corde fuit)*, ó nunca habrán estado enfermos, ó nunca habrán permitido que sus amigos batallasen con enfermedades; siempre les habrán sobrado tesoros y riquezas. La imaginación les habrá sonreído á su talante y procurado todo lo deseable y gustoso. ¿Estamos despiertos ó durmiendo, los que tales sandeces oimos?» [1] Muy en su punto se pone el gran teólogo, hombre de vastísima erudición. ¿El facultativo, no perdonando á medios y remedios, se queda sin curar una ceguera congenital, y con sólo imaginar y querer la curaría radicalmente? ¿Todo el saber que un hombre de ciencia posee, y el conocimiento del humano corazón, no bastan para adivinar lo que otro hará ó querrá mañana hacer, y con sólo formar en su cerebro fantasmas, lo acierta puntualísimamente? ¿Con toda la energía de sus músculos no es poderoso un gigante á contrastar la fuerza de la gravedad que le llama al suelo, y con sólo figurarse que le nacen alas, se pone á volar por los aires como pájaro salido de la jaula? ¿No es el maquinista dueño de aumentar la temperatura atmosférica, con todos los ingenios imaginables, y con sólo concentrar el pensamiento y apetecer tempestades, las hará estallar seguro, y revolverá en un torcer de ojos cielos, tierra y mar?

Otra muy buena razón esforzaba el Padre Medina, teólogo de gran nombradía. Las acciones inmanentes proceden á obras externas de un modo intencional; y son acciones inmanentes las que provienen de principios internos, principalmente del entendimiento y voluntad; y se extienden á obras externas de una manera intencional cuando tienen razones que las mueven á obrar, como cuando ejecutamos por medio de criados las cosas que entendemos y queremos, y mediante nuestros miembros hacemos lo que gustamos: estas operaciones no las hacen inmediatamente por sí las potencias inmanentes, sino mandando interiormente su ejecución exterior. Hay potencias inmanentes que son infecundas de suyo, y sólo valen para pajes del alma; por esto llámanlas *pasivas* los filósofos, porque el sér que tienen se endereza á mudar el alma vitalmente. Tal es la fantasía. Y si áun el entendimiento y voluntad, potencias de suyo fecundísimas, no obran de una manera intencional en los seres naturales, que están destituidos de conocimiento, porque ser estos movidos intencionalmente es recibir el imperio de otro mediante el conocimiento, y ningún sér natural hay que entienda y sea capaz de recibir el mandato y voluntad del imperante, resulta de esto forzosamente que venga al suelo quebrantada aquella obediencia soñada por Avicena, y atribuida á los seres naturales respecto de las inteligencias, pues éstas sólo por vía de moción local pueden hacer que las cosas se les rindan y ejecuten sus intentos. Si pues esto pasa con las inteligencias ¿cuánto más pasará con la fantasía, que solo aplicándose inmediatamente al cuerpo en que reside, es idónea para poner por obra su pasiva actividad?

La fantasía no es el entendimiento, ni tampoco es el sentido: la fantasía ni siente ni entiende, es una facultad interpuesta entre el sentir y el entender. Es una potencia inmanente cuya acción no sale de sí en sus operaciones; si se espacía por los ámbitos del mundo corpóreo, es revoloteando y cebándose en las noticias de las cosas antes conocidas. Por sí propia es inhábil para inventar, crear, hacer, producir cosa nueva, como va dicho. La fantasía trata con el mundo material por conducto de los sentidos, y con el mundo espiritual por medio del entendi-

hist. mirab., lib. II, cap. I. — TEÓFILO RAYNAUD, *De stigmatismo*, t. XII. cap. VII. — NIEREMBERG, *Curiosa filosofía*, lib. II, cap. V.

[1] *De stigmatismo*, cap. VII.

miento. Recibe y da: recibe de los sentidos las sensaciones y con ellas elabora las especies sensibles; y ministra al entendimiento los fantasmas para que él purificándolos labre la finísima tela de sus espirituales conceptos. Así que no hay obra de imaginación que de cerca ó de lejos, mediata ó inmediatamente, no deba su labor á los sentidos. Transformando, combinando, engrandeciendo, acumulando sensaciones ántes experimentadas levanta castillos, fabrica palacios encantados, pare monstruos, sueña desvaríos, fragua imposibles, trabajando siempre sobre materia hecha y formada, porque le faltan fuerzas para poner las manos, por valientes que las tenga, en conocimientos nunca habidos, ni en raíz tan siquiera; y así en vano tratará de leer con certeza el pensamiento ajeno, ni verá cosas puestas fuera de su experiencia, ni descubrirá sensaciones ajenas, ni hablará ni representará lo que nunca entró por la puerta de la sensibilidad.

Aunque una inteligencia separada pudiera, sin auxilio de agentes sensibles, inducir formas naturales, no podría eso decirse del alma humana, por más semejante que la supongamos á las inteligencias angélicas, por estar sumida en las entrañas de la materia y sujeta á la ley de los agentes que no obran sino en presencia del paciente. Ni vale alegar que el alma se une mediante la imaginación al cuerpo extraño con contacto virtual, porque el contacto virtual conviene á los agentes que tienen acción en los cuerpos externos, y no á los que sólo gozan de acciones inmanentes. Las almas humanas en su estado de unión carecen de operaciones transeuntes, y en su estado de separación tampoco las tienen, como arriba decíamos con Santo Tomás. [1] En fin la razón formal de la fantasía y la vida que lleva en la materia no le permiten acción transeunte, cual la pretenden los adversarios, que pervierten la índole formal de las potencias y trastornan el sér y substancia de ellas. Este es el discurso de Medina, [2] con que desbarató y derrocó por tierra los sueños y fantasías de los modernos doctores.

El filósofo y el hombre vulgar convienen á una voz en que para influir en cuerpos apartados, solamente poseemos el sistema muscular, por cuyo medio producimos movimientos mecánicos y alteramos de todos modos las cosas que nos rodean. La imaginación no pertenece al sistema muscular. Esto cuanto á la operación directa. Cuanto á la indirecta, mucho puede el esfuerzo de la imaginación. Un hombre dominado de un fantasma despiértale en otros suscitando emociones semejantes á las suyas. Semejantes digo y no idénticas, porque identidad nunca la habrá, por más que Rambosson lo afirme, y César Vigna lo encarezca. [1] Cada imaginación elabora sus fantasmas según el caudal de elementos sensitivos que tiene almacenados, y esos elementos son las sensaciones antecedentes, y no sólo las sensaciones pertenecen como propiedad á cada hombre, á causa de la condición individual de los órganos y tejedura de nervios, mas también porque cada cual tiene su arte de componer figuras y de representarse con ellas el objeto de que se trata. Entre un concurso de pueblo clama un hombre ¡fuego! Cada uno de los presentes formará la imagen de fuego, pero al punto la vestirá cada individuo, aunque análogamente, de colores y sombras más ó menos lúgubres, y según la diversidad de la pintura recibirá diversísima impresión de la imaginada catástrofe. Dos fantasías distintas es imposible que fragüen una misma figura. Cuando la formen, sin haberse cencertado, señal es de intervención extranatural.

Siendo análogos y no iguales en lo natural los fantasmas, los efectos también serán desiguales. Que pueda un hombre causarlos en otro indirectamente, no hay para qué disputarlo. Mágico es el poder de la simpatía. El aspecto de un sujeto, anteriormente al trato de su persona, agrada ó repugna. La presencia venerable y conciliativa, sus maneras despejadas, su mirar dulce, la nobleza de sus movimientos, el metal de su blanda voz, antes de pasar por el discurso de la razón, luego da golpe y conquista la voluntad por obra del entendimiento, así como el semblante contentible y el exterior desaliñado y grosero cuadra mal sin más dilación, y disgusta y mortifica. Podrá llegar á ser tal la fuerza de las especies representativas, pasadas por el conducto de los sentidos y

[1] Lib. III, cap. IV, art. I.
[2] *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.

[1] *Contagion della pazzia.—Gazzetta di Venezia.* 29 juglio, anno 1881.

forjadores del fantasma, que conmueva el organismo del espectador, y de solo imaginar se halle bien ó incomodado, no por causa de la fantasía ajena sino de la propia, como luego diremos.

De aquí es consiguiente inferir que la fantasía no extiende su acción fuera del propio cuerpo. Si de imaginar un hombre nacen efectos reales y corpóreos fuera de sí, su causa tendrán, no será la imaginación quien los cause, y mucho menos tendrá el hombre relación con los efectos sensibles, si éstos sobrepujan la esfera de las fuerzas humanas, y si áun influyendo el hombre directa y positivamente, no fuere capaz de ejecutarlos. Cuando pues se os pone delante un hombre que de solo imaginar, con solo un pensamiento, con solamente fijar en un objeto la atención hace maravillas tales como curar enfermos, calmar ciclones, despeñar lluvias, descubrir tesoros, ver á gran distancia, jugar á su arbitrio con las fuerzas de la naturaleza, no es su imaginación la autora de estas grandezas; otro es, otro que puede más, otro más capaz que cualquier hombre. La fantasía no es potencia activa, repito, potencia cognoscitiva es, y á fuer de tal inmanente, y por eso estéril é incapaz de entremeter su baja obra en otro sujeto, torpe y manca por sí para influir en cosas que piden movimiento y alteración local.

No hay duda, derívanse de la imaginación prodigios asombrosos, mas todos quedan en el estrecho recinto del individuo imaginador. ¿En los durmientes qué cosas tan raras no se han presenciado? y la imaginación actuaba en ellos y suplía por los sentidos como señora, maestra y guía. Andarse un hombre por los tejados, rondar armado cantando por las calles, visitar templos, ir por agua á la fuente sin quebrar el cántaro, disertar tres y cuatro horas gesticulando y diciendo elevados conceptos, disputar de puntos de teología abstrusos con sutileza y claridad, echar de repente versos nunca oidos, estos y otros casos de noctámbulos, que se pondrán más adelante, por admirables que parezcan, no se comunican de unos individuos á otros, y presuponen conocimientos sensibles y elementales, antes adquiridos por la propia experiencia.

Mucho se ha disputado sobre la influencia derivada de la imaginativa al útero de las madres, y sobre los lunares y monstruosidades de los fetos. Los antiguos aseguraban estas anomalías al poder de la aprensión, como puede verse en Tomás Fieno; Erasto, Costeo, Wier, Huarte, Zachias, Blondel y otros insignes médicos han tratado de fantasía esta atribución, y pretendido que no tienen punto común con los antojos de la madre las manchas y deformidades de sus hijos. A grandes engaños va expuesto el que discurre en tan secreta fábrica, cual es la formación del humano embrión en el útero materno. El Padre Feijóo [1] se adhirió en parte á la exposición de Blondel, [2] y en parte disiente del médico londinense, en cuanto atribuye á la imaginación de la madre la eficacia de sigilar el feto y de imprimir en él aquella semejanza que con el padre tiene después. Los modernos siguen discordes entre sí, como los antiguos. «Autores hay que no proponen otra alternativa que ó admitir todas las historias que narran marcas de nacimiento, ó negar toda influencia materna.» [3] Hack Tuke parece hallar fuertes presunciones en favor de la acción ejercida por la fantasía materna sobre la sangre. El Dr. Ficher estuvo preguntando veinte años seguidos á las paridas si temían alguna deformidad en sus criaturas, y á pesar de los temores que en muchas halló, sólo encontró dos casos de monstruosidad, y áun ésos no los atribuía á influencia mental de las madres. Así que no está demostrado que las señales de los fetos tengan correspondencia con la imaginación materna, si bien parece probable que una grave turbación de su fantasía deba influir indirectamente en la nutrición fetal. De importancia es, por su autoridad, el dictamen del Dr. André, en esta forma: «Algunas observaciones hechas en histéricas embarazadas, han demostrado á Feré que bajo la influencia de las excitaciones periféricas ó viscerales, ó de representaciones mentales, el feto reacciona con intensidad grandísima, lo cual demuestra que participa de todos lo movimientos emocionales maternos y que debe necesariamente participar de las manifestaciones convulsivas á que está expuesta la madre.» [4]

Si exceptuamos este postrer dubio, debemos resueltamente concluir que la ima-

[1] *Cartas*, influjo de la imaginación materna.
[2] *De virib. imagination*, 1737.
[3] HACK TUKE, *Le corps et l'esprit*, p. 235.
[4] DR. ANDRÉ, *Las nuevas enfermedades nerviosas.*— Traducción de D. Federico Toledo y Cueva, 1894, p. 12.

ginativa del hombre tiene natural indisposición para extender su eficacia á cuerpos extraños, debiendo ceñirse al cuerpo propio con las limitaciones que vamos á señalar. Avicena y sus secuaces fueron falseadores de la buena enseñanza, cuando hicieron verdad una tan alevosa mentira, como persuadir al pueblo que con la sola imaginación era poco menos que Dios cualquier hombrecillo del vulgo. Lo que estos malos filósofos trocaron y disfrazaron, justo es que lo pongan en su lugar los modernos si los mueve el celo de la verdadera ciencia.

ARTÍCULO II.

Poder de la fantasía en el propio cuerpo.—Los espíritus vitales y animales de los Escolásticos se componen bien con las observaciones modernas.—Influencia de la fantasía en el sistema nervioso.—Tiene poder para causar indisposición.—Ejemplos de aprensiones.—De ilusiones.—De enfermedades.—El sudor de Cristo en el huerto de Getsemaní.

Entrando á tratar la segunda cuestión propuesta, á saber, qué influencia tiene la imaginación sobre el propio cuerpo, doctrina es de Santo Tomás, profesada por todos los teólogos y filósofos de buena ley, que «de imaginar el alma con mucha afición y viveza resulta en el propio cuerpo alteración en la salud ó en la enfermedad, sin acción de los principios externos que se proporcionan á causar enfermedad ó salud.» [1] Este es el hecho, indubitable cuán frecuente. El P. Suárez señala tres caminos por donde puede la imaginación influir salud ó enfermedad, es á saber, conmoviendo los espíritus animales, excitando vehemente calor, despertando los humores. [2] Introducían los Escolásticos dos suertes de *espíritus* para promover la vida en el organismo humano; espíritus vitales, espíritus animales. «La sangre arterial del corazón, decía el P. Granada, es una sangre purísima y solidísima, la cual sirve para engendrar los espíritus que llaman vitales, que son los que dan calor y vida á nuestros miembros... Las arterias que proceden del corazón llevan dentro de sí la sangre que llaman arterial, y los espíritus vitales por todo el cuerpo.» [1]

Fuera de este elemento que servía para la vida vegetativa, daban entrada á los espíritus animales para la vida sensitiva y locomotiva; como lo expone el mismo P. Granada diciendo: «Así como en el corazón hay dos senos ó ventrículos, en que se fraguan los espíritus vitales, así en los sesos hay otros dos en que se forjan los espíritus animales. Mas de qué manera se hagan éstos, es cosa que excede la facultad de los entendimientos humanos... De estos espíritus, unos son para dar movimiento á los miembros, y otros para dar sentido. Para lo cual proveyó el Criador los caminos por donde corriesen, y se distribuyesen por todo el cuerpo, que son dos diferencias de nervios, unos para que lleven los espíritus que causan el movimiento, y otros los que dan el sentido... Estos espíritus son como unos rayos sutilísimos de luz que corren por los poros de estos nervios, y por medio de ellos se distribuyen por todo el cuerpo.» [2]

Esta hipótesis dominaba en el siglo XVI y XVII. A los modernos se les hinche de risa la boca cuando oyen hablar de espíritus vitales y animales, y dan vaya y envían para necios á sus defensores: son injustos en sus burlas, porque hasta el presente no han sido hombres para inventar, en vez de aquélla, otra hipótesis más cabal. No sabemos en el día de hoy cuál sea la naturaleza del influjo nervioso, ni en virtud de qué energía los nervios hacen su oficio. [3] Todo se les va á los mo-

---

1 Ex hoc quod anima imaginatur aliquid et vehementer afficitur ad illud, sequitur aliquando immutatio in corpore ad sanitatem vel ægritudinem, absque actione principiorum corporalium quæ sunt nata in corpore ægritudinem vel sanitatem causare.—*Contra Gentes*, libro III, cap. XCIX.

2 *De Anima*, lib. III, cap. XXXI.

1 *Simbolo de la fe*, parte 1.ª, cap. XXVI, § 2.

2 Ibid., cap. XXVIII.

3 Centro (mejor digamos depósito de centros) de todo el sistema nervioso es el cerebro. La materia gris da asiento á la sensibilidad y fantasía, la materia blanca al movimiento mecánico. Compónese de dos hemisferios, ó lóbulos; basta uno para el ejercicio de las facultades sensitivas y para el uso del habla: dualidad fisiológica, que no destruye la unidad psicológica de la persona humana.—El cerebelo tiene por oficio coordinar los movimientos necesarios para andar y permanecer en equilibrio.—La médula espinal consta de substancia blanca en la superficie, y de substancia gris en el centro, al revés del cerebro y cerebelo. De la médula salen dos clases de nervios, sensitivos y motores: las fibras que componen la raiz posterior llevan al cerebro las impresiones sensibles, las que forman la raiz anterior trasmiten el movimiento; entretejidas las fibras nerviosas de ambas raíces forman un solo nervio, sensible y motor á la vez. Los nervios cerebrales son también sensitivos y motores, aunque de origen y modo de obrar diverso.—El gran simpático, doble cordón nervioso que corre con su cadena de ganglios á los lados de la columna vertebral, consta de nervios finísimos que se cruzan y forman plexos en torno de los órganos de nutrición. Hay órganos que sólo reciben nervios del cerebro (músculos del tronco y de los miembros), otros los tienen del sistema ganglionar (corazón, pulmón, tubo in

dernos en hablar de vibraciones y excitaciones cerebrales; palabras y nada más. Menos demostrada está la realidad de las vibraciones cerebrales, que la de los espíritus animales. Si á cada imaginación corresponde una fibra y una vibración, infinitas serán las fibras, é infinitas las vibraciones. Los 600 millones de células cerebrales calculadas por Meynert, apenas bastan para el gasto de una hora á quien se ponga á imaginar, á recordar, á pensar. Demos gracias á Dios que nos proveyó de alma espiritual, sin cuyo concurso es imposible explicar los devaneos de una alocada fantasía. Siendo el alma espiritual y los vibramientos nerviosos materiales y corpóreos, el humano entendimiento pende indirectamente de los fantasmas, y este es el punto de más capital importancia, ora los fantasmas dependan en su formación de espíritus animales, ora de vibraciones encefálicas, ora de influjo nervioso.

Sin embargo, íntima correspondencia veían los Escolásticos entre la imaginación y el cerebro, y por consecuencia con el sistema nervioso que del cerebro nace ramificándose y penetrando por todas las partes del cuerpo. En el cerebro situaban el órgano de la fantasía. «El sentido común está en la primera parte de los sesos, que es muy tierna, y por eso está más dispuesta para que en ella se impriman estas imágenes, mas no lo es para tenerlas y conservarlas por su mucha blandura. Y por esto proveyó el Criador de otro vientrecillo en otra parte de los sesos más duros, que se sigue después de ésta, la cual recibe todas estas imágenes, y las guarda, y por ello se llama imaginativa. Con la cual potencia por ser orgánica y corporal nos hace muchas veces nuestro adversario guerra, pintándonos las cosas á veces hermosísimas, y á veces feísimas, como cumple á su malicia.» [1] Los modernos, ya que convengan en asentar la imaginativa en la capa gris cortical de las circunvoluciones en lo más superior del cerebro, no acaban de entenderse en el señalar sus linderos.

También notaron los Escolásticos la diferencia entre nervios centrípetos y centrífugos; los unos son los de la sensibilidad que trasmiten las impresiones externas al centro situado en el cerebro, los otros son los del movimiento que le traspasan á los músculos con una velocidad de 20 á 30 metros por segundo: para ambas suertes de operaciones ponían los Escolásticos los espíritus animales, que van ó vienen según el ministerio que han de cumplir en el sistema nervioso. [2] Al igual que los modernos, admitían que, como á cada sensación corresponde una alteración en el cerebro, así en faltando objeto de sensación y habiendo acto de imaginación, se opera movimiento (excitación ó vibración) del cerebro ó ejercicio de los espíritus animales. En la sensación el vibrar de los nervios empieza por la extremidad externa del órgano sensorial, en la imaginación por la extremidad interna cerebral, y porque la vibración del cerebro puede durar, la imaginación dura más que la sensación. Esto enseñan los modernos. Y no faltan fisiólogos que se arrojen á decir que los fantasmas de la imaginación vienen á veces á confundirse con las sensaciones de los sentidos, de cuya confusión nacen las

testinal, hiel, bilis, bazo, riñón, páncreas), otros los reciben de ambos sistemas (laringe, faringe, esófago, estómago, vejiga, recto). El gran simpático se relaciona con el eje cerebro-espinal por filetes y anastómosis nerviosas.

Acerca de la índole del movimiento nervioso la ciencia no se atreve á decretar.—«Malgré les beaux travaux des physiologistes allemands, et en particulier de ceux de du Bois Reymond, la science n'est pas encore fixée sur ce sujet.» (J. MAREY, *La machine animale*, livre I, chap. V).—«Si ignoramos la naturaleza del movimiento nervioso, sabemos que nada tiene que ver con el eléctrico. En efecto la acción nerviosa, lejos de transmitirse con la velocidad de la electricidad, apenas marcha 20 ó 30 metros por segundo; fuera de que los nervios son malos conductores de la electricidad.» (CAJAL, *Manual de Histología Normal* 1889, p. 619). Helmholtz señalaba 27 metros por segundo á la corriente nerviosa; Chauveau 21 metros en común, y mayor cantidad en personas robustas (*Comptes rendus de l'Academie des Sciences*, 1878, 2.º semestre).

[1] GRANADA, *Simb.* p. 1. cap. XXIX.

[2] El Dr. D. Santiago Ramón y Cajal, oráculo de los histólogos nacionales y extranjeros, ha definido con precisión la índole de las células nerviosas destinadas á las funciones sensitivas y más elevadas en el hombre. Su conclusión general es esta: no se diferencia la célula psíquica de las demás células nerviosas. «La célula nerviosa, cualquiera que sea su categoría funcional, aparece construida con arreglo al mismo modelo, y hasta parece exhibir la misma textura y composición química. Las células motrices del asta anterior de la médula, los corpúsculos ganglionares de la retina, los elementos del gran simpático de los vertebrados, etc., poseen el mismo cilindro-eje, las mismas expansiones protoplásmicas, el mismo modo de relacionarse y de transmitir las corrientes, en fin, los caracteres substanciales todos de la célula psíquica, á la cual, no obstante, confiamos las más elevadas actividades de la vida (asociación, memoria, inteligencia, etc.). Desde el punto de vista de la complicación de conexiones y de la variedad de tipos morfológicos, la corteza cerebral no puede competir siquiera con la maravillosa urdimbre del cerebelo y de la retina, cuyas actividades, aunque importantes, son groseros oficios comparadas con las peculiares de la corteza cerebral.» (REVISTA DE CIENCIAS MÉDICAS DE BARCELONA, *El nuevo concepto de la histología de los centros nerviosos*, 1892.)

alucinaciones y visiones fantásticas. No es este lugar á propósito para confutar todos los caprichos fisiológicos del día.

Pues tratando de la eficacia que tiene la fantasía en nuestro cuerpo, ábresenos un camino espaciosísimo y de no pequeña dificultad. Es la imaginación poderosísima para grandes hazañas. Ejemplo tenemos en los sonámbulos, que, los ojos cargados de sueño, trepan por lo alto, suben y bajan, y hacen cosas durmiendo que áun velando no osarían intentar. Y en tiempo de sueño quien actúa es la fantasía con gran soltura, y después en despertando tal vez no queda memoria de lo hecho.

Es de tal índole la actividad de esta potencia, que como sea el principio natural de cada cosa constante y determinado, y así propiedad del fuego es calentar, del hielo enfriar; ella, por el contrario, no va atada á condición determinada, á todo se arroja, todos trajes viste, todo pensamiento arma y ajusta á sus devaneos. Si alguna vez parece responder el efecto de la imaginación al que causaría por sí la cosa imaginada, y tiene frío quien piensa en hielo, y quien revuelve en su cabeza ascosidades siente revueltas las entrañas, y quien imaginó cólera-morbo quedóse preso de él; mas esta conveniencia no siempre es proporcionada, antes á veces contraria y opuesta. Y dado que no fuese opuesta, cuando hay pasión de por medio y aprensión vehemente, pertúrbase el sistema nervioso, altéranse los humores, inmútanse las disposiciones internas; de aquí la muerte vivamente imaginada pinta de color amarillo y flaco el semblante, la vista de un despeñadero enfría, descolora, y eriza los cabellos, una alegre nueva pone risueño y sonrosado el rostro, un súbito acontecimiento es bastante para dejar parada, trastornada, demente y sin tino á una persona.

Empieza esto á significar qué relación tiene la fantasía con la salud y enfermedad. Por lo común las enfermedades no nacen de la fantasía; ella es quien depende de enfermedad. Está dicho con Santo Tomás que la imaginación causa en el organismo alteración cuando la acompaña algún movimiento vehemente de pasión, y según esto puede traer bienestar y mejoría en la salud, así como puede empeorarla y acabarla del todo. La sola imaginación, sin principio de enfermedad, no es tan poderosa que desconcierte los humores, á menos que el natural hipocondriaco ó nervioso favorezca los devaneos de la fantasía. Muchos por una fuerte aprensión con que pensaron enfermar, enfermaron de veras gravemente y áun vinieron á perder la vida á manos de su tristeza; otros al revés, la sacaron libre y más lozana de las uñas de graves achaques por haber concebido grandes esperanzas de curar: de estos casos están llenos los libros de patología clínica.

Refiere Gratiolet [1] que un estudiante de leyes al presenciar por vez primera en otro la extracción quirúrgica de un tumor de la oreja, notó de contado un sentimiento tan intenso en la suya propia, que llevándose á ella la mano se puso á dar voces de dolor. De otro habla Lauzanus, que habiendo visto sangrar á un enfermo de pleuresía en el brazo, poco después se lamentaba del mal que en el suyo tenía, y á manera de lanceta le molestó por dos días. [2]—El profesor Bennet cuenta este caso: «Un clérigo refirió que en su parroquia hubo sospechas de que una mujer había dado veneno á una criatura suya recién nacida. Al ir á desenterrar el féretro, el ayudante del médico comenzó á percibir olor de putrefacción y tuvo que retirarse por sentirse mal. Abrieron el féretro y le hallaron vacío. La mujer no había parido, ni era rea del crimen que le imputaban.» [3] Otra mujer quedó ciega por haber visto á su marido asaltado de epilepsia durante la noche. [4] El mismo autor narra que una niña de un susto perdió el oido. Estos accidentes y otros análogos tienen por causa inmediata la alteración molecular del tejido nervioso sensitivo, ó también el espasmo de los capilares, ó una suerte de calambre que sobrecoge los vasos; pero la imaginación es la causa mediata y principal. Casos como los dichos no es maravilla que se remedien con sacudidas galvánicas ó por arte del hipnotismo.

Otras personas vieron en sueño imágenes y las continuaron en vigilia por breve rato cual si fueran visiones corpóreas. «Un amigo mío, dice Brodie, divisó al despertar por la mañana un individuo vestido de persa al pie de la cama; le distinguía con tanta claridad como las sillas

1 *De la Physionomie*, 1865.
2 Demangeon, *De l'imagination*, 1829, p. 154.
3 *The mesmeric Mania*, 1851, p. 15.
4 Puttigrew, *On supertitions connected with the history and practice of medicine*, 1844, p. 101.

y mesas del aposento, y queriendo ver de más cerca notó que á un tiempo veía el espectro y la puerta que había tras él.» [1] El fantasma imaginario dió lugar á una percepción que tomó por corpórea el que estaba medio durmiendo: la ilusión, si bien duró poco, prueba cuánta sea la fuerza de la imaginación vivamente impresionada, y la dificultad de substraerse á sus antojos. Carpenter [2] dice que un marino era tan diligente en notar las señas dadas por las fragatas vigías, que áun durmiendo á sueño suelto y no logrando sus camaradas despertarle por más bullicio que metiesen, en murmurándole en los oidos la palabra *señal*, al punto sacudía el sueño de sí.

Interminable sería el discurso si hubieran de relatarse las varias ilusiones del sentido. Los hay que no perciben sabor en los manjares durante la conversación, á otros les saben mal ó bien según el paladar de su fantasía. A quien no espantan cañonazos, le ofende el aspecto del ratón, á otro la vista de un gato le espeluzna y se le va el corazón, quién teniendo delante cangrejos vivos ó cocidos se desvanece del todo, quién no puede con su aversión al queso, al vino y otros licores. A veces un accidente extraordinario causó aquella fuerte aprensión en la imaginativa, y no hay poder humano para borrarla. Ejemplo son los escrupulosos. Un libro, un predicador, una pintura despertó en fantasías melancólicas una especie, y de rumiar y mirar y remirar aquella especie nacen congojas, tristezas, enfermedades y la locura tal vez: y es así que ver culpa donde no la hay, desatino es de calidad; pero dar lugar á la congoja y creerse uno por eso condenado sin remedio, demencia es y necedad de mayor calibre. Personas hay que al aspecto de un hombre herido, en descubriendo una gota de sangre, sienten correr un sudor frío por los miembros, y se ponen demudadas y amarillas; otras no sufren la presencia de un cadáver ni una misa de difuntos sin caer en desmayo; otras no tienen serenidad para oir relatar la ejecución de un ajusticiado, y desfallecen. Santa Teresa refiere las diligencias que empleó en remediar á unas monjas que «si no las comulgaban cada día, parecía que se iban á morir» y declara que ninguna cosa bastara llevándose por razones «para que entendiesen era imaginación el pensar se morian sin este remedio.» [1]

M. Cumberland puso una vez sus manos en contacto con las de otras dos personas. Después les mandó que cerrasen los ojos, y alzando la una mano oyóles confesar que sentían el tacto de las dos, y entre tanto con la otra mano les tocó la cabeza y puso en ella un sombrero. Colocó después las manos como antes estaban, y las dos personas declararon estar convencidas de haber sido tocadas por otras manos extrañas. [2] A uno que apenas sentía valor para alzar un pañuelo, le persuadieron que un peso de veintiocho libras era liviano, y con un solo dedo le levantó con suma facilidad. [3] A otros de solo acordarse de pólvora, les dan náuseas. Cuenta el P. Feijóo de una mujer que cuando pensaba que su marido saliendo de casa se embriagaba y trocaba la comida, se le alteraba á ella el estómago por el asco y trocaba también. [4] Este otro caso refiere el Dr. Ferrier. [5] Un perro había mordido á dos casados. La mujer no se creyó inficionada, pero el marido que era hipocondriaco dió en creer que el perro era rabioso y le había pegado la rabia. Llamado el médico hizo preguntas al marido relativas al estado que éste imaginaba. Respondió á medias palabras, pero al día siguiente hallóle el médico en cama, con calor en el estómago, dificultad de tragar, mal de garganta y de cabeza, en fin con los síntomas que el médico con sus preguntas había insinuado. Llegó á punto el aprensivo que se daba ya por muerto de hidrofobia. Dejó el médico pasar seis días, y visto que el enfermo estaba en quererse morir, le dijo: los mordidos de rabia no pasan de los seis días. Este fué su remedio; remediada la fantasía, saltó de la cama y se puso bueno. Sobre los casos de hidrofobia, médicos distinguidos, como Dick, Bosquillon, han llegado á juzgarlos todos imaginarios y nerviosos: en su dictamen la imaginación es una suerte de virus que muy á menudo acarrea la muerte. Sin embargo, no puede negarse que exista

---

1 HACK TUKE, *Le corps et l'esprit*, p. 16.
2 *Human Physiology*, 1853, p. 855.

---

1 *Fundaciones*, cap. 6.
2 *Journal of mental science*, 1881.
3 CARPENTER, *Human physiology*, p. 831.
4 *Teatro critico*, t. III, disc. III, n. 39.
5 *Medical histories and reflexions*, t. III, p. 46.

un virus real, causador de hidrofobia esencial, diferente de la nerviosa.

Extraño es el dominio que ejercita el alma sobre el cuerpo, y la inmensa potestad de la imaginación. Secreto inapeable. Cuando el hombre fija el pensamiento en un objeto material ó intencional, y asienta en su fantasía una especie, son incomparables los estragos que de la fijeza pueden surgir en el organismo: trastornos en nervios y venas, en ganglios y plexos, aflujos de sangre, inflamaciones, congestiones, desórdenes en la circulación, ruptura de vasos, ataques cerebrales; [1] ó todo lo contrario, según las emociones morales que se experimenten. Entiéndenlo á maravilla los médicos cuando sugieren á sus enfermos la persuasión de su mejoría, y con medicamentos de ninguna eficacia, como con píldoras de miga de pan, ó con agua en lugar de morfina, logran mejoría y salud, que por otras vías tal vez no alcanzaran. Medicinada la fantasía, su influencia en el cuerpo es saludable remedio; al contrario el que se cree enfermo, viene á estarlo de veras á vueltas de su imaginación.

No hay pasión de ánimo que no perturbe de algún modo la vida orgánica, y tal puede llegar á ser el grado de paroxismo, que los nervios centrífugos y centrípetos reciban una actividad capaz de exaltar ó paralizar las operaciones mentales. El que así se siente agitado corre peligro de estimar por real lo imaginario, y por externo lo que no sale de su interior. La unión íntima entre los nervios y la fantasía da razón de los trastornos orgánicos que tan á menudo acontecen, y en que tienen tanta parte las causas morales. El Dr. Folch [2] distingue tres especies de pasiones según que dirijan su acción al encéfalo, al sistema ganglionar, ó á los dos aparatos á la vez. Las expansivas, gozo, deseo, amor animan el curso de la inervación, activan la acción arterial y dan más energía á todos los órganos, y así suelen ser más saludables que morbosas. Las concentrativas, tristeza, temor, tedio, envidia, vienen á dar especialmente en los plexos nerviosos del gran simpático, y enderezan al epigastrio su influjo, y así predisponen á dispepsia, ó hipocondría, á cáncer, á ictericia, á palpitaciones del corazón. Las irritativas, enojo, desesperación, odio, asaltan el encéfalo y el sistema ganglionar juntamente, y causan movimientos impetuosos, temblor en los miembros, centelleo en los ojos, ardor en el semblante, y así preparan el camino á congestiones cerebrales, á aneurismas, á males del hígado.

Bajo otro aspecto pueden considerarse las pasiones, según Sandras. Si son crónicas, y tienen ocupado el ánimo de asiento, en cuanto prevalezcan contra la razón producirán efectos desastrosos, odio inveterado, envidia diuturna, celos reconcentrados, y estorbarán la digestión, quitarán de los ojos el sueño, enflaquecerán las fuerzas y acabarán en breve con la salud. Si son agudas las pasiones, y sobresaltan la sensibilidad con excesos repentinos, como coraje impetuoso, terror pánico, alegría demasiada, tristeza profunda, amor desatinado, con sus bruscos movimientos irritarán la sensibilidad y estragarán los nervios con tales ímpetus, que por poca disposición que en el sujeto haya, pueden nacer fatales golpes de apoplejía, epilepsia, derrame cerebral, muerte súbita, en fin, con espanto de los presentes. Si son mixtas las pasiones, es decir, crónicas en la posesión y agudas por las circunstancias, como ambición, juego, ardor político, fanatismo religioso, patriotismo exagerado, y otras tales, con las congojas, sorpresas, peripecias, disgustos, alegrías, entusiasmos, casos imprevistos, buena ó mala ventura que causan, llegan á quebrantar la constitución mejor dispuesta y enajenan los hombres hasta ponerlos como locos y fuera de sí. Las desdichas que estas tres maneras de pasiones causan, son hijas de la imaginación, por lo común, mientras no se descubran cosas que salgan fuera de los términos naturales. [1]

---

[1] El P. Maroni para probar cuán tímidos eran los Aguanos y Barbudos, indios del río Marañón, en el siglo XVII escribía: «De solas estas primeras vistas que hicieron de paso de españoles, se apestaron estas dos naciones y perecieron muchos. Decía el cacique Cocamilla viendo á los Barbudos que se morían: de sólo oir el estruendo del arcabuz les da cámaras.—Este es el achaque primero, y también el del catarro ó dolor de costado, que, sin pretenderlo, dejan los españoles á los indios en las primeras vistas... Son de tal calidad, que asustados de ver españoles y oir los arcabuces, se les debe de inmutar la sangre y corromperse de modo que les ocasiona y causa mortales enfermedades y contagios.» —*Noticias auténticas del famoso río Marañón*, publicadas por Marcos Jiménez de la Espada, 1889, p. 244.

[2] *Tratado elemental de patología general*, 1873, p. 134.

[1] SANDRAS ET BOURGUIGNON, *Traité pratique des maladies nerveuses*, t. I, livre I, chap. I.

El sudor sanguíneo padecido por nuestro adorable Redentor en la agonía de Getsemaní, es buen argumento de lo que puede la aprensión de la fantasía. En la oración del Huerto amartelóse Jesús en el amor de los hombres con tanta viveza de imaginativa, que la representación de los tormentos que le esperaban, la tempestad de pasiones que iban á desencadenarse contra Él, la voluntad de su Padre que disponía bebiese aquel amargo cáliz por la salud de los hombres, apretaron su corazón con tan fiero temor, tedio y congoja mortal que le pusieron en fatigosa agonía y le hicieron sudar sangre de las venas. Eutimio y Teofilacto entendieron por hipérbole el sudar Cristo grumos de sangre; pero los Santos Padres [1] lo entendieron del sudor sangriento real y verdadero. Millingen [2] explica este accidente de diapedesis, como resultado de violenta agitación del sistema nervioso, la cual echó fuera de sus vías naturales los filetes de sangre y precipitó los glóbulos rojos en los vasos excretorios de la piel. El Dr. Stroud [3] ve en este ejemplo el efecto de rápidas palpitaciones del corazón, que apretando con fuerza los vasos sanguíneos suelen determinar hematidrosis, extravasaciones de sangre. [4] Como quiera que se explique, no fué milagroso el sudor de sangre, sino muy natural y conforme á la íntima unión del alma con el cuerpo, porque fué señal de la tristeza y congoja que pasó, y no lo fuera cierta y evidente si hubiese intervenido milagro. Por natural lo conceptuaron todos los Padres y expositores, si tal vez exceptuamos á San Hilario. [5] Si fuera milagro el sudor sanguíneo de Cristo tendríamos en él un argumento ineficaz de su mortal agonía. [1] Más milagrosa que el sudor, y verdaderamente admirable, fué la valentía de Cristo y la perseverancia en su oración después de dar salida á tan copiosa cantidad de sangre. Sudores de sangre por los poros cutáneos refieren muchos autores, y fueron causados, ora por una grave amenaza, ora por terror pánico, ora por sentencia capital. Pueden verse en Mézeray, [2] Schenkius, [3] Hack Tuke, [4] Sweetser, [5] Handfield Jones, [6] y de algunos se dirá más adelante.

Yerran los racionalistas, que por poner dudas é implicancia en la posibilidad de este accidente, han osado hacerle guerra, como lo declara Strauss. [7] En verdad Olshausen, [8] Lightfoot, [9] Rosenmüller, [10] Kitto, [11] le combaten por otros motivos, pero también le ponen sus reparos en cuanto hecho fisiológico. Véase cómo los deshace M. Jaivre en *La Controverse*. [12]

ARTICULO III.

Qué bienes causa la imaginación.—Los adversarios pretenden que puede curar enfermedades.—No es capaz de remediar los males que causó.—Hechos que parecen probar lo contrario.—Expónense dos suertes de nervios en el sistema nervioso.—La imaginación no remedia males orgánicos.—Puede remediar desastres nerviosos.—Más poderosa es para desorganizar que para organizar.—Casos desastrosos.

La imaginación ocasiona grandes males en el propio cuerpo, también es manantial de grandes bienes. Para que tengan efecto ha de estar vivamente impresionada; la impresiona así ó un golpe súbito y vehemente, ó la repetición de toques sensibles que fijan en la mente poco á poco y estampan en ella con firmeza un como ídolo de gozo, de odio, de temor, ó de otra pasión; mas esta obra antes de llevarse á cabo y de hacerse capaz de extraordinarias demostraciones, requiere concurrencia de muchísimas imágenes que con su reiteración y vehemencia tomen posesión de las

---

1 Ireneo, *Advers. hæres.*, cap. XXXII.—Justino, *Dialog. cum Triphone*, lib. IV.—Epifanio, *In anchorat.*—Atanasio, Lib. VI, *ad Thes.*—Jerónimo, *De tradition. hebr.*—Agustín, *De consensu evangel.*, lib. III, cap. V.

2 *Curiosities of medical experiences*, p. 489.

3 *A treatise on the physical cause of the death of Christ.*, p. 379.

4 «No son comunes las observaciones que demuestran la posibilidad de una exhalación de sangre en la superficie de la piel, y los autores del *Compendium* han podido decir que estos hechos tienen algo de extraordinario que debe inspirar dudas. Hay que confesar que hasta ahora ninguna observación ha podido comprobar una verdadera trasudación de sangre por las glándulas sudoríparas, y hasta el presente se han descrito como hematidrosis verdaderas, enfermedades cutáneas cuya historia patológica no está aún bien conocida... El Sr. Anderson deduce de lo observado, que es impropio el término *epidrosis cruenta*, sudor de sangre, porque en la mayor parte de los casos descritos ha habido hemorragia más bien que perspiración de sangre.» (*Siglo Médico*, t. XV, p. 217.)

5 *De Trinitate*, lib. X.

---

1 Matta, *De canoniz.*, p. III, cap. XXI. — Maldonado, In Matth., XXVI, 37. — Suárez, In III p., disp. XLVI, art. 8.—Calmet, *De sudore sanguineo Jesuchristi dissert.*

2 *Hist. de France*, t. II, p. 1170.

3 *Observat. medic.*, lib. III, p. 428.

4 *Le corps et l'esprit.*, p. 221.

5 *Mental hygiene*, 1844, p. 28.

6 *Studies on functional nervous desorders*, 1870.

7 *Vie de Jésus*, t. II, p. 370.

8 *Bibl. commentar.*, t. II.

9 *Horæ hebr.*, *in Evang.*

10 *Scholia ad Luc.*, XXII.

11 *Daily Bible illustrations*, t. VII.

12 1881, t. I, p. 190.

facultades sensitivas y asiento definitivo en la imaginación.

Aquí se abre una importantísima contienda en que los enemigos del milagro pretenden absoluta victoria. ¿Puede la fantasía vivamente afectada facilitar la cesación de una enfermerced á un sacudimiento orgánico? A primer aspecto parece que sí: la imaginación ayudada de confianza y de ardientes deseos tiene en su mano efectuar en el cuerpo sorprendentes reacciones. Juan Hunter decía: «Así como un estado de ánimo puede determinar una enfermedad, así otro estado de ánimo puede traer consigo la curación.» Hack Tuke nota de incompleto el apotegma de Hunter, pareciéndole no ser menester que sea otra diferente de la que daña, la emoción que trae salud. Y substituye á la sentencia de Hunter esta otra: «Así como en el estado de salud ciertas disposiciones de ánimo pueden determinar una enfermedad así en el estado de enfermedad ciertas disposiciones de ánimo pueden restablecer la salud.» [1] En ambos dictámenes, sin embargo, se esconde un deplorable sofisma; y es que parece á simple vista que según estos médicos hay proporción entre la salud arruinada por efecto de la fantasía, y la salud restituida por efecto de la misma. Enunciado falsísimo sin duda; porque es sin comparación más poderosa la fantasía para dañar que para sanar. La imaginación mata á veces como rayo fulminante, y ninguna vez resucita. La reacción de la fantasía no es contraria ni proporcional á su acción. Si ocasiona una particular enfermedad, no siempre es hábil para remediarla. Aquí se les fué la pluma á Tuke y á Hunter fuera del pensamiento. Si querían significar que la fantasía es suficiente á causar gravísimos males, se lo damos muy de grado; pero en ninguna forma concedemos que llegue su poderío á desandar lo andado, á poner en pie todas las saludes por ella quebrantadas, á reparar los males causados ú otros cualesquiera que puedan sobrevenir. Esta es nuestra posición y la única aceptable, así lo pensamos en esta materia. Entremos en su demostración apuntando las habilidades de la fantasía, conforme las cuentan el sobredicho Hack Tuke y otros autores de nota.

[1] *Le corps et l'esprit*, IVe p. chap. I, p. 309.

Nadie ignora cuán fácilmente se mitiga ó cesa un dolor de muelas, siendo nervioso, á consecuencia del miedo ó de una imaginación impresionada. Benjamín Brodie cuenta de una joven que padecía neuralgia histérica en la cadera, y de un susto recibido cayendo del burro en que montaba, quedó en el acto libre del mal. [1] De otra curación análoga dice Brodie, y lo repite Hack Tuke con sorna, que fué tenida por milagrosa y por debida á las oraciones del director espiritual de la enferma, y al mandato que éste le dió diciendo: en el nombre del Señor, levanta y anda. Si no han caido del burro los señores racionalistas, nosotros nos reimos de sus impías chanzonetas. Agradeceríamos al doctor Hack Tuke que citase los nombres de los obispos católicos que calificaron de milagro la curación repentina de una neuralgia histérica; no lo hará, estamos ciertos.

Testifica Skey [2] que visitó á una joven de diezinueve años aquejada de un mal en la rodilla muy doloroso, atribuido por él á inflamación, y le procuró los remedios posibles sin adelantar un paso. Estaba resuelto á la amputación, cuando la enferma entró en deseos de asistir á la boda de una hermana suya, como en efecto asistió, presenciando en pie toda la ceremonia; comió, volvió sin dolor, y al cabo de una semana estaba fuera de cuidado. —Sweetser [3] habla de otra joven, acometida de epilepsia por cuatro años enteros, con tres ó cuatro ataques por semana que la dejaban en estado de estupor. Oyó decir que su hermana había sido abrasada viva, y esta impresión mental bastó para poner término á su achaque.—El doctor Bertrand conoció á otra mujer que por espacio de treinta y ocho años padeció contracción histérica de los dedos; hincábanse tan fuertemente en la palma de la mano, que para abrírsela era menester esfuerzo considerable. Una señora le mandó que la abriese, y por tres días pudo valersede ella sindificultad. [4]—De resultas de un gran sobresalto quedó muda y paralítica de todos sus miembros una doncella, de quien ningún provecho sacaban las diligencias de los médicos. Llevóla su padre á París. Iba ella con gran confianza por las hazañas

[1] *Diseases of the joints*, 1850, p. 487.
[2] *Medical Times and Gazette* 22 sept. 1866.
[3] *Mental hygiene*, 1844. p. 28.
[4] Hack Tuke, *Le corps et l'esprit*. p. 316.

que había oido contar de los médicos parisienses. El doctor Bouchut al principio frunció el ceño y no le recetó medicina. Por todas suplió la confianza, porque al segundo día la muda comenzó á hablar, al tercero movió las piernas, al cuarto andaba por las salas, del todo buena. [1]—A otro paralítico aplicó el médico Davy un termómetro debajo de la lengua para averiguar la temperatura. Como sintiese alivio el enfermo, por quince días seguidos se repitió la operación, y dejó de practicarse porque el paralítico mejoraba. [2]—Mudo era el hijo de Creso, y porque vió que un soldado arremetía á su padre con intento de matarle, soltó la lengua y dijo al agresor: Hombre, no mates á Creso.—«Vi yo, dice el Padre Medina, en Salamanca á un niño que decían tenía gracia de curaciones; muchos hombres del vulgo quedaron aliviados con su contacto, de sus graves molestias, pero aquietada la imaginación les volvían los achaques.» [3]

Otras valentías hace la imaginación en males pertenecientes á funciones orgánicas. «Bouchut cuenta haber remediado una paraplejia antigua, con mandar prender fuego á la cama de la enferma.—Bernutz puso término á un caso de afonía con solo dirigir á la garganta de la doliente un chorro de agua fría mediante una jeringa de inyección.—El Dr. Grégoire narraba la historia de un oficial de marina que estando en cama sin poderse mover á causa de un violento ataque de gota, y oyendo un día que el buque se pegaba fuego, á los pocos minutos se levantó y se presentó en el puente mostrándose á bordo el más activo.—Otros casos se cuentan más asombrosos. Una mujer, Diemerbroeck la menciona, paralizada de muchos años atrás, recobró el uso de las piernas en una tormenta que la espantó, haciendo grandes esfuerzos por huir del aposento en que la habían dejado sola.—Un hombre paralítico también sanó al ver incendiada su casa.—Otro, doliente hacía seis años, recuperó el uso de los miembros paralizados, en un violento acceso de enojo. Añadamos en fin la influencia que tiene para remediar el mal de muelas la llave del dentista ó la subida á su casa.» [4]

[1] Hack Tuke, *Le corps et l'esprit*. p. 316.
[2] Dr. Paris, *Life of Davy* p. 74.
[3] *De recta in Deum fide*. lib. II, cap. VII.
[4] Ferret, *La cause de l'hypnotisme*, 1891, p. 182.

Convendrá señalar otros ejemplos. Acerca de la constipación léese en la *Bibliothèque choisie de Médecine*, [1] que una joven de diezíocho años debía purgarse con ruibarbo, soñó que había tomado la pócima con grande asco, y la influencia del ruibarbo imaginado produjo cinco ó seis veces el efecto que produjera el verdadero.—Un oficial del ejército de Indias se veía precisado á estar en cama por un accidente asmático que no le dejaba respirar levantado. Una tropa de Mahrattas hizo salto en su cuartel; el oficial viendo la muerte delante, alzóse con ligereza, montó á caballo y midió barba á barba con el enemigo la espada. [2]—De las verrugas es cosa notoria cuán propicia sea la disposición de ánimo para curarlas. «Su curación por medio de sortilegios de la especie más vulgar entra en la categoría de los hechos reales.» [3]—El Dr. Rusch [4] testificó que la expectativa de una batalla naval, 1744, entre la escuadra inglesa y la escuadra de los confederados desterró de las tropas el escorbuto; y el Dr. Lind [5] refiere varios casos de esta enfermedad de la sangre, que en breves días sucedieron prósperamente por buena disposición de ánimo.—«Un capitán de navío, dice el Dr. Rusch, no podía salir de su camarote á causa de un accidente de gota en los pies; de pronto quedó curado oyendo apellidar fuego á bordo. Este hecho fué certificado por testigo presencial. En los libros de medicina léense casos parecidos. Yo citaré en otro lugar uno; en él la curación ocasionada por un sobresalto fué perfecta, y el organismo quedó por siempre libre de la enfermedad.» [6] Y apunta otro más raro y admirable. Un anciano de setenta y tres años, del 1773 al 1785, era molestado cada primavera por un ataque de gota, que le hinchaba pies, manos, codos, con agudos dolores. Estando en cama, un hijo suyo sin querer dió un recio golpe en la ventana del aposento y rompió los cristales y bastidores; tal fué el espanto del gotoso, que brincó de la cama, y sin muletas corrió á ver lo que pasaba. Desde aquel día quedó libre de la gota.

[1] T. VI, p. 84.
[2] Moore, *The power of the soul over the Gody*. 1846, p. 309.
[3] Carpenter, *Human physiology*, p. 984.
[4] *Medical inquiries*, t. I, p. 128.
[5] *On the scurvy*, p. 352.
[6] *Medical inquiries and observations*, t. II, p. 180.

Cuanto á la tisis, traslada Hack Tuke el dictamen del Dr. Blane que atribuyó á terror infundido por un espantoso huracán, en 1780, la mejoría ó la curación de enfermos aquejados de tuberculosis pulmonar. «No hay que dar á esta indicación mucho mérito», dice, [1] y luego cita á Tissot en esta conformidad: «Un hombre de letras llegado á un punto crecido de tisis, consultó á un médico, y en aquel ínterin le fué concedida una distinción literaria y otras satisfacciones, que le llenaron de contento. El provecho de este gozo fué detener su curso la afección pulmonar y permanecer largo tiempo estacionaria.» [2] —También el miedo hace finezas con los hidrópicos. Según el Dr. Juan Pennington cuenta, un marinero que padecía una ascitis (hidropesia abdominal) cayó en la mar de lo alto de un mástil; por fortuna le sacaron del agua, y mayor fortuna fué echar en saliendo cuatro litros de orina. [3]—De dos mujeres dice el doctor Rusch, [4] que molestadas de hidropesía, temerosas del pinchazo que los médicos aconsejaban, quedaron aliviadas y en pocos días libres del mal.—Brand [5] y Adams, [6] refieren casos de fiebres intermitentes vencidas por beneficio de imaginados remedios.—Rusch narra varios ejemplos de personas embriagadas vueltas en sí y áun corregidas totalmente del vicio, á consecuencia de un terror ó de impresiones mentales.—Finalmente, para que ningún perfil se eche de menos en el cuadro, un afecto de esperanza y gozo tal vez ha sido medicina á personas amenazadas de muerte. «Conozco yo á muchas que estando á peligro de morir recobraron salud, á consecuencia del consuelo que les causaba el tener hecho testamento,» dice el Dr. Badeley. [7]

«Acabamos de probar suficientemente la influencia notable que ejerce en la curación de las enfermedades el estado del ánimo, imaginación, esperanza, expectación, confianza, alegría. A los hechos alegados podríamos añadir muchos otros que tenemos recogidos; en ellos según toda probabilidad hizo beneficios según la misma influencia. Pero los hemos pasado por alto porque contra ellos pudiera alguno objetar el uso de ciertos agentes, á cuyo influjo muchas personas han atribuído y todavía atribuyen ciertas curaciones.» [1] Esto dice Hack Tuke y se queda muy hueco. Es grande la habilidad de este famoso médico en exhibir aserciones sin las competentes pruebas. En la última no puede ser más patente la falsedad, porque anda muy lejos de haber evidenciado el doctor que *todas* las curaciones de *todas* las enfermedades se deban á influjo notable de disposiciones morales, que era lo que pretendía probar y lo que saca en la conclusión: lo único que ha puesto en claro es que *ciertas* disposiciones de ánimo son favorables al alivio y áun al remedio de *ciertos* males del cuerpo. De no haber él evacuado la demostración de su intento, síguese la demostración del nuestro, como quiera que Tuke no desecha medio ejecutivo en orden á fundar en firmes argumentos la verdad de su proposición. De que truequen ciertos dolientes las lágrimas en grande contento y salgan de su mal estado en determinadas ocasiones por la buena disposición de su fantasía, de ninguna manera se sigue que sea ésta la bienhechora universal de las humanas dolencias.

Para que esto mejor se entienda y entremos en la demostración directa del aserto, repitamos lo dicho más arriba. Dos suertes de nervios hay en el hombre, los sensitivos y los motores; los sensitivos acrecientan ó entorpecen la fuerza de las sensaciones, los motores apresuran ó retardan el movimiento muscular. [2] Los nervios sensitivos tienen por oficio servir á los cinco sentidos, aguzando la vista, estimulando el olfato, avivando el oído,

---

1 *Le corps et l'esprit*, p. 232.
2 *Annales médico-psychologiques*, 1867, p. 167.
3 Hack Tuke, *Le corps et l'esprit*. p. 333.
4 *Medical inquiries*, t. II, p. 114.
5 *Popular antiquities*, vol. III, p. 149.
6 *Comment*. vol. I, p. 268.
7 Hack Tuke, ibid. p. 337.

1 *Le corps et l'esprit*., p. 337.
2 Los modernos fisiólogos, guiados de la experiencia, para señalar la condición de las sensaciones admiten dos corrientes nerviosas: la una pasa de la superficie al cerebro y allí trasmite las impresiones sensitivas; la otra parte del cerebro y se muestra al exterior con impresiones de la fisonomía, con gestos, voces, miradas. La primera obra automáticamente, la segunda también, pero es el hombre dueño de atajarla y de neutralizarla con un acto de voluntad (Milne Edwards, *Leçons de physiologie*, t. XIII, p. 162.). Las fibras nerviosas que conducen al cerebro las impresiones externas, se comunican con las que del cerebro traspasan las sensaciones á la periferia. Esta enseñanza disgusta á muchos filósofos, porque interpreta con poco acierto los hechos. No nos detengamos en examinar su valor; pero lo que de ninguna manera han demostrado los fisiólogos es, que la corriente centrípeta se transforme en centrífuga. Algunos, como Milne Edwards y Rambosson en los lugares citados, hablan de esa transformación con tanto disimulo y cautela, que manifiestan la poca seguridad de sus afirmaciones.

enterneciendo el tacto, haciendo delicado el gusto, ó también embotando, cegando, adormeciendo y destruyendo la fuerza sensitiva de los órganos; pero en ningún caso dan lugar á sentidos nuevos, ni engendran con su actividad nuevas maneras de sentir. Los nervios motores producen movimientos en el sistema muscular. Cuando los músculos principales conservan su entereza y lozanía, son tan felices en obrar, que una excitación de la fantasía ó de los sentidos mediante los nervios, es tal vez poderosa para devolver el movimiento á un músculo paralizado, curso á humores estancados, juego y facilidad á órganos impedidos. Digamos lo propio de la vida vegetativa, á cuyas funciones sirven los nervios motores y los nervios sensitivos. La imaginación tiene como en el puño entrambos sistemas, y si puede impedirlos y trabarlos, puede destrabarlos y desterrar la causa morbosa. Las vivas emociones detienen como con grillos un músculo, otras le sueltan y dan libre, de suerte que algunas parálisis nerviosas se desenredan á poder de impresiones morales, y parecen curaciones milagrosas, y no lo son porque cuando los músculos ó nervios no padecen daño en sus tejidos no es cosa del cielo recobrar su primera agilidad.

Mas si esto logra la imaginación sobre el sistema nervioso, no consigue formar de contado membranas ó tejidos orgánicos. Tiempo y materia adecuada se requieren para dar aptitud á un órgano destruido. El tiempo con su lentitud va fabricando el tejido acumulando despacio sobre las partes lisiadas las materias nutritivas. Sin la cautela del tiempo y el cuidado de la asimilación no es posible restaurar un órgano, ni un solo tejido. A cargo del tiempo corre el que las células asimilen los alimentos nutritivos, y asimilados fuerza es que ellas vayan despacio segmentándose y multiplicándose dando lugar á otras células jóvenes que suplan á las degeneradas; trabajo, que de ninguna manera puede ser de un momento; si lo es, ya no será natural y saldrá fuera de las leyes biológicas. Y lo que de éstas se dice, entiéndase de las químicas, mecánicas, dinámicas, hidrostáticas, acústicas, caloríficas, y de todas las que rigen el humano organismo; todas van ajustadas á cálculos y tienen sus fórmulas en que entran en calidad de principales factores el tiempo y el espacio.

¿Qué diremos, pues, si viene á faltar la base elemental del tejido, que dé principio á la formación de la membrana? ¿Qué diremos, si un tejido, que no existía, se fragua de repente, y sale como nuevo en un abrir de ojos, y funciona en el acto cual si se hubiera nacido con el sujeto? Si todo aquel plazo de días que han menester las células para labrar una pieza de tejido conjuntivo, se acorta y reduce á un punto de tiempo, ¿quién dirá que la naturaleza se sacó de las entrañas tan pasmosa disposición? No está todo en la fantasía; ella labrará muy de su mano y perfeccionará saludes, pero por más que se afane no pondrá en pie un edificio ruinoso que necesite la lentitud y dirección de los días para enteramente levantarse.

Bien lo saben los miembros de la Congregación romana cuando discuten casos de curaciones milagrosas. Distinguen con todo cuidado si la curación acaeció por obra de imaginación, ó por auxilio sobrenatural. Porque tal vez acontece, como advierte Muratori, [1] que conmovida la fantasía por el deseo de recuperar la salud, conciba como presente el favor de Dios que tanto anhela, ó la intercesión del Santo que imploró; confianza, que basta por sí para imprimir fuerza en los nervios, músculos y centros vitales, y así los aparatos antes impedidos adquieren nuevo vigor, con que ejerciten las perdidas funciones. Esta particularidad tampoco es nueva á los médicos cuando recetan medicamentos, que más son remedios para corregir la fantasía que para combatir la enfermedad; y no pocas veces logran dar en el blanco del mal.

Fácil es concluir de aquí que un achaque ocasionado por aprensión vehemente, por otra contraria podrá desaparecer, como solía experimentar en sí el médico Tomás de Vega. [2] Un sudor provocado por un esfuerzo de imaginación, tal vez cause reacción en el calenturiento y disipe el mal del todo. Una conversación placentera, un canto dulce y melodioso, la vista de un panorama encantador, la compañía de persona amiga, ya que no disipen la afección morbosa, quiebran por algún tiempo la furia del dolor; y tal podría ser la continuación de fantasmas apacibles y consoladores, que con el benefi-

1 *Philos. mor.*, cap. VI.
2 *Comment. in artem Galeni*, cap. LXXXIV.

cio del tiempo quedase el doliente restituido á su cabal salud, como de Alfonso el Sabio leemos, que en el oir las hazañas de Alejandro escritas por Quinto Curcio, halló remedio casi radical á su enfermedad. Podrá suceder que la fuerza de una aprensión sea antídoto á un enfermo y le temple los humores del cuerpo en virtud de aquella confianza avivada por la aprensión, como lo testifica el médico Zacchias; [1] mas en tal caso no es de dura la salud, y torna á retoñar la dolencia, si ya no intervino milagro. Oportunamente advierte Benedicto XIV, y queda expuesto en la pág. 381, que la curación no pertenece al orden de los milagros si no fuere grave el mal, y arduo ó imposible de curar, si no se excluyen medicamentos, si no fuere súbita, perfecta y total, si precedió crisis ó mejoría, y á no ser que desparecida la causa morbosa no vuelva á sacar las uñas, ó se resuelva en otra cualquiera. «El punto de la dificultad está en que se vea si tanta es la fuerza de la imaginación, que puedan apropiársele aquellas cualidades dichas que caracterizan y califican el milagro.» [2]

Si pues la viva aprensión llega á mitigar y suspender la crisis de un mal y á desvanecer los síntomas, pasada la vehemencia de la imaginación volverán por sus pasos contados el dolor y la afección morbosa, á menos que se trate de neurosis fraguadas por la fantasía, las cuales tienen la fantasía por antídoto y curandera. Cuando el Dr. Thiry suspendía los espasmos histéricos con la torsión violenta de las paredes abdominales, conseguía en la enferma sosiego total; pero tras tan larga y tempestuosa crisis quedábale dificultad en el habla, cefalalgia muy fuerte y fatiga muscular en todo el cuerpo. La imaginación auxiliada de medios clínicos, mucho hace, pero no todo, ni de golpe, como se dijo en el cap. VI del libro segundo. Ningún sordo recobró el oido súbitamente, ningún cojo sanó, ningún mudo habló de repente, merced á su imaginación, si ya no es que la mudez, sordera, cojera hayan tenido su causa en un acceso de ira, de sobresalto, de susto mortal. Si esto es así, menos virtud tiene para atajar estos males la confianza. Al que objetare que lo desbaratado por un excesivo temor lo podrá ordenar un afecto de gran confianza, responderemos con el citado Benedicto XIV: «eso nunca ha sucedido, con haberse ofrecido no una sino infinitas ocasiones.» [1] Y si se diera el caso, quiere el dicho Pontífice que se considere la índole del mal, que es consideración de gran momento. Varios ejemplos cita el doctor Call, [2] de enfermos remediados por afecto de confianza, en particular, el de una niña paralítica que amaneció del todo buena por haber deseado y conseguido que la admitiesen en un hospital de París. Muchos bienes dice el Dr. Call de la esperanza; [3] no los ignoraban los antiguos médicos, ni los doctores teólogos, pero limitaban la virtud de la humana disposición á pasajeros alivios ó á curaciones de índole nerviosa.

La historia nos entera de accidentes espantables, causados por conmociones morales de terror y sobresalto: hemorragias por ojos y oidos, trasudaciones de sangre por los poros del cuerpo, parálisis de miembros, canicie juvenil de la noche á la mañana, crisis nerviosas, muertes inopinadas han sido producidas por amenazas imprudentes, por sentencias de muerte, por calamidades imprevistas, por asaltos violentos, por impresiones de gran tristeza, por excesos de alegría, por fortunas inesperadas, por arrebatos de cólera, por inquietudes extrañas. Hunter murió de una angina de pecho causada por un arrebato de coraje. Hecha la autopsia del cadáver halláronle el corazón contraido, las arterias coronarias transformadas en tubos óseos, las válvulas mitrales osificadas, las arterias carótidas con manchas blancas.—Un soldado cuando iba á lograr el término de sus deseos, sintió un gozo tal y tan vivo que murió súbitamente: la anatomía halló su pericardio tendido por la sangre. [4] —Una madre después de abrazar á su hija, librada por fortuna de un choque de trenes, fué asaltada de apoplejía y murió á las doce horas. [5] —Carlos IX falleció de *diapedesis*: manaba sangre por todo su cuerpo, y bañado en sudor sangriento le hallaron una vez, como cuenta Mézeray. [6] Agitado por violenta conmoción el siste-

1 *Quæst. medico-legal*, lib. IV, tit. I, q. III.
2 *De serv. Dei Beatific.*, lib. IV, p. 1, cap. ult. n. 29.

1 Id nunquam contigisse, quamvis non una, sed prope infinitæ se obtulerint occasiones.—Ibid.
2 *Higiene del alma*, pág. 152. 3 Ibid. pág. 159.
4 WATER, *Mélanges de curiosités de la nature*.
5 HALLER, *The Lancet*, 16 nov. 1867.
6 *Histoire de France*, t. II.

ma nervioso, salieron de sus vías naturales los hilos de sangre y pasándose á los vasos excretorios del cutis los glóbulos rojos, abriéronse paso por los poros, y bañaron como rocío todo el cuerpo. Así explica el Dr. Millingen este espantable accidente. [1] La lucha mantenida por el hombre en el interior de su pecho puede ser tan desastrosa, que las palpitaciones del corazón se sucedan á gran prisa y fuercen los vasos sanguíneos á echar de sí la sangre y corra ésta por la piel, como testifica M. Stroud. [2] El sudor sangriento en estos casos es natural, y producido en gran parte por la fuerza de la imaginación ayudada de las pasiones, como dijimos de nuestro adorable Redentor.

Estos temerosos accidentes ponen las funciones orgánicas en grave desorden, ora provenga éste de los nervios vasomotores, ora de los nervios sensitivos, que actúan en el encéfalo, corazón, vasos sanguíneos, y turban el reposo de la nutrición ó secreción, con extraña variedad de males según la violencia de las emociones. Ilimitado es el poderío de la imaginación para atropellar el concierto y la armonía de los humores. Pero si esta es verdad confirmada por la diaria experiencia, no lo es que tenga opuesta virtud para contraminar las dolencias y dar en ellas corte acarreando bienestar. A echar á pique la buena andanza del cuerpo humano muchas causas ayudan, y entre ellas la imaginación excitada tiene el principal lugar; á componer lo estragado, á mejorar partes dañadas, á restaurar órganos destruidos sólo llega la ciencia médica con la calma del tiempo y el acierto de los facultativos. Allana en verdad el camino la imaginación y dispone concierto en los humores por medio de la confianza, la credulidad, la expectación, el deseo; así un ánimo alentado y generoso, dirigido por la destreza de un hábil médico hará prodigios en el temperamento y logrará victoria de males incurables; pero esperar que la fantasía por su propia virtud, amotinando las pasiones, haga milagros y que las curaciones denominadas tales se deban al mérito de esta psíquica facultad, es grandísima insensatez que sólo al frenesí de barrer del mundo la intervención de agentes extranaturales puede lógicamente atribuirse. La imaginación no es taumaturga, ni á medias; el taumaturgo es un personaje esencialmente benéfico, la fantasía más son los bienes que estraga, que los males que destierra, hablando en tesis general, sobre las enfermedades humanas.

ARTÍCULO IV.

Según los modernos imaginacionistas la fantasía mediante el hipnotismo hace curas milagrosas.—En qué consiste la sugestión hipnótica.—La hipnosis es la condición que más favorece la virtud imaginativa.—Arrogancia de los hipnotistas.—Su plan de batalla.—Pero ellos mismos limitan el poder del hipnotismo.—Lo más que puede el hipnotismo es remediar trastornos funcionales.—Estas curaciones no son milagrosas.—En que consiste la instantaneidad de las curaciones hipnóticas.—Prudencia de la Congregación de Ritos en las curaciones neuropáticas.

Imperfecta quedaría la demostración del aserto, al decir de nuestros adversarios, si dejásemos en silencio las proezas del hipnotismo. Grandes y encarecidas son las alabanzas que sus partidarios dicen de las curaciones alcanzadas por la sugestión hipnótica. Delbœuf realzando su mérito y comparándolas con las milagrosas, dice: en éstas «ni hay superchería ni milagro; tal es la conclusión que resulta cuando sometemos á la crítica científica los fenómenos biológicos reputados milagrosos.» [1]—El Dr. C. Richet refiriéndose á las posesiones diabólicas dice: «En París juzgamos de otro modo, vense aquí en ellas síntomas irregulares de una enfermedad incompletamente conocida, cuya índole rara y compleja no ha profundizado todavía la ciencia.» [2]—Alberto Bonjean tiene por bendito el poder taumatúrgico de la hipnosis diciendo: «Podríamos definir así la sugestión: es una buena fe que hace milagros... En la esfera religiosa las protestas de la razón se inclinan cada día humildes ante la autoridad dominante de la fe... La sugestión no posee menor poder; no hay cosa, es verosímil, que se substraiga á su influencia.» [3]

Hácense lenguas los amigos del hipnotismo publicando por cuantos pueblos el sol alumbra la fama de la imaginación, sus grandezas y milagros. Levantábala Morin hasta las estrellas en la causa del magnetismo diciendo: «Después de un es-

1 *Curiosities of medical Experiences*, p. 489.
2 *A treatise on the physical cause of death of Christ*, p. 379

1 *Une visite á la Salpêtrière.*—LIÉGEOIS, *de la suggestion et du somnambulisme*, chap. VII.
2 *Les démoniaques d'aujourd'hui.*
3 *La suggestion mentale*, p. 41.

tudio profundo en esta materia, después de practicar el magnetismo y de observar gran cantidad de casos, yo no fluctúo en reconocer que la imaginación basta para dar razón de todos los efectos magnéticos, y que debe estimarse por su causa única.» [1] Si el hipnotismo es continuación del magnetismo, según las más autorizadas firmas, también la causa y autora de los hechos hipnóticos será la imaginación. Con Morin acotan Montègre, [2] Virey, [3] Bertrand, [4] Debreyne, [5] Bersot, [6] los cuales todos dan gracias á la fantasía por los bienes del sonambulismo. Más altamente encumbra los elogios en este breve epifonema el Dr. Guermonprez: «En el hipnotismo la imaginación es el todo.» [7] Pero la imaginación había menester freno. Una facultad orgánica no debía correr á rienda suelta al impulso de la sensación ó según la disposición del cerebro, era menester sujetar su ciega volubilidad y que puesta en manos de un diestro manipulador obedeciese y se dejase gobernar tascando el freno. El freno es la sugestión, «clave del braidismo.» [8]

La sugestión es «el acto en cuya virtud una idea se introduce en el cerebro y es aceptada por él.» [9] Es la sugestión tan eficaz que «puede ser agente patogénico y terapéutico;» [10] tanto puede acarrear enfermedad como salud. Según el aforismo de Binet, «la causa que hace, deshace,» [11] es poderosa la sugestión para reparar todos los estragos hechos por la imaginación; es la mitigadora de las penas, el refrigerio de los afligidos, la esperanza de los necesitados, la alegría de los tristes, el maná de los hambrientos, la vida de los que la llevan arrastrada y sin consuelo. No es éste lugar á propósito para indagar la índole de la sugestión hipnótica, ni para engolfarnos en esta espinosa materia que da tanto que pensar á los modernos filósofos; pero

1 *Du magnétisme et des sciences occultes*, 1860, p. 39.
2 *Le magnétisme animal*, 1812.
3 *Dictionnaire des sciences médicales*, 1818, art. *magnétisme*.
4 *Du magnétisme animal*, 1876.
5 *Pensées d'un croyant catholique*, 1840.
6 *Mesmer et le magnétisme animal*.
7 *L'ipnotismo e la suggestione*, 1889, p. 29.
8 Bernheim. *De la suggestion et de ses applications à la thérapeutique*, 1891, p. 5.
9 Bernheim, *Hypnotisme, Suggestion, Psychothérapie*, leçon II.
10 Dr. Vizioli. *La suggestione terapeutica*, *Giorn. neuropatologico*, Napoli, 1887, p. 11.
11 *Le magnétisme animal*.

requisito esencial de la sugestión es la fe, la credulidad ó *credividad*, como la llama Bernheim, del paciente; y por eso «quedan excluídos de su influjo experimental y terapéutico los niños muy pequeños incapaces de entender, los idiotas, los dementes completos y los que por cualquier motivo están privados de facultades intelectuales.» [1]

La sugestión podrá ser directa ó indirecta; será directa cuando el hipnotizado acepte la idea tal cual se la intime el hipnotizador, y será indirecta si proviene de imitación, de hábito contraido, de influencia local, de cualidades naturales, que transformen las impresiones, sensaciones, emociones en conceptos varios según la disposición cerebral de cada individuo. Sea directa ó indirecta tiene dos movimientos, centrípeto y centrífugo: por el centrípeto se acepta la idea, por el centrífugo la idea sugerida rompe en actos, que se reducen á fantasmas, sensaciones, movimientos. El principio de los sugestionistas es éste: «toda célula cerebral agitada por una idea, agita las fibras nerviosas que han de ejecutar la idea,» conviene á saber, cada y cuando que el cerebro se conmueve á la enunciación de un concepto, reacciona y conmueve á su vez los nervios encargados de ponerle en ejecución. Principio mágico, que puesto en las manos de los hipnotistas da cima á espantables hazañas, y aplicado á la terapéutica es venero de salud. Como sea el principio exacto, ha de resultar que si á un ciego le sugieren que vea, en cuanto su cerebro acepte la orden sugerida despachará un influjo enérgico al nervio óptico, y éste despabilándose recobrará el movimiento que antes había perdido, y el ciego gozará de vista: y si á un paralítico le ordenáis que ande, recibida la sugestión el cerebro transmitirá un fuerte impulso á los nervios embargados, y desentorpecida su inercia el paralítico pondrá los pies, andará yendo y viniendo paseándose con donaire. Aquella influencia moral que ejercen las pasiones y emociones, como poco ha decíamos, en la digestión, circulación, secreción y demás funciones, esa misma y áun mayor ejercerá la imaginación *sugestionada* en el estado hipnótico. Toda la terapéutica sugestiva en la reac-

1 Dr. Abdón Sánchez Herrero, *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 376.

ción de las causas morales sobre las físicas descansa y del todo consiste. El asunto está no en la sugestión activa, sino en la pasiva, es decir, en que le abra la puerta el órgano psíquico (cerebro), y en que recibida la intimación surjan los deseados efectos, porque tan embotadas podrían estar las potencias sensitivas del paciente, que su imaginación se hallase sin fuerzas para caminar por donde la guían. No disputamos ahora si prueban ó no los hipnotistas razonablemente la doctrina de la sugestión; pasamos por ello y se lo damos de barato, pues sólo viene á nuestro intento averiguar si la sugestión hace los milagros que los imaginacionistas encarecen.

La hipnosis es «una perturbación artificial en las funciones normales del sistema nervioso,» al decir de los hipnotistas, y por eso es la disposición más propicia que para la obra de la fantasía pudiera apetecerse, especialmente que, según ellos, queda ésta como llave al arbitrio del que la maneja, convirtiendo en autómata al hipnotizado. La sugestión por otra parte, tiene por campo las pasiones, los movimientos musculares y todas las operaciones de la sensibilidad que se relacionan con el sistema nervioso. La anestesia, la analgesia, la hiperestesia, el aumento de la excitabilidad medular y mesocefálica, el acrecentamiento de la sensibilidad general, la exaltación de la memoria, la disminución del discernimiento intelectivo, el reposo del sujeto, la ilusión de los sentidos, y toda suerte de reacciones y remisiones del sistema nervioso, son fenómenos muy comunes en la hipnotización; por ellos manifiesta la fantasía todo el lleno de su actuosidad, de arte que la sugestión hipnótica es el camino más alto y expedito para llegar á la raya de los más saludables efectos. Públicamente lo declara Bernheim, adalid de la facultad de Nancy, por estas palabras: «El médico apoderándose del órgano psíquico, centro, motor de todos los órganos y de todas las funciones, puede moderar éstos y aquéllos en beneficio del enfermo. A la manera que en un organismo sano puédese producir por sugestión, dolor, anestesia, contracción, parálisis, tos, náuseas, sueño, y aumentar, disminuir, desordenar sus diversas funciones; así también es posible en el organismo enfermo suprimir el dolor, acrecentar la fuerza muscular, resolver la contracción, disipar los vómitos, calmar la tos, reemplazar el insomnio por el sueño.» [1] Cualquiera que dé oidos á estas hiperbólicas ponderaciones, entenderá que la grandeza de la sugestión sube infinitamente sobre todas las fuerzas naturales, y asombrado asentará en su pecho que la fantasía contiene con eminencia y encierra en su bondad todas cuantas bondades hay, y resolverá forzoso que la eficacia de su virtud sale de mar á mar, habiendo vivido hospedados en la barbarie los que ignoraron el beneficio de tan universal panacea.

Y crece el asombro oyendo los encarecimientos de ciertos hipnotistas. «Los que emprenden curaciones milagrosas, dice Binet, no niegan la enfermedad, pero afirman que va á ser curada por la acción de un poder sobrehumano. Obran por sugestión, inculcan por grados la idea de que el mal puede remediarse, el sujeto la da acogida, y se la hace propia suya; á veces la curación se sigue de resultas de la sugestión, y cuándo nos dicen que la fe salva emplean una expresión rigurosamente científica... Cuando un creyente junta la divinidad á la idea de curación, se habitúa á esperarla súbita y completa con ocasión de un acto religioso determinado: así pasan en efecto las cosas. Esto es lo que hemos visto en la Salpêtrière en la célebre Etchévery, que sanó de repente de una hemiplejia con contractura, que databa de siete años, en una ceremonia del mes de María. Quedóle debilidad en un costado que desapareció en pocos días, y podía explicarse por la falta de ejercicio... Este milagro, que podemos llamar experimental, pues fué preparado de antemano por los médicos mediante repetidas sugestiones religiosas, nos da razón de las curaciones hechas por imposición de manos, que abundan en la historia sagrada.» [2] Tal es el lenguaje usado por los médicos racionalistas enemigos del milagro; todas las curaciones obradas por los Santos y tenidas por los católicos en posesión de milagros, fueron curaciones cuya raíz residió en la fantasía. Los axiomas que echan por delante son dos, á saber: toda enfermedad que cesa instantáneamente por plegaria, por imperio de la voz, por imposición de manos, es enfermedad imaginaria; y recíprocamente, la enfermedad

[1] *Hypnotisme, suggestion, psychothérapie*, leçon X.
[2] *Le magnétisme animal*, p. 265.

que es imaginaria cesa por invocación, oración, imposición de manos: ó de otra manera, la enfermedad imaginaria se cura acto continuo por *sugestión siquiera religiosa*, y la que se cura acto continuo por *sugestión siquiera* religiosa es imaginaria.

A la luz de estos *axiomas*, es manifiesto que no habrá enfermedad, en cuanto mundo alumbra el sol, que no sea imaginaria, y la patología que hace suma y descripción de las infinitas miserias á que está sujeto el organismo humano, será también una ciencia imaginaria, porque cegueras, sorderas, mudeces, cánceres, roturas, escoliosis, tisis, apoplejías, pulmonías, en una palabra, las dolencias más graves y desesperadas han hallado remedio pronto y eficaz en la voz de los taumaturgos, como la historia nos enseña y va demostrado en el libro anterior. [1]

Pero los racionalistas se ríen de la historia, de la ciencia, de la experiencia, que claman á grandes voces contra lo pueril de su lógica; echan á donaire las voces y hacen estudio de olvidarlas, porque no han de cejar en su intento de guerrear contra el milagro. El milagro es á sus ojos un hecho real, pero mal interpretado. Oigamos á los nuevos intérpretes. Bernheim: «Los hechos existen, su interpretación es errónea.» [2]—M. Charcot aludiendo á la curación de una parálisis histérica por sugestión hipnótica, batiendo palmas anuncia al mundo esta alegre nueva: «Ahí está un ejemplo de curación milagrosa, que da razón de otras muchas.» [3]—M. Skepto salta de gozo infernal cuando escribe: «Las cosas que M. Charcot obra científicamente, Jesús las obraba inconscientemente, creyendo de buena fe poseer un poder sobrenatural inherente á su persona y venido de lo a to.» [4]

Tal es el plan de batalla. Los médicos incrédulos, cuando hablan de religión, no les cabe el entusiasmo en el pecho, todo se les va en adoraciones, deshácense de júbilo y devoción; pero en mentando el milagro, criterio principal de la verdadera religión, como si trajesen un infierno portátil en el pecho, no pueden con su altivez, revientan de furor, el odio los enajena, y enajenados exclaman: tan taumaturgos somos nosotros como vosotros.

Pero héte aquí que, doblando la hoja, los príncipes de la hipnosis tapan la boca á los fantasiastas y les convierten los triunfos en duelos, confesando la nulidad de sus milagros. No cesa Bernheim de repetir: «La sugestión es una terapéutica funcional *casi* exclusivamente.» Ese *casi* está puesto con su cuenta y razón, y en sentido determinado; significa que la sugestión *solo* cura neurosis en que no intervenga verdadera lesión orgánica, porque donde quiera que haya desorden funcional, la fantasía, estimulada por la sugestión, la adereza y restablece con más ó menos tiempo, total ó parcialmente. En conformidad con ésto, dice el mismo autor: «No pretendo yo que la sugestión obre sobre el órgano enfermo, y suprima la congestión vascular, y resuelva la exudación inflamatoria, y restaure los elementos del parénquima destruido ó degenerado. ¿Dónde está el agente de la materia medicinal, que sea capaz de suscitar ese proceso curativo?» [1] «La sugestión, dice en otra parte, puede restaurar la función mientras la lesión no la abolió del todo, y mientras la alteración funcional es sólo dinámica; pero la sugestión no borra la evolución orgánica de la enfermedad, muy á menudo no produce sino una mejoría pasajera; las enfermedades que son de suyo progresivas é invasoras, como la ataxia locomotriz, la esclerosis en placas, etc., prosiguen su camino imperturbables, y llega el caso en que la sugestión ya nada puede.» [2]—Con igual ingenuidad declara Fontan, que «en el estado actual de la ciencia es absurdo sostener que la sugestión regenere células atrofiadas ó restablezca tubos conductores interrumpidos.» [3]—La misma confesión hace con su habitual franqueza el doctor Abdón Sánchez Herrero, diciendo: «Parece que la sugestión hipnótica adecuada debe tener aplicación útil en todo estado patológico. Y sin embargo no es así, aunque verdaderamente tenga una esfera de acción superior á la de ningún otro remedio.» [4] Y antes había dicho: «Estos obstáculos de naturaleza y grado de per-

[1] E. Meric., *Le Merveilleux et la science*, 1888, p. 303.
[2] *De la suggestion*, IIe p. chap. I.
[3] *Leçons sur les maladies du système nerveux*, t. I, p. 356.
[4] *L'hypnotisme et les religions*, chap. III, p. 22.

[1] *Suggestion et ses applications à la thérapeutique*, p. 406.
[2] *Hypnotisme, suggestion*, p. 233.
[3] *Revue de l'Hypnotisme*, 1 Nov. 1889.
[4] *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 576.

turbación en el enfermo, son verdaderamente insuperables; contra ellos no hay recursos sugestivos que valgan, lo cual quiere decir simplemente que la *panacea universal* sigue siendo hoy tan quimera como siempre.» [1]

Estas autoridades y otras muchas que se podrían amontonar de igual mérito, persuaden que la sugestión, y por consiguiente la imaginación tiene la esfera de sus operaciones muy limitada; también concluyen inmediatamente, que en los límites de la sugestión empieza á rayar el milagro; y, finalmente, convencen que ningún hipnotista, en cuanto tal, merece el nombre de taumaturgo; y por vía de corolario establecen que la imaginación ahora, ni en ningún tiempo, ha poseido facultad taumatúrgica, que es lo que queríamos demostrar, no obstante la audacia de los imaginacionistas, que de lo contrario blasonan.

El maestro de la escuela de Nancy, M. Bernheim, alega la autoridad de M. Charcot, y la recibe por suya. [2] Decía Charcot, adalid de la Salpêtrière: «Sabemos, por las observaciones de varios autores, que las artralgias psíquicas, ora sean de origen traumático, ora provengan de otra causa, se curan á veces de contado por una viva emoción ó por una ceremonia religiosa que conmueve la fantasía.» Con esta vaguedad se citan unos á otros los médicos racionalistas en abono de sus imaginados prodigios, cuando la justicia de su causa exigiría que nos describiesen hechos particulares bien comprobados. No faltan éstos, sin embargo, y Richer, Lombroso, Rainaldi, Mosso, Vezioli, Burckhardt, Seglas, Dufour, Fischer, Barceló, Beaunis, Mellotti, Brown-Séquard, Charcot, Bernheim, no dejan de hacer catálogo de curaciones intentadas y conseguidas, en sus libros. En el que escribió Bernheim, *De la suggestion et ses applications à la thérapeutique*, anotó multitud de curaciones obtenidas por la sugestión. «No solamente, dice, se han conseguido resultados en el histérico, en las neurosis, en las enfermedades nerviosas funcionales puras, mas también en las afecciones orgánicas del sistema nervioso, en los reumatismos articulares crónicos, en las afecciones estomacales,» conviene á saber, en todos los achaques relacionados con el sistema nervioso y que dependen de alteración funcional.

Grandes parecen estas proezas miradas á primera faz, pero al cabo redúcense todas á remediar trastornos de funciones y no más, porque cosa evidente es, y ellos mismos lo confiesan, que lesiones anatómicas no las curan, si bien les procuran algún alivio. A esto llega cuando más, toda la virtud taumatúrgica de la fantasía. En verdad siempre que se pervierte el orden de una función, se estraga la disposición anatómica ú orgánica, originándose lesión de algún modo, y esta lesión podrá ser pasajera ó duradera, y engendrar nuevas pertubaciones funcionales y también nuevas lesiones; pero así como en las lesiones lo principal es la destrucción ó incapacidad del órgano, y lo secundario y consiguiente es la suspensión funcional, así por el contrario en las perturbaciones funcionales lo esencial es el entremeterse desorden en el curso de la circulación, nutrición, movimiento y demás funciones, y lo secundario y menos importante es el quedar malherida orgánica ó anatómicamente la parte dañada. La hipnosis no hace efecto en los males cuyas causas principales son las lesiones, y tiene influencia en aquellos cuyas causas principales son las funciones, porque «la eficacia de la sugestión está en razón inversa de la energía de la causa morbosa,» [1] de tal manera, que el efecto de la sugestión contraindicará si la causa morbosa es lesión orgánica, ó mero trastorno de función. Si una lesión orgánica produce desorden en el sistema nervioso y causa molestia al enfermo en parte no dañada principalmente, ó si el sistema nervioso está trastornado independientemente de lesión anatómica, esas perturbaciones caen bajo la jurisdicción del hipnotismo, ese es su campo de acción; pero ningún influjo tendrá en la raíz del mal que está asentada en el órgano lisiado. Viene á ser la imaginación como el tocador de piano que tiene en sus dedos la facultad de sacar deleitables acordes ó discordancias estridentes; pero en rompiéndose las cuerdas, ó si se estropean las palancas, no hay manera de tocar, es preciso acudir al afinador ó constructor. Así la imaginación

[1] Ibid. p. 573.

[2] *La suggestion*, p. 284.

[1] Dr. Abdon Sánchez Herrero, *El hipnotismo y la sugestión*, p. 577.

no reconstruye nervios, ni músculos, ni vasos, y cuando sus tejidos se descomponen, á las medicinas hay que encomendar la restauración, y áun á éstas será tarea imposible cuando sobreviene desorganización en las partes que debieran restablecerlos. Tiempo, arte y paciencia para todo son menester: aún así no siempre se logra salud. El Dr. Abdón Sánchez Herrero dedica al pie de trescientas páginas á la descripción de sus aplicaciones psicoterápicas; va recorriendo todo el catálogo de enfermedades, y en los casos que se le han ofrecido señala curaciones, mejorías y fracasos, cuyo resumen estampa en la página 791., (*El hipnotismo y la sugestión.* 1891), después de contar los esfuerzos, cautelas, y repetidas sugestiones que usaba con los dolientes.

A estas maravillas se reducen las curaciones cuya descripcion nos ofrecen los hipnotistas con tanta minuciosidad. Mas ¿cuánto distan de los milagros? Semejantes hazañas produce la bobina de Ruhmkorff. Y «estas afecciones desparecidas pueden volver con la misma presteza, por motivo de que son desórdenes en el funcionamiento de los órganos sin lesión de los mismos órganos.» [1] Si no hubieran hecho nuestros taumaturgos obras más excelentes, ni desempeñado su ministerio con más prodigiosidad, ningún católico osaría apellidar milagros los casos de curaciones. Pero la verdad es que los Santos sin aplicar medicamentos curativos hallaban remedio cierto á lesiones graves, úlceras, cánceres, tumores, tuberculosis, hemorragias cerebrales, tejidos deshechos, ataxias locomotrices, en una palabra, á enfermedades orgánicas, y remediábase el origen y raíz del mal, atajado el progreso y reparados los daños en un instante; cosa que ningún hipnotista logró ni será capaz de lograr. [2]

Por fortuna la sugestión saca preciosos intereses en achaques debidos á disposición mental. Las formas del histerismo son las principales y más fáciles de curar. «El hipnotismo, dice M. de la Tourette, debe aplicarse exclusivamente á las histéricas, en quienes es hábil para producir efectos verdaderamente indiscutibles.» [3]

[1] REGNARD, *Les maladies épidémiques de l' esprit*, p. 110.
[2] *Études religieuses*, décembre 1890, p. 619. —*Dictionnaire apolog.*, art. *Hypnotisme*.
[3] *L' hypnotisme et les états analogues*, chap. X, p. 299.

El Doctor Luys cuenta el caso siguiente. [1] Siete meses pasó una doncella en el hospital herida de paraplejia histérica, baldada y sin movimiento. Visto que el arte no era de provecho, la hipnotizaron. Cada mañana teniéndola hipnotizada hacían que diese algunos pasos cortos, que de día en día íbanle siendo más fáciles, pero la parálisis amanecía otra vez en despertando la doliente por la mañana. Un día el médico le sugirió el trueque de personalidad, como dicen, y la hizo creer, en la hipnotización, que su persona era la de una vecina suya. La sugestión surtió su efecto; todo aquel día cumplió el papel de su vecina, que era joven activa y despabilada, y anduvo nuestra enferma meneando los pies por la sala con donaire y gran despejo. A las tres le sugieren que en despertando amanecería del todo curada; y con efecto así fué. Este es un ejemplo de *milagros* hipnóticos. En estos casos, que son raros, el aliento infundido en el sueño hipnótico hace al cobarde fuerte y animoso dando alas al cuerpo para prodigios de valor, pero más son los prodigios de paciencia, de horas, de sugestiones empleadas por el facultativo, que no los de curaciones conseguidas.

A este paso se alcanzan dichosas mejorías en otros accidentes histéricos, cuyas perturbaciones originadas de afecciones nerviosas se corrigen fácilmente por la hipnotización. Parecida victoria se reporta de desórdenes mórbidos cuya causa es la circulación de los líquidos en los canales, y como esta función depende en gran parte del estado del ánimo, si el sueño hipnótico le modifica convenientemente, podrán producirse hemorragias, transpiraciones, derrames, sudores, resorciones de varia suerte. Dice Juan Hunter, por boca de Hack Tuke, que naturalmente debemos confiar mucho en los felices efectos de la imaginación sobre las enfermedades nerviosas y sobre aquellas que dependan de órganos trastornados no en su constitución sino en sus funciones; pero que hay otras enfermedades poco relacionadas con el sistema nervioso, y con todo eso reciben fuerte influencia por las disposiciones del ánimo. [2] El sueño, que en todo tiempo fué medicina de salud, introducido con arte y hábilmente dirigido será de mucha eficacia y provecho en

[1] *Revue de l' hypnotisme*, juin 1887.
[2] *Le corps et l' esprit*, p. 329.

los más casos. Sin embargo, debemos confesarlo, en tales circunstancias se presentan curaciones, que por fuerza se han de conceptuar sobrenaturales y milagrosas, y ya que no sean del todo milagros, serán gracias especiales de Dios. No todos los histéricos son como la paralítica de la Salpêtrière, Etchévéry, que tanto se pondera, como va dicho ya; no todos los histéricos son como ella, y áun podría reputarse su curación por favor particular de Dios, pues que para curarla hubieron de hacer recurso á la sugestión religiosa. Pero no todas las formas del histérico son ligeras y eliminables, las hay graves y con todas sus notas de gravedad. El doctor Boissarie cita [1] muchas de ellas, curadas en Lourdes, más notables que las de la Salpêtrière. Si las neurosis no estuviesen acompañadas de otros accidentes, fácil fuera conceder á los sugestionistas la palma de la victoria. Pero cuando los médicos de cabecera señalan el diagnóstico de una neurosis especial, y declaran haber apurado sin fruto los artificios de la medicina, y juzgan que no hay sugestión espontánea ni artificiosa que baste á borrar en un instante los trastornos de aquel organismo, temeridad es dar á pura naturaleza su instantánea y radical curación.

De éstas nunca se ha hecho notoria una sola en la Salpêtrière: las allí observadas recaen en temperamentos muy especiales, en histéricos que sólo padecen desorden de nervios, y de su consecución fácil y pronta no es lícito concluir la consecución natural, fácil y pronta de todas las demás. «¿Es permitido afirmar, pregunta el Doctor Boissarie, que los médicos desterramos con una palabra, con un gesto, todos los accidentes nerviosos? ¿No sabemos que esas curaciones son raras y excepcionales? ¿Por qué las histéricas gastan los años en los hospitales? No acabamos de creer que por sola curiosidad ó en obsequio de la ciencia se las tenga encerradas por casi toda la vida. Hay mucha fábula en la manera de escribir la historia del histerismo, en todo ese cúmulo de proezas rematadas por la sugestión. Por grande que sea la esfera del histérico, sus límites tiene, el médico los conoce.» [2]

Distinguiendo pues las enfermedades en que son insignificantes las lesiones orgánicas, de las que las tienen evidentes y palpables, éstas ciertamente no hallan enmienda en los dominios de la imaginación, puesto que puedan tener altos y bajos, pero próspera fortuna eso nó. En las otras que carecen de lesión orgánica, como la manía, histérico, catalepsia, parálisis, «es cierto que impresionando el estado moral del enfermo, se llega, raras veces, á modificar el sistema nervioso,» que es el que más adolece. [1] Mas ¿quién duda sino que si estas enfermedades nerviosas dan origen á lesiones graves é incurables, á inflamaciones, congestiones, hemorragias, productos cancerosos ó tuberculosos, y otras orgánicas alteraciones, no procederán prósperamente con los solos halagos de la fantasía? [2]

A la verdad los que extienden el campo de las neurosis fuera de sus límites reales y confieren á la sugestión un poder tan milagroso, llevan la mira en desvirtuar los hechos que más les estorban, los milagros. Cuando á Bernheim le citan una enfermedad curada en Lourdes instantáneamente, responde con enfermas análogas *instantáneamente* curadas por hipnótica sugestion; [3] pero calla la diferencia, y está en que la hipnótica *instantaneidad* consistió en días, semanas, meses, años, y áun así quedó siempre resabio de mal. De otra dice que á las dos sesiones de sugestión la cura fué instantánea y cabal; pero calla que de vez en cuando, después de tres formales sesiones sugestionaba á la histérica, y áun así la enmienda dejó mucho que desear. En el lenguaje de estos médicos alivio momentáneo equivale á curación radical, y medicación laboriosa suena instantáneo remedio. En otra parte, cuando le faltan á su catálogo ejemplos de curaciones análogas que oponer á un milagro de Lourdes, salta con frescura diciendo: «Ahí está otro ejemplo de paraplejia nerviosa curada por la fe. La primera sugestión religiosa tuvo resultado momentáneo. La segunda, favorecida de circunstancias á propósito para impresionar la imaginación, halló el terreno mejor preparado, la receptividad psíquica más desarrollada. La acción psico-terapéutica fué permanente.» Con ta-

[1] *Lourdes*, livre IV, chap. IX, X.
[2] *Lourdes*, p. 420.

[1] M. G. Marmisse, *Merveilles évangéliques*, p. 330.
[2] P. Bonniot, *La Controverse*, t. II, p. 269.
[3] *De la suggestion*, p. 282.

les paliativos sanean los racionalistas su sinrazón á los ojos del vulgo. [1]

Por iguales desvíos camina el doctor Charcot. Cuando anunció que la contractura histérica puede en un punto desaparecer, abre los labios y frunciendo las cejas en tono magistral exclama: «Hay que reconocer, señores, la posibilidad de estas curaciones, que áun en nuestros días (sin duda que mira á Lourdes) se reputan milagros: de ellos solamente los charlatanes se glorían. Antes de nuestro siglo, estos hechos eran invocados cuando se quería establecer á los ojos de los incrédulos la influencia de lo sobrenatural.» [2] A esto se reduce la sabiduría de los charcotistas, á puras falacias: las contracturas histéricas se curan de repente en la Salpêtrière, luego no hay en el mundo curaciones neuropáticas que merezcan la dignidad de milagros. A los aprendices de súmulas toca resolver este entimema, y ver de cuántos pies cojea. No gastaría poco trabajo el afamado doctor en probar, que las mismas neurosis aliviadas por él con tantos afanes, en ningún caso tuvieron prósperos y repentinos fines por divino concurso. Los que de la súbita convalecencia de un achaque nervioso deducen el carácter natural de toda suerte de curaciones, exceden todos los términos de la justicia y pisan la raya de lo permitido en sana lógica.

Exageren cuanto quieran los racionalistas la virtud de la fantasía, no podrán borrar la estrechez de sus límites: uno de ellos está en la misma fantasía. Cuando ésta se exterioriza, donde no hay previsión del resultado, ni deseo, ni esperanza, ni temor, ni emoción, ni sugestión religiosa, ni conocimiento de ninguna especie, la fantasía queda sin ocupación y sin influjo, y no son pocas las Bulas de Canonización donde constan casos de éstos en que la fantasía no tuvo lugar de entremeterse. En heridas exteriores notables, en lesiones profundas, en llagas inveteradas, en mutilaciones visibles, en descomposiciones epiteliales, y por decirlo de una vez, en reorganizaciones de partes dañadas son de ninguna eficacia las fuerzas de la fantasía para producir súbita y cabal reparación de la causa morbosa. En estos casos dar algún refrigerio, dejar ilusiones en el doliente, mitigar sus dolores, engañar sus penas, disponer su sistema nervioso favorablemente, sobresanar indisposiciones externas, éso puede la sugestionada imaginación; curar de raíz no puede. Es una de tantas industrias que no excluyen el tratamiento farmacológico, pero el milagro sí. Cuando un charcotista ó bernheimista extirpe de repente un cáncer con la sola sugestión hipnótica, entonces empezaremos á sentir alta y magníficamente de la hipnosis.

Es muy del caso advertir que á las maravillas llevadas á cabo por la sugestión y por la imaginación en las neuropatías, siempre les cerró la puerta la Sagrada Congregación de Ritos, según las instrucciones dadas por Benedicto XIV. Confirma la razón el sapientísimo Pontífice diciendo: «Ha de notarse que en algunas mujeres ocurren tal vez crisis naturales que los ojos no ven, y pueden producir perfecta liberación del histérico, y por eso es cosa muy ardua contar entre los milagros las tales saludes. Si alguna vez los postuladores de las causas de Beatificación y Canonización intentaron probarlo, nunca vi yo que se les admitiese la prueba.» [1] En esta suerte de males nerviosos tiene importancia la regla establecida por el médico *Zacchias*. Si la curación es pasajera, lo más creible resulta tener ella por autora á la naturaleza, porque por lo común los resultados naturales son poco duraderos, y pasado el primer alivio del mal vuelve éste á retoñar; por el contrario la curación milagrosa que viene de Dios es obra perfecta y consumada. «Cuando un doliente, añade este autor, quedase libre de una enfermedad dificultosa é insanable, ó peligrosa, de una fuerte apoplejía, por ejemplo, y luego recayese otra vez, ó librándose de ella se quedase baldado, nunca creeré que sea cosa de milagro, á menos que otra circunstancia le compruebe. Porque los hay que por fe grande y por vehemente imaginación sanan, y porque esta causa es insuficiente y no puede expeler del todo la causa del mal, por eso muy fácilmente vuelve con sus molestias la enfermedad. Sucede además, que de una enfermedad bien curada resulte otra, como de larga fiebre la cuartana, ó de fiebre aguda otra len-

---

1 LELONG, *La vérité de l' hypnotisme*, 1890, § XI.
2 *Leçons sur les maladies du systéme nerveux, leçon XII*, p. 312.

1 *De servor. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XIII.

ta, ó de apoplejía parálisis, ó de epilepsia melancolía, ó viceversa; curaciones que son muy conformes á la naturaleza, y distan mucho de ser milagrosas, por no ser perfectas, sino imperfectas y mediadas; y no se dice curado un mal que engendra otro mal.» [1]

De lo discurrido hasta aquí podemos resumir las diferencias siguientes. El milagro hace efecto en toda suerte de enfermos y enfermedades, el hipnotismo limita su acción á achaques y á sujetos nerviosos; el milagro obra por la fe sin otro adminículo natural, el hipnotismo recibe su eficacia de agentes naturales; el milagro no cuesta trabajo, el hipnotismo sale muy caro y lleva grandísimo gasto de paciencia; el milagro deja libre la razón y esfuerza la voluntad, el hipnotismo traba la razón, la voluntad y la conciencia; el milagro proporciona á veces salud sin concurso de la fantasía, el hipnotismo no es provechoso sin la exaltación de la fantasía; el milagro da salud instantánea, total, perseverante, el hipnotismo no junta estas tres condiciones en ningún caso á la vez.

[1] *Quæst. médico-leg.*, lib. IV, tít. I, q. VIII.

De forma que considerados en su real sér la dolencia, el modo, el medio y el resultado, las curaciones del hipnotismo, ora sea impuesta la sugestión, ora sea efecto de la fantasía por la auto-hipnotización, no pueden parangonarse con las curaciones milagrosas. [1]

Pero muy en su lugar está la observación del P. Bonniot. [2] El hipnotizador, si no es prudente y reservado, permítanme que lo diga, se torna hechicero. Algunos hay que se glorían de curar la mayor parte de las enfermedades, y como manera infalible de expeler el dolor usan la imposición de la mano en la parte dolorida con la firme voluntad de curar; ¿qué proporción hay entre este acto y el efecto prometido? M. Ochorowicz trae hechos en que se ve la enfermedad pasar en el acto del enfermo al magnetizador, ó á la persona de alguno de los presentes. Los hechiceros curan, según dicen, de manera análoga, pasan la enfermedad de un pariente á un animal. Quédese para más adelante el desenvolvimiento de esta materia.

[1] LELONG, *La vérité de l'hypnotisme*, 1890, p. 122.
[2] *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 322.

CAPÍTULO VIII.

NEUROPATÍAS MISTERIOSAS.

ARTÍCULO I.

Los místicos no fueron histéricos.—Dictamen de los adversarios.—Histerismo.—Índole de esta neuropatía. —Tiene dos estados.—Límites del histérico.—Cuatro síntomas del histérico habitual.—Resumen autorizado. —Cambio de personalidad.—El histerismo no es locura.—Compárase el histérico con la mística de los santos, y se convence que no fueron histéricos.—Los histéricos en qué sentido pueden ser santos.—Refuérzanse las razones dichas.—El histerismo es neuropatía especial.—Ardid de los adversarios en esta parte.—Defiéndese la causa de Santa Teresa.

Así como la medicina incrédula ha buscado traza con que disfamar los milagros de curaciones contenidos en las historias de los Santos, por engrandecer las operadas en los hospitales, así también por fenómenos observados en ciertas neuropatías procura deprimir y estimar en poco las operaciones extraordinarias de la mística divina, con intento de convencer á la Iglesia y juntamente á las Sagradas Escrituras de error grave acerca del concepto que de las cosas místicas los católicos tenemos formado. Pero á la manera que los médicos racionalistas no han podido presentar hasta el día de hoy una sola curación que deba llamarse milagro, así tampoco han logrado mostrarnos un solo fenómeno que merezca apellidarse visión, éxtasis, llaga, en las neuropatías por ellos con tantos afanes estudiadas.

El fundamento que conviene ante todo considerar es que los místicos no fueron personas histéricas. A los modernos racionalistas se les ha puesto muy en el alma por cosa evidente que el histérico es la enfermedad fenomenal destinada á dar entera razón de todo el misticismo católico: porfían que los Santos de este achaque adolecieron, y que de haber sido histéricos, y de no haberlo entendido la Iglesia de Dios, procede el engaño de los católicos y la perversa interpretación de las cosas que en sus vidas se refieren. No se recatan de hacer pública su pretensión nuestros adversarios. «Muchas Santas y Beatas no eran otra cosa más que puras y simples histéricas. Véanse las informaciones de la vida de Isabel de Hungría, de las Santas Gertrudis, Brígida y Catalina de Sena, de Juana de Arco, de Santa Teresa, de Madama de Chantal, de la célebre María Alacoque, y de otras muchas, y nos convenceremos de esta verdad.» [1]—«A un *sabio escritor*, erudito eminente, hablándole yo de mi absoluta creencia en la misión divina de Juana de Arco, le oí decir: Señor, vamos los dos á la Salpêtrière, y nos saldrán al paso veinte Juanas de Arco.» [2] —«La ciencia contempla el misticismo, cuyo fundamento principal es el éxtasis, como un producto de cabezas enfermas y no más, y remite á la psiquiatría á todos los aquejados de este mal desde los faquires hasta Santa Teresa, y desde los duendes de la Edad Media hasta los mediums y espiritistas del siglo XIX. Lo que nos asombra es la esterilidad de toda esa taumaturgia en el punto de vista científico y humanitario.» [3]

Expongamos primeramente la índole del histerismo, y en qué consiste la esencia de este tan bravo mal. El histérico es una enfermedad de carácter nervioso. Antes de mediados de este siglo rugíase comunmente que era un mal lúbrico y de bajísima suerte, cuyo solo nombre cubría el rostro de vergüenza, pero las averiguaciones hechas en estos postreros años han

---

1 Dr. Legrand de la Saulle, *Les hystériques*, p. 369.
2 *Le Monde*, 6 Enero, 1890.
3 Dr. Crocq, *Discussion sur les maladies des mystiques. Boletín de la Acad. real de Bélgica*, 1875, 3.ª serie. t. IX, p. 751.

llegado á convencer que la persona más casta del mundo puede estar sujeta á este achaque, ni habrá ya motivo de ponerse colorada como un carmesí la que de él adolezca cuando le digan que tal santa fué histérica, al fin se reduce á decir que padeció ataques de nervios y no más.

Es pues el histérico «un alocamiento crónico del sistema nervioso.» Y dícese *alocamiento* porque no comprende este mal ninguna lesión orgánica en los nervios, sino solo desbaratamiento funcional del sistema: el aparato queda entero, pero funciona sin orden ni ley. El Dr. Jaccoud, catedrático de Patología y Clínica médica en la escuela de París, fiel seguidor del alemán Niemeyer, señala admirablemente las condiciones necesarias al movimiento de la excitabilidad normal con que ha de proceder el elemento nervioso para sus acertadas operaciones. «Son, dice, las siguientes: integridad de la constitución natural del órgano, circulación regular del líquido nutritivo, composición normal de la sangre, y alternativas de reposo y actividad. La más importante de estas condiciones, á no dudarlo, es la que concierne á la constitución material del órgano, pero no es menos cierto que el desorden de cualquiera de los elementos precedentes viene á modificar, más ó menos, la excitabilidad de las células y la conductibilidad de las fibras nerviosas. Las perturbaciones, pues, de una ú otra de estas dos propiedades son las modificaciones patogénicas generales de los síntomas nerviosos, cualquiera que sea por otra parte la enfermedad en que se manifiesten.» [1] El funcionar el sistema nervioso sin sujeción á la ley, no tanto es estado actual en los histéricos, cuanto habitual y crónico; no son los accesos los que definen con toda propiedad la dolencia, sino el particular sér de todo el sistema nervioso, su irritabilidad extraordinaria y el influjo poderoso que habitualmente ejerce en las facultades mentales. Tal es la noción cabal recibida por los más experimentados histerólogos, [2] que nos serán maestros y guías en el presente capítulo.

Es el histérico más ordinario en la mujer, á causa de que por estar destinada á los oficios de la maternidad, su sistema nervioso posee más exquisita perfección, más delicadeza y mayor número de fibras y ganglios trispláncnicos, más primor y agilidad, y por lo mismo está más dispuesto y expuesto á violentas perturbaciones. Los aparatos principales del sistema nervioso, el encéfalo, la médula espinal, el gran simpático, cuyas funciones están entre si íntimamente ligadas, en algunos y en algunas funcionan sin trabazón, sin asiento, sin mutua dependencia, sin las condiciones señaladas por Jaccoud; de ahí les nace el ser histéricos. El andar cada aparato por su parte fuera del concierto mutuo sin sujeción conocida, débese en muchos casos á causas morbosas especiales, que habían de especificarse en cada individuo; pero el desorden funcional de los nervios es insuficiente nota para caracterizar el histérico, á menos que sea crónico y alocado. El Dr. Briquet asevera que «la mitad de las personas histéricas carecen de accesos.»

Para cabal conocimiento de esta neurosis se han de considerar los dos estados que la especifican: el uno habitual y permanente, el otro actual y pasajero. El actual consiste en los arrebatos violentos que cogen al sujeto desapercibido en determinadas circunstancias, el habitual es su modo de ser ordinario fuera de las crisis ó accesos; porque siendo esta una enfermedad psíquica y somática á la vez, da muestras de sí en alma y cuerpo por accidentes singularísimos. Ambos estados constan de síntomas especiales de que están llenos los libros de histerología, y componen la diagnosis total del histerismo. Resumamos brevemente los más notables, dando principio por el estado habitual.

Mas antes viene á nuestro propósito señalar los límites que en la constitución humana tiene esta peregrina dolencia. Según Littré, «entre quince y treinta años están sujetas las mujeres á esta enferme-

[1] *Tratado de Patologia interna*. Traducción de don Francisco Santana y Villanueva, t. I. p. 128.

[2] Richet, *L'homme et l'intelligence*, 1884.—Huchard, *Caractères, mœurs, état mental des hystériques*, 1882.—Lebreton, *Des differentes variétés de la paralysie hystérique*.—Tardieu, *Etude médico-légale sur la folie*.—Landouzy, *Traité complet de l'hystérie*.—Niemeyer, *Eléments de pathologie interne*, 1869.—Richer, *Études cliniques sur l'hystéro-épilepsie*, 1881.—Dubois, *Monographie sur l'hystérie*.—Regnard et Bourneville, *Iconographie photographique de la Salpêtrière*, 1880.—Hammond, *Traité des maladies du système nerveux*, 1879.—Theyskens, *De l'abus du surnaturel*, 1880.—Littré, *Dictionn. de médecine*, art. *Hystérie*.—Azam, *L'hypnotisme et le dédoublement de la personne*, 1887.—P. Hahn, *Phénomènes hystériques et Révélations de Sainte Thérèse*, 1882.

dad:»[1] Otros alargan á los cuarenta años su predominio, de forma que pasados los cuarenta solo son histéricas el cinco por ciento de las enfermas en los hospitales. Según esto, el histérico es achaque de gente moza, si bien cada edad tiene el suyo, nacido de la condición respectiva del organismo, ni es caso raro el histérico en personas célibes, aunque sean religiosas, si bien es más común en casadas que en solteras. Esto comprueban las estadísticas de los hospitales; áun de las viudas apenas se cuentan cuatro histéricas por cien dolientes vulgares. Pero el histerismo depende de causas determinadas. Una de de ellas es la herencia, origen de mil males, y en particular del histérico; otra es la dureza de los malos tratamientos y la crueldad de los disgustos que recayendo en temperamento débil y maganto destierra la hermosa paz y el concierto corporal. La causa más grave es el desorden de la vida y el estrago prematuro de la complexión. La doncella embebecida en espectáculos, teatros, bailes, amores, viajes, canto, modas, caprichos y ocios mundanales no se maravillen sus parientes si al mejor día amanece víctima del histerismo:[2] todos estos son enemigos que se traban unos de otros para tiranizar el sistema nervioso y, exaltando sin medida la imaginación y apagando la energía de la voluntad, atarantan y vuelven tontas á las jóvenes. «Si las niñas no se acostumbran á vencerse á sí mismas, si se les consienten todos los gustos, si se les ahorra el castigo cuando por una bicoca se ponen furiosas y se tiran por el suelo, muy cerquita andan de tornarse histéricas.»[3]—Las causas más ordinarias son el temperamento nervioso comprimido por un amor contrariado, los celos, la influencia de lecturas ó de conversaciones eróticas.[4]

Cuatro síntomas denuncian el histerismo habitual. El primero es el desacuerdo de las potencias intelectuales. El entendimiento de una histérica, que de veras lo sea, está en continuas tinieblas, y cuando le dé algún rayo de luz, le faltará discernimiento y energía para resolver lo que le conviene. La memoria embotada y torpe del todo. La imaginación es la que le queda despierta y fecundísima, pero vagabunda, desvariada, sin norte ni brújula que la gobierne. La miseria principal está en la voluntad, que en la histérica es por extremo apocada á causa del mal que padece. «Las histéricas ni saben, ni pueden querer. El histérico es la incapacidad que tiene la voluntad para sujetar los movimientos de las pasiones.» Así se expresa Richet, y Huchard lo dice más claro por estas palabras: «Las histéricas ni saben, ni pueden, ni quieren querer.» Y si la voluntad, siendo la señora, deja á las pasiones la rienda, ¿qué orden ni qué rumbo podrán seguir? Ninguno, sino total desconcierto, desafuero en la fantasía, necedad en el discurso, perturbación en las sensaciones, apasionamiento en las emociones, antojo en los deseos, desvarío en las aficiones, inquietud, atolondramiento, exaltación, arrebato, rebeldía en los instintos, cegueras en fin y desorden en todas las facultades mentales. Y así dice Richet: «La pasión ó la impresión del momento es el gobernalle que guía á las histéricas, y por él se dejan llevar donde quiera. Si sopla el viento de la ira, ó de los celos que es peor, allá corren desaladas; si les da el aire de la caridad, ó de la obediencia que es mejor, serán caritativas y obedientes como borreguitas. Si les viene el capricho de soltar una impertinencia ó una necedad, la tienen por donosura.» Y da el porqué Huchard diciendo: «La histérica no es dueña de los ímpetus que le nacen en el cerebro.» La fantasía tomó las riendas, y las pasiones no se rinden al imperio de la recta razón.

La segunda señal característica, consecuencia de la primera, es una instabilidad suma en la parte afectiva. Dícelo con cla-

---

1 *Dictionnaire de médecine*, art. *Hystérie*.

2 Landouzy, *Traité complet de l'hystérie*.

3 Niemeyer, *Éléments de pathologie interne*. 1869, t. II, p. 357.

4 Littré, *Dictionnaire de médecine*, art. *Hystérie*.

«El histerismo no desaparece, no tiende á desaparecer; por el contrario, se arraiga cada vez más en los organismos entecos de la época actual, y contribuye al rápido aniquilamiento de la sociedad... La molicie de nuestros días no se diferencia ya de la romana en pasadas épocas. Se habla mucho de gimnasia, pero parece tenemos aversión á los trapecios; las mujeres literatas abundan demasiado en los grandes centros con grave detrimento de la sociedad, que quiere menos *doctoras*; las novelas hacen furor en ciertas clases sociales, y el naturalismo más grosero se exhibe con el descaro mayor en todas partes; nadie goza con espectáculos sencillos, con emociones agradables, siendo necesarios los sainetes bufonescos y plagados de obscenidades; las revistas y exposiciones llevan la hartura de placer á los sentidos; nuestros soldados son cada vez más pequeños, pero la criminalidad y la prostitución clandestina aumentan de un modo aterrador; á los niños, bachilleres á los doce años, se les deja fumar, jurar y maldecir... Esta es nuestra sociedad.» (Dr. A. M. Pedrujo, *El Siglo Médico*, 1887, p. 523).

ras voces el experto Huchard: «Es cosa muy sorprendente con qué facilidad pasan las histéricas en sus accesos delirantes de una cosa á otra, del gozo á la tristeza, de lo chistoso á lo grave, de lo cómico á lo patético. Los más elevados sentimientos, los pensamientos más puros expresados en lenguaje culto dan lugar de repente y sin transición á los instintos más ruines, á inclinaciones bajas expresadas en términos desenvueltísimos.» [1] «Sus afectos, dice en otro lugar, son movedizos é instables como las figuras del caleidóscopo, y por eso dijo Sydenhans, que lo que en ellas hay de más constante es la inconstancia.» [2]

La tercera señal es el prurito de mentir. Este siniestro truécaseles en segunda naturaleza. Como si tuvieran necesidad de violar la verdad por el gusto de violarla, no hacen diferencia del sí al nó, recréanse en componer embustes sin razón, sin interés, por antojo, y mienten con una desenvoltura tal, con tanta sagacidad y con tan singular porfía, que rayara en lo inverosímil si no se las oyese descargar con disimulación, igual á lavarse las manos, diluvios de cosas que ni hicieron ni pudieron hacer, y pasmaría la poca mella que les hace el verse convencidas de tramposas si no constase que su voluntad anda sin norte fijo y perdida la estrella. «Mienten sin parar... y no sólo de palabra, mas también de obra, representando comedias en que la fantasía ejecuta el primer papel y engendra las peripecias más inconcebibles llegando á extremos funestísimos.»—«Especialmente las que adolecen del grande histérico es cosa que asombra con qué astucia y tenacidad procuran engañar al médico.» [3]

El cuarto indicio es la incomportable vanidad. Todas sus trazas se enderezan á andar en lenguas de las gentes, y á que todo el mundo se ocupe en alabar sus veleidades, en fomentar sus pasioncillas, en aplaudir sus caprichos, en admirar sus dijes y galas, en levantar sobre las nubes la gentileza y garbo de su persona. No tiene la histérica maneras corteses con que granjearse la voluntad de nadie, tampoco le importa la consideración debida á su edad y sexo, porque la exaltación nerviosa la sojuzga y le roba todo noble pensamiento. Poco les va en imponerse culpas no cometidas, ni reparan en comer cosas insípidas, ni en hacerse heridas en los brazos, ni en renunciar á los alimentos prescritos, y al mejor tiempo rehusan andar, no abren los ojos, responden por negaciones ó se cierran á toda pregunta. El amor propio en su más alto grado de desvarío es el instinto de la histérica, y constituye su ambición más aniñada y ridícula. Y con todo, poco las mueve su mal, tiénelas como embriagadas y fuera de sí, y no les da lugar á ninguna seria reflexión, porque ni hacen cuenta que estén enfermas, ni se quejan de sus contracturas, ni se les da nada de sus deformidades; que donde la conciencia está sorda, no es mucho falte el interés de la propia honra.

Para que como en un cuadro se vea la índole de las histéricas, traslademos la descripción hecha por la pluma del doctor Richet. «La histérica gasta el día riéndose sin término de cosas que nada tienen de ridículo, de la criada que pasa, de una cama mal hecha, de un pájaro que asomó por la ventana, de un gorro mal puesto; y las mismas causas le despiertan lágrimas tal vez. Sus conversaciones no tienen fin, sus censuras y rabietas van mezcladas de un diluvio de palabras, y al decirlas se agita de continuo sin saberse porqué. No le faltan ocurrencias peregrinas, ni antipatías, ni simpatías estrambóticas. La histérica una cosa pretende, y es que las gentes se metan con ella, fomenten sus pasioncillas, participen de sus aficiones ó de sus corajinas, y levanten al cielo sus debilidades ó sus galas. Las histéricas cuentan historias inverosímiles, mienten sin vergüenza y cuando les dan en rostro con sus embustes se quedan tan tiesas. Como les falta el sentido moral obedecen á más no poder. No hay pudor ni empacho que las contenga. Dicen sus aventuras al primero que encuentran, con tal que hayan simpatizado con él. Para todo hallan respuesta, hacen preguntas muy solapadas, y cantan la verdad cruda á todo el mundo. Sin embargo no carecen de amor propio, y si alguno les hace poco caso, pónense rabiosas. Pero no les dura mucho la displicencia, porque pasan volando de un sentimiento á otro. No hay cosa ni reflexión que las contenga ó las sujete. Su fantasía revolotea cual mariposa sin asentar el pie, y es tan difícil atar

---

1 *Traité des nevroses*, 1883.

2 *Caractères, mœurs et état mental des hystériques*, 1882.

3 TARDIEU, *Étude médico-légale sur la folie*.

la atención de una histérica á un pensamiento fijo, como pretender por razones que una avecilla deje de bullir y se fije en una rama. Están destituídas de sentido común, de suerte que estas infelices criaturas abandonadas á sus antojos hacen todas las tonterías que se pueden imaginar.» Tal es la pintura del doctor Richet [1] sobre las costumbres de las histéricas observadas en el Hospital de la Salpêtrière, según el dictamen de todos los médicos.

Es muy original la filosofía de Krishaber, Taine, Dufay, Azam en la exposición de los casos que refieren. [2] La historia de Félida, comentada por Azam, es sobremanera curiosa. En ella se observan dos estados, al parecer contradictorios. En el primero, de los diezisiete á los diezinueve años, Félida se muestra melancólica, seria, taciturna, seca, desabrida y muy deseosa de trabajar; en el segundo, de los diezinueve á los veinticuatro años, por efecto del histerismo, se torna alegre, frívola, indolente, cordial, susceptible y de potencias intelectuales más perfeccionadas que en su estado primero, al cual vuelve. De los veinticuatro á los veintisiete años, y más adelante, experimenta vicisitudes y alternativas de ambos estados, dominando el primero sobre el segundo en toda su vida. El Dr. Azam hace mucho misterio de estas mudanzas para mover guerra al espiritualismo; llámalas alteraciones de personalidad, como si la índole y temperamento de una persona constituyese su propia personalidad. [3]

Una tan extraña psicología despertó ardoroso celo en el ánimo del Dr. Liverani, y tomando la pluma y extendiendo su católica mano contra la teoría de Azam, le hizo cargo de gravísimos errores en su obra *El alma y las funciones del cerebro*, § 185. Toda la substancia de su argumentación está en que el histerismo no introduce personalidad distinta, sino sólo alteración de operaciones sensitivas é intelectuales. Si Félida no queda con memoria de haber estado enferma, es porque los actos no se le grabaron en la fantasía con bastante tenacidad. Tiene presentes los hechos acaecidos en su estado de salud, porque el histerismo no los puede borrar de la memoria. La espiritualidad del alma da perfecta razón de todo. Félida lee, escribe, cose en ambos estados, porque los accesos histéricos dejan en su sér los hábitos contraidos. Error grosero de Azam es confundir los actos con la persona: no es de extrañar que cuente el yo natural, el yo histérico, el yo sano, el yo enfermo, el yo sin memoria, el yo con memoria, el yo primero, el yo segundo; según esta cuenta podríamos en cada persona humana de un día para otro fingir tantas personalidades como mudanzas parciales, y ¿cúyas serían las acciones si se introduce en el hombre tanta diversidad de supuestos?

El Dr. Luys, á fuer de materialista decrépito, defiende á capa y espada la teoría del dualismo, sin reparar en multitud de indignísimos borrones. Puesta la consideración en la Félida de Azam, se regala con ella, denominándola «el hilo conductor para interpretar ciertos fenómenos psicopáticos que hasta este instante, por falta de serio apoyo, no han sido, como merecen, referidos por modo suficiente á los fenómenos del funcionalismo normal.» [1] Mucho nos engañamos, ó el médico materialista pretende aquí poner en ridículo las operaciones del misticismo católico. Pero confesar, como confiesa, que su teoría no estriba «en demostracio-

---

1 *L' homme et l' intelligence*, 1884.

2 *Revue scientifique*, 10 Juin 1876.

3 «Las manifestaciones espiritistas nos muestran la coexistencia en el mismo instante, de los pensamientos, de dos voluntades, de dos acciones distintas, una de las cuales tiene conciencia y la otra nó, y que el *medium* atribuye á seres invisibles. Nada tan digno de estudio como esta pluralidad profunda, intensa del *yo*, que es más extensa de lo que vulgarmente se cree... Aquí se ve un desdoblamiento del *yo*; la presencia simultánea de dos series de ideas paralelas é independientes; de dos centros de acción, ó mejor dicho, de dos personas morales yuxtapuestas en el mismo cerebro, dedicadas á una labor distinta, funcionando la primera en el escenario y la otra entre bastidores; ésta tan completa como aquélla, puesto que sola y lejos de las miradas de la otra, construye ideas seguidas, esmeradamente entrelazadas, en las cuales la primera no toma parte.» Esto dice Taine. (*L'intelligence*, 1878, t. I, p. 17.).

Con deplorable confusión de ideas admiten los modernos psicólogos, por lo común organicistas, atomistas, materialistas, doble personalidad en el sér humano, la una *inconsciente* y la otra *consciente* (Coste, *L'inconscient*, 1889.). Pero se les conoce que entienden en muchos casos por *inconsciente* la fantasía, aunque le den el nombre de *voluntad*. Oigamos á Ochorowicz: «Nuestra experiencia es doble: consciente é inconsciente. Muchas veces ésta predomina, puesto que es la primera y tiene una base hereditaria, y se enriquece siempre á expensas de la experiencia consciente, y se completa por medio de generalizaciones, impulsiones y presentimientos.» (*De la sugestión mental*, 1827.) Exponiendo estas palabras, dice el Dr. Otero: «El inconsciente puede compararse á una inmensa placa fotográfica que recibe las imágenes que le llevan los sentidos» (*Lombroso y el espiritismo*, 1895, p. 163).

1 *Tratado de las enfermedades mentales*, segunda parte, p. 28.—Trad. de Victor Cebrián, 1891.

nes verdaderamente científicas,» es lisamente decir que erró el golpe y quedó mordiendo en el aire, al proceder con su dualismo contra las operaciones místicas. Y sigue palpando tinieblas cuando más adelante añade: «Nuestra personalidad propia, nuestro yo, no es fisiológicamente más que la expresión de las sensibilidades parciales del organismo, diseminadas en las redes centrales del sensorio.» [1] Quiso decir el Dr. Luys, que los materialistas se hallan tan cercados de lazos cuando escriben, que por salir en uno dan en otro mayor, y prendiéndose en mil redes, tropiezan y caen en medio de la luz. Apriétase el lazo hasta ahogarse, cuando dice: «La unidad de la persona humana es una ficción psicológica... una noción inconsciente y ficticia.» [2]

Por otra parte conviene traer sobre ojo las astucias de la incredulidad moderna, que suele dar apellido de histérico á todo desorden psíquico ú orgánico de ardua explicación. «La afección histérica goza de tan mala fama, que los médicos se creen facultados para cargar á cuenta suya todo lo que hay de vicioso en las otras enfermedades.» [3] Así como Azam sacaba del histerismo cuantas personalidades quería, otros le convierten en ramo de locura. Pero las histéricas no son personas dementes, aunque padezcan temporalmente locuras y manías; lo declaran los histerógrafos á una voz. «Si las facultades afectivas se les apagan y embotan, les quedan las intelectivas en vigor y á veces con cierto grado de excitación,» dice Huchard. Y Richet añade. «Su inteligencia es brillante, su memoria segura, su imaginación viva.» Con gran tiento se han de recibir estos dictámenes. El histerismo es una suerte de borrachez, y la diferencia que va de borracho á loco, esa va de histérico á demencia. Cuando los médicos alienistas aseveran que el entendimiento de los histéricos queda intacto, quieren decir que no delira como el de los locos; pero por faltarle á la histérica tesón de voluntad que rija las pasiones, enderece el entendimiento, sujete la fantasía y encamine los discursos de la razón, de ahi viene á carecer por eso mismo de la discreción necesaria y del dictamen concienzudo para obrar con verdadera conciencia y reflexión. Si alguna vez usan las pobres de actividad intelectual, la gastan en bagatelas y fruslerías, más propias de niñas sin seso que de mujeres formales. En una palabra, el histerismo es una habitual disipación de la conciencia reflexiva, que deja sueltas y como sin freno las potencias del alma, entendimiento, memoria y voluntad, en orden á los actos morales y verdaderamente humanos.

Conforme á esta noción del histerismo habitual, sacada de los histerólogos, bien se echa de ver que los Santos canonizados estuvieron muy ajenos de una tan fatal miseria. La primera cuestión que se debate en las causas de Beatificación versa sobre las virtudes, como en la pág. 376 va explicado, y las virtudes macizas y perfectas, cuya auténtica declaración abre camino al decreto pontificio, estriban en una voluntad firme y constante en el bien. Una voluntad inconstante debe despedirse, no digo yo de los actos heróicos exigidos por la Sagrada Congregación de Ritos, pero áun de los virtuosos más comunes practicados por el vulgo de los fieles. De forma que virtudes heróicas y hábitos histéricos no caben en un sujeto; argumento perentorio que los Santos canonizados no han sido histéricos, al menos no lo han sido en aquel grado superlativo que quisieran nuestros adversarios, y mucho más lejos del histerismo anduvieron aquellos místicos de elevada santidad que estaban dotados de los altísimos dones de la contemplación.

La diferencia entre unos y otros no puede ser más palpable. Las personas histéricas son mujeres de su naturaleza livianas y faltas de cordura, las místicas fueron personas graves y sesudas cuanto cabe en la condición mujeril; las histéricas llevan habitualmente vida agitada por

---

[1] Ibid, p. 112.

[2] Ibid, p. 109. «Lo que puede haber de cierto en estas investigaciones, acredita simplemente la *enajenación* del individuo en circunstancias y períodos determinados. En unos momentos se conserva la persona *real* para todo el mundo, y en otros se forja á sí propio una personalidad fantástica... Desde el eclipse más ó menos parcial ó transitorio del reconocimiento de sí propio, hasta la abolición total de esta función, hay multitud de grados y formas intermedias, difíciles de definir, áun por el individuo mismo que las experimenta, en aquellos casos en que conserva ó recobra la facultad de definirlas, y mucho más difíciles de conjeturar y evaluar por el observador que intente formar juicio sobre el orden ó desorden de la inteligencia de otro.» (D. MATÍAS NIETO SERRANO, *Biologia del pensamiento*, 1891, parte II, cap. IV, art. II.) Lo que dice aquí este discípulo de Krause, no ha de entenderse de modo que se cambie la *persona real* en persona imaginaria en hecho de verdad, sino solo en la estima y apreciación del sujeto paciente.

[3] DUBOIS, *Pathologie générale*, p. 285.

el desorden de los afectos, las místicas la llevaron tranquila y mortificada; las histéricas suelen apetecer el aura popular, las místicas el recogimiento y honestidad; las histéricas son vanísimas y ridículas, las místicas humildísimas y de corazón varonil; aquéllas impacientes é inconstantes, éstas mansas y de vigoroso tesón en sus empresas; aquéllas andan con astucias y raterías, éstas han sido amigas de verdad y sencillez en su trato y conversación; aquéllas no reparan en forjar calumnias por prurito de vanidad, éstas hacían escrúpulo de mentir y calumniadas sufrían en silencio; aquéllas ceden indolentes á las impresiones físicas y morales, éstas por no ceder guardaron la flor de la virginidad entre los abrojos de la penitencia; aquéllas obran sin discreción y sin tino, éstas fueron dechados de consejo, y á veces le daban acertadísimo á los que se le pedían; en fin las histéricas son por razón de su dolencia los seres más afeminados del mundo, las místicas fueron por virtud é imperando sobre su natural los seres más varoniles.

Estas diferencias, resultantes de lo expuesto, demuestran que al decretar la Iglesia la virtud en grado heróico de las siervas de Dios, declara por el mero hecho que estaban destituidas de los caracteres habituales que á las histéricas acompañan. «Los promotores de la fe, que suelen aguzar tanto los ojos para divisar algún defecto en las personas de santidad heróica, poco tendrían que alambicarse los sesos si se presentase á su censura la vida de una histérica con su característica movilidad, con sus extravagancias y caprichos, con sus inevitables embustes, con su irresistible vanidad. Nada importaría que el mal fuese grave ó gravísimo; bastaría que estos síntomas se mostrasen en su forma más ligera, en un torcer de ojos tendrían resuelta la causa.» [1] Efectivamente sabemos, que al proponerse un proceso de Beatificación al examen de la Curia romana, la primera diligencia es averiguar si en la sierva de Dios se notaron señales de histerismo. Si vistas las informaciones hallan los asesores que fué histérica, no pasan más adelante, no desenvuelven la causa, no hacen detenimiento en las virtudes, ni les importan los éxtasis, ni preguntan qué linaje de operaciones místicas experimentó. Basta que conste haber adolecido de esta enfermedad para archivar las informaciones jurídicas en el armario del olvido. Para que corra la causa deberá probarse jurídicamente que la sierva de Dios no perteneció al grupo de las histéricas. [1]

Mas de esto no se sigue que una histérica no pueda ser santa de altar. El histerismo tiene sus grados, y entre el más alto y el ínfimo caben muchos escalones. Bernutz señala estas formas anormales: síncope, espasmo, éxtasis, delirio de voces, delirio de acciones, sonambulismo, catalepsia, coma, letargia; cada forma tiene sus habituales distintivos. El grande histérico (como los franceses llaman), acompañado de las alucinaciones, éxtasis, llagas y otros fenómenos, que los modernos quieren comparar con las operaciones místicas de los Santos, se distingue por un embotamiento mental permanente, en que la voluntad anda tan reacia como inhábil para gobernar la razón y la conciencia. Pero personas habrá que experimenten los síntomas mentales sobredichos con menos intensidad, y que con su libre albedrío los dominen cristianamente. Si esto hacen y logran vencer los apetitos y pasiones, y ejercitar virtudes sólidas y perfectas con la divina gracia, podrán llegar al grado heróico de virtud, necesario para merecer el honor de los altares.

Lo que pretendemos probar es la sinrazón de los médicos racionalistas que llaman fruto de histerismo la mística de los Santos. Y crece nuestro argumento y su sinrazón considerando que su hipótesis no ha lugar en los varones, es decir, en más de la mitad de las personas místicas. Alegan que también hay hombres histéricos. ¿Qué duda tiene? «Se han visto verdaderos accesos de histérico en los hombres en algunos casos de lesiones traumáticas y durante algunas operaciones practicadas en sus órganos.» [2] Pero tampoco negarán que esta neurosis sea especial de la mujer y más rara en el hombre, y mucho menos pretenderán que todos los síntomas, mentales y somáticos, convengan á los hombres. Pero sea en

1 P. Salis Seewis, *Le estasi, et le stimmate*, 1892. p. 59.

1 P. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, p. 382. —P. Salis-Seewis, *Le estasi*, p. 50.
2 Littré, *Dictionnaire de médecine*, art. *Hystérie*.

buen hora. De aquí surge no pequeño inconveniente, y es, que de los apóstoles acá habrán sido centenares los varones notados de histerismo, cosa nueva y nunca oida; y más nueva aún, que se hallen precisamente entre los cristianos y escasísimos entre los paganos; y más estupenda maravilla, que los histéricos católicos sean hombres de excelente ingenio, de pecho esforzado, de grandísima cordura, muchos de ellos fundadores de sagradas religiones, los más de los cuales (San Benito, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco, San Juan de la Cruz, San Ignacio de Loyola, San Cayetano, San Camilo de Lelis, San José de Calasanz) fueron grandes contemplativos, dejando aparte otros muchísimos venerados por la Iglesia en concepto de extraordinarios místicos. Todos ellos han debido de ser histéricos, si hemos de estar á la ley que los charcotistas nos imponen, si el misticismo es patrimonio del histerismo. Las mujeres histéricas son más en número que los hombres, las Santas contemplativas no sobrepujan en cantidad á los Santos; luego forzosamente se ha de seguir que ó los adversarios han de limitar á las mujeres la guerra contra el misticismo, y esto es dejar en balanzas la victoria, ó si quieren extender á los Santos sus enojos habrán de confesar que todos ellos fueron histéricos, aserto contrario al dictamen de toda la Facultad, á la ciencia y experiencia de todos los siglos. [1]

A menos que vean pulular histéricos por doquiera y den ese apodo á los fatigados de mal nervioso, y digan que son histéricos los molestados de cualquier accidente neurótico. La verdad es que el acceso extático apenas se halla en los hombres que tienen convulsiones. Pero los incrédulos no cesan de clamar con Charcot: «El histerismo no sólo existe en el sexo varonil, pero reviste en él las mismas apariencias que en la mujer.» Si con esto simbolizan, trastornando el vocabulario, que los hombres experimentan perturbaciones nerviosas como las mujeres, entonces esperamos que demuestren cómo las operaciones místicas eran todas estiramientos de nervios. Pero aquí se despeñan en otro barranco, y es que por una parte, fuera de propósito mencionan el histerismo, y por otra no basta una perturbación de nervios cualquiera para que se clareen luego todos los fenómenos místicos, pues por eso entrometen el histérico para sobredorar con colores de razón su guerra al misticismo. Finalmente, otro inconveniente es la edad. Hemos visto con qué acuerdo ciñen la acción del histerismo mujeril á los treinta ó cuarenta años. A los varones ignoramos qué términos les han tasado. Pero los Santos y Santas favorecidos con operaciones místicas, no eran adolescentes sino muy hechos y de edad madura, los más pasaban de cuarenta años, y áun más allá de los cincuenta Santas y Santos tenían visiones, éxtasis, llagas y demás gracias divinas.

Convencidos quedan de inconsecuentes nuestros adversarios al echar mano de su neuropatía para combatir el misticismo católico. Pero conviene tener abiertos los ojos á los ardides que usan. Cuando describen la evolución y síntomas de este mal que cada día en sus clínicas presencian, especifican con irrevocable resolución los caracteres mentales sobredichos, advirtiendo cuidadosamente que se relacionan y enlazan con el histérico, pues desvelándose en estudiar sacaron en limpio su íntima relación. Pero cuando echan cálculos y reparan en nuestras Santas, vuelven aprisa la hoja, y como arrepentidos, mojando la pluma en la hiel de su aversión, escriben en el catálogo de las histéricas los nombres de muchas mujeres que privadas de síntomas mentales sólo dan los indicios corpóreos que más abajo se pondrán. Esta es traza incoherente. La señal más clara de histerismo habitual hállase en las facultades psíquicas; tal es el dictamen de los médicos especialistas que estudiaron con detención la materia. Las novedades observadas en el cuerpo pueden provenir de otras neuropatías cuando no precedieron los síntomas mentales, porque á veces juntamente con el histérico padece el sujeto otros accidentes del sistema nervioso que no son hijos del histérico, como advierten los histerólogos arriba alegados; y podrá ser que una persona experimente éxtasis naturales no producidos por el histérico, aunque sea propiedad no exclusiva del histérico el producirlos, á la manera

[1] El Doctor Landouzy es el que con más porfía sostiene ser el histerismo exclusiva dolencia de la mujer. Sin embargo, no se pueden poner en duda los casos de hombres en quienes se han experimentado sofocaciones, constricciones dolorosas del pecho, bolo histérico, paraplejia histérica, convulsiones clónicas, como lo han evidenciado los doctores Tartivel, Sandras, Georget y otros.

que la embriaguez puede nacer de muchas causas distintas del vino.

Si, pues, se nos pone delante una mujer que viviendo en estado de soltería ofrece una disposición mental y moral muy ajena de aquella estupidez de ánimo tan propia del histerismo, y sin embargo pasan por ella fenómenos místicos extraordinarios, ninguna plausible razón habrá para referirlos al histérico como á fuente original. Desterrados los signos mentales que componen la divisa más segura, sin sombra de verosimilitud se hará apelación al histérico, como quiera que los contemplativos en cuanto tales no sean de diferente condición mórbida que las demás personas del vulgo. La diátesis no ha de ser en aquellas más privilegiada que en estotras. ¿Dónde se muestra pues el histérico? ¿En los vómitos, en la tos, en las convulsiones, en los dolores de cabeza, en las gastralgias, en los sueños nocturnos? Nó; estos son accidentes casuales, ineptos para calificar una tan extraña dolencia, y un médico que pretendiera por ellos sacar en limpio el histérico, daría muestra de tener en muy poco su honra. Si al histerismo le negamos los síntomas habituales, vamos contra la misma ciencia y nos enredamos en interminable confusión.

El Dr. Mantegazza, incrédulo y epicúreo rematado, no tiene voces bastante recias para baldonar la insensatez de aquellos que tratan de histérica á Santa Teresa de Jesús. Saborea el doctor la alteza de conceptos, la generosidad de sentimientos, la nobleza de afectos, el sosiego y gravedad de estilo, la profundidad y aplomo de razones empleadas por la santa Doctora en sus escritos, y atónito exclama: «Y pensar que escritorcillos livianos y burlones la apoden pobre histérica, y nada más!» [1] No indaguemos el sentido oculto de esa expresión, pero una cosa es cierta y sin réplica, la ignorancia crasa de los escritores que por no entender las cosas de la mística, las confunden impíamente con las naturales en que tienen de continuo ocupados los ojos y manos.

Con ocasión del tercer centenario de Santa Teresa de Jesús escribió el P. Hahn, belga, una *Memoria* intitulada *Phénomènes hystériques et Révélations de Sainte Thérèse*, que después se publicó en la *Revue des questions Scientifiques*, 1883. La comisión nombrada en Salamanca para juzgar los escritos consagrados á solemnizar la gloria de la Mística Doctora, tuvo por buena y por digna de alabanza la *Memoria* del P. Hahn. En ella nuestro gran fisiólogo después de confesar que «la palabra histérico comprende á la vez los fenómenos orgánicos y los intelectuales,» quiso hacer honrosa distinción respecto de Santa Teresa, é inventar para ella sola un nuevo cuadro nosológico. Formulando su pensamiento intentó probar en el opúsculo, que «Teresa padecía histérico orgánico, pero de ninguna manera padecía histérico intelectual.» Quiso el P. Hahn jugar á dos manos, y creyó dejar bien asentada la honra de la Virgen carmelitana, con solo declarar que cuanto al cuerpo y facultades inferiores había sido histérica epiléptica hasta edad muy avanzada, con acumulación extraordinaria de síntomas, y que por una no menos extraordinaria excepción había sido cuanto á las facultades intelectuales «el polo opuesto de las histéricas vulgares.» Es muy digno de notarse que esta opinión del P. Hahn se halla en parte propuesta por dos libros anteriores, el uno del 1818 [1] y el otro del 1837; [2] los cuales designan los éxtasis de Santa Teresa con los nombres de fenómenos de catalepsia mística, y de histérico melancólico.

El P. Hahn se engañó. Al mismo tiempo que con variedad de colores saca de Santa Teresa un tipo no vulgar del grande histérico tocante al cuerpo, forma sin querer una pintura acabada de la histérica mental, y nos la presenta como la más desdichada mujer, viniendo á concluirse de sus científicos discursos que una histérica epiléptica sin efectos mentales es de todo punto inadmisible. La obra del P. Hahn, con ser una exposición theorética de lo más acabado que se conoce, donde los médicos pueden aprender doctrina, al descender á Santa Teresa cae en frecuentes contradicciones, como lo demostró el P. De San, [3] antes que Roma fallase. Santa Teresa, si en algún tiempo sintió las consecuencias del histerismo, no hay asomo en toda su vida de predisposición á la histero-epilepsia, como el sobredicho P. L. De

---

1 *Le estasi umane*, vol. 1, p. 323.

---

1 *Dictionnaire des sciences médicales*, art. *Hystérie.*
2 *Nosographie philosophique*, t. XIII, art. *Extase.*
3 *Étude pathologico-théologique sur Sainte Thérèse*, 1886.

San perentoriamente lo evidenció. El P. Hahn, tal vez por ignorar el castellano del siglo XVI, interpretó mal ciertos síntomas, que en la Santa en alguna época se le notaron; si acaso tenían su principio en una gastritis, [1] no es razón imputarlos á histero-epilepsia.

Santa Teresa de Jesús, dibujada por el P. Hahn, daba á demonio los síntomas de una enfermedad por ella desconocida, ni estaba dotada de la suficiente discreción para distinguir entre enfermedad y demonio, porque, al decir del P. Hahn, todo cuanto vió y entendió de parte del demonio fueron devaneos de imaginación alocada y efectos de histerismo, sin embargo de que para las visiones celestiales tenía, dice el P. Hahn, acierto y divina luz. La que poseyó tantos privilegios de Dios para encaminar almas, escribir cosas altísimas, entender profundas verdades, careció, repite el P. Hahn, de fuerza intelectual para conocer los artificios diabólicos, y con todo los calificó, y erró en su calificación. En realidad de verdad hablando así el gran fisiólogo pone á nuestra santísima Doctora en la lista, cuanto al cuerpo, de las infelices que se recogen en el Hospital de la Salpêtrière, y cuanto al alma la cuenta entre las dolientes mentales que vegetan en las enfermerías de los claustros. De manera que al notar en la Reformadora del Carmelo, en la mística Doctora, en la privilegiada contemplativa, en la escritora admirable, preponderancia del grande histerismo, la degrada y envilece haciéndola pasar por niña grande, liviana, apasionada, imbécil, desatinada, vulgar en fin cual ninguna. [2]

El opúsculo del P. Hahn fué condenado por la Congregación del Indice, [3] y castigado quedó *ipso facto* el fallo del tribunal salmantino que, salvas honrosas excepciones, descoronando á la Maestra y Doctora mística había coronado el estudio del P. Hahn enviándole por extraordinaria distinción una medalla de oro. [4] El autor, hijo sumiso de la Iglesia, laudablemente se rindió, comprobando con su sencilla y humilde sumisión que las operaciones místicas no fueron obras de histerismo, que era lo que pretendíamos demostrar. [5]

---

[1] LEVEN, *Estomac et cerveau*, 1885.
[2] *La Controverse*, J. MOREL, 15. Dec. 1884, p. 638.
[3] 1.° dic. 1885. [4] 13 oct. 1882.
[5] P. VANDERMOORE, *Acta S. Teresiæ* 1845, § XCVI, p. 428.

ARTÍCULO II.

El histérico actual.—Los cuatro períodos del ataque histérico-epiléptico.— En ellos campea la imaginación sola.— Compárase el éxtasis con el acceso histérico y se prueba la ninguna relación.—Otros puntos de comparación.—La crucifixión.—La invulnerabilidad.—La impasibilidad.—La agilidad—La auto-sugestión hipnótica.—El vuelo extático.—La catalepsis.— El síncope. —El letargo.—El noctambulismo.— El éxtasis natural. —Estos fenómenos distan infinitamente del éxtasis de los místicos.— Doctrina de los Escolásticos.— Señales de los éxtasis místico natural y diabólico.

El histérico da muestra de sí en crisis pasajeras. Quien mejor le describe es M. C. Richet; [1] á imitación de M. Charcot denomina el ataque histero-epiléptico *ataque demoniaco*, significando con el epíteto que estos síntomas son los usuales en los energúmenos: astuta manera de embaucar, como atrás se dijo. El ataque completo de la histero-epilepsia comprende cuatro períodos principales, el epileptóide, el clónico, el apasionado, el delirante. Tal es el orden que suelen seguir los accesos, si bien á veces son incompletos por faltarles tal cual período, pero el orden de sucesión es siempre el mismo. Antes del acceso échanse de ver síntomas orgánicos que le denuncian; tales son: la hiperestesia ovárica con dolor fijo y mayor ó menor intensidad, el clavo histérico en lo más alto de la cabeza cual si en ella se hincase con agudísimo sentimiento, el aura histérica que parece salir del ovario, la bola histérica que sube del epigastrio y vuelve á bajar durando horas enteras con violentas palpitaciones del corazón. La sensación de la bola es uno de los signos precursores más notables del acceso. [2]

El primer período llamado epileptóide, por lo parecido que es al acceso epiléptico, se compone de tres partes: pérdida de conocimiento, suspensión de la respiración, contracción tetánica. Así que le coge á la histérica el primer síntoma, pierde el conocimiento por efecto de sobresalto ó emoción moral, sin conservar memoria ni conciencia de lo que pasa. Apagada la luz del conocimiento los demás fenómenos son puramente orgánicos, dependientes del sistema nervioso y muscular. Asi como la sorpresa, el miedo, la alegría aceleran

---

[1] *L'homme et l'intelligence*, p. 281.
[2] La anestesia de las fauces y de la epiglotis no es signo patognomónico de histerismo, porque en otras enfermedades se nota disminuida y áun desterrada la sensibilidad de la garganta y velo del paladar. Asi opina el Dr. Pitres.

ó detienen la respiración en los que reciben impresiones vivas, así también sucede á los histéricos pararse la respiración cuando les da el acceso, y consiguiente es el alterarse la sangre por falta del oxígeno necesario. De aquí viene el tetanismo, que á veces no es total, pero las células nerviosas cerebrales ó medulares excitadas por la escasez de aire producen contracciones y contorsiones en los músculos, y los miembros se explayan en ademanes extendidos, los brazos suben hasta la cabeza, la boca se entreabre y echa espuma, la lengua se mueve de un lado á otro, los párpados rápidamente se agitan. En cuanto el cuerpo se pone envarado y rígido entran las convulsiones espantosas con visajes horribles á veces, hasta que relajados los miembros vuelve la histérica á resollar y queda en brazos del sueño dejando oir sus broncos ronquidos. Otros períodos participan la inmovilidad tetánica y la convulsión, pero el distintivo de este preludio es la falta de conocimiento y la suspensión de la respiración. Ningún influjo tiene el alma en esta entrada.

El período clónico, consta de inmovilidad y movimiento (κλόνος, estrépito, lucha, tumulto). Empieza por la rapidez del tetanismo, cuya principal posición es el arco del círculo; así colocada la histérica estriba solo en la cabeza y en las puntas de los pies. Pasada esta fase sobreviene la del movimiento, no como quiera sino con aspavientos, gestos desaforados, contorsiones extrañísimas, golpes que se da á sí propia la doliente, inclinaciones de cuerpo, y otras actitudes feas y peregrinas señales exteriores de la moral impresión. Aquí la respiración es regular, y la conciencia toma en cuenta los penosos ensueños y los dolores que siente.

El tercer período es notable por la expresión de las pasiones. La histérica amenaza, reprende, convida, acaricia, repele, se mofa, exprimiendo con ademanes los devaneos fraguados en la fantasía, que consisten en reproducir escenas pasadas, y sucesos que más la impresionaron en otro tiempo; pocas son las palabras que gasta, á no ser entrecortadas, casi nunca frases enteras, pero los gestos significan los sentimientos que ocupan su imaginación. En todo este período la sensibilidad es nula, ni ve, ni oye, ni siente hasta entrar en el cuarto período.

En él comienza á soltarse el delirio. El enfermo recobrados los sentidos, ve y oye, pero ocupada la fantasía por las imágenes presentes no conoce las personas, finge seres imaginarios, se le representan serpientes, sapos, ratones, lanza injurias, dice despropósitos y desafueros á lo que le preguntan, muy al intento de su imaginación exaltada. «El cuarto período es tal vez muy corto, de algunos minutos... El ataque de histero-epilepsia se manifiesta raras veces aislado, repítese muchas seguidas y forma lo que llamamos serie de ataques. El número de los que componen la serie puede ser considerable, de veinte á ciento y más. La serie dura cuatro, cinco horas, y también un día entero.» [1]

En el discurso de los cuatro períodos se ve la disposición que toman las facultades del alma. En el primer período las potencias sensitivas están como muertas, solamente el organismo funciona con actividad mediante el sistema nervioso; en el segundo, despiertan la imaginación y el instinto, aunque de un modo imperfecto; en el tercero, actúa con energía la imaginación, pero los sentidos y las potencias intelectuales duermen embotadas; en el cuarto período se aguza la sensibilidad, y estimulada, pelea con la fantasía, de la pelea nace el delirio y la alucinación, mas ni en el entendimiento ni en la voluntad enciéndese llama ni ardor hasta que pasada la crisis entra la histérica en su estado normal y reconoce la nulidad del mundo fantástico que había fabricado. Es finalmente de advertir que los síntomas apuntados son propios del grande histérico, pero sólo se diferencian de los del histérico vulgar en la menor intensidad y en mostrarse con más viveza los unos con preferencia á los otros. También se debe considerar que tanto la imaginación como las pasiones, y va dicho más arriba, tienen por campo en que explayarse, el sistema nervioso, campo ceñido y de limitadísima jurisdicción aunque sea espectáculo de pasmosos efectos. De este campo nunca sale la acción de la fantasía. Aquí influye en los nervios sensitivos y en los nervios motores; en los sensitivos activando ó entorpeciendo la sensibilidad, en los motores favoreciendo ó deprimiendo la fuerza de los vasos y músculos; en los unos moderando la vida animal, en los otros dando calor á la vegetativa.

---

1 Richer, *Études cliniques*, p. 147.

Con estos preliminares, que comprenden las experiencias de los más acreditados doctores, podemos ya establecer cabalmente la infinita distancia que media entre las operaciones místicas y los fenómenos del histérico. Remitimos al lector á la sumaria relación que de las cosas místicas va hecha [en la página 832 y siguientes, según la doctrina de los más aventajados escritores. Empecemos la comparación por el éxtasis, tenido en opinión de los modernos histerólogos por accidente de histerismo.

El primer golpe del ataque coge descuidada á la histérica, y le roba de repente el conocimiento, sentido, respiración, dejándola como difunta y con otras señales particulares de menor cuenta. Ninguna comparación tiene esta suerte de arrebatamiento con el éxtasis místico. Esencial cosa es en los éxtasis de los santos quedar sin detrimento en su señorío la inteligencia y la conciencia de la propia personalidad: la prueba es que se acuerdan perfectísimamente, acabado el éxtasis, de las luces y verdades contempladas en el estado de su elevación. Aquí por el contrario, á los histéricos se les anubla la luz de la conciencia, y nadie sabe si imaginaron en el principio del ataque, porque la imaginación en aquel primer sobresalto fué insensible, paralizada y como sincopizada sin acción de ninguna suerte. El éxtasis divino viene cuando menos se piensa y sin preludios ni aposentadores, y primero se apodera del alma que del cuerpo, y con tal fuerza arrebata las potencias superiores que las inferiores han de ceder y desmayar en la lucha. En el éxtasis místico si hay rapidez tetánica y fijeza de miembros, todo va con gran moderación, con sosiego edificante, con perfecta serenidad. A veces un estremecimiento corpóreo anuncia la llegada del éxtasis divino, pero ni va acompañado de laringismo, ni de apreturas epigástricas, ni de palpitaciones cardiacas, como los ataques histéricos; y mucho menos le antecogen la explosión, el aura histérica, la bola histérica, el clavo histérico, la anestesia, la hiperestesia; antes bien grandísimo sosiego, virginal limpieza, edificante cordura, dominio superior son las señales que anteceden, acompañan, siguen y ennoblecen el éxtasis de los Santos haciéndole soberano y de no comparable grandeza.

El segundo período de la crisis no puede estar más apartado del éxtasis místico. Convulsiones, visajes, contorsiones, y movimientos clónicos, ¿quién los vió en arrobamiento divino? y mucho menos bramidos, furores, fieros, arremetidas contra sí ó contra los vecinos. Fingir cuatro desmayos se les adereza á los hipócritas, horrorizar á los presentes y ponerles pavor y miedo es propiedad de las histéricas; pero robar los ojos con la graciosidad del semblante, despertar afición en los pechos con el agrado, llevar tras sí la admiración de las gentes, satisfacer á los menos devotos, son gracias muy privativas del contemplativo cuando queda enajenado en exceso mental.

El tercero y cuarto período del ataque histero-epiléptico contradicen abiertamente al proceso del éxtasis divino. Cosa cierta es que este carece de preámbulos, y empieza en el punto en que el siervo de Dios es arrebatado en espíritu, arrobamiento que en algunos Santos fué solo interior y no dió barruntos de sí en lo de fuera; pero en el otro el período tercero y cuarto requieren y presuponen los dos primeros, epilepsia y convulsión, como preludios necesarios para llegar á las actitudes apasionadas y á las alucinaciones mentales. Estos dos últimos síntomas no son, pues, sino el desenvolvimiento total de los dos antecedentes. En los éxtasis místicos no hay camino trazado, ni ley común, ni regularidad constante, sino tan extraña variedad, que no se hallará teólogo místico por hábil que sea, que sepa señalar el curso de estos fenómenos, como los médicos señalan el del histérico. Santo Tomás de Villanueva rezaba con su capellán el breviario por los tránsitos del palacio arzobispal, cuando de repente, al llegar á la antífona *et videntibus illis elevatus est*, fué arrebatado en éxtasis, y duró once horas suspenso en el aire, á vista de muchos espectadores. No hay primero ni segundo en los éxtasis, ni orden de sucesión en los actos.

Además el oprimido por el ataque histérico en los dos últimos trances articula palabras sin concierto y sin sentido, pues sigue el vuelo de la fantasía; mas los Santos cuando hablan, es sentencias altísimas y de grande edificación, sus lágrimas, si las hay, son sosegadas, los suspiros moderados, las exclamaciones decorosas y prudentes, exentas de necedades pueriles. La claridad con que el extático penetra las co-

sas del cielo no le consiente desvaríos, tan comunes á los histéricos; y los que no son señores de sí, tampoco guardan memoria de lo pasado, al revés de los Santos que después del éxtasis escribían menudamente, como Santa Teresa, las fases de sus arrobamientos, las luces experimentadas, los ardores y sublimes conceptos, ó los dictaban á otros, como Santa Angela de Foligno á Arnoldo, si bien no hallaban palabras con que expresar las divinas comunicaciones.

En fin así como el histerismo debilita, embrutece y deja hecho un tronco al paciente, y no faltan casos que rematan en locura; por el contrario el éxtasis místico aguza más las potencias, enardece el corazón á grandes empresas, engendra heroísmo en los ánimos y estimula poderosísimamente á perfecta santidad.

Vista la ninguna semejanza de la crisis histérica con el éxtasis de los Santos, no será fuera de propósito señalar otras circunstancias prodigiosas en los arrobos divinos, en cuya comparación no son dignos de memoria los fenómenos del histerismo. Sea la primera la transfiguración. De qué manera se transfiguren ó se desfiguren las histéricas en sus accesos, lo expone Richet por estas palabras: «Las enfermas dan saltos prodigiosos, su aspecto es á veces feroz por los ademanes que hacen, los gestos en todo sentido dan á su fisonomía una expresión asquerosa... La enferma se embotija y revuelve furiosa contra sí, desbrava el enojo desgarrándose la cara, mesándose y arrancándose los cabellos, dando voces descompuestas..., en una palabra, es una furia delirante... Cada y cuando que surge en su imaginación una especie, los movimientos de los miembros, los delineamientos de la fisonomía, las actitudes del cuerpo se acomodan á expresar la índole de la alucinación. El actor más diestro nunca logrará representar el temor, la amenaza, la ira con tanta viveza y energía como estas pobres muchachas histéricas cuando las agita el frenético y voltario delirio.» [1] Muy lejos va esta descripción de la que hacen los historiadores de los extáticos divinos. Cuando los histéricos casi siempre no exprimen sino pasiones violentas, los Santos muy al contrario, despiden rayos de claridad, suavidad incomparable, serenísima modestia, blandísimo gozo, deleitosa admiración, radiante hermosura, angelical compostura, como si las luces celestes que inundan sus almas reverberasen con viveza en sus semblantes y en toda su persona.

Han introducido los histerólogos los vocablos *crucifixión* y *descendimiento de la cruz* para expresar dos actitudes tomadas á veces por las enfermas en los ataques. Bourneville [1] describe la figura en esta forma: tronco y miembros rígidos, la cabeza hacia atrás en línea recta con el eje del cuerpo, algún tanto ladeada al hombro derecho, los párpados entornados dejando ver á ratos los globos oculares revueltos en alto, los arcos dentales un poco distantes entre sí, los brazos extendidos perpendicularmente al tronco, los dedos cosidos con las palmas fuertemente. Esta es la llamada *crucifixion* ó postura en cruz. A las dos horas la histérica abre los ojos, vuelve en sí y dice: Dios mío, estaba yo tan á placer! Y pasados cinco minutos cae otra vez vencida del sueño y dura otra hora y media. Esta mudanza de postura, este encoger los brazos llaman los médicos *bajar de la cruz*. Poner los brazos en cruz es *crucifixión*, tener los brazos caidos es *descendimiento de la cruz*: no hay manera de expresar con qué solicitud se despulsan los racionalistas por echar tinieblas en las cosas mas santas. Con esta confusión de términos quieren representar total semejanza entre las histéricas y las místicas, entre los éxtasis naturales y los sobrenaturales, cosas por extremo contrarias. Si alguna Santa extática contemplando la pasión y muerte de Nuestro Redentor acompañó su visión con ademanes del cuerpo, fué porque se sentía avasallada por la fuerza del espíritu; pero si una histérica de la Salpêtrière abre ó cierra los brazos no es porque le den en los oidos los golpes de la sacratísima pasión, ni porque el deleite de la divina contemplación la convide á ello, es por causa natural, necesaria, inconsciente, orgánica. Los síntomas pueden ser muy semejantes entre éxtasis y éxtasis, pero el éxtasis divino no se ceba de cosas externas; si no hubiese en él más que posturas, tampoco se habría levantado á la categoría de sobrenatural. En las operaciones internas

---

1 *L'homme et l'intelligence*, p. 281.

1 *Science et Miracle*, 1878, p. 45.

de conocimiento y amor divino se resuelve la suma de este altísimo exceso. Las funciones mentales, que en las neurópatas de M. Charcot están del todo perturbadas, en los extáticos conservan todo su verdor y energía, y es vivísima la luz del cielo que esclarece su arrobamiento, derivándose al cuerpo los destellos del alma con muestras de incomparable dulzura.

Otra circunstancia singular es la invulnerabilidad, que se ha hecho reparar en los extáticos, y nunca en los histéricos. Un epiléptico que cae en el fuego se arde sin duda; la adustión es inevitable. Los Santos quedaban en sus arrobamientos, expuestos al ardor de la llama, y no se les consumían las carnes ni las vestiduras. Y como era natural, terminado el éxtasis se envestía en ellos el fuego con presteza haciendo su operación. No era la invulnerabilidad fruto de excitación nerviosa, porque la excitación á lo sumo hace al hombre insensible, no incombustible, como en la pág. 963 dijimos. Los extáticos cevenneses fuera de sus arrebatamientos frecuentes y de sus extrañas profecías mostraban fuerzas aventajadas; ejemplo el *inspirado* Claris que, sepultado en una hoguera encendida y ocupado de llamas por un cuarto de hora, salió ileso en sus carnes, cabellos y vestido, como lo cuenta Jaye testigo ocular. [1] Esta maravilla excede la capacidad natural, sin intervención de un agente sobrehumano es imposible entenderla, y porque de Dios no podía provenir, fuerza es buscar en el demonio su causa, si el hecho es auténtico.

Por un igual se han de nivelar los golpes recios dados en partes tiernas, los espichones de las espadas, los puntillazos y lastimosas heridas, que se refieren de los convulsionarios jansenistas, si es en efecto verdad lo apuntado en la pág. 1027 á cuenta de los historiadores de aquel tiempo. La anestesia y la analgesia no bastan á superar la entereza y resistencia de los tejidos celulares; entendiéronlo así Carré de Montgeron respecto de los jansenistas, y Agenor de Gasparin respecto de los camisardos cuando remitían á un poder milagroso la causa de estos fenómenos. Un principio divino es imposible que sea autor de las cosas ridículas, inmorales, abominables en estos sectarios representadas; la invulnerabilidad, incombustibilidad, dureza de carnes, otro principio no reconocían sino al demonio quien, usando de su fuerza natural, permitiéndolo así Dios, estorbaba las lesiones que fisiológicamente de aquellas violencias habían de resultar.

La impasibilidad de los extáticos divinos es también estimada efecto nervioso por los modernos histerólogos. «Nadie duda, dice M. Maury, que la impasibilidad fué efecto, en los primeros mártires cristianos, de un exceso de excitación nerviosa debida á la exaltación de su religiosa creencia.» [1]—«La ciencia moderna, añade con más claridad Skepto, ha reducido todos los imaginados milagros de las religiones al orden de simples fenómenos nerviosos. La impasibilidad de los mártires cristianos entre los más atroces tormentos, se explica fácilmente por el éxtasis hipnótico, en que los ponía la exaltación de su fe religiosa.» [2] Al leer en libros impresos tan crudas aseveraciones cualquiera pensará que á renglón seguido va su cabal demostración; y así debería ser, si no constase que los enemigos del milagro dan por razones palabras de aire, palabras mentirosísimas. Porque los mártires es falso que fuesen impasibles; si alguno lo fué, no le vino de exaltación nerviosa. No fueron impasibles los mártires católicos, los dolores atravesaron las entrañas y corazones porque no los tenían de mármol, ni hay cosa tan auténticamente repetida en las Actas como la fiereza de los verdugos, la valentía de los pacientes, el asombro de los gentiles á tanta constancia, la apostasía de los cobardes por no poder con la vehemencia de los padecimientos. Sentían los mártires pena y amargura en el rigor de los suplicios, pero entre tanta acerbidad sufrían intrépidos por el amor de Cristo á cuya gloria sacrificaban generosamente sus vidas. Afirmar que estaban hipnotizados por autosugestión es desbarrar sin tiento y á sabiendas. Mártires hubo que parecían insensibles á los golpes, como refiere San Agustín de Santa Perpetua en el circo de Cartago, la cual arrebatada en Dios sólo cuidaba de recoger los vestidos y de cubrir su desnudez, cuando las bestias bravas con sus arremetidas se los descomponían. Supongamos que estuviesen

[1] Peyrat, *Hist. des pasteurs du désert.*

[1] *Le sommeil et les rêves*, chap. XII.
[2] *L'hypnotisme et les religions*, p. 12.

hipnotizados aquellos mártires, cuando como ésta bebían raudales de deleite en el tormento; falta ahora saber qué suerte de hipnotización era la suya, porque si el ardor de su fe les servía de sugestión, y ésta bastaba para hipnotizarlos, resulta que aunque la sugestión hipnótica impuesta por un perito en el arte apague la sensibilidad, pero la auto-sugestión no es cierto que llegue á tanto. Los mártires extáticos que se mostraban impasibles fueron muy pocos, pero cuando se les arrancaban las carnes con garfios, ó se les desencajaban los huesos, ó fijaban sus palmas con clavos en cruces, si los tormentos no hacían de sus pechos un mar de penas no era favor debido á la fuerza de los anestésicos ni á influencia de la sugestión hipnótica, sino á la merced de la asistencia divina que embotaba los filos y puntas para que no les hiciesen daño, ó á los tocamientos divinos que eran bálsamo deleitoso á las heridas, ó al estado extático que les tenía robada la sensibilidad á la fuerza de las impresiones externas. Mas estos ejemplos fueron tan excepcionales y raros, que condenan por falsa la afirmación de nuestros enemigos. Entre mártires é hipnotizados, entre martirio y exaltación nerviosa va tanta diferencia como entre el milagro y el fenómeno vulgar.

Finalmente, la agilidad, advertida con alguna frecuencia en los éxtasis místicos, carece de analogía con los efectos del éxtasis natural. Dejamos dicho en la pág. 856 cuán portentosos han sido los vuelos de los Santos, y con qué facilidad hurtaban el cuerpo á las leyes de la mecánica, como de San José de Cupertino lo depone el Cardenal Lauria en calidad de testigo ocular. [1] Santa Teresa de Jesús tenía conciencia de sus elevaciones corpóreas, y las describe con discretísima sencillez por estas palabras: «Otras veces era imposible, sino que me llevaba el alma, y áun casi ordinario, la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas todo el cuerpo, hasta levantarle. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro y yendo á comulgar estando de rodillas, dábame grandísima pena, porque me parecía cosa muy extraordinaria y que había de haber luego nota, y así mandé á las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de Priora) no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba á ver que iba á hacer el Señor lo mismo, y una, estando personas principales de señoras (que era la fiesta de la vocación) en un sermón, tendíame en el suelo, y llegábanse á tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver... Yo confieso que gran temor me hizo, al principio, grandísimo; porque verse así levantar un cuerpo de la tierra... muéstrase una majestad de quien puede hacer aquello, que espeluza los cabellos, y queda un gran temor de ofender á tan gran Dios.» [1]

¿De qué proviene tanta ligereza corporal, que deja defraudada la ley de la gravedad? El P. Godínez pensó que la causaba el amor ígneo encendido en el alma y traspasado al cuerpo con la misma tendencia, y atribuyó la agilidad al amor flamígero que imprime en el cuerpo la cualidad de sublimarse y de correr por los espacios aéreos. [2] Esta exposición, que deriva la ligereza y agilidad corpórea del amor extático, no merece censura si las dichas cualidades físicas se entienden producidas por el amor causalmente, y no formalmente, en cuanto Dios por respecto del amor extático, cuando es vehementísimo, contrasta con su infinito poder los efectos de la atracción terrestre. Otra explanación propuso el P. Alvarez de Paz, [3] diciendo que el espíritu del extático lleva tras sí el cuerpo y le alza de la tierra, conservándole en la atmósfera suspenso hasta que cesa la elevación del alma. Por varias razones desaprobó Ezquerra esta sentencia, y es la principal el no estar en la facultad del espíritu el despojar al cuerpo de su peso natural, que según todos los indicios se pierde en los vuelos extáticos, pues flota como pluma leve en la atmósfera, con increible compostura, cuando es llevado de una parte á otra, sin zozobra ni incertidumbre, unas veces mostrándose impasible, otras despidiendo de sí rayos de claridad, otras permaneciendo largo tiempo levantado á gran distancia del suelo: efectos que tuvieron por testigos oculares, entre otros, á Fernando Caldera, [4] á Spert, [5] á Palafox; [6] y de San José de Cupertino es indubitable que fué

[1] In III Sent. dist. XX, art. 23.

[1] *Vida*, cap. XX.
[2] *Práctica de teología mística*, lib. X.
[3] *Vita spir.*, t. III, p. III, lib. V, cap. VIII, § 5.
[4] *Theol. mystica*, lib. II, cap. IX.
[5] *Select. myst.* p. V, cap. IX.
[6] *Pastor. noct. bon.* cap. XII.

visto por muchos espectadores volar al modo dicho, y no simplemente, como Santa Teresa, que tan sólo se levantaba un poquito del suelo, según ella dice en su *Vida*.

Gran milagro es romper un cuerpo tan pesado como el humano los aires, y descansar sobre las plumas de los vientos. Al sobredicho Ezquerra parecióle bien esta otra manera de explicarle. Los contemplativos levantados del suelo son almas constituidas en *desposorio espiritual*, que será perfecto y consumado en la patria del cielo. A la manera que el divino Esposo elevará á grande honra las almas en la patria, enriqueciéndolas con los tres dones de visión, comprensión y fruición, y colmará la hermosura de los cuerpos con las dotes de impasibilidad, sutileza, agilidad y claridad; así también ahora celebra el enlace temporal, incoación del perfecto y eterno, cuando comunica á las almas liberalmente un principio de la celeste visión, una casi comprensión, una fruición incomparable del sumo Bien, que es Dios, y á los cuerpos corruptibles los ennoblece con parte de aquellas prerogativas de impasibilidad, sutileza, claridad y agilidad, por modo limitado é incompleto, en prenda de la glorificación consumada que en el cielo alma y cuerpo han de alcanzar. [1]

Esta opinión del doctor cántabro parece más aguda que sólida. Primeramente, limita las elevaciones corpóreas á las almas perfectas que llegan al desposorio espiritual, grado altísimo y coronamiento de la divina contemplación, concedido á pocos contemplativos. [2] Además la agilidad corpórea, según Ezquerra, depende de la virtud del alma, que estando llena de Dios y rebosando luz y amor divino comunica la redundancia de sus dotes al cuerpo flaco y mortal.—Por recaer esta opinión en la de Alvarez y de Godínez, más razonable sería decir que concurre Dios en los vuelos extáticos á la manera que concurre en la obra de los milagros privando al cuerpo de la connatural gravedad, induciendo en él un movimiento procedente de principio extrínseco, como acaece con los ímpetus violentos, conforme lo enseña Santo Tomás. [3] El ejemplo de Jesucristo transfigurado en el Tabor, ó flotando sobre las aguas sin hundirse, da una idea de estos soberanos efectos.

Los modernos enemigos del milagro toman solaz en concertar contrariedades, adulterando historias, por no querer admirar la virtud dada por Dios al cuerpo del extasiado, cuando los escritores de mística no supieron hallar otro orígen de los raptos, sino en causa sobrenatural próxima ó remotamente. El doctor Baillarger nos participa que también vieron sus ojos cómo una mujer loca se levantaba erguida estribando en las puntas de los pies y se imaginaba volar por los aires. [1] En concepto de este doctor el rapto es puntualmente efecto de imaginación alocada. La manía que ocupa la fantasía de muchos dementes cuando creen estar á todas horas hendiendo los aires, parécele á Baillarger razón sólida para satisfacer á los fenómenos extáticos. Otros, como el doctor Charbonnier, han inventado un cambio de densidad de los cuerpos según el estado de las almas; [2] otros, como Bavadjee D'Natts, introducen la electricidad positiva y negativa; otros han llamado *levitación* la facultad de tornarse livianos los cuerpos extáticos. En facilitar imposibles son ejemplares los modernos racionalistas, sus invenciones pasan los términos de lo ridículo. Los fenómenos del histérico ninguna proporción tienen con los vuelos del misticismo. M. Charcot impresionando la fantasía con imperiosas sugestiones demuestra la gran docilidad de las personas histéricas, ejecuta en ellas maravillas, las adormece, las despierta, las saca del paso común, las duplica, las alucina, las extasía, hace en fin mil juegos en sus facultades intelectuales, sensitivas y musculares; pero ni ha logrado, ni logrará que una histérica se levante dos dedos del suelo y permanezca dos horas suspensa en el aire. No le robará Charcot al demonio esta habilidad por más arrojo que muestre. La extática divina, cosa rara, obedece exactamente á la voz del superior estando arrobada, y no se rinde á un sujeto cualquiera; la histérica no obedece porque tiene el alma parada durante el

[1] *Lucerna mystica*, tr. V, cap. XXX.

[2] SANTA TERESA, *Morada* VII, cap. II. — SAN BERNARDO, serm. LXXXIII in Cant. —SAN JUAN DE LA CRUZ, *Canción*.

[3] Sic quod principium operationis vel motus sit a principio extrinseco, sicut est in motibus violentis, et sicut est in operibus miraculosis, quæ non fiunt nisi virtute divina.—*De Veritate*, q. X. a. 11.—Véase p. 544.

[1] *De l'influence de l'état intermédiaire à la veille et au sommeil*. p. 330.

[2] *Maladies des mystiques*, 1875.

parasismo, pero es como de cera en manos del hipnotizador. Casos se han visto de bajar al punto del rapto una extática sin mandato sensible á la orden de un superior ausente y muy distante; no son estas las gracias de Charcot.

Pero los racionalistas no cejan; quieren que el éxtasis sea una verdadera auto-sugestión. Maury [1] descubre en el éxtasis tres partes principales, devaneo, neurosis, locura. El éxtasis es un sueño incompleto, parte sonambulismo, parte vigilia, es sueño de gente despierta. Y también es un estado morboso, procedente de una neurosis particular muy parecida á la catalepsia. En fin, no conviene al éxtasis el nombre de demencia absoluta, pero comprende en grandísima parte la enajenación mental, causada por el influjo moral sobre el cuerpo y determinada por una recia emoción que revuelve y perturba el cerebro y sistema nervioso; perturbación, que rompe el concierto de las facultades mentales; desconcierto, debido á las doctrinas religiosas.

Tal es el arte que usa Maury, y en su nombre los presentes incrédulos, para combatir la mística divina. Para poner á su hipótesis una máscara de *científica* echan mano de la auto-sugestión, cual si en ella tuvieran todos los fenómenos extáticos satisfacción cabal y razonable. «El extático, prosigue Maury, contempla un crucifijo con vivo afecto de amor, abísmase en esta contemplación, y sin quitar de la imagen los ojos óyela hablar, cree que se le acerca ó que despide un rayo de luz y le traspasa el corazón.» Maury, que así se alambica los sesos pintándonos con tanta habilidad las circunstancias de los éxtasis divinos, atento á reducirlos á juego de imaginación y á trastrueques del sistema nervioso, muestra ser un fantasiasta cómico, que no sabiendo leer ó no queriendo entender lo que lee, sólo sabe fingir que habla entre sueños. ¿Es verdad, sí ó nó, que los Santos en sus raptos se levantaron de la tierra y quedaban suspensos en el aire por largo espacio de tiempo sin señal de libración y sin buscar equilibrio? Retamos á todos los racionalistas juntos á que demuestren la falsedad de los vuelos extáticos. Si carecen de razones para demostrarla, menos capacidad tendrán para explicar los vuelos por auto-sugestión; y la prueba es que no sabiendo explicarlos, andan en busca de sofismas con que embrollar la cuestión sin dar en el clavo de la dificultad. No tratamos si basta la auto-sugestión para entrar en éxtasis, tratamos si es ella suficiente para darnos á entender las suspensiones aéreas, y por consiguiente si basta la sola imaginación exaltada por la neurosis á poner en claro todos los actos del éxtasis místico. Quien desvaría y sueña cuando de religión habla, es Maury, que absorto en su tema no advierte los despropósitos históricos, filosóficos, fisiológicos y críticos, que á la pluma le salen. A su sueño es muy conforme la vigilia.

Otra exposición conviene aquí notar, dada por el Dr. Charpentier. [1] El vuelo extático, en la opinión de este doctor, tiene dos tiempos: en el primero el cuerpo sube de la tierra, en el segundo queda suspenso en el aire; movimiento ascensional, estado de equilibrio. El movimiento ascensional es efecto de la fuerza muscular, que viene á ser un salto, y tiene tanta mayor energía cuanto que los extáticos le creían producido por la divinidad. El estado de suspensión y equilibrio proviene de haberse disminuído la densidad específica.

Esta es la exposición de Charpentier, llena de suposiciones gratuítas y contradictorias. Dice que la subida por los aires era un salto. Salto es un movimiento brusco, en cuya virtud un cuerpo vivo se arranca del suelo mediante la extensión violenta de una ó muchas partes de su cuerpo que antes estaban encorvadas. [2] Según esta descripción el salto requiere esfuerzo muscular, y según la relación histórica de los éxtasis místicos no era asunto de fuerzas corpóreas hacer que el cuerpo abandonase la tierra: luego el movimiento ascensional no era efecto del salto ni de violencia muscular. Además, el cuerpo humano pesa por término medio unos 75 kilógramos, y para levantarle del suelo á la altura de un metro es menester una fuerza de 75 kilográmetros, es decir, un caballo de vapor. Y si suponemos que el salto los subió de golpe á tres, cuatro, diez metros, otros tantos serán los caba-

1 *Le sommeil et les rêves*, chap. X.

1 P. Bonniot, *Le Miracle et les sciences médicales*. 1879, p. 90.

2 *Dictionnaire des dictionnaires*, art. *Saut*.

llos de vapor necesarios para vencer la vertical. Tal es la fuerza desplegada por el salto, y Charpentier la atribuye á la abstinencia de los místicos. [1] Finalmente la suspensión, dice, es causada por el decrecimiento de densidad específica. Cómo se logra este decrecimiento lo enseña la física. Un cuerpo como el humano que pese 75 kilógramos, cuando guarda equilibrio en la atmósfera ha de desalojar un volumen flúido que equivale á sesenta metros cúbicos de aire, pues que el peso del volumen desalojado ha de ser igual al peso del cuerpo desalojante, y cada metro cúbico de aire pesa un kilógramo y un tercio. El equilibrio no puede resultar sino á expensas de la dilatacion; deberá pues el cuerpo humano adquirir el volumen de sesenta metros cúbicos, es decir, parecerá como un prisma de alto quince metros y de base cuadrada cuyo lado mida dos metros. Con razón el P. Boniot á estos *sabios* los remite á las aulas de física.

Pero nó, vayan primero á la escuela de párvulos, aprendan á deletrear, y cuando sepan leer corrientemente, matricúlense en historia, y en la clase de historia les enseñarán que los extáticos gozaban de una ligereza y agilidad que ellos ni por sueño habrían imaginado. Desabrido ponen á cualquier hombre que piensa, las impertinencias de nuestros contrarios. El Dr. Perales no pudo contener la pluma á vista del contumaz Charpentier, y lamentó su desdicha con cristiana franqueza diciendo: «Para mí hay algo más grave que la ignorancia en tal conducta: paréceme que en vista de las repetidas y lastimosas caídas científicas que dan sus colegas cuando acuden al estadio médico y al psicológico en busca de armas anticatólicas, el atrevido naturalista contó demasiado con la falta de ilustración de alguno de sus lectores, y no temió estampar unas cuantas frases sonoras, que sólo le han servido para engendrar, al menos, justísimas dudas respecto á su buena fe.» [2]

Juzgue el lector por sí mismo al doctor Calmeil, que ocupado en el estudio de la locura, cuando le presentan un poseso que volaba en brazos de demonios, le capitula por loco, sin más consideración; como si la locura ó el delirio tuviesen acción contra la ley de la gravedad, como si el desorden cerebral desplegase fuerza mecánica en el sistema muscular, como si por el hecho de crecer en un órgano el poderío mecánico quedase el organismo exento de las leyes físicas. Falsísimo es que un hombre delirante por enfermedad cerebral, sea capaz de llegar por sí mismo no digo hasta el techo, mas ni á un metro de altura guardando el equilibrio por espacio de quince minutos. Ni el demente ni otro hombre cualquiera logra tanta habilidad. A Dios toca, ó al demonio con su licencia, desplegar esa fuerza sobrehumana.

ARTÍCULO III.

Notas diferenciales de los éxtasis divinos.— 1.ª La suspensión de sentidos acompañada de actos mentales.— Compáranse con el éxtasis místico la catalepsia y el síncope. — 2.ª La sublimidad de los actos interiores — Sueño y éxtasis — Extasis y letargo. — Extasis y sonambulismo —3.ª Fruto de buenas obras.—4.ª Ausencia de libertad en el entrar ó salir del éxtasis — Casos raros de éxtasis natural.— Restituto.— 5.ª conservación de la memoria.— Explanación de Santa Teresa.— 6.ª Efectos corpóreos.— Resumen de los caractores peculiares al éxtasis natural, al diabólico, al divino.

Al fin del libro anterior resumimos las notas particulares del éxtasis místico, que le colocan fuera del natural y diabólico, y aunque su explicación puede colegirse de las cosas dichas y de las reglas dadas para discernir los varios espíritus, ofrécesenos aquí oportunidad para especificar las más principales y constituir la índole del éxtasis divino en clase aparte, de orden muy superior á las neuropatías más celebradas por los modernos tratadistas.

La primera señal es, que la suspensión

---

[1] P. Bonniot, ibid. p. 10.

[2] *El sobrenaturalismo de Santa Teresa*, 1894, p. 117.

Al citar aquí la obra del doctor Perales, no es nuestro ánimo extasiarnos ante ella como ante un estudio profundo sobre la mística de Santa Teresa, pero merece el doctor granadino, á despecho de la envidia, cumplidos plácemes por haber descubierto la vena de la verdad, y la descubrió con solo tomar el pulso á los escritos de la Santa. Por faltarles la luz de la historia y el estudio de la mística muchos doctores no tienen otro ver que lo dictado por las letras gordas de su clínica. Por falsa luz se guiaba el Dr. Pulido cuando escribía: «Ante un recto criterio médico, ante un severo examen de las facultades intelectuales y de lo que pueden ofuscar la razón enferma, todos estos éxtasis divinos que provocan el parasismo de una contemplación profunda, no son más que verdaderas alucinaciones ó ilusiones.» *Bosquejos médico-sociales*.—Y parecía no haber nunca levantado los ojos del suelo el Dr. J. Call, cuando otorgaba á boca llena como cosa averiguada lo sobredicho, afirmando: «Razón tiene mi amigo el Dr. Pulido al expresarse de esta manera... Tan enfermos de imaginación estaban los endemoniados como los amigos de la Corte celestial.»—*Higiene del alma*. 1888, págs. 100, 104. ¡Cuán cierto es que la perseguidora de la verdad es la ignorancia, mal rebujada con el ostentoso manto de *ciencia!*

de sentidos va acompañada de actos mentales de gran primor y sublimidad. La alteza de la contemplación trae consigo la trabazón de la sensibilidad. Expuso Santa Teresa esta señal en su *Castillo interior* diciendo: «Algunas de la mucha penitencia y oración y vigilias, y áun sin esto, son flacas de complexión, en teniendo algún regalo, sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior y caimiento en lo exterior, y una flaqueza, y cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho paréceles que es lo uno como lo otro, y déjanse embebecer: y mientras más se dejan, se embebecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento, y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allá, y gastando la salud. A una persona le acaecía estar ocho horas, que ni estaba sin sentido, ni sentía cosa de Dios: con dormir y comer y no hacer tanta penitencia indiscreta se le quitó á esta persona, porque hubo quien la entendiese, que á su confesor traía engañado y á otras personas, y á sí misma, que ella no quería engañar. Hase de entender que cuando es cosa verdaderamente de Dios, que aunque hay caimiento interior y exterior, que no le hay en el alma, que tiene grandes sentimientos de verse tan cerca de Dios.» [1] Muy claramente pone la Santa, como tan experimentada, lo que suele pasar á las débiles de complexión cuando la debilidad les proporciona alguna devoción sensible, que bautizan ellas luego con el nombre de éxtasis. Más claramente lo dice aún nuestra Doctora: «No es como á quien toma un desmayo ó parasismo, que ninguna cosa interior y exterior entiende. Lo que yo entiendo en este caso, es que el alma nunca estuvo tan despierta para las cosas de Dios, ni con tan gran luz y conocimiento de su Majestad.» [2]

No vale replicar recordando aquella declaración: «aquí faltan todas las potencias y se suspenden de manera, que en ninguna manera, como he dicho, se entiende que obran.» [3] No quiere decir la santa Escritora que las potencias se queden ociosas, contemplando pasivamente, sin ejercitar actos vitales de intelección y volición (decir eso fuera desatino mayor,

1 *Moradas*, IV. cap. III.
2 *Moradas*, VI, cap. IV. 3 *Vida*, cap. XVIII.

contra la doctrina común de los teólogos); [1] significa, que se ocupan activamente, no por iniciativa propia sino por virtud divina, pues afirma que la voluntad lucha por sosegar las otras potencias y que el entendimiento entiende sin vadear el piélago de las noticias que le dan: luego admite la Santa el ejercicio activo y la aplicación vital de las espirituales potencias.

Asentada esta verdad, compárese el éxtasis con la catalepsia, ya que Maury pretende que el alma del extático se halla *cataleptizada*. «El éxtasis es, dice, respecto del cerebro, lo que el estado cataléptico respecto del sistema nervioso y muscular.» [2] Despropósitos como éste quedan citados en el libro antecedente; [3] no perdamos tiempo en reproducirlos.

La catalepsia (κατὰλῆψις, sobresalto) es un acceso que deja al paciente hecho estatua en cuerpo y alma. Las potencias intelectuales, sensitivas, motrices, están aprisionadas; los miembros, dispuestos á cualesquiera inflexiones, y á conservarlas por largo tiempo, como el maniquí del pintor; las funciones vegetativas, aunque se alteran, no pierden su curso. «Unas veces el movimiento del corazón está casi apagado y apenas se siente el pulso, otras el pulso es recio y frecuente, las arterias de la cabeza laten con fuerza.» [4] Fabre, describiendo el ataque cataléptico de una joven, dice: «Estando así tenía los ojos clavados é inmóviles, no hacía otros movimientos que los que le imprimían, todas las partes del cuerpo eran insensibles, la punzaban y le hincaban alfileres en brazos y piernas, sin que diese ninguna señal de dolor, sólo el pulso indicaba que tenía

1 SUAREZ, *De oratione*, lib. II, cap. XIII.—FR. TOMÁS DE JESÚS, *De contemplat.* lib. V, cap. XIII.—FR. FELIPE DE LA SANTISIMA TRINIDAD, *Theol. mystica*, *Disc. præm.* art. 4.—SANDEO, *Comment. theol. myst.* lib. II.—GODINEZ, *Practica de theologia mist.* lib. VI, cap. XV.—LA REGUERA, *Comment. Praxis th. myst.* lib. VI, q. III, § II.
2 *Le sommeil*, p. 231. 3 Cap. XV, art. III.
4 GEORGET, *Dictionnaire de médecine*, art. *Catalepsie.*
El DR. MANUEL MARÍA AGUILAR examina tres casos clínicos de catalepsia, y colige los síntomas de la enfermedad «Sus caracteres propios más distintivos, dice, son además de la abolición ó suspensión más completa de la inteligencia y sensibilidad, los desórdenes que al aparato muscular se refieren, conservando los enfermos la postura que se les quiere comunicar, de lo que se deduce que los músculos de la vida de relación se encuentran notablemente afectados, manteniéndose íntegras, ó á lo sumo con ligeras modificaciones en algunos casos, todas las funciones orgánicas.» (*El Siglo Médico*, t. XXI, p. 408.) En la opinión del Dr. Aguilar, la catalepsia depende de un estado congestivo en algún punto del cerebro.

vida. Si le encorvaban los dedos, encorvados se le quedaban, y extendidos si se los extendían. Lo que más espantó fué lo liviano de su cuerpo cuando la alzaban; tomándole un brazo parecía como una pluma, y quedábase en la postura que le daban. Pusiéronla en pie, y en pie permaneció; estando así levantada le cogieron un pie, y conservóse estribando en el otro pie; inclinábanla á todos lados y guardaba la posición recibida. Es verdad que cuando la colocaban en situaciones violentas, no las retenía tanto tiempo como las naturales, porque la sobresaltaban movimientos convulsivos que daban con ella en el suelo.» [1]

El estado de las facultades mentales durante la crisis cataléptica es muy conforme al estado del cerebro, que permanece quedo y sin acción; y de la inacción cerebral vienen á estar como muertas la imaginación, la sensibilidad, la memoria, la voluntad, el entendimiento, de suerte que «á todos los maravillosos esplendores de la humana inteligencia sucede una nada efímera, pero absoluta.» [2] El Dr. Poujol apunta estos fenómenos de catalepsia: un cataléptico á las tres horas de crisis, al volver en sí, acabó la frase que en la invasión había empezado; una mujer que tenía acceso diario, y le duraba doce horas, al dar el reloj las doce horas salía de él, no era posible despertarla si no sonaba el reloj. Estos accesos han dado ocasión á engaños é ilusiones de sentidos. «Así se entiende, añade, cómo esta enfermedad haya sido manantial de supersticiones y de consejas, y áun de las revelaciones de Mahoma, que decía haberlas recibido en un ataque de catalepsia.» [3]

Lo que más interesa es comparar este ataque con el éxtasis místico, y ver qué conveniencia hay entre los dos fenómenos. El éxtasis es una interrupción de las funciones sensitivas, á causa del acrecentamiento notabilísimo de las intelectuales que embeben en sí las fuerzas del cuerpo. En la catalepsia sucede lo contrario, la interrupción de la virtud cerebral ataja la corriente de todas las facultades psíquicas y somáticas. El extático está atado y preso cuanto al uso de los miembros, como el cataléptico; pero á veces da señales evidentes de lo libre y expedita que tiene el alma; el gesto, la fisonomía, la postura, la expresión del semblante muestra que la tiene muy sabrosamente entretenida en cosas que no son de acá; y cuando el mandato del superior le quiebra el sueño, abre los ojos declarando que cortó el hilo por cumplir la obediencia. A los catalépticos, en vez de esto vémoslos atados á la servidumbre de las leyes físicas y fisiológicas, como todos los enfermos, y atollados en la vileza de las operaciones mecánicas.

[1] *Biblioth. de méd. pratique.*
[2] Dr. Boudin, *Traité de la catalepsie.*
[3] *Dictionnaire de médecine*, art. *Catalepsie.*

Otra de las neuropatías misteriosas es el síncope (συγκόπτω, cortar), desfallecimiento corporal, con pérdida de conocimiento, de sensibilidad, de movimiento, y remisión ó suspensión aparente del pulso y respiración. El temperamento nervioso, la constitución débil, la hemorragia excesiva preparan el camino á este achaque; abren la puerta á sus accesos el malestar, palidez de rostro, frío en las extremidades, vértigos, bullicio en los oidos; le provocan afecciones morales, emociones súbitas, impresiones desagradables; le acompañan náuseas, vómitos, convulsiones, apreturas de corazón. [1] El conocimiento que en algunos casos totalmente se pierde, se conserva en otros lo bastante para oir lo que en torno se habla. [2] Poco tiempo dura esta apariencia de muerte, raras veces se prolonga por muchas horas; más que enfermedad es señal de indisposición orgánica, argumento de desorden mórbido.

Sólo tiene de común con el éxtasis la suspensión de los sentidos, circunstancia que por ser accidental en el éxtasis es á muchos ocasión de trastrocar ambos fenómenos. El deliquio corporal difiere del mental como la demencia de la cordura. Al éxtasis no hay aparato ni apercibimiento que le prepare, en las circunstancias antecedentes, acompañantes y consiguientes se aleja gran trecho del desvanecimiento corporal.

Aquí tocamos la segunda diferencia, que consiste en la calidad de los actos internos. Los del éxtasis místico son dignos de Dios que los infunde, es decir, ordenados, coherentes, provechosos, llenos de verdad y santidad; por serlo mueven á devoción, y á más clara noticia de los atributos divinos, á más realzada caridad,

[1] *Dictionnaire de médecine*, Dr. Poujol, art. *Syncope.*
[2] Littré, *Dictionnaire de médecine*, art. *Syncope.*

como de sí confiesa la Doctora mística diciendo: «Aquí es la pena de haber de tornar á vivir; aquí le nacieron las alas para bien volar, ya se le ha caido el pelo malo; aquí se levanta ya del todo la bandera de Cristo, que no parece otra cosa sino que este alcaide de esta fortaleza la sube, ó la suben, á la torre más alta, á levantar la bandera por Dios. Mira á los de abajo, como quien está en salvo; allá no teme los peligros, antes los desea como á quien por cierta manera se le da alli seguridad de la victoria. Vese aquí muy claro en lo poco que todo lo de acá se ha de estimar, y lo no nada que es... Ya no quiere querer, ni tener otra voluntad sino hacer la de nuestro Señor. Dale las llaves de su voluntad. Bien ve que no es suyo, ni sabe cómo se le dió tanto bien, más entiende claro el grandísimo provecho que cada rapto de éstos trae.» [1] Según esto San Francisco de Sales enseña que «si el éxtasis es más bonito que provechoso, más resplandeciente que ferviente, más especulativo que afectivo, muy dudoso parece y corre peligro de ser falso, más hinchará que edificará.» [2] No entra este santo Doctor á disputar si el éxtasis puede tener más parte intelectual que afectiva: como quiera que ello sea, iluminación y ardor ha de haber en todo éxtasis divino, como originado de rebosante caridad. Si pues se notan en el extático imaginaciones frívolas, pensamientos livianos, errores graves, vanidad, ridiculez, será natural y fisiológico el éxtasis, y tanto más sospechoso de mal espíritu cuanto más lúbrico, más inhonesto, menos limpio de modestia y dignidad.

Cuando una persona de complexión débil y de corazón pequeño, puesta en oración siéntese acometida de afecto vehemente ó de suavidad muy sensible, y á vueltas de su afección quédase como muerta y sin sentidos, si preguntada en aquel estado de deliquio respondiere que nada hace, que de nada se acuerda, deberemos juzgar aquel fenómeno por desvanecimiento natural causado de debilidad ó de fijeza de fantasía, [3] porque en los verdaderos éxtasis el espíritu está muy despierto y altamente embebecido en Dios; no así en los desmayos y síncopes naturales, cuya curación toca á los médicos y es negocio de olores y sahumerios, mientras de los éxtasis solo Dios que es su autor, posee el eficaz remedio. [1]

Esta nota, fundada en la condición de las operaciones internas, es poderosa para diferenciar el éxtasis natural del sobrenatural. En el natural el entendimiento del hombre sano trabaja analizando, componiendo, discurriendo con actividad impaciente hasta hallar la solución del problema propuesto, en cuya investigación las potencias psíquicas con tal esfuerzo fatigan las potencias somáticas, que el investigador no puede menos de sentirse extenuado y desfallecido en el término de su carrera; el entendimiento del extático enfermo, cataléptico, ebrio, histérico, ó nada piensa, ó nada discierne, ó nada concluye, sólo sabe de sí que experimentó excitaciones nerviosas, suma debilidad, trastorno mental, fantasmas disparatados, y al fin gran fatiga y malestar; por el contrario el éxtasis místico proporciona al hombre, sano ó enfermo, dulcísima quietud de mente con inesperado gozo interior, con íntimo convencimiento de haber contemplado la elevadísima claridad de verdades nunca propuestas, y con la conciencia de haber disfrutado la pacífica posesión de un bien inefable, sin que haya el cuerpo sentido molestia en ningún órgano, ni rastro de

---

1 *Vida*, cap. XX.

2 *Traité de l'amour de Dieu*, livre VII, chap. VI.

3 Scaramelli, *Dirett. mistico*, tr. III, capo XX, n. 188.

---

1 Merece atencion la estudiosa maña del Dr. Hallopeau en la descripción del éxtasis. Este catedrático de medicina de Paris escribió un *Tratado elemental de Patologia general*. Compúsole más con la tijera que con la pluma, buscando recortes en los libros más acreditados. Así le resultó un *Tratado* de incomparable autoridad. Pero con tal arte va juntando retales sobre el éxtasis, que nunca se atreve á determinar cosa cierta (chap. X, art. VI), conténtase con un vago *á veces*, *á menudo*, *con mucha frecuencia*, *suele suceder*, *parece que;* y á la sombra de partículas atenuantes ofusca la verdad de los hechos. A pesar de tan intencionada industria en confundir y englobar en uno el éxtasis fisiológico y el místico, un punto se le escapa sin querer, y es que en el éxtasis *quedan paralizadas las funciones psíquicas* (ibid. p. 677).

Esta aserción es voz unánime de todos los neurólogos; no hay uno que ponga en duda la paralización de las potencias mentales en el éxtasis neurótico, todos claman á una que los extáticos pierden juntamente la sensibilidad y los movimientos voluntarios, y eso mismo pone Hallopeau en su definición (ibid. p. 665). Los católicos por otra parte contamos con un cúmulo de autores de teología mística, que aseguran por cierto lo contrario en los Santos, conviene á saber, que en sus éxtasis jamás perdieron el uso de las potencias mentales, aunque perdiesen el uso de los sentidos. Y pues los doctores de misticismo eran hombres de mucha experiencia, y tenían tan conocido el éxtasis místico, como pueden tener conocido los histerólogos el éxtasis fisiológico, resulta que los éxtasis de la clínica son de inferior calidad y no se pueden traer á comparación con los éxtasis de la mística bajo este capital respecto.

los efectos patológicos ó fisiológicos de los éxtasis vulgares, antes deleitosa paz, raro alivio, mejoría y notable suavidad.

Aquí viene la diferencia puesta por el médico Zacchías entre el sueño y el éxtasis, en que el sueño acaece al hombre dormido, el éxtasis al hombre despierto: [1] cuanto á la atadura de sentidos y operaciones de facultades no se diversifican. [2] El P. Suárez, que siguiendo á Galeno constituye, como los modernos fisiológos, en el cerebro las raíces de la sensibilidad actuada mediante los espíritus animales, explica el sueño por la obstrucción de las vías que conducen al encéfalo, las cuales impedidas producen la suspensión de los sentidos, pues detienen la afluencia de los espíritus animales. Y añade: «Tal vez se comunica también dicha virtud por modo de atención, porque los sentidos no pueden obrar á menos que el alma atienda, y la atención pende de la imaginativa.» [3] El éxtasis no es sueño; es un cierto sueño vigilante ó vigilia durmiente, porque abstraída el alma de los sentidos y experimentando cosas divinas, parece dormir al mundo, pero está muy despierta á Dios. [4] En sueño y cerradas las puertas de los sentidos pueden recibirse visitas y comunicaciones del cielo, como consta en las divinas Escrituras, en las Vidas de los Santos, y lo enseñan con Santo Tomás [5] los autores de teología mística. Ni por ser esto así han de llamarse extáticas las tales visiones en sueño: muchas de ellas acaecieron en éxtasis sin sueño, otras en sueño sin éxtasis, otras en éxtasis y sueño juntamente; así lo indica el sueño extático de Adán, [6] quien como no sintiese la extracción de la costilla, antes de romper el sueño tuvo revelación del sacramento figurado en aquella singular formación de Eva, según lo expone San Epifanio. [7] «Diferénciase el sueño puramente profético del sueño extático, como en general el sueño difiere del éxtasis, en que el sueño va ordenado por la naturaleza al descanso del cuerpo y á la continuación de los actos humanos con mayor facilidad, y eso lo consigue la suave suspensión de los sentidos, fácilmente soluble y causadora de alguna ineptitud y resistencia, no total, para despertar y ejercitar las operaciones sensitivas; al contrario, el éxtasis se ordena á recibir en el interior del alma con más facilidad altas inteligencias, embargando á este fin los sentidos externos y áun los internos, y esto con cierta cuasi marmórea resistencia.» [1]

Otra diferencia notó el P. Suárez entre el sueño profético y el éxtasis, [2] y es que en el sueño profético la suspensión de los sentidos embaraza primero la razón atando el entendimiento, y en el éxtasis el entendimiento engolfado en la contemplación enfrena y ata con prisiones los sentidos; y como el alma ande más empleada en objetos sensibles durante la vigilia que durante el sueño, más apercibida se halla en sueño que en vigilia para las visitas espirituales de Dios, como lo enseñan Santo Tomás [3] y San Buenaventura. [4] La Virgen Sacratísima, nuestra Señora, merced á sus extraordinarios privilegios tenía los sueños conformes á las vigilias, dormía sueño divino, sin interrumpir el mérito de sus actos; no que su dormir fuera extático, pero ejercitaba durmiendo la razón cual si estuviera velando, según aquello de los cantares: «yo duermo y mi corazón vela.» [5] Así lo entienden los Santos y expositores. [6]

Según esto, no cabe comparar con el èxtasis el letargo. Letargo (λήθη, *olvido*, ἀργία, *pereza*) es un «sueño profundo y continuado en que el enfermo habla si le rompen el reposo, pero no está en lo que dice, se olvida de lo dicho, y vuelve á caer luego en su primer estado: apenas se observa si no es en los histéricos.» [7] Suele durar días, semanas, meses, años tal vez, [8] sin que se alteren las funciones esenciales de la vida

---

1 *Quæst. medico-legal.*, lib. IV, q. VI.

2 CONIMBRICENSES, *De somno et vigilia*, cap. II.—S. GREGORIO NISENO, *De opificio hominis*, cap. XIII.

3 Fortasse etiam communicatur hæc virtus per modum attentionis; sensus namque operari non potest nisi anima attendat; ea autem attentio ex imaginativa pendet.—*De anima*, lib. III, cap. XIII, n. 7.

4 Extasis dormitio quædam vigilans seu vigilia dormiens, quia videlicet anima á sensibus abstracta divinaque sentiens, et dormire videtur mundo et vigilare Deo.—FERNÁNDEZ, *Visiones Vet. Testam. Prælud.*, VIII, n. 1.

5 2.ª, 2.ae, q. CLXXXIII, a. 3.

6 PEREIRA, *In Genes.*, cap. II.

7 *Hæres.* XLVIII.

---

1 P. LA REGUERA, *Praxis theol. myst.*, lib. X, quæst. VIII, n. 1001.

2 *De oratione*, lib II, cap. XIX, n. 20.

3 2.ª, 2.ae, q. CLXXII, a. 1.

4 II Dist. XXV, quæst. ult.

5 Cant. V, 2.

6 S AGUSTIN, *Contra Julian.* lib. V, cap. X.—S. AMBROSIO, *De Virginib.*, lib. II, cap. II.—RUPERTO, *In Cant.* II.—ALAPIDE *in Cant.* II.—SUÁREZ, In III p. disp. XVIII, sect. II.—VEGA, *Theol. Mariana*, XXVIII, cert. III.—LA REGUERA, *Praxis*, lib. X, quæst. VIII, n. 1057.

7 LITTRÉ, *Dictionn. de médecine*, art. *Léthargie.*

8 DR. POUJOL, *Dictionn. de médecine*, art. *Léthargie.*

vegetativa: la nutrición se fomenta con la introducción de líquidos. *Sopor* y *coma* son dos grados, éste más intenso que aquél, del sueño letárgico; el *carus* es un estado de absoluta insensibilidad. Estas tres formas de sueño ponen al hombre fuera de sí y en una soledad y ausencia tal, que áun cuando asome alguna centella de luz intelectual, como en el letargo lúcido acontece, no hay manera de entender lo que el aletargado experimenta, si bien se conoce que sus impresiones no pasan la esfera de lo humano y corpóreo. Aquí el sueño es absoluto, ocio de alma, quietud de sensibilidad, silencio de conciencia, modorra en todas las facultades anímicas, excepto el reparo del organismo. Por vías opuestas camina el éxtasis místico.

El noctambulismo, manera de sueño que concede una cierta libertad de obrar intelectual y físicamente, es el inverso del éxtasis en que se interrumpen las funciones sensitivas para dar más capacidad á las intelectuales. En el noctámbulo todas las potencias, menos la conciencia refleja, están despabiladas: habla, escribe, perora, disputa, va y viene, y tal vez parece dotado de extraordinaria luz intelectual por el asiento y buen orden con que procede; en otras ocasiones fáltale destreza y tino. Lo que caracteriza este sueño es la abolición de la conciencia. El entendimiento y la voluntad tienen su parte activa, aunque la más principal corre por cuenta de la fantasía y del instinto; no como en el éxtasis, que se aleja del orden sensible para internarse en el espiritual y divino, y si cierra la entrada á las sensaciones es para darla más franca á las intelecciones sobrenaturales. No es de maravillar que el extático tenga memoria de lo contemplado, y al noctámbulo no le quede sombra de lo acaecido en su enajenación. «En el sueño corporal, dice Suárez, el estorbo comienza por los sentidos, y procede hasta el entendimiento, y en el termina; pero en el sueño místico la abstracción y elevación empieza por la inteligencia, y por su vuelo quedan impedidos los sentidos externos y sin poder percibir. Y así acontece que en el sueño corporal se impiden naturalmente las funciones mentales de la fantasía, ligados los sentidos externos, por nacer este impedimento de la abundancia de vapores que suben al cerebro, y trastornan el ordenado uso de los fantasmas, y de aquí resulta que el entendimiento quede impedido en sus actos. Pero en el éxtasis místico, la elevación empieza del entendimiento, el cual con más vehemencia se ocupa en el conocimiento é inteligencia de cosas superiores, y es arrebatado por el alma de todas las operaciones y actos de los sentidos externos, que ya no sirven ni cooperan á la perfecta inteligencia de la mente.» [1]

El éxtasis divino produce (y es la tercera condición) fruto de santas obras; que si no le produce, á árbol sospechoso, malo ó ingrato pertenece. Avísalo San Francisco de Sales con particular advertencia, poniendo por indicio de arrobamiento divino el *éxtasis de la vida*, así llama el ejercicio de virtudes sólidas y perfectas. [2] Admirablemente concuerda con el Doctor de Francia la Doctora avilesa al descubrir á sus hijas los secretísimos bienes que de sus arrobamientos sacaba. «Aunque cosa que pasa tan de presto, dice, no os parecerá de mucho provecho, son tan grandes los que deja en el alma, que si no es quien pasa por ello, no sabrá entender su valor. Por donde se ve bien no ser cosa del demonio, que de la propia imaginación es imposible, ni el demonio podrá representar cosas que tanta operación y paz y sosiego y aprovechamiento dejan en el alma; en especial tres cosas muy en subido grado. La primera, conocimiento de la grandeza de Dios..... La segunda, propio conocimiento y humildad... La tercera, tener en muy poco todas las cosas de la tierra.» [3] Lo mismo dejó escrito en su *Vida*. [4]

Por cima de todas las señales externas, aunque raras y peregrinas, se ha de pasar como por insuficientes y bajas para acreditar el éxtasis divino, si no van con buenas costumbres; el espíritu humano y el ardid diabólico mucho pueden fingir y

---

[1] *De oratione*, ib. cap. XIX, n. 21.

[2] Quand doncques on void une personne qui en l'oraison a des ravissements par lesquels elle sort et monte au dessus de soy mesme en Dieu, et neantmoins n'a point d'extase en sa vie, c'est-à-dire, ne fait point une vie relevée et attachée à Dieu par abnégation des convoitises mondaines, et mortification des volontés et inclinations naturelles... ¡croyez, Théotime, que tous ces ravissements sont grandement douteux et perilleux...! Estre au-dessus de soy mesme en l'oraison, et au-dessous de soy en la vie et l'opération, estre angélique en la méditation et bestial en la conversation, c'est clocher de part et d'autre, jurer en Dieu et en Melchom, et en somme c'est une vraye marque que tels ravissements et telles extases ne sont que des amusements et tromperies du malin esprit—*Traité de l'amour de Dieu*, livre VII, chap. VII.

[3] *Moradas sextas*, cap. V.

[4] Cap. XX.

travesear en este linaje de cosas. Ejemplos de tristes decepciones refieren las historias, [1] y bastarían por escarmiento las de los montanistas y camisardos. Con prudencia lo advirtió Santa Teresa. «Acaece, dice, y esto es lo ordinario, cuando el Señor llega á un alma á hacerla estas mercedes (y digo que sean mercedes de Dios, no sean ilusiones ó melancolías, ó ensayos que hace la misma naturaleza, que esto el tiempo lo viene á descubrir, y áun estotro también) que quedan las virtudes tan fuertes, y el amor tan encendido, que sé no se encubre, porque siempre, áun sin querer, aprovechan á algunas almas y así dice la Esposa: ordenó en mí la caridad.» [2] ¿Qué idea formaremos de aquel extático, que muestra en su acceso desenvoltura y desvergüenza, ya lanzando en los oídos inmundicias de torpezas, ya dando rienda á la verbosidad con gritos brutales que espeluznen á los presentes, ya con ademanes de ostentación como quien habla en nombre de Dios, y singularmente si la vida no va esmaltada con pureza de costumbres ó con propósitos de mejorarlas? Con toda razón le deberemos estimar ajeno de la divinidad, y por lo tanto no merece cabida entre los extáticos místicos, los cuales nunca se desmandan en movimientos desordenados ni profieren voces malsonantes á pesar de su extraordinaria agitación interior.

Cuarta señal: cuando el extático se ausenta de sí á su voluntad, y cesa del éxtasis á su placer ó al placer ajeno, si no es por autoridad superior, será indicio de éxtasis natural, diabólico ó cosa de maulería. A la mano de Dios queda herir de amor al alma y enajenarla con rapto mental, y de Dios es bajarla del rapto restituyéndola á la vida ordinaria. Si quien llama al extático es la voz del superior, y á ella vuelve en sí el arrobado, podrá ser señal de éxtasis divino cuando obedece con puntualidad. Con razón llaman equívoca esta señal algunos autores [3] y expuesta á engaño, por el peligro de ostentación, de curiosidad y vanidad que puede caber en el superior. «No es inconveniente el llamar á los sentidos en virtud de santa obediencia á tales personas extáticas, cuando esto se haga no por vanidad ó ligereza, sino por prueba ó por otro justo motivo. Pero no quisiera yo que los tales preceptos fuesen puramente internos ó mentales, sino de palabra ó manifestados con otros signos exteriores.» [1]

¿Puede el hombre por sus naturales fuerzas, especialmente por su imaginativa, producir en su propio cuerpo la anestesia? Los escolásticos no reparaban en otorgarlo, [2] y resolvían de común acuerdo que tiene en su mano á veces caer en éxtasis natural, en absoluta anestesia, quedar del todo insensible, como difunto, á las molestias exteriores. El P. Suárez trata este punto con su acostumbrada extensión, [3] y distinguiendo dos suertes de éxtasis, uno natural y otro sobrenatural, á éste atribuye actividad extraordinaria de las potencias mentales levantadas por Dios á la contemplación de verdades celestes, [4] al natural la contemplación de cosas naturales y humanas; pero tanto al uno como al otro concede suspensión de sentidos, rigidez, insensibilidad, inercia, inmovilidad; efectos, añade, naturales áun en el éxtasis divino, como dijimos en otra parte, procedentes del esfuerzo mental cifrado en un solo objeto. La diferencia está en ser dueño el hombre de entrar en éxtasis natural, y no serlo respecto del sobrenatural y divino.

Cuando la atención queda absorta contemplando las imágenes acumuladas en la fantasía, llega la suspensión de sentidos, veces hay, á ser tan profunda, que ni se percibe ruido que en torno suene, ni se conocen personas vecinas, ni hay molestia poderosa para sacar al alma de sí. Cardano sostuvo que la fuerza natural de la imaginativa basta para trasponer al hombre de sus sentidos, [5] y lo confirmaba con lo que le acontecía á él cuando engolfado en un pensamiento no era capaz de perci-

---

[1] RIVADENEYRA, *Vida de San Ignacio*, lib. V, cap. X. —SAN FRANCISCO DE SALES, lib. II, carta 33.—ZACCHIAS, *Quæst. medico-legal*, q. VI, lib. III.

[2] *Conceptos del amor de Dios*, cap. VI.—*Vida*, capítulo XIX.

[3] RAFAEL DE LA TORRE, 2. 2.ae q. CXI, art. 6, disp. XVI.—GRAVINA, *Lapis lydius*, lib. II, cap. XXXIII.—SCHRAM, *Inst. Theol. myst.*, t. II, n. 591.

[1] SCARAMELLI, *Dirett. mistico*, tr. III, capo XX, numero 192.

[2] SAN BERNARDO, *De inter. domo*, cap. XVIII.—SANTO TOMÁS, 2.a 2.ae, q. CLXXV, art 1.—SAN BUENAVENTURA, *De sept. gradu contemplat.*—RICARDO DE SAN VÍCTOR, *De Contemplat.*, lib. I, cap. XXII.—CAYETANO, In 2.am 2.ae, q. CLXXV, art. 1.—CONIMBRICENSES, *De Anima*, lib. III, cap. VIII, q. VIII.

[3] *De oratione*, lib. II, cap. XIV.

[4] Ib., cap. XV, n. 5.

[5] *De variet.*, lib. VIII, cap. XLIII.

bir las palabras de los circunstantes. «Alvaro Pelagio, famoso jurista en tiempo del Papa Juan XXII, obispo de Silves, que ahora se dice de los Algarves, en Portugal, conocí yo, dice, una señora, que se arrebataba cuantas veces quería, estando actualmente amancebada.» [1] — «De uno cuenta Avicena, que cuando se le antojaba ponía paralizado su cuerpo, y no le molestaban los animales dañinos si él no los acosaba, y morían luego de morderle.» [2]—Tertuliano refiere que un tal Hermótimo hacía de su voluntad lo mismo que el Restituto de San Agustín.

«En la parroquia y distrito de la iglesia de Calama hubo un clérigo presbítero por nombre Restituto, que cuando le venía en voluntad (y rogábanselo que lo hiciese los que deseaban ver por sus ojos aquella maravilla), á las voces fingidas y contrahechas de cualquier hombre que se dolía y lamentaba, hasta tal punto perdía los sentidos y se tendía tan como muerto, que no sólo no se daba por entendido á los que le hacían cosquillas y le punzaban, pero áun algunas veces le aplicaban á la carne fuego sin que experimentase ningún dolor; sólo después vuelto en sí sentía el que le había quedado de la quemadura. No movía el cuerpo repugnando ni resistiendo; se averiguaba que viviese por otras señales, menos por la sensibilidad. Como en un cuerpo difunto no se le hallaba cosa de aliento. Las voces de los presentes si hablaban alto, referíalas después como oídas de lejos [3].

Ningún autor fuera de Durant [4] y Delrío, [5] hallamos que haya tenido por demoniaco el éxtasis de Restituto. Ni San Agustín que le oyó contar á sus amigos, ni Suárez que le conmemora, [6] ni Benedicto XIV que le examina, [7] ni Zacchias que le expone, [8] ni otros discretos tratadistas hicieron cuenta de dar á demonio tan raras habilidades; estimáronlas naturales á la fantasía y sensibilidad del individuo. San Francisco de Sales tiene por cosa natural que no sintiese áun aplicándole fuego; y añade: «los filósofos también reconocen ciertas especies de éxtasis naturales, acontecidos por vehemente aplicación del alma al pensamiento de cosas sublimes.» [1]

A este orden de cosas pertenece otro suceso, referido por el mismo Doctor africano en los términos siguientes: «Un gentil, llamado Curma, estando enfermo púsose por algunos días casi difunto sin sentidos; á lo sumo aplicada la mano percibíase en sus fosas nasales un tenue hálito. Ningún miembro movía, ningún alimento probaba, ni por ojos ni por otro sentido le llegaba impresión alguna por más que le molestasen. Con todo eso, veía como en sueños muchas cosas, que al fin tras largos días como despertando contó haber visto, las cuales de la manera que las había dicho fueron halladas verdaderas y exactas.» [2]

Antiguos son estos hechos, como se ve, y quitan á los recopilados por Alfredo Maury y otros fantasiólogos el mérito de la originalidad que muchos modernos les quisieran conceder. A los escritores eclesiásticos cuando los consideraban no les cayó jamás en pensamiento que fuesen de esfera superior á la sensible y humana. Por el rastro de ellos podrá juzgarse la significación de los siguientes: «Colquhonn trae la historia de un coronel inglés que podía á su gusto detener en sí todo acto vital, suspender los latidos del corazón, tomar todo el semblante de muerto, hasta el extremo de llegar algunos á creer que la realidad había en cierta ocasión ocupado el lugar de la broma.» — «Hemos visto personas que imaginaron, soñando, heridas, golpes, accesos de enfermedad; á los pocos días ó luego amanecieron, por efecto de esa persuasión, con úlceras y señales de inflamación en aquellas partes del cuerpo que en sueño habían sentido lastimadas.» — «El célebre fisiólogo Burdach advierte que un día vióse una mancha azul en la piel de un hombre que había soñado con una contusión en aquel sitio.» [3]—Refiere Juan Hannemann que acometida una

---

1 Fray Juan de los Angeles, *Conquista del reino de Dios*, Diálogo VI, § I.
2 P. Medina, *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.
3 *De Civit Dei*, lib. XIV, cap. XXIV.
4 *De vision.*, cap III.
5 Véase pág. 918.
6 *De orat.*, lib. II, cap. XIX.
7 *De servor. Dei beat.*, lib. IV, p. I, cap. últ.
8 *Quæst. medico-legal*, lib. IV, tít. I, q. VI.

1 *Traité de l' amour de Dieu*, livre VII, chap. VI.
2 Ethnicus, Curma nomine, cum ægrotaret, ablatis sensibus pene mortuus jacuit aliquot diebus, tenuissimus flatus in naribus manu admota utcumque sentiebatur. Nullos artus movebat, nulla sumebat alimenta, nihil in oculis, nihil in nullo alio sensu corporis qualibet impacta molestia sentiebat. Videbat tamen multa velut in somnis quæ tandem aliquando post dies plurimos quasi evigilans deinde vera comperta sunt.—*De Cura pro mortuis*, cap. XII.
3 Ferret, *La cause de l' hypnotisme*, 1891, p. 187.

matrona de calentura, quedó enajenada, y en el delirio del éxtasis cantaba con gran primor y suavidad melodías originales nunca oídas.[1]—En otra revista[2] se dice que á una niña el ardor de un acceso febril le trabó la lengua, y se le puso el color tan cadavérico, que pareció falta de vida; con la fragancia y virtud de olores espiritosos tornó en sí, y manifestó con espanto de todos las dulzuras que en el parasismo había gozado, sin embargo de sonarle en los oídos los sollozos de sus padres y los aparatos del entierro. Otro caso de éxtasis apunta Muratori[3] en confirmación de cuán portentosa sea la fuerza de la imaginativa.

Los dichos bastan para concluir que donde la naturaleza es autora, ella por su mano encamina la operación, la principia y acaba, la compone y adereza, con ayuda de los humores y propiedades fisiológicas del temperamento, y también con el artificio individual para facilitar maravillas; mas donde el autor es Dios no hay antojo, ni ardid, ni libertad que valga para enajenamientos divinos.

De aquí concluiremos que el arrobo natural puede originarse de indisposición y enfermedad corpórea, y de viva impresión en la imaginativa. Ambas causas tienen presentes los tratadistas[4] al dar cuenta de ciertos fenómenos extraordinarios que en el campo de la historia se ofrecen. El estupor de Isaac,[5] el deliquio de Ester,[6] el desmayo de la reina Saba,[7] el espasmo de Nabal[8] fueron desvanecimientos causados de vehementes ímpetus pasionales que asaltaron la fantasía y trabaron los sentidos. Semejantes á éstos son los parasismos que hallamos referidos en libros profanos: Sócrates absorto en un pensamiento estúvose como de piedra sin menear el pie por espacio de un día entero;[9] Arquímedes engolfado en teoremas de matemáticas no percibió el tumulto de las armas ni el golpe del acero que le traspasó; Platón embebecido en consideraciones metafísicas solía perder el mundo de vista; su discípulo Xenócrates recogía en su punto las fuerzas espirituales hasta padecer vaivenes y desmayos; Plotino y Porfirio volaban fácilmente en espíritu á parecidas contemplaciones: vuelos extáticos, que por lo común nacían de imaginación vivamente impresionada, ó de afecto vehemente, caso que no fueran resultas de achaque morboso. Muy en ello han estado siempre los escritores eclesiásticos al notar la condición del éxtasis natural cuando han hablado del sobrenatural y divino; diferencia, que si careciese de fundamento, no habría dado por fruto las obras magistrales de teología mística que en el catolicismo poseemos y van indicadas más arriba.

El éxtasis místico depende únicamente de Dios, ni está en manos del hombre resistirle, ni hay en lo natural manera de procurarle. Santa Teresa da cuenta de lo que le solía acontecer. «Aquí, dice, no hay ningún remedio de resistir; que en la unión, como estamos en nuestra tierra, remedio hay; aunque con pena y fuerza, resistir se puede casi siempre. Acá las más veces ningún remedio hay, sino que muchas, sin prevenir el pensamiento ni ayuda ninguna, viene un ímpetu tan acelerado y fuerte, que veis y sentís levantarse esta nube, ó esta águila caudalosa, y cogeros con sus alas, y digo, que se entiende, y veisos llevar y no sabeis donde.»[1] Aun cuando el hombre insistiese voluntariamente con empeño en la contemplación, no pondría preámbulo proporcionado á la grandeza del éxtasis místico.

Sea esta la quinta señal: si al estático no le queda memoria de los sentimientos que experimentó en su arrobo, ó si no acierta á repetir las cosas que pronunció, unas veces será natural, otras diabólico, nunca divino. Santa Teresa de Jesús resuelve de una plumada todos los reparos que en esta materia se podrían oponer, y con antelación satisfizo á las exigencias del naturalismo. «Cuando estando el alma, dice, en esta suspensión, el Señor tiene por bien de mostrarle algunos secretos, como de cosas del cielo y visiones imaginarias, esto sábelo después decir, y de tal manera queda imprimido en la memoria que nunca jamás se olvida. Mas cuando son visiones intelectuales tampoco las

---

1 *Ephémer. Germanie*, V, Dec. II.
2 *Zodiac.*, *medic. gal.*
3 *Fuerza de la fantasía*, cap. IX.
4 ZACHIAS, *Quæst. medicó-legal*, lib. IV, tit. I, q. VI.—TORREBLANCA, *Decision. granat.*, n. 57.—SANDEO, *Comment. exercit.*, IV, disquisit. 2.—CONIMBRICENSES, *De Anima*, lib. III, cap. VIII.—SCHRAM. *Instit. theol. myst.*, t. II, n. 576.—LA REGUERA, *Praxis theol. myst.*, lib. X, q. VIII.
5 Gen., XXVIII, 33.
6 Esther, XV, 10.
7 I Reg., X, 5.
8 I Reg., XXV, 37.
9 PLATÓN, *In Conviv.*

1 *Vida*, cap. XX.—*Moradas sextas*, cap. IV.

sabe decir, porque debe haber algunas en estos tiempos tan subidas que no las conviene entender los que viven en la tierra, para poderlas decir, aunque estando en sus sentidos, por acá se pueden decir muchas de estas visiones intelectuales... Pues diréisme, si después no ha de haber acuerdo de esas mercedes tan subidas, que ahí hace el Señor al alma, qué provecho le traen? ¡O hijas! es tan grande que no se puede encarecer, porque aunque no las sabe decir, en lo muy interior del alma quedan bien escritas, y jamás se olvidan. Pues si no tienen imagen, ni las entienden las potencias, ¿cómo se pueden acordar? Tampoco entiendo eso, mas entiendo que quedan unas verdades en esta alma tan fijas de la grandeza de Dios, que cuando no tuviera fe, que le dice quien es y que está obligada á creerle por Dios, le adorara desde aquel punto por tal.» [1] ¿Qué teólogo por consumado que fuera en inteligencias místicas, hablaría con más aplomo y exactitud que nuestra santa escritora? [2]

Muy discretamente discurre la Santa. Si la visión tenida en éxtasis es imaginaria, sin duda le quedará impresa en la memoria y la representará con voces ó signos perceptibles; si la visión fuere intelectual, de suyo inefable, no será posible expresarla á los demás por términos inteligibles, pues no los posee el humano caudal para significar cosas puramente intelectuales, que sólo con imágenes sensibles se pueden simbolizar; pero con todo quédale al extático una memoria perpetua, clara y firme de la experimentada noticia. San Pablo [3] declaraba que sobre haber visto en su rapto misterios inefables, faltábale facultad para entender y hablar, porque, como notó Santo Tomás, «áun los verdaderos profetas no siempre alcanzan las cosas que en sus visiones, hablas ó hechos el Espíritu Santo pretende.» [4] «A esta mariposilla importuna de la memoria, prosigue Santa Teresa, aquí se le queman las alas, ya no puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento, si entiende, no se entiende cómo entiende, al menos no puede comprender nada de lo que entiende: á mí no me parece que entiende, porque como digo no se entiende.» [1]

Evidente cosa es que, según Santa Teresa, las potencias espirituales del extático no quedan sometidas á las leyes psicológicas del orden natural. La fantasía y la memoria sensitiva están desmayadas y sin fuerza; quemadas las alas no hay manera de rebullirse. El entendimiento ejercita su virtud intelectiva sin concurso de fantasmas; por ser la imaginación facultad distinta del entendimiento y su auxiliar ordinaria, y aposentadora, no esencial ni absolutamente indispensable, de los actos intelectivos, por eso el extático, que entiende de un modo más encumbrado y divino, no atina con lo que le enseñan ni tiene conciencia de ello, y así dice la Santa:» el entendimiento si entiende, no se entiende cómo entiende», porque entendiendo por arte divino no hace concepto cabal de aquellas grandezas ni las penetra ni puede apear, así como engolfado en la profundidad del sumo Bien, tampoco se le da noticia de cómo le ama. Sin embargo, quédanle firmes y fijas en la memoria intelectiva y en el corazón las especies intencionales y purísimas que en el éxtasis concibió. Ningún teólogo ni filósofo señalaría con más acuerdo y exactitud los actos psicológicos de la mística operación. [2]

¿Cómo no diremos que los éxtasis ó embebecimientos naturales están infinitamente apartados de los sobrenaturales y divinos? Entren, muy enhorabuena, en aquéllos ideas sutilísimas y resplandores vivísimos, compuestos y aderezados por la imaginación, acostumbrada tal vez á las cosas de Dios, sin hablar ahora de la parte que al demonio le pueda caber en las fantásticas representaciones; mas la originalidad y alteza de conceptos, la santidad y fervor de deseos serán siempre la línea divisoria entre los éxtasis naturales y los sobrenaturales: muchas almas creyendo haber subido al trato con Dios en alas de la contemplación y padecido ardores y desmayos, por la calidad de ellos

---

1 *Moradas sextas*, cap. IV.

2 Fr. Antonio del Esp. Santo, *Director. myst.*, Tract. IV, d. I, S. 12.—Fr. Felipe de la Santísima Trinidad, *Myst. Theol.*, p. III, tr. I, disc. III.

3 II Cor. XII.

4 Sciendum tamen, quod quia mens prophetæ est instrumentum deficiens, etiam veri prophetæ non omnia cognoscunt quæ in eorum visis, aut verbis, aut etiam factis Spiritus Sanctus intendit. 2, 2.ae q. CLXXIII, a. 4.

1 *Vida*, cap. XVIII.

2 Arturo Perales, *El supernaturalismo de Santa Teresa*, 1894, p. 99.

vendrán al cabo á entender conversaron y trataron con su devota fantasía.

En el éxtasis verdadero tiene el alma conciencia de que Dios le habla y ella habla con Dios. San Epifanio [1] y San Jerónimo [2] reprenden á Montano y á sus profetisas, porque atribuían al éxtasis divino el furor y entusiasmo. Con razón exigen los doctores místicos [3] perfecta y cabal conciencia en el extático, á quien Dios concede alas para volar sobre los elementos de este mundo y penetrar la región de lo invisible. La insania, perturbación mental, estupidez, desorden interno ó externo, la bajeza en obras ó palabras desdicen del Espíritu Santo que mueve al contemplativo. Al que bate las alas y súbese á los rayos del divino Sol, no repugna el raudal de lágrimas ni el clamor de voces peregrinas que expresen su admiración y amor honesta, grave y edificativamente. [4]

La sexta y última diferencia consiste en los efectos corpóreos. Los éxtasis místicos lejos de postrar las fuerzas orgánicas, las levantan y doblan mejorando la salud, contra lo que naturalmente se debía esperar de una violenta suspensión de la fantasía, y de la tensión psicológica que debería debilitar las potencias mentales y dar en tierra con el cuerpo en la mitad del camino. [5] «Esta oración, decía Santa Teresa, no hace daño por larga que sea; al

[1] *Hæres.*, XLVIII. [2] *Prolog. ad Nahum.*

[3] SANTO TOMÁS, 22.ae, q. CLXXIII, art. 3.—CASTRO, *Advers. hæres.*, lib. XII, art. *Prophetia.*—SUÁREZ, *De oratione*, lib. II, cap. XIX.—SANDEO, *Comment. VIII*, disquisit. XXVII.

[4] CAYETANO, In 2.am, 2.ae, q. CLXXXIII, art. 3.—ESTIO, I Cor. XIV.

El Dr. Charbonnier en una *Memoria sobre los místicos*, hablando del éxtasis religioso, enseña que para llegar á él son necesarias dos condiciones: primera, profesar una religión que contenga el dogma de la Encarnación, con que pueda el hombre imaginar la divinidad en la forma que convenga á sus deseos y al clima en donde mora; segunda, someterse á un régimen debilitante que, disminuyendo las fuerzas físicas, suprima las potencias superiores en beneficio de la imaginación. Aquí entra el Dr. Matías Serrano, y dice: «Cierto es que el éxtasis religioso tiene numerosos puntos de contacto con varias enfermedades orgánicas y con la locura; mas no por eso podemos convenir en una completa identificación de estos distintos grupos de fenómenos. El extático realiza su ideal religioso, de una manera acaso inconveniente; pero esto no basta para afirmar que se halla enajenado.» (*El Siglo Médico*, t. XXI, p. 644.)—Muy cortés se muestra con los místicos el Dr. Serrano, pues no los trata de locos; pero tan en ayunas está él como Charbonnier, del asunto que con tanta ligereza define. Mengua en un español que sabe leer.

[5] Quod valde mirum est, cum homo ad se revertitur, corpus non imbecillum, quod consequens videbatur, sed validum et ab ægritudinibus residuis quasi relevatum se experitur.—ALVAREZ DE PAZ, ibid. cap. IX.

menos á mí nunca me hizo, ni me acuerdo hacerme el Señor ninguna vez esta merced por mala que estuviese, que sintiese mal, antes quedaba con gran mejoría.» [1]—«Muchas veces queda sano el que estaba bien enfermo y lleno de grandes dolores, y con más habilidad porque es cosa grande lo que allí se da, y quiere el Señor algunas veces, como digo, la goce el cuerpo, pues ya obedece á lo que el alma quiere.» [2] En la realidad de estos efectos convienen todos los escritores de mística. [3]

Señaladamente en esto coloca Zacchías el distintivo entre el éxtasis natural y el sobrenatural, en que el natural por caminar tan cuesta arriba causa padecimientos corpóreos, y áun á las veces da origen á parálisis, apoplejías y otros males por la violencia ejercida en todo el sistema nervioso. De igual modo cuando precede enfermedad ó flaqueza notable, epilepsia, catalepsia, letargia, histerismo y semejantes neuropatías que descargan como torbellino furioso y maltratan al doliente, es muy de temer acaezca acceso extático, y será natural en los más casos, como apuntó San Agustín. [4] Mas conviene hacernos cargo de una circunstancia. El cuerpo durante el éxtasis, por el estado violento del sistema nervioso, padecerá frío, calor, gran flaqueza, postración: notólo Santa Teresa diciendo: «Se enfrían las manos y el cuerpo, de manera que no parece tiene alma, ni se entiende algunas veces si se echa el huelgo: esto dura poco espacio.» [5] Pero terminado el vuelo místico, cual si se remozara totalmente, queda el cuerpo con nueva vida sin fatiga ni malestar. Al revés en el éxtasis natural. ¿Cómo los efectos no habían de ser los mismos antes y después, si el rapto místico no fuera diverso del natural y si Dios no aliviase con la fortaleza de sus regalos el trabajo de las potencias? [6]

[1] *Vida*, cap. XVIII. [2] *Vida*, cap. XX.

[3] DURANTO, *De vision.* cap. III.—SCHRAM, *Inst. theol. myst.* t. II, n. 581.—Postquam in extasi perseveraverat, ad sensus redibat cum integra valitudine et robore ad quoscumque labores perferendos.—*Relación de la Causa del siervo de Dios Nicolás Factor*, tit. *De donis.*

[4] *De Genesi*, lib. XII, cap. XIX.

[5] *Moradas sextas*, cap. IV.—*Vida*, cap. XX.

[6] LA REGUERA, *Praxis*, lib. X, q. VIII, n. 1021.—EZQUERRA, *Lucerna mystica*, ibid. cap. XIX.—El Doctor Giné describe ***El éxtasis erótico en los albores de la nubilidad***, presenciado por él en una niña de once años, con agitación convulsiva, alucinación, anestesia, expresión pasional, canto y conversación tirada con el mismo Doc-

Compendiando en breves términos las señales características de los éxtasis naturales, diabólicos y divinos, puédense reducir á las siguientes. Señales de éxtasis natural son: 1.ª el estado enfermizo ó enfermedad habitual, (embargamiento, epilepsia, letargía, catalepsia), porque los expuestos á tales accidentes oyen y ven cosas extraordinarias en sus desmayos. 2.ª La regularidad periódica del acceso, pues los humores mórbidos suelen producir crisis regulares y determinadas. 3.ª El padecimiento antecedente ó consiguiente, ya que el cuerpo no puede menos de sentir alteración á un efecto tan violento que remata á veces con la muerte del enfermo. 4.ª Cansancio de miembros por la acción fatigosa de los órganos, y malestar notable de tan rara fatiga. 5.ª Olvido de lo pasado en el éxtasis, sin capacidad para recordar ningún pensamiento de importancia. 6.ª Ansiedad y afición de cosas terrenas. 7.ª Causa natural y orgánica (sucesos tristes, excitaciones alegres, goces sensuales) que le produce.

Señales de éxtasis diabólico. 1.ª Vida desordenada, ó acción infame en el punto del acceso. 2.ª Indecencia de movimientos, sea la deshonestidad interna ó externa; si bien podría ser en ambos casos natural, no será divino. 3.ª Desvanecimiento voluntario sin causa propia: la naturaleza obra con dependencia de causa individual. 4.ª Vuelta al estado normal por el buen placer de persona extraña, cuando no se descubra correlación entre el cesar y el mandar. 5.ª Desenvoltura en las voces y acciones, cual si el extático hablase en nombre de Cristo ó de un santo. 6.ª Entrada en éxtasis con ademanes de ostentación, en lugar público, sin respeto á los circunstantes. 7.ª Falta de memoria después del acceso. Varios de estos indicios son comunes al éxtasis natural, y aunque sean necesarios muchos para determinar el diabólico, ninguno de ellos pertenece al divino.

Señales de éxtasis sobrenatural. 1.ª Los sentidos externos estan ligados para el ejercicio de sus funciones, pero las potencias espirituales usan de espontaneidad en las suyas. 2.ª Los actos internos son sublimes y santos, y se ejercitan con singular energía. 3.ª Conduce á vida santa y á obras de cristiano fervor por estar informado de divina caridad; no se le escapan al extático voces descompuestas ni acciones indecorosas, á pesar de su actual agitación interna. 4.ª No es libre para subir ó bajar de su elevación. 5.ª El embotamiento de los sentidos no le roba atención y memoria de lo experimentado en su contemplación. 6.ª No obstante el cuidado de remedios y buena alimentación, los accesos continúan; aunque vayan acompañados, en algún caso, de flaqueza corporal (frío, palidez, inapetencia, ardor), la fatiga es accesoria y pasajera; lo ordinario es sentir vigor y acrecentamiento de fuerzas al fin del éxtasis.

Estas señales servirán para distinguir un éxtasis del otro; tarea dificultosa cuando se viene á casos prácticos, por ser muy fácil la representación pública de una farsa compuesta en secreto, y por cubrirse á veces un ánimo ruín con capa de honestidad. Grande es la circunspección usada en esta parte, por los asesores de las causas de Beatificación; por más claros indicios que se ofrezcan, nunca reciben los éxtasis en la cuenta de milagros especiales, mientras no los vean acompañados de signos evidentes de sobrenaturalidad. [1] No faltan á la censura de los consultores en las virtudes y milagros prendas seguras de verdadera santidad, ni la Iglesia de Dios ha menester socorrerse de arrimos flacos é inconstantes como éxtasis y visiones; antes los tiene por de poca estima, vistos los grandes escándalos que dieron en todos los siglos las personas visionarias, cuando al vender santerías por san-

---

tor; sin memoria de ello después del embargamiento, y con quebranto y postración de fuerzas. Referidos estos pormenores con afluencia de palabras, termina el Doctor Giné diciendo: «El éxtasis en forma de raptos, como el que ofreció la joven T., más bien se encuentra en la historia de los taumaturgos y del iluminismo, que en los libros clínicos; los arrobamientos de los Santos eran, según dicen, frecuentísimos en los tiempos del ascetismo místico, y el amor divino era el tema de estos arrebatados. No diré que en los anales de la ciencia médica no se encuentre ningún otro caso de *éxtasis erótico* como el que llevo expuesto; pero hasta ahora no he visto ni tenido ocasión de leer otro igual» (*El Siglo Médico*, año XVIII, p. 68).— Aquí se nos ocurre preguntar: ¿qué dirán los médicos de la Salpêtrière y de Nancy, cuando oigan á los españoles hablar como ellos y caer en los mismos despropósitos? Siquiera los franceses alguna disculpa pueden hallar á su ignorancia, los españoles son ignorantes sin disculpa, son ciegos y sordos voluntarios, pues no hay nación que se pueda ufanar como España, de haber producido tantos escritores de mística.

1 Ab apostolica Sede numquam pro miraculis specialibus approbantur nisi evidenti aliquo signo supernaturali sint adminiculatæ.—CARDENAL LAURIA, *Opusc. V, De oratione*.

tidades, dejaron tontos y burlados á sus devotos encomiadores.

Mas de todo cuanto hasta el presente hemos discurrido, síguese por necesidad que entre los éxtasis de los Santos y las neuropatías más llenas de asombro, no existe la correspondencia y semejanza imaginada por los modernos enemigos del milagro; el éxtasis de la mística es operación sobrenatural y divina, el éxtasis del histerismo y de sus afines, es operación natural y humana; inmenso es el caos que los divide. A los racionalistas, que teniendo ojos no ven, y cubren con velo de tinieblas dos fenómenos tan distintos, queremos darles un consejo de singular eficacia. Aprendan la lengua castellana hasta donde puedan para cogerle á Santa Teresa de Jesús el estilo y formas de lenguaje, continúen hojeando las *Moradas* y otros escritos donde expone secretos de mística, desenvuelvan despacio y con ánimo reposado los conceptos de la maestra carmelitana: si esto cumplen, estamos seguros, en la pintura que de los éxtasis hace, gustarán la delicadeza del afecto propio de una mujer profundamente conmovida, verán trasparentarse aquel candor inmaculado de su generoso espíritu, oirán el estallido del volcán que arroja llamas amorosas por no poderlas contener represadas en el dilatado pecho, percibirán el suavísimo deleite que despide su vaporoso y encantador estilo, imagen del alma herida de amor en los brazos de Dios; cuando los charcotistas y bernheimistas hayan dejado penetrar en sus almas la verdad, santidad y grandeza de tan vivos sentimientos, preséntennos, si se atreven, un solo caso de histérica, de cataléptica, de extasiada natural que conmueva sus corazones con tan sorprendente novedad. Al vuelo de la purísima paloma habrán de humillar sus plumas los inhumanos azores.

Decimos inhumanos, y podíamos adjetivar con más rigor la actitud que han tomado. Entendiósela perfectamente el Dr. Imbert, médico experimentado y docto, cuando reconvino á los discípulos de Charcot con estas elocuentes voces: «Los salpetristas no han dado una sola demostración médica; se han engañado porque han querido; cosa de locos es confundir el éxtasis divino con la manía histérica, con la hístero-epilepsia. No solamente han hecho alardes de materialismo, mas ni áun dado pruebas de honradez y de estética. Pudieron embobar al vulgo, incompetente en tales materias; pero jamás lograrán burlarse del juicio médico francés, ni engañar á los facultativos, sean ortodoxos ó nó, capaces de juzgar sus discursos y de dar valor á sus argumentos.» [1]

Lo dicho á los salpetristas reza también con los de Nancy. Las escuelas de la Salpêtrière y de Nancy, rivales en el sistema científico, participan de un mismo sistema en orden á combatir la religión; son dos escuelas sembradas de lazos. Compuestas ambas de ateos, materialistas, racionalistas, panteistas, llevan puesta la intención no tanto en levantar la ciencia, cuanto en humillar la Iglesia. ¿Quién, por no citar otro ejemplo, ha procurado á la Salpêtrière tanto incremento, sino el ateo Bourneville, alentando y auxiliando al malhadado Charcot con sumas de dinero, en la costosísima empresa de investigar, vulgarizar y meter por los ojos de todos los médicos y no médicos las experiencias de la Salpêtrière, con ánimo de anonadar, si pudiera, la mística y los milagros de los Santos? ¡Ah! Si fuéramos á contar los médicos judíos que han salido á la palestra en estos últimos años para apoderarse de la clínica pública, como se han apoderado de la pública riqueza, no nos espantaríamos del espíritu conspirador contra la religión cristiana que en los libros de medicina cunde y reina, con tanto peligro de los incautos lectores.

ARTÍCULO IV.

Las visiones místicas son tenidas por efectos de neurosis.—Indole de la alucinación.—Su autora es la fantasía.—Alucinación de los sentidos.—Diferencia entre la alucinación y la sensación.—De varias causas provienen las alucinaciones.—El opio y el haschisch.—Alucinación y sueño.—Estado normal y estado anormal del alma.—La visión es un estado anormal.—Las visiones corpóreas, imaginarias, intelectuales no son efectos de neuropatías, sino de un estado anormal superior.—Pesadillas.—Los alucinados y los místicos.—Santa Teresa de Jesús.—Resuélvense varias dificultades.

Síguense las operaciones mentales, revelaciones, apariciones, visiones, colocadas por los modernos incrédulos entre los productos de neurosis. «En el día eliminamos el milagro y lo sobrenatural áun de las manifestaciones en que parece resplandecer. Las colocamos en la región espe-

[1] *La stigmatisation, l'extase divine et les miracles de Lourdes*, 1894, vol. II, p. 475.

cial, en que la medicina confina con la historia, las colocamos en la categoría de los trastornos del sistema nervioso.» [1]—«La razón y la ciencia explican estos hechos por una sobreexcitación mayor del cerebro, y por una simple coincidencia.» [2]—Otros denominan la visión mística con el nombre de *alucinación patológica*, [3] *entusiasmo*, [4] *delirio*, [5] *fenómeno de patología*, [6] *efecto de constitución neuropática*, [7] Al són de estas denominaciones mueven el racionalismo y el materialismo guerra cruel á la mística de los Santos, conviniendo los impugnadores en que visión y alucinación se reducen á una sola y misma cosa, y en que visiones, apariciones, revelaciones son partos de exaltada fantasía.

Antes de empezar el debate, definamos la índole de la alucinación y cómo se origina en la mente. Lo dicho en el capítulo anterior muestra ser oficio de la fantasía fundar su obra en el producto de las sensaciones. Estas le proveen de elementos con que disponer las figuras, agrandarlas ó empequeñecerlas, componerlas entre sí, representar la composición con nueva claridad y formar de pies á cabeza un mundo ideal, que pareciendo flamantísimo se reduce á percepciones antes recibidas en los órganos de los sentidos.

Es la alucinación, como dice la misma voz (ἀλύω, vagar), una extravagancia de la mente que atribuye corporeidad real á la percepción imaginaria. Corresponde á la alucinación un objeto verdadero; el alucinado tiene la percepción de oir, ver, gustar, oler, tocar, y es imposible tener percepción sin cosa percibida; pero la alucinación es una percepción sensitiva sin objeto que actualmente impresione los sentidos, es la percepción de un objeto ausente estimado presente, una fantástica aparición, una visión imaginada, una representación que pasa en la fantasía y no en la realidad del sentido. El alucinado da cuerpo á cosas sin cuerpo, sólo figuradas en la imaginativa, teniendo por sensaciones los que son fantasmas mentales. No todas las alucinaciones son productos de enfermedad; si lo son y duran mucho, más bien pertenecen á ramo de locura ó suponen desorden y trastorno en el cerebro, pero propio es de la alucinación tomar por sensaciones orgánicas los fantasmas cerebrales.

La causa de la alucinación es la fantasía, el objeto es el fantasma despojado de realidad exterior, el asiento está en la capa cerebral. Otra cosa pasa en las sensaciones. Tienen la causa en los sentidos, y también el asiento, porque el ojo es el que ve, y en el ojo está la visión, y así de los demás. Pero la sensación deja sellada en el ánimo una imagen suya íntimamente unida con el objeto corpóreo que la produjo; estando ausente el cuerpo rómpese el lazo de unión y queda la imagen depositada en la fantasía, dispuesta á mostrarse con frecuencia y fidelidad. En tal caso si por representarse la imagen con vivísimos colores, es reputada por el hombre no la imagen sino el tipo corpóreo y material que la imprimió, entonces la alucinación es completa: y lo dicho de la vista extiéndese á los demás sentidos.

Antes de proseguir, preguntemos á los enemigos de la mística qué cosa sea en su concepto la alucinación: la respuesta es que ó lo ignoran, ó de tal manera disienten en su calificación que no les ha amanecido aún su verdadera índole. Motet la conceptúa «síntoma del estado patológico del cerebro, de que la ciencia no tiene idea cabal;» [1] El Dr. Peisse por el contrario la define así: «es la exageración del fenómeno normal, con que se representan las cosas por la memoria ó la imaginación;» el Dr. Garnier, al revés de Peisse, dice: «la alucinación tiene lugar cuando el acto de imaginar se confunde con el acto de percibir con los sentidos;» el Dr. Sandras prefiere sostener que «es un acto totalmente distinto del pensamiento, de la reminiscencia, de la sensación;» el Dr. Lelut sigue por la misma pendiente diciendo: «la alucinación es el efecto exagerado de un acto normal de la inteligencia;» el Dr. Brierre de Boismont está obstinado en que la alucinación sea «una sensación diferente de la real, pero de elementos análogos;» el Dr. Bourdin salien-

---

1 LITTRÉ, *Sciences occultes de Salverte, Introduct.*

2 BRIERRE DE BOISMONT, *Des hallucinations*, 1862, p. 365.

3 CALMEIL, *De la folie*, t. I, p. 128.

4 COMTE DE BOURBAN LIGNIÈRES, *Étude sur Jeanne d'Arc*, p. 38.

5 *Revue litteraire*, RAOUL ROSIÈRE, 27 janv. 1877.

6 *Dictionnaire de Médecine et de Chirurgie*, art. *Hallucination.*

7 CULLERRE, *Traité pratique des maladies mentales*, 1890.

1 *Nouveau Dictionnaire de Médecine*, art *Hallucination.*

do del terreno fisiológico la llama: «una creación de la mente, aceptada del alucinado por una sensación;» el Dr. Castelnau, aunque la conjetura fenómeno de un estado morboso, confiesa ignorar qué cosa sea; el Dr. Ball la estima con poco acuerdo «una percepción sin objeto;» el doctor Esquirol más afortunado dice: «un hombre persuadido de tener una sensación, sin objeto externo que impresione el sentido es un alucinado;» el Dr. Delasiauve la denomina «una idea sensible, capaz por su vivacidad de representar la realidad objetiva;» otros doctores en fin alegados como los precedentes por Motet, discurren á su placer sin acabar de entenderse sobre la naturaleza de la alucinación.

No es de extrañar; estos médicos, materialistas en su mayor parte, así como á fuer de diligentes observadores, poseen gran caudal de hechos y voces para exponer la sintomatología, progreso, diagnóstico, pronóstico, tratamiento de las enfermedades mentales, así en comenzando á filosofar sobre los actos psíquicos, por tener mal asentado el pie á causa de la confusión que hacen del alma con el cuerpo, desbarran deplorablemente, y áun tienen que inventar enfermedades para dar alguna razón de los fenómenos espirituales que no saben explicar. Al cabo los que mejor discurren, nunca expresan sus conceptos con tanta limpieza y claridad como los filósofos añejos y clásicos que ellos tanto desprecian. Con usar de vocablos exóticos y llenar sus libros de personalidad psíquica, psicosis, cerebración inconsciente, emotividad subjetiva, redes del sensorio, célula nerviosa, actividad automática, fosforescencia orgánica y semejantes barbarismos, paréceles haber resuelto las más dificultosas cuestiones de filosofía racional. Sin embargo, ellos son los que sin entender la índole de la alucinación, se arrojan á confundir con ella la visión de los místicos y á combatirla sin tregua. El hecho es que de la visión mística poseen menos noticia que de la alucinación, como luego se verá; prosigamos el empezado discurso.

Todos los sentidos corren peligro de caer en ilusión, especialmente la vista, el oido, el tacto, ni hay hombre tan avisado por débil que sea su trastorno cerebral, que en algún tiempo no trueque los frenos pensando ver lo ausente como si fuera presente. La fantasía matiza con tan finos y lustrosos colores las cosas y personas, que áun cerrados los ojos parece muestran su bulto y relieve con entera claridad. Con igual engaño figura voces que hablan, melodías deliciosas, armonías muy acordadas, gritos espantables, campanas que tocan, truenos que retumban, suspiros lastimeros, voces alegres, palabras misteriosas, pasos que se acercan, y otros sonidos que ponen pavor y miedo al que los fantasea. Otras veces recibe aprensiones el tacto, y se figura uno que seres invisibles le acosan, le estrangulan, le azotan, le mecen ó bañan en agua rosada. Cual se halle dispuesto el sistema nervioso de ciertas personas, tales serán los desatinos que el incauto creerá realidades. Parecidamente el gusto y el olfato padecen yerros notables, de que va dicho arriba lo bastante para demostrar la verdad de las alucinaciones y cuánto cuidado se deba poner en certificar la realidad objetiva de las cosas imaginadas.

Las cualidades de la alucinación son la rareza desacostumbrada de las figuras, la vaguedad é indeterminación de las formas y contornos, lo extraordinario del tamaño en grandeza ó pequeñez, la variabilidad é independencia, la exorbitancia y extrañeza, el origen y principio. Ejemplos de las diversas cualidades se hallarán en el Padre Bonniot. [1]

Podría ser que los imaginados vibramientos del cerebro por un sobresalto extraordinario conmoviesen los nervios de los sentidos, y éstos el órgano propio, y éste á su vez transmitiese la excitación al cerebro per medio de su nervio: si esto es así, el hombre fabricará mil antojos creyendo tener el objeto delante que al fin no es más que su imagen vivamente representada. Janet [2] así lo expone, y se acabará de entender más adelante.

Con gran cuidado se ha de notar la diferencia esencial entre la fantasía y los sentidos externos. Hablan algunos autores en esta parte con mucha confusión; no reparan en decir que la «alucinación es una sensación viciada. De ambas partes hay impresión orgánica y modificación correspondiente de la facultad de sentir;» [3] y con la misma confusión asientan «las

---

1 *Le Miracle et les sciences médicales*, livre I, chap. I.
2 *Traité, élém. de philos. Psychologie*, II, chap. III.
3 BONNIOT, ibid. chap. II.

alucinaciones en los órganos de los sentidos, así como hemos situado las sensaciones.» [1] La alucinación es un engaño de la fantasía que toma erradamente por presente al sentido una artificiosa quimera, porque el objeto de las representaciones fantásticas es ausente y tal vez ni siquiera exista en la naturaleza, y el de las sensaciones no puede menos de existir y hacer presencia real en los sentidos, como bien lo expone el Padre Mendive. [2] La razón principal es que la imaginación percibe cosas ausentes (no los fantasmas de ellas), representándolas como existentes y concretas, y aunque amplifica y reduce sus dimensiones, siempre las traza quiméricas en lugar y tiempo, lo cual no es propiedad de los sentidos. Por aquí se entenderá la diferencia de alucinación á delirio. El delirio está en el juicio, la alucinación en la fantasía; el delirante tiene el cerebro enfermo, el alucinado le tiene sano. El delirante es un alucinado de pervertida razón, siquiera cuando delira; el alucinado tiene suelta la imaginación sin razón que la guíe. Si el delirio es permanente, el que delira es un loco; pero tanto el alucinado como el delirante, como el loco, estiman por verdad lo que no lo es.

Según esto, clara es la diferencia entre la alucinación y la sensación. La alucinación nace de muy acelerados movimientos moleculares del plasma de los elementos nerviosos, y promovidos por pura excitación intrínseca de las células grises corticales, la sensación se consigue con más pausados movimientos, que se originan de impresiones externas; la alucinación tiene su campo favorito en el silencio y en la obscuridad, la sensación se explaya mejor en la luz y en el bullicio de cosas; la alucinación se ceba en el descanso de los sentidos, la sensación en su desembarazado ejercicio; la alucinación halla favor en la enfermedad, la sensación en la salud; aquélla es una ridícula mofa de las leyes físicas y fisiológicas, ésta su respetuoso acatamiento; aquélla forja espantables milagros, ésta no se mueve del camino trillado de los efectos sensibles; aquélla no admite condiciones del espacio y tiempo, ésta se ajusta á las exigencias corpóreas; aquélla no siente el freno del paciente, ésta reconoce la dependencia indirecta del espíritu; aquélla avasalla con las más anormales impresiones, ésta es fuente de impresiones normales y bien definidas; en fin, la alucinación es una antojadiza disfrazadora del mundo real, la sensación copia fiel y perfecta de las cosas sensibles.

Las alucinaciones nacen de causa natural, de causa morbosa, de causa artificial. La excesiva abstinencia enflaqueciendo el sistema nervioso, da alas á la fantasía y se las agita sin tiento; igual desorden produce el ardor de una pasión, la nimia concentración del espíritu, la melancolía, la forzada soledad. [1] Otra causa es la enfermedad; desbaratando los nervios saca de su paso las funciones orgánicas, como es cosa notoria. La tercera causa puede ser artificial. Los enemigos de las apariciones místicas ensayan fenómenos mentales valiéndose de substancias tóxicas que sobresalten el cerebro y amotinen furiosamente los nervios. San Basilio reprendía á los herejes sabelianos porque buscaban en la borrachez del vino el arte de tener visiones. [2] Los modernos usan trazas parecidas, cuyos efectos pueden verse en los bellísimos estudios sobre la *Dipsomanía*, por el Dr. A. Magnan, eminente frenópata del asilo de Santa Ana en París. El opio concita desvaríos y sueños fantásticos, como lo experimentó en particular el inglés Tomás de Quincey, y lo dejó escrito en sus *Confessions of an englisch opium eater* á principios de este siglo. Muy extraños eran los ensueños, pesadillas y escenas teatrales que daban sobre él cuando se echaba á dormir. [3] Pero una cosa demuestran las *Confesiones* del tomador de opio, y es que no se le ofrecía visión imaginaria del todo nueva; sus infinitas procesiones y cuentos interminables tomaban pie de un incidente vulgar que él antes conocía, y amplificado con otros antiguos recuerdos provocaban en el durmiente trasudores y congojas terribles, cuyo remate suele ser el embrutecimiento de las potencias.

---

1 Ib. ibid. p. 21.

2 *Elementos de Psicología*, 1883, p. 93.

1 La *Revista frenopática barcelonesa*, noviembre de 1881, refiere un caso de melancolía extática de forma erótica y cataléptica, observado en una soltera de veintiséis años de edad. Éxtasis, catalepsia, delirio, alucinación, tristeza, melancolía, fueron síntomas frecuentes. La causa ocasional fué un amor contrariado. Llevada al manicomio, á los cuatro meses quedó mejorada la vesania y la melancolía.

2 *Patr.*, t. XXXII, col. 771.

3 Ribet, *La mystique divine*, t. III, p. 629.

El haschisch (*cannabis indica*), planta asiática semejante al cáñamo de Europa, es un excitante de los más fuertes, muy usado por los orientales para embriagar las facultades psíquicas. El Dr. Moreu [1] traslada la experiencia de Teófilo Gautier y los accesos que tuvo al tomar unos granos de este tósigo. Ilusiones de todos los sentidos, panoramas prodigiosos, lluvias de colores, cataratas de esencias, conversaciones en varias lenguas, torrentes de armonía, ríos de felicidad, «en que me bañaba yo, dice, como la esponja en medio del mar, y entraban y salían á cada minuto por los poros de mi cuerpo,» fragancias encantadoras, gustos deleitosísimos; todos estos antojos se sucedían en tanta abundancia y con tanta ligereza, que «pensando se habían pasado cerca de trescientos años, cuando volví en mi acuerdo, hallé que había durado un solo cuarto de hora.»

Por hacer las imágenes de la figura humana más asiento y detención en la fantasía, viene á suceder que, rasgos vistos de lejos, encuentros de varias nubes, sombras de árboles, bultos mal divisados, se le antojen al hombre cabezas humanas, bocas, manos, hombres, ejércitos, y también monstruos que nunca existieron. Tal es el consorcio de la fantasía con los sentidos, que en la realidad concreta percibida por ellos tiene á veces la parte más principal la imaginación. Cuando el ardor de la fantasía es muy vivo y extraordinario, ora provenga de enfermedad, ora de substancias tóxicas, de inedia, de pasión ó fijeza de espíritu, una vez puesto el cerebro en febril agitación, da lugar, con sus movimientos irregulares, á fantasmas grotescos y monstruosos, á recuerdos de cosas olvidadas, á gran claridad de ideas, y se figura el hombre ver, oir, oler, gustar, tocar cosas que son ludibrios de la mente. [2]

Solo el discurso sereno de la razón señala el disfraz del fantasma y el cuerpo de la realidad. No es la alucinación como el sueño. En el sueño no se enmienda el artificio de las impresiones; en la alucinación no es así, al menos á los principios, porque estando el hombre en su sér es dueño de su voluntad, y puede con la razón desborrar los dobleces mentales. Y dado que durante el sueño no esté del todo impedido el discurso del entendimiento, no hace su oficio con aquella espontaneidad que le es propia y que alcanza en la vigilia cuando el hombre lee en el libro de su pecho. Aquella consideración atenta que le hace pensar en su estado y le abre los ojos para conocer las percepciones sensibles y compararlas entre sí, y le induce á resolver su conveniencia ó disconveniencia, á juzgar y raciocinar sobre los juicios formados, queda eclipsada en las tinieblas del sueño, y porque se esconde la luz confunde el durmiente lugares y tiempos, y hace contemporáneos seres que distan entre sí centenares de siglos, cual si tuvieran vida y acción común.

Al alucinado sucédele á ratos lo que al dormido. La vigilia no le es más provechosa al uno, que el sueño al otro para que amanezca la cuenta y razón. El que desde el principio no aplica el discurso á deshacer los devaneos de la fantasía, si les da soga viene con el tiempo á quedar tan esclavo de ellos, que le sea casi imposible diferenciar lo ficticio de lo real; cuanto más detenimiento hace en la fantasía una especie, y más concreta se figura y con más individuales rasgos, con más porfía se afirmará el hombre en su realidad extrínseca, con más tesón dará cuerpo á su fingida apariencia, y menos fuerza sentirá para sospechar que es imaginaria. Si por fortuna rasga el velo algún rayo de luz intelectual, no siempre la reverberación logrará que cesen las sombras, antes hará el efecto del que sueña, que no halla en aquel destello fugaz bastante poder para desterrar la ilusión. El licenciado Vidriera, tan diestramente fingido por el ingenio de Cervantes, puede estimarse ejemplar acabado en prueba de que la alucinación es un ensueño del que vela, como el ensueño es una alucinación del que duerme.

Declarada la índole de la alucinación, la causa que la produce, las fuentes de donde nace, y cómo se diferencia de la sensación, es tiempo de descender á la cuestión capital que nos ocupa, y probar cómo las visiones y apariciones de la mística no son alucinaciones mentales, según porfían los enemigos del milagro. En dos clases de fenómenos fundan los alienistas modernos sus razones, en los patológicos

---

[1] *Du haschisch et de l'aliénation mentale.* 1.e partie, p. 21.

[2] Lombroso llega á poner por base del genio los nervios. «Base del genio è una nevrosi degenerativa—le allucinazioni, l'impulsività, l'epilessia formano il nucleo del genio.»—*L' uomo di genio. Præf.*, p. XIV.—Ib, p. 149.

y en los hipnóticos; pero todo el punto de la controversia está en demostrar que las visiones de los santos traspasan los términos de la fantasía; si los traspasan, no pueden ser alucinaciones. Vociferen cuanto quieran los alienistas, la lógica graduará su sabiduría de relumbrón y falacia.

En dos estados podemos considerar el alma humana: en estado normal y ordinario, en estado anormal y extraordinario. Hállase en su estado normal cuando goza de perfecto dominio de sus facultades psíquicas y usa de ellas ordenadamente según la norma de la razón. Aquí las operaciones sensitivas quedan del todo á merced del entendimiento y voluntad. Si cae el hombre en ilusión, á su cuenta corre, remedio tiene para evitarla. Mas según va dicho, sus alucinaciones voluntarias no pasarán los límites de aquella experiencia sensible que hasta el presente tiene atesorada, por ser el campo de la alucinación muy estrecho y reducirse á compostura de percepciones anteriormente recibidas, sobre las que levanta la fantasía sus castillos encantados, y así como los levanta, los derrueca, torna á levantarlos, conviértelos en cementerios, ó les prende fuego y paran en humo.

El segundo estado es anormal, y puede serlo por artificio ó sin artificio propio. Cuando el estado anormal es fruto de industria humana con medio proporcionado, como son los narcoticos ó anestésicos, y cuando al calor de estos agentes fráguanse en el alma vaivenes de fantasmas que asombran, espectáculos nuevos y espantosos, vistas risueñas y sorprendentes, sensaciones deleitosas y sin trabazón, figuras toscas y desaliñadas, entonces no hay motivo para introducir demonios en este ficticio teatro (si bien no repugna que Lucifer con sus artificios ayude á la fábrica de las formas imaginarias), á menos que otros títulos indiquen su maléfica presencia. Mucho menos acertado será señalar á Dios por autor de estas extravagancias y fútiles desconciertos. Son puras alucinaciones, hijas de desvanecida cabeza, y no más. Llamarlas visiones místicas sería gran torpeza, por no decir blasfemia, porque ni la voluntad ni el entendimiento toman cartas en el desconcierto cerebral originado por esta suerte de fantasías. Los fermentos narcóticos prueban hasta dónde llega la valentía de la imaginación cuando la razón le suelta la rienda. El haschisch, con la virtud de alterar la circulación perturbando la corriente sanguínea, y de meter trastorno en las funciones cerebrales, tiene asidas como con grillos las facultades superiores. Una vez roto el equilibrio cerebral por el influjo del artificioso elemento, la aparición de imágenes andará sin orden, sin enlace, sin relación lógica, y por más que la voluntad procure entablar concierto, le saldrá al revés su traza, por cuanto el cerebro ha de seguir naturalmente el hilo de la disposición en que el veneno le colocó.

Mas podrá suceder que el alma salga de su estado normal, sin poner de su parte industria ni esfuerzo; tan de golpe le vendrá la mudanza, que cuando menos lo piense, hállese en su interior con un suntuoso teatro de apariciones extraordinarias que la ilustran con luces nunca vistas, sintiéndose ella totalmente señora, antes y después, de sus actos y resoluciones. En este intermedio, cuando recibe sobresalto la fantasía con la representación de una figura nueva sobre toda novedad, que va y viene, y no cesa de bullir, sin que esté en su mano disiparla ni provocarla, y cuando juntamente siente el alma un volcán de deseos nunca sentidos, que la mueven á propósitos nunca pensados, y la colman de esperanzas extraordinarias nunca previstas ni soñadas; entonces cosa cierta es no ser obra de pura fantasía la visión, aunque sea de las imaginarias; claro está que no le salen al alma de su aljaba las flechas de que se siente herida, de otra parte le vienen los ardores y deseos, y no de la imaginación ni del discurso natural, de por medio anda algún agente superior, que será bueno ó malo, Dios ó demonio, según la mudanza que el alma en sí conciba, y según el orden ó desorden moral que contengan las visiones.

Sus dificultades tendrá en estos casos el discernir lo real de lo fantástico; lo prudente será abstenerse de definir, si ya no son graves las apariencias, la sobrenaturalidad de la aparición. [1] Mas no es ese el asunto que litigamos con los alienistas modernos. El asunto es que cuando el hombre disfruta de entero señorío de sus facultades mentales, y sin intentarlo ni caer en la cuenta, se siente colocado en

[1] FERNÁNDEZ, *Vision. Vet. Testam. Prælud.*—CONIMBRICENSES, *De somno et vigilia.*—LA REGUERA, *Praxis*, lib. V.—SCHRAM, *Theol. myst.*, t. II.

una situación anormal, en que se le ponen á la vista figuras extrañas y nuevas, en medio de las cuales su razon discurre tranquila y los sentidos funcionan con regularidad, no deben llamarse alucinaciones los efectos internos que experimente, sino operaciones de linaje superior. Si la voluntad humana carece de libre albedrío en estos casos para dar lugar y cabida á la novedad de luces y pensamientos, si se los dan hechos, si se los imponen, si brotan con extraordinaria afluencia sin más capacidad suya que aceptarlos ó rechazarlos, indudablemente en Dios ó en angel tienen la causa y origen, con esta notable diferencia. Dios con su absoluta pujanza sojuzga las potencias espirituales, entendimiento, voluntad y memoria, y en lo más secreto de ellas enciende con el calor de su infinita luz rayos de pensamientos nuevos, llamas de afectos originales, especies de hermosísima claridad, dejando impresas en el interior del alma visiones que ningún espíritu puede trasladar. Los ángeles como tienen su intervención en el orden mundano atada á las leyes vigentes, se adaptan á la condición del humano organismo, y si quieren influir en el alma ha de ser mediante el cuerpo, como otras veces va dicho. Los ángeles buenos proceden siempre en nombre, á gloria, por voluntad y en servicio de Dios; los demonios al contrario, cuando tienen licencia, gastan su energía en pervertir la obra de Dios, en corromper las almas, en contaminar y dañar los cuerpos. En ambos casos la operación angélica, por cualquier lado que la miremos, queda incomparablemente superior á la operación natural puesta en manos de la más exaltada y privilegiada fantasía.

Ahora demostrar que las almas se hallan á veces en esta disposición anormal y extraordinaria, en que libres sus potencias perciben objetos sensibles no fraguados por la imaginación ni pertenecientes á la esfera natural de los sentidos corpóreos, no es cosa de dificultad; acerca de esto van apuntados en la pág. 832 los tres géneros de visiones, corpóreas, imaginarias, intelectuales, de que tratan los doctores de mística, conforme se las propone la historia eclesiástica.

Hablando de cada género más en particular, y repitiendo las reglas indicadas en el lugar citado, es evidente que si á varias personas se les aparece una cosa desconocida y se muestra la visión en la misma forma, no puede ser alucinación aquella vista. Es imposible que muchas fantasías trabajando juntas, áun en materia conocida, fabriquen la misma figura; cada fantasía acumulará de diferente manera sus especies, añadirá diversos perfiles, expresará con particular viveza los rasgos, combinará con otro lustre los colores, y aunque todas tiendan á hacer el mismo retrato, tan diversas serán las pinturas que parezcan representaciones de cosa distinta. Si esto es cierto en asuntos comunes, ¿qué sucederá cuando el asunto sea original y cada imaginación se lo haya de componer á su talante? San Pedro Nolasco, San Raimundo de Peñafort, Jaime I, rey de Aragón, ven delante de sí en una misma noche á la Virgen Sacratísima vestida de claridad y oyen de sus labios unas palabras llenas de unción y grandeza fuera de toda conjetura; esta triple visita no fué alucinación de mentes enfermas.

No apelen los adversarios á las alucinaciones colectivas, de que en la pág. 955 se trató. Distan sumamente de los fenómenos místicos. La producción de las alucinaciones colectivas tiene dependencia de muchas circunstancias, y no es la menos principal la disposición orgánica de los primeros alucinados. Cuando la psiquiatria moderna las engrandece lo posible para cotejarlas con las visiones de los Santos, disimula y omite la causa generadora, que consiste en la fantasía exaltada por el ejemplo de individuos neuropáticos; el ejemplo y la exaltación nerviosa no tienen lugar en las visiones místicas. Aquella identidad de representación (cruz roja y azul) experimentada por San Juan de Mata, por San Félix de Valois, por Inocencio III, sin saber el uno del otro, no puede conciliarse con la hipótesis de las alucinaciones colectivas, por ser tan imposible nazca espontáneamente de tres cerebros desconcertados (áun puesto caso que los de estos varones lo estuviesen) una misma y concreta visión, como un delirio simultáneo. Los médicos que tan maravillosa correspondencia intentan sacar de gente alucinada, ó tienen lo negro por blanco, ó nunca han puesto los ojos en hechos de mística, ó hacen efectivo el más patente milagro. Muy diferente es nuestro caso de los acaecidos á veces cuando por haber un sujeto imaginado ver ángeles ó demonios, corrió por otros la fantaseada visión hasta

que la autoridad eclesiástica reprimió con mano fuerte la descabellada imprudencia. Mas cuando en 1846 Maximino Giraud niño de diez años, y Melania Matthieu muchacha de catorce, sin conocerse ni haberse visto nunca, estando en los Alpes del Delfinado vieron á la Santísima Virgen y le oyeron palabras amenazantes contra los profanadores de las fiestas, y cuando sometidos á la tortura de mil inquisidores eclesiásticos y seglares dieron siempre iguales respuestas, declarando ambos á dos que habían visto la misma figura, los mismos movimientos, el mismo continente, y oido las mismas voces y expresiones en francés y en patuá, cuando estas circunstancias se juntaron en dos muchachos rudos, sencillos y descuidados, significan claramente la objetividad de la visión, y prueban que el fenómeno de la Salette está acreditado con tanta copia de testimonios como ningún caso de clínica. [1] Con imperdonable arrojo desfigura y obscurece Eugenio Pelletan la realidad de esta aparición, sin tener valor para discutirla científicamente. [2]

De igual manera podría hacerse mérito de aquella otra señal, cuando la visión deja de sí efectos corpóreos y sensibles, como le sucedó á Heliodoro, [3] afligido con azotes lastimeros por los ángeles en el momento crítico de ir á poner las manos sacrílegas en los tesoros del templo, aunque los azotadores no se hiciesen visibles por sí, sino por las carnes del profanador surcadas con la furia de los golpes. Cuando la visión corpórea sea solitaria, no siempre faltarán razones que la muestren verdadera, ya que haya casos dudosos en que no conste si fué visión externa ó si pasó tan sólo en el interior del alma. Los seres aparecidos en forma corporal no eran de este mundo, pero hablaban de este mundo y acertaron en lo que decían, aconsejaban trazas nuevas y salió felizmente el consejo, proponían cosas acomodadas á la necesidad presente y se vió que no erraron el blanco. En estas apariciones los videntes sentíanse tan dueños de sí, como lo es quien experimenta sensaciones de objetos que tiene á la vista. Alucinación y sensación van por contrario camino. Visiones y sensaciones iban en ellos por un camino, constaban de igual firmeza, procedían con la misma regularidad, se verificaban con constancia, imprimían una seguridad, y producían tan prósperos efectos en el ánimo de los favorecidos, que si hubieran visto en realidad lo que les aparecía en visión, no habrían sentido mejor ni tenido en más estima las percepciones sensibles.

Además, las visiones de los Santos eran ordenadas, y graves, no monstruosas ni ridículas como las alucinaciones de la fantasía alocada; y en ellas recibían hablas, avisos, encargos, reprensiones, predicciones, todo muy bien encaminado á sucesos presentes, pasados ó futuros de alta consideración. La visión de San Pablo en el camino de Damasco ilustra con eficacia todo lo dicho. Solo Saulo divisó á Jesús, los que le acompañaban oyeron la voz espantados. [1] Esta no fué alucinación; ni tampoco lo fué el aparecimiento del Sumo Sacerdote Onías á Judas Macabeo [2] con la espada de oro; ni la de San Pedro á la gloriosa Águeda, curada de contado por la intercesión del santo apóstol; [3] ni la de santa Agueda á santa Lucía, cuya madre quedó también sana de resultas; [4] ni la de San Francisco de Asís al Beato Guy de Cortona, á quien prometió tres días de vida, y al cabo de ellos murió; [5] ni otras infinitas apariciones sembradas en las vidas de los Santos. Por esta misma causa no son alucinaciones los olores suavísimos exhalados por los huesos de muchos Santos, como Santa Rosa de Lima, Santo Tomás de Villanueva, San Juan de Sahagún, Santa Teresa de Jesús, San Raimundo de Peñafort, Santa Eulalia, Santa Mónica, San Atanasio, San Matías apóstol y otros innumerables después de veinte, sesenta, doscientos, setecientos, mil, mil cuatrocientos años. Y los licores balsámicos tampoco eran antojos de alucinación cuando hallaban suavísimo deleite en su fragante fluidez, como de San Nicolás de Mira consta, miles de espectadores á los setecientos cuarenta y cinco años después de enterrado, según que lo narra Baronio. [6]

Las visiones imaginarias de los San-

1 ABBÉ ROUSSELOT, *La vérité sur l' évènement de la Salette*, 1848.
2 *¿Ha muerto Dios?* — Traducción de Agramonte, 1888, p. 133.
3 II Machab. III.

1 Act. IX, 7. 2 II Machab. XV, 12, 16.
3 BOLAND. 4 febr. p. 623.
4 BOLAND., t. IV, 5 febr. p. 651.
5 BOLAND., t. XXIII, 12 jun., p. 100.
6 *Martyrol.* 9 maji.

tos no eran tales porque fuesen obra de su fantasía, sino de Dios, ó de los ángeles. Que posean éstos facultad para impresionar la humana imaginación, está dicho, pág. 880. En los hombres á veces han figurado las especies que intentaban representar pintándoselas en la fantasía. Golpes vanos tira el racionalismo y cuenta por ganado el lance. Ve Santos ocupados de imaginaciones, y puesta en ellas la consideración lo da todo á causa natural, como si por concurrir efectos naturales en un suceso debieran desestimarse las otras cosas superiores que en él se encierran. La naturaleza de un suceso no por las notas comunes que con otros tiene, sino por las específicas é individuales se debe calificar.

No fueron alucinaciones patológicas las visiones imaginarias de los Santos. Las apariciones eran frecuentes, y entre tanto no les quitaban la claridad del entendimiento, ni el vigor de la voluntad, como lo prueban las cartas que escribieron, los consejos que dieron, el gobierno que tuvieron, el trato con personas instruídas, sin que se reparase en ellos aquel desorden mental que en los alucinados es de ver á poco que se los trate. Las visiones fueron examinadas por profundos teólogos, por confesores discretos, por obispos prudentísimos. ¿Quién las llamó ilusiones? y sabían muy bien los examinadores que no hay visión ni revelación de Santo que merezca el título de obligatoria. Al examen respondían los videntes con inteligencia superior, y dejaban aturdidos á los doctores con sus respuestas. Obedecían cuando les mandaban callar porque eran humildes, pero si la fuerza de la visión les hacía violencia, no paraban hasta sujetarla otra vez á la discreción de los confesores. No así obran los alucinados.

Visiones imaginarias hubo acompañadas de profecía, cuyo cumplimiento se verificó. No cabe coincidencia en cosas puestas tan lejos de la humana previsión. Los alucinados no trascienden los términos del tiempo y del espacio en los presentimientos y conjeturas que anuncian, sobre lo pasado sabrán calcular, con el porvenir no atinan. Si los Santos atinaban, no eran visionarios, reverberábanse luces celestes en la aparición imaginaria. ¿Qué diremos cuando las visiones daban nuevo sér á la disposición del ánimo y convertían á los pecadores en justos, y lo fueron después por muchos años sin tener una sola visita del cielo? En la visión recibida hallaban manantial de consuelo y mudanza siempre en mejor. ¿Qué hombre, si vive alucinado, no cede á la flaqueza en un caso adverso? ¿qué hombre no se llama á engaño cuando se atraviesan embarazos contrarios á la alucinación? Si San Ignacio de Loyola, estribando en las visiones de Manresa, se ve después maltratado, perseguido, encarcelado, y con todo ni le acobarda la persecución, ni sale de su propósito, prueba es de haber adquirido el denuedo en el monte de verdaderas visiones y no en los antros de sombrías ilusiones. Dice un moderno: «la alucinación está en relacion constante con el pensamiento que domina al alucinado, es su eco auxiliar.» [1] Yerra el golpe este autor en su discurso: las visiones no eran ecos auxiliares, ni representaban los pensamientos de los místicos, antes ellas eran las que les revelaban pensamientos, designios, empresas nunca por ellos imaginadas. Nî en tropiezos y casos arduos tomaban consejo de su fantasía, al cielo pedían solución de las dudas, á la visión que los alentaba hacían consulta y recurso, ella era la que volvía al cobarde animoso y daba valor al perseguido para arrollar los obstáculos. Cuando á la visión se remitían, no siempre alcanzaban el misterioso significado, naciéndoles de aquí temerosas ansiedades. Esta lucha demuestra que no era alucinación la suya, porque la alucinación ni mueve secretamente á nobles empresas, ni infunde contra lo imposible aquel denuedo que ellos sentían y buscaban si les faltaba, y hallaban esperanzados, en la celeste aparición.

El Dr. H. Schüle expresa de la manera siguiente su opinión acerca de las alucinaciones fisiológicas: «Por las auto-observaciones de dos de nuestros primeros poetas, Goethe y Paul, sabemos que experimentaron ilusiones sensitivas en un estado completamente lúcido de la mente; acerca del Tasso, Pascal y Walter Scott, se han hecho narraciones del mismo género, y lo mismo se dijo también del importantísimo tipo de un frío y profundo pensador, de Espinosa. Debe también enumerarse aquí á los grandes médicos Van Helmont y Andreae. La

1 BRIERRE DE BOISMONT, *Des hallucinations*, p. 545.

confirmación indiscutible de estos casos es aún más importante, por tratarse de hombres reflexivos, de excelentes dotes de espíritu, esto es, no solamente de artistas, que por otra parte están habituados á vivir y á crear en el mundo de la fantasía, sino más bien de hombres de mente virgen y sin juicios preconcebidos. No deben ser olvidadas las alucinaciones de mucha celebridad histórica, á manera de ejemplo, el demonio de Sócrates, las visiones de la Doncella de Orleans, y las de Ignacio de Loyola, el tintero de Lutero y las apariciones celestes del Quákero Fox. Por la modesta conversación de un ecónomo, yo mismo aprendí no hace mucho á conocer las alucinaciones del oido que aparecen aisladamente con percepciones de una mente, por otra parte sana del todo.» [1]

Con gran cuidado advierte el insigne doctor que sobre el origen de estos fantasmas aislados «no se puede emitir un juicio del todo exacto» [2]. Sin embargo en la misma página confiesa que Goethe cuando sentía ante los ojos de su espíritu aquel *alter ego* vestido de ropaje gris, «se encontraba en un estado de presión y de aberración durante aquel idilio de su vida»; y hablando de J. Paul, poeta clásico alemán, dice que «tuvo aquella visión de la cabeza de una joven, no por casualidad, sino al volver de un viaje á pie, por cuya razón tal vez deba comprenderse además cierto cansancio nervioso, sobreexcitación, como eslabón de la cadena.» [3] No estaban locos estos alucinados, no pertenecían á la turba de maniacos, eran solamente ilusos, pero por confesión de Schüle se hallaban en condiciones anormales, había en ellos una causa patológica que determinaba las ilusiones, y la causa era el desorden cerebral.

Las visiones de Tasso ofrecen igual explicación. Veía á su genio tutelar y conversaba con él, áun en presencia de su amigo Manso que hacía mofa de tales apariciones. El pobre Tasso estaba enfermo, medio loco, la melancolía devoraba su alma, el desconcierto de su órgano cerebral era profundo. «En Tasso, dice Schüle, las alucinaciones eran precursoras de su futura melancolía» [4] Lo que se sabe de Pascal es, que de resultas de una caida se imaginaba siempre estar al borde de un precipicio, y áun se creyó un día á dos dedos del infierno. No es maravilla que la caída le dejase el cerebro lisiado. Y no le tendría muy entero el médico Van Helmont cuando, deseoso de ver su propia alma, al cabo la divisó en figura de una cosa espiritual cristalina y lúcida, y oyó una voz que le decía: esta visión se ha obrado intelectualmente, quien viese el alma con los ojos del cuerpo, cegaría en el acto. En conclusión, semejantes alucinaciones son propias de locos ó de neuropáticos, es decir, de gente enferma.

[1] *Enfermedades mentales*, versión del Dr. Francisco Vallina, 1888, p. 171.

[2] Ibid. p. 172. [3] Ibid. p. 172. [4] Ib., p. 172.

Parecidamente suelen citarse las visiones de Cardano y de Nicolai, cuyas diátesis morbosas ó maniáticas fueron puestas en evidencia. A este género pertenece la manía del rey Nabucodonosor, cuyos humillantes delirios le pronosticó el profeta Daniel en castigo de su soberbia, [1] hasta que se rindiese y humillase; castigo que, según Pereira, [2] consistió no en tornarse bestia ni áun cuanto á la figura exterior, sino en la manía de creerse bruto y como tal huir el trato de los hombres, emboscarse en la selva y vivir á manera de animal salvaje. Tal es la opinión de los Padres y Doctores, [3] que denominaban licantropía ó cinantropía la manía de los que se imaginaban convertidos en lobos ó en perros.

Cuanto á Sócrates que presumía tener consigo un genio amigo que le avisaba y dirigía, Lelut le creyó verdaderamente loco, [4] pero los más de los modernos autores no son de ese parecer, si bien tampoco están de acuerdo sobre la enfermedad que le aquejaba: la verdad es que en el día de hoy ningun racionalista ni materialista explica el demonio de Sócrates sin el favor de un síntoma psicopático morboso. [5] San-

[1] Dan. IV. [2] In Dan., lib. V.

[3] Thyrrée, *De spirit. apparition.* lib. II, cap. XXI. —Calmet, *De metamorphosi Nabuchodon.*

[4] *L' amulet de Pascal*, 1846.

[5] En el sentenciar á Sócrates los enemigos del milagro, salen de los términos justos y no se guían por los testimonios de la antigüedad. Qué sér fuese el *daimonion* de Sócrates, hubo siempre gran contienda entre los críticos. No nos toca decidirla. Pero tres cosas constan, según la relación de los antiguos, sobre el *daimonion* de Sócrates: que le guiaba desde niño, que le avisaba, que le predecía cosas futuras. Platón (*Apol. Socrat.*), Diógenes Laercio (lib. II, cap. XVI), Plutarco (*De genio Socrat.*), Apuleyo (*De deo Socrat.*), S. Cipriano (*De Vanit. idolor.*), Minucio Félix (*In Octavio*), Lactancio (*Instit.*, lib. II, cap. XV), Clemente alejandrino (*Stromat.*, lib. I), S. Agustín (*De Civit. Dei*, lib. VIII. cap. XIV), Tertuliano (*Apologet.*, cap. XXII), concuerdan casi unánimes en estos tres pun-

ta Francisca romana veía junto á sí un ángel y hablaba con él, pero era sanísima de cabeza y no se notaba en ella síntoma alguno patológico ni desorden psicológico. Lutero en el castillo de Wartburg tuvo con el demonio varias disputas sobre el Sacramento de la Eucaristía, y es fama que en una de ellas le arrojó el tintero á la cabeza porque se le reía á las barbas y le enredaba en insolubles argumentos, como el mismo Lutero lo cuenta en sus memorias y lo testifica la mancha de tinta que en aquella pared aún se conserva. [1] Ni Santa Francisca romana, ni el heresiarca Lutero padecían enajenación mental ni manía morbosa; sus visiones no eran alucinaciones de mentes enfermas, sino percepciones reales de esfera superior, aquélla del ángel bueno, ésta del ángel malo. La índole de las alucinaciones está en el desconcierto cerebral que primero produce ilusiones vagas é indefinidas, después más definidas y perfectas, en fin melancólicas é importunas. Estos tres caracteres son los señalados por los alienistas Motet [2] y Cullerre. [3]

Aquí se verá con cuánta ligereza procede Schüle cuando confunde á Juana de Arco, á San Ignacio de Loyola, á Lutero con Goethe, Pascal, Sócrates y demás visionarios que debieron sus alucinaciones á enfermedad ó á síntomas psicopáticos. En verdad el Dr. Brierre de Boismont [4] pretende que hay alucinaciones sin desorden patológico, y con él andan de acuerdo Griesinger [5] y Parchappe; [6] pero los casos y ejemplos que citan, como Pascal, Van Helmont y semejantes, confirman nuestra tesis, á saber, que las alucinaciones mentales solamente se actuan en personas locas y en gente neuropática, y de ninguna manera en individuos sanos y libres de neuropatías. ¿Quién jamás oyó decir que Juana de Arco fuese tenida por una delirante ó por una demente crónica? ¿Dónde están los Santos contemplativos (Pedro, Pablo, Catalina de Sena, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Rosa de Lima, Estanislao Kostka, Felipe Neri, etc., etc.) que diesen principio á sus visiones con ilusiones nacidas de trastorno orgánico, que progresando se desenvolviesen y parasen en alucinaciones fantásticas? Basta leer los escritos que nos dejaron, las hazañas que llevaron á cabo en armonía con sus visiones, para entender cuán sana tenían la mente, cuán cuerdos y sensatos fueron.

Santa Teresa de Jesús, tan mal comprendida por algunos discípulos de Esculapio, con no haber frecuentado aulas humanas, dales una lección de psicología que humilla la varonil soberbia. Habla de una visión imaginaria que tuvo de la Santa Humanidad de Cristo nuestro Señor, y prueba que no podía ser obra de la fantasía, diciendo así: «¿Cómo podríamos representar con estudio la Humanidad de Cristo, ordenando con la imaginación su gran hermosura? Y no era menester poco tiempo, si en algo se había de parecer á ella. Bien la puede representar delante su imaginación y estarla mirando algún espacio, y las figuras que tiene, y la blancura y poco á poco irla más perfeccionando, y encomendando á la memoria aquella imagen: esto ¿quién lo quita? pues con el entendimiento la pudo fabricar. En lo que tratamos ningún remedio hay de esto, sino que la hemos de mirar cuando el Señor la quiere representar, y como quiere, y lo que quiere, y no hay quitar ni poner ni modo para ello aunque más hagamos, ni para verlo cuando queremos, ni para dejarlo de ver: en queriendo mirar alguna cosa particular, luego se pierde Cristo. Dos años y medio me duró, que muy ordinario me hacía Dios esta merced». [1] En esta relación hecha por la santa Doctora de la visión

---

tos. Disienten al señalar qué clase de agente era el *daimonion*; los unos dicen que dios, los otros que demonio, y no faltan autores que llamen *daimonion* «aquella puntualidad y fuerza de juicio que por reglas de prudencia ilustraba al filósofo en lo que le convenía hacer.» (Fr. Javier de Villanueva, *Historia antigua*, 1756, t. III, p. 412). Es posible también que el *daimonion* fuese el alma del mundo, aposentada en su persona por privilegio. De esta interpretación no anda lejos el Orador romano (*De divinatione*, lib. II, 103). Era Sócrates hombre vanísimo, hasta llegar á decir que un dios le había enviado al mundo para honrar á los atenienses: con intento de adquirir crédito y autoridad entre ellos propalaba de sí tanta grandeza. De suerte que una cosa es lo que Sócrates sentía y decía de sí, otra lo que en realidad había. Pero que fuese loco, ó tuviese enfermedad, ó padeciese manías, solamente á los modernos neurólogos se les ha podido ocurrir. Y no reparan que *desde niño* le asistió el *daimonion* y le anunciaba cosas venideras. La manía principal sería la vana ostentación de filósofo, así como la manía principal de los histerólogos es ver neuropatías por doquier.

1 Véase págs. 874, 908, 1017.

2 *Nouveau Dictionnaire de Médecine et de Chirurgie*, art. *Hallucination*.

3 *Traité pratique des maladies mentales*, p. 52.

4 *Des hallucinations*, 1852, p. 492.

5 *Lehrbuch der Psychiatrie*, p. 94.

6 *Discussions sur les hallucinations.—La société medic. psycholog.*, 1856.

1 *Vida*, cap. XXIX.

espiritual van reunidas las propiedades más principales, que la separan totalmente de la fantástica, descrita por ella también con todos sus arreos y señales.

Recapitulando lo dicho de las representaciones imaginarias místicas, muchos son los títulos que las enaltecen sobre las imaginarias naturales. Las naturales dimanan de trabajo espontáneo, las místicas nacen sin ningún apercibimiento; las naturales responden á un concebido deseo, las místicas previenen todo deseo y sobrecogen al descuidado; las naturales se desvanecen con solo considerarlas, las místicas desaparecen á pesar del esfuerzo en retenerlas; las naturales son vaporosas y volanderas, las místicas se arraigan profundamente en el ánimo; las naturales no tocan en las potencias intelectuales, las místicas hacen en ellas grandes efectos de luz y fervor espiritual; las naturales pueden prolongarse al arbitrio humano, las místicas solo dependen de la voluntad de Dios; las naturales cuanto más las acaricia la imaginación más crecen y se desbaratan, las místicas cuanto más se ahondan, más presto y súbitamente cesan.

Aventajado es en preeminencia el sueño místico, testificado por Santa Teresa, [1] por San Juan de la Cruz, [2] por Scaramelli [3] y otros escritores de teología mística. El sueño natural y el místico tienen dos notas comunes, á saber, el descanso corporal y la falta de conciencia refleja; pero se diferencian esencialmente en que el místico abisma al alma en un océano de luz y de amor cuyo centro ocupa Dios, á quien contempla fijamente sin apenas entenderlo. Esta intuición inconsciente le distingue del éxtasis y demás estados místicos, porque no deja rastro en la memoria, sino á lo sumo impresiones confusas, [4] si bien puede llamarse «un como principio de éxtasis.» [5] El sueño natural sobre agravar el espíritu, enfría el corazón, fatiga el cuerpo, deja al alma vacía de pensamientos; al revés el sueño místico acumula grandes tesoros de bienes en el alma haciéndola fuerte y robusta para adelantar en la perfección, como enseñan los Doctores en esta materia. Es el sueño místico campo fértil de visiones, revelaciones, profecías, que dándole otras formas le exaltan á superior dignidad. «Verdad católica es, dice Suárez, que las visiones en sueños pueden ser enviadas por Dios y por el demonio,» [1] y son más de doce los pasajes de la Escritura que testifican haber Dios manifestado en sueños su divina voluntad.

No son las visiones en sueños frutos de aquella neurosis de la respiración, llamada *pesadilla*, que hace que los dormidos sueñen que un cuerpo pesado carga sobre ellos. Dábanle los antiguos el nombre de íncubo y súcubo pareciéndoles que el demonio en figura humana abrumaba al durmiente. El que tiene pesadilla se cree dormido al borde de un precipicio, imagina que la cama se pega fuego, que ladrones asaltan el aposento, y como siente á veces en el epigastrio una incomportable cargazón, atribuye el sofocamiento á gatos, perros, osos, monstruos que se le asientan sobre el estómago, sobre el corazón, y le saltan por encima del pecho. Lo que más aprieta y congoja al paciente es la imposibilidad de moverse, de huir, de vocear, lo inminente del peligro y lo inútil de los esfuerzos. Aquí entra en convulsión, el pulso se le acelera, el semblante se le demuda, hasta que lanzando un grito despierta y ve convencido que todo fué ilusión. Las causas de la pesadilla son varias, las más se refieren al cerebro, otras al corazón, otras al hígado, otras á los vasos sanguíneos. Las alucinaciones, que alteran la respiración y circulación, tienen por término el epigastrio y el pecho, partes oprimidas por el mal. Siendo así, no sufren rastro de comparación con las operaciones del sueño místico, ni con las visiones en sueños, si bien es menester gran cuidado para no sentenciar á la ligera dando á cosa mística la que es molestia natural.

En fin las visiones intelectuales excusado es compararlas con las obras de la imaginación, porque pasan de vuelo toda operación sensitiva; todo es en ellas conocimiento de la pura verdad, por el objeto que es altísimo y alejado de la humana comprensión, por lo mucho que dura aquel profundo efecto que en el alma dejan, por los rayos de luz, incendios de amor, ríos

---

1 *Carta al P. Rodriguez Alvarez*, 18.
2 *Subida del Carmelo*, lib. II, cap. XIV.
3 *Dirett. mist.* tratt. III, capo IX.
4 Ezquerra, *Lucerna myst. tr.* V, n. 230.
5 Alvarez de Paz, *De gradit. contempl.* V, p. III, cap. VII.

1 *De Relig.* lib. II, cap. XIII.

de paz, océano de deleites espirituales que proporcionan al contemplativo. En estas visiones los sentidos y la imaginación, no habiendo lugar á forma corpórea, quedan sin oficio y cargo. «Este linaje de visiones, según el testimonio de Santa Teresa, es todo espiritual, ninguna parte en ellas tienen los sentidos externos ni internos. No puede el alma con los ojos ó con la fantasía mirar las cosas que se le representan, sino es en apariencia corporal aunque sean cosas espirituales; pero en estas visiones por beneficio del entendimiento las cosas, bien que sean materiales, se ven como espirituales, ó digamos mejor, se conocen y no se ven, pero se conocen mucho mejor que si con ojos se viesen.» [1] Pues donde el entendimiento se ocupa en la contemplación de la pura y limpia verdad sin auxilio de fantasmas, como en la pág. 841 dijimos, ¿con qué linaje de justicia pretenden los médicos adversarios que las visiones intelectuales sean partos de la fantasía y operaciones meramente humanas?

Quedan por resolver algunas dificultades que resultan de las modernas experiencias. Dicen, lo primero, que las histéricas tienen visiones.—R. Hable Richet, competente en la materia. «En las alucinaciones histéricas, dice, aparecen los mismos personajes, reprodúcense las mismas escenas en todos los ataques. El orden de las alucinaciones no varía, y por poco que se haya presenciado el acceso mental podrá cualquiera prever el fin de los ataques atendida la índole de las alucinaciones. En una predomina la banda de una música militar, en otra el ruido de un ferrocarril, en otra la aparición de sabandijas, víboras, sapos, ratones. La regularidad de estos delirios frenéticos sorprende á cualquiera. El que oiga los clamores, los bramidos de los *demoniacos*, quien vea sus furibundas contorsiones dirá luego que este espantable drama anda sin tón ni són. Y con todo, en hecho de verdad cada cosa guarda su lugar y orden determinado: todo el desorden camina con la exactitud matemática de un reloj que tiene cuerda.»

En confirmación de esto refiere Richer en su *Grande hystérie*, entre otras visiones, la de una histérica en esta forma. Entrada en el tercer período, se ve sobrecogida de espanto y da voces: ¡asesinos! aquí entran... ¡asesinos! Es el Señor Coupat-Fontaine... no es cosa mía... Sí, los gendarmes! Favor!—Apréstase á huir y entre tanto se le pinta en el semblante un gran terror y grita: ¡Señor Coupat-Font...! favor... no me toca.—Agita los brazos y la cabeza voceando: Aquí están los ladrones, el asesino, los verdugos... La muerte... ¡Oh, oh, oh Dios! Ladrones, favor, fuego, llamas, gendarmes! No me toca á mí. Es el señor Coupat-Fontaine! etc...—Otro ejemplo refiere el doctor Sanderet [1] de una joven que solía contemplar el paraíso tendida en la cama, cerrados los ojos, casi juntas las manos sobre el pecho. Al ir á enclavijarlas empezó á cantar con voz sonora y vibrante. El canto era popular y conocido, pero expresado con viveza de afecto. Después se compuso en la forma que suelen tener las estatuas de la Inmaculada Concepción. Quedóse inmóvil por espacio de una hora. Preguntada qué cosas había visto en sus viajes celestes, respondió que había visto á Dios todo blanco, el cielo de oro y plata.—Otra histérica de la Salpêtrière, vuelta en sí de sus ataques, decía que se había hallado en el cielo entre vivísimos resplandores, que por doquier se veían campos verdes y figuras del Bautista con corderitos trasquilados, después, muchos diamantes, dibujos, cuadros y estrellas de todo color. Nuestro Señor, añadía, lleva los cabellos castaños ensortijados y barba rubia. Es lindo, alto, fuerte y todo de oro. La Virgen es de plata.

En la *Iconografía* de la Salpêtrière, [2] entre otras se ponen las visiones de una histérica por estas palabras: «Si divaga, habla de perros rabiosos, de guarda-bosques, de selvas; dice que tiene pájaros en la cabeza, lagartos en el vientre. Alucinaciones de la vista y del oido: en el techo ve mariposas, golondrinas, centellas que revolotean, lagartos trepando por las paredes, un animalito negro con cuernos como un buey, y le pinta con ademanes de terror. Oye voces, campanas á vuelo.» —Richer describe los ataques de otra histérica diciendo: «Matth... queda inmóvil, el semblante risueño, los brazos en diversa posición, incorporada en la cama ó acostada. Hallándose en estado cataléptico

[1] San Ligorio, *Praxis confess.* n. 139.

[1] *Union médicale*, 1851, 18 janvier.

[2] t. I, p. 19.

despierta de improviso. Parece cariacontecida. Oh! qué lindeza, dijo. Veía un hermoso edificio con colores, bolas brillantes, flores preciosas, habitado por hombres vestidos de seda y de mil colores. En otro ataque veía el cielo, los ángeles azules, blancos, encarnados, bolas brillantes, estrellas... En otra ocasión su fisonomía expresaba el terror y el hastío. La desvelan, y exclamó: Ah! mejor, muy bien hecho.— Estaba en el infierno, veía al diablo y bolas de fuego.» [1]

Por este rumbo van todas las visiones de las histéricas: desorden, incoherencia, inverosimilitud son las notas más comunes en todas ellas, como de su arrebatado delirio se deja entender; y si añadimos la ninguna correspondencia con la vida real, resultará que las visiones del histerismo siguen camino contrario á las del misticismo, en las cuales el orden, coherencia, verosimilitud y concordancia con los sucesos de la vida práctica son sus insignias más calificadas y nobles. [2] Trasladeмos la que tuvo la Beata Margarita María Alacoque á 27 de Diciembre de 1673, fiesta de San Juan Evangelista. Dos relaciones hizo de ella la Beata. La que se contiene en la carta escrita al P. Juan Croiset, fecha 3 de Noviembre de 1689, es como sigue: «Tornando á lo que deseáis saber tocante al Sagrado Corazón, la primera gracia que entiendo haber reecibido en orden á él, recibíla un día de San Juan Evangelista. Después de haberme tenido recostada muchas horas sobre el sagrado pecho, recibí de aquel amable Corazón gracias tales, que el recordarlas me saca fuera de mí; no me parece necesario especificarlas, pero la memoria de ellas y la impresión que en mí hicieron me quedará toda la vida.

»Después se me apareció el divino Corazón como en un trono de llamas, más radiante que el sol y transparente como el cristal, mostrándome su adorable fuego. Circundábale una corona de espinas, emblema de las punzadas que le dan nuestros pecados; y una cruz que sobre él había significa que desde el primer instante de su Encarnación, esto es, desde que fué formado este sagrado Corazón, fué plantada en él la cruz. Desde ese primer instante le inundaron las amarguras todas que habían de causarle las humillaciones, la pobreza, las penas y el menosprecio que había de padecer en la sagrada Humanidad en todo el discurso de su vida y en su santa Pasión.

»Dióme luz con que viera que el encendido deseo que siente de ser amado de los hombres y de apartarlos del camino de perdición, á donde el demonio los arrastra en tropel, hizo que concibiese la idea de manifestar á los hombres su Corazón con todos los tesoros de amor, misericordia, gracia, santificación y salud que contiene; que á cuantos quisieran darle y procurarle el amor, honor y gloria posible, los enriquecería otorgándoles con abundancia y profusión estos divinos tesoros del Corazón de Dios, que es la fuente de donde manan; que se le había de honrar bajo la figura de ese Corazón de carne, cuya imagen quiere sea expuesta y que la lleve yo sobre mi corazón, para imprimir en él su amor y llenarle de todos los dones de que Él está lleno, y destruir todos sus movimientos desordenados; y donde quiera que sea expuesta esta santa imagen para ser honrada, allí derramará sus gracias y bendiciones.

»Es esta devoción como el esfuerzo supremo de su amor, que quiere favorecer á los hombres en estos últimos siglos con este linaje de redención amorosa, para sustraerlos al imperio de Satanás que él pretende arruinar, y para colocarnos bajo la dulcísima libertad del imperio de su amor, el cual quiere restablecer en los corazones de todos los que abracen esta devoción.

»En seguida díjome el Soberano de mi alma: Aquí tienes los fines para que te he escogido y otorgado tantas mercedes. Desde tu misma cuna tuve particularísima providencia de ti; y si después yo he hecho contigo el oficio de Maestro y Director, ha sido para disponerte ¡á que! cumplas este gran designio, y para confiarte este gran tesoro que aquí pongo claramente ante tus ojos. Yo entonces, cayendo en tierra, le dije con Santo Tomás: ¡Señor mío y Dios mío!

»No me es posible expresar lo que en aquel punto sentí; no sabía, á la verdad, si estaba en el cielo ó en la tierra.» [1]

---

[1] *Études cliniques*, p. 458.

[2] L. De San, *Étude pathologico-théologique*, 1886, p. 79.

[1] Véase *Le Messager du Cœur de Jesus*, Toulouse, avril 1890, pags. 470, 471 y 472.—Dr. Imbert, *La stigmatisation, l'extase divine et les miracles de Lourdes*, 1894, t. II, chap. XXII.

Inútil trabajo sería extendernos en las visiones del hipnotismo, que participan los mismos caracteres de monotonía, incoherencia, vulgaridad, desorden, inverosimilitud y bajeza que vemos en las del histerismo, y no pueden sin ofensa del sentido común ponerse al lado de las visiones y apariciones sobrenaturales de los Santos. «Las objeciones tomadas del histérico y del hipnotismo, constituyen la mayor necedad que podían pronunciar los libres pensadores.» [1] Así el Dr. Imbert trata á Charcot y á los adalides de la sugestion hipnótica. Pero no es razón pasar en silencio la autoridad del insigne escritor católico Luis Muratori. En su obra *Fuerza de la fantasía*, cap. IX, parece reducir á esfuerzo natural del entendimiento las visiones y revelaciones de los místicos. Cargada el alma de conceptos piadosos sacados de la frecuente lectura, de las pláticas y sermones, de la asidua meditación, con gran facilidad enriquece su fantasía, y así como los amantes profanos imaginan tener coloquios y ratos de solaz con las personas queridas, con cuya ausencia se deleitan cual si les fueran presentes, así las doncellas devotas y religiosas hablando con su vivísima imaginación creen tener trato con ángeles, con la Reina y con el Señor de los ángeles; y es todo operación de la imaginativa. Tal es el principio de Muratori, que aplicado, como lea plica, á Santa Teresa de Jesús, reduce sus visiones á extremos de fantasía.

No es éste lugar á propósito para emprender su refutación. Erudita y copiosamente la hace el P. Vandermoore en su rico volumen *Acta S. Teresiæ*, § XCIII, donde hallará el deseoso las pruebas que aquí no cabe exponer. Pero si se advierte que los eminentes diretores San Pedro de Alcántara, San Juan de la Cruz, San Francisco de Borja, el Bto. Avila, el P. Báñez, el P. Bartolomé de Medina, el P. Ribera, el P. Alvarez, el P. A. Ibáñez, y otros gravísimos confesores, en número de treinta y ocho, trataron, examinaron, aprobaron el espíritu de la esclarecida Reformadora del Carmelo, y descubrieron en sus visiones las señales de auténticas y de divinas, resultará un poderoso argumento contra la opinión de Muratori, quien sin razón ni fundamento se opuso á la corriente de tantos y tan ilustres prelados, doctores y varones sapientísimos, dignos de toda veneración. Callemos el maduro juicio de la Rota romana, que llamó á la Santa Virgen *maestra de celestial doctrina*, allí donde ella declara no ser obra de su imaginación, sino del cielo, sus visiones y apariciones, distinguiéndolas magistralmente de las ilusiones fantásticas. [1] «Quien atribuya esta visión á juego de fantasía, deberá ser tenido por hombre sin juicio,» decía Pedro Nicole hablando de una visión de la Santa. [2]

No ignoraban los escritores de teología mística las fuerzas de la imaginación; no las ignoraban los Bernardos, los Buenaventuras, los Gersones, los Bonas, los Juanes de la Cruz, los Torquemadas, los Piatis, los Barberinis, los Sosas, los Suárez, los Medinas, los Alvarez de Paz, los Godínez, no las ignoraban otros seiscientos teólogos gravísimos y doctísimos, cuando en sus tratados de la mística contemplación atribuían á especial asistencia del Espíritu divino las visiones de los extáticos. «Hombres hubo en todos los siglos pasados, para decir lo que siento, muy mal dispuestos á creer, y hombres siempre habrá que pequen de demasiado crédulos; pero el dón de discernimiento de espíritus no le ha reservado Dios para estos últimos tiempos, para que no vayamos á pensar que el Espíritu Santo hizo de peripatético en los siglos antecedentes.» [3] Las visiones de Santa Teresa fueron ventiladas, conferidas, pasadas por el crisol de la más rigurosa crítica, antes de solemnizarlas y recibirlas con aplauso los diligentes examinadores; pero tan vivos fueron los destellos despedidos por ellas, que desvanecidas de los entendimientos las sombras de dudas hubieron de bajar la cabeza é inclinarse á la luz de la verdad los que fluctuaban en dar asentimiento. Esto baste para mostrar cuán torcida senda siguió Muratori en tergiversar las operaciones divinas que en Santa Teresa y en otros muchos místicos admiramos. Ora participase este autor del espíritu jansenístico, ora los jansenistas adulterasen su libro con feos borrones, cierto es que la tesis

[1] *La stigmatisation, l'extase divine et les miracles de Lourdes*, 1894, vol. II, p. 483.

[1] *Fundaciones*, cap. VIII.—*Moradas sextas*, cap. IX, —*Vida*, cap. XXVIII.
[2] *Essais de morale*, chap X.
[3] P. VANDERMOORE, *Acta S. Teresiæ*, p. 412, n. 1790.

muratoriana rebosa falsedades no sólo históricas, mas también críticas y filosóficas.

ARTÍCULO V.

Llagas místicas.—Combátese la hipótesis del pénfigo.—Hipótesis de la hematidrosis.—Hipótesis de la inedia.—Hipótesis de la diapedesis.—Hipótesis hipnotista.—Llagas de San Francisco de Asís: su forma y condición.—Notables diferencias entre las llagas místicas y las hipnóticas.—Hipótesis de la plasticidad.—Respóndese á la dificultad de la auto-sugestión hipnótica.—Corolario contra el materialismo y positivismo.

Al tratar de la mística divina redujimos á breve suma las maravillas de la estigmatización que en muchos Santos se han dejado ver en el tiempo de sus arrobamientos. El alma siendo espiritual y de tan noble substancia se halla muchas veces atollada en la torpeza de los sentidos, cual si tuviera los aceros de su inmaterialidad embotados para los discursos puros de la mente; al contrario tales son, otras veces, los movimientos y los afectos que la agitan, que redundan en el cuerpo los toques espirituales, y vienen á dejar en el sentido una huella ó marca de sí, que parece estar lejos de la condición corpórea. No habían de escasear los enemigos del milagro en levantarse contra la grandeza de estas místicas operaciones. Francisco Petrarca, al decir de Benedicto XIV, [1] descubría en las de San Francisco, que son las más señaladas, la obra de la imaginación. Pomponazzi derivaba de su sistema la misma consecuencia, como va dicho más arriba. Los racionalistas modernos apenas han sabido dar un paso fuera del camino de la medicina antigua; es tema de ciertos alumnos de Esculapio desnaturalizar, en nombre de la medicina, las operaciones de Dios. Para tapar los ojos y exigir á los incautos fe raciocinan de esta forma. Las personas que tienen llagas y éxtasis son mujeres histéricas, hombres hipocondriacos, que con las asperezas de su vida han llegado á postrar las fuerzas corpóreas exaltando con exceso las sensitivas. De tanto revolver en su pensamiento las escenas de la Pasión de Cristo, se encienden en vivas ansias de comunicar con sus penas; de aquí acude á las manos y pies de estos contempladores una fluxión nerviosa y sanguínea, que sube de punto en los viernes cuando la concentración es mayor. Así expone Alfredo Maury [1] la teoría de la estigmatización. «El estudio de la estigmatización, dice, nos ofrece la reacción de las ideas sobre el organismo cuando llega á lo sumo; mas este efecto singular es ni más ni menos causado por la influencia exclusiva del físico sobre el estado moral.. El misticismo extático... es prueba evidentísima del influjo de la imaginación y de las ideas sobre la economía corpórea.» [2]

Al presentárseles una estigmatizada con entumecimiento en las manos, con derrame de sangre, con trasudores sanguíneos, sin reparar en las consecuencias aseveran que todos son efectos naturales, que el primero es un *pénfigo*, el segundo una *sufusión sanguínea*, el tercero una *hematidrosis*, es á saber, ampolla grande con flujo de sangre y sudor cruento; y con haber en tres palabras señalado el efecto pretenden haber dado con la verdad de la causa. Importa, pues, averiguar si las afecciones morbosas notadas en estas tres voces corresponden á la realidad de las experimentadas por los estigmatizados.

La expuesta teoría es en general sobre ridícula, absurda y desatinada. A ser razonable se hallarían ejemplos de estigmatización en los doce primeros siglos de la Iglesia, cuando vivieron los grandes contemplativos y Santos devotísimos de la Pasión del Señor; y con todo, son raros los ejemplos que de estos accidentes místicos se refieren, como observó el docto Ribet, [3] en la cristiana antigüedad. ¿Faltábales acaso fuerza imaginativa á la Virgen Nuestra Señora, á Santa María Magdalena, á San Juan Evangelista, á San Antonio Abad, á Santa Brígida, á San Agustín, á San Bernardo, á San Jerónimo, con que provocar hemorragia y fluxión nerviosa?

Además, si un esfuerzo de imaginación rompe carnes, ¿cómo no corta piernas, ni transforma miembros, ni hace carnicería en el cuerpo? ¿Por qué las fluxiones han de ser en las manos, pies y costado tasadamente, y no en la cara, en los brazos, en las piernas, donde es fácil la congestión, á voluntad del imaginador? ¿Y por qué se abren las llagas en un instante y luego en un volver de ojos desparecen, y tornan á divisarse á una simple oración?

---

1 *De servor. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XXXIII.

---

1 *La magie et l'astrologie.* 2 p. 409, 421.
3 *La mystique divine*, t. III, chap. XXVIII.

¿Y por qué á veces se conservan frescas y vivas mucho tiempo, y en ciertos días y á ciertas y determinadas horas vierten sangre sin cicatrizarse, sin supurar ni enconarse? Estos tan raros efectos no son hijos de la imaginación, no puede ésta más que la medicina en hechos externos y que son de jurisdicción médica.

Responden: la estigmatización es una manifestación de la *neurosis* que pertenece á las *neuropatías estigmáticas*. Replicamos: no basta imponer nombres á las cosas; lo filosófico sería explicar cómo siendo la llaga mística una lesión morbosa perteneciente á la Patología, es obra natural y efecto puramente orgánico; porque bien puede un accidente ser enfermedad y clasificarse entre las afecciones patológicas, y con todo eso tener por causa un agente extrínseco. Obligados están los médicos racionalistas á demostrar que basta la fantasía para producir este mal. Doctores competentes y muy cuerdos niegan que sea esta enfermedad conocida en los Anales de la medicina, confiesan que los médicos no son hábiles para resolver el problema de su existencia. [1] Descendamos al campo de la disputa.

En primer lugar, el pénfigo es una enfermedad que forma en el cutis bultos llenos de serosidad ó de humor purulento. Los dermatólogos que han tratado esta materia, como Hardy, Gilibert, Willan, Bazin, dan á este mal el carácter de eruptivo y le señalan curso determinado, reacción febril, evolución limitada; llegado al término el mal para quedando del todo curado. Le hay congénito en los recien nacidos, pero lleva un curso distinto del eruptivo de los adultos. Esta dermatosis antes de formarse ofrece manchas eritematosas con escozor molesto, y en aquel mismo paraje se principia el depósito de la serosidad, quedando así rápidamente constituida la ampolla penfigosa. Su volumen es vario, desde el tamaño de un guisante hasta el grueso de una naranja, varia la cantidad de las ampollas, varias las formas en que aparece; mas ora el pénfigo sea agudo ó crónico, ora vulgar ó foliáceo, ya simultáneo ó solitario, ya artrítico, herpético, caquéctico, ello es que «entre un período de seis semanas á seis meses, contando la sucesión de las eflorescencias, queda terminada esta enfermedad,» dice el Dr. Giné hablando del más benigno [1].

¿Qué diremos de un extático que sin calentura ni malestar precedente, en día fijo, en parte desacostumbrada, descubre entumecimientos repentinos que huyen aprisa, y vuelven semanalmente por espacio de muchos años? ¿Qué diremos cuando las hinchazones salen exclusivamente y siempre en la misma región, y no van acompañadas de reacción febril, y su duración entre nacer, romper y desaparecer se cumple en treinta y seis horas, dando lugar cada vez á hemorragia de muchas horas, como lo asevera el Dr. Lefèbvre hablando de Luisa Lateau? [2] El fenómeno es inexplicable en medicina vulgar, es obra extraordinaria y divina, ni Hebra ni Kaposi, ni Bazin, ni Cazenave, ni Giné han descubierto en sus clínicas cosa igual.

Al mismo paso van las hemorragias, procedentes de los capilares, venas ó arterias, y nacidas de las cavidades internas ó en la superficie de los órganos externos. Para que los glóbulos rojos atraviesen los vasos ha de haber ruptura, ó por acción violenta, ó por enfermedad, ó por extraordinario esfuerzo ó por diapedesis, y pues carece el estigmatizado de disposición ó enfermedad hemorrágica, como en muchos consta claramente, y también faltando lo extraordinario del esfuerzo y la violencia requerida, como en otros casos faltó, infiérese que no podía ser natural aquella efusión de sangre que manaba de las llagas en determinados días. Porque heridas en los pies, manos y costado, abiertas todos los viernes, rompiéndose los capilares en partes de tejido firme, con derrame espontáneo de sangre, y cicatrizándose las heridas el día siguiente sin aplicación de apósitos, es un acontecimiento en medicina, que no tiene punto de analogía con las hemorragias de aquellas personas propensas por enfermedad á vómitos y evacuaciones de sangre por las vías naturales.

Mucho menos aclaran las cosas los sudores ó hematidrosis. Estas exudaciones se originan de conmoción moral, ó de trastorno nervioso, ó de pasión violen-

[1] LE FÈVRE, *Réponse au Dr. Warlomont*, p. 657.—IMBERT, *La stigmatis.*, t. I, p. 206.—JOREZ, *La médecine et la question de la Stigmat.*, p. 24.

[1] *Tratado clínico de Dermatología quirúrgica*, 1880, p. 336.

[2] *Étude médicale*, 1873.—*Respuesta al Padre Salis-Seevis*, agosto de 1891.

ta; y cuando brota la sangre depositada en las glándulas sudoríparas, abre camino por los poros hasta la epidermis, sin que se eche de ver lesión alguna por donde pudiera el licor rezumarse. Pero en los estigmatizados eran visibles las heridas que daban paso á la sangre quedando matizada la piel, y más que sudor debían llamarse hemorragia pues tenía fuente de donde salir. Tanta verdad es que esta hipótesis no da cuenta cabal de los hechos por la historia celebrados.

Otra explicación quiso dar el Dr. Charbonnier parecida á la intentada sobre los éxtasis, de que hicimos mención en el artículo segundo. La abstinencia y el ayuno era la respuesta general que daba Charbonnier á todos los fenómenos místicos, [1] y haciendo aplicación á las llagas decía: «La abstinencia al suprimir las funciones digestivas procura más libertad al influjo nervioso y á la sangre, destinados á los órganos digestivos. Estos se atrofian, y entretanto se desenvuelven las neuralgias con la nueva función de las alucinaciones y visiones. Nunca se vieron estigmas fuera de los países en que es posible el ayuno, fuera de las órdenes que le tienen de regla. La contemplación facilitada por la abstinencia, obra la estigmatización por un doble movimiento del alma. El amor de compasión reina en los místicos como pasión dominante, anhelan ellos asemejarse á Aquel que tanto por su amor padeció... El alma con el ejercicio de la abstinencia había concentrado las fuerzas orgánicas en solos dos órganos, por la contemplación recoge todo el contingente doloroso esparcido en todo el cuerpo para encerrarle en algunos puntos que ella ve, admira, y ama en Cristo Jesús. El movimiento histológico viene en pos del movimiento afectuoso, ordinariamente tras largo tiempo y después de esfuerzos inmensos, continuos, acumulados sin descanso. El flujo sanguíneo, que trasportó á la piel su actividad excesiva, se adapta al fin á seguir el influjo nervioso dirigido constantemente á un mismo punto. En esto consiste la estigmatización.»

A la hipótesis de Charbonnier han respondido Warlomont y Mascart con buenas razones, bastantes para tacharla de quimérica. Ni era menester mucho discurso para descubrir la falsedad. Muchos Santos, sin guardar abstinencia, gozando de perfecta salud, alimentados con suficiente abundancia, amanecieron con llagas; y otros, enflaquecidos con ayunos incesantes, macerados y adelgazados por penitencias, siendo grandes contemplativos, nunca llegaron á ser estigmatizados, como en el capítulo XIII del libro anterior se dijo, y son infinitos los ejemplos en la historia de la mística. En algunos cesaron las llagas de repente, sin que por eso se les cerrase la gana de comer, ni tuviesen necesidad de órganos nuevos para la perfecta digestión. No puede ser más risible ni más infundada la suposición de Charbonnier.

Veamos si satisface mejor la de Warlomont, médico famoso de Bélgica. La sangre fluye de las llagas por *diapedesis* ó sea trasudación de los glóbulos rojos á través de las paredes de los vasos capilares. A la trasudación ayudan el temperamento linfático, el aumento de presión intravascular, y la dilatación morbosa de los vasos. Esta, y los humores que produce, son efectos de la imaginación y atención continuada. Para probarlo presenta Warlomont algunos hechos, como los citados en el capítulo anterior, significando con ellos la fuerza que posee la fantasía, sobresaltada por impresiones morales, para ocasionar *enquimosis* en alguna parte del cuerpo y sensaciones de dolor. Para demostrar el poder de la atención, requiere Warlomont una cierta repetición de sensaciones, embebecimiento del espíritu en ellas, y un cierto instinto para retener un género particular de impresiones. Halla Warlomont cumplidas estas tres cosas en la devoción que tenían los Santos á la Pasión de Cristo y en la consideración frecuente de este soberano misterio; la devota contemplación de los dolores de Cristo y la fijeza del pensamiento en aquellas regiones del propio cuerpo correspondientes á las divinas llagas, producían en los Santos, merced á la imaginación y atención, dolores, congestiones, irritaciones, dilatación de capilares, en fin, derramamiento de sangre por *diapedesis*. [1]

Esta exposición, que á muchos doctos ajenos á la medicina podía parecer verosímil, fué recibida por los doctores

[1] *Maladies et facultés diverses des mystiques.*

[1] P. L. Salis-Sewis, *Le extasi*, p. 170.

académicos con gran risa y escarnio. Al refutarla Lefèbvre y Charbonnier pusieron las manos en la ficción de la diapedesis de Conheim, mostrando cómo los glóbulos rojos no pueden pasar por los intersticios celulares de las paredes de los vasos; después probaron que no todos los estigmatizados fueron tan linfáticos y débiles de constitución como la hipótesis requería; además, que las dilataciones de los vasos capilares que habían de acumular la sangre en los puntos de las llagas, eran absurdas porque suponían unos capilares cinco veces mayores de lo que realmente son en el humano organismo; fuera de esto, que las apariencias de dilatación descubiertas por él en la mano de una estigmatizada, se echaban de menos en la frente, costado y hombro, donde la hemorragia era más copiosa; finalmente, que el influjo de la imaginación, por grande que sea, tiene límite señalado en nuestro cuerpo, y no se extiende más que á paralizar ó excitar los nervios vasomotores, sin que alcance á producir hemorragias de los vasos cutáneos, aunque sí sudores por las glándulas sudoríparas. «Estos fenómenos admitidos en calidad de reales por Ranvier Rouget, Vulpian, los niegan Robin, Feltz, Duval.» [1] Sea de esto lo que fuere, siempre queda que la hipótesis de Warlomont es ineficaz para entender las llagas místicas. Si fuera cierta, tendríamos un número sinnúmero de estigmatizados en los monasterios donde la vida de contemplación y recogimiento es la ordinaria y común, y sin embargo son raras las llagas y cosa de privilegio. Siquiera debería tener llagado el corazón la Beata Margarita Alacoque, que por años continuos recreó y apacentó su espíritu considerando los amores del Corazón Santísimo de Jesús; y con todo eso no se halló en su costado herida ni señal de llaga. Lo mismo debería esperarse de San Alonso Rodríguez, apasionadísimo contemplador de Cristo crucificado, y de Santa Teresa de Jesús, extática por eminencia, y de la Beata Catalina Tomás, atravesada de dolor á vista de los dolores de Cristo, y de muchas otras almas amarteladas de Cristo, y como San Pablo probadas interior y exteriormente con grandes afrentas, dolores y trabajos: ninguno de los cuales, no obstante los ardores del amor extático, seráfico y fruitivo, recibió en el cuerpo impresión de llagas ni señal corpórea con que otros pocos fueron honrados. Los médicos racionalistas, cuanto más arrogantes y contumaces se muestran en mover guerra contra la mística divina, más de manifiesto ponen su ignorancia y cortedad.

El Padre Nieremberg había previsto sus argumentos cuando decía con cautelosa advertencia: «Han de advertir que algunas imaginaciones no son ocasión de enfermedades, sino al contrario las enfermedades causa dellas, principalmente cuando pasó aquella imaginación durmiendo, porque preparados ya los humores para aquella dolencia ó afección causan semejantes sueños, y esto se ha de decir en aquellos que soñando que tenían peste, despertaron con ella. Y lo que Arnoldo filósofo escribió de sí, que como soñase una noche que un gato le mordía en el pie, otro día después por la mañana se halló con una llaga en el mismo lugar; la causa fué que el principio de aquel mal humor causó aquel sueño. Quizá también esta es la causa de lo que Juan Mateo de Grado dice de Alejandro Vizconde, que todas las veces que soñaba que comía, le daba el día siguiente dolor de riñones, y tanto mayor dolor, cuanto lo que comía en sueños era más duro, y fué sobremanera una vez, que soñó que comía estaño.» [1]

Dejando las exposiciones de Crocq y de Boëns, que pueden verse en la preciosa obrita del Padre Salis-Seewis, [2] entremos con los hipnotistas. La taumaturgia hipnótica que se ufana de remedar los milagros de las curaciones, también alarga su pretensión á la grandeza de los estigmas. Fuera del hipnotismo hemos visto que no presenta la medicina casos análogos á las llagas de los Santos, mucho menos señala á éstas causa natural digna de razonable aceptación. Los hipnotistas apuestan dos cosas: que obran semejantes prodigios, y que por razones fisiológicas los explican á maravilla. Veamos cómo ganan la apuesta.

Los doctores Borru y Burot en Grenoble el año 1885, hicieron en un joven de veintidos años la siguiente experiencia. El hipnotista trazó en el brazo del mancebo unas líneas con la punta obtusa del

[1] LITTRÉ, *Dictionn. de médecine*, art. *Diapédèse*.

[1] *Curiosa filosofía*, lib. II, cap. XXI.

[2] *Le estasi, le stimmate et la scienza*, 1892, § XX.

estilete, y vuelto al hipnotizado le impuso esta sugestión diciendo: «Esta tarde á las cuatro te dormirás, y echarás sangre por las líneas que acabo de trazar.» A la hora señalada le vence el sueño, los rasgos del brazo se abultan, se enrojecen, y luego asoman gotas de sangre en varios puntos. Al cabo de tres meses eran visibles las líneas si bien algo bajas de color.[1] —Otro día se repitió la operación con este mandamiento: «Esta tarde á las cuatro dormirás, irás á mi gabinete, te sentarás en mi butaca, cruzarás los brazos sobre el pecho y arrojarás sangre por las narices.» Y sin ningún estímulo exterior salieron de la nariz algunas gotitas de sangre. —El Doctor Mabille, médico de la Rochela, á vista de cuarenta abonados testigos hipnotizó al paciente, delineó una letra en su muñeca izquierda, y le dijo: Acto continuo vas á echar sangre en este sitio. Me duele mucho, responde el enfermo. No importa, replica el médico, yo te mando que sangres.—Así fué, hinchóse el brazo, apareció la letra de relieve y enrojecida, y viéronse gotas de sangre no precisamente en la letra poco ántes escrita, sino en otra escrita dos días atrás.[2]—Los doctores Amalio Jimeno y Francisco Vinyals hicieron análogas experiencias en un joven neurópata, cuyo corazón tenía un desarrollo hipertrófico. Al mandato sugestivo de ambos doctores, después de adormecer al enfermo, el corazón de éste respondía latiendo con la fuerza, ritmo y tensión que ellos imponían, y lograban á voluntad fenómenos de *taquicardia paroxística*, ó de *ataques sincopales.* El enfermo había sido curado, mediante el hipnotismo, de una contractura histérica del brazo derecho.[3]

Estos son los hechos observados en el hipnotismo. M. de Rochas, ocupado en este oficio hace años, quiso repetir las experiencias con un tal Benito con quien hacía señaladas maravillas, pero quedó defraudado de su pretensión. En cambio cuenta de otro que en un acceso de sonambulismo espontáneo se sacó por sí propio alguna sangre. Así «renovó, añade Rochas, el fenómeno maravilloso de la famosa auto-sugestionista estigmatizada Luisa Lateau.»[1] Con más claridad ponderan las operaciones hipnóticas los MM. Binet y Féré diciendo: «Estos curiosos fenómenos traen á la memoria y explican los estigmas sanguinolentos que en varias ocasiones se han observado en los extáticos religiosos mientras que se representaban la Pasión de Cristo.»[2]

Para determinar la fuerza de estos asertos, y entender con cuánta ligereza concluyen los doctores racionalistas la identidad de los efectos y lo natural de la causa, se deben examinar las llagas místicas y las llagas hipnóticas cotejándolas entre sí; del cotejo surgirán cuatro diferencias capitales, cuanto á su naturaleza física, cuanto á sus efectos, cuanto á su duración, cuanto á su producción, y de ahí será fácil sacar cuán sin razón tratan los hipnotistas de igualar las unas con las otras. Lo primero, los experimentos hipnóticos demuestran que sus llagas consisten en lesiones superficiales, no como las de los místicos profundísimas y en partes más inaccesibles. Celebradas y dignas de gran ponderación han sido siempre las llagas de San Francisco de Asís, y es razón declaremos más por extenso su naturaleza especialísima.

Ante todo en la veracidad de fidedignos testimonios hemos dejado (pág. 791) asentada la verdad histórica del hecho. En cuanto á la forma y condición de las llagas no faltaron en aquellos siglos hombres tan audaces como los modernos que las diesen por hechuras de la imaginativa. Algunos cita de este sentir Miguel Montano:[3] el P. Raynaud pone entre ellos á un médico francés, llamado Jerónimo Montuo, y á otro de Mompeller por nombre Saporta.[4] Del Petrarca no nos atrevemos á dar juicio cierto: por una parte llamaba estupenda señal la estigmatización de San Francisco,[5] y Waddingo depone haber visto unos versos suyos en elogio de las llagas;[6] mas luego debió de amanecer arrepentido cuando las juzgó debidas á la fuerza de la imaginación, como está di-

1 MERIC, *Le merveilleux et la science*, I.e p. chap. IV § II.
2 *Progrès médical*, 29 août 1885.
3 *Curso de Clínica médica*, 2.° año á cargo del Sr. Jimeno Cabañas, Madrid, 1890.

1 *Les forces non definies.—Recherches historiques et expérimentales*, 1887, p. 208.
2 *Magnétisme animal*, p. 147.
3 *Specimin.* lib. I, cap. XXI.
4 *De Stigimatismo*, cap. X, t. XIII, p. 126.
5 Stupendum insigne sacrorum stigmatum.—*De Vita solitaria*, lib. II, cap. XI.
6 *Annal. Minor.* t. II ad an. 1224. n. 20.

cho. [1] De Pomponazzi no cabe dudar que las derivó de la virtud natural de la imaginativa, [2] actuada por largo tiempo en la contemplación de los misterios de la cruz.

Bastaban las bulas y diplomas de Gregorio IX, de Alejandro IV, de Nicolás IV, de Benedicto XI, para abajar á estos antojadizos adversarios las alas y dejarlos corridos y humillados. San Buenaventura, cual si anteviese la oposición de los descontentos y quisquillosos, con tales colores describió la impresión de las llagas, según la tenía de buenas fuentes, que les había de quitar las ganas de torcerla á cosa natural. Quien considere su descripción no podrá menos de quedar aturdido y espantado. [3]

En el siglo siguiente, en 1385, se levantó á esgrimir las armas de la severa crítica contra los enemigos de la verdad el P. Fr. Bartolomé de Pisa, dando á luz el libro *De Conformitate vitæ B. Francisci ad vitam Domini nostri Jesu Christi*. Al delinear la condición del fenómeno se expresa en estos términos: «Los clavos tenían cabeza fuerte ancha y remachada, se continuaban por fuera al otro lado de los pies y de las manos, y se encorvaban de suerte que en el círculo formado al encorvarse podia caber un dedo, como Fr. Buenaventura obispo de Albano, cardenal de la santa Iglesia romana, dice haberlo sabido de personas que vieron y tocaron las excrecencias y lo certificaron con juramento. Supongamos que una causa natural, ó siquiera la imaginación, haya podido abrir los tejidos de la carne, aunque con medios artificiales fuese ayudada no llegaría á formar clavos tan duros con la materia de los nervios y huesos. Y por igual motivo la llaga del costado según la forma que tenía no pudo ser abierta por causa física ni por imaginación, porque no se habría conservado dos años incorrupta, como la de San Francisco se conservó.» [4]

Discretísimas son las razones del docto escritor, bastantes para imponer silencio á Maury, á Tholuck y á los modernos antiestigmáticos, que no han añadido reparos nuevos á la invención de los antiguos, y con tanta presunción escriben cual si nadie hubiera deshecho sus manoseados argumentos. [1] De los testimonios fidedignos resultan las cosas siguientes. Las llagas de San Francisco no eran superficiales, sino profundas y abiertas en manos y pies. En medio de cada una tocábase un clavo sobresaliente y relevado, que la traspasaba de parte á parte, de color obscuro, de carne sólida, y tan de una pieza que moviéndole de un lado resultaba el movimiento al lado opuesto. En las palmas de las manos y en los tarsos de los pies mostraban los cuatro clavos sus cabezas redondas, semejantemente formadas y muy conjuntas á la carne, sin por eso estorbar el juego de los nervios y músculos; en las partes opuestas las puntas se retorcían y remachaban de arte que en los cóncavos de su oblicuidad podía caber un dedo holgadamente, solo que al sentar el santo los pies experimentaba dificultad y se veía precisado á usar de bastón ó de jumento en los caminos. La llaga del costado era honda y encarnada, cual si una lanza la hubiese abierto con espantosa herida. Para formar concepto de su índole física comparan los escritores los clavos de San Francisco con los clavos del Salvador, diciendo «que los clavos de Cristo eran de hierro y los de San

---

[1] *Epist. senil.* lib. VIII, *Epist.* III, ad *Thom. de Garbo.*

[2] *De incantationib.* cap. VI.

[3] Cernebantur enim in membris illis felicibus clavi ex ejus carne virtute divina mirifice fabrefacti; sicque carni eidem innati quod dum a parte qualibet premerentur, protinus quasi nervi continui et duri, ad partem oppositam resultabant. Inventa quoque fuit patentius in ipsius corpore, non inflicta humanitus neque facta, plaga vulneris lateralis, instar vulnerati lateris Salvatoris..... Erat autem similitudo clavorum nigra quasi ferrum, vulnus autem lateris rubeum et ad orbiculatitatem quamdam carnis concisione reductum; rosa quædam pulcherrima videbatur.—*Vita*, cap. XIII, cap. XV.

[4] Quod hujusmodi prodigium, scilicet impressio SS. Stigmatum divina solum potentia sit peractum, non natura, non arte, seu quavis alia forte imaginatione, patet, si forma stigmatum in manibus et pedibus sancti facta cogitetur. Nam in manibus et pedibus ejus sunt facti clavi, sive de nervis, sive de carne; qui quidem clavi desuper erant quoad caput solidi, grossi, et obtusi, erant longi, et extra manus et pedes protendebantur et recurvabantur, intra quorum recurvationem actualem ipsorum digitus manus immitti valebat, sicut dixit D. F. Bonaventura Episc. Alban. S. R. E. Cardinalis in III parte Legendæ majoris, se habuisse ab illis qui hoc viderunt et palpaverunt, et sic esse juramento firmaverunt. Modo dato quod natura, vel imaginatio haberet vim aperiendi carnem, facere tamen clavos de nervis, sive de carne, sic duros et tali forma dispositos adjuncta arte quacumque, facere nullatenus potest. Patet etiam hoc idem si consideretur materia de qua tales clavi sunt facti, cum materia pedum et manuum præcipue in loco ubi fuerunt Stigmata impressa, sit tota nervosa et duroir quam in aliis partibus corporis. Similiter de vulnere laterali in tali forma et loco tali præfatis de causis fieri non potuit vi naturæ nec imaginationis. Nec virtute naturæ tanto tempore imputribile potuisset conservari sicut fuit in ipso Patre, per biennium. Vehemens imaginatio Passionis Jesu si haberet stigmata naturaliter imprimere, hoc præ omnibus in Beata fuisset Maria Matre ipsius Domini Redemptoris, et in ejus corpore quæ præcunctis Christum amavit et de ejus Passione condoluit.

[1] MAURY, *La magie*, chap. III.

Francisco de carne.» [1] ¿Quién no ve que la formación de las llagas místicas sobrepuja infinitamente la formación de las llagas hipnóticas, y que de las unas á las otras va tanto trecho como de lo natural á lo sobrenatural y divino?

No porfíen los adversarios con la pretensión de hallar alguna relación entre el fenómeno de estas llagas y la festividad de la Exaltación de la Cruz: de ninguna manera consta. San Buenaventura y el oficio eclesiástico ponen el suceso en un día cercano á la fiesta de la Exaltación; [2] Bernardino Corvis señala el día 16 de Septiembre; [3] Marco de Lisboa fija el hecho en la vigilia de la Exaltación; [4] el Padre Fray Lucas Waddingo tiene por más probable el día 14, y [5] funda su dictamen en solas congruencias; el Padre Fray Salvador Vital se inclina también al día catorce, [6] y este sentir sigue el Padre Fray Damián Cornejo. [7] La razón que nos hace fuerza para tener por cierto que la impresión de las llagas no acaeció el día 14 es la autoridad de San Buenaventura, testigo de mayor excepción en esta parte; vista la concernencia que tenía con el triunfo de la Santa Cruz la transformación gloriosa y dolorosa de su Seráfico Patriarca, la habría colocado en ese día si en él hubiera acontecido la estigmatización mística. La ignorancia del día desconcierta las infundadas conjeturas de los adversarios.

Por este lado tanto trecho va de las llagas hipnóticas á las místicas como de lo natural á lo sobrenatural y divino. Si después atendemos á los efectos, las llagas de los hipnotizados son unas eritemas, urticarias, y otras erupciones transitorias, que toman color, se abultan y al fin sudan una poca de sangre. En las llagas de San Francisco sucede todo lo contrario. Algunos autores han creido que las manos y pies manaban sangre fresca y purísima, la cual se restañaba poniendo pañitos delgados entre los clavos y la carne en los huecos dejados por los puntas y cabezas; con este remedio se le templaban al santo los dolores que eran vivísimos. Pero si con atención lo examinamos, ni Alejandro IV, ni Gregorio IX, ni Fray Elías, ni San Buenaventura, ni otro autor contemporáneo se alargó á declarar que la sangre fluyese de las manos y pies; y esto parece lo más seguro. Lo admirable es que siendo los clavos de carne, así como los de Cristo eran de hierro, y estando no continuados con los músculos, sino discontinuos y en cierto modo sueltos y holgando, no causasen al Santo inflamación, encono, materia, hedor ni cosa tal, antes en medio de los dolores agudísimos una fragancia muy suave que dejaba atrás las flores y drogas aromáticas de este mundo.

Por la abertura del costado podían penetrar tres dedos; lo que es de ella sí que salía un raudal de sangre, á veces tan copioso que «la mojaba la túnica y el vestido interior,» [1] entre mortales desmayos. La diferencia que va de sudor á raudal, ésa va de llagas hipnóticas á llagas místicas. En las místicas hay rotura de los capilares y de los tejidos dérmicos, en las hipnóticas una semejanza de hematidrosis ó sudor de escasas perlitas de sangre sin laceración de ningún tejido. La imaginativa es, según los modernos, bastante para la novedad de este fenómeno; porque al imprimir el hipnotizador en la fantasía del hipnotizado una sugestión, aquella viveza de la fantasía pone en agitación los nervios aceleradores, éstos funcionando viciosamente darán empuje al corazón para que arroje con más fuerza la sangre, ésta á su vez ejercerá una extraordinaria presión en las paredes de los vasos, modificados en su calibre por la acción simultánea de los nervios motores, y los vasos se relajarán haciendo efectivo el tránsito de gotitas sangrientas por sus poros. El estremecimiento nervioso y la suma excitación del estado hipnótico, ayudada del estímulo conveniente lleva de suyo estos sudores, raros y de dificultosa ejecución; pero en fin todo se reduce á dilatación ó contracción de los vasos capilares, operación muy al alcance de la fantasía, como fuera del estado hipnótico ha sucedido alguna vez, según lo dicho en el capítulo anterior.

---

1 Fr. Juan de los Angeles, *Conquista del reino de Cristo*, Diálog. VI, § VI.
2 *Quodam mane circa festum Exaltationis sanctæ Crucis.*—Legenda, cap. XIII.
3 *Historia mediolanensis*, p. II, pág. 195.
4 *Crónicas de la Orden Seráfica*, lib. II, cap. LV.
5 Probabilius existimarim.—*Annales Minorum*, t. II, ad. an. 1224.
6 *Vita S. Francisci*, lib. IV, cap. XIV.
7 *Crónica seráfica*, p. I, lib. IV, cap. XXVIII.

1 Sæpe sanguinem sacrum fundens, tunicam et femoralia respergebat.—*Legenda*, cap. XIII.

La explicación no parece dificultosa. La fantasía favorecida del sentimiento doloroso es la cruel ejecutora. En las palabras del sagaz hipnotista se encierra todo el misterio. Cuando cogiendo del brazo al hipnotizado, después de echar rasgos y líneas, le dice: «por este brazo verterás sangre á las cuatro de la tàrde,» despierta en su imaginativa la imagen del dolor, correlativo á la efusión cruenta, que quien oye derramamiento de sangre al punto piensa que irá acompañado de sensación dolorosa. En la efusión sangrienta y en el concomitante dolor se actúa y fija la fantasía del paciente, y cuando experimentó, merced á la punta roma del estilete, la impresión de ciertos rasgos descritos en el cutis del brazo, en aquel punto del cuerpo la imaginación sitúa el dolor que teme sentir á consecuencia del derrame prometido; dolor, que el sujeto aprende como vivísimo, por su estado anormal; aprensión, que conmueve aquellos nervios sensitivos terminados en el punto delineado; conmoción, que por simpatía se transmite á los nervios motores; transmisión, que reacciona en los vasos capilares, y hace que dilatándose y contrayéndose, la sangre se acumule, haya aflujo, congestión, plétora y ruptura de las túnicas de capilares, dilatación de poros, efusión en fin de gotuelas sanguinosas que pintan de rojo las letras ó líneas antes dibujadas.

Así el dolor es la causa mediata, la inmediata es la presión de la sangre en las paredes capilares, pero la directora y autora principal del anormal movimiento de la sangre no puede ser más que la fantasía. ¿A qué se reduce el prodigio? A sudar gotillas de sangre á través del tejido cutáneo, no á rasguños hechos en la piel; á lo sumo, á dilatarse el líquido sanguinolento por los tejidos musculares, no á heridas profundas en el interior de los músculos, no á llagas abiertas en los órganos más secretos, porque tamaña carnicería se reserva para la mística divina. El abrirse los capilares dérmicos y desunirse la piel en partes donde la acción de los nervios motores no halla lugar ni posibilidad, el rasgarse de los tejidos y el romperse de las carnes, son operaciones que van por muy otro camino, no están contenidas dentro de los términos naturales, no hay fantasía que las pueda por sí propia ejercitar. Adviértase de paso que San Francisco de Sales parece dar á imaginación exaltada por el divino amor, los dolores de manos y pies del seráfico Patriarca, y solamente á milagro las llagas exteriores. [1] Con tanta economía han repartido los doctores católicos los efectos, proporcionándolos con la propiedad de sus debidas causas.

¿A qué vienen los incrédulos Binet y Féré, meneando las cabezas, á deslustrar con su arrojo la venerable gloria de los estigmatizados? «Estos curiosos fenómenos del hipnotismo, dicen, traen á la memoria y dan razón de las llagas sanguinosas que varias veces se han notado en los extáticos religiosos, mientras se representaban la Pasión de Cristo.» [2] Cinco despropósitos: los fenómenos del hipnotismo no renuevan la memoria ni dan la menor idea de las llagas místicas; mucho menos sin comparación las explican; las llagas no eran meramente sanguinosas, sino llagas, á veces sin sangre, hondas, cutáneas, musculares; no sólo se descubrían en místicos extáticos, mas también sin éxtasis y fuera de él; sin ponerse á contemplar los misterios de la Pasión. [3]

Después, si miramos la duración del fenómeno, en los hipnotizados se desvanece en pocos instantes, en los estigmatizados permanece con firmeza días, meses, años enteros. Santa María Magdalena de Pazzis recibió este favor por espacio de veinte años continuos, [4] Santa Verónica de Julianis por treinta años, [5] la Beata Cristina de Stommeln por cuarenta y cinco años, [6] la Beata Hosanna de Mantua por veintiocho años, Juana de la Cruz por treinta años. [7] Otros fueron visitados con esta merced poco antes de morir, como San Francisco los dos años, Santa Catalina de Sena los cinco años, Santa Catalina de Génova el último año antes de dejar la vida; por el contrario, las Santas antedichas, en la flor de la edad ó antes de llegar á madurez, se sintieron llagadas, como consta en los lugares citados. Lo más ordinario era en los estigmatizados durar la rotura dérmica hasta su muerte. Más de una vez fué vista en los miem-

---

[1] *Traité de l'amour de Dieu*, livre VI, chap. XV.
[2] *Magnétisme animal*, p. 147.
[3] BONNIOT, *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 298.
[4] BOLAND., l. XIX 25 maji, p. 223.
[5] SALVATORI, *Vita della B. Veronica*, p. 500.
[6] BOLAND., t. XXV, 22 jun., p. 378.
[7] ANTONIO DE AÇA, *Vie admirable de Sainte Jeanne de la Croix*, chap. XIV.

Francisco de carne.» [1] ¿Quién no ve que la formación de las llagas místicas sobrepuja infinitamente la formación de las llagas hipnóticas, y que de las unas á las otras va tanto trecho como de lo natural á lo sobrenatural y divino?

No porfíen los adversarios con la pretensión de hallar alguna relación entre el fenómeno de estas llagas y la festividad de la Exaltación de la Cruz: de ninguna manera consta. San Buenaventura y el oficio eclesiástico ponen el suceso en un día cercano á la fiesta de la Exaltación; [2] Bernardino Corvis señala el día 16 de Septiembre; [3] Marco de Lisboa fija el hecho en la vigilia de la Exaltación; [4] el Padre Fray Lucas Waddingo tiene por más probable el día 14, y [5] funda su dictamen en solas congruencias; el Padre Fray Salvador Vital se inclina también al día catorce, [6] y este sentir sigue el Padre Fray Damián Cornejo. [7] La razón que nos hace fuerza para tener por cierto que la impresión de las llagas no acaeció el día 14 es la autoridad de San Buenaventura, testigo de mayor excepción en esta parte; vista la concernencia que tenía con el triunfo de la Santa Cruz la transformación gloriosa y dolorosa de su Seráfico Patriarca, la habría colocado en ese día si en él hubiera acontecido la estigmatización mística. La ignorancia del día desconcierta las infundadas conjeturas de los adversarios.

Por este lado tanto trecho va de las llagas hipnóticas á las místicas como de lo natural á lo sobrenatural y divino. Si después atendemos á los efectos, las llagas de los hipnotizados son unas eritemas, urticarias, y otras erupciones transitorias, que toman color, se abultan y al fin sudan una poca de sangre. En las llagas de San Francisco sucede todo lo contrario. Algunos autores han creido que las manos y pies manaban sangre fresca y purísima, la cual se restañaba poniendo pañitos delgados entre los clavos y la carne en los huecos dejados por los puntas y cabezas; con este remedio se le templaban al santo los dolores que eran vivísimos. Pero si con atención lo examinamos, ni Alejandro IV, ni Gregorio IX, ni Fray Elías, ni San Buenaventura, ni otro autor contemporáneo se alargó á declarar que la sangre fluyese de las manos y pies; y esto parece lo más seguro. Lo admirable es que siendo los clavos de carne, así como los de Cristo eran de hierro, y estando no continuados con los músculos, sino discontinuos y en cierto modo sueltos y holgando, no causasen al Santo inflamación, encono, materia, hedor ni cosa tal, antes en medio de los dolores agudísimos una fragancia muy suave que dejaba atrás las flores y drogas aromáticas de este mundo.

Por la abertura del costado podían penetrar tres dedos; lo que es de ella sí que salía un raudal de sangre, á veces tan copioso que «la mojaba la túnica y el vestido interior,» [1] entre mortales desmayos. La diferencia que va de sudor á raudal, ésa va de llagas hipnóticas á llagas místicas. En las místicas hay rotura de los capilares y de los tejidos dérmicos, en las hipnóticas una semejanza de hematidrosis ó sudor de escasas perlitas de sangre sin laceración de ningún tejido. La imaginativa es, según los modernos, bastante para la novedad de este fenómeno; porque al imprimir el hipnotizador en la fantasía del hipnotizado una sugestión, aquella viveza de la fantasía pone en agitación los nervios aceleradores, éstos funcionando viciosamente darán empuje al corazón para que arroje con más fuerza la sangre, ésta á su vez ejercerá una extraordinaria presión en las paredes de los vasos, modificados en su calibre por la acción simultánea de los nervios motores, y los vasos se relajarán haciendo efectivo el tránsito de gotitas sangrientas por sus poros. El estremecimiento nervioso y la suma excitación del estado hipnótico, ayudada del estímulo conveniente lleva de suyo estos sudores, raros y de dificultosa ejecución; pero en fin todo se reduce á dilatación ó contracción de los vasos capilares, operación muy al alcance de la fantasía, como fuera del estado hipnótico ha sucedido alguna vez, según lo dicho en el capítulo anterior.

---

1 Fr. Juan de los Angeles, *Conquista del reino de Cristo*, Diálog. VI, § VI.
2 *Quodam mane circa festum Exaltationis sanctæ Crucis.*—Legenda, cap. XIII.
3 *Historia mediolanensis*, p. II. pág. 195.
4 *Crónicas de la Orden Seráfica*, lib. II, cap. LV.
5 Probabilius existimarim.—*Annales Minorum*, t. II, ad. an. 1224.
6 *Vita S. Francisci*, lib. IV, cap. XIV.
7 *Crónica seráfica*, p. I, lib. IV, cap. XXVIII.

1 Sæpe sanguinem sacrum fundens, tunicam et femoralia respergebat.—*Legenda*, cap, XIII.

La explicación no parece dificultosa. La fantasía favorecida del sentimiento doloroso es la cruel ejecutora. En las palabras del sagaz hipnotista se encierra todo el misterio. Cuando cogiendo del brazo al hipnotizado, después de echar rasgos y líneas, le dice: «por este brazo verterás sangre á las cuatro de la tàrde,» despierta en su imaginativa la imagen del dolor, correlativo á la efusión cruenta, que quien oye derramamiento de sangre al punto piensa que irá acompañado de sensación dolorosa. En la efusión sangrienta y en el concomitante dolor se actúa y fija la fantasía del paciente, y cuando experimentó, merced á la punta roma del estilete, la impresión de ciertos rasgos descritos en el cutis del brazo, en aquel punto del cuerpo la imaginación sitúa el dolor que teme sentir á consecuencia del derrame prometido; dolor, que el sujeto aprende como vivísimo, por su estado anormal; aprensión, que conmueve aquellos nervios sensitivos terminados en el punto delineado; conmoción, que por simpatía se transmite á los nervios motores; transmisión, que reacciona en los vasos capilares, y hace que dilatándose y contrayéndose, la sangre se acumule, haya aflujo, congestión, plétora y ruptura de las túnicas de capilares, dilatación de poros, efusión en fin de gotuelas sanguinosas que pintan de rojo las letras ó líneas antes dibujadas.

Así el dolor es la causa mediata, la inmediata es la presión de la sangre en las paredes capilares, pero la directora y autora principal del anormal movimiento de la sangre no puede ser más que la fantasía. ¿A qué se reduce el prodigio? A sudar gotillas de sangre á través del tejido cutáneo, no á rasguños hechos en la piel; á lo sumo, á dilatarse el líquido sanguinolento por los tejidos musculares, no á heridas profundas en el interior de los músculos, no á llagas abiertas en los órganos más secretos, porque tamaña carnicería se reserva para la mística divina. El abrirse los capilares dérmicos y desunirse la piel en partes donde la acción de los nervios motores no halla lugar ni posibilidad, el rasgarse de los tejidos y el romperse de las carnes, son operaciones que van por muy otro camino, no están contenidas dentro de los términos naturales, no hay fantasía que las pueda por sí propia ejercitar. Adviértase de paso que San Francisco de Sales parece dar á imaginación exaltada por el divino amor, los dolores de manos y pies del seráfico Patriarca, y solamente á milagro las llagas exteriores. [1] Con tanta economía han repartido los doctores católicos los efectos, proporcionándolos con la propiedad de sus debidas causas.

¿A qué vienen los incrédulos Binet y Féré, meneando las cabezas, á deslustrar con su arrojo la venerable gloria de los estigmatizados? «Estos curiosos fenómenos del hipnotismo, dicen, traen á la memoria y dan razón de las llagas sanguinosas que varias veces se han notado en los extáticos religiosos, mientras se representaban la Pasión de Cristo.» [2] Cinco despropósitos: los fenómenos del hipnotismo no renuevan la memoria ni dan la menor idea de las llagas místicas; mucho menos sin comparación las explican; las llagas no eran meramente sanguinosas, sino llagas, á veces sin sangre, hondas, cutáneas, musculares; no sólo se descubrían en místicos extáticos, mas también sin éxtasis y fuera de él; sin ponerse á contemplar los misterios de la Pasión. [3]

Después, si miramos la duración del fenómeno, en los hipnotizados se desvanece en pocos instantes, en los estigmatizados permanece con firmeza días, meses, años enteros. Santa María Magdalena de Pazzis recibió este favor por espacio de veinte años continuos, [4] Santa Verónica de Julianis por treinta años, [5] la Beata Cristina de Stommeln por cuarenta y cinco años, [6] la Beata Hosanna de Mantua por veintiocho años, Juana de la Cruz por treinta años. [7] Otros fueron visitados con esta merced poco antes de morir, como San Francisco los dos años, Santa Catalina de Sena los cinco años, Santa Catalina de Génova el último año antes de dejar la vida; por el contrario, las Santas antedichas, en la flor de la edad ó antes de llegar á madurez, se sintieron llagadas, como consta en los lugares citados. Lo más ordinario era en los estigmatizados durar la rotura dérmica hasta su muerte. Más de una vez fué vista en los miem-

---

1 *Traité de l'amour de Dieu*, livre VI, chap. XV.
2 *Magnétisme animal*, p. 147.
3 Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, 1888, p. 298.
4 Boland., t. XIX. 25 maji, p. 223.
5 Salvatori, *Vita della B. Veronica*, p. 500.
6 Boland., t. XXV, 22 jun., p. 378.
7 Antonio de Aça, *Vie admirable de Sainte Jeanne de la Croix*, chap. XIV.

bros la figura y el color de las heridas áun después del fallecimiento, y lo que pasma sobre toda ponderación, es cómo siete años después de enterrados, testigo el cadáver de la Beata Elena de Hungría, las aberturas quedaban frescas y bañadas de un licor odorífero. [1] También es gracia singular que el derramamiento de sangre se renovase en tiempos determinados, en días fijos y en circunstancias señaladas, á quién en Semana Santa (Beata Hosanna de Mantua), á quién cada viernes del año (Beata Estefanía de Soncino), á quién el Viernes Santo (Santa Juana de la Cruz), á quién siete veces al día, desde el Jueves Santo hasta la Ascensión del Señor (Venerable Gertrudis de Oosten). Otras notabilísimas circunstancias podrán leerse en Ribet. [2] ¡Cuán ciegos tiene la ignorancia de estos fenómenos sobrenaturales á los que osan asimilarlos con los hipnóticos y áun igualarlos en la condición!

Finalmente, el punto más importante es la manera de producirse ambas suertes de operaciones. Tres condiciones son indispensables para que la hipnosis levante en la piel aquellos abultamientos que dan el rocío cruento de los hipnotizados, conviene á saber: estado de sueño provocado, sujeción omnímoda al imperio del hipnotizador, tensión violenta de la fantasía y atención sobre el punto en que la sangre deba asomar. Sin estas condiciones no posee el hipnotismo arte de efectuar la salida de la sangre. En los estigmatizados divinos todo va por pasos contrarios. En primer lugar, no estaban remisos ni dormidos, ni en el acto de recibir la estigmatización, ni en el acto del derrame sangriento. Sin auxilio humano, sin artificio de ninguna suerte, sin predisposición corpórea, sanos ó enfermos, ora precediese diátesis neurótica, ora no diese lugar, se cumplía en ellos el prodigio, y en el momento de efectuarse eran dueños absolutos de sus potencias, entendían lo que en sus cuerpos se obraba sin pretenderlo ni quererlo, y sentíanse totalmente libres de su voluntad para ejercitar actos sublimes de virtud, aunque no lo eran para recibir ó desechar el dón celeste, si bien algunos por su oración merecieron que la sangre del todo cesase de manar, como de la Venerable Gertrudis de Oosten sabemos, [1] y cuando para ofrecer al Señor el sacrificio de las dolorosas llagas tornó á pedirlas, no fué oida su oración.

De esto se infiere, en segundo lugar, que no mediaba orden de parte de Dios ni de los hombres, que llamase la sangre á las manos, á los pies, al costado, á la frente, á la espalda. Porque en unos las llagas eran simultáneas, como en San Francisco; en otros eran sucesivas, como en la Beata Hosanna de Mantua, que abierta la llaga del corazón, tardó un año en tenerlas en pies y manos. La coronación es caso singularísimo. La Beata Alacoque fué regalada por Cristo con una corona que le dió dolores agudísimos como de punzantes espinas [2] por toda la vida; la Beata Cristina de Stommeln la recibió también invisible, pero con raudales de sangre que le corrían por cara y cuello; [3] Juana de Jesús María tenía una verdadera corona de carne abultada al rededor de la cabeza; [4] la Venerable Inés de Langeac llevaba también una protuberancia circular, á manera de cerquillo, que le rodeaba la cabeza con un dedo de carne y espinas de color de hierro hincadas en la piel; [5] María Lazzarri tenía la cabeza horadada con más de cincuenta agujeros, [6] y así otras á este tenor. ¿Quién se entretenía con sugestiones en *educar* la imaginación y el aflujo nervioso para que produjesen tan extraordinarias maravillas? Las manos de Dios coronaban con estas guirnaldas á sus queridas esposas.

Lo último, los Santos no se ponían á pensar con más intensidad en una parte que en otra de su propio cuerpo, ni se representaban un objeto más que otro, y por esto no se podían acumular con preferencia el aflujo sanguíneo en un punto determinado. Aquí será oportuno mencionar la opinión del católico Görres. [7] Dos condiciones necesarias considera en la impresión de las llagas místicas: la primera es «una inmensa compasión de los padeci-

---

1 JEAN DE SAINTE-MARIE, *Les vies et actions mémorables de saintes et bienheureuses filles de Saint Dominique*, t. I, livre III, chap. I.

2 *La mystique*, t. II, chap. XXIV.

1 BOLAND., t. I, 6 jan., p. 351.

2 *Vida*, por una religiosa de la Visitación, 1890, cap. XXV.

3 BOLAND., 22 jun., t. XXV, p. 269.

4 GÖRRES, *La mystique*, livre IV, chap. XV.

5 DE LANTANGES, *Vie de la Ven. mère Agnès.*, III p., chap. XIII.

6 ANTONIO RICCARDI, *Relazione sopra Maria Domenica Lazzarri*.

7 *Mystique divine*, livre IV, chap. XVII.

mientos del Salvador, la cual saca de sí al que la experimenta, y le reviste en cierto modo del que ama y recibe en sí su imagen.» La segunda condición es que el alma «no puede sentir impresión que no se reproduzca en el cuerpo animado por ella, porque el alma es eminentemente plástica, y está embebida en el cuerpo con lazos tan apretados, que nada pasa en ella que en él no se reverbere.» Cuanto á la primera condición, confunde Görres la coexistencia con la dependencia. Aun concedido que los Santos recibieran las llagas en la profunda meditación de los misterios dolorosos, cosa á la verdad no acontecida en algunos; pero no bastaba por sí sola la compasión, por inmensa que fuese, para elaborar los estigmas, ni puede sostenerse que entre la compasión y la estigmatización haya intrínseca conveniencia, porque muchos Santos con haber sido elevadísimos contempladores de la Pasión, viéronse privados de los estigmas, y si fuera cierta la hipótesis de Görres, la Virgen Sacratísima, á quien fué prometido, y que en realidad experimentó más que ningún contemplativo, el cuchillo de dolor y compasión, habría sido la reina de los estigmatizados. Además, supone Görres que el alma mirando las llagas de Cristo con ojos de propias, condolida se las pide porque se lastima de verle padecer, y el Señor, que es maniroto, usa de liberalidad acudiendo á su petición. No es en general verdad el supuesto de Görres; el mayor número de estigmatizados no lo fueron por haberlo suplicado á Dios; y ya que algunos pidieran las marcas sensibles de la crucifixión, los más las recibieron sin estar en la cuenta, y lo que suplicaron al Señor fué que se las quitase; de manera que si los tormentos del Salvador hacían reflexión en las almas de los contemplativos, no tenían éstos voluntad de que las penas reflejasen los dolores en sus cuerpos.

Finalmente, la virtud plástica del alma es corta é insuficiente para un efecto de tan superior calidad. Para que el afecto de la compasión, convirtiendo el alma dolorida en una como imagen de Cristo crucificado, sellase el sentido con la estampa de esa misma imagen, y el cuerpo la recibiese en sí con asimilación tan extraordinaria, era forzoso que el alma dirigiese con su virtud plástica la sangre y los humores á este ó aquel punto donde se imprimiesen los delineamientos de Cristo paciente, y para que esto tuviese efecto, la voluntad ayudada de la imaginación había de desviar el curso de la sangre y darle otra determinada dirección, lo cual ¿cómo era posible sin que la conciencia del contemplativo tuviera la parte más principal en esta maravillosa operación? Tantas suposiciones son contrarias á la experiencia de los Santos, y por eso mismo gratuitas y mal inventadas. ¿Con qué conciencia y voluntad podría el alma apetecer y hacer una herida en el corazón, que sería mortal si Dios no pusiera la mano? ¿Cómo podría el alma compasiva aplicar el cuchillo del dolor y hacer que su fuerza produjese ora llagas visibles, ora llagas invisibles en vida, visibles después de la muerte, en unos derrame sangriento, en otros amargura de dolores sin gota de sangre, aquí coronas de espinas, allí las cinco aberturas, unas veces exquisita fragancia exhalada de los preciosos rubíes, otras veces rayos brillantísimos; maravillas, otorgadas no sólo á personas heróicas en santidad después de largos años de contemplación, mas también á principiantes en la virtud, á niñas de nueve años (Angela de la Paz), á doncellas de veinte (Santa Catalina de Ricci, Beata Lucía de Narni), si bien no hay caso de haberlas recibido sino almas llamadas á la consumación del divino amor?[1] La hipótesis de Görres comprende á bulto los hechos, y no vale para tantear lo profundo de la estigmatización mística conforme la historia nos la presenta. Conste en fin, volviendo á nuestro propósito, que los hipnotistas están muy lejos de imitar con sus ensayos peregrinos y dificultosos los estigmas de los Santos.

Oponen los hipnotistas la fuerza de la auto-sugestión. La auto-sugestión exige que el sujeto se halle en estado de sonambulismo; el sonambulismo espontáneo es quien sugiere el sudor de sangre que rara vez producen en sí los hipnotizados. Deberán pues demostrar nuestros contrarios que en el acto de recibir los Santos la merced de los estigmas tenían sepultados los sentidos en grave sueño, y eran sonámbulos, y no daban muestra de tener expeditas las facultades intelectuales y sensibles. No lo demostrarán, por-

1 SCARAMELLI, *Dirett. mist*, Tr. III, capo XXVIII. —RIBET, *La mystique*, t. II, chap. XXV.

que todo lo contrario es patente y manifiesto. En medio de la operación extraordinaria de sus llagas Santa Catalina de Sena, el año 1375 preguntada por su confesor el P. Fr. Raimundo de Capua, respondía con todo sosiego, cordura y oportunidad, como el mismo confesor refiere. [1] Y sobra este ejemplo para demostrar que entre los sesenta estigmatizados conocidos, ni uno tan siquiera fué sonámbulo en el sentido de los hipnotistas, y que consiguientemente ninguno de ellos recibió esta merced por vía de auto-sugestión. Cuando hiciéramos gracia á la auto-sugestión de ser ejecutora privilegiada de sudores sangrientos, y le concediéramos larga facultad para enquimosis y semejantes prodigios, así y todo no habrían los adversarios empezado á vadear el piélago profundo de los estigmas, cuya parte menos principal es el sudor de la sangre. De donde resulta que las llagas místicas traspasan los límites de la hipnosis, de la energía natural, de la fisiología, del poder meramente humano, y que ni la inedia de Charbonnier ni la diapedesis de Warlomont, ni la auto-sugestión de Rochas ni la plasticidad de Görres, ni otra ninguna de las hipótesis modernas sirve para dar cabal solución á tan incomprensibles milagros.

No dejemos de ponderar que el hipnotismo ha mostrado al mundo los extremos de maravillas á que puede dar alcance la imaginación humana, por cuanto la ha puesto en el sumo grado de actividad, á donde es capaz de colocarla el trastorno del sistema nervioso. Escoge el hipnotismo los sujetos más aptos, los histéricos más notables, las personas más adecuadas por su disposición mórbida. Y sin embargo, el sonambulismo artificial con todos sus adminículos ha logrado producir una ligera hermatidrosis, una inyección de algunas gotitas, sin aflujo de sangre, un abultamiento del cutis, un sudor, en una palabra, de una poquita de sangre. Estas son las conquistas del hipnotismo; conquistas mil veces alcanzadas por otros medios sencillísimos, por impresión moral, por acción psíquica de menos aparato, como en el capítulo anterior se ha dicho. Estos simulacros de llagas pretender igualarlos con las místicas y derivarlas todas de una causa natural, es despropósito mayor: los que le patrocinan, ó engañan ó van engañados. Ni áun el demonio con todas las jarcias de su poder ha dado en la traza de imitar las llagas de los Santos, cuánto menos lo hará la imaginación exaltada por los hipnotistas. [1] «Ruego á los fabricantes de llagas que tienten el vado y produzcan en sus clientes las heridas de Santa Teresa. Estoy aguardando sus comunicaciones. Entretanto declaro por privado de sentido común á cualquier médico que pretenda producir con la sola imaginación, libre ó provocada, la más mínima llaga en el corazón.» [2]. A este reto del Dr. Imbert quiso responder el periodista *Spectator* del *Monde* [3] parisiense; la respuesta fue, la de siempre, apelar á los siglos venideros, que descubrirán fuerzas ocultas capaces de producir naturalmente heridas y llagas en el corazón, como la de Santa Teresa. El *Spectator* tiene perdido el miedo al juicio de la posteridad; los espectadores de las llagas místicas exclamarán convencidos al examinarlas: ó prodigio, ó prestigio; no hay medio.

Los adversarios del milagro con vanísimo propósito intentan referir á anomalías patológicas las manifestaciones de la mística divina. El materialismo, el positivismo, el racionalismo son tres enemigos del orden sobrenatural, que parecen haberse confabulado para entrar en las clínicas modernas á querer curar los cuerpos envenenando las almas. Hemos visto cuán sin razón ni fundamento mueven guerra al misticismo de los Santos. Las curaciones milagrosas, los éxtasis, las visiones, las llagas, los condenan en el tribunal de la razón por quiméricos, por inconsecuentes, por injustos. Las curaciones milagrosas no son obra de la imaginación, los éxtasis no son fruto de neuropatías raras, las visiones no son alucinaciones mentales, las llagas no son efectos naturales, la mística de los Santos no es lo que ellos imaginan, la mística de los Santos basta por sí sola para establecer la exis-

---

1 BOLAND., t. XII, apr. p. 910.

1 P. L. SALIS-SEEWIS, *L'estase, le stimme et la scienza*, § XXI.—LELONG, *La vérité de l'hypnotisme*, § XII.—P. BONNIOT, *Le miracle et ses contrefaçons*, II.e, p. chap. VI, § V.—MERIC, *Le merveilleux et la science*, livre 1. chap. III.—RIBET, *La mystique*, t. II, chap. XXV.

2 *La stigmatisation, l'extase et les miracles de Lourdes*, 1884, t. II, p. 47.—Véase paág. 234, 830, 853.

3 25 fevrier 1895.

tencia del orden sobrenatural, es un baluarte de defensa que ellos con todos sus arietes no podrán echar por tierra, porque todos sus arietes se reducen á neurosis. «La neurosis ha sido inventada por nuestros profesores para señalar un estado nervioso, vago é indeterminado, al que no pueden hallar asiento fijo. La neurosis es una de las más dichosas escapatorias por donde se salva el médico cuando ignora la naturaleza de una enfermedad, y cuando es inhábil para aliviar al enfermo. Todos saben que cuando un paciente es acusado de neurosis ó de enfermedad nerviosa, tiene que resignarse á sufrir porque los médicos se han negado á combatir su mal.» [1] Habiendo yá demostrado que las manifestaciones místicas no son naturales, y que sus indicios no se comprenden en la nosología médica, tomada por norma la medicina, queda concluido que el terreno de la teología católica es firme sobre toda firmeza, y los milagros en él obrados sobrepujan sin comparación las excentricidades de las neuropatías, por misteriosas que se las suponga.

Al poner fin á este largo capítulo, el amor y respeto debido á los médicos nos induce á hacer una respetuosa súplica á los españoles, en particular á los jóvenes estudiantes de medicina. Es una tesis para nosotros inconcusa, que los médicos españoles de los pasados siglos han sido los más juiciosos y de mejor criterio en el tratar materias eclesiásticas relacionadas con la medicina: en lo dicho hasta aquí se contiene la prueba, y no viene á nuestro propósito confirmarla, como pudiéramos fácilmente. En la centuria que va feneciendo, la infición del racionalismo ha contaminado á no pocos doctores de la península, y en el día de hoy crece aún el número de los enemigos del milagro y de la mística divina. Ha sido como un ramo de locura que les torció el juicio y los hizo cuasi estultos y mal razonados.

Pero la enemiga debe cesar: la ignorancia no excusa ya, la malicia sienta muy mal en gente humanitaria. Los médicos españoles que hasta la hora presente se han mostrado reñidos con la mística y con el milagro, procedieron por falsa aprensión, por espíritu de imitación, por preocupación científica, lo queremos suponer; pero cooperaron, tal vez inconscientemente, al intento facineroso de los enemigos de la verdad. Tan desacertada conducta no puede pasar adelante. La verdad tiene derecho de triunfar en todo lugar y tiempo. El triunfo depende, en grandísima parte, de los médicos españoles, que son los más dispuestos á dejarse guiar, con sus nobles instintos y generosa condición, por razonable criterio. La Iglesia de Dios no los necesita á ellos para seguir manteniendo y propagando el depósito de la revelación en provecho de las almas. Mas si la Iglesia no los necesita, necesítalos la verdad, la verdad histórica, la verdad filosófica, la verdad demostrativa de los hechos. No merezco yo dirigir la voz de alerta á un cuerpo científico; pero si me asistiese autoridad y ciencia para espolearlos á la lucha por los fueros de la verdad, les diría: Médicos españoles, varones de saber y sensatez, ¿no entendéis con qué apasionamiento la calumnia obscurece el resplandor de la verdad? ¿No veis con qué frenesí corre la falsedad en libros de medicina, cuyos autores meten atraidorados la pluma en lo religioso para denigrar y envilecer? ¡Ah! mejor que yo conocéis vosotros que los empeñados en desfigurar las cosas son hombres astutos, que han jurado guerra de exterminio á todo lo divino y sobrenatural. Mejor que yo sabéis vosotros que muchos de ellos son judíos, sí, judíos que, no contentos con hacerse dueños de la riqueza, de la política, de la prensa, escalan el alcázar de la ciencia para consumar más al seguro su obra de iniquidad. Mejor que á mí, os consta á vosotros, que con ellos tratáis y sus libros revolvéis..... No se os puede ocultar la trama y secreta conspiración á los que recibís el *Progrès Médical*, *La Revue Scientifique*, donde los enemigos de la Iglesia, muy en particular los médicos, de todo hacen presa para infamar la majestad del catolicismo y le dan cada mes alcances de muerte. [1] ¿No llena el corazón de amar-

---

[1] Dr. Tony Dunand, *Une révolution en philosophie*, p. 169.

[1] El día 12 de Enero de este mismo año 95, *La Revue Scientifique* daba acogida en sus columnas á un artículo del Dr. Carlos Richet, hipnólogo de cuenta, redactor de la *Revue philosofique* y de otras revistas francesas. En el artículo indicado el desdeñoso escarnecedor de la Iglesia católica, cual si quisiera poner su honra debajo de los pies de todos, entre otras cosas dijo así: «La religion n' a rien fait pour le progrès matériel de l' humanité... L' état moral de l' humanité a été renouvelé par l' industrie... La solution que donne l' Eglise catholique à de pareils problèmes n'est vraiment pas sérieuse. Et j' imagine que les récits sur Adam et Ève, le paradis, la

gura y la cara de vergüenza el ver con qué estúpida docilidad ciertos médicos españoles se dejan encabestrar, por manía de no parecer bravíos, y tiran del carro durmiendo sin recatarse del contrabando que llevan?

En tal situación, ¿qué deber incumbe á españoles sensatos? Habrá de perecer la verdad, con el crédito de la mentira? ¿No es digno de un corazón español oponer varonil resistencia á la invasión enemiga? ¿No es nobleza estudiar para saber, saber para ilustrar, ilustrar para regir, regir para enmendar yerros y encaminar los hombres al conocimiento de la verdad, preservándolos de las marañas del error? Escribid, hablad, publicad, médicos españoles, sobre el milagro, sobre las operaciones místicas; pero (esta es la humilde súplica que os dirigimos) ante todo penetrad, mediante el estudio serio, los fundamentos históricos. Con la historia en la mano y con el fondo de doctrina médica de que estáis enriquecidos, responderéis á los ignorantes y malévolos, y embelleceréis con nuevos rayos de luz la verdad de la mística divina y la gloria del milagro, con mengua de sus enemigos y aumento y prez del nombre español.

pomme et le serpent tentateur peuvent être regardés, même par d'excellents catholiques, plutôt comme des légendes vénérables que comme des réalités historiques...» —Si tan sin consideración atropellan los médicos la verdad religiosa, por afán de sujetar la religión á la *ciencia*, es decir, al designio de los conjurados; si usan de voces huecas y vanas sin lógica y sin sentido en materias que no son de su profesión, ¿qué llamas de furor no han de arrojar, con qué soberbia no han de pretender señorío, de qué armas no se valdrán para acreditar su *ciencia* y llevar á término el plan meditado contra la verdad?

CAPÍTULO IX.

LA SUPERSTICIÓN.

ARTÍCULO I.

Los misterios de la antigüedad pagana.—Los de Eleusis á qué se encaminaban.—Qué fin tuvieron.—La superstición romana.—Qué es superstición.—Tres falsas acusaciones contra la Iglesia católica.—Primera acusación.—Doctrina de la Iglesia sobre la invocación de los Santos.—El culto de las reliquias no es supersticioso.—Tampoco lo es el de las imágenes.—Romerías.—Un milagro.—Santuarios.—El culto de la cruz no es supersticioso.—Milagro.

El humano linaje anda muerto por lo maravilloso. El curso ordinario de las cosas hace poquísima fuerza en la aprensión de los hombres; cuando les faltan maravillas en que cebarse, las inventan y fingen. Los *misterios* necesarios á toda religión que tenga á Dios por objeto de su culto, fueron en lo antiguo ceremonias y juntas arcanas en que los legisladores representaban los atributos de la divinidad en formas sensibles y vulgares: el pueblo, que todo lo mide por los sentidos, interpretó groseramente aquellos símbolos de cosas espirituales, y la religión se fué corrompiendo, y degeneró en idolatría el que era tradicional monoteismo. Los sabios y prudentes, deseosos de conservar en su pureza las verdades recibidas, por no chocar con la rusticidad del vulgo, ocultaron á la sombra de los templos la santidad de los misterios, de que resultaron dos formas de religión, una pública y popular, otra privada y secreta.

Célebres fueron los misterios de Mitra en Persia por las singulares experiencias y purificaciones que los adeptos habían de cumplir; célebres los de Menfis en Egipto, donde el iniciado en los primeros ritos de Isis pasaba al de Osiris; célebres los fenicios y druídicos, por análogas ceremonias; célebres los de Eleusis en Atenas, que se atribuyen á Orfeo. Estas reuniones eran escuelas de moralidad y de racionales enseñanzas en su primera institución. Leémoslo claramente en Píndaro (521 A. C.) representante de la gloriosa época del helenismo, cantor de la inmortalidad, [1] transformador de la mitología homérica, [2] encomiador de la ciencia divina, [3] gran defensor de la vida futura y bienaventurada. [4]

En los misterios de Eleusis había Píndaro aprendido los levantados conceptos que en sus odas esparció. «Dichoso el que haya visto estos misterios antes de bajar al sepulcro. Sabrá el fin de la vida, y conocerá los principios asentados por Júpiter.»—«Estos misterios, decía Isócrates, prometen á los que los presencian dulcísimas esperanzas, no tanto para los últimos trances de esta vida, cuanto para la duración de todos los tiempos.» [5]—«Ser iniciado en estos misterios y morir viene á ser una misma cosa.» [6]—«Con el favor de estos misterios, decía Cicerón, hemos aprendido el arte de bien vivir, y con las lecciones que allí se dan, se alientan los hombres no sólo á vivir alegres, mas también á morir con la esperanza de vida mejor.» [7]—«Podríamos discutir el fondo de verdad contenido en estas palabras, bástenos declarar que en la vida religiosa de los pueblos antiguos aquellas iniciaciones extrañas cuanto espantosas correspondían

---

1 Olymp. VIII, 77, 84.
2 Olymp. I, 36, 52.
3 Pyth. II, 49.
4 Isthm. VII, 3; IX, 60.
5 Panegyr. cap. VI.
6 STOBEO, *Anthologia*, cap. XX.
7 Nam mihi cum multa eximia divinaque videntur Athenæ tuæ peperisse, atque in vita humana attulisse, tum nihil melius illis mysteriis quibus ex agresti immanique vita exculti ad humanitatem et mitigati sumus, initiaque ut appellantur, ita revera principia vitæ cognovimus, neque solum cum lætitia vivendi rationem accepimus, sed etiam cum spe meliore moriendi.—*De legibus*, lib. II, XIV.

á la necesidad experimentada instintivamente por todo sér racional de consagrar algo á Dios y de unir por signos sensibles la vida humana á la divina.» [1]

A la verdad, Cicerón en el lugar alegado trata de explicar la ley de las iniciaciones con que los romanos se afiliaban á los misterios de Ceres, fundados en Eleusis ciudad de Atica, los cuales prometían á los iniciados bienaventuranza y perpetua claridad en los infiernos, quedando los no admitidos á la iniciación condenados después de su muerte á eterno malestar y á desdicha sin fin, como se ve en las *Ranas* de Aristófanes y en Diógenes Laercio. [2] Las fiestas celebradas á honra de Ceres y de Proserpina se reducían en sus principios á juegos y representaciones campestres, que simbolizaban la fecundidad de las semillas confiadas á la madre tierra y su renacimiento en forma de vegetación.

Estas doctrinas y prácticas, en su origen santas y saludables, vino el espíritu del mal á viciarlas, á convertirlas de secretas en tenebrosas, de ocultas en infernales, y á llenar el mundo de antros subterráneos y perniciosos que aborrecían la luz y amaban las tinieblas, por no sufrir la vista clara del sol. Los misterios de Eleusis encaminados al principio á popularizar la religión, con la secta filosófica del Orfismo trocóse en un naturismo asqueroso cuyo fundamento era el alma del mundo, y vino á parar en panteismo oriental, en negación de toda personalidad divina, en glorificación del humanismo viviente, en antropomorfismo legendario. De esta suerte los misterios de Eleusis, de Isis, de Mitra, de la Buena Diosa fueron sentinas de vicios y de errores, centros de nigromancia, abismos de abominación. Unas veces la mentira se levantó descarada, y en breve tiempo sofocó la verdad áun ántes de echarlo de ver los que por los misterios velaban; otras la reforma fué por grados, organizándose la invención lentamente hasta que tuvo su ceremonial, su rito y disciplina. Quien leyere á San Agustín cómo describe las minuciosidades del arte divinatorio, [3] verá cuán astuto ha sido Satanás en todo tiempo en mostrarse humano para llevar tras sí á los mortales. La masonería moderna en los misterios de Eleusis, llevados á un extremo de corrupción, ha encontrado la máscara de sus ritos y extravagancias.

La superstición cobró fuerzas entre los romanos. Muchos creían posible encerrar los dioses en las estatuas por cierta especie de sortilegios. Los sacerdotes se gloriaban de tener hechizos con que humillar el cielo á la tierra, levantar la tierra al cielo, petrificar el agua de las fuentes, apagar los astros, contrastar el poder de los dioses, alumbrar el Tártaro profundo. Esto sabemos por Apuleyo. [1] No contentos con las supersticiones propias hicieron estimación de las extrañas. «Las supersticiones extranjeras prevalecen,» clamaba Tácito. [2] El emperador Claudio las prohibió con decreto positivo. Sin embargo el culto egipcio de Serapis y de Isis halló en Roma favorable aceptación. El enfado de tantos dioses los empujaba á todo linaje de supersticiones. La fábula de Ceres y Proserpina, por la influencia de los sacerdotes tracios y beocios y por la difusión del culto escandaloso de Baco, después de recibir la interpretación misteriosa del renacimiento de las almas en el otro mundo, había degenerado, como dijimos, en una depravación de doctrinas y costumbres del todo supersticiosas. Eusebio citando á Clemente alejandrino resume las infamias y crueldades que rebosaban, y termina el negro cuadro con estas palabras del propio Clemente: «Tales son los misterios de los hombres ateos, y con razón llamo así á los que vueltas las espaldas á la noción del verdadero Numen adoran impudentes un niño descuartizado por los Titanes, una mujercilla que se lamenta, y las partes del cuerpo que el pudor no permite nombrar, haciéndose reos de doble crimen, de impiedad y de negada divinidad.» [3] Con igual energía San Agustín indicados los lavatorios obscenísimos de la Diosa Madre, conmemorados por Lucano [4] y por Ovidio, [5] dice así: «¿Qué serían los sacrilegios, si éstos eran sacramentos? ¿qué sería la inmundicia si éste era lavatorio?» [6] No mencionemos los

---

1 P. M. Monsabré, *La grâce de Jésus-Christ.— Confér*. LXI, *Nature des sacrements*, 1883.
2 Lib. VI, § 39.
3 *De Civit. Dei*, lib. XVIII, cap. XVI, XVII, XVIII.

1 *Met*. I, 15, 49.
2 *Annal*. XI, 15.
3 *Præp. evang*. lib. II, cap. III.
4 *Pharsal*. lib. II.
5 *Fastor*. lib. IV.—Luis Vives, *De Civit. Dei*, lib. II.
6 Quæ sunt sacrilegia, si illa erant sacra? aut quæ inquinatio si illa lavatio?—*De Civitate Dei*, lib. II, cap. IV.

ritos de Mitra frecuentados en el romano imperio, cuya descripción puntual nos dejó Tertuliano [1].

Los incrédulos actuales, consideradas las analogías aparentes entre los ritos de los misterios paganos y los sacramentos cristianos, pretenden que éstos son plagios de aquéllos; Jacolliot [2] los cree procedentes de la India, Marius [3] ve la fuente original en la Persia. No entienden los aborrecedores de Cristo la ninguna relación establecida entre el signo y lo significado, pues les faltó á los gentiles el argumento de la divina institución con que el cristianismo cuenta, como se lo demostraban á los paganos los valerosos apologistas. [4] Vea quien quisiere cómo tritura el docto Harlez las cavilaciones de los incrédulos en este particular. [5] Pero quede concluido que no pudiendo los hombres vivir sin religión, cuando ésta viene á flaquear, inventan otra á su antojo abriendo los brazos y los senos de su corazón á toda clase de supersticiones. El dogma bien definido es el principal escollo contra ella; para evitarle fuerza es dar á Dios el culto que tiene ordenado. El fruto de la irreligión es la superstición. «El príncipe que ama y teme la religión es un león que cede á la mano que le halaga; el que la teme y aborrece, es como bestia feroz que muerde la cadena que le cautiva; el que no tiene religión es un animal terrible que sólo disfruta de libertad cuando destroza y devora.» [6]

No bien hubo comenzado á reinar en el mundo la religión cristiana, fué tratada por los romanos de superstición, [7] no como quiera sino maléfica, perniciosa, mala y detestable. Los que decían bien de cualquiera superstición contraria á los institutos de los mayores, calumniaron por malvada la instituida directamente por Dios. Por una semejante inconsecuencia los herejes nunca han cesado de argüir de supersticiosa á la Iglesia Santa. A los deistas del siglo pasado y á los racionalistas del presente no se les cae de la boca la *superstición* cristiana; en són de combatirla han discurrido los más descabellados y absurdos sistemas que en filósofos pueden caber. Véase con qué aturdimiento imputa supersticiones á los católicos D. Emilio Castelar, cuando dice: «Durante mucho tiempo, como se desconociera la geografía de la Roma católica y el sitio de las catacumbas, adoráronse como reliquias de los mártires los huesos de los paganos que habían perseguido y acosado á los mártires, y hasta las ternillas de los tigres y de los leones que se los habían comido. Los historiadores cuentan diez ó doce cráneos de S. Juan Bautista. Un cura de Sens enseñaba la vara de Moisés, un sacerdote de Génova la barba de Aarón, la ciudad de Vendome una lágrima de las que Cristo vertió en el huerto. No acabaríamos nunca si hubiéramos de contar todo cuanto se encerraba de supersticioso, de embustero, de fanático, de contrario á la pureza cristiana, en todas estas fábulas, que tan falsas como las fábulas paganas, carecían por completo de su inspiración y de su poesía.» [1] Y no contento con tratar de supersticioso á San Simeón Estilita, [2] levanta á todos los místicos igual testimonio diciendo: «los místicos tienen las supersticiones de la fe.» [3]—«En nombre de lo sobrenatural se han evocado fantasmas, apariciones que han obscurecido el pensamiento humano: esos fantasmas se han desvanecido.» [4] He aquí resumida en breves líneas la ojeriza de los enemigos del catolicismo con achaque de apellidarle superstición.

Superstición es, generalmente hablando, una excesiva observancia en el culto, ó un vicio contrario á la religión por exceso, como la define Santo Tomás. [5] El culto religioso si ha de ser perfecto, debe ser legítimo de parte del objeto, y prudente de parte del modo; por el contrario, será supersticioso de parte del objeto si no tiene por objeto al verdadero Dios, será supersticioso de parte del modo si le honra

---

[1] Diabolus ipsas quoque res sacramentorum divinorum, idolorum mysteriis æmulatur. Tingit et ipse quosdam, utique credentes et fideles suos, expositionem delictorum de lavacro repromittit, et adhuc memini, Mithra signat illic in frontibus milites suos, celebrat et panis oblationem, et imaginem resurrectionis inducit, et sub gladio redimit coronam.—*De præscriptionibus*, cap. XL.—*De Baptismo*, cap. V.

[2] *La Bible dans l'Inde.* [3] *La personnalité du Christ.*

[4] *Origenes, Contra Celsum*, lib. VI.—TERTULIANO, *Apolog.* XLVII.—EUSEBIO, *Præpar. Evang.* lib. II.—SAN AGUSTIN, *De Trinit.*, lib. VI, cap. X.

[5] *Dictionnaire apolog.* art. *Culte et Sacrements.*

[6] MONTESQUIEU, *Esprit des lois*, livre XXIV, chap. II.

[7] SUETONIO, *Superstitionis novæ et maleficæ; Nero.*—TÁCITO, *exitialis superstitio;* Annal. XV, 44.—PLINIO, *superstitionem pravam et maleficam; Epist. ad Trajan.*

[1] *La revolución religiosa*, 1880, t. II, lib. V, cap. IV, p. 184.

[2] Ibid. cap. III, p. 67.

[3] Ibid. t. I, Prólogo, p. VIII.

[4] Ibid. p. X. [5] 2.ª 2.ae q. XCII. a. 1.

con ritos perniciosos y superfluos. El exceso de la superstición comprende la nimia credulidad de aquellos que exageran prácticas ó hechos.

Aplicando estas nociones á nuestro intento, la superstición podría tener cabida en los milagros. Los protestantes, y con más ardor los racionalistas, esparcen sospechas y clamores contra la Iglesia católica apodándola escuela de superstición. Estomagados contra el milagro, déjanse llevar del raudal furioso á desmedidas calumnias. Las principales son tres: primera, la Iglesia cree en la invocación de los Santos y en la virtud sobrenatural de cosas materiales, de cuya creencia han nacido muchedumbre de maravillas estimadas por milagros; segunda, la Iglesia católica ha sembrado sus anales de monstruosidades pertenecientes á las fábulas del paganismo; tercera, la Iglesia católica canoniza medios que no tienen proporción con su fin, yendo en busca de lo maravilloso por todas las vías posibles.

Los protestantes Beausobre, Middleton, Gibbon, Keil, Southey son los que especialmente tuercen á la peor parte las cosas de los católicos haciéndoles cargos de idólatras y supersticiosos porque veneran é invocan á los Santos. El docto Carlos Butler respondiendo á Sir Robert Southey que le tenía cansados los oidos con la superstición y corrupción de la Iglesia romana, le decía: «Permitidme, señor, esta pregunta. ¿Cuál de estos dos obstáculos es el mayor al establecimiento ó al progreso y restauración de un culto, la superstición y corrupción, ó la relajación de la fe y la indiferencia religiosa? Pensadlo bien, os dejo el cuidado de responder y de sacar la consecuencia.— Los Judíos en varias ocasiones ofendieron á Dios con su idolatría y supersticiones. En la religión católica romana nunca existió la idolatría, y la cantidad de sus miembros inficionados de superstición ha sido siempre muy corta. Si pues la idolatría y las supersticiones de los Judíos no fueron parte para que conservasen la ley divina como depositarios y guardadores, ¿por qué algunas prácticas supersticiones han de ser estorbo para que la Iglesia establecida por Jesucristo continúe siendo la depositaria de su Evangelio y conserve derecho á las promesas del Hijo de Dios?» [1]

No creemos los católicos que sea absolutamente indispensable la invocación de los Santos, pero la tenemos por lícita y conveniente, como lo estatuyó el sacrosanto Concilio de Trento (sess. XXV), porque los Santos son medianeros secundarios para ir á Dios por los merecimientos de Cristo, medianero principal. A Dios como á fuente de todo bien hacemos oración con ilimitada confianza, á los Santos acudimos como á intercesores, para que nos alcancen las mercedes que de Dios esperamos y nos tiene prometidas si se las pedimos como es razón, según Santo Tomás enseña. [1] Calumnia heretical sería decir que levantamos el corazón á los Santos como á dueños y árbitros de las gracias. El Señor absoluto es Dios, pero damos voces á los Santos para que puestos de por medio nos ayuden con su intercesión y valimiento á lograr por los merecimientos de Cristo las peticiones que hacemos. La Iglesia católica no recurre al favor de un Santo porque le crea dotado de un poder exclusivo en orden á una suerte particular de favores; pero Dios, que reparte las gracias como es servido, nos da facultad para reconocer en un Santo una protección especial para el buen despacho de ciertas necesidades. Los protestantes, como Fabricius, [2] ocupan la ingeniosa erudición en hacer listas de Santos tutelares, diputados por los católicos para enjugar los ojos de ciertos afligidos, salir al remedio de determinados males ó conseguir particulares mercedes. No usamos los católicos tan estúpida manera de invocar á los Santos. Pedimos con suspiros al Patriarca San José que nos alcance buena muerte, á Santa Escolástica que nos libre de tempestades, á San Roque que nos defienda contra la peste, á Santa Apolonia que nos alivie el mal de muelas, á Santa Lucía que nos cure el mal de ojos, y así damos golpes á las puertas de otros Santos en particulares circunstancias porque la experiencia nos enseña que Dios puso en sus manos el remedio de nuestra necesidad, según lo tratamos en la pág. 822.

Lo que más hace hervir la ira de los protestantes es que los Santos tercien por la utilidad del hombre con milagros desde el cielo: esta grandiosa piedad los saca de juicio, ya porque no tienen paz

[1] *Défense de l'Eglise romaine*, lettre XIII.

[1] 2.ª 2.ae q. LXXXIII, a. 4.

[2] *Bibliographia antiquaria*, cap. VIII, § 23.

con nuestros milagros, ya porque les parece que Dios en persona debería hacerlos. No entienden que los Santos con ser los privados de Dios no merecen de *condigno*, sino sólo impetran de *congruo* que mire Dios con ojos propicios al hombre, sacándole bueno y sano de una enfermedad incurable, y cuando el milagro vino á efecto el Santo fué quien le obtuvo de Dios, ó Dios fué quien le hizo por la intercesión del Santo. Los protestantes, que carecen de Santos, ni saben por donde subir á Dios, ni hallar padrinos que le inclinen á misericordia, tampoco logran las finezas de los milagros, y cáusales amargura el patrocinio de los bienaventurados por lo beneficioso que es á la piedad del pueblo católico.

Además, es lícito dar reverencia á los cuerpos de los Santos y á las cenizas de sus despojos mortales, y no es señal de superstición venerar devotamente las reliquias, como todos los católicos las veneraron desde el primer siglo de la Iglesia. [1] No es de este lugar presentar la demostración de la tesis católica: Belarmino, [2] Azor, [3] Valencia, [4] Vázquez, [5] Petavio [6] grave y copiosamente la tratan según la excelencia de sus ingenios. Público y solemne culto puede tributarse á los siervos de Dios inscritos por el Romano Pontífice en el catálogo de los Santos, y puede guardarse respeto á sus reliquias públicamente también. Cuanto á los beatificados y á sus reliquias es licito reverenciarlos é invocarlos privadamente, y pintar imágenes suyas, aunque no exponerlas á la pública veneración, como enseñan los moralistas con el Padre Sánchez. [7]

No ser superstición este linaje de culto, es cosa clara, pues que «el culto no conviene sino á Dios, como quien es fuente y principio de todos los bienes y perfecciones, y por eso á Dios solo conviene con propiedad el culto, honor y adoración, y si se atribuye á otros, se hace sólo por relación y analogía, en cuanto las criaturas se refieren á Dios,» dice Petavio. [8] Los Santos atento á que participan de la divina excelencia son merecedores de culto religioso, no de otra manera que al monarca débese la suprema y absoluta honra, y á sus próceres relativa é inferior, y ésta será mayor ó menor según sea más ó menos estrecha la relación que tengan con él. Y así como la imagen del rey merece ser venerada, no por sí, sino porque representa la real majestad, y la de sus privados por la misma causa; así también las reliquias é imágenes de los Santos, que son los domésticos de Dios, no ganan honra propiamente sino en cuanto representan al prototipo, que es digno de culto interno y externo, la cual viene á ser impropia y relativa si la comparamos con la que se debe á Dios.

Los protestantes guardan con gran reverencia el tintero que su padre y heresiarca Lutero arrojó al demonio aquel día en que recibió de él un grave susto, como cuenta Audin en su vida, y no pueden tolerar que conservemos la majestad y reputación de las reliquias, acreditadas con el resplandor de tantos milagros. Más razonables que ellos es la Iglesia católica en guardar los restos de sus hijos con especial reverencia. Acordándose que las reliquias son prendas de sus miembros vivos glorificados con Cristo en la patria, promueve con razón su culto, y alienta con su vista á los fieles militantes en este destierro, estimulándolos á conquistar valerosos por una perfecta imitación la corona que ellos ganaron; y Dios deseoso de ver honrados á los que fueron sus espirituales templos, nos apremia al devoto culto obrando por su respeto grandiosas maravillas, como ciertamente las hace, según que en el libro segundo queda demostrado. Con que una de dos, ó estos milagros vistos y relatados por fidedignos testimonios, son imposturas y fábulas, ó se ha de confesar que la veneración de las reliquias, confirmada por tan divinas demostraciones, lejos de ser vana y sacrílega superstición, es acepta á los ojos de la suprema Bondad, y digna de todo aplauso. Pero para que se vea cuánta solicitud emplea la Iglesia santa en distinguir las verdaderas de las falsas reliquias, en Enero de 1881 el Cardenal Vicario en nombre de la Santidad de León XIII levantó la voz contra los tratantes en reliquias, que, con ocasión del saqueo de los conventos y santuarios, se alababan de poseerlas y las vendían por dinero: llama

[1] Act. XIX, 12.
[2] *De beat. et can. SS.*, lib. I, cap. XIII.
[3] *Inst. mor.*, lib. IX, cap. VIII, q. I.
[4] In II am 2ae, disp. LV.
[5] *De ador. imag.*, lib. III, disp. III, cap. VIII.
[6] *De Incarnat.* lib. XIV, lib. XV.
[7] *Decalog.*, lib. II, cap. XLIII, n. 5.
[8] *De Incarnat.* lib. XV, cap. II.

el Eminentísimo este monopolio *execrabile et sacrilegum commercium.* [1]

Merecedoras de gran veneración son las sagradas imágenes, «no porque creamos que hay en ellas alguna deidad ó virtud para ser honradas, ni porque debamos suplicarles algún favor, ni porque tengamos que poner en ellas nuestra confianza, como hacían los gentiles que cifraban en los ídolos la suya, sino porque la honra que se les tributa refiérese á los prototipos que representan, de suerte que por las imágenes que besamos y á las cuales descubrimos la cabeza é hincamos la rodilla, adoremos á Cristo y hagamos acatamiento á los Santos, cuya semejanza figuran.» Esta es la doctrina del Concilio Tridentino (sess. XXV). Si mandaba Dios en la antigua ley [2] que fuesen tratadas con respeto las figuras de cosas santas, claro está no ser supersticioso su culto, á menos que hagan los protestantes á Dios autor de la idolatría.

La diferencia entre la adoración gentílica y la cristiana, respecto de las imágenes, se entenderá bien por la diferencia entre adorar á Jesucristo en la hóstia consagrada y adorarle en estatua ó pintura. Rendimos adoración á la hostia consagrada, no porque represente la figura de Cristo ó un símbolo de la divinidad, sino porque está allí Dios presente en persona bajo los velos eucarísticos; por el contrario, hacemos reverencia á la imagen, no porque pensemos encierra cosa de divinidad, sino porque nos trae á la memoria algun atributo ó misterio de la religión digno de todo respeto. Los gentiles obraban muy al revés. El profeta Isaías les hizo patente [3], y San Pablo les predicaba [4] que no se halla Dios encerrado en el pedazo de oro ó plata de que consta y se fraguó la figura. El profeta Jeremías exhortaba á los judíos que no tuviesen miedo á los signos celestes ni á los simulacros de los dioses, como se le tenían los gentiles [5], que con impía superstición

[1] SANTI, *Prælectiones canonicæ.*

[2] Exod. XXV.—18, Numer. XXI, 8.

[3] XL, 18.—XLI, XLV, XVI. [4] Act. XVII, 28.

[5] Hæc dicit Dominus: juxta vias gentium nolite discere, et a signis coeli nolite metuere quæ timent gentes: quia leges populorum vanæ sunt: quia lignum de saltu præcidit opus manus artificis in ascia. Argento et auro decoravit illud, clavis et malleis compegit, ut non dissolvatur. In similitudinem palmæ fabricata sunt et non loquentur; portata tollentur, quia incedere non valent. Nolite ergo timere ea, quia nec malo possunt facere nec bene. Non est similis tui, Domine.—X, 2, 6.

abusaban de las imágenes atribuyéndoles vida y poder, según leemos en el libro de la Sabiduría [1] y lo confirma la historia profana.

En esto consistió la maldad de la idolatría, en humillarse los hombres á tributar honores divinos á simulacros materiales, tal vez con la persuasión de recibir de la deidad respuesta á sus plegarias. Idólatras fueron una y muchas veces los israelitas por haber vuelto las espaldas al verdadero Dios, al reconocer en los dioses falsos una cierta superioridad y darles obediencia y adoración, como la que dieron al becerro, que era el buey Apis sagrado para los egipcios [2], con escándalo del caudillo Moisés [3]. No porfíen los herejes que los gentiles tenían de la divinidad suficiente noticia para no confundirla con las piedras y metales. San Pablo los reprende por su ignominiosa torpeza [4]. De igual sentir fueron los Padres [5], cuyas sentencias pueden verse expuestas, y juntamente las dificultades, por el polemista Dorantes [6] contra Calvino, y en las Apologías de Gretser contra Misseno Lithe. [7]

Calumnian á los católicos los que nos tachan de idólatras porque besamos la tierra ó guardamos respeto á las figuras santas. Decía Cellerier: «En el culto católico los cristianos se postran delante de maderas y telas, invocan criaturas, y aguardan favor de los siervos y no del Señor.» [8]. Confusión deplorable. No se arrodillan ni se humillan los católicos á un lienzo, sino al figurado en el lienzo, así como con afecto besa el hijo no el lienzo material sino la persona de su madre que el lienzo le representa. Adorar en la estatua en cuanto obra de arte afición

[1] Acerbo luctu dolens pater, cito sibi rapti filii facit imaginem, et illum qui tunc quasi homo mortuus fuerat, nunc tamquam Deum colere cæpit, et constituit inter servos suos sacra et sacrificia.—Sap. XIV, 15.

[2] Apim illum sanctum Ægyptiorum bovem.—CICERON, *De natura deorum*, lib. I.

[3] Feceruntque sibi vitulum conflatilem et adoraverunt atque immolaverunt ei hostias.—Exod. XXXII, 9.

[4] Mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis et volucrum et quadrupedum et serpentum.—Commutaverunt veritatem Dei in mendacium, et coluerunt et servierunt potius creaturæ quam Creatori.—Rom. I, 23, 25.

[5] SAN AGUSTIN: Sive igitur crederent sub imaginibus abditos deos, sive eos in cœlo habitare fingerent, sicut faciebant qui purgatioris religionis erant, pessime tamen utrique errabant, etsi multo pejus illi quam isti, cum deos fictitios uni infinito veroque Domino universorum præponerent.—In psalm. CXIII.

[6] *Locor. cathol.* lib. II, cap. XXVII.

[7] *Opera*, t. X. *Apolog.* III, lib. II. cap. V.

[8] *Sermon sur l'excellence du culte réformé*, 1819.

de artista es, adorar en ella en cuanto ídolo es profanación de gentil, besarla y tenerla respeto en cuanto figura de un bienaventurado que goza de Dios, es devoción de cristiano. Los gentiles idolatraban en el mármol y en la tabla porque divinizaban las estatuas y pinturas y les daban culto absoluto de latría, pues creían por tan cierto que en el interior de las imágenes tenían su morada los dioses, que en su opinión trasportar estatuas era trasportar dioses, y por esta causa los Padres y apologistas cristianos los reconvenían de idolatras con gran razón y hacían pública su mengua, porque veneraban tantos dioses cuantos admitían en sus templos, y los que admitían eran criaturas ó reales ó imaginadas, pero no representaban el supremo y único Dios. [1]

Ninguna señal de superstición se descubre en el proceder de la Iglesia católica, sino gravísima prudencia y religiosidad. El Papa Benedicto XIV cita cinco decretos [2] de la Congregación de Ritos, en que se desechan por de ningún valor los prodigios de lágrimas y sudores, que en devotas estatuas se habían presenciado. En 1869 varios Obispos franceses propusieron al Papa Pío IX y al Concilio Vaticano, entre otros postulados, el siguiente: «A veces se estampan y difunden entre los fieles imágenes que se llaman devotas, pero en el dibujo y ejecución son tan ridículas que parecen hechas para provocar la risa y el menosprecio de la religión. Además se da publicidad á milagros que no pasaron por la censura de los Obispos, y después se hallan falsos ó inventados á propósito, no sin gran detrimento de los milagros verdaderos. También hay hombres que, llevados más de celo indiscreto que de piedad según ciencia, introducen devociones y prácticas nuevas de culto, más ó menos absurdas. Renuévese, pues, el decreto del Concilio Tridentino, que manda someter todas estas cosas al examen de los Obispos antes que se den á luz.» [3] En nuestros días la Sagrada Congregación de la Inquisición romana ha expedido á 3 de Junio de 1891, un decreto en esta forma: «La Silla apostólica no ha de aprobar emblemas nuevos del Sacratísimo Corazón de Jesús en la Eucaristía. Para fomento de la devoción bastan las imágenes del Santísimo Corazón usadas y aprobadas en la Iglesia, porque el culto del Santísimo Corazón de Jesús en la Eucaristía no es más perfecto que el culto de la misma Eucaristía, ni diferente del culto del Santísimo Corazón de Jesús. Además, los Eminentísimos Padres encargaron se comunicase la intención que por mandato de Pío Papa IX manifestaron á 13 de Enero de 1875, conviene á saber, que sean avisados los escritores que aguzan sus ingenios en materias de este jaéz que huelen á novedad, y procuran promover en los papeles periódicos con especie de piedad desacostumbrados títulos de culto, y que se les amoneste desistan de su intento y miren bien el peligro que hay de inducir á los fieles en error acerca de los dogmas de la fe, y de dar margen á los enemigos de la religión para calumniar la pureza de la doctrina católica y la verdadera devoción.» [1]

Las romerías á los devotos santuarios, tampoco son restos de superstición, como claman los protestantes. En todo tiempo fueron frecuentadas por motivo de piedad como incentivos de la devoción y con intento de penitencia, según se sabe de infinitos peregrinos que acudieron á Roma, á Santiago, á Tierra Santa por causa de religión. En estos públicos oratorios, reglamentados por el Concilio de Trento (sess. XXV), la autoridad eclesiástica procura enmendar los abusos y errores introducidos por la ignorancia ó malevolencia, como vemos en la Vida de San Martín, que mandó hacer pedazos un altar erigido por yerro á un salteador de caminos, [2] y de los albigenses dijimos (pág. 1013) las supersticiones que solían entrometer, enfrenadas por la Iglesia con enérgica prohibición. ¿Supersticiones, quién duda que se cometen? Pero cuando la Iglesia pone de por medio el peso de su autoridad, más cuidado tiene de estorbar al pueblo crédulo la entrada en un teatro de milagros falsos ó dudosos, que de aplaudir la creencia de la devota muchedumbre. Si no logró en todo tiempo cerrar los pasos y portillos á toda superchería, cuidó de quitar al pueblo de las manos las ocasiones de superstición. Ejemplo de esta vigilancia dieron muchos

[1] Véase pág. 713, 982.
[2] *De servor. Dei Beatif.*, lib. IV, p. II, cap. XXXII, n. 4.
[3] *Acta et Decreta Conc. Vaticani.—Collectio Lacensis*, t. VII, p. 845.

[1] *Acta Sanctæ Sedis*, vol. XXIV, 1892, p. 573.
[2] SULPICIO SEVERO, *Vita Sti. Martini*, cap. II, XXIII, XXIV.

Concilios, [1] fuera de los alegados en el capítulo X del libro primero (pág. 295).

Así lo entendió el Concilio de Baltimore, en el año 1866, cuando recomendaba al predicador de la divina palabra las cosas siguientes: «En el referir milagros y prodigios use de suma prudencia. Los más recientes y domésticos, si algunos circulan, no los mencione á menos que fuesen reconocidos y aprobados por el dictamen del obispo; los más antiguos, con tal que se lean en libros de Santos Padres y de autores fidedignos, podrá laudable y útilmente citarlos. No haga caso de los demás si no estriban en autoridad, y si son tenidos por dudosos ó fingidos entre los católicos doctos. Lo mismo debe aplicarse también á muchísimas hablillas ineptas y de crédito liviano, que suelen causar gusto y admiración al vulgo ignorante. A los sabios dan risa y á los herejes ocasión de escándalo semejantes consejas, y deben evitarse, como lo avisa el Apóstol, [2] pues no contribuyen á la edificación de los hombres píos, ni al acrecentamiento de la divina gloria.» [3]—El Concilio provincial de Burdeos, en el año 1859, había hecho parecidas advertencias. «Cuanto á los milagros recientes, nadie los admita á la ligera; en especial, nadie los promulgue y predique sin tener en cuenta todas las reglas que acerca de ellos ha establecido la Iglesia, madre prudentísima, y que pueden leerse en las pontificias constituciones.» [4] Cita el Concilio la Bula de León X, *Supernæ majestatis* de 19 Diciembre 1516, y la obra de la *Canonización de los Santos*.

Los centros de milagros verdaderos no son centros de superstición. [5] Libremente respira en ellos la devoción, el afecto de los fervorosos enciende la fe de los tibios, la oración alcanza mercedes, la confianza consigue milagros, y la vigilancia de los obispos examina, aprueba ó desaprueba, según se vean libres de alucinación, de superstición, de impostura y llenos de verdad histórica y filosófica, los sucesos que allí pasan. [1] Si acaso la ruindad de los impostores inventó tramoyas en los lugares de devoción, para que luego acudieran las gentes á sustentarlas con limosnas, tuvo en todo tiempo la Iglesia más cuenta con la verdad que con la piedad, y echó trabas á los que por picar en el interés divulgaban maravillas.

Ejemplo de entereza católica fué, en la Edad Media, el abad Guiberto, escritor del siglo XII. En su obra *De pignoribus Sanctorum* ventiló varias relaciones de sospechosa autenticidad, poniendo por delantera la declaración siguiente: «Me han rogado que hable de cosas antiguas que nadie ha visto, y se empeñan en que yo las amplifique y elogie. Tanto yo, si las dijese, como los que me las han sugerido, mereceríamos un público cauterio.» [2] Después asienta por principio que las historias de cosas fingidas deben castigarse con severidad por la injuria que á Dios infieren. [3] Luego declara que peca el fiel cuando hace oración á un Santo ignorando que lo sea. [4] Presupuestos los dichos principios, inquiere sobre las reliquias de los Santos, y descartadas las auténticas de las dudosas, va entre otras refutando la credulidad de los monjes de San Medardo, que pretendían poseer un diente de nuestro divino Salvador, y los llama falsarios, truhanes, presumidos, imprudentes. [5] Con igual valentía levanta la voz contra los que presumían dar veneración y hacer honra á la leche de la Virgen María nuestra Señora; «la cual, añade, cierto y seguro es que jamás ocupó su atención en semejantes niñerías.» [6]

---

1 De Nantes en 658, cap. XX.—Labbe, t. IX, p 474.—De York en 1466, *Constit* —Labbe. t. XIII, p. 1422.—De Milán en 1576, cap. II, IV.—Labbe, t. XV, p 421.—De Malinas en 1570, *De imaginib.*, cap. IV.—Labbe, t. XV, p. 801 —De Aquilea en 1596, cap. XV.—Labbe, t. XV, p. 1513.—De los Rutenos en 1720, tít. XVII.—Del Monte Líbano en 1736, p. 1, cap. V. — De París en 1849, tít. II, cap. IV.

2 I Tim I, 4; IV, 7.—Tit. I, 14.

3 Tit III, cap. V, § 139. 4 Tit. I, cap. III, § IV.

5 Mgr. Germain. *Le Mont Saint-Michel.*—P. Hilaire, *Notre-Dame de Lourdes.*—Milocheau, *La Sainte maison de Lorette.*

1 Marchetti, *De prodigi avvenuti in molte sacre imagini specialmente di Maria Santissima*, 1797.

2 Certe cum plures sanctis suis summas antiquitates attribuant moderno tempore eorum scribi vitas expostulant. Quod a me profecto sæpe petitum est. Ego autem in his quæ obtutibus subjacent fallor, et de iis quæ nemo unquam viderit, quid veri profiteor? Si dicerem quæ dici audivi, et etiam sum rogatus ut super laude horum tam ignobilium dicerem quin etiam ad populum declamarem: et ego si quæsita dicerem, et illi qui talia sugerebant dicere, publico pariter cauterio digni essemus.—*De pignorib. Sanctor*, lib. I, cap. III.

3 Fucis aliquibus non facta sed ficta, diris sunt animadversionibus punienda. Qui enim Deo quod nequidem cogitavit adscribit, quantum in se est, Deum mentiri cogit.—Ibid lib. I, cap. II.

4 De cujus statu omnino ambigis talem petere nonne insani prorsus est capitis? et quem ignoras utrum melior te sit, quare postulas ut penes Deum pro te sit? Si oras quem sanctum nescias, in eo ipso peccas quo veniam impetrare debueras.—Ib. cap. III, § I.

5 Ibid. lib. III, cap. I.

6 Certo certius sæculorum Dominam noverimus um-

Dignos son de consulta en esta parte los *Lugares Católicos* del gran teólogo Dorantes, debelador de Calvino y mantenedor integérrimo de la católica verdad. [1] ¿Cómo disimularían estos gravísimos autores la credulidad del historiador Escolano cuando porfiaba que la iglesia de Valencia posee «una muela de San Cristóbal, que es del grandor y tamaño de un puño cerrado del hombre?» [2]

Finalmente la cruz, como símbolo de la redención, es acreedora á singular reverencia, mayormente cuando es parte de aquella Cruz en cuyos brazos Cristo murió, porque tiene privilegio de exención su culto entre las demás reliquias. Lutero, Calvino, Wicleff y otros muchos herejes vociferaban contra la adoración de la cruz; eran palabras mayores contra la autoridad de los Santos [3] y de un sinnúmero de Padres y escritores eclesiásticos testigos de la tradición, que venera la cruz en toda la antigüedad cristiana. [4] Pero los católicos no adoramos la cruz con adoración de latría respecto de la imagen, sino solamente respecto del ejemplar que es Cristo crucificado, Redentor del mundo y vencedor del infierno. [5]

Grandes han sido los prodigios obrados por la aplicación de la cruz. Celebradas son por los SS. Padres las expulsiones de demonios con esta sola señal, de que dijimos en el libro segundo (pág. 693, 713, 723, 727). San Basilio de Seleucia cuenta de Santa Tecla que armada con la señal de la cruz se entró en la hoguera y salió ilesa. [1] San Cirilo testifica que la señal de la cruz curaba á la sazón enfermedades. [2] Otro insigne milagro refiere San Epifanio [3] hecho por la Cruz: habiendo unos hechiceros pretendido estorbar la edificación de una iglesia con artes mágicas y extraños hechizos, un cristiano, hecha la señal de la cruz en un vaso lleno de agua é invocando el nombre de Jesús, roció con el agua aquel recinto y desaparecieron los encantos de los magos. «Para que se vea, añade Petavio, cuán falsamente dicen Casaubon y sus partidarios, que los antiguos cristianos sólo se valían de la señal de la cruz para mostrar su profesión religiosa, y que no le atribuían virtud.» [4]

En confirmación de esto cuenta San Agustín el caso siguiente: «En Cartago, Inocencia mujer devotísima de las principales de aquella ciudad, tenía un zaratán en un pecho, cosa, según dicen los médicos, que no se puede sanar con ningún medicamento. Y así, ó se suele cortar y apartar del cuerpo el miembro donde nace, ó para que el hombre viva algo más (porque según la sentencia de Hipócrates, como dicen, de allí ha de proceder la muerte por tarde que sea) es menester dejar del todo la cura. Esto se lo había dicho á ella un médico perito y muy familiar de su casa, y así ella se había vuelto á solo Dios con sus oraciones. Adviértenle en sueños acercándose ya la Pascua, que cuando estuviese en las solemnidades del bautismo en la parte que toca á las mujeres, cualquiera de las bautizadas que primero encontrase con ella, le santiguase aquel lugar con la señal de Cristo. Hízolo, y luego cobró la salud. El médico, que la había dicho que no hiciese ningún remedio, si quería vivir algo más, viendo

---

quam næniis talibus, studium impendisse Næniæ plane essent si is qui te Deum et hominem sæculo plenis fide prodigiis publicaret, segmentis atque minutiis hujusmodi ad nihil omnino utilibus celebrari appeteret.—Ib. lib. III, cap. III.

[1] Verum ad te, Calvine, redeo, atque aliæ tuæ objectiones non minus breviter quam vere dissolventur —At ut verum sit tamen miracula allegant quæ animum alioqui bene compositum labefactare queant, adeo frivola sunt et ridicula, aut vana et mendacia.—Negare nec volumus, nec possumus, Calvine, suspicione falsorum miraculorum nonnullam aliquando ambiguitatem veris aspergi. Quorumdam enim avaritia falsas miraculorum imposturas comminiscitur, ex quibus deprehensis ac manifestis quæ verissima sunt nescio quo facto incerta redduntur, quod est in religione pestiferum, et execrandi qui ea confingunt, majoresque pœnas merentur quam qui adulterant pecuniam aut antidoto admiscent aconitum... Sed ut hoc ita sit, num omnia miracula, omni ætate edita, in universum damnabimus, quod á turpissimis nonnullis hominibus lucri causa adulterina aliquot immista sint? Num vera prodigia, quæ sancti magna certitudine narrant, quorum tota communitas fidelium testis est, omnino ab Ecclesia exulabunt, quod furata quædam et adumbrata miracula specie verorum et sub eorum imagine multos deceperunt. Si sic est, Calvine, pereant Scripturæ divinæ necesse est, quod eis pro catholicis peregrinas ac profanas nonnulli admiscere tentarunt, et quod hæretici ex ipsis fucum nobis faciunt.—*Locor. catholicor* t. II, lib IV, cap. IX.

[2] *Historia general de Valencia*, t I, lib. V, cap. III.

[3] AMBROSIO, *Orat. funebr. Theodos.* — PAULINO, Epist. XXXI —CIRILO, *Catech.*, X.—CRISÓSTOMO, *Quod Christus sit Deus.*—DAMASCENO, *De orthod. fide*, lib. IV, cap. II.

[4] BELARMINO, *De imagin.*, lib. II, cap. XX.—GRETSER, *De Cruce*, lib. I, cap. LVII

[5] SANTO TOMAS, III p., q. XXV, a. 3.— BELARMINO, *De Imag.*, lib. I, cap. XX; XXV.—SUAREZ, In III, p. disp. LIV, sect 4.—LUGO, *De Incarnatione*, disp XXXVI, sect. III; XXXVII, sect. III.—VÁZQUEZ, In III p. disp. CIX, cap. 2.

[1] *De Vita Stæ. Teclæ*, lib. I.

[2] τοῦτο μέχρι σήμερον θεραπεύει νόσους. — Cateches. XIII.

[3] Hæres. XXX, § 12.

[4] *De Incarnatione*, lib. XV, cap. X, § VII.

después y hallando sanísima á la que habiéndola visto antes sabía que tenía aquel mal, preguntóla con grande instancia le dijese el remedio que había hecho, deseando, á lo que se deja entender, saber la medicina que pudo más que la definición, ó aforismo de Hipócrates. Y oyendo lo que había hecho, con una voz ó tono como quien hace poco caso, y con un semblante, de manera que ella temió no dijese contra Cristo alguna palabra contumeliosa ó afrentosa, dicen que respondió con un donaire piadoso: Pensaba que me habías de decir alguna cosa grande. Y azorándose aquí ella, añadió: ¿Qué gran de cosa hizo Cristo en curar un zaratán, pues que resucitó á un muerto de cuatro días? Oyendo yo pues esto, y sintiendo grandemente que un milagro tan noble como aquél, que había sucedido en aquella ciudad y en aquella persona, que no era en efecto obscura, estuviese así encubierto, me pareció advertirla de esto, y casi reñirla. La cual habiéndome respondido, que no lo había callado, pregunté á unas señoras matronas muy amigas suyas que acaso entonces estaban con ella, si habían sabido esto antes. Respondiéronme, que en ninguna manera lo habían entendido. Veis, dije yo, cómo lo habéis callado de manera que ni estas señoras, con quien tenéis tanta familiaridad lo han oido? Y porque sumariamente se lo había preguntado, hice lo contase todo por su orden, como había sucedido delante de ellas admirándose grandemente todas y glorificando á Dios por ello.»[1]

De lo dicho déjase bien entender cuán reñida ha estado siempre con la superstición la Iglesia católica, y cuán sin razón ni fundamento la disfaman los protestantes echándole en cara usos paganos é idolátricos. Por el contrario, ellos son los que profanando con irreverencias las cosas santas trataron de entremeter y autorizar mil linajes de supersticiones. «En lugar de creer en las oraciones, en las bendiciones, en las ceremonias de la Iglesia romana, creen, como en otro tiempo los hechiceros, en la magia y en los profetas que los adormecen con locas esperanzas. Hay supersticiones populares en Inglaterra, las hay entre los protestantes de Alemania. Bayle prueba con muchos ejemplos que los calvinistas, como también los luteranos, retuvieron la superstición de los presagios.[1] Un deista, testigo ocular, ha escrito que los habitantes del país de Vaud, todos calvinistas, son muy supersticiosos, los montañeses lo son aún más, los del cantón de Berna, cerca de Grindewald, emplean un sortilegio para hacer que no caigan heladas.»[2]

ARTÍCULO II.

Segunda acusación.—Ardid de nuestros adversarios que declaman contra la superstición de los católicos.—Las ordalias de la Edad Media no arguyen superstición en la Iglesia.—Las purgaciones vulgares.—En qué estuvo el yerro.—El cadáver ensangrentado á vista del asesino.—La Iglesia condenó las ordalias.—Cuestiónase si los reyes de España echan demonios: cuestión de hecho, cuestión de derecho.—Si los de Francia curan de escrófulas.—Fundamento histórico.—Diversidad de opiniones.—Los reyes de Inglaterra pretenden igual privilegio.—La Iglesia no tuvo parte alguna en las supersticiones que abundan en historias eclesiásticas.

Veamos ahora qué peso deba darse á los clamores de los adversarios, cuando ponen lengua en la Iglesia de Dios, con lamentos de que llenó sus anales de fábulas al estilo de la credulidad pagana y conforme á las supersticiones de los tiempos tenebrosos. Superstición, dicho tenemos, es un abuso del espíritu religioso. Nace de ignorancia, de amor á la singularidad, de celo indiscreto por una perfección quimérica. Así como la religión inspira temor legítimo de desagradar á Dios y deseo razonable de complacerle; así la superstición impera un temor insensato de darle pena por acciones lícitas que su Majestad no prohibe, y un deseo imprudente de contentarle con obras frívolas que Él no tiene por buenas. La superstición nace de la misma religión; donde ésta acaba, aquélla empieza, porque la religión es santa y prudente, y la superstición nimia, incauta y á veces criminal.

El principal ardid de los modernos incrédulos es la impostura y seducción. Envuelven la religión católica en los andrajos de la superstición ó del fanatismo, y presentándola á los ojos del vulgo vestida de traje tan feo, muestran el milagro, adorno principal, como ridículo y contrario á la razón. El milagro es una leyenda, y la leyenda no es historia. A cada momento suena en nuestros oidos esta acusación. Con todo eso, el cristianismo no es un sistema teórico, no es una filosofía

[1] *De Civitate Dei*, lib. XXII, cap. VIII.

[1] *Pens. div.*, § 93, œuvres, t. III, p. 62.
[2] BERGIER, *Dictionn. de théol.*, art. *Superstition*.

especulativa, es una cadena real y no interrumpida de hechos, cuyos eslabones corren y se continúan llegando hasta nosotros. Los principales despiden vivísima luz y son milagros de primer orden. Los enemigos se declaran contra ellos en común con tanto frenesí, que cuando les ponemos delante un suceso bastantemente autenticado, abrazarán el documento, le tendrán por digno de fe, pero en cuanto descubren milagro se les trastorna el discurso y no tienen otra respuesta que superstición, fanatismo. [1] En verdad la superstición y el fanatismo son dignos de anatema; pero nuestros adversarios, al amagar á la forma, dan en la substancia, y amenazando al bulto de la experiencia disparan sobre el cuerpo de la verdad. Declaman contra las razones que ellos mismos se forjan, dignas, en verdad, de menosprecio y burla; pero al són de sus falsas razones, enfáticamente expuestas, fulminan rayos contra la esencia del catolicismo. Quitad al entusiasmo de sus declamaciones el equívoco y el sofisma, precisadlos á definir qué es superstición y fanatismo, y todas sus querellas quedarán huecas y sin sentido, patentizando la perversa intención de sus autores. [2]

Esta manera de combatir la religión católica es la más insidiosa que pudo imaginarse. Decía Bacon que más daño ha hecho la superstición que el ateísmo: [3] exagerado aserto; pero cuando intentan los incrédulos con el oropel de sus sofismas presentar el catolicismo como un fautor de supersticiones, llegan á lo postrero de la avilantez al ponerle por terrero de las mofas y escarnios de todos. Impío y vanísimo intento. Entremos á discurrir sobre algunas de las supersticiones usadas en la Edad Media, y veamos cómo la Iglesia santa no tuvo en ellas parte, y resultará de aquí cuán lejos estén de ofenderla los tiros de los adversarios.

La *purgación vulgar* era una señal de la inocencia ó culpabilidad de un sujeto, reconocida por medios aprobados del vulgo. Cuatro suertes de pruebas se usaron en la Edad Media, llamadas *ordalias* (*oordeel*, juicio), en que el pueblo descubría otras tantas señales del juicio de Dios. La primera consistía en el duelo empeñado entre el acusado y acusador con intento de averiguar la verdad, sin reparar en la diferencia de edad, fuerza y pericia en las armas: la inocencia era la sola fuerza que decidía la victoria. La segunda era el hierro candente. Después de varias preces y de beber agua bendita, tomaba el acusado en las manos un hierro encendido, y le llevaba á una distancia determinada. A veces suplía por el hierro la hoguera, la reja hecha ascua, brasas ardientes, sobre las cuales paseaba el culpado los pies. La tercera purgación era el agua hirviendo. Dichas algunas oraciones, el acusado hundía el brazo desnudo hasta el codo en agua muy caliente, y si le sacaba salvo era tenido por inocente, si le sacaba quemado le tenían por criminal. La cuarta era el agua fría. Ataban al hombre la mano derecha con el pie izquierdo y la izquierda con el derecho, así atado le sumergían en el agua; si el cuerpo se quedaba hundido, era argumento de inocencia; si sobrenadaba era prueba que el agua le echaba de sí como á culpable. [1]

Hemos de confesar que en los siglos medios no pocos autores daban por lícitas estas pruebas del juicio de Dios, pero el consentimiento unánime de canonistas y teólogos siempre las desechó, porque los sagrados cánones no pueden condenarlas con más claridad. Con razón la Iglesia las reprobó, porque «son contrarias, dice Schmalzgrueber, al uso de los Santos Padres y tienen resabio de rito gentil.» [2] Además contienen tentación de Dios y pretensión de milagro, cuando sobran otros caminos para averiguar la verdad y la inocencia de un acusado, amén del campo que abren estos experimentos á cosas de magia. La postura dada al sumergido en agua fria es evidente que si no le dejaba sobrenadar era por natural virtud, á causa de la diminución de volumen; si pues en algún caso flotaba, á no ser en circunstancias muy especiales del cuerpo, no podía deberse al principio de Arquímedes, sino á intervención extranatural. El Padre Delrío daba entonces por razón que el sobrenadar del cuerpo dependía de ser el demonio muy liviano y de comunicar su ligereza á los malos haciéndolos menos pesados que el

[1] A. Lecoq de la Marche, *La Guerre aux erreurs historiques*, p. I, § II.
[2] Para du Phanjas, *Philosophie de la religion*, I p. n. 20.
[3] *Serm. fid.*, cap. XVII.

[1] Gonzalez Tellez, *Comment.*, in V Decret, tit XIV. —Schmalzgrueber, *Jus canonic.* l. V, p. III, tit. XXXV
[2] *Jus canon. univers.* p. III, tit. XXXV, 10.

agua: [1] razón vanísima y pueril. El agua fría prevaleció en Alemania y en Francia durante el siglo XVI, como arbitrio para adivinar si una mujer era bruja. En lugar del agua fría usaban también la balanza, poniendo en ella á los notados de brujos, los cuales si no alcanzaban á determinado peso, eran sin falta castigados. Hasta tal extremo de superstición llegó la arbitrariedad de los tribunales civiles.

El duelo tampoco es arbitrio conveniente para concluir la verdad de un delito, pues Dios por sus altos fines puede permitir que el más fuerte ó el más diestro prevalezca, y si es ofensor envíe burlado al ofendido. Sin embargo el duelo, antiquísima prueba y de origen pagano, ha sido la más dificultosa de extirpar á pesar de las severas reprobaciones y penas infligidas por la Iglesia. En nuestro aciago siglo ha quedado en pie contra toda humana y divina razón. Y aunque no se emplee para demostrar la verdad sino para defender el honor, no es por eso menos condenable ni menos condenado. Déjase entender otro tanto del agua hirviendo, del fuego, y semejantes; pretender que estos agentes físicos salgan por sí á contrarios efectos, es desconocer la naturaleza de estos elementos, pues que el fuego ha de quemar y el agua caliente ha de deshacer los tejidos si no lo estorba el milagro.

Pero aquellos jueces, apartados los ojos de las causas segundas, como si no estuviesen ordenadas para producir sus connaturales efectos, esperaban de Dios los efectos contrarios, y fiados en la omnipotencia divina llenos de arrogancia y vana presunción decretaban, sin tener razón probable, que Dios haría por su respeto una demostración señalada, y que con usar ellos medios naturales y espaciosos lograrían de la soberana mano ver firmada la verdad y patente la mentira. La simplicidad y la ignorancia, ayudadas de la buena fe, fueron las soñadoras de tantos yerros. En el Viejo Testamento instituyó Dios la bebida del agua amarguísima para distinguir la verdad del adulterio, pero con sólo Dios haberlo mandado bastaba para que fuese infalible remedio. Este brebaje dado á las adúlteras, según se refiere en la Escritura, [2] parece tenía efecto sobrenatural. Así lo expone en su *Physica sacra* el médico Scheuchzer [1] contra los que le juzgan cosa de imaginación. «A burlas y rechiflas hubiérase expuesto la ley de Dios, si no hubiese tenido efecto en las reas ó le tuviera en las inocentes.» [2] Santo Tomás sintió lo mismo. [3] Los gentiles usaron del fuego y del agua, como Sófocles en su *Antígono* lo significa y el hecho de la vestal romana lo prueba; [4] mas estos delirios de superstición eran propios de gentiles que sentían siniestramente de los atributos divinos. En ciertos casos pudo ser que Dios sellase con milagro las sobredichas ordalias, dando instinto de especial inspiración á personas virtuosas para que las aplicasen en confirmación de la católica verdad. Santa Cunegunda, emperatriz, anduvo los pies descalzos sobre carbones encendidos para demostrar con ello su castidad, la B. Hildegardis acusada de hurto puso en claro su inocencia echando mano á un hierro hecho ascua, Briccio obispo, acusado falsamente, tomó brasas en sus vestidos y llevólas hasta el sepulcro de San Martin sin recibir en ellos lesión; casos excepcionales, que si se explican bien por divina inspiración, no pueden servir para establecer ley general. Por otro camino va el potro empleado para arrancar de los labios del paciente la confesión de la verdad, y no para rastrearla por lo mucho ó poco que se sentía el dolor. Usar de la misa y de la comunión para escudriñar el juicio de Dios, es atentado ilícito y arrogante. El decreto de Worms que esta práctica aprobó [5] fué revocado por nuevos cánones. A decir verdad mirado en sí este modo de experimento no parece tan fuera de propósito, cuando no se adopte para procurar milagro sino confirmación de la inocencia; mas con todo por ser peligroso le vedaron los cánones de la Iglesia.

«Muchos autores en el día de hoy, de la sangre que mana del cadáver del muerto en presencia del matador, arguyen quién fué el que le mató. Pero mal discurren, porque este flujo de sangre es indicio muy incierto.» Así resuelve Schmalzgrueber. [6] Con todo eso, el P. Nieremberg asegura que «muchas veces ha sido averiguación jurídica que puesto el difunto á

---

1 *Disquis. magic.*, lib. IV, q. V. sect. 1.
2 Num. V, 17.

---

1 T. II, Tab CCXCIII. 2 Ibid. p. 364.
3 In II Sent. Dist. XVIII, q. 1, a. 3.
4 Véase pág. 224. 987.
5 Can. Sæpe 23, causa 2, q. V.
6 *Jus can. univers.* t. V, p. III, tit. XXXIV, n. 8.

vista del matador, vierta sangre de la herida.»[1] Y cita más de veinte jurisconsultos, historiadores y médicos en fe del hecho, para cuya explicación quién pretendía que el alma del muerto descubría con aquel indicio al asesino, quién echaba mano de otro ingenio invisible, quién acudía á diabólico artificio, quién á traza de la divina providencia, quién á fuerza de la imaginación, quién á razón de antipatía, quién á trueco de espíritus, quién á cualidad de odio que queda en el difunto. El P. Nieremberg concluye: «puede ser casual el derramamiento de sangre, así delante del homicida como del amigo, pues en ausencia de uno y otro hay otras causas naturales para que salga sangre de los cuerpos.»[2] Este solo punto enseña cuán á la ligera y á bulto especulaban los juristas y médicos de aquellos siglos en pesquisar la verdad de los crímenes.

Pero importa mucho declarar cómo la Iglesia santa no tan sólo no instituyó las ordalias, sino que lejos de aprobarlas se opuso á su aplicación hasta que del todo las abolió. El origen de estas prácticas estriba en la superstición pagana, es á saber, en una falsa creencia de los divinos atributos. Los pueblos del Norte al revestir en sí la santidad de la religión cristiana en la Edad Media, no se desnudaron de todas las costumbres practicadas en su idolatría. Los cristianos en sus reyertas con los herejes, como en tiempo del arrianismo sucedió, y lo dijimos en la pág. 1010, se veían á veces en el trance de aceptar los desafíos provocados por los heterodoxos, y se ofrecían, llenos de confianza en la causa católica, á poner á prueba su fe con las ordalias, en lo cual no eran supersticiosos, por cuanto no encomendaban su causa al suceso de ellas cual si fueran expresiones infalibles del juicio de Dios, sino como usos establecidos por el vulgo, y confiaban firmemente en la asistencia del cielo esperando que no dejaría burlada su confianza, como en efecto no la dejaba, antes la hacía más animosa con ilustres maravillas. No eran supersticiosos aquellos luchadores, pues ni pedían ni esperaban la divina protección sin suficiente motivo ni sin gravísima causa, especialmente que la aplicación de estas pruebas iba coronada con señales perentorias de extranatural poder, y era muy puesto en razón que los católicos, al aceptar el desafío con los herejes, tuvieran de su parte verdaderos milagros que desmintiesen la apariencia de aquellos prodigios de que los herejes blasonaban con tanta arrogancia. El juicio de Dios se interesó en muchos casos en el ejercicio de las ordalias.

La Iglesia entretanto callaba; callaba y no otorgaba. Obispos hubo y concilios particulares que dieron su voto á estas pruebas, y no torcieron el rostro á las leyes de príncipes y emperadores que las sancionaron. «Estaba tan asentada esta costumbre en los ánimos de los hombres, que aquellos piadosos varones no tanto procuraban desarraigarla cuanto purificarla de supersticiones paganas. Y como estuviesen llenos de fe en Dios administrador de las cosas humanas, y no tomasen en consideración las leyes ordenadas de la divina providencia, ora fuese por la preocupación de aquellos tiempos, ora por la simplicidad de sus ingenios, pudo bien suceder que mantuviesen como lícito este uso rodeándole de ciertas cautelas, mayormente cuando se acordaban del Viejo Testamento, en que Dios mismo había prometido por ley constante la milagrosa prueba y castigo de la mujer adúltera, y juzgaban que en una causa criminal, si la verdad no podía descubrirse por otra vía, había motivo bastante grave para acudir á Dios, y que por las probaciones del fuego, del agua, de otros tales experimentos declarase con especial ó milagrosa protección quién fuese el culpable ó el inocente.»[1]

Pero la Iglesia católica, ni los Papas ni los Concilios generales dieron la menor señal de aprobación, sino muchas de descontento y repugnancia. Había la Iglesia establecido las pruebas canónicas, el juramento y la sagrada comunión: en ambas tenía el acusado librada su inocencia y la parte de su culpabilidad. Fuera de estas dos pruebas jurídicas, las demás, sancionadas por el vulgo, teníalas la Iglesia por dignas de reprobación, y condenólas con efecto en diversas ocasiones. Al duelo había puesto ley terminante el canon *Monomachiam*[2] y el C. *Significantibus*;[3] las otras en varias decretales

---

[1] *Oculta filosofía*, lib. I, cap. XLVI.
[2] Ibid., cap. L.

[1] P. Lehmkuhl, *Theolog. moralis*, t. I, 1890, p. 235.
[2] 22, fin. caus. 2, q. 5 cura 1 [3] 2 h. tit.

quedaban absolutamente vedadas.[1] Los Papas Esteban V, Alejandro I, Lucio III, Celestino II, Celestino III, Inocencio II, Inocencio III, Honorio III, Eugenio III, Alejandro III, en uso de su apostólica autoridad, no consintieron la aplicación de las purgaciones vulgares, por eso en el siglo XIII, con el favor del Concilio de Letrán, quedaron casi del todo abolidas.[2] ¿Con qué apariencia de justicia pudo asegurar Döllinger en un discurso pronunciado en 25 de Julio de 1882, que la Silla romana había confirmado plenamente el uso de las ordalías? ¿Con qué linaje de buena fe ultrajan los modernos racionalistas la prudencia de la Iglesia católica, que no sólo no dispensó con sus hijos, pero cerró la puerta á todo resabio de superstición, cuando procuró atar á los extraños las manos para que no desdorasen con ella la santidad y pureza de la fe?

Otro capítulo de acusación contra la santidad de la Iglesia es, haberse el dón de milagros en cierta manera secularizado, dicen, con mengua de los verdaderos taumaturgos; secularización que raya con la superstición. Fueron celebrados en la Edad Media los privilegios taumatúrgicos de los reyes de España, Francia, Inglaterra, Hungría. Los de España poseían la gracia de arrojar demonios de los energúmenos, con solo ponérselos delante. Los de Francia tenían virtud para sanar lamparones, sin emplastos ni medicamentos de ningún género, con solo decir el monarca al escrofuloso: el rey de Francia te toca y Dios te sane. Los reyes de Inglaterra curaban asimismo de lamparones y de gota coral. Los de Hungría remediaban la ictericia. Esta creencia reinó por muchos siglos, merced á los médicos y cirujanos de palacio, que eran sus más arrojados propagadores.

Dos cuestiones se incluyen aquí: una de hecho, otra de derecho; una, si las curaciones eran ciertas, otra si eran sobrenaturales. Tocante á la cuestión histórica es imposible resolverla con seguridad, cuando escasean documentos y sólo tenemos autores, casi todos médicos, que aseveran la verdad de las curaciones sin declarar que fuesen hechas por el rey con la sola diligencia de tocar á los enfermos. Peleaban entre sí los Valdés, los Cormannos, los Solorzanos, los Pellicet, los Cassaneos, los Tapias, los Borrelos, los Masonios, pugnando los unos que era natural á los reyes la sobredicha virtud, porfiando los otros que la tenían recibida del cielo. Tanto pudo la adulación en los siglos XVI y XVII, y tales sentencias aconsejaba á los cuerdos escritores la vana ostentación de saber. Carlos Tapia,[1] Camilo Borrelo,[2] Hernando del Castillo[3] eran de parecer que los reyes de España con sola su presencia ahuyentaban los demonios echándolos de los cuerpos. Contra este dictamen alzaron el grito los teólogos convencidos de no ser posible por arte ó remedio natural arrojar de los energúmenos los demonios, que son incorpóreos. Y lo resuelve expresamente Benedicto XIV.[4] Por este lado flaqueaba la opinión de los antedichos autores, por más que Gaspar de los Reyes[5] citase doce autores en prueba de que los príncipes católicos expelían demonios con solo ponerse en su presencia. Otros, templaron la pluma con más tiento y dijeron que la curación de energúmenos era, no por reyes de Castilla sino por serlo de Aragón, á cuya corona estuvo vinculada esta prerogativa, como afirmó el valenciano Pedro Antonio Reurer citado por Gaspar de los Reyes. «Si es verdad, dice Benedicto XIV, se ha de atribuir á gracia gratis data.»[6] Pero para tenerla por merced del cielo debería constar con toda certeza habérsela Dios concedido á los monarcas católicos y con qué condiciones, y este secreto por ninguna historia verídica se apea; antes hay sólidas razones para demostrar su nulidad, pues que á ningún Santo fué confiado el dón de milagros como institución hereditaria que se trasmitiese de unos á otros, ni hay en toda la Escritura palabra que funde tan singular privilegio, y debiera por ser tan nuevo tener en su favor auténticas firmas. Por consiguiente quien fabricó tan exquisita

---

1 *Decr. Gratian.* 2 p. Caus. II, q. V, XX—ibid. C. VII. —Decret. tit. XXXIV, c. VIII. —ibid. tit. XXXV.

2 LE BRUN, *Hist critique des pratiques superstitieuses*, livre V. chap. III, livre VI, chap. I.—WAFFELAERT, *Dictionn. apolog.* art. *Jugements de Dieu.*—DELRÍO, *Disquisit. magiæ* lib. IV, q. V, sect I.—KONIG, tit, XXXV. PIRHING, ibid. n. 2.—RAYNAUD, *De Calumn.* sect. III. —LAYMAN, lib. IV, tr. X. cap. V.—SUAREZ, *De religione.* lib. I, cap. III.—REIFFENSTUEL, tit. XXXIV.—WIESTNER, ibid.

1 *De Constit. princip.* cap. I.
2 *De præst. regis catholici*, cap. LV.
3 *Magia naturalis.*
4 *De servor. Dei beatif* lib. IV, p. I, cap. XXIX, n. 7.
5 *Jucundar. quæst*; quæst. XXVIII.
6 Ibid.

virtud fué la lisonja palaciega de los médicos, y de ninguna manera la autoridad de la Iglesia santa. Esto por lo que toca á los reyes de España.

De los de Francia fué proverbial la prerogativa de curar escrófulas ó lamparones el día de su consagración. De tiempo inmemorial en ese día tocaba el rey los escrofulosos diciendo: El rey te toca y Dios te sane en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Qué fundamento de verdad contenga este celebrado privilegio, no consta de ninguna fuente histórica. Lo que consta es que San Marcou ó Marculfo, humilde ermitaño del siglo VI, tuvo fama de obrar milagros con los enfermos que tocaba. Con ocasión de pasar á la corte del rey Childeberto y de curar delante de él algunos enfermos, concedióle el monarca un terreno que el ermitaño pedía para fundar monasterio. Muerto el santo Marculfo fué su sepultura frecuentada por leprosos y escrofulosos, é ilustrada con insignes curaciones. En el siglo VIII, por las correrías de los normandos, fué preciso trasladar el cuerpo de San Marculfo de Contentin á Rosni, luego á Gassicourt, de allí á la ciudad de Mantes, finalmente (22 Febr. de 906) al palacio de Corbeny distante cinco leguas de Reims. A este palacio solían recogerse á descansar los reyes de Francia el día después de su consagración, y los enfermos acudían, según costumbre antigua, á visitar las reliquias del santo ermitaño. En día tan memorable los reyes repartían limosna á pobres y enfermos, y al dársela les ponían las manos, tal vez en memoria de la costumbre usada por San Marculfo cuando los curaba. Pudo suceder algún día que con ocasión de tocar el rey á un enfermo recobrase salud milagrosa; mas no consta. Este es el más averiguado fundamento de esa tan voceada gracia de curar lamparones que se decretó á los reyes de Francia por nacionales y extranjeros, como se ve en el P. Fr. Luis de Granada [1] y en el P. Lessio. [2]

Los que esta prerogativa propugnan no acaban de convenir en la unidad del origen. Unos la derivan de San Marculfo, otros del rey Clodoveo en prenda de su conversión á la fe, otros del rey Roberto llamado el *devoto*, otros en fin de San Luis. Pero ningún autor enseña documento, ni relación auténtica en cuya virtud se confiera á los reyes cristianísimos una gracia tan del cielo. Además, Boissard en su libro de la *Adivinación*, capítulo de los *Curadores*, dice que la gracia de curar lamparones fué negada á los hijos de Enrique II á causa de los pecados de su padre; mas De l'Ancre sostiene que Carlos IX curó una infinidad de escrofulosos en Burdeos, y añade que Enrique III gozó de igual excelencia. Otros escritores antiguos despojaron de ella á Felipe I y se la arrimaron á Luis XI, añadiendo que tocaba cada semana, y á Carlos VIII que tocaba en Italia, y á Francisco I que tocó en Madrid cuando su prisión. Guiberto, abad de Nogent, autor del siglo XII, que escribía en tiempo de Luis VI, llamado el *gordo*, dice de este monarca y de su padre Felipe que tocaban los enfermos escrofulosos con la señal de la cruz; pero añade que el rey Felipe por no sé qué pecados perdió la virtud curativa. [1] De semejantes prodigios fué testigo presencial el propio Guiberto, uno de los más antiguos escritores que hayan hablado de la regia prerogativa. Tillet cuenta que Felipe el Hermoso estando para morir enseñó á su hijo mayor el rito de tocar los enfermos y las palabras que solía pronunciar al tocarlos, [2] y le aconsejó que guardase vida santa, «porque á los pecadores, añadió, no les hace caso Dios.» [3] Huberto Morum [4] y Guillermo Du Peyrat [5] tratan largamente de las curas regias, y de sus investigaciones resulta que los ritos en ellas usados fueron degenerando y aboliéndose en el transcurso de los años. Uno de los ritos era el que expone Esteban de Conty, cenobita, diciendo: «Después que el rey ha oido misa, le presentan un vaso

[1] *Introd. al símbolo de la fe*, parte I.ª cap. XXIX, § XI,
[2] *De Just. et Jure*, lib. II, cap. XLIII, dub X

[1] Quid quod dominum nostrum Ludovicum regem consuetudinario uti videmus prodigio? Hos plane qui scrophas circa jugulum aut uspiam in corpore patiuntur, ad tactum ejus, superaddito crucis signo, vidi catenatim, me cohærente et etiam prohibente concurrere. Quos tamen ille ingenita liberalitate, serena ad se manu obuncans, humillime consignabat. Cujus gloriam miraculi cum Philippus pater ejus alacriter exerceret, nescio quibus incidentibus culpis amisit. Super aliis regibus qualiter se gerant in hac re, supersedeo; regem tamen anglicum neutiquam in talibus audere scio. — *De pignoribus sanctorum*, lib. I, cap. I.
[2] *Hist. des rois de France*, chap *Des Sacres*.
[3] LEGANC, *Dictionnaire des miracles*, art. *Sacre des rois*.
[4] *De sacris unctionibus*, lib III, cap. V.
[5] *Hist. eccles.*, lib. II, cap. LVI.

lleno de agua, hace oración al pie del altar, y luego aplica la mano derecha al enfermo, y le lava los lamparones con dicha agua. Los dolientes toman el vaso, y bebiendo por nueve días consecutivos en ayunas con devoción, sin otra medicina, quedan curados. Y es cosa cierta que innumerables son los curados de esta suerte por muchos reyes de Francia.» [1] Las inexactitudes palpables en que incurre en otras materias este autor del siglo XV, quitan la confianza al relato de las curaciones sobredichas. Pero en fin, el rito apuntado manifiesta cuán lejos estaban ellas de ser verdaderos milagros.

Doctores hay que hacen á Santo Tomás partidario de la opinión afirmativa [2]; pero de la obscuridad de sus palabras no se puede sacar la pretendida conclusión: limítase el Doctor Angélico á probar la dignidad regia «por las varias curaciones que en los reyes francos se dejaron ver por efecto de la sagrada unción» [3], sin definir si las curaciones eran activas ó pasivas. Los Salmanticenses pretendieron también que el Papa Hormisdas en su Epístola á San Remigio había reconocido el citado privilegio de los reyes francos [4]; mas el Romano Pontífice en ese documento no dice más sobre el caso que lo referido en el libro antecedente [5], sin añadir palabra de las regias curaciones. El Papa Bonifacio VIII en la Bula de Canonización de San Luis rey de Francia (día 11 de Agosto de 1297), tampoco autorizó la gracia de curar atribuida á los reyes; se contentó con decir que San Luis desde el cielo había concedido á los enfermos de lamparones el beneficio de la salud [6]: con qué derecho arguyan de la dicha Bula ciertos teólogos [7] la virtud sanativa de los reyes, no lo acabamos de penetrar.

1 *Hist. ms. Reg. Francor.* — MIGNE, *Patrol. lat.*, t. CLVI, pág. 1023.

2 SALMANTICENSES, *Theol. mor.* tract. XXI, cap. XI, n. 115.—SAN LIGORIO, *Theol. mor.* lib. III, tract. I. cap. I, dub IV.

3 Cujus sanctitatis etiam argumentum assumimus ex gestis francorum et Beati Remigii super Clodoveum regem primum christianum inter reges francorum; et delatione olei desuper per columbam quo rex præfatus fuit inunctus et inunguntur posteri signis et portentis; ac variis curationibus apparentibus in eis ex unctione prædicta.—*De regimine principum*, lib. II, cap. XVI.

4 *Theol. mor.* Tract. XXI, cap. XI, p. IX n. 115.

5 Cap. XIII, art II, pág. 778.

6 Jam in cœlesti Palatio collocatus... strumosis beneficium liberationis impendit.

7 SAN LIGORIO, *Theol. moral.* lib. III, tract. I, cap. I, n. 18.

De esta discordia de pareceres, y de las razones alegadas por sus autores se deja entender muy bien cuán en balanzas ande la gracia. Las gracias *gratis datas* no dependen de arbitrio humano, sí de la sola voluntad de Dios, el cual las confiere á justos y á pecadores según el beneplácito de su soberano querer, porque no las da para utilidad de los taumaturgos, sino para bien de los hombres y á gloria de la Santa Iglesia. Ningún Papa por serlo ha gozado jamás del dón de curar, y los reyes no habían de ser del privilegiado número, á menos que claramente constase la divina dispensación en esta parte. Y pues no consta, y la suma de razones propuestas por los defensores no cuadra con los derechos de la verdad, resulta que ni por virtud regia, ni por privilegio divino alcanzaron los monarcas cristianísimos la merced que se pretende. En fin, Dios ninguna señal instituyó que fuese eficaz para sanar cuerpos; tan sólo instituyó los sacramentos para salud espiritual de las almas. Ni la Iglesia estatuyó tal manera de curar por contacto, ni pudo estatuirla porque no está autorizada para determinar signos eficaces para efectos corpóreos. Los sacramentales sólo encierran eficacia por vía de impetración para alcanzar auxilios espirituales. Ni Dios ni la Iglesia entabló modo alguno de curar fuera del natural y ordinario; el que se cuenta de los reyes sería hereditario y adquirido cuasi por institución de familia, y es grave inconveniente suponerla faltando fundamento histórico. Tampoco hay motivo para pensar que Dios concedió gracia de curación vinculándola á ciertas palabras de un modo permanente, porque ni conduce á la salvación, antes da lugar á ilusiones y supersticiones, ni hay razón verosímil que induzca á presumirlo [1]. En el siglo XVII decía el teólogo Veracruz: «Yo no admito que la dignidad real haya conferido á los reyes de Francia tal poder: si Dios tuvo por bien conceder su concurso milagroso á todos los reyes de esa nación, es secreto reservado á la divina Majestad.» [2].

Cierto es que los últimos que han reinado se vieron privados de él. «Algunos dicen que muchos que fueron á la corte de Francia á curarse de los lamparones

1 SUÁREZ, *de superstitione*, lib. II, cap. XV, n. 27.

2 *De Anima*, lib. II, Speculat. II.

por este medio, no lograron la curación. A dos sujetos naturales de provincias de España, vecinas de Francia, oí que esta es voz común en aquellas provincias... Poco ha me dijo D. Juan Delgart, cirujano francés que vivió muchos años en París, que todos, ó casi todos los que van allí á curarse con el contacto de la mano regia, son extranjeros, y que los franceses que adolecen de lamparones no buscan para la curación á su rey, sino á sus médicos y cirujanos.» Esto afirma el P. Feijóo en sus *Cartas*. [1] La causa de haberles faltado á los monarcas la virtud, es porque nunca la tuvieron, y porque la impostura de la adulación se hizo pública y notoria.

Los ingleses querían también para sus príncipes la misma honra, y áun más acrecentada. Nuestros reyes, dicen, curaban de lamparones y de gota coral (epilepsia). Y tampoco andan acordes en descubrir la fuente de tan singular grandeza. Unos la toman de San Eduardo, otros de reyes más antiguos, y no faltan quienes tengan por verdadero manantial á José de Arimatea, á quien hacen primer apóstol de su nación. Polidoro Virgilio [2] dice que poquitos reyes de Inglaterra participaron de tanta gloria, y que las curaciones duraban breves momentos. El benedictino Juan Brompton escribía en su *Crónica*, que por las oraciones de San Eduardo habían heredado sus sucesores esta gracia. Por eso solían llamar *morbum regium* (king's evil), y llaman aún, la enfermedad de las escrófulas. «Callo ejemplos que podría citar,» dice el Padre Hauser. [3] El anglicano Tooker dedicó á la reina Isabel un libro intitulado *Charisma sive Donum curationis*, en donde pretendía que la gracia de los lamparones se comunicó de los reyes de Inglaterra á los reyes de Francia. Pero tirando la barra ó el desbarro más adelante, intentaba probar que la reina Isabel, cuya virtud colocaba sobre todos los coros de bienaventurados, estuvo dotada con eminencia de esta propiedad de curar lamparones. El P. Delrío no sólo no pasó por ello, sino que desquició todo su discurso, [4] forzándole á concluir que los curados por ella lo eran primero por los médicos con emplastos y medicinas. Juan Doleo, citado por Feijóo, [1] admite el rito y la gracia después del cisma. Con poca lógica discurre en nuestro concepto el P. Feijóo, sentenciando el litigio *a priori*. Que los anglicanos posean ó no posean el carisma de milagros, pues no puede serles natural, no se ha de resolver en definitiva por razones *a priori*, sino *a posteriori*, como quiera que este dón no arguya posesión de santidad ni de verdad en quien le tiene, como de los principios arriba expuestos resulta, y si en la pág. 1016 decimos que *casi á priori* se demuestra la falta del dón taumatúrgico entre los herejes, es á causa de la actitud tomada por los protestantes respecto de los milagros católicos. Lo que más cumple probar es, si en hecho de verdad los reyes de Inglaterra, protestantes ó católicos, poseyeron y usaron este singular privilegio.

Browne, cirujano del rey Carlos II, publicó un libro titulado *Adenochoiradelogia ó Tratado de las glándulas*, en que se relata el hecho que sigue. La hija de un disidente de Norfolk adolecía de una hinchazón escrofulosa. Sir Browne, consultado sobre el caso, aconsejó á los padres de la niña que la presentasen al rey. El padre mostraba repugnancia pareciéndole que el contacto del rey tenía virtud como el de un hombre cualquiera. La madre tomó el consejo del cirujano regio, y so pretexto de mudar de aires, condujeron la niña á Breda, sin conocimiento de su padre. El rey la tocó y la niña regresó á su casa con perfecta salud. Al saberlo el padre, lleno de satisfacción dijo: Si Dios puede poner tanta virtud en las manos de un rey, á ese Dios y á ese rey quiero yo servir toda mi vida. Tal es el hecho. El médico Tuke atiende al cambio de clima y á la fuerza de la imaginación, para hacer aceptable la maravilla: muchos autores se han esmerado en análogas explicaciones. Ineptas del todo parecen, porque otras enfermedades curarían los reyes, que tienen su raíz en la fantasía, y no las alivian ni las aliviaron en ningún tiempo. Además, para recibir grandes conmociones de ánimo, no hay necesidad de buscar la presencia de un monarca terreno, si bien puede en muchos casos la confianza hacer maravillas, como va dicho. Cita Tuke [2] estas palabras de Aubrey: «La curación del mal regio por

[1] T. I, *Carta XXV*. [2] *Hist. anglic.*, lib. VIII.
[3] *Elementa philos.*, t. II, p. III, Ontolog. § CDXCII.
[4] *Disquisit. magicar.*, lib. II, quæst. VII.

[1] *Carta XXV*. [2] *Le corps et l'esprit*, p. 341.

tocamiento real, ha de poner en aprieto á nuestros filósofos, porque nuestros reyes, fuesen de la casa de York, fuesen de la de Lancastre, iguales curaciones obraban.» Y añade Tuke: «Es decir, la imaginación es de todos los partidos, de todas las corporaciones y de todas las religiones.» El criterio de los racionalistas no puede ser más fatal; se ciegan en pleno mediodía. No hay cosa que les haga asombramiento. Oyen contar casos de gran novedad, y sin cuidar si son disparates, ó si rebosan verdad histórica, vuelven las espaldas á la relación y hacen recurso á la fantasía para que los cure de espantos. Con este proceder alevoso desvían la vista de la majestad del milagro, poniéndole en el cuento de las cosas imaginarias. ¡Cuándo acabarán de hacer del que no ve, y apartarán la vista del polo de sus prejuicios!

No pueden con razón los censores de la Iglesia echarle en cara el desorden de las supersticiones que han reinado en algún siglo entre pueblos cristianos. En ningún tiempo han pretendido los católicos que las biografías, crónicas, anales eclesiásticos hayan quedado limpios de credulidad, de alucinación, de falsedad, de superstición; sería entronizar la infalibilidad contra toda razón y fuera de propósito. Pero los yerros particulares, locales y personales, no tienen relación de parentesco con la doctrina oficial de la Iglesia. «Los mismos libros que nos informan de las varias suertes de supersticiones, conmemoran también las leyes, los decretos de los Concilios y los estatutos sinodales de los Obispos que condenaron todos aquellos abusos; en tanto que la mayor parte de ellos sólo nos son conocidos por las leyes que los proscribieron. ¿Cómo, pues, pueden atribuirse á negligencia de los pastores?» [1]

ARTICULO III.

Tercera acusación.—La Iglesia distingue entre Dios y el demonio.—Extravagancias célebres de los siglos medios.—Los duendes —Los vampiros.—La vara divinatoria.—Diversidad de explicaciones.—Los zahoríes.—Los saludadores españoles.—Dictámenes de los moralistas.—Exposición plausible Invención de Görres.—Los saludadores franceses.—Los saludadores italianos.

Otra calumnia impuesta á los católicos es, que la Iglesia canoniza medios ajenos de proporción con el fin, porque fomentó las ciencias ocultas, el arte divinatorio, y autorizó mil errores en estas absurdas creencias. Cuán falsa sea la imputación fácil será convencerlo. La Iglesia católica es la única que ha sabido distinguir con perfección la acción de Dios y la acción del demonio en los acontecimientos humanos. Ninguna secta ha podido tacharla de indiscreta ó poco avisada. Mas entre lo santo y divino, y lo perverso y diabólico ha sabido la superchería interesar la curiosidad y credulidad pública, explotando la simplicidad de los ignorantes en beneficio de su propia conveniencia. En viniendo á las inmediatas la autoridad competente tomó cartas en el rumor esparcido, y levantando tribunal ventiló causas y efectos, con que descubrió hartas veces la impostura y castigó á los charlatánes; pero confesémoslo paladinamente, ¿cuántas especies no corrieron por el vulgo en traje de verdades que eran ignominiosas mentiras?

¿Cuántas extravagancias no celebró la Edad Media por hechos indubitables? Hombres sin cabeza, sin boca, con un solo ojo, con cabeza de perro, y otros monstruos de este jaéz, corrían por los libros como hermanos nuestros de notoria existencia en regiones apartadas; ciudades populosísimas y reinos opulentísimos en países remotos que nadie había visto, eran asunto común de escritos autorizados; brujas jineteando en un bruto, trasgos juguetones y ridículos, vampiros espantables y crueles, soldados invulnerables, hechiceros volando por las nubes, fantasmones llorando y haciendo duelo, gigantes desaforados de treinta codos en alto, llenaban infinitas páginas y los oidos de infinitos curiosos; hasta no faltó quien saliese al teatro científico con un diente de San Cristobal mayor que el puño; y pasando á la ciencia natural adornada por fantásticos autores, la tortuga con su mirada sazonaba los huevos y sacaba sus crías, la vista del lobo ponía roncos, la rémora detenía un navío con su contacto, la condesa de Holanda paría de una vez tantos hijos como días tiene el año, el cadáver derramaba sangre delante del enemigo, hembras se mudaban en varones trocado el sexo, la vista de un simple mortal mataba en el acto un brioso caballo, una piedra preciosa se partía poniendo en ella los ojos: todas estas fábulas creyólas el vulgo necio por haberlas visto celebra-

1 BERGIER, *Dictionn. de théologie*, art. *Superstition.*

das por las plumas de varones de pro, tan necios como él, y era que la cordura toda se reducía á tomar las especies vulgares y darles asilo en sus vulgarísimas fantasías, con que siendo los partos hijos de tales madres ¿qué entes de razón podían con ellos compararse? ¿Y quién aplaudía y apoyaba la necedad de tales rumores? ¿El vulgo de los sabios? Sea en buen hora; pero la Iglesia docente nó. Contra toda razón y justicia acusa Don Emilio Castelar á la religión católica de haber dejado el camino tradicional durante la Edad Media, por estas palabras: «Las inteligencias elevadas dolíanse de que la idea del demonio hubiera hecho del catolicismo una especie de religión persa, y la idea de las brujas y hechicerías hubiera hecho del catolicismo una religión politeista» [1] Solamente la ignorancia y la mala fe de un volteriano han podido amagar á la Iglesia de Cristo con tan desatentados golpes, que en otro lugar quedan prevenidos. Perdone el lector que nos abstengamos de citar otros textos, pero este escritor español parece venido al mundo para renovar los denuestos y oprobios de los filósofos franceses del siglo pasado.

¿A quién es nueva la historia de los *duendes*? Seres bulliciosos y chocarreros que travesean en el suelo y en el techo, que revuelven trastos y trébedes, que quitan y ponen platos, juguetean en los rincones, juegan á los bolos, dan golpes en las paredes, tiran chinitas, bailan y hacen visajes, arrojan piedras por los tejados, asombran con terrores, enredan y divierten con sus chistes, abruman á los durmientes echándoseles encima, aficiónanse á los niños más que á los grandes, trenzan las clines á los caballos y hacen otras burlas parecidas. Tienen su habitación en caserones inhabitados y lóbregos, en desvanes ó en sótanos que de ordinario no se continúan ni frecuentan. Autor ha habido, el Padre Fray Antonio de Fuente la Peña, capuchino, que con gran seriedad dedicó todo un libro á probar que los duendes no eran ángeles ni demonios, ni almas de difuntos, sino animales irracionales, invisibles y corpóreos. [2] Es la obra más frívola, á pesar de la incomparable erudición, que vió la luz en el siglo XVII. No son muchos, sino muy pocos y casi todos extranjeros, los autores que cita en prueba de la existencia de los duendes; sobre la palabra de dos ó tres informantes fabricó el Padre Fray Antonio su ridícula y malhadada obra.

El caso es que en aquel tiempo cualquier estrépito nocturno ó impensado se bautizaba con nombre de duende; una sombra, una pesadilla, una viva aprensión, el zumbido del viento, la travesura de un gato, el sordo ruido de un ratón, era duende para los pusilámines y espantadizos. A la verdad, el duende mentido y remedado tenia figura de hombre ó de mujer, que con intención determinada trataba de petardear y hacer á veces burla pesada á personas crédulas y sencillas. ¡Cuántas maldades se cometían socapa de parecer el duende! ¡cuántas infamias fueron consecuencia de estas inocentes tretas! Las relaciones que muchos autores dejaron de espectros errantes y bulliciosos honran poco á creyentes y escribientes. Represéntanlos tan fieles y comedidos, tan amables y oficiosos, que no sólo son ineptos para demonios, pero dan de los enemigos de nuestra paz un concepto tan favorable, que vienen á enseñarnos ó que no hay demonios en el mundo, ó que no son tan temibles como la Escritura Sagrada los pinta y la Iglesia nos enseña. *La Dama Duende*, comedia de Calderón de la Barca, parece hecha para hincar el diente agudo y desmenuzar los duendecillos traviesos y revolvedores de muebles. Cuando vemos al novelista Julio Bois tan interesado en la historia de los duendes, á cuya descripción dedica un largo capítulo, [1] al oirle exclamar: *Ce sont les Démons Sataniques de l'Eglise*, [2] no tendríamos por errado el juicio del que reconociese en estas líneas la depravada intención de hacer guerra á la doctrina cristiana sobre la existencia y acción del demonio.

Asi, no hay duendes en el mundo, ni los ha habido nunca: hay sí demonios, y hombres de carne y hueso que saben truhanear y asentar muy bien su baza para endiabladas bellaquerías. Otra cosa es hablar de los espíritus que infestan una morada. Que el demonio pueda ejercer su maldito influjo apoderándose de una habitación y molestando á sus moradores, no es posible dudarlo, y baste por toda razón el Ritual

[1] *La revol. relig.* t. II, lib. V, cap. IV, p. 184.
[2] *Ente dilucidado*, Discurso único novísimo, 1676.

[1] *Le satanisme et la magie*, 1895, chap IV.
[2] Ibid. p. 245.

Romano que tiene un exorcismo particular, y la Iglesia ministro deputado para expeler al demonio donde quiera que se esconda. Mas ¿qué tienen que ver las vejaciones domésticas de los malignos espíritus con las ridículas trastadas de los duendes caseros?

A principios del siglo pasado corrió la voz por el Norte de Europa que los difuntos abandonadas sus tumbas se mostraban en descampado, y dando con ímpetu en los vivos se cebaban en su sangre. Lorena, Prusia, Silesia, Servia, Polonia, Rusia, Moravia, Austria, Bohemia, se quedaron turbadas de mil miedos al ruido de las infestaciones. Los papeles públicos de Francia y Holanda copiaban las noticias extravagantes que de esta nueva forma de resucitados, que llamaron *vampiros*, esparcía el rumor por la Europa civilizada, añadiendo algo cada cual á lo que oía. La voz común era que entre mediodía y medianoche los vampiros se dejaban ver, chupaban la sangre á los hombres y animales con tanta avidez, que por boca, narices, oidos la rebosaban abundante, y áun los mismos cadáveres al volver al cementerio llenaban de cruor sus sepulturas. Decíase que famélicos se levantaban á inquietar á yentes y vinientes encarándose con ellos y saltándoles sobre los hombros, y en confirmación se rugía haber sido visto hombres chupados y muertos por los vampiros, con esta particularidad, que los cadáveres de los vampiros eran hallados enteros y con las uñas de manos y pies intactas. Estas historias se publicaban en revistas hebdomadarias de medicina y ciencias naturales, como cosas comprobadas por la fe de los magistrados.

Con ocasión de estas hablillas populares salió á luz un libro [1] escrito por Fernando de Schertz, donde se amontonan anécdotas curiosas y espantables. El Padre Calmet tomó también la pluma para escribir su *Tratado sobre las apariciones de los espíritus y sobre los vampiros*, y cita hechos cuya autenticidad constábale de sujetos graves y fidedignos. El P. Feijóo confuta la opinión de Calmet, diciendo entre otras cosas lo que sigue: «Así el P. Calmet como el misionero P. Sliwiski atribuyen la vana creencia del vampirismo únicamente á la alterada imaginativa de aquellas gentes. Pero yo estoy persuadido á que se debe agregar á éste otro principio ó concausa que no tiene menos parte, acaso tiene más que aquél en el fenómeno. Quiero decir que este error no es sólo efecto de la ilusión, mas también del embuste. No sólo interviene en él engaño pasivo, mas también activo. Hay no sólo engañados, mas también engañadores. Convengo en que hay en aquellas regiones muchos mentecatos, á quienes ya un terror pánico, ya cierta conturbación de la imaginativa representan la existencia de los vampiros. Pero creo que hay también en igual y mayor cantidad embusteros que sin creer que hay vampiros cuentan mil casos de vampiros, diciendo que los oyeron ó vieron, y arman sucesos fabulosos.» [1] «No puedo asegurar (dice el mismo en el n. 59 de la carta XX) que Dios una ú otra vez no haya permitido al demonio tomar la apariencia de algún difunto, para hacer las travesuras que se cuentan de los *vampiros*... Pero aseguraré que las cosas que se cuentan de los *vampiros* repugnan al concepto que de la benignidad, majestad y sabiduría divina nos inspiran las Sagradas Letras, los Santos Padres, los hombres más doctos y de mejor juicio que tiene la Iglesia. Así, todo lo que puedo tolerar es que haya habido uno ú otro *vampiro* ó diablo que haya representado serlo. La multitud de ellos que se refiere es fábula ó mera imaginación. Los más *vampiros* habran sido pícaros y pícaras que con el temor que infunden á las gentes, abren paso libre á las maldades, que es asimismo el principio de donde vino la multitud de *duendes*. Habrán sido también *vampiros* ratones y gatos que travesean de noche; habránlo sido otras bestias que por algún accidente se inquietan; habránlo sido ondadas de viento que golpean puertas y ventanas mal ajustadas; habránlo sido otras muchas cosas que siendo muy de este mundo en que vivimos, á gente tímida y de ninguna reflexión representan ser cosas del otro mundo.»

M. de Plancy en su Diccionario infernal (art. *Vampires*) dice: «Los obispos y demás clero del país habían consultado á Roma sobre este arduo asunto. La Santa Sede no dió respuesta, porque miraba todas estas cosas como visiones imaginarias. Des-

———

1 *Magia posthuma*, 1706.

1 Carta XX, n. 56.

de entonces acordaron desterrar los cuerpos de los aparecidos, quemarlos y deshacerse de ellos, y por este camino se libraron de los vampiros, cuyas apariciones se fueron haciendo menos frecuentes.» En efecto el Papa Benedicto XIV, [1] indicadas las publicaciones que en 1732 contaban por menudo las cosas de los vampiros, dice así: «Sea lo que fuere de los vampiros... cuyo crédito queda á la cortesía de los testigos, no está probado que fuesen resurrecciones las suyas; al revés, varones de aguda vista las tuvieron y tienen por figmentos de engañada fantasía.» Görres quiere reducir el engaño á una cierta enfermedad. [2] Pero el crédulo de Gougenot des Mousseaux saca de los vampiros esta donosa lección: «Demonios, ángeles de tinieblas en cuerpos ficticios ó animando cadáveres, tales son los vampiros... Llámense dioses, demonios, almas, sangre es lo que anhelan para acostumbrar al hombre á derramarla.» [3] Extraño es que Ribet [4] se acomode, según parece, á tan liviano sentir.

Objeto también de creencia popular han sido muchas cosas naturales que á los ojos del vulgo tuvieron virtud sobrenatural y milagrosa. Compuso Alberto Magno una cabeza que articulaba palabras. Dió por seguro el Padre Delrío que esta cabeza hablaba por arte diabólico, y que su autor era mago y hechicero. [5] Engañóle su nimia credulidad. Porque Alberto Magno gastó treinta años en construir su máquina, según dicen. Además, su discípulo Santo Tomás de Aquino, allí donde echa por el suelo las estatuas parlantes de los gentiles, [6] no hace de ella mención. En fin la *cabeza* de Alberto Magno no respondía á las preguntas, ni profería oráculos, solamente pronunciaba voces al estilo de nuestros fonógrafos. ¿Por qué no había de ser un aparato artificioso y mecánico? ¿por qué Alberto Magno ha de pasar por mago, si es verdad que fué su inventor? La cabeza de metal que respondía á las consultas sobre cosas escondidas «fué otra de las muchas fábulas de que fué objeto este hombre extraordinario.» [7]

[1] *De serv. Dei beatif.*, lib. IV, p. I, cap. XXI, n. 4.
[2] *Mystique*, t. III, chap. XV.
[3] *Les hauts phénomènes de la magie*, chap. IV.
[4] *La mystique*, t. III, p. 351.
[5] *Disquisit. magic.*, lib. I, cap. IV.
[6] *Contra Gentes*, lib. III, cap. CIV.
[7] P. Zeferino González, *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás*, t. I, *Notas*, p. 506.

Dejando los espejos, llaves, sortijas, cedazos, usados en otro tiempo para adivinar cosas ocultas y remotas, como escriben autores graves, merece más atención la *vara divinatoria*, que parece invención moderna. Escritores de ampulosa erudición pretenden que todos los pueblos de la antigüedad Chinos, Medos, Persas, Egipcios, Asirios, Caldeos, Escitas, Germanos, Griegos, Romanos usaron la vara divinatoria en sus públicas supersticiones; mas ni el caduceo de Mercurio, ni el cetro de Minerva, ni la varilla de Circe, ni el báculo de los Judíos, ni otros ejemplos de varas pueden compararse con la divinatoria inventada para descubrir tesoros, metales, fuentes, ladrones, asesinos, secretos naturales, aunque bien se puede conceder que los antiguos aplicaban varillas en sus operaciones mágicas. [1]

La vara divinatoria es por lo común de avellano, de encina, de almendro, de mirto, y por una parte se abre en forma de horquilla. Tómala el hombre con ambas manos por sus dos astas, y al pasar por punto donde hay mina, metal enterrado, cauce de agua oculto, tesoro escondido, ladrón encubierto, secreto natural, la varilla se retuerce y encorva, como dándose por entendida y avisando que allí está lo que se busca; la contorsión no ha lugar sino es cuando se halla la vara en el punto del escondite.

Dió fama á la vara divinatoria el célebre Jocobo Aymar, hombre hipócrita y ladino con apariencias de simple y devoto. El rumor de que descubría canteras, tesoros, minerales, fuentes, límites, heredades, homicidas, ladrones, padres de niños expósitos, corrió por Alemania, Inglaterra, Flandes, Francia, Italia, España, con poco reparo y con mucho asentimiento de doctos é indoctos, hasta que el Príncipe de Condé, informado del caso, llamando á Aymar ante sí y examinada su habilidad con varios experimentos, halló que la vara no respondía á todas las pruebas, y que el hombrecillo, sagacísimo petardista, merecía por su astucia ser enviado á galeras. Hízose manifiesta al público la impostura, y plantóse en el *Journal des Savants* por orden de la autoridad.

No cesaron por eso las experiencias, y empezaron las disputas. Dando por ver-

[1] Exod., VII, 11.—Ezech. XXI, 21 — Lenormant, *La magie chez les Chaldéens*, chap. V.

dadero el fenómeno, unos le señalaban causa física, otros sobrenatural y santa, otros en fin perversa y diabólica, ni faltaron quienes hacían befa de los simples y tontos que en la vara ponían crédito. Los que echaban á causa física los hallazgos de la vara, discurrían que los efluvios de átomos despedidos por las aguas y metales penetraban en los poros de la vara, forzándola á tan violenta contorsión. Cuán vano fuera este modo de filosofar se podía juzgar por experiencia de ojos, pues la vara no se meneaba sobre las corrientes que estaban á la vista, ni sobre los metales metidos en un cofre; y ¿cómo podía bullir y andar tan remilgada con los metales y agua soterrados en las entrañas de la tierra? ¿y qué linaje de efluvios ó qué hálitos tenían los linderos de un terreno, los criminales, homicidas, facinerosos robadores para conmover las fibrillas del avellano?

Otros señalaban por origen de la contorsión al hombre que la tomaba en las manos, quien sin saber cómo y sin tener conciencia de ello, le daba aquel impulso cuando estaba sobre el tesoro. Mas ¿el tesoro era conocido del hombre, ó nó? Si lo era, ya no fué la vara quien adivinó; y si sólo adivinó lo que el hombre sabía, ¿qué gran milagro?

Otros atajaron con más brevedad. El P. Le Brun [1] negó con toda su alma, fundado en copia de argumentos, que la vara se torciese ni se menease sobre cauces de agua, ni metales, ni minerales, ni mojones. San Alfonso María de Ligorio [2] juzgó que podía aprobarse el uso natural de la vara divinatoria; sentimiento, esforzado por Kircher, Malebranche, Rancé, Natal Alejandro, el continuador de Tournely, el P. Feijóo, el cual escribe estas textuales palabras: «Por conclusión digo que si alguno, usando de la vara divinatoria, lograse los aciertos que le atribuyen sus partidarios, se debe hacer juicio que interviene pacto diabólico implícito ó explícito» [3] La razón principal en esta materia es no haber correspondencia ni proporción natural entre los movimientos de la varilla y las cosas ocultas que dicen señala; siendo así, la causa no sería física, sino extramundana.

[1] *Traité des superstitions*, livre III, chap. XVII.
[2] *Theol. mor.* lib. III, Tract. I, n. 8.
[3] *Teatro crítico*, tomo III, disc. V.

Los modernos moralistas distinguen las aguas y metales de las demás cosas en que la vara se emplea. Si en realidad las aguas y metales influyen en los meneos de la vara, no ven por qué deba reprobarse su uso. En las otras cosas arriba dichas los prodigios que se estiman por ciertos, ó no lo son sino meras supercherías, ó si lo son deben explicarse por acción diabólica. Así opinan Guri, [1] Bouvier, [2] Bonald, [3] Martinet, [4] y algunos otros.

En estos últimos años Pablo Vinassa y Miguel de Rossi han experimentado con la vara divinatoria, aplicada á las corrientes de agua subterránea. Paréceles que la varilla es quien hace violencia á las manos, y no las manos á la varilla. De haber salido vanas tentativas hechas por personas de complexión débil, se colige que el experimentador ha de ser de temperamento nervioso y fácil de conmoverse. También se nota relación íntima entre la varilla y el cuerpo humano, cual si se estableciera entre ambos una corriente que comunica á la vara aquel impulso que la hace girar sobre sí, levantándose ó abajándose según la condición de las personas que la tienen. [5] No entra en nuestro designio llevar hasta el cabo esta materia; contentémonos con lo dicho, y quede por averiguado que la Iglesia católica no enseña supersticiones ni libra la grandeza de sus milagros en el uso de la vara divinatoria; y pasemos á los Zahoríes.

Son los *Zahoríes* hombres reputados de vista agudísima, que llegan á las entrañas de la tierra y en ellas descubren metales y piedras preciosas con solo enclavar en el suelo los ojos. El P. Nieremberg, rematadamente sencillo en mil puntos, en éste de los zahoríes confiesa que hay algo de mentira ó engaño, y que no conviene asegurarse de ello. Si se hallan fuentes donde ellos señalan, y metal donde dicen que le ven, «por otras vías se ha de explicar sin que sea menester que rompa la vista por tierra.» [6] El oficio de los buscones es antiquisimo, y por arte natural se alcanza. El P. Veracruz, de la Orden de San Agustín, [7] discurriendo sobre

[1] *Compend. theol. mor.* t. I, n. 270.
[2] *Instit. Theolog. Decalog.* t. V.
[3] *Inst. Theol. Tract. de Decalog.* t. V. n. 109.
[4] *Theol. mor.* lib. II, a. q. t. I.
[5] *Cosmos*, 29 novembre, 1890 n. 305.
[6] *Occulta filosofía*, lib. II, cap. XXVI
[7] *De Anima*, lib. II, specul. II.

el caso, presupuesta la verdad del hecho, no osaba dar parecer.

Esta patraña de los *Zahoríes* no puede ser más evidente. Con todo eso, corrió por España un tiempo la fama de que había hombres tan privilegiados, que con la penetración de su vista alcanzaban á divisar las cosas ocultas á muchas varas debajo de tierra. No podía ser natural dicha virtud, ni privativa de los españoles, ¿á quién no se le trasluce? mucho menos es sobrenatural y otorgada por Dios una gracia no concedida á los Santos, y poseída por hombres codiciosos y astutos. Mas el vulgo dió en creer que Dios dispensaba tan notable rareza á los que nacían el Viernes Santo, y que por haber venido al mundo en día tan solemne les otorgaba el dón de descubrir con sus ojos de lince lo más recóndito de la tierra, oro y metales. No hay que echarlo todo á demonio, preferimos calificar los zahoríes de estafadores y patarateros, menor delito es este que suponerlos en tratos y comercio con el espíritu infernal. Si quiere pasar por zahorí el que adiestrado por la naturaleza conoce, tanteando el terreno, dónde hay venas metálicas, séalo enhorabuena; mas entonces digamos que adivina por tela de cedazo y que ve después de hartarse de mirar.

Original es la explicación de Görres sobre la perspicacia de los zahoríes españoles, pues admite por verdad todo cuanto de ellos se narra. Esta facultad reside en el ojo y se ejercita no con la luz exterior sino con la luz interna orgánica. La luz orgánica interna es de naturaleza superior y más penetrante que la del sol, [1] y esto lo prueban las muchas apariciones de espíritus que fueron vistos resplandecer ora por ojos abiertos, ora por ojos cerrados. Trae en confirmación la vista de los gatos y animales que de noche alcanzan á ver sin luz.

Pero donde muestra el autor alemán su nebuloso ingenio es cuando expone la maravillosa valentía del *sentido común* en reconocer los secretos de la naturaleza sensible. Los pies son el órgano principal de esta extraordinaria habilidad; al pasar sobre una veta de agua, capa de carbón, yacimiento de sal, trepa por la planta del pie hasta la cabeza una impresión particular que determina sensaciones diversas: en Pennet causaba gusto acedo, en Anfossi calor en las piernas y amargor en la lengua, en Papponi contracción de rodillas, en Friali vértigo y mal de corazón, en Nuvani hormiguillo en los pies. Así lo escribe Görres; [1] no vale el trabajo la refutación de su pueril descubrimiento.

Conócense en España con el título de *Saludadores* los hombres que hacen especial profesión de curar el mal de rabia, mordeduras de sabandijas y otros achaques sin aplicar más remedios naturales que soplar, rezar y untar con saliva la parte dañada. El vulgo venera en ellos esta gracia particular por haber nacido el día de San Pablo, el Viernes Santo ó en otro día señalado. Los Doctores teólogos, cuando tocan esta cuestión, hablan sólo de los españoles; pero no faltan italianos y franceses que hayan tenido envidia á nuestros saludadores. Lo primero que hace al caso es preguntar: ¿Por qué motivo nuestros nacionales tendrán un privilegio tan singular respecto de los males dichos? ¿Por qué esta gracia no ha de ser común á todos los españoles? ¿Por qué la han de gozar los vulgares y plebeyos? ¿Por qué únicamente los caparrotas que acertaron á salir á esta luz en día determinado se han de alzar con la granjería?

De los Doctores del siglo XVI, por maravilla se hallan dos que den á estas preguntas igual corte. Ciruelo [2] resuelve que pecan ellos mortalmente, y los que los llaman también; Francisco Victoria [3] juzga que no les asiste virtud alguna, y si la tienen al demonio se la han de agradecer; Navarro [4] opina que hacen debidamente su oficio; Azor [5] da gloria á Dios, que les concedió tal merced; Veracruz [6] porfía que es gracia natural; Sánchez [7] pretende que es *gratis data*, como los Salmanticenses; [8] Suárez [9] los tiene por tolerables; San Ligorio presenta opiniones, y no osa afirmar ni negar. [10] El P. Leonardo Lessio refiere el caso siguiente: «Un

[1] Est plus pénétrante que celle du soleil, ce que démontrent un grand nombre d'apparitions d'esprits, dont la lumière se voit les yeux fermés aussi bien qu'ouverts.

[1] *La mystique divine*, t. III, chap. IX.
[2] *De superstitione*, III p., cap. VII.
[3] *De arte magica*, q. IV.
[4] *Summa*, cap. XI.
[5] *Instit. mor.*, lib. VIII, cap. XXV.
[6] *De Anima*, lib. II, *speculat.* II.
[7] *Decalog. II præpt.*, lib. II, cap. XL.
[8] *Theol. mor.*, Tr. XXI. cap. IX.
[9] *De superstit.*, lib. II, cap. XV.
[10] *Theol. mor.*, lib. III, Tract. I, cap. I.

saludador curaba aquí (en Lovaina) muchos soldados gravemente heridos, de esta manera. Hacía tres cruces sobre las heridas, diciendo en español: En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y en esto soplaba con su aliento. Después, sacando vino y aceite, decía en castellano: En la noche de la Santísima Navidad de Nuestro Señor Jesucristo, la Virgen María parió á Nuestro Señor, quedando virgen; por este altísimo misterio ruego á la divina Majestad se digne bendecir este óleo y vino para curación de las heridas, por virtud de estas santísimas palabras. En fin, aplicaba á la herida el unto, y en breve tiempo seguíase la curación.» [1]—Preguntado el P. Lessio sobre el caso, respondió que no podían ser causa de la curación las palabras, pero que no osaba condenar de supersticiosa la acción del saludador, principalmente porque los autores españoles juzgaban que se podía permitir. Y los que toleraban á esta clase de curanderos decian: «Comunmente la Iglesia los tolera, y por eso nosotros no los hemos de condenar de ligero.» [2] Si la Inquisición no reprimía su conducta, argumento era de que no veía en ella rastro de superstición. Justamente toda la desavenencia de los teólogos antes mencionados, estribaba en si había ó no señal supersticiosa en las curaciones, y en si provenía de Dios ó del demonio aquella virtud; pero todos concordaban en que no eran milagrosas las curaciones, pues se hacían con aplicación de medio natural ó artificioso, y aconsejaba Suárez que se advirtiese si hacían uso de ciertas palabras ó signos aprendidos de otras personas, poniendo en ellos alguna virtud, porque entonces ni era gracia natural ni *gratis data*. [3]

El P. Francisco de Victoria dudaba de su buena fe, y los tuvo por impostores. El P. Suárez añadía esta maña que se les había notado: «Suelen, dice, á veces emplear remedios naturales con tanto secreto y artificio, como si obrasen sin remedios, para así granjear más estima y admiración.» [4] «A muchos saludadores, dice el P. Feijóo, [5] se les ha puesto á cuestión de tormento, y apretados con severo examen al fin han venido á confesar que la virtud la tenían puesta en soplarles á los inocentes sus dineros, y en traer embobados á los tontos.» Según esto, y considerando que los antedichos moralistas avisan que con diligencia sean examinados, puédese concluir que los llamados saludadores son embusteros de solemnidad. Más vale echarles encima esta nota infamante, que no cargarles una gravedad tan horrenda como el pacto diabólico, pues no es éste negocio en que el demonio baraje sin más ni más cómo y cuándo se le antoje. Una cosa cierta es, que los saludadores ni curan de hidrofobia, ni por más que soplen sacarán el veneno del mordido, como no sea usando la habilidad natural á todos los hijos de Adán. Dejo por averiguar si á vueltas de las oraciones y salivazos aplican á la llaga ó dolencia algún emplasto medicinal, porque el efecto que de ahí resultare, entrará en los términos de lo vulgar y ordinario. Mas en tesis general, los apodados *saludadores* más son maestros de farándula que corchetes de Satanás, ó favoritos de Dios. Demos algunas razones en demostración de esta tesis.

Es muy extraña maravilla que no haya un solo caballero español que se ufane de ser saludador, todos han de ser gente vil, necesitada de limosna. Y no es menos nuevo que fuera de España ningún pordiosero tenga gracia particular para hidrofobia; solamente á los pobres españoles tocóles la prerogativa de tan poderosa virtud, la cual no es premio de vida santa, por cierto, porque nuestros saludadores suelen llevar vida distraida y poco ejemplar, ni mucho menos va encaminada á edificar la Iglesia de Dios ni á glorificar á su Majestad soberana, como se ve en los efectos. Convendría que mostrasen por qué indicios se conocen poseedores de esta merced antes de ejercitarla: la primera vez que se ponen á saludar, pruebas tendrán de sentir en sí la virtud. ¿Cuáles son? No es argumento de gracia *gratis data* la rueda de Santa Catalina que muestran en el cielo de la boca; ni hay tal rueda, sino lineamientos naturales comunes á todos los hombres, y cuando llevasen impresas todas las ruedas del mundo, de ningún provecho les serían para indicar virtud curativa.

Tampoco puede decirse que curasen por pacto diabólico ni por superstición.

---

1 *De Justitia et Jure*, lib. II, cap. XLIII, dub. X.
2 SUÁREZ, *De superstit.*, lib. II, cap. XV, n. 25.
3 Ibid., n. 25. 4 Ibid. n. 24.
5 *Teatro crítico*, t. V, disc. I.

Si así fuera, los Prelados ó el Santo Oficio no habrían dejado de descubrir la culpable observancia y habrían enmendado con el castigo á los delincuentes. El concederles el Santo Tribunal en aquellos tiempos libertad, prueba que no era cosa de su incumbencia la profesión de los saludadores, y por la misma razón demuestra que ni es gracia del cielo ni cosa extranatural. Que no sea obra natural, lo prueba el doctísimo P. Feijóo con autoridades y razones que no es menester traer aquí. [1] Pero queda concluido que los saludadores han sido una de tantas calamidades públicas que medran á favor de la ignorancia, silencio y paciencia de los tribunales civiles.

Vienen muy á nuestro propósito unas palabras del P. Feijóo, y por ser de varón tan ínclito, si bien sentenció muchas veces en tono magistral y exagerado, queremos trasladarlas, en esta forma: «¿Qué inverosimilitud contiene el que en España haya no digo ciento, no digo dos mil, sino diez, veinte y cuarenta mil embusteros? Llamo embusteros aquellos que por deleite suyo y del auditorio no tropiezan en decir una mentira, la cual en su dictamen á nadie es perjudicial. Ojalá no fuesen muchos más los que habitualmente tienen el espíritu en esta mala disposición. Pues ve aquí echado por tierra el argumento, y otros que se pueden hacer en semejantes materias. De estos muchos millares de embusteros que hay, hay ciento que dicen que vieron duendes, otros ciento que dicen que vieron brujas, otros ciento que dicen que se les aparecieron almas del otro mundo, otros ciento que testifican milagros estupendos, otros ciento sucesos peregrinos, otros ciento cosas que no hay en las regiones extrañas, otros ciento hazañas propias; sin contar los muchos centenares y millares que hay de mentirosos aventureros que topan á todo, sin ligarse á asunto determinado: con que nos quedan aún muchísimos embusteros de sobra para reclutar ó hacer más numerosas compañías, cuando se quiera.» [2]

El alemán Görres [3] habla de nuestros saludadores, y dice que formaban una suerte de Hermandad compuesta de dos clases de cofrades, los unos sedentarios, los otros vagamundos, llevando todos por insignia una cruz en el pecho. Piensa Görres que el dón de curar era en ellos natural. No dice de dónde se sacó la Hermandad de Saludadores; basta que la viera en sueños. M. Ribet parece dolerse de que Görres reduzca á causa física la gracia de saludar; [1] más dificultad pondrá en estimarlo todo ó casi todo por fruto de embelecos é imposturas, y esta es, en nuestra opinión, la verdad.

Fuera de España también se conoce esta mercancía. En el siglo XVI corría por Italia un linaje de saludadores, que eran casi exclusivamente soldados italianos, y ejercitaban el arte, vulgarmente dicho de San Anselmo, con que confundían sacrílegos al santo obispo de Cantorbery con el mago Anselmo de Parma. [2] Con pañitos aplicados á las heridas y llagas las curaban, al decir del vulgo. De los saludadores italianos hace mención Suárez y no los trata mejor que á los españoles. [3]

Ni merecen más consideración los saludadores franceses. El vulgo señalaba por tal al séptimo de los hijos varones que sin interrupción saliesen á luz en una familia. El privilegio que á estos afortunados caía en suerte, era curar lamparones por tocamiento. Llamábalos el pueblo *Marcous* porque era fama que de San Marculfo ó Marcou les descendía, como á los reyes de Francia, la prerogativa. Todo esto cuentan Mirauld, [4] Laurens, [5] Lessio [6] y otros. Esta es otra conseja, como las pasadas, si ya no es impostura. «De tres muchachos de estas setenas que yo conozco, dice Thiers, dos no curan de nada, y el tercero me confesó de buena fe que había tenido antes la fama de curar muchos males, aunque en verdad ninguna cura había hecho.» [7] No podía ser del cielo la imaginada facultad, porque en ninguna buena razón histórica, teológica, canónica halla fundamento, y su ejercicio estaba lleno de extravagancias. Tampoco podía ser natural, porque las hembras no son de peor condición que los varones, y entre éstos no hay razón para privilegiar

---

[1] *Teatro crítico*, t. III, disc. I, n. 20.
[2] D. Fr. Benito Feijóo, *Teatro crítico*, tomo VII, discurso I, n. 25.
[3] *Mystique*, livre V, chap. XV, t. III.

[1] *La Mystique*, t. III, 1883, p. 365.
[2] Delrio, *Disquis. magic.*, lib. I, cap. III.
[3] *De superstit.*, lib. II, cap. XV, n. 26.
[4] *Memorabilium*, cent. III.
[5] *De mirabili sthrumas sanandi vi*, lib. I.
[6] *De justitia et jure*, lib. II, cap. XLIII.
[7] *Des superstitions*, chap. XXXVI.

al séptimo y no al primogénito ó al octavo. [1]

Todas las prácticas que acabamos de examinar vienen á concluir la satisfacción categórica al cargo impuesto por los enemigos del milagro; es á saber, que la Iglesia no es amiga de aplicar medios desproporcionados con el fin. A las enfermedades quiere se les aplique la acomodada cura, regulando el remedio por la dolencia, y cuando las medicinas naturales no reparan la causa del mal, tiene por sospechoso y áun por supersticioso todo uso de medios que salga de los cotos impuestos á la naturaleza de las cosas. El criterio aplicado por la Iglesia en el juzgar la índole de las operaciones es si los medios vienen ajustados al fin de las cosas; en viendo que no guardan proporción y que no dicen bien con el fin, busca con afán, inquiere las causas, hace pesquisas de las costumbres, sigue por todas vías hasta descubrir el origen de la operación. Si da con él y le advierte sospechoso, despierta la atención de los fieles amonestando con graves palabras que echen de sí prácticas peligrosas; si no llega á la noticia cabal del secreto, queda suspensa sin tomar entera resolución, pero en ningún caso se hace predicadora de una operación milagrosa sin que tenga bien averiguadas las causas de donde procede. Toda la malquerencia de los conjurados enemigos no basta para hallarla falsa ni menos prudente en la causa de los milagros. Repasen lo indicado en el libro primero, capítulo XIV de esta obra, y verán con cuánto miramiento ha andado siempre la Iglesia católica en juzgar semejantes operaciones.

[1] Ribet, *La Mystique*, t. III, p. 366.

CAPÍTULO X.

EL MAGNETISMO ANIMAL.

ARTÍCULO I.

Mesmer y el P. Hell.—Primeros ensayos del magnetismo animal.—El tambor de Mesmer. —Curaciones magnéticas.—Puysegur y el árbol magnetizado.—Descubrimiento del sonambulismo artificial.— Pétetin nota efectos lúcidos.—Dos suertes de fenómenos mesméricos.—Comisión oficial que los examina.—Curso de la causa.—Resultado.—Prudencia de la Sede romana en su calificación.—Fracasos acerca de los efectos lúcidos.—Efectos que pueden ser naturales.— El fluidismo.

Es el sueño el estado más misterioso de la vida humana, misterioso por la causa, misterioso por los efectos. Tan estimados han sido los bienes que se han seguido del sueño en toda edad y tiempo, que cuando no le facilitaba la misma naturaleza, buscaron los hombres cómo procurarle con exquisitas industrias, y en el artificial y provocado creyeron hallar la satisfacción de sus soñados provechos. El sueño fué tenido áun de los paganos por estado propicio á las comunicaciones con la divinidad. El arte y los secretos del sueño datan de antiquísima fecha.

Antonio Mesmer, médico y astrólogo alemán, concibió en su pensamiento que existía en el mundo estelar y planetario un flúido sutilísimo de tan prodigiosa energía, que penetrando los cuerpos todos daba crecimiento á las plantas, á los animales bienestar, á los hombres salud, y despertaba entre hombre y hombre antipatías y simpatías de maravillosa eficacia. No había dado aún con este famoso principio de vida, cuando en 1772 el catedrático de astronomía de Viena, Padre Hell, jesuita, á vueltas de experimentos hechos con el imán, sintióse repentinamente curado de un reumatismo agudo, y parecióle obligación agradecer aquella inopinada cura á la acción de los imanes que de continuo manejaba. Dió parte de la invención á su amigo Mesmer, á cuya amistad le había convidado la profesión de unos mismos estudios. «Los amigos entusiastas de Mesmer no admiten este relato, que disminuye en algo la gloria de su ídolo, pero no por eso es menos conforme á verdad.» [1] Ello es que vinieron Mesmer y el Padre Hell á las manos en la contienda de quién primero había dado con el secreto. «El Padre Hell quedó vencedor, dice Feller; mas el intrépido Mesmer para hacerse invulnerable prometió curar por solo el magnetismo animal, privativo de los cuerpos animados.» [2] Lo mismo cuenta el Padre Backer. [3]

Desde aquel punto el imán fué un instrumento más digno de su afición que la alquimia lo había sido para los investigadores de la piedra filosofal. Pertrechado de imanes de varia forma se dedicó á experimentar sus saludables efectos en diversas suertes de enfermos, notando nuevos fenómenos de gran consuelo, de arte que en 1776 se propuso defender una tesis con el epígrafe, *De Planetarum influxu*, en que intentó probar cómo existía en verdad el flúido universal que había barruntado, cuya energía física resulta condensada en el imán mineral. Mas bien luego echó de ver que, sin necesidad del imán, con la sola aplicación de manos lograba parecidos efectos, y subió de punto el asombro cuando reparó que los enfermos, á los pases de su mano, los unos se le quedaban dormidos, los otros sentíanse sobresaltados de ataques nerviosos, los otros entraban en accesos de grande extrañeza, y

1 Lecanu, *Dictionn. des miracles*, art. *Magnétisme*.
2 *Biographia Universal*, art. *Mesmer*.
3 *Catálogo de los Escritores de la Compañía de Jesús*, t. II, art. *Hell*.

todos salían de sus manos mejorados en tercio y quinto. [1] De esta manera, y eliminados los aparatos del Padre Hell, ideó otro sistema sin imanes y sin electricidad, que por apodo se denominó *magnetismo*, y debía llamarse con más razón *mesmerismo*, del médico inventor.

Vista y comprobada la valentía del nuevo descubrimiento y los bienes que á los seres organizados acarreaba, comenzó á divulgar las grandezas, y á prometerlas mayores, del *magnetismo animal*. Alemania, en particular Viena de Austria, recibió con frialdad y desconfianza al entusiasmado bienhechor, y fuéle preciso llamar á las puertas de París el favor que le negaban sus naturales. Llegar (1778), y verse al punto rodeado de enfermos que mendigaban el alivio de sus achaques, y quedar muchos con efecto mejorados, y multiplicarse las curas con el misterioso pase de manos, fué cosa que causó estupor al propio Mesmer, quien no pudiendo por sí consagrar sus cuidados á cada cliente en particular, inventó una caja redonda de roble, y al rededor colocaba los enfermos y los trataba por junto sometiéndolos á su fascinadora influencia. La caja ó tambor era de bastante magnitud (seis pies de diámetro con uno y medio de alto) y daba lugar á que varias filas de enfermos recibiesen su saludable influjo, porque en la cubierta superior tenía multitud de hierros encorvados y puntiagudos, unos más cortos para que tocasen en ellos los enfermos de primera fila, otros más largos para los de segunda, y si se formaban más filas bastaba que se diesen las manos y pasase por ellos una cuerda, que pasaba también por las dos filas primeras. En la caja y en las garrafas que dentro tenía dispuestas en forma de radios, había agua *magnetizada*, limaduras de hierro y pedazos de vidrio; con la armadura interior comunicaban los hierros que hacían de conductores, y la cuerda sobredicha que servía para enlazar á los enfermos entre sí y ponerlos en contacto con el centro del tambor. Por un procedimiento complicado *magnetizaba* Mesmer la caja enviándole al centro el flúido que le salía del cuerpo, así lo decía él, como de manantial; de esta suerte mediante el dicho tambor *magnetizaba* á muchas personas á la vez, y para desmagnetizarlas pedíales ratos de paciencia hasta que la crisis hubiese hecho su oficio, y sin más ceremonia con alargarles la mano declarábalos por libres. Fuera de esta magnetización á gran corriente, empleaba Mesmer la de manoseo y pases, presentando ó paseando la mano por la parte enferma del cuerpo en diversas posiciones, aunque á decir verdad para quedar un sujeto magnetizado bastábale ponerse en contacto con un cuerpo que primero lo hubiera estado. Para consuelo de los pobres magnetizó Mesmer un árbol del boulevard Saint Martin, enfrente de su propia casa.

«Los efectos de unos ú otros procedimientos, ni eran uniformes ni se obtenían apreciables en todos los sujetos. Bostezos, pandiculaciones, hipo, sollozos, llanto con abundantes lágrimas, hormigueos, atracción hacia el magnetizador, al decir de algunos; sensación de efluvios interiores, repartiéndose por todo el sér, al decir de otros; y por último, en un cierto número, sobre todo cuando intervenía la música, la perturbación nerviosa llegaba hasta el desmayo, y áun hasta las convulsiones; grado éste al que Mesmer llamaba crisis, ordinariamente favorable, según él, y que modificaba la enfermedad llevándola á feliz término. Tales eran los fenómenos de la magnetización que se presentaban en grado diverso según la susceptibilidad de los sujetos. Los refractarios, dicho se está que nada sentían aunque se sometieran á la gran corriente de la famosa cubeta.» [1]

Mesmer, deseoso de hacer fortuna, puso en almoneda el secreto. A la sociedad *Harmonie* no le dolieron prendas, y le ofreció por él la desaforada suma de 400.000 libras. Contento con la venta, y baldonado del público francés, corrió Mesmer por Inglaterra, Italia, Alemania en busca de otra luz y otro amparo; cansado de viajes y andanzas sin provecho, acabó en paz su vida junto al lago de Constanza á los ochenta y un años de edad. Hombre ducho y artero si en este mundo le ha habido.

El marqués de Puysegur fué uno de sus más fieles discípulos. A centenares corrían los enfermos voceando por el consuelo de sus magnéticos ademanes: en

1 DECHAMBRE, *Dictionnaire encyclop. des sciences médic.*, art. *Mesmérisme*.—DELEUZE, *Hist. critique du magnétisme*, 1813, II, vol.—BERSOT, *Mesmer et le magnétisme*.

1 DR. ABDÓN SÁNCHEZ HERRERO, *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 19.

medio del clamoroso conflicto cayó en la tentación de querer magnetizar un árbol situado en la plaza pública de Buzancy. El *flúido* del marqués extendióse por todo el ramaje, y fué suficiente para magnetizar por varios meses á muchedumbre de enfermos, que al coger con las manos la soga atada al tronco recibían el saludable remedio, y cuando la cuerda no bastaba echaban mano á las ramas, sin que vientos ni lluvias fueran parte para mermar un punto la furia de las descargas eléctricas. El árbol de Puysegur y el tambor de Mesmer fueron dos monumentos de publicidad inmensa y de autenticidad indubitable, que ponen de manifiesto la sagacidad de los magnetizantes, la estulticia de los magnetizados, la vil lisonja de los encomiadores.

La gloria principal de Puysegur fué el descubrimiento del sonambulismo artificial: nuevo hallazgo, que exaltó la fantasía de sus discípulos y abrió la puerta á más lisonjeras esperanzas. Estaba un día el marqués magnetizando á un joven aquejado de fluxión de pecho, cuando al mejor tiempo se le queda dormido en los brazos y empieza á discurrir con maravillosa lucidez. «En este hombre, dice, aprendo yo y me ilustro. Cuando se halla en el estado magnético, no es ya un simple patán que apenas acierta á responder á una frase, sino un sér que yo no sé cómo calificar. Sin hablarle yo una palabra, con sólo ponerme á pensar delante de él, me entiende y me responde. Si alguien entra en mi aposento, él le ve cuando yo quiero, y le habla y dice las cosas que yo quiero que le diga, no tales como yo se las dicto, sino tales como la verdad lo pide. Cuando él se adelanta á decir más de lo que yo juzgo conveniente, detengo yo sus conceptos y frases á medio decir, y altero del todo su pensamiento.» [1]

El gran secreto del magnetismo era *querer*. La voluntad del magnetizador estimábase de indispensable necesidad y de prodigiosa eficacia. *Sabed querer*, decía Mesmer á los magnetistas. Y repetía el consejo Puysegur á los suyos. *La voluntad, de vos depende*, clamaba Deleuze. El imperio del magnetizador sobre el magnetizado fué tan absoluto, que el mandato interno, sin expresión externa, algunas veces bastaba. [1]

Aprovechándose el médico lionés Pétetin, en 1787, de tan rara novedad, comienza á notar dos fenómenos, hasta la sazón desconocidos, en los catalépticos é histéricos, á saber, lucidez magnética y trasposición de sentidos. De opinión de Pétetin estos enfermos, estando sumidos en el sueño provocado, ven, oyen, huelen, gustan y experimentan todo género de sensaciones, no por los propios sentidos, sino por el epigastrio y por la punta de los dedos; además, registran con claridad lo más interior de su cuerpo, adivinan pensamientos, predicen cosas futuras, hacen operaciones complicadísimas de mucho espanto y admiración. Estas consecuencias eran estimadas de aquellos nuevos doctores por efectos del sonambulismo artificial, [2] siendo en realidad, sin embargo, meras patrañas nacidas de la ignorancia de aquellos médicos petulantes, y de la torcida interpretación que daban á las operaciones del sonambulismo.

A dos clases pueden reducirse los fenómenos del magnetismo animal. A la primera pertenecen los fisiológicos y patológicos, y son los siguientes: aumento de fuerzas musculares ó también decrecimiento y postración, insensibilidad ó también viveza grande de los sentidos, memoria extraordinaria y arrebatamiento de la fantasía, facilidad en recordar cosas del todo olvidadas, presentimiento de cosas futuras, trastorno de los sentidos, con el singular aditamento de quedar el oido casi siempre libre y mucho más fino que antes. El sueño magnético es el principal requisito para embotar al enfermo los filos del mal. Los ataques de epilepsia, catalepsia, histérico van casi siempre juntos con la magnetización artificial. De aqui nacían alivios, mejorías, curaciones, recontadas por los mermeristas, que no pueden á bulto negarse, así como sin fundamento publicaban á voces la trasposición de sentidos, que se explica bien por la delicadeza de oido en los magnetizados á quienes por una comunísima ilusión paréceles que oyen por el epigastrio, que leen por el colodrillo, que perciben por los codos y que

[1] *Mémoires pour servir á l'histoire et á l'établissement du magnétisme animal*, p. 29.

[1] TARDY DE MONTRAVEL, *Essai sur la théorie du somnambulisme magnétique*, 1785, p. 76.

[2] DELEUZE, *Hist. critique du magnétisme*, II p., sect. IV, chap. I.

tienen allí los sentidos donde creen actúa la sensibilidad.

Despulsábanse los mermeristas por ver acreditados sus prodigios y aprobados por el dictamen de los doctores. El Gobierno francés á 12 de Marzo de 1784 encomendó á una junta de médicos el cuidado de inquirir las proezas del magnetismo animal. El parecer de la comisión fué este: el magnetismo no es un agente de especial calidad, los hechos reconocen por causas la repetición de los pases, la imaginación, la imitación; el uso del magnetismo es peligroso á las costumbres y á la salud. La Sociedad Real de Medicina en el acuerdo que tomó, vino también á resolver la inutilidad y el peligro del magnetismo animal. La Facultad de Medicina usó de términos más severos: amenazó á todos los médicos aficionados, de cualquier manera que fuese, al partido de los mesmeristas, con borrar sus nombres de la matrícula de doctores-regentes, como lo hizo con Deslon, discípulo de Mesmer. A la severidad de estos decretos respondieron los mesmeristas, como era de temer, desplegando sus lenguas con despechos y baldones.

En 1825, diez años después del fallecimiento de Mesmer, el Dr. Foissac procuró que la Academia de Medicina tomase otra vez á su cargo el examen del magnetismo. Señalóse una junta de once facultativos que entendiesen en el asunto; por espacio de cuatro años ocupáronse en apurar en el terreno de la práctica la índole del nuevo sistema, hasta que presentada la razón de sus trabajos suplicaron á la Academia parisiense tuviese por bien de allanar el camino y dar favor á este ramo curioso de fisiología y ciencia natural. La Academia no quiso mostrarse exorable. Entre tanto los codiciosos de crédito concitaban la opinión pública dando calor á ensayos y pruebas, atentos á no parar hasta ver el mesmerismo reparado de sus quiebras y llevado en palmas á público pregón. Mas como la Academia no viese demostrada con argumentos razonables la verdad del flúido magnético, y como tampoco los hechos persuadiesen aquel doble tan ponderado efecto, lucidez mental y trasposición de sentidos, estuvo la sabia corporación suspensa entre la osadía y el miedo, y mientras tanto miraba con ojos fríos las grandezas que del mesmerismo se pregonaban, hasta que en 1840 M. Burdin, con deseo de dar corte á la perplejidad, prometió un premio de 3.000 francos al mesmerista que probase que los magnetizados sabían descifrar palabras, sin auxilio de los ojos, de la luz ó del contacto. Fueron señalados al efecto siete doctores que decidiesen la causa. Los mesmeristas echaron todo el resto, como quienes ansiaban á remo y vela salir del golfo y arribar al puerto de la inmortalidad. Pero hubieron de confesarse vencidos; al premio nadie tocó. Visto el fracaso, declaró la Academia por desierto el concurso, y por tan vano el magnetismo y tan indigno de consideración como la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo. Tan definitiva sentencia fué para el magnetismo animal la ejecutoria de su muerte.

No obstante, las relaciones de los mesmeristas eran muy dignas de aprecio por el caudal de experiencias acumuladas. Si la Academia parisiense procedió con rectitud en el fallo pronunciado contra el mesmerismo, no nos toca averiguarlo. El Dr. D. Abdón Sánchez Herrero [1] la juzga de ciega y apasionada, porque «se condenaron en conjunto los hechos verdaderos, por servir de criterio la no comprobación de los falsos y la falsa interpretación de todos.» [2] Pero quedaron también puestas en clarísima luz la ignorancia, vanidad y malicia de los alumnos de Mesmer, pues nunca pudieron hacer palpables los fenómenos superiores de que tanto presumían.

Con más cordura que la Academia de París procedió la Sede romana. Aun antes de cerrarse el debate parisiense, presentóse al Soberano Pontífice una súplica rogando si era lícito tomar parte en las operaciones del magnetismo. La Congregación del Santo Oficio, á 23 de Junio de 1840, respondió en esta forma: «Apartado todo error, sortilegio, explícita ó implícita invocación del demonio, el uso del magnetismo, á saber, el mero acto de emplear medios físicos, permitidos por otra parte, no está moralmente vedado, con tal que no tienda á fin ilícito ó malvado como quiera. Pero la aplicación de principios y medios puramente físicos á cosas y efectos verdaderamente sobrenaturales, cuanto quiera que se expliquen físicamente, no

---

[1] *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 40.
[2] Ibid. p. 41.

es sino decepción del todo ilícita y heretical.» [1]

Esta comprensiva declaración, emanada de la Silla apostólica, significa por un lado, que los magnetistas habían obtenido efectos saludables en el ejercicio de su arte, y por otro insinúa con bastante claridad que aspiraban á fenómenos extraordinarios y colocados fuera de los límites naturales. Mas con todo, la verdadera autora de estos grandes fenómenos era por lo común la impostura ó la ilusión. De una criada contaban que durante el sueño magnético poseía el dón de lenguas. El Dr. Noble informóse de un competente testigo, y vino á sacar en limpio que la sonámbula «preguntada en lengua extranjera había tartajeado unas sílabas incoherentes, no inteligibles, ni pertenecientes á lengua conocida. Habrán de concederme que para hablar así lenguas peregrinas, no hace falta estar magnetizado.» [2]—Después que M. Burdin hubo propuesto los tres mil francos, que dijimos, al que le mostrase un caso cierto de lucidez mental, pasados tres años presentóle M. Pigeaire una hija suya de once años que leía con los ojos cerrados: hízose la prueba, y salió huera. Igual revés sobrevino á Teste y á Frappart; ni la fortuna ni la astucia les fueron propicias. Gratiolet cuenta lo que le pasó con un mesmerista de profesión en esta forma: «Rogué á un amigo mío que escribiese en un pedazo de papel una frase corta que yo no quise leer. Doblamos el papel y le metimos en un sobre de carta con cola y sello. Acudí á la sesión pública de magnetismo. El sonámbulo me trató de incrédulo, de tentador. Atónito me quedé, lo confieso, pero no cejé en mi demanda. Renové la tentativa en sesión particular. Presento la carta á la sonámbula, y no bien la tuvo en los dedos me notó de incrédulo. Dile yo mis razones procurando sosegarla. Usando ella de un tono que ni era de pregunta ni de respuesta me dijo: ¿Es carta de mujer?— Yo le respondí que nó, sino de hombre, y que contenía unas pocas palabras. Visto el chasco y conociendo mi entereza, alegó por excusa no sé qué achaque. Yo me retiré del todo desalentado.» [1] Los doctores Simpson y Crampton ocultaron en una caja herméticamente cerrada un papel de banco de gran valor y la depositaron en manos de un notario, obligándose á regalar el billete al que leyese el número á través de la caja. Todavía está la cifra aguardando á quien la lea.

Estos ejemplos, por no citar otros muchos, significan abundantemente que los mesmeristas llevaban la peor parte y veían trocada la ventura en estas contiendas. Procuraban hacer bien su negocio en el ejercicio de las curaciones, y aquí crecían como la espuma prometiéndose años de prosperidad; mas cuando quisieron pasar de la práctica á la teórica, é inventar razones con que dar cuenta de sí, tornáronseles negras las aguas y hubieron de encallar ó estrellarse contra las rocas de la sana filosofía. Decían los mesmeristas: la causa del magnetismo es un flúido, que al brotar de los dedos del magnetizador y al combinarse con el flúido del magnetizado le constituye en estado de crisis nerviosa. La existencia del flúido era suposición gratuita, que nunca llegó á vías de prueba. Mesmer se preciaba de magnetizar su famoso tambor y aquel árbol secular que atrás va dicho; pero los modernos físicos se ríen de aquellas pantomimas de magnetización y las capitulan por quiméricas. Sin recibir flúido magnético experimentaban muchos extáticos naturales cosas parecidas á las de los magnetizados por Mesmer. Decían éstos: vemos cómo el flúido se escapa de las manos del magnetista en destellos de luz; y añadían los magnetistas: la aguja imantada hace movimiento á la acción de un magnetizado. Pero ambas declaraciones eran patrañas y decires del vulgo que nadie pudo probar. ¿En qué consistió pues la índole del magnetismo animal en sus principios? Nadie lo sabe. Ningún médico hace cuenta ya de emplearle en calidad de medio curativo, y en calidad de diagnóstico es objeto de donaire y risa; de manera que habiendo pasado de moda, queda en los anales de la medicina en concepto de frívola curiosidad, y los fluidistas en opinión de embaucadores y charlatanes.

---

[1] Remoto omni errore, sortilegio, explicita aut implicita dæmonis invocatione, usus magnetismi, nempe, merus actus adhibendi media physica aliunde licita, non est moraliter vetitus, dummodo non tendat ad finem illicitum aut quomodocumque pravum. Applicatio autem principiorum et mediorum pure physicorum ad res et effectus vere supernaturales, ut physice explicentur, nihil est nisi deceptio omnino illicita et hæreticalis.—23 junii 1840.

[2] Dr. Francotte, *Revue des questions scientif.* 1881, t. X, p. 423.

[1] *Anatomie comparée du système nerveux*, 1839, t. II, p. 626.

Sólo el sonambulismo ha sobrevivido. El sueño provocado artificialmente por los movimientos rítmicos de los pases, por la fijeza de la vista ó por causas análogas, parece muy natural y conforme á la experiencia. La anestesia é hiperestesia en el sonambulismo es consecuencia de la suerte de éxtasis en que entra el magnetizado. Las convulsiones nerviosas que en el acceso acaecen, tampoco pasan los términos de lo natural. El olvido de las cosas ocurridas en el sonambulismo es indicio de la ninguna reflexión y del dominio de la fantasía en el parasismo magnético. La dependencia y relación de simpatía que reina entre el magnetizador y el magnetizado, no parece que exijan intervención de esfera superior, bastando la ilusión ó la alucinación mental excitada por un signo externo á voluntad del magnetizador. En muchos estados mórbidos de epilepsia, de histerismo, de catalepsia descúbrense efectos análogos que distan infinito de ser preternaturales.

El estado magnético ha sido manantial de curaciones. ¿Qué curaciones? las más fueron de dolencias nerviosas, y de éstas sabemos cuán hábil médica sea la imaginación conmovida. Nadie las llame milagros, porque ni eran instantáneas, ni radicales, ni de dolencias incurables, graves, ó muy dificultosas, ni se hacían con aplicación de medios improporcionados; y por el mismo caso tampoco son divinas, pues no es Dios el agente que anda de por medio. Y sin embargo, hombres sin juicio ni decoro no repararon en poner á cuenta del magnetismo los milagros de la Iglesia católica, contenidos en las Santas Escrituras ó en la Historia eclesiástica, como en su lugar repetidas veces va dicho. El magnetismo no sabe curar sin primero hacer sus juegos de manos y dedos para aletargar al individuo, y al letargo han de seguirse convulsiones, contorsiones, gesticulaciones, y gran fasto de ridiculeces. Aun con todo eso, más puede un vaso de agua de Lourdes que todo el boato de los mesmeristas.

ARTICULO II.

Determínanse los fenómenos transcendentales. — No pueden tenerse por fabulosos.—Filosofía nueva que los mesmeristas propalaban.—Examínanse varias hipótesis.—Hipótesis zoo-magnética.— Hipótesis psico-patológica. — Hipótesis psico-fisiológica. — Hipótesis fantasiasta.—Hipótesis de las potencias latentes.— Hipótesis del sexto sentido.—Hipótesis adamítica.— Hipótesis espiritualista.—Hipótesis que satisface á todos los fenómenos del mesmerismo.

Dejando el magnetismo ordinario, queda el extraordinario y trascendental, que deriva sus efectos de una causa oculta inaccesible á las investigaciones de los físicos. Casos se han visto en que el magnetista, sin aplicar signo exterior, indujo en cierta persona un sonambulismo profundo, que constituyó su alma en estado de luz extraordinaria y en elevación de potencias extranatural y asombrosa. «La penetración del pensamiento es el hecho constante y fundamental del magnetismo,» decía Agenor de Gasparin. [1] En virtud del sonambulismo lúcido, el magnetizado pierde el uso de sus sentidos, excepto el oido, á la voz y gestos del magnetizador; aguza su entendimiento hasta calar las dificultades más arduas de una ciencia cualquiera; habla lenguas nunca oidas y resuelve problemas dificultosísimos; siente y conoce con toda claridad la más mínima alteración que pasa en el interior de su propio organismo, cual si le fuese transparente; entiende los remedios acomodados á dolencias y la índole de ellas; antevé acontecimientos futuros; á cien metros de distancia, en divisando un mechón de cabellos de un enfermo, hace el diagnóstico de su enfermedad con singular exactitud; llega con los ojos del alma á leer los pensamientos ajenos, como si se trasportase al lugar del suceso ó describiese menudamente la vida pasada de los interlocutores. De verdad estas maravillas no siempre se logran, ni en todas las personas magnetizadas, ni en un mismo grado, ni con simultaneidad; pero todas reconocen por autor el sonambulismo lúcido y trascendental. Siendo así, entre el magnetismo elemental y el superior media infinita distancia.

Con poco acuerdo, algunos autores han condenado al archivo de las fábulas ó de los embustes los fenómenos todos del

---

1 *Surnaturel*, vol. II, p. 276.

magnetismo animal. Son tantos los que juzgan lo contrario, que fuera temeridad poner sospecha en sus aseveraciones; [1] en particular, los insignes magnetistas Ricard, Lovy, Dupotet, Teste, Bertrand, Elifas Levi, no permiten duda en la realidad de los casos superiores, y de ella es testimonio irrefragable el *Journal du magnétisme* redactado por una sociedad de médicos y magnetistas.

En ningún tiempo la superchería apuró tantas industrias ni recogió tantos trofeos como á mediados de nuestro siglo, los amigos y fautores del magnetismo caían en la red con un candor y torpeza increíbles. Pero también es verdad que los sospechosos, los desconfiados, los avisados fueron sin número, y se recataron de los lazos tendidos á la credulidad por los entusiasmados mesmeristas. No obstante, el magnetismo hacía su camino: los juegos de manos asombraban á los hombres sesudos, contábanse hazañas inauditas, inventábanse maneras de explicarlas, peleaban unos inventores con otros, la palestra se convirtió en campo de Agramante, los católicos no se tenían por seguros, los prelados desmedrosos alzaban la voz, Roma condenaba por reprensibles los nuevos artificios, el mundo, en fin, no se prometía un punto de paz á vista de las cosas que presenciaba. ¿Quién dirá que el magnetismo anduviese en esta sazón tan llano é inofensivo como en su origen le habían conceptuado las corporaciones facultativas? Espuelas no científicas le sacaron del camino trillado, y en breves años traspasó largos trechos, llegando aprisa donde al principio no pensó llegar.

El magnetizado quedaba vestido de tanta claridad intelectual, que el espacio y el tiempo se presentaban rodeados de luces á sus facultades; donde quiera que las dirigía, alcanzaba y conocía todo cuanto el magnetizador le mandaba conocer, lo presente y lo ausente, lo pasado y lo futuro, lo público y lo secreto, y esto no sólo cuanto á cosas sensibles, á hechos históricos, á sucesos cualesquiera, mas también pensamientos, voliciones, disposiciones mentales y cosas hasta ahora imposibles de explicar. El magnetismo pretendió descubrir al mundo nuevos horizontes, es á saber, las operaciones del alma sin dependencia de los órganos corpóreos. El alma, enseñaban los mesmeristas, vive y obra por sí libre de trabas materiales, y tanto con más holgura respira en la serena región de las ideas cuanto menos se aprovecha de los sentidos, sin que los vínculos corpóreos sean obstáculo á su vivísima penetración de manera que entre vida y muerte sólo hay diferencia de grado y no de estado. Esta filosofía del magnetismo dió margen á diversidad de hipótesis, contrarias las unas á las otras, que sin acabar de resolver el inextricable problema, ajustaban con más ó menos conveniencia los hechos con los principios.

El innato afán de querer explicarlo todo, sugirió infinitas exposiciones. Las imaginadas por los mesmeristas no tienen cuento: el que se afiliaba hoy á una, mañana la combatía, esotro día la volvía á defender, por fin se declaraba abiertamente contra ella, y buscaba otra que le armase mejor. Por estos vaivenes pasaron hombres de ingenio y experiencia. Lo que más los deslumbraba era el capricho de los fenómenos mentales. Cuando veintinueve médicos vieron dormida á la joven Samson, lejos y por el solo aspecto de Dupotet, quedaron hechos de piedra. Aquellas cualidades de zahoríes, la omnisciencia médica, la puntualísima adivinación, la penetración del pensamiento, eran cosas que no se acomodaban á ninguna explicación. Sin embargo las inventaron: recorramos las más principales.

Hipótesis *zoo-magnética*. Los mesmeristas aplicaron el bordón del flúido magnético á los efectos superiores. Decían que el flúido nervioso, atesorado en el cuerpo humano, parte del elemento primordial de todos los cuerpos, se traspasa del magnetizador al magnetizado produciendo extrañas maravillas. [1] Esta hipótesis carece

---

[1] Billet, *Correspondance sur le magnétisme vital*, II vol.—Deleuze, *Histoire critique du magnét. animal*, I p., chap. VIII.—Tony Dunand, *Une revolution en philosophie*, p. 195.—Tardy de Montravel, *Essai sur la théorie du somnambulisme magnét.*, p. 45.— Bersot, *Mesmer et le magnétisme animal*.—Loubert, *L'histoire du magnétisme*.—Thouret, *Recherches et doutes sur le magnétisme animal*. —Figuier, *Hist. du merveilleux*, t. III.—*La Civiltà cattolica*, serie I, vol. IV; ser. III, vol. IV.

[1] Esto defendían Puysegur, *Mémoires*, p. 6.—Mesmer, *Mémoire sur la découverte du magnétisme animal*, IIe propos.—Deleuze, *Hist. critique du somnambul.* p. 32.—Charpignon, *Etudes physiques sur le magnétisme animal*, 1843.—Loubert, *Le magnétisme et le somnambul.* chap. XII.—Dunand, *Une révolution en philos.* —Noizet, *Mém. sur le somnambulisme et le magnétisme animal*, 1820.

de fundamento, y cuando le tuviese, carecería de razón de ser. Lo primero, no existe el flúido magnético que llamaron vital. La demostración que de su existencia daban, se funda en que entre el alma y el cuerpo ha de haber un medianero que los ponga en comunicación. Añadían, que siendo los nervios varios y formando capilares, por ellos circula el flúido que da movimiento y el flúido que ayuda á la sensibilidad, y ambos flúidos son los que llevan al cerebro las comunicaciones de ambos sistemas, y tienen inmediato influjo en los nervios motores y en los nervios sensitivos.

Esta razón presupone que entre el alma y el cuerpo hay un tercero que negocia el amigable trato: y eso es lo que buscamos. Los autores alegados Deleuze, [1] Charpignon [2] y Montravel [3] testifican que los magnetizados veian cómo de las manos de los magnetizadores se desprendía un flúido sutil y se acumulaba en el recipiente. ¿Pero cómo probaban la verdad de estas percepciones? ¿quién las verificó? El abate Faria en 1815 se mostró rebelde á la hipótesis fluídica, y prefirió creer que la causa del sueño artificial reside en el magnetizado más que en el magnetizante. Alejandro Bertrand [4] asienta en vez del flúido la exaltación nerviosa, que llama éxtasis. Y pues hay fisiólogos que lo niegan y otros que lo afirman, es petición de principio dar por supuesto lo que tenemos en cuestión. Además, áun si damos de barato que en el organismo se desarrolle un flúido cualquiera, no es cierto que ese flúido sea indispensable para que el alma ejerza sus actos vegetativos, sensitivos, é intelectivos, el cual en lugar de ser causa, tal vez sea efecto de las acciones vitales desplegadas en el organismo. Donosamente hacía burla Figuier [5] del flúido mesmérico diciendo así: «El flúido de los magnetizadores es un Proteo de mil figuras, que cambia de propiedades sin parar, y produce uno tras otro los más disparatados afectos al talante del que le emite. ¿El magnetizador quiere causar insensibilidad en un sujeto? Despáchale su flúido. ¿Quiére mover sensibilidad? allá va el flúido. ¿Quiere calentar á un enfermo? Dispárale el flúido. ¿Quiere refrescarle? El flúido. ¿Quiere curarle un dolor de cabeza ó herirle con tabardillo? El flúido. El agua magnetizada, á saber, cargada del imaginado flúido, es buena para purgar ó constipar, para fortalecer ó debilitar, engordar ó enflaquecer: una diversidad tal de virtudes, ¿no basta por ventura para poner en duda el agente á quien se atribuyen?» Por manera que aunque existiese el flúido vital, no hay razón que obligue á tenerle por causa de los efectos mesméricos.

Otra hipótesis es la llamada *psicopatológica*, cuyo fundamento es que los fenómenos mesméricos no se dejan ver en el estado normal de sanidad, y porque la causa morbosa altera el organismo y sus funciones, de creer es que el alma tenga parte activa en los fenómenos mesméricos. Decía charpignon: «Las facultades productoras de los hechos mesméricos, juzgadas latentes en el hombre por ciertos autores, no pueden llamarse facultades, porque no son sino productos de los aparatos sensitivos ó cerebrales, que fueron levantados, en virtud de un estado patológico, á la honra de su manifestación y vitalidad. El ver de lejos, ó con los ojos vendados, es efecto de condición morbosa que refuerza la facultad del aparato ocular; el oir sones remotísimos proviene de modificación del nervio acústico, y así de los otros sentidos. Las operaciones extraordinarias del entendimiento puédense explicar de igual manera por la fisiología, atribuyéndolas á una sobreexcitación de las partes que corresponden á los respectivos actos de la inteligencia.» [1] Según este discurso de Charpignon, otros médicos como Pétetin, Bersot, Garcin, Littré, señalan semejanza entre el mesmerismo y cierta clase de enfermedades, porque en ellas se ven fenómenos que son comunes al magnetismo animal.

Mas en este punto conviene advertir que buscamos una causa capaz de todos los fenómenos llamados mesméricos, ordinarios y extraordinarios, pues tal es el intento de los discursistas al señalarla por única y general. Siendo así, muy apretado es el vínculo que une las enfermedades con sus naturales consecuencias; éstas pueden ser antevistas por los facultativos, y los síntomas que manifiesten podrán

1 Ibid. t. 1. p. 86.
2 *Physiologie, médecine et metaphys. du magnét.* 1851.
3 *Essai sur la théorie du somnambulisme*, p. 27.
4 *Traité du somnambulisme*, 1823.
5 *Hist. du merveilleux*, t. III, p. 345.

1 *Physiologie, médecine et métaphisique du magnétisme*, 1851, p. 282.

ayudar á conocer las causas morbosas y la naturaleza de las dolencias. Pero los efectos mesméricos no se relacionan con ninguna determinada enfermedad, ni son síntomas de ella, ni por ellos puede rastrearse qué dolencia aflija á la persona que los siente, y por la misma razón prevaleciendo la enfermedad hácense más violentos los efectos patológicos, y perdiendo aquélla las fuerzas, éstos á su vez se encubren hasta disiparse del todo; pero ni los fenómenos mesméricos van al compás de la dolencia, ni si cesan dejan el rastro que suelen los fenómenos patológicos, especialmente que los mesméricos estriban en el querer del magnetizado y magnetizador, y los patológicos no reconocen esa fatal dependencia.

Desacertado anduvo Pétetin cuando unificó el mesmerismo con la catalepsia histérica. En la catalepsia las facultades intelectivas se embotan, y en el mesmerismo se aguzan; en la catalepsia la sensibilidad se entorpece, y en el mesmerismo á veces se acrecienta; en la catalepsia los músculos obedecen al impulso que les viene de fuera, y en el mesmerismo resisten y se conmueven por sí. Así podríamos discurrir por las enfermedades particulares, que algunos han querido igualar con el mesmerismo, y demostraríamos con análogas razones que los fenómenos mesméricos no nacen de causa psico-patológica.

La hipótesis *psico-fisiológica* de Görres es digna de mención entre las raras. Asienta el autor alemán que los fenómenos superiores son reverberaciones de los pensamientos y quereres del magnetizador. El alma del magnetizado se abisma toda en el mundo de los sueños, y hurtándose al mundo exterior solamente conserva relación con el magnetizante. El poder absoluto de éste y la total obediencia de aquél son los dos efectos de la magnetización. Según esto, el magnetizado ve por los ojos del magnetizador, oye por sus oidos, piensa por sus pensamientos, quiere por sus quereres; en una palabra, los actos del magnetizador se reflejan en el magnetizado, abriéndose entre los dos una doble corriente que entabla del uno al otro mutua correspondencia.

La exposición de Görres no aprovecha para el intento. Prescindiendo de los muchísimos fenómenos que no se conforman con la reverberación ni tienen punto de contacto con ella, la reproducción de los pensamientos del magnetizador se queda en el aire en esta opinión, por cuanto el sonámbulo mesmérico tiene sensaciones que el magnetizador no experimenta, ve cosas que éste nunca vió, habla de personas que él no conoce, anuncia sucesos que él ignora, resuelve dudas que el otro propone, responde á preguntas que el otro le hace, obedece á lo que manda; ¿y quién dirá que en estos casos los pensamientos del uno sean destellos de los del otro, cuando la reverberación presupone existencia de cosa reverberada y por tanto, conocimiento anterior, que en el magnetizante no ha lugar? Además, hay otra razón que condena por absurda la hipótesis de Görres: el alma no puede obrar á distancia sin concurso de sentidos que cooperen al pensamiento, y Görres quiere que en el magnetismo se dé acción á distancia sin señales ni movimientos exteriores, aserto contrario á toda buena filosofía, experiencia y razón. El alma está circunscrita en los límites corpóreos y de ellos no puede salir, ni tampoco obrar dentro de ellos á no ser por vehículos acomodados: sacarla de sus confines naturales, como lo hace Görres, es pasearla por campos imaginarios, es pedir grandísimos milagros que sólo caben en la mano de Dios. Mirada en sí no tiene implicancia metafísica la opinión de Görres, pero el estado actual de la naturaleza humana no consiente esa posición; las cosas no hemos de nivelarlas por el nivel de nuestro antojo, sino por la real condición en que el Criador las ha colocado, el cual es el único dueño de quitarles, si bien le place, las trabas que les puso. Pero no es el magnetismo el llamado á enseñarnos los secretos de la divina voluntad. Del Dr. Tony Dunand [1] tomaría prestada Görres la hipótesis propuesta.

Hipótesis *de la imaginación*. La primera vez que se dió del magnetismo informe oficial en 1784, le señalaron por causas los informantes la imaginación, los pases y la imitación, como ya dijimos; pero en la imaginación encerraban la eficacia de otras dos concausas. Esta opinión siguie-

[1] *La Mystique*, livre V, chap. XVII.

[1] *Une révolution en philosophie*, p. 192.

ron Montègre, [1] Virey, [2] Bertrand, [3] Debreyne, [4] Morin, [5] Bersot, [6] y muchos otros escritores, enalteciendo la virtud de la imaginativa á la dignidad de taumaturga. Hemos dicho en otro capítulo qué parte deba darse á la imaginación y qué términos le están señalados. El magnetismo lúcido es un teatro de operaciones que traspasan la raya del cuerpo, y se cumplen sin conciencia del hombre y sin cooperación de la humana inteligencia, y con todo las ejecutan agentes intelectuales é invisibles. La fantasía, que tiene su jurisdicción en los límites corpóreos, no puede responder de tan singulares grandezas; la hipótesis que la toma por base multiplica imposibles.

La de las *facultades latentes* inventada por Deleuze, De Féré y Benvenuti, tampoco parece bien. Decía Deleuze que «en el sonambulismo se desenvuelven facultades latentes sin el concurso de los órganos, de que usamos en vigilia.» [7] Llámanlas facultades nuevas, potencias ampliadas, instintos del alma, y significan con tanta diversidad de vocablos que el alma es á propósito por sí propia para dar valor á las cosas del sonambulismo magnético. Rogers propone el modo de proceder para quebrar el sueño á las potencias latentes. Una droga diestramente preparada revuelve el sistema nervioso y aviva las facultades que tienen sus guaridas en el cerebro, poniendo en conmoción las fuerzas mundanas. [8] Un específico para inspirar el dón de lenguas, infundir ciencias, sacar milagros á luz, es el antojo más peregrino.

Mas si las facultades están sepultadas en el interior del alma, todos los hombres las han de poseer, en todos han de residir, y alguna muestra han de haber dado de sí en determinadas ocasiones para hacer sospechosa su existencia; pero los mesmeristas dichos no solamente enseñan que no se han mostrado, mas que ni áun han sido conocidas en el discurso de tantos siglos, hasta que vino Mesmer á despertar su noticia y acción, y á meter la mano en el tesoro escondido que tantos hombres ingeniosos poseían sin echarlo de ver. No contentos con introducir los fautores de esta hipótesis potencias latentes, les tasan modos secretísimos y arcanos de obrar. Toda potencia cuando se actúa, ha de tener presente su propio objeto de alguna manera ó real ó intencionalmente; pero estos mesmeristas inducen en los sonámbulos potencias que carecen de objeto, que adivinan cosas ignoradas, que descubren cosas escondidas, que entienden y hablan lenguas nuevas, que ven por la nuca, que oyen por la punta del pié, que hacen operaciones opuestas á todas las leyes más esenciales de la humana naturaleza: son pues facultades inventadas con mal acuerdo.

En esta hipótesis recaen los autores que refieren á un *sexto sentido* las excentricidades mesméricas. «El sonambulismo magnético nos descubre en el hombre, y de una manera palpable, un sexto sentido, ignorado hasta el presente, más exquisito y seguro que los otros cinco, sofocado por éstos en estado de vigilia, y es el que llamamos con propiedad *instinto* en los animales» [1] ¿Cómo no se le ofreció al marido de la gran sonámbula inventar siete, diez, veinte sentidos, y habría hallado más facil la explicación del magnetismo lúcido? El orden establecido en la naturaleza nos enseña en su constancia estampadas las leyes del humano sér; salir de sus límites es entrar en los del milagro.

Otra opinión publicó Auguez en su obra *Les études de l'avenir*, deseoso de satisfacer á los hechos magnéticos. Juzga que el mesmerismo es un glorioso resabio de la primitiva condición de nuestro padre Adán. Merced á la elevación sobrenatural los primeros progenitores estuvieron dotados de un poder magnético con que influir mutuamente el uno en el otro por medio de gestos y voces, haciéndose insensibles, prediciendo cosas futuras, sublimándose á lucidez mental extraordinaria. El pecado los desposeyó de tan provechosa excelencia; por fortuna no quedó del todo perdida, sino sólo viciada, y la divina providencia ha tenido á bien en estos últimos tiempos suscitarla de nuevo

1 *Le magnétisme animal et ses partisans.* 1812.
2 *Dictionn. des sciences médicales* 1818, art. *Magnétisme.*
3 *Du magnétisme animal,* 1826.
4 *Pensées d'un croyant catholique,* 1840.
5 *Du magnétisme et des sciences occultes,* 1860.
6 *Mesmer et le magnetisme animal.*
7 BILLOT, *Recherches psychologiques,* t. II, p. 22.
8 The whole is the result of the specific action of a drug suspending the controlling action of the mind, and rendering the brain highly sensitive to mundane or earthly influences.—*Philos. of mysterious agent,* 1853, p. 234.

1 TARDY DE MONTRAVEL, *Essai sur la théorie du somnamb. magnét.* p. 46.

en algunos hombres para poner barrera á la insensatez del racionalismo y obligarle á reconocer el dogma del pecado original, fundamento de toda la revelación. Así discurrieron algunos católicos. Contra los cuales hace el P. Róndina este sencillo dilema: el poder magnético era en Adán y Eva un dón natural ó un dón gracioso: si era natural, no se pudo perder, á lo más se debilitó, y se habría conservado en el humano linaje si bien imperfecto y abatido; si era gratuito, hubo de cesar por siempre como cesaron los demás privilegios que el pecado echó á perder: luego no hay fundamento para concebir en nuestros primeros padres el poder magnético inventado por Auguez. [1] Las armas que derruequen al racionalismo han de estar forjadas en la fragua de la verdad. «Desdenhamos, añade el P. Róndina, estas armas, pois sabemos que a verdade só póde ser defendida pela verdade.» [2]

Finalmente considerada la extrañeza de estas manifestaciones, no han titubeado algunos autores mesmeristas en ahijarlas á *agentes invisibles y espirituales*. Billet [3] designa los ángeles buenos por autores del magnetismo transcendental; el Doctor Tony Dunand, [4] hecha distinción entre sonambulismo y sonambulismo, deputa para el bueno los ángeles de guarda, para el malo los demonios; el gran magnetizador Dupotet parece que se inclina á demonio. «Un día estaba yo rodeado, dice, de muchas personas cuando al evocar esta fuerza, ó digamos demonio, [5] sentí mi ser conmovido, y mi cuerpo contra mi voluntad arrastrado como por un torbellino á someterse y á obrar. El enlace estaba hecho, el pacto consumado, un poder oculto venía á darme socorro, y se había conglutinado con mi fuerza nativa, facilitándome ver la luz.» [6] Y añade: «es de creer que haya en torno mío y dentro de mí un ser misterioso dotado de virtud para entrar y salir á su antojo, por cerradas que estén las puertas.» Palabras citadas más arriba á otro intento.

[1] *Compendio de philosophia theorica é practica*, vol. I, 1869, p. 387.
[2] Ibid, p. 388.
[3] *Correspondence sur le magnétisme vital entre un solitaire et M. Deleuze*, vol. II, p. 157.
[4] *Une révolution en philosophie*, p. 395.
[5] Un autre dirait, ce démon agita tout mon être.
[6] *La magie dévoilée*, p. 201.

Nadie ignora las hazañas del afamado Regazzoni, que pasmó hace cuarenta años la Europa entera con la grandeza de sus prodigios, despertando en Madrid, San Petersburgo, París, Túnez, Atenas la curiosidad pública; con un torcer de ojos derribaba súbitamente á una doncella y la ponía yerta como cadáver, tocando la flauta hacía saltar con admirable cadencia á tres muchachas ántes inmóviles é insensibles, con una palabra hinchaba y deshinchaba diversas partes del cuerpo humáno sin causar lesión orgánica, en un instante ponía tal de extasiada á una persona, que en su parasismo describía puntualmente los trajes y fisonomías de los hombres que en espectros se le representaban: de todo lo cual dieron fe muchos escritores, en especial Hare [1] y Des Mousseaux. [2] ¿A qué linaje de espíritus honrarían los mesmeristas con esta suerte de lindezas, si merecen ser creidas y nó más bien reidas por todo hombre de criterio?

Como quiera que esto sea, el magnetismo transcendental supone por muchas causas juntas, que si han de ser naturales no es posible reunirlas en un solo agente de los que en el mundo material tienen asiento y jurisdicción, porque careciendo de ley estable, no yendo sujeto á condiciones físicas, ni teniendo arancel propio, ni ateniéndose á requisitos forzosos, y actuando con ritos, por comunicación externa y sin ella, y no respetando edad, sexo, condición, ni observando plazos, tiempo, lugar, temperamento, ni dándosele más por un paciente que por otro, viene á ser un laboratorio universal de maravillas, una fábrica general de rarezas, una máquina de primores sin fin, un repertorio de toda suerte de habilidades que no caben ni pueden caber en humano pensamiento. La causa de ellas ha de ser una, concreta y determinada, como todos los magnetistas confiesan. Y siendo una y singular, ha de explicar el porqué y la dependencia de todos los efectos que se le atribuyen, su número y universalidad, su facilidad y presteza, su extravagancia y oposición, y debe por consiguiente responder de todos, contener en su sér la entidad y causalidad de todos, sopena de condenar por vana toda hipótesis que los considere aislados y de por sí y sin dependencia en su

[1] *Mesmerism. proved true*, 1854.
[2] *La magie au XIX siècle*, chap. IX.

encadenamiento. Desmembrar los fenómenos mesméricos y aplicar á cada uno su causa, y colocar en las manos de un solo hombre las riendas de todas las causas parciales, y permitir que las vaya acompasando con el movimiento de su limitada voluntad, es hacerle poco menos que omnipotente y árbitro del universo.

Cuando los modernos teurgos, al resumir los delirios de la antigüedad y confundir la fuerza espiritual con la fuerza física, dan á la causa del magnetismo los pomposos renombres de principio vital, lumbre astral, flúido hemato-nervioso, destello divino, soplo del Eterno, como lo hacen Elifas [1], Edmonds [2], Cahagnet [3], Rogers [4], definen la verdadera causa sin ningún género de duda. Aquel *vapor maligno ó aire subterráneo*, como decían los antiguos, que gobernaba la fuerza divinatriz de los oráculos, y que era tenido por flúido fatídico, por alma del mundo, por virtud universal, ha venido á convertirse entre las manipulaciones de los magnetistas transcendentales en el flúido mesmérico, y se reduce, como aquél, al flúido mágico, al soplo infernal que del espíritu diabólico recibe toda su fuerza. Cuando un cristiano echaba en nombre de Jesús el mal espíritu de un ídolo, de un cuerpo, de un adoratorio, cesaban los prodigios y pasmos, ningún gentil volvía á nombrar vapores oraculares ni fuerza fluídica, sólo se acordaban con espanto de la flaqueza del demonio y de la pujanza de Cristo.

En el libro publicado en 1881 por título *Une révolution en philosophie* se refiere el dicho del Dr Thouvery por estas palabras: «Digo á los que me leen: no os metáis con el magnetismo; desde el día en que el destino me forzó á emplearme en ese negocio, mi vida ha sido un largo martirio. Porque detrás de lo que Mesmer y sus discípulos han llamado el magnetismo, se ocultan demonios que hay que vencer, y eso tiene maldita la gracia.» [5] El mismo Thouvery, médico, curaba enfermedades graves con sólo hablar, en un momento. Este proceder le fué dado en una revelación que él mismo cuenta, con promesa de que le conservaría á condición de jamás recibir la bendición de ningún cura católico; mas como después de enviudar quisiese contraer segundas nupcias, no pudo esquivar la bendición de la Iglesia solicitada por su esposa; y perdió la gracia y el poder.

Sin embargo, ¿de qué ha servido el poder del mesmerismo? Todo el orbe andaba lleno de mesmeristas, miles de hombres se ocupaban en dar y presenciar sesiones, á miles fueron los libros escritos de esta materia: ¿qué lograron? ¿qué descubrieron? Nada. Decía Guidi: «El mesmerismo es ciencia de progreso, el complemento de todo progreso.» [1] El vapor ha progresado y dado de sí máquinas, ferrocarriles, buques; la electricidad ha progresado y producido telégrafos, fonógrafos y otros cien mil inventos; el gas ha progresado y establecido complicadísimas invenciones: ¿qué parte ha tenido el mesmerismo en estos y otros ramos del humano saber? Ninguna. El arte de iluminar, de pronosticar, de curar, de saber por vía de magnetismo animal, no ha dado sino tinieblas de ignorancia, ninguna utilidad y provecho. «Fácil es decir el porqué. La luz mesmérica es una exageración de luz, el cerebro deslumbrado no alcanza la lucidez de las cosas, no hace más que palpar tinieblas.» [2].

ARTÍCULO III.

Dictamen de la Iglesia acerca del magnetismo animal.—Documento del 1856.—Cosas dignas de advertencia en esta decisión.—Algunos teólogos confunden el magnetismo elemental con el lúcido.—Otros teólogos los distinguen con más acierto.—Documento romano del 1841.—Consecuencias que de esta respuesta se derivan.—Consulta del Cardenal Gousset.—Causas que retardan la última decisión de la Silla apostólica, acerca de la índole del sonambulismo.—El mesmerismo no es escuela.

Comparados entre sí los dos artículos precedentes, preciso es confesar que reinó hace un siglo un magnetismo animal, de condición mala de definir, pero elemental y limitado á consecuencias naturales. Pronto la fortuna le degradó. Perdida la estabilidad, abierto camino á grandes abusos, á operaciones de magia, á enormidades espiritistas, de indiferente que era tornóse, por las injurias del tiempo, peligroso, malo, supersticioso, digno de

---

1 *Dogme et rit.* p. 121.
2 *Spiritualism.*
3 *Let od.* 1853, p. 101.
4 *Philos. of mysterious agent.* 1853.
5 Se cachent des démons qu'il faut vaincre, et ce n'est pas commode.

1 *Luce magnetica*, 19 gennaio, 1857.
2 Card. Alimonda, *Il sovranaturale nell'uomo* 1881. vol. I, conf. VI, p. 296, confer. VII.—Dr. D. Delfin Donadiu, *Curso de Metafísica*, *Cosmología*, 1877, lección XLVIII.

reprobación. El que apenas había hallado favor á la sombra de los cuerdos por la incertidumbre de sus procedimientos, convertido en mañoso y mortífero, fué apadrinado y protegido por los arterísimos enemigos de la religión, baldonado y condenado por la Iglesia romana, aunque no con sentencia definitiva y ultimada.

Uno de los más graves documentos emanados de la Sagrada Congregación del Santo Oficio en esta materia, es del año 1856, después que el espiritismo hubo aparecido en América. Primeramente la Congregación del Santo Oficio despachó á los obispos é inquisidores de los Estados Pontificios una circular en la forma siguiente: «Desde que empezaron á divulgarse los fenómenos magnéticos, la Santa Sede publicó varias resoluciones por conducto de la Penitenciaría y del Santo Oficio relativas á casos particulares propuestos sobre la licitud ó ilicitud del uso del magnetismo. Luego en cuanto á la máxima general, después de profundas discusiones en la Feria IV, 28 Julio de 1847, renovando las resoluciones del 23 de Junio de 1840, se decretó lo que sigue: «*Remoto omni errore, sortilegio, explicita aut implicita dæmonis invocatione, usus magnetismi, nempe, merus actus adhibendi media physica aliunde licita, non est moraliter vetitus, dummodo non tendat ad finem illicitum aut quomodocumque pravum. Applicatio autem principiorum et mediorum pure physicorum ad res et effectus vere supernaturales, ut physice explicentur, non est nisi deceptio omnino illicita et hæreticalis.*»—«A pesar de que con tal decreto pareciera conciliarse lo que atañe á las ciencias físicas, con la represión de las viciosas y censurables aplicaciones magnéticas, una triste experiencia ha dado á conocer la necesidad de providencias más eficaces. Puesto que el magnetismo no se practica del modo debido y con fines naturales y honestos, sino que según las continuas quejas de personas distinguidas y principales de muchas ciudades de los Estados Pontificios, hay en ellas magnetizadores que se atreven á aplicar el magnetismo á fines no naturales, con grandísimo perjuicio de la moralidad pública y privada, sirviéndose de mujeres sujetas á tocamientos nada decentes, pretendiendo también adivinar y revelar ocultos y futuros sucesos; por este motivo, no estando tales espectáculos exentos de una ilícita é irreligiosa ilusión, se ha juzgado necesario prohibirlos enteramente, y castigar á sus autores, cooperadores y fautores.

»Por tanto, se manda á todos los Obispos é Inquisidores de nuestra Provincia, que vigilen estas cosas, y procedan sumariamente por via administrativa, INSPECTA REI VERITATE, previo parecer de personas doctas y timoratas, proporcionando las penas al delito con el tiempo de cárcel, según la mayor ó menor culpa, y dando cuenta á la Suprema, particularmente cuando el uso del magnetismo calificado de circunstancias hereticales, exigiese proceso riguroso conforme á los sagrados cánones.

»Esta circular será enviada á los vicarios de distrito, y se procurará su exacto cumplimiento.

Roma, en la Cancillería del Santo Oficio, junto al Vaticano, Feria IV, 21 de Mayo de 1856.—V. Card. MACCHI.»

A poco de haberse intimado á los Estados Pontificios esta providencia, hízose extensiva á toda la cristiandad en la forma que sigue: «En la Congregación general de la Sagrada Romana y Universal Inquisición, tenida en el convento de Santa María sobre la Minerva, los EE. y RR. Sres. Cardenales, Inquisidores generales en toda la república cristiana contra toda la herética pravedad, habiendo pesado con maduro examen las cosas que acerca de los fenómenos del magnetismo, varones dignos de toda fe han referido y enviado de todas partes, acordaron despachar las presentes letras Encíclicas á todos los obispos con intento de reprimir los abusos del magnetismo. Porque es cosa averiguada, que á consecuencia de los fenómenos magnéticos en que se ocupa el estudio de muchos modernos, no con ánimo de ilustrar las ciencias físicas, como era razón, sino de engañar y seducir á los hombres, se va introduciendo un nuevo linaje de superstición, haciendo muchos de ellos cuenta que por arte del magnetismo pueden descubrirse cosas ocultas, remotas y futuras, para lo cual emplean mayormente el auxilio de mujercillas que sólo dependen del arbitrio del magnetizador.

Sobre esta materia algunas respuestas han emanado de la Santa Sede respecto de casos particulares, en las cuales se reprueban por ilícitos aquellos experimentos que se ordenan á conseguir un fin no material, ni honesto, con el uso de medios

no debidos; por esto en tales casos fué decretado (Feria IV 21 Abril 1841), que *el uso del magnetismo según se expone, no es lícito*. Por igual motivo la Sagrada Congregación juzgó que ciertos libros que sembraban tenazmente semejantes errores, debían ser prohibidos. Mas porque fuera de los casos particulares se había de tratar en general del uso del magnetismo, fué establecido por vía de regla á 28 de Julio de 1847, lo siguiente: Apartado todo error, sortilegio, explícita ó implícita invocación del demonio, el uso del magnetismo, á saber, el mero acto de emplear medios físicos, por otra parte lícitos, no está moralmente vedado, con tal que no se encamine á fin ilícito ó pravo. Pero la aplicación de principios y medios puramente físicos á cosas y efectos verdaderamente sobrenaturales, no es más que engaño ilícito y heretical.

«Aunque en este decreto general queda explicada con suficiente claridad la licitud ó ilicitud en el uso ó abuso del magnetismo, sin embargo ha llegado á crecer tanto la malicia de los hombres, que no haciendo caudal del estudio lícito de la ciencia, antes yendo en pos de cosas curiosas, se precian de haber dado con un cierto principio de adivinar y pronosticar, y en esto se ocupan con gran detrimento de las almas y menoscabo de la sociedad civil. Con los prestigios del sonambulismo y de la clara intuición, así la denominan, las sobredichas mujercillas, arrebatadas con manoseos no siempre honestos, presumen temerarias ver cosas invisibles, disertar sobre religión, evocar muertos, recibir respuestas, descubrir cosas desconocidas y lejanas y ejercitar otras supersticiones de este jaéz, con ánimo de hacer con el oficio de adivinar mucha granjería en provecho propio y de sus amos. En todos estos fenómenos, sea cual fuere el artificio ó ilusión que usen, porque los medios físicos se ordenan á efectos que no son naturales, se contiene una decepción del todo ilícita y heretical, y escándalo contra la honestidad de costumbres.

»Por esto á fin de refrenar con eficacia una maldad tan perniciosa á la religión y á la sociedad civil, la solicitud y celo pastoral de todos los Obispos ha de vigilar y de precaucionarse con toda diligencia. Y así cuanto el favor de la divina gracia les asista, empleen los Ordinarios de los lugares todos sus cuidados en contener y extirpar los abusos de semejante magnetismo, ora con avisos de paternal caridad, ora con severas reprensiones, ora en fin con los remedios de derecho, según que en las circunstancias de lugares, personas y tiempos juzgaren en el Señor más conveniente, á fin de que el rebaño del Señor quede amparado de las asechanzas enemigas, el depósito de la fe asegurado y defendido, y los fieles preservados de la corrupción de costumbres.» (30 Julio 1856).

En esta Encíclica, despachada solemnemente por la Sagrada Inquisición romana á todos los Obispos de la cristiandad á 4 de Agosto de dicho año, tres cosas son mucho de notar que hacen á nuestro propósito. La primera, que el magnetismo elemental y ordinario, considerada su nativa índole, es permitido por ser cosa natural; la segunda, que el magnetismo transcendental, cuando emplea medios físicos sin proporción con los efectos producidos, es ilícito por ser supersticioso; la tercera, que la práctica del magnetismo natural está llena de peligro y de malicia si no va encaminada á fin honesto y de pública utilidad. La Sagrada Inquisición al poner raya entre el magnetismo elemental y el transcendental, declara que el primero por su índole propia es permitido, que el segundo por su carácter extranatural y supersticioso es malo y condenable, y por lo tanto digno de toda censura y abominación.

En algunos teólogos moralistas se nota confusión y poco cuidado en tasar cosas que la Congregación romana ha tasado con toda claridad. El P. Lehmkhul,[1] si bien no acusa de pecado grave al que sin ánimo supersticioso consulta el magnetismo elemental, le aconseja que no lo haga. «Aun en las curaciones juzgo que ningún teólogo puede permitir á nadie que se aproveche del magnetismo ni del magnetizador.» La razón que da este teólogo no parece concluyente. Porque aunque los magnetistas asienten que la causa de ambos magnetismos, elemental y transcendenlal, sea una misma; mas esa confesión no es bastante para tenerlos por originados de un solo principio, antes todas las razones prueban que el segundo magnetismo reconoce una causa nueva y especial que no domina en el primero,

1 *Theol. mor.*, vol. I, n. 362.

como atrás queda probado. Convencida de esta diferencia la Sagrada Congregación dice del magnetismo transcendental (*novum quoddam superstitionis genus*), que «un nuevo linaje de superstición con motivo de los fenómenos magnéticos ha empezado á introducirse;» donde bien deslinda el natural del supersticioso, y fundada en la misma distinción no prohibe el primero, y anatematiza el segundo.—En igual confusión cayó el Padre Villada, [1] cuando declaró que «todo magnetismo adolece de superstición y es intrínsecamente malo contra la virtud de religión.» Confiesa este esclarecido moralista la existencia de un magnetismo inocente que podría permitirse, y no fué condenado por la Sagrada Inquisición; pero en el día de hoy juzga no ser posible dejar correr las cosas con la tolerancia de antes. Engáñale su intransigencia. Los efectos fisiológicos, físicos y patológicos producidos por el mesmerismo elemental, si no hay razón para pensar que trasciendan los límites de las fuerzas naturales, tampoco hay motivo bastante para enumerar su causa, sea cual fuere, entre las extramundanas y sospechosas.

En la misma liga se enreda el teólogo Teissonnier [2] cuando pone á favor del demonio tres estados del magnetismo animal, sueño, sonambulismo, visión magnética. El P. Gury [3] no acaba de resolverse, si bien se le ve inclinado á tratar el magnetismo en todo su conjunto por obra diabólica. Quien con más rigor ha querido asentar la mano sobre los magnetistas es el P. Ballerini, [4] en conformidad con el Padre Pailloux, [5] con M. Vincent, [6] y con Caroli, [7] no teniendo cuenta, al parecer, con la decisión tomada por la Sagrada Congregación sobre el magnetismo animal en 23 Junio de 1840, renovada en 28 Julio de 1847, vuelta á repetir en 21 de Mayo de 1856 y finalmente reiterada en 4 de Agosto del mismo año. Esta resolución cuatro veces promulgada, permite con dicha facultad el magnetismo aplicado por medios físicos y con recto fin, y reprueba el empleo de medios físicos á efectos sobrenaturales; por manera que lo condenado por el Santo Oficio es «el magnetismo que no se practica del modo debido y con fines naturales y honestos,» [1] al paso que lo mantenido en su vigor es la licitud del magnetismo practicado debidamente. El P. Ballerini juzga todo lo contrario: confundiendo el sonambulismo, que es efecto natural, con la perversa y mal intencionada ordenación á efectos no naturales, llega á creer que la Sagrada Congregación condenó el sonambulismo natural, de igual forma que el lúcido y trascendental, [2] y no acaba de entender que lo reprobado por la Congregación es el abuso y no el uso. Con tal vehemencia replica y sigue en su tema, que parece quitar de enmedio todo sueño artificial, todo éxtasis natural y la insensibilidad que le acompaña, [3] cosas que nadie hasta el presente ponía en cuestión, como atrás queda dicho.

Con más alteza de miras se levantan á generosos pensamientos otros acreditados autores. El teólogo Bouvier [4] no se atrevió á condenar «á los que teniendo por naturales los efectos del magnetismo, usan de esta arte con modestia, recta intención y sin escándalo.» En el mismo sentido abunda el P. José Mach [5] diciendo: «No nos atrevemos á condenarle (el magnetismo animal), si hay la protesta de no admitir ninguna clase de intervención sobrehumana... con la sola intención de hallar en cosas puramente naturales algún remedio.» Igual resolución sigue A. Bonald [6] limitándola con semejantes prescripciones. Agrégase la autoridad de M. Martinet [7] en el mismo sentido. Scavini citando en su favor al Cardenal Gousset [8] expresa su parecer de la manera siguiente: «Al decir que un confesor debe tolerar el uso del magnetismo, suponemos primero que el magnetizador y el magnetizado van de buena fe y consideran el magnetismo animal como un remedio na-

1 *Casus conscientiæ*, 1885, p. II, sect. I, n. 57.
2 *Comp. theol. dogmat.* 1872, t. I, *De vera religione*, p. I, cap. IV, art. I, § V, sect. III.
3 *Compendium theolog. moral*, t. I, n. 279.
4 *Opus theologicum morale*, 1890, vol. II, p. 250.—*Annot. Comp. P. Gury*, vol. I, 1889, p. 241.
5 *Le magnétisme, le Spiritisme et les possessions*, p. 428.
6 *Comp. univers. theol. tract. De præcept.* t. V, n. 116, p. 391.
7 *Del magnetismo animale*, p. I, capo IX.

1 *Circular á los obispos é inquisidores de los Estados Pontificios*, 21 Mayo de 1856.
2 GURY, *Comp. theol. mor.*, t. I, *Annotat.*, n. 281, p. 255.
3 GURY, *Ibid.*, n. 276. *Annot.* p. 241.
4 *Instit. theologiæ*, 1836, t. V, *De Decalogo*, p. 135.
5 *Tesoro del sacerdote*, XI edición 1891, p. 844.
6 *Instit. theolog.* t. II, 1776, *Tract. de Angelis*, n. 141.
7 *Theol. moralis*, lib. II, art. IX, p. 525.
8 *Theologia moralis*, t. I. append. § 2.

tural y útil; segundo, que ni uno ni otro se permitan cosa alguna que vulnere en lo más mínimo la virtud y modestia cristiana; tercero, que renuncien á toda intervención por parte del demonio.» [1] A esta solución se adhiere D. Vicente de Manterola, [2] el P. M. Matharan [3] y otros nobilísimos escritores por su ciencia y prudencia recomendables.

Para que campee con más esplendor el intento de la Santa Sede en esta controversia, véase cómo respondió á una grave consulta, después que el magnetismo hubo degenerado de su forma primitiva. El obispo de Lausana (19 Mayo 1841) elevó al Cardenal Prefecto de la Sagrada Penitenciaría de Roma una proposición en estos términos: «Eminentísimo Señor: una persona magnetizada entra en estado tal de sueño que ni un grande estruendo, ni la violencia del hierro ó del fuego alcanzan á despertarla. El magnetizador sólo, que obtuvo su consentimiento, el cual es de necesidad, la derriba en una especie de éxtasis, ora por tocamientos si está cerca de ella, ora por simple mandato interior si está lejos. Preguntada de viva voz ó mentalmente acerca de enfermedades de otras personas ausentes y desconocidas, la magnetizada ignorante y ruda hállase en un punto henchida de ciencia médica, superior á los facultativos de profesión, hace puntualmente descripciones anatómicas, indica la causa, asiento, índole de enfermedades internas dificultosísimas de conocer y calificar, determina sus progresos, alteraciones, complicaciones por medio de palabras técnicas, á veces pronostica su duración y prescribe los remedios más sencillos y más eficaces.

«Si la persona que hace la consulta se halla presente, el magnetizador la pone en relación con el magnetizado mediante el contacto; si está ausente, un mechón de cabellos basta y suple. En cuanto el mechón de pelo se pone junto á la mano de la persona magnetizada, dice luego ésta qué es aquello, cúyos son los cabellos, dónde mora en la actualidad el dueño de ellos, en qué está ocupado, y respecto de su enfermedad señala todos los pormenores con tanta exactitud cual si hiciera la autopsia del cuerpo al estilo de los médicos.

«En fin el sujeto magnetizado no ve por sus ojos, con una venda en ellos y sin saber leer leerá un libro, un manuscrito abierto ó cerrado, puesto sobre su cabeza ó en el vientre. Sale de este estado por un mandato, tal vez interno, del magnetizador, ó como espontáneamente, en el momento prescrito por el magnetizado, el cual parece no guardar memoria de lo acontecido en el acceso por largo que haya sido; de las preguntas que se han hecho, de las respuestas que ha dado de todo cuanto experimentó, no quedó rastro en su entendimiento, ni especie en su memoria.

«Atento á que hay graves razones para dudar que tales efectos, debidos á una causa notoriamente improporcionada, sean naturales, el abajo firmado exponente suplica con instancia á V. Eminencia tenga por bien decidir si, puesta la verdad de las cosas indicadas, puede un confesor ó cura párroco permitir á sus penitentes ó feligreses: 1.º ejercitar el magnetismo animal, así acondicionado, como arte auxiliar ó supletorio de la Medicina; 2.º que se dejen poner en este estado de sonambulismo magnético; 3.º que consulten á utilidad propia ó ajena las personas magnetizadas; 4.º que hagan una de estas tres cosas propuestas con la cautela debida, si renuncian formalmente en su corazón á todo concierto diabólico, explícito ó implícito, á toda intervención satánica, atento á que, sin embargo de dichas reservas hay personas que alcanzaron del magnetismo los mismos efectos ó siquiera algunos de ellos.»

A esta súplica no se hizo esperar la respuesta, en los términos siguientes: «La Sagrada Penitenciaria, después de madurar el examen del caso propuesto, juzga que importa atenerse á la siguiente solución: El uso del magnetismo tal como va expuesto en la consulta, no es lícito.» [1] El mismo dictamen había dado la Congregación del Santo Oficio (en 21 de Abril del 1841) á un caso de magnetismo lúcido en que el magnetizado de rudo se hacía doctísimo, leía árabe sin ayuda de ojos, obedecía al magnetizador puesto á

[1] *Theol. moral universa*, t. I, Tract. V, disp. III, cap. I, art. II.
[2] *Diccionario de ciencias eclesiásticas*, art. *Magnetismo animal.*
[3] *Asserta moralia*, 1890, n. 14.

[1] Usum magnetismi, prout in casu exponitur, non licere.—Die 1 Julii, 1841.

muchas leguas de distancia y cosas tales referidas por Scavini. [1]

En el dubio presentado por el obispo de Lausana descríbese uno de los casos frecuentes *(non raro incidentes)*, en que el sonambulismo magnético es mirado como causa ocasional de aquellos [2] efectos, y se pregunta si el uso del magnetismo en tales casos y acompañado de tales aditamentos [3] está exento de superstición, de forma que pueda permitirse en calidad de medio terapéutico y por vía de consulta. A todo este cúmulo de circunstancias complicadas en el caso, responde la Sagrada Penitenciaría con palabras gravísimas decretando, que conforme se le propone el dubio, no es lícito el uso del magnetismo. Esta resolución respecto de la licitud, es la misma dada ya en 23 de Junio de 1840, y en 21 de Abril del 1841, y se reduce á sentenciar contra los efectos superiores, resultantes de causas físicas desproporcionadas, porque la desigualdad arguye crimen de superstición. Mas al condenar la Santa Sede los efectos, no por eso condena la causa, que es el sonambulismo, sino en cuanto se enlaza con efectos supersticiosos notables; conviene á saber, condena la aplicación del sonambulismo á la producción de efectos supersticiosos, y la condena bajo esta especial formalidad, aunque el pretexto sea servirse del magnetismo como remedio terapéutico. Pretende el P. Ballerini [4] que las antedichas respuestas hieren derechamente el sonambulismo en toda su formalidad, por parecerle que el sonambulismo magnético no puede ser natural; pero ni en todo el discurso de los casos propuestos, ni en las palabras de las respuestas se contiene un solo indicio que dé lugar á esa interpretación, por cuanto siempre se propone y siempre se reprende el sonambulismo rodeado de circunstancias que por sí solas bastan á fundar grave sospecha de superstición. Juzgue el esclarecido teólogo como bien le parezca la índole del sonambulismo magnético, pero no tuerza en provecho de su particular opinión el dictamen de la Silla Apostólica, que todavía no ha abierto la boca en esta materia.

El Emmo. Cardenal Gousset, á la sazón arzobispo de Reims, como no acabase de entender si la decisión de la Sagrada Penitenciaría de que tratamos, recaía sobre el magnetismo en sí considerado, ó sobre las circunstancias graves y supersticiosas, dirigió al Cardenal Castracane, presidente de la Penitenciaría, que había firmado la respuesta arriba alegada, una súplica, interrogando, en 1842, si el magnetismo en sí contemplado y exento de abusos y aplicado como remedio natural y útil á la salud, era digno de censura y podía reducirse á la práctica. Año y medio tardó el Cardenal Castracane en satisfacer á la propuesta, y lo que al cabo contestó se concebía en esta cláusula: «He sabido de Mons. de Brimont que V. E. aguarda carta mía que le participe si la Santa Inquisición ha decidido la cuestión del magnetismo. Sírvase V. E. notar que la cuestión no es para resuelta tan aprisa, si es que alguna vez se resuelva, porque ningún peligro hay en dilatar su decisión, y una decisión prematura podría poner en contingencia la honra de la Santa Sede. Cuando se han ofrecido ejemplos de magnetismo y de su aplicación á casos particulares, la Silla apostólica no ha fluctuado en responder.» [1]

La causa de esta lentitud no es dificultosa de rastrear. A falta de hechos científicos y por el desmesurado afán de explicarlo todo, los empíricos desnaturalizaban muchos fenómenos interpretándolos conforme al sistema de ideas que cada cual acariciaba. Uno de los más graves peligros que corren los investigadores en esta parte, está en tomar por norma la confesión de los pacientes, sin advertir que la fantasía sabe fingir sensaciones como sabe fraguar fantasmas. Por otra parte el deísmo y la impiedad se alzaron con el arte del sonambulismo, y le explotaron en favor de su aversión á los milagros cristianos, y no es maravilla que los supersticiosos efectos que de su ejercicio surgieron, hayan llegado á ofuscar con velo de tinieblas la índole de la mesmérica operación, de modo que cueste inmenso trabajo atinar con su especial naturaleza. Fuera de esto, no se había aún observado el poder de la sugestión; la sorprendente viveza de la fantasía en el estado de sonambulismo, los hábitos de la persona

[1] *Theol Mor*, tr. V, disp. III, cap. I.
[2] Quorum occasionalis causa tam parum cum eis proportionata demonstratur.
[3] Illis characteribus aliisque similibus præditum.
[4] *Annot. ad Comp. Gury*, 1889, p. 246, 253.

[1] Citado por RIBET, *La mystique*, t. III, p. 602.

magnetizada, la asociación inconsciente de sus conceptos, la suma excitabilidad de fantasmas en muchos individuos, la acción de los movimientos reflejos que los fisiólogos mezclan en toda idea, la multitud de coincidencias que parecen casuales, la fuerza de percepción en los sentidos del magnetizado, las relaciones dinámicas que reinan entre dos sujetos, llamadas por el vulgo simpatías y antipatías, la complicación de actos inconscientes que rebosan las humanas facultades, todas estas condiciones, y otras que ignoramos, de tal manera embarazan la solución de este complicadísimo problema, que fuera temeridad tratar de darla definitiva y cierta en el estado actual de cosas, cuanto más hace medio siglo.

Sin embargo, fuerza es confesar que el magnetismo animal, ni elemental ni superior, nunca llegó á constituir cuerpo dogmático, mucho menos secta particular, que llevase por blanco enseñanzas religiosas sistemáticamente formuladas. Fué instrumento inerte, que puesto en las manos de gente perversa, había de propagar el error é inficionar las almas con enfermedades morales socapa de sanar las corporales. El magnetismo preparó el terreno al espiritismo y ayudó á darle semblante de secta, como lo dirá el capítulo siguiente.

ARTÍCULO IV.

El *iluminismo* contrario al cristianismo desde el principio.—La gnosis de los primeros herejes.—El iluminismo masónico.—El visionario Swedenborg funda el rito *iluminado*.—Pernetti instituye el rito Misraim.—Martínez entabla el rito martinista.—Saint-Martin reforma la secta *Philalethes*.—Cahagnet propaga el sonambulismo *místico*.—La masonería *iluminada* contiene los principios de los fenómenos transcendentales del mesmerismo.—La masonería luciferiana.

Mas antes no será fuera de nuestro propósito hacer pausa y una breve suma de los *iluminados* que causaron tanto trastorno en la Iglesia de Dios. Todas las sectas han envidiado los carismas, que adornaron á la Iglesia católica desde sus primeros albores, y la embellecerán perpetuamente en prenda del amor de su celestial Esposo Cristo Jesús. La *iluminación*, propiedad del catolicismo, [1] ha sido la prerogativa más codiciada, y como no la podían granjear, los gnósticos inventaron la *gnosis* (ciencia), y á vueltas de ella, los primeros alumnos, Simón y Nicolás, discípulos de los apóstoles, y después Menandro, Ebión, Basílides, Cerdón, Cerinto, Carpócrates, Marción, Saturnino, aclamaron á Lucifer por verdadero Dios y se entregaron al ejercicio de la magia, como si pudieran contrastar con prestigios diabólicos los milagros del cristianismo. No tardó Montano en cifrar la *gnosis* en el extático frenesí, y dejó espantados á los gnósticos cuando vieron con qué libertad el *espíritu* hablaba por los labios de Priscila y Maximila, estimadas profetisas. Los ofitas, á quienes Marción dictó los principios, redujeron la *gnosis* al culto de la serpiente, que revelaba los frutos de la ciencia vital. Los maniqueos tuvieron por *gnosis* la comunicación con Satanás, principio del alma, y con sus frecuentes apariciones se perfeccionaban en los secretos de la *ciencia*. [1]

No es posible discurrir en cortas páginas por la *gnosis* idolatrada de las sectas, que constituyó el carácter más principal de todos los *alumbrados*, pues de tales blasonaban todos los herejes. Los albigenses en el siglo XII, pueden con razón llamarse los neo-gnósticos. Es cosa averiguada que invocaban al príncipe de las tinieblas, y ejercitaban operaciones de magia. Los luciferianos, secta infame, daban culto á Lucifer, y se juntaban en lugares subterráneos para adorar un ídolo que le representaba. Juan Zisca, caudillo de los husitas, «llevando adelante la reforma religiosa, política y social, tuvo el designio de restablecer á Satanás. Le representaba como la víctima inocente del poder despótico. Puso á Satanás por encima del Dios de la Biblia.» Esto decía el periódico francmasón *Chaîne d'Union* (Nov. 1885), firmado por un adalid de la masonería francesa. En verdad los masones á los gnósticos deben toda la substancia de sus perversas enseñanzas. «Por el estudio de los antiguos gnósticos y maniqueos podrá el caballero francmasón hacer grandes descubrimientos sobre esta verdadera masonería,» decía Weishaupt hablando de sus iluminados. [2] Y otro tanto

[1] Hebr. VI, 4.

[1] LECANU, *Hist. de Satan, son culte, ses manifestations, ses œuvres*.
[2] Sexta parte del *Código iluminado*. — *Caballero escocés*.

afirman Clavel, [1] Rédarès [2] y Matter. [3]

Swedenborg (1688) fué un visionario de los más arrebatados que se han conocido. Compuso varios libros, [4] donde cuenta las visiones y revelaciones que tuvo en el trato con los seres invisibles, y describe minuciosamente sus viajes por los globos planetarios, y los trajes y costumbres de sus habitantes, enseñando, entre otros delirios, que el alma humana es corpórea, como lo son los ángeles y la misma Divinidad. Ora sentenciemos á Swedenborg por loco, ora por charlatán, es lo cierto que antevió el magnetismo lúcido cuando decía: «El hombre puede ser levantado á la cumbre celeste, áun en este mundo, si sus sentidos corporales se hallan sepultados en el sueño letárgico.» [5] Así al fundar la masonería *iluminada*, dióle por fin poner al hombre, mediante el éxtasis, en relación con el mundo de las inteligencias, y conocer por este camino todos los secretos visibles é invisibles. La logia principal fué la de Stockholmo, muy diferente de las inglesas y suecas, donde Swedenborg se había graduado de masón.

No tardó el benedictino D. Pernetti, alquimista visionario, en ajustar las enseñanzas de Swedenborg á sus opiniones científicas. Fundó en Aviñón, 1760, una especie de masonería iluminada, que llamó de *rito hermético*, y se extendió por Italia, Suiza, Alemania, Rusia y América. [6] El blanco principal era enseñar simbólicamente el arte de la crisopea, la composición del elíxir de vida y la panacea universal, cuyo secreto pretendía descubrir en las *Metamórfosis* de Ovidio, como lo declara en su *Diccionario* hermético y en su *Explicación hermética de las fábulas del paganismo*. Chastanier, venerable de una logia de París, modificó el rito de Pernetti con la fundación de los iluminados *teósofos*. En 1783 el marqués de Tancé dió nuevo aliento á la doctrina de Swedenborg, é instituyó el rito swedenborgiano que se conserva tal cual su primer fundador le había fantaseado, con los diversos grados propios del iluminismo teosófico. En América se propagó este rito con tanta rapidez, que en 1844 contaban los Estados Unidos cuarenta y cuatro congregaciones de swedenborgistas. Muy llano y expedito estaba el camino para dar entrada á las revelaciones y formas sensibles que á los tres años el espiritismo había de introducir, como luego se dirá.

Entre los desvaríos de Swedenborg no es el menos ridículo éste: «Cagliostro va á mover una revolución política, y no habrá ya más religión que la de los patriarcas revelada á Cagliostro por el Señor.» [1] El conde Alejandro de Cagliostro fué un aventurero del siglo pasado, de mediana familia, y se llamaba José Balsamo; viajó por gran parte del Oriente espantando el mundo por su fasto, elocuencia y bellaquería. Fué llamado *divino* y venerado como un dios en París, Londres, Strasburgo, San Petersburgo, Cádiz, Lisboa; en Egipto, en Alemania, en Italia levantáronle arcos triunfales, estatuas, monumentos de gloria. Apenas ha habido en el mundo hombre más celebrado. Quien tanta gloria le procuró fué el filosofismo; el filosofismo que de Cristo renegaba, se postró á los pies de Cagliostro, que al cabo era un insigne ladrón, un truhán descarado, un nigromante, un corruptor de costumbres. Después de iniciarse en los misterios de la masonería alemana, instituyó el rito de Misraim ó egipcio, del cual era jefe y se llamaba el *Gran Copto*. En su iluminismo andan revueltos la alquimia, la cábala, los secretos medicinales, mágicos y fantasmagóricos de toda clase. En Strasburgo abrió la primera logia (1779). Allí comunicaba á sus afiliados el poder de evocar ángeles y santos, y de pronosticar cosas futuras, por medio de una niña de cortos años. En las logias, que en caso de consultas teúrgicas habían de constar de doce personas y ser presididas por un gran maestre, se evocaba á los ángeles, á Moisés, al espíritu del Gran Copto. El arte de adivinar frecuentado en las logias, era el ya famoso entre griegos y romanos y en toda la hechicería de la antigüedad. El presidente, hechas las preces rituales, imponía las manos á la niña (llamada *paloma*), levantábala sobre una silla, y le mandaba que fijase la vista en el interior de una jarra llena de agua. Clavaba la muchacha los ojos sin pestañear, dentro

---

1 *Histoire pittoresque de la Francmaçonnerie.*
2 *Études historiques et philosophiques*, p. 72.
3 *Hist. du gnosticisme*, t. II.
4 *Merveilles du ciel et de l'enfer.* — *Jerusalem celeste.* —*De la sagesse angélique.*
5 *De la sagesse angélique*, n. 257.
6 Lecanu, *Dictionn. des miracles*, art. *Illuminisme.*

1 *Museum*, 1788.

de la jarra, y veía sombras y artificiosas figuras de grande admiración, de que se aprovechaba el presidente para adivinar lo que convenía saber. El día en que se consagraba una logia colocaban la niña en un tabernáculo y después de rezar oraciones y salmos entre luces y ceremonias cabalísticas, inmolaban una tórtola, y cuando el consagrador alzaba al cielo su sangre en copa de oro, la niña entraba en consorcio con las inteligencias celestes, y no se terminaba la función hasta que le apareciese Moisés ó el espíritu del Gran Copto. [1]

Qué fundamento de verdad tengan las extravagancias de Cagliostro, no nos toca averiguarlo. La historia le ha juzgado por insigne bribón, y en un bribón cualesquiera bellaquerías y diabluras no serían cosa nueva. [2] «Supercherías de todo género andaban mezcladas con prestigios demoniacos, cuya realidad es imposible cuestionar.» [3]

La francmasonería tuvo también sus *alumbrados*, que andaban á caza de la *gnosis*. Martínez Pascual, cabeza de los martinistas, á quien algunos hacen judío, estableció en 1754 un rito cabalístico-masónico, cuyos iniciados se ocupaban en operaciones teúrgicas: tenía él propio comunicación frecuente con los seres invisibles, como lo testifican dos discípulos suyos, Saint-Martin y Fournier, [4] declarando que su maestro fué juguete de comunicaciones verdaderamente diabólicas. Marsella, Tolosa, Burdeos, París poseían logias martinistas de este execrable rito.

Luís Saint-Martin, llamado el *filósofo desconocido* (1743-1803), antes cristiano piadoso, cayó en la red de los teurgos del siglo pasado, y salió eminente en la *gnosis* de las ciencias ocultas. Hablando Saint-Martin de la *gnosis* ó del espíritu inteligente que manifiesta á los masones el verdadero culto, exprime con claridad la turba de espíritus que visiblemente enseñan la *verdad*, diciendo: «Es menester que esta causa ofrezca por sí claramente á la inteligencia y á los ojos del hombre, los testimonios de su aprobación; es menester en fin, si el hombre puede ser inducido á *error* por los hombres, que tenga medios que le libren de *error*, y arbitrios en su mano que le procuren evidente socorro.» [1] La nigromancia, el sonambulismo, el espiritismo le proporcionaban al masón maneras de hurtar el cuerpo al *error*, pues así apodaba la verdad católica. No sin razón se tiene por cierto que Saint-Martin es el fundador del iluminismo francés. [2] Los fenómenos del magnetismo lúcido parecíanle de un orden sensible inferior á los cabalísticos de su maestro Martínez Pascual. Decía que Boehm, visionario del siglo XVI de los más alborotados, era la más esplendorosa lumbrera que había venido al mundo. Voltaire, hablando de los libros de Saint-Martin, solía decir que no habian salido á la pública luz cosas más absurdas, ininteligibles, y necias. [3] De tales doctores como estos se componía la francmasonería hermética y cabalística del siglo pasado.

La principal intención de estos iluminados se enderezaba á desterrar el culto externo y á plantar en la sociedad aquel estado salvaje, engrandecido por ellos como estado de naturaleza, que los deistas enseñaban. Absurda era la filosofía de Saint-Martin, y no tan inofensiva como algunos han imaginado. En ella «están echadas todas las semillas de impiedad, de inmoralidad, y de anarquía contenidas en la tradición masónica.» [4] Cuánta influencia haya tenido el iluminismo de Saint-Martin en todas las logias europeas, lo deponen Robinson, [5] y Luis Blanc. [6] El Conde de Maistre en un viaje que hizo á Lyon sobre el año 1780 advirtió, y lo confiesa, que «los martinistas tenían un culto especial, y una suerte de sacerdotes, llamados *Cohen* con nombre hebreo, que profesaban aborrecimiento al orden sacerdotal y á toda sombra de jerarquía. Nunca en esto vió excepciones. Todos tenían á los sacerdotes sin diferencia en concepto de oficiales inútiles que no saben su obligación.» [7] La secta llamada *Philalethes* (amantes de la verdad) era una mezcla de los dogmas de Swedenborg y de Martínez: el barón

---

[1] LECANU, *Histoire de la Magie.*— CLAVEL, *Histoire pittoresque*, 1844, p. 175.
[2] FELLER, *Biogr. univ.* art. *Cagliostro.*—*Diction. des Sciences occultes*, art *Cagliostro.*
[3] DESCHAMPS, *Les societes secrètes*, t. II, p. 123.
[4] *Le que nous avons*, 1791.

[1] *Des erreurs et de la vérité*, p. 223.
[2] N. DESCHAMPS, *Les societés secrètes*, 1881, t. I, p. 12.
[3] *Lettre à D'Alembert*, 22 oct. 1776.
[4] DESCHAMPS, *Les Sociétés secrètes*, t. II, p. 94.
[5] *Preuves des conspirations contre toutes les religions*, p. 40.
[6] *Histoire de la Révolution*, t. II, p. 103.
[7] *Quatre chapitres inédits sur la Russie*, p. 98.

de Holbach, autor del *Sistema de la naturaleza* fué su principal adepto, como Saint-Martin su reformador. [1]

Otro teurgo de la masonería iluminada fué Afonso Cahagnet, muy aficionado al magnetismo animal. En el libro que escribió [2] expone las visiones que sus magnetizados tenían en la asociación fundada por él, cuyo fin era tener trato y conversación con las almas de los difuntos. Para disponerlos provocaba en ellos el sueño magnético, y al principiar el sonambulismo llamaban en su favor á los muertos y á los espíritus, los cuales, decía Cahagnet, acuden cuando se les convida y enseñan lo que se desea saber. Con graves palabras cuenta que un magnético vió á su padre vestido de azul, con pantalones de terciopelo rayado, sombrero de fieltro algo raido, apoyado en una mesa leyendo periódicos; que otro divisó el arcángel Gabriel sentado en un trono, con lienzo brillante en la cabeza, y ropaje largo de terciopelo carmesí sembrado de flores de lís. Con este lenguaje va describiendo otras apariciones desaforadas y ridículas, con el fin principal de inculcar que no hay infierno, que las almas son espíritus corpóreos, y que el sagrado Evangelio viene á ser pura patraña. Los delirios de Cahagnet preparaban el camino á las blasfemias de los espiritistas. Deplorable cosa es que el sonambulismo *místico* de Cahagnet con sus éxtasis magnéticos se extendiese entre acatólicos y entre católicos con más fama que fuera menester. [3] Si en estas apariciones se consideran los avisos y embajadas de los aparecidos, la actitud y traza de los embajadores, los frutos de las visiones, los fines á que tendían, la intención de los que las procuraban, se tendrá una prueba evidente del espíritu que las despachaba, muy ajeno del espíritu de Dios.

Volviendo los ojos á la masonería *iluminada* y á sus linajudos afiliados que se aplicaron al oficio de magnetistas, no será dificultoso de creer se alentasen á sacar obras superiores que, sólo por intervención de espíritus malignos, se podían ejecutar. El iluminismo y la cábala juntábanse en la masonería para hacer espanto en el mundo con abominables maravillas, en descrédito de los milagros cristianos. «Si hemos de dar fe á los maestros del rito, el masón iniciado en la Cábala recibirá favores de los genios buenos ó malos, según la medida de confianza que coloque en su poder. Se harán visibles, hablarán, escribirán, explicarán todo lo que el entendimiento humano sea incapaz de concebir en el cuadro mágico. No ha de espantarse el adepto del trato de los genios maléficos. Ha de creer firmemente que el peor de ellos, el más perverso de esos seres que los profanos llaman demonios, nunca hace al hombre mala compañía. Es fuerza que sepa preferir en determinadas circunstancias la visita de los malos genios, á la de los buenos, porque á veces los mejores cuestan la tranquilidad, la fortuna y áun la vida, y á menudo se halla uno obligado á los ángeles malhechores. Vengan de donde vinieren los genios ó demonios, ellos solos darán al adepto la ciencia de las cosas ocultas que le constituyen profeta, adivino, sonámbulo, medium, y taumaturgo.» Todo esto dice el autor masón del libro *Télesfore de Zoroastre*. [1] No es pues de maravillar que Mesmer, que al fin se hizo francmasón, [2] abusase del magnetismo animal en provecho del iluminismo sectario.

La secta infame de los gnósticos levantó contra la Iglesia de Cristo el templo de Satanás, y ha continuado hasta el presente bajo formas tanto más visibles cuanto la fe ha ido enflaqueciéndose en el mundo. Tenían los gnósticos á Luzbel por el dios bueno, á Cristo por el dios malo, llamaban vicio la virtud, gnosis la santidad. El gnosticismo florece en el día de hoy en el Paladismo, forma del ocultismo luciferino, alma de la masonería. Muchos autores, monseñor Fava, Claudio Janet, monseñor Meurin, D. Benoit, Dr. Bataille, demás de los antes citados, han sacado á pública luz los tenebrosos secretos del masonismo luciferiano.

Es verdad constante ya que el Palladium es el centro principal de la masonería, el rito que posee la dirección universal de todos los ritos masónicos. Sus grados son el Kadosch del Palladium, el Jerarca, el Mago escogido, la Escogida, la Maestra Templaria. Para ingresar en el Palladium es preciso haber entrado en los grados filosóficos y cabalísticos, porque el paladista

---

1 BARRUEL, *Mémoires*, t. IV, p. 195.
2 *Arcanes de la vie future*, 1848.
3 LECANU, *Dictionnaire des miracles*, art. *Illuminisme*.

1 DESCHAMPS, *Les Sociétés Secrétes*, t. I, p. 294.
2 DESCHAMPS, Ibid. t. II, p. 121.

ha de estar curtido y ser muy buen entendedor del secreto de los secretos. Las juntas se llaman *triángulos,* como la de los Kadosch; gran triángulo, la de los Jerarcas; perfecto triángulo la de los Magos escogidos. El Paladismo es la organización y dirección satánica de la francmasonería. Su jefe principal con el Supremo Directorio Dogmático residía en Charleston (Estados Unidos), donde se instaló á fines del año 1883 en el edificio que hasta hace poco tiempo ocupaba.

El Vicario de Lucifer en la tierra, el soberano Pontífice de la satánica sinagoga fué Alberto Pike hasta el año 1891. Comunicaba personalmente con Luzbel y recibía sus órdenes ántes de publicar las Encíclicas masónicas. Esta es una verdad confesada por los mismos luciferianos. Además, que haya habido en el Palladium apariciones del demonio lo pusieron en evidente luz la *Pall Mall Gazette* y el *Blachwood Magazine,* cuyo artículo trasladó el doctor Bataille, [1] si bien confiesa no haber presenciado ninguna durante el tiempo que anduvo entre luciferianos. El Padre Meurin cita en su obra reciente sobre la francmasonería cabalística dos apariciones de notable autenticidad. [1]

[1] *Le diable au XIX siècle,* chap. X, p. 163.

A estas prácticas del ocultismo masónico se habían dedicado Anderson, Desaguliers, Swedenborg, Weishaupt, Contreras, Mazzini, antes que el general Alberto Pike fundase el *Rito Paládico Reformado Nuevo* y diese organización completa y mancomunada á la acción de Satanás, que obraba aisladamente y sin cohesión en el mundo masónico. El día de hoy posee el Palladium en España inspectores generales en misión permanente que se corresponden con el Supremo Directorio Dogmático, cuyos nombres y apellidos cita el Doctor Bataille. [2]

A la secta del Paladismo, que á la muerte de Pike nombró por sucesor y presidente general al malvado Adriano Lemmi, residente hoy en Roma y no en América, atribuye el concienzudo Huysman, los robos sacrílegos de formas consagradas que en tantas partes se cometen, si bien no osa asegurarlo por cosa cierta. [3]

[1] *La Franc-Maçonnerie, synagogue de Satan.*

[2] *Le diable au XIX siécle*, chap. XV, p. 371.
La masoneria cuenta en todo el orbe 150,000 logias, 25.875.000 afiliados y 2.850,000 afiliadas.» PABLO ROSEN, *L'ennemie sociale*, 1890, p. IX.

[3] *Le Satanisme et la Magie*, par Bois, Préface, p. XVIII.

CAPITULO XI.

LAS ESCENAS DEL ESPIRITISMO.

ARTÍCULO I.

Primer aparecimiento sensible.—Allan Kardec.—Examina los hechos una comisión de sabios ingleses.—William Crookes.—Exposición de los norte-americanos.—Nuevas escenas.—Apariciones de espíritus.—Dudas sobre la verdad de estas visiones fantásticas.—El Archiduque de Austria y el *medio* Harry Bastian.—No todas las apariciones espiritistas son embelecos.—Resumen de los principales fenómenos.—Observaciones sobre las apariciones, sobre los medianeros y actores.

Ninguna edad estaba tan necesitada como la nuestra, de argumentos tangibles que introdujsen por los ojos la posibilidad del milagro. El espiritismo ha sido la traza providencial. Los incrédulos de nuestros días discurren con los ojos, con las manos, con los pies. La metafísica es una quimera para los *sabios* del día. «No hablo yo, decía el Doctor Azam, de la metafísica pura, su campo se va limitando de hora en hora, y acabará siendo un sueño (*une rêverie*) y dando la mano, en el orden de las cosas de ingenio, á la poesía, á la estética, y á otras concepciones, que sólo pueden consistir en pasatiempos intelectuales, en distracciones para los delicados pensadores... De la metafísica pura no quedará más que la memoria.» [1] Hechos positivos quiere el genio de nuestra edad; se los facilita el espiritismo, que es una suerte de positivismo espiritual, y demuestran suficientemente la posibilidad del milagro.

El que abrió la puerta á todos los demás acaeció en Diciembre de 1847 en el estado de Nueva York. [2] Extendióse la infección por muchas ciudades de los Estados-Unidos, y Eugenio Nus relataba en *Cosas del otro mundo* las escenas de ruidos y golpes que por doquiera sonaban. Entre médicos, abogados y escritores sesudos corría la voz de impostura. El juez Edmond, hombre aficionado á novedades, escribió el libro *Spirit manifestation*, que tuvo gran resonancia, aunque no tanta como el del Doctor Hare [1] en cuyos labios hablaba la ciencia. Presto se entablaron disputas furiosas, como lo advierte Roberto Dale Owens. [2]

Apenas se habían dejado experimentar sino golpes y movimientos giratorios cuando sale á la palestra el iluminado Rivail, con el pseudónimo de *Allan Kardec*, libro en mano, [3] para sembrar la mala semilla que tenía fraguada en su mente; porque áun antes que nadie sospechase posible una teoría filosófica fundada en las cosas oídas, Kardec se adelantaba presentando un sistema completo, y por arcaduces de deducciones filosóficas procuraba traer á su molino toda el agua que podía sacar de las escenas espiritistas. Contra el atrevimiento de Allan Kardec, que andaba á solas por riscos y descubría grandes derrumbaderos, levantaron la voz unánime diarios, revistas, academias, porque llevaban á mal que golpes y juegos de muebles diesen lugar á tan crudas consecuencias. Estos fenómenos parecían á los más de los sabios cosas de poco momento. Rabinet y Chevreul las achacaron á super-

[1] *Hypnotisme double conscience*, 1887, p. 153.
[2] HARDINGE, *History of modern american spiritualism*.

[1] *Experimental investigation of the spirit manifestation*, 1856.
[2] *Foot falls on the boundary of another world*, 1877.
[3] *Livre des Esprits*, 1857.

chería, Faraday á acciones musculares involuntarias, Agenor de Gasparin á obra del magnetismo, Thury á *psicoda* (quería decir á una materia orgánica é inorgánica), Schiff, Jobert y Cloquet á la acción del peroné, y otros á diversas causas, y, circunstancia por extremo notable, los que hacían reputación de averiguarlas no eran hombres por ahí acostumbrados á las veredas holladas del vulgo, sino ingenios de aventajada capacidad y destreza en las ciencias naturales.

La sociedad dialéctica de Londres, que tenía por presidente á Juan Lubbock y por miembros á Huxley, Lewes, y á otros experimentados maestros del natural saber, á 6 de Enero de 1869 nombró una comisión con cargo de entender en el estudio de esta materia. Tras de largas conferencias presentó la junta una relación de sus trabajos y conclusiones; las principales y más importantes, fueron éstas: que no podía caber sospecha en la verdad y realidad de los fenómenos propuestos; que la fuerza autora de ellos iba dirigida por un sér inteligente; que era desconocida é independiente de la acción muscular; que no se contenía en ninguna de las señaladas por los sabios. Estas conclusiones fueron expuestas por Wallace y por Morgan [1] en dos obras estimables. Wallace, naturalista afamado, en carta remitida al editor del *Times*, muestra cómo sobre ser indubitables las cosas, es imposible que una mesa se menee por el solo hecho de quererlo los circunstantes, y dedúcese de sus indicaciones que la inteligencia cooperante ni es la del medium, ni la del experimentador, ni la de ningún asistente.

William Crookes, físico de gran saber, al principio se opuso con varonil tesón, y no quería rendirse sino á condición que aquellas maravillas se ejecutasen en su laboratorio, á su vista y disposición. [2] Empezó con gran porfía á pertrecharse de aparatos, cuya descripción puede verse en el *Quaterly journal of science* de 1876, y forzado por la evidencia de las cosas hubo de bajar la cabeza y confesar que «la inteligencia que preside á estos fenómenos es de una índole tal, que por fuerza hemos de creer que no emana de ninguno de los presentes:» conclusión en un todo conforme con la del naturalista Wallace. A estas notabilidades científicas se juntaron las alemanas Zoëllner, Weber, Ulrici, para certificar todos de consuno la autenticidad de los hechos. Y sabida cosa es que los varones curtidos en la meditación de los problemas naturales no suelen aventurar su reputación por mentirosas afirmaciones.

Antes de pasar adelante, será bien dar aquí noticia de la fama común que por el Norte de América corría sobre los dichos sucesos. En 1854 fué presentada al Congreso de Washington una exposición con quince mil firmas, que se conserva en los archivos parlamentarios de los Estados-Unidos, y es del tenor siguiente:

—«Exposición á los muy honorables miembros del Senado y de la Cámara de los Estados-Unidos.

«Los exponentes, ciudadanos de la República de los Estados Unidos de América, piden con todo respeto licencia para exponer á vuestra honorable Asamblea, que en este país y en casi todas las comarcas de Europa se ha presentado en estos últimos tiempos un fenómeno físico é intelectual, de origen dudoso y de misteriosa procedencia, y ha tomado tanto vuelo, particularmente en los Estados del Norte, del centro y del Oeste de la Unión, que domina gran parte de la atención pública. La índole especial del asunto, sobre que los exponentes desean interesar la consideración de vuestra honorable Asamblea, surge de un análisis parcial de los varios aspectos del fenómeno, bosquejados en la breve exposición que á continuación insertamos.

«Lo primero, una fuerza oculta que se muestra agitando, levantando, deteniendo, asiendo, suspendiendo y moviendo de todas maneras multitud de cuerpos considerables, en condiciones directamente contrarias á las leyes conocidas de la materia, y traspasando del todo el poder ordinario del espíritu humano, se ha manifestado á millares de personas de capacidad y juicio, sin que nadie haya podido hasta el presente descubrir, á satisfacción del público, la causa original ó inmediata de estos efectos.

«Lo segundo, luces de formas y colores varios y de diferentes grados de intensidad se divisan en cámaras sombrías, donde no hay substancia alguna capaz de desarrollar acción química ó iluminación

[1] *Miracles and modern spiritualism.—From master of spirit.*
[2] *Quaterly review*, jul. 1870.

fosforescente, y faltan todos los medios ó instrumentos que dan origen á la electricidad y producen la combustión.

«Lo tercero, otra clase general de fenómenos que queremos poner en conocimiento de vuestra augusta Asamblea, consiste en una diversidad de sonidos muy varios en sus caracteres, y más ó menos significativos por su expresión, que ordinariamente se reducen á golpes misteriosos que parecen indicar la presencia de una inteligencia invisible. Ruidos semejantes á los causados por una máquina ó por ciertos oficios mecánicos, se perciben muy á menudo. Otros sones hay que semejan bramidos de viento, y de olas, y con ellos se mezclan crujidos secos, como de mástiles y velas de navío combatido por alborotado mar. A las veces dispáranse fuertes detonaciones, parecidas á fragor de trueno ó á descarga de artillería, acompañadas de un movimiento oscilatorio de los objetos vecinos, y, en algunos instantes, de una vibración y estremecimiento del suelo. Tal vez acaece que toda la casa tiemble por la fuerza del fenómeno. En otros casos llegan al oído consonancias armoniosas, cual si nacieran de voces humanas, y lo más común es parecerse á instrumentos diversos, como pitos, tambores, cornetas, guitarras, arpas, pianos, y los acordes se producen sucesiva y misteriosamente á vista de los instrumentos, y también sin ellos, y á veces sin que se halle presente ser humano ó agente cualquiera visible. Este fenómeno, en cuanto puede ser estudiado su modo de acción, parece depender de principios de acústica hasta hoy desconocidos. Hay, sin duda, en esto una impresión excepcional de los nervios auditivos, causada por un movimiento ondulatorio del aire, si bien la manera de efectuarse las ondulaciones atmosféricas hurta el cuerpo á la diligencia de los más delicados observadores.

«Lo cuarto, todas las funciones del cuerpo y alma humana están sometidas á una extraña influencia, y puestas en ciertos estados anormales, á los que nadie puede señalar causa, cuánto menos comprenderla. Este poder invisible interrumpe la operación ordinaria de las facultades suspendiendo la sensación y la capacidad del movimiento voluntario, conteniendo la circulación de los flúidos animales, y reduciendo la temperatura de los miembros y de algunas partes del cuerpo á las condiciones de frío y de rigidez cadavérica. A ratos la respiración se interrumpe totalmente por algunas horas, y áun días, y después las funciones orgánicas é intelectuales vuelven á su tarea ordinaria. Además se ha observado que estos fenómenos van acompañados, en no pocos casos, de trastorno mental y físico permanente, y de cierto se dice y se cree, que varias personas aquejadas de indisposiciones orgánicas ó de enfermedades al parecer incurables han experimentado alivio súbito y entera curación por el mismo arcano agente.

«Séanos lícito significar en esta parte que sobre tan notable fenómeno han sido propuestas dos explicaciones generales. Los unos le atribuyen al poder é inteligencia de los hombres que pasaron de esta vida, y obran en los elementos sutiles é imponderables que atraviesan y penetran todas las formas materiales; explicación que, como es razón hacerlo notar, se compone bien con los dichos terminantes y afirmativos de las propias manifestaciones. Entre los que abogan por esta hipótesis hállanse conciudadanos nuestros, tan calificados por su criterio moral y aventajado ingenio como por su eminente posición social é influjo político.—«Los otros, no menos autorizados por las relaciones sociales, desechan esta conclusión, y sostienen que los principios conocidos de la física y de la metafísica han de ofrecer suficientes medios de investigación para explicar todos estos hechos de una manera científica y razonable.

«Aunque vuestros exponentes lejos de estar conformes entre sí en esta cuestión, hayan llegado á conclusiones diversas según su conciencia, acerca de las causas probables de los sucesos arriba descritos; con toda libertad y consideración certifican á vuestra respetable Asamblea que van totalmente acordes en declarar que estos fenómenos son reales, y que su misteriosa procedencia, su índole especial, y su alta importancia exigen una averiguación paciente, completa y científica.

«No puede con razón negarse que estos fenómenos se encaminen á producir resultados interesantes y duraderos, respecto de las condiciones físicas, del desenvolvimiento intelectual, y del carácter moral de gran parte del pueblo americano. Claro está que estos ocultos poderes ejercen influjo en los principios esenciales de

la salud y la vida, en los pensamientos y acciones, y pueden ordenarse á modificar las condiciones de nuestro sér, la fe y la filosofía de nuestra época y el gobierno del mundo.

«Juzgando además que es por extremo conveniente y del todo compatible con el intento principal y con el espíritu esencial de nuestras instituciones, dirigirse á los representantes del pueblo para todos los asuntos que se presumen verdaderamente aptos para conducir al descubrimiento de nuevos principios, destinados á acarrear consecuencias importantes á la humanidad, nosotros conciudadanos vuestros, con los nombres que van al pie de esta exposición, deseamos con ardor ser atendidos en esta circunstancia.

»A consecuencia, pues, de las cosas contenidas en el presente memorial, y considerando los hechos y las razones que van dichas ó relatadas, vuestros conciudadanos piden con gran reverencia á vuestra respetable Asamblea, que sea nombrada comisión con cargo de entender en el asunto, y sea escogida entre los hombres más idóneos para llevar á feliz término la investigación.» (Siguen las firmas.)

El Congreso no se dignó dar fin cumplido á la petición y deseo de los exponentes, pero los experimentos se encargaron de despacharla con más presteza que que ellos hubieran solicitado.

Nuevos fenómenos se hicieron visibles en el campo de la observación. M. Oxon, profesor de Oxford, en su libro *Spirit identity* pasando de las respuestas por medio de golpes á la escritura directa, refiere varios casos de un lapicero que puesto junto á un papel, sin que nadie le menease, dejaba escritas palabras. Wallace [1] cita un hecho semejante de psicografía, en que el papel sin preparación antecedente amanecía lleno de escritura en inglés, francés, alemán. Zoëllner repetía en Alemania las mismas experiencias (16 Noviembre 1877) con pizarras. Slade era el *medio*, y tomando en la mano una de ellas limpia y armada de lapicero, hallóse con varios renglones escritos sin que ninguno de los cuatro circunstantes hubiese puesto en el instrumento las manos y «teniéndolas el *medio* quietas y atadas.» [2]

No tardó el espiritismo en descubrir luminosos horizontes. Los espíritus parecieron en público quitada del todo la máscara. El gran físico Crookes da cuenta de lo que por sus ojos pasó [1] en esta forma. «En tanto que el *medio* estaba arrellanado en su sillón y parecía insensible, yo vi puntos encendidos que de una y otra parte chispeaban y se asentaban en las cabezas de varias personas; recibí respuestas á preguntas que hacía, por medio de centellas de brillante luz que se ofrecían á mi semblante el número de veces que yo había determinado. Vi lanzarse de la mesa hasta el techo chispas de luz, y caer luego en la mesa con un ruido bien claro. Logré una comunicación alfabética con destellos lumbrosos que se producían en el aire delante de mí y paseando yo entre ellos la mano. Vieron mis ojos una nube resplandeciente flotando sobre un cuadro. Sucedióme más de una vez recibir en mi mano, de otra que no pertenecía á persona presente, un cuerpo sólido, fosforescente y cristalino.»

Sigue adelante el sabio inglés y va contando la aparición de manos lúcidas, que le alargaban una flor y desparecían súbito, y luego tornaban á relucir, siendo vistas de los presentes. «Los dedos, añade, se menean y la carne parece ser humana como la de todos los espectadores. La muñeca se hace vaporosa y se pierde en lumbrosa nube. En el tacto parecen frías como hielo y muertas, otras veces me han parecido calientes y vivas, y me apretaron la mía con apretón de antigua amistad.»

A estas visiones síguense otras más extraordinarias. Figuras blancas semitrasparentes, semejables á la humana, aunque vagarosas y mal definidas, se mueven y gesticulan como si quisieran hablar. De estos fantasmas hace Crookes minuciosa descripción, [2] y áun se alarga á decir que sacó la fotografía mediante la luz eléctrica. El espiritista Delanne, [3] defensor de los fantasmas dice: «En Inglaterra y en América existen muchos *medios* que logran fácilmente *materializaciones* del espíritu. Los relatos de tales espectáculos léense todos los días en publicaciones espiritistas de todos los países.» Y trae los testimonios firmados de William Henry Harisson y de E. Dawe-

[1] *Spectator*, 6 oct. 1877.
[2] Delanne, *Le Spiritisme*, III, § IV.

[1] *Recherches sur le spiritisme*, p. 153.
[2] *Quaterly journal of science*.
[3] *Le Spiritisme*, 1885, III, § IV.

son Rogers en confirmación de ser auténticos los hechos.

No por eso faltan hombres graves y bien intencionados que pongan sospecha en las apariciones de figuras animadas. Las precauciones tomadas por los espiritistas para que los asistentes no vean á un tiempo el *medio*, y el fantasma, y las diligencias en templar la luz del salón, y en evitar que nadie ponga los pies en el aposento separado por la cortina, levanta graves dudas sobre la verdad de las últimas apariciones. En muchos trances fueron sorprendidos en flagrante delito de superchería los *medios* que las publicaban por verdaderas. M. Logeman [1] al presentar lances de tristes desencantos, dice: «El espiritismo no perdería su causa si pudiera demostrarse que el dictamen de Crookes y de Zoëllner está destituido de fundamento. Otra cosa sería si se probase que no sólo se engañaron, sino que se dejaron engañar á sabiendas. Y esto es justamente lo que se ha puesto en evidencia respecto de M. Crookes por hechos que han sido notorios en Inglaterra, pero de ellos ha corrido poco el rumor por acá.»

El Serenísimo Archiduque D. Juan de Austria, deseoso de apurar la verdad de las cosas, buscó, en el mes de Enero de 1884, al *medio* Harry Bastian, y local conveniente donde presenciar los prodigios del espiritismo. En compañía de siete personajes de calidad asistió al primer espectáculo, que consistió en ver centellas, oir sonidos, percibir remusguillos y también espantosos estruendos en medio de la oscuridad. En la segunda sesión salió á luz la figura fantástica de Bastian y otras varias de mujeres vestidas de blanco; pero los espectadores que ponían dolo en la realidad de los espíritus, no aflojando en su propósito concertaron que en 30 de Enero se repetiría la función delante de mayor número de concurrentes, los cuales quedaron aún menos persuadidos de la realidad tan pregonada de las cosas. El archiduque hincando con arte los dedos en el tablero se previno para otra sesión; entre tanto mandó construir una máquina con resortes con tal artificio dispuestos, que en el momento deseado se cerrase de repente la puerta del aposentillo que separa al *medio* del espectador con el auxilio de la cortina. Empieza la función; entre otras sombras muéstrase á vista del público una figura blanca limpiamente dibujada. El archiduque al verla, queriendo coger por la melena la ocasión, aprieta con fuerza el resorte, ciérrase de golpe la puerta, y entre puerta y cortina queda preso el fantasmón; por más que forcejó no pudo escapar de las manos del archiduque, el cual deteniendo al espectro le presentó á la concurrencia diciendo: He aquí el espíritu. Y el espíritu era Bastian en persona, merecedor de la horca por la infame truhanería. A su Alteza imperial le bastó esta tramoya para tomar la pluma y escribir un opúsculo, que se tradujo en italiano con el título *Sguardi nello spiritismo*, en donde pretende dar jaque mate al espiritismo probando que era una solemnísima farsa. De haber visto un desengaño por los ojos, quiso concluir la burlería de todos los demás casos. En la conclusión ciertamente erró el Serenísimo autor, porque entre ser falsas las apariciones de figuras humanas y no haber ningún hecho verdadero de espíritus, van muchas leguas de camino, como se lo demostró la *Civiltà cattolica* [1] confutando victoriosamente el folleto alemán.

De estos desencantos puede colegirse que los espiritistas son muy duchos en vender por cosas de espíritus las que son hijas de sus propias industrias. Las apariciones les dan felicísimo juego, porque saben ellos poner en boca de los espectros palabras y sentencias tales que encajen bien con las pestilenciales doctrinas estampadas en sus libros: faltos de pruebas las buscan, y á los ojos del vulgo las hallan en los espectáculos teatrales forjándolas entre sombras y bambalinas. Los casos de superchería, que son frecuentísimos, despiertan una justísima desconfianza respecto de los *medios* y de los directores de escena; pero los engaños manifiestos no han de destruir el crédito de los testigos competentes y cautelosos, cuando mantienen rostro á rostro la verdad de lo que presenciaron. «Es cordura no admitir por verdaderos fenómenos espiritistas, todos los que nos quieran hacer tragar. En esto convenimos, la conclusión se contiene en las premisas. Pero las leyes de la lógica no sufren que se extienda más

[1] *Album der Nature*, p. 1895.

[1] Serie XII, vol, IX, 1885.

de lo justo, ni que en vez de una razonable desconfianza y de una simple sospecha de fraude, se introduzca una afirmación categórica de falsedad universal.» [1]

Resumiendo las cosas más principales averiguadas por el espiritismo, pueden reducirse á los puntos siguientes, clasificándolas según la contrariedad que tienen con las leyes naturales.

1.º Hechos contrarios á la mecánica: mesas que se mueven y voltean, sin recibir impulso; utensilios, muebles, sujetos que toman posturas contrarias al equilibrio estático, que son trasportados á una y otra parte, sin fuerza que los levante, que vuelan por los aires, contra la ley de la gravedad; paredes que sin intervención de terremoto se estremecen y vibran.

2.º Hechos contrarios á la acústica: armonías, sonidos, fragores de trueno, sin instrumentos ni personas que los produzcan.

3.º Hechos contrarios á la meteorología: torbellinos de viento huracanado que invaden la estancia, en tanto que fuera de ella el aire está sosegado y sin señal de perturbación.

4.º Hechos contrarios á la óptica: luces, fosforescencias, llamas, centellas, sin aparatos que ayuden á producirlas.

5.º Hechos contrarios á la fisiología: enfriamiento y caldeamiento repentino de los miembros, sin que el ambiente participe de sus modificaciones; somnolencias forzosas y espontáneas, catalepsias cadavéricas, hinchazones deformes, rigideces marmóreas, endurecimientos de carnes, y todo esto con rapidez, pasajeramente y sin causa proporcionada; funciones del cuerpo ó de los sentidos, suspendidas ó invertidas con singular extravagancia.

6.º Hechos contrarios á la psicología natural: sonambulismo y éxtasis magnético, con revelación de cosas lejanas y ocultas al sonámbulo, con uso de lenguas desconocidas al que las usa, con discursos de ciencias ignoradas del que los hace.

7.º Hechos contrarios á la metafísica: respuestas racionales dadas por vía de golpes en la tabla psicográfica, ó escritas por un lapicero asido al pie de un taburete.

8.º Hechos contrarios al orden establecido entre los mortales: voces claras y distintas que se dicen salidas de espíritus y responden oportunamente á las preguntas; fantasmas que se muestran en figuras humanas, y hablan, escriben, obran, tocan, besan, se dejan palpar, se ostentan vivos y apasionados, y delante del espectador se hunden de repente en el suelo, se disipan en humo, reaparecen, etc., etc. [1]

Los espiritistas han formado el empeño de esparcir por todo el mundo la fama de las apariciones humanas. Si les hemos de dar crédito déjanse ver fantasmas vestidos de varios trajes, que hablan con los presentes, que se dejan asir, y permiten se les tome el pulso, se les cuenten las palpitaciones del corazón, se les registre todo el cuerpo, y áun se tomen fotografías de sus vagantes personas. No aseguramos el crédito y áun le negamos del todo, á tales operaciones y á tales fotografías, como quiera que escritores de gran cordura y nombradía las abonen y tengan por acaecidas; pero muy á cortesía dejamos el creerlas, mientras no se presenten argumentos libres de sospecha. No se hable de los pseudo-espiritistas Leymarie, Buguet, Firmann, Sundström, Mauntenffel, sino de verdaderos *medios* del auténtico espiritismo, como Sofia Walder, Augusta Hoffman, Eusapia Paladino. Esta última ha dado sesiones de espiritismo diabólico, tanto como las otras dos, en que se dejaron ver cosas del todo raras y preternaturales. Testigos de vista fueron Alejandro Aksakof consejero de estado del Emperador de Rusia, César Lombroso y Carlos Richet profesores de medicina, Juan Schiapparelli director del Observatorio astronómico de Milán, Angel Brofferio y Carlos du Prël catedráticos de filosofía, Juan Ermacora, Jorge Finzi, Jorge Gerosa catedráticos de física. Los fenómenos fueron totalmente peregrinos: una cortina se ponía henchida sin resistencia, golpes se daban en el lienzo, tocamientos de dedos invisibles, luces en la obscuridad describían círculos y rayas, aparecían manos con el puño cerrado y con los dedos abiertos. El Fígaro (17 Marzo 1893) dió cuenta de todo, y puede verse en el Doctor Bataille [2] el resumen. A merced del estudioso lector queda el examen de la verdad histórica.

Sin embargo, acogemos con los bra-

[1] Fr. María J. Belon, *La Controverse*, 1887, IX-p. 347.

[1] P. Franco, *Idea chiara dello spiritismo*, 1885. p. 15.
[2] *Le diable au XIX siècle*, chap. XX, p. 597.

zos abiertos la verdad de las comunicaciones hechas por psicografía, por medianero, por golpes y por otras señales sensibles y seguras. Las respuestas por estos medios alcanzadas, se han presentado en lenguajes varios, en idiomas desconocidos, entre cosas fútiles y cosas serias, entre frívolas necedades y gravísimas enseñanzas.

Los *espíritus* hablan en nombre de personas conocidas que ya fenecieron remedando su estilo, sus maneras, letra, índole y condición individual. En otras ocasiones afectan ser personajes ilustres en la antigüedad, y preguntados responden llamándose Platón, Aristóteles, Sócrates, Napoleón, San Pablo, San Agustín y áun á veces Jesús de Nazaret, y rubrican sus nombres con rasgos peregrinos, cual si se reprodujesen el tipo y letra de las supositicias personas. [1]

Los *medianeros* ó *medios* son indispensables para la producción de los fenómenos espiritistas. Pueden estar dormidos ó velando. El estado de sonambulismo es el más ordinariamente requerido, si bien no es del todo necesario. Los medianeros son de cuatro clases, á saber: los *oyentes*, que oyen los espiritistas y traban con ellos conversación; los *videntes*, que los contemplan en forma humana, á las veces aérea y vagarosa; los *escribientes*, que ponen por escrito palabras al impulso incontrastable de los espíritus; los *intérpretes*, que comentan la significación de los golpes y movimientos. [2] Estas cuatro clases de medianeros corresponden á los cuatro géneros de manifestaciones espiritistas que se hacen por audición, por visión, por escritura, por interpretación. El oficio de *medianero* pide gran caudal de fuerzas físicas, que se gastan durante las comunicaciones, con peligro de la salud ó del juicio. El *medianero* es un instrumento de que se vale el espiritismo para sus operaciones, y como los hay que se proporcionan mejor que otros á la acción de los espíritus, también los hay más á propósito para el arcano comercio y para comunicaciones de esfera superior á las facultades naturales. A veces ignora el *medianero*, por viva que sea la penetración de su ingenio, las cosas que se le comunican, y las ejecuta sin voluntad determinada. Niños de siete y ocho años, haciendo de *medianeros*, fueron vistos, no una sino más de cien veces, dice el Dr. Crookes, levantarse á la altura de dos y tres metros y cernerse en los aires por unos minutos; fenómenos reproducidos por el medianero Duglas Home en Londres, en París, y en Florencia. [1]

[1] M. VACANT, *Dictionn. apologét.*, art. *Spiritisme.*
[2] *Civiltà cattolica*, serie V, vol. XI, p. 175.

ARTÍCULO II.

Hipótesis de la invención.—Hipótesis de la alucinación.—Hipótesis de la fuerza eléctrica.—Hipótesis mecánica.—Hipótesis del flúido material.—Hipótesis del flúido odil.—Hipótesis de la fuerza psíquica.—Hipótesis de la fuerza espiritual.—Hipótesis del alma separada.—Hipótesis de la virtud mágica.—Hipótesis de la radiación.—Hipótesis de la transformación.—Hipótesis de l inconsciente.

Son sin cuento las hipótesis que se han inventado para determinar el principio de los fenómenos espiritistas. La primera, que los califica todos de embustes y mentiras, hace agravio á las leyes de todo razonable discurso. Hartas veces, dicho tenemos, á los *medios* se les cogió con el fraude en las manos, y sería fuera de propósito traer documentos para comprobar las marañas de los espíritus; mas la burlería é impostura ha sido muy accidental, y de poco mérito para que demos al traste con todos los fenómenos que en las juntas de salón real y verdaderamente se han efectuado.

El grave escritor Addison, enemigo de la Silla Apostólica, formaba concepto de estas cosas y se expresaba de la manera siguiente: «Creo yo que una persona que experimenta terror y espanto respecto de los espíritus y fantasmas, es más razonable que la que se burla de estas apariciones tomándolas por fábulas, especialmente que las historias sagradas y profanas, antiguas y modernas y la tradición de todos los pueblos confirman la realidad de dichas apariciones. Si yo no pudiera rendirme á este testimonio del humano linaje, me rendiría al menos á la relación de personas que actualmente viven, cuyo dicho me hace gran fuerza. Podría yo aquí añadir que demás de los historiadores y poetas, los filósofos de la antigüedad anduvieron contestes en esta opinión. Aun Lucrecio, que por su sistema filosófico hubo de afirmar la aniquilación del alma fuera del cuerpo, tuvo por sin duda la realidad de estas vi-

[1] FRAY MARÍA JOSÉ BELON, *Les phénomènes spirites*; *La Controverse*, 1887, t. IX, p. 358—D. VICENTE MANTEROLA, *El Satanismo*, 1879, *Conferencias contra el espiritismo*.

siones y el hecho de la reaparición de los muertos. Esta es, en mi concepto, cosa digna de atención. Los acontecimientos que Lucrecio no podía negar, le forzaron á inventar una explicación de las más absurdas y antifilosóficas que pueden imaginarse. Daba por cierto que todos los cuerpos constan de superficies muy delgadas y sutiles que se cubren unas á otras como telillas de cebolla, y se muestran á veces enteras cuando se separan y aislan, de donde resulta que veamos las sombras y las formas de los muertos, y también de los vivos que están ausentes.» [1] Hasta aquí Addison, el cual hace burla, como se ve, del sistema espiritista de Kardec, copiado del materialista Lucrecio. [2]

La segunda hipótesis explica los hechos por alucinación de los presentes. El positivista Littré, [3] rehusando conceder á los fenómenos del espiritismo americano realidad objetiva, cree que aquel bullicio de danzas y vuelos estaba en los sentidos y en la fantasía de los espectadores, aunque fuesen millares de millares. Muchas son las falsedades que Littré amontona para dar vado á su opinión. Toma por principio que el espiritismo produce perturbación nerviosa: principio falso respecto de los asistentes, que acuden según su estado normal, y á veces muy mal dispuestos contra las cosas, y se hacen testigos de maravillas nunca soñadas; principio falso respecto de los fenómenos, que son los más físicos y no fisiológicos, y faltos de eficacia para hacer alteración en los nervios; falso respecto de la misma perturbación nerviosa, que no siempre causa alucinación é ilusión de los sentidos, sino cuando sólo el cerebro está dañado, enfermo ó trastornado, y estas afecciones morbosas no son comunes á todos los mortales. Si en algunos individuos hay predisposición á esta dolencia, fácil cosa será que las escenas espiritísticas les irriten los nervios y acrecienten su malestar, pero no serán bastantes á producir las alucinaciones é ilusiones fantásticas que teme Littré. Cuán vana sea esta hipótesis, se echa luego de ver considerando la veracidad de los sentidos corporales, si los acompañan las debidas condiciones internas y externas, y si se allega la universalidad de los fenómenos y la competencia científica de los testigos que los presenciaron. Posible es la ilusión en algún caso y en persona particular, mas no lo es en todos casos ni en todo cuanto los ojos ven, los oídos oyen, las manos palpan, y mucho menos puede serlo en hombres discretos, imparciales y áun mal prevenidos contra la habilidad de los espiritistas. Si alguna parte de las cosas, como va dicho de las apariciones en figura humana, pudiera estribar en ilusión de sentidos, sería insignificante en comparación de los hechos sin número en que no puede tener lugar fantasmagoría de ninguna especie.

La tercera hipótesis es la de la *fuerza eléctrica*. Qué condición y cualidades posea no acaban de definirlo. Algunos claman por la electricidad. Kardec confiesa no ser imposible que la electricidad cause los golpes de las mesas. [1] Zoëllner opina que el cuerpo humano contiene tan exorbitante cúmulo de fuerzas eléctricas, que «si se descargan de golpe, bastarían á producir efectos más considerables que una descarga de dinamita.» [2] Bois-Reymond patentizó músculos electro-motores dentro del humano organismo, y la terapéutica sabe sacar provecho de la electricidad en el tratamiento de ciertas enfermedades. Está en lo posible que el alma se valga de la electricidad residente en las fibras nerviosas para conmover los músculos corpóreos. Todas estas consideraciones, ya que las diéramos por indubitables, probarían á lo sumo que el moverse de las sillas, el sonar de las campanas, el tocar de los pianos, el menearse de las mesas, el llamar de las trípodes, el girar de los veladores tendría su causa física y común. Pero esta es la parte más tosca y vulgar del espiritismo. La intervención de un sér inteligente, la revelación de cosas futuras y distantes, las comunicaciones inmate-

---

1 *Spectator*, n. 110, p. 38.

2 Hombre más refractario al espiritismo que el doctor Lombroso, apenas puede concebirse (Datemi mille modi nuovi de concepire la materia, ma per carità non fatemi concepire gli spiriti delle specchierette... Con ciò non progrediamo, ma torniamo indietro.—*Studi sull'ipnotismo*, p. 67) en un materialista como él. Sin embargo, el haber asistido á las manifestaciones de Eusapia en compañía de varios médicos alienistas, como está dicho, le inclinó con tanta persuasión á la realidad de las cosas presenciadas, que cuando el Dr. Moll le trató de nimiamente crédulo, volvió por sí con enérgica protesta y ratificó su íntima convicción. (*Berliner Tageblatt*, 7 Mars, 1892.)

3 *Revue des Deux Mondes*. 15 Fevr. 1856. *Des tables parlantes et des esprits frappeurs*.

1 *Livres des sprits*, chap. VII.

2 *Dissert. scientif.*, 1879.

riales, las escrituras psiquigráficas, son obras de otro jaéz, y no operaciones de fuerza mecánica. Aquella *cerebración consciente* ó *inconsciente*, inventada por los materialistas para mostrar cómo la electricidad del humano cerebro comunicaba pensamientos á mesas y bancos, y cómo los cerebros de los asistentes se ponían en conversación con el del *medio*, y el de éste y el de aquéllos con los objetos presentes y ausentes, ha sido una invención tan malaventurada que granjeó á sus autores más oprobio que aplauso.

Caupert, Maupied y Charpignon señalaron el flúido eléctrico, y sacaban por analogía su argumento, discurriendo que así como la electricidad produce luz, rotación, insensibilidad, sueño en seres inorgánicos y orgánicos, no de otra manera el flúido eléctrico es autor de los fenómenos espiritistas. Menguada argumentación: no cuadra con los hechos psicológicos, en que no ha lugar la electricidad; ni con los fisiológicos, que salen de su esfera por la mayor parte; ni con los mecánicos, que exceden su eficacia, como son los torbellinos de viento, las melodías del piano, los vuelos y trasportes de bártulos; ni con las leyes de la misma electricidad, que no obstante el empeño del *medio*, falta ó ejecuta un efecto contrario, y no guarda inversa relación de distancias; ni en fin, con los efectos fisiológicos producidos por la electricidad, que son sin comparación mucho más regulares y fáciles de antever que los efectos del espiritismo. Los fautores de la hipótesis eléctrica no pueden ganar el pleito.

Ni más afortunada fué la hipótesis *mecánica* propuesta por Faraday, Babinet y Chevreul.[1] A la acción muscular, al vibramiento de las ramificaciones nerviosas, á la humedad de las manos, á la voluntad eficaz de mover las mesas, encomendaban estos físicos sus giros y movimientos; una causa mecánica, y otra fisiológica, les bastaron para dar razón de todo; al menos en los principios, cuando sólo se veían voltear mesitas y sombreros, esta opinión fué recibida con muestras de satisfacción, aunque tal vez sin examen suficiente. Pero cuando no mesitas, sino mesas de gran peso comenzaron á saltar, á dar brincos y vuelos, la doble fuerza mecánica y fisiológica dió gran baja, y áun ponían muchos en duda su existencia y poder. La teoría de las acciones musculares inconscientes quedó postrada y sin virtud, cuando Agenor de Gasparin descubrió que los muebles se movían sin contacto de manos y dedos, por solo el mandato de la voluntad.[1] En concepto del conde, otro agente, y no el flúido eléctrico, y agente físico y no espiritual, «imprime á los objetos los movimientos que determina nuestra voluntad.»[2] Es cierto que la rotación de los muebles contra la intención de los que los sujetaban con manos y brazos, la inmovilidad de otras mesitas á pesar de los esfuerzos que por levantarlas hacían personas robustas, la traslación de otros objetos, sin que mano de hombre los tocase, sucesos mil veces testificados, no podían provenir de la fuerza mecánica ni de la virtud fisiológica inventada por Faraday.[3]

Tampoco salió airoso el *flúido* material al que llaman *quinta esencia de la materia*. La materia, acumulada y revuelta, y caldeada hasta un subido grado de calor, echa de sí unos efluvios primorosos y sutiles, que no son materia sino la flor y lo más delicado de ella: tal sería la naturaleza del flúido espiritista. «El espíritu es una materia delgadísima y depuradísima que no tiene semejanza entre nosotros, y tan etérea que no puede caer debajo de los sentidos.»[4] Con esta claridad habla del espíritu Allan Kardec en su pestilencial *Libro de los Espíritus*. De cuya definición resulta que la materia en llegando, mediante el calor, á su extremo grado de sutileza y fermentación, da origen á la naturaleza espiritual y á la naturaleza sensible, y es el crisol de donde salen purificadas las almas, y áun la misma esencia de Dios. Estas brutales blas-

---

[1] *La Patrie*, 18 Mai 1863.

[1] *Les tables tournantes*, 1854.

[2] Ibíd. p. 117.

[3] El Conde Agenor de Gasparin (*Les tables tournantes*, 1854) introdujo para explicar los fenómenos del espiritismo, un flúido, que tanto le importaba llamarle *fuerza ó agente físico*, como *substancia ó vibración*, como *estado particular de la materia* (Ibid. p. 210, 212). Con esto da licencia el Sr. Conde á todo el mundo para creer que no dice nada con su tecnicismo, y «entienda, añade, que me he servido de un término convencional que designa el agente físico—sea cual fuere—cuerpo particular ó simple fuerza, cuya presencia se manifiesta en nosotros y que el sistema nervioso pone á disposición de nuestra voluntad.»

[4] L'esprit est une matière quintessenciée, mais sans analogue pour vous, et si éthérée qu'elle ne peut tomber sous vos sens.

femias, que conceden á la materia poder omnipotente y fecundidad universal, léense en libros de la escuela americana, tales como la *Philosophy of misterious agents* de Rogers, los *Mystères modernes* de Mahan, la *Philosophie du magnétisme* de Dods, donde se contienen los dislates más desaforados que ha podido alambicar la incredulidad del siglo XIX.

Ideas por cierto muy rancias. Los antiguos honraban al éter con un tan exorbitante poderío, cual si tuviera facultad para engendrar no sólo los cuerpos mas también las almas. Los Pitagóricos llamábanle *alma* del mundo, fuego vivo, espíritu de luz, imán. «Pitágoras pensó, dice Cicerón, que el espíritu penetra y cunde por toda naturaleza de las cosas, y que de él nuestras almas son una parte.» [1]—«El éter para Zenón, dice en otra parte, y para los demás estóicos, parece ser un sumo dios, dotado de mente por la cual se gobiernan todas las cosas.» [2]—«Los astros que se engendran *ex nobilissima purissimaque ætheris parte*, son deidades animadas é inteligentes.» [3]—«Era el éter, en opinión de los antiguos, una celeste y altísima naturaleza, *id est igneam, quæ per sese omnia gigneret.*» [4]—Aristóteles trae también las opiniones de los materialistas de su tiempo. «Paréceles á algunos el alma ser fuego nacido de partes sutilísimas, y más incorpóreo que los demás elementos.» [5]—«Heráclito ponía ser el alma muy incorpórea y flúida.» [6] En Cornelio Agripa (siglo XVI) hallamos expuesta la misma doctrina de la fuerza mundana. [7] A estos delirios, adorados por los antiguos, añadieron los espiritistas locuras más rematadas, sin reparar cuán ruinoso tienen el fundamento, pues todavía ignoramos si existe la materia etérea, y cuando existiese y llenase de su virtud las entrañas de los seres, quedarían por explicar los hechos psicológicos y fisiológicos del espiritismo.

Debiera bastar á los defensores del flúido imponderable la repugnancia con que miran los sabios esta suerte de invenciones. La física moderna arrolló la hipótesis de los flúidos magnéticos. Después que Franklin hubo asentado la existencia de un flúido eléctrico derramado por doquier, que se embebía en los cuerpos según su capacidad de atracción, y que por frotamiento se desequilibraba, constituyendo el estado positivo y negativo, cuando hubieron Van-Mons y otros químicos dado por cierta la electricidad condenada y enrarecida; después que Æpinus decretó que un cuerpo en estado natural puesto en presencia de otro electrizado, adquiría electricidad contraria; después que vino Symmer y admitió dos potencias eléctricas, diversas esencialmente, y luego Coulomb puso en los cuerpos naturales dos flúidos combinados y neutralizados, que si se apartan dejan el cuerpo hecho un imán; después en fin que la hipótesis del flúido magnético hubo llevado corona y cetro y alcanzado el imperio universal, tomó la mano Ampère y desfloró de un soplo el vigor de los flúidos reduciendo el magnetismo á un efecto electro-dinámico. Faraday, que al principio hizo rostro al grande Ampère, al fin juntamente con él desterró por siempre del campo científico ese vano fantasma del flúido. «Todas las razones que demuestran ser absurdos los flúidos eléctricos, valen para dar de mano á la hipótesis de los flúidos magnéticos, de suerte que ni áun por convención de lenguaje puede tolerarse.» [1] Si así condenan los físicos el flúido corpóreo, ¿qué baldones y escarnios no dirán contra el flúido animal, como quiera que se apellide?

La quinta hipótesis es la del flúido *odil*, llamado fuerza biótica, luz astral, principio vital, pero vale tanto como los principios dichos para entender las cosas de los espiritistas. El flúido *odil* (*od*, voz sanscrita, significa movimiento irresistible) es el agente que penetra todas las substancias y no reconoce el freno de ninguna fuerza. «El *od*, dice Cahagnet, es el espíritu Dios, el Espíritu universal, el éter, el flúido eléctrico y magnético, el flúido de vida. Es como la modificación

[1] Ex quo nostri animi carperentur. *De Nat. Deor.* liv. I, cap. XXI.
[2] *Acad. quæst.* lib. I, cap. CXVII.
[3] *De Nat. Deor.* lib. II, cap. XXVIII.
[4] *De Nat. Deor.* lib. II, cap. XLVII.
[5] μάλιστα τῶν στοιχείων ἀσώματων *De Anima*. lib. I, cap. II.
[6] ἀσωματώτατον καὶ ῥέον αἰεί, ibid.
[7] Ea virtus inest animæ humanæ á radice creationis suæ..... Efficitur fortissima quando effunditur super ipsam virtus illa æthereа et cœlestis, cujus splendore confortatur..... adeo ut illud quod cognoverit in mente sua, perveniat sicut ipsa cogitavit, et adipiscatur tantam potentiam, ut possit se immergere et jungere, et insinuare hominum animis, et reddere illos certos de cogitationibus suis et de voluntate ac desiderio, etiam per magna et remota spatia.—*De occulta philosophia*,

[1] ZANON, *Analisi delle ipotesi fisiche*, 1885, p. 337.

de una substancia única, que es la lumbre divina, el soplo del Eterno; es como el alma substancial del mundo, hecha sensible á veces á simple vista.» [1] Al tono de este espiritista habla Reichenbach, y hacen eco en sus libros los teurgos modernos. [2]

Prescindiendo ahora de su existencia, no es dudoso que los incrédulos dotan al *od* de gran poderío. Este flúido, floreciente en todo cuerpo y lugar, brota como centella del cerebro y nervios de un hombre, y vuela á lanzarse en el cerebro y nervios de otro; si es más fuerte, señorea al segundo y posee su alma y la sujeta á ver lo que el primero deseó que viese, á pesar de la contrariedad y repugnancia, y la necesita á pensar y á querer lo que el otro quiere y piensa. De esta suerte la fuerza *odil* del *medio* entra á saco todos los muebles de un salón y los trastea y hace bailar á su voluntad. «Lo extraño es que la fuerza *odil* es empleada por las personas que la poseen, sin ellas advertirlo y sin concebir sospecha de ello, y áun á pesar suyo.» [3] Aquel bullicio indescriptible de trébedes que danzan, de paredes que oscilan, de golpes que atruenan, de músicas que aturden con tumultuosos acordes, tiene por causa eficiente un flúido material que sobresaltó el sistema nervioso de una niña enteca y desmedrada, y puso su cerebro en correspondencia con la fuerza mundanal, con el alma del mundo, sin que la niña lo oliese, ni pudiese contrastar los asombrosos efectos.

Esta hipótesis, luego se ve, pone en el hombre dos almas, una oculta y secretísima, que con ser inteligente y queriente obra sin reflexión, y otra que, teniendo conciencia de sus actos, quiere tal vez lo contrario de lo dispuesto por la primera: dos espíritus independientes y enemigos entre sí, viviendo unidos é informando un solo cuerpo. Gratuita suposición, por no decir contradictoria. Si las cosas fueran figmentos de la imaginación, algún consuelo tendría la hipótesis de los adversarios. Pero ellos son los más obstinados en que las apariciones sean objetivas y reales, y al porfiar que son efectos de un sueño, asientan que el *medio* sin llevar intención, con solo recordar cosas y excitando su flúido odil, le pone en consonancia con el *od* universal, y de aquí procede el recibir acción y movimiento los seres que se presentan, y parecen difuntos conocidos, siendo en hecho de verdad reminiscencias animadas y vitales de los muertos. Como si la mesa, el velador, el pájaro, el lapicero, el punzón tuviesen adormecida la facultad de entender, y el flúido odil la despertase y despabilase. La verdad es que ni la despierta en los muebles, ni en los presentes, ni en el *medio*, porque no hay hombre que con solo tener despierta la facultad intelectiva, sea poderoso á volar mesas en alto mandando y no tocando. No llega á eso el alma humana, en buena filosofía.

En sentir de los espiritistas, la mesa, el lapicero, el canastillo se agita por influencia de personas dotadas de un poder especial, y en circunstancias especiales; aunque ignore el *medio* de antemano las respuestas que han de dar los objetos á las curiosas preguntas. [1] De forma que á los seres broncos y materiales les nacen á lo mejor potencias psíquicas no conocidas en los agentes humanos; luego de otra parte, y no del *medianero*, les viene tanta habilidad. En los mismos hombres se avivan potencias nuevas y peregrinas, como ver á través de una tapia un objeto lejano, calar los pensamientos ocultos, entender los deseos más secretos. No digan que las representaciones sensibles de los circunstantes se reproducen dentro del cerebro del *medio*, como en los aparatos telegráficos suele acontecer, y que el agente que los pone en circulación es el flúido odil; porque el flúido odil sería, á lo sumo, un agente fisiológico, patológico, material, y un agente de esta naturaleza no extiende su dominio á las inteligencias humanas, ni dispone de las especies de la imaginativa, principalmente que en las especies de los circunstantes las más de las veces no se hallan representadas las cosas que el *medio* descubre y lee. Célebre es el caso de aquel *medio*, á quien presentaron una carta de persona ausente para que entrase en conversación con ella. Respondió que para ello era forzoso ponerse en éxtasis, porque la señora cuya era aquella carta, había salido de este mundo. Repug-

[1] *Lettres odiques*, p. 401.
[2] M. Rogers, *Philosophy of misterious agents*.
[3] Des Mousseaux, *Mœurs et pratiques des démons*, chap. XXII.

[1] Allan Kardec, *Le livre des esprits*, p. 8.

naban los presentes con muestras de no quererlo creer, pero porfiaba el *medio* que hacía dos días había acabado los suyos la persona, como en verdad el suceso lo probó. [1] Si pues el espiritismo da luz á conocimientos alejados de la jurisdicción de los sentidos y de las humanas facultades, no los debe al principio material, que llaman *odil* por no saber con qué nombre bautizarle.

La sexta hipótesis es la *fuerza psíquica*, fuerza mágica de que está dotado el *medio* para hacer bien su oficio. En qué consista la fuerza psíquica no lo declaran bastantemente sus defensores, pero concuerdan en conceder al alma humana la facultad de ejercitar acción inmediata fuera del cuerpo en cosas lejanas. El físico inglés William Crookes se mostró acérrimo propugnador de la fuerza psíquica «que sin contacto muscular ni de otra especie, ejercita acciones á distancia moviendo cuerpos pesados, y produciendo sonidos de muy diversa condición.» [2] La fuerza *psíquica* procede del *medio*, y es dirigida por su inteligencia, aunque «no pretendo afirmar, dice, que algunas veces no pueda ser dominada y guiada por otra inteligencia distinta de la de que procede.» [3]

A la fuerza psíquica ú orgánica de Crookes puede reducirse la fuerza néurica de Baréty, [4] que es física en su esencia, semejable á la luz y electricidad, como originada del sistema nervioso. Algunos espiritistas la nombran *psicoda*, otros *perispíritu*, y la consideran elemento sutilísimo, semi-material y muy fino, que constituye la unión de alma y cuerpo. Esta exposición se funda en la acción á distancia. Sea cual fuere el sér de la fuerza psíquica todo el punto se resume en si puede, estando sujeta al alma, influir fuera del cuerpo en otros cuerpos extraños.

Al tratar del poder de la imaginación hemos asentado que el alma obra allí donde está, que dentro de los límites corpóreos se contiene toda su eficacia, que fuera de ellos no la ejercita sino indirecta y mediatamente. Mas en la cuestión propuesta debemos averiguar si la fuerza psíquica ó néurica es hábil para producir todos los fenómenos que el espiritismo tiene por averiguados. No se duda que gran parte de ellos reconozca por autora una fuerza natural. La sensibilidad es muy exquisita en personas determinadas, y cosas se cuentan que parecerían fabulosas á no venir autenticadas por firmas dignas de toda fe. Los efectos que hoy por vista de ojos vemos causados por el calor, luz, electricidad, gravedad, magnetismo, se habrían apropiado á duende ó á brujería hace dos siglos. «Y no sería imposible que las alteraciones del cuerpo propio que siguen á las imaginaciones, despertasen en los cuerpos de otros, mediante el flúido magnético, análogas modificaciones, y estas á su vez diesen lugar en ellos á imaginaciones correspondientes.» [1]

Mas otorgada que sea tan larga facultad á la acción natural, queda por definir la parte más principal y característica del espiritismo, á saber, aquellas operaciones que no nacen de las potencias intelectivas del *medio*, y con todo arguyen causa intelectual y de singular energía; aquellas operaciones que presuponen agente espiritual, y acontecen sin noticia y contra el querer del *medio*, y sin saber nadie cómo ni por qué aparecen; aquellas operaciones psicográficas hechas por un punzón en papel cualquiera no preparado, sin mano visible que le llene de palabras; aquellas impresiones materiales de ingeniosa labor, inaccesibles al alcance de los diestros calígrafos; habilidades que por ser tan ajenas de industria humana reclaman un agente extraordinario superior á los naturales y comunes.

Así es que muchos autores de reconocida competencia, dejada á un lado la causa natural, acudieron á causa espiritual, inteligente y libre, conviene á saber, espíritu. Zoëllner, celebradísimo en Alemania por sus obras científicas, vistas las escenas del espiritismo, dió en imaginar que son clarísimas manifestaciones de un sér espiritual. Las cosas que le indujeron á esta conclusión fueron presenciadas por él y juntamente por Weber y Fechner, y según los describe M. Hignard en los *Annales de philosophie chrétienne*, son los siguientes: «La aguja imantada mudaba de dirección á voluntad del *medio* Slade; un lapicero escribía por sí propio en un papel metido dentro de un cajón cerrado y sella-

---

1 M. Ségoin, *Les mystères de la magie*, p. 81.
2 *Nouvelles expériences sur la force psychique*, p. 101.
3 Ibid.
4 *Le magnétisme animal ou force neurique rayonnante*, 1887.

1 P. Wieser S. J. *Der Spiritismus und das Christenthum*, 1881, p. 52.

do; hacíanse y deshacíanse nudos estando sujetos y fijos los cabos; corríanse unas cortinas sin tocarlas por ningún artificio; andaba por el salón el sonido de una campanilla invisible; un harmonium aislado y sin auxilio de humana industria, tocaba piezas de música; varias cosillas se desparecían y tornaban á parecer; un taburete puesto debajo de una mesa, era visto levantarse y caer luego de dos metros en alto vueltos arriba los pies; una mano invisible pellizcaba los brazos de los espectadores, y por mandado de Slade la misma mano hincaba los dedos en un plato de harina, y quedaban los dedos sellados en los vestidos de las personas pellizcadas; en la harina veíase la marca de cinco dedos con los finísimos delineamientos de su forma, y áun marcados los pliegues de la piel.» En estas maravillas descubrió Zoëllner señales de espíritus buenos, amigos del hombre, que le guiaban por el camino de la virtud. Fechner, á fuer de monista, lo explicaba todo en esta conformidad. Este mundo tiene un alma, cada cuerpo posee la suya, las almas de cuerpos, plantas, animales, hombres, viven trabadas entre sí en amigable correspondencia, las almas de los difuntos moran también cerca de nosotros y nos avisan y protegen, pero como están expiando en este mundo sus culpas pasadas, ya que no puedan pecar por actos externos, pueden pecar por pensamientos. Estos son los espíritus que hacen los juegos de los espiritistas; espíritus buenos, de parte de Zoëllner; almas de difuntos, de parte de Fechner. Veremos luego qué juicio merecen ambas opiniones.

Otra hipótesis enseña que en el hombre enfermizo el alma está destrabada y tiene sueltos algunos lazos que con el cuerpo la unían. Merced á este aflojamiento, puede conversar con otra alma, y tomar y dar parte de sus conceptos y quereres. Hageman, catedrático de filosofía en Munster, [1] admite la posibilidad de esta comunicación. Admitida y todo, no se entiende por dónde venga el *medio* á lograr efectos físicos, mecánicos, fisiológicos, psíquicos, que no pertenecen á la órbita de las almas humanas, ni cómo personas muy robustas hacen el oficio de *medio* cumplidísimamente. Veremos en breve cuán ardua empresa es en esta parte pasar de posibilidad á vías de hecho.

[1] *Psycholog.*, 1881, p. 180.

La última hipótesis es la de la *virtud mágica*. No dicen sus patronos en qué consista. Pero la magia blanca ó natural, á diferencia de la negra ó diabólica, ha sido acogida cortésmente por los monistas modernos y ensalzada con himnos y alabanzas por Schopenhauer hasta el extremo de avisar que «quien no cree en los hechos del magnetismo animal y de clara visión, más merece el apodo de necio que de incrédulo.» [1] Fingen los monistas en nuestra alma un entendimiento misterioso, que transcendiendo los términos del tiempo y del espacio, todo lo sabe y conoce. En su sér ordinario vive ocioso, pero á las veces, rasgado el velo que cubre su vista, percibe las cosas lejanas, y áun percibe y entiende los difuntos, por apartados que estén. Esta magia del alma es la *nata de todo el hombre*, es parte del *inconsciente*, es el *absoluto*, es el alma del mundo, y otras gracias á este jaéz, con que los panteistas alemanes hace años nos martirizan los oidos sin atinar ellos propios qué dicen, qué piensan ni qué significan con sus nebulosas fórmulas.

Modernamente se han discurrido otras vías. El profesor Dal Pozzo [2] enseña que la humana voluntad *se proyecta en el espacio*, y proyectarse significa que sus voliciones obran en realidad y producen exteriormente los objetos en ellas contenidos. Esta es la llamada *radiación humana*. El doctor Otero Acevedo [3] no halla reparo en esta doctrina, contraria á toda buena filosofía y á toda humana experiencia. Los fantasmas del espiritismo andan, hablan, piensan y parecen de carne y hueso: al menos eso tenía por cierto y lo divulgaba, como está dicho, el doctor Crookes, y el doctor Otero no le cree engañador ni engañado. ¿Cómo explicar la formación de un sér dotado de vida, y de pensamiento? ¿Cómo explicar la organización perfecta, realizada en el espacio de breves minutos, que anda, habla y tiene conciencia? Antes de responder hace el doctor Otero una excursión peregrina por el ámbito de la materia mundana, y luego dice: «Los vapores luminosos que se desprenden del cuerpo del medium, y que no se sabe lo que son, pero que indudablemente están

[1] Citado por Mullendorff, S. J., *La Controverse* 1883, t. V, p. 189.
[2] *Un capitolo di psico-fisiologia*. 1885.
[3] *Lombroso y el Espiritismo*, 1895, cap. VIII.

constituidos por materia, pueden dar al alma los elementos que manipulados por ella, han de transformarse en carne y en sangre.» [1]

Sin embargo, á pesar de hacer aplauso á tan extravagante hipótesis, tiénela el doctor Otero por insuficiente para explicar las apariciones de fantasmas, cuya realidad testificada por Crookes admite sin vacilación; [2] pero opina que con el aislamiento y separación temporal del alma, se compondría todo. A estos caprichos induce una filosofía fundada en la arena. La hipótesis de la *proyección* ó *radiación* de la voluntad presupone propiedades y potencias nuevas y no conocidas en el alma humana, y como se dijo en la página 847, áun suponiéndolas, no bastan para satisfacer á todos los hechos, pues para ello hace el dicho autor esfuerzos y suposiciones gratuitas, falsas, y erróneas, de ningún modo aceptables.

El ingeniero Donald Mac-Nab pretende que una persona sin dejar de permanecer ausente, puede asistir en espíritu, *psíquicamente*, á la sesión espiritista, y mostrarse allí á los concurrentes, si bien cuando así se duplica su presencia siente una especie de abstracción y ensimismamiento desolador. «Este caso, dice, es muy frecuente, más que el caso de manifestaciones con aparecimiento de persona muerta desconocida de los presentes, mas no del ausente.» [3] Mac-Nab es un idealista dinámico, que no admite por objetos de sensaciones sino formas ó ideas de seres sensibles almacenadas en el *inconsciente*. En esta hipótesis los fantasmas espiritistas no son representaciones individuales de vivos ni de muertos, son puramente partes de la *desintegración de inconscientes*.

Contra esta hipótesis, hay en el espiritismo hechos notorios que indican adivinación de cosas futuras y secretísimas; refiérenlas Du Prël, [4] Segur [5] y Otero. [6] La desintegración no llega á eso por conjeturas y presentimientos que tenga. La hipótesis no da razón de todo.

Veamos si la da mejor la teoría del *inconsciente*, insinuada al pie de la página 1070. [7] Parece invención del día, y es tan antigua como Aristóteles y Santo Tomás, que pusieron línea divisoria entre actos automáticos y actos deliberados, entre conciencia refleja y conciencia directa; pero no cayeron en el despropósito de introducir en el hombre dos seres ó dualidad de persona, como los modernos, según va dicho en el lugar citado. ¿Qué es el espiritismo, conforme á la hipótesis dicha? el arte de poner división entre el consciente y el inconsciente, es el *desdoblamiento del yo*. Así discurren varios autores [1] con pretensión de graves filósofos. En las escrituras psicográficas se notan dos estados del *medio:* en el uno sabe lo que escribe, pero lo percibe como dependiente de su voluntad; en el otro lo ignora, y con todo escribe y revela por la pluma sus ideas y pensamientos. El inconsciente es el autor de la psicografía. Para declararlo mejor el Dr. Richet reconoce en ciertos sujetos un estado de *semisonambulismo* tal que en una parte del encéfalo se realicen algunas operaciones psíquicas sin que el yo se dé cuenta de ellas, aunque la conciencia del individuo se halle íntegra. «Un medium, dice, es un individuo que posee esta facultad de hemisonambulismo ó de inconsciencia parcial, facultad por la que partes de su inteligencia, de su memoria, de su voluntad, operan independientemente de la conciencia, permaneciendo ésta sin embargo despierta.» [2]

No nos detengamos en examinar los asertos de estos nuevos filósofos; ello es, que el espiritismo posee fenómenos en que ni el consultante ni el consultado supieron

---

[1] Ibid. p. 90. [3] *Lotus*, 24 mars 1889.
[2] Ibid cap. IX. [4] *Lotus*, juillet 1888, p. 230.
[5] *Galerie morale et politique.* [6] *Fantasmas*, 1891.
[7] Coste (*Inconscient*, 1889), Ocorowicz (*De la suggestion mentale*), Mac-Nab (*Lotus*, n. 24) y otros muchos doctores han descubierto en el hombre *dos seres*, dotados de acción y reacción diversa: el consciente al percibir los fenómenos que á sus sentidos se ofrecen, piensa, quiere, delibera con libertad reflexiva, pero se le pasan por alto algunos por inadvertencia, por hábito, por debilidad; el inconsciente, aunque no delibera, todo lo percibe, conoce y siente, y todas las percepciones guarda ocultas en estado latente, para utilizarlas con oportunidad, y las utiliza en forma de presentimientos, adivinaciones, impulsos, imágenes, avisos inesperados. Cuando el consciente está durmiendo, el inconsciente vela despierto; cuando el consciente cruza la calle sin atinar dónde va, el inconsciente guia sus pasos con entera seguridad; cuando el uno se sienta á tocar de memoria una pieza musical, el inconsciente le dirige los dedos; cuando el consciente se ocupa en escribir, el inconsciente le lleva la mano; cuando el uno se consagra á recoger noticias, el otro las deposita en su tesoro; cuando el uno mira, raciocina, quiere, estando muy en la cuenta, el otro mira, raciocina y quiere sin caer en lo que hace.

[1] TAINE, *L'intelligence*, 1878, t. I.—MAX DOSSOIR, *Das Doppel Ich*, 1888.—RICHET, *De la suggestion mentale*, 1884.—JANET, *L'automatisme psychologique*. 1889.

[2] *De la suggestion mentale.—Revue philos.* 1884, t, II, p. 651.

nunca la respuesta deseada y emitida por el lapicero: aquí ni cabe dualidad cerebral, ni desdoblamiento del yo, ni intervención del inconsciente. Un *medio* que no sabe versificar, escribe una preciosa octava real de Espronceda, cuyo espíritu evocó; otro que nunca tomó en las manos un pincel, dibuja figuras de Murillo; otro usa de caligrafía no sólo diferente de la suya propia, sino peregrina y nueva para él y para los presentes. Estos hechos no se explican por disociación del cerebro, ni por cerebración inconsciente. Otra causa y procedencia es la suya.

ARTICULO III.

Cuál deba ser la verdadera causa de los fenómenos espiritistas.—El agente espiritual da razón cabal de todos.—No provienen éstos del *medio* ni de los espectadores. — El espíritu que los causa no puede ser bueno.—Es el demonio —Respóndese á los que los atribuyen á las almas de los difuntos.—Razón falsa de Allan Kardec —Nuevas consideraciones en pro de la tesis asentada. — El espiritismo no puede probar la inmortalidad del alma humana.

En el análisis que acabamos de hacer de las causas eficientes contenidas en el orden natural, no puede hallarse una sola que dé perfecta razón de todos los fenómenos espiritistas; siendo así, fuerza es buscarla entre los agentes extramundanos. La causa natural está determinada á un efecto, y los del espiritismo son varios y á veces opuestos entre sí; la causa natural actúa por necesidad siempre que se aplica, y el espiritismo encierra grande instabilidad en sus fenómenos; la causa natural hace sin libertad sus efectos, y los del espiritismo arguyen causa libre y dotada de propia y espontánea elección: luego no puede pertenecer al orden de las causas naturales. Debe ser espiritual y extramundana, como ya lo afirmaron por conjetura probable muchos sabios desde que les llegó la noticia de estos fenómenos. [1]

Para proceder con claridad, debe notarse que la causa que investigamos ha de ser tal y tan comprensiva, que dé entera razón de todos los fenómenos, no de un modo abstracto y confuso, sino concreto y en aquella forma individual representada por la experiencia. Por tanto debe ser causa única, porque ha de efectuar todas las cosas dichas, ya por separado, ya por junto, sin auxilio de otra causa eficiente, puesto caso que no se echen menos algunas causas materiales, ocasiones, ó condiciones; y esto lo confiesan los espiritistas, que suelen señalar á sus obras una causa común, y no requieren que esté ligada forzosamente á condiciones físicas. [1] Debe ser general, y capaz de producir por sí los efectos que muchas causas naturales diversas y contrarias podrian tal vez llevar á cabo, porque en esto consiste la índole del agente que buscamos. Debe ser independiente, y no atada á particulares condiciones, pues con ellas y sin ellas confiesan todos que vienen á efecto los fenómenos, con tal que no falte el imperio de la voluntad, expreso ó tácito del *medio*, porque de ambas maneras se hacen visibles los fenómenos del espiritismo. Debe ser finalmente absoluta, de suerte que sin aplicación de agentes físicos y sin concurrencia de medios naturales, con solo el plácito de la voluntad se siga el efecto sin tardanza ni contingencia. De aquí es que los fenómenos del espiritismo para designarles conveniente causa han de ser considerados en conjunto, y no uno por uno, pues que la causa única, general, absoluta, independiente, ha de satisfacer á la síntesis de todos y contentar el afán de los que sobre ellos filosofan.

Una vez admitido el agente espiritual, se verifican con claridad todos los hechos. Porque ó pueden algunos proceder de una ó de muchas fuerzas naturales, ó requieren otros fuerza superior. Los que podrían acaso provenir de una ó de varias fuerzas naturales, se explican perfectamente por el poder de los espíritus, considerada la capacidad que éstos tienen para aplicar cualesquiera fuerzas materiales á la producción de un fenómeno que no exija más que movimiento mecánico, como son los de orden inferior. Los de orden superior que piden agente inte-

[1] «Convengamos en que, así como muchos fenómenos pueden explicarse sin la intervención de un *espíritu*, otros, y no son los menos, exigen, en la teoría que haya de dar razón de ellos, un elemento que hasta ahora no acepta la ciencia oficial y corriente, y con el cual desaparecen las dificultades respecto á la causa, y en cierto modo resuelve el problema: *Es necesario admitir la existencia de un algo que sobrevive al cuerpo; que es independiente de la materia organizada, en la cual se manifiesta; y que es inteligente y consciente* »—Dr. Otero Acevedo, *Lombroso y el espiritismo*, 1895, p. 233.

[1] «A la rigueur il suffit d' un seul fait contraire à une hypothèse pour la faire rejeter, lors bien même que cette hypothèse rendrait compte de tous les autres phénomènes.» J. Thore, *Revue scientifique*, 23 juillet de 1887, p. 118.

lectual, libre y eficacísimo, hallan en los espíritus causalidad proporcionada, sin que haya uno solo de los hasta el presente observados que demande el supremo y directo poder de Dios. Las operaciones varias, inconstantes, livianas, mudables, extrañas y misteriosas que en las escenas espiritistas se notan, tienen sencillísima explicación en la libertad, ligereza, sutileza y actividad incomparable de los espíritus. [1]

Para descubrir con evidencia que la causa que necesitamos es un espíritu, basta poner los ojos en los efectos. ¿Qué vemos en el espiritismo? Palabras ordenadas con perfecto sentido, respuestas dadas con acierto, coloquios y discursos atinados, golpes intencionados, escrituras muy bien dispuestas y oportunas, noticias de cosas ocultas, lenguajes peregrinos, saltos y ascensiones de muebles inanimados; conviene á saber, cosas que superan las fuerzas materiales y presuponen forzosamente facultad espiritual, inteligente y libre; y de aquí inferimos con razón que la causa productora de tales efectos, es espiritual, inteligente y libre, conforme lo son las facultades de que está dotada.

Ni hay motivo para suponer que los fenómenos provengan del hombre medianero ó de los espectadores, pues unas veces son inaccesibles al humano ingenio y exceden con inmensa ventaja las fuerzas humanas, otras veces se ejecutan con la sola voluntad del medianero y fuera de la esperanza de los presentes; y es cosa clara que el solo imperio de la humana voluntad no es causa proporcionada para tan inauditos efectos. Y aunque éstos salgan á luz durante el sueño cataléptico del *medio*, ese sueño será condición ú ocasión; que en el sueño común y natural no se adquieren conocimientos de cosas futuras, ni revelación de cosas ocultas, ni hacen discursos doctos de medicina los que nunca la aprendieron, ni se ejercitan sin ensayo artes y cosas del todo nuevas. Y de esto síguese otra muy buena razón. Si se ejecuta pronta y cumplidamente la voluntad del medianero, siendo éste el ordenador, fuerza es que quien cumpla lo ordenado se acomode al plácito del hombre, y le entienda para ajustarse á él, y quiera aplicarse á entenderle, y quiera y entienda por meros indicios internos sin expresa significación; por manera que la concurrencia del medianero es clarísima demostración de la asistencia y concurso directo del espíritu extramundano que dispone, causa y lleva á término tan raras y prodigiosas hazañas. «Cuando todo calla en nosotros, vienen pensamientos traídos de otra parte, sin que sepamos el cómo,» solía decir Dupotet; [1] y Daniel Home cuenta en sus *Revélations sur ma vie surnaturelle* maravillas del mundo espiritual que no son todas cosas de burla.

Si el autor es espíritu, no puede ser sino malo. Esto prueban los efectos, que por ninguna conjetura son dignos de referirse á los ángeles buenos, ni á Dios, á quien todos obedecen. Aun los mágicos paganos, como Jamblico, [2] Porfirio [3] en sus escritos, descubrieron la diferencia entre ángeles buenos y ángeles malos. Y como quiera que los ángeles buenos y bienaventurados estén siempre en las manos de Dios y prontos á cumplir su santísima voluntad, es más que cierto que no son ellos los agentes de la magia ni se ocupan en dar vida á taburetes inanimados, ni mueven lápices para escribir al capricho de agentes vanos, ni revuelven muebles caseros, ni buscan la ostentación y el contentamiento de la culpable curiosidad, ni ceden á las evocaciones de hombres sin fe y sin religión, en una palabra, no son ministros de obras criminales humillados al talante de hombres vanísimos ó facinerosos. Los espiritistas en sus escenas de salón trabajan por apartar los fieles de la verdadera fe. El fruto de las evocaciones es aconsejar homicidios, enseñar maleficios, sembrar discordias en las familias, causar demencias, esparcir blasfemias contra lo más santo y sagrado. Los medianeros, ó son personas de muy dudosa honradez, ó tienen por amigos á hombres perversos, ó viven hechizados con la astucia del común enemigo. La ciencia y la virtud poco medran en el trato con los espiritistas, y mucho la vanidad, la curiosidad, el vicio, la irreligión. Los espiritistas inducen en los ánimos yerros graves contra la fe y devoción, y lejos de atraerlos á la luz de la verdad, como fuera

[1] P. Róndina, *Compendio de philos. theor. e practica*, 1869, vol. I, cap. VI, artigo II.—P. Palmieri, *Pneumatologia*, cap. III, thes. XIII.

[1] *Journal du magnétisme*, 1854, n. 180.
[2] *De myst.*, cap. XIX.
[3] *De abstinentia*, lib. II, cap. XXXVIII.

justo, la obscurecen y falsean. Oficio propio del demonio. Declara San Agustín, que aunque el demonio huelga de que yerren los hombres, no todas las veces abiertamente los engaña. [1] Si á veces dice verdad, con torcida intención la manifiesta, para encajar más al seguro la peste del fraude, [2] como escribe San Cipriano.

No repliquen los simples, que el espiritismo ha abierto los ojos á muchos materialistas, la cual es enorme ganancia.—R. Les ha abierto los ojos para que vean y beban el veneno de los errores espiritistas, y tragado el veneno, les asegura la tranquilidad de conciencia enseñándoles que no hay infierno que temer ni otra vida que esperar sino bienaventurada y eterna; la cual es abominable maldad y pérdida irreparable. El barón Dupotet, hombre de grande experiencia en estas operaciones, en el libro *Magie dévoilée*, descubre al público este asombroso misterio. «Hemos llegado, dice, á la parte más secreta de las obras mágicas. Hasta ahora teníamos reparo en dar razón de los principios, pero vamos á poner de manifiesto el mecanismo de toda producción mágica. Vamos á patentizar cómo la fuerza espiritual que señorea y rinde la fuerza física, da lugar á estos hechos milagrosos... Yo no tenía fe en el diablo, pero resueltamente lo digo, mis dudas cesaron ya.» [3] Por qué usase este mago de tanta cautela en revelar el secreto, nos lo dice Dunand, [4] refiriendo la visión de Dupotet, en que tres aparecidos le impusieron silencio acerca del origen diabólico del espiritismo. [5] «El demonio, dice el P. Bonniot, estrechado de una parte por las leyes de su naturaleza, que son inflexibles, y de otra por la miseria de su espantosa condición, nada puede hacer de extraordinario que no sea falso, vil y malo: su miseria es tal, que sus mismos vasallos le niegan la honra de creer que exista: no tiene lugar en la opinión de sus amigos.» [6]

Excelente prueba son de esta verdad los masones luciferianos. Entre ellos Hobbs creyó que la luz astral era una emanación de Lucifer, fuerza oculta única indubitable, clave de todos los poderes sobrenaturales. «Poseerla es ser árbitro del divino poder.» [1] El mago concentra la luz astral, después la despide y echa de sí; pero los hay, y son los predilectos de Lucifer, que la poseen en estado latente y la reparten á voluntad, los hombres vulgares han de hacer de ella provisión aislándose y la derraman por medio de la cadena mágica. El modo de aislarse es librándose de la influencia de la superstición (así denominan la religión cristiana), y luego inmolando el corazón al servicio de Lucifer. Con esta infernal claridad se expresan los francmasones luciferianos envolviendo dislates científicos en impiísimas blasfemias.

Consúltense los fenómenos alegados en el capítulo de la magia, compárense con las cosas de los espiritistas, y se echará de ver ahora como en los tiempos paganos que hay ciertos hombres, ciertas mujeres, trípodes, mesas, trébedes, anillos, varas, espejos, cintas, escrituras, adivinaciones, voces misteriosas, apariciones, ritos, fantasmas, y también embelecos, trapazas, astucias, tretas; y que los autores de aquellas maravillas no eran almas de difuntos, como el vulgo creía, sino los malísimos demonios como lo demostraban los santos Doctores con evidentes argumentos, en conformidad con lo apuntado en las págs. 894, 910, 915. Y por legítima consecuencia se infiere que las modernas operaciones del espiritismo son tan diabólicas como las antiguas de hechicería, y que entrambos géneros tienen por único verdadero autor al enemigo de todo bien. «Esta hipótesis es de tal manera plausible y aceptable, que solo el saber que nos viene de la revelación basta para entender cómo los *sabios* de nuestro siglo la miren con malos ojos. Los espiritistas la habrían inventado si no se lo estorbase la aversión que al cristianismo profesan, si no hubieran reparado en tomarla de la Iglesia de la Edad Media. Bien sabemos que la *conciencia moderna* está rebosando odio á la existencia personal del demonio. Préciase el racionalismo

[1] Sed ne apud cultores suos pondus auctoritatis amittant, id agunt ut interpretibus suis signorumque suorum conjectoribus culpa tribuatur quando vel decepti fuerint vel mentiti.—*De divin. dæm.*, cap. VI.

[2] Falsa veris semper involvunt nam et falluntur et fallunt.—*De vanit. idolor.*

[3] Je ne croyais pas au diable, mais, je le dis sans réserve, mon scepticisme a fini par être vaincu. p. 177.

[4] *Une révolution en philosophie*, 1881, p. 376.

[5] P. Franco, *Idea chiara dello spiritismo*, 1885, § VII.—P. Palmieri, *Pneumatologia* thes. XIV.

[6] *Les démons aux premiers siècles de l'Eglise*. — *La Controverse*, t. II, p. 655.

[1] Dr. Bataille, *Le Diable au XIX siècle*, chap. IX, p. 148

de haber derrocado al monstruo demoniaco, la serpiente del paraíso, y de haber borrado de todos los entendimientos las ridículas invenciones de la *teología antediluviana.*» [1]

No quiere esto decir que todo sea diabólico en las escenas del espiritismo. Definir dónde terminan las fuerzas naturales y dónde comienza á meter las suyas el poder de las tinieblas, es obra ardua sin duda. Están ciertos *medios* dotados de cualidades características que no posee el común de los hombres. El ejercicio continuo perfecciona las habilidades naturales, á fuerza de emplearlas en crédito de su profesión; con la irritación de bríos musculares y nerviosos llegan á sentirse postradas sus fuerzas corpóreas, y ayudando las influencias exteriores viene á ser que concentradas las potencias mentales se agucen todavía más y muestren aceros extraordinarios que arrebatan la admiración. De aquí nace que los hechos en muchas ocasiones lleven marcadas las cualidades del *medio*, la nota de su ingenio, de sus aficiones, inclinaciones, pasiones, condición y estado, de arte que parezca tener en su mano el principio y la dirección de los fenómenos. A pesar de todo eso, es muy sin duda que muchas circunstancias ponen de manifiesto, quitada la máscara, desarrebozado de pies á cabeza y quedando de par en par el principio espiritual, perverso y abominable, superior á la virtud natural del hombre, por más que cueste trabajo á veces discernir sus obras de las naturales y humanas. [2]

Preguntará alguno si estos fenómenos pueden provenir de almas humanas que abandonaron sus cuerpos. Si tratamos de lo posible y prescindiendo de la providencia actual, no parece poderse negar que sea dable á las almas humanas con su fuerza espiritual mover otros cuerpos. [1] Mas en hecho de verdad y hablando del orden actual de la divina providencia, no se les permite ese modo de obrar, ni favorece á los espiritistas en sus depravados intentos. La Iglesia regida por Dios al condenar las obras del espiritismo por diabólicas, no yerra en sus decretos y sentencias. [2]

¿Quién es tan insensato que crea serle al hombre dado tener comercio regular y habitual con las almas de los finados? ¿Quién con cordura resolverá que una palabra humana baste para revolver las moradas del otro mundo? ¿Con qué autoridad sujetará el hombre á su obediencia las almas de los difuntos con quienes no tuvo que ver, y harálas ir y venir á su capricho? «Lejos estamos, dice M. Des Mousseaux, de dar crédito á la virtud coercitiva del evocador, á pesar de ser la evocación en el día de hoy, muy común y vulgar; pero, cuando el espíritu infernal parece obedecer á las órdenes del hombre, al cual Dios de vez en cuando le sujeta para burlar y humillar su soberbia; ó cuando llamamos directamente con la voz á los muertos y les pedimos que aparezcan, sabemos que la forma más apetecida de Satanás es la de aquellas personas que nos bullen más en el pensamiento ó que deseamos locamente sacar del seno de las regiones desconocidas.» [3]

Razones tiene el Señor de la majestad suficientes para dispensar en algún caso raro; lo común y recibido es que el demonio se transfigure de mil modos maravillosos, y que pensando conversar con al-

---

1 P. Mullendorf, *Le Spiritisme en Allemagne*, *La Controverse*, 1883, t V, p. 194.

2 En muchas ocasiones la tiptología ó experiencia por golpes de velador, anunció la presencia de un espíritu; el espíritu se llamó N., y dió de sí señas determinadas, y dijo de su persona cosas que nadie sabía, ni el *medio*, ni los presentes. Pero hechas indagaciones, hállase verdad cuanto el velador había anunciado. «Mi amigo el barón S..., escéptico en estas materias, exigía pruebas que revistiesen algún carácter de seriedad. Una noche en que se entretenía haciendo preguntas á un velador, los golpes de éste indicaron que era el *espíritu* de su padre quien se comunicaba. Se rió del mensaje y pidió un dato que lo probara. El velador, con sus movimientos, dióselos de hechos pasados, y por último, le describió algunos cajones secretos que había en un armario de su padre, y de cuya existencia estaba ignorante el barón de S... Además; le enseñó valiéndose siempre de golpes, el mecanismo á que obedecían, y precisó detalles de los objetos que había dentro de aquéllos, diciéndole á quién estaban dedicados.» (Dr. Otero Acevedo, *Lombroso y el espiritismo*, p. 221). —En este curiosísimo hecho no cabe la hipótesis del inconsciente, ni la adivinación del pensamiento, ni la memoria hereditaria, ni la radiación cerebral, ni otra ninguna de las propuestas por los sabios. Aquí vemos actos de sér inteligente, sin género de duda, y de un sér que no tiene relación con el *medio*, ni con los presentes, ni con los ausentes que viven. Diverso es el caso, ocurrido alguna vez en sueños, del durmiente que una noche vió asesinado á su padre y enterrado, y confirmaron luego la aparición del espectro las investigaciones de la justicia. El suceso espiritista es de otra índole. No es el *medio* quien da noticia de los cajones ocultos, pues los ignora, sino el velador con sus golpes é insinuaciones, ni está durmiendo el barón, sino bien despiertos los ojos; de suerte que la imaginación que en los sueños más trabaja, aquí era la más sosegada y la que menos influía en la manifestación del secreto. Sér inteligente y libre es el autor de la fenomenología espiritista.

1 Suarez, *De Superstitione*, cap. XIV.

2 Lib. III, cap. IV, a. 1.

3 *Mœurs et pratiques des démons*, chap. V.

mas de amigos ó parientes, en hecho de verdad oigamos las respuestas de los príncipes de la mentira. Poco les cuesta hacer prodigios deslumbrando los ojos y aturdiendo los oidos humanos; mover sillas, dar golpes, gobernar lapiceros, imitar la letra de un finado, romper el velo de ciertos arcanos y dejar boquiabiertos á los presentes, poco trabajo les da á las inteligencias angélicas que llevan tantos años de trato experimental; á cosas pueriles se abatirán á trueque de inducirnos á error.

A la verdad las almas de los justos muéstranse á veces á los mortales por dispensación divina, ó á ruegos de algún santo que se lo suplique á Dios. Lo mismo débese entender de las almas del purgatorio. Grandes ventajas puede el Señor pretender en dejar que aparezcan á los hombres las almas afligidas y esposas suyas: la comunión de los Santos se afianza más con estas apariciones. Y por altísimos fines los condenados podrán ofrecerse á la vista de los vivos y asombrarlos, castigarlos, y amedrentarlos terriblemente. Mas estas apariciones, tanto de buenos como de malos, salen de la jurisdicción de la magia, no quedan al arbitrio de nuestro común enemigo, ni al antojo de un fanático espiritista.

Allan Kardec busca apoyo á su pretensión [1] en la Sagrada Escritura, alegando la evocación del alma de Samuel hecha por la pitonisa de Endor. [2] Expuesto va mas arriba pág. 911, de qué manera han comentado este lugar los Expositores eclesiásticos. Dos fueron las opiniones más seguidas. Los Santos Padres asentaban que no fué el alma de Samuel la que se mostró á la pitonisa. Lutero y Calvino quisieron concluir de este parecer de los Padres, que entre vivos y muertos no hay comunicación. Los teólogos y comentadores por dar rota á Lutero, se acogieron á San Agustín que tenía por probable que el alma de Samuel hubiese aparecido á la pitonisa por virtud divina, y formaron empeño en sustentar la opinión agustiniana, aunque tuvieran en las Escrituras otros testimonios en pro del dogma católico, y no fuera menester dar esa solución por única valedera. Mas con todo, la interpretación del dicho pasaje es muy dudosa y cuestionable, ni basta todo el ingenio de Kardec para resolverla debidamente. De ella resultaría, á todo tirar, que las almas de los difuntos pueden mostrarse á los vivos por voluntad y poder de Dios, y no por poder natural del demonio. Demuestre ahora Kardec que las cosas del espiritismo van registradas y dispuestas por divina ordenación, y que Dios manda á las almas salgan de su definitivo estado para hacer las niñerías y decir las blasfemias que los espiritistas nos cuentan; y habrá ganado el pleito. [1]

La sentencia que hace al demonio fundador y mantenedor del espiritismo, acude bien y responde cumplidamente á todos los casos observados hasta aquí. El poder exorbitante que los demonios gozan, la penetración de sus entendimientos, la malicia de sus voluntades, su maña y astucia, su ojeriza al cristianismo, el conocimiento de las propiedades naturales de los seres, son industrias bastantes para dar solución á todas las maravillas de los medianeros. Levantar mesas, producir sonidos, tocar músicas, hacer figuras, representar comedias, escribir nóminas, descifrar enigmas de difuntos, emitir oráculos, pronosticar sucesos, curar ciertas dolencias, entretener con juegos curiosos, todo esto y mucho más entalla y viene medido con la nativa potencia del demonio, y todas estas cosas se engastan perfectamente en el orden natural, dando lugar á una fuerza superior á la humana, sin que sea menester hacer recurso á milagro. A trueque de representar un ángel de luz, y debajo de este engaño seducir á los hombres, pervertir las costumbres, difundir y arraigar el error, atizar odio contra la religión revelada, no reparará el demonio en someter su altivez al antojo de un hombre vil, si le conviene á su interesada malicia. No le permite Dios cuanto ansía, atado le tiene y muy corto; si le suelta cuando el hombre le busca, aún entonces no le da las largas que su malicia desea.

Para demostrar que los espíritus son almas de muertos, raciocina Allan Kardec en esta forma. Es posible que las almas de los difuntos descubran secretos á los vivos; es probable que tengan trato con ellos, pues que así lo dicen los espíritus; y es cierto que le tienen, pues dan prendas claras de ser así. Con el encadenamiento

---

[1] *Livre des mediums*, p. II, chap. I.
[2] I. *Reg.* XXVIII, 12.

[1] Véase pág. 947 y 950.

de estas tres aberraciones intenta el espiritista establecer su teoría. En primer lugar, que sea posible que las almas se muestren y hablen á los mortales, no tiene duda ninguna, puesta de por medio la divina disposición. Enseña la teología cristiana valerse Dios de los ángeles y no de las almas humanas para administrar las cosas de este mundo, y si alguna vez ha permitido que almas de difuntos se dejasen ver de ojos mortales, fué por altísima providencia, en casos singulares, con intento plausible, no abandonando al arbitrio del hombre la jurisdicción sobre los que tomaron tierra en las orillas de la muerte. En el caso de los espiritistas no es posible que los aparecidos sean almas del purgatorio, pues cuando les permite que vengan á este mundo, es ó para pedir sufragios, como enseña Santo Tomás, [1] ó para predicarnos los rigores de la divina justicia, como el Cardenal Bona [2] y otros doctores avisan; los cuales dos fines se ven cumplidos en todas las apariciones de almas que constan por verdadera relación. [3] Esto concedido, faltaría resolver la disputa agitada entre los teólogos si la aparición de estas almas es personal ó si se hace por medio de los ángeles, como dijimos atrás.

Tocante á las almas de los condenados han sido mucho más raras las apariciones, por cuanto ni pueden recibir alivio de los mortales, ni ofrecernos estímulo de virtud, que son las razones alegadas por los autores. [4] Contadas son en la historia estas visiones. [5] Pero en las acaecidas se dieron á conocer los réprobos por señales evidentes de su estado y paradero, por aullidos, blasfemias, imprecaciones, horrible aspecto, llamas, fetidez, y muestras claras de los pecados, causadores de su condenación. [6] Con estas condiciones muy posible es la aparición de las almas de los muertos.

Pero es falso que de las declaraciones hechas por los espíritus se deduzca lógicamente la probabilidad de ser almas de difuntos. Desde el principio de la religión cristiana están repitiendo los Santos Padres que los demonios responden á los llamamientos, y que sus respuestas van acompañadas de extrañas maravillas, pero juntamente nos avisan los santos Doctores que los demonios mienten cuando se hacen almas de difuntos, dado que tengan grande habilidad en remedarlas y tomar sus apariencias. Y se venden por tales cuando les conviene conciliarse la voluntad de los hombres insensatos, y que pierdan el horror que la presencia desarrebozada causaría. Ello es que el manifestar los espíritus que son almas de difuntos llamándose con nombres de gran porte, hace no sólo improbable que lo sean, sino cierto que no lo pueden ser, y evidente que encubren y sepultan su maldad con astucia y fingimiento. Siente la fuerza de la verdad el Dr. Otero, cuando, al romper con la turba de espiritistas, por parecerle ilógica y excesiva pretensión la presencia del alma de un muerto en las tramoyas del espiritismo, se funda en que el fantasma aparecido es *copia fluídica* de sujeto vivo, ausente ó presente. [1] No es despreciable la observación; en nuestra sentencia se explica perfectamente, presupuesta la astucia diabólica.

De donde las prendas que dan los espíritus de ser almas de muertos, los acusan de astutos y doblados. Como tienen tanta habilidad é ingenio para el mal, alcanzan muchas invenciones y enormes ruindades; una de ella es representar á maravilla la figura de los difuntos, hacerlos bullir delante, simular sus acciones, remedar sus voces, levantar el cuadro de su vida pasada, reproducir su fisonomía, desenterrar memorias antiguas, y persuadir con estas hazañerías á los presentes que tratan con su madre, esposo, amigo fenecido cual si en efecto acabase de llegar del otro mundo, para de esta manera hacer más verosímiles y creederos todos los secretos que de aquellas regiones invisibles comuniquen á los mortales.

Distingue Allan Kardec [2] los espíritus en buenos, malos, indiferentes, confiesa que á veces un espíritu mentiroso baraja

---

[1] Supplem. q. LXIX, a. 3.
[2] *De discret. spir.*, cap. XIX, n. 8.
[3] Migne, *Vitæ Patrum*, t. XXXIV. — Boland. 7 maji t. XV, p. 199.—Ibid. 13. jan. t. II, p. 186.—Ibid. 28 febr. t. VI, p. 760.—Ibid. 12 mart. t. VIII, p. 248.—*Vida de la Bta. Margarita Alacoque*, 1890. cap. XXXI.
[4] Bona, *De discret. spir.*, cap. XIX: — Schram, *Theol. mystica*, § 501.—Scaramelli, *Dirett. mist.* Tr. IV. capo II. — Benedicto XIV, *De serv. Dei Beatif.* lib. IV, p. 1, cap. XXII.—Thyrée, *De appar. spir.*, cap. XI.
[5] Boland. 22 mart. t. IX, p. 412.—16 oct. t. XLI p. 638.—12 mart. t. VIII, p. 248.
[6] Bona, *Discret. spirit.*, cap. XVI, n. 9.

[1] *Lombroso y el espiritismo*, cap. X.
[2] *Livre des médiums*, II p., chap. X.

sus engaños y astucias entre las revelaciones del espíritu bueno, y concede que muchas predicciones han sido halladas erróneas á causa del espíritu malo que las dictó. ¿Con qué razones prueba el maestro de espiritismo sus asertos? Con ninguna, así como tampoco le asiste fundamento real y objetivo para establecer las tres categorías de espíritus; sacóselas de la cabeza para mostrar con algún color á los tontos la consonancia de su perversa doctrina. Pero cuando menos se recata, cáensele de la pluma confesiones que le condenan sin remisión. «Conocemos personas, dice, que entregadas á los espíritus fueron castigadas con años de obsesión de todo jaéz, por engaños los más ridículos, por una fascinación tenaz, y áun por desgracias materiales y cruelísimas decepciones. El espíritu se muestra al principio á todas luces malvado, después hipócrita, con el fin de acreditar su conversión ó hacer creible el poder de su avasallado en arrojarle por su voluntad.» [1]

Atendamos al consejo de César Bassols. «Siempre que se presente un espíritu por vez primera sin previo aviso de otro conocido, desconfíese algo de su verdadero nombre, y mucho más si se firma con uno que debe ser muy elevado. Este es el escollo mayor que el Espiritismo ha de vencer; los enemigos de acá me importan muy poco porque los veo, los de por allá son más temibles por la ventaja que sobre nosotros tienen de vernos sin ser vistos, y como hay muchísimos que nos rodean, y por su atraso son contrarios á todo progreso, no cesan de buscar una ocasión de causar trastorno.» [2] No podía el espiritista presentar con más claridad el punto flaco, vulnerable y ruinoso de todo el sistema. El escollo indicado por Bassols descubre la farsa diabólica del espiritismo y le declara á él merecedor del manicomio. ¿Quién le asegura de que cuando los espíritus se dan á deseo y contentan al invocador con blandas palabras, no envuelven con mentiras la verdad mostrándose otros de lo que son?

Con más rectitud discurría Plutarco y con regla más segura medía la razón de los hechos cuando daba cuenta de las visiones de Dión y Bruto. «Si Dión y Bruto, dice, varones esforzados y filósofos, y

[1] *Livre des médiums*, ibid.
[2] *Impresiones de un loco*, 1877, pág. 223.

no propensos á alteraciones de ánimo, fueron de tal manera conmovidos por fantasmas y apariciones, que áun las contaron á otros, yo no sé si habremos de recibir la opinión, por extraña que parezca, de los antiguos que juzgaban que los malos y envidiosos demonios (τὰ φαῦλα δαιμόνια καὶ βάσκανα) acosan á los hombres buenos y estorban sus actos virtuosos con terrores y miedos (ἐνιστάμενα ταραχὰς καὶ φόβους ἐπάγει σειόντα καὶ σφάλλοντα τὴν ἀρετήν), á fin de que insistiendo en sus buenos propósitos, á la muerte (μετὰ τὴν τελευτήν) se hallen más felices y mejor hallados que ellos.» [1]

El espiritismo, según esto, asienta sin sólido cimiento la inmortalidad del alma humana cuando la saca de las apariciones: lo único que puede lícitamente concluir es la existencia de seres espirituales inteligentes y libres, y por esta parte los materialistas de buena fe tienen que blandear y descender de sus absurdos principios soltando las armas. Tan lejos están los espiritistas de poner en claro que los *espíritus* y las almas de los difuntos sean una misma cosa, que, por el contrario, les es imposible llegar á esa demostración sin atropellar las leyes más elementales de la dialéctica, como está dicho. Además, porque los fenómenos del espiritismo superan las fuerzas naturales de la materia, y se ejecutan por seres dotados de libertad, por eso no ofrecen prueba positiva que por vista de ojos y por testimonio de sentidos persuada la sobrevivencia del alma humana. De otras fuentes ha de manar la demostración, conviene á saber, analizando los actos intelectuales, dividir, inferir, raciocinar, juzgar, y los actos libres, elegir, resolver, querer, repugnar, como la filosofía cristiana enseña; y de la consideración de estos actos infiere razonablemente la inmortalidad de las almas, sin que le sea necesario consultar á los espiritistas en tan importante materia; consejo que ellos no pueden loablemente dar sin incurrir en delito de lesa lógica, pues que argumentar como ellos argumentan es lo mismo que pretender sacar de un milagro la prueba de que Dios existe; círculo vicioso, indigno de hombres que razonan. [2]

[1] PLUTARCO, *Vita Dionis*, § II.
[2] *La Controverse*, t. IV, 1885, p. 259.—«En muchísimas sesiones hemos mojado con agua bendita el velador en que experimentábamos, y los fenómenos se produjeron de igual manera que antes de la aspersión; hemos

ARTÍCULO IV.

Doctrina de los espiritistas.—Parte positiva y parte negativa.—Enseñanza respecto de la divinidad.—La trinidad espiritista.—Diferencia entre los milagros y los fenómenos mesméricos y espiritistas cuanto á la substancia. — Cuanto á los operadores. — Cuanto al fin.—Cuanto á los efectos.—Ventajas que el espiritismo y magnetismo acarrean á los milagros católicos.

Los espiritistas componen una secta cabal, con sus ritos, culto, arcanos, funciones, principios y enseñanzas. El ídolo que adoran es la persona de Lucifer. El maligno disimula su bajeza y fealdad con aparato de hermosura y grandeza, no siempre señala el blanco adonde asesta sus tiros; pero ello es que lleva al abismo los pasos de los imbéciles que á su reclamo acuden. Su principal intento es despertar en los espiritistas odio y coraje contra la religión cristiana, y armar lazos á los oídos de los simples que á los espiritistas dan entrada en sus casas. La doctrina no puede ser más perniciosa por la máscara de verdad que lleva; en la blandura de las palabras se esconden agudísimos dardos. «Allan Kardec no es una personalidad aislada; es una idea, un sistema, una bandera; es la bandera de la apostasía, en cuyos pliegues se refugian el odio y la saña y el furor satánico contra la divinidad del Salvador.» [1]

El P. Matignon resumió en estos términos su perniciosa doctrina: «Los espíritus que entran en comunicación con nosotros son las almas de los muertos. Estas, separadas de la carne en que antes vivían atolladas, no están del todo desnudas de cuerpo, mas conservan una cubierta semimaterial, llamada *perispíritu*, que durante el estado de unión hacía el oficio de medianero en las dos partes del hombre. En el artículo de la muerte el perispíritu sigue al alma, y no la abandona jamás. Por este medio puede ella obrar en la materia y entrar en relaciones con nosotros. La limpieza mayor ó menor de los espíritus constituye su grado de pureza y de bondad, y por esta medida puede medirse la índole de su perfección.

«Todos los espíritus son llamados á la pureza perfecta, y la alcanzarán un día sin falta, pero su progreso es mas ó menos rápido, según los esfuerzos de su libre albedrío. Dios, que quiere llevarlos todos á vida bienaventurada, ha ordenado á cada cual un número de purgaciones, que se reducen á incarnaciones sucesivas, encaminadas á purificarlos más y más, y cuando llegan al perfecto desprendimiento, entran en la vida bienaventurada, que no es una contemplación ociosa, sino un ejercicio activo de sus facultades. El Criador los emplea como á ministros en el gobierno del universo.

«Tal es el concepto que el espiritismo nos da de la humana condición y de la naturaleza de los espíritus, con los cuales trata de ponernos en relación. Según esto fácil cosa es declarar sus dogmas principales.

«I. Dios es el Criador de todas las cosas.

«II. Los espíritus gozan todos de una misma naturaleza. La diferencia que los separa proviene de estar los unos más purificados, los otros más adheridos á la materia.

«III La vida futura consiste en un encadenamiento de existencias corporales que sucede á la vida presente; cada una de ellas será determinada conforme á los merecimientos adquiridos en la que precediere. De esta suerte iremos subiendo de vida en vida, de mundo en mundo á más cabal perfección hasta llegar á un estado definitivo que será la felicidad eterna.

«IV. En el intervalo que separa la muerte de la reincarnación, las almas en estado de espíritus andan errantes en torno nuestro, pueblan la atmósfera en que vivimos, nos hablan permitiéndolo así

---

acercado reliquias de Santos, y no han influido ni mucho ni poco en las manifestaciones espiritistas.» Así razona el Dr. Otero; y después de confirmar su práctica con un cuentecillo malicioso, donde salen malparados un confesor y una confesada, termina diciendo: «Y de estos resultados contradictorios hemos de deducir, ó que la virtud del agua bendita y de las reliquias es variable y acomodaticia, ó que no es el demonio quien influye en los fenómenos observados.» (*Lombroso y el espiritismo*, p. 199). —El dilema no consta, entre los dos extremos caben muchos medios, diría un alumno de dialéctica, y uno de ellos es la ignorancia. ¿Por dónde le consta al doctor que el agua bendita ó las reliquias deben hacer visible su virtud en toda circunstancia, y que el no exteriorizarla es señal de no poseerla? Con esa lógica también demostraría el espiritista que no hay Dios, cuando el blasfemo no revienta en el acto de blasfemarle. No podía en buena lógica el doctor inferir lo que infirió de los resultados *contradictorios* (no son contradictorios, sino contrarios, y mejor subcontrarios, y dos proposiciones subcontrarias pueden ser á un tiempo verdaderas, como enseñan los dialécticos), si atendiera á que en mano de Dios está el secreto de la virtud del agua bendita y de la presencia satánica, y la una no descubre la otra cuando no quiere Dios, cuyos designios ignoramos.

[1] D. VICENTE MANTEROLA, *El Satanismo*, 1879, p. 301.

Dios y nos enseñan las obligaciones que nos tocan. Mas como no están igualmente adelantadas en el camino, muchas de ellas por no verse libres de inmundicias, procuran engañarnos, al paso que otras nos comunican cosas útiles y provechosas. Para discernirlas se ha de poner atención á lo que nos enseñan. El criterio infalible para juzgarlas es su impulso hacia el bien.» [1]

El espiritismo profesa los dogmas principales que la razón con el discurso natural puede alcanzar, es á saber, la existencia de Dios, eterno, inmutable, único, omnipotente, justo y santo; la creación de los cuerpos y espíritus, la comunicación entre Dios y los hombres, y así la intervención de la divina providencia; la diferencia entre el espíritu y la materia; la diferencia entre ángeles y demonios; la existencia y acción del libre albedrío; la inmortalidad del alma; el mérito de las obras; la eterna felicidad. Esta es la parte positiva que encubre más dobleces.

La negativa y menos disimulada se reduce á estos puntos. No hay diferencia de religiones respecto del culto del verdadero Dios; no hay cielo ni infierno; la virtud consiste en los sacrificios que un hombre hace para bien de sus semejantes; la indisolubilidad del matrimonio es contraria á la ley natural; Jesucristo es el hombre más perfecto que Dios podía ofrecer á los mortales por guía y modelo; el espíritu antes de formar parte del hombre posee un grado de perfección.

Estas enseñanzas positivas y negativas son lazos con que el espiritismo trata de juntar en uno todos los cultos y formar una religión natural, donde tengan cabida las profecías y revelaciones del Antiguo y Nuevo Testamento. El *Espíritu consolador* es el alma del espiritismo.

El milagro no podía apoyar doctrina tan errónea, falsa é inmoral, pues concurriendo Dios en él como autor, no eran razón acreditase la falsedad é inmoralidad con obra tan de su mano. El espiritismo á primera faz enseña las nociones más puras acerca de la divinidad, y sin embargo examinados con atención sus dogmas muestran un fondo de hipocresía y de perversidad incomportable.

Dios es el sér necesario, en la pluma del espiritismo; pero también «el mundo de los espíritus es primitivo, eterno, preexistente y sobreviviente á todo:» [1] y hete aquí á Dios puesto al nivel de los espíritus, tan eternos y necesarios como él.—Dios es Criador del cielo y de la tierra, dicen los espiritistas; pero también «la materia, el espíritu, y Dios son principios y fuentes de todas las cosas;» [2] y hénos aquí á Dios destituido del blasón glorioso de causa creadora de todos los seres, pues que los espíritus florecen de toda la eternidad [3] sin la dependencia propia de la criatura.—Dios es la suprema verdad, digna de todo acatamiento, claman los espiritistas; y sin embargo «todos los cultos, todas las religiones le son indiferentes,» [4] áun las más infames y viles; y ved con qué desenvoltura abaten la religión sobrenatural y divina á los pies de los cultos más abominables inventados por la humana degradación.—Dios debe ser invocado con oración fervorosa y frecuente, predican los espiritistas; pero «Dios no puede alterar el orden de naturaleza al gusto de cada cual, ni mudar sus propios acuerdos;» [5] y tenemos derribada por el suelo la providencia extraordinaria que Dios decretó guardar en ciertos casos, mostrándola con grandes prodigios.—Dios es santo y lleno de toda pureza, escriben los espiritistas; y con todo «bendice todos los goces á que inclina la naturaleza,» [6] reprueba «la indisolubilidad del matrimonio por contraria á la ley natural;» [7] y vemos ya la santidad de Dios pactando con la inmoralidad más descarada y disoluta.—Dios es un sér perfectísimo y de infinita inteligencia, repiten los espiritistas; y con todo eso «la fuente manantial de todo entendimiento es el entendimiento universal, del cual los espíritus son la *individualización*;» [8] y he aquí el panteismo de cuerpo entero con todas sus consecuencias, [9] y por el mismo caso, débese concluir que el Dios espiritista es un dios falso, una musaraña de divinidad muy digna de las ridículas escenas que en su nombre se representan.

Un dogma no parece en el símbolo del espiritismo, el misterio de la adorable y

1 *La question du surnaturel*, chap. IX.

1 Allan Kardec, *Livres des esprits*, n. 787, 201,
2 Ibid., n. 27.
3 Ibid., n. 80.
4 Ibid., n. 634.
5 Ibid., n. 664.
6 Ibid., n. 713.
7 Ibid., n. 697.
8 Ibid., n. 71-83.
9 P. Monsabré, *Confér. sur les miracles.—Le spiritisme. Introd. au dogme catholique.*

divina Trinidad. En su lugar entra la *trinidad universal*, compuesta de Dios, materia y espíritu que son los tres principios generales del universo; trinidad parecida á la trimurti bramánica, que ni es trinidad en la unidad, ni unidad en la trinidad, como lo es la católica. No es mucho que una secta amiga de disimular su vileza con el ornato del sobrenaturalismo para esconder su pérfido racionalismo, destierre el más incomprensible de los misterios, y mienta á sabiendas cuando habla de un Dios único, eterno, inmutable, omnipotente, justo, santo, perfecto, autor de todo lo criado. «Comparadas entre sí todas las revelaciones hechas por los espiritistas en diversos tiempos y lugares, en que hablan de religión, no se descubre otro sistema sino el sostenido por los incrédulos, deistas, panteistas, comunistas y socialistas en sus obras ó libelos. Los espiritistas, desechados los dogmas todos, eliminan toda institución religiosa, política y social, y colocan en su lugar el culto de la verdad y de la razón, al que solo tienen por digno de la divinidad; culto, que al fin se reduce al deismo, ó al panteismo, por más que le bauticen con denominación de cristianismo.» [1]

Enfadosa ocupación sería exponer los dogmas todos del espiritismo, llenos de absurdos, errores y herejías. Más hace á nuestro propósito demostrar cuán lejos están de nuestros milagros los fenómenos espiritistas. No han reparado los defensores del espiritismo en adjudicarle milagros, tales y tan gloriosos como pueden ser los nuestros, y áun han llegado á excesos y demasías extremadas hasta el punto de enriquecer el espiritismo y el magnetismo con las maravillas de Cristo y de los Santos, y juntamente con los éxtasis, revelaciones, visiones, profecías y carismas sobrenaturales, como puede verse en las *Actas de Santa Teresa*, § 94, y va dicho más arriba. Valga por todas esta blasfemia de Allan Kardec: «La posibilidad de la mayor parte de los hechos que el Evangelio cita como realizados por Jesús, está hoy completamente demostrada por el magnetismo y por el espiritismo, considerándolos como fenómenos naturales. Nada hay de anormal en que Jesús poseyera facultades idénticas á las de nuestros magnetizadores, curadores, sonámbulos, etc.» [1]

Con los milagros evangélicos traigamos á parangón los fenómenos mesméricos ó espiritistas, y se verá que no hay punto de conexión. Si el milagro es inaccesible á las fuerzas criadas, y las obras del espiritismo no salen del curso ordinario de las criaturas intelectuales, ¿qué rastro de analogía hallaremos entre unas y otras? Ningún espiritista volvió á un difunto el habla, ningún magnetista tuvo conversación con los muertos, ningún *medianero* despertó del sueño mortal á ningún cadáver: ¿qué conformidad tiene el magnetismo ó espiritismo con el poder taumatúrgico? Una cosa es evocar ánimas, puesto caso que los *medianeros* las evoquen, y otra hacer que vivifiquen á los cuerpos enterrados, como Cristo y los Santos hicieron; y una cosa es mostrar espectros ensabanados, y otra mostrar difuntos llenos de vida, ciegos con vista, moribundos sanos y libres de dolencia. A estos extremos nunca se alargó el caudal de los magnetistas y espiritistas. Los únicos asombros en que tienen mano, se limitan á curar ciertos achaques, no incurables al arte médica, con más presteza, sin adoptar los remedios prescritos por la facultad. Pero éstas no son hazañas llenas de admiración, como quiera que para salir con ellas los demonios bástales un esfuerzo natural, cuando Dios se lo concede, pues ni tienen debajo de sí las leyes del universo, ni las dejan del todo burladas, ni ejecutan imposibles, limitada como está toda su destreza á ejecutar en menos tiempo y con más facilidad cosas que lograría más despacio la paciencia y la pericia de los médicos.

Poniendo en dos balanzas las proezas de nuestros taumaturgos y las de los espiritistas, el contrapeso es infinito. Los *medianeros* del espiritismo no son dechados de virtud, y esto se divulga en toda la Europa, sin querer hacer agravio á ningún particular; lejos de ser ejemplares de santidad, deja mucho en ellos que de-

---

[1] P. PERRONE, *Prælectiones theol. de virtute religionis*, 1867, part. II, sect. II, art. III, n. 678.—DES MOUSSEAUX, *La magie*, chap. III.—P. PAILLOUX, *Le magnétisme et le spiritisme*, entret. VIII.—P. NAMPON, *Le spiritisme*.—CARD. ALIMONDA, *Confer. sobre el magnetismo animal*.—P. CONRADO MUIÑOS, *Polémica con los espiritistas*, 1886, art. I, II.—D. JUAN JOSÉ BENITO Y CANTERO, *La magia disfrazada*, 1886, parte 2.ª cap. 1.

[1] *Obras póstumas*, cap. IX, § 2.

sear la religión, la piedad, humildad, caridad y demás virtudes. Dupotet y Home hacían profesión de magia diabólica, y ya que no todos los *medianeros* sean copias perfectas de estos dos, ni tan faranduleros como Bastian, ni tan vanos como Padilla, ni tan violentos como el hipnotizador Donato; al cabo no son héroes en santidad, como lo fueron los taumaturgos del catolicismo, y por esta parte no cabe comparación entre obras y obras, entre prodigios y prodigios, pues ya que no repugne hacer Dios milagros por instrumentos malísimos, no suele obrar así, antes se goza en escoger para obras tan excelsas varones adornados de virtud que recomienden con ella la grandeza de su poderío.

Fuera de esto, el fin primero de los milagros ha de ser la gloria de Dios, el secundario el bien de los hombres. Ni uno ni otro vemos en las cosas del espiritismo y magnetismo, que por lo común satisfacen la vana curiosidad sin acarrear ventaja ninguna. Y nótese esto: el *medio* molesta con idas y venidas las almas de ultra-tumba, como dicen, y cuando hecho el viaje se muestran en el tablado, ni tan siquiera son de provecho para enjugar los ojos á la esposa viuda, á la hija huérfana, á la madre desolada; ni hacen bien á los mortales, ni dan gloria á Nuestro Señor, las novedades que desfloran se reducen á decir á los cristianos que no teman el infierno, á los turcos que se estén quietos con su Alcorán, á los protestantes que no hagan paces con el Papa, á los apóstatas que no vuelvan al catolicismo, á los racionalistas que tienen sobrada razón, á los devotos que se dejen de santidades, á los enfermos que tengan paciencia, y que llegada la hora, se dejen morir: si alguna vez curan un achaque, más es aparente que real la cura, y lazo de seducción más que obra provechosa. «Cuando el agente magnético obra en los males del cuerpo, la experiencia enseña como verdad común, que los cura causando vivos dolores, y á veces con peligro de la vida. Las curas molestan por lo espaciosas, que sean totales es caso raro; el mal suele pasar de un órgano á otro, tal vez con más furia, y las enfermedades curadas tienen muy crueles recaidas.» [1]

Si del fin venimos á los efectos, así como los del milagro son útiles y duraderos, por cuanto Dios no hace las cosas á medias, así por el contrario los del magnetismo lúcido y del espiritismo son tan livianos y efímeros, cuando no desastrosos y perjudiciales, que á ningún hombre le convirtieron en fiestas el llanto, ni le sacaron de laceria en el alma ni tampoco en el cuerpo; rotura de costumbres, la propensión al suicidio, el furor de la desesperación, el extravío de la mente, la infestación diabólica son los frutos más comunes que las escenas de salón suelen llevar. Por esta parte lejos de deslumbrar, más bien recomiendan y subliman con honra los milagros católicos, que traen consigo el bien de la familia y del individuo, en lo físico y en lo moral.

No se borre de la memoria cómo han obrado los milagros los Santos. Unas veces acudiendo á la oración, otras mandando en nombre de Jesús, otras aplicando medios de suyo ineficaces, puesta en Dios su confianza, alcanzaban el efecto milagroso; pero los espiritistas y los magnetistas en sus fenómenos superiores ni oran, ni mandan en nombre de Dios, ni confían en el divino poder, ni hacen profesión de su propia nulidad, y sin embargo ven producirse ante sí cosas tan sorprendentes que ninguno de ellos se las arroga ni las cree divinas, sino antes las tienen por naturales ó por cosas de los espíritus. A su lado resplandece la grandeza incomparable de los verdaderos milagros, que en Lourdes, por ejemplo, alientan la timidez de los ánimos mezquinos y vencen por la edificación y piedad las liviandades espiritistas, de forma que cualquier hombre de mediana capacidad puede notar, comparando, lo infinito que distan de los milagros divinos los miserables artificios del implacable enemigo de la humanidad.

De igual modo hemos de razonar sobre los carismas de los Santos si con los fenómenos lúcidos los queremos comparar. La principal ventaja es que los Santos no perdían la memoria de las profecías, visiones, éxtasis, y de las cosas en tales casos aprendidas, y al compás de su memoria era la puntualidad en agradecer los favores recibidos; no así los medianeros sonambúlicos, que echan luego en saco roto cuanto el sueño les representó, y de sus visiones ó alucinaciones no sacan

[1] DES MOUSSEAUX, *La magie*, chap. XII.

provecho sino daño para sí y para otros.[1] Si á esto se junta la frivolidad de las personas que sirven de medianeras, y la vida indevota que hacen, resultará engrandecida por extremo la virtud y devoción de los Santos á quienes honró Dios con la excelsitud de sus carismas. De aquí finalmente se colegirá que entre los fenómenos superiores del espiritismo, y los carismas de los Santos, va la misma diferencia que es de presumir entre las operaciones divinas y las diabólicas.

Podemos dormir con todo el descuido del mundo los que profesamos la religión verdadera, los fenómenos modernos no mellarán ni marchitarán el vigor y buena dicha de nuestros milagros. Esfuercen la voz los fautores del mesmerismo lúcido y del espiritismo supersticioso, ponderen con arrogancia lo vistoso de sus escenas: esta inestimable ventaja resultará en nuestro favor, que por una parte venga á menos la influencia de los medianeros, y por otra reluzca con más gloria la autoridad de los taumaturgos. En el día de hoy es imposible desechar la posibilidad de los milagros, vista la boga que han tenido los magnetistas y espiritistas. En verdad el magnetismo feneció, duerme el sueño de la muerte, el hipnotismo bañó su sepulcro con lágrimas de cocodrilo, levantóse el espiritismo con todo el aparato de secta anticristiana á revolver las cenizas del muerto para, soplando en ellas, sacar chispas de inmortalidad; los pasmos de todos estos agentes abonan no sólo la posibilidad del milagro divino, mas también su verdad histórica, y áun su verdad filosófica y relativa. Si las grandezas del espiritismo y magnetismo transcendental no hay manera de contarlas entre las naturales y conformes á leyes físicas, con más peso de razón se han de aclamar operaciones fuera del orden natural los milagros que son incomparablemente más extraordinarios y asombrosos. Los espiritistas y mesmeristas han llegado á poner en los ojos del mundo cuanto va del poder diabólico al poder divino, y han rendido á los milagros cristianos un homenaje que nunca estuvo en su ánimo tributarles.

Faltan á los espiritistas vocablos que signifiquen el pasmo de sus prodigios y anteponiéndolos á los hechos de los Santos, nunca, dicen, alcanzaron aquella clara intuición que los medianeros poseen. No les queremos disputar la partida á los adversarios, pero deben ellos confesar que las proezas de los Santos difieren singularmente de las proezas del espiritismo, y son por su índole mucho más aventajadas, y por sus efectos muchísimo más provechosas. Las operaciones espiritistas en su aparente resplandor llevan la más clara señal de inferioridad, pues que no son dignas de Dios obras llenas de ilusión, de vanidad, de ruido, que al fin vienen á parar en mera satisfacción de sentidos y de imaginación, y nada dicen al entendimiento y á la voluntad que sea decoroso y razonable; al contrario, rebosan impiedad y desenvoltura por cualquier lado que se contemplen, y ya que sus apariencias sirvan de reclamo para hechizar los ojos y oidos, examinadas de cerca contienen un fondo de superstición que aparta á los hombres del catolicismo, los induce al servicio de la fría razón, y los entrega á la tiránica potestad de las tinieblas.[1]

[1] *Civiltà cattolica*, ses. I, vol. VII. — P. Pailloux, *Le magnétisme*, entret. XV. — Conticelli, *Sulla causa dei fenomeni mesmerici*, vol. III, capo V.

[1] P. Perrone, *De vera religione*, p. II, sect. II, cap. VIII. — *L'idea cristiana della Chiesa avverata nel cattolicismo*, 1862. — *L'idea cristiana distrutta nel protestantismo*, 1862.

CAPÍTULO XII.

EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN.

ARTÍCULO I.

Origen del hipnotismo.—El P. Kircher.—Dos escuelas contrarias acerca del carácter de la hipnosis.—Semejanza entre el magnetismo y el hipnotismo.—Fenómenos principales y comunes.—Sugestión de ideas, de sensaciones, de pasiones, de acciones, de actos fisiológicos.—Fundamento de la sugestión hipnótica.—Qué crédito merecen los fenómenos elementales.—Cautelas prudentes.—Condición de la causa productora.

El espiritismo es una escuela digna de eterna reprobación; el hipnotismo no es escuela, es una práctica. Nació en 1841. Descubrióle el cirujano escocés James Braid, y dióle á conocer en su *Neurypnology* (1843). Presenciaba un día las habilidades de un magnetizador suizo con ánimo de sorprender sus embelecos, cuando vínole al pensamiento el modo de producir el sueño artificial, con hacer que el magnetizado fijase la vista en el cuello de una botella de vino, puesta á una altura tal que causase fatiga á los ojos el tenerlos fijamente clavados. A los tres minutos cayéronsele los párpados al paciente, quedando sepultado en profundo sueño. A esta experiencia siguiéronse otras, con que demostró Braid cuán fácil era quedar un hombre dormido deteniendo la mirada en una cosa brillante y la atención en un solo pensamiento.

Braid tenía por jerigonza el magnetismo elemental; por charlatanes habían de pasar los mesmeristas hasta que los doctos cayesen en la cuenta de lo que veían y no entendían. Entre tanto Braid seguía en su demanda. En 1846 vislumbra la eficacia de la sugestión vocal y mecánica en el estado de vigilia, Grimes en 1848 observa que las sensaciones y las funciones orgánicas pueden modificarse por efecto de la sugestión, Darling en 1850 publica los fenómenos de la electrobiología y su aplicación á la terapéutica, el Doctor Durand de Gros en 1855 tantea una explicación fisiológica de las causas productoras del hipnotismo; pero el abatimiento en que yacía la honra del magnetismo animal no consintió que los médicos osasen saltar la valla del respeto humano y presentasen á la pública luz sus particulares estudios, como lo hizo Victor Meunier, divulgando en 1852 los que se acaban de citar. La Academia de Medicina parisiense, que en 1840 había llevado al sepulcro con pompa oficial el cuerpo del mesmerismo, ahora en 1862 acogió benévola por amor de la verdad, los *Estudios* sobre fenómenos de sueño hipnótico, en que el doctor Charpignon ponía en claro con sagaz criterio la influencia entre el hipnotizador y el hipnotizado.

Mas visto los cirujanos que la nueva práctica no les apagaba los deseos concebidos, y que les era de ningún provecho la anestesia hipnótica para las operaciones, la volvieron las espaldas, hasta que Liébault en 1866 en su tratado *Du sommeil* los convidó con varias aplicaciones de la sugestión á la terapéutica, que fueron recibidas con demostraciones de aplauso. Muy despiertos andaban los alemanes en busca de trazas con que hipnotizar á las bestias. El primer experimento de hipnotización que hallamos en los siglos pasados antes de Mesmer, es el del Padre Kircher. «El célebre jesuita, dice el doctor Masoin, instituía el experimento que nuestros tratados de fisiología conmemoran en el día, y que hacemos nosotros, lo mismo que él, hipnotizando una gallina por la fijeza de la mirada del animal en una línea brillante . Era esta una de aquellas experiencias que el ilustre jesui-

ta describía con el título de *experimentum mirabile.*» [1] Desde el Padre Kircher (1644) hasta Braid (1841), en el espacio de dos siglos, á ningún naturalista cupo la fortuna de sacar provecho de este maravilloso experimento. En 1873 fué repetido por el alemán Cremark en animales pequeños, por el húngaro Balassa en el caballo, por el inglés Beard en palomas acostadas boca arriba. La verdad de la hipnosis hacíase glorioso lugar entre los alumnos de Esculapio. Finalmente en 1878 en el hospital de la Salpêtrière de París abrióse escuela de hipnotismo experimental, dirigida por el doctor Charcot y aplicada á las enfermedades nerviosas. En Nancy levantó Bernheim cátedra de hipnotismo con más amplitud y acierto, fundado en la sugestión, que en boca de esta escuela da razón cabal de todos los fenómenos de la hipnosis: «es la clave del braidismo» decía Bernheim. [2] Ambas escuelas van por contrario camino á parar al mismo fin, al estudio del hipnotismo; la de Nancy ocupa sus desvelos en observar los efectos psíquicos, la de París los efectos somáticos; la de Nancy atiende en los hipnotizados á la influencia de lo moral sobre lo físico, la de París á la de lo físico sobre lo moral. [3]

No es maravilla que cada escuela juzgue á buen pláceme las operaciones del hipnotismo. Considerado en sus efectos más próximos, es una enfermedad nerviosa, un estado patológico del sistema nervioso. El Dr. Charcot le llama *neurosis experimental.* [1] — El Dr. Richer le denomina *alteración* de las funciones normales y una suerte de histerismo. [2] —El Dr. Dumontpallier le conceptúa *neurosis experimental de diversos grados.* [3] — El Dr. Magning cree que los grados de la hipnosis lo son de una misma afección morbosa. [4] — El Dr. Richet le apellida *perturbación artificial producida en las funciones normales del sistema nervioso.* [5] — Ball y Chambard piensan que la máxima parte de las personas hipnotizables son neurópatas. [6] — «El hipnotismo, dice Littré, se asimila á la neurosis, especialmente al histérico... es un estado particular del sistema nervioso, y nada más. [7] — Ya lo había indicado Braid al decir que el hipnotismo «es un estado particular del sistema nervioso, determinado por medios especiales. [8] — Estos autores, en el señalar la definición del hipnotismo, se fundan por lo común en los estudios experimentales de la Salpêtrière, hechos en mujeres histéricas, y fácilmente miden la condición del hipnotismo con los efectos del histerismo.

La escuela de Nancy no descubre en la hipnosis rastro de manifestación morbosa, ni señal de enfermedad, sólo observa fenómenos fisiológicos de particular condición. Asi Bernheim, [9] y Bottey [10] declaran que pocos son los individuos refractarios á la hipnotización, sin que deban estar dotados de disposiciones mórbidas. Pero los alumnos de Charcot siguiendo las huellas del maestro, tienen por patológico el estudio de la hipnosis, y señalan sus accidentes morbosos tales como la anestesia, la hiperestesia, parálisis, sordera, mudez, enquímosis sanguínea, embotamiento, alucinación, y semejantes afecciones orgánicas. Mas á decir verdad, sobre que estos síntomas son fugaces y

---

1 *Revue des questions scientifiques*, 20 Oct. 1889, p. 523.

2 *De la suggestion, Avant-propos*.

3 El Dr. Jorge Robertson visitó las dos escuelas de Charcot y de Bernheim, deseoso de examinar por sí propio la diferencia de opiniones tan encontradas como de ambos caudillos corrían. ¿Es posible conciliar la escuela de la Salpêtrière con la escuela de Nancy? En la publicación *The Journal of Mental Science* dictó Robertson su parecer en esta forma: «El Sr. Charcot enseña que el hipnotismo va acompañado de fenómenos físicos notables; el Sr. Bernheim no halla en sus hipnotizados los fenómenos de Charcot: ¿en qué está la diferencia? El doctor Robertson opina que la diferencia está, no en el hipnotismo, sino en los sujetos hipnotizados. Charcot escoge enfermos hístero-epilépticos, que son pocos, y no todos capaces del alto hipnotismo, pero cuando éste se provoca en ellos, se ponen de manifiesto fenómenos somáticos y psíquicos de rara admiración. Mas confiesa el Dr. Charcot que es muy reducido el número de histéricos, en quienes descubra los fenómenos de orden superior. El doctor Bernheim, al contrario, hipnotiza por sugestión á personas sanas, y cuando ha intentado mostrar al doctor Robertson en histéricos los fenómenos mayores, las pruebas no han sido convincentes. Por otra parte, el Dr. Robertson no se atreve á aceptar la opinión sostenida por el doctor Bernheim de que todos los fenómenos llamados psíquicos ó somáticos del hipnotismo, tales como los describe M. Charcot, son el resultado de sugestiones, y desde luego no aparecerían espontáneamente.» (*El Siglo Médico*, 1893, p. 694.) En suma, los fenómenos charcóticos provienen del histerismo, los bernhémicos provienen del hipnotismo sugestivo: así no parece tan radical la diferencia de ambas escuelas. Sin embargo, mucha confusión queda aún en la práctica, y mayor aún en la teórica.

1 *Academie des Sciences*, 13 *Février*, 1882.

2 *Hystero-épilepsie*, 1885.

3 Cullerre, *Magnétisme et hypnotisme*, p. 282.

4 *Étude clinique et expérim. sur l'hypnotisme*, 1884.

5 *Études cliniques de la grande hystérie*, p. 507.

6 *Dictionn. encyclop. des sciences médic.*, III.e ser., t. X.

7 *Dictionn. de médecine*, art. *Hypnotisme*.

8 *Traité du sommeil*, p. 18. 9 *De la suggestion*, p. 29.

10 *Le magnétisme animal*, 1884.

del momento, hállanse los más en el sonambulismo natural y dependen del estado fisiológico que los centros cerebrales adquieren en virtud del sueño hipnótico, y así no son desórdenes patológicos, sino síntomas de un estado fisiológico especial, en que pone al paciente la sugestión. Los discípulos de Bernheim no admiten los tres grados que los charcotistas señalan al hipnotismo, á saber, catalepsia, letargía, sonambulismo, conforme los expone Richer, [1] y solamente aceptan por efectos de la hipnotización el sueño artificial con los grados que le acompañan, y son somnolencia, sueño ligero, sueño profundo, sueño profundísimo, sonambulismo ligero, sonambulismo profundo. La escuela de la Salpêtrière halló en el desequilibrio del sistema nervioso la causa original de los fenómenos hipnóticos, y por eso estimó el hipnotismo neurosis provocada semejable al histerismo. Pero la escuela de Nancy no tan exclusiva, pretende que el hipnotismo no es propiedad de las histéricas; usando de la sugestión hablada y acompañándola con pases y fijeza de ojos ha llegado á comprobar que todos los sujetos son hipnotizables. «De suerte que hoy puede afirmarse sin temor de ser desmentido en el terreno de los hechos, que el sueño provocado es un fenómeno tan universal en la especie humana, como el mismo sueño natural.» [2] Según los principios de esta escuela la sugestión ó la excitación reiterada y monótona de los sentidos determina la fijeza de la atención en una idea, la fijeza acumula en un punto cerebral la actividad de las fuerzas nerviosas, y de aquí nace el sueño hipnótico, que difiere poco del ordinario en lo esencial de su condición.

El hipnotismo aunque parezca fenómeno totalmente moderno, si oimos á los maestros en el arte, no lo es, sino secuela ó reproducción del magnetismo animal del siglo pasado. Faria barruntaba ya los síntomas de la sugestión, como va indicado arriba. Entera paridad notan entre ambos los racionalistas Maury, [3] Figuier [4] y Bersot. [5] El doctor Duval, [6] los sabios Demarquay y Giraud [1] están en la misma semejanza. El célebre Donato [2] la repite sin reparo, haciendo eco á Mosso, á Conca, á Morselli, á Guermonprez. «En el día de hoy, dice Bernheim, el magnetismo feneció como la alquimia, pero la sugestión hipnótica nació del magnetismo como la química recibió sér de la alquimia.» [3] Examinados los efectos corpóreos, crisis cataléptica, sensibilidad del oido, pasmo de los otros sentidos, coloración de la epidermis, vesicación de la piel, y juntados con éstos los psíquicos, viveza de la fantasía, agudeza de la reminiscencia, sujeción á la voluntad ajena, trastorno mental, olvido de lo actuado, y por el consiguiente curaciones peregrinas, mejorías, inconvenientes, fracasos, burlerías, embustes y engaños, viene á resultar que al hipnotismo le pasan los lances que hicieron famoso al magnetismo animal, y que es hijo natural suyo y nacido de él como de cepa legítima. Tal es la conclusión asentada por los doctores de la ciencia moderna.

Expongamos los fenómenos que nacen del hipnotismo. Dos son los más principales: sueño artificial y sugestión. El sueño artificial empieza por la somnolencia y llega hasta el sonambulismo profundo, en unos individuos con más intensidad y más fácilmente que en otros. «En el primer grado (somnolencia) hay solamente un entorpecimiento mayor ó menor, pesadez de los párpados y somnolencia, todo lo cual cesa en cuanto cesa la maniobra de hipnotización, ó se prolonga desde algunos minutos á una hora.—El segundo grado (sueño ligero) se caracteriza ya por la catalepsia sugestiva, que consiste en conservar el hipnotizado las posiciones que se le imprimen y cuya conservación se le ordena. Tienen los párpados cerrados, los miembros en resolución, pero oyen cuanto se les dice y lo que se habla á su alrededor. Sin embargo, las sugestiones producen generalmente efecto en este grado, al cual los magnetizadores llamaban *hipotaxia* ó *encanto*. Pero hay gradaciones intermediarias entre el primero y el segundo grado, en las cuales, con un sueño más acentuado de lo que al primero corresponde, la catalepsia no se presenta,

1 *Études cliniques sur la grande hystérie*, chap. VIII.
2 DR. ABDON SANCHEZ HERRERO, *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 60.
3 *La magie et l'astrologie*, II p. chap. IV.
4 *Hist. du merveilleux*, t. III, chap. XVII.
5 *Mesmer et le magnétisme animal*, III p. p. 246.
6 *Nouveau dictionn. de médecine et chirurgie*, art. *hypnotisme*.

1 *Recherches sur l'hypnotisme*, 1860, p. 15.
2 *Revue des sciences physio-psychologiques*, 10 février 1886.
3 *La suggestion*, chap. VII.

ó se presenta sólo por virtud de la sugestión hablada muy repetida. En ambos grados y sus intermedios, los hipnotizados no creen haber dormido, recuerdan cuanto han hecho ó dicho, y dicen haber obedecido las sugestiones por complacencia.—El tercer grado (sueño profundo) se caracteriza por un entorpecimiento más pronunciado, la sensibilidad táctil está disminuida ó abolida, según dice la escuela que estudio, y además de la catalepsia se presentan los movimientos automáticos, por impulsión, por imitación y por mandato, que no son más que distintas formas de sugestión. El sujeto oye cuanto se habla á su alrededor, pero su recuerdo al despertar empieza á ser confuso.—En el cuarto grado (sueño profundísimo), además de los fenómenos precedentes, el sujeto pierde la mayor parte de sus relaciones con el mundo exterior, é insisto en que éstas son apreciaciones de Nancy. Oye lo que le dice el hipnotizador, pero no oye á ninguna otra persona que le hable ni ningún ruido por intenso que sea. Sus sentidos no están en relación más que con el operador, pero éste por sugestión puede ponerlo en relación con otra ú otras personas. Al despertar, el recuerdo de lo dicho, hecho ó sucedido es sumamente vago y confuso.—El quinto (sonambulismo ligero) y el sexto (sonambulismo profundo) grados, además de presentar todos los fenómenos antedichos en el más alto grado, se caracterizan por la posibilidad de alucinaciones por sugestión y por la falta absoluta de recuerdo al despertar.» Tal es el resumen hecho por D. Abdón Sánchez Herrero [1] del sueño artificial, según se obtiene en la escuela de Nancy, más especificado que el propuesto por Elías Meric, [2] observador atento y concienzudo de los operadores Charcot y Bernheim en sus respectivos hospitales.

Los fenómenos producidos por la sugestión en el sujeto hipnotizado son variadísimos y, en todo concepto, maravillosos y raros. Todos parecen indicar que la sugestión hablada despierta fantasmas en la imaginación del hipnotizado, tan vivos y abultados que no son parte los órganos de los sentidos para desnaturalizarlos, y absorben toda la atención de la persona hasta que una nueva sugestión los mude y borre. Con este artificio sugiérense ideas. El hipnotizador presenta á la persona hipnotizada un papel, y le anuncia que es una flor; ella toma el papel, le olfatea, le sonríe, le trata como si fuese una verdadera flor. Ofrécele un frasco de amoniaco fetidísimo asegurándole que despide suavísima fragancia; eso mismo creerá la persona hipnotizada, y se deleitará aspirando aquel imaginado olor sin padecer molestia de la repugnante hediondez. Avísala el hipnotizador y le dice: es Vd. una criatura de cinco años, y al punto se pone á trastear, á triscar, á hacer ademanes propios de la niñez. Si le notifica que es un perro, échase á gatas, corre por el salón ladrando y remedando los instintos del animal. La sugestion induce alteración de personalidad trocando sus especies con pasmoso acierto.—Sugiérense sensaciones. Al decir el hipnotizador: Vd. tiene frío, el hipnotizado hace como quien se siente arrecido, tirita, se acurruca, se cubre; y por el contrario se abanica, se desabrocha, suda tal vez, si le avisan que tiene, calor. Cuando le intiman que le duele la cabeza, hace ademán de sentir allí el dolor, llévase la mano á la parte sugerida, y lo mismo pasa cuando le dan sal en vez de azúcar, la saborea, y la encuentra dulce. La sugestión hace ilusorias las impresiones recibidas en todos los sentidos.—Sugiérense pasiones. Una palabra basta para poner enojado y corajudo al paciente, si acaso el hipnotizador le denuncia que una persona le agravió ó le levantó un grave testimonio. Al oir el hipnotizado de los labios del hipnotizador esta voz: yo soy un tigre, conmovido de pavor se turba y estremece corriendo á toda furia á ponerse en salvo. Amor y odio, alegría y tristeza, temor y audacia, simpatía y antipatía y otras pasiones contrarias entre sí, se avivan y muestran sus istintos en el hipnotizado á una sola palabra que oiga al hipnotizador. —Sugiérense acciones. A su voz obedece puntalmente el hipnotizado, haciendo las acciones significadas de los mandatos por molestas y dificultosas que sean. Le mandan que ande, y anda, que baile y baila, que suba y sube, que cosa y cose, que rece y reza, y si tal vez le hacen resistencia ó halla obstáculo al cumplimiento de la orden intimada, lucha por vencer el obstáculo, y solo se da á partido cuando tropieza en un imposible.—Sugiérense actos

[1] *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 61.
[2] *Le merveilleux et la science*, 1887, livre I, chap. II, § IV.

fisiológicos. El imperio del hipnotizador basta para volver insensible, paralítico, cataléptico un miembro cualquiera del hipnotizado, para dejarle sordo, mudo, inmóvil, y para deshacer los estados y movimientos sugeridos. Estas alteraciones por extrañas que parezcan, están abonadas por experimentadores de reputación. [1]

El Dr. Abdón Sánchez Herrero resume la influencia de la sugestión en estos términos: «En la esfera de la sensibilidad general, y además en la sensibilidad espontánea que corresponde al hipnotismo profundo, anestesias é hiperestesias, ó sea insensibilidad y dolor, generalizados ó localizados á voluntad del hipnotizador. En la esfera de la movilidad, y además de la catalepsia espontánea, contracturas, parálisis y movimientos automáticos los más variados, entre los cuales se incluyen los de locomoción hacia adelante ó hacia atrás, y toda la serie de los coordinados, para realizar cualquier clase de actos sugeridos. En la esfera de la sensibilidad especial, todas las alucinaciones de los sentidos, positivas y negativas. En la de las ideas todos los juicios, por absurdos que sean. Y en la de las determinaciones, todos los actos posibles, con independencia de su finalidad buena ó mala.» [2]

El fundamento de la sugestión hipnótica es éste. El sueño común embaraza las funciones intelectuales, y remite también y deja como baldíos y paralizados los centros nerviosos del cerebro que á dichas operaciones sirven y acompañan; enciende, al revés, nuevos bríos en las facultades inferiores, y aviva con más fervor los centros cerebrales de donde nacen los nervios sensitivos y motores, encargados de esparcir rayos de vitalidad en los sentidos, en la imaginación, en la locomotiva y en la vida vegetal. Esta *disociación* de los centros cerebrales, conviene á saber, exaltación y actuosidad de unos centros nerviosos, y embotamiento y remisión de los otros, y juntamente la contracción de la actividad humana en un corto número de funciones, es lo que constituye la base fundamental de la hipnosis, «según que la psicología tradicional, ayudada de la fisiología moderna verosímilmente lo explica.» [1] La teoría de la *disociación* toma por fundamento que la sugestión aisla los centros nerviosos destinados á las funciones de la vida intelectual, separándolos de los que sirven á la vida orgánica; de aquí deduce que, divergiendo los centros, divergen también las funciones, y paralizada la energía de las unas, reciben las otras aumento de actividad. Esta exposición ideada por los sugestionistas, es una de tantas; si fuesen todas falsas, no por quedar sin explicación plausible los hechos del hipnotismo dejarían de ser naturales. Algunos escritores arremeten con brío contra la *disociación* de los centros nerviosos; entre ellos el Padre Franco. [2]

Es en ella muy de notar un punto poco ajustado á la filosofía tradicional. Dicen los hipnólogos que los centros cerebrales ordenados al servicio del entendimiento, quedan sin acción y como atrofiados. El centro del cerebro que está deputado á servir á las facultades espirituales, será, á lo más, el órgano de la fantasía, porque el entendimiento y voluntad carecen de órgano propio; á la fantasía pertenece suministrar fantasmas á los conceptos y voliciones. Pues aunque la región del cerebro, donde está situada la fantasía, sea la que principalmente coopere á la formación de especies intencionales en vigilia, pero durante el sueño, en que la fantasía bulle actuosa y despierta, el entendimiento reflejo está impedido y la voluntad tampoco es dueña de sí, y ambas á dos potencias no regulan las operaciones de la imaginación, á causa de la ligadura de la parte sensitiva.

Resta ahora resolver qué crédito merecen los hechos hipnóticos, y hasta qué punto son auténticos y dignos de ser creídos. Los enemigos del milagro hacen grandes espantos diciendo que la incompetencia de los narradores es el mayor obstáculo á su crédito. Los fenómenos del hipnotismo, ¿cómo negarlo? están expuestos á lances de supercheria. Cuando la

[1] BERNHEIM, *La suggestion*, chap. III.—FERRAND, *Des suggestions dans l'hypnose. Annales* de 1885.—MAURY, *Le sommeil et les rêves*, chap. XII.—HACK-TUKE, *Le corps et l'esprit*, 1886.—RICHER, *Des phénomènes neuromusculaires de l'hypnotisme*, 1884. — RICHET, *Du somnambulisme provoqué*, 1880.—*De l'influence des mouvements sur les idées*, Revue philosophique, 1879.—JANET, *De la suggestion dans l'état hypnotique*, Revue politique et littéraire, 1884.

[2] *El hipnotismo y la sugestión*, 1891, p. 62.

[1] P. CASTELAIN, *Cours de philos.*, 1889, t. II, p. 693.

[2] *La Civiltà cattolica*, 5 settembre, 1891, p. 542.

Academia parisiense en 1840 dió sepultura oficial al magnetismo, en el tenor de la sentencia significó cuán poca confianza le merecían los fenómenos presentados á su examen. ¿Quién será tan candoroso que no crea posible entre hipnotizador é hipnotizado el juego de compadrazgo? Figuier apuntaba entre el magnetismo y el hipnotismo, fuera de otros puntos de semejanza, «la charlatanería, tan común á los fenómenos de éste como á los de aquél.» [1] Autores hay que asientan sus reales en torno del hipnotismo escogiéndole por alcázar desde donde asestar sus tiros contra la Iglesia de Dios; no acaban de exaltar sus proezas para aniquilar, si pudieran, los milagros evangélicos y eclesiásticos. Así Copin, [2] Skepto [3] fijada la seguridad en estas baterías, desahogan su saña voceando objeciones sin cuento contra la doctrina de la Iglesia católica. De arte que la incredulidad y malicia de los unos, la ignorancia y fanatismo de los otros, el interés y conveniencia de éstos, el entusiasmo científico de aquéllos, obligan al inexperto lector, cuando le cae en las manos un tratado de hipnotismo, á examinar, si quiere prevenir inconvenientes, antes de entrar en su lectura, quién es el autor que con aquellas páginas le regala, cuáles sus creencias, cuáles sus secretas intenciones, cuáles sus estudios, cuál el móvil que le puso en las manos la pluma, porque en la rectitud, entereza, elección, diligencia, y buen criterio del relator quedará librado el crédito que se merece.

A la verdad los dedicados al arte de observar no deben infundir sospecha. Los Charcot, los Bernheim, los Liébeault, los Sánchez Herrero, los Delbœuf, los Janet, los Richer, los Richet, los Azam, los Pitres, los Brown-Séquard, son testigos de mayor excepción cuando aseveran la autenticidad de los experimentos, y sería gran temeridad no arrimarse á su lado y testimonio. «Todos, dice Richet hablando en nombre de la experiencia, los autores que se han ocupado en este estudio, sin ninguna restricción, han sacado por consecuencia qne el sonambulismo es un hecho irrecusable. Los que le ponen en cuestión no han hecho por sí mismos la prueba, y se contentan con refutar las vagas afirmaciones de los charlatanes.» [1]

La sospecha podrían á lo más infundirla los pacientes. Que estos estén sujetos á engaño, activo ó pasivo, nadie lo podrá negar. Deseosos de contentar á los hipnotizantes, no sería temeridad pensar que el interés y la lisonja los tienten alguna vez, y los induzcan á engañarlos y á entretenerse á su costa; y si advertimos que los histéricos, como dicho va en otra parte, y es común sentir de Charcot, Richet, Tardieu, Bernheim, no saben disimular el instinto de mentir, y que en general las gentes nerviosas muestran particular afición á urdir embustes y dar traspié á los operantes; tenemos en sus disposiciones habituales, argumentos para recelarnos de sus dichos cuando vemos á los escritores tan seguros y confiados, como en prueba demostrativa de verdad hipnótica, en la sinceridad de sus testimonios. El discreto Meric cita lances, por vista de ojos presenciados, en confirmación de nuestros temores. [2] Sin embargo de las pocas prendas de seguridad que muchos hipnotizados ofrecen, no falta á los hipnotizadores leales artificio seguro con que acrisolar la sinceridad de sus pacientes, por ser imposible en los más casos que les valga á los burladores su manía de engañar sin que se trasluzca el engaño y queden ellos burlados á vista de la entereza de un operador diestro y concienzudo. En conclusión, ni la rectitud de los agentes, ni la honradez de los pacientes dan lugar para poderse presumir falsedad en los hechos del hipnotismo; hay que descansar en ellos, siquiera en su conjunto y generalidad.

Hecho cimiento en su existencia resta discurrir sobre su esencia, y determinar si pertenecen á causas naturales ó si nacen de agentes extramundanos. Pero ante todo se debe advertir que nadie hasta el presente ha tenido el privilegio de atinar con la causa de la hipnosis. El sistema nervioso es profundísimo misterio. La médula espinal y el cerebro están llenos de insondables abismos. Uno de ellos es cómo funcionan los aparatos de la vida sensitiva y vegetativa sin que la conciencia humana se dé por entendida. [3] El corazón, los

1 *Année scientifique*, 1887, p. 360.
2 *Revue de l'hypnotisme*, juillet, août, 1888.
3 *L'hypnotisme et les religions*, chap. III.

1 *L'homme et l'intelligence*, chap. I, § VIII.
2 *Le merveilleux et la science*, livre I, chap. III.
3 «Todos los movimientos voluntarios y muchos automáticos tienen sus centros en el cerebro, y los centros

pulmones, el estómago, los riñones y demás partes prosiguen su obra con tanta más regularidad cuanto menos siente el hombre la complicación del mecanismo. Los nervios de los sentidos, escondiendo sus raíces en lo más hondo de la masa encefálica, van ayudando sordamente á las operaciones de la vida sensitiva. El interior del organismo humano es una maquinaria de mecanismo delicado y complicadísimo, en que la conciencia refleja y la humana libertad tienen poca parte. Muchos son los actos en el hombre debidos al automatismo, á la inconsciencia, al movimiento mecánico, vital, sensitivo, intelectivo, voluntario; pero la atención reflexiva, la voluntad libre, la determinación deliberada, la responsabilidad humana, que son las que constituyen la honra ó la ignominia del hombre, ocupan por lo común en las funciones vegetativas, sensitivas, intelectivas el mismo lugar y ministerio que el monarca en la dirección de las ciudades, pueblos, aldeas de un bien concertado reino. No será mucho que los actos libres de la voluntad queden paralizados por una ligera ruptura del equilibrio normal, ni será de maravillar que las operaciones más levantadas del hombre suspensas reduzcan el humano sér á una suerte de autómata, sin conciencia de sus propios actos, sin dominio de sí, reinando el esclavo en vez del señor, mandando quien debiera obedecer, y convertido el hombre en juguete de pasiones instintivas y desenvueltas. Tal es la obra de la hipnosis.

Muchos fisiólogos han propuesto diversas hipótesis para dar á entender la esencia del hipnotismo, cada cual ha procurado explicar el estado cerebral en los sujetos á la hipnosis, del modo que ha podido. Durand de Gros introdujo el *electrodinamismo* vital, el profesor Reyer acarició las *substancias ponógenas*, el Dr. Despine se atuvo á la *parálisis de la corteza cerebral*, Heidenhain admitió el estado de *anemia del cerebro*, Brown-Séquard prefirió la *acción inhibitiva*, el Dr. Baréty sostuvo la fuerza *néurica* y *radiante*; pero ninguna de estas explicaciones suministra una noción exacta del estado anatómico que posee el sistema nervioso durante la hipnosis. [1]

de las operaciones conscientes están situados en la parte más superficial del cerebro, en la corteza gris, mientras que los centros más profundamente colocados presiden á la actividad automática. Hay en las profundidades del cerebro, dice un elegante escritor, misteriosos escondrijos donde nuestras sensaciones afluyen, acumúlanse sin estorbo y ordenándose metódicamente dejan de ser percibidas. Ante el ojo de la conciencia se borran sin cesar de existir, y solo esperan un deseo del espíritu, una llamada de atención, para reaparecer á la luz del pensamiento. Este depósito maravilloso es la imaginación, almacén vivo de imágenes vivientes.» —Dr. F. Viñals, *Un triste episodio en el curso de* 1886 á 1887, p. 20.

ARTÍCULO II.

Los fenómenos elementales son naturales. — El sueño artificial cómo se obtiene.—El sonambulismo artificial comparado con el natural.—Casos notables. — Teoría de los actos reflejos aplicada al sonambulismo. — La sugestión qué fuerza tiene para hipnotizar. — El sonambulismo y el instinto. — Diferencia entre el sonambulismo natural y el hipnótico.—Asistencia de la fantasía en las sensaciones.—Solución de varias dificultades.—El aojo.

El sueño formalmente hablando consiste en la atadura ó embargamiento del cerebro. El sueño es un descanso y cesación del trabajo, no cuanto á las facultades intelectivas, que por ser espirituales son incapaces de descanso pues no se fatigan en su ejercicio, ni tampoco cuanto á la potencia vegetativa que continúa pausadamente su obra durante el sueño, sino cuanto á las potencias sensitivas, no porque se hallen cohibidos los órganos externos, que ninguna mudanza padecen, pero sí á causa del estorbo y alteración ejecutada en el cerebro, en que está situado el instrumento de la sensibilidad. La causa de la alteración parece estar en la circulación de la sangre, la cual no da lugar á la regularidad de las funciones cerebrales, como consta de las observaciones hechas por Müller y Gubler.

No todos los sentidos quedan ligados en todo el sueño; el más suelto parece el oido, y avivado él, la fantasía del durmiente puede conmoverse y ocuparse en larga conversación, en efectos raros de sonambulismo, en ilusiones y alucinaciones extraordinarias. Santo Tomás expone con mucha claridad hasta dónde llegan las operaciones intelectuales durante el sueño, diciendo: «Al entendimiento dos cosas le

[1] Le mode de production de ces différents états n'est pas élucidé; l' explication la plus vraisemblable nous paraît être celle qu' a formulée M. Brown-Séquard et qu' ont acceptée MM. Heidenhain et H. Barth; il s'agit des phénomènes d' inhibition psychique combinés avec des phénomènes d' excitation.» (Hallopeau, *Pathologie générale*, 1887, p. 677.) — «*Inhibición y dinamogenia*, fenómenos de *interferencia*, ha dicho Brown Sequard. Tres palabras que nada nos dicen respecto del porqué de estas cosas; y fuera locura querer desentrañar más.» (Otero Acevedo, *Lombroso y el espiritismo*, 1895, p. 138.

pertenecen, percibir y juzgar. El entendimiento del dormido no está privado de percibir alguna cosa, ya sea de las que antes consideró, y por esto á veces el hombre durmiendo silogiza, ya sea de otros conceptos superiores, á que el descanso de los sentidos presta mejor. Y esta es la causa principal de anteverse en sueños cosas futuras. Pero juicio perfecto y cabal no puede tener el entendimiento del que duerme, por estar ligado el sentido que es el primer principio de nuestro conocimiento. Y como el uso del libre albedrío sigue al juicio de la razón, el libre albedrío no basta al que duerme para convertirse á Dios, porque ya que haya algún movimiento de la voluntad, más bien sigue á la fantasía, que al juicio perfecto de la razón: por lo cual el hombre que duerme puede percibir la sabiduría y no la justicia.» [1]

Conforme á la doctrina de Santo Tomás es la de todos los Escolásticos. Entre ellos dice el P. Suárez: «No es natural en el sueño corpóreo el estar expedito el juicio de la razón; para que lo estuviera sería menester un milagro, porque sería necesario ó fortalecer el entendimiento para que entendiese perfectamente, no obstante el impedimento de la fantasía, y esto no es natural; ó sería menester purificar la fantasía lo preciso para que sirviese á la inteligencia, conservando el sueño corporal cuanto á lo restante, y esto es también preternatural.» [2] Con esta doctrina se entiende cómo el sueño pone trabas á la libertad de la voluntad y al juicio perfecto y reflejo de la razón; sin milagro no pueden ambas operaciones holgadamente ex playarse en el dormido ó sonámbulo. Pero no están del todo ociosos el entendimiento y la voluntad cuanto al ejercicio directo. La que anda á su placer y sin tino es la imaginativa, por carecer de la razón que la enfrene y guíe.

Asentados estos principios entremos á explicar los fenómenos del hipnotismo, y veamos si las causas naturales dan de ellos plausible razón. Los principales son estos: sueño, sonambulismo, sugestión. [3]

Sueño artificial.—Muchas son las industrias usadas para adormecer á los niños. La más común es hacer que pongan la atención en una cosa material ó espiritual; la prolongada fijeza llega á robar y embebecer los sentidos, y el embebecimiento acaba por cerrar los ojos. El tener la vista clavada por algún tiempo en un punto del espacio, el aplicar el oído á un canto monótono, el sentir una impresión uniforme y acompasada, son operaciones que llevan en pos de sí todas las fuerzas y sentidos, embargan las facultades mentales, amortiguan los nervios, producen entorpecimiento y enervación en toda la persona y preparan el camino á la somnolencia. Es una suerte de sugestión la que vence los ojos del niño. En los adultos la sugestión es más notable.

El sueño está lleno de misterios. Desde Hipócrates y Galeno hasta Maury, Jung y los fisiólogos presentes ninguno ha dado con el secreto del estado en que se halla el encéfalo del hombre dormido. Sabemos todos qué cosa es dormir, nadie sabe señalar la causa del sueño. [1] Tampoco está definido si en el sueño interviene anemia ó congestión del cerebro. Por ambas opiniones se citan fisiólogos de nota. La sentencia más común se inclina á la anemia, en la persuasión que el cerebro recibe durante el sueño menos cantidad de sangre que durante la vigilia.

Cuando el sueño es profundo los actos de la vida intelectual se suspenden cual si le faltaran al hombre los hemisferios cerebrales; las funciones de la vida animal cesan también, aunque las excitaciones sensoriales determinan movimientos reflejos; las funciones vegetativas (nutrición, digestión, respiración, circulación, etc.) prosiguen su ordinario curso con insignificantes modificaciones. En este estado de profundo sueño hállase el hombre en los primeros instantes cuando fatigado por el ejercicio de la actividad cerebral, por las impresiones de los sentidos, por los esfuerzos musculares, se substrae á los agentes ordinarios y aflojado el arco no responde á las excitaciones del mundo exterior. Poco á poco pierde el sueño su intensidad, hácese menos profundo, los hemisferios cerebrales recobran alguna ten-

1 *De veritate*, quæst. XXVIII, a. III, ad 6.
2 *De oratione*, lib. II, cap. XIX, n. 22.
3 Barth. *Du sommeil non naturel et de ses diverses formes*, 1886.—Beaunis, *Le somnambulisme provoqué*, 1887.—Borru et Burot, *La suggestion mentale*, 1887.—Hallopeau, *Pathologie générale*, 1887.

1 La cause réelle du sommeil est encore indeterminée et aucune des nombreuses hypothèses faites jusqu'ici ne l'explique d'une façon satisfaisante.—H. Beaunis, *Nouveaux éléments de Physiologie humaine*, 1881, t. II, p. 1365.

sión, las potencias espirituales divagan de una manera imperfecta y poco constante, hasta que el hombre rompe el reposo, vuelve en sí y entra en la vida de relación. Tanto en el sueño profundo, como en el más ligero es imposible afirmar que el descanso del cerebro sea absoluto. [1]

Las causas productoras del sueño espontáneo son: el cansancio físico, mental ó moral, la debilidad de las impresiones externas, el silencio, la obscuridad, la repetición monótona de idénticas impresiones, la digestión con frío ó calor, ciertas substancias soporíferas y ciertos estados anémicos, las cuales todas se reducen á dos, conviene á saber, á una tensión muscular que causa fatiga, y al embebecimiento del ánimo en una idea. El sueño nervioso provocado de los hipnotistas se produce análogamente por la posición violenta de ciertos músculos y por la fijeza de la atención á un pensamiento.

Cada día tiene el hombre hora señalada para olvidarse de sí y dar de mano á las ordinarias tareas de la vida. Tiéndese en la cama, abandonando aficiones y cuidados para regalarse con las caricias de Morfeo. Al efecto recógese en lugar retirado, y cerradas las ventanas de la luz y apartada toda ocasión de ruido, asegurado de estos dos enemigos del sueño, deja la posición vertical, y tomada la horizontal que es más á propósito para descanso de los miembros y para la remisión de los centros nerviosos, cierra los párpados, recoge las potencias, aleja de sí las ideas que en vigilia le ocupaban, y llama el sueño. Llamar el sueño es disponerse á una de las más profundas alteraciones de la humana personalidad, es colocarse el hombre en el estado de inconsciencia, es suspender la vida racional, es tomar la imagen de la muerte cuanto á la parte más característica de la humanidad. Llama, pues, el sueño, no esperando que le sorprenda, ni tampoco hinchiendo el aire con el sonido de su nombre, ni dando grandes golpes al alma, sino concentrando su atención en un pensamiento, el pensamiento del dormir; con tanto ahinco se sugiere á sí propio la orden y deseo de dormir, que presto caerá víctima de la autosugestión, en manos del querido bienhechor. Si la voluntad no resiste, si desea abandonarse al sueño, si el hombre toma postura cómoda que haga la cama á los miembros, no tardará el sueño en ocuparlos, vendrá á más andar el embargamiento, sentirá el hombre la cargazón de los párpados, anublada la vista, rendido el cuerpo, traspuesta la mente, atrancadas las puertas de los sentidos y rota la comunicación con el mundo corpóreo.

Grande afinidad entre el sueño natural y el sueño hipnótico. A la verdad el convidar á dormir no basta para el beneficio del sueño; que éste requiere como preámbulos, necesidad, tiempo, fatiga, comodidad, disposición de nervios y otras causas que induzcan á somnolencia. Pero los hipnotistas no son tan crédulos que con solo abrir los labios pretendan cerrar los párpados, entorpecer los nervios, sepultar en profundo letargo al que padece de insomnio, nó; gran caudal consumen de paciencia, de industrias, de repeticiones monótonas, de ensayos y cautelas, en lograr que sus clientes se dispongan al deseado adormecimiento y se dejen prender en sus redes. Así obran los hipnotistas, y con este nombre honramos á los médicos cuerdos y sesudos que al arte consagran sus fuerzas, y no á los buscavidas que embelesan á los necios con graciosos embustes. [1]

El Dr. Abdon Sánchez Herrero describe el ejercicio propuesto por Liébault y frecuentado por Beaunis y Bernheim, de la manera siguiente: «Se coloca el sujeto en una posición bastante cómoda, para que el sueño natural y tranquilo pudiera disfrutarse sin molestias al despertar, lográndose esta condición, acostado en cama, en un sofá, butaca ó mueble parecido, reposando siempre la cabeza sobre almohadas. El hipnotizador de pie ó sentado enfrente del sujeto, se inclina hacia él, de manera que sus caras disten de treinta á cuarenta centímetros; y que éste para mirar á aquél, tenga que elevar los ojos y cubrir con su párpado superior, un

[1] Cuando los fisiólogos dicen que al decrecer la actividad de la circulación cerebral, se halla el hombre más dispuesto á dormir, no quieren establecer en esta anemia relativa la causa del sueño, el cual puede obtenerse por substancias dilatadoras de los vasos (opio, cloroformo); sólo significan que la condición próxima para el sueño es aquella suerte de asfixia que el cerebro experimenta cuando se disminuye la cantidad de sangre contenida en el encéfalo (BERTIN, *Dictionn. encyclop.*, art. *Sommeil.*—*Hallopeau, Pathol. génér.* p. 660).

[1] PITRES y GAUBE, *De l'hypnotisme*, Revue des sciences médic., 1886.—HEIDENHAIN, *Der sogenannte thierische Magnetismus*, 1880.—CHAMBARD, *Du somnambulisme provoqué.*

segmento superior del iris hasta cerca de la pupila.

«En esta posición el que va á ser hipnotizado, debe fijar su mirada en la del hipnotizador ó en su entrecejo y no separarla de él áun cuando parpadée. El hipnotizador aconsejándole la calma y el reposo cerebral más completo posible, procede entonces á las sugestiones de sueño diciendo: No piense V. más que en dormir. — Se va V. á dormir en seguida.— Esté V. tranquilo y sin pensar en nada más que en el sueño.—Ya tiene V. sueño. —Los párpados le pesan á V. mucho.— Se le cierran á V. los ojos.—Siente V. la pesadez del sueño en todo el cuerpo.—Le lloran á V. los ojos porque ya no puede estar despierto.—Duerma V. tranquilo.— Duerma V., duerma V., duerma V., duerma V....

«Sucede con frecuencia que pasado algún tiempo, que puede variar entre uno y veinte minutos, durante el cual el *Duerma V.* se ha repetido de una manera monótona, aunque no es necesario que sea continua, los párpados después de un pestañeo pertinaz, se ponen temblorosos y se cierran definitivamente, á veces sin dejar de temblar. La hipnotización se ha realizado.

«Pero otras veces no sucede así. El hipnotizador se cansa de su posición, siempre incómoda, y el sujeto no se duerme. En este caso le invita á fijar la mirada en las puntas de sus dedos índice y medio de la mano derecha, que ha de colocar de manera que no varíe la posición de los ojos del sujeto; y en esta postura se continúa la sugestión del sueño, como anteriormente, hasta que el sueño se produce. Algunos individuos hay que á la media hora de estas prácticas abren y cierran los ojos, tienen los párpados temblorosos, las lágrimas fluyen, y sin embargo no se duermen. Entonces puede dar resultado el descenso lento de los párpados superiores, hecho suavemente con los pulgares del operador que mantienen los ojos cerrados un momento; siempre continuando el *Duerma V.* monótono.» [1]

Tal es el ministerio de la sugestión en el arte de hipnotizar. Otros artificios vemos aplicados por varios maestros. Mandan al sujeto que hinque los ojos en un punto brillante, en una bala metálica herida por rayos de vivísima luz. Los ojos presto se cansan, las líneas visuales hácense divergentes, la enervación se apodera de los miembros, las puertas de los sentidos se entornan poco á poco hasta que el sueño llega á ocupar al hombre todo. Trabajo penosísimo, que á costa de perseverante monotonía y de infinita paciencia, consigue el intentado fin. Para ahorrar molestias y fracasos se han inventado muchas maneras de arbitrios que proporcionen el sueño con facilidad y presteza. El Dr. Luys se vale del espejo movible, [1] el Dr. Sánchez de dos brillantes americanos, [2] el Dr. Ochorowicz de los pases, [3] el Dr. Bernheim de los dos dedos antedichos; [4] pero por lo común no echan en olvido las miradas con sus fulgurantes destellos, ni los blandos pases por cara, pecho y manos, con que convidan los ojos á dejarse vencer y á Morfeo á tomar en brazos al vencido en la pelea. Estos artificios, colocados en los límites naturales, muestran que el sueño hipnótico, hasta el letargo, está al alcance de la humana industria, sin que sea de necesidad acudir á causa extranatural para provocarle.

Sonambulismo.—«Está caracterizado por un embotamiento aparente de las facultades intelectuales, análogo al que se observa en el sueño natural, y por la conservación de la actividad muscular, de suerte que la persona dormida es capaz de andar y de moverse como una persona en vela.» [5] El normal y el artificial tienen comunes las apariencias, la actividad, el olvido al despertar, la falta de reflexión, la carencia de responsabilidad, el aumento ó disminución de sensibilidad, suspensión frecuente de facultades mentales, acción automática del cerebro, modificación de sensaciones y alucinaciones, de modo que lo obrado en los sonánbulos normales por la disposición interna, obra en los hipnóticos la sugestión externa. Cosas muy dignas de consideración, á nuestro propósito, se cuentan de los sonámbulos ordinarios, que ponen de manifiesto cuán naturales son las que pasan en el sonambulismo hipnótico. El P. Nieremberg recogió algunas en un capítulo, que trasladado á la letra

1 *El hipnotismo y la sugestión*, p. 81.

1 *Revue de l'hypnotisme*, août 1888.
2 *El hipnotismo y la sugestión*, p. 83.
3 *De la suggestion mentale.*
4 *La suggestion*, chap. I.
5 Pitres y Gaube, *De l'hypnotisme*, 1886.

dice así: «No nos hemos de olvidar de lo que causa la imaginación en los que duermen, supliendo ella por los demás sentidos. Sexto Empírico dice de Teon Titoreo, que durmiendo andaba, y también un siervo de Pericles, que se paseaba dormido por los tejados más altos. Galeno no creía que podía hacer nada de esto un dormido, hasta que la experiencia le hizo desdecirse, porque anduvo él un gran trecho durmiendo, por haberse echado á dormir con intención de andarlo. Valeriola escribe de Ludovico Serrano médico, que le vió durmiendo levantarse de repente, tomar las armas y saltar como furioso, y fué la causa que aquel día había sucedido una riña á que él estuvo presente. Bartolo cuenta de un ciudadano de Sena, que tomaba durmiendo sus armas, rondaba por la ciudad, andando cantando. El Laudense, letrado también de gran fama, escribe sobre las Clementinas, que conoció á un inglés que visitaba los templos dormido. Mariano Lenense dice que había en un barrio una moza que amasaba sepultada en el sueño.

«Algunas mozas ha habido, que han ido durmiendo á la fuente con un cántaro de barro por agua, y llenándole, y después poniéndole como suelen sobre la cabeza, volverse sin dejarle caer. Yo soy testigo de vista y oidas de cosas más admirables, que á juicio de todos los que las vieron excedían á cuantas historias de noctámbulos se cuentan; era más la vista que su relación. Vi seis noches siempre con mayor admiración, á un hermano estudiante de nuestra religión, de excelente ingenio, cultivado con igual erudición, que dió en hablar de noche durmiendo, no entre dientes, ni desbaratadamente, sino con más concierto é ingenio que otros de grandes talentos pudieran hablar después de muy pensado en acciones públicas. Solía durar tres y cuatro horas, y áun más, con grande energía y acciones de manos: en este tiempo alguna buena parte predicaba conceptos muy agudos y seguidos con mucha moralidad, de la misma manera en acciones y tono como si estuviera en el púlpito: otro gran rato disputaba y declaraba algunos puntos de Teología, con grande comprensión y claridad, resolviéndolos con todos sus fundamentos, añadiendo algunas nuevas observaciones en las controversias más dificultosas, como de *auxilios*, del *decreto de Dios*, de *elección á la gloria*.

«Otro tiempo gastaba en letras humanas, y de varia erudición, diciendo á veces libros enteros de Virgilio, y otros poetas así latinos como españoles; todo era selecto lo que decía, con acertada censura de los autores que citaba, nombrando el libro, y capítulo donde estaban las cosas que decía más singulares, y si erraba se corregía; después echaba de repente algunos versos, porque era muy buen poeta: alguna vez solía no tan presto ofrecerse el consonante, y paraba hasta que ocurriese. El ser de repente se echaba de ver fuera de que decía primero, que quería echar de repente, en que los asuntos eran tales, que no podían haberse hecho los versos, con tener felicísima memoria. Yo confieso que iba á oirle por aprender de él muchas curiosidades. Es cosa increible lo que en breve tiempo había leido. Sé de otros, que ya no les llevaba la curiosidad, sino la erudición escogida que allí oían: lo que decía, no sólo era repetir cosas que él hubiese trabajado, ni los sermones antiguos, ni lecciones pasadas, sino asuntos nuevos que se le ofrecían, discurriendo en ellos ingeniosamente, haciendo á veces algunos largos paréntesis y digresiones, y luego tornando al punto de donde salió. Cuando hablaba, se daba golpes en el pecho, y palmadas; no por esto despertaba, si no es que otro le tocase; en volviendo entonces en sí le daba mal de corazón, por no haberse acabado de gastar el humor, y flatos que le ocasionaban aquel accidente.

«Dos prodigios vi juntos, uno que pudiese despierto haber leido tanto, y acordarse de ello; el otro, que pudiese dormido concertarlo, y hacer en sueños lo que otros no hicieran velando; pienso que ni él mismo pudiera hacer más. Otro hermano, no ha mucho que murió, leía durmiendo, y servía en el refectorio llevando su portador de porciones, dándolas á los que comían. Testigo es de esto el doctor Alonso Núñez Médico de Cámara de su Majestad, que le curó con envidia de Hipócrates.» [1]

El P. Regnault [2] refiere que un noble italiano se levantaba cargado de sueño, se vestía, ensillaba el caballo, bajaba á la puerta de la casa, y hallándola cerrada

[1] *Curiosa filosofía*, lib. II, cap. XXV.
[2] *Entretiens phys.* t. II, Entret. XVI.

daba de beber al animal, subía á la sala, tomaba el taco y jugaba al billar, y al cabo de dos horas se volvía á la cama á descabezar el sueño.—«Pretenden algunos, dice el P. Hauser, que los sonámbulos están medio dormidos y como entre sueño y vigilia. Pero Horstio observa que á veces les tiene tan sepultados los sentidos el sueño, que ni á palos vuelven en si.» [1] Notables son los casos de sonámbulos que no sólo hablan entre sueños, pero tienen razones con otros y alargan pláticas y diálogos con los presentes sin salir de su amodorramiento; podríamos señalar por ejemplo un devoto sacerdote de nuestros días en la diócesis de Tortosa.—Singular es el referido por el P. Fr. Antonio Fuente la Peña en esta forma: «Un religioso predicador de mi Orden, de la provincia de Cataluña (que creo aún vive, y yo le conozco) frecuentemente está dormido, y le suele durar el sueño ocho y más días sin dispertar, no le impidiendo el sueño el comer, el beber, el hablar, ni el discurrir, como si estuviera despierto; y porque el caso es tan singular como cierto, y de que son testigos todos los religiosos que hoy viven en dicha provincia, le referiré más por extenso... Estando en profundo sueño habla y discurre concertadamente en las conversaciones, trayendo á propósito las noticias que vienen á cuento, y si tal vez le meten (por probarle) en alguna murmuración, ó muda de plática ó corrige á los religiosos si son inferiores.» [2] Indica después el autor con qué señales se conocía que el capuchino estaba dormido, y de qué manera le sacaban del sueño.

Otros ejemplos de sonámbulos naturales que comunicaban con los presentes y daban y tomaban en la conversación cita Bernheim. [3] M. Maury cuenta de un mancebo, que estando bien dormido y montado á caballo llegó á la plaza pública, se apeó, y dejando atada la caballería, subió á ver á un amigo suyo, á tratar un negocio, díjole algunas palabras; y luego de repente despierta espantado y confuso. [4] En el *Dictionnaire des sciences occultes* [5] se citan hechos parecidos. Y Bertrand, [6] A. Lemoine, [1] Venturoli, [2] Soave, [3] Francotte [4] suministran algunos más casos.

En ellos se convence que el sonambulismo natural produce perturbación de las facultades sensitivas, desenterrando especies sepultadas, aderezando imágenes vivísimas, improvisando trabajos literarios y artísticos de gran primor, venciendo repugnancias habituales, guiando á peligros evidentes, y sujetando á camino seguro la desenvoltura incomparable de la humana fantasía. En medio de cuya conmoción el entendimiento percibe, juzga, razona, silogiza, con singular acierto fraguando primorosos y flamantes discursos, y la voluntad escoge, resuelve, consiente; ambas facultades en vez de gobernar los fantasmas, son esclavas forzosas de ellos, y por su hilo se dejan llevar y traer necesaria y fatalmente. La conciencia refleja y la libertad moral son las dos únicas operaciones que diferencian al que vela del que duerme. Lo que algunos cuentan de Laplace, de Kruger, de Meignan, de Reimhold, de Tartini, de Burdach, que resolvían problemas arduos de matemáticas ó componían largas piezas de música durante el sueño, podrá ser exageración; si se entiende en ratos de insomnio, ó al despertar, no sería tan dificultoso de creer, pero imposible no es.

Oigamos al Padre Pereira, doctísimo en los ramos del humano saber. Dice: «Con frecuencia en los sueños el ánimo del hombre, en lo tocante al uso de la razón y agitación de la mente, está suelto, expedito y libre. Porque no pocas veces la razón del durmiente conoce muy bien las cosas simples, y las compone entre sí ó las separa, raciocina, juzga, se admira, descubre cosas nuevas; y áun más, el ánimo se replega en sí y considera sus acciones y las discierne con su acicalada vista, duda, vacila y disputa consigo si duerme entonces ó nó. Estas operaciones claramente demuestran que el uso de la razón es libre. No por eso hay que pensar que por estar á veces suelta durante el sueño la fuerza de la razón, sea en él perfecto el uso del libre albedrío. Porque el pleno y perfecto uso del libre albedrío requiere

1 *Elementa philosophiæ*, t. VII, Phys. part. IX, art. IV, § DX.
2 *El ente dilucidado*, 1676, n. 1313.
3 *De la suggestion*, chap. VIII.
4 *Annales médico-psychologiques*, janvier 1861.
5 Art. *Somnambule*, p. 510.
6 *Traité du somnambulisme*.

1 *Du sommeil au point de vue des questions scientifiques*, 1881.
2 *La scienza italiana*, 1883: anno VIII, vol II, p. 452.
3 *Riflessioni sopra il somnambulismo*.
4 *Revue des questions scientifiques*, 1881.

perfecta libertad, es decir, soltura de todos los sentidos y potencias, de forma que el mismo hombre sea quien obre por sí, y sea dueño de sí y de todas sus acciones, y esté en su mano el obrar de esta ó de otra manera, y también suspender toda acción: lo cual en el sueño nunca acontece.» [1]

Hagamos aquí un breve descanso para avisar al discreto lector. Los hechos arriba referidos son ordinarios y por ningún título dignos de admiración, conocidos por los autores de la Edad Media y comunes á todas las edades. Los médicos modernos tienden á la buena fe de sus oyentes un lazo para enredarles los pies y hacer que den de ojos en sus embustes. El lazo consiste en presentar esos mismos hechos, tan antiguos y vulgares, como si fueran partos de su profundo saber, descubrimientos de la moderna ciencia. Con aplicarles el fantástico título de *automatismo ambulatorio*, piensan inundar la tierra de sustos y tener suspensas en admiración las criaturas todas. «Caso flamante, y quizás único en los anales de la ciencia,» exclamaba el Dr. Djinn á vista de un sonámbulo que hablaba en sueños y hacía cosas menos complicadas que las antes referidas. «Ellos sí que duermen, responde con razón el abate Ferret, cuando nos salen con esas pajarotadas.» [2] Prosigamos.

Los fenómenos del sonambulismo natural demuestran no ser preternaturales los del sonambulismo nervioso, que vienen á ser de una conformidad y tal vez no son tan raros. De todos es autora la fantasía, ayudada del instinto animal. Extraño parece que el citado Ferret [1] los atribuya á la humana voluntad, si ya no llama voluntad á la imaginación, pues concede voluntad á los brutos animales. [2]

Los modernos fisiólogos han procurado fama á una teoría, la de los actos reflejos, que entendida con su limitación, puede servir para explicar los hechos del sonambulismo. El acto reflejo es, dicen los fisiólogos, una impresión *transformada* en acción. La transformación hácese de esta manera. La impresión recibida en el órgano del cuerpo excita el nervio sensitivo; excitado este, síguese la conmoción de una célula sensitiva que tiene su asiento en un centro nervioso; conmovida la célula sensitiva, siéntese avivada la célula nerviosa motriz, que con ella se relaciona y comunica en el mismo centro; la reacción se trasmite á la superficie del cuerpo por medio de los nervios motores, y este último sobresalto pone en armas los músculos correspondientes. De esta suerte cada acto reflejo requiere cinco aparatos; el órgano superficial que recibe la impresión, el que la conduce al cerebro, el que trasmite la acción de un centro al otro, el que despacha afuera su efecto y el que le pone en ejecución. [3]

La teoría de los centros *reflejos* ó reflejadores tiene por fin declarar el poder de ciertos nervios para hacer que reverbere el movimiento centrípeto de las impresiones llegadas de la periferia convirtiéndose en movimiento centrífugo del centro á la superficie. Estos centros nerviosos residen en la médula espinal, y derraman su influjo por el tórax, vientre y otros puntos de la economía animal. Conforme exponen muchos fisiólogos, este mecanismo no tiene más dificultad que lo obscuro del acto íntimo en que la excitación centrípeta se torna centrífuga, por ser muy mal conocida la índole de la espina dorsal en que asientan los reflejos. Aun menos razón tienen los modernos para abrazar la teoría de los actos reflejos, que tenían los antiguos para establecer los espíritus vi-

---

1 *Adversus fallaces et superstitiosas artes*, 1592, lib. II, quæst IX.—Los médicos que caen en la tentación de meterse á filósofos, son desdichadísimos, como el Dr. Díez Guerra cuando dice: «En el sonambulismo falta en absoluto la actividad psíquica, quedando en el individuo sólo la vida automática.» (*El Siglo Médico*, 1892, pág. 372). La inexactitud es evidente en la actividad psíquica reconocida por el doctor un poco más abajo al decir: «Lo que no tiene duda es que en todos los estados de sonambulismo, lo que principalmente está afectado y reducido, por decirlo así, á su mínimum, es el elemento-poder personal, sin cuya anulación el sonámbulo histérico no vería leones, ratas, arañas, etc. donde no existen, siendo á causa de esta anulación y de las alucinaciones de que es víctima una personalidad incompleta, por decirlo así.» (Ibid). Al decirlo así, no podía el doctor expresar con más claridad la actividad psíquica del sonámbulo, pues las alucinaciones sonambúlicas son operaciones psíquicas, tan activas como pueden serlo las ilusiones y dislates del Dr. Díez cuando yerra con la pluma en la mano. Pero el dislate mayor es afirmar la doble personalidad histérica, como si por faltarle al individuo la memoria, ó el discurso reflejo de la conciencia, se le alterase la persona, y fuese el hombre otro diverso según los diversos estados de sus facultades mentales. Tanto el enfermo sonámbulo como el vigilámbulo están bajo la influencia de un estado alucinatorio, y está mal señalada la diferencia fundamental entre los dos estados por el Dr. Díez Guerra (Ibid., p. 373.), el cual se conoce quiso copiar á Hallopeau, y no se recató como era razón.

2 *La cause de l'hypnotisme*, 1891, p. 309.

---

1 Ibid., chap. VIII.

2 Ibid., p. 220.

3 DR. FERRAND, *Des suggestions dans l'hypnotisme*, n. III.—LITTRÉ, *Dictionnaire de médecine*, art. *Réflexe*. —*Dictionnaire des dictionnaires*, art. *Réflexe*.

tales. Por analogía y visto lo que pasa en ciertos animales decapitados, han deducido nuestros fisiólogos lo que debería pasar en los hombres, pero la razón de analogía es insuficiente para una aplicación científica, especialmente que los defensores de los reflejos, siguiendo veredas materialistas, confunden los actos automáticos con los espontáneos, los orgánicos con los sensitivos, el movimiento local con el movimiento vital.

Muy ufanos con su intento se adelantan á formular leyes: ley de unilateralidad, ley de simetría, ley de intensidad, ley de irradiación; con ellas pertrechados decretan los artículos siguientes: los dichos movimientos se hacen mecánicamente por reflexión en los centros reflejos (médula y ganglios); los nervios sensitivos son centrípetos, los motores centrífugos; la deglución, estornudo, tos, secreción del jugo gástrico, movimientos peristálticos y otros semejantes son reflejos y se ejecutan por estas vías; áun el pasear ó tocar instrumento por distracción se hacen por este mecanismo; finalmente las operaciones intelectuales se explican así por la llamada *cerebración inconsciente*.

Estas proposiciones en forma de leyes están llenas de absurdos, no siendo los menores el dar por asentado el movimiento local como único en el humano organismo, el enseñar que la sensación se convierta en movimiento, el confundir los actos de la vida vegetativa con los de la sensitiva, el traspasar al hombre experiencias que apenas son conocidas en los animales, el llamar mecánicos los actos espontáneos, y otros inconvenientes que ni por sueños son aceptables, como vimos en la página 1041. «Respecto á la acción del cerebro, dice el fisiólogo Power, sostiénense dos opiniones, conviniendo ámbas en considerar que este órgano es el instrumento de las más elevadas funciones intelectuales ó psíquicas. Bajo un punto de vista, sin embargo, sostiénese que las células nerviosas están acumuladas en ciertas regiones para formar centros, cuya definición, á decir verdad, se oscurece por la complicación de las comunicaciones que hay entre ellos y los centros situados en planos inferiores, como los de los ganglios cerebrales basilares y los del bulbo raquídeo y la médula espinal; pero que obran, como centros, de una manera refleja para los estímulos que las afectan desde fuera ó desde dentro. Bajo este punto de vista considérase que aunque el cerebro es físicamente una parte del sistema nervioso, se debe conceptuar como el órgano por el cual trabaja la imaginación del hombre..... La diferencia de opinión entre los fisiólogos respecto al modo de obrar del cerebro, es análoga á la que existe entre materialistas y espiritualistas.» [1] Los materialistas enemigos del alma espiritual y de las facultades y actos immateriales, buscan estímulos en el sistema nervioso para explicar los pensamientos y voliciones. A esto encaminan ellos la teoría de los reflejos: para completarla acuden á la conformación original y hereditaria, á la dirección de las ocupaciones personales, á los antecedentes del individuo. Mas estos son efugios y paliativos con que disimulan su prevención contra la espiritualidad del alma.

Es muy de ver con qué libertad hablan del sueño los materialistas. Escriben muy ufanos: «los sueños no son sino fenómenos de agitación de ciertos grupos de células nerviosas, que habiendo sido fuertemente impresionadas durante el estado de vigilia, continúan vibrando y permanecen en período de eretismo cuando sus circunvecinas están ya tranquilas y entregadas á la fase tórpida del sueño.» [2] — Y después añaden: «En el sonambulismo las regiones psicomotoras son las únicas que sueñan y que continúan en período activo, en tanto que las regiones de la personalidad psíquica quedan completamente inertes.» [3] Este modo de expresarse los materialistas encierra muchos supuestos arbitrarios, y no pocos dislates experimentales. Arbitrariamente suponen que los grupos de células nerviosas queden agitadas durante el sueño, que sus circunvecinas se entreguen á la fase tórpida, que continúen vibrando las unas, tranquilas y amodorradas las otras; ¿quién reveló á los fisiólogos semejante estado de cosas sino su propia fantasía? Y es falsísimo por la experiencia, que los sonámbulos no discurran entre sueños con gran delicadeza de conceptos psíquicos. A bulto hablan y á carga cerrada los materialistas cuando fingen reflexiones cerebrales. La única reflexión obrada en el so-

1 *Elementos de fisiología humana.* Trad. de OPISSO Y VIÑAS, 1888. p. 289.
2 DR. LUYS, *Tratado de las enfermedades mentales*, Segunda parte, p. 140.—Trad. de VICTOR CEBRIÁN, 1891.
3 Ibid. p. 182.

námbulo, es aquella aprensión que hace con la fantasía representándose las imágenes cual si fueran sensaciones; un acto que ni tan siquiera es atención, ¿cómo ha de merecer el nombre de reflexión? Suposición gratuita, ardua de ser demostrada, es que la célula sensitiva excite la célula motriz en el cerebro; y muy sin razón se dice que la impresión se trasforme en acción, y que haya reverberación propiamente dicha en el curso trazado por los fisiólogos.

Con todo eso, alguna luz resurte de los reflejos para columbrar los actos inconscientes del sonámbulo. Por ser tan íntima la unión del alma con el cuerpo, la fantasía excitada comunica su actividad á los centros nerviosos con quienes está inmediatamente relacionada; movidos éstos, influyen su virtud en los centros motores que con ellos se enlazan, ya sea conmoviéndolos, ya sea pasmándolos, y causando la irritación de unos, la torpeza de otros, y la actividad desconcertada en las facultades sensitivas. Entre tanto la razón, la conciencia reflexiva, la racional libertad, la voluntad deliberada no tienen parte alguna en este ejercicio de fuerzas vitales desplegadas en el sonambulismo. De esta manera tanto en el natural como en el hipnótico las acciones son involuntarias é inconscientes, y los movimientos son orgánicos, automáticos, instintivos, y por este misterioso mecanismo ponen al sonámbulo en trato con el mundo exterior. Dice el esclarecido Meric que en el sonambulismo «despliegan su acción en la persona ya las facultades intelectuales, ya un sentido particular, especialmente el tacto, ya en fin la sensibilidad general.» [1] En el sonámbulo no hay más facultad principal que la fantasía, ella es la que dispone y ejecuta todos los juegos, y cierto no la contamos entre las intelectuales, pues de ella no carecen los brutos, aunque les falte el entendimiento. «Por esto, concluye el doctor Venturoli, si entre una y otra clase de los sobredichos fenómenos hay algo de propio, consiste en la diversa causa que los provoca y determina, y así puédese decir con razón que los sonámbulos naturales son en cierta manera activos en sus manifestaciones, en tanto que los artificiales son más bien pasivos por estar sujetos al talante de otro.» [1]

Sugestión.—El sueño soltó la rienda que tenía sujeta la fantasía á la dirección de la voluntad. La fantasía descaminada tornóse caballo sin freno dispuesto á correr á donde el ímpetu del instinto le convida. No le quedaron al sonámbulo más actos que los espontáneos é inconscientes, cuyo director no es la razón sino el instinto ciego é impetuoso. El hipnotizador con los actos repetidos y trabajosos de la hipnotización se apoderó de la fantasía del hipnotizado, no de su voluntad, pues que ningún entregamiento precedió de parte suya, ni deseo, ni intento formal de ponerse á merced del adormecedor. Este, mediante aquella monótona repetición del *Duerma V.*, con el hechizo de su brillante mirada, con la suavidad de los pases, con el timbre característico de su penetrante voz llegó á derribar los ojos del paciente, á procurar á su cerebro la deseada modorra, á enredarle la conciencia, á emancipar la fantasía, á grabar en ella la imagen de un acento vibrante y expresivo, á conseguir que aceptase dócil el fantasma de su imperioso timbre, en una palabra, á someterla espontáneamente á la fuerza de la sugestión; y justo es que quien tanto trabajo gastó en aislar la fantasía, la tenga á su mandar sin que la conciencia pueda exigir sus derechos. Que esta suerte de sujeción sea efecto natural, no vemos qué razones haya para ponerlo en disputa. Maniatada por el sueño la libertad, anublado el entendimiento, enervada la voluntad, cautivada la razón, solamente la imaginativa queda libre, exaltada, vivísima, voluble, pero en cierto modo vinculada á la palabra del que la soltó, dispuesta á holgarse con los fantasmas que él en ella despierte, y á obrar conforme á lo que ellos le pongan delante.

Para que esto mejor se entienda, adviértase que el hombre y el bruto, respecto de las facultades superiores de entrambos, en parte convienen, y en parte se diferencian. Difiere el hombre del bruto en poseer potencias espirituales, entendimiento, voluntad, memoria, que faltan al bruto radical y enteramente. En la ventaja de estas facultades consiste la excelencia de

---

[1] *Le merveilleux et la science*, livre II, chap. II VI, p. 214.

[1] *La scienza italiana*, 1883, anno VIII, vol. II, p. 457.

la humana dignidad. Por ellas es libre, dueño de sus actos, árbitro de sus potencias inferiores, regulador de la imaginación, director de los sentidos, moderador y responsable de toda su vida animal y racional. Pero con diferenciarse en esta parte del bruto, le hacen á él semejante las potencias sensitivas, que de suyo son espontáneas y exentas de libertad. De ellas sin embargo hace como de señor el instinto. El instinto animal, común á hombre y bestias, tiene bajo su jurisdicción las potencias vegetativas y sensitivas del bruto; áun regidas por él, corren ciega y fatalmente cada cual á su propio objeto, mirando siempre por la conveniencia del individuo y por la conservación de la especie, que son los dos grandes bienes que el instinto pretende y procura.

Siendo así, cuando está el hombre privado accidentalmente del uso de su libertad moral, quédale el instinto, y á su servicio las facultades sensitivas, sin dependencia de las intelectuales. ¿Qué hace el hipnotista? Da larga rienda al instinto y encadena las facultades superiores no dejándoles mano para obrar con holgura, y tomando en las suyas el freno de la fantasía, que á la razón el sueño arrebató, convierte al sujeto en un sér comparable al animal en cuanto á la fatalidad y necesidad con que obra. Esta exposición con varias diferencias es debida al doctor Crocq. [1]

Lo que va del sonambulismo hipnótico al natural consiste en esto. En el natural las imaginaciones le nacen al dormido de sí propio, merced á la disposición del cuerpo, ó al malestar de las entrañas, ó á las sensaciones internas, ó á otros motivos originados del individuo, por manera que las ficciones fantásticas son compostura espontánea de la subjetiva imaginación. En el sonambulismo provocado se originan del hipnotizador, como de causa ocasional, por haberlas despertado con el timbre de su voz al quedar estampada la especie de su personalidad en el ánimo del durmiente con singular predominio. En el sonambulismo natural los ensueños proceden del interior, en el provocado del exterior, cuanto á la causa ocasional. La autora y eficiente en ambos casos es la fantasía. Así como cuando la razón no la gobierna, se ceba en imágenes desordenadas y descomunales, así cuando la gobierna el hipnotizador, se ocupa en las que éste le ofrece por extrañas que sean, sin que la deliberación de la voluntad tenga parte en aquella manera de rendimiento que espontáneamente muestra. Por esto la voluntad del hipnotizante no usurpa el lugar de la del hipnotizado, ni éste se rinde á la jurisdicción de aquél, ni hay obediencia propiamente, ni moral sujeción de ningún jaéz, ni tampoco ejecuta el sonámbulo actos transeuntes tan sólo á guisa de autómata: eso han querido afirmar algunos autores católicos, á nuestro juicio mal informados, pero va todo muy al revés, porque quien impera los actos sonambúlicos es la fantasía del hipnotizado; ella es la que se actúa, ella la que ejercita sus actos inmanentes, la que teje aquellas raras ilusiones, la que impera los actos externos, y causa en la persona tan sorprendentes mudanzas; de su propia fantasía déjase llevar el sonámbulo, obra suya es todo cuanto hace; el hipnotizador sírvele de estímulo, haciendo oficio de despertador, á la manera que la postura del cuerpo ó la indisposición de las vísceras provoca el sonambulismo natural.

De aquí nace ser el hipnotizado inepto para diferenciar un objeto real de otro imaginario. El Padre Suárez expone una ingeniosa doctrina, muy á propósito de lo que estamos diciendo. «Es cosa evidente que los sentidos externos no pueden obrar sin la cooperación del sentido interno, es decir, sin el sentido común, ó fantasía, como consta del tratado *De Anima*. Y la razón es, porque áun cuando el objeto visible esté presente á la vista, y los ojos estén abiertos, y no se interponga impedimento alguno exterior, si la atención interior de la fantasía está distraida en otra cosa, no se ve nada por el sentido.» [1] En cuanto un objeto impresiona un órgano, la retina, por ejemplo, la impresión es pasiva y se trasmite de fuera adentro á la actividad psíquica; entonces el alma revolviendo de dentro afuera se hace cargo del objeto que impresionó el nervio óptico. Mas esto no sucede á menos que el hombre se aplique á la acción de ver, es decir, que avive la fantasía haciéndola atenta á la impre-

1 *Revue de l'hypnotisme*, oct. 1888, p. 104.

1 Si interior attentio phantasiæ alio sit animo distracta, nihil videtur per sensum. —*De oratione*, lib. II, cap. XIV, n. 2.

sión recibida. Por falta de esta atención de la fantasía, ó por distracción suya, no vemos cosas que tenemos delante, vemos torcido en el agua un palo recto, no oimos la campana que suena estrepitosa. Si pues acontece que la fantasía esté transtornada y de tal manera dispuesta que el hombre no pueda fijar la atención donde quiera y como quiera, y necesite de guia que la adiestre y le sujete la imaginación á determinados fantasmas, forzoso resultará que los sentidos, no acompañados de la atención imaginativa, no perciban un objeto, le percibirán de otra forma, estarán como paralizados respecto de una cosa y activos respecto de otra.

Esta doctrina persuade, que cuando en un sujeto domina la imaginación á los sentidos, como en los sonámbulos acontece, los sentidos no hacen bien su oficio sino es que la imaginación concurra presentando en fantasma el objeto que los impresiona. Si digo á una persona, que tiene embargada la fantasía y no sujeta al discurso de la razón: esta bebida es dulce, mi palabra despertará en ella la imagen de la dulzura, y la percibirá por más que la impresión sea de cosa amarga, porque los sentidos no pueden obrar debidamente sin la cooperación de la fantasía, y teniendo aquí la fantasía el mando, les impondrá su fantasma y la persona estará sujeta al engaño por necesaria ocasión.

Aun en personas que usan de discurso desembarazado, es grande el poder de la fantasía. El Padre Nieremberg busca si la fantasía es causa eficiente ó solo ocasión de muchas maravillas, y resolviendo que es ocasión por ser potencia inmanente, cita estos ejemplos: «La imaginación del fuego causa frío en el que está condenado á quemar, la imaginación del agua causa calor en el que muere de sed. Fuera de esto, el principio natural de las cualidades es constante y determinado á una, pero de la imaginación se originan todos y sin regla fija, unas veces calor, otras frío. Luego señal es que no es ella su causa, sino su ocasión, como cuando uno piensa en cosas muy alegres, cobra calor y fuerzas y color, mas con el pensamiento de las tristes se enfría, descolora, encanece, enferma, tiene calentura, y á veces muere. Y muy poco importa que algunas veces acontezca responder el efecto de resulta de la imaginación al que hiciera por sí la cosa imaginada, como cuando uno piensa en la escarcha ó hielo, que se erice y enfríe; cuando ve á otro que come agrio ó cosa amarga, que él se disguste y que los dientes se le aceden; cuando piensa cosas asquerosas y hediondas, que se le revuelva el estómago; y lo que más es, lo que á algunos ha sucedido como escribe Guillermo Parisiense y Nicolao Florentino, que con la vista ó pensamiento de purga han purgado, como si la hubieran tomado, y otros, que imaginando el dolor de alguna parte del cuerpo, esa misma parte les ha dolido realmente; porque si en estos efectos hay esta conveniencia, en otros muchos hay contrariedad, por lo menos no se descubre proporción.» [1]

Si esto pasa á los que libremente discurren y tienen arrendada la fantasía, ¿qué no pasará á los que la soltaron la rienda? ¿Cuántas desventuras y desconciertos no provinieron de una sugestión propia ó ajena, arraigada en el retrete de la fantasía? El P. Juan Eusebio, tratando cómo la salud es á veces efecto de la imaginación, cuenta muy graciosos achaques y las tretas que usaron algunos médicos para curarlos. Y luego añade á nuestro propósito: «Con semejantes industrias se podrían curar los que refieren varios autores; uno, que no quería andar, como cuenta Gerson, porque decía que tenía los pies de vidrio; otro, que no quería salir de una bodega porque decía que era tinaja; otro, que no quería moverse porque decía que era muerto; otro, que no quería beber porque decía que era ladrillo, y con la humedad se desmoronaría; otro, que huía del fuego porque decía que era de manteca; otro, que no quería encontrar á nadie por no quebrarse diciendo que era de barro, según Galeno escribe. Bien es verdad que no siempre han sucedido felizmente estas curas, por torcer el enfermo en daño suyo el remedio. Uno imaginaba que tenía tan grande cuerpo, que no podía entrar por las puertas; el médico, para curarle, le empelló é hizo pasar por una; mas él, quejándose de que le había estrujado y quebrantado todos los huesos, murió de allí á poco.» [2]

De igual manera podemos argumentar en nuestro caso. Si la imaginativa se figura con viveza que un objeto no está presente, no le ofrecerá á los ojos, ni los

---

[1] *Curiosa filosofía*, libro II, cap. V.
[2] *Curiosa filosofía*, libro II, cap. XXIII.

ojos le divisarán. Así se explican las sugestiones negativas de la hipnosis. La razón principal es la falta de conciencia refleja, y por lo mismo la carencia de atención. La fantasía abandonada á su instinto posee la facultad, siendo causa ocasional, de anular sensaciones, de forjarlas nuevas, de substituir unas por otras; en una palabra, de causar ilusión en todos los sentidos, como ya vimos en otra parte. M. Liégeois fué testigo de este caso de hipnotismo, referido por sus palabras: «M. Liébault adormeció á Camila, y le sugirió que no me vería ni me oiría á mí. En el estado de sonambulismo se ponía en relación con todos, excepto conmigo. Para ella yo no existía, ni yo ni mis actos. Si uno de los presentes la punzaba con un alfiler, ella sacudía con presteza el brazo; si la punzaba yo, nada sentía ni experimentaba sensación, aunque yo le clavase alfileres en el brazo y en la mejilla. Púsele á las narices un frasco de amoniaco, y no le rechazó; otra mano extraña le presenta el frasco, y le aparta y rehusa. La anestesia existe sólo en verdad respecto de mi persona. Hay en ella como dos personas, una que ve y otra que no ve, una que oye y otra que no oye.» [1] No deja de ser extraordinario el fenómeno, si es auténtico; pero no hay por qué sacarle de la esfera natural. La doctrina de Suárez da suficiente explicación de su causa. La fantasía adultera con el desconcierto de sus imágenes la competencia de los sentidos, de lo cual tenemos hartos ejemplos en los sonámbulos y dementes.

Podrá alguno objetar y decir: hay hipnólogos que pretenden haber empleado la sugestión con personas despiertas, en quienes la razón obraba con libertad; luego no es sola la imaginativa la causa de los efectos hipnóticos.—R. No es exacto. Bernheim creyó haber impuesto la sugestión á personas al parecer despiertas, pero no consta que usasen libre y espontáneamente de sus facultades mentales; antes examinado el caso se descubrió que los sujetos dichos se hallaban en una condición anormal, en un estado patológico y enfermizo, acostumbrados á la hipnotización, dominados por la hipnosis, y por lo tanto muy dispuestos á la influencia de la sugestión, como lo depone M. Ferrand. [1]

Tampoco vale oponer que no hay proporción entre la causa y el efecto. Los pases, la vista de un objeto brillante, la presentación de dos dedos, la mirada, un mandato, un sonido monótono, son medios improporcionados para producir el sueño, la anestesia, la catalepsia, la parálisis, el sonambulismo.—R. Esta dificultad se funda en un falso supuesto. Supone que todos los efectos consecutivos al sueño son debidos á los medios indicados, y no es verdad; solamente el sueño es el efecto natural; los demás, el letargo, sonambulismo y otros no son comunes á todos los hipnotizados. ¿Quién dirá que los medios empleados por los hipnotistas no son á propósito para adormecer, siendo los ordinariamente usados para conciliar el sueño natural? En cuanto á las miradas, si se atiende á las veces que se repiten y el trabajo que cuesta al principio aprisionar los sentidos de una persona, se verá cuán conforme es á razón que se consiga el intento.

Replican. El ser tan súbito el fenómeno, muestra no ser natural.—R. No corre bien la consecuencia. En muchos casos naturales tendría lugar la misma dificultad. El Restituto de San Agustín [2] se trasponía en un instante y se arrebataba á su voluntad sin poder tomar parte en lo que cerca de sí pasaba. Gerson [3] refiere hechos semejantes. «Y estas cosas, dice Suárez, ni hay fundamento para atribuirlas á gracia sobrenatural de Dios, ni á operación del demonio, porque ya que pueda sin duda el demonio atar los sentidos sea obstruyendo las vías de los espíritus animales, sea reteniéndolos en la fantasía, donde no hay señales ó efectos de operación diabólica, no hay por qué cargarle el suceso. La razón es, porque si el alma recoge toda su fuerza y atención á los actos internos, entonces toda su virtud natural quedará ocupada de tal modo que no atienda á los sentidos externos y no les suministre los espíritus necesarios para sentir.» [4] Así que un efecto repentino, como el extasiarse Restituto por propia industria, no arguye que fuese extranatural.

---

1 *Revue de l'hypnotisme*, août 1888.

1 *Des suggestions dans l'hypnose*, p. 37.
2 *De Civit.*, lib. XIV, cap. XXIV. Véase pág. 1090.
3 *De Monte Contemplat.*, cap. XXXI.
4 *De oratione*, lib. II, cap. XV, n. 6.

Ahora bien, en el hipnotismo no tenemos un efecto repentino. Se gastan horas á veces para inducir el sueño en una persona. No es instantánea la hipnotización, á no ser que el sujeto esté ya acostumbrado. Más prontamente se efectuará ella, cuanto él esté mejor dispuesto á causa de su temperamento nervioso, ó de un estado enfermizo, ó de su mal neuropático, á la ligadura de los sentidos y á la emancipación de la fantasía. Por esto distinguen los hipnólogos entre sujetos hipnotizables y otros que no lo son. De 1014 individuos sometidos á las prácticas de la hipnosis, consta, según la estadística de Liébault, que fueron refractarios 27, cayeron en somnolencia 33, en sueño ligero 100, en sueño profundo 460, en sueño profundísimo 232, en sonambulismo ligero 31, en sonambulismo profundo 131. Resulta que descartados los tres primeros grados, que son casi nulos para las aplicaciones importantes de la terapéutica, solamente 593, es decir, el 41 $^1/_2$ por ciento llegan al grado de hipnotización conveniente. [1]

Expliquen, si aciertan, las maravillosas operaciones de los noctámbulos, y qué proporción guarda la causa interna, cualquiera que sea, con aquellas obras imposibles de ejecutarse por el mismo sujeto con los sentidos bien despabilados. Expliquen cómo andan por los tejados sin precipitarse, y quién les da ojos para no topar con paredes ni rodar escaleras. Paracelso y Nieremberg [2] atribuyeron al ángel de la guarda esta rara maravilla. Pero no hay razón para negar que se deba al instinto. Aun en qué consista el instinto no hay filósofo que acierte á definirlo del todo.

Arguyen. No es lícito separar los fenómenos ciertamente preternaturales de los estimados por de orden inferior, por cuanto muchas veces empezadas las operaciones para procurar los unos aparecen luego los otros.—R. No hay paridad de argumento. Lo primero, porque Bernheim confiesa no haber nunca presenciado fenómenos superiores; lo segundo, muchos autores que los otorgan, los tienen por naturales mal interpretados; lo tercero, el sucederse los unos en pos de los otros no es señal cierta de ser todos diabólicos, pues «suele el demonio fingir que sigue y fomenta al principio los pensamientos del hombre, para después enredarle en los ocultos lazos de sus engaños.» [1] Según San Ignacio, nuestro Padre, el demonio hartas veces tuerce á mal la buena obra por el hombre comenzada. El ser preternatural el término de una obra no es razón para que el comienzo lo sea. Y pues lo preternatural no se debe suponer sin pruebas positivas, á los adversarios toca presentarlas si quieren que desde el principio sea todo traza del demonio. Entre tanto por dificultoso que sea señalar aquel punto preciso en que el demonio mete la mano, tendremos por naturales aquellos fenómenos que naturalmente se puedan explicar. [2]

Instan los defensores de la causa extranatural: eso de estar los fenómenos en manos del hipnotizador, y dejarse ver y desaparecer á su gusto, es prueba de sobrehumana intervención.—R. Sin bastante fundamento se dice que el hipnotizador sea causa de las imaginaciones del hipnotizado, no es sino ocasión de despertarlas, pues suple el estímulo interno que al noctámbulo impele á sus graciosos desvaríos. Tampoco es verdad que el hipnotizador se apodere de la voluntad del sujeto, que está trabada é incapaz de obrar. Las imágenes avivadas por el hipnotizante en la fantasía del hipnotizado son las que imponen á los músculos aquellas operaciones tan raras. Si este procedimiento es diabólico, también lo será el de las abejas, castores, hormigas en sus primorosas labores; menos misterio parece que un hombre, suspendido el uso de su libertad, deje que su imaginación sea gobernada por el discurso de otro hombre, que ver á un animalillo de ínfima suerte fabricar cosas tan atinadas á que no alcanza toda la traza de la humana sabiduría. La sugestión de hombre á hombre es cosa naturalísima y más común, áun en vigilia, de lo que á primer aspecto parece, ya que sea poco advertida en el trato humano. Observando con atención cómo empieza el hipnotista á imprimir en la fantasía del sujeto la imagen de su voz y persona, y con qué destreza va tomando asiento en su ánimo, y con qué tenacidad se le graba

---

[1] Dr. Abdón Sánchez Herrero, *El hipnotismo*, pág. 82.
[2] *Curiosa filosofía*, lib. II, cap. XXVI.

[1] San Ignacio, *Ejerc. espir. Reglas de discr. de espiritus para la seg. semana*, regla IV.
[2] Ribet, *La mystique*, t. III, p. 687.

al sonámbulo el metal de su imperiosa palabra, se verá cuán por sus pasos ha de aceptar la imaginación aquellos mandatos y sugestiones, y cuán fácil y naturalmente obedece el sistema muscular á la disposición del sentido interno.

Dirán. No puede ser, como enseñan los sugestionistas, que una idea sugerida paralice un centro cortical.—R. Es verdad que no puede suceder eso directamente; pero la idea sugerida es un concepto vestido de palabras, y las palabras hacen impresión en los sentidos, se pintan en la fantasía, y con el movimiento que causan en los nervios hacen reverberación en el cerebro, y pueden causar la parálisis dicha. Si de otra manera lo entienden los sugestionistas, la culpa está en la jerga filosófica que usan, y el no atinar con la razón de un hecho no es fundamento bastante para achacarle á demonio, tornamos á decir. Lo que algunos escritores dicen que la idea sugerida á un hombre por otro, es incapaz de obrar en el sistema nervioso ó intelectual del hipnotizado si no llega al entendimiento que la entienda y á la voluntad que la abrace, tiene su parte de ilusión, porque los sonámbulos, histéricos y otros neurópatas reciben sugestiones, como cada día lo vemos, y sienten sus efectos en el sistema nervioso, y sin embargo están en la misma disposición que los hipnotizados. Si éstos ejecutan con más presteza y puntualidad que los sonámbulos las órdenes del hipnotizador, es porque su imaginación está más ligada que la de los sonámbulos con la palabra del sugiriente, y de aquí nace que como los sonámbulos lo son por causas internas, y las sugestiones que los mueven han de ser conformes á los actos que ejecutan en sueño, así por el contrario los durmientes por hipnosis pueden sentir, decir, hacer cosas nunca sentidas ni hechas, á causa de estar dispuesta su fantasía á las sugestiones del que los hipnotizó.

Añaden. La teoría de los sugestionistas está fundada en bases aéreas y deja el problema de la hipnosis por resolver.—R. No hay duda que puede ser impugnada la teoría sugestionista, y ¿qué teoría hay en las ciencias naturales que tenga firme contra todos los ímpetus de los adversarios? El carecer de argumentos apodícticos no es tampoco motivo para hacer recurso al demonio como á causa de los fenómenos; de lo contrario, casi todo lo que en el mundo contemplamos con asombro sin poder apenas señalar causa inmediata, sería obra de ángeles. Discurriría sin fundamento el que por ignorar en qué consista la gravitación de los astros, los creyera empujados por ángeles asistentes, como lo creían los antiguos. Aunque la sugestión no dé cabal solución á toda la fenomenología hipnótica, de ninguna manera es evidente que no puedan derivarse de causa natural aquellos que llamamos elementales.

Tornan á replicar. La sugestión es causa moral, incapaz de efectos físicos. A la conmoción del sistema muscular ha de corresponder causa física proporcionada, y si la sugestión quiere causar sensación de frío ó de calor, es fuerza que produzca en el sujeto esas mismas cualidades.—R. No va limpia la consecuencia, por muchas razones falsas del antecedente. Falso es que una causa moral no sea capaz de producir en un sujeto efectos físicos y fisiológicos de gran momento. Al tratar del poder de la fantasía propusimos no pocos ejemplos en prueba de cuanto influye una causa moral en el trastorno y estrago de la salud propia y ajena: una palabra á veces, la aprensión de un peligro, un acontecimiento imprevisto, un riesgo imaginado bastará para dar con el hombre más robusto en manos de gravísimas dolencias. «Ocasiona también la imaginación muertes por notable alteración de los humores y sangre, ora sea repentina, ora sea lenta. Andando uno sobre la sepultura de sus padres topó una piedrecilla que le lastimó y se le pegó á los zapatos, él se persuadió que le tiraban tras sí las ánimas de sus padres, y con esta imaginación dentro de una semana murió. Otro herido con un poco de paño mojado en agua fría, entendiendo que con espada le dieron el golpe, luego espiró.» [1] De estos efectos la fantasía no fué causa eficiente, sino sólo ocasión, ó causa moral, como lo demuestra el alegado Nieremberg.

Por donde está claro que la sugestión, aunque causa moral, puede por vía indirecta conmover la fantasía, y ocasionar aquellos efectos físicos y fisiológicos de la hipnosis. Ni es menester que produzca las cualidades de calor y frío en los hipnotizados, porque ni siquiera la fantasía la pro-

---

1 NIEREMBERG, *Curiosa filos.* lib. II. cap. XX.

duce por sí misma, antes solamente las ocasiona con la representación de sus fantasmas que forman en el cerebro y ejecutan en los sistemas nervioso y muscular aquellos pasmos de ilusión. En prueba de lo cual hace el hipnólogo Lelong esta oportuna advertencia. «El sujeto hipnotizado, de las sensaciones sugeridas tan sólo experimenta aquellas que le son de antemano conocidas. Si le presentáis una fruta insípida y le decís:—ahí tiene V. una naranja, cómasela V.,—él la tomará, la paladeará y le sabrá á naranja. Pero si le decís: es una *guayaba*, no le hallará sabor ninguno, sino es el que se figure que corresponde á la fruta ofrecida. La imaginación, repito, es el gran factor de la sugestión, el principio de todas las maravillas que engendra.» [1]

Arguyen otra vez. Si la sugestión fuese causa natural, cualquiera de los presentes podría obtener los mismos efectos que el hipnotizador, ni hay motivo para limitarlos á sola su habilidad.—R. Sí que le hay, y grande, y es aquella especial condición en que se pone el hipnotizador respecto del hipnotizado desde el principio de la somnolencia hasta el fin. Ninguno de los circunstantes tomó á su cargo el cuidado de adormecerle, ninguno le imprimió su acción personal en la fantasía, ninguno dejó asentado en ella el timbre de su voz; ¿por qué motivo ha de seguir el hipnotizado el mandato de otra persona, si en todo el curso de la hipnotización el único actuante fué el hipnotizador, nadie sino él impresionó y adquirió dominio en aquella imaginativa? Entre en su lugar otro cualquiera, colóquese en iguales circunstancias y saldrá con el mismo intento.

Instan en fin. Es un misterio esa dependencia total que en el hipnotismo obtiene un hombre de otro. — R. Pase que sea misterio y relación difícil de entender, no por eso es lícito acudir á demonio que nos la explique. De lo contrario, para dar razón de los recónditos arcanos que á cada instante ofrece la ciencia natural, tendríamos que echar mano de agentes espirituales. En el hipnotismo, como en las cosas naturales, se observa un procedimiento normal que abre camino á efectos regulares cuyo alcance y disposición puede casi preverse de antemano, siquiera sea desconocida la causa que los produce. «Hay que tener en cuenta la obscuridad que reina acerca de las funciones del sistema nervioso, el más importante del organismo, y sobre el que parece dirige su acción la hipnosis; y áun no se sabe dónde puede llegar la acción de dicho sistema, por más que se sabe á dónde no puede llegar.» [1] No solamente es un enigma la constitución y disposición del organismo humano, no tan sólo ignoramos de qué manera obran las potencias psíquicas en el sistema nervioso, no sólo se nos encubre la aplicación de la actividad espiritual y su íntima relación con los centros cerebrales; mas también estamos á obscuras acerca del influjo que puede ejercer un hombre respecto de otro en muchos casos y en circunstancias determinadas, y no es de maravillar que veamos á veces cosas parecidas á prodigios, cuya razón no alcanzamos, aunque las debamos referir á causas ordinarias y naturales. «El indicio de que yo más me aprovecho, decía el Dr. Juan Huarte, para descubrir si un hombre no tiene el ingenio que es apropiado para la filosofía natural, es verle amigo de echar todas las cosas á milagro sin ninguna distinción; y por el contrario, los que no se contentan hasta saber la causa particular del efecto, no hay que dudar de su buen ingenio.» [2] Guiados por este principio los tratadistas católicos reconocen, apenas sin excepción, entre los fenómenos hipnóticos, algunos que merecen ser calificados de naturales en su esencia, siquiera pudiesen ser causados por agentes preternaturales.

Sustentan la causa natural de los fenómenos elementales del hipnotismo muchos y graves autores católicos; el doctor Guermonprez, [3] el Dr. Constantino James, [4] el Dr. Ferrand, [5] el Dr. E. Aragón Obejero, [6] el Dr. Venturoli, [7] el P. Bonniot, [8] el P. Castelain, [9] el P. Lehmkhul, [10]

---

1 *La verité sur l'hypnotisme*, 1890, p. 63.

---

1 E. Aragon Obejero, *El hipnotismo y la sugestión*, 1892, p. 249.
2 *Examen de los ingenios*, cap. IV.
3 *Science catholique*, juin, 1887.—*L'hypnotisme et la suggestion*.
4 *L'hypnotisme expliqué dans sa nature et dans ses actes*.
5 *Annales de philosophie chrétienne*, Mai et Juin 1885.
6 *El hipnotismo y la sugestió*, 1892.
7 *La scienza italiana*, 1883, Ottobre.
8 *Le miracle et ses contrefaçons*, II partie, chap. VI.
9 *Cours de philosophie*, 1889, t. II, p. 693.
10 *Theologia moralis*, 1890, t. I, p. 618.

el P. Matharan, [1] el P. Portalié, [2] el abate Trotin, [3] el canónigo Lelong, [4] el abate Meric, [5] el abate Vacant, [6] el señor Donadiu, [7] el P. Mateos, Sánchez Freire, Hervier, Liberali, citados por Obejero. [8] Entre estos autores son dignos de alta consideración los tres profesores de teología moral, Trotin, P. Matharan y P. Lehmkhul, por ser tan significativa la cátedra que han ocupado.

Quien con más porfiado empeño ha empleado los aceros de su erudición contra esta sentencia, es el P. Franco. [9] En su seguimiento han ido otros escritores católicos; pero algunos han amontonado argumentos tales en favor de la opinión, que por el mismo camino podrían haber probado que muchos fenómenos de la óptica, de la gravitación, de la electricidad, del magnetismo natural son efectos de fuerzas extranaturales y diabólicas. No obstante, el P. Franco, [10] sin afirmar con entera resolución, deja las cosas en duda, contento con opinar que los fenómenos hipnóticos, ya que sean naturales en la substancia, es muy de sospechar sean preternaturales cuanto al modo de producirse. Otros, como el P. Proaño, [11] aunan el hipnotismo con el mesmerismo y con el espiritismo, y lo tacha todo de magia y de nigromancia. La causa del hipnotismo es, en su opinión, la malicia de los espíritus infernales, debiéndose equiparar los *medianeros* á «las pitonisas y las sibilas de otros tiempos.» [12] Semejante confusión más perjudica que aprovecha á la causa de la verdad.

1 *Asserta moralia*, n. 114.
2 *Études religieuses* Mars 1892, p. 481.
3 *Étude morale sur l'hypnotisme*, p. 67.— *Revue des sciences ecclésiastiques*, Nov. 1887.
4 *La vérité sur l'hypnotisme*, 1890, § 6.°
5 *Le merveilleux et la science*, 1888, p. 438.
6 *Dictionnaire apologétique*, art. *Hypnotisme*.
7 *Crónica del Congreso católico de Zaragoza*, 1891, p. 494.
8 *El hipnotismo y la sugestión*, parte V, cap. IV.
9 *El hipnotismo puesto de moda*, 1888.— *El hipnotismo y los medicos católicos*, 1889.—*La Civiltà cattolica*, ser.. XIV, vol. X, XI; ser. XV, vol. I.
10 *La Civiltà cattolica*, 2 Gennaio 1892, p. 50.
11 *Curso de filosofía*, t. II, *Cosmología*, 1892, cap. V.
12 P. Proaño, ibid., p. 85.

ARTÍCULO III.

Los fenómenos trascendentales. — Muchos hipnotistas los niegan.—La segunda vista.—Vista á distancia.—Penetración del pensamiento —Teoría del *Verbum mentis*.—Intuición de enfermedades internas —Trasposición de sentidos —Ciencia infusa.—Lenguas, profecías.—Sugestión mental.—Medicación á distancia.

Por otro criterio se han de medir los fenómenos trascendentales que los enemigos del milagro conceden al hipnotismo. Lo primero se ha de preguntar si existen, si son auténticos. Hipnólogos de gran nombradía los tienen por falsos y por hijos de la ignorancia. Oigamos sus dictámenes. «Maravillas como la lucidez, previsión de cosas futuras, visión interna, visión á distancia ó al través de cuerpos opacos, transposición de sentidos, instinto de remedios, no hay para qué afirmar que yo no las he presenciado.» [1]— «Jamás pude, al menos hasta ahora, comprobar en los sujetos hipnotizados los fenómenos maravillosos admitidos por ciertos magnetizadores, tales como la adivinación mental, la doble vista, el dón de profetizar, etc., etc. Siempre que la sugestión mental, cuando la quise inducir, fué solamente pensada, y no expresada de una ú otra manera, jamás se realizó. Nunca pudieron adivinar los sujetos qué cosa tenía yo en el puño, ni acertaron con lo que yo pensaba ó había hecho en tal ó cual momento.» [2] — «Si una sonámbula adivina el porvenir, ve á través de los cuerpos opacos y ejecuta ese repertorio de prodigios que todo el mundo conoce, la causa es porque le sugirieron la idea. Con la instintiva afición á lo maravilloso que en ciertas personas resiste á la cultura científica, las gentes se dejan deslumbrar por cualquier coincidencia fortuita, por una casualidad feliz; y entusiasmadas proclaman la realidad de un prodigio, sin tener cuenta con las muchas tentativas en que la lucidez sonambúlica ha quedado convencida de impotencia.» [3] Basten estas autoridades para demostrar con cuánta energía destierran muchos sabios de la hipnosis los fenómenos superiores, tan frecuentes en la secta de los espiritistas.

Los anales del hipnotismo amontonan

1 Bernheim, *De la suggestion*, p. 147.
2 Beaunis, *El sonambulismo provocado*, p. 221.
3 Cullerre, *Magnetismo é hipnotismo*, p. 106.

sin consideración relatos auténticos de cosas especificadas y concretas que pertenecen á un orden extraordinario. La autoridad de los relatores nos fuerza á detener en ellas la pluma. Sea la primera la llamada *segunda vista*. El hipnotizado, dicen, ve sin ojos corporales, con solos los ojos del alma, y ve en una caja herméticamente cerrada el escrito, objeto, baratija que en ella se ocultó. Dos cuestiones se comprenden aquí: la verdad del hecho, la causa del hecho. Cuanto á la verdad, no escasean médicos que la dificulten, pareciéndoles ser el fenómeno ilusión de los observadores, impostura de los actores, invención de los narradores, falsa interpretación de los hipnotizantes. La agudeza de la fantasía es grande en los hipnotizados, y muy lista para barruntar por indicios levísimos y acertar por conjetura la verdad de las cosas. La sugestión, con la pronunciación de vocablos intencionados, entera é informa al presunto vidente dándole nuevas del secreto. Pero que sin indicios ni conjeturas, ni por otro conducto exterior se le franquee á un hombre la imagen del objeto, y esté lleno de su conocimiento, y distinga mentalmente su figura y condición, sin el favor de la luz, yendo con los ojos tapados, es cosa muy recia de creer. No la creemos naturalmente posible, aunque el abate Meric la estime real y cite en su favor á los autores Bostan, Fouquier, Cloquet, Orfila, Adelon, Marc, Lelut, Bousquet, Ribes, Husson, Pariset, Georget, profesores de medicina y fisiólogos eminentes; [1] porque también opina, y es la verdad, que la segunda vista excede todos los límites de las leyes naturales, y que para hacerla efectiva se ha de acudir á una causa extranatural.

Vista á distancia.—Un hipnotizado que desde Londres descubre lo que pasa en Madrid, y al señalarle una casa particular quedan en el acto patentes á sus ojos personas, piezas, muebles, y reconoce todo lo que en ella se oculta, es un zahorí de larga vista muy singular; la naturaleza se bañaría toda de regocijo si llegara á engendrarle. Cuando el hecho fuese cierto, (¿quién responde de su certidumbre?), la fantasía es corta para tan dilatada visión. Lo dijimos en su lugar hablando de los zahoríes. Los escolásticos (como lo vimos en la pág. 1040) admitían que el aire continuo entre determinado espacio, [1] puede quedar inficionado por los ojos y trasmitir á otro hombre la influencia extraña; pero que vea á 200 kilómetros, como quiere Liébault, ó que lea á través de un tupido vendaje, como le parece á Lelut, ó que tengan virtud remedios colocados á larga distancia del enfermo, como pretende el Dr. Luys, ningún escolástico lo soñó, á ningún teólogo se le asentó, ningún filósofo lo creyó posible, por cosa diabólica lo tuvieron todos, dado que en el asunto de los zahoríes algunos no acertasen á resolverse.

La fantasía, ó representa en imágenes cosas percibidas, ó de las ya percibidas finge otras no dotadas de objetivo sér en la naturaleza. Delineará el hipnotizado y tomará por verdaderas las figuras que se le antojen, pero acertar y percibir en sí cosas no ministradas por los sentidos, excede á su facultad. Han imaginado los modernos la hipótesis de la *hiperideación*. En virtud de la disposición cerebral adquirida por la hipnosis, el alma queda desembarazada del mecanismo nervioso, y con esta mayor amplitud de poder intelectivo hácese capaz de operaciones que trascienden el orden fisiológico normal y ordinario. Esta hipótesis ensarta palabras, no razones. Si la hipnosis habilita el cerebro para que tengan efecto con más facilidad los actos automáticos é instintivos, no amplifica el poder de la inteligencia; favorece las funciones fisiológicas, no las psíquicas, ni porque dé más alas á la fantasía, la saca de sus linderos naturales. La *hiperideación* halla su propia esfera en los fantasmas anteriormente granjeados mediante los sentidos externos. Suponer lo contrario es reñir con la experiencia y sabiduría de todos los siglos.

Otro tanto debe decirse de la *hiperestesia*, ó sea sobreexcitación de las facultades sensitivas. La *hiperestesia* ocurrente en la hipnosis, no influye en los sentidos energía desusada para fenómenos de segunda vista; estimúlalos para que perciban aquellas cosas presentes, que les pasarían por alto sin tanta delicadeza de sensibilidad, pero no los hace idóneos para cosas ausentes que hurtan el cuerpo á su esfera de acción. Perciba un oido finísimo

[1] *Le Merveilleux et la science*, p. 285.

[1] Oculi inficiunt aerem continuum usque ad determiminatum spatium. — SANTO TOMÁS, I p., q. CXVII, art. 3 ad 2.

sones que otro oido más duro no supo alcanzar, divise un ojo lince motillas que otro más torpe no vislumbra; mas los objetos así percibidos han de proporcionarse con el órgano sensitivo, y no habiendo proporción posible, tampoco será posible el conocimiento. Para que un cuerpo sea percibido por un ojo sobreexcitado, es fuerza que los rayos luminosos le muestren iluminando la retina, ó que las ondas luminosas vibrando conmuevan el nervio óptico; si se halla el cuerpo á cien leguas de distancia hay imposibilidad física en esta maniobra. Otras explicaciones han intentado los hipnólogos de este fenómeno; cómo coinciden con las inventadas para los efectos lúcidos del magnetismo, podrá verse en el propio capítulo.

Penetración del pensamiento.—Han de confesar los hipnotistas que las pruebas presentadas no verifican la existencia de este fenómeno, aunque haya cosas que parezcan indicarle. Está por demostrar que un hipnotizado penetre pensamientos ajenos. Esta es nuestra aseveración, aunque los hipnotizadores esfuercen argumentos en favor de la suya. El día que tuviesen razón, probarían que no les nació en su campo un tan rico manantial. El hipnólogo Skepto, que inventó este pseudónimo para apodar su bravo escepticismo, propone la teoría siguiente á honra de la penetración del pensamiento. «El pensamiento, dice, puede definirse ser una suerte de palabra interna, en este sentido que nos es imposible formular un solo pensamiento que no tome de contado la forma de lenguaje. Todo pensamiento es una frase que hablamos en nuestro interior y oimos dentro del cerebro: á lo menos el pensamiento es inseparable de una cierta vibración cerebral que se asemeja á la naturaleza del sonido. Si pues suponemos que el oido llegó á un grado suficiente de agudeza, ¿por qué no percibirá esas vibraciones acústicas inseparables del pensamiento, á la manera que percibimos el ruido de los latidos del corazón y de las arterias? ¿Por qué no oirá esa frase cerebral, esa palabra interna que llamamos pensamiento? Este es negocio de finura y sutileza en el sentido del oido.» [1]

En esta exposición complica Skepto verdades y mentiras. Verdad es que el pensamiento es una suerte de palabra interna. El *verbum mentis*, decían los Escolásticos, es el conocimiento, formado ya, de la cosa que conocemos, el concepto de la cosa, el acto de la inteligencia que tiene imagen de la cosa conocida. Esto enseñaban San Agustín, [1] San Anselmo, [2] San Damasceno, [3] Santo Tomás, [4] Suárez [5] y con ellos los Escolásticos en común. Y no sólo en el entendimiento, más también en las potencias sensitivas ponían un cierto impropio *verbum*, con esta diferencia, que el *verbum intelectivo* es «una cierta locución mental, con que el hombre se habla á sí propio;» [6] pero el *verbum sensitivo* es como hablar á la pared, porque «las potencias sensitivas carecen de habla, como quienes imperfectamente conocen, y nada afirman ni niegan, y así el nombre *verbum* no conviene á sus conceptos.» De modo que hablar mentalmente, producir el *verbum mentis*, y entender formalmente una cosa son tres frases que suenan lo mismo. En esta parte Skepto no hace sino amoldarse á la doctrina escolástica.

Pero como filósofo novel, dicha esta gran verdad, se despeña en una incomparable mentira. «Todo pensamiento es una frase que hablamos en nuestro interior, y oimos dentro del cerebro.» Aquella verdad cuadra mal con esta falsedad. No oimos dentro del cerebro la palabra mental, sino en el interior del alma. Los Escolásticos, que aposentaban la sensibilidad y la fantasía en los senos del cerebro, [7] al conceder que trabajando la imaginación se agitan los espíritus animales y se derraman por el cuerpo, no rebajaron su estilo á la bobería de Skepto que ni áun para entremés de farsa viene á propósito. El *verbum mentis* es concepto de la inteligencia, y ésta no debe su concepción al cerebro; el *verbum mentis* es diverso del *verbum phantasiæ* aclamado por la doctrina tradicional de los doctos, porque la *palabra* de la fantasía no es propiamente palabra sino solo representación. Y dado que fuese palabra, no vibra en el cerebro; y si vibrase, no habría oido que percibiera sus vibraciones; y

---

1 *L'hypnotisme et les religions*, n. V, p. 56.

---

1 *De Civit. Dei*, lib. XII, cap. VII.—*De Trinitate*, lib. IX, cap. XVII.
2 *Monolog.*, cap. XXXIII.
3 *De orthod. Fide*, lib. I, cap. XVIII.
4 I, p. q. XXVII, a. 1.—*De Pot.*, q. IX, a. 5.—*De Veritate*, q. IV, a. 2.—*Contra Gentes*, lib. IV, cap. XI.
5 *De Anima*, lib. III. cap. V.
6 SUÁREZ, *De Anima*, lib. III, cap. V, n. 10.
7 SUÁREZ, *De Anima*, lib. III, cap. XIII, cap. XXXI, n. 5.

puesto caso que le hubiese, no hay manera de llegar por ellas á conocer el pensamiento. Todas estas proposiciones son latigazos que dejan malparada la explanación de Skepto. Dados y no concedidos los dichos supuestos, ¿cómo lograríamos conocer esa palabra que llama Skepto *pensamiento?* Conociendo qué suerte de idea corresponde á una determinada vibración cerebral. ¿Quién alcanza semejante correspondencia? Nadie, por ser convencional. Aun la palabra hablada parecerá algarabía al que ignora qué sentido ha vinculado la humana convención en ciertas voces, y le será fuerza hojear el diccionario para enterarse; cuánto menos será posible atinar qué ideas significan las vibraciones cerebrales, si no sabemos de antemano con qué artificio se traducen por vibraciones los humanos pensamientos.

Esta hipótesis y las demás que se han ensayado para explicar la lectura de los pensamientos, son vanísimas y están cuajadas de absurdos y desvaríos. Lo sumo á que llega la humana diligencia es á brujulear por los rasgos de la fisonomía, con atenta consideración, los sentimientos, pensamientos, intentos, deseos y trazas ocultas de una persona; mas acechar, leer, especular lo más secreto del alma sin indicios exteriores, es de todo punto impracticable, y obra diabólica si llega á efecto. [1] La hipnosis en vez de avivar, anubla y entontece las facultades intelectuales. «Pido á una hipnotizada diga una poesía que ella recuerda, y la dice, pero cuando insisto en que la modifique de alguna manera, no sabe hacerlo, la ideación es imposible y la repite en las otras sesiones con igual sentido, sin variar ni una palabra. Y sin embargo, despierta, es capaz de darle nuevo giro. Cuando le pregunto en qué piensa, siempre me contesta que en nada; está en completa inercia psíquica.» [2]

Intuición de enfermedades internas.—El hipnotizado toma en sus manos un mechón de pelo, una carta, la sortija de un enfermo ausente ó presente, y como si diese en el rastro de la dolencia que le aqueja, hace su cabal descripción y señala los ajustados remedios. Autores graves hay que esto narran. A decir verdad, preferible fuera tacharlos de mal informados que de impostores. Los sonámbulos hipnóticos, puestos en contacto con personas enfermas, sólo pueden afirmar sin temeridad una cosa, á saber, que notaron en sí alguna alteración, y esa alteración física ó fisiológica puede ser norma para barruntar la enfermedad ajena; pero si dicen por cosa averiguada que alcanzaron á ver las interioridades del enfermo, es ó conjetura, ó imaginación, ó golpe arrojado, ó presentimiento, ó puro antojo. Podrá bien acontecer que cuando interviene contacto, se trasmitan sensaciones dolorosas en determinadas circunstancias, y se pasen conmociones de nervios de un enfermo á otro como por vía de epidemia. La experiencia abona esta clase de comunicaciones. En tal caso, condición particular de temperamento es menester para recibir de un cuerpo enfermo los efluvios morbosos, que realmente se dan, como lo ha demostrado Monin [1], y para adivinar por el tacto y por el olfato la indisposición patológica de un doliente. Puesta la condición, ¿qué maravilla es que un sonámbulo, al tocar á un enfermo sin saber que lo esté, rastree por el contacto y olor que padece alguna dolencia? Pero qué suerte de dolencia sea la suya, no lo adivinará sino es aventurando un juicio y por analogía comparando, y á veces acertará por acaso; mas pretender que hay en el mundo hipnotizados, terapeutas omniscientes, que después de leer en las entrañas de su prójimo, han encontrado la vena á su enfermedad, es arrojarse sin tiento por la pendiente de los delirios. Si ha existido un hijo de Esculapio tan lince, diablura cierta fué.

Trasposición de los sentidos.—Los hipnotizados ven por el occipucio, oyen por los ojos, deletrean por los pies, huelen por el epigastrio. En la ejecución de estos hechos no puede tener arte ni parte el orden natural. Cada sentido goza de órgano peculiar y exclusivo, señalado por la economía fisiológica. El ojo se hizo para ver, como el oido para oir. La estructura de un órgano designa su función, no es indiferente que una función se ejercite por este ó esotro órgano. Algunos fisiológos modernos han trastornado estos augustos principios de la finalidad de las causas, llegando Claudio Bernard [2] á decir que la estructura es en los órganos elemento secundario y

[1] MERIC. *Le merveilleux et la science*, p. 328.
[2] DIOG. DECOUD, *Estudio del hipnotismo*, 1888, p. 31.

[1] *Les odeurs des corps humains*, 1886.
[2] *Les tissus vivants*, 1866.

menos principal. Más acertados andan otros [1] admitiendo con los antiguos para cada órgano la correspondiente función, como puede verse en Pablo Janet. [2]

El asiento del oido no es otro sino el caracol, parte interna del peñasco en el hueso temporal, donde las fibrillas del admirable órgano ó teclado de Corti dan cuenta del os sonidos y de los timbres cuando las ondas sonoras conmueven el tímpano y llaman á la ventana oval. Este es el orden establecido. Ahora si fuese verdad lo que algunos fisiólogos dicen, á saber, que alterado el epigastrio con exceso de sensibilidad, se comunica la excitación al oido interno mediante la vibración de las membranas, y llega el sujeto á oir, pareciéndole que le viene el sonido de allí donde reside la conmoción vibratoria; si fuese cierto que la capa de los conos y de los bastoncitos situada en la retina, y ordenada, dicen Boll y Kuhne, á *transformar* el movimiento de la luz en movimiento nervioso (?) recibiera vibraciones de otra parte, de la nuca, por ejemplo, y el hipnotizado imaginase ver por aquella parte de donde le llega la vibración; si el oido y la vista quedasen así heridos y llegasen á experimentar sensaciones, de ninguna manera sería verdad lo que los hipnólogos cuentan, ó sería verdad mal interpretada y siniestramente entendida. Pero ninguna sólida razón nos fuerza á respetar tales despropósitos. «No hay trasposición de sentidos, dice el Dr. Sánchez Herrero; y su afirmación la motivaron, sin duda, sugestiones auditivas ó de otra clase, cuya existencia y esfera de acción ignoraban entonces los observadores, ó la imaginación, que actúa en los sonámbulos.» [3] Y va dando este doctor su explicación, diferente de la indicada, con que intenta probar que el yerro de los hipnólogos es debido á torcida interpretación de los hechos; y podríamos añadir con más fundamento, á la ninguna diligencia que ponen en considerar los juegos de la fantasía, muy viva y despierta en el hipnotizado, el cual de indicios no observados por los presentes saca conjeturas que en muchos casos dan en el blanco. Háganseles no una ó dos, sino veinte ó treinta preguntas acerca de lo que dicen que ven ú oyen por trastrueco de sentidos, y se descubrirá la verdad de la ilusión.

Ciencia infusa, lenguas, profecía.—Los que cantan las glorias del hipnotismo, pintándole como sol hermoso y lozano que desencerró nuevos mundos y misterios de facultades psíquicas, demuestran tener aborregado el entendimiento é hipnotizada la voluntad. El sistema nervioso les es á los hipnotizados como barómetro para prever las alteraciones que han de obrarse en su cuerpo. Estando en el interior del cuerpo anidados los principios de las dolencias que después han de salir á la superficie, no es mucho que la fantasía exaltada las represente y pronostique; ayudada de las impresiones corporales, que en el sueño se hacen más sensibles, puede soñar como realizado un mal que estaba ya en incubación. Así muchos sueños dan noticia de enfermedades, en víspera de sacar las uñas. [1] El P. Nieremberg cuenta raras coincidencias de cosas que parecían sueños verificados, y dice se pueden atribuir á conjetura, á presentimiento, á caso fortuito, porque «podía uno echarse á dormir con cuidado y recelo, no le hurtasen entretanto, y de ahí venir á soñarlo, y concurrir acaso que también viniese el ladrón.» [2]

Esta regla servirá para calificar los conocimientos vivísimos que á veces se despiertan en los sueños, como soluciones de problemas, planes de discursos, concepciones artísticas, designios atrevidos, y también vivas reminiscencias de voces exóticas borradas de la memoria, representaciones de cosas sepultadas en los senos del olvido. «La energía de la imaginación, exaltada por el sueño, se concentra en un pensamiento, éste se ilumina con nueva claridad, y en las horas de más sosiego, se halla la solución deseada.» [3] Pero pensar que sea el sueño para el hombre pozo y mina de conocimientos extraordinarios, y que penetre los actos libres, y profetice cosas futuras, y hable lenguas peregrinas, y reciba ciencia infusa, es disparate mayor, que sólo cabe en espiritistas ó en hombres supersticiosos.

Ponga fin á los fenómenos superiores de la hipnosis la llamada *sugestión mental*.

---

1 Robin, *Revue des cours scientifiques*, 1.e ser. t. I.
2 *Les causes finales*, 1882, livre 1, chap. IV.
3 *El hipnotismo y la sugestion*, p. 30.

1 Dr. Macario, *Du sommeil*.—Moreau de la Sarthe, *Grand Dictionn. de médecine*, art. *rêves*.
2 *Oculta filosofía*, lib. II, cap. LXXXVII.
3 Ricardo de Mediavilla, *Quodlibeto*, fol. 94.

«Un dia mandó un hipnotizador á una sonámbula: despierte V., yo lo quiero. Al mismo tiempo decía dentro de sí mentalmente con toda la energía de su voluntad: yo no quiero que se despierte. Respondió la sonámbula turbada y convulsa: ¿Cómo me manda V. despertar, y no quiere V. que me despierte?» [1] Vamos despacio analizando este suceso. Lo primero pregunto yo: ¿despertó la sonámbula ó se quedó aún dormida? Si despertó cuando entendía que la intimación interna del hipnotizador la apartaba de aquel propósito, lo material de las palabras no le había de bastar para salir de su modorra dejando burlada la sugestión mental. Si no despertó, no es menester atribuir tanta eficacia á la dicha sugestión. Usan los hipnotistas una manera de razonar muy graciosa. Para ponderar la virtud imaginativa de sus clientes, los envilecen despojándolos de entendimiento y convirtiéndolos en peores que bestias, y cuando les conviene cortan la baraja á su placer, y olvidados del estropicio hecho, los levantan á una alteza de intuición intelectual que espanta. La sonámbula de que tratamos, podía sospechar por indicios antecedentes que el hombre no la quería despierta, y tal vez entrevió que la sugestión hablada iba de ceremonia y no con formalidad; habló así porque le daría la gana de echarle en rostro su poco asiento. ¿Le consta á Lelut lo contrario? Si nó, digamos que intercedió común acuerdo.

Decía el Dr. Beaunis á una joven á quien cada día hipnotizaba: con solo pronunciar mi nombre, y decir, *adormézcame* V., se quedará V. al punto dormida. El mandato se cumplía al pié de la letra, aunque el Dr. Beaunis estuviese lejos de aquel sitio. Más: llega el caso que apartado el hipnotista del sujeto, sin darle aviso, ni pactar condiciones, le intima en su interior la orden, y la orden se ejecuta á maravilla en aquel mismo punto. [2] — El Dr. Carlos Richet [3] refiere nueve experimentos de sueño hipnótico por la sugestión mental y á distancia, Ochorowicz [4] expone los de los Doctores Gibert y Janet, el Dr. Abdon Sánchez Herrero [5] da también cuenta de los suyos. Pero Ochorowicz hallábase confuso con las experiencias que narra; Richet declaraba que «ó hubo de mi parte observacion muy incompleta y muy infiel, ó bien hubo realmente acción á distancia;» el Dr. Herrero confiesa: «en Valladolid no ha habido un solo médico... que haya considerado mis trabajos dignos de comprobación seria.»

No obstante, Despine, [1] Perronet, [2] Noizet, [3] Barrett [4] y otros hipnólogos no cesan de poner á grande altura la transmisión del pensamiento en las hipnotizaciones; pero en todos los casos que citan se contienen una ó varias de las circunstancias siguientes: descúbrese en los sujetos hábito de hipnotización y costumbre de dormirse á hora señalada, trascurre tiempo entre la sugestión y la ejecución, intervienen terceros, concurren diversas causas que convidan al sueño, ensáyanse muchos medios y largas hipnotizaciones antes de llegar á la llamada mental. Por estas causas dista mucho de estar evidenciada, y si llegase á comprobarse no podría ser natural. «La ciencia experimental lo afirma de manera irrefragable; las ideas generadas en el cerebro humano, y ¿quién sabe si, como yo lo creo, *ab initio* lo fueron por la *causarum causa* de todo lo creado? flotan en el espacio sin límites. El mundo de las ideas no es ya un mundo metafórico, nó; es el inmenso cosmos donde vibran, chocan, se entrecruzan y combinan sin dinamismos.» [5] Esta metafísica del Dr. Abdón Sánchez Herrero es platonismo jactancioso que ni él ni nadie entiende, pero el doctor la habrá bebido en las obras de médicos materialistas y racionalistas que sin cuidado maneja, y que acabarán por sugestionar su conciencia si no acierta á sacudir el sueño de sí. He aquí su profesión de fe. «No quiero cuestiones con la Santa Madre Iglesia católica apostólica romana, en la que milito.» [6] Alma que así respira parece imposible acepte de veras los dislates que arriba deja aseverados.

El doctor Luys presentó (20 Agosto 1887) á la Academia de Medicina pari-

1 Dr. Lelut, *physiologie de la pensée*, t. II, p. 409.
2 *Revue de l' hypnotisme*, oct. 1888.
3 *Revue de l' hypnotisme*, 1 fevrier, 1888.
4 *De suggestion mentale*, p. 118.
5 *El hipnotismo* y *la sugestión*, p. 492.

1 *Etude scientifique sur le somnambulisme*, 1880, p. 221.
2 *Du magnétisme animal*, 1884, p. 34.
3 *Mémoire sur le somnambulisme*, 1884.
4 *Proceding of the Society*, Juli 1883.
5 *El hipnot. y la sug.*, p. 515.
6 Ibid., p. 499.

siense una nueva exposición, con intento de demostrar, que colocadas ciertas substancias tóxicas lejos de personas hipnotizadas ó junto á ellas, producían iguales efectos que introducidas en el interior del cuerpo, y así diez gramos de coñac puestos dentro de un tubo bien tapado, y aproximados al sujeto cosa de dos decímetros, le causarían borrachera en diez minutos. [1] Nombróse por la Academia una comisión de cinco doctores que verificasen las promesas del doctor Luys. Dieron orden á un farmacéutico que preparase diezisiete tubos de cristal, igualísimos cuanto á la forma exterior. Los diez contenían sendos decígramos de una disolución medicinal, se encerraban en los otros seis ciertas substancias en polvo, el último estaba vacío. Puesto el posible cuidado para que no se notase por defuera el contenido, mandaron al doctor Luys que escogiese á su gusto la persona hipnotizada más á propósito para el caso. Tenidas varias sesiones y experiencias resultó que el único que produjo algún efecto fué el tubo que estaba vacío. Hicieron la contraprueba, y tres tubos llenos de agua destilada causaron operación notable, pero cada cual la suya. De aquí después de muchas demandas y respuestas, vinieron á concluir que ninguna relación tenían los efectos con las substancias aplicadas á la parte exterior. La fantasía del paciente era la principal obradora de las experimentadas alteraciones, según la propiedad que en cada tubo concebía, [2] quedando así comprobado cuán ajena está la hipnosis de revelar con su luz al hombre todos los secretos.

ARTÍCULO IV.

Sugestión á plazo.—Tres momentos en la sugestión á plazo.— El tercer momento es de muy ardua explicación por causa natural.— Prohibiciones.— Moralidad del hipnotismo. — Dos corrientes opuestas de los facultativos.—La aplicación á la pedagogía.— Juicio de Roma sobre el hipnotismo. — Dictamen de algunos Prelados.—Resumen.

Para poner término á esta materia quedan las sugestiones á plazo, punto obscurísimo y de suma dificultad. La sugestión hipnótica no todas las veces manda ejecutar de contado ó luego inmediatamente las órdenes encomendadas, también las impone remitiendo su ejecución á tiempo más ó menos largo después que el sujeto despertó. Entre las sugeridas por Bernheim [1] léense las siguientes. «Sugiero yo á un enfermo sonámbulo que al despertar se frote la pierna y muslo; y lo hace sin titubear. A otro le aviso que en despertando se ponga en la cabeza mi sombrero, que luego le lleve á la sala vecina, y me cubra con él la cabeza; y obedece puntualmente sin saber el porqué. A otro le sugiero á las once de la mañana, que á la una de la tarde no podrá resistir al impulso de recorrer la calle *Stanislas* de arriba abajo dos veces seguidas; á la hora designada cumple el deseo sin tener conciencia de él. Otro recibe la orden de hurtar una cuchara de plata que al despertar hallará tras sí sobre un trebejo; despierta, ve la cuchara, fluctúa un poco, y diciendo, *ma foi, tant pis*, se la mete en el bolso. A otra joven histérica presentada á la Sociedad de medicina, le mandan mientras dormía, que cuando despierte vaya á tomar el tubo cilíndrico que guarnece la mecha de gas, situada sobre la mesa, y que apoderándose de él se retire; así que despierta se arrima recelosa á la mesa, parece ruborizada al ver que todos la miran, y dadas algunas muestras de ansiedad se sube á la mesa de rodillas; puesta así dos minutos con señales de vergonzosa timidez, pasea alternativamente la vista por los presentes y por el mechero, alarga la mano al tubo, retírala luego, y de presto torna á extenderla, coge el tubo, escóndele en la faltriquera y al fin se aleja. Devuelve el tubo de cristal en saliendo de la sala.»

Estos hechos al más lerdo se le alcanza que abren camino á mucha farsa. Las repetidas experiencias prestan grandemente para que la ilusión quede mas disfrazada, y no contemos la connivencia que cabe entre los actores de la ficción. En semejantes casos más es el ruido y fama que la verdad. El abate Meric certifica que hallándose él presente y echando en rostro su mal término á una hipnotizada que iba á cumplir con lo mandado, quedó deshecha la primera sugestión. «Una voz imperiosa abolía la sugestión, y la hipnotizada resistía á la tentativa, cual si una fuerza superior la dominase y avasallase.» [2] Conviene tener ojo á la condición de las personas hipnotizadas, para juzgar con acierto

1 Diario *Le Monde*, 19 mai 1888.
2 P. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, p. 469.

1 *De la suggestion*, p. 19.
2 *Le merveilleux et la science*, p. 89.

el estado de su voluntad indeliberada; las hay honestas, también las hay descocadas, y tan hacedero es de una perdida lograr un crimen, como de otra honrada un acto de virtud. Llenos andan los libros de semejantes escenas. Los hipnógrafos gastan artificioso estilo en revestirlas de forma dramática. Parece verdad que los hipnotizados no tienen conciencia de sus actos, pero hasta dónde llega el embuste y el arte del fingimiento es difícil de rastrear. Con todo, los hechos en general aseguran de temor al más incrédulo.

Señala Bernheim [1] un caso, entre otros, de sugestión á plazo largo, en esta forma: «Corría el mes de Agosto de 1884, y pregunté á un sonámbulo, sargento retirado, durante el sueño: ¿qué día tendrá usted libre en la primera semana de Octubre? Respondióme que el miércoles. Pues el primer miércoles de Octubre, añadí, irá usted á casa del Dr. Liébault (que me había remitido el sujeto) y allí verá usted al Presidente de la República, y recibirá usted de su mano una medalla y una pensión. Dijo que iría. El día 3 de Octubre, sesenta y tres días después de la sugestión, á las once menos diez minutos, puso por obra la orden recibida, sin habérsele antes renovado la memoria de ella. Va á casa del Dr. Liébault, saluda en ella al Presidente de la República, tiende la mano, recibe la medalla, y despidiéndose con unas cumplidas gracias, se retira.» Preguntado después sobre el suceso, declaró que el día 3 de Octubre, á las diez de la mañana, vínole este pensamiento, que en días precedentes no le había ocurrido, y que al ir á ponerle en ejecución, ignoraba lo que le había de pasar. Son sin número los actos de sugestión á plazo que se podrían poner, realizados en iguales condiciones: el referido por Bernheim se presta á mucha trápala, por el cebo del interés, maestro de insignes astucias.

Pero importa averiguar si tienen efecto naturalmente, ó si interviene causa extranatural y superior. Tres momentos pueden aquí considerarse, el acto de la sugestión, la conservación de ella, y su cumplimiento en día señalado. El primer momento carece de dificultad. El hipnotizador determina con energía de palabras la acción que quiere imperar, rodéala de circunstancias que la dejen impresa en la fantasía, monta, como dicen, la máquina cerebral del paciente, y la pone muy á punto de dispararse á tiempo y sazón. El sujeto, entre tanto, pierde el uso de la libertad, no discurre, no resiste, deja que la especie principal se le embeba en la imaginación, y si sonase luego la hora de ponerla en efecto, en un cerrar y abrir de ojos la tendría ejecutada. Y no sería de maravillar, y parecería natural que obrase con tanta presteza y sin pensar, atendida la actual disposición del cerebro, como no es maravilla que un sonámbulo aguijado por su interna disposición se levante y suba á las azoteas, según atrás queda dicho.

El segundo momento es más dificultoso de entender. Recibida la sugestión, el hipnotizado abre los ojos, despide la pereza, vuelve á la vida real, baja de su castillo encantado, recobra el uso de sus facultades mentales, no guarda memoria ni conciencia de la sugestión; sin embargo la tiene, dicen, aposentada en el cerebro. Cierta cosa es que para conservar el fantasma de un objeto material, basta la memoria sensitiva, como lo convencen los animales; no es necesaria la conciencia intelectual. Puédese conceder que quede almacenada en la memoria una especie, y que el olvido se la vaya comiendo hasta robar su recuerdo. Hácenme un encargo, se me graba en la memoria, tengo de cumplirle al día siguiente, me acuesto, me levanto, sin acordarme de él, y una señal del reloj será tal vez bastante para refrescar en mí aquella obligación borrada. La memoria guarda dentro de sí años enteros depositadas las imágenes y los vocablos de las cosas sin caer nosotros en la cuenta, y cuando las creíamos sepultadas en el rincón del olvido, al mejor tiempo ábrese puntualmente el depósito, y reviven y reflorecen. Este hecho psicológico es de diaria experiencia.

En la sugestión á plazo tenemos algo más. Tornar en sí el sonámbulo y echar en olvido todo lo pasado, es una sola y misma cosa, sin que le valga la vida intelectual y de relación para renovar la especie hipnótica. Si fuese verdad lo que opina Meric, [1] á saber, que los hipnotiza-

[1] *La suggestion*, p. 22.

[1] *Le merveilleux et la science*, p. 275.

dos tienen asentada en la memoria la cosa sugerida sin conocer que lo sea, pensando que aquella idea les brotó espontáneamente, y que les hierve y palpita á la sordina aquel deseo, la dificultad de explicar el fenómeno sería menor. Siéntese un hombre tentado con violencia por muchos días y meses, y no conoce que la avaricia le aguijonea, la envidia le precipita, la sensualidad le tiene puesto á dos dedos de su ruina; no entiende que la tentación juega de sus armas y hace en él peligrosas suertes, á pesar de tener él á mano y expeditas las potencias espirituales. Un designio criminal queda latente, como en fermentación, por largo tiempo en el pecho de un hombre vengativo, y no cae en ello hasta que deposita en la confianza del amigo el secreto de su animosidad y pasión. Personas hay que continúan por días un sueño, y al amanecer se les va de la memoria, y prosiguen á la noche soñando. Aun despiertos sueñan algunos, por ejemplo, que vuelan, y la falta de reflexión hace que bulla aquella especie semanas enteras en el ánimo inconsciente. Según esto, también podríamos otorgar que la sugestión cumplidera en día señalado, quedó guardada bajo llave y sello en la memoria, y no vuelve á pasar por el pensamiento hasta el tercer instante, en que está todo el peso de la dificultad.

La sugestión señala un orden de acciones que entre sueños y á puerta cerrada se irían luego ejecutando. Pero ¿cómo se llevarán hasta el cabo si ponemos al hombre desvelado, y le concedemos advertencia y atención en lo que hace, ojos y oidos para prevenir daños y obrar con conciencia racional? De igual manera, dicen, que si fuese aún sonámbulo. La vista de una persona, la lectura de un libro, el aspecto de un lugar, atiza y aviva en la memoria sin esfuerzo y puntualmente una multitud de especies que parecían del todo borradas. En este caso ¿qué sucede en el encéfalo? Dicen los modernos, que á la vista de un objeto, al oido de una voz las fibrillas cerebrales se conmueven y vibran, y como á cada impresión corresponde una imagen, puesto que la imagen estaba en relación con aquel objeto percibido, resultará que la imagen reproduce aquella impresión y vibración cerebral; y de esta suerte la impresión de los sentidos llama á la puerta de la fantasía y provoca con golpes vivos sus despintados fantasmas. No nos detengamos á discutir esa conmoción cerebral y su concernencia con la fantasía. Si todas las sugestiones á plazo se redujeran á decir: dentro de ocho días cuando pases por tal casa, si ves á fulano le saludarás, no sería invencible la dificultad. La vista de la casa determinaría la imaginación á entrar, y la del sujeto á saludar. Pero á veces le dicen: dentro de una semana, de un mes, á las once irás y harás tal cosa. Que se tenga un mandato en la memoria por un mes, es retentiva natural, y que al cabo de un mes se acuerde uno que á las once ha de cumplir una disposición dada, no es mucho. Nos dormimos con el propósito de madrugar á las tres, y se nos quiebra el sueño á la hora señalada. Las fibras nerviosas del cerebro conservan su tensión ó su estado particular hasta que el propósito se cumplió.

Pero en el hipnotismo (ya que concedamos que dure la tensión de las fibras cerebrales, y que la vista ú oido del objeto presente arrebate al hombre sin él apenas entenderlo, y determine en su corazón un ímpetu de amor ó de odio que le tiraniza) falta saber qué oficio hace el discurso de la razón y la fuerza de la libre voluntad. Dicen algunos que la convicción lo hace todo. En despertando el sujeto hipnotizado experimenta las ilusiones, impresiones, deseos que le fueron sugeridos en el sueño, aunque las facultades mentales parezcan vueltas á su estado normal. Dijéronle que recibiría la visita de un amigo, y cree verle; que asistiría á un banquete, y se le figura hallarse en él; que oiría una banda de regimiento, y la oye; que daría un bofetón á un sujeto, y cumple con el bofetón sugerido; y hace todas estas cosas sin tener más motivo que el impulso interior que siente. [1] La causa productora de tan raros efectos es la convicción del sujeto, es aquella persuasión que tiene de que las cosas se realizarán como las imagina. ¿Pero cómo entre los mil pensamientos que en tanto espacio de días se atraviesan por su cerebro no pierde la fuerza la convicción? ¿Cómo el cerebro puede guardar en sus repliegues una marca tan limpia que resista á la renovación continua de moléculas? Aquí no cabe otra respuesta sino decir que la presencia de aquel objeto, causa ocasional de cumplir-

[1] P. Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, p. 278.

se con efecto la sugestión á plazo, sepulta de repente al hombre en total sonambulismo, como si de nuevo le hipnotizasen, y le despojasen, en un tris, de atención, juicio, conciencia, libertad, y le volviesen iluso, loco, desatinado, ó como si el objeto fatal hiciese veces de hipnotizador y le sumiese de golpe en el estado de perfecta hipnosis.

¿Es esto verdad? ¿Es creible que en un cerebro acostumbrado á la hipnotización, tenga tanto influjo un objeto material, la presencia de un hombre, la campana del reloj, el tránsito por una calle, que arrebate á una persona en el acto razón, juicio, libertad, sin que sea parte para impedir el aleve despojo su estado normal de vigilia? ¿Puede concederse á la sugestión á plazo tanto poderío? Que un hombre al salir del sonambulismo ponga en obra de contado la orden trasmitida por sugestión, y la cumpla sin mirar lo que hace, y llore, y se sienta fatigado por haberse resuelto la crisis inconsciente, se concibe mejor, pues precedió la hipnosis, y áun tal vez le dura la parálisis mental; pero que admitamos intervalo lúcido de muchos días en el hombre, y que llegado el término le acometa inopinadamente un letargo intelectual sin causa inmediata proporcionada, es cosa que apenas se entiende, y si alguno la entiende, si alguien juzga que otra vez cayó el hombre en sueño hipnótico, díganos por caridad en virtud de qué principio le cogió en aquella hora un tan fiero sobresalto.

Menos ardua sería la respuesta si los hipnotizados, después de enterarse de la sugestión que deben cumplir en época futura, no saliesen del estado hipnótico hasta haberla realizado. Autores hay que son de esa opinión. M. de Rochas [1] cuenta de un mancebo, que acostumbrado al sueño artificial, halló manera de hurtar el cuerpo al cumplimiento de las sugestiones á plazo frotándose la frente, ó punzándose la piel. Ello es, que para frustrar el designio de la sugestión basta restablecer la circulación cerebral ó restituir al cutis la sensibilidad, embotada por la hipnotización. El Padre Bonniot es del mismo parecer, [2] cuando juzga que el desperezo del hipnotizado y la vida de relación que entabla ántes de llevar á término la intimación sugerida, es más aparente que real, es un dormir con los ojos abiertos. Si este hecho fuera la expresión de la verdad, la sugestión á plazo presentaría menos inconvenientes; pero mientras no se compruebe con palpables experiencias, queda la dificultad en pie.

Los hechos parecen significar que la hipnosis volvió á cargar y hacer de las suyas, pero el discurso natural nos induce á indagar la causa, pues no es bastante la existencia del efecto. Bernheim cifró la índole de la hipnosis en la sumisión á las sugestiones, y pretende que en el punto de realizarlas es despeñado el sujeto en el estado hipnótico. «Sugerir á un hipnotizado lo que ha de hacer en un tiempo posterior se reduce á decirle: en tal momento se pondrá V. en hipnosis, y hará V. tal y tal. Llega el momento, y la sugestión, conservada de un modo inconsciente, despierta por el hecho exterior á que está ligada, y el sujeto se halla asaltado del sueño hipnótico y llega á término la sugestión.» Esto dice el docto Vacant. [1] Mas este es precisamente el quicio en que se revuelve toda la controversia, y no es de buen lógico dar por absuelto el asunto que está en litigio. Cuestionamos si la sugestión natural extiende sus efectos hasta el término de un mes, ó si para aplazarlos tiene que valerse de agente superior. Para demostrar el intento los hipnólogos responden que á una persona habituada á la hipnosis basta para asegurar el efecto decirle: V. se dormirá á tal hora, y se dormirá en viendo tal objeto, en oyendo tal sonido, y hará V. tal cosa; y que á la hora determinada la persona quedará ocupada del sueño á la vista de la cosa propuesta, y hará y acontecerá. Si esto que responden los hipnólogos sugestionistas es una realidad, no hay que desojarse buscando más explicaciones, porque la hipnosis hace la memoria agudísima y la fantasía activísima, en medio de embotar las facultades mentales; en tal caso será evidente que sobresaltada la persona en un abrir de ojos por la arremetida hipnótica, se acuerde muy bien de la trasnochada sugestión y la ponga por obra con gran vehemencia y puntualidad. Pero siempre nos queda por resolver la cuestión si puede la virtud natural imponer un sueño para plazo de un mes, sin que

---

1 *Cosmos*, 24 Sept. 1887.
2 *Le Miracle et ses contrefaçons*, p. 290.

1 *Dictionnaire apologétique*, art. *Hypnotisme*, p. 1452.

le quede al hombre mano para resistir. La sugestión á plazo viene á ser sugestión mental, ó sugestión á distancia; y ambas no parecen naturales, si fuesen ciertas. En conclusión, hoy en día no hay razones bastantes para adjudicar á la naturaleza humana los efectos de la sugestión á plazo largo, como quiera que Meric, Vacant, Ferrand y otros escritores católicos opinen todo lo contrario. Si en lo porvenir la ciencia experimental descubre nuevos derroteros por donde estimar naturales los fenómenos de la sugestión á plazo, tendrán razón sus defensores; hasta la hora presente no ha brotado una centella de luz que destierre de estos hechos lo denso de las tinieblas. Por esta causa los tenemos en posesión de dudosos, y no basta serlo para achacarlos á operación diabólica. Esperemos que el tiempo, que todo lo aclara, satisfaga dudas y tranquilice conciencias acerca de la presente inquisición.

Cesen ya los hipnófilos de anunciar días de gloria apoyados en las grandezas del hipnotismo, el cual en su boca es la tabla salvadora en que escapa el mundo moderno y repara las quiebras de las preocupaciones antiguas. Colmo de bienes, juventud florida, porvenir halagüeño, bellísimas esperanzas parecen cifrarse en las ventajas de la hipnosis. Dice el doctor Abdón Sánchez Herrero: [1] «Lo que es absolutamente cierto, es que nos encontramos en presencia de un hecho que revela la perfectibilidad asombrosa del humano organismo y deja entrever una de sus perfecciones soberanas para el porvenir. Comunicarse los seres inteligentes por la intimidad y compenetración de las almas, no reconocer esta comunicación obstáculos en el idioma ni en las distancias, abrirse de par en par los antros cerebrales donde se fragua el mal, mostrarse al descubierto las virtudes y las hermosuras del bien, mandar y recibir ideas como se mandan y reciben rayos de luz en los mundos, vivir en comunidad de pensamiento con cuanto piensa en el universo... es un sueño, es un delirio, es una locura... y sin embargo, se ha frotado el ámbar y hasta ha saltado la primera chispa. Solo el Dios Omnipotente y Omnisciente sabe las perfecciones futuras de su creación, mostradas ya en lo que á este hecho de la percepción del pensamiento se refiere, en su encarnación humana, en Nuestro Señor Jesucristo. (Y he aquí algunos escribas decían dentro de sí: éste blasfema. Y viendo Jesús sus pensamientos dijo: por qué pensáis mal en vuestros corazones?—San Mateo, cap. IX.)»

Estos terminantes asertos no son de cristiano, sino de moro, por más que quien los profiere haga lucido alarde de militar en la Iglesia de Cristo. Los moros, enemigos encarnizados de la religión cristiana, enseñaban que el temperamento de nuestro divino Salvador estuvo dotado de las más excelentes cualidades que pueden imaginarse. Avicena, Avicebron y Algazel se quebraron los cascos en esta porfía, enseñando además que con la fuerza de su alma señoreaba Jesús con predominio no tan sólo las cosas materiales, mas también las almas de los demás hombres; y de aquí venían á concluir que Cristo pudo por virtud de su humanidad hacer las cosas admirables que hizo. Estos dislates fueron puestos en clara luz y confutados victoriosamente por Santo Tomás, [1] por Ricardo Mediavilla, [2] por Castro, [3] por Medina, [4] y Suárez [5] los dejó por increíbles y grandemente absurdos. «Que el alma pueda tener influjo en un cuerpo, sea por vehemente imaginación, sea por otra virtud, ninguna filosofía, ningún recto sentir lo admite.» [6] Con esta resolución asentaba la tesis contraria el P. Fr. Miguel de Medina, y la discutimos en su lugar (pág. 489).

Cuando los modernos hipnotistas sacan á colación sus fenómenos transcendentales, y los ahijan á *perfectibilidad asombrosa del humano organismo*, no otra cosa hacen sino refregar y estregar la llaga del avicenismo, y despertar errores sepultados y estigmatizados por la experiencia y sabiduría de todos los siglos. Tal es el desvarío de los modernos filosofantes, reído y confundido por la teología cristiana. Cuando los médicos racionalistas, materialistas, positivistas nos asombran con sus aseveraciones formales, puestas en la pág. 87, y nos avisan blandiendo el azote

1 *El hipnotismo y la sugestion*, p. 525.

1 *Contra Gentes*, lib. III, cap. CIII.
2 In III, Dist. XV, á 2. q. III.
3 *Contra hæres. V. Miracula*.
4 *De recta in Deum fide*, lib. II, cap. VII.
5 *De Incarnat.* disp. XXXI, sect. II.
De recta in Deum fide, lib II, cap. VII, fol. 70.

que nuestros milagros son fenómenos hipnóticos, que nuestros taumaturgos eran meros hipnotistas, y que la Iglesia de Dios es un anfiteatro de hipnosis, tratan de volver á mayor prosperidad en la Edad moderna la bandera levantada en la Edad media por médicos neoplatónicos, teurgos, supersticiosos, adversarios del dogma católico.

Sube de punto la malicia neotérica al considerar que cual si no peleasen á cureña rasa, por aversión al orden sobrenatural conceden á Cristo «un tacto exquisito de persona excelentemente dotada,» como soñó el novelero Renan, y le contemplan como el más privilegiado hipnotizador que todos los siglos vieron. Ya lo dijimos en la pág. 491. Roban á Cristo su divinidad con achaque de enaltecer su sacratísima humanidad. Si el Salvador del mundo hacía milagros, si leía los pensamientos internos, si hacía que las ondas alteradas durmiesen con sosiego á sus pies, si avasallaba la constancia de los elementos, si despojaba de su miseria los cuerpos gastados, no lo debía á su naturaleza humana, sino á la omnipotencia del Verbo que con ella estaba inefable y estrechamente unido en unidad de persona, como lo demostramos en la pág. 515. Yerra el Dr. Abdón Sánchez Herrero si piensa que las perfecciones de las criaturas se cifraron en Nuestro Señor Jesucristo por lo que toca al hecho de la percepción de pensamientos, por cuanto esa no fué perfección criada natural, sino perfección divina sobrenatural. Así lo entiende la tradición católica; el que lo contrario defienda se pone en contradicción con la santa Iglesia católica apostólica romana.

Muy vivas y despiertas andan las autoridades civiles en velar con solicitud por prevenir los daños de las escenas hipnóticas, porque los que tienen el sueño y la vigilia en la mano ó en la lengua, justos recelos deben infundir á los centinelas del bien público. Provechoso es el hipnotismo, pero no seamos tan indulgentes que dejemos de confesar sus males y peligros en los que se curan con él. Mirada la cuestión bajo el punto de vista moral, no tienen cuenta. Solamente considerando qué significa el apoderarse el hipnotizador de su cliente y tomar dominio en su imaginación, y cautivar su afición por simpatía, y hacerse depositario de sus confidencias y secretos, y despertar en él congojas y morales apreturas, sin contar los crímenes, injusticias, abominaciones que de ahí podrán nacer, se formará algún concepto de los grandes daños que amenazan á los sometidos á esta práctica. [1]

Si contemplamos sus peligros respecto de la medicina, «llegando á este terreno, dice el Dr. Masoin, nuestra tarea resulta fácil, porque hallamos aquí el asentimiento casi digamos total de los miembros del cuerpo facultativo, de todos los varones graves, y de las sociedades sabias: este raro concierto de opiniones viene bien en declarar que el hipnotismo puede causar trastornos en la salud de las personas que le practican ó que se someten á su ejercicio.» [2] Esta tesis pone en evidencia el citado médico con autoridades y razones de gran peso, y con respuesta á los reparos en contra. En quienes con más vigor descarga la vara es en los hipnotizadores ambulantes que en reuniones públicas cometen intolerables desafueros.

Bien convencido de su estrago el Congreso internacional del hipnotismo experimental y terapéutico reunido en París el año 1889, decidió los artículos siguientes: «Vistos los peligros de las representaciones públicas del magnetismo é hipnotismo, considerando que el uso del hipnotismo en calidad de agente terapéutico entra en los dominios de la ciencia médica, y que la enseñanza oficial de sus aplicaciones pertenece á la psiquiatria: 1.º las reuniones públicas de hipnotismo y de magnetismo debieran ser prohibidas por las autoridades administrativas, en nombre de la higiene pública y de la policía sanitaria; 2.º la práctica del hipnotismo, como medio curativo, debe estar sujeta á leyes y reglamentos que moderen el ejercicio de la medicina; 3.º es de desear que el estudio del hipnotismo y de sus aplicaciones terapéuticas sea introducido en la enseñanza de las ciencias médicas.»

En Austria los experimentos públicos fueron vedados al magnetizador Hansen, y en Italia al célebre Donato, á consecuencia de graves accidentes que ambos á dos ocasionaron. Uno de los considerandos hechos por el Consejo de Sanidad en Roma era éste: «Considerando que la hip-

[1] En la preciosa novela del académico francés Julio Claretié, titulada *Jean Mornas*, 1885, expónese el asunto de la coacción hipnótica con singular ingenio.

[2] *Revue des questions scientifiques*, 1890, t. XXVII, p. 353.

notización puede ser perjudicial á las personas que á ella se someten, y teniendo en cuenta que el daño puede ser mayor en personas jóvenes, en neurópatas y en aquejadas de trabajo mental, las cuales son más acreedoras á la protección de la sociedad..., los dichos espectáculos deben ser rigurosamente prohibidos.» En igual forma que en Roma, en Turín y en Milán, fué puesto entredicho por los Gobiernos de Viena y de Baden á las sesiones públicas y á las escenas teatrales del hipnotismo, vistos los inconvenientes y daños que á los espectadores acarreaban. En la sesión general de Medicina, celebrada en Barcelona durante el Congreso médico-farmacéutico, á 14 de Septiembre de 1888, ventilóse la cuestión del hipnotismo y sugestión desde el punto de vista gubernativo: el dictamen común fué que debía el Gobierno prohibir al vulgo las prácticas hipnóticas, y circunscribirlas al médico con el solo intento de curar. [1]

Estas cuerdas prevenciones avisan con claridad que el uso del hipnotismo puede ser de graves inconvenientes á la salud, á la moral, á la razón, como no dejan de confesarlo sus más apasionados admiradores. [2] Otros, al contrario, se fatigan por sostener «que el hipnotismo ejercitado por médicos, en condiciones determinadas, no ofrece los peligros físicos, morales, religiosos y sociales, que son inherentes al hipnotismo practicado por miserables histriones;» [3] pero nadie dudará que es menester *causa relativamente grave y gran cautela*, como dice el P. Lehmkhul, [4] para confiarse á las manos de un médico hipnotista.

La aplicación del hipnotismo ni puede absolutamente reprobarse, ni tampoco aprobarse sin tasa ni medida: tal es nuestro sentir mientras otra cosa no determine la Iglesia romana. No puede reprobarse con absoluta exclusión la práctica del hipnotismo como remedio ilícito: el hipnotista, por una parte, no hace agravio ni violencia al que libremente se pone en sus manos con el intento de experimentar aquel estado de alteración nerviosa; por otra, tampoco usa de medios supersticiosos para conseguirla, cuando se ciñe á los fenómenos comunes y no trascendentales ya dichos; pero si volvemos los ojos á los efectos que la hipnosis ordinariamente produce, es á saber, aquel embotamiento y disociación de potencias mentales, aquel desvarío intelectual, aquel embrutecimiento de la voluntad, que abre al hipnotizador paso para hacer patentes los secretos del corazón, y gobernar al hipnotizado á su arbitrio sin resistencia posible de la libertad; si se considera el estado violento y anormal de todo el organismo, expuesto á desórdenes de trascendencia en lo físico y en lo moral, es cosa indubitable que para consentir el uso del hipnotismo han de señalarse términos y condiciones fiadoras de su licitud.

Las principales son éstas: causa grave y oportuna precaución. La causa grave ha de estar en el hipnotizando, la precaución se ha de tomar respecto del hipnotizador. Causa grave tendrá el hipnotizando si una enfermedad que por otras vías no pueda ser remediada, se espera con fundamento que lo será si se le aplica el sueño hipnótico. Se habrán prevenido los daños con la prudente cautela cuando conste de la probidad y destreza del hipnotista y sea evidente que emplea medios honestos en el arte de hipnotizar. Puesto el debido cuidado y existiendo causa grave no habrá obstáculo en adoptar el hipnotismo si el éxito se juzga favorable.

No podemos hacer aplauso absoluto, como quisiéramos, á la conclusión cuarta, de las presentadas al Congreso Católico Nacional de Zaragoza por el catedrático de la Universidad de Barcelona, doctor D. Delfin Donadíu, en el *Discurso sobre la tesis décima*. Dice así: «El uso del hipnotismo es lícito en determinados casos: cuando tomadas todas las precauciones que la moral, la religión y la ciencia aconsejan, se trate de curar alguna enfermedad ó de hacer algún experimento en bien de la sociedad.» [1] No parece bien esta resolución del doctor Donadíu si no se declara el sentido vago de algunas expresiones. En ella se autoriza el ejercicio de la hipnosis para *curar alguna enfermedad*: si la enfermedad es leve ó curable por otros

1 *El sentido católico en las ciencias médicas*, t. X, 8 Nov., 1888, p. 669.

2 Dr. Charpignon, *Physiologie du magnétisme*, p. 297. —Janet, *De la suggestion et de l'hypnotisme.—Revue politique et littéraire*, 9 Août, 1884.—Tourette, *L'hypnotisme et les états analogues*, chap. 307.

3 *Revue de l'hypnotisme*, 1.° Oct., 1888, p. 116.

4 *Theologia moralis*, n. 995.

1 *Crónica del segundo Congreso Católico Nacional*, 1891, p. 498.

medios, el del hipnotismo no queda plenamente justificado; causa grave ha de haber relativamente á la gravedad de las consecuencias y resultas de la dicha aplicación. Se autoriza el uso del hipnotismo para *hacer algún experimento:* si los experimentos recaen en personas sanas ó en enfermos como quiera, no será plausible ni conveniente el uso del hipnotismo, como no juzgaría convenientes un médico las inyecciones de morfina en un enfermo cualquiera. Ni excusa el ser los experimentos *en bien de la sociedad*; el bien y decoro de la sociedad no está librado en prostituir sus individuos las potencias racionales ni en tenerlas destartaladas y desmazaladas, poniéndose por sí mismos en circunstancias violentas y anormales con daño de las familias y de la pública sociedad. El mismo Sr. Donadíu con singular prudencia templó en parte la crudeza y vaguedad de su conclusión cuarta con la tercera diciendo: «Debe proscribirse toda práctica hipnótica por simple ó elemental que sea, hecha por vanidad, curiosidad ó pasatiempo, sin mediar causa legítima, y ejecutada por médicos que no sean entendidos y de probidad.» Cumplidas estas dos condiciones, en el sentido antes expuesto, causa legítima y grave, y cautelas aconsejadas por la moral, la religión y la ciencia, tanto respecto del hipnotizando como del hipnotizador, no serán de temer abusos en el ejercicio de la hipnotización, ni de ella surtirán á la salud desdichados efectos.

Con frecuencia exponen á los ojos del público los hipnotistas catálogos de aplicaciones terapeúticas hechas por sugestión. Tocados de alguna vanidad y prendados del arte, se impresionan fácilmente en su amor y procuran hacerle amable y deseable. En una tabla sinóptica publicada por el doctor Abdón Sánchez Herrero, se suman los resultados conseguidos por veintisiete médicos hipnotistas en cuarenta géneros de enfermedades. La suma total es: enfermos 346, curaciones 279, mejorías 58, fracasos 9; es decir, el 81 por ciento de curaciones radicales, el 17 por ciento de mejorías positivas, el 3 por ciento de fracasos. [1] En otra lista ostenta el doctor Herrero sus individuales tratamientos en el espacio de dos años. La suma total es; enfermos 118, curaciones 93, mejorías 22, fracasos 3; no inferior, era de esperar, á la de los observadores extranjeros.

Los hipnotistas entre tanto ponen todas sus mañas é ingenio en los cuadros estadísticos anunciando los bienes de la terapéutica sugestiva. De los servicios prestados por Bernheim hacíase lenguas el doctor Masoin á 28 de Abril de 1888 en plena Academia de Medicina: «De 105 enfermos ha conseguido Bernheim 95 curaciones, 8 mejorías, dos fracasos.» Luego, bajando el tono de la voz insinuaba las cosquillas que en el alma le hacían las sospechas. «Confieso, decía, que no obstante la confianza que me inspiran la ciencia y la honradez del eminente profesor de Nancy, me es imposible aceptar sin reserva su estadística. Los resultados son tan extraordinarios que piden comprobación de ulteriores experiencias.» [1] El doctor holandés Van Reuterghem en una Memoria presentada al Congreso de naturalistas y médicos en Amsterdan [2] hizo una suma de los frutos producidos por la *psicoterapia sugestiva*, en esta forma: enfermos 162, curaciones 91, mejorías 46, fracasos 25. Con parecidos encarecimientos han engrandecido la utilidad de las operaciones hipnóticas los médicos Alberto Moll en Alemania, Meynert en Austria, Jorel en Suiza, Di Giovanni en Italia, Velander en Suecia, Lefébure en Bélgica, faltándoles palabras á los hipnófilos que signifiquen las eminentes prerogativas del hipnotismo. El Dr. Barth cifra todas sus ventajas en esta conclusión: «Es útil á ciertas formas de enfermedades rebeldes á toda medicación, las cuales por este medio pueden hallar algún alivio. El hipnotismo, inofensivo cuando se aplica con tiento por un fin científico, traería gravísimos inconventes si se emplease por vía de pasatiempo en obsequio de los curiosos ó á personas nerviosas como el medio de satisfacer á su necesidad ó al prurito de sensaciones desconocidas.» [3]

Otros médicos, en cambio, hállanse atajados y perplejos, y áun desconfían y desmayan, á vista de las proezas hipnóticas. Una de las más provechosas aplicaciones sería producir la anestesia para las operaciones de la cirugía en vez del clo-

[1] *El hipnotismo y la sugestión*, p. 790.

[1] *Revue des quest. scientif.* 1890, t. XXVII, p. 66.
[2] 1 oct. de 1887.
[3] *Revue de l'hipnotisme*, 1 oct. 1888, p. 117.

roformo. Pero Bernheim dice que el hipnotismo no puede ser llamado método general de anestesia quirúrgica, ni reemplazar al cloroformo. Lo mismo sienten Matías Duval y otros doctores citados por Obejero, [1] el cual extracta párrafos de autores competentes en la materia, que conviene reproducir. «Uno de éstos, Richer, no llega á creer que la sugestión pueda aprovechar en terapéutica para curar enfermedades, aunque sean las nerviosas; duda de los casos de curación referidos por Braid, y concluye diciendo que, aunque varios autores modernos refieren tentativas de curación por el hipnotismo, son hechos aislados que no pueden servir de pauta para un método general.—Maira y Benavente, en su tratado de la hipnosis, escriben lo que sigue: «el hipnotismo como medio terapéutico, tiene una esfera de acción bastante limitada, á nuestro juicio, ya que, como lo dejamos consignado, no participamos de las ideas de muchos de los que lo preconizan en toda circunstancia y para cualquiera clase de personas..... La idea de querer emplearlo en toda clase de afecciones y el preconizarlo como la panacea por excelencia, no obedece sino á la idea de hacer de este maravilloso fenómeno una explotación vergonzosa. En resumen las aplicaciones terapéuticas del hipnotismo y las de la sugestión son todavía bastante reducidas, para que el médico serio se ilusione de querer hacer entrar este agente en la práctica diaria.» — Estos mismos autores dan á entender que las curaciones producidas por la sugestión hipnótica son efectos nada más que de la misma imaginación, y no de que dicha sugestión tenga virtud alguna por sí propia; y comparan dichas curaciones á las obtenidas por la homeopatía y por medio de las píldoras de miga de pan, con las que á veces se ha conseguido curar rebeldes neuralgias.» [2]

Estas dos opuestas corrientes muestran á las claras cuán llena de tropiezos está la práctica del hipnotismo, y cuán desmayada deja la esperanza de los aficionados por las muchas prendas que da de su poca firmeza. Queden á la posteridad sus frutos. Con esto, y con advertir que no hubo ni hay *remedio* terapéutico, ni plan curativo, por descabellado que sea, que no haya tenido patronos y promulgadores de estadísticas favorables, defensoras y pregoneras de sus virtudes é importancia, creemos dejar el hipnotismo y sus cacareadas curaciones, en el lugar y concepto que se merecen. [1]

¿Qué diremos ahora de la pedagogía que con el nombre de *Ortopedia intelectual y moral* se deshace en agradecimiento, reconociendo los favores y gracias del hipnotismo? A los establecimientos de enseñanza y corrección han querido algunos acomodar la hipnosis con el designio de plantar en corazones mal inclinados las semillas de las hermosas virtudes. La sugestión hipnótica es un elemento provechosísimo, dicen, para facilitar en los niños el cultivo de las buenas costumbres, pues induce en los tiernos ánimos buenas inclinaciones. El Dr. Berillon en el Congreso de Nancy de 1886, y Bernheim en el de Tolosa de 1887, propusieron la sugestión hipnótica como pauta segura para regir y enderezar los pasos de la vida juvenil. Alzaron la voz contra este procedimiento varones espiritualistas, otros aplaudieron, otros callaron, dejando al porvenir la solución del problema. Entre tanto corrían en los papeles públicos las enmiendas y conversiones alcanzadas por los hipnotistas en muchachos aviesos é incorregibles, como puede verse en la *Revue de l'hypnotisme* de 1886.

Según los prodigios de la flamante práctica, la sugestión hipnótica domestica al bárbaro, destierra la flojedad y letargia del perezoso, imprime leyes de bien vivir en el díscolo y mal intencionado, arraiga en el indócil y rebelde afición y respeto á

[1] *El hipnotismo y la sugestion*, 1892, p. 344.
[2] *El hipnot. y la sugest.*, p. 345.

[1] No hay neuropatía, que tanto se preste como el histérico á la sugestion hipnótica; ninguna produce como ella fases sonambúlicas, catalépticas, extáticas, pasionales tan raras ni tan á propósito para provechosos efectos; sin embargo la histeria no se extingue en los neurósicos, siquiera consiga la sugestion alivios pasajeros ó curaciones efímeras de trastornos histeriformes. ¡En cuántas ocasiones el gran Charcot, Dios le haya perdonado, fué víctima de la superchería en la aplicación de sus prácticas hipnoterápicas, por no acertar á distinguir entre la veracidad é impostura, entre la broma y seriedad, entre la actividad febril y la apatía, entre lo normal y lo patológico de sus histéricas! Por esta causa muchos médicos españoles, de la corte y de provincias, entusiasmados en un principio con los prometidos triunfos, van ya perdiendo el ardor y descaeciendo del primer entusiasmo, porque si es verdad que los fenómenos sugestivos se pueden relacionar con la clínica, aunándose la terapéutica moral con la somática, pero la hipno-sugestioterapia con atributos de curativa por la influencia ejercida de los sugestionadores en las funciones morales del paciente, viene á ser un procedimiento mal seguro, poco serio, más peligroso que provechoso.

la autoridad, pone cátedra de virtud y persuade lo que enseña, con que suple felizmente por la exhortación, consejo, reprensión, aviso, el influjo de la educación doméstica. El hipnotismo, trocado de facultativo en moralista, de curandero problemático de achaques corporales en corrector de enfermedades morales, parece invadir el territorio sagrado de la familia, y abrir guerra civil contra la educación religiosa y cristiana. Es cosa de risa oir ponderar las maravillas logradas en niños viciosos por la sugestión hipnótica al cabo de unas cuantas manipulaciones. Los más entusiastas encomiadores del nuevo sistema son los médicos positivistas, racionalistas, materialistas. Ellos, enemistados con la moral religiosa, que sacude la voluntad del hombre y le vuelve en su acuerdo, pretenden mostrar al mundo los bienes inestimables que echando sueño á los ojos se pueden conseguir; pero en realidad de verdad, al abrir para la enmienda de los niños aula de hipnotismo, no hacen sino cubrir con paños científicos los desórdenes de la inmoralidad, como se lo dijo Elías Blanc. [1]

No viene á nuestro propósito determinar qué suerte de ventajas acarreará el hipnotismo á la crianza de la niñez. Juntar el pedagogo y el médico en un solo individuo para completar con el título de *Ortopedia moral* la institución de la mocedad, cifrando en los efectos de la hipnosis la bienandanza física y moral de las familias humanas, es enviar la navecilla cargada de dinamita á la furia de la tormenta. Si áun temperamentos del todo constituídos padecen grave riesgo de las aplicaciones hipnóticas, y tal vez contraen siniestros de larga y difícil curación, ¿qué hemos de esperar de criaturas sometidas, so pretexto de un bien moral, á la influencia de hombres que, en vez de alumbrar sus entendimientos y de inclinar sus voluntades al amor de la virtud, ponen todo el afán en conmover profundamente el sistema nervioso, y dejan sin freno y más irritada la sensibilidad para el día de mañana cuando se desboque? ¿Qué seres bien educados saldrán de manos enemigas de la sana moral? Si la lima de la educación cristiana no alisa y pule el espíritu de la juventud, gran daño, no provecho, le vendrá del arte hipnótico. ¡Ay de la familia que en vez de sacudir la flojedad y letargia de los hijos con máximas santas y ejemplos virtuosos, les cierra las ventanas de la luz y los sepulta en sueño grave, exponiéndolos á una práctica tan peligrosa! «Mi íntima persuasión es que el verdadero preservativo contra el hipnonismo ha de ser la educación verdaderamente cristiana.» [1] Este consejo daba el doctor Constantino James, poco antes de morir, á los amigos del hipnotismo.

Si lo escrito en la corteza de un árbol, con él crece y se levanta, así lo estampado en los vástagos tiernos de los niños de tal manera crece con ellos, que no sin dificultad se borra y destruye. ¿Y quién sino los padres de familia, y en su lugar los maestros prudentes, son los llamados á cultivar en los corazones inexpertos las semillas de las buenas costumbres que produzcan frutos de santas obras, duraderos y provechosos?¿Y cómo las cultivarán sino ilustrando los entendimientos con la solidez de los principios y moviendo las voluntades con el imán del buen ejemplo? Es éste tan poderoso, que á él reducían los antiguos la principal educación de los hijos, los cuales si ven malicia en sus padres la sobrepujan tal vez, corriendo más aprisa que ellos en ser malvados. ¿Y querrán los hipnotistas, sin calor vital, con sacudidas de nervios encender en el pecho del niño el amor de la virtud? ¿El alma dónde se la dejan? El entendimiento, con qué doctrinas le desbastan? La voluntad, qué leyes morales le prescriben? Las pasiones, cómo las enderezan? Las sugestiones del amor propio, tan entrañado en los niños, ¿con qué sugestiones las contrarestan? Como la espuma crecerán los vicios y los errores, por ser el hipnotismo inepto pedagogo. Muchas desdichas tendrá á su cuenta, y los encarecidos favores resultarán en mayor daño.

Queda más arriba asentada, al tratar del magnetismo animal, la diferencia entre fenómenos elementales y superiores; esa misma diferencia hacemos aquí entre los fenómenos del hipnotismo; y á la manera que la Congregación del Santo Oficio en 2 de Junio de 1840 no condenó por ilícito el magnetismo elemental, tomadas en consideración las cautelas allí prescritas,

---

[1] *L'université catholique*, . I, p. 552.

[1] *L'hypnotisme expliqué dans sa nature*, 1888, p. 31.

y en 15 de Junio de 1841 la Sagrada Penitenciaría declaró ilícito el magnetismo superior, de igual manera juzgamos que el hipnotismo es permitido cuanto á sus operaciones elementales, y no lo es cuanto á los fenómenos superiores puesto caso que verdaderamente existan. Roma condena el abuso, no reprueba el recto uso; proscribe los medios supersticiosos, no los científicos y naturales. Destiérrese en hora buena el hipnotismo de salón, como los gobiernos civiles le destierran; el hipnotismo terapeútico usado por médicos cuerdos y concienzudos, en casos de necesidad relativamente grave, no vemos por qué motivo deba vedarse si se alejan las circunstancias que excluyan toda posible superstición, en el sentido arriba declarado. [1]

El catedrático de filosofía Sr. Donadíu en el discurso presentado al Congreso de Zaragoza, ve una suerte de contradicción en el juicio del P. Franco, y la misma sospecha había notado ya el canónigo Lelong. [2] Después de consumir el P. Franco muchas páginas en *El hipnotismo puesto de moda* para asentar, entre otras cosas, que en el fenómeno hipnótico más insignificante entremete el demonio su mano, luego, cual si amainase velas, escribe [3] que «no condena á los que no convencidos por sus razones se permiten provocar los dichos fenómenos, ni censura á los teólogos, médicos y fieles en general que por nuevas razones á él desconocidas toleran tales hechos.» Desvanécese esta aparente contradicción, si se considera que el Padre Franco usa del probabilismo sin fallar en cosas inciertas. Exponiendo su concepto con más claridad dice así: «También nosotros dudamos de estos fenómenos elementales, é insistimos en llamarlos sospechosos:» [4] otro tanto confiesa en los artículos de la *Civiltà cattolica*, apuntados más arriba. Aunque el P. Franco tenga por destituida de probabilidad la sentencia de los que juzgan naturales los fenómenos inferiores del hipnotismo, y consiguientemente crea ilícito el provocarlos; no obstante, en cosa no definida tampoco se constituye juez, y por eso al que hallándose en estado de formar lícitamente opinión estimase por probable nuestra sentencia, no se lo reñiría él, ni le condenaría porque permitiera provocar los tales fenómenos.

De igual manera entendemos el dictamen del Emmo. Cardenal D. Ciriaco María Sancha Hervás. Su Carta pastoral del 19 de Marzo de 1888 fué criticada por ciertos escritores franceses, [1] pareciéndoles que resolvía con alguna violencia problemas que están todavía en tela de juicio por las grandes tinieblas que los envuelven. Pero si advertidamente se mira el intento principal del docto Purpurado, se verá que lo que trata de prevenir es el abuso anejo al hipnotismo «en las condiciones peligrosísimas con que se ha manifestado» (pág. 36). Desvanecido el peligro, prevenido todo abuso, asegurada la probidad, descartada la inmoralidad, empleado el hipnotismo en calidad de medio terapéutico, en caso de grave necesidad, satisfechas las condiciones demandadas por la moral, la religión y la ciencia, opinamos que la solicitud pastoral del celosísimo Prelado toleraría en algún caso los fenómenos elementales propios de la hipnosis. Igual concepto nos merece la Pastoral del Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Jaime Catalá, obispo de Barcelona, [2] y la *Instrucción Pastoral* del Obispo de Urgel, Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. Salvador Casañas y Pagés. [3]

Comparados entre sí los tres últimos capítulos, resulta ser el espiritismo, el magnetismo, el hipnotismo, tres cosas de muy distinta naturaleza. El espiritismo es una secta, el magnetismo un embeleco, el hipnotismo un arbitrio de serias y graves consecuencias; el espiritismo encierra una impiedad, el magnetismo da materia de pasatiempo, el hipnotismo contiene un medio curativo de limitada y peligrosa aplicación; el espiritismo es diabólico, el magnetismo es una frivolidad, el hipnotismo es cosa natural sujeta á gravísimos inconvenientes; el espiritismo es una superstición teatral, el magnetismo entretenimiento de salón, el hipnotismo operación delicada de más daño que pro-

1 Solía decir Leibnitz: «Ojalá pudiéramos lograr que los médicos filosofasen, ó que los filósofos medicinasen.» —Gerardt, *Lettre à l'Hôpital*, t. I, p. 312.
2 *La vérité sur l'hypnotisme*, p. 161.
3 P. 278, traducción de Font y Boter, 1888.
4 *El hipnotismo y los médicos católicos*, 1889, p. 53.

1 Meric, *Le merveilleux et la science*, p. 449, etc.—Lelong, *La vérité sur l'hypnotisme*, p. 159, etc.— *Revue de l'hypnotisme*, 1 juin 1888, p. 177.
2 *Boletín eclesiástico*, 1.° de Mayo de 1888.
3 *Boletín eclesiástico*, 25 de Abril de 1893.

vecho; el espiritismo lisonjea á los incrédulos, el magnetismo causa risa á los curiosos, el hipnotismo debe hacer temblar á los médicos; el espiritismo es uno de tantos baluartes contra la religión cristiana, el magnetismo se convierte en una de tantas vanidades, el hipnotismo puede ser la calamidad mayor de individuos y familias. El milagro, para dejar á los tres burlados, puso tierra en medio y quiso depender de solo Dios, constituyendo el más poderoso defensor de la religión, el consuelo de la familia, el decoro de la cristiana sociedad.

CAPÍTULO XIII.

RESUMEN Y CONCLUSIÓN.

ARTÍCULO I.

Resumen del libro primero: naturaleza del milagro, enemigos, posibilidad, autor, fin, verdad histórica, verdad filosófica, verdad relativa, doctrina católica, excelencia, necesidad, dón, juez.—Resumen del libro segundo: milagros del Viejo Testamento, verdad y excelencia de los de Cristo, milagros de Cristo en los reinos naturales, sobre las enfermedades, sobre los demonios, sobre la muerte; Resurrección, conversión del mundo, milagros de los primeros siglos, persecuciones, taumaturgos, milagros modernos, la mística divina.—Resumen del libro tercero: acción del demonio, magia, obsesión, posesión, milagros de los gentiles y herejes, imaginacion, neuropatías, superstición, magnetismo, espiritismo, hipnotismo.

El *milagro* es un efecto sensible, raro y extraordinario, producido directamente por el divino poder, sin que sea dable á causa criada tomar parte activa en su ejecución sino por vía de instrumental concurso. Siendo esta la creencia del milagro, lejos de introducir desorden en las naturalezas de los seres criados, las ha de ennoblecer y magnificar levantándolas al servicio de otro orden de encumbrada esfera, al que una providencia especialísima de Dios las reduce y subordina. Los *enemigos* del milagro lo han sido siempre de la divina providencia, ya arrojándola del mundo visible, ya limitando su territorio, ya, en fin, concibiéndola tal que mejor fuera la hubiesen negado. Los que con más fiereza la maltrataron fueron los racionalistas en todo tiempo, los cuales, confesando que hay Dios, le desterraron, hipócritas, de la universidad criada y le divorciaron del trato con los hombres. (Libro I, cap. I y II.)

Contra los negadores de la *posibilidad* del milagro bastaría probar que hay Dios; porque si le hay, ha de ser causa prima, á saber, todopoderoso, sapientísimo y libre, y por consiguiente ha de concurrir con su infinita actividad, no sólo conservando las criaturas, mas también cooperando con ellas á llevar adelante el orden establecido; actividad que, siendo libre de parte de Dios, puede suspender, trocar, robustecer extraordinariamente las exigencias naturales al arbitrio de su voluntad, sin que por eso nazca desorden en Dios, en el mundo ni en la esencia de las cosas. Todos los pueblos antiguos y modernos han profesado la posibilidad del milagro. (Cap. III.)

Á la injuria de los tiempos presentes estaba reservado el prurito de levantar á tanta honra la *inmutabilidad de las leyes* cósmicas, que se juzgue imposible el milagro por infractor de las dichas leyes. Pero ni ellas son inmutables, ni el milagro las infringe: por ambos capítulos queda sin fuerza la repugnancia de los adversarios. El milagro reina más alto que el curso establecido en la naturaleza: lejos de contrariar la pausada monotonía de las leyes, déjalas en su vigor cuanto á la parte positiva, y muestra su poderío fuera de ellas cuanto á la parte negativa é indeterminada, de suerte que así como el misterio es superior y no contrario á la razón, tampoco el milagro es contrario á las leyes físicas, aunque tenga su asiento sobre la corona de todas ellas. Esta superioridad ataja los discursos de los que le llaman abrogación, derogación, suspensión de las leyes cósmicas, y le juzgan anticientífico y contradictorio. (Cap. IV.)

Blasón de Dios es el milagro, demostración extraordinaria de la divina omnipotencia. Dios sólo, sin consorcio de criatura, ejecuta por sí la operación milagrosa. Los ángeles, cuya acción en el mundo sensible se reduce á mover localmente los cuerpos, no pueden ejecutar milagros con poder y autoridad propia, dado que

sean aptos para concurrir en calidad de instrumentos, como lo son los hombres á veces cuando el Señor de la majestad se sirve de su cooperación. Diferencia infinita va de la causa eficiente, que es Dios, á la causa instrumental. Más limitado es el poder de los demonios en esta parte, y muchísimo más lo es el de los hombres sin comparación; unos y otros no saben hacer sino maravillas, buenas para la curiosidad, no para la admiración cuando obran naturalmente. Fuera de que el *fin* distingue los milagros de los prestigios. (Cap. V.) El de los milagros es dignísimo de su autor, pues promueve la gloria de Dios y la utilidad de los hombres, blanco principal á que se enderezan, siendo el menos principal y secundario confirmar la verdad y testificar la santidad. Por esta razón llámanse signos, en cuanto significan la verdad y santidad clara y evidentísimamente, propiedad no concedida á las maravillas diabólicas. (Cap. VI.)

Esta evidente significación presupone *verdad histórica* en los hechos milagrosos, que como tales pertenecen al fuero de la historia, en cuyo tribunal el humano testimonio engendra certeza, y es oficio de la crítica concienzuda aplicar la severidad de sus reglas á los testigos presenciales ó auriculares para calificar debidamente el mérito de las relaciones de los hechos milagrosos. Tal vez un solo testimonio vale por generaciones enteras. La crítica razonable no puede menos de juzgar por auténticos los milagros contenidos en la Santa Escritura y en la Historia eclesiástica; no así fueron los del paganismo. Sin embargo, necesaria es la discreción. Con ella prevenida la Iglesia católica reprobó siempre los documentos apócrifos y dió graves avisos en orden á discernir los milagros verdaderos de los falsos y fingidos. Á su ejemplo los católicos se esfuerzan en acrisolar la verdad histórica de los sucesos milagrosos. (Capítulo VII.)

No menos diligencia ha de ponerse en su *verdad filosófica*, examinando si son divinos y acaecidos por intervención del supremo poder. Porque el milagro no es efecto de causa corpórea, ni de fuerza oculta, ni de ley peregrina, ni de imaginación extraordinaria, ni de virtud ninguna criada; de más alto origen procede, como lo demuestran las resurrecciones de muertos y las curaciones de enfermos desahuciados, supuestas las condiciones que en tales casos la buena crítica requiere: cinco son las principales, eficiencia, duración, utilidad, modo, fin, las cuales marcan por divino el hecho en que concurran. En el taumaturgo otros varios títulos deben reunirse que muestren su sinceridad y verdad. (Cap. VIII.)

Los milagros por ser locuciones de Dios tienen relación con las cosas reveladas: de ahí les viene la *verdad relativa*. No pudiendo Dios mentir, cuando sella con un milagro su revelación, forzosamente ha de ser verdadera: el milagro, sello instituido por Dios, no puede testificar directamente doctrina ó santidad falsa, ni áun indirectamente. De donde los prodigios efectuados por demonios, infieles, anticristos, de ninguna manera acreditarán la enseñanza que prediquen, y con razón exigen los católicos á los protestantes la rúbrica de los milagros, cuya fe no es distinta de la de los dogmas. (Cap. IX.)

La doctrina definida en el Concilio Vaticano hace ciertas las tesis principales hasta aquí demostradas, constituyendo el milagro en verdadero criterio, condenando á los que niegan la posibilidad y la verdad de los milagros, y proponiendo la misma Iglesia católica como eminente motivo de credibilidad en orden á los dogmas revelados. (Cap. X.)

Grande es la *excelencia* del milagro, pues abre el camino á la fe, por ser uno de los principales motivos de credibilidad. No que sea el milagro objeto formal adecuado de la fe, como tampoco lo es la autoridad de la Iglesia; pero tanta es la virtud que tiene por ser habla divina y augusta su elocuencia, que algunos teólogos le contemplan como parte complementaria del objeto formal. Como quiera que ello sea, su dignidad consiste en cifrar y compendiar en sí todos los motivos de credibilidad y en hacer merecedora de todo crédito la divina revelación (Capítulo XI). Para afianzarla es él en cierto modo de absoluta *necesidad*, según la soberana disposición de la divina providencia. Cierto está que sin milagros puede tener la fe cristiana su lugar y cabida en el corazón de los hombres, pues que la gracia interior demás de ser necesaria para la cumplida eficacia del milagro, es suficiente por sí para acreditar la revelación y despertar la verdadera fe; mas si atendemos al orden de la actual dispensación no puede negarse que Dios en la ins-

titución de los milagros fundó una maravillosa economía, con que guiar la razón humana suave y eficazmente al conocimiento de su divina voluntad. Así las profecías del Antiguo Testamento requerían los milagros del Nuevo, y las profecías y ordenaciones de Cristo hacían como necesarios los milagros de la Iglesia, ya para lustre de ella, ya para honra de sus miembros, sea para aliento de los fieles, sea para confusión de los infieles y pecadores. (Cap. XII.)

Según esto, el *dón* de milagros es patrimonio de la verdadera Iglesia, como arraigado en su misma constitución, clamen cuanto quieran los protestantes que de él se ven privados. La visibilidad de la Iglesia resplandece en el dón taumatúrgico, con cuya luz queda patente á todos la divinidad del cuerpo que goza, como en depósito, de esta insignia. No menos en claro queda la santidad de la verdadera Iglesia, á quien prometió el Salvador la facultad de hacer milagros en prenda del divino Espíritu que en ella había de morar. Y porque sola la Iglesia romana tiene propias las dos señales dichas, por eso el dón de milagros la publica á voces por religión verdadera y la diferencia de las falsas y espurias; y así lejos de ordenarse el milagro á enaltecer el poderío de los Papas, está ordenado á embellecer y autorizar el cuerpo místico de Cristo Jesús. (Cap. XIII.) Sin embargo, los Papas son sus legítimos *jueces*. La canonización de los Santos, puesta á su cargo, requiere milagros y virtudes por condiciones indispensables para fallar la santidad heróica de un cristiano que pasó de la presente vida. A los romanos Pontífices toca declarar la verdad de los convenientes milagros. Al efecto se entabla el proceso de la causa, que corre por cuenta de la Sagrada Congregación de Ritos, la cual se ajusta á severísimas reglas de crítica ya tocante á los trámites que se han de seguir en las informaciones, ya cuanto al número y diversa índole de los milagros; éstos, que por lo común versan sobre curaciones, han de satisfacer á siete principales requisitos para merecer la estimación de verdaderos; juicio que, consideradas todas las circunstancias, pone muy alta la judicatura de la Iglesia romana y humilla la ignorancia y malicia de sus detractores (Cap. XIV).

Presupuesta la precedente doctrina en común y descendiendo á *exponer el milagro en particular*, primera mención merecen los del *Antiguo Testamento*. Habiendo tenido principio en el Edén la religión revelada, era muy puesto en razón que comenzase luego Dios á señalarla con divisas muy suyas. La formación de Adán y Eva fué milagrosa, y también lo fué el habla de la serpiente. Lució el milagro con singular magnificencia en el pueblo de Israél, escogido para depositario de la revelación. El incendio de Sodoma y Gomorra, la estatua de sal, la columna de nube, el maná, la jumenta de Balaam, el vellocino de Gedeón, el cetáceo de Jonás, el palacio de Ezequías, el horno de Babilonia, el lago de los leones dieron lugar á espléndidos milagros, en que se ostentó palpable la mano providencial de Dios (Libro II, cap. I). El cual empleó en otras ocasiones el concurso de sus fieles siervos, cuya misión, virtud y doctrina quería señaladamente autorizar, y la autorizó de manera muy singular en Moisés, Josué, Elías, Eliseo, insignes *taumaturgos*, que se ostentaron embajadores del Altísimo con obras portentosas hechas en los reinos elemental, sidéreo, vegetal, animal y humano, cual convenía á los enviados por Dios á preparar el advenimiento de su soberano Hijo. (Cap. II.)

Porque el Salvador del mundo había de resplandecer con milagros y asentar con ellos la religión revelada. Hízolos en efecto señalados por su muchedumbre, universalidad y publicidad, como consta en el Santo Evangelio. Los autores cristianos, los judíos, los gentiles y las sibilas aclaman acordes la *verdad histórica* de los milagros de Cristo. Su *verdad filosófica* no puede ser más evidente, según que lo prueba la manera de hacerlos, la conducta de los fariseos, el poder conferido á los apóstoles, la confesión de los demonios, el cotejo entre Cristo y Moisés, la autoridad de los gentiles, y por consiguiente no se debieron á magia, ni á imaginación, ni á su temperamento, ni á magnetismo, ni á destreza natural, ni á la fe de los agraciados. (Cap. III.) Su *excelencia* resulta de la verdad relativa por el maravilloso enlace que tienen con la doctrina del Redentor, con su divinidad ante todo, de que tuvo él conciencia y dió clara demostración. Repugna que Dios confirmase con milagros las enseñanzas de Jesús á no estar posei-

das de verdad; por eso los judíos que no las admitieron son inexcusables en el tribunal de la razón. Un tan singular poder le vino á Cristo por la divinidad de su augusta Persona. Teándricas eran sus operaciones milagrosas, siendo la sacrosanta humanidad el instrumento del Verbo; excelencia granjeada desde el momento de la Encarnación, y manifestada en la majestad del semblante y según los sentimientos de su Corazón, á fuer de Redentor de los hombres. (Cap. IV.)

La virtud taumatúrgica no reparó en imposibles: extendió su omnipotencia á los *reinos naturales*, convirtiendo el agua en vino, multiplicando panes y peces, sosegando tempestades, andando sobre las ondas, secando de repente la higuera, hallando la moneda en la boca del pez; estas maravillas declararon á Cristo por dueño absoluto de la creación. (Cap. V.) Después rindiéronse á su palabra todas las *enfermedades*, de que dieron claro testimonio, entre otros el hijo del Régulo, el paralítico de Cafarnaum, la mujer hemorroisa, el tullido de Betsaida, el hombre de la mano seca, el criado del Centurión, el sordomudo, el leproso, el ciego de nacimiento, siendo notable y esencial la diferencia entre las operaciones médicas y las de Cristo nuestro Señor. (Cap. VI.) Además imperó sobre los demonios, como lo prueban las *posesiones* reales y verdaderas del Evangelio, y en particular el endemoniado de Cafarnaum, el poseso de Gerasa, el mudo espiritado, el ciego y mudo, la hija de la Cananea, el niño lunático, la mujer encorvada, fuera de otros muchos ejemplos, en que vanamente siembra chismes la terquedad heretical. (Cap. VII.) Finalmente, triunfó el *poder de Cristo sobre la muerte*. La hija de Jairo, el hijo de la viuda, Lázaro de Betania, soltaron aprisa la mortaja porque Cristo se lo mandó. (Cap. VIII.) Pero amontonamiento de milagros fué la *Resurrección del divino Redentor*, muerto en infame patíbulo; resucitó de muerte á vida gloriosa cuando menos lo esperaban los apóstoles, no obstante la conjuración del Sanedrin, á despecho de todas las contrariedades é imposibilidades humanas. (Capítulo IX.)

El milagro fundó el cristianismo, y había de ser medio para la *conversión del mundo*. La doctrina evangélica era nueva y dificultosa, no nacida del rabinismo, ni de la China, ni del bramanismo, ni del budismo, ni del mazdeismo, ni del caldeismo, ni del helenismo, ni de la filosofía judío-alejandrina, ni de los esenios, ni de los romanos. Por ser doctrina original y ardua de creer, hacíase más dificultosa su propagación de parte de los apóstoles, de parte de los príncipes terrenos, de parte del modo que se guardó en predicarla y en resistir á la predicación. Tantas contrariedades las concertó el milagro. (Capítulo X.) Y no se contentó con la conversión del mundo, hizo ilustre la propagación del Evangelio *durante los primeros siglos*, como lo deponen los varones apostólicos, cumpliéndose en ellos las promesas del Salvador, y reinando el dón de milagros con señorío universal. Continuó en los fieles el cumplimiento de la divina largueza, especialmente en curaciones de enfermos y en expulsiones de demonios. Otros ruidosos portentos presenció aquella edad; el martirio, prez y divisa del catolicismo, fué teatro de estupendas maravillas. (Cap. XI.) Armados los poderes de la tierra contra la Iglesia naciente, trataron de sofocarla en su cuna. El *milagro de la paciencia*, ejercitada sobre todo encarecimiento por los cristianos en estas *persecuciones*, no puede ponerse en disputa. Nerón, Domiciano, Trajano, Adriano, Marco Aurelio, Cómodo, Septimio Severo, Antonino Pío, Decio, Maximiano y otros perseguidores, por odio á la religión cristiana, inundaron sus Estados con sangre de mártires, en cuyo número y modo de padecer mostróse más claro que el día lo milagroso de su paciencia. (Cap. XII.)

Pasados los tres primeros siglos, prevaleció el milagro en los santos *taumaturgos* de la Iglesia católica, en los cuales fué Cristo glorificado con lustre y propagación de la misma Iglesia. Cada siglo ha tenido sus taumaturgos (cap. XIII), hasta los tiempos *modernos*; pero la Virgen Sacratísima, cuya encumbrada dignidad ennbelesa y suspende los entendimientos de los ángeles, anduvo en todo tiempo extremada en liberalidad y bizarría, como lo hacen evidente los milagros de Lourdes, entre otros, dignos de piadosa veneración. (Cap. XIV.) Sobre el curso ordinario se encumbró también la *mística* divina con operaciones inaccesibles al humano discurso. Los grados de contemplación, visiones, apariciones, éxtasis, profecías y otras gracias hechas por Dios como á puerta cerrada, que leemos en las vidas de los Santos

contemplativos, muestran con evidencia cuán colmada de bienes divinos está la Iglesia católica. De todo lo cual, finalmente, se debe concluir que en el cuerpo místico de Cristo ha reinado el milagro real y verdaderamente en todo tiempo desde su primera fundación. (Cap. XV.)

Contra el milagro verdadero en ningún tiempo prevaleció, si bien á veces compitió, el *milagro aparente y falso* que no tiene á Dios por autor. La primera causa eficiente de falsos milagros es el demonio. *Su acción en el mundo* va ordenada por la divina providencia. Como sea enemigo de Dios y enemigo del hombre, y le acompañe un poder superior al humano, y le ayuden á empuñar las armas su fiereza y astucia, no es maravilla que aspire á emular las obras divinas por todos los medios posibles, si bien quedan muy atrás su esfuerzo y saber, áun cuando el Señor le conceda licencia para desbravar su malicia. No son milagros los suyos, sino prodigios ó prestigios, cuya razón alcanza fácilmente la humana inteligencia. Males procura, no bienes cuando el hombre se rinde á su servicio. (Libro III, cap. I.)

De pacto explícito ó implícito nació la *magia*, frecuentada en la antigüedad por los gentiles, como consta en las Escrituras, en libros paganos griegos y latinos, en escritores cristianos, en códigos civiles, en documentos eclesiásticos y en ejemplos de indubitable autenticidad. Obra diabólica fué la evocación de los muertos, creencia universal del gentilismo. No es pues la magia fábula ni impostura, sino un hecho real en que interviene el demonio. (Cap. II.) La *mística diabólica* ¿qué es sinó remedo vil de la mística divina? Las evocaciones mágicas dan lugar á visiones, curaciones, conversiones, éxtasis, resurrecciones, llagas, vuelos y otras operaciones raras que parecen milagros y no lo son, sino cosas muy hacederas á fuerza criada. El cuento de las brujas no pertenece á la magia, pero la obsesión, interna y externa, es operación diabólica, aunque de ninguna manera milagro. (Cap. III.) Otro tanto digamos de la posesión; aunque difiere de la magia, es en verdad obra del demonio, no de los ángeles buenos ni de almas del otro mundo. Su índole característica exige causas directas ó indirectas que la ocasionen. La Iglesia católica tiene señales ciertas para conocer cuándo la posesión es verdadera, y poder para conjurarla. (Cap. IV.)

Comparadas con los milagros del cristianismo, resultan falsas y de ningún valor las *maravillas del gentilismo*. Ni los magos de Faraón, ni Buda, ni Zoroastro, ni Laotzé ni otro cualquier fundador de religión pagana hizo verdaderos milagros. Las curaciones atribuidas á Esculapio y á Serapis, las resurrecciones narradas por los gentiles, las hazañas prodigiosas del emperador Vespasiano, ó fueron diabólicas, ó falsas, ó naturales, ó legendarias. Después de Cristo ni Apolonio Tianeo, ni Plotino, ni los neoplatónicos, ni los faquires, ni los lamas merecen la honra de taumaturgos, pero sus historias son argumentos de grande eficacia contra los enemigos del milagro verdadero. (Cap. V.) Parecidos á los gentílicos son los *milagros de los herejes*. Ninguna secta, entre las sin número que hormiguearon en la Iglesia de Dios desde su fundación hasta la Reforma y desde la Reforma hasta el presente, inclusa la de los jansenistas, puede gloriarse de un solo verdadero milagro (cuánto menos el islamismo), surgiendo de esta comparación nuevos títulos de grandeza, á favor de la Iglesia romana. (Cap. VI.)

Otra causa de falsos milagros es la *humana fantasía*. Esta potencia ningún influjo tiene en los cuerpos extraños, y el que ejerce en el propio cuerpo se limita al sistema nervioso; mas en todo caso más vale para causar daño que para deshacerle. Las curaciones procuradas por sugestión hipnótica, ya que dependan en gran parte de la imaginativa, versan sobre trastornos funcionales, y así no son milagrosas sino de facultad natural. (Cap. VII). Las *neuropatías* que parecen tan *misteriosas* no tienen punto de comparación con las operaciones del misticismo católico. El histerismo, neuropatía muy complicada, ni en su estado habitual ni en su estado actual puede parearse con el éxtasis divino. Tampoco la alucinación tiene conexión con las visiones místicas. Mucho menos dan cuenta cabal de las llagas de los Santos todas las fuerzas y razones humanas. En una palabra, la imaginación del hombre ayudada de cualquier neuropatía no puede ser capaz de verdaderos milagros. (Cap. VIII.)

Calumnia evidentísima es acusar á la Iglesia católica de *superstición*, cual si ella tuviese fija la confianza en la virtud mágica de cosas materiales, cual si hubiera sembrado sus anales de fábulas monstruosas, cual si canonizase medios desproporcionados al fin aspirando á lo maravilloso por todas las vías posibles. Mentirosísimas son estas acusaciones; ni en las prácticas del culto religioso, ni en la depravación de los abusos, ni en la tolerancia de las opiniones, ni en la frecuencia de los milagros puede ser notado de supersticioso el proceder de la Iglesia romana. (Cap. IX.) Ejemplo clarísimo de esto es el *magnetismo animal*. Sus dos géneros de fenómenos, que han tenido embelesado el mundo, se explican sin dificultad, ó por causa natural ó por agente sobrehumano, porque no hay hipótesis que dé razón del magnetismo lúcido, fuera de la solución demoniaca; y debemos confesar que el dictamen de la Iglesia acerca del magnetismo animal en su doble evolución, es el más acertado y razonable. Por serlo, la masonería *iluminada*, en cuanto contiene los fenómenos transcendentales del mesmerismo, está condenada por justa sentencia. (Cap. X.)

Las escenas del espiritismo, que no todas son ilusiones ni imposturas, pertenecen á la magia y son efectos del espíritu diabólico, ni puede proponerse una hipótesis razonable contra esta bien fundada tesis. La doctrina de los espiritistas, cuando no tuviera otra razón positiva contra sí, bastaría para humillar la aparente grandeza de sus fenómenos. Tanto los del espiritismo como los del magnetismo parecen excogitados para hacer honra y provecho á los milagros del catolicismo. (Cap. XII.) Y no menores triunfos les proporcionan el *hipnotismo* y la *sugestión*, porque los fenómenos elementales provienen de una causa natural, los transcendentales, si son ciertos é indudables, débense á intervención extranatural, mas no divina, y el hipnotismo curativo, lejos de ser milagroso, le usan los médicos católicos en calidad de remedio terapéutico. El juicio de la Iglesia romana sobre esta suerte de operaciones, en vez de dar alientos á los enemigos del milagro, los confunde y arrolla demostrándoles cuánta primacía tiene el milagro verdadero sobre el aparente y engañoso.

En suma, el *Milagro en apariencia* es contraprueba del *Milagro en particular*, así como el *Milagro en particular* es confirmación perentoria del *Milagro en general*. Las tres partes entre sí relacionadas ponen de manifiesto cuántos bienes se interesan en la existencia del *Milagro*.

ARTÍCULO II.

La cuestión moderna versa sobre el orden sobrenatural. —Los racionalistas niegan sin motivo su posibilidad. —Relación entre el milagro y el orden sobrenatural.— Obligación que tiene el hombre de examinar lo razonable de la fe.—El criterio legítimo es el milagro.— Quien lo posee es la Iglesia católica.

El político escritor Guizot preguntaba en su tiempo, «¿Cuál es de verdad la cuestión principal que tiene en el día de hoy embargados los ánimos todos?» Y respondía: «Es sin duda la cuestión entablada entre los que reconocen y los que no reconocen el orden sobrenatural, supremo y seguro, si bien incomprensible á la humana razón; la cuestión puesta, por llamar las cosas con la propiedad de sus términos, entre el sobrenaturalismo y el racionalismo. Por una parte están los incrédulos, los panteistas, los escépticos y los meros racionalistas; por la otra los cristianos. De los primeros los más decentes dejan en pie en el mundo la *estatua de Dios*, si es lícito hablar así, pero la estatua tan sólo, la figura, el mármol; Dios propiamente para ellos no le hay. Los cristianos son los únicos que poseen al Dios vivo.» [1] Así razonaba el protestante ortodoxo hace medio siglo. Desde entonces el estado de la cuestión no ha variado ni variará jamás, porque siempre la verdad católica tendrá enemigos que la combatan.

El racionalismo al porfiar en la unidad del orden destierra el sobrenatural del ámbito del universo. ¿En qué razones funda su terquedad? En ninguna que sea de valor, en que así le parece y nada más. Nunca demostró imposible y repugnante que el hombre posea un fin más levantado que el natural, al que le llama no necesidad, absoluta, sino condescendencia y privilegio. Para demostrar la imposibilidad debería el racionalismo ante todo probar que la capacidad del hombre queda tan del todo colmada con un bien natural (reducido á la contemplación de las divi-

1 *Méditations et Études morales*, préf. p. I.

nas perfecciones por la presencia de las criaturas), que no sea dable más perfecta comunicación. Pero como la capacidad de entender y amar sea en el hombre por todo extremo grande, y siendo Dios bien infinitamente amable y capaz de llenar las aspiraciones de las humanas potencias, como no llegue el fin natural á agotar la facultad de la naturaleza humana, ¿dónde está la repugnancia de que Dios levante el velo de su soberana esencia, y robusteciendo la flaqueza de las facultades humanas les dé á gozar la vista clara de la divinidad, y en su contemplación y amor descansen satisfechas y enteramente beatificadas? Una tan gallarda comunicación ¿por qué lado sería imposible?

Van errados los racionalistas y fuera de camino. Contemplan la armonía de las esferas celestes, y no creen posible otra más excelente música; buscan el centro del mundo universo, y áun no atinando con él, sólo por barruntos conjeturando, decretan que sólo puede hallarse donde á ellos les parece; estudian el misterio de esta vida, y áun no desentrañándole, niegan que haya otra mejor; practican y corren tierras, y áun dando de ojos á cada paso claman que está visto todo, que no hay más que explorar, que tienen la universidad de seres de todo en todo averiguada. Hombres de razón, ¿cómo queréis tenerla cuando tomáis la parte por el todo, y dislocáis el centro del mundo, y llamáis sinfonía la que apenas es frase musical, y la portada juzgáisla libro completo, y apellidáis drama una escena, discurso una sílaba, universo en fin la mínima porción de seres? Y cuando os preguntamos si hay algo más en la creación que leyes naturales, si es posible otro fin, otro designio, otro más alto linaje de bienes, respondéis serios: es imposible, la razón lo desestima, no puede ser. ¿Cómo? ¿antes de examinar el proceso dais por conclusa la causa, primero que bajéis á la arena, cantáis ufanos la victoria? ¿Y eso llamáis filosofía?

Muy de otra suerte procede la sana y recta razón. Primero examina los sucesos, los tantea, los pasa por el crisol de la crítica, y hecho en ellos pie deduce consecuencias que gozan la misma ineludible fuerza que los principios de donde se derivan. Así caminando la filosofía cristiana en pos de la sagrada teología ha demostrado la verdad del orden sobrenatural, y probado que existe en este mundo una providencia especialísima de Dios que endereza el linaje de los hombres á un fin superior, aventajado, preciosísimo, sobrepuesto y sobreañadido al humano y natural. Plumas de elevados ingenios han acometido esta empresa poniendo en clara luz la ninguna repugnancia y la positiva existencia de un orden de verdades, de misterios, de sacramentos, de potencias, de operaciones, de actos distantes infinitamente de lo caduco y deleznable de este mundo material. Esto creyó la antiquísima tradición de los siglos, esto juzgaron las preclaras luces de los más grandes ingenios, esto enseñaron los más eminentes maestros y doctores del humano saber, esto profesó la sabiduría de las más cultas naciones; el orden sobrenatural es posible, y no solamente posible sino real, efectivo y existente, y no tanto es orden aparte, paralelo, ó ajeno del orden natural, cuanto su corona y hermosura, su complemento y perfección, formando entrambos el natural y el sobrenatural un sistema completo, levantadísimo, grandioso y amplísimo que comprende el ámbito universal de toda la obra divina.

En vano claman los críticos que el sesgo de las ideas modernas no se compadece bien con lo sobrenatural, en vano echan á alucinaciones místicas las cosas que sobrepujan la humana comprensión, en vano en los ramos de las ciencias buscan razones con que deslustrar las maravillas del orden divino, en vano entablan estudios comparativos con que minar la fortaleza de las antiguas tradiciones; cansados de inventar, de revolver, de variar á cada viento, vienen los unos á dar círculos en las afirmaciones ó negaciones de los otros, dejando la verdad de la revelación en pie, inquebrantable y firme. «Es muy de ver con qué sarcástica compasión ponderan los esfuerzos empleados por la razón en domeñar la naturaleza, y con qué jactancia se glorían de haber eliminado de los dominios de la ciencia el orden sobrenatural. Los matemáticos presumen calcularle, los físicos pesarle, los fisiólogos disecarle, y no reparan que si existe es á trueque de ser incalculable, imponderable, indescomponible. Dignas son las ciencias de admiración, pero por desgracia la altivez las desatina. Cuando ciertos *sabios* quieren dar golpe mortal á la metafísica, dicen que es negocio de sentimiento, como si dijeran, es un sueño,

una nebulosidad, un qué me sé yo que cuadra mal con hombres cuerdos y graves.» [1] Así se expresaba un escritor como Pablo Janet, conocido por su indiferentismo religioso.

No repugna, antes existe, el orden sobrenatural, y la razón que aquí pretendemos esforzar es la realidad del milagro. No que el milagro constituya el orden sobrenatural, no que el milagro sea parte formal del orden divino, como han pretendido contra razón ciertos racionalistas. [2] El gran teólogo P. Ripalda en su clásico tratado *De ente supernaturali* al consagrar tres gruesos volúmenes en folio á las controversias todas del orden sobrenatural, á duras penas dedicó unos pocos párrafos á la consideración del milagro. Pero es tan enjuta y de poco vuelo la ciencia de los racionalistas, que sintiéndose faltos de bríos para mirar de frente y acometer al edificio sobrenatural por la cumbre, que es la más rayana de la metafísica y pide más delicadeza de ingenio, se contentan con escarbar la base, el milagro, que comunica más de cerca con el suelo, haciendo creer que sobrenatural y milagro son dos voces sinónimas, y que contraminado éste abatirá por tierra la fortaleza de aquél. A juicio de los católicos el milagro es una operación sensible encaminada á patentizar la singularísima providencia de Dios, es un signo que nos señala ciertamente la voluntad de Dios, es un suceso que de suyo traspasa los límites de lo natural y entra en los dominios de Dios; mas aunque considerado en sí el milagro no diga relación directa con la visión beatífica, fundamento y remate del orden sobrenatural, con todo eso, atento á que Dios en la presente providencia se aprovecha del milagro para llevar adelante el conocimiento de la revelación, como está demostrado más arriba, podemos con razón concluir que el milagro ya que no sea en la substancia obra sobrenatural, lo es en el modo y por razón del fin en cuyo obsequio y testimonio se hace. La relación entre el milagro y la religión revelada no puede ofrecer más cierta seguridad.

Tampoco el racionalismo puede ofrecer más claras señales de insensatez. Empeñado en que la razón dé cuenta de todo, desecha toda sombra de misterio. Presunción arrogantísima. Vaya delante y abra camino la antorcha de la razón, guíe los pasos á la fe y hágala razonable, pero no debe entrar en el sagrario de sus dogmas. Averiguar si Dios se los ha revelado al hombre y estatuido con ellos el orden sobrenatural, es tarea muy digna de la razón, pero intentar medirlos por la menguada medida del natural discurso, es excusada temeridad. Hechos y dogmas componen todo el caudal de cosas reveladas; examinar los hechos justo es y razonable, debido y necesario es; querer sondear los dogmas, incalificable orgullo. El cristianismo nunca se opuso á que fuesen ventilados los hechos en que se funda, pero trató siempre de mentecatos á los que se atrevieron á sus enseñanzas. Conducta por extremo prudente. No le importa al cristianismo que le condenen, que le persigan, que suelten contra él la astucia y el odio sus crueles baterías; lo que le importa, lo que quiere, lo que demanda, es que no le condenen sin conocimiento de causa. [1] Lo que anhela es que si puestos en tela de juicio sus testimonios, no los hallan razonables, formen el proceso de su indigna conducta. Creed mis palabras, dice, mas antes examinad mis obras; el que cree á la ligera, es un imprudente, un temerario; antes de creer está el ver; primero que bajes la cabeza, abre los ojos; preceda la claridad á la obscuridad, luzca la evidencia de lo creible antes de rendirte á creer lo verdadero.

Sucinta y majestuosamente declaró este proceder del cristianismo el Papa Pío IX en su Encíclica *Qui pluribus* (9 de Noviembre 1846), por estas hermosas palabras: «No habiendo sido inventada nuestra santísima religión por la razón humana, sino manifestada clementísimamente á los hombres por Dios, compréndese fácilmente que dicha religión toma toda su fuerza de la autoridad de la palabra divina, y que jamás puede ser producida ni perfeccionada por la razón humana. Para que en cosa de tanta importancia la razón humana ni se engañe ni sea engañada, conviene que con diligencia investigue el hecho de la divina revelación, y se cer-

1 *La cité de Dieu au XIX siècle*, *Revue des Deux Mondes*, 15 mars 1856.

2 RENAN, *Études d'histoire religieuse*, p. 137.

1 Hoc unum gestit ne ignorata damnetur.—TERTULIANO, *Apolog.*, cap. I.

ciore de que Dios ha hablado, y como sapientísimamente enseña el Apóstol, le preste obsequio razonable. Porque ¿quién ignora ni puede ignorar, que debe darse fe á la palabra de Dios, y que no hay cosa más conforme á la razón que rendir crédito y adherirse firmemente á lo que consta haber sido revelado por Dios, el cual no puede engañarse ni engañarnos?»

Punto es este de capital importancia y sólidamente fundado. El hombre, por docto que sea, no puede esquivar la obligación de escudriñar lo razonable de nuestra fe. En el *Syllabus* se contiene esta proposición, y es la quince: «Todo hombre es libre de abrazar y profesar la religión que, guiado por la luz de la razón, juzgare ser verdadera.» Sentencióla Pío IX (10 de Junio 1851), en sus Letras Apostólicas *Multiplices inter*, condenando y prohibiendo el libro de Francisco G. Vigil, *Defensa de la autoridad de los Gobiernos* (Lima, 1848), que la contenía y enseñaba. Y en la alocución *Maxima quidem* (9 de Junio, 1862), deplora el Padre Santo y reprueba la perversidad de aquellos hombres que «conceden á cada cual una suerte de derecho primario, en cuya virtud pueda libremente pensar y hablar en materia de religión, y tributar á Dios la honra y culto que según su capricho juzgue mejor.» Condenable y justamente condenada es una doctrina como ésta, que preconiza la autonomía de la razón y la autonomía de la conciencia, doble autonomía, que por ser repugnante á lo finito de la razón y á la falibilidad de la conciencia, hace al hombre esclavo del error y le enajena de la verdad. [1] Doctrina racional ó moral fundadamente contraria á los dogmas del cristianismo no puede haberla. Cuando la inteligencia del creyente no halle salida á una dificultad dogmática, y después de reflexionar sobre los motivos que le inducen á creer, quede atascado sin descubrir solución, no por eso se prueba la falsedad del dogma. Semejantes argumentos, dice Santo Tomás, «no tienen fuerza demostrativa, más bien son razones probables ó sofísticas, y dan lugar á solución.» [2] El tiempo y la investigación científica, ¿cuántas antilogias y obscuridades no han desvanecido á primer aspecto insolubles? [1]

Después de estos preámbulos, y ya que entre todas las religiones existentes haya de haber alguna verdadera, so pena de quedar el hombre condenado á vivir sin religión, pues podría ser que todas las juzgase falsas y se creyera dispensado de seguir ninguna, [2] colígese de necesidad que la verdadera deba marcarse con señales tan seguras y claras que nos certifiquen la revelación y voluntad positiva de Dios acerca del culto que se le debe dar, sin peligro de error ni engaño. No pueden las cosas de la fe alcanzarse por vía de razón; no por eso es liviandad el creerlas. A todo criado entendimiento excede la luz de los santos misterios, sobreluciente y esplendidísimo es el resplandor que despiden, menguado entendimiento tenemos para alcanzar cómo ellos sean, mas con todo tales razones nos asisten para creerlos, que bien podemos osar presentarnos delante de cualquier tribunal para poner fuera de disceptación la credibilidad de nuestra fe.

El instrumento auténtico es el milagro. Reconocíalo el profundo Leibnitz por estas palabras: «Todas las demostraciones de la divina revelación, dejadas aparte las pruebas sobre la excelencia de la doctrina, se limitan á fundarla en un milagro, conviene á saber, en un suceso ó en una relación de circunstancias maravillosa é inimitable que no puede atribuirse al acaso.» [3] Siendo el milagro obra de Dios instituída para comprobar la verdad de la revelación, resulta ser «piedra de toque para contrastar la verdad de todas las manifestaciones que se ofrecen como revelaciones divinas en la historia de la humanidad;» [4] y siendo un hecho exterior, sensible, testificable, adaptado á la comprensión de todas las inteligencias, posee una fuerza incontrastable sobre toda ponderación para certificar los dogmas en cuya prueba se hace; y estableciendo relaciones entre el mundo viejo y el nuevo, es decir entre el mundo natural extraviado y el divino sobrenatural compuesto de verdades religiosas que

[1] VELÁZQUEZ y ARROYO, *Doctrina de la Encíclica* del 8 de Diciembre de 1864, p. 104.

[2] Demonstrationem vim non habent, sed vel sunt rationes probabiles vel sophisticæ, et ad ea solvenda locus relinquitur.—*Contra Gent.*, lib. I, cap. VII.

[1] D. NICETO ALONSO PERUJO, *Lecciones sobre el* Syllabus, 1877, t. II, cap. XII.—HETTINGER, *Apologie du christianisme*, 1869, t. II, chap. XII.—LA FUENTE, *La pluralidad de cultos y sus inconvenientes*.—DE BROGLIE, *Le progrès religieux*, 1884.

[2] PERUJO, *Lecciones sobre el* Syllabus, 1877, t. I, p. 187.

[3] *Systema Theolog. init.*

[4] *Hettinger. Apol.*, t. II, chap. XII, p. 127.

llevadas por el curso histórico llegan á colmar su caudal en la persona de Jesucristo, sabiduría eterna del Padre manifestada al mundo infiel en forma visible, resulta que la corriente sobrenatural entra en el curso de las cosas humanas por veredas sorprendentes é inescrutables, pero visibles y evidentísimas, con tan maravillosa eficacia, que todas las esferas de la vida se conmueven espantadas, rompen las prisiones de inveteradas costumbres, dejan en fin de ser lo que fueron, y no descansan hasta lograr el centro perdido y revolverse tranquilas en torno del único y soberano Dios. De esta manera el milagro dotado de verdad histórica, de verdad filosófica, de verdad relativa, puesto en lugar eminente entre los argumentos de credibilidad y comprendiéndolos en cierta manera todos, constituye el sello y firma de la divina mano y está lleno de valentísima virtud para evidenciar la credibilidad de la verdadera religión, cual ningún otro testimonio. De donde aquella religión que presente la realidad de un solo milagro obrado en favor snyo, deberá llevar la palma entre todas las que pretendan guiar al hombre á su descanso final.

Ahora ¿en poder de quién queda la divisa de los verdaderos milagros? En poder de la Iglesia católica, apostólica romana; está demostrado: y también lo está, que ninguna secta los obtiene ni los ha obtenido. El milagro de milagros, perenne, grandioso, evidentísimo es la misma Santa Iglesia, nuestra madre, cuya primera piedra se colocó á poder de grandes milagros, cuyo edificio subió merced á grandes milagros, cuya duración prosperó con el auxilio de grandes milagros, cuya permanencia florece hoy como antes con el resplandor de grandes milagros, cuya perpetuidad campeará con sucesión de grandes milagros, cuyo triunfo final cerrará la noche de los tiempos con la evidencia de grandes milagros. Que si los hombres hablan con razones, Dios se explica desplegando los brazos; los hombres apoyan en juramentos sus afirmaciones, Dios da ser y alma á su dicho con palmadas de autoridad; los hombres persuaden con argumentos de humana sabiduría, Dios convence con portentos de divino poder.

¿Por qué? pregunta el Cardenal Pie. «La razón es esta, responde; *ut fides non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei*; á fin de que la fe no estribe en sabiduría de hombres, sino en la sola fuerza de Dios. [1] No quieren esto los hombres del día. Dícennos que en Jesucristo el teurgo estorba al moralista, que el milagro es un lunar que afea la hermosura de este sublime ideal. La verdad sea que no abolirán ellos este orden, no borrarán el Evangelio, no desharán la historia. A despecho de los novadores de nuestro siglo, quiéranlo ó no los lisonjeros que los adulan, no solamente Cristo hizo milagros, mas fundó en milagros la fe; y el mismo Cristo, no por confirmar sus propios milagros que sirven á los demás de apoyo, sino por compasión que nos tuvo á los que fácilmente damos al olvido las cosas, y más nos movemos por lo que vemos que por lo que oimos, depositó en el seno de la Iglesia, y para hasta el fin del mundo, la virtud de los milagros. Los habrá falsos, los habrá disputables : ¿qué duda tiene? La Iglesia, enemiga de la impostura, ha sido siempre la primera en quitarles la careta.» [2]

ARTÍCULO III.

Los racionalistas son presumidos.—Son arrojados.—Son malévolos y van de mala fe —Males que les aguardaban.—Qué fruto han sacado de sus sistemas.—Crueldad del racionalismo.—Al fin la verdad triunfa.—La Iglesia ha enterrado á los pasados incrédulos, enemigos del milagro.—También enterrará á los presentes que le rechazan.—Silogismo divino.—Aclamación á la Iglesia católica

También es tiempo de quitársela á los enemigos del milagro. ¿Quiénes son los que le hacen tan cruel guerra, con la pretensión de, arruinada la fortaleza, asolar la verdadera religión? ¿Quiénes son los que con el horror del milagro traen banderizada la juventud de ciertas universidades y academias? ¿Quiénes son sino hombres presumidos, arrojados, maliciosos?

Presumidos. Preguntaba en su tiempo el Conde de Maistre: ¿de dónde nace el tumulto de doctrinas insolentes que sin crianza juzgan á Dios y le demandan cuenta de sus secretos? Y respondía: «Nos vienen de esa falange numerosa que llaman *sabios*, que nosotros no hemos podido reemplazar en este siglo. En otro tiempo había pocos *sabios*, y de ellos poquísimos eran impíos. En el día de hoy no vemos sino *sabios*; el serlo es un oficio, y hacen chusma y vulgo. Han invadido todos los puestos y llenádolos de sus in-

[1] I Cor. II, 4, 5. [2] *Œuvres*, t. III, 1879, p. 298.

fluencias; y con todo eso, si hay algo cierto en este mundo, es á mi juicio que no le toca á la *ciencia* guiar y gobernar á los hombres... Era menester haber perdido el seso para creer que Dios ha confiado á las academias el cuidado de enseñarnos lo que él es y lo que le debemos... ¿No tienen las ciencias naturales en qué ocuparse? ¿de qué se quejan? El que habla ó escribe para quitar un dogma al pueblo, deberían ahorcarle como á ladrón doméstico.» [1] En otra parte añade. «Los filósofos del postrer siglo pasaron la vida probando que no hay metafísica: brutos ilustres que tenían el genio embrutecido *(brutes illustres en qui le génie était animalisé)*. En una palabra, los *sabios* europeos son una suerte de conjurados ó de iniciados, que hicieron de la ciencia como necrópoli, y que no quieren que nadie sepa más ni de otra manera que ellos.» [2]

Los incrédulos de hace un siglo, conjurados entre sí, dominados de diabólico furor, dispararon las armas de su odio contra el edificio de la fe, y celebraban los golpes con infernales risadas. Los incrédulos de este siglo hicieron semblante de ser más cultos, de excusar polémicas, de respetar la revelación, de acatar los milagros: esto dijeron, y lo que han hecho ha sido no perdonar á milagros, desfigurar los monumentos de la revelación, meterse en el campo enemigo mostrando que tenían ingenio para hacer el mal posible á la causa del cristianismo. Con ademanes de paz presumieron dejarle sin vida. Llenos de afectada imparcialidad diéronse prisa á levantar un trono á la soberanía de la razón. Arrimaban puntales de varios sistemas que sostuviesen el andamio, pero se les venía todo al suelo en cuanto soplase el más tenue remusgo. La vana presunción en efecto les salió muy al revés. No dieron con la verdad los que se la pedían á la menguada razón. Declarábalo Proudhon con su acostumbrada energía hablando del filosofismo: «La filosofía no sabe más en su edad madura que cuando nació. Cual si hubiera venido al mundo para verificar la sentencia de Sócrates, cúbrese solemnemente con su paño fúnebre y nos dice: Yo sólo sé que nada sé.» [3] De los racionalistas ha dicho otro tanto el ecléctico Jouffroy: «Fáltannos media docena de respuestas á otras tantas preguntas, á las cuales satisface del todo el cristianismo, á las cuales ninguna solución dan los modernos.» [1]

Así han cumplido sus promesas los muy arrogantes *pensadores*. ¿Hay vanidad como la de M. Vernes? Después de inventar una teoría absurda é incoherente con que borrar de una plumada los libros históricos de la Biblia donde se narran milagros, empínase como un cedro y canta engreido la victoria con estas voces: «Pretendemos en consecuencia, que la Biblia es un producto del judaísmo fraguado después del destierro, contra el dictamen de la tradición por una parte, y por la otra contra los dictámenes de los principales representantes de la exégesis moderna.» [2] Un hombre como Vernes que no sólo no deja á salvo las conclusiones de Reuss, de Keunen, de Wellhausen y de parecidos racionalistas, mas ni aún le detiene el respeto de toda la tradición y de los comentadores antiguos, al ponerse en lucha con todo el mundo sabio, ¿podía ser más arrogante? ¿Y cuántos no pudiéramos citar tan presumidos como Vernes? Ahí están los dislates de Renan: «La primera condición del hombre científico es carecer de fe precedente».—«La crítica es la negación del milagro».—«El principio de la crítica es que el milagro no cabe en el tejido de cosas humanas».— «Toda fe, áun la fe en un Dios personal, es evidentemente contraria á la razón.» y otros análogos esparcidos en sus obras, los cuales son otros tantos insultos lanzados á la faz de todos los siglos. [3]

Junto con la presunción está el arrojo. Traza es de racionalistas ajustar su crítica á presupuestos imaginados, y sacarse de la cabeza las razones en que fundarla, así como se sacaron de la cabeza los presupuestos. ¿En qué consiste su crítica? Consiste en dudar de todo, áun de lo mejor establecido por la sana filosofía, y en dar por firmes é inconcusos asertos conjeturales y áun falsos; consiste en plantar un sistema *a priori* y en acomodar al cuadro sistemático los hechos históricos alegados por fidedignos escritores; consiste en reemplazar las fuentes manantiales

---

1 *Soirées de St. Pétersbourg*, vol. I. 2 Vol. II.
3 *Contradictions économiques*, t. I.

1 *Cours de droit naturel.—Du Scepticisme actuel.*
2 *Revue de l'histoire des Religions*, t. XIX, n. 1. p. 76.
3 *La Controverse*, 15 mai 1886, p. 230.

de legítima procedencia por cisternas quebradas y de ningún valor; en fantasear sombras entre sí repugnantes repudiando destellos de purísima claridad; en andar á caza de fuegos fatuos hurtando la vista al brillo del esplendente sol; en negar sin discreción, por hábito, con orgullosa tenacidad, las cosas más evidentes, teniendo cuando mucho la balanza neutral entre lo verdadero y lo falso; en una palabra, la ciencia crítica de estos incrédulos erige á dignidad de axiomas sus postulados, inventa á su placer reglas de interpretación, substituye hipótesis á realidades, exagera las consecuencias de los elementos históricos, amontona analogías por razones, presenta explicaciones incompletas, deja en tinieblas el aspeto luminoso del asunto, y se gloría de criticar con acierto.

Estos ingenios precipitados viven de negaciones. Negación es creerse autónomos y autocráticos, porque es ignorar su naturaleza finita y dependiente; negación es sacudir de sí las trabas de la tradición, porque el hombre sin maestro que le enseñe es un ser solitario y salvaje; negación es idolatrar el hombre en su razón, porque es la esclavitud más deplorable. Y siendo el racionalista un hombre negativo, ¿cómo había de componerse con el milagro, que es la más positiva afirmación y el hecho colmado de más esplendorosa luz? Ya se ve: en la verdadera intención de los racionalistas, *crítica* es sinónimo de antojo y suena *irreligión*, así como *ciencia* suele significar en sus libros la experimental y á menudo la *irreligiosa*. En los libros de los *críticos* son muy frecuentes estos sentidos contrarios al ser de las cosas. Y era muy de esperar que nos acusasen á nosotros, católicos, de no ser *críticos* y de estar faltos de *criterio*. Aun el protestante De Pressensé atrévese á decir que «los católicos están condenados á no acometer con franqueza la cuestión de *crítica*.» [1]

Los que así piensan no es mucho digan que con los profesores del milagro no es posible discutir; y áun añadan, que los países donde reina la creencia del milagro ocupan en el mundo *científico* un muy secundario lugar. ¿Hay negación más romántica que esta: «Todo el conjunto de ciencias modernas prueba que lo sobrenatural no existe?» [1] — ¿Han oído los mortales una tan inconsiderada injuria como esta otra: «Por más indagaciones que se han hecho, jamás se efectuó un solo milagro en parte donde pudiera ser observado y testificado?» [2] — ¿Es posible mayor frescura, por no decir torpeza, que la de M. Havet cuando de los primeros siglos cristianos escribe: «Las persecuciones fueron muy raras y muy cortas, de manera que tomando en su totalidad las cosas, puédese decir que por espacio de tres siglos la Iglesia vivió en plena paz?» [3] — ¿Podía la temeridad dictar palabras más groseras que estas de Paul Bert: «El método religioso estriba en la fe, madre de la superstición, y produce fatalmente la escuela del fanatismo y de la estupidez, y la enseñanza del embrutecimiento y de la bestialidad?» [4] ni más atrevidas que estas otras de Lange: «La metafísica y la religión carecen de realidad objetiva.» [5] Tales desvaríos aconseja el arrojo á nuestros racionalistas. [6]

Pero ni la arrogancia ni la inconsideración pueden ponerse al lado de su mala fe. *Los críticos negativos* arman el juego con muy donosa maña. Al entrar en el campo de las Escrituras, lo primero que hacen es avisar que han descubierto malezas tales, cuales á ningún comentador hasta entonces se le habían ofrecido. Venidos parecen al mundo con notable vena para desbrozar y cultivar la selva inmensa de la Biblia. Dan hipócritamente á entender que todo estaba por descubrir, que ninguna dificultad se había hasta el presente resuelto, que el Nuevo Testamento es un mar de contradicciones, que sin crítica y por ceremonia se había decretado la autenticidad, la inspiración, la veracidad de las

1 *Jésus-Christ.*, Introd., p, 22, 1884.

1 RENAN, *Études d'hist. relig.*, p. 209.
2 LITTRÉ, *Prefacio á la segunda edición de Strauss.*
3 *Le christianisme et ses origines*, 1884, t. IV, p. 484.
4 *République française*, 31 août, 1881.
5 *Histoire du christianisme*, t. I, p. 3.
6 Escribía D'Alembert á Voltaire: «No dudo que lograríamos hacer reedificar el templo de Jerusalén, si vuestro antiguo discípulo (el rey de Prusia) no temiese perder en esta negociación algunos buenos circuncidados que se llevarían consigo treinta ó cuarenta millones.»—Dieziocho años después, al ver Voltaire que todavía no había logrado su pretensión con el rey Federico, se vuelve á la emperatriz de Rusia y le escribe: «Si Vuestra Majestad tiene correspondencia tirada con Alí Bey, imploro su protección para con él. Tengo que pedirle un favorcito, y es que procure reedificar el templo de Jerusalén y llamar á los judíos, que le pagarán un grueso tributo y le harán Gran Señor.» (BARRUEL, *Mémoires*, t. I, chap. XI.)—El temor de un nuevo milagro reprimió su infernal arrojo, más que la vil codicia.

Santas Escrituras, en fin que las más arduas cuestiones habían pasado por alto á la consideración de los doctos hasta que se dignaron ellos tomarles el pulso y arrimar la tea de sus ingenios á las densísimas tinieblas. Esto es saber astucias y atinar el engaño. Porque todas cuantas veredas los racionalistas exégetas han descubierto, fuera de cuatro parvuleces propias de niños de primeras letras, y fuera de alguna tal cual pesquisa de documentos arqueológicos, nuestros expositores las tenían muy holladas y rodeadas. Desde que el cristianismo empezó á propagarse, ningún ramo cultivaron los Padres y escritores eclesiásticos con tanta diligencia como la Sagrada Escritura; en ningún estudio emplearon con más ahinco sus talentos que en aclarar las discordias y antilogias notadas en los Evangelios.

Pero más alto rayó la mala fe de los *críticos* cuando por disfrazarla, leyendo en los comentadores católicos propuestas y soltadas las dificultades, tomaron la dificultad y dejaron la solución. A Santo Tomás lo primero que le ocupó al emprender la *Suma teológica* fué el cuidado de confutar las vanas aseveraciones de los filósofos enemigos del orden sobrenatural, y las que su agudísimo ingenio inventaba en contra del dogma católico: quien quiera que las lea verá con asombro ser puntualmente las mismas futilidades, encarecidas por los *críticos* como baterías poderosas para derrocar el alcázar de las cosas divinas. Si más arriba subimos hallaremos á San Agustín descubriendo á Honorato [1] su lastimado pecho, por la ambiciosa malicia de los maniqueos que habían seducido su juventud con pueriles argucias, las cuales vienen á ser las empleadas por los *críticos* para enaltecer el vigor de la humana razón y deprimir lo sobrenatural y divino.

He aquí con qué candor cuenta Renan el origen de su fiero escepticismo. «La libertad de pensar me amaneció leyendo el *solvuntur objecta* de las teologías. La grandísima buena fe de la antigua enseñanza eclesiástica consistía en no disimular en nada la fuerza de las objeciones; como las respuestas eran ineficaces, *un buen talento* podía aprovecharse de la verdad donde la encontraba... De esta suerte con el sobrescrito de refutaciones débiles, todo el conjunto de las ideas modernas es cosa nuestra.» [1] Con esta lisura confiesa Renan deber toda su *ciencia crítica* al repertorio de objeciones conservadas en los volúmemenes de nuestros doctores teólogos.

La mala fe que Renan llanamente declara, se nos presenta en Strauss con más señales de doblez que llaneza de confesión. Pero no faltó quien descubriera el enjuague. El Padre Godfroy [2] se entretuvo contando las objeciones propuestas por Strauss contra los Evangelios en su *Vida de Jesús*, y halló que más de la mitad habían sido antes resueltas por Wouters y por Weith en sus magistrales libros. [3] El fraudulento ardid de Strauss estuvo en presentarlas al público cual si careciesen de respuesta, pero con tan desdichada maña procedió que más parecieron copiadas de los sobredichos autores que forjadas por su ingenio. Así pregunta el Padre Weith: *an Christi in monte transfiguratio tantum illusio optica fuerit á reflexis solaribus aut lunaribus radiis proveniens?* [4] Y Strauss sin atender á la respuesta de Weith, va y escribe muy serio afirmando: «Es posible que la transfiguración fuese una visión de óptica producida por los rayos solares ó lunares.» [5] Propone Wouters esta dificultad en tono de duda: *¿quomodo aperti sunt cœli? utrum fuerit vera columba quæ descendit super Christum.* [6] Y Strauss sin aguardar respuesta, toma la pluma y copia en tono afirmativo:» ¿Cómo concebir que los cielos pudieran abrirse? y que el Espíritu Santo pueda moverse de un lugar á otro, y transformarse en paloma? [7] Podríaseles perdonar á los *críticos* que hiciesen presa y buscasen armas en las dificultades propuestas por la teología católica para mostrarles á ellos la lealtad de su proceder; pero la buena fe mandaba que hicieran también presa en la solución, y que si la hallaban débil é ineficaz la rebatiesen con vigor contraponiendo instancias insolubles. El no haber descendido á la are-

1 *De utilitate credendi*, cap. II.

1 Citado en *la Controverse*, t. VII. *Nouvelle série*, p. 235.

2 *Etudes religieuses*, 1857, t. I.

3 *Histor. et concord. Evangeliorum.—Scriptura contra incredulos propugnata.*

4 *Scriptura contra incredulos propugnata*, pars VII, sect. III, cap. III, q. XXV.

5 *Vie de Jésus*, t. III, p. 266.

6 *Hist. et Concord. Evangel.*, cap. VIII, q. VI.

7 Ibid., t. I. p. 406.

na, es evidente señal de felonía, significa mal disimulada derrota.[1]

Este linaje de libres pensadores cuando hablan ó escriben, deslízanse con disimulo entre zarzas de ciencia y flores de poesía, y lanzan como la serpiente el veneno en el instante premeditado. Afirman, y atenúan las afirmaciones; se contradicen, y excusan la contradicción; niegan, y modifican la negación; envuelven el sofisma en sonoridad de voces, y caminan intrépidos al fin propuesto, que es demoler y asolar. Los jerofantes de la razón engañan los días en labores de telaraña, su ocupación es tejer y destejer, arruinar y levantar para luego echar por tierra lo levantado sin que nadie le dé empellón; pero dejar en pie una sombra de edificio religioso, ni lo hacen, ni son para ello. Donde la razón se metió á maestra de obras religiosas, no tardaron las ruinas en probar con estruendo fragoroso que no nació ella para cosas de tan alto vuelo. Muy á tiempo lo ponderaba un orador español citado por el Sr. Cánovas del Castillo. «Muerta la fe, decía, muerta la creencia en Dios en el orden moral, como orden divino positivo, regido por la Providencia, y sin esperar ni temer nada de una vida futura, se han apagado aquellos focos en que se encendían los afectos generosos, y eclipsádose el ideal que acaloraba las almas y las levantaba á las alturas. Los que se extasían á la vista de la moderna civilización y se niegan á reconocer sus extravíos, que se detengan y se paren. Ella va, sin duda, camino del porvenir; pero si no se acompaña de lo divino, y si sigue marchando sin Dios, sin virtudes, sin creencias, pronto vendrán sobre ella tinieblas, silenciosa y lastimosa muerte.» Con estas palabras protestaba el noble campeón del cristianismo español D. José Moreno Nieto, purgándose de los resabios contraídos por sus aficiones á la filosofía alemana.[1]

A la presunción, al arrojo, á la mala fe de los racionalistas ¿qué había de suceder sino el descrédito á más andar? Ya se ve: echáronse á nado en un piélago profundo sin saber nadar, y el océano los sorbió y oprimió con el peso de sus ondas. Quisieron mirar al sol de hito en hito, y les envió unas tan vivas saetas, que los forzaron á bajar los ojos, y á mediodía palpaban tinieblas cual si fuese cerradísima noche. No dieron crédito á la vista de otros que en lontananza eran testigos, prefirieron más de cerca satisfacerse, y les aconteció lo que á la incauta mariposa cuando camina á la vela encendida.

Palmaria demostración de estos desastres han dado los *críticos* que pusieron en la vida de Jesucristo las manos. Strauss en su *Vida de Jesús*, sepultando los milagros en la sima de los mitos, y dando al mundo en vez de historia abstracciones fantásticas y pueriles; Renan en su *Vida de Jesús*, pretendiendo á fuerza de negar los milagros, hacer razonables los más inverosímiles absurdos; Seely en su *Ecce Homo*, sacrificando la noción del milagro y con ella la de un Dios personal; Keim en su *Jesús de Nazara*, no reconociendo más milagros que los explicables por la acción moral de Cristo en los enfermos; Hase en su *Historia de Jesús*, cubriendo de tinieblas todos los milagros evangélicos; Withichen en su *Vida de Jesús*, desterrando del Evangelio todo concepto de sobrenatural fuera del meramente psicológico; Weisse en su *Vida de Jesús*, reduciendo el número de milagros á su mínimo posible; en fin Hollard en su *Carácter de Jesús*, Meyer en su *Cristo de los Evangelios*, Naville en su *Cristo*, Peyrat en su *Historia elemental y crítica de Jesús*, Havet en su

[1] Raro ejemplo de artimaña es el Sr. Castelar. Su obra *La revolucion religiosa* viene á ser una hedionda sentina de disparates y errores que se alcanzan unos á otros. «Jesús nació en Galilea.» (T. I. *Prologo*, p. XLIV.)—«El Verbo alejandrino es la metafísica del cristianismo.» (Ibid., t. I, cap. I, p. 27.—«San Esteban dió al cristianismo la idea de Alma, templo cerúleo que no cabe en los espacios infinitos.» (Ib., cap I, p. 8).—«Juan se bañaba en el Jordán todas las mañanas, por lo cual le llamaron Bautista, el que se baña de madrugada.» (Ib., *Prólogo*, p. XLIII).—La alevosía de estas cuatro afirmaciones, entre las sinnúmero que el Prólogo contiene tanto ó más escandalosas, no puede ser más palpable. La primera es un *error calculado*, porque el Sr. Castelar debe de pertenecer á la caterva de incrédulos que tienen por fábula los dos primeros capítulos de San Lucas y de San Mateo, llenos de grandes milagros y de altísimos misterios, especialmente el nacimiento del Hijo de Dios en Belén y no en Galilea. La segunda es otro *error maligno*, impugnado y deshecho por todos los escritores católicos desde el segundo siglo hasta el actual. La tercera es otro *error groserísimo* que no merece respuesta. La cuarta contiene más errores que palabras, porque ni ὁ βαπτιστής (Bautista) significa el que *se baña*, sino el que *baña* ó sumerge á otro en el agua; ni tiene ahí nada que ver la *madrugada* porque ni áun los esenios se bañaban de mañanita (Marc. VII, 4.—Luc. XI, 38), ni es verdad que por eso ó por esotro le llamasen *Bautista* al Santo Precursor. Pero al Sr. Castelar le convenía ensartar estos dislates, aunque le graduasen de helenista menguado (como le gradúan las voces *psiquis* y *airesia* citadas en otro lugar), á trueque de eliminar del Evangelio, como pretende, todo rastro de sobrenaturalidad.

[1] D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, *Problemas contemporáneos*, t. II, p. 340.

Jesús en la historia, Soury en su *Jesús y los Evangelios*, Rodríguez Henriquez en su *Rey de los Judíos*, Vernes en su *Historia de las ideas mesiánicas*, han transformado, adulterado y hecho pasar por tan varia suerte el carácter personal del divino Redentor, que no hay manera de alcanzar á descubrir su condición y fisonomía. Establecer un Cristo sin milagros, un cristianismo sin milagros, la religión del Evangelio despojada de milagros ha sido anunciar el caos más tenebroso, la más espantable confusión.

A consecuencia de esta confusión viven los corazones agitados donde quiera por los bramidos de la incredulidad, y tristemente abatidos por el desencanto de las ilusiones que en un principio acariciaron. Inclemente y sin entrañas fué el racionalismo para con sus alumnos, no descansó hasta precipitarlos en la vorágine del bárbaro esceptismo. Audaz y fiero afectó levantar á Dios un templo y un altar, y erigió un *pandemonium* en que el hombre es el adorador y el adorado. En este siglo ha querido organizar, reformar, legislar, remontar la sociedad; sus alumnos sustentaban las fatigas con increible tesón. Por momentos surgían teorías como nubes en cielo tempestuoso. *El principio constitutivo del porvenir* servía de cimiento á la gran fábrica, cualquier piedra, menos la *piedra angular* del cristianismo, les era oportuna para primera. El paciente candor con que los peones se saboreaban en el trabajar, hacía contraste con la malignidad febril de los que dirigían la maniobra. Al cabo de todo la Babel se despeñó derribada por el tino del sentido común. En verdad triste es decirlo. La fe va depauperándose en algunas naciones católicas. El ambiente de incredulidad enerva los entendimientos y corazones, y van disponiéndose por medio del libre examen á la servidumbre vergonzosa del error. El enemigo del humano linaje se afana por ser invocado, adorado y servido secreta y públicamente; envidioso de la Iglesia católica y teniendo de su parte la incredulidad, parece empeñado en fraguar una religión nueva con su templo y altar donde se le tribute culto idolátrico.

No se maravillen los católicos de ver el campo de la Iglesia contaminado con la zizaña de tantos errores que por doquier pululan, con amagos de sofocar la buena semilla. Permítelos Dios para prueba y purgación de los escogidos, como San Pablo antevió. Empezando la humana curiosidad á querer penetrar lo impenetrable, lo que no alcanza la corta razón ó lo niega por entero, ó afirma que no se puede creer. A la curiosidad síguese la pertinacia, inventora de sofismas en pro de una falsa posición, sin que le importe al descreido variar de doctrina á trueque de no deponer su dictamen. Ayuda la manía de contradecir, acompañada casi siempre de petulancia en singularizarse con peregrinos comentos. ¿El amor de la novedad cuántos errores no engendró? No tanto por la novedad en sí misma, cuanto por el bien deleitable, útil, honroso, anejo á lo exorbitante de las enseñanzas. [1] Júntese la insolencia y altanería, hijas naturales de la ignorancia, atizadas por la soberbia y afán de figurar, sostenidas por el hipo de inmortalizar la fama, explotadas á las veces por el vilísimo interés, como lo exponen Orígenes, [2] San Agustín, [3] Lactancio [4] y el Pelusiota [5] grave y doctamente; y se hallará que las dichas causas han sido bastantes para inducir á los incrédulos á motejar y ridiculizar los milagros católicos, sin embargo de trabar entre sí incesantes peleas en puntos de sentido común, mereciendo justamente que por despreciar arrogantes un criterio tan fundamental, vengan á cobrar fama de soñadores los admirados por oráculos.

No se engrían los enemigos del catolicismo con los trofeos de sus victorias. La legítima ciencia va abriendo camino á los nobles ingenios. La verdad vuelve sobre sí entre los escollos de la calumnia y de la ignorancia. Las necesidades tienen su término, los errores su plazo definitivo. La verdad es la reina que al fin tiene que gobernar. Si por algún tiempo vive destronada, descoronada, desterrada en tal cual región del orbe, el instinto humano, ayudando el favor de Dios, la repone tarde ó temprano en su eminente lugar y la entroniza en su sitial de honor.

Entre tanto la Iglesia vive, vive y florece áun sin tener apenas un palmo de sue-

---

1 «Si Lutero hubiese vedado á sus alumnos, como á los suyos Mahoma, el uso del vino y de la cerveza, tal vez no habria hallado en Alemania tantos secuaces.» —P. GRETSER, t. XII, 1738, pag. 409.

2 *Contra Celsum*, lib. III.

3 *Sermo* XCIII *De Tempore.*—*De Civit. Dei*, lib. XVI, cap. II.—In psalm. LIV.—Quæst. XLIII ad Antioch.

4 *Instit. divin.* lib. IV.

5 Lib. II, epist. XC.

lo en que recostar su cabeza; pero vive contemplando risueña la indómita soberbia de sus enemigos; vive, oyendo sus gritos feroces, parecidos á vítores, en verdad señales de cabal derrota; vive, presenciando la muerte de tantas cabezas que ocuparon las vigilias en fraguar contra ella planes de iniquidad; vive y señorea, porque nació para enterrar á cuantos atentaron contra su vida.

«Vivía en Antioquía un varón excelente, preceptor de niños, que por ser más erudito que el vulgo de los pedagogos, era tratado familiarmente por Libanio, celebérrimo sofista, príncipe de los eruditos de aquel tiempo; el cual, como fuese impío y esperase la victoria de Juliano, y tuviese presentes las amenazas y baladronadas del emperador apóstata, en són de burla preguntó al maestro: ¿qué hace el Hijo del carpintero? (τί ποιεῖ ὁ τοῦ τέκτονος υἱός) El preceptor, lleno de la divina gracia, le predijo lo que había de suceder, respondiendo: Sofista, un ataúd está preparando el Criador de todas las cosas, al cual tú por escarnio llamaste Hijo del carpintero, (γλωσσόκομον σκευάζει ὁ τοῦ πάντος Δημιουργός ὃν σὺ κωμῳδῶν τέκτονος υἱὸν προσηγόρευσας). A los pocos días se anunció la muerte de aquel furibundo, y fué llevado á enterrar en un ataúd. La jactancia frívola de las amenazas se desvaneció, y la gloria de Dios fué predicada con loores.» Esto dejó escrito el historiador Teodoreto. [1]

Vive Jesucristo en su Iglesia *haciendo ataúdes* en que dar sepultura á todos sus adversarios, apóstatas, herejes, panteístas, ateos, deistas, racionalistas, materialistas, positivistas, críticos voluntarios de todo jaéz, cuya deshonra desde la muerte comienza. El Jesús del Evangelio enterró ignominiosamente á Woolston con su escuela deista, á Voltaire con su escuela de sarcasmo, á Ernesti con su escuela de filología clásica, á Reimaro con su escuela fragmentaria, á Semler con su escuela de la religión privada, á Paulus con su escuela naturalista, á Bauer con su escuela exaltada, á Strauss con su escuela mítica, á Wegsheider con su escuela progresista, á Schleiermacher con su escuela sentimentalista, á Kant con su escuela filosófica, á De Wette con su escuela mitológica, á Wellhausen con su escuela evolucionista, á Baur con su escuela crítica, á Colenso con su escuela alegorista, á Renan con su escuela escéptica; todos fenecieron con sus libros, con sus odios, con sus extremos, con sus perversas doctrinas, todos yacen sin gloria y sin provecho en el cementerio del olvido, en la hoya de la ignominia.

Y prosigue Jesús *haciendo ataudes; ataudes* para vosotros, paladistas insensatos, que os holgáis con los amores y servicios de Luzbel, y dobláis la rodilla en su presencia, por no rendir la cerviz al suave yugo de Cristo; *ataudes* para vosotros, espiritistas teúrgicos, que enloquecéis las gentes con escenas supersticiosas, y por ellas infamáis la santidad de la religión revelada; para vosotros, hipnotistas imprudentes, que no contentos con ceñiros á la terapéutica, traspasando sus lindes os entregáis á obras de magia en el secreto de los gabinetes, con el afán de igualarlas á la excelsitud del milagro; para vosotros, médicos arrogantes y doctrinarios, que os fatigáis en vuestras clínicas, dedicados á la tarea de empequeñecer la grandeza de los milagros católicos con las maravillas del histerismo; para vosotros, filosofantes rastreros, que conjurados contra la verdad religiosa, inventáis enfermedades, hipótesis, dogmas, tan extravagantes como insostenibles, por hurtar el cuerpo á la evidencia de las obras divinas; para vosotros, hombres protervos, enemigos prácticos del orden sobrenatural, que criados á los pechos de la Iglesia escandalizáis el rebaño fiel con voces blasfemas, ó con reticencias mañosas, ó con tramas políticas, ó siquiera con la mansa conspiración del silencio, que es la más funesta de las conspiraciones. *Ataudes está fabricando* el divino Jesús para dar bien presto con vosotros y con vuestra memoria en lo más hondo de la infame fosa.

¡Sí, *ataudes está fabricando Jesús!* Bien podéis engalanar con traje vistoso vuestros filosóficos sistemas, erigir magníficos monumentos á vuestras teorías, publicar encomios de vuestras prácticas, convidar la prensa á la adoración de vuestra soñada grandeza; no importa que tengáis preparadas unciones aromáticas para preservar el idolo de la corrupción; el día en que caiga el ídolo en las manos de Jesús, aunque se haya de colocar en suntuoso túmulo, cuando pretendíais darle eternidad de gloria, quedará expuesto á

[1] *Hist. eccles.*, lib. III, cap. XVIII.

los dientes de la roedora crítica, y desde la muerte comenzará la deshonra á esparcir sobre el sepulcro espinas de fétidos vapores, que exhalarán el mal olor de una abominable fama. Incrédulos ó indiferentes, corifeos ó farautes, científicos ó farfantones, fieros ó mansos, aunque más intemperantes que Juliano, más indiscretos que el retórico Libanio, ¿qué queréis? ¿qué pretensión es la vuestra? ¿qué demandáis por contentar vuestra afanosa crítica? ¿qué exigís de la verdad cristiana? Seamos sinceros. ¿Puede haber razón más grave, más augusta, más divina, que la razón católica respecto de los fundamentos en que descansa la divinidad del catolicismo? ¿Qué sistemas filosóficos tienen fuerza contra hechos inconcusos é inconmovibles, como son los milagros de la Iglesia? ¿No estriba ella por ventura en un testimonio irrecusable y demostrativo? ¿Qué más puede pretender la crítica sana ilustrada? ¿De qué manera podría el hombre servir con más honrosa libertad á los derechos y deberes de la recta razón? ¿Qué uso más digno pudiera hacer de su razón, que consagrándola á la investigación y á la certidumbre de los hechos laudables?

Oid. Los hechos milagrosos de la Iglesia católica están íntimamente relacionados con su origen y constitución. En los milagros poseemos una lógica incontrastable, un silogismo divinísimo, síntesis veneranda de filosofía excelsa. Meditadlo bien. Lo que Dios establece y confirma, es divinamente verdad (conclusión del Libro primero); es así que Dios con clarísimas demostraciones de su omnipotencia establece y confirma la religión católica (conclusión del Libro segundo), con exclusión de otro cualquier sistema religioso (conclusión del Libro tercero); luego la religión católica es la única divinamente verdadera (conclusión de toda la obra).

Salve, Iglesia una, santa, católica, apostólica, romana; Iglesia única verdadera. Tú señalas el camino, tú posees la verdad, tú das alientos de vida. Descansen tus hijos á la sombra de tus insondadables misterios; no temerán, amparados por la solidez de tus evidentes milagros. Lejos de nosotros la avilantez del incrédulo que desprecia la evidencia de éstos y la obscuridad de aquéllos. Lejos de nosotros la temeridad del creyente que anhela escudriñar la profundidad del misterio soltando de la mano la antorcha del milagro. Salve, Iglesia divina, que apoyada en la evidencia del milagro enseñas la certeza del misterio. En tu venerable presencia calle la flaca razón, y doble el cuello á la coyunda de la fe.

Salve, religión sacrosanta, que con el peso de tu grandeza humillas la altanería de los hombres soberbios. Levántanse presuntuosos á pedirte razón de los dogmas que les intimas, y se desdeñan de atender á las fianzas que les das de tu sobrenatural origen. ¡Grandiosa eres á mis ojos, sobre toda grandiosidad! La alteza de tus enseñanzas me arrebata y lleva tras sí, cuando la veo apoyada en las manos del Omnipotente Dios. ¡Cuán razonable eres, Iglesia de Jesucristo! Tú me enseñas que Dios es libre en el hablar, como lo es en el obrar. El Dios que me propones, para mostrar que habló de sí y descubrió á los hombres su amabilísimo pecho, obró ciertamente á lo divino, y alzándose sobre el orden de la creación, llenó el mundo de maravillas, que ni hombres ni ángeles podrán jamás apear, cuanto menos imitar. Tal es el Dios que tú adoras. Tal el Dios á quien toda razón bien ordenada debe reconocer y acatar por único verdadero Dios.

Toda hermosa eres, Iglesia Santa, Esposa del Verbo humanado, amable á mi corazón, invencible á tus enemigos, imponente á los extraños, triunfadora de las herejías, columna y firmamento de la verdad, arca única de salvación, fuera de la cual perecen sin remedio y se condenan los que con la palabra de Dios no apacientan sus almas.



A. M. D. G.